

G. JOSÉ CHAMINADE



Notas de retiros

Libro: Notas de Retiros Vol. I

Traducción: P. Victoriano Mateo, S.M. y P. Victoriano Pardo, S.M.

pp.: 370 - Madrid

NOTAS DE RETIRO

VOL. I

EDICIONES S. M.

MADRID

PREFACIO

Los Archivos de la Compañía de María conservan una abundante colección de notas concernientes a los retiros predicados por el R. P. Chaminade. Están reunidas en la Caja 10¹. Presentamos aquí el texto íntegro de todos los manuscritos contenidos en esta Caja.

METODO

Hemos agrupado los documentos por orden cronológico. Si algunas conferencias de diferente fecha se encuentran en el mismo documento, hemos clasificado éste por la fecha de la primera conferencia, pero sin cortar el documento. Buen número de ellos están fechados por sus mismos autores. Los demás han sido fechados por distintos archiveros, sobre todo por el P. Lebon. No hemos verificado las fechas, pero por lo que hemos podido ver, y este trabajo está bien hecho.

La presente publicación, no es en realidad más que un *Cuaderno de Archivos*: no se trata de una edición crítica, propiamente dicha, ni de un texto de lectura espiritual, sino de un instrumento de trabajo, que sirva para estudios ulteriores. Con todo, el trabajo ha sido hecho con todo el cuidado que nos permitía un tiempo limitado. Los textos han sido copiados de microfilms; después les hemos comparado con los originales de Roma, y luego les hemos corregido cuidadosamente. Hemos rectificado la ortografía y la puntuación, cuando lo exigía la inteligencia del texto. Por el contrario, no hemos tocado las frases ininteligibles o incorrectas.

Cada nuevo manuscrito encabeza una nueva página de esta edición ².

1 P. STANLEY, S. M. *The mystical body of Christ according to the Writings of Father William Joseph Chaminade*. Fribourg 1952, p. 49.

2 En la edición española hemos colocado al margen una numeración de párrafos para mayor comodidad en las citas...

CONFERENCIANTES

"Uno de los medios principales empleados por el P. Chaminade para inculcar a sus hijos espirituales el espíritu y el ideal del Instituto por él fundado, era el retiro anual. Habitualmente los predicaba él mismo, pero a veces invitaba a otros sacerdotes, miembros o afiliados de la Compañía, a dar alguna que otra instrucción. Era costumbre entre los Marianistas de la época el tomar notas de las conferencias de retiro y guardarlas para leerlas y meditarlas personalmente en los días sucesivos"¹.

Entre las conferencias que no son del P. Chaminade, encontramos las siguientes:

Lalanne, retiro de 1826.

Caillet, diversas conferencias entre 1826 y 1829.

David, retiro de 1827. Cf. 1827 CHAMINADE (Marres), p. 69 del ms.

Lalanne, retiros p. 124 del ms. (Si es exacta la atribución del P. LEBON).

Collineau, retiro de 1829.

Dourdon, retiro de 1829 p. 18 del ms. y sgts.

EJERCITANTES

Hasta 1816, los ejercitantes a los que el P. Chaminade se dirige son los Congregantes de Burdeos. En 1817, da por primera vez los ejercicios espirituales a los religiosos de la *Pequeña Compañía* que ha fundado. Los retiros siguientes van dirigidos a sus religiosos, excepto los retiros de 1818, CHAM. (Notas de Lalanne), cuyos destinatarios se ignoran, y el retiro de 1825, CHAM. (notas de Caillet), sobre el cual observa el P. LEBON: "Retiro de hombres en Burdeos". Al lado de retiros anuales, se encuentran también retiros más cortos, p. Ej., el "retirillo para la octava de la Inmaculada" de 1819.

¹ P. STANLEY, S. M. *Te mystical body of Christ according to the Writings of Father William Joseph Chaminade*. Fribourg 1952, p. 49.

OTROS DOCUMENTOS

1.º El ms. Lalanne de 1813 contiene Conferencias a los Congregantes, además de las conferencias de los retiros.

2.º Las notas íntimas. Algunos documentos no traen los resúmenes de las instrucciones de retiros, sino los "sentimientos y disposiciones" interiores de fue autores a propósito del retiro. Tales, los cuadernillos de M. Bidon con fecha de 1820, 1821 y 1822. Los Hermanos podían someter después esos cuadernillos al B. Padre. M. Bidon termina su relación de 1820 con estas palabras: "Padre mío, he aquí, poco más o menos, el estado en que me he encontrado durante este retiro" (1820 CHAM. (Bidon) bis, p. 10 del ms.

3.º En el documento de A. Marres (1823), después de las instrucciones del retiro, encontramos una serie de meditaciones para la fiesta de la Sma. Trinidad, el Corpus y algunos domingos después de Pentecostés.

4.º Notas de instrucciones sobre el Credo, 1823, CHAM. (notas de Carrére). Conservan un eco de las conferencias del Fundador comenzadas en el Noviciado de S. Lorenzo el 14 de febrero de 1823.

5.º Notas para sermones y conferencias (1826-1829) de puño y letra de M. Caillet; al lado de conferencias del P. Chaminade (p. 1, 2, 4-5, 12, 13 del ms.) el documento conserva conferencias del P. Caillet y sin duda, también del P. Lalanne; pero la atribución de estas últimas es incierta.

6.º Notas de conferencias del B. P. Chaminade, del 4 de mayo al 27 de agosto de 1843 en Sta. Ana. Estas 112 páginas de notas de Pablo Bonnefous representan el esfuerzo más meticuloso para referir las palabras exactas del conferenciante, como lo prueban las observaciones de las páginas 70, 77, 98, 106 del ms.

AUTORES DE LAS NOTAS

G. J. CHAMINADE.

1.º Textos autógrafos de los retiros de 1816, 1817, 1819, 1834.

2.º Para la nota biográfica Cf. las Cartas y las biografías del Fundador.

J. B. BIDON.

1.º Notas de los retiros de 1820, 1820 bis, 1821, 1821 bis, 1822, 1822 bis, 1826.

2.º El Hermano J. B. Bidon, S. M. (1778-1854) nació en Burdeos. En su juventud aprendió el oficio de tonelero, y en 1801 entró en la Congregación de la Magdalena, en la cual fue miembro celoso encargado de la formación de los jóvenes obreros, y llegó a ser definitivamente prefecto honorario. Durante las guerras napoleónicas se vio obligado a alistarse en el ejército de Italia, estuvo prisionero de los austriacos y volvió definitivamente a Burdeos. Fue uno de los siete miembros primitivos de la Compañía de María y pasó la mayor parte de su vida en Burdeos, encargado de negocios temporales. Desde 1837 a 1841, fundó y dirigió una escuela en Clairac. El Fundador le empleó a menudo para funciones muy delicadas; se le llama: "el fiel Bidon". Pasó los últimos días de su vida en el Noviciado de Santa Ana, donde murió en 1854.

Era conocido por su profunda humildad, su igualdad de humor, su prontitud para prestar servicios y su obediencia. (Cf. Cartas del P. Chaminade, I, p. 302; P. Stanley, o.c.p. 50, nota 112.)

P. BONNEFOUS.

1.º Retiro de 1843.

2.º Pablo Bonnefous (1821-?) nació el 16 de junio de 1821. Después de recibir una buena educación, entró en el noviciado de Sta. Ana en noviembre de 1842. Sufría de escrúpulos y el Padre Chaminade, pensando que sólo necesitaba de un poco de instrucción y de experiencia, le envió, siendo todavía novicio, a enseñar en Orgelet, después a Saint-Hippolyte y finalmente a Ebersmunster. No experimentando ninguna mejoría, el Fundador, le hizo volver en 1844 a Burdeos, pensando que allí podría ayudarle. Después de haberse ocupado de la ropería y del comedor en Sta.

Ana durante algún tiempo, el B. Padre le tomó como secretario en 1845. En calidad de tal, examinó los escritos del P. Chaminade, y se persuadió de la justicia de su causa en las dificultades con la Administración General y se erigió en defensor suyo. Causó mucho más mal que bien y constantemente tuvo que ser contenido por el P. Chaminade. Finalmente, en mayo de 1847, después de una desavenencia con el Fundador, volvió a su casa, aunque continuando en correspondencia regular con el Fundador. A petición de éste, volvió a Burdeos después de Pascua de 1849, permaneciendo allí hasta la muerte del Fundador en enero de 1850. Según Bonnefous, el P. Chaminade quería dejarle sus bienes, pero él rehusó y persuadió al moribundo que los dejase a obras de caridad. Después de una breve estancia en París, en donde intentó fundar una Orden religiosa, de la cual fue el único miembro que hubo jamás, fue a la Salette, interesándose por las apariciones. Marchó a Roma para dar de nuevo la batalla en favor del P. Chaminade (1857-1860). Retornó a su casa y acabó en prisión, acusado de inmoralidad. Allí escribió una autobiografía para el médico que debía examinarle sobre su salud mental. El médico le declaró sano mentalmente y el tribunal le declaró no culpable. El Sr. Bonnefous fue siempre muy afecto al P. Chaminade, pero su carácter tornadizo y su impetuosidad causaron al Fundador, según se expresa este mismo, "más molestias que sus adversarios." (Cf. dossier Bonnefous, Pablo, Archivos S. M., Roma, caja 16.) (Stanley, o.c. 53, nota 125.)

F. BONNET.

1.º Retiro de 1832.

2.º Francisco Bonnet, S. M. (1808-1835), natural de Mauriac, hizo su noviciado en la Compañía de María en 1830. Durante algún tiempo fue secretario del P. Chaminade en 1833. Enviado a Saint-Remy, murió tísico. Estaba a la mitad de sus estudios para el sacerdocio. (Cf. Cartas del P. Chaminade, II, p. 530.) (Stanley, op. e. p. 53, nota 123.)

P. BOUSQUET.

1.º Retiro de 1820.

2.º Pedro Bousquet, S. M. (1795-1869) nació en Burdeos, y en 1817 entró en la Congregación del P. Chaminade. En 1818 fue el primer novicio de la Compañía de María, después de su fundación. Fue empleado primero en Burdeos y enviado después con la primera colonia a Saint-Remy, donde desempeñó las funciones de Jefe de Trabajo. En 1830 fue nombrado Director de un orfanato de Besançon, y en 1835 volvió a Saint-Remy para encargarse de los Hermanos Obreros, como Maestro de Novicios. Durante este período abandonó la Compañía de María para ingresar en la Trapa, pero la víspera de su toma de hábito, cambió de parecer y volvió a sus funciones de Saint-Remy. En 1840 tomó de nuevo la dirección del orfanato de Besançon, pero muy pronto cayó gravemente enfermo y fue llevado a Courtefontaine, donde vivió en medio de grandes sufrimientos hasta el 26 de julio de 1869. (Cf. Cartas del P. Chaminade, II, pp. 79-80; Stanley, p. 40, nota 93.)

G. CAILLET.

1.º Retiros de 1822, 1825 y Conferencias de 1826-1829.

2.º El P. Jorge Caillet, S. M. (1790-1874) nació en Porrentruy (Suiza), y entró en la Compañía de María en 1822, ya sacerdote. Fue empleado en Burdeos para ayudar en las obras de la Congregación durante los veinte primeros años de su vida marianista. Por este trabajo llegó a una gran intimidad con el P. Chaminade, hasta el punto, que muy a menudo, le confió éste importantes misiones, y durante sus ausencias de Burdeos, escogía al P. Caillet para reemplazarle en la Magdalena. Fue primer Asistente en 1833 y elegido Superior General en 1845. Diferencias de opinión con el Fundador, relacionadas con el gobierno de la Compañía, que duraron desde el momento de su elección hasta la muerte del P. Chaminade en 1850, fueron para ambos una ruda prueba. El Padre Caillet fue Superior General hasta 1868, y murió en 1874.

Tal vez el rasgo que mejor define su carácter es el que indica el mismo P. Chaminade: "No tiene grandes luces ni mucha experiencia de mundo, pero es un hombre de fe y de buen juicio." (Cf. Cartas, I, pp. 353-354; Stanley, p. 51, nota 115.)

P. CARRÈRE.

1.^o Retiros de 1822 y 1823.

2.^o El P. Pedro Carrère (1808-?) nació en enero de 1808 en Agen. Entró en el Noviciado en julio de 1822 y abandonó la Compañía en enero de 1824. (Cf. Registro de Inscripción del Personal y Novicios, Saint-Laurent, julio de 1820-8 de marzo de 1828, p. 3; Stanley, p. 51, nota 116.)

J. CHEVAUX.

1.^o Retiros de 1826, 1826, 1834.

2.^o El M. R. P. Juan Chevaux, S. M. (1796-1875), tercer Superior General de la Compañía de María, nació en Jouhe (Jura). Entró en el Seminario de Besangon, pero aunque hizo muy brillantes estudios, se retiró porque se consideraba indigno del sacerdocio. En 1825 solicitó el ingreso en la Compañía de María en Saint-Remy como Hermano Obrero, pero cuando se descubrieron sus aptitudes y los estudios hechos, el P. Chaminade le dio la orden formal de completar su teología. Después de su ordenación, permaneció en Saint-Remy al frente del Oficio de Celo, hasta diciembre de 1841, fecha en que fue nombrado Provincial de Alsacia (primero de la Compañía). En 1845 fue nombrado por el Capítulo General, Primer Asistente del P. Caillet con residencia en Burdeos. En la misma época fue nombrado Maestro de Novicios en Santa Ana, puesto en que adquirió fama de experto director espiritual. El Capítulo General de 1868 le nombró Superior General, cargo que sólo aceptó ante la orden del Cardenal Mathieu, Presidente del Capítulo, desempeñándolo hasta su muerte, el 26 de diciembre de 1875. (Cf. Cartas, II, pp. 270-272; Stanley, p. 36, nota 77.)

J. B. COLLINEAU.

1.^o Retiro de 1818.

2.^o El P. J. B. Collineau (1796-1852), nació en Burdeos, el 26 de mayo de 1796. Muy joven entró en la Congregación de la Magdalena, de la cual fue Prefecto en 1810. Fue uno de los siete miembros fundadores de la Compañía de María, ayudando a M. Auguste en la Institución Sainte Marie y al P. Chaminade en la

Congregación. Dos años después de su ordenación fue enviado, en 1820, a Villeneuve sur Lot, como Director del colegio de esta ciudad. En septiembre de 1827 volvió a Burdeos, consagrando todo su tiempo a predicar y a ayudar al P. Chaminade en el Oficio de Primer Asistente. Abandonó la Compañía en 1832 y entró en el clero diocesano, primero como párroco, y después como canónigo honorario. Murió en 1852 cuando realizaba un viaje a Tierra Santa. (Cf. Cartas, I, p. 222; Stanley, p. 49, nota 110.)

J. B. FONTAINE.

1.^o Retiro de 1834.

2.^o El P. J. B. Fontaine, S. M., hombre de constitución robusta y trabajador infatigable, fue uno de los primeros marianistas mejor dotados. Nació en Beauvais (Francia), donde siguió más tarde los cursos del Seminario Menor y Mayor. Al manifestar su deseo de entrar en la vida religiosa, fue encauzado hacia la Compañía de María por el P. Gignoux, Superior del Seminario y antiguo congregante de Burdeos. Ingresó en 1830, y recibió su formación religiosa del mismo P. Chaminade. En 1834, poco después de su ordenación sacerdotal, fue enviado a Saint-Remy a reemplazar a M. Lalanne como Director. El Capítulo General de 1845 le nombró segundo Asistente del Superior General, y como tal se vio envuelto en el desdichado conflicto que contristó los últimos años del P. Chaminade. En 1861, víctima de la fiebre escarlatina, murió el 3 de junio. Su tesis para el doctorado en teología, acababa de ser aceptada. (Cf. Cartas, III, pp. 68-70; Stanley, p. 10, nota 24.)

A. C. GOUVERD.

1.^o Retiro de 1829.

2.^o Amable-Constant Gouverd, S. M. (1807-1880), natural de Bretonvillers (Doubs), conoció a la Compañía de María en Saint - Remy. Entró en el noviciado de San Lorenzo, en 1827, y recibió parte de su formación del P. Chaminade mismo. Fue empleado como profesor en diferentes escuelas de la Compañía y fue fundador de dos de ellas: Morez (1849) y Olonzac (1851) en la cual pasó la mayor parte de su vida. Murió durante los retiros en Besançon, en 1880. (Cf. Cartas, III, p. 543; Stanley, p. 40, nota 90.)

GUYON DE BELLEVUE.

1.^o Retiros de 1829.

2.^o El P. Guyon de Bellevue, natural de Lauzun, entró en el Noviciado de San Lorenzo en 1826, e hizo su primera profesión en 1829, ayudando al P. Chaminade durante algunos meses como secretario. Aunque no perseveró en la Compañía, mantuvo con ella estrechas relaciones durante muchos años e incluso, en 1900, pidió pasar en ella los últimos años de su vida. Fue durante muchos años capellán de las Hijas de María Inmaculada, en Agen. Murió en 1902. En 1853 publicó un libro titulado *Cristo Mediador, síntesis universal*. (Cf. *Cartas*, II, p. 499; *Stanley*, p. 52, nota 122.)

J. B. LALANNE.

1.^o Retiros de 1809, 1813, 1817, 1818, 1818, 1819, 1820, 1821, 1824.

2.^o El P. Juan Bautista Lalanne, S. M. (1795-1879) nació en Burdeos. Pensaba dedicarse a la medicina, pero bajo la dirección del P. Chaminade decidió darse a Dios y ofreció sus servicios al Fundador el 1 de mayo de 1817. El P. Chaminade le reveló entonces los planes que había concebido para la fundación de una Congregación religiosa, durante su exilio en España. Después de sus primeros votos el 5 de septiembre de 1818, el P. Lalanne fue profesor en el Internado de Santa María, Superior del Seminario de la Magdalena (1825), Director del colegio de Gray (1826), de Saint-Remy (1830), Burdeos (1832), Layrac (1835). Habiendo imprudentemente contraído muchas y muy importantes deudas, obtuvo en 1845 el permiso de abandonar provisionalmente la Compañía, para hacer frente a ellas. Para ello fue a París, en donde el Arzobispo le confió la escuela de los Carmelitas (hoy Instituto Católico). Merced a sus esfuerzos de esta época, fue introducida la Compañía de María en París, en la Institución de Santa María (calle Bonaparte) en 1852, y en el Colegio Stanislas en 1855, siendo la dirección de este último la gran obra de su vida (1855-1871). Los últimos años de su vida los pasó ayudando a la fundación del Instituto Stanislas de Cannes (1871), y visitando como Inspector las escuelas secundarias de la Compañía. Murió en Besançon en 1879.

El P. Lalanne fue famoso por el brillo de su inteligencia, por el valor de sus convicciones, y por su espíritu de iniciativa. Estas cualidades le hicieron muy valioso para la Compañía; hay que añadir, sin embargo, que su imaginación calenturienta le condujo a menudo a desdichadas aventuras. Pero en medio de ellas, encontró la forma de sacarse de apuro, gracias a su profunda humildad, a su espíritu de fe y a su ardiente confianza filial para con la Santísima Virgen. Entre él y el Fundador hubo siempre relaciones de intenso afecto mutuo. (Cf. *Cartas*, I, páginas 260-261; Stanley, p. 49, nota 109.)

B. LAUGEAY.

1.º Retiros de 1823 y 1824.

2.º Bernardo Laugeay, S. M. (1796-1848), nació en Burdeos y en 1817 entró en la Congregación de la Magdalena. Se agregó a la Compañía de María en agosto de 1818, e hizo sus votos perpetuos en septiembre del mismo año con los siete primeros miembros de la Compañía. Dos años más tarde era enviado a Agen para abrir la primera escuela de la Compañía. El gran éxito obtenido por esta escuela, demostró al Fundador la fecundidad de este apostolado. Después de haber abierto una segunda escuela en Villeneuve (1823), fue enviado a abrir camino en Colmar, en 1824. Más tarde fundó sucesivamente escuelas en Sainte-Marie-aux Mines (1828), en Brusque (1842) y en Cordes (1844). M. Laugeay dejó en la Compañía la reputación de un religioso admirable por su bondad y su abnegación, sus modales amables y su vida profundamente religiosa. (Cf. *Cartas*, I, p. 262; Stanley, p. 51, nota 117.)

A. MARRES.

1.º Retiros 1823 y 1827.

2.º Antonio Marres, S. M. (1808-1855), nació en Nérac, cerca de Agen. Después de una corta estancia en el Seminario de Agen, entró en el Noviciado de la Compañía de María en San Lorenzo, y se contó entre el primer grupo enviado a Saint-Remy. Fue empleado primero como cocinero, y después como maestro en una de las clases inferiores. Se preocupó mucho de su vida interior y guardó un cuaderno muy interesante sobre su trabajo espiritual. Murió en Saint-Claude en 1855.

Su Director de Saint-Claude, le presenta como "un religioso muy bueno, de muy buen carácter, muy adelantado en la virtud". (Cf. Cartas, II, p. 381; Stanley, p. 52, nota 118.)

MOURAN.

1.^o Retiros de 1821.

2.^o El P. Mouran, antiguo lazarista, sacerdote de la diócesis de Agen, fue primero Director y después Superior del Seminario de Agen. Entró en contacto frecuente con el P. Chaminade por la Congregación de Agen de la cual era director. Fue Superior de la primera comunidad de Hijas de María Inmaculada e Agen y más tarde miembro afiliado de la Compañía de María figura familiar en los retiros anuales. (Cf. Cartas, I, pp. 113, 11 180, 375; Stanley, p. 50, nota 113.)

DOCUMENTOS ANONIMOS

1.^o **Retiro de 1821.** Siete hojas blancas, con cubierta azul. Hermosa escritura caligráfica, copia hecha de intento.

2.^o **Retiros de 1821 y 1822:** *Libro rojo* de Besançon, llamado también Manuscrito de Burdeos a causa de la inscripción Comunidad de Burdeos. Se trata en realidad de un cuaderno con cubierta en cuero, de 275 páginas, en el cual han sido copiadas las notas de los retiros de 1821 y 1822. El cuaderno, que actualmente está en los Archivos de la Compañía, proviene de la biblioteca del Cardenal Mathieu.

Este cuaderno lleva la siguiente inscripción de puño y letra del mismo Cardenal:

"Hermanos de María.
M. CHAMINADE 1821-1822
Ejercicios de retiros
dados a los Hermanos de María
en Burdeos en 1821 y 1822
por M. Chaminade, Superior
Fundador de su Comunidad."

3.º **Retiro de 1822:** Anónimo A.

4.º **Retiro de 1828:** Copia caligráfica.

5º **Retiro de 1829:** Copia caligráfica. Según el P. Klobb, se trata de: "Notas probablemente de un sacerdote del seminario de la Magdalena."

Fribourg, 29 de enero de 1964.-L. Pauels, S. M.

Sin fecha. CHAMINADE. (Autógrafo)

PLANES DE RETIROS DE M. CHAMINADE

1. Cf. también: Cartapacio 10, Retiros de 1816, 1817, 1818, 1834.

Id. 9, Cuaderno en cartón, n.º 2, pp. 1 y 2.

Notas de Instrucción: n.º 4, pp. 213-215.

n.º 5, pp. 123-124.

n.º 7, pp. 125-128.

n.º 8, pp. 189-212.

1. El fin del hombre.

2. Meditación: sobre la otra vida.

Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. (I Cor. 15, 19.)

3. La eternidad.

4. El pecado mortal.

5. La justicia de Dios en el castigo del pecado de los ángeles rebeldes y de nuestros primeros padres.

6. La muerte. Certeza e incertidumbre. Lo que hay de cierto en la muerte es espantoso; pero aún lo es más lo que hay de incierto.

Punto 1º

1. ¿Qué es la muerte en sí misma?-R.: El fin del cuerpo, el fin del tiempo, el fin del mundo.

2. ¿Qué es también la muerte?-R.: Separación, fin, aniquilamiento de todo; es el momento decisivo entre dos eternidades, sin esperanza de retorno y sin apelación. Del lado que caiga el árbol...*ibi erit.*

3. ¿Qué es la muerte? Es el fin de los pecados y de las buenas obras... Es el fin de la misericordia y el principio de la justicia.

4. ¿Qué es la muerte? R.:

- a) El momento en que se corre la cortina fatal que nos ocultaba la escena del mundo.
- b) En ese momento se desvelarán los errores y tinieblas de nuestra conciencia.
- c) Entonces se desenvolverán los objetos de la fe sobre todo en materia de moral.
- d) Entonces desaparecerán las ilusiones del amor propio que envuelven casi toda nuestra conducta.

Punto 2.º Incertidumbre de la muerte. ¿Cuándo, cómo, y en qué estado moriré?

Ejercicios de retiro.

2. 1. Importancia de la muerte. ¿Qué es la muerte?
2. La proximidad de la muerte. *Memor esto quoniam mors non tardat.* Eccl. 14, 12.
3. Necesidad de llevar una buena vida para lograr una buena muerte. El simple cristiano debe llevar una buena vida cristiana; el religioso debe llevar una buena vida cristiana y religiosa; el sacerdote, una buena vida sacerdotal.
4. Lo que sucede después de la muerte. Terribles juicios de Dios. Su equidad y su poder, motivo de terror. Enormidad del pecado. Sólo un infierno eterno puede ser adecuado castigo del pecado mortal. *Delicta quis intelligit?*
5. El Purgatorio. Pena de sentido y pena de daño.
6. El juicio particular, preparación a una buena confesión.
7. Necesidad de la contrición y del firme propósito.
8. La misericordia divina.
9. Uso del crucifijo. ¿Qué es un cristiano? ¿Qué es el bautismo?.
10. Significación del bautismo.
11. Efectos y obligaciones del bautismo.
12. Promesas del bautismo. (Sacado de la Rue y... No parece destinado a religiosos.)

Retiros.

3. División de los ejercicios. Los tres primeros versan sobre el conocimiento de Jesucristo; el 4.º, sobre la grandeza de Dios.

Ejercicio fundamental. *Haec est vita aeterna, etc.*

Ejercicio 1.º Grandeza de Dios. Creador, conservador, fin último Yo, y todo, venimos de Dios. Yo, y todo, estamos en Dios. Yo, y todo, somos para Dios. Yo, y todo, pertenecemos a Dios.

2.º ejercicio. Grandeza de Dios. Atributos del dominio divino: es esencial, eterno. Deberes que de ello derivan.

3.º ejercicio. Bondad de Dios: deber de agradecimiento. Deber del amor. (La Rue y el R. M., tomo IV, pág. 55; ver también tomo IV, p. 99, etc. Cualidades de nuestro amor a Dios, tomo..., p.75.

4.º y 5.º Dos ejercicios sobre el cielo.

6.º Misericordia de Dios. Dimensiones de ella. Confianza.

7.º Conocimiento de nosotros mismos. 1) ¿Qué es el hombre por su esencia? 2) ¿Qué es el hombre en el estado presente? Comparación del hombre con la grandeza y la bondad divina. Deber de humildad.

8.º ejercicio. Dos puntos: enormidad del pecado en si mismo; número y peso... ¿Quién soy yo que medito estas verdades? Número, peso y medida de mis bienes... Enormidad del pecado, t. III, pp. 356 y 403 y sgts.

9.º ejercicio. Justicia de Dios. Dos ejemplos: castigo de nuestros primeros padres y castigo de los ángeles. Orgullo del hombre, ¡qué crimen! Tomo I, p. 89, y II, p. 229.

10.º ejercicio. Justicia de Dios ejercida en el mundo. Diluvio universal, incendio de Sodoma... Castigos particulares... Crímenes que Dios castiga más especialmente: impureza... Monumentos de la justicia divina sobre la tierra. Cf. tomo II, p. 229.

11.º y 12.º ejercicios. Justicia de Dios en el otro mundo. Dos ejercicios sobre el infierno. Algunas palabras sobre el purgatorio, donde aparece tan terrible la justicia divina; pena de daño y de sentido. Dos motivos de contrición imperfecta. Tomo III, p. 410 y sgts.

13.º ejercicio. Fin o empleo del hombre sobre la tierra. Está en presencia de dos eternidades; la duración de la vida es corta; la muerte le persigue, etc. El hombre penetrándose del pensamiento de la muerte, tomo II, p. 284.

14.º ejercicio. Conocimiento de las criaturas. El hombre ocupa el lugar medio; ¿qué uso debe hacer de ellas? Las criaturas deben vengar la justicia de Dios contra los pecadores. Conflagración general del universo: *desiderium peccatorum peribit*.

15.º y 16.º ejercicios. Penitencia: dos ejercicios. Necesidad de una pronta penitencia. Frutos dignos de penitencia. Tomo II, p. 57. Tomo III, p. 69.

17.º ejercicio. Conocimiento de Jesucristo. Toda la divinidad está substancialmente en Jesucristo. Para conocer a Dios bien, hay que conocer a Jesucristo. Cuadro de las perfecciones de Jesucristo, tomos I y IV, p. 158.

18.º ejercicio. Grandeza, misericordia y justicia de Dios en la crucifixión de Jesucristo. Ver tomo II, p. 244 y los 4 párrafos del tomo IV, que comienzan en la p. 190.

4. Ejercicio fundamental. *Haec est vita, etc.* Ciencia de Dios y ciencia de Jesucristo.

Ciencia de Dios en tres de sus atributos, de los cuales derivan tres deberes: dependencia, agradecimiento y horror al pecado, para alejarse de él, y si se ha cometido para hacer penitencia.

Ciencia de Jesucristo, o del Verbo encarnado, en relación con nosotros. Designio de Dios en el misterio de la Encarnación, tomo I, p. 114.

Este doble conocimiento supone o nos conduce a otros dos conocimientos: conocimiento de nosotros mismos y conocimiento de las criaturas.

1. ¿Qué es el hombre por sí mismo o por su esencia? Mayor conocimiento que adquiriremos del ser divino y de su grandeza. Deber de la humildad. Por la religión nos mantenemos en la nada que nos corresponde por nuestra naturaleza.

2. ¿Qué es el hombre en el estado presente? *Duo mala habemus: iniquitatem et mortalitatem.* (S. Agustín.) ¿En qué estado me encuentro mientras medito estas verdades? Número, peso y

medida de mis iniquidades. Santidad de Dios. Dos consecuencias que hay que sacar de los dos números de la p. 194...; contra el orgullo; humildad; y del conocimiento de la enormidad de mis pecados, penitencia...

3. Prerrogativas con que Dios enriqueció al hombre cuando le dio el ser... Dignidad del hombre derivada de: 1) su destino, 2) de la Encarnación, 3) de la Eucaristía...

Consecuencias que hay que sacar de la excelencia del hombre
1. Hacer todos los esfuerzos posibles para recuperar la semejanza con Dios; 2. No subordinarse a las criaturas; 3. No adherirse más que a Dios para estar contento; 4. Trabajar para poseer el cielo por la práctica de las virtudes, etc.; 5. No vender su alma por un placer frívolo, p. 197.

4. Fin del hombre sobre la tierra... Conocimiento de las criaturas.

Se pueden considerar las criaturas, lo mismo que el hombre, en dos aspectos diferentes: en relación a lo que son por sí mismas y en relación a lo que son por la liberalidad de Dios, su Creador.

El uso que de ellas puede hacer el hombre, su soberano, atañe por igual al espíritu y al cuerpo, más aún a aquél que a éste. P. 206.

5. Perfecciones divinas.

1.^a Infinitud de Dios. *Magnus est et non habet finem. Magnitudinis eius non est finis* (Baruc. 3, 25 y Ps. 144, 3).

2.^a Incomprensibilidad de Dios. *Incomprehensibilis cogitatu.* Jer. 32, 29.

3.^a Fin último o suprema felicidad de la criatura racional. También Dios encuentra en sí su felicidad...

4.^a Grandeza o inmensidad de Dios. La grandeza de Dios puede tomarse de dos formas: 1. Por la elevación y excelencia de su ser, que le pone, no sólo por encima de todos los seres, sino por encima de toda inteligencia y de toda idea. Esta es su infinitud y su incomprensibilidad. 2. Por su inmensidad, por la cual, etc.

5.^a Poder de Dios que se manifiesta de tres modos. 1. Por las obras que hace. 2. Por la manera cómo las hace. 3. Por el modo como las conserva.

6.^a Sabiduría de Dios. Se manifiesta: 1. En que conoce todo. 2. En que lo dispone todo. 3. En que lleva todas las cosas a su fin.

7.^a Justicia de Dios. Tiene dos efectos: 1. Castigar el pecado. 2. Castigarlo con moderación.

8.^a Belleza...

9.^a Santidad...

10.^a Felicidad...

11.^a Eternidad.

Tres pláticas:

1.^a La partida de este mundo, tomo II, p. 326.

2.^a Vanidad del mundo, íd., p. 335.

3.^a La entrada en la eternidad, íd., p. 356.

Los motivos de contrición perfecta: tomo III, p. 321; e imperfecta, ídem, p. 401.

II

1809. CHAMINADE. (Lalanne) (14 años.)

CONFERENCIAS. INSTRUCCIONES PRELIMINARES

Notas tomadas en mi primer Retiro

Diversidad de nuestros destinos.

6. 1.^a conferencia.

No estamos todos destinados a alcanzar la misma perfección; algunos están destinados a cumplir solamente las leyes del Evangelio; otros deben practicar los preceptos y una parte de los consejos; otros deben cumplir los preceptos y los consejos.

Podemos darnos cuenta de nuestro destino por las circunstancias en las cuales nos encontramos y por las limitaciones de nuestra ignorancia que nos fuerzan a restringirnos o a abarcar más o menos.

Sin embargo, como por nuestras pasiones estamos poco capacitados para juzgar esto, es prudente y conveniente, poner la mira en la perfección mayor y hacer todo lo posible para alcanzarla; la alcanzaremos más o menos, según la voluntad de Dios.

Hay cuatro clases de consejos: el de retiro: Dejad a los muertos enterrar a los muertos; el de la castidad: Hay eunucos que a sí mismo se han hecho tales por el reino de los cielos; de pobreza: Vete, vende lo que tienes, y dáselo a los pobres, y ven y sígueme; el de obediencia: Si queréis entrar en el reino de los cielos, hacedos semejantes a los niños pequeños.

7. 2.^a conferencia: Los medios de conocer nuestra pasión dominante.

Nuestras pasiones son tan numerosas, algunas veces, y están tan enraizadas en nuestro corazón, que no acertamos a separarlas, ni sabemos cuál es la principal, hacia la cual debemos orientar nuestros esfuerzos. Las reglas siguientes podrán orientarnos en su búsqueda. La pasión dominante es el sentimiento que nos guía en la mayoría de nuestras acciones; es a la par el impulso de nuestros actos, el estímulo y la regla de nuestras obras. Un avaro, por

ejemplo, trabaja mucho. ¿Por qué? Por el dinero. ¿Qué cosa le anima, qué le alienta en su trabajo? El afán del dinero. ¿Cuáles son las reglas de su conducta? Todos cuantos medios pueden proporcionarle dinero. El dinero es pues, en este caso, lo que sirve de estímulo y de regla; y eso constituye su pasión dominante.

Si queremos averiguar nuestra pasión dominante, entremos en nosotros mismos y pongámonos estas tres preguntas: ¿Por qué hago esto? ¿Qué me anima a ello? ¿Cuál es la norma que me guía?

8. 3.^a conferencia. Diferentes clases de conciencia falseada.

Hay diversas clases de conciencia falseada. Podemos enumerar seis: apasionada, errónea, supersticiosa, escrupulosa, relajada y dudosa.

La conciencia apasionada, es la que guiada por la pasión juzga de nuestras acciones con parcialidad y mal; así se juzga mal de las cosas que se desean con ardor; por esto las leyes mandan que el juez no tenga la conciencia prevenida o apasionada, porque en ese caso juzgará siempre en favor de aquel por el que tiene afecto.

Para remedio de esto hay que acostumbrarse a no dejarse llevar por prejuicios, sino examinar bien los casos.

La conciencia errónea es aquella que aun razonando mucho sobre sus actos, se pierde en sus razonamientos, tomando el mal por el bien y el bien por el mal. Este tipo de conciencia ha creado los herejes.

Para remediar esto hay que suprimir el deseo excesivo de razonar, obrar con sencillez en todas sus acciones conformándose con la ley; y tomar, finalmente, consejo en caso de duda.

La conciencia supersticiosa es aquella que aplicándose a las cosas pequeñas, descuida las grandes; cree obrar rectamente practicando ciertas cosas llamativas y descuida lo esencial. Se la llama también conciencia farisaica, porque era característica de los fariseos; aun hoy día la tienen muchos cristianos y sobre todo las mujeres.

Como remedio hay que cumplir la ley en todos sus puntos, y primero en lo esencial; si no se conocen bien estas obligaciones hay

que instruirse, ya por medio de libros ya por instrucciones pastorales.

9. 4.^a conferencia. La conciencia dudosa es la que está indecisa entre dos objetos:

Esto proviene ordinariamente de que uno de ellos está halagado por la pasión y el otro por la ley de Dios, de suerte que se ve bien que uno de los partidos presenta buenas razones para abrazarle, pero el otro agrada también y se siente dificultad en abandonarlo, buscando razones en su apoyo y así se vacila sin cesar. Esto puede provenir sea de la existencia de una pasión, y entonces es muy necesaria la oración, sea de la prevención del ánimo por una cosa y entonces es necesario combatir la pasión que causa esta prevención, sea que proceda o de la ignorancia, y entonces es una duda de buena fe, y hay que consultar a un confesor ilustrado.

La conciencia laxa es la que se abstiene del deber por pretextos ligeros, permitiéndose muchas cosas prohibidas; es esta conciencia laxa la que nutre en todo tiempo la categoría de las personas mundanas que pasan por personas honradas.

La buena voluntad, la constancia, el fervor, son los remedios de una conciencia relajada.

10. 5.^a conferencia. La conciencia escrupulosa

es la que con apariencias o motivos ligeros se asusta, se turba y cree haber pecado donde no lo hay. No se debe confundir la delicadeza de conciencia con el escrúpulo; uno y otro versan, es verdad, sobre cosas poco esenciales, sobre pecados muy veniales. Pero la conciencia delicada va sin turbación y está llena de consuelo. Guiados por ella se avanza cada vez más en la virtud, y se cae en la tibieza si se relaja.

En cuanto a la conciencia escrupulosa, va acompañada de turbación; a veces se espanta de las venganzas divinas; no se adelanta nada en la virtud, pero si se abandona el escrúpulo, aunque al principio queda uno turbado, después se vive en gran paz.

Para remediar el escrúpulo hay que averiguar el origen del mal. Este puede provenir:

1. De la ignorancia: su remedio es la instrucción, ya por medio de libros, ya por los consejos de un sabio Director, al que se somete con docilidad y obediencia.

2. De la debilidad: su remedio es la confianza en Dios y cuanto puede llevar a ella.

3. Del orgullo. (Este nos lleva a hacer demasiado, a emprender demasiadas cosas, a pretender ser más perfectos que lo que nos permiten nuestras fuerzas). El remedio es la humildad. (Esta hace que el hombre se reconozca como pecador, y débil, y que no aspire más que al grado de virtud a que el Creador le ha destinado.)

11. 6.^a conferencia. El combate espiritual y sus armas.

Ninguno será coronado si no ha combatido bien. Acordémonos de que formamos parte de la Iglesia militante, que el reino de los cielos se nos da como una corona, y una recompensa que es preciso ganar.

El combate espiritual consiste en la defensa contra toda suerte de tentaciones y en el ataque que llevaremos a cabo contra nuestras pasiones.

En este combate tenemos que tener en cuenta: las armas con las que hay que combatir; las reglas que hay que seguir en el manejo de ellas; el término de este combate como vencedores o vencidos y, finalmente, el orden de este combate.

Las armas. Son cinco; cuatro en nosotros y una exterior a nosotros. Las cuatro interiores son:

1. *Desconfianza* en nosotros mismos, que adquirimos por el perfecto conocimiento de nuestra debilidad.

2. *Confianza* en Dios, que fundamos en el conocimiento de la bondad y omnipotencia de Dios y de los bienes que nos ha hecho.

3. *El buen uso* de nuestras potencias, tanto de nuestro cuerpo como de nuestra alma: estas facultades son: nuestro entendimiento y nuestra voluntad, nuestras pasiones, nuestros sentidos, nuestras palabras, los movimientos de nuestro cuerpo, nuestras funciones naturales.

a) *Nuestro entendimiento*: debe estar exento de ignorancia y de curiosidad.

b) *Nuestra voluntad*: ha de dirigirse hacia nuestro último fin: la gloria de Dios, y que todas nuestras acciones sean causadas y excitadas por el sentimiento de la gloria de Dios.

c) *Nuestras pasiones*: hay que vencerlas y reemplazarlas por las virtudes.

d) *Nuestros sentidos*, apartándolos de toda impresión voluptuosa y dirigiéndolos hacia Dios, encontrando en cuanto nos rodea elementos que nos manifiestan su gloria, nos recuerdan sus beneficios y nuestras faltas o nuestros deberes morales.

12. 7.^a conferencia (continuación).

e) *Nuestras palabras*: hablar poco y bien. Decir sólo lo que es preciso y si lo hacemos así jamás hablaremos mucho.

f) *Los movimientos* de nuestro cuerpo. Deben ser moderados y que la vivacidad de nuestros actos no cause preocupación en nuestro espíritu.

g) *Nuestras funciones* naturales: regular nuestras comidas, nuestro sueño: ni el ocioso ni el glotón serán nunca cristianos.

La Oración.

13. Se reza a Dios, a la Santísima Virgen o a los santos, ya con la boca, ya con el corazón, o el espíritu, es decir con oración vocal o con oración mental o meditación.

Cualquiera que sea la forma de oración debe regularsela antes, durante y después.

Antes. Por una preparación remota que consiste en el recogimiento, etc., manteniendo algún tiempo antes de la oración; por una preparación próxima, que consiste en la elección del asunto; por una preparación inmediata, que consiste en el sentimiento de la presencia de Dios, conocimiento de sus necesidades y de su indignidad, y por la confianza en Dios.

Durante, estando atento ya sea con el espíritu, dándose cuenta de lo que se dice, ya sea con el corazón, consintiendo en ello.

Después, hay que tomar resoluciones razonables y humildes, es decir apoyadas, no sobre nosotros, sino sobre Dios; hace falta hacer a continuación el examen de la oración para ver los defectos que se han deslizado en ella y la aplicación de la oración a las acciones del día.

14. 8.ª conferencia (continuación).

Tales son las armas que hay en nosotros; hay una que es exterior a nosotros: es el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Hay dos clases de comunión igualmente provechosas: la comunión espiritual y la comunión sacramental. Para que las dos puedan aprovechar en el combate espiritual deben ser frecuentes y bien hechas.

Para comulgar bien debe saberse lo que hay que hacer antes, durante y después de la comunión.

Antes de la comunión hay que estar confesado y absuelto de todos sus pecados; detestar las pasiones por el obstáculo que oponen a Jesús presente en la Sagrada Eucaristía y formar la firme resolución de combatirlas y el deseo de comulgar, el cual será tanto mayor cuanto más intenso sea el odio hacia nuestras pasiones. A este sentimiento esencial hay que añadir oraciones, buenas obras, el recogimiento en el tiempo que precede, actos de fe, confianza y amor y sobre todo de ofrecimiento y humildad.

Durante la comunión hace falta avivar tanto cuanto lo permita la gracia estos mismos sentimientos de espíritu y de corazón.

Después de la comunión, hay que entrar en sí mismo y considerar el acto que se acaba de realizar, sacando de esta consideración, sentimientos tan vivos como sea posible, de amor, agradecimiento y buenos propósitos. Hay que aprovechar después estos felices momentos para pedir al Señor, con humildad y confianza, las gracias que necesitamos; luego si se tiene algún caso de conciencia, se decidirá en presencia del Señor y con su ayuda. Además de esto se harán oraciones, se ofrecerán buenas obras, en recuerdo y agradecimiento por el favor recibido. La comunión espiritual se hará, en compendio, de la misma manera.

Nota bene.-La frecuencia del Sacramento de la Eucaristía supone la recepción de la Penitencia. Este sacramento por la unión con el anterior, cuenta entre las armas espirituales. Para recibirlo

dignamente hay que considerar las condiciones requeridas antes, durante y después.

1. Antes, elección de un confesor ilustrado y virtuoso y examen de conciencia.

2. Durante. Acusación completa de los pecados; contrición interior, sobrenatural, soberana y universal.

3. Después. Buen propósito y satisfacción, sea por la penitencia sea por la reparación.

15. 9.^a conferencia. Las leyes del combate.

No basta combatir; hay que hacerlo conforme a las reglas del combate. De acuerdo con estas reglas el combate debe ser:

1. Continuo comprende todas las horas, todos los días, toda la vida.

2. Tenaz, volviendo siempre a cargar al enemigo con nueva fuerza.

3. Interior, dirigido contra nuestras pasiones que son nuestros enemigos interiores.

4. Exterior, contra el demonio y el mundo que excitan nuestras pasiones por las impresiones de nuestros sentidos.

5. Ordenado, según un orden establecido del que hablaremos más tarde.

16. 10.^a conferencia. Consecuencias del combate.

Las consecuencias del combate son la victoria o la derrota. Hay que asegurar la primera y reparar la segunda.

1. Cuando se ha derrotado al enemigo no hay que detenerse para tomar aliento ni para considerar su victoria. Durante esta relajación del combate, el enemigo, difícilmente tenido a raya, se rebelaría y se correría el riesgo de perder, tal vez, la batalla, derrotado por aquél a quien se creía haber ya vencido. Sigamos el ejemplo de los guerreros: cuando han vencido a un enemigo lo encadenan. En cuanto a nosotros crucifiquemos a nuestro enemigo, atémosle a la cruz y mejor, si queremos ser prudentes, clavémosle en ella.

Esto quiere decir que siendo nosotros mismos nuestros enemigos (ya que el demonio no obra en nosotros sin nosotros), debemos crucificarnos a nosotros mismos, crucificar nuestros sentidos, nuestras inclinaciones, nuestros gustos, nuestra carne y nuestro espíritu, por la mortificación, la penitencia y las virtudes evangélicas.

No nos contentemos con atarnos a la cruz con ligaduras, es decir, con resoluciones; fijémonos en ella por clavos, es decir por votos; las resoluciones son fáciles de desatar; los votos también pueden romperse, pero ¿hasta dónde hay que haber llegado en el crimen para hacerlo?

2. En cuanto a nuestras derrotas hay que repararlas y prevenir las recaídas; para ello consideraremos las causas y los efectos. En el primer caso sabemos contra quién y cómo hemos pecado y cómo debemos reparar nuestras ofensas.

En el segundo tomemos tiempo para reflexionar en los medios que debemos emplear para destruir estas causas, cuando se presenten de nuevo.

17. 11.^a conferencia. El orden en el combate.

Hay que empezar el combate desde la mañana, por una victoria contra el demonio de la pereza saltando de la cama en seguida que ha llegado la hora. Inmediatamente hay que empuñar las armas de la desconfianza y de la confianza, es decir, animarse a estos sentimientos por las razones que a ellos nos llevan; después se pasa a la oración mental y vocal, teniendo cuidado de observar las condiciones requeridas. Antes de comenzar el trabajo del día hay que recordar las resoluciones tomadas, el bien que se ha de hacer y el mal que se ha de evitar.

Durante el curso del día hay que detenerse de vez en cuando para orientar su corazón y sus actos a Dios, poner en Él toda nuestra confianza y desconfiar de nosotros mismos.

No hay que distraerse, mantenerse recogido y en silencio. El poco cuidado del silencio y la falta de recogimiento destruye el espíritu de piedad.

Tampoco hay que estar ocioso; nuestro tiempo es muy precioso y la ociosidad es madre de todos los vicios.

Hay que ser moderado en todo y tenerlo todo regulado: nuestras diversiones, nuestro trabajo, nuestras comidas, nuestro sueño, nuestras oraciones, nuestras penitencias, etc.

Si por falta de alguna de estas precauciones, nos atacase nuestro enemigo, el más seguro medio de vencerle es implorar el auxilio de Dios con espíritu de humildad y con el sentimiento de nuestra debilidad. Pero no hay que limitarse a la defensiva; hay que volverse contra el enemigo o la pasión que nos atacan, examinarla, razonarla, hasta que quede deshecha. (La impureza es excepción: sólo hay que rechazarla.)

La impureza se combate con la huida y la oración; pero hay que precaverse más contra ella. El que come poco, duerme poco y trabaja mucho, rara vez tiene tentaciones de impureza.

Cuando las tentaciones son fuertes no hay que vacilar en mortificar su carne y tomar algunos medios que produzcan un dolor bastante fuerte para hacer desaparecer la tentación.

El combate del día se termina por la oración mental y vocal de la noche. A ello se añade un examen de conciencia en el cual se recuerdan los pecados del día, se toman los medios de evitarlos en adelante y se excita uno a la contrición de los mismos.

III

1813. CHAMINADE. (Lalanne)

RETIROS

1.^a meditación.

18. *Credo in Deum*. Creer en Dios no es sólo creer que hay un Dios o creer a Dios; es todo esto y algo más; creer que hay un Dios es creer en su existencia; creer a Dios es poner su confianza en Él, pero creer en Dios es a la vez creer en su existencia, poner en Él su esperanza y reconocer la dependencia en la que estamos de su suprema majestad.

Creer en Dios es hacer un acto de fe, de esperanza y de caridad; de fe, reconociendo que existe; de esperanza fiándose de Él; de caridad, dándole su amor y declarándose su servidor y su adorador.

Comencemos por decir que es preciso que no tomemos estas palabras: Creo en Dios, como una simple profesión de fe: Creo en Dios, es decir, creo que existe un Dios, cuyas perfecciones infinitas merecen mi adoración; creo en Dios, Soberano de quien dependen mis destinos; creo que soy su propiedad, que le pertenezco, que soy una cosa de Dios, un bien suyo, que no puedo enajenar y que lo profano cediendo a mis pasiones, al mundo, o a las vanidades del siglo.

19. Creo en Dios y mi fe se apoya en mi razón. No tengo más que reflexionar de buena fe y advierto en todos los seres de la naturaleza, la manifestación de un Dios Creador, de un Dios que queriendo hacerse conocer de nosotros ha escrito su nombre y sus atributos sobre el gran libro de la naturaleza y junto a esta intención de Dios de manifestarse, adivino el fin de esta manifestación; quiere que yo le conozca, le sirva y crea en Él.

Contemplo las bellezas, las maravillas del universo; comprendo la combinación de estas relaciones sublimes y me digo con el profeta Isaías que Dios ha hecho y sostiene el mundo con tres dedos. Su sabiduría que ha trazado el plan, su bondad que ha querido su ejecución, su omnipotencia que me hace caer a sus pies.

Ya no creo en mí, ni creo en el mundo, pero creo en Dios.

No me adoro a mí mismo, no adoro ya al mundo, pero adoro a Dios.

No me pertenezco, ni pertenezco al mundo, pero pertenezco a Dios.

No me amo ya, no amo al mundo, pero amo a Dios, porque yo no soy el ser ni lo es el mundo, pero Dios es el que es y sólo Él merece el amor, la confianza y la adoración: Creo en Dios.

2.ª Meditación

20. Creo en ese Dios que se ha manifestado a los hombres por la obra de sus manos.

Coeli enarrant gloriam Dei et opera manuum eius annuntiat firmamentum.

¡Oh cielos!, magnífica bóveda cuyo sublime velo se despliega por encima de nuestras cabezas con tanta majestad, ¿quién os ha formado, qué mano os ha suspendido, quién ha sembrado las estrellas en vuestra vasta extensión; quién ha pintado vuestro azul; quién ha puesto en los fuegos con que brilláis esa centelleante claridad cuyos rayos encantan nuestros ojos? El nombre del Dios todopoderoso está escrito con letras de fuego.

¡Oh cielos, brilláis con la gloria de Dios! ¡Qué grande, qué glorioso es el Creador de la luz! ¡Cuán grande es ese Dios que ha sembrado esos mundos innumerables, que ha combinado con tanta sabiduría sus distancias, sus volúmenes, su carrera, su velocidad. Creo en este gran Dios y me estimo muy feliz de creer en Él.

Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam.

¡Qué admirable esta sucesión de las noches y de los días! Se suceden pero no se parecen. ¿Quién ha calculado con tanta exactitud su duración que nunca es igual; sus revoluciones que jamás ofrecen el mismo espectáculo; las relaciones de sus variaciones con las necesidades de toda la naturaleza? ¡Días y noches cuán elocuente es vuestra voz! Publicáis al mundo entero que hay un Dios y ya sea que la noche suceda al día, ya sea que el día siga a la noche, estos dos coros de alabanzas a la gloria de Dios nos fuerzan a adorarle con vosotros.

21. *Non sunt loquelaе neque sermones quorum non audiantur voces eorum.*

No, Dios mío, no hay lengua ni nación que no entienda el lenguaje con el que habéis hablado a los hombres; os habéis servido de palabras únicas, de palabras exclusivas vuestras, que todos comprendemos; habéis impreso vuestro nombre con caracteres dignos de vuestro nombre, de vuestra bondad, de vuestra potencia, de vuestra sabiduría y de todos vuestros atributos sobre todas las criaturas de la tierra; no hay ningún pueblo bajo el cielo que no reconozca vuestra mano soberana en esta obra sublime.

22. Posuit in sole tabernaculum suum.

¿Qué cosa más digna de ser vuestro tabernáculo que este astro brillante y glorioso, el más bello ornato de la bóveda celeste; ¿qué cosa más digna de servir de trono de Dios bienhechor que este sol que esparce por toda la naturaleza su fecundidad, que todo lo hace florecer, vivir, crecer y multiplicarse? ¿Qué figura más elocuente de un Dios de amor que ese fuego que todo lo calienta? ¿Qué figura más exacta de un Dios-Luz, que este océano de luz? ¡Qué signo de vuestro poder este ser capaz de quemarlo todo y de consumirlo todo! ...*Et ipse tanquam sponsus procedens de thalamo suo...*

¡Cuán hermoso es el sol al levantarse! ¡Qué testimonio da a la existencia, y a la grandeza del ser que le ha creado! ¡Qué momento más propicio para caer prosternado ante Dios, para creer en Él, este triunfo del sol!

Exultavit ut gigas ad currendam viam.

¡Cuán radiante se muestra, cómo esparce la alegría por toda la naturaleza! ¡Con qué rapidez vuela por el espacio inmenso de los cielos. *A summo coelo egressio ejus, et occursus ejus usque ad summum ejus, nec est qui se abscondat a calore ejus.*

Parte de un punto del cielo, va, vuela, e ilumina todo, lo calienta todo y vuelve al mismo punto para comenzar de nuevo su carrera; y así miles de años, sin cambiar.

3.ª Meditación

23. Lex Domini immaculata convertens animas.

Mientras que el universo entero nos está clamando: "cree en Dios", otra voz también, dentro de nosotros, nos responde: "cree en Dios."

Esta voz es la ley que Dios ha puesto en nosotros; es la ley del bien y del mal, esa ley natural grabada en nuestros corazones; ley pura, la cual, si el pecado no alterase nuestras almas, sería un guía seguro para nosotros; ley pura que, cuando se la escucha, no puede sufrir nada malo; ley, por último, que convierte a las almas que quieren escucharla.

Justitiae Domini laetificantes corda.

La ley del Señor en nosotros es un juez que nos recompensa cuando hacemos el bien y que alegra nuestra alma.

Praeceptum Domini lucidum, illuminans oculos.

La ley del Señor es un cuerpo de preceptos, bien claros y distintos, que llevan la luz a nuestras almas.

Timor Domini sanctus manet in aeternum.

La ley que llevamos dentro de nosotros pone en nuestra alma esa impronta del temor de los juicios de Dios, que es el comienzo de la sabiduría; temor santo cuyos efectos se prolongan hasta la eternidad.

Esta ley que el Señor ha puesto en nosotros es un testimonio vivo dentro de nosotros que nos grita incesantemente: "cree en Dios."

4.ª Meditación

24. Testimonium Domini fidele, sapientiam praestans parvulis.

La ley es, en nuestro interior, un testimonio continuo de nuestras acciones y tal testimonio es de Dios, ya que Él lo puso en nosotros; por Él vive en nuestro corazón y se manifiesta en Él.

Este testimonio es fiel y, si le escuchamos, nos llevará al conocimiento cierto de todas nuestras acciones; al fijarnos en la respuesta que nos da podemos hacer de ella la regla de nuestras costumbres. Si esta voz no es fiel en todos los hombres, si, incluso, hay que buscarla para conocerla, es que el pecado corrompió nuestra alma y porque ese testimonio del Señor se borró o más bien se debilitó, ya que para desgracia del pecador culpable, no se borra jamás; su voz es la conciencia del justo y su consuelo, así como también el remordimiento del pecador es su desolación.

El testimonio del Señor nos indica cuanto está preceptuado en los Mandamientos de Dios. Dios, al ver que el pecado había borrado su ley de nuestro corazón y que la recaída nos impedía para siempre jamás poder leerla, se dignó escribirla. El mismo de modo que la mostrase a los ojos de nuestro cuerpo; el Decálogo que dio sobre el Monte Sinaí no es más que la copia de la ley puesta en nuestro corazón.

Por muy ciegos que seamos, encontramos, sin embargo, que nuestro corazón responde a los Mandamientos de Dios y notamos, dentro de nosotros, leyes preexistentes, a las que leemos; pero que hasta entonces no las habíamos visto.

Apliquemos, pues, a este testimonio todas nuestras acciones pasadas y hagamos, sobre los artículos de la Ley de Dios, un examen, guiados por el testimonio de esta ley que hay dentro de nosotros.

5.ª Meditación

25. Dios es el que es. Es el ser de los seres; el ser por excelencia. No puede uno engañarse cuando dice que *es lo que es*, porque Él sí tiene una existencia independiente, absoluta; todos los demás seres no viven y existen más que por Él. En esto consiste el que sea ser de los seres: en que existimos en Él y por Él. Si dejara de ser, también nosotros dejaríamos de existir.

Dios es el ser eterno y el único ser eterno; su eternidad está ligada a su existencia necesaria y no se puede concebir un ser que exista por sí mismo y que no sea eterno, sin principio y sin fin, del mismo modo que se concibe que un ser secundario creado, dependiente del gran ser, no puede ser eterno. ¡Qué grande es esta eternidad! ¡De qué majestad reviste al Ser Supremo! Todo pasa, se marchita y desaparece en poco tiempo. Vos solo, Dios mío, no conocéis estas mudanzas y todos los siglos están ante Vos, todos al mismo tiempo y siempre. El pasado y el futuro están presentes para Vos.

26. Dios es el ser todopoderoso. Todo lo puede; su poder sin límites, como su ser y su duración, actúan sobre todos los seres secundarios de una manera tan poderosa, que es superior a ellos, tanto como la existencia real es superior a la nada. Estos seres, por

el contrario, no pueden nada sobre sí mismos por lo mismo que no tienen existencia esencial y dependiente de sí mismos.

Dios es el ser inmenso. Lo es por su presencia universal en todos los lugares en general y en cada uno en particular. Está en todas partes y su inmensidad por excelencia penetra en los espíritus en la materia, todo lo vivifica, todo lo sostiene y todo lo anima, no puede ser de otro modo ya que Él es el que es y nada existe sino en Él.

Venite, adoremus... prosternémonos... Que saquemos de nuestra misma flaqueza un homenaje glorioso a la divinidad. Ya que existimos más que por Él, llevemos su yugo y que sea para nosotros un placer y un deber el no tener otra voluntad que la suya. Ya que no existimos más que con Él, no hagamos nada sin Él, si modelar nuestra conducta por sus leyes. Ya que no existimos más que en Él, unidos a Él nada hagamos indigno de su majestad suprema. Si nos pusiéramos en nuestro lugar, si comprendiésemos bien que no somos nada y que Dios lo es todo, ¡cuáles serían entonces nuestros homenajes! ¡Qué santidad brillaría en todas nuestras acciones si las hiciésemos sólo por Dios, con Dios y en Dios! Tal es colmo de la perfección cristiana que la cruz de Jesucristo nos logrará si trabajamos con valor.

6.ª Meditación

27. No sólo Dios se manifiesta a los hombres por su ley, por la naturaleza, sino que este gran Dios se ha manifestado de una manera mucho más digna de Él por medio de Jesucristo.

El mismo salmo que nos ha servido para meditar las maravillas de la naturaleza y la ley del Señor, nos va a servir para meditar las maravillas de la publicación, de la manifestación de Cristo por sus Apóstoles y por sí mismo.

Coeli enarrant gloriam Dei, etc.: Los apóstoles son verdaderos cielos. Las virtudes que adornan su corazón puro son más brillantes que las estrellas que destacan en el azul de los cielos. En este cuerpo terreno y material, su sabiduría brilla como las estrellas a través de las sombras de la noche; su corazón es grande, vasto y noble como la bóveda del Cielo; quien hace de esta bóveda un escabel para sus pies habita en su corazón y ha colocado su omnipotencia entre sus manos. Caminan por la tierra anunciándole

y publicándole. Para ellos, todos los días y todas las noches están iluminadas; cada día enseña una nueva cosa, al día siguiente y cada noche, a la noche siguiente. Sus palabras resuenan hasta el extremo del mundo. San Pablo dice de ellos que "su voz ha llegado hasta las extremidades de la tierra: *in omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum. In sole posuit tabernaculum suum.*" Dios ha puesto su majestad, su belleza, su brillo y su poder en su Hijo querido, ese sol y esa alma del mundo; este océano de luz espiritual, este fuego que ha abrasado toda la tierra; Nuestro Señor ha avanzado lleno de alegría para recorrer su carrera terrena; ha marchado a pasos de gigante, yendo de la tierra al Cielo, dejando en sus huellas trazado el camino del Cielo; ha derramado, en donde quiera que ha pasado, su amor que lo ha calentado todo.

Ha avanzado como un esposo que sale de su cámara nupcial para llevar a la misma a su esposa; ha salido del Cielo y ha venido a formar a la Iglesia, su esposa, en la tierra; le ha legado su sangre y los méritos de su cruz y ha regresado al Cielo: *A summo coelo egressio ejus et occursus ejus usque ad summum ejus.*

7.ª Meditación

28. La manifestación de Dios por Jesucristo nos ha traído una ley nueva: una ley de amor, una ley de gracia...

Su manifestación por la naturaleza nos ha dado la ley natural, que bastaba para nuestra salvación en el estado natural de gracia antes del pecado original.

Su manifestación por la Sagrada Escritura nos ha dado la ley escrita que trazaba ante nuestros ojos lo que en la ley natural se encontraba en nuestro corazón. Sin embargo, esta ley no iba acompañada de bastante fuerza de corazón, de bastante capacidad para hacer el bien; era un tirano, si podemos hablar así, una ley de temor que obligaba con un rigor literal.

Pero Jesucristo vino a traernos una ley nueva, y esta ley la ha acompañado de los méritos de su Encarnación, de su vida y de su cruz; la ha acompañado de una gracia que nos da la fuerza para practicarla; de una gracia que nos la hace amar y que hace de esta ley, una ley de gracia, ya sea porque es una gracia que Dios nos ha concedido dándonosla, ya sea porque su ejecución va acompañada

de gracias. Esta ley es una ley de amor porque la gracia, que acompaña a su cumplimiento, nos hace amar, tanto a ella misma como a su Autor, haciéndonos susceptibles de tanta mayor perfección en su cumplimiento y fidelidad cuanto mayor gracia nos es particularmente concedida.

Por este motivo, la ley de gracia hace más santos y santos más perfectos que la ley antigua. Por eso mismo también, la ley de gracia exige de nosotros más que la Ley antigua.

29. EN LA ANTIGUA LEY: EN LA LEY DE GRACIA:

- | | |
|--|--|
| <ol style="list-style-type: none">1. No matarás, y quien mate merecerá ser condenado en juicio.2. No cometeréis adulterio.3. Quien quiera despachar a su mujer, dele un libelo de repudio.4. No juréis, sino cumplid para con el Señor los juramentos que hagáis.5. Ojo por ojo y diente por diente. | <ol style="list-style-type: none">1. Quien se encoleriza contra su hermano merecerá ser condenado en el juicio; el que diga a su hermano <i>raca</i>, merecerá ser condenado por el consejo, y quien le llame <i>loco</i> merecerá ser condenado al fuego del infierno.2. Quien mira a una mujer para desearla, ya cometió el adulterio en su corazón.3. Quien despide a su mujer -si no es en caso de adulterio- la hace adúltera, y quien la desposare, también comete adulterio.4. Pero yo os digo que no juréis de modo alguno, sino que vuestro modo de hablar5. No resistáis a quien os maltrate. Si alguno te da una bofetada en una mejilla, pon la otra... Dad a quien os pida. |
|--|--|

6. Amaréis a vuestro prójimo y aborreceréis a vuestro enemigo

6. Amad a vuestros enemigos; haced bien a quienes os aborrecen.

30. Amemos, pues, la ley de Jesucristo, esta ley de amor que calienta el alma; esta ley de gracia que la colma de bien y de consuelo.

Lex Domini immaculata. ¡Qué pura es esta ley! Es mucho más pura que la antigua... llega al fondo de las almas y su sola predicación ha convertido a millares y millones de cristianos. El nombre de Jesucristo y su cruz eran la espada de los apóstoles, tan poderoso para derribar a los ídolos como la espada de Gedeón para hacer trizas a los amonitas y a sus aliados... Es un testimonio que el Señor tributará a sus santos. La ley les juzgará incluso en esta vida; pero sólo se manifestará a quienes sean pequeños, y para ello nos da la gracia de poder serlo. *Sapientiam praestans parvulis.* Seamos pequeños; que nuestra nada se abata ante el Dios todopoderoso, eterno, ser de seres, Dios inmenso.

31. La justicia recta: precepto claro y distinto que da al alma alegría y claridad; y al espíritu la luz de la verdad y de la fe, inspirando un temor saludable de Dios que lleva a la eternidad; sus juicios verdaderos y justos se verifican por sí mismos. Su claridad, su belleza y su grandeza son las prendas ciertas de su divinidad. La moral del Evangelio es tan bella que constituye el testimonio más cierto de nuestra fe acerca de su autor y de su revelación divina.

Vosotros, santos; vosotros los de puro corazón; vosotros a quienes éxtasis inefables y consuelos indecibles elevan hasta el tercer Cielo; vosotros sabéis cómo el cumplimiento fiel de esta ley divina está incomparablemente por encima de todas las riquezas de la tierra, por encima de todos los placeres del mundo. Tanto como el alma está por encima del cuerpo, otro tanto su dicha por el cumplimiento de la ley divina está por encima de los placeres de los sentidos.

Sed mi regla, ley de Jesucristo, mi placer y mi amor; que no ponga mi gloria sino en la vuestra. Que, contento con servirlos, no piense en ningún otro placer y que sacrifique mi voluntad para seguir vuestros mandamientos.

8.ª meditación

32. Justicia y misericordia. Quien la conoce, conoce a Dios, le sirve, espera en él y le ama.

La justicia de Dios es terrible en sus castigos, en su eternidad y en su infalibilidad; castigará todo pecado. Lucifer pecó. ¡Qué pecado y qué castigo!

Adán pecó. Y Caín también pecó. ¡Qué castigo recibieron! ¡El diluvio testigo de la justicia divina! Sodoma y Gomorra: mostrad vuestras cenizas. Egipcios: mostrad vuestras plagas. Israelitas: enseñadnos vuestros hierros.

¡Oh cruz! Víctima de la justicia divina, Jesús muere por la redención del mundo, para satisfacer, en lugar nuestro, la ira de Dios. ¡Qué terrible es esta justicia todopoderosa! ¡Cuánto tiene de qué espantarnos!

33. Pero, al mismo tiempo, la misericordia divina viene a consolar al culpable. Esta misericordia templada su justicia; tanto como ésta es terrible y espantosa, tanto su misericordia es consoladora para el pecador y para todos los hombres. Sin vuestra misericordia, Señor, ¿qué sería de nosotros?

La misericordia de Dios es un efecto de su bondad y de una generosidad digna de Él; si nosotros nos vengamos tan fácilmente es porque somos débiles; pero el Gran Ser, grande bajo todos sus aspectos, perdona con una generosidad infinita las ofensas personales que le hacemos.

La misericordia divina es infinita en largura, altura y profundidad. ¿Cómo es de grande la misericordia de Dios? Como es de grande la esencia de su naturaleza; es eterna como ella. Desde que Dios es Dios, es misericordioso y en el infierno mismo su misericordia templará los tormentos que su justicia haya infligido. Una prueba concluyente de la misericordia divina, de la longanimidad de su misericordia es nuestra existencia; no existiríamos si la misericordia del Señor no nos perdonara los pecados.

¡Qué vasta es la misericordia de Dios! Se extiende a todas partes, a todos los lugares del mundo, a todos los pecadores de la tierra y a todos los pecados de todos los hombres.

¡Qué altura! ¡Oh pecado! Por muy grande que seas, la misericordia que te perdona es mayor que tú. Por muy ingrato que se manifieste el pecador, el Señor aparece todavía más generoso.

34. ¡Qué profundidad! ¡Oh cruz, obra maestra de la misericordia divina! Hasta ese extremo ha llevado Dios su misericordia: hasta el aniquilamiento de su ser: *exinanivit*. Pecador: haz un llamamiento a la cruz y a la misericordia y que, a la vista de ellas, tu confianza vuelva a nacer.

No hay que llamarse a engaño: la justicia divina expía, en la cruz, los pecados de los hombres; pero por su misericordia, Dios se ha sometido a este gran sacrificio y, si ha ejercido su justicia sobre Él, es para poder perdonarnos, para usar de misericordia, sin herir esta justicia satisfecha por la cruz, de tal modo que se puede llamar a la cruz "la víctima de la justicia y la fuente de la misericordia".

9.ª meditación

35. La manifestación de Dios nos lleva a la fe por medio de la razón; pero esta fe, que la razón nos da, no nos salvará; incluso es muy limitada; convence, sí, nuestro entendimiento pero no calienta nuestro corazón. No habla el Apóstol de ella cuando dice: *fidei filii estis*. Esa no es la fe que nos hace cristianos y que nos engendra en Jesucristo.

La verdadera fe es un don de Dios. Pidamos, pues, con constancia esa fe viva, ardiente, esa fe de amor. Pero cuando nos la dé, no nos pongamos a medirla, sino seamos mejores cumpliendo sus mandamientos para lograrla y seamos fieles cuando la tengamos, ya que ser fiel es obrar según este don de la fe.

La fe es una luz de Dios: *ostende nobis, Domine, faciem tuam et salvi erimus*: "enséñanos, Señor, tu rostro y nos salvaremos"; esa antorcha llena de vida nos animará y correremos en el camino de tus mandamientos. Una fe muerta es esa antorcha de la fe ya extinguida o no encendida. Enciende, Señor, en nosotros esa llama, y así nuestra fe será viva y caminaremos iluminados por su luz por los caminos que llevan al Cielo.

10.^a meditación

36. La fe es una luz de Dios que ilumina al alma ya que le hace gustar una gran felicidad, pues es de la misma naturaleza que aquella gloria que nos proporcionará la felicidad eterna. Tiene el mismo efecto que aquella gloria; es decir, que nos llena con las perfecciones de Dios y de sus misterios, como la gloria nos extasiará en el Cielo con los misterios de la divinidad. De modo que la gloria no es otra cosa que la fe, que ya no es fe porque su objeto está presente, visible y es de una evidencia tal que no se puede decir que se cree, sino que se ve. Si nuestra fe, pues, es viva ¡de qué felicidad nos colmará!

37. "Una fe tal-dice San Pablo a los Hebreos, cap. XI, trozo sublime-*es la sustancia de las cosas que esperamos*, de tal modo que nos hace palpables, sensibles y reales las cosas prometidas y solamente esperadas."

Por ejemplo, cuando leemos en el mismo Apóstol, que somos herederos de Cristo, la fe nos da tal certeza de ello, que actuamos como un hombre que tiene en su poder un testamento conferido en regla, testamento que le asegura la posesión de una propiedad considerable de la que todavía no se ha posesionado y que, incluso, se encuentra en un país lejano. Sin embargo, apoyado en la fe que tiene en tal testamento, este hombre lo deja todo, se pone en camino y se dirige, lleno de seguridad, rumbo a aquel bien que le pertenece.

38. Si tenemos fe y certeza en las promesas que se nos hicieron, ¡con qué seguridad avanzaremos hacia el Cielo! ¡Con qué generosidad lo sacrificaremos todo para corresponder a nuestra vocación; es decir, para seguir el camino que tememos que tomar para llegar a nuestra herencia!

La fe en las promesas-dice San Pablo-llevó a Abel a sacrificar todo lo más hermoso que tenía en su rebaño.

Por esa misma fe en el poder de Dios Abraham iba a sacrificar a aquél en quien recaían las promesas. Todo ese capítulo del Apóstol es una estupenda enumeración de cuanto la fe ha llevado a hacer a los patriarcas. En ese mismo capítulo dice, a propósito de Enoch, estas palabras notables: *sin la fe no se puede agradar a*

Dios, porque ¿cómo nos atreveríamos a presentarnos ante Él sin creer en Él?

¡Qué consoladora es la fe en el lecho de muerte! Por el contrario ¡qué terrible es la muerte cuando se carece de fe! Sólo a quienes tienen fe se puede decir en aquellos momentos supremos: "Alegraos, alegraos. ¡Qué buena noticia tengo que daros: vais a morir pronto!" Es que la muerte, a los ojos de la fe, tiene un sentido completamente distinto.

11.ª Meditación

39. Después de haber creado el cielo y la tierra y los habitantes de uno y otro; después de haber poblado los aires, las aguas y las montañas; después de haber creado la luz, dijo el Señor: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.*

¡Qué preludio de la creación del hombre! Dios parece preparar y prepara, en efecto, el palacio antes de que llegue el rey; dispone todas las criaturas que deben servir al hombre; éste viene, por fin, coronando la obra. Mediante una palabra Dios creó el cielo y los animales; su simple voluntad bastó para formarlos; pero cuando se trató del hombre, no dijo, como en el caso de la luz: *¡Hágase!*, sino *Hagamos*; la divinidad parece combinar y consultar entre sí.

40. El Creador de todos los demás seres toma simplemente el nombre de Dios; pero cuando se trata del hombre, entonces es ya el "Señor Dios"; es que va a formar a esta criatura que es especialmente la suya y que debe estar a su inmediato servicio; todo lo demás, por el contrario, lo creó inmediatamente para el hombre y sólo mediante el hombre debía tornar a Él.

Para formar al hombre, las tres personas de la Santísima Trinidad se consultan: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* Veamos, en efecto, cómo el hombre es la imagen viva de la Santísima Trinidad; pero tengamos, antes, presente que el hombre está compuesto de dos elementos; por eso, Dios, que ha hecho todo lo demás mediante una sola palabra, lo formó en dos tiempos; primero tomó el barro dándole forma de un hombre organizado; sopló luego sobre este cuerpo de barro y le animó mediante la adición de una segunda sustancia: el alma o soplo divino.

41. ¡Un soplo divino y un poco de barro! ¡Qué ensamblaje! Así se nos presenta la grandeza del alma, la única que ha sido hecha a imagen de la divinidad. ¿Qué deduciremos de todo esto? Que este cuerpo despreciable es vergonzoso para nuestra alma, y es una insigne locura dejar que esta alma quede tiranizada por el cuerpo y se apegue a él. Así comprenderemos cómo y por qué un San Antonio o San Pablo ermitaño, y tantos otros santos, mortificaban su cuerpo y tenían vergüenza de él ocultándose cuando tenían que alimentarlo.

El alma, por consiguiente, está creada a semejanza de la Santísima Trinidad. Notad, en efecto, que el existir que tiene el Padre se encuentra también en nosotros; que el conocimiento y el amor de esta existencia de la que procede el Hijo, también se encuentra en nosotros; que la unión de ambas facultades -que es lo que constituye el Espíritu Santo- también está en nosotros. Considerad cómo nuestro pensamiento, nuestro espíritu, hijo de nuestra existencia y sin embargo, tan antiguo como ella, se desprende de nosotros mismos y actúa hacia el exterior, hacia lo lejos, lo mismo que hacía nuestro interior.

12.ª meditación

42. Veamos en nuestra alma, en efecto, las cualidades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

Del Padre nos viene la verdad. Del espíritu y de la santidad del corazón nos viene este amor de la verdad y esta capacidad para conocerla. Este amor de la santidad y esta facilidad para adquirirla estaba ya en el hombre antes que el pecado original hubiese borrado, no ya la capacidad ya que la naturaleza del hombre no cambia- sino la acción de ambas virtudes; estas dos potencias, que son el fundamento y las cualidades mediante las cuales nos hacemos semejantes al Hijo y al Espíritu Santo, las acerca en la misma medida a los atributos del Padre.

43. Nos asemejamos al Hijo en cuanto Hijo de Dios pero con esta diferencia; que Él es hijo por naturaleza y nosotros somos hijos adoptivos; como consecuencia, no somos hermanos, a pesar de lo cual, como dice San Pablo, somos *herederos de nuestro Padre y coherederos de Jesucristo*.

El segundo rasgo de semejanza consiste en que la misma gracia, la misma unción que ha hecho de Jesús el ungido del Señor, el Cristo, nos ha ungido también a nosotros, haciéndonos cristianos.

Tercer rasgo de semejanza: la unión que nuestra alma debe contraer con Jesucristo. Unión análoga a la del esposo con la esposa. No es que haya la menor relación entre la unión carnal y la unión espiritual con Cristo; nada hay comparable a la intimidad y a la dependencia de nuestra alma en esta unión con Jesucristo.

Es bien sabido que estas cosas no pueden verificarse más que por la verdad, la cual es la esencia de esta fe, y nos enseña todas estas relaciones y por lo tanto si la facultad de amar la verdad y la capacidad de recibirla no existiese en nosotros, la fe tampoco podría establecer tales relaciones y, por consiguiente, de la verdad - atributo del Padre se engendran en nosotros los atributos del Hijo.

44. Las relaciones que tenemos con el Espíritu Santo no son menos verdaderas; nuestra alma es el templo vivo del Espíritu Santo. Según dice la Sagrada Escritura, el Espíritu Santo imprime en ella sus dones en todo o en parte según como correspondamos a su gracia; imprime sus dones sobre ese fondo de santidad y de verdad que hay en nosotros. Liga, une la verdad de la fe con la santidad de la conducta, verdadera imagen de su acción en la Trinidad.

45. ¡Qué hermosa es nuestra alma! ¡Qué noble es! ¡Qué imagen tan fiel de la divinidad! ¡Qué espejo tan vivo! ¡Cómo debemos aborrecer el pecado y huir de él ya que viene a mancharla y a empañarla! ¡Cuánto debemos aborrecer a este cuerpo por el que entran en el alma tantos pecados! Y ¡cómo este odio debe ser activo mediante la mortificación del cuerpo; es decir de nuestros apetitos y de nuestros sentidos!

Es imposible que nuestra alma no quede manchada cuando abrimos todas las puertas al demonio y al pecado. Cerremos, sobre todo, las puertas exteriores: nuestros sentidos y luego, las puertas interiores: nuestra imaginación y nuestra memoria.

13^a meditación

46. *Sin la fe es imposible agradar a Dios.* Todas las virtudes, todas las obras son inútiles sin la fe. Ya hemos observado que esencial es la fe. Hemos demostrado que es un don de Dios, una luz

de Dios. Consideremos ahora cómo la fe es la raíz de todas las virtudes.

Es la raíz de todas las virtudes porque les da la solidez que tienen, porque las ata a nuestro corazón. Las virtudes, sin la raíz de la fe salen tan fácilmente de nuestro corazón como se arranca un árbol cuyas raíces se han cortado.

Es la raíz también porque nutre las virtudes, dándoles savia y actividad; cuanto más débil es la raíz, cuanto más pequeña y mal nutrida es, más pequeño y lánguido es el árbol de la vida eterna. Fortifiquemos, pues, nuestra fe por medio de la gracia, implorándola y sirviéndonos del gran medio de obtenerla, que es la humildad.

47. Si (sirviéndonos siempre de la alegría para llegar a la verdad), si comparamos las virtudes a un edificio, la fe es su cimiento... Ahora bien: ¿quién querría construir un edificio sin cavar antes los cimientos? Porque todo cimiento supone previamente un vaciado que se hace antes de colocar las piedras. Cavad, pues, por la humildad para establecer luego la fe; arranquemos de nuestro corazón el orgullo; hagamos un vacío que el Espíritu Santo se encargará de llenar mediante la fe. Cavemos tanto más hondo y apliquémonos a ser tanto más humildes cuanto más fe queramos tener y mayores cosas queramos hacer. La diferencia entre la alegoría y la realidad está en que, en la primera, hay que haber terminado de cavar antes de colocar la primera piedra, mientras que en nuestro corazón, la fe llena el vacío a medida que vamos formándolo.

48. Cosa admirable y que parece contradictoria, pero que la experiencia confirma: aunque la humildad precede a la fe, el medio más eficaz de adquirir la humildad es el hacer todas sus acciones teniendo presente la fe. Creamos lo que la fe nos enseña con respecto a lo que somos por nuestra naturaleza, por nuestro destino y por nuestra virtud. Creamos cuanto la fe nos enseña acerca de Dios, de su gracia, de su misericordia, de su señorío y de su grandeza; entonces vendrá la humildad y este comienzo humilde aportará un aumento de fe, este aumento de fe acrecentará nuestra humildad y, si continuamos siendo fieles a la gracia, la ayuda mutua que se presten ambas virtudes nos llevará muy lejos.

14.ª meditación: LA MUERTE

49. ¡Excelente consejera! ¿Queréis hacer la elección de estado de vida? Pensad en la muerte. ¿Queréis hacer un buen reglamento de vida? Pensad en la muerte. ¿Queréis decidir sobre un asunto importante? Pensad en la muerte. ¿Queréis salir victorioso frente a una violenta tentación? Pensad en la muerte, en que podéis morir en el mismo momento en que acabéis de ceder.

La muerte es un remedio para las pasiones, para su vanidad, para su insaciabilidad y para su injusticia. Tomad una pasión cualquiera; la avaricia, por ejemplo, y contrastadla con la muerte. Todas las cosas que están en contraposición con lo esencial son vanas. Ahora bien: la verdad esencial es que, en la tumba, todo nos abandonará y nosotros lo dejaremos todo. El amor al dinero contradice a esta verdad esencial; de consiguiente, es vanidad.

50. La muerte es un remedio para la insaciabilidad de la avaricia; día llegará en que habrá que dejar de amontonar dinero. La muerte pondrá un término y saciará a la insaciabilidad de la pasión.

A los ojos de la muerte, es injusto apegarse a cuanto nos va a ser arrebatado alguna vez. Lo que nos quitarán, indudablemente no está hecho para que seamos sus poseedores y es injusto que nos apropiemos lo que no nos pertenece.

Consideremos, además, la certeza y la incertidumbre de la muerte. Es seguro que moriremos: *statutum est omnibus hominibus semel mori*. Pero es incierto cuándo moriremos. Hagámoslo todo como si fuésemos a morir. Es una regla sabia.

15.ª meditación

51. El orgullo es la fuente de todos los males. Él precipitó a los ángeles en el infierno, perdió a los descendientes de Adán, hizo bajar fuego del cielo sobre Sodoma, causó el diluvio sobre la tierra entera, la confusión en los constructores de la torre de Babel, la maldición sobre los judíos; en fin, él ha causado en el mundo entero tantos males.

Esta pasión tan violenta y peligrosa, sin embargo, es la más loca y la más vana que se puede imaginar. El profeta Acab compara los efectos del orgullo con los del vino; lo mismo que éste, turba a

la razón, la eleva y la hace ver cosas que no existen, las nubes, los vapores de que el orgullo cubre el espíritu del hombre le hacen incurrir en casi todos los errores.

52. ¡Qué motivo tan grande para enorgullecerse: tener un traje mejor que el de los demás, mejor confeccionado, de una tela más fina! ¿Es esto lo que da tan gran mérito a un hombre? Otro motivo de enorgullecerse: el ser más alto y más guapo que los demás. Pero ¡cuántos hay que son más guapos que nosotros! Además, como dice alguien: un hombre guapo, lo más a menudo, no es más que una hermosa muñeca. Otro motivo de orgullo: el ser más fuerte que otros, el ser más diestro. Id al mercado y encontraréis cargadores que tienen más fuerza, o bien id a los pueblos salvajes y allí encontraréis quien os gane a correr. ¡Vaya mérito el de compararse con los bueyes o con las liebres!

Otro motivo más de enorgullecerse: el comer más que los demás. Esto es ya la locura.

53. Aún hay otro motivo más para enorgullecerse: el ser de una condición más elevada que otros; el ser más rico. Pero ¿no somos hombres y, por consiguiente, no somos todos lo mismo? ¿No estamos sujetos a las mismas necesidades corporales? ¿No somos ordinariamente inferiores en virtud o en talento? ¿En qué nos diferenciaremos cuando estemos muertos? Lo mismo se pudre un cadáver encerrado en un ataúd de plomo, que cubierto de un simple sudario.

¡Vaya motivo de enorgullecerse el de tener más ciencia que otro! Si lo debéis a una educación más brillante, ¿por qué os gloriáis de lo que otro cualquiera habría hecho en vuestro lugar? Si la debéis a que tenéis más talento, ¿qué mérito os cabe en ello? Si lo debéis a vuestro trabajo tenaz, ¿es ello una razón para envaneceros, dado que otro que hubiese trabajado lo mismo habría logrado otro tanto y que otro que hubiese dispuesto de idénticos medios pero que hubiese trabajado más, habría logrado también más?

Decís que sabéis más que los demás. Pero decidme: ¿Cuántos sabios se podrían lograr con lo que no sabéis o con lo que habéis olvidado?

Si tenéis medios, sabed que no los tenéis todos; uno tiene más memoria; otro, más imaginación; el otro es un observador más sutil, etc.

54. En una palabra, es pecado de vanidad el gloriarse de la virtud y de los dones que dependen de nosotros y de nuestra existencia (y de ella dependen todos) ya que tal existencia, junto con sus dones -los cuales no son más que modos particulares de la misma - no nos han sido dados por nuestros propios méritos sino gratuitamente.

Abramos, pues, los ojos; veamos nuestras deficiencias y la vanidad de nuestras pretensiones; hagámonos justicia; pidamos, sobre todo, a Dios que nos abra, no sólo el entendimiento, sino también el corazón para que, convencidos de nuestra miseria, le amemos a Él, hagamos de Él la regla de nuestra conducta y no andemos tras esas cosas cuya vanidad percibimos.

16.^a meditación

55. La conciencia es el ojo del alma. Si el ojo está turbio ¿cómo se podrá ver? Importa, pues, mucho que nuestra conciencia esté bien iluminada por la verdad para que no sea errónea. O, más bien, interesa pedir a Dios con vivas instancias y buena fe que nos ilumine.

Nuestra conciencia puede hacerse errónea ya sea siguiendo la costumbre, ya sea interpretando mal la ley. La costumbre no puede convertirse en una regla de nuestra conducta. La ley de Dios es una regla a la que la costumbre no puede hacer variar. La falsa interpretación de la ley engendra la conciencia farisaica, la que tenían los fariseos; creían ser justos porque cumplían a la letra ciertos preceptos de la ley aunque luego descuidasen los más esenciales.

56. Las causas ordinarias de la falsa interpretación de la ley son el orgullo y los diversos intereses que mueven a los hombres. Su efecto es hacerles ver en la ley lo que no hay y no permitirles ver lo que hay, disfrazándoles lo que ven en esa ley. Cuando la falsa interpretación de la ley viene de esta causa hay que buscar el remedio en lograr una voluntad sincera de sacrificarlo todo para ejecutar la voluntad de Dios. Otra causa de la mala interpretación de la ley es la ignorancia y el escrúpulo. La docilidad debe ser la regla de conducta de los ignorantes escrupulosos.

17.ª meditación: EL INFIERNO

57. La justicia, la sabiduría, la majestad, los beneficios de Dios y la ingratitud de los hombres demuestran que hay un infierno.

Los crímenes de los hombres no pueden quedar impunes ya que la justicia de Dios clama contra ellos. La libertad del hombre trae consigo, de parte de la sabiduría de Dios, el designio de recompensarle o de castigarle. La majestad divina debe castigar como Dios. ¿Tiene un príncipe derecho de vida y muerte sobre sus súbditos? -Sí. ¿Y todo un Dios no tendría el derecho de castigo eterno sobre la obra de sus manos?

La misión de Jesucristo, su muerte en una cruz, nos muestran qué importancia asigna Dios a la salvación de los hombres. ¿Qué no merecerá ese hombre que pisotea a los enviados de Dios? ¿Será demasiado un infierno?

58. Dios debe, puede y quiere castigar a los hombres; para eso ha creado el infierno. ¿Qué es el infierno? Es una prisión estrecha en la que el hombre expiará el crimen de haber abusado de su libertad... Creo en la esclavitud del infierno.

¿Qué es el infierno? Es un lugar de tinieblas terribles en donde el hombre pagará caro el haber cerrado los ojos a la luz: *arrojadle a las tinieblas exteriores...* Creo en las terribles tinieblas del infierno.

¿Qué es el infierno? Es un lugar en donde arderá eternamente: *arrojadle en las llamas eternas...* Creo, Dios mío, en las llamas del infierno.

¿Qué es el infierno? Es un lugar en donde, ardiendo sin consumirse y sufriendo sin morir la eternidad será una agonía, las llamas que penetrarán los cuerpos no los consumirán... Creo, Dios mío, en la agonía y en los tormentos del infierno.

59. ¿Qué es el infierno? Es un lugar en el que será uno arrojado, fuertemente atado de pies y manos, confundido en la masa de los condenados: *atado de pies y manos, arrojadle, etc. Atad en haces la cizaña...* ¿Con quién nos atarán? Con los mayores criminales de la tierra; con quienes nos han pervertido; con nuestros mismos enemigos. Creo en la terrible compañía del infierno.

¿Qué es el infierno? Es un lugar en que están los demonios, nuestros seductores, quienes nos han arrastrado hacia él y que se

burlarán constantemente de nuestro cruel infortunio. Creo en la presencia de los demonios que están en los infiernos.

¿Qué es el infierno? Es un lugar en que hay *lágrimas y rechinar de dientes...* Creo, Dios mío, en la desesperación espantosa, en los aullidos y en las blasfemias de esa tropa incontable de condenados.

¿Qué es el infierno? Es un lugar de suplicios eternos... Creo, Dios mío, en la eternidad del infierno.

¿Qué es el infierno? Es un lugar en que el hombre se ve alejado de Dios; en donde la pena interior de verse alejado de Dios será el *gusano roedor*, gusano que causará un dolor mil veces mayor que todos los demás tormentos... Creo en el gusano roedor del infierno.

18.ª meditación

60. Dad a cada uno tantos tormentos cuantas criminales delicias ha tenido. Aunque no haya más que un infierno, este infierno, sin embargo, se dividirá en tantas clases como pecitos. Habrá un infierno más cruel para los cristianos que para los idólatras; éstos no tienen en contra suya la sangre de Jesucristo. Habrá un infierno para los sacerdotes y religiosos. La fuerza de los tormentos, por último, estará en proporción con el número y enormidad de los crímenes.

¿Cómo será el infierno que yo merezco? Si un pecado mortal ya exige un infierno, ¿qué infierno pedirán todos los pecados que he cometido? Que cada cual se juzgue a sí mismo.

19.ª meditación

61. De todos los vicios, los más vergonzosos y peligrosos son el orgullo y la impureza. Hemos visto cómo el orgullo cegaba a los hombres. La impureza no es menos seductora. La impureza es una especie de idolatría que nos lleva a adorar nuestros sentidos y nuestros placeres. Tertuliano asegura que los cristianos apóstatas son menos culpables que los que caen en la impureza. La impureza degrada al hombre; engendra la pereza y ésta, todos los demás vicios: el juego y los desórdenes, la gula y sus excesos. La impureza agota el cuerpo y el alma; destruye cuanta vivacidad y justicia hay

en ésta y cuanta fuerza en aquél, a la vez que acaba con la nobleza del corazón. La impureza pone al hombre por debajo de las bestias, haciéndole esclavo de los sentidos y de la pasión. La impureza es una fuente de sacrilegios, mancillando nuestros miembros que son miembros de Cristo. El Evangelio llama al demonio de la impureza *caecus et mutus*: ciego y mudo. ¿Hay algo más ciego, en efecto, que el impúdico? Y no hablo del impúdico consumado, sino incluso del que empieza a serlo; sus faltas le parecen pequeñas, las disimula, las excusa y oculta. ¿Que le hablan de algunas compañías? No ve en ellas nada que no sea honesto. Está ciego. ¿Se le habla de ciertos hábitos? Los cree inocentes. Está ciego. ¿Le hablan de corregirse? No lo cree posible. Está ciego. ¿Ha llegado a los crímenes más culpables, al colmo de la impureza? Nada ve en todo ello que no sea natural e indispensable. Está ciego.

62. Y está mudo. La vergüenza hace que no hable de ello con nadie; no se confiesa; está mudo. Y si se confiesa, lo hace a medias. Está mudo. Los crímenes se acumulan; mudo, ciego, se hace también sordo; privado de sus sentidos, muere y se condena.

Sigamos al rey David en su caída. Apenas se ha permitido una mirada, cuando este hombre, tan profundo conocedor de los secretos de Dios, se ciega y ya no ve nada. Cae y llega hasta el mayor crimen; lleva la espada y el deshonor a casa de Urías; pero él todo lo excusa. Está ciego. El profeta Natán va a su palacio familiarmente; ¿le hablará familiarmente de su caída? No. Está mudo; se oculta; está mudo.

63. Lo que tiene de más espantoso este vicio es que desciende por sus pasos contados, desde las cosas más pequeñas, desde las menos aparentes, hasta los mayores excesos. Ved a David: empieza por un deseo, por una negligencia y acaba por un adulterio; no hay libertino que no deba su caída a un movimiento imperceptible. De ahí la necesidad de las mayores precauciones. ¿Se podrían tomar demasiadas tratándose de cuestiones tan delicadas? ¡Con qué cuidado hay que contener los ojos tan listos, los oídos tan finos, un tacto tan poco reflexivo, una curiosidad tan peligrosa... ! No acerquéis nunca el fuego a la paja... Huyamos, incluso, de las apariencias de este mal espantoso.

64. Quizá no hay pecado que, cuando se ha caído en él mortalmente, deje en el alma impresiones más funestas. Es una fuente de tentaciones terribles y frecuentes; la pérdida de la inocencia es la pérdida mayor de cuantas se pueden tener en este

mundo. ¡Cuántas gracias nos arrebatara! ¡Qué penitencia tan grande se requiere para limpiar la túnica bautismal una vez que la ha manchado un pecado tan horrible!

20.ª Meditación: LA ETERNIDAD

65. ¡Oh espantosa eternidad! ¿Quién podrá concebirla? Es algo espantoso sufrir en tanto que Dios sea Dios. ¡Qué limitado es el espíritu humano para concebir una duración sin fin!

Suponed el tiempo que se requeriría para vaciar los abismos del mar si se tomase cada siglo lo que cabe en una concha; cuando se secasen los abismos del mar, todavía la eternidad no habría empezado.

Suponed el tiempo que sería preciso para que un condenado que derramase una lágrima cada siglo igualase, con sus lágrimas, las aguas del océano. Caín apenas habría llenado el cuenco de la mano desde el principio del mundo hasta ahora. Y cuando hubiese derramado tantas lágrimas como agua tienen los mares, ¿sería entonces el fin de la eternidad? No; todavía ésta no habría empezado.

66. Lo que tiene la eternidad de más espantoso es su estabilidad, su inmovilidad. El tiempo de la vida presente no nos pesa porque pasa, porque podemos ocuparnos del porvenir y del pasado. Esto entretiene a nuestras almas. Pero, en la eternidad, no hay horas, ni años, los cuales son medios que hemos inventado para fijar el vuelo del tiempo; ni siquiera hay siglos, ya que su duración es poca cosa; no hay más que la eternidad; las horas de ésta son la eternidad misma y todo el peso, desde toda la eternidad, actúa ya eternamente sobre el culpable.

67. ¡Qué cruel es el sufrir y no esperar alivio alguno! Por un mal, muy distinto que el del infierno, consentimos, aquí abajo, en que nos corten los miembros, ¿qué no desearemos en el infierno?

¡Qué suplicio el de un alfiler que nos estuviera picando continuamente! ¡Qué tormento! Ahora bien: los tormentos eternos del infierno son cosa muy distinta que unos alfilerazos.

¡Qué digna de la grandeza de Dios es esta recompensa o este castigo eterno! Que Dios castigue o que recompense, siempre es grande, lo mismo en sus recompensas que en sus castigos. Sólo un

Dios eterno y todopoderoso puede disponer así, a su placer, de la eternidad!

¡Eternidad! ¡Pensamiento saludable! ¡A cuántos santos los ha llevado al Cielo! ¡Ojalá quede bien grabada en el fondo de mi alma! ¡Ojalá pudiéramos escribirla en todas partes a fin de acordarnos de ella sin cesar!

21.ª meditación

68. *Multi vocati; pauci vero electi!*: ¡muchos son los llamados y pocos los escogidos! Es una verdad contenida en el santo Evangelio. ¿Somos nosotros de los escogidos o de los réprobos? Examinemos algunos de los caracteres de la reprobación y de la elección.

Primer carácter de reprobación: seguir al mundo; ser del mundo; participar de sus diversiones, amar sus pompas, sus placeres y sus riquezas; ser del gran número, porque ¡ay del mundo! Los elegidos no pertenecen al mayor número, sino al pequeño; del mismo hecho que sigamos al mayor número se sigue que no somos del de los elegidos.

Primer carácter de elección: huir del mundo, despreciar el mundo, verse burlado, despreciado y censurado a causa de Jesucristo; verse desconocido, ser desprendido; seguir al menor número; ser singular.

69 Segundo carácter de reprobación: no ser cristiano más que de nombre; no guardar las leyes de la Iglesia ni las costumbres cristianas; alejarse de los sacramentos; no conformar su vida con las máximas del Evangelio.

Segundo carácter de elección: seguir el espíritu del cristianismo; frecuentar los sacramentos; servir a Dios con fervor y generosidad; procurar siempre ser mejor; regular su vida imitando a Cristo.

Tercer carácter de reprobación: no ser inocente; haber pecado mucho y no haber hecho penitencia.

Tercer carácter de elección: ser inocente o hacer penitencia razonablemente proporcionada al número de pecados cometidos.

22.^a meditación: EL JUICIO FINAL

70. ¡Qué terribles son los juicios de Dios! ¡Con qué rigor los ejecuta su justicia soberana! Nada hay oculto que no queda descubierto; nada quedará impune; todo será contado y pesado en la balanza del Soberano Juez; ya nos advirtió que no pasará por alto ni siquiera una palabra inútil.

En aquel día fatal, no habrá misericordia alguna; la misericordia misma se tornará en contra de nosotros, siendo castigados por gracias que hemos descuidado.

71. El Juicio final tiene cinco caracteres que le hacen temible: será verdadero, libre, sincero, severo y público...

Será verdadero. En el tribunal de Dios no hay injusticia alguna; cada cual, al abrir sus ojos para ver sus propias faltas se conocerá tan bien que suponiendo que el Juez no pronunciase su sentencia, la pronunciaría cada uno contra sí mismo; el condenado reconocerá, para vergüenza suya, que merece todos los tormentos a que le castiguen.

Será libre. Nada suspenderá las sentencias; nada tampoco las suavizará. Infinitamente por encima del mayor de los hombres, Dios juzgará con la libertad de un Dueño soberano; no tendrá en consideración la condición social, lo mismo se trate de un rey poderoso que del último de sus súbditos; a ambos les mirará con iguales ojos; no se distinguirán en nada más que en sus virtudes o en sus vicios.

Será sincero. Nada se excusará si es inexcusable; nada se censurará si no es censurable. Las mayores faltas se divulgarán en toda la extensión de su culpabilidad; el disimulo y las consideraciones sólo tienen lugar en los tribunales de los hombres.

72. Será severo. Dios es paciente; durante mucho tiempo nos prodiga sus misericordias, pero cuando se abusa de ellas, entonces se acuerda de su justicia; ha perdonado mientras debía perdonar, hasta salir de este mundo. ¡No hay misericordia en el último día! Todo será pesado, medido, contado con peso y medida en nombre de la justicia más íntegra. Será un día de ira, y la cruz y la sangre de Cristo clamarán venganza contra el pecador.

Será público. Todos los hombres del universo y de todos los siglos se reunirán. Ante la vista y el conocimiento de todos se

correrá el velo de las faltas más vergonzosas y ocultas, en toda su extensión. ¡Qué confusión! Juzguémonos a nosotros mismos si no queremos que nos juzguen. Abramos los ojos para ver nuestras faltas, o más bien, roguemos a Dios que nos ilumine; hagamos penitencia con sinceridad y con rigor. No juzguemos a nuestro prójimo; perdonémosle de todo corazón.

23. ^a meditación: LA FE, ESPERANZA Y CARIDAD

73. Las virtudes teologales tienen entre sí una conexión admirable y son casi un resumen de la moral cristiana.

Mediante ellas, el hombre se levanta hasta Dios. Cuando decimos: "Creo en Dios", entonces hacemos, juntamente, un acto de fe, de esperanza y de caridad; creemos en Él, ponemos en Él nuestra confianza y nos entregamos a su servicio por un amor generoso.

Si la divinidad no hubiese hecho otra cosa que manifestarse a nosotros sin darnos los medios de elevarnos hasta su altura, habría sido poco. Pero Dios nos ha dado la fe para conocerle, la esperanza, para atraernos hacia sí y la caridad para que nos unamos con Él.

Estas tres virtudes vienen representadas por el oro, el incienso y la mirra que los reyes magos ofrecieron al Niño Jesús, y por aquella columna que guiaba a los israelitas en el desierto. Aquella columna hacía tres cosas: iluminarles, como también a nosotros nos ilumina la fe; protegerles contra los ardores de un sol ardiente dejándoles ver el sol a través de una nube, como también a nosotros la esperanza nos muestra de lejos a ese Dios que nos anuncia la fe. Por último, aquella nube les animaba a proseguir su camino, dándoles una señal de la Providencia divina y la seguridad de su protección, como también a nosotros la caridad nos anima a la vista de las bondades que la fe nos enseña acerca de Dios y del bien que la esperanza nos promete.

74. Estas tres virtudes son el alma de la oración, lo cual se concibe perfectamente teniendo en cuenta que nos elevan a Dios y que la oración no es otra cosa que la elevación del alma a Dios. La oración es tanto más perfecta cuanto mayor sea la fe, más firme la esperanza y más ardiente la caridad. Como esa misma oración es

el alma del cristianismo, se deduce que nunca podremos aplicarnos bastante a formar en nosotros estas tres grandes virtudes.

Para ello, hay que pedir las a Dios con insistencia y formular a menudo actos de ellas.

IV

1813. CHAMINADE. (Lalanne)

CONFERENCIAS

La contrición

75. La doctrina del Santo Concilio de Trento acerca de la contrición se basa en diez puntos; cinco acerca del fundamento; dos, acerca de los signos y tres, sobre los motivos.

Los cinco primeros son: el odio al pecado, la detestación de la vida pasada, la resolución de no volver a pecar, el buen propósito de mejorar de conducta y, por último, la determinación de hacer la satisfacción de obra. Todas estas condiciones son esenciales para que sea buena la contrición.

Dos son los signos de una contrición buena en el fondo: la corrección de sus defectos y el comenzar una vida mejor.

Tres cosas pueden determinarnos a tener contrición: un justo temor de Dios, una dulce confianza en los méritos de Cristo y un principio de amor de Dios. En la medida en que sintamos mejor estos motivos en esa misma medida la contrición será también más perfecta.

76. Además, cuatro cualidades son necesarias para tener una buena contrición: es preciso que sea sobrenatural, soberana, interior y universal. No es necesaria una sola de estas cualidades sino todas juntas; todas ellas son indispensables, por lo menos cuando la materia es grave.

La contrición sobrenatural es la que Dios nos inspira; puede motivarla cualquiera de estos tres motivos que acabamos de indicar y que, por sí mismos, son ya sobrenaturales.

La contrición soberana nos da el dolor por haber pecado; un dolor por encima de todo otro dolor.

La contrición interior viene del fondo más sincero del corazón. No se limita a la imaginación -la cual al representarse los motivos que deben impulsarla, concibe sólo la idea- ni se limita, tampoco, a la memoria, la cual, recordándonos que tenemos que estar contritos, excita en la imaginación una contrición ideal.

La contrición interior es sentimental y afectiva; el dolor que nos produce es sincero y verdadero.

Por último, la contrición debe ser universal; debe, pues, extenderse a cada uno de los pecados cometidos y consiguientemente, a todos.

Oración : preparación

77. Cuatro sentimientos son necesarios para prepararnos a la oración: atención, humildad, confianza y perseverancia.

Debemos excitar nuestra atención mediante el sentimiento de nuestras necesidades. Efectivamente, prestamos tanta mayor atención a una cosa, cuanto más interés tenemos en pedirla y cuanto más necesaria nos es. Ahora bien; si nos ponemos a considerar nuestras necesidades, entonces nos damos cuenta de qué necesaria es la ayuda de Dios y la atención que pongamos en pedirla vendrá necesariamente de este sentimiento.

La humildad es una consecuencia del conocimiento de nuestra indignidad; si sentimos qué indignos somos de comparecer ante Dios, entonces nos mantendremos humildes en su presencia.

78. La perseverancia proviene del conocimiento que debemos tener de nuestra impotencia; si estamos persuadidos de que no podemos nada, que todo nos viene de Dios, de que no podemos lograr nada sin pedirlo con insistencia porque lo que pedimos no se nos debe; si estamos persuadidos de todo esto, entonces nuestra oración será perseverante.

La confianza se apoya en la bondad, en la misericordia infinita de Dios y en los beneficios que nos ha concedido.

De las acciones en general

79. Para que nuestros actos sean agradables a Dios, es preciso que reúnan tres cualidades: que los hagamos en estado de gracia, ya que un alma, manchada por el pecado mortal, es horrible a los ojos de Dios y todas las operaciones de tal alma se resienten del odio, que Dios tiene a los pecados que la manchan.

Que se haga con atención, porque nada es agradable a Dios sino lo que se hace por Él y lo que se hace por Dios debe hacerse con una atención digna de Él.

80. Con pureza de intención. Para que una acción sea agradable a Dios, es preciso que al hacerla, se tenga intención de agradarle y de agradarle a Él solo. Es lo que se llama "pureza de intención". Para cumplir de una manera meritoria esta tercera condición es preciso que la intención que tenemos de agradar a Dios se una a la que tenía Jesucristo por quien, con quien y en quien todas nuestras acciones tienen un gran mérito.

Hacer una acción por Jesucristo es colocarse bajo la entera dependencia de su espíritu y de su gracia. De su espíritu, haciéndolo todo como él lo ordena y de su gracia, reconociendo que no podemos hacerla sin sus méritos.

Hacer una acción con Cristo es procurar, en tal acción, imitar la virtud que le es aplicable.

Hacer una acción en Cristo es unirse a Él de tal modo que no hagamos con Él más que un todo; obrar como miembro de un cuerpo cuya cabeza es Él.

81. Para realizar nuestros actos con estas tres condiciones, sería preciso que tuviésemos siempre delante de nuestros ojos, una de estas tres cosas: la presencia de Dios que podríamos representarnos con la imagen, por ejemplo, de la luz que nos rodea; la cuenta que deberemos darle de nuestros actos, cuenta rigurosa y severa; hacer cada una de nuestras acciones como si fuese la última de nuestra vida.

El acostarse, el sueño y el despertar

82. Es prudente tomar la cena que precede al acostarse tan ligera como sea posible, no sólo teniendo en cuenta la salud, sino también el espíritu que queda como ahogado, pesado e inquieto por los sueños durante el sueño que sigue a una comida copiosa y que, incluso al despertar, queda todavía turbado, pesado, distraído por los sueños que ha tenido durante la noche, sueños que a veces llegan a ser impuros.

Hay que desnudarse con prontitud, decencia y rezando.

83. "El sueño de los santos -dice un santo Doctor- es una oración continua: *oratio perpetua*. Tres cosas deben presidir nuestro sueño: la decencia, la obediencia y la religión. La decencia, adoptando la postura más modesta. La obediencia, acostándose a la hora que uno se ha fijado en su reglamento personal no otorgando al sueño más horas que las que el reglamento permite. La religión, durmiéndose rezando, con el espíritu ocupado en Dios; si media esta disposición, a cualquier hora que uno se despierte, piensa en Dios y la primera cosa de la que se ocupa es también Dios.

84. El despertar debe ser para Dios: *praemissa Dei sunt*. Que el primer pensamiento y la primera acción sean para Dios; todas las siguientes sentirán tal influjo. El día entero pertenecerá a aquel que, primero, tomó posesión de él. Después de haber ofrecido a Dios su primer pensamiento, su primera palabra y su primer acto sean para Dios, haciendo la señal de la cruz y diciendo de corazón y con la boca algunas palabras como *Benedicamus Domino*, etc. Después se levantará, se vestirá fuera del lecho con decencia y rapidez. Es más esencial de lo que parece el levantarse de la cama en seguida de despertarse; el esfuerzo que se hace entonces para vencerse a sí mismo imprime a nuestros sentidos y órganos, un movimiento que acaba de despertarles completamente, disponiéndoles a hacer las cosas con energía y prontitud. Al levantarse, hay que rezar, no dejando que el espíritu lo invadan las distracciones porque, cuando uno al levantarse se entretiene en cosas vanas y en pensamientos inútiles, crea una fuente de distracciones en toda oración que siga inmediatamente al levantarse.

De la sabiduría

85 La sabiduría consiste en hacerlo todo bien y según Dios. Para actuar conforme a la sabiduría hay que buscar en todo la mayor gloria de Dios, tomar los medios que a ella nos llevan con mayor seguridad y velar sobre las ocasiones que se presenten. A continuación indicaremos la aplicación de estas tres máximas de la sabiduría al reglamento de la vida.

De la modestia

86. La modestia es la virtud que regula nuestro exterior. Las inclinaciones y movimientos del alma se comunican al cuerpo; las impresiones que el cuerpo recibe se comunican al alma. Ya que ambas sustancias guardan tanta dependencia mutua, que es preciso que las virtudes del alma queden bien asentadas e impresas en el cuerpo.

En Filipenses 4, 5 se dice: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus; Dominus enim prope est.* Que nuestra modestia sea notoria a todos los hombres; que sea como una virtud pública que distinga a los hijos de Dios, a los que caminan ante su mirada. Además, es una virtud que agrada a Dios y colma de beneficios a quien la posee. Por otra parte, el Espíritu Santo promete el temor de Dios a los hombres modestos; temor que les acompañará a todas partes; les promete también las riquezas de su misericordia, la gloria de su reino futuro y la vida que tienen en Él y por Él sus verdaderos servidores.

87. San Pablo coloca a la modestia entre los frutos del Espíritu Santo. Todos los santos y Nuestro Señor a su cabeza se han distinguido por una gran modestia.

La modestia reside en el rostro, en el modo de andar, en todas las acciones exteriores y en el vestido; sus reglas deben ser severas en todo tiempo y lugar porque Dios está presente en todas partes.

Los cabellos no deben tener ningún aderezo y ninguna forma demasiado extraña a su forma y dirección naturales.

Los ojos deben mantenerse a menudo bajos, nunca extraviados, fijos ni elevados; su movimiento debe ser lento y reflexivo. No se debe fruncir las cejas, ni tener la frente arrugada, sino abierta.

No se debe apretar los labios ni adelantarlos, sino tenerlos como un hombre que está sonriendo.

La risa rara vez debe llegar a las risotadas; incluso habrá que poner límites a los movimientos de las mejillas.

Hay que comer despacio, poco cada vez, sin preocuparse de lo que se está comiendo, de modo que se pueda guardar el recogimiento mientras se come.

Cuando se come, se hablará poco; de otro modo, se disipa demasiado el espíritu y éste no queda bastante libre mientras se está comiendo para hablar siempre de un modo reflexivo y sensato. Nunca se debe hablar de prisa y con precipitación; ni tampoco hablar demasiado. Sabido es aquel adagio: "Habla poco y habla bien"; es decir, habla después de haberlo pensado. ¡Cuántos males se evitarían si se hablase siempre así!

El paso debe estar regulado, sea que se camine de prisa, sea que se vaya despacio; nunca habrá que andar como un atolondrado.

88. En general, habrá que realizar todas sus acciones con vigilancia y sin precipitación.

La costumbre que tienen algunas personas muy metidas en las oficinas de leer deprisa y escribir con rapidez sin dar tiempo a formar bien las letras va también contra la modestia; el hacerlo así disipa el espíritu y se ve uno obligado a volver constantemente sobre lo que ha leído o escrito.

Cualquiera que sea la postura que mantengáis, no adoptéis una postura muelle ni indolente, sino poned toda la energía de vuestra alma en la firmeza de vuestra manera de estar.

La modestia corrige también algunas formas teatrales de la cara; de la cabeza, muy baja o muy inclinada hacia delante, debiendo estar derecha; ciertos modos de llevar las manos, ya en los bolsillos, ya detrás de la espalda, en la cintura, o en la cara, etc.

Se recomienda, sobre todo, la modestia al tiempo de hacer la oración. Esta modestia nos prohíbe la gesticulación, las muecas de la cara, girar los ojos. Hay que estar arrodillado, con los brazos cruzados, la cabeza fija, el rostro serio y los ojos bajos.

De las facultades del alma

89. Unas son superiores o intelectuales y otras, inferiores, llamadas también apetitos sensitivos o pasiones. Las facultades intelectuales pueden resumirse en dos: el entendimiento y la voluntad.

El entendimiento consiste en la percepción de los objetos e ideas la comparación que se establece entre ellos y los juicios que se producen como consecuencia de la comparación. De modo que

se dice que el entendimiento percibe cuando concibe una idea; que compara cuando después de percibir dos ideas las examina y que juzga cuando saca una consecuencia de tal comparación.

Se dice que el entendimiento está atento cuando se aplica a una idea y que razona cuando emite, con atención, una serie de comparaciones y de juicios.

La voluntad es la determinación que toma el juicio; es el juicio en actividad; ordena, desea y ama.

Las facultades inferiores o apetitos sensitivos, y las pasiones

90. Los apetitos sensitivos son las impresiones del cuerpo sobre nuestros sentidos y de éstos sobre nosotros mismos. Las facultades superiores residen en el alma sola; las inferiores, en la unión de alma y cuerpo.

Las pasiones son ciertos movimientos del ser que nos acercan o nos alejan de ciertos objetos. Son consustanciales a la naturaleza humana; las hay buenas y malas.

Una misma pasión puede ser buena o mala, virtud o vicio, según que su objeto sea bueno o malo. Tomemos, por ejemplo, el amor; si tiene por objeto a Dios, es una virtud; y si a la criatura, es un vicio.

Aunque haya dos pasiones que lleven un nombre diferente, siguen siendo ramas de una misma pasión. Así, por ejemplo, la ambición y la avaricia, cuyo fondo es el amor desordenado y que difieren por su objeto, que, en una es la gloria, y en otra, el amor al dinero. Una misma pasión puede también ser buena o mala según el motivo que la determine; por ejemplo, amar al prójimo es una virtud si se le ama por amor de Dios y un vicio, si le ama en cuanto criatura.

91. Hay una pasión cuyo objeto es uno mismo; es el amor propio; nos queremos; huimos de cuanto nos desagrade; buscamos lo que nos resulta agradable y creemos que las cosas son agradables o desagradables según la inclinación que nuestra naturaleza tiene a recibirlas o rechazarlas; nos convertimos en una especie de centro al cual referimos todo; llegamos a ser nuestro ídolo y el objeto de una adoración tácita; pero real.

De cuanto acabamos de decir acerca de la pasión se sigue que el fondo de las pasiones es bueno; que las pasiones constituían el ornato más bello del hombre antes del pecado, ya que mediante ellas el hombre se unía a Dios alejándose de cuanto pudiera desagradarle. Pero, después de pecar, el amor y el odio, que son las únicas pasiones primarias, se han convertido en sendos vicios al cambiar de objeto; el amor se ha desviado de Dios orientándose hacia sí mismo (amor propio), hacia los honores (ambición), hacia el dinero (avaricia), hacia los manjares (gula), etc., etc. El odio -que no debía dirigirse más que hacia el pecado- se ha orientado contra la virtud, contra Dios, contra la criatura inocente y contra el mal aparente.

92. Por último, las pasiones han tomado como meta tantos objetos desordenados, que nos vemos forzados a convenir en que casi no se entiende por pasión más que la que se refiere a cosas censurables. Desde este punto de vista, las pasiones son vanas, puesto que su objeto es vano y no guarda proporción con su extensión ni logran satisfacerlas jamás, y siempre andan deseando, creyendo encontrar su satisfacción en un objeto que no tienen; y cuando logran tal objeto, entonces ven que tampoco les satisface; se ponen entonces a buscar otros hasta que la muerte pone fin a tales deseos.

Las pasiones, no son sólo vanas, sino también criminales, ya que su objeto, no es sólo algo inútil, sino algo malo; y no sólo desvían al hombre de Dios, sino que le ponen en contradicción con Él.

93. Las pasiones consideradas en su estado natural, es decir, como buenas, pueden ser irascibles o concupiscibles. Las irascibles se refieren al odio, haciendo surgir en nosotros una rebeldía y aversión hacia sus objetos, mientras que las concupiscibles se refieren al amor, haciendo surgir dentro de nosotros una inclinación hacia su objeto.

Las pasiones irascibles buenas no tienen otro objeto que el mal, mientras que las malas tienen una multitud de objetivos. Las pasiones concupiscibles buenas tienen por objeto a Dios solo, mientras que las malas tienen muchos otros objetos, como ya hemos visto.

Reglamento de vida

94. La mayor parte de las cosas que hemos visto hasta ahora no son más que una preparación al artículo presente. Un reglamento de vida es la aplicación de las leyes de Dios a las circunstancias en medio de las cuales nos ha colocado. Dios ha dado a todas sus leyes; pero como cada cual se encuentra situado en posición diferente, en una cadena de sucesos diferentes y con pasiones diversas, se sigue de ahí que cada cual debe aplicar la ley de Dios a su situación, a los sucesos y a las pasiones peculiares suyas.

De ahí que un reglamento de vida particular no podrá convenir más que a aquel para quien se ha confeccionado expresamente. Sería, pues, ridículo el que otro nos hiciera tal reglamento, ya que nadie conoce mejor nuestra situación y nuestras pasiones que nosotros mismos. Y como las situaciones, los acontecimientos y las pasiones cambian tan a menudo durante nuestra vida, un mismo reglamento de vida no puede convenir para toda ella sino que hay que retocarlo a menudo. Por último, de ahí se sigue también que el reglamento de vida abarque tres cosas: las acciones que dependen de nuestra situación, las deliberaciones que debemos tomar teniendo presentes los diversos acontecimientos, y las pasiones. Partiendo de este principio, veamos cómo debe ser el plan de un reglamento de vida:

Capítulo 1.^o - LAS ACCIONES

95. Pueden ser naturales, temporales y espirituales.

1. Las acciones naturales. Son las que dependen de la naturaleza del hombre; como dormir, levantarse, acostarse, comer, etc.

2. Las acciones temporales. Son las que dependen de nuestro estado, como el estudio o cualquier otro trabajo.

3. Las acciones espirituales: son los sacramentos, las oraciones y todas las demás cosas referentes a los ejercicios de piedad.

En cada una de estas tres clases de acciones hay que examinar y reglamentar el cuándo y el cómo se hacen. En el primer

caso, se fijará la duración y el momento; en el segundo, el lugar y el modo, viendo qué se debe hacer antes, durante y después.

Capítulo 2.º - DE LAS DELIBERACIONES

96. En las deliberaciones se puede prescribir una regla común a todos: en los acontecimientos sobre los que hay que deliberar, consultar las máximas de la sabiduría indicadas más arriba.

Se verá si el objeto de la deliberación entra en el orden de la mayor gloria de Dios; si es un medio para lograrla o una ocasión que se nos presenta para llegar a este único término, que es nuestro último fin. Algunos podrán añadir aún una segunda regla: la de consultar a una persona prudente e imparcial, porque nadie es buen juez en su propia causa o en la causa que le interesa.

Capítulo 3.º - LAS PASIONES

97. Hay que combatirlas, regularlas y mortificarlas.

Para combatirlas, hay que hacerlo de diverso modo según sean irascibles o concupiscibles. Las irascibles deben combatirse reiterando las impresiones que las ha irritado. ¿Se trata de un insulto, por ejemplo, que ha irritado la ira? Hay que recordar el ultraje con todas sus circunstancias de modo que se renueven los sentimientos de ira. Cuando sobreviene ese sentimiento hay que tratar de ver cuán vano es el objeto de esa ira, cuánto desagrada a Dios, etc., hasta que este sentimiento quede aplacado; hay que volver, pues, sobre aquellos sentimientos hasta que la idea del tal ultraje no produzca ya efecto alguno en el alma. A veces, se puede obrar así previendo lo que nos va a ocurrir. Así se combate, por ejemplo, el respeto humano, una pasión irascible que tiene como objeto la vergüenza.

La pasión concupiscible o sea, el amor de las diversas cosas y sobre todo, la impureza, se combate eficazmente por la huida.

98. Regular las pasiones es cambiar su objeto de tal modo que se conviertan en pasiones laudables, de malas que eran. ¿Ama uno los honores y la gloria? Cambiemos su objeto: amemos la gloria celestial. ¿Amáis las riquezas? Amad ahora los tesoros del Cielo, etc.

Se mortifican las pasiones tendiendo a cercenarlas del todo destruyendo su objeto o su sujeto. El sujeto de las pasiones es el amor propio o los sentidos; el objeto de las pasiones varía como ya lo hemos visto.

El respeto humano, por ejemplo, tiene por sujeto el amor propio y, por objeto, la vergüenza. El amor propio se rebela en contra de la vergüenza. El amor propio actúa; es sujeto. ¿Cómo actúa? Por la pasión, la rebeldía, el respeto humano. He ahí el medio de combatir. ¿Contra quién? Contra la vergüenza; ése es su objeto.

Si ahora suprimís el sujeto, el amor propio, el respeto humano cesará en seguida. Si suprimís el objeto, o sea la vergüenza, si os representáis y os persuadís de que no hay vergüenza alguna en servir a Dios, entonces habréis dado muerte al respeto humano.

Por ahí podéis concebir cómo se da muerte, o cómo se mortifican las pasiones, acabando con su sujeto o con su objeto.

V

1816. CHAMINADE. (Notas autógrafas)

Empezaron el 15 de septiembre

RETIROS

Ejercicio fundamental

99. *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto non potest intrare in regnum Dei.*

El ser que recibimos según el orden de la naturaleza ha quedado enteramente degradado; ya no puede entrar en el reino de Dios. Para que pueda entrar en posesión de ese reino y reinar en Dios y con Dios, es necesario que nuestra alma se regenere, que se convierta en un ser espiritual y, por decirlo así, enteramente divino. Explicación de la materia y de la forma del bautismo. Comparación con el estado de Adán inocente...; vida de influencia de Jesucristo... Bautismo de Cristo... Piscina probática...

100. Los tres primeros ejercicios han versado acerca de los tres caracteres principales del espíritu de Dios, o del cristiano, por oposición a los otros tres caracteres del espíritu del mundo: *nos autem, non spiritum hujus mundi accepimus, sed Spiritum qui ex Deo est* (I Cor. 2, 12).

Primer carácter: espíritu de separación, de recogimiento y de oración, por oposición al espíritu de disipación del mundo; una vida enteramente interior, opuesta a la vida volcada al exterior.

Segundo carácter: espíritu de renuncia y de penitencia, opuesto al espíritu de pereza, de inmortificación y de indulgencia para nuestras inclinaciones desarregladas.

Tercer carácter: espíritu de fortaleza y de valentía, opuesto al espíritu de flexibilidad y de componendas.

Cuarto ejercicio: juicio de Dios. La verdad infalible y la equidad inflexible del Soberano imprimirán severidad a este juicio. Aprendamos a juzgarnos a nosotros mismos, sobre todo en el tribunal de la Penitencia.

101. *Quinto ejercicio:* Severidad de la penitencia: 1, severidad en su integridad; 2, dignos frutos de penitencia: tres caracteres... 3,

severidad ordenada por sus grandes motivos; el pecador ejercita sobre sí mismo las funciones de la justicia y de la ira de Dios; se juzga en su propia causa; hay apelación en su juicio, etc.

Sexto ejercicio. Dulzura de la penitencia. Se recordó rápidamente en este ejercicio todos los principios de la penitencia y se probó luego que en una verdadera penitencia se encontraba una especie de seguridad contra los juicios de Dios, la paz de Dios, la paz consigo mismo, la alegría, etc.

102. *Séptimo ejercicio.* Otro carácter del cristiano. Considerado en sí mismo, carácter de consagración; su excelencia; consagración como rey, sacerdote, hijo de Dios, hermano y miembro de Cristo, templo de Dios, etc.; pecados de los cristianos: son una especie de sacrilegios...

Octavo ejercicio. Huida del mundo. Pecados de contagio, seducción y aprobación. Dificultad que hay de practicar la virtud.

Noveno ejercicio. Conversión o santificación operada por grados, ya se la considere de parte de Dios, ya sea de parte del hombre.

Décimo ejercicio. Deseo y disgusto de la Sagrada Comunión. (Dim tomo 4). Nota: A la Sagrada Comunión se la considera como medio principal para sostener la vida espiritual. El deseo bien regulado de comulgar es como la brújula... Se habló de la confesión en el ejercicio del Juicio de Dios. Avisos sobre la oración como medio, etc.

Undécimo ejercicio. Conducta de un cristiano en el mundo. Ver B. Serm. acerca de la mezcla existente entre los justos y los pecadores.

Duodécimo ejercicio. Precauciones contra la recaída. Desgracia de volver a caer en el pecado. Ver evangelio meditado: *cum immundus spiritus exierit*, etc.

103. *Décimotercer ejercicio.* Obligación para todos los cristianos, de tender a la santidad. Esta obligación arranca: 1. De la excelencia del carácter de su consagración; es consagrado como sacerdote, rey hijo de Dios, etc. 2. De las tres obras mayores de Dios: la Creación, la Encarnación y la Glorificación de los santos. Ver Villetierry.. 2.^a parte.

Décimocuarto ejercicio. En qué consiste la santidad o la justicia del cristiano. Ver ídem: justicia entera y verdadera...

Décimoquinto ejercicio. Análisis o resumen de todos los ejercicios para preparar la renovación de las promesas del bautismo y recordar todas las resoluciones tomadas.

Conclusión. ¿Queremos ser ciudadanos de Babilonia o de Jerusalén? ¿Queremos vivir según el espíritu del mundo o según el espíritu de Jesucristo? Si queremos ser de Cristo, pronunciamos con generosidad las promesas del bautismo: *juravi et statui custodire*, etc.

Nota.-Se hubiera querido un ejercicio sobre la Santísima Virgen en la Congregación. Necesidad general de esta devoción. Sostentamiento y regla de esta devoción en la Congregación.

104. *Ejercicio preparatorio y fundamental.* El ser que recibimos al nacer ha quedado enteramente degradado; no puede entrar en el reino de Dios. Para poseer el Cielo y para reinar en Dios y con Dios se requiere que nuestro ser sea regenerado, que llegue a ser un ser enteramente espiritual y, por decirlo así, divino.

Primer ejercicio. Tres caracteres del cristiano o del espíritu de Cristo en oposición al espíritu del mundo. Primer carácter: espíritu de separación, de recogimiento y de oración, o espíritu de vida interior.

Segundo ejercicio. Segundo carácter: espíritu de mortificación, abnegación y penitencia. Necesidad y extensión de la mortificación.

Tercer ejercicio. Tercer carácter: espíritu de fortaleza y de valor. Necesidad que tenemos de ello; tentaciones del demonio; combates continuos.

Cuarto ejercicio. Juicios de Dios. Qué terrible será. Aprendamos a juzgarnos a nosotros mismos, sobre todo en el tribunal de la Penitencia.

Quinto ejercicio. Severidad de la penitencia; continuación del segundo carácter, etc.

Sexto ejercicio. Dulzura que se encuentra en la austeridad de la penitencia.

Séptimo ejercicio. El carácter de cristiano. Considerado en relación con Cristo es un carácter de consagración.

Octavo ejercicio. Huida del mundo.

Noveno ejercicio. La santificación lo mismo que la conversión se efectúa por grados.

Décimo ejercicio. Deseo de la Sagrada Comunión.

Undécimo ejercicio. Conducta del cristiano en medio del mundo. Duodécimo ejercicio. Precauciones contra la recaída en el pecado.

Décimotercer ejercicio. Obligación para todo cristiano de tender a la santidad.

Décimocuarto ejercicio. En qué consiste la santidad o justicia del cristiano.

Décimoquinto ejercicio. Análisis o resumen de todos los ejercicios para preparar la renovación de las promesas del bautismo y recordar las resoluciones tomadas.

Conclusión. ¿Queremos ser ciudadanos de Babilonia o de Jerusalén? ¿Vivir según el espíritu del mundo o según el espíritu de Cristo? Si queremos ser de Cristo, pronunciamos de nuevo con generosidad las promesas del bautismo...

VI

1817. CHAMINADE. (Autógrafo)

EJERCICIOS DE SAN LORENZO

1.ª meditación: La fe: su naturaleza

105. Punto 1º-Es un don de Dios. De ahí su firmeza y su integridad.

Punto 2º-Considerada en relación a nuestra alma, es una luz necesaria para iluminarnos.

Punto 3º-Considerada en relación con nuestra voluntad, es un piadoso afecto que somete al espíritu a obedecer a la luz que le ilumina...

2.ª meditación: Necesidad para salvarse, de: una fe práctica

106. Punto 1.º-La fe práctica es necesaria para salvarse. De ahí...

Punto 2º-¡Qué pocos se salvan, incluso entre los cristianos!

Punto 3.º-¡Qué gracia tan grande da Dios a quien le llama a un estado de fe y de fe práctica. Propiamente eso es el estado religioso.

El estado religioso es especialmente un estado de fe. El religioso tributa continuamente cuatro homenajes a la fe:

1. Homenaje de sumisión, que le lleva a escucharla con docilidad.
2. Homenaje de afecto, que le lleva a amarla con ternura.
3. Homenaje de celo, que le lleva a defender con ardor sus intereses.
4. Homenaje de acción, que le lleva a honrar a esa fe por medio de obras.

Dicha de la fe

107. 1. Títulos gloriosos y consoladores que nos da la fe: hijos de Dios, de la Iglesia, etc.; sacerdotes, reyes y profetas. Perdería todas estas ventajas si rompiese el lazo indisoluble que me une a la Iglesia.

2. Mi fe es una regla invariable que desvanece todas mis dudas.

3. Es mi gran consuelo en medio de las penas de la vida.

4. Es el pensamiento saludable que me da seguridad en el momento de morir.

El servicio de Dios: illi sali servies

(Transición)

Hemos presentado los homenajes que tenemos que tributar a nuestra fe. Al hablar de la fe y de los compromisos contraídos con ella, o de los cuatro homenajes que le debemos, os he hablado ya del servicio de Dios o de los deberes que éste nos impone. Pero ¿podría dejar de haceros contemplar al divino Maestro, que es el gran objeto de nuestra fe? Me parece esencial el hablaros despacio de su grandeza, su bondad y su misericordia. Conoceréis su justicia al meditar el pecado y los novísimos.

Venite ad nuptias

(4 y 5) 11^a meditación: Alianza con Dios y con María (tres meditaciones)

108. Hijos privilegiados de Dios y de María, bajados, por decirlo así, de los cielos (*de supernis sum*), pero no olvidemos que tenemos los pies puestos en la tierra y que, en esta tierra, hay un mundo cuyo contagio debemos temer y del cual nos debemos separar; que hay también enemigos invisibles y demonios tentadores.

13.ª meditación

Dos meditaciones; una acerca de la huida del mundo y otra sobre las tentaciones

14.ª meditación: La pasión dominante

109. Punto 1.º-La pasión dominante, fuente de pecados.

Punto 2º-Fuente de ceguera espiritual.

Punto 3º-Fuente de reprobación eterna.

Nota. Conferencia para conocer cuál es la pasión dominante.

Las agitaciones de la conciencia

Turbación, remordimiento, espanto

110. Punto 1. -La turbación agita.

Punto 2º-El remordimiento desgarrar.

Punto 3º-El espanto consterna.

Nota. Conferencia acerca de la conciencia.

15.ª meditación

La paz del alma; medios de adquirirla y conservarla

111. Primer medio: Evitar el pecado.

Segundo medio: Evitar toda infidelidad deliberada, toda resistencia voluntaria a la gracia y a la voz de Dios.

Tercer medio: la mortificación de las pasiones y de los sentidos.

Cuarto medio: Conformidad absoluta y entera con la voluntad de Dios; abandono total y sin reserva a su Providencia.

Nota. Conferencia sobre la paz.

16.ª meditación: El espíritu de penitencia

112. Punto 1.º-Penitencia interior y de corazón.

Punto 2.º-Su rareza, reconocida por sus caracteres. Dolor interior, sobrenatural, universal y soberano. Generosa determinación de aceptarlo todo y de hacerlo todo para aplacar la ira de Dios. El firme propósito, esa constante resolución de morir antes que... No es preciso que este dolor sea sensible; esta sensibilidad no depende de nosotros. Pero, por lo menos ¿es sincero? Si lo fuese tanto como debe serlo, ¡cuántos cambios y efectos no habría producido ya en mi corazón y en toda mi conducta!...

Punto 3.º-Sentimientos de un alma penitente.

Nota. Conferencia acerca de la penitencia. Otra sobre el combate espiritual.

17.ª meditación: La caridad: Caracteres

113. Punto 1º-La caridad debe ser sobrenatural en sus motivos.

Punto 2.º-Debe ser universal en su objeto.

Punto 3º-Debe ser eficaz en sus obras. *Nota.* Conferencia acerca de la caridad.

Notas acerca de las meditaciones. Sobre la 1.ª

114. La fe es un don de Dios; es cierta participación de la luz divina: *signatum est super nos lumen vultus tui* (Ps. 4), *Donum descendens a Patre luminum. Deus qui dixit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiae claritatis Dei* (II Cor. 4). *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbrae mortis lux orta est eis* (Isaías). *Corde creditur ad justitiam...; tardi corde ad credendum. Ipsi fuerunt rebelles lumini, nescierunt vias ejus, nec reversi sunt per semitas ejus* (Job 24).

Sobre la 2.ª meditación acerca de la fe práctica

115. *Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit...* Cristo da la explicación: *Id, enseñad a todas las naciones y bautizadlas, enseñándoles a observar cuanto yo os he prescrito.* Comparemos nuestra conducta con esta creencia; primero en relación con las verdades de los misterios y luego respecto a las verdades morales.

Segunda serie: ejercicios de antes de mediodía

1ª meditación: La fe práctica

116. Su necesidad para salvarse: *sine fide impossibile est placere Deo* (Hebr. 11, 6).

- 1.º La fe práctica o activa es necesaria para la salvación.
- 2.º ¡De ahí qué pocos son los que se salvan incluso entre los cristianos!
- 3.º ¡Qué gracia tan grande hace Dios a quien llama a un estado de fe y de fe práctica. Esto es propiamente el estado religioso.

Cuarta serie: Ejercicios de la tarde

1.ª meditación: El pecado mortal

117. *Nullus est qui poenitentiam agat super peccato suo, dicens: quid feci?*

Nadie hace penitencia por su pecado diciendo: "¿Qué he hecho?"

Punto 1.º-El pecado mortal es el insulto más grosero dirigido a un Dios infinitamente grande.

Punto 2.º-El pecado mortal es la ingratitud más negra para con un Dios soberanamente bueno.

2.ª meditación: El pecado mortal: "qui feci?" (Jer. 8, 6)

Hay que considerar al pecado mortal desde cuatro puntos de vista distintos, o más bien, en los cuatro grandes teatros de las venganzas de Dios:

1. El ángel rebelde en el Cielo.
2. El primer hombre en el Paraíso terrenal.
3. Tantos condenados en los infiernos.
4. Cristo en el Calvario.

3.ª meditación: El pecado mortal ocasiona tres muertes...

VII

1817. CHAMINADE (Lalanne)

EJERCICIOS

2.^a meditación

118. *"Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvabitur.* quien creyere y se bautizare, se salvará.

¿Cuál es esta fe a la que queda vinculada ciertamente la salvación? ¿Es la fe sin las obras o la fe con las obras que constituyen la práctica de la misma? ¿Es la fe especulativa o muerta o bien la fe práctica? Además, la Escritura nos enseña que con la fe sin las obras nadie puede salvarse; se trata, por consiguiente, de la fe acompañada de las obras, de la fe práctica.

1. ¡Qué rara es la fe práctica! Pocas gentes, en el mundo, creen con una fe especulativa; menos todavía creen con una fe práctica. ¡De qué modo tan distinto obraríamos si pusiésemos en práctica la fe tanto en relación con los misterios como en el aspecto moral! Por ejemplo, ¡qué idea concebiríamos acerca de nuestra grandeza si creyésemos en la Encarnación! ¡Qué horror al pecado si creyésemos en la redención! ¡Qué respeto tendríamos en el templo si creyésemos en la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento! Y tocante a la moral, ¡con qué disposiciones nos acercaríamos al sacramento de la penitencia, si creyésemos en lo que allí sucede entre Dios y el pecador! ¡De qué modo practicaríamos la caridad si tuviéramos fe práctica en el mandamiento que de ella nos ha dado nuestro adorable Maestro!

2. Y ya que la fe práctica es tan rara en el mundo, ¿nos extrañamos de que el número de los elegidos sea tan escaso? Y si el número de los elegidos debe ser tan pequeño, para salvarse, hay que creer con una fe práctica.

119. 3. Pero la bondad de Dios nos presenta una situación en la que no podemos menos de poner en práctica nuestra fe. Ese santo estado es la vida religiosa la cual es una práctica continua de la fe en todas las circunstancias de la vida y en todas las acciones del hombre, ya sea respecto a sí mismo, ya sea tocante a sus semejantes o a Dios mismo. El religioso es un hombre que, creyendo en Dios, en Jesucristo y en la vida futura, ha resuelto

hacer sólo actos que sean una consecuencia directa e inmediata de su fe. ¡Qué fácil y seguramente debe llevar este estado a la eterna salvación!

3.ª meditación. Primera tarde

120. *Nullus est qui poenitentiam agat super peccato suo dicens: quid feci?*

Casi nadie hace penitencia; se contenta uno, fácilmente, con un débil sentimiento de contrición.

Quid feci? El pecado es el insulto más ultrajante que se pueda dirigir al Creador; es la más negra ingratitud.

1. Insulto ultrajante. Por su naturaleza misma, por la desobediencia y la rebeldía, por la bajeza y pequeñez de quien la hace, por dirigirse directamente a Dios, ante sus propios ojos, y entre sus manos, abusando de sus mismos beneficios, porque es bueno y se espera el perdón.

2. La más negra ingratitud. Dios nos lo ha dado todo, incluso su Hijo único. Cristo ha vertido hasta la última gota de la sangre de su corazón; nos la ha dado por amor y por nuestra salvación.

Quid feci? Tema continuo de arrepentimiento, confusión y penitencia.

4.ª meditación

121. *"Dilectus meus mihi et ego illi: mi amado para mí y yo, para mi amado."*

Alianza muy íntima y real entre Dios y el hombre. Nupcias espirituales y celestiales: *"venite ad nuptias: venid a mis bodas"*, nos dice el Rey de Reyes; todos estamos invitados.

Hay una alianza de Dios, ya sea de una manera general con todos los hombres, ya de un modo más particular con Cristo, ya sea de la manera más íntima mediante la perfección religiosa. En cualquier caso, se encuentran en ellas los tres caracteres esenciales de toda alianza: elección, compromiso y sociedad.

1. Alianza general de Dios con los hombres. Entre todas las criaturas, los hombres han sido escogidos para conocer a Dios, amarle, servirle y obtener su posesión eterna.

2. Alianza más particular con Cristo, que nos hace hijos de Dios, que hace que un hombre pueda ser llamado Dios, y que un Dios se ha hecho hombre y cada día los hombres pueden unirse a Dios como su cuerpo se une al alimento que toma.

3. Alianza del alma religiosa.

122. *Elección.* De parte de Dios, el cual prepara, llama e introduce por mil vías diversas al alma que destina a esta feliz unión. De parte del alma, la cual escoge a Dios con preferencia a cualquier otra cosa, como a su bien total y su herencia abandonando todo lo demás por amor a Dios.

Compromiso. Unión indisoluble, de tal modo, que la misma muerte no podrá romperla.

Sociedad. Dios comunica a la criatura todos sus bienes, su felicidad y, en cierto modo, su gloria. Pero ¿qué podrá dar a Dios una criatura? De Él lo ha recibido todo, incluso el castigo que la atrae hacia sí. Sin embargo Dios cuenta la ofrenda de los bienes que ha prestado contentándose con ello, permaneciendo siempre en el alma el deseo insaciable de dar gloria al Señor, por sí misma y por los demás: *quid retribuam Domino?*

5.ª meditación

123. "*Dominum elegisti ut sit tibi Dominus Deus tuus et Deus elegit te ut sis illi populus peculiaris:* habéis escogido al Señor para ser vuestro Dios y el Señor os ha escogido para que seáis su pueblo peculiar."

Estas palabras que Moisés dirigía a los israelitas después que éstos se consagraron al Señor nos las aplicamos a nosotros, los hijos de María; en otros términos: "*Dominam elegistis ut sit vobis Mater; Domina elegit vos ut sitis illi familia peculiaris:* habéis escogido a María por Madre vuestra y Ella os ha escogido como su familia especial."

Esta alianza estrecha y particular con la Santísima Virgen es uno de los caracteres propios del Instituto. En ella se encuentra, lo

mismo que en la alianza con Dios, la elección, el compromiso y la sociedad; elementos todos que hacen de ella una alianza perfecta.

124. 1. *Elección*. Hemos escogido a María -bien lo sabemos- y hemos tenido en nuestro corazón la intención de escogerla por Madre; pero ¿estamos seguros de que, por parte suya, la divina María nos ha elegido a nosotros para tener en nosotros una familia especial? Sí, no es menos cierto. No habríamos escogido nosotros a María si Ella no nos hubiera escogido la primera. No hemos llegado hasta aquí por nosotros mismos, sino por una dirección secreta de la Providencia. ¿Quién dirigió nuestros pasos, puso en juego ciertos resortes a menudo sin que lo supiésemos, y nos inspiró esta confianza de tomar como Madre nuestra a la Soberana del mundo? No lo dudemos: es la gracia de Dios; pero esta gracia, como todas las demás, nos ha venido por María, ya que estamos seguros de que María es como el canal a través del cual nos llegan todas las gracias de; Dios. De su amor salieron las que nos atraieron hacia su seno. María es quien nos ha elegido, quien nos ha llamado.

125. 2. *Compromiso*. ¿A qué nos hemos comprometido? A honrarla con todas nuestras fuerzas, a extender su culto e inspirar en todas partes la confianza en María y la devoción para con Ella. No temamos que, a causa de ello, disminuya la gloria de Dios y excitemos su santa envidia. Cristo quiere tiernamente a su Madre; nosotros, por nuestra parte, nada mejor podríamos hacer y nada tan agradable como amarla, honrarla como lo hace Él mismo. Y por parte de María, ¿a qué se ha comprometido Ella? A protegernos, escucharnos, amarnos como una madre quiere a sus hijos.

3. *Sociedad*. Si María, merced a la ofrenda que le hacemos de nosotros mismos, entra a tomar posesión de nuestro corazón y de nuestras facultades, nos hace entrar también en posesión de su ternura, de su crédito y de su poder; adquirimos sobre Ella una especie de derecho, tanto para nosotros como para los demás en todos los casos en que queramos obtener algo que esté en el orden de la sabiduría y de la bondad de Dios.

6.ª meditación (la segunda tarde)

126. "*Quid feci?*: ¿qué es lo que hice?"

El tema de ahora es el mismo que el de ayer tarde. Tan importante es.

¿Qué es lo que hice? Para saberlo con precisión, hay que trasladarse a cuatro teatros: al Cielo, al Paraíso terrenal, al infierno y al Calvario.

1. Al Cielo. Los ángeles por millares, llevando a la cabeza a Lucifer, fueron precipitados en los abismos de azufre y fuego, los cuales se abrieron en el mismo instante para recibirlos. ¿Qué habían hecho? Un pecado de pensamiento... ¿Y qué es un pecado de pensamiento? ¿Qué es lo que hice?

2. El Paraíso terrenal. Adán se ve arrojado de él; de un lugar de felicidad y de puras delicias pasa a una tierra de lágrimas en donde ya no podrá gustar de otro placer que el de llorar; se ve condenado al trabajo, a las enfermedades y a la muerte. De allí provienen todas las desgracias que, desde aquel padre común, afligen a toda su descendencia. ¿Qué había hecho? Un pecado... ¿Y qué es un pecado?... ¿Qué es lo que hice?...

127. El infierno. En él arden llamas devoradoras y eternas; millones de criaturas gimen en ellas desde hace muchos siglos y para siempre. ¿Qué han hecho? Pecados... ¿Qué es lo que hice?

4. El Calvario. En él Cristo se convierte en maldición; el Hijo de Dios muere en medio de los tormentos y cargado de oprobios. ¿Qué había hecho? Cargarse con pecados que no había cometido; con mi pecado. ¿Y qué es mi pecado? ¿Qué es lo que hice?

De seguro, yo no sé ni comprendo lo que hice cuando pecaba porque si lo comprendiese, no podría quitar de mi corazón el dolor y el arrepentimiento, ni viviría sino para hacer penitencia, en lugar de vivir -como lo estoy haciendo ahora- para el placer y para mi propia gloria.

7.ª meditación

128. *Magnus Dominus et laudabilis nimis.*

La existencia de Dios es uno de los principios fundamentales de la religión; nadie lo duda. ¿Por qué traemos aquí a cuento esta verdad, si ya lo sabemos y la creemos? Porque es preciso que la sintamos todavía más y la hagamos entrar profundamente en el corazón. Consideremos en Dios su grandeza como Creador, como conservador y como fin último.

1. Grandeza de Dios como Creador. Todo proviene de Él; absolutamente todo. Todo lo ha sacado de la nada. Pero lo que aquí nos interesa más es saber que cuanto tenemos viene de Él: bienes exteriores, bienes interiores, facultades del cuerpo y del alma, fuerzas físicas y morales; todo procede de Él. Es una locura y una usurpación criminal el atribuirse lo que uno tiene o lo que hace, como lo es también creerse artífice de su fortuna, de sus talentos o de su ciencia, o el autor de su poder. Locura es complacerse en sí mismo considerando las cualidades que uno cree tener. No tenemos que complacernos en nosotros mismos puesto que no tenemos nada propio: *quid habes quod non accepisti?*

129. 2. Grandeza de Dios en cuanto conservador. Todo depende de Él y está en Él. Él sostiene todos los seres; es el único ser; si -por un imposible- Él dejase de existir, todo tornaría a la nada. Es un error el creer ser capaz de algo por sí mismo. Quien conoce bien hasta qué punto depende de Dios no tendrá nunca un sentimiento o un pensamiento de propia suficiencia.

3. Grandeza de Dios en cuanto fin último de todo. Salido de Él, todo vuelve a Él. En Dios desembocan todas las cosas, sobre todo la vida del hombre ya que el hombre ha sido creado expresamente para servir a Dios. Esencial y necesariamente Dios es el fin de todas las cosas. ¿Podría Dios actuar por otro que no fuera Él, ya que sólo Él tiene una existencia real? (*ego sum qui sum*). Sólo Él es eterno. ¿Podría Dios obrar con miras a una criatura que mañana dejara de existir?

Creo en Dios como principio de todo. Creo en Dios, fuerza y sostén de todo. Creo en Dios, fin último de todo.

VIII

1818. CHAMINADE (Collineau)

EJERCICIOS

1.ª meditación

Necesidad de los Ejercicios

130. Los ejercicios son necesarios porque el trato con los hombres, incluso aquél a que nos obligan las funciones del sagrado ministerio, debilita la piedad y causa una pérdida real. Esta obligación incumbe a todos. Prueba de esta verdad es el retiro a que se entregaron los Apóstoles: *venite seorsum in desertum locum et requiescite pussilum*; palabras que se explican por otras de San Juan y que nos dan a entender que se trata de un retiro, de un descanso que el Señor otorga a sus Apóstoles en el cual el alma gusta de la soledad cuando se digna el Señor hablar al hombre. Otra prueba de la necesidad del retiro es el ejemplo mismo del Creador el cual, al llegar el séptimo día, parece como entrar dentro de sí mismo y cesar de ocuparse en la obra de la creación. Dios, sin embargo, es dueño de sí; pero ha querido enseñarnos de qué utilidad nos sería el dejar, de vez en cuando, y aun frecuentemente, de ocuparnos de las criaturas para ocuparnos de nosotros mismos, o más bien, para entregarnos del todo a Dios.

131. Dios no se ha limitado a manifestarnos esta necesidad del retiro por medio de su ejemplo, sino que nos ha dado un mandamiento: el de guardar reposo el sábado (ahora el domingo), día en que, dejado todo cuidado terreno, lo ha asignado para el descanso.

Pero ¿en qué consiste el retiro? Nos lo dice San Juan: en entretenernos con Jesucristo después de haberse retirado a un lugar apartado. Ahora bien: Jesús nos ha otorgado ya la mitad de sus favores alejándonos del tumulto de los negocios y de los familiares para ponernos en situación, merced al recogimiento de oír su voz.

2.ª. meditación

Vocación al estado religioso en la Orden de los servidores de María

132. *Vocabis me et respondebo tibi.*

El Señor nos ha llamado desde toda eternidad; nos ha llamado en pequeño número y su voz fue admirable por su dulzura. Tres consideraciones brotan de este principio: nuestra vocación es eterna en su principio, singular en su naturaleza y preciosa en sus circunstancias.

1. Eterna en su principio. Dios puede llamar de tal modo que toda vocación viene de Él. Y como es eterno y ve y ama eternamente, nos vio, llamó y amó desde toda eternidad. Pasó una eternidad y fue preciso aún que pasase una parte de tiempo para que llegase el momento en que deberíamos distinguir su voz; esta voz que aún no había llegado a nosotros, pero que había sido emitida desde toda eternidad. Llegó, pues, el momento en que quiso realizar, en el tiempo, las ideas que había concebido ya desde un principio...

133. Esta reflexión es grande; levanta al hombre y es capaz de llenarle de confianza ya que actúa el mismo Dios y, habiéndole llamado Dios solo, le asegura su protección. Por eso mismo, no nos debe extrañar nuestra debilidad; precisamente por ser los instrumentos más débiles, Dios nos ha escogido. Dice Dios a Jeremías: *Nada importa tu poca edad; yo estoy contigo*. Unos pescadores son sus apóstoles; y convierten al mundo entero; es que Jesucristo está con ellos: *ecce vobiscum sum*.

Pero aunque de toda eternidad hayamos sido concebidos en la mente de Dios para servir a su gloria, no tenemos de qué enorgullecernos porque nuestra vocación es una elección de Dios y de ningún modo depende de nosotros. ¿Cómo va a depender? Nos ha llamado cuando aún no existíamos; todo se ha hecho, pues, sin nosotros.

134. 2. Nuestra vocación es singular. Se puede decir de nosotros lo que Cristo dijo de sus Apóstoles: *pusillus grex*. Tantos hombres hay... Sin embargo, ¿qué pocos hay llamados al estado religioso, y qué pocos llamados a servir al Instituto de los religiosos de María y a la obra de Dios! ¡Qué favor tan singular! ¡Oh bondad

gratuita de nuestro Dios, a la que corresponderemos por el voto de obediencia, como corresponderemos a la eternidad de nuestra vocación por la estabilidad de nuestro cuidado en seguirla!

3. Nuestra vocación es preciosa en sus circunstancias, ya sea que consideremos las circunstancias relativas a nosotros mismos, ya sea que miremos las circunstancias referentes a los tiempos en que vivimos.

Circunstancias relativas a nuestra persona. ¡Cómo el Señor lo preparó y condujo todo! En medio de ciertas dudas e incertidumbres, sin embargo, ¡cómo Dios condujo los acontecimientos y los afectos dominantes de modo que nos hizo ver, de una manera evidente, cuál era nuestra vocación! ¡Con qué bondad, a pesar de nuestra infidelidad, ha guiado el curso de nuestros pensamientos y deseos! ¡Dios mío! Se puede decir con verdad que nos habéis conducido con un cuidado que no podía nacer más que de la compasión que habéis tenido de nosotros.

Circunstancias relativas al tiempo. Jamás hemos tenido tantos escollos, tantos peligros y tantas tinieblas; sin embargo, la luz brilla delante de nuestros ojos y reconocemos el sendero que tenemos que recorrer. Nuestra vocación nos pone a cubierto de peligros tan numerosos. ¡Oh preciosa vocación! ¡Dios mío, qué grande es vuestra misericordia para conmigo!

3ª meditación: Continuación de la anterior

135. ¿Cómo podemos corresponder a nuestra excelsa vocación? Respondebo tibi. Será conformándonos con la intención de quien nos llama. Ahora bien -nos dice San Pablo- *vocati estis ut sitis sancti et immaculati in conspectu ejus*. Si tal pasaje se aplica a todos los cristianos, ¡con cuánta mayor razón se aplica a los llamados a la vida religiosa! En efecto, quiere darnos a entender cómo debe ser la vida de un religioso que tiene al mismo Jesucristo por modelo. Debe ser santa. Y la razón es ésta: estote sancti quia ego sum sanctus. Además, la santidad es como el atributo más glorioso de Jesucristo: *in splendoribus sanctorum genui te*. Tenemos, pues, que ser santos.

136. Pero llamados a ser el instrumento para la salvación de muchos, llamados a la más excelente de las vocaciones, debemos ser irreprochables. ¿Cómo dar autoridad a nuestra doctrina si nos pueden coger en falta? Sería de desear que pudiésemos decir como

nuestro Maestro: *quis ex vobis arguet me de peccato?*; o bien, como señala el Apóstol: *neminem laesimus, neminem circumvenimus*.

Pero nuestro Maestro y los Apóstoles al predicarnos la santidad, nos presentan a Jesucristo como un cuadro perfecto y a los Apóstoles actuando con una santidad proporcionada. De consiguiente, debemos llevar una vida que pueda servir de modelo. Para corresponder a nuestra vocación, debemos volver a trazar, en nosotros mismos, la santidad de Jesucristo.

4.ª meditación: continuación de la anterior

La santidad y la manera de responder a nuestra vocación

137. ¿Qué tenemos que hacer para ser irreprochables y poder servir de modelo en punto a santidad? Nuestro Señor nos lo indica en la Epístola de San Pablo a los Romanos, cap. 6: *si enim complantati facti sumus similitudini mortis ejus, simul et resurrectionis erimus*. "Estamos injertados -dice el Apóstol- en la muerte y en la resurrección de Cristo", según las reglas de conducta que su muerte y su resurrección nos descubren, de tal modo que la entrada en religión debe, a la vez, producir en nosotros una muerte y una resurrección, una resurrección semejante a la de Jesucristo. Ahora bien: las cualidades del cuerpo de Jesucristo resucitado son cuatro:

- Su cuerpo está enteramente espiritualizado. En el religioso, ya no debe haber nada de animal. La vida religiosa, el voto de castidad son la renuncia a esta animalidad.

- El cuerpo de Jesucristo es incorruptible. La castidad y todos los auxilios de la vida religiosa para conseguir esta virtud son como la prenda de este estado incorruptible.

- El cuerpo de Jesucristo es glorioso. La vida religiosa, al acabar con: todos los cuidados terrenos y hacernos discípulos de Cristo, no eleva a una dignidad muy superior al estado -abyecto a los ojos de Dios- en que vivíamos.

- El cuerpo de Jesucristo está dotado de fortaleza. También el estado religioso exige fortaleza e incluso una fortaleza superior; la de los ángeles ya que éstos son castos sin combates y sin victorias.

El religioso es casto, pero lo es en medio de peligros. De este modo, al decir de los religiosos que son *sicut angeli* en lo tocante a la castidad, se podría añadir: por la ayuda de una fortaleza que el ángel no necesita.

138. El alma de Cristo no se complace en medio de los hombres; ni aparece entre ellos, después de su resurrección, más que cuando es necesario para instruirles, fortificarles y aliviar sus males. Reglas perfectas de la vida religiosa: quienes la han abrazado y están muertos al mundo, no deben aparecer en él más que cuando el bien del prójimo y la gloria de Dios les llamen a él y como Cristo resucitado - sólo se quedan en él lo preciso.

6^a meditación: DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

139. *Ubi spiritus, ibi pax.*

Es de fe que existe un espíritu de luz y de verdad, el espíritu de Dios, que se digna iluminar al hombre; que tal espíritu se digna asimismo calentar y mover su corazón; pero no es menos cierto que hay también un espíritu de tinieblas que puede oscurecer el espíritu e incluso reinar en la voluntad; ése espíritu es Satanás.

Ambos opuestos espíritus no pueden encontrarse al mismo tiempo en la misma potencia o facultad del alma. Ahora bien: las facultades del alma son cuatro: 1.^a La primera de todas -ya que es la que ordena, aprueba, rechaza y es también el principio de nuestras acciones- es la voluntad, distinta del corazón, el cual no abarca más que deseos o pasiones. La 2.^a es el juicio o entendimiento. La 3.^a es la imaginación; la 4.^a es la memoria.

140. Cuando el espíritu de Dios ocupa y dirige la voluntad, el espíritu de Satanás queda relegado a la región de las potencias inferiores. Pero cuando el espíritu de Satanás ocupa la voluntad, entonces el espíritu de Dios sólo se presenta bajo la forma de remordimientos.

Decimos que el espíritu de Satanás se retira para residir en las potencias inferiores cuando el espíritu de Dios ocupa la voluntad; pero hay que notar atentamente que el espíritu de Satán, en estos casos, puede ocupar todas las potencias inferiores, incluso todas a la vez, pudiendo también mover el corazón, encadenar el juicio, ocupar la imaginación y despertar la memoria; pero mientras la

voluntad queda bajo la impresión del espíritu de Dios, tales maniobras de Satanás no pueden sernos imputadas, ni siquiera bajo pecado venial.

141. Importa ahora saber por qué señales podremos reconocer cuál es el espíritu que mueve nuestras facultades. Cuatro propiedades principales caracterizan al espíritu de Dios, mientras que otras cuatro cualidades opuestas pertenecen al espíritu de las tinieblas.

Primera propiedad: El espíritu de Dios trae la paz; el de Satán, la turbación.

Segunda propiedad: El espíritu de Dios trae la libertad; el de Satán, impedimento.

Tercera propiedad: El espíritu de Dios trae la luz; el de Satanás, las tinieblas.

Cuarta propiedad: El espíritu de Dios trae la alegría; el de Satanás, la inquietud y la tristeza.

Así pues, la elección o la resolución que acabo de tomar, ¿deja a mi alma en la paz? ¿Tengo todavía obstáculos? ¿Descubro una luz que me hace ver sin inquietud que obro conforme a la voluntad de Dios? Entonces es que aquella resolución me la inspiró el Espíritu Santo.

142. Por el contrario, ¿me deja lleno de inquietudes aquella elección o resolución que he tomado? ¿Tengo dudas sobre si he hecho o no la voluntad de Dios? ¿Está mi alma desprovista de aquella dulce paz que debe experimentar un alma que puede decir a su Dios con confianza y sin temor: "Señor, cumplo tu voluntad"? - Entonces aquella resolución viene inspirada por Satanás.

Por consiguiente, que la voluntad no adopte nunca lo que le representa el juicio si no ve claramente cuál es la voluntad de Dios y si, al adherirse a tal voluntad, no encuentra la alegría y la paz. Dios, en efecto, tiene su lenguaje; pero ¿podemos suponer que Dios -que ha querido dar a los hombres medios de expresar claramente su voluntad- no se haya reservado un medio de manifestar la de Él, y un medio digno suya? La paz, la alegría, la satisfacción, la tranquilidad son otros tantos medios dignos de Dios para que sepamos cuál es su voluntad.

7.ª meditación: continuación de la anterior

143. Aplicación de los principios anteriores a la elección de un estado de vida. *Est via quae videtur homini bona, cujus autem novissima ducunt ad perditionem* (Libro de la Sabiduría).

Jesucristo nos da a conocer dos caminos: uno que conduce a la vida y otro que lleva a la muerte. El camino que conduce a la vida es el más estrecho; el que lleva a la muerte, es ancho. Pero el que lleva a la muerte es tal que el espíritu que no esté por entero envuelto en las tinieblas de la mentira, lo reconoce en seguida; o bien, es tal que sus comienzos parecen buenos aunque nos lleve luego a la perdición: *est via quae videtur homini bona, etc.*

Si alguna vez hemos caminado por ese mal camino, lloremos nuestra ceguera y hoy, cuando ya hemos salido de él, temamos no emprender de nuevo un camino que conduce a los mismos resultados.

144. Ahora bien: para reconocer cuál es el camino que debemos seguir en relación con nuestro estado de vida, analicemos los cuatro signos siguientes: 1. El fin a donde nos llevará el estado que abrazamos. 2. Los motivos que nos determinarán. 3. El objeto que nos proponemos. 4. Los efectos que, de seguirlo, experimentaremos en nuestra alma.

El fin debe ser la salvación eterna. Los motivos, el deseo del bien y la gloria de Dios. El objeto: Dios solo. Los efectos: la paz, la alegría, la satisfacción y la libertad.

145. Donde más podemos forjarnos ilusiones es en los motivos. La naturaleza no deja de hablar dentro de nosotros, de modo que cuando uno cree que le mueven motivos dignos -la gloria de Dios, el solo deseo de agradar a Dios- y cuando uno cree que se ha propuesto a Dios solo, se encuentra a menudo que la naturaleza es quien, en gran parte, ha determinado la elección, porque ha entrevisto un medio de verse satisfecha al mismo tiempo que, en apariencia, sólo se satisfacía a Dios. Por eso, ya no será la salvación eterna el único móvil, sino la satisfacción natural. ¡Qué error tan funesto! Y si lo hay en efecto, para detectarlo, no tenemos otro medio que ver los efectos que va produciendo en nosotros esa elección.

146. Si ya se hizo la elección y surgen dudas se las examina para ver si son razonables. Merecerán que les prestemos atención en caso de que haya incertidumbre de saber si debemos o no abrazar algo más perfecto. Más aún: habrá que pararse del todo cuando la incertidumbre provenga de haber entrevisto un estado más perfecto. Entonces se examina el caso conforme a las reglas indicadas más arriba; se ve si la elección de un nuevo estado o la adopción que ya se hizo del mismo nos da la paz, la libertad, etc., o bien, si sobrevienen turbaciones, de modo que, tornando al primero se vuelve a encontrar la paz, la verdadera alegría. Entonces, la incertidumbre fue una tentación.

8.ª meditación : SOBRE LA MEDITACION

147. *Bonum est nos hic esse.*

Para comprender lo que es la meditación y poder encontrar en ella aquellos encantos que hacían exclamar a San Pedro: *Domine, bonum est*, etc., debemos conocer: 1.^o La naturaleza de la meditación; 2.^o Su objeto; 3.^o Sus efectos.

1. La meditación se define como un ejercicio por el que el alma se eleva a Dios para solicitar algún favor, dar gracias por su bondad, etc. El alma, como desligada de los lazos del cuerpo, emprende el vuelo hacia la santidad. El entendimiento y la voluntad son las dos alas con las que se eleva. La imaginación puede servir también, unas veces representándonos los sufrimientos de un Dios, otras veces, sus inquietudes acerca de la suerte del pecador, etc. La memoria sirve para recordar sus beneficios.

148. Si se han dado diversas definiciones acerca de lo que es la meditación, es porque se han considerado sus efectos que son múltiples; pero el efecto primero de la meditación es el unirnos con Dios. Dios se comunica al alma que medita, le da sus gracias, su espíritu y su amor complaciéndose en que el alma reproduzca su imagen.

El objeto de la meditación es Dios, conocerle y amarle. Esto debemos proponernos. Ahora bien: ¿qué cosa hay más eficaz para aprender a conocerle y amarle que el ejercicio de la meditación?

Continuación de la misma meditación: LA ORACION MENTAL

149. *Bonum est nos hic esse.*

Para hacer oración de un modo conveniente y ventajoso, debemos saber antes que la meditación es obra de Dios y del hombre. De ahí proviene el que se la defina como un ejercicio. El hombre que no saliese de la inercia, no podría meditar; es preciso que todo nuestro ser se ocupe en la meditación ya que vamos a conversar con el soberano Señor. El cuerpo puede, algunas veces, ayudar al alma mediante algunos movimientos o algunas palabras dirigidas a Dios, propias para despertar los sentimientos. Así vemos que, algunas veces, en sus meditaciones, David clamaba al Señor, elevaba hacia Él sus manos suplicantes; sin embargo, el cuerpo, de ordinario, es inútil, el espíritu y la voluntad son las dos potencias del alma que, propiamente, meditan. El espíritu asimila la verdad y la presenta al corazón para que éste la adopte. La imaginación puede ayudarnos haciéndonos sensibles las operaciones del alma o las verdades que uno medita. La memoria puede, a veces, según el asunto, recordarnos hechos y circunstancias capaces de excitar la voluntad para que adopte la verdad que el espíritu le presenta.

150. Esto es lo que el hombre puede y debe hacer en relación con la oración mental. Si lo hace así, entonces Dios viene en su ayuda y, mediante su gracia, ilumina el mismo el espíritu, se muestra y comunica dándole la paz y el consuelo que denotan su presencia, haciéndole gustar su amor y le lleva, por último, a aquel estado en que uno ya se pierde en Dios por así decirlo, al mismo tiempo que Dios se imprime en el alma por entero. Entonces es cuando se puede decir, con verdad, que el alma es desforme, que es el espejo en que se refleja la divinidad pues el espíritu ya no ve otra cosa que la divinidad y el corazón no anhela más que a Dios. ¡Qué hermoso es el espectáculo de un Dios que se comunica así a su criatura permitiéndole elevarse hasta Él ¡Con qué admiración debe contemplarla el Cielo! ¡Con qué extrañeza repetirán los ángeles aquellas palabras del Cantar de los Cantares: *quae est ista?*, etc. ¿Quién es esta alma que se eleva como el humo de la mirra y del incienso? Como la mirra porque hay, incluso, en la meditación, cierto trabajo en olvidarse uno del propio cuerpo del que tanto gusta ocuparse.

9.ª meditación: CONTINUA EL TEMA DE LA MEDITACION

151. No hay que olvidar nunca que la meditación es, a la vez, obra de Dios y obra del hombre: *cum oras, quis, quid et alterum ab altero non divides*, dice Aureliano. Hay que tener siempre presente nuestra bajeza: *quis*, quién reza y nunca separar ambas consideraciones: nuestra bajeza y la grandeza de Dios. Pero debemos considerar estas verdades siguiendo nuestra fe, más aún que nuestra razón, y del mismo modo esa verdad de fe debe constituir el tema de nuestra meditación. No avancemos en la meditación de nuestro tema más que a la luz de la fe; es decir: viéndola tal como la fe nos la propone; ni saquemos tampoco consecuencia alguna más que a la luz de la fe; es decir, la que sabemos pertenece a la fe o se deduce con toda evidencia de esa misma fe.

152. Así, guiado por la fe, reconozco que Cristo está vivo en el Sacramento de su amor y deduzco que en él solicita la clemencia de su Padre en favor de quien quiere servirle y clama justicia contra quien se obstina en rechazar sus gracias. Esta consecuencia se deduce a la luz de la fe; en efecto, es de fe que Cristo, en el sacramento de su amor, no cesa de invocar la misericordia de Dios sobre los hombres de buena voluntad: *pax hominibus bonae voluntatis*. Además, si está vivo, se deduce evidentemente que está actuando.

10.ª meditación: CONTINUACION SOBRE LA MEDITACION

153. La razón por la que debemos meditar siempre a la luz de la fe es que la luz de la fe es: 1.º Más vasta; abarca a toda la divinidad y a la verdad en todas sus relaciones mientras que la sabiduría, la prudencia -dones de Dios, y aún más la razón humana- no pueden abarcarlo todo. 2.º Es la más fácil de lograr ya que siempre está a la disposición del hombre. 3.º Además, parece que esa fe es la que Dios da a los cristianos para que triunfen sobre los enemigos de la salvación y de su gloria. Los mártires combaten por medio de la fe; y por ella iremos a Dios y triunfaremos nosotros. Que cuanto hay de terreno se calle y se quiebre como los cántaros

que Gedeón dio a los suyos para ir al combate. Que sólo triunfe la fe, semejante a la lámpara que escondían aquellos cántaros y a cuya vista, el enemigo quedó vencido: *nova bella elegit Dominus*. Los nuevos combates se librarán por la fe; es el arma que les conviene, como en otro tiempo quiso hacer triunfar a su pueblo sobre el faraón por medio de la vara de Moisés y a David sobre Goliat mediante una honda, etc.

14.^a meditación: MARIA

154. Aplicación de los principios anteriores: *nomen Virginis Maria*.

San Mateo nos dice: *María, de qua natus est Christus*. Tal es la luz que me presenta la fe. Con la ayuda de ésta, busquemos la verdad que quiero meditar: las grandezas de María.

La Virgen que debía dar a luz al Salvador debía llevar un nombre ya prefijado desde toda eternidad entre las ideas de Dios; un nombre que pudiera darla a conocer, ya que dice Salomón: *nomina dicere rerum est sapientis*. Ahora bien: el nombre de María significa "Soberana".

María, es, pues declarada Soberana de una manera indeterminada. Por consiguiente, no hay excepción alguna y que, tanto en el Cielo, como en la tierra y en los mismos infiernos, todo reconozca su Soberana al oír nombrar a la Virgen que ha dado a luz a Jesucristo.

155. María es la Reina del Universo. Debe, pues, tener las cualidades adecuadas. Es Dios demasiado sabio para que sea de otro modo. De consiguiente, María tiene un espíritu capaz de dirigir su inmenso imperio, un corazón que abraza a todos los hombres, etc. Es su Soberana y el objeto más digno -después de Cristo- de las complacencias del Señor, puesto que encierra en sí misma más bellezas que el universo entero.

¡Qué espectáculo más sublime el de las virtudes que embellece el corazón de María! Debe distinguirse por encima de los ángeles querubines. Todos los espíritus celestiales y todas las virtudes de los hombres juntos no igualan sus bellezas, ya que, después de Cristo, no hay objeto alguno en el que el Señor se complazca más. Está por encima de todas las criaturas... *Nomen Virginis Maria*.

156. El nombre de María significa también Madre de Dios. La sangre de María fue destinada a proporcionar la sustancia del cuerpo Cristo, a ser el instrumento de la salvación para el universo entero cuya Soberana es. Dios la ha escogido y le ha confiado su Verbo divino. Después de esto, ¿pretenderíamos poner un límite a los favores que le ha concedido el Cielo, mientras no le atribuyamos lo que sólo conviene a la divinidad? ¿Con qué derecho rehusar a María un Concepción Inmaculada? ¿Por qué querer que, quien debía dar Cristo un cuerpo, aplastar la cabeza de la serpiente, atraer las miradas complacidas del Señor, empiece por ser ya esclava del pecado Si Dios nos hubiese preguntado acerca de lo que Él debía conceder María, ¿qué habríamos respondido sino que "preservarla de toda mancha"? Y podemos creer que Dios, la sabiduría misma, ¿no hay tenido ideas tan grandes como las nuestras? María es Madre de Dios Este título es, para Ella, la fuente de una belleza tal que el hombre no puede concebir.

15.ª meditación: "MATER, ECCE FILIUS TUUS"

157. Meditemos estas palabras tan conmovedoras en sí mismas y por las circunstancias que las acompañaron.

Iba Cristo ya a expirar cuando, viendo al discípulo a quien amaba, dijo a María: *He ahí a tu hijo.*

Se respeta la última voluntad de un padre moribundo. ¡Con qué cuidado, pues, se conformaría María con las de su Salvador!

Jesús era su Hijo, y sabido es el amor que María profesaba a un Hijo tan digno de amor. Sobre el Calvario, Jesús parece ordenarle que todo el afecto que le había tenido a Él lo dirija ahora a su discípulo, ya que Cristo quiere que le considere como hijo suyo: *Mater, ecce filius tuus.* María, por tanto, amará a San Juan, por amor de Cristo, como amaba al mismo Cristo.

Este discípulo amado es un hijo concebido en medio del dolor. Una espada atravesaba entonces el corazón de María; sólo a ese precio podía ser madre suya, ya que era precisa la muerte de Jesucristo para reconciliar al pecador; pero ¿podía morir Jesús sin que María sufriese mil muertes en su corazón?

158. Mientras que Jesús meditaba la salvación de los hombres y la preparaba instruyéndoles, María suspiraba ardientemente por aquel momento feliz. Sucedió después de treinta años; pero ¡qué

cruel fue para Ella! Con cuánta verdad puede decir: "¡Hijo mío! ¡Te he engendrado en el dolor!"

Este pensamiento es consolador para el discípulo amado. En efecto, ¿qué puede ya temer? ¿Le dejará perecer la Virgen? Recordaría a Jesucristo este hijo que Él le había dado, le mostraría los sufrimientos que le causó el darle espiritualmente a luz, y arrojándose al pie de la cruz de su Hijo, le conjuraría no permitiese que su corazón se viese desgarrado por una nueva espada privándola, para siempre, de aquél que Él le había dado.

159. Pero notemos aquí que si San Juan representa a todos los cristianos, no representa más que a los fieles. Jesús dijo al discípulo a quien amaba... Ahora bien: ¿mirarán esas palabras como dirigidas a ellos mismos, los pecadores que no quieren amar a Dios ni hacer nada para ser amados por Él?

Notemos también que, aunque todos los cristianos estuviesen aquí representados por San Juan, todos ellos, sin embargo, no gozan de los mismos favores de María. ¿Quién podría decir, en efecto, que San Juan no haya sido más favorecido, en esta circunstancia, que los demás apóstoles, aunque él los representase a todos? ¿Cómo pensar que María no haya tenido por S. Juan una predilección especial y, podría decirse, una caridad mayor que para con los demás? Ahora bien ¿qué es lo que proporciona a San Juan este favor si no es su fidelidad en seguir a Cristo humillado? Es que San Juan es el discípulo preferido de Jesús. Nuestro amor a Cristo y nuestra constancia seguirle en la pobreza y en la renuncia a nosotros mismos, son, pues la garantía de una protección particular de María, con tal que hagamos, por nuestra parte, verdaderos esfuerzos.

160. La entrada en religión es una garantía de salvación eterna con tal de que uno sea fiel a la gracia de la vocación recibida.

Dios ha prometido la salvación eterna al que guarda fielmente sus mandamientos. Ahora bien: las promesas del Señor son permanentes; Dios no se desdice: *juravit Dominus et non poenitebit eum*. De consiguiente, está seguro de la vida eterna quien puede estar seguro de su fidelidad. Pero ¿qué prueba más cierta de fidelidad los mandamientos de Dios que el someterse, no sólo a lo que está mandado, sino también a lo que es de mero consejo y obligarse a ello? ¿Hay prueba mayor que huir con el mismo empeño

de cuanto podría ir contra los consejos como de cuanto va contra los preceptos? ¿Será lo mismo guardar de tal modo el precepto que se mantenga uno más acá de lo que es de consejo, y garantizar la observancia del consejo sometiéndose a una regla que asegure su práctica? ¿Podría la mera sabiduría humana tomar más precauciones y la sabiduría divina misma ¿acaso nos ha señalado otras? ¿A que nos obliga el estado religioso, sino a guardar los consejos evangélicos y las reglas que aseguran la observancia de los consejos? Por consiguiente, el estado religioso nos da una gran seguridad de la salvación, puesto *que juravit Dominus et non poenitebit eum*. El Señor mismo lo ha asegurado por boca de un evangelista: "*amen dico vobis*: quien haya cumplido mis mandamientos tendrá la vida eterna.

161. A lo que yo añado: "si es fiel a su vocación" porque nuestra santidad debe estar siempre en proporción con la sublimidad del estado al que el Cielo nos llama. Ciertamente, podría salvarse en el mundo este religioso que, distraído, avaro o perezoso, se pierde en el claustro. Hay que corresponder a la vocación. Ahora bien: ¿cómo estar seguro de que uno es suficientemente fiel? Aunque hubiese de por, medio milagros operados por nuestras propias manos, no podrían darnos una seguridad completa ya que el Señor afirmó, hablando a todos: obrad vuestra salvación con temor y temblor; nadie sabe si es digno de vida o de muerte. Confesemos, sin embargo, que el estado religioso es el que puede dar más seguridad cuando uno está en él determinado a dar gloria a Dios salvándose.

IX

1818. CHAMINADE (Lalanne)

EJERCICIOS

1.ª meditación

162. *Venite seorsum in desertum locum et requiescite pusillum* (Mat. 6, 31).

Mediante estas palabras, el Señor lleva al retiro a sus discípulos. Imaginemos que tales palabras nos las dirige a nosotros mismos. También como ellos, somos pequeños en número, aunque como ellos, llamados a una gran misión. Dios nos ha traído, lejos del mundo, como a ellos: *seorsum, in desertum locum*.

Esto basta para que comprendamos cómo debemos modelar nuestro retiro imitando al suyo. San Juan nos relata cómo lo hicieron: *subiit in montem Jesus et ibi sedebat cum discipulis suis*. El mismo Señor nos lo indica por su parte: *requiescite*. Sólo en Dios puede el hombre encontrar su descanso; decir que reposemos equivale a decir que nos desprendamos de todas las cosas del mundo para no tratar más que con Dios y no tener otros afectos que para Dios.

Penetrémonos bien de los motivos que deben hacernos amable este retiro; gustemos del placer y de la dicha de sentarnos a solas con Cristo en un lugar apartado. (1.º punto.) Ofrezcámonos luego al espíritu de Dios y abandonémonos a su dirección. ¡Ojalá se digne hablarnos al corazón según aquellas palabras que nos dejó: *ducam eum in solitudinem et ad cor ejus loquar!* (2.º punto.)

2.ª meditación

"Vocabis me et ego respondebo tibi" (Job. 14, 15)

163. Son las disposiciones en que debemos estar como el santo Job cuando pronunciaba aquellas palabras: "me llamaréis Señor", debemos repetir a Dios con toda la sinceridad de nuestro corazón y yo os responderé.

Dios nos ha llamado antes de ver cómo habíamos de responderle. Meditemos en los caracteres de nuestra vocación que

nos presenta tres muy conmovedores y notables: 1. Es eterna en sus principios; 2. Singular en su naturaleza; 3. Preciosa en sus circunstancias.

1. Nuestra vocación es eterna en su principio. Desde toda eternidad, Dios quiso fijar nuestros destinos y la obra en cuya ejecución nos emplearía, pudiéndonos, gracias a su misericordia, aplicar aquellas palabras de Jeremías: "os he amado con un amor eterno: *in caritate perpetua dilexi te*".

164. 2. Singular por su misma naturaleza. El mero hecho de ser llamado al cristianismo ya es una alta vocación puesto que todavía hay tantos paganos sentados en las sombras de la muerte. Pero una vocación, aún más singular-dentro del cristianismo-es la vocación al conocimiento de la Ley de Dios. Hay tantos cristianos que no la conocen o -lo que es aún peor- que no la guardan... Nuestra vocación, sin embargo, es más particular. Hemos sido elegidos entre los elegidos, entre los que guardan fielmente los preceptos del Señor para ser vasos de honor, para que sigamos las vías de una alta perfección, para abrazar la vida religiosa, la cual nos hará tan semejantes a Cristo y servidores particulares de la Virgen María, para trabajar -en una palabra- en una obra tan importante dentro de la vida religiosa. Pongamos mucha atención a esta elección tan particular.

165. 3. Preciosa en sus circunstancias. Hemos sido llamados a la vida religiosa precisamente en unos tiempos y en una nación en que la abominación ha llegado a su colmo, en donde casi todos los hombres han perdido la luz de la fe y se han apartado del recto sendero.

Pero hay aún otro aspecto de estas circunstancias admirable y conmovedor en nuestra vocación. Consideremos todas las vías, todos los acontecimientos imprevistos por los que Dios nos ha traído al punto en que estamos. Se diría que, como un buen padre, ha sido hábil para llevarnos, sin violencia a sus planes en los que debemos encontrar la salvación y la dicha, a la vez que procuramos su gloria.

¡Oh preciosa y querida vocación? ¿Cómo, Señor, corresponderé a ella? ¿Qué pruebas os daré de mi agradecimiento y de mi fidelidad? Me habéis llamado, Señor, y os responderé: *vocabis me et respondebo tibi*.

3.ª meditación

"Vocabis me et respondebo tibi"

166. El Señor nos ha llamado. Acabamos de meditarlo y considerarlo, al gustar la excelencia y la dulzura de nuestra vocación. ¿Cómo debemos corresponder a ella?

El Apóstol San Pablo nos da la respuesta adecuada en aquellas palabras: *"Elegit nos ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus*: el Señor nos ha elegido para que seamos santos y sin mancha alguna en su acatamiento".

1. Santos. El Señor nos ha elegido para que nos consagremos a Él de un modo especial, para que seamos los hombres que sienta a su derecha, para que seamos sus servidores, sus mensajeros, sus hijos de predilección. ¿A quien sino a nosotros dio aquel precepto: "sed santos como vuestro Padre celestial es santo: *estote perfecti sicut Pater vester perfectus est?*"

167. 2. Sin mancha. ¿En qué consiste el ser santo? En poseer todas las virtudes. Pero Dios nos exige más todavía: quiere que nos despojemos de toda imperfección; que no tengamos vicio alguno y que seamos irreprochables; quiere que venzáis al mundo mediante la integridad de vuestra virtud, que le forcéis a respetar a Dios en vosotros mismos y en su santa Ley; que vuestro ejemplo irreprochable confunda a las malas lenguas y detenga los malos juicios hijos de la ignorancia y de la inconsideración; como dice San Pedro: *Beneficientes obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam*. Que obrando el bien, podáis hacer callar la ignorancia de los hombres imprudentes. Que podáis decir a los enemigos de Dios lo que decía el Apóstol: *capite vos*: examinadnos bien; *neminem laesimus*, no hemos irrogado perjuicio a nadie; *neminem circumvenimus*: no hemos tendido celadas a nadie. *O que podáis decir: quis ex vobis arguet me de peccato? ¿Quién de vosotros podrá convencerme de pecado? Dios nos ha llamado a alcanzar ese alto grado de santidad: elegit nos ut essemus... immaculati.*

168. 3. La santidad a la que Dios nos llama tiene aún otro carácter. Dios no nos quiere hacer santos para nosotros mismos solamente, sino para la edificación del mundo entero; nos ha escogido para que seamos santos a vista de los hombres, de tal modo que nuestro mismo ejemplo les lleve a la práctica de las

virtudes. Recibamos, como dirigidas a nosotros, aquellas palabras que Nuestro Señor dirigió a sus Apóstoles, ya que estamos destinados a un ministerio apostólico: "*vos estis sal terrae*: vosotros sois la sal de la tierra".

Vocabis me est respondebo tibi. Corresponderemos a nuestra vocación como acabamos de decir. Si es mucho, es porque nuestra vocación es también grande. La gracia de Dios suplirá nuestra debilidad.

4.ª meditación (1.ª del 2.º día)

169. "*Si complantati sumus similitudini mortis ejus, sic resurrectionis ejus erimus*: si hemos sido injertados en la muerte de Jesucristo también lo seremos en su resurrección".

La característica de un perfecto cristiano es la de estar muerto al mundo como Cristo y con Cristo. Un perfecto cristiano tiene como destino el de resucitar como Jesucristo y con Jesucristo. Ahora bien: la vida religiosa que abrazamos produce ambos efectos: mediante ella morimos al mundo, a semejanza de Cristo, y resucitamos, también a semejanza de Él.

1.º La profesión de la vida religiosa es esencialmente una muerte. Reúne todos los caracteres de una muerte: separación sin retorno, olvido, insensibilidad. Nuestros antepasados -que consideraban a la entrada en la vida religiosa como una muerte civil lo entendieron bien.

170. 2.º Ya en esta vida, la vida religiosa produce en nosotros esta muerte; y por eso, ya en esta vida nos resucita en cuerpo y alma, dando a ambos las características de los cuerpos y de las almas después de la resurrección, características que el Apóstol nos describe al hablarnos de nuestra propia resurrección y que vemos ya en la persona adorable de Jesucristo: *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione, seminatur in ignobilitate, surget in gloria; seminatur in infirmitate, surget in virtute; seminatur corpus animale, surget corpus spiritale* (I Cor. 15, 42). Tales son los cambios que nos refiere el Apóstol y que la resurrección traerá a nuestro cuerpo.

171. La profesión religiosa opera en nosotros los mismos cambios: *seminatur in corruptione, surget in incorruptione*. Nuestros cuerpos quedan sujetos a la corrupción; pero por la castidad que consagramos al Señor, se van a convertir en incorruptibles.

Seminatur in ignobilitate. surget in gloria. Nuestros cuerpos, en cierto modo quedaban bajo el poder del demonio y, por lo mismo, en la ignominia; pero ahora van a ser consagrados especialmente al Señor y, por causa de ello, van a quedar glorificados.

Seminatur in infirmitate, surget in virtute. Vinculados al Señor por unos lazos tan estrechos, nos vamos a ver revestidos de su fortaleza, caminando con aquella gran seguridad que a un hombre le es permitido tener, en vez de andar con aquel temor que antes nos inspiraban los peligros que nos rodeaban en el mundo, y la privación de valiosas ayudas.

Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale. Nuestro cuerpo ya no vivirá más que para servir a Dios. Si el alma que no vive más que para los sentidos, se la llama, en el lenguaje de la Sagrada Escritura, "un alma carnal", un cuerpo que ya no vive más que para Dios debe llamarse y ser, un cuerpo espiritual.

172. La vida religiosa es, pues, en este sentido, una resurrección anticipada. Incluso podríamos decir que goza ya de la semejanza de Cristo resucitado, si las características de la Resurrección de Cristo no conviniesen mejor a esa revolución que la vida religiosa opera en nuestros espíritus, ya que éste es el aspecto en el que mejor se realiza aquella promesa del Apóstol; *"si complantati sumus similitudini mortis ejus, sic resurrectionis eius erimus: si morimos a semejanza suya, también resucitaremos a su semejanza."*

1. Cristo, una vez resucitado, vivía en su cuerpo como un espíritu, no siendo esclavo de la carne, sino, al contrario, sujetando a la carne y a los sentidos, manteniéndolos en una dependencia absoluta. Se es religioso para vivir la vida del espíritu; todo, en el seno de la religión, se convierte en alimento de esta vida; se divide el tiempo entre la oración -por la que el alma se une a Dios- y las buenas obras que el alma orienta a la mayor gloria de Dios.

173. 2. Cristo resucitado, apenas se dejaba ver ya en el mundo. Si hacía algunas apariciones, éstas eran raras, cortas y hechas por motivos de celo o de caridad. Tampoco al religioso debe vérselo en el mundo más que por pura necesidad, cuando la gloria de Dios o la salvación del prójimo le lleven al mismo y, aun en tales casos, debe estar entre los mundanos por poco tiempo, teniendo impaciencia por volver a su retiro.

174. 3. Jesucristo resucitado permanecía en el Cielo durante todo el tiempo que no estaba con los hombres, y aun estando con ellos, su espíritu estaba en el Cielo. Así se conduce el religioso, de tal modo que pueda decir con el Apóstol: *"nostra autem conversatio in coelis est"*: en cuanto a nosotros, estamos ya en el Cielo." Desprendido de todas las cosas terrenas y poniendo en el Cielo su tesoro, su espíritu mora ya en el Cielo en donde también está su corazón; se mantiene en la presencia de Dios, obra con su mira puesta en el Cielo y guiado por la fe que es luz del cielo.

Tanto por lo que se refiere al alma como por lo que se refiere al cuerpo es, pues, verdad que la vida religiosa-si bien nos hace morir - nos resucita también a semejanza de Jesucristo. ¡Oh excelencia de la vida religiosa que nos transforma de un modo tan maravilloso dándonos una prenda cierta de la eterna felicidad!

5.ª Meditación (2.ª del día)

175. (Esta meditación será una recapitulación de las que hemos tenido hasta aquí; algo así como una repetición de cada una de ellas. Al mismo tiempo que nos la recuerda, servirá para darnos a conocer la relación que existe entre ellas y la trabazón que une a unas con otras.)

Venite seorsum in desertum locum et requiescite pusillum.

Sobre este texto hicimos la primera meditación. A ejemplo de los Apóstoles, hemos visto que Dios nos llamaba para retirarnos y descansar. Considerábamos que tal descanso era, propiamente, una conversación con Dios; una comunicación más habitual e íntima con Él, ya que el Señor es esencialmente el descanso del hombre.

Hemos venido, pues, a sentarnos en la montaña, alrededor de Jesucristo; es decir, que hemos venido a entregarnos al espíritu de Dios, a la enseñanza de Cristo. Hemos oído su voz que nos llama, que nos ha llamado desde toda eternidad y que nos sigue llamando con una elección especial, del modo más amoroso, a una obra distinguida y preciosa ante su acatamiento. Conmovidos por una vocación tan hermosa, nos hemos preocupado de seguirle dignamente. El Apóstol San Pablo nos enseñó lo que se precisaba a tal efecto. Seamos santos; seamos sin tacha; sirvamos de modelo a los demás hombres y así corresponderemos a los designios de Dios.

176. Para conocer desde un punto de vista, que nos la haga amar esa perfección a la que nos eleva esta vida religiosa y a la que estamos llamados, considerábamos después cómo la profesión religiosa, por su naturaleza misma, opera en nosotros una resurrección en el espíritu y en el cuerpo, a semejanza de Jesucristo.

Puestos en presencia de Dios, volvamos sobre estas verdades, viendo cómo se apoyan mutuamente y sacando de esta meditación el amor a nuestra vocación y el deseo de corresponder a ella o bien otro buen sentimiento que el Señor se digne inspirarnos.

6.ª Meditación (3^o del 2.º día)

177. *"Ubi spiritus Dei est, ibi pax et gaudium:* donde está el espíritu del Señor, allí también están la paz y la alegría."

Los sentimientos santos que experimentamos no provienen de nosotros mismos. El Espíritu de Dios tiene a bien, a menudo, inspirarnos con el fin de inclinarnos al bien. También, por su parte, el espíritu de las tinieblas nos sugiere, algunas veces, otros sentimientos opuestos para llevarnos al mal. Si descendemos con la consideración a examinar los principios de donde brotan nuestros sentimientos y acciones, encontraremos que son tres: el espíritu de Dios, el espíritu propio y el del demonio.

178. El segundo principio -es decir, el de nosotros mismos- es, a su vez, doble; hay en nosotros, como móviles de nuestras acciones, dos cosas: la razón y el apetito sensitivo, es decir, nuestras pasiones desarregladas.

El apetito sensitivo nos lleva al mal y sólo él es capaz de hacérselo cometer. Pero la razón le opone resistencia; por eso, sólo después de haber seducido a la razón, puede hacernos culpables. La razón seducida impera en la voluntad y la voluntad, luego, consiente en el mal siguiendo el impulso de las pasiones desordenadas.

Ahora bien: el demonio sólo actúa en nosotros por nosotros mismos, estableciendo primero su sede en la naturaleza corrompida o apetito sensitivo. No podemos impedir que se apodere de él. Excita los movimientos desordenados del apetito sensitivo, les da mayor frecuencia y energía y, por último, se une a nuestras

pasiones para seducir a la razón y, por medio de ésta, hacer que la voluntad llegue al mal.

179. Si la razón resiste, unas veces a las pasiones, otras veces al demonio, entonces el espíritu de Dios la sostiene mediante la luz y la fortaleza de este espíritu de verdad y de santidad. En este terreno tienen lugar los combates de la naturaleza luchando contra la gracia y la gracia contra el demonio, combates que son tan frecuentes en la milicia espiritual.

Si en la razón no residiese más que el espíritu de Dios, entonces el espíritu del demonio y las sollicitaciones de la naturaleza no podrían insinuarse en ella y el combate no sería difícil para todo aquel que se determinase a no obedecer más que a Dios. Pero lo que hace penoso y peligroso este combate es que el apetito sensitivo y el demonio que se sirve de él, actúan sobre la razón, tanto como el espíritu de Dios y en competencia con él, de tal modo que, muy a menudo, no se sabe distinguir si tal pensamiento -que produce en nosotros tal o cual sentimiento o que nos impulsa a tal o cual acción viene de Dios, del demonio o de nosotros mismos.

180. Así se explica que, muy a menudo, la voluntad se expone a consentir en el mal, tomando lo que proviene del demonio o de la naturaleza, por lo que procede del espíritu de Dios. Por ahí se ve cómo importa mucho hacer el discernimiento de espíritus y conocer por qué caracteres se distingue el espíritu de Dios, el del demonio y el de nuestra naturaleza corrompida. Tal es el tema de la meditación que vamos a proponer. En ella pondremos sucesivamente en parangón los efectos por los cuales se reconoce la acción de Dios en nuestra alma y los efectos contrarios que caracterizan la actuación del demonio. Después compararemos, siguiendo el mismo plan, los movimientos de la naturaleza corrompida y los de la gracia. Al hacer luego, cada cual, la aplicación de tales nociones a su vida pasada y a su experiencia personal podrá encontrar dentro de sí mismo la confirmación de los principios que estableceremos, grabándolos luego en su espíritu y haciendo de ellos su regla de conducta para su vida entera.

Del espíritu de Dios y del espíritu del demonio

181. 1. El espíritu de Dios nos lleva siempre al bien.

En cambio, el demonio nos impulsa ordinariamente hacia el mal, aunque a veces, nos impulsa también hacia un bien; pero sólo es un bien aparente y que conduce al mal. Es fácil detectarlo considerándolo de cerca, al examinar sus móviles o sus consecuencias. Por ejemplo, nos inducirá el demonio a hacer grandes austeridades. Esto parece ser un bien; pero si analizamos cuidadosamente el motivo, veremos que éste es el amor propio secreto y, si nos fijamos en las consecuencias, veremos entonces que quiere llevarnos a una anemia de la que luego él sacará partido.

182. 2. El espíritu de Dios trae consigo al alma una gran paz. Este carácter es cierto e infalible; la misma Sagrada Escritura nos lo enseña: *ubi spiritus Dei, ibi pax*.

Por el contrario, el demonio se diría que lleva consigo el infierno a las almas; nos produce una turbación, una inquietud tal que nos agita y punza, una tristeza que nos abrumba, un desánimo que nos abate.

Esta diferencia se encuentra también en el remordimiento, aunque esta operación del espíritu de Dios no deja de afectar a nuestras almas de un modo doloroso. El remordimiento que procede de Dios va acompañado siempre del deseo de la penitencia y de la esperanza del perdón. El remordimiento que procede del maligno espíritu, por el contrario, es una tentación de desesperación y de rabia. El primero indujo a San Pedro a llorar; el segundo, indujo a Judas a desesperarse y a suicidarse.

3. El espíritu de Dios inspira la moderación; nos hace obrar con una prudente lentitud y una modesta gravedad. El espíritu del demonio hace que nos precipitemos en todo; más que conducirnos, nos arrastra.

183. 4. El espíritu de Dios, por muy fuerte que sea, respeta nuestra libertad y no nos lleva a donde él quiere sino mediante inspiraciones suaves y una inclinación que nos deja siempre dueños de nosotros mismos. En cambio, cuando el espíritu del demonio se apodera de nosotros, nos lleva con violencia, a pesar de todas las resistencias que le opone nuestra razón. Nos lleva a hacer y decir lo que no querríamos; impera como un tirano y hay que obedecerle como un esclavo.

5. La característica de un hombre al que dirige el espíritu de Dios es la docilidad y la flexibilidad; se ha despojado de su voluntad propia y se le encuentra siempre dispuesto a ir hacia el fin que se propone, cualquiera que sea el medio que le presente la Providencia. El espíritu del demonio, por el contrario, es un espíritu de terquedad; no se rinde ni a la razón, ni a la experiencia, ni a la autoridad, ni al sentimiento, ni a menudo a la misma religión, prefiriendo caer en el error y condenarse que ceder, reconociendo la verdad.

184. 6. El espíritu de Dios inspira una persuasión profunda de su propia nada y de su debilidad, sujetando la carne al espíritu, eliminando los resentimientos y calmando el odio; es un espíritu de humildad, de caridad y de castidad. Muy diferente es el espíritu del demonio, incluso cuando nos impulsa a un bien, ya que no puede menos de suscitar alguna pasión y hacerse notar, ya sea por movimientos de impureza, ya sea por emociones de resentimiento, ya sea por la hinchazón del orgullo, ya por la sed de la ambición.

7. El espíritu de Dios ilumina el alma, actuando en ella por medio de la luz de la fe. El demonio, en cambio, esparce, a veces, cierta luz; pero es una luz a la que siguen dudas, incertidumbres y tinieblas. Hace ver una dificultad para excitar tentaciones contra la fe.

De la naturaleza y de la gracia

185. 1. La naturaleza gusta del placer y de cuanto halaga la sensualidad. La gracia ama y busca lo que mortifica los sentidos: las privaciones, las incomodidades y los sufrimientos.

2. La naturaleza ama a los hombres y busca en todo su propia gloria. La gracia todo lo refiere a la gloria de Dios; sufre con gusto las humillaciones; prefiere verse ignorada: *ama nesciri et pro nihilo reputari*.

3. La naturaleza se reconcentra en sí misma: en todo y ante todo busca sus propias ventajas. La gracia se compadece de los males del prójimo consintiendo con gusto en privarse de los bienes y en dar lo suyo para aliviar al prójimo.

4. La naturaleza no ve más que las cosas de esta tierra, poniendo en ellas su confianza, estima y esperanza. La gracia nos

muestra las cosas del Cielo haciéndonos despreciar, en su comparación, las de la tierra.

5. La naturaleza, cuando está afligida, busca consuelo entre los hombres. La gracia lo busca en el Cielo y sabe, cuando tal es la voluntad de Dios, quedarse privada de todo consuelo.

6. La naturaleza es curiosa; se complace en los cambios y en las novedades. La gracia es constante y discreta no queriendo derramarse al exterior.

186. La naturaleza, en una palabra, nos lleva hacia las criaturas y hacia nosotros mismos. La gracia, en cambio, nos desprende de las criaturas y de nosotros mismos para encaminarnos hacia Dios y ponernos en sus manos (Cf. Imitación de Cristo. Libro III, cap. XLI).

Cuando, merced a la luz de estos principios -que la experiencia nos demostrará ser cada vez más justos y claros- sepamos distinguir las mociones y las impresiones del espíritu de Dios, los movimientos de la naturaleza y las tentaciones del demonio, habremos ganado mucho terreno a nuestros enemigos; el demonio está medio vencido una vez descubierto, cuando por lo demás, uno tiene buena voluntad de servir a Dios y amarle.

7.ª Meditación (1.ª del tercer día)

187. "Est via quae videtur homini bona, cujus novissima ducunt ad perditionem: hay un camino que parece bueno; pero que, al fin, lleva a la perdición".

El primer uso que tenemos que hacer de los principios que acabamos de examinar acerca del discernimiento de espíritus, es el aplicarlos a las circunstancias actuales y a la necesidad que nos reúne: confirmarnos o fijarnos en nuestra vocación.

Hay tres caminos por los que puede caminar el hombre: uno, que es evidentemente malo, el camino ancho, el del vicio y del error; otro, que es infaliblemente bueno, el camino estrecho, el del Evangelio; y, por último, el camino del que nos habla la Escritura en el pasaje citado: un camino bueno en apariencia y en sus comienzos pero que conduce a la perdición: *est via quae videtur bona*, etc.: es el camino que toman quienes se equivocan en la elección del estado de vida y toman por otro derrotero del que Dios les señalaba.

188. Ahora bien: se puede entrar en este camino, más pronto o más tarde, por tres puertas; es decir, que se puede uno equivocar en la elección de tres modos: 1.^o engañándose acerca del objeto; 2.^o forjándose ilusiones sobre las disposiciones requeridas; 3.^o escogiendo mal los medios. Venga como venga el error, se lo reconocerá con certeza, mirando sus efectos.

El objeto, los medios, las disposiciones y efectos: cuatro cosas que hay que considerar con atención cuando se trata de iniciar el camino por el que queremos llegar a buen término; cuatro cosas a las que hay que aplicar los principios que acabamos de exponer sobre el discernimiento de espíritus.

1. El objeto. La naturaleza y el demonio nos conducen al mal y hacia las criaturas; la gracia nos lleva al bien y hacia Dios. Toda vía que no tenga a Dios y sólo a Dios por fin último y por objeto principal, deja de ser buena; podrá parecerlo; pero conduce a la perdición.

189. 2. Los medios. Muchos medios nos llevan a Dios. Todos ellos ciertamente son buenos; pero, para cada uno, sólo es bueno el camino en el que la Providencia quiere que le sirvamos. Se puede ir a Dios por el ministerio sacerdotal, por la vida religiosa y quedándose en el mundo; por las obras de celo y por la contemplación; por la vida penitente y por las obras de caridad corporal. Pero, en concreto, tal persona -de quien Dios quiere ser servido mediante las obras de celo y en la vida religiosa y a quien quiere salvarle por ese medio- no se salvará si emplea otro, quedándose en el mundo y sirviéndole, por ejemplo, en obras de caridad. La naturaleza y el demonio nos inclinan a buscarnos a nosotros mismos, a hacer lo que más nos halaga o restringe menos nuestra libertad o nuestro amor propio. Si no buscamos más que a Dios, si queriendo morir a nosotros mismos, preferimos hacer lo que Dios quiere y no lo que nos agrada, entonces tomaremos siempre los medios que la Providencia nos presente y que nos dé a conocer, por cualquier vía, como los que quiere que usemos.

190. 3. Las disposiciones. El espíritu del demonio no es más que tinieblas y falsa claridad; en cambio, el espíritu de Dios nos lleva a la luz. Si las disposiciones de la Providencia en cuanto a tiempo, lugares y personas nos llevan a un estado determinado, Dios se encargará de hacérselo ver claramente. Nos dará a conocer -por poco que queramos poner los ojos en el pasado y en torno nuestro- por los medios singulares e incluso, quizá, por los prodigios, a través

de los cuales se ha dignado guiarnos y por las circunstancias en que nos ha colocado o por la situación en que estamos actualmente, lo que quiere de nosotros y el fin a que nos destina.

191. No hablamos de las disposiciones de espíritu y de los talentos naturales o adquiridos. Si Dios no nos manifiesta su voluntad por medio de las circunstancias o de una luz sobrenatural, habrá que tenerlos en cuenta como indicación negativa de nuestra aptitud para tal cual estado. Es una razón para saber que Dios no nos llama a hacer mediante otra vía segura, llegamos a saber que Dios nos llama a obra, no debemos detenernos en la consideración de nuestra incapacidad o de nuestra impotencia, sino acordarnos de que Dios puede todo cuanto quiere y que Él nos capacitará para hacer cuanto pide de nosotros aunque fuera preciso como le ocurrió en otro tiempo al profeta Habacuc- cogernos por los cabellos y transportarnos por los aires.

192. 4. Los efectos. Allí donde está el espíritu de Dios, allí está también la alegría y la paz y -añadimos nosotros- la santidad. Si después de haberos determinado a algo, experimentáis en vosotros aquella dichosa paz que caracteriza las impresiones y la presencia de Dios y, si siguiendo ese mismo camino, progresáis cada día más en humildad, os desprendéis más y más del mundo y de vuestra propia voluntad, por estos efectos llegaréis a saber que estáis allí donde Dios quiere y que habéis elegido bien.

Si ocurren efectos contrarios a los indicados; por ejemplo, remordimiento interior, turbaciones inexplicables o una dejación manifiesta en la verdadera virtud, estos efectos os darán a entender que os habéis dejado llevar de los impulsos del espíritu de Satanás o de las inclinaciones de la naturaleza corrompida.

193. Después de haber considerado la elección hecha a la luz de estos cuatro puntos de vista y de haber aplicado de este modo los principios enunciados (lo cual constituirá el tema de esta meditación y de las reflexiones de este día), antes de determinarse enteramente es preciso, según la palabra del Sabio, recurrir a un consejo prudente e ilustrado.

Pero en todo este asunto hay que tomar diversas precauciones. No todos son idóneos para aconsejar en toda clase de asuntos. Si quien obra puede engañarse, ya sea en cuanto al objeto, ya sea en cuanto a los medios, etc., quien aconseja se engañará con toda seguridad si no tiene presentes estas cuatro cosas o una

de ellas o si no se encuentra en tal situación que le haga a propósito para juzgar de ellas. Es, pues, esencial consultar sólo a hombres capaces de entrar en el examen del objeto de nuestra vocación, de los medios que queremos adoptar, de las disposiciones en que la Providencia nos ha colocado, de los efectos que experimentamos en nuestras determinaciones e incertidumbres y en cuanto a nosotros mismos, no ocultarle ninguna de las cosas que pueden ayudarle a emitir un juicio cabal.

8.ª Meditación (2.ª Meditación del tercer día)

194. *"Bonum est nos hic esse: ¡qué bien estamos aquí!"*.

De entre todos los ejercicios de la vida espiritual y de entre todos los medios de que nos servimos para llegar a la perfección de las virtudes evangélicas, el más eficaz y al mismo tiempo el más dulce para nuestras almas es la oración. La oración es el Tabor del alma fiel; es el monte en donde, conducida por su divino Maestro, le contempla y goza de Él, exclamando con los tres Apóstoles: *"Bonum est nos hic esse: ¡bien será que nos quedemos aquí!"*.

No exageramos. Consideremos sucesivamente la naturaleza, el fin y el principio de la oración; luego, al meditarla, sentiremos la verdad de lo que acabamos de decir.

195. 1. Si preguntamos a los diversos maestros de la vida espiritual acerca de la naturaleza de la oración, encontraremos en todos ellos, al tratar este tema, consideraciones muy conmovedoras. Parece que están a porfía sobre quién de ellos nos dará la idea más alta acerca de la oración. Limitémonos a ver lo que sobre ella nos enseña S. Ignacio:

"La oración-dice este santo Fundador-es un ejercicio del alma que se eleva hacia Dios. **Ejercicio.** El alma, para hacer oración, no permanece en la inacción o en una quietud absoluta; está ejercitando sus potencias. **Del alma,** no del cuerpo. El cuerpo apenas debe contar para nada; la postura que se guarda puede, sin embargo, facilitar la oración o dificultarla si no distrae al alma por ningún dolor, o bien ocupa su atención a causa del dolor físico. Que se eleva; sí, se eleva hacia Dios; deja todas las cosas terrenas y perecederas para elevarse hacia el objeto de su eterna felicidad, hacia su soberano bien, dejando el cuerpo en la tierra, dejando esta prisión humillante, se orienta hacia el Cielo, previniendo su destino y

anticipando el goce del paraíso. ¿Acaso no goza, en efecto, de la felicidad, al menos tanto como es posible gozar de ella aquí abajo? El alma está con Dios; lo ve y conversa con Él...: *bonum est nos hic esse*.

196. A esta elevación del alma a la que nos referimos, los Santos Padres han aplicado aquellas palabras del Cantar de los Cantares: "*Quae est, quae ascendit sicut vigulta fumi ex aromatibus myrrhae et thuris?*" ¿Quién es ésta que se eleva como una columna de perfume, de mirra e incienso?" La comparación es instructiva: de la misma manera que la mirra y el incienso se elevan majestuosamente hacia el Cielo como un sacrificio de agradable olor, así, en la oración, nuestra alma, tomando un noble impulso hacia Dios, le es agradable.

Y así como la mirra y el incienso no se elevan por sí mismos, sino que es preciso que el sacrificador les eche en el fuego, del mismo modo, nuestra alma no se elevará hacia Dios si no la elevamos merced a nuestra buena voluntad. Del mismo modo también que el humo del incienso y de la mirra no se eleva más que desprendiéndose de las partes más groseras de tales sustancias que quedan aquí abajo, así también nuestra alma no se eleva más que separándose de su cuerpo y de los sentidos y olvidando la materia que la envuelve y la rodea. Por último, del mismo modo que aquí abajo, el incienso, símbolo de la dulzura, se mezcla con la mirra, así también en la oración, no todo es consuelo y dulzura, sino que hay también la amargura de las sequedades, de las tentaciones y de las pruebas.

197. 2. La oración en su fin, no desdice de la excelencia de su naturaleza. La oración, en efecto, tiene por fin unirnos a Dios; pero tan íntimamente, que imprime en nuestra alma la imagen de Dios, haciéndola como dicen los Santos Padres, *deiforme*. Efectivamente, para que se obre en nosotros esa impresión de la imagen de Dios, esta transformación de nuestra alma en Dios, si se puede hablar así, es preciso que las principales facultades de nuestra alma queden todas ellas llenas de Dios y santificadas por Él: que nuestra memoria se llene del recuerdo de sus beneficios; nuestra inteligencia, de su conocimiento y nuestra voluntad, de su amor. Tal es la doctrina de San Buenaventura: "*imago Dei in anima in his tribus potentiis expresse consistit; videlicet: in ratione, memoria et voluntate; et quamdiu istae non sunt ex toto Deo impressae, non est anima deiformis*: la imagen de Dios permanece impresa en el alma

por estas tres potencias: la razón, la memoria y la voluntad, y mientras estas facultades no queden del todo con la impronta de Dios, el alma no es deiforme."

198. Por este motivo, la oración mantiene ocupadas a la razón, a la memoria y a la voluntad: el alma es toda entera de Dios, para unirla íntimamente a Dios y para transformarla en Él. ¡Fin sublime y delicioso! La oración conduce al alma a su elemento, a su centro; por eso es imposible que no le haga dichosa y le mueva a exclamar: "*bonum est nos hic esse!*: ¡Bien está quedarnos aquí!" Es imposible que el hombre no encuentre su felicidad en Dios si le ama.

199. 3. Si el alma es feliz en la oración, si encuentra en ella su bien, ya que el alma tiende hacia Dios y se une a Él, hasta transformarse en El-se comprende que el alma experimente tanta dulzura por la atracción que Dios ejerce sobre ella para llevarla a ese santo ejercicio, porque, siendo Dios el fin de la oración, es también el principio de la misma. Por medio del dulce impulso de su gracia, Dios invita al alma a orar, diciéndole como el Esposo a la esposa: "*veni, amica mea*: ven, amada mía." Toda la facilidad que el alma encuentra para su elevación a Dios y todo el consuelo que disfruta en su unión con Él, se lo concede y envía Dios. Si el alma se eleva hacia Él es porque Dios baja hasta ella para elevarla. Si el alma se une a Él es porque Él la estrecha contra su corazón. ¡Dichoso momento en que el alma recibe la visita del Espíritu de Dios y experimenta su influjo! ¿Quién no lo ha experimentado y se ha dicho para sí mismo: *bonum est nos hic esse!*?

200. Sin embargo, cuidémonos de no abusar de esta verdad. Ciertamente, Dios constituye el principio de la oración -y el principio necesario; es decir, que no podría haber verdadera oración cuyo principio no fuera Él-pero sepamos que no es el único principio. La oración es, a la vez, la obra de Dios y la obra del hombre. "Dios, que nos hizo sin nosotros, no nos salvará sin nosotros." No nos elevará hacia Él ni nos unirá consigo sino en la medida en que nos ofrezcamos a ello y dirijamos hacia Él nuestras facultades. "Es preciso -dice Santa Teresa -que nos sirvamos de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad como de dos alas; que nos ejercitemos en volar con el ala del conocimiento de Dios y con el ala de su amor; en ese caso, Dios ilustrará al primero y sostendrá y fortalecerá al segundo, de modo que la obra de la oración sea perfecta." Pero nos forjaríamos una ilusión peligrosa si nos

quedásemos en un reposo absoluto esperando que Dios lo haga todo; no hará nada y el diablo hará mucho. No es que Dios no pueda elevarnos hasta Él sin nosotros; es que, ordinariamente, no lo quiere; algunas veces lo hace; pero, por nuestra parte, no debemos nunca contar con ello.

Meditemos estos principios; saboreémoslos a fin de llenarnos de amor por este excelente ejercicio y podamos practicarlo bien.

9.ª Meditación (3.ª del tercer día)

"Habete fidem Dei: tened la fe divina"

201. Nuestro entendimiento, al tratar de conocer las cosas-sobre todo las relativas a la salvación eterna-puede verse iluminado por varias luces. Hay, primero, la luz de la razón que es una luz natural, la luz de la fe que es una luz sobrenatural aunque ordinaria y, por último, las luces extraordinarias, como por ejemplo, las revelaciones. De todas ellas, sin asomo de duda, la luz de la fe es la que más debemos estimar, desear y procurar, ya sea atendiendo a su necesidad, ya sea considerando su duración o bien teniendo en cuenta su excelencia.

La fe, de la que vamos a hablar, no es sólo la fe humana, la luz de la razón iluminada por la fe; es la fe, considerada como virtud sobrenatural, la fe que viene de Dios, "la fe divina", como la llama la Sagrada Escritura. No hay que confundir la fe humana con la divina; son muy distintas, lo mismo en su naturaleza que en sus efectos.

202. La fe humana no es más que una operación de la inteligencia, una consecuencia verdadera sacada de principios ciertos mediante la ayuda del razonamiento. La segunda es una visión, un goce de las cosas invisibles y futuras pero que se hacen sensibles y presentes mediante la certeza de su existencia. La primera deja dudas y está llena de oscuridad; en el terreno de la práctica, nos deja en la inacción y en la indiferencia; la segunda, en cambio, excluye toda incertidumbre y determina la actividad de la voluntad. La primera se adquiere por el estudio; la segunda, por la oración y la humildad. La primera es la fe de tantos cristianos cobardes y desarreglados que viven en medio del mundo; la segunda es la fe que hace a los santos, fe que pocos cristianos se aplican a adquirir y que, aún muchos menos todavía, llegan a poseer. De esta última precisamente es de la que tratamos y de la

que queremos convencernos en esta meditación; fe que es la más deseable de todas las luces que puedan iluminar nuestro entendimiento, ya que es la más necesaria a la salvación eterna, la más duradera y excelente.

203. 1. *La fe es necesaria* para la salvación. Las luces extraordinarias de las revelaciones no son necesarias para la salvación; se puede uno salvar muy bien sin haber recibido jamás tales revelaciones.

La luz de la razón no es necesaria para la salvación sino en el sentido de que prepara para recibir la luz de la fe. Antes de creer con fe divina, ordinariamente hay que creer con una fe humana.

Por lo que hace a la fe divina, nadie puede salvarse sin ella ya que produce las buenas obras y nadie puede salvarse sin ellas. De ella se dijo: *"qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui autem non crediderit, condemnabitur"*: quien cree, ése se salvará; pero quien no cree, se condenará." Cuanto más grande sea esta fe, más santo es quien la posee; cuanto más se cree en Dios, más se le ama; cuanto más se cree en Jesucristo, más se le imita; cuanto más se cree en la vida eterna, mayores sacrificios se hacen para lograrla.

204. 2. *Duradera*. Las luces extraordinarias no son nunca más que cosa de un instante y de ningún modo son habituales.

La luz de la fe, en cambio, debe ilustrar todos los momentos de nuestra existencia y guiarnos en todas nuestras acciones. Sin insistir en que la recibimos en el Bautismo, que nos sostiene en nuestros últimos momentos y nos muestra las puertas de la eternidad, únicamente por la fe debemos obrar en todo, entre ambos términos. La fe es el principio que debe hacernos vivir: *justus autem ex fide vivit*.

205. Efectivamente, la fe es el alma de nuestra conducta, el principio de nuestra vida moral y comprende las verdades de que debemos estar más convencidos. La convicción que debemos forjarnos acerca de tales relaciones, de tales necesidades, de tales causas que deben producir tales efectos y de tales efectos que deben seguir a tales causas, hace brotar todos nuestros sentimientos y todas nuestras acciones. Pero si nuestra fe es una fe divina, producirá en nosotros la convicción íntima de Dios, de un Dios presente siempre en todas partes, de ese Dios a quien debemos referirle todo, de ese Dios que nos observa y juzga cuanto hacemos. De ahí se deduce que si nuestra fe es una fe divina, su

característica es que vivamos de ella, que ella sea el principio de todas nuestras acciones, de cuanto pensemos, hagamos y sintamos siempre y en todo como quien está delante de Dios, ante un Dios que nos juzga y a quien debemos referirlo todo, sobre todo nuestro amor.

206. Por consiguiente, la luz de la fe, tomada en este sentido primordial, es incomparablemente más duradera que la de las revelaciones extraordinarias. Parece que, considerada bajo este aspecto, no es más duradera que la luz de la razón, puesto que es incontestable que, en todos los instantes de nuestra vida, debemos conducirnos por la razón. Pero hay que tener cuidado de usar de la razón sólo a falta de la luz de la fe y que, desde el momento en que la razón nos ha llevado a la fe, dejemos a la razón para caminar ya sólo a la luz de la fe.

Por lo demás, y bajo otro aspecto, la razón nos ilumina sólo durante la vida terrena y para esta misma vida terrena; en cambio, la fe nos ilumina en relación con la eternidad. Día vendrá en que cuanto hayamos aprendido por la razón pasará, lo mismo que la figura de este mundo que también pasará con ella, de tal modo que ya no nos quedará más que lo que hayamos visto a la luz de la antorcha de la fe.

207. 3. *Excelente*. La luz de la fe, por su misma naturaleza, supera, a toda otra luz. En efecto, ¿qué es la luz de la fe? Hasta aquí hemos confundido la fe con la luz de la fe porque no era preciso distinguirlas; pero subrayemos que no son lo mismo; no es lo mismo una que otra. La fe es la convicción que tenemos acerca de una verdad; la luz de la fe es el motivo que nos produce esta convicción. La luz de la fe humana es la razón, la palabra de los hombres; de ahí sus incertidumbres e imperfecciones; la luz de la fe divina, de la fe que proviene de Dios, es la misma palabra de Dios; es la producción eterna de su ser perfecto; es su Hijo, Jesucristo en cuanto Dios. Por eso, a Jesucristo se le llama el Verbo de Dios, la palabra de Dios.

De consiguiente, cuando la luz de la fe entra en nuestras almas, el Verbo de Dios es quien viene a habitar en ellas. Esto no es cuestión de imaginación. El Apóstol, es decir, el Espíritu Santo hablando por boca del Apóstol San Pablo, nos lo ha revelado: *Deus in nobis habitat per fidem*: Dios habita dentro de nosotros por medio de la fe.

208. Ciertamente, no vemos a Cristo en nuestra alma cuando en ella entra la luz de la fe; efectivamente, es porque no habita en el alma como hombre ni del mismo modo que reside en la Eucaristía, sino como Verbo de Dios. Pero si no le vemos, sentimos todas las cualidades que Él se atribuye: "*Ego sum veritas, via et vita*: Yo soy-dice Jesucristo-el camino, la verdad y la vida." Mediante la luz de la fe, en efecto, y por la fe que produce en nosotros, conocemos la verdad de Dios, *veritas*; esta fe nos anima siendo nuestra vida: *vita*; y nos enseña, por último, lo que tenemos que hacer, el camino que debemos seguir: *via*.

209. Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si, gracias a Ella, el Verbo de Dios se digna habitar dentro de nosotros, se echa de ver que la fe-la convicción que resulta de la impresión de esta luz-es precisamente la unión de Cristo con nosotros; unión que llega hasta transformarnos en Cristo. Por la fe, efectivamente-como ya lo hemos visto-nuestro espíritu ya iluminado piensa como Cristo; es Jesucristo que se ha unido a nuestro espíritu. Nuestro corazón animado por Él, ya no siente ni ama más que como Cristo; es porque Él se ha unido a nuestro corazón. Nuestra voluntad dirigida por Él ya no actúa más que como Cristo; es que Cristo se ha unido a nuestra voluntad. De este modo se ha formado en nosotros el hombre nuevo.

210. No nos extrañemos, pues, de cuanto el Evangelio y el Apóstol nos dicen acerca de la fe; de su necesidad, de su excelencia, de su eficacia para la salvación, de su poder, etc. En comparación con la fe, ¿qué es nuestra razón? ¿Qué son, incluso, las luces de las revelaciones? Con razón, pues, el Apóstol nos la impone por aquel precepto: "*habete fidem Dei*: tened la fe divina."

Por consiguiente, que esta fe divina sea el objeto de nuestra oración y de nuestros esfuerzos perseverantes; que nuestra resolución de aferrarnos a la fe, de amarla por encima de todas las cosas, de trabajar por adquirirla sea el fruto de la meditación que vamos a hacer acerca de su necesidad, de su duración, de su excelencia, tal como acabamos de exponerla.

10.^a Meditación (1.^a del cuarto día)

211. "*Nisi credideritis, non intelligetis*: si no creéis, no comprenderéis." Todo cuanto hemos dicho acerca de la oración, cuyo fin es unirnos a Dios hasta transformarnos en Él, y todo cuanto

acabamos de decir acerca de la fe-cuyo efecto propio es el unirnos a Dios hasta transformarnos en Él-nos hace ver bien las relaciones que existen entre la oración y la fe. La fe es el medio por el cual logramos el fin de la oración. El texto escriturístico que acabamos de citar, nos enseña que es el medio necesario, en cuanto tomamos la unión con Dios en la oración, como actos de conocimiento y de amor: "*nisi credideritis non intelligetis*: si no creéis, no comprenderéis." Ya hemos encontrado, sin buscar más, la mejor manera de hacer oración.

Para demostrar mejor esta verdad tan importante y para imprimirla mejor en nuestro espíritu, sentemos primero, una distinción y exponamos una comparación que hacen ordinariamente los teólogos; luego, indicaremos el modo de servirnos de la fe al hacer nuestra oración.

212. Se suele comparar la luz de la fe, que procede de Dios y viene a hacer en nuestra alma una como impresión e imagen perfecta de Dios, con la luz del sol, luz que saliendo de él viene a imprimir en nuestros sentidos una imagen de ese mismo sol. El hombre que recibe la luz de la fe es comparable al ojo humano que recibe la luz del sol; el entendimiento humano se compara a las partes peculiares del ojo que refractan la luz y perciben la imagen; la voluntad, en esta comparación, es como los párpados que se abren o se cierran para admitir o rehusar la entrada de la luz.

Siguiendo, ahora, la primera parte de la comparación y considerando a la fe como una luz que procede de Dios, se la ha llamado *objetiva*. Pero si proseguimos con la segunda parte de la comparación, considerando a la fe en relación con el hombre, se la ha llamado *subjetiva*. Por la primera, hay que entender la luz de Dios, y por la segunda, la capacidad que tiene el hombre para recibir tal luz.

213. Uniendo ahora ambas partes de la comparación, se ve primero la manera de que hay que servirse de la fe al hacer la oración. Del mismo modo que cuando queremos ver el sol-en el supuesto de que nuestro ojo esté bueno y limpio-no tenemos más que dirigirlo hacia él y abrir los párpados para que la luz lo atravesase y le impresione, del mismo modo, en la oración, para que la luz de la fe entre en nosotros y nos impresione, no tenemos más que orientar hacia Dios nuestro entendimiento y abrírselo por medio de la voluntad. Pero como para ver bien se requiere que nuestro ojo esté limpio, sano y atento, así también, para percibir bien la luz de

la fe, es preciso que nuestro entendimiento esté puro, sano y atento. En esto consiste todo el método de la oración por la fe. Ya se ve qué conforme está con los sanos principios de una sana teología de que la oración es, a la vez, obra del hombre y obra de Dios. Trataremos de explicarlo aún más en la segunda parte de esta exposición.

214. Decimos que, para hacer oración, para recibir la luz de la fe, hay que dirigir primero el ojo del entendimiento hacia Dios fijándonos en ese Ser Supremo; es decir, que hay que detenerse en considerar a Dios tal como la fe nos le propone en sus diversos atributos, lo cual nos representamos por medio de la memoria. Pero, al mismo tiempo que consideramos lo que es, su luz nos hace ver quiénes somos nosotros mismos, y esto lo consideramos al mismo tiempo. Seguimos, pues, aquel precepto de San Lorenzo Justiniano de no separar el conocimiento del uno del conocimiento del otro: "*diligenter attendas quis et cui, nec alterum ab altero divides*: considera atentamente quién eres y a quién hablas y no separes lo uno de lo otro."

215. Así, consideramos en Dios la infinitud de su ser, creyendo y viendo que es el Ser por antonomasia, el Ser de los seres, el que es; pero, al mismo tiempo, no perdamos de vista nuestra bajeza y pequeñez; creemos y vemos que no somos más que nada; por eso, desde el fondo mismo de ésta debilidad y de esta bajeza nuestra, de *profundis*, levantamos los ojos a Dios a quien consideramos, abajándonos y confundiéndonos. Así también, nos ponemos a considerar en Dios la santidad misma, la justicia irrefragable-a quien el pecado ofende infinitamente y que lo debe necesariamente castigar-; pero, al mismo tiempo que lo creemos así, vemos nuestras iniquidades ante las que nos estremecemos apresurándonos a revestirnos de Cristo, etc... Estas consideraciones constituyen nuestra preparación habitual en la oración.

216. Después de haber considerado así, con el ojo del entendimiento y a la luz de la fe, a Dios en sí mismo, pero sin perdernos a nosotros mismos de vista, no cambiando de situación es decir, siguiendo mirando a Dios siempre desde el fondo de nuestra miseria-consideraremos en Él alguna de las verdades de la revelación, como escrita de su mano y salida de su boca, o bien nos ponemos a meditar en los ejemplos de Jesucristo o de la Santísima Virgen. Creemos aquella verdad; hacemos sobre ella actos de fe repetidos a menudo, o mejor aún, sondeamos nuestra fe sobre lo

que nos dice sobre tal verdad, preguntándonos luego-como preguntaba Cristo a una santa mujer-: "*Credis hoc?, ¿Crees esto?*" A lo cual contestamos muchas veces, hasta que podamos decirlo con algo de verdad: "Sí; lo creo." Hacemos entonces la aplicación de tal verdad a nosotros mismos diciéndonos: "Si creo esto, ¿qué tengo que hacer? ¿Qué tengo que pensar? Lo que tengo que pensar y hacer, ¿lo hago ahora?, ¿lo estoy pensando así ahora?, ¿he creído siempre esta verdad?, ¿he obrado siempre en consecuencia?" Entonces, pensamos en nuestras faltas pasadas. De este modo la fe se despierta en nosotros y penetra también en nuestro interior, ilumina nuestro espíritu, calienta nuestro corazón e impulsa nuestra voluntad. Así es cómo concebimos nosotros fervientes sentimientos y buenas resoluciones.

217. Viene ahora la conclusión: Hay que hacerla siempre considerando quiénes somos nosotros y quién es Aquél a quien hablamos. Ponemos delante de nuestros ojos cuál es el punto esencial de la verdad revelada o la resolución a la que nos lleva la consideración de esta verdad. Ambas-la verdad y la resolución las vemos en Dios, como salidas de la boca de Dios; por eso las acogemos como un oráculo que procede de Él y le rogaremos que sostenga y aumente nuestra fe y sus consecuencias.

Nota.-Al final de la preparación, después de haber considerado lo que somos y lo que es Dios- *quis et cui*- bueno es prestar atención a cuanto acabamos de hacer ante Dios. Acabamos de pedirle luces y sus gracias. Invoquemos, pues, al Espíritu Santo, imploremos, su misericordia poniendo por intercesores los méritos de su Hijo y los favores que otorgó a María Santísima y a los santos.

Podemos hacer, siguiendo este método, la meditación misma que exponemos. Después de la preparación común, consideremos en Dios esta verdad que Él mismo nos enseñó: *nisi credideritis, non intelligetis*, con el propósito de confirmarnos en la resolución de hacer, en lo sucesivo, nuestras meditaciones a la luz de la fe.

11.^a Meditación (2.^a del cuarto día)

218. "*Haec est victoria quae vincit mundum: fides nostra*: la fe es arma victoriosa con la que vencemos al mundo" (Jn. 5). La fe y la oración, la oración por la fe, no nos sirven únicamente para unirnos a Dios, conversar con Él y hacernos dichosos con su conocimiento y con su amor. Son también un arma victoriosa con la que

venceremos al mundo: *Haec est victoria quae vincit mundum: fides nostra*. La fe es esa arma, mientras que la oración es la manera de servirse de ella, o si se prefiere, el momento del combate.

219. El desarrollo de esta verdad constituirá el tema de esta meditación. Por la palabra "mundo" hay que entender aquí, todos los enemigos de Dios: el príncipe de este mundo, Satanás, el mundo en sí mismo-es decir, los impíos, los libertinos y cuantos, viviendo en oposición con las máximas de Cristo y con las leyes de la Iglesia se constituyen en perseguidores de la misma, o, al menos, en escándalo para sus fieles discípulos-y, por último, las concupiscencia en las que San Juan engloba, al mundo entero... La oración por la fe nos hará victoriosos sobre todas estas clases de enemigos: *haec est victoria*, etc...

220. 1. Que al demonio lo derrote la oración y la fe lo entenderemos fácilmente si recordamos cuanto dijimos al hablar del discernimiento de espíritus, cuando decíamos que el demonio, difícilmente determinaba a nuestra voluntad sólo, después de haber seducido al entendimiento mediante el error y las ilusiones. ¿Qué cosa hay más propia, en efecto, para preservar al entendimiento de todo error y de toda ilusión como dirigirle hacia Dios e iluminarle mediante la fe que proviene de Él? Esta manera de combatir es la que nos enseña Jesucristo; de ella nos dio ejemplo cuando permitió que el demonio mismo viniese a tentarle en el desierto: sólo respondió al tentador con palabras de fe, palabras sacadas de la Sagrada Escritura. "Si me adoras-le dice Satanás-te daré todos los reinos de la tierra." *Escrito está*-contesta Cristo-: *Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él solo servirás*. Al oír tales palabras, el demonio quedó vencido. Dóciles a las lecciones de nuestro Maestro, cuantas veces nos veamos tentados, recurramos a la fe, a la oración por la fe, y así lograremos experimentar lo que el mismo Apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, nos dice: "*Sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere*: tomando el escudo de la fe, podréis, con esta arma, hacer inofensivos todos los dardos del enemigo." (Ef. 6, 16.)

221. 2. Mediante las persecuciones o los malos ejemplos, el mundo hace la guerra ordinariamente contra los siervos de Dios. Por la fe resistirán a ambos ataques, consiguiendo en ambos casos, una victoria declarada sobre el mundo.

La fe les hará vencer las persecuciones si, en la oración, consideran a su luz, las persecuciones que el mismo Cristo sufrió;

las predicciones de malos tratos como lo hicieron con Él; los consuelos que nos ofrece: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia... Alegraos cuando os maldigan a causa de Mí, porque es grande la recompensa que os aguarda en los Cielos.* La fe también les hará vencer el escándalo, si, en la oración y a su luz, consideran bien que las leyes de Dios no quedan abrogadas por la infidelidad de los hombres; que es escaso el número de los elegidos; que Dios maldijo el mundo a causa del escándalo, etc. ¿Hay, acaso, un mal ejemplo tan universal al que no se pueda resistir si se cree, con fe divina, en el Juicio Final en donde los malos serán precipitados en los infiernos en legiones innumerables?

222. 3. *"Praeterit figura hujus mundi: la figura de este mundo pasa."* *"Omne quod altum est hominibus, abominatio est ante Deum: cuanto es elevado a los ojos de los hombres es una abominación ante los de Dios."* Un Dios en un establo... es el escudo que la fe opone a la concupiscencia de los ojos. Meditad estas palabras a la luz de la fe, contrastadlas con el brillo de los honores y de las riquezas; así desaparecerá todo su prestigio y ya no veréis en ellas más que vanidad y pecado.

iAy de los que ahora reís, porque día llegará en que lloraréis!... No cometerás actos impuros ni de hecho ni de pensamiento... Un Dios flagelado, coronado de espinas, traspasado por los clavos: es el escudo que la fe opone a la concupiscencia de la carne; armaos de él en la oración y, de este modo, todos los placeres de los sentidos, llegarán a seros odiosos.

223. Quien se ensalza será humillado. Dios resiste a los soberbios.

Un Dios postrado en tierra que, al hablar como hombre, dice: *Mi ser entero es como nada ante Vos...;* un Dios que se define a sí mismo: *"Ego sum qui sum: yo soy el que soy; nadie, propiamente, existe fuera de mí; lo que no es yo, no es nada":* ése es el escudo que la fe opone al orgullo. ¿Qué soberbio no se abajará si llega a creer y a meditar, por la fe, estas verdades?

No hay pasión alguna, no hay movimiento desordenado de naturaleza o del amor propio al que la fe no pueda presentar escudo para la defensa del entendimiento.

Armémonos, pues, de la fe, de una fe que viene de Dios. Con esa arma venceremos al demonio, al mundo y a la carne.

12.a Meditación (3.ª Meditación del cuarto día)

224. "*Nova bella elegit Dominus*: el Señor ha elegido un nuevo modo de guerrear" (Judit, 5, 8).

Quizá alguno crea que, sobre todo contra el mundo-en el que los enemigos de Dios son tan numerosos y poderosos-el arma de fe es un arma ineficaz. Sepa el tal, que Dios no guerrea como guerreamos los hombres. El Señor se complace en vencer a sus enemigos mediante los instrumentos que les parecen más débiles y despreciables, en el momento mismo en que despliegan contra Él, todo el aparato de su poder. Así lo vemos en las victorias logradas por la Iglesia que no son más que la realidad figurada por las victorias del pueblo de Dios.

Fijémonos en dos hechos que nos enseña la Historia, que la fe nos confirma y que son muy propios para inspirarnos confianza:

225. 1. En el Antiguo Testamento: Moisés, armado sólo con el nombre del Señor, se enfrenta y supera el poder del faraón (no hacemos aquí más que indicar someramente los hechos, porque ya han sido meditados en las instrucciones del retiro con el desarrollo conveniente). Al ruido de 300 trompetas se cuarteán los muros de Jericó. Sansón derrota a los filisteos con la quijada de un asno. David con su honda, avanza contra el gigante Goliat y le mata. Gedeón con sus 300 hombres armados de sendos cántaros, pone en fuga un gran ejército.

226. 2. En la nueva Ley: con sólo la palabra de Dios, los Apóstoles destruyen, en toda la tierra, el imperio de la idolatría. Los millares de mártires que les siguieron, sostuvieron, extendieron y afirmaron su conquista dejándose degollar. Es que la fe, de que todos ellos estaban llenos, les dio la victoria. Los primeros la hicieron nacer y la extendieron por medio de su predicación; los segundos la sellaron mediante el testimonio de su sangre.

El combate de Gedeón era una figura perfecta de su victoria: al romper los cántaros que ocultaban las luces, hicieron brillar, a los ojos de todos, la luz que lucía en su interior, luz cuyo brillo no pudieron resistir los enemigos.

Con idénticas armas y al servicio de la gloria del mismo Dios, emprendamos con valor y confianza el mismo combate. ¡Qué importa que no lleguen a ver la luz más que después de haberse roto los cántaros en cuyo interior brilla!

13ª Meditación (1.ª del quinto día)

227. "*Ego sum panis vivus qui de coelo descendi*: Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo."

Para inculcar mejor en los espíritus el método de la oración por la fe, vamos a hacer la aplicación del mismo al misterio de la Eucaristía comentando aquellas palabras del Señor: *Ego sum panis vivus*, y especialmente aquella palabra "*vivus: vivo.*"

X

1818. CHAMINADE (Lalanne, bis)

EJERCICIOS

1.ª Meditación: EL FIN DEL HOMBRE

Meditación fundamental: ¿Para qué está puesto el hombre en la tierra?

228. ¿Para qué estoy yo en el mundo? Cuestión importante. ¿Y cómo se explica que, siéndolo tanto, yo haya pensado en ella tan poco todavía? Ya he visto, considerado y aprendido muchas cosas; sin embargo, todavía no he echado un vistazo a mí mismo; todavía no he entrado nunca en serio en mí mismo para preguntarme quién soy, de dónde vengo y adónde voy.

1. La mayor parte de las criaturas que tengo ante mi vista, tienen un fin clarísimo. El sol está puesto para alumbrar; la tierra produce y nutre plantas y animales; las aguas humedecen la tierra y la fertilizan. Pero yo, Dios mío, ¿qué fin tengo yo? ¿Para qué me habéis puesto en este mundo? Desde luego, no me habéis colocado aquí para que ponga yo en él mi morada porque no hago más que pasar por este mundo; ni para que adquiera posesiones, puesto que día llegará en que tendré que dejar cuanto haya adquirido; ni para que me haga un sabio, puesto que no tengo tiempo para conocer la mayoría de las cosas que debería conocer; ni para vivir aquí como viven los animales que siguen sus inclinaciones, puesto que tengo una razón y una conciencia que las condenan a pesar mío; y, por último, menos aún para encontrar la felicidad en este mundo porque, haga lo que haga, no puedo ser feliz.

Sin embargo, Dios mío, cuando me creasteis, vuestra sabiduría no pudo menos de intervenir y no me habéis creado sin fin y sin designio alguno. Dadme, pues, a conocer Vos mismo mi destino y mis caminos para que yo sepa lo que tengo que hacer: *Notum fac finem meum, Domine, ut sciam quid desit mihi.*

229. 2. Imaginaos que, en este mismo momento, llega a vuestros oídos aquella voz de Dios que salió de la nube en el monte Sinaí: *Escucha, Israel: Yo soy el Señor, tu Dios, que te he formado del barro de la tierra. No tendrás otro Dios ante Mí. Adorarás al Señor, tu Dios, y a El sólo servirás.*

¡Oh hombres! ¿Comprendéis estas palabras? ¿Ya se han abierto vuestros ojos? ¿No véis finalmente que no habéis sido hechos ni para el mundo ni para las vanas criaturas? "¡Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás.

Es ésta una verdad que el mismo Dios os revela y que debe poner término a todas vuestras incertidumbres. No busquéis más; no vaciléis más; creed, fiados en la palabra de Dios, que estáis hechos para adorarle y servirle.

Afectos: ¿Cuáles son, ahora, vuestros sentimientos? ¿No os ha transportado de júbilo y admiración el hecho de que Dios os llame a un fin tan hermoso? ¡Qué grande es la bondad de Dios para con vosotros! Pero para vosotros, los que le habéis desconocido, ¡qué motivo de confusión y arrepentimiento!

Resolución: Y ahora, ¿qué queréis hacer? Creados para Dios, destinados al Cielo y a la inmortalidad, ¿permaneceréis apegados a los objetos perecederos de la tierra? ¿Queréis perecer junto con ellos? No. Me tornaré hacia mi Creador que me envía hoy su luz, diciéndole: "Tú eres mi Dios y yo soy todo tuyo; me entrego a Ti; sálvame: *Deus meus es tu; tuus sum ego; salvum me fac.*"

Tomad la resolución particular de renunciar desde hoy al objeto de vuestras pasiones si todavía tenéis afecto a alguno. Y, como ramillete espiritual, tomad las últimas palabras de la Sagrada Escritura citadas.

2.ª Meditación

DEL FIN DEL HOMBRE. EL HOMBRE PERTENECE POR ENTERO A DIOS

230. *"Ego sum Dominus Deus tuus: Yo soy el Señor, tu Dios."*

Tal vez no habéis captado todavía la fuerza de estas palabras. Os están enseñando: 1, que pertenecéis por entero a Dios; 2, que Dios es todo para vosotros.

Consideración 1.ª *iDominus!*, el Señor. Dios es vuestro Señor y vuestro Dueño. Ved con qué tono de autoridad os dice: *"Ego Dominus: Yo soy el Señor."* Con ningún otro nombre se hace llamar más frecuentemente en la Sagrada Escritura. Es porque, en efecto, Dios es el Dueño soberano y absoluto de todas las cosas; todo lo ha hecho Él, y todo depende de Él sólo; goza eminentemente, de todos

los derechos del Señor; es decir, que todo le pertenece. Goza de esos derechos lo mismo sobre el hombre que sobre las demás criaturas. ¿Quién podría negárselos? El hombre le pertenece por entero, lo mismo que todo lo demás. Haced un acto de fe sobre esta verdad primaria, de que Dios es vuestro Dueño, vuestro Señor, soberano y absoluto y que a Él le pertenecéis enteramente.

231. Consideración 2.^a Para confirmaron en la convicción de esta verdad, medita en estas palabras: "soberano y absoluto."

Dios es nuestro Dueño soberano porque nadie hay por encima de Él; quienes llamamos dueños son subordinados suyos; de Él tienen su poder y no hacen más que representarle y hacer ejecutar sus leyes. Es el soberano de los soberanos, el rey de reyes; por eso éstos no tuvieron nada que objetar a los siervos de Dios que les decían: *Ved vosotros mismos si es justo obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Dios es también nuestro Dueño absoluto; es decir, que no hay otra ley que su voluntad y su beneplácito. Puede hacer de nosotros lo que le agrade sin que nosotros podamos reclamar nada, del mismo modo que el vaso de arcilla no puede preguntar al alfarero por qué no le ha convertido en vasija de honor en lugar de hacer de ella una vasija para usos viles. Arbitro supremo e independiente de nuestra vida y de nuestra muerte, puede disponer de ellas a su agrado y, de hecho, así dispone de ellas como le place, no solicitando nuestro parecer ni para sacarnos de este mundo ni para ponernos en él.

Reconoced, pues, una vez más a Dios como al Creador omnipotente, como vuestro Dueño soberano y absoluto. Reconoced que pertenecéis a Dios por entero. Haced actos repetidos de fe sobre esta verdad.

232. Afectos. Deteneos en esta verdad y hacedla llegar a vuestro corazón. Manteneos, durante algunos instantes, recogidos y postrados interiormente con una profunda veneración ante la majestad de vuestro Dueño supremo. Tributadle vuestros humildes homenajes, como lo haría un súbdito sumiso y de ínfimo rango ante un monarca a quien acabara de reconocer. Ocupaos con estos sentimientos de un temor respetuoso y de una sumisión sin límites ni reservas. Felicitaos también por la dicha y el honor que os cabe de tener tal dueño. Pertenecer a Dios, ser el siervo de Dios... ¿qué honor mayor que éste? ¿Servir a Dios no es más que reinar?

Resolución. Humillaos, pues, ante vuestro Dueño soberano y entregaos a Él sin reserva alguna para obedecer a todas sus leyes. Prometed que queréis serle fieles para siempre y tomad la resolución de serlo en particular...; ved lo que tenéis que hacer en particular para servir a Dios y si habéis faltado a alguno de vuestros deberes habrá que tomar, ahora, la resolución de cumplirlo.

3.ª Meditación

DEL FIN DEL HOMBRE. DIOS LO ES TODO PARA EL

233. *"Ego sum Dominus Deus tuus: Yo soy el Señor, tu Dios."*

Estas palabras os enseñan, no sólo que pertenecéis por entero a Dios como a vuestro Dueño y Señor, sino también que Dios es todo para vosotros.

Consideración. *Deus tuus*. Dios lo es todo para vosotros ya que es Dios y vuestro Dios. Quien dice "Dios", lo dice todo. Todas las cosas están comprendidas en Dios y proceden de Él como de su fuente primera. Quien conociera a Dios, lo conocería todo. Nada faltaría a quien poseyese a Dios. De tal modo lo es todo, que sin Él no existiría nada, ni siquiera un vapor o un grano de polvo. Si un hombre pudiera poseer todo el universo y no tuviera a Dios o hubiese perdido a su Dios, no tendría nada y lo habría perdido todo. Aprended esta verdad de boca del mismo Dios: *"Ego sum qui sum: Yo soy el que soy."* Todo lo demás no tiene más que una existencia pasajera y dependiente de mi voluntad; no hay más que yo solo que subsista por sí mismo y que viva en la eternidad: *Vivo ego in aeternum*. Oíd esta palabra tan importante y recibidla en vuestro corazón con respeto y con fe.

234. Añadid ahora a todo esto y tened bien presente que Dios lo es todo particularmente para vosotros. Dios es vuestro todo; es esencialmente vuestro Padre como Creador y primer autor de vuestro ser. Es vuestro protector y vuestro apoyo; Él es quien os alimenta y provee a todas vuestras necesidades. Es, en grado eminente, vuestro Rey, como Dueño y Señor soberano; es también el juez de todas vuestras acciones, el árbitro de vuestra suerte: vuestros bienes, vuestra familia, vuestra salud, vuestra vida, vuestra santificación, vuestra salvación eterna, todo está en sus manos.

La pérdida de Dios constituirá vuestro castigo si sois infieles; en cambio, su posesión será vuestra recompensa: *Ego ero merces*

tua magna nimis. Es, pues, muy verdad que Dios-que lo es todo por sí mismo-lo es particularmente para vosotros. Creedlo firmemente.

235. Más aún: puesto que Dios es todo posesión vuestra -*Deus tuus*-, es también vuestro Dios. Las naciones paganas tenían sus ídolos que habitaban en medio de ellas; eran dioses de piedra o de madera, imágenes insensibles. También vosotros tenéis vuestro Dios; está con vosotros, mora con vosotros, no os abandona un instante; pero vuestro Dios es el Dios vivo y verdadero; es Aquel que lo es todo; es vuestro todo.

Afectos: ¿No os dais cuenta de vuestra dicha? Débiles y miserables criaturas como sois, ¿qué más podíais desear? ¿Podríais incluso pretender tanto honor, poder y gloria como os da vuestro Creador cuando os dirige aquella palabra suya: "yo soy tu Dios"? ¿No os tornaréis de modo definitivo hacia Él? ¿No desprenderéis vuestro corazón de todo lo demás -puesto que todo ello es nada- para decirle a vuestra vez: "Sí, Vos sois mi Dios, lo creo, lo quiero y protesto que no tendré jamás otro Dios que Vos"?

Resolución. Proponeos, ya desde hoy mismo, habituaros a mirar a Dios como a vuestro todo y, por consiguiente, como el fin al que debéis referirlo todo.

4.ª Meditación

DEL FIN DEL HOMBRE: DIOS SERA TODO PARA EL

236. "*Deus erit omnia in omnibus*: Dios lo será todo en todos" (San Pablo).

Esta es una consideración muy a propósito para desprendernos de todas las criaturas y, al mismo tiempo, para fijar nuestro afecto en Dios. Día llegará en que Dios lo será todo para vosotros; 1.-Porque ya no os quedará más que Él, 2.-porque sólo Él equivale a la posesión de todas las cosas. Considerad ambas partes.

Consideraciones. 1. Ya no os quedará más que Dios. Cuando acabe vuestra vida ¿qué os quedará de todas las cosas de la tierra? ¿Habéis visto a alguno a quien lo bajan a una fosa? ¿Qué le queda? Incluso su cuerpo, pronto va a ser pasto de gusanos. ¿Qué le quedará a su alma? Separado como está de amigos y parientes, de su país y de su morada, de sus bienes y de su gloria, separado, por último de cuanto aquí abajo halagaba sus sentidos y su amor propio; ¿no es cierto que ya no le queda más que a Dios? Fijaos

bien en esta verdad; es tal que no podemos menos de creerla. ¿En qué pensáis cuando os apegáis a algo de este mundo?

237. 2. Dios equivaldrá a cuanto uno dejó. Es lo que significan propiamente las palabras de San Pablo: *omnia in omnibus*. Dios lo será todo para los bienaventurados. El gran Apóstol os lo dice de parte de Dios. Creedlo, pues, firmemente. Los elegidos de Dios -que ya han dicho adiós al mundo y a sus riquezas, a la gloria y a los placeres- no habrán perdido, nada sin embargo. Dios mismo y todo Dios, ocupa ahora el lugar de cuanto se dejó; en Él tendrán riquezas, gloria y felicidad, y todo ello en grado infinito. Tendrán al mismo Dios. Así lo prometió un día a Abraham cuando le dijo: "*Ego ero merces tua magna nimis*: yo mismo seré tu recompensa." Esta promesa tiene un gran peso. Contad con ella sin vacilar, apoyados en la palabra de Dios.

238. Afectos: Pensad ahora, dentro de vuestro corazón, en estas dos verdades: no habrá más que Dios y Dios lo será todo. Considerad cómo todas las criaturas os abandonan, mientras que sólo Dios permanece. Os abre el seno infinito de su amor: "Hijo mío -os dice- no te he creado para esas ruinas y para esos fantasmas, sino para Mí. Esas cosas pasan mientras que yo permanezco sólo en la eternidad y vengo a entregarme a ti; desprécialas, pues, y olvídate de ellas; ni siquiera pienses en ti mismo, ya que eres tan frágil como ellas; no ames más que a Mí."

Alma mía: ¿qué quieres responder a la voz de tu Dios que te llama y urge?

Resolución: Ved si hay algo que os sujeta aún a la tierra; si hay alguna criatura de la que hacéis depender vuestra felicidad; si hacéis caso aún del mundo y de su falso brillo; en una palabra, si estáis todavía apegados a alguna de esas criaturas que un día dejaréis. Si así es, desprendeos de ella hoy mismo.

5.ª Meditación

DEL FIN DEL HOMBRE. DIOS QUIERE QUE TODO SEA PARA EL

239. "*Dominum Deum tuum adorabis illique soli servies*: adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás."

Meditad estas palabras. Ved, primeramente, que encierran una orden que Dios os intima como Señor y Dios vuestro. Esto es algo que, desde luego, merece toda vuestra atención. Dios manda. ¿Qué

es lo que quiere? Que el hombre sea todo de Él. Ved cuán verdad es.

240. Consideraciones. 1.º *Adorarás al Señor, tu Dios. ¿Qué se entiende por adoración? No se adora a nadie más que a solo Dios. Esto equivale a decir que la adoración es un homenaje distinguido por encima de todo otro homenaje; es un acto por el cual, 1.-uno se somete por entero a Aquél a quien se adora reconociendo en él una superioridad infinita; por eso en señal de adoración, nos postramos rostro en tierra; 2.-uno se une a quien adora con todas las facultades de su alma. Se le prefiere a todo; no se piensa ya más que en él y no se obra más que para Él. En este sentido hablamos cuando decimos de una madre, que adora a su hijo. O por mejor decir, en este sentido, Nuestro Señor, nuestro adorable Maestro, explicó el precepto que estamos meditando: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas; éste es el primer mandamiento.**

Es lo que el Señor nos ordena por aquellas palabras: *adorarás al Señor, tu Dios*; es decir: os someteréis al Señor hasta anonadaros ante Él, reconociendo su infinita superioridad; y os someteréis a Él con todas las fuerzas de vuestra alma. ¿No se deduce de ahí que Dios quiere que el hombre sea todo entero para Él? Insistid en estas ideas, ejercitando sobre ellas vuestra fe. Dios quiere que el hombre sea todo para Él, por lo mismo que le ha ordenado adorarle.

241. 2. Para acabar de convenceros, medita, por último, estas palabras: "*illique soli servies*: a Él sólo servirás". Dios quiere que el hombre a nadie sirva más que a Él. ¿No es verdad, según esto - vedlo y examinadlo una vez más- que Dios quiere que el hombre sea todo para Él?

Afectos: Dios lo quiere. ¿Quién podrá, impunemente, resistir a, vuestra voluntad, Dios mío? Miserable de mí; ¿qué he hecho sobre, este punto, yo que me he opuesto a ello tan a menudo; que he pensado tan poco en serviros, yo que he entregado mi corazón a tantas criaturas y que, quizá no he adorado, hasta el presente, más que a mí mismo? ¿Y me extraño de haber incurrido en tantos desórdenes? Me encontraba en oposición con la voluntad de Dios, de mí todo... Pero ¿cómo se explica que exista aún en la tierra? ¿Por qué mi Dios no ha castigado a esta criatura rebelde, que hacía todo lo contrario de lo que Dios quería que hiciese? ¡Misericordia, Dios mío, misericordia!

Resolución: Decidíos pues. Cumplid vuestro deber. Y si no, temed la justa ira y la venganza de un Dios despreciado.

7.^a Meditación

EL PECADO

242. ¿A qué se expone el hombre que, sin tener en cuenta su fin, ya no sirve a Dios?

Los castigos del pecado; es el primer ejemplo: "*Videbam Satanam tanquam fulgur de coelo cadentem*: veía a Satanás que caía del Cielo como un rayo."

Habiendo declarado Dios, expresamente que quería que el hombre le adorase y le sirviese -*Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies*- se debe temer que castigará, con todo el rigor de su justicia, a quien se atreva a desobedecerle. Ved ahora, lo que hizo, en efecto, y en primer lugar, cómo castigó a los ángeles rebeldes. (Es éste un tema de meditación del tercer género, en el que, primero, hay que imaginarse las cosas que sucedieron y luego, hay que ponerse a examinar las circunstancias y, por último, hacer la aplicación del tema a su caso personal.)

243. Consideraciones: 1. Imaginaos a los ángeles precipitados de lo alto del Cielo. Hay una multitud innumerable. En medio de ellos, distinguid a Lucifer, el cabecilla de los rebeldes. Ved con qué celeridad cayeron de su trono, como si una mano poderosa los lanzase al abismo desde lo alto de los Cielos. Es el rayo que cae del Cielo -*tanquam fulgur*-. Esta sola palabra lo dice todo; expresa, a la vez, el fragor de la caída, la rapidez de la misma, la sorpresa y las consecuencias de este golpe tan terrible.

244. Ved ahora las circunstancias de este memorable acontecimiento.

1. ¿Quién es el objeto del mismo? Son ángeles, espíritus celestiales y superiores, incomparablemente más hermosos y más perfectos que los hombres, destinados a contemplar eternamente la majestad de Dios y a gozar de su dicha y de su gloria.

2. ¿Quién es el autor? Dios, nuestro Creador y nuestro Dueño; el mismo Dios que nos ha creado y a quien debemos servir; el ser infinitamente justo, bueno, sabio y todopoderoso.

3. ¿En qué consiste este suceso? En la mayor de todas las desgracias; en una desgracia irreparable: verse expulsados del Cielo, separados para siempre de Dios, perder toda su belleza y toda su felicidad, verse condenados a unos suplicios que no disminuyen y nunca acaban.

4. ¿Por qué Dios inflige a los ángeles este terrible castigo? Porque le han desobedecido; porque han dejado de reconocer su majestad suprema; en una palabra, porque han pecado. Y no habían pecado más que una vez; y era éste un pecado de pensamiento que no había durado más que un instante.

5. ¿De qué modo reciben el castigo estos ángeles rebeldes? De una manera súbita, inesperada; es como un rayo que los derriba; no han tenido ni siquiera un momento para reconocer su falta y arrepentirse de ella.

245. Comparad ahora aquel suceso con lo que estáis viendo:

Aquellos eran ángeles; en cambio, vosotros, no sois más que unos simples hombres. Aquel Dios que les fulmina es el mismo a quien vosotros habéis ofendido. Ellos no habían pecado más que una sola vez... mientras que vuestros pecados son más numerosos, tal vez, que los cabellos de vuestra cabeza. A ellos no se les dio la posibilidad de arrepentirse mientras que a vosotros os ha perdonado a menudo y os ha esperado durante mucho tiempo.

Oíd ahora esta advertencia terrible que, de parte de Dios, os transmite el Príncipe de los Apóstoles: "*Deus angelis peccantibus non pepercit*": Dios no ha perdonado a los ángeles que pecaron". De consiguiente, ¿qué hará con vosotros? ¿Qué podéis esperar? ¿Qué debéis temer?... Deteneos en estas consideraciones en la presencia de Dios.

Afectos: Penetraos de un justo sentimiento de temor a la vista de esta prueba, realmente espantosa de la severidad de Dios y de la venganza que toma de los rebeldes a su ley. Una eternidad de desgracias ¿Para eso os creó? Tampoco os creó para desobedecerle, sino para que le sirviérais. Indignaos, pues, pero sólo contra vosotros mismos y mezclad al temor y al arrepentimiento, el amor de un Dios que quería vuestra felicidad.

Resolución: Renunciad al pecado incluso al más leve. Guardad, como ramillete espiritual la advertencia del Apóstol: Dios no perdonó a los ángeles.

8.ª Meditación

CASTIGOS DEL PECADO

Ejemplo 2.º: Destierro y castigo de nuestros primeros padres

246. Ved a Adán y Eva perseguidos por un ángel, huyendo de prisa y dejando tras de sí aquel delicioso jardín -el Paraíso terrenal- caminando hacia un desierto estéril. Considerad luego:

1. Lo que son. Son los primeros seres humanos que Dios ha creado; son la obra de sus manos y la obra maestra de entre todas sus obras. Por consiguiente, son también el objeto de su afecto particular. Dios vivía familiarmente con ellos; se les aparecía y les hablaba; eran santos y felices.

2. Lo que les sucede. Son arrojados del Paraíso terrenal; pierden para siempre jamás la dicha de que gozaban en él. Vedlos ahora condenados a padecer necesidades, al trabajo, a las enfermedades, a los achaques y a la misma muerte; vedlos impotentes, presa de deseos imposibles, entregados a mil males a causa del desvarío de su espíritu y de su corazón; a las guerras, a las pestes y al hambre; a los dolores, lágrimas y remordimientos; a todas las calamidades que la raza humana ha sufrido. Todo procede de ahí.

247. 3. ¿Por qué les trata así? Es que habían cometido una falta, una sola. Seducidos por la adulación y el orgullo, y arrastrados por la curiosidad, habían olvidado la obediencia que debían a Dios cometiendo una transgresión a su mandamiento.

4. ¿Cuándo los castigó? En el mismo momento en que habían cometido la falta. En seguida la reconocieron y pronto vieron que era irreparable.

5. ¿Cuánto tiempo dura su castigo? Su vida entera -que fue de 900 años- y más allá aún de su vida, ya que se extiende a toda su raza, durando todavía y pesando sobre todos nosotros. Así lo quiso la justicia de Dios.

248. ¿Qué os dice ahora vuestra conciencia? ¿No habéis ofendido a ese mismo Dios a quien ofendieron ellos? ¿No tenéis que temer la misma justicia? O bien ¿creéis que vuestro Dios, tan inconstante como vosotros, no ve, hoy día al pecado, con los

mismos ojos con que lo vio entonces? ¿Os tiene más cariño que a los primeros hombres? Las ofensas que le habéis hecho ¿son menos lamentables o menos graves que aquéllas? ¿Es vuestra penitencia más sincera y más larga? ¿Con qué apoyo contáis? ¿Qué es lo que os hace tan temerarios que venís a despreciar la ira de Dios que va a venir?

Afectos: Confundíos ante Dios a la vista de vuestras iniquidades y de la enormidad de vuestra deuda. Temed abusar por más tiempo, de su misericordia. Determinaos a hacer todo lo posible para salir de vuestro pecado y expiarlo.

9.ª Meditación

CASTIGOS DEL PECADO

Tercer ejemplo: el Diluvio.

249. *"Delevit omnem substantiam quae erat supra terram, ab homine usque ad pecus, tam reptile, quam volucres coeli: Destruyó cuanto existía sobre el haz de la tierra, desde el hombre hasta los animales; desde el reptil hasta los pájaros del cielo."*

Imaginad aquel terrible cataclismo, efecto de la venganza de Dios. El cielo y la tierra quedaron desquiciados por él y los elementos, trastornados; todo lo tragaron las aguas que caían y que se desbordaban por todas partes. No sólo perecieron los culpables, sino también cuanto había contribuido a sus crímenes e incluso a su existencia. Ved a aquellos desgraciados, perseguidos por las aguas, incluso en la cima de los montes en donde habían buscado su último refugio; vedlos levantar en vano sus brazos al Cielo y muriendo constantemente en la espera de una muerte inevitable.

250. Consideraciones. 1. ¿Quién es la víctima de tal castigo? Todos los hombres, con la sola excepción de una sola familia. El número de los culpables era ya demasiado grande. Ninguno de los culpables pudo escapar; a ninguno se le perdonó. En vano agotaron todas sus iniciativas. Hubo, algunos, incluso, que recurrieron en vano a las lágrimas y a las oraciones. El Señor se manifestó inflexible; todo pereció, incluso los animales y las plantas. Es que Dios, -al exterminar cuanto había servido al pecado- quería darnos a entender todo el horror que le inspiraba.

2. ¿Por qué motivo hizo que perciesen todos los hombres? Es que todos eran culpables del delito de abandonarle a Él, viviendo

según sus sentidos y no buscando más que las satisfacciones de la carne.

3. ¿Cómo se ejecuta el castigo ordenado por Dios? De un modo, espantoso y violento; por una especie de rebelión de todos los elementos que se alzan en contra del hombre. Es una venganza patente cuya causa nadie podía ignorar y que dejará huellas imborrables en toda la superficie de la tierra desde los valles más profundos hasta la cima de las montañas más encumbradas. Dios quería dar a los hombres un grande y memorable ejemplo cuyo recuerdo no podrían nunca echar en olvido.

251. Y ahora, reflexionad sobre vosotros mismos. ¿No os habríais visto envueltos en el mismo desorden habiendo vivido como habéis vivido? Por lo menos, a la vista de este ejemplo, aprended lo que Dios ha querido enseñaros mediante él: que Dios no ve sin indignación y sin cólera que el hombre se desvíe de su fin, siguiendo los deseos de la carne y las malas inclinaciones de la naturaleza; que su paciencia tiene un término tras del cual explota su venganza; que tenéis que temer sin cesar el veros expuestos a tal venganza y que debéis volver a cumplir cuanto antes vuestro deber si de él os habéis apartado.

Afectos: Entrad en sentimientos de temor de Dios. Humillaos en su presencia y pedidle misericordia; creed que todavía es tiempo de lograrla: "*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me*: Señor, no me juzgues en medio de tu ira ni me castigues en medio de tu cólera."

Resolución. Tomad la resolución de trabajar constantemente por la expiación de vuestros pecados.

10.ª Meditación

CASTIGOS DEL PECADO

Cuarto ejemplo: Muerte de Cristo en la cruz

252. "*Attritus est propter scelera nostra*: Ha quedado triturado a causa de nuestros pecados."

Meditad en estas palabras. Ved a Cristo en el estado en que nos lo describen. Aprended la causa de ello y pedid a Dios, por último, que os haga comprender bien a qué se expone quien cae en el pecado.

Consideraciones. 1. *Attritus est.* Cristo fue triturado, maltratado y desgarrado. Con todo, estas palabras no expresan bien el estado deplorable a que quedó reducido nuestro divino Maestro. Miradlo, particularmente, en la cruz. Ved su cuerpo cubierto de sangre y de heridas; sus miembros lastimados y distendidos; sus manos, sus pies y su costado agujereados; su cabeza y su cabellera ensangrentadas, su rostro adorable manchado con sangre y esputos, cruzado por negras magulladuras y por las palideces lívidas de la muerte. Recordad ahora cuánto ha sufrido antes de haber llegado a este triste estado: tantas privaciones y fatigas, tantas penas interiores acompañadas de suspiros y lágrimas; tantas tentaciones, persecuciones y combates, y una agonía horrorosa, el sudor de sangre, las injurias, los ultrajes, el mal trato que le han dado los hombres más viles, el peso abrumador de una pesada cruz, la debilidad de una naturaleza próxima a expirar con todos los tormentos de un suplicio cruel, el abandono de los hombres y hasta del mismo Dios en el último momento de su vida. Ved todos estos males juntos acumulándose sobre una persona que, sin embargo, es inocente, divina predilecta de Dios; ved, considerad y procurad compenetraros profundamente de cuanto Jesús sufre y de la verdad de aquella palabra "*attritus est*: ha quedado triturado".

253. 2. *Propter scelera nostra.* Si Cristo es inocente, ¿por qué ha sido maltratado con tanta crueldad? Ved lo que nos enseña la fe: *Propter scelera nostra*: a causa de nuestras iniquidades. No podíamos dar una adecuada satisfacción a la justicia de Dios. Habríamos, sí, podido darnos la muerte; pero no habríamos podido resucitarnos. Por eso, Jesús se ofreció en nuestro lugar, cargando con nuestras iniquidades y se hizo nuestra víctima. Por eso, sobre Él descargó la ira de Dios. De este modo, pecador, puedes decir: "Esto es lo que yo he merecido". Cuando le colman de ultrajes, cuando le golpean, cuando los verdugos le arrastran camino del suplicio, tú puedes decir: "Esto es lo que yo he merecido." Cuando le abofetean, flagelan y crucifican, puedes decir: "Esto es lo que yo he merecido". Creedlo así firmemente. Mirad al crucifijo y, ante Él, ved lo que tenéis que pensar.

254. Afectos. ¡Oh Jesús, a quien veo en esta cruz, desgarrado, clavado, inmolado cruelmente! Esto es lo que yo he merecido. Los tormentos y la muerte de un Dios: es lo único que ha podido satisfacer por mis pecados. De consiguiente: ¿qué es el pecado? ¿Qué es lo que hice? ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Qué puedo

hacer después de haber pecado y de haber pecado tanto...? Arrojaos, con un profundo dolor, en el seno de la misericordia de Dios: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti*. Reconozcámoslo así con un vivo sentimiento de arrepentimiento y un deseo grande de volver a Dios. Si no estoy perdido, ¿no es por un defecto de la misericordia del Señor?

Resolución. Decidíos a hacer una seria penitencia.

11.^a Meditación: DEL INFIERNO

O DE LO QUE SUCEDE A QUIENES, DESPUES DE PECAR,
NO HACEN PENITENCIA EN ESTA VIDA

255. Consideración. La pérdida de Dios.

Ya habéis visto, merced a múltiples ejemplos, cómo Dios castiga, ya en este mundo, la trasgresión de sus leyes. Aprended ahora -o meditat de nuevo si ya lo sabéis- el que reserva, en la otra vida, a quienes después de haber pecado, no han hecho penitencia.

"Ite, maledicti in ignem aeternum: id, malditos, al fuego eterno."

Considerad, pesad y meditat, una tras otra, estas espantosas palabras: "ID". Dios les arroja de su presencia; les rechaza y les manda lejos de Él. ¿Qué es esto de verse alejado de la presencia de Dios? Tratad de imaginároslo, considerando lo que pierde y sufre esta desgraciada criatura al separarse de Dios.

1. Lo que pierde. No lo comprendemos aquí abajo; pero entonces, cuando el alma vea a Dios al descubierto y cuando ya no pueda menos de apreciar las cosas en lo que son y en lo que valen, entonces será muy distinto. Entonces el alma verá a Dios, su gloria, su grandeza, su belleza comprendiendo, con una sola mirada, la inmensidad de su ser, las maravillas de su poder y las dulzuras de su bondad. ¡Todo eso es lo que ha perdido! Tendrá ante sus ojos la felicidad eterna de los santos que nadan en delicias en el seno de Dios, su Creador, su Padre y su amor. ¡Todo eso es lo que ella ha perdido! Por último, cuando ya todas las ilusiones del mundo se hayan desvanecido, cuando ya no haya más que Dios y Dios lo sea todo, cuando oiga aquella palabra: "Ite: id", entonces verá que lo ha perdido todo.

256. 2. Pero daos cuenta de cuán dolorosa será esta pérdida. La ablación de un miembro no causa al cuerpo tanto dolor como esta separación causa al alma que se ve apartada de Dios para el cual estaba hecha. Desde que fue creada, esta alma tendía a volver a Dios como a su principio vital y como a su elemento. El cuerpo -al que estaba unida momentáneamente y que la tenía como encadenada a él- ya no la retiene. Pues bien: en este preciso momento en que Dios la atrae más fuertemente hacia sí, por su misma naturaleza, Dios, indignado, la rechaza con violencia.

¡Perder a Dios precisamente en el momento en que se le ve tal como es y en el que se ve que lo es todo...! Volved sobre este pensamiento.

Afectos. Procurad reanimar en vuestro corazón el amor de Dios. Cuanto más améis a Dios, más vivamente sentiréis qué dolor deberá producir su pérdida. ¡Oh soberana felicidad mía! ¡Oh mi dicha única! ¿Sería posible que, después de haber gemido por Vos en esta tierra llena de penas, trabajos y toda clase de males, me vea condenado a no gozar jamás de Vos?

Resolución. Decidíos a hacer cualquier sacrificio antes que exponeros a perder a Dios. Hacedlo hoy mismo si tenéis ocasión.

12.ª Meditación

TERCERA MEDITACION: EL FUEGO

257. Versará sobre aquella palabra: "*In ignem*: id al fuego".

Ved lo que es el infierno y qué tormento se prepara a quienes, habiéndose alejado de su fin al cometer el pecado, no han vuelto a Dios por la penitencia. El infierno es un fuego, y un fuego creado ex professo.

1. Es un fuego. De todos los agentes que pueden producir algún dolor, ninguno más violento que el fuego. En nuestras enfermedades, los sufrimientos más agudos son los que provienen de la inflamación de las regiones enfermas. El fuego no produce sus efectos sólo como el hierro, es decir, rasgando, sino que antes de rasgar, retuerce y atormenta cada fibra con una gran violencia; las divide, las desune y las desnaturaliza hasta convertirlas en ceniza. Su acción equivale a una verdadera destrucción, reuniendo, por consiguiente, toda clase de dolores. Por eso, los hombres no han inventado suplicio más cruel que el de quemar a un hombre vivo. Si

no os podéis forjar una remota idea de este espantoso tormento, preguntaos, por lo menos, si tendríais el valor de imitar a aquel santo que -para imaginarse mejor lo que no podía comprender de otro modo- metió su dedo en las brasas.

258. 2. Es un fuego que Dios ha creado ex professo: "*praeparatum diabolo et angelis ejus*: preparado para el diablo y para todos sus súbditos". Por eso estad seguros de que la mejor representación del fuego que conocéis aquí abajo no es más que una débil imagen del fuego del infierno. Es que este fuego actúa sobre el alma lo mismo que sobre el cuerpo y del mismo modo, es decir, sin destruirlos; de tal modo, que no sólo el dolor es más duradero, continuo y que crece siempre, sino que también se lo siente más viva y más intensamente.

El alma lo experimenta, a la vez, por mediación del cuerpo, como lo habría podido sufrir en este mundo, y por sí misma; este último dolor es incomparablemente más fuerte. Pero esto no es todo: podéis ver que no basta con decir que se siente más intensamente el dolor de un fuego devorador, ya que afecta a todos los sentidos y a todos los órganos; ninguna región del cuerpo queda libre de él, cada una de ellas sufre, a su manera, como si fuese la única y con el mayor grado de dolor de que es capaz.

Afectos. Pensad y medita, puesto que todavía os queda tiempo. Acercáos a aquella hoguera hasta que sus ardores os hagan retroceder y huir de ella para siempre. ¡Gran Dios! ¡Qué terrible es caer entre tus manos! Decidlo y entendedlo bien: *horrendum est incidere in manus Deis viventis!* ¡Qué penitencia, qué combate, qué violencia, qué sacrificio de los de aquí abajo no son mil veces preferibles! Sacad de ahí vuestras resoluciones.

13.^a Meditación

CUARTA MEDITACION: LA ETERNIDAD

259. Recordad ahora las últimas palabras de la terrible sentencia: "id, malditos, al fuego eterno: *in ignem aeternum*".

No es la primera vez que esta palabra "eternidad" llega a vuestros oídos ni, quizá, es tampoco la vez primera que la meditáis. Pero es tan importante, que no está de más el meditarla una vez más. Considerad, pues, como si fuese enteramente nueva y como si oyeráis hoy, por vez primera esta palabra que quiere decir: 1. Que

los suplicios del infierno no tienen fin. 2. Que tampoco tienen remedio.

260. 1. Una desgracia que no tiene fin... una gran desgracia sin fin... un suplicio cruel-como es el del fuego-sin fin... Procurad comprender bien esta situación, representáosla de un modo vivo, formándoos de ella una idea exacta y verdadera. Imaginad a un condenado en medio de las llamas que están devorándole sin consumirle y preguntaos ahora cuándo habrá acabado por fin de sufrir; preguntadle a él mismo cuándo habrá sufrido bastante. ¡Qué larga le parece una sola hora! ¡Cuánto más largo le parecerá un año, un siglo, varios siglos! ¿Qué pensará, pues, cuando pensando en un número prodigioso de siglos, vea aún delante de él la eternidad en toda su integridad? El desgraciado Caín lleva sufriendo desde hace cerca de 6.000 años; si derramara ahora una lágrima -y aunque sólo derramara la segunda dentro de otros 10.000 años, cuando hubiera derramado bastantes lágrimas con las que llenar el espacio que media entre la tierra y el sol-todavía entonces su eternidad no estaría más adelantada de lo que está ahora. ¿Qué sería de vosotros si, en este mismo instante, Dios os hiciese saber que ya no saldríais jamás del lugar en que ahora estáis? Imaginaos que, en este mismo lugar, sufrís sin cesar todas las clases de dolor.

261. 2. En segundo lugar, considerad que lo que es eterno, es también sin remedio. Aquí abajo, cuando nos abrumen los males, nos queda siempre la esperanza, por lo menos, la de la muerte. Pero el condenado a quien nada le queda ya sino Dios, si Dios le maldice ¿hacia quién se dirigirá? Sus fuerzas, su ingenio, sus talentos e incluso su genio y su poderío pasados, ya no le servirán de nada. Sus semejantes, sus amigos, sus parientes, no le servirán para nada. Los demonios le insultarán y Dios le rechazará. Ya no verá, en torno suyo, más que fuego y tormentos, manifestando su rabia y su desesperación en blasfemias inútiles. De todas partes, el infierno le responderá: "¡Eternidad!" Vosotros, los que todavía podéis libraros de ella, abrid los oídos, abrid vuestro corazón para oír aquella palabra terrible: "Penitencia", o si no, "¡el infierno por toda la eternidad!"

Afectos. ¿No es esto propio para espantar al pecador más empedernido? ¡Cuántos motivos tengo, Dios mío, para espantarme yo, que he pecado tanto y soy todavía tan imperfecto, débil y estoy tan incierto respecto al porvenir! ¡Dios mío! Si vuestro amor no

basta para unirme indefectiblemente a Vos, llenadme de vuestro temor y que éste penetre todo mi ser: *Confige timore tuo carnes meas.*

Resolución. Ved si os falta aún algún sacrificio por hacer para lograr vuestra salvación. Si así es, no vaciléis.

XI

1819. CHAMINADE (Autógrafas)

Proyecto de un plan de ejercicios

262. 1. Del fin que Dios pretende conseguir de aquellos a quienes llama al estado religioso. El fin que el religioso debe proponerse es , el mismo que Dios se ha propuesto. Ahora bien: el fin que Dios se ha propuesto es ser conocido, servido y amado perfectamente. No le ha sacado del mundo mediante una vocación especial, más que para que cumpla ese fin. Israelitas, sacados de Egipto... pueblo de Dios. La vocación es una gracia de predilección, de separación, de santificación y de predestinación. (Asselin.)

2. En qué consiste el amar y servir a Dios perfectamente. Caracteres del amor de Dios; no pueden llevarse a cabo perfectamente, de una manera segura, más que en el estado religioso.

3. El estado religioso es una alianza íntima con Dios. Tres elementos constituyen una alianza: la elección, el compromiso y la sociedad. Sociedad: derecho que tienen los religiosos a los tesoros de Dios y a Dios mismo. Derechos de Dios sobre el religioso: a que sea santo, irreprensible y a que sirva de modelo a los cristianos seculares.

263. 4. El estado religioso es de institución divina... Quienes están llamados a él, están también llamados a gozar de la dicha más perfecta de que se puede gozar en esta tierra, y en el Cielo del grado más alto de gloria... La vocación religiosa es uno de los secretos más consoladores de la predestinación... Felicidad prometida, dicha eterna, aunque también es verdad que no sabemos si somos dignos de amor o de odio; dicha que crece siempre a medida que se avanza en la perfección del estado religioso; dicha gozada por todos los buenos religiosos.

5. Pecado y desgracia de quien resiste a la vocación. Tentación y peligros de perder la vocación; pena y remordimientos del religioso cobarde que no tiende a la perfección.

6. Recapitulación: *Dominus elegisti hodie, etc.*

7. El estado religioso, verdadera preparación a la muerte: *Beatus ille servus quem cum venerit Dominus, etc.*

8. El Instituto de María, verdadera Orden religiosa. En él se añade a la alianza íntima con Dios, la alianza más estrecha con María: *Dominam elegisti ut sit tibi mater, et Domina elegit te ut sis el familia peculiaris.*

264. 9. El religioso debe cuidar cuanto es propio de su religión y no lo de las demás. La Iglesia de Cristo se compone de partes muy diversas y sin embargo muy unidas entre sí; es un ejército bien ordenado que combate victoriosamente bajo el estandarte de la cruz. Uno de los principales y más valerosos escuadrones de este ejército eclesiástico son las Ordenes religiosas. Combaten con tal fuerza, conquistando la virtud en la tierra que logran conquistar el Cielo por la violencia. Este santo escuadrón tiene diversas banderas y enseñas, ya que son diversas las religiones, pero van todas ellas guiadas por Cristo y dependen enteramente de Él, General de todo el ejército. Cada cual debe seguir hasta la muerte la bandera tras de la que se ha enrolado y ejercitarse en lo que es peculiar de su religión (Cap. 7; p. 34).

10. Muerte de un religioso, Hijo de María.

2.ª Parte: DE LOS VOTOS EN GENERAL

265. 11. Excelencia, importancia y utilidad de los tres votos. Son gloriosos ante Dios.

12. Qué conveniente es que los religiosos emitan los votos. La perfección religiosa consiste en la perfecta observancia de estos tres votos.

13. El religioso compareciendo ante el Tribunal de Dios.

14. Voto de pobreza: su naturaleza y obligaciones; ejemplos de Cristo, de los Apóstoles, etc. Los bienes de la Comunidad no son suyos, sino de Cristo. Los Superiores los emplean en nombre suyo y como tratándose de pobres...

15. Riquezas y grandeza de la pobreza. Dedicar una conferencia a las faltas que se pueden cometer contra el voto de pobreza.

266. 16. Voto de castidad. La concupiscencia de la carne nos arrastra a toda clase de desórdenes, desprecia todo bien y no se

sacia jamás. La misión de la castidad, hablando en general, es la de moderar y regular todos los apetitos sensuales según la recta razón, dando a cada grado de continencia lo que le conviene y nada más.

Grado 1.^o Continencia de los casados; 2.^o De las viudas; 3.^o De los célibes; 4.^o De los vírgenes. Su perfección consiste en un firme propósito no sólo de abstenerse de todo placer sensual, sino también en conservar para siempre la integridad virginal; 5.^o La continencia religiosa. Esta última ejerce tres excelentes oficios: 1, mantener su carne pura y virgen; 2, guardar los sentidos; 3, guardar la pureza de espíritu.

Cristo es tan celoso de la castidad que no toleró calumnia alguna a este respecto; es nuestro modelo. Cuidemos de no dar lugar sobre nosotros a influjo ninguno contrario.

17. Ventajas que trae la castidad religiosa. Conferencia 17.^a Peligros de perder la castidad (ibidem, c. 18). Medios que nos ayudan a conservar la castidad religiosa (ibidem, 19).

267. De la obediencia.

18. Divisa para la obediencia: "Déjate gobernar" en todo tiempo, hasta la muerte. Imposibilidad de guiarse a sí mismo. Sólo Cristo puede ser nuestro guía: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita dita sit, etc.; qui vos audit, me audit*. Lo que mandan los Superiores, lo manda Cristo. El voto de obediencia se hace realmente a Cristo representado por los Superiores a quienes ha revestido de su autoridad y que reciben algunas veces sin darse cuenta ellos mismos-las luces y gracias para guiar a quienes dirigen. Cualquiera que sea el Superior, se le debe idéntica obediencia. Que la imagen de Cristo sea de oro, de plata, de piedra o de papel, se le debe la misma reverencia.

268. ¿Qué es aún la obediencia? La tumba de la propia voluntad. Esta tumba es la voluntad del Superior. Antes de tomar la cruz de Cristo y seguirle, hay que renunciar a la voluntad propia. Esta renuncia a la propia voluntad es la muerte de la libertad de la voluntad; hay que hacerle exequias; hay que enterrarla...

19. La obediencia es agradable a Dios. Desobediencia de Adán. Obediencia de Abraham, de Cristo, etc. Excelencia y dignidad de la obediencia religiosa... Utilidades que la obediencia reporta al religioso.

20. Qué conveniente es que el religioso sea obediente. Conferencia.

Continuación del proyecto de Ejercicios a religiosos

269. 1.^{er} Grado de obediencia: la ejecución.

2.^o Grado: conformidad de la voluntad propia con la del Superior; hay que hacer suya la voluntad del Superior. Injertad la voluntad del superior en vuestra alma y después conservad cuidadosamente los brotes que surjan, que son el querer y el no querer del Superior. Este grado supone tres propiedades. Obediencia voluntaria, alegre y ferviente. Enemigo común de ellos: la repugnancia.

3.^{er} Grado de obediencia: este grado pide que el religioso estime y juzgue realmente mejor cuanto su Superior le ordena; que no tenga otra opinión ni otro juicio que el del Superior. Este grado tiene dos propiedades: 1.^a la sencillez; 2.^a la humildad, sin la cual, ni la obediencia, ni la castidad, ni la pobreza, pueden agradar a Cristo.

De la humildad.

21. La humildad ofrece tres coronas para honrar y recompensar a quienes la practican: la 1.^a que es la menor, es para quienes se creen interior y exteriormente dignos de desprecio. La 2.^a, que es más rica, para quienes soportan con paciencia el desprecio. La 3.^a, que es magnífica, para quienes quieren que les desprecien alegrándose de verse despreciados.

22. De la caridad del religioso para con su prójimo. Amar a su prójimo en Dios, por Dios y como Dios le ama.

270. 23. De la necesidad que el religioso tiene de la mortificación: *Regnum coelorum vim patitur et violenti rapiunt illud*. El religioso debe combatir, él solo, por tres: en cuanto hombre, en cuanto cristiano y en cuanto religioso. La mortificación no es otra cosa que una muerte espiritual, etc. La mortificación debe ser completa y universal, ya que el espíritu no entra en donde la sensualidad no está del todo mortificada. La mortificación que no persevera hasta la muerte pierde su recompensa. La mortificación

debe, no sólo cortar los retoños, sino también arrancar las raíces... Los arroyuelos se secan pronto cuando se agotan las fuentes.

271. 24. De la modestia religiosa. La modestia religiosa es una predicación muda, pero muy penetrante y eficaz. Produce dos maravillosos efectos: hace a los otros entrar dentro de sí mismos, imponiéndose a ellos y conteniéndoles. Impresiona también gratamente al corazón, llevando a los demás a la fe, a la devoción y a la imitación de sus virtudes.

Y nadie diga que Dios se contenta con que tengamos bien arreglado nuestro interior; con que tengamos un corazón recto y puro, etcétera. Nada de modestia farisaica ni afectada que forzosamente durará poco. Medio: caminar en la presencia de Dios.

25. De la virtud de la oración.

26. De la virtud de la perseverancia.

27. Del trabajo, o sea, de cómo el religioso debe huir de la ociosidad.

NOTA 1^a Ocho conferencias. La 1.^a, el estado religioso es de institución divina; 2.^a, 3.^a y 4.^a sobre los votos de pobreza, castidad y obediencia; 58 acerca de la oración; comparar lo que se dijo el año pasado con lo que se dice este año; fijar principios y métodos; 68 sobre los escrúpulos y la pureza de intención. Asselin; t. I, p. 283.

NOTA 2^a Ocho temas de meditaciones sobre los novísimos, para la noche, dados al final de la oración de la noche.

De la virtud de oración

272. Algunos autores antiguos dijeron y con verdad que la oración era un sacrificio hecho a Dios, un látigo para fustigar a Satanás y una gran ayuda y consuelo para el alma que reza.

Meditaciones de la noche

273. 1.^a La muerte es un decreto irrevocable.

2.^a Cómo prepararse a la muerte. Retiro... Carmelitas...

3.^a El espíritu de penitencia.

4.^a El Juicio Final.

5.^a El infierno.

6.^a El Cielo.

7.^a La severidad del Juicio Universal. Tomo I.

Entrada

274. "Renovamini"... Necesidad de renovarse: 1, aún en los estados más santos; 2, aún en las personas más perfectas...

Como las consideraciones de orden general no bastarán, habrá que descender al detalle de los deberes, compararlos con la conducta, etc., y tomar resoluciones, etc.

13º Ejercicio: La vida religiosa es una vida solitaria, interior y de oración, cuyo modelo es Jesucristo.

14º Ejercicio: La vida religiosa es una vida de silencio y de trabajo.

15º Ejercicio: Frutos de los Ejercicios.

Conferencias acerca de los Ejercicios de los religiosos

275. 1.^a Conferencia: El estado religioso es de institución divina.

2.^a Conferencia: Respuesta a las cuestiones siguientes:

¿Cómo puede uno saber si está llamado a la vida religiosa? Los obstáculos que se encuentran para adoptar un estado de vida, ¿no son una prueba de que uno no está llamado a ella o, por lo menos, no son una dispensa para seguirla? ¿No se puede llevar, estando en el mundo, la vida de los consejos evangélicos o vida religiosa, asegurando así la propia salvación?

ASSELIN:

276. **Entrada en Ejercicios Espirituales:** *Renovamini spiritu mentis vestrae* (Efes., 4).

1. ¿Qué es la profesión religiosa? Un segundo bautismo... La gracia de la vocación es una gracia de predilección, una gracia de

separación, una gracia de santificación, una gracia de predestinación.

2. Sobre los votos en general (p. 59): *Esto fidelis et dabo tibi coronam vitae* (Apoc., 4). Por los votos, ponemos en manos de Dios un dominio absoluto sobre nuestras personas: Ya no os pertenecéis a vosotros (I Cor. 6), "ya sois de Cristo"; le pertenecéis por estos tres conceptos: como discípulos, a título de herencia, en calidad de esposas. Hay que obedecer a Dios.

Glorias de la obediencia

277. 1. Considerando su objeto: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.*

2. Considerando su motivo: *Ut probetis quae sit voluntas Dei bona et beneplacens et perfecta* (Rom. 12).

Considerando su dueño: *Melior est obedientia quam victimae* (I Reg. 15).

4. Considerando su modelo: *Ecce venio; in capite.*

5. Considerando su triunfo: *Vir obediens loquetur victorias.*

FIN DEL INSTITUTO DE MARIA

278. Alcanzar la perfección y trabajar por la salvación de las almas... bajo la protección de la Santísima Virgen. Se logrará este fin sólo mediante una protección especial de la Santísima Virgen.

Principios del Instituto...

XII

1819. CHAMINADE (Autógrafas, bis)

Retiro de la octava de la Inmaculada Concepción

279. 1.^{er} Ejercicio. Apertura. *Ducam... et ad cor ejus loquar.*

Punto 1.^o Dicha del hombre a quien Dios habla, sobre todo cuando se digna hablarle al corazón. ¡Qué esperanzas!

Punto 2.^o Cuáles deben ser las disposiciones del corazón para que oiga la voz de Dios cuando Éste se digna hablarle.

280. 2.^o Ejercicio. Considerando el privilegio de una Concepción Inmaculada concedido a María, aprendamos a conocer: 1, el horror que Dios siente por el pecado; 2, la estima en que tiene a la gracia.

281. 3.^{er} Ejercicio. *Videte, vigilate, orate* (Marc. 13, 33). *Vos ergo, videte: ecce praedixi vobis omnia* (Marc. 13, 23). *De die autem illo vel de hora nemo scit, neque angeli in coelo, neque Filius, nisi Pater*: No tengáis curiosidad por saber todo esto; sería inútil: *Videte, vigilate et orate*. Verdades importantes: 1, en sí mismas; 2, por su certeza e infalibilidad.

282. 4.^o Ejercicio. *Videte ne quis vos seducat* (Mat. 24, 4) ; 1, multitud de seductores; 2, multitud de artificios que emplean; 3, multitud de los que quedan seducidos.

Videte ne turbemini; oportet haec fieri, sed nondum statim finis (Mat. 24, 6). Multitud de protectores, de gracias y medios... Multitud de protectores; historia de Eliseo, en Dotan, asediados por el ejército de Siria y diciendo a su siervo: *Noli timere; plures enim nobiscum sunt quam cum illis* (4 Reg. 6, 16).

283. NOTA acerca del primer ejercicio:

Punto 1.^o Dios me ha hablado a menudo al oído por medio de los predicadores; a los ojos por las Sagradas Escrituras y los buenos ejemplos, etc.; al espíritu, por la instrucción que he recibido acerca de las verdades de la religión; a la memoria, por el recuerdo; a la imaginación, etc.; a mi conciencia sobre todo. Pero hoy, habla a mi corazón: *Omnipotens sermo tuus...* Si así es, ¡qué esperanza! Conocimiento de mis destinos, temor y amor de Dios, etc.

Punto 2.^o Disposiciones de corazón para oír a Dios; poner en retiro su corazón. El retiro exterior no existe más que para favorecer el del corazón; que el corazón esté dispuesto a no escuchar más que a Dios y no a las pasiones, etc.

284. 5.^o Ejercicio. Necesidad de una pronta penitencia: *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis* (Luc. 13, 5). La justicia de Dios nos apremia a hacer penitencia: 1, por los efectos sensibles que nos muestra; 2, por los planes secretos que Cristo nos revela en la parábola de la higuera estéril (Luc. 13, 1-9).

Punto 1.^o Efectos: 1, son frecuentes; 2, son terribles; 3, son instructivos (Luc. 13, 1-5).

Punto 2.^o Parábola de la higuera estéril. Al aplicarnos esta parábola, encontraremos en ella seis motivos para hacer una pronta penitencia: 1, los beneficios con que Dios nos ha rodeado: *Arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua*; 2, nuestra ingratitud para con Dios: *Et venit quaerens fructum in illa et non invenit*; 3, paciencia del Señor con nosotros: *Dixit autem ad cultorem vineae: ecce anni tres sunt ex quo venio quaerens fructum in ficulnea hac et non invenio*; 4, la justicia de Dios: *Succide ergo illam: ut quid etiam terram occupat?*; 5, la misericordia de Dios: *At ille respondens, dicit illi: Domine, dimitte illam et hoc anno, usque dum fodiam circa illam et mittam stercora; et siquidem fecerit fructum*; quizá produzca fruto...; 6, último plazo de la paciencia de Dios: *Sin autem in futurum, succides eam* (Luc. 13).

285. 6.^o Ejercicio. Muerte de los tibios. Desgracia de tal muerte: *Quorum finis erit secundum opera eorum* (I Cor. 11, 15; Cf. cuaderno n.º 6, novísimos, p. 91).

División: Para tener una buena muerte, se precisa, de parte del Cielo, socorros abundantes y extraordinarios; de parte de los moribundos, disposiciones muy puras y generosas; en la muerte de los tibios, todo se puede temer; ya sea por parte del Cielo, ya de las disposiciones del moribundo.

NOTA: ¿Qué debe hacer quien reconozca que está en estado de tibieza? Seguir los consejos dados al obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum*, etc. (Apoc. 3, 18-22).

286. 7.^o Ejercicio. El estado de tibieza es insoportable al Señor: *Quia tepidus es*, etc. Dios no puede darse por satisfecho con servicios descuidados, compartidos, arbitrarios. La tibieza consiste

precisamente en esa negligencia, en ese compartir, en esa arbitrariedad que se ponen en el servicio que se pretende prestar a Dios...

Consecuencias terribles del estado de tibieza: privación de los dones del Espíritu Santo; pobreza, desnudez espiritual, etc.; ceguera, endurecimiento. De ahí, la necesidad del colirio o remedio que hay que aplicar sobre los ojos para aclarar la vista...; incertidumbre de la salvación, etc.

287. 8.º Ejercicio. Muerte de los justos; es una buena muerte: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus* (Ps. 115; Cf. cuaderno n.º 6, p. 78).

9.º Ejercicio. Muerte de los justos; es la buena muerte: *Beati mortui qui in Domini moriuntur* (Apoc. 14, 13; ver cuaderno ídem, página 67).

10.º Ejercicio. *Regnum coelorum vim patitur et violenti rapiunt illud* (Mat. 11). *A diebus Joannis*, etc... ¡Qué violencia no ha sufrido, al fundarse, la Iglesia, verdadero reino de los cielos! Es una figura de la violencia que el alma debe hacerse para lograr que se establezca en ella el reino de la gracia.

11.º Ejercicio. El pecador moribundo se ve emplazado ante el Tribunal del Soberano Juez *haec cum dixisset, voce magna clamavit: Lazare, veni foras* (Jn. 11, 43).

XIII

1819. CHAMINADE (Lalanne)

EJERCICIOS

1.^a Meditación

288. *Statutum est omnes homines semel mori.*

Punto 1.º Aceptar con sumisión la muerte porque somos hombres.

Punto 2.º Aceptarla con resignación, y en espíritu de penitencia porque somos pecadores.

Punto 3.º Aceptarla con alegría porque somos cristianos y debemos ver a la muerte con los ojos de la fe.

Punto 4.º Servirnos del pensamiento de la muerte natural para realizar, cada día, la muerte espiritual del hombre viejo a la que estamos obligados como religiosos.

2.^a Meditación

289. *Notum fac Domine mihi finem meum.*

¿Cuál es el fin del religioso? El mismo que Dios ha asignado al hombre: conocer a Dios, amarle y servirle perfectamente.

Punto 1.º Las características del perfecto amor de Dios son estas tres: Los servicios que nos hace prestar al Dueño supremo no son ni negligentes, ni compartidos, ni arbitrarios, sino llenos de fervor, exactos y tan cabales como sea posible, dirigidos a solo Dios y conformes al deseo y a la voluntad de Aquel a quien servimos (Dios no quiere un corazón partido; el mundo sí que lo acepta; es la verdadera y la falsa madre del juicio de Salomón).

Punto 2.º Ahora bien: sólo en el estado religioso se puede servir a Dios con estas características y amarle perfectamente.

3.^a Meditación

290. *Gaudete et exultate; nomina vestra scripta sunt in coelis.*

La gracia de la vocación a la vida religiosa se distingue por tres caracteres que deben excitar vivamente nuestro agradecimiento:

1. Gracia de predilección. Hemos sido elegidos entre muchos.

2. Gracia de separación. Si la soledad nuestra no es total, lo menos lo es en el corazón y en nuestra unión recíproca, lo cual en esta tierra de pecado, es una gran gracia.

3. Gracia de santificación merced a los numerosos y grandes medios de santificación que en la religión nos son familiares.

4. Gracia de predestinación, en cierto modo, cosa que se deduce de los demás caracteres. ¡Qué desgracia si fuésemos infieles a ella!

4.ª Meditación

291. *Anima mea in manibus meis semper.*

Antes de poner nuestra alma en manos del Señor, tengámosla primero en las nuestras; preparémonos de un modo eficaz a la, muerte, cosa que podemos hacer de tres maneras: 1.ª por el pensamiento profundo de la muerte vista a la luz de la fe; 2.ª por el ejercicio de nuestras buenas obras; 3.ª por una ferviente oración.

5.ª Meditación

292. *Dilectus meus mihi et ego illi.*

Estas mismas palabras las podemos aplicar también a Dios en virtud de la alianza que hemos contraído con Él mediante la profesión religiosa, ya sea que en tal alianza consideremos la elección, ya el compromiso o la sociedad.

Punto 1.º Hemos elegido a Dios; sólo queremos a Dios a quien hemos sacrificado todo. Aquello que Dios dijo a Abraham, nos lo dice también a nosotros: *Ego ero merces tua magna nimis*. Pero tal cosa sólo se verifica si nuestro sacrificio ha sido tan íntegro como el de Abraham.

Punto 2º Nos hemos comprometido con Dios, mediante un compromiso solemne en cierto modo y perpetuo. Por esto concebimos la esperanza de que compareceremos al Juicio de Dios rodeados de testigos que certificarán el hecho de que nos comprometimos con Dios y para siempre. Este compromiso al

extenderse más allá de la vida, es más indisoluble que el del matrimonio.

Punto 3.º Formamos una sociedad con Dios. Si le hemos transferido nuestros derechos en cuanto estaba de nuestra parte-sobre nuestras personas y sobre nuestros bienes, Dios nos promete hacernos participantes de sus tesoros, de la vida eterna y de Él mismo.

6.a Meditación

293. Dilectus meus mihi et ego illi.

Consideremos, más en particular, la alianza que, en la vida religiosa, contraemos con Dios desde el punto de vista de lo que Dios hace con respecto a nosotros:

1. Dios nos escoge; nos ha prevenido desde toda eternidad. ¿Qué éramos para que nos escogiera? ¿Lo habíamos merecido? Al revés: ¿no éramos indignos de que nos escogiera?

2. Dios hace un contrato con nosotros. Una de las cláusulas de tal contrato es la de que nos dará todas las gracias y fuerzas necesarias para llevar a cabo los compromisos que contraemos con Él. Así, pues, ¿qué tememos?

3. Dios forma una sociedad con nosotros; se nos da; llegamos a ser criaturas suyas, pudiendo, por consiguiente, decir: *Dominus possessio mea.*

7.a Meditación

294. Oportet nos manifestara ante tribunal Christi.

El Juicio-ya sea universal, ya sea particular-debe excitar en toda alma religiosa: 1, el temor, ya que es severo, justo y sin apelación; 2, el celo a fin de hacerlo favorable; 3, el consuelo, si somos fieles en seguir las vías de la abnegación y de la penitencia.

8.a Meditación

295. Benedic anima mea Dominum.

Demos gracias a Dios por el gran beneficio que nos ha hecho llamándonos a la vida religiosa. Pero para conocer la magnitud de

este beneficio, veamos cuál es la excelencia de la profesión religiosa.

Punto 1.^o La profesión religiosa produce los mismos efectos que el bautismo: obtiene la remisión de todos los pecados y las penas debidas por esos pecados, ya que es un efecto de la caridad perfecta.

Punto 2.^o La profesión religiosa tiene el mismo mérito ante Dios que el martirio, ya sea porque-como el martirio-es un acto de caridad perfecta, ya sea porque la práctica de los tres votos es un verdadero martirio espiritual.

9.^a Meditación

Recapitulación de las anteriores

10.^a Meditación

296. *Egredere; quid times? Egredere, anima mea; quid dubitas.* (San Hilarión.)

El pensamiento del Juicio Final-que debe llenar de estupor a los cristianos infieles, sobre todo a los religiosos infieles-es un motivo de consuelo y de alegría para los fieles, sobre todo para los religiosos.

Cinco son las circunstancias que hacen al Juicio Final terrible para los unos y consolador para los otros:

1. Lo más verdadero de todo es que nadie tendrá que poner reparos a la sentencia.

2. Libertad total, sin ningún miramiento ni para el rango, ni para la ciencia, ni para la consideración de que el culpable haya gozado entre los hombres.

3. Sinceridad. Se reprocharán las faltas sin el menor reparo y sin ninguna de esas vueltas que se podrían tomar para lograr una acusación menos penosa.

4. Severidad. Nada se omitirá. Todo se contará, incluso las palabras inútiles *etiam de verbo otioso...*

5. Unanimidad. Todos los testigos del proceso pronunciarán la sentencia al mismo tiempo que el juez y el universo entero depondrá en contra de los pecadores.

11.ª Meditación

297. *Jugum enim meum suave est et onus meum leve.*

1. Lo que el Señor llama su "yugo" son sus leyes y los deberes que imponen.

2. Los deberes que impone la Ley del Señor son una carga ligera. Aunque no fuera más que por el hecho de que el mismo Cristo lo ha declarado; así es, aunque se tomen esos deberes en toda su extensión. Es fácil darse cuenta de ello. La carga del Señor es dulce porque lo que, más frecuentemente, ocasiona nuestras penas y turbaciones, es la rebeldía existente entre nuestros sentidos y nuestra razón, unida a la rebelión de esta misma razón contra Dios. Ahora bien: la Ley de Dios previene tales turbaciones poniendo, dentro de nosotros, cada cosa en su sitio. Pero el elemento básico de la dulzura de la Ley de Dios es la gracia que Dios da a quienes la practican, gracia que se la hace amar.

3. Cuanto más pesada es la carga del Señor, más dulce es también. Cuanto más fielmente lleve un religioso el yugo del Señor, ni alegría y felicidad tendrá.

12.ª Meditación

298. *Elegisti Dominum ut sit Deus tuus; Dominus elegit te ut sis illi populus peculiaris* (Deuter. 26, 17-18).

Es lo que Moisés decía al pueblo de Israel acerca de la alianza que Dios había contraído con él. Es también lo que podría decirnos a nosotros. Si estamos aliados con Dios ¿no lo estamos también con María? Y si así es, ¿por qué no aplicar estas palabras a esta alianza? *Elegistis eam ut sit vobis mater et illa elegit vos ut sitis illi familia peculiaris.* Consideremos esta alianza en sus tres aspectos: la elección, el compromiso y la sociedad que entraña, ya sea de parte nuestra, ya de parte de la Augusta María.

299. Punto 1.⁰ De parte nuestra: 1. Hemos escogido por Madre a María. ¿Podía, acaso, ser nuestra elección más razonable y mejor fundada? ¿Acaso podíamos escoger una madre más

poderosa, más tierna, una Madre más realmente madre? 2. ¿A qué nos hemos comprometido con María? A cuanto un hijo debe sentir y hacer para con una buena madre: a amarla, respetarla, obedecerla y asistirle. ¡Oh! Sobre todo, nos hemos obligado a este último efecto de nuestro amor filial: a la asistencia, a la benevolencia activa; nos hemos comprometido a publicar el nombre de María y a hacerla honrar en todas partes. 3. Constituimos sociedad con María; es decir, que adquirimos derechos sobre sus méritos, sobre sus oraciones, sobre su protección, sobre su gloria y sobre cuanto recibió de la liberalidad sin límites de su Hijo.

300. Punto 2.^o María se alía con nosotros: 1. Nos escoge a nosotros entre muchos para que constituyamos su familia y sus hijos queridos. ¿Qué hemos hecho para merecerlo? 2. Contrae compromisos con nosotros. ¿Qué compromisos? Los de una madre: compromiso de amarnos, ayudarnos en nuestras necesidades y defendernos. 3. María entra en sociedad con nosotros; es decir, entra en participación de todos nuestros bienes. Es, pues, un hecho: todo cuanto podemos está al servicio de María. Nos hemos dado a María con todos nuestros bienes y con todas las facultades de nuestro ser. Que María haga de nosotros lo que le plazca para la mayor gloria de su Hijo.

13.^a Meditación

301. *Ubi vermis non moritur et ignis non extinguitur.*

El gusano roedor y el fuego: son los dos tormentos que, según la palabra de Cristo, prepara el Señor a los siervos malos e infieles, en el infierno.

Punto 1.0 El gusano roedor simboliza la pena de haber perdido a Dios. Entonces sentiremos toda la magnitud de tal pérdida. Entonces, cuando hayamos conocido a Dios, cuando le hayamos visto en el último momento, nuestra alma, libre ya de las envolturas del cuerpo, tenderá, con toda la fuerza de su naturaleza, a unirse con Él; pero se verá rechazada por una fuerza superior. Tal gusano roedor no morirá jamás. El pesar por haber perdido a Dios será eterno, porque su pérdida es eterna y, como al mismo tiempo es infinita, tal pena se renovará siempre. Aquel gusano roedor renacerá incesantemente o, más bien, nunca morirá: *Vermis eorum non moritur.*

14.^a Meditación

302. *Qui vos audit, Me audit.*

Quizá nunca hemos llegado a comprender bien la excelencia, la dignidad de la obediencia y la gloria que supone. Para forjarnos de ella una idea suficiente, hay que considerar en la obediencia el objeto, el motivo, los méritos, el modelo y la gloria.

1. El objeto de la obediencia es Dios. Si nos preguntan cuál es nuestro Amo, no nombraremos a un hombre, sino que diremos: "Es Dios."

2. ¿Por qué motivo obedecemos? Para procurar la gloria de Dios y tributarle el homenaje más digno de que somos capaces mediante el sacrificio de nuestra voluntad.

3. El Señor no se deja vencer en generosidad. Por consiguiente, remunerará y recompensará con largueza nuestros sacrificios. Todos los actos de obediencia que practicamos son meritorios para la vida eterna. Merced al voto de obediencia, todas nuestras acciones, incluso las más indiferentes-por lo mismo que están en la línea de la regla-, son actos de obediencia.

303. 4. Al obedecer, imitamos a Jesucristo, quien vino a la tierra por obediencia y para practicar en ella la obediencia hasta la muerte. Este solo motivo ennoblece la obediencia, haciéndola deseable y amable.

5. *Vir obediens loquetur victorias.* Si nos mantenemos unidos; a Dios, todo cuanto se había rebelado contra nosotros en el orden de la naturaleza, tornará a su dependencia y así reinaremos sobre nuestras pasiones, teniendo, sobre el demonio y sobre el mundo un dominio proporcionado a la perfección de nuestra obediencia. Esas son las promesas que hace el Espíritu de Dios al hombre obediente: *Vir obediens.*

15.^a Meditación (Cf. Asselin, t. I, p. 194)

304. *Veni, ostendam tibi sponsam.*

La castidad hace al alma esposa del Espíritu Santo, esposa de Cristo. Esta esposa está adornada de preciosos adornos que la hacen amable.

1. Semejanza con Dios. Dios es espíritu. La castidad hace a los hombres espíritus, ya que les hace vivir, en el cuerpo, como si no lo tuvieran.

2. Facilidad para lograr la salvación. ¡Con cuánta facilidad se ocupa uno de las cosas del Cielo y de cuanto afecta a Dios cuando se está desprendido de los lazos de la carne!

3. Unión con Dios. ¡Con qué gusto se une Dios a un alma casta y qué facilidad adquiere ésta para mantenerse constantemente en su presencia!

4. Paz del alma. ¿Acaso se puede encontrar la paz del alma en la turbación que ocasionan las pasiones o en medio de la ebullición de la concupiscencia?

305. 5. Derecho a todos los dones del Espíritu Santo. ¿Podría el esposo rehusar algo a una esposa tan querida? Por eso comprobamos que las almas castas nadan en la abundancia de delicias espirituales, tienen las riquezas de la gracia y reciben de parte de Dios los favores más distinguidos.

6. Dulzura y prioridad del amor. Uno de los dones que Dios otorga a las almas castas es el amarle tiernamente y gustar los consuelos del amor.

7. La prenda de la resurrección gloriosa. Nada hace a nuestros cuerpos más semejantes al de Cristo resucitado, que la castidad.

16.^a Mediación

306. *Timete eum qui potest animam et corpus perdere in gehenam.*

No temamos sentir el terror de las penas del infierno y meditar sobre el fuego eterno, porque este temor es: 1.^o Saludable. 2.^o Justo.

1. Saludable. El temor del infierno nos da a conocer la enormidad del pecado, haciendo que lo detestemos, dándonos también una alta idea de Dios, de su justicia y de su poder. ¿Qué ha impulsado al salmista a exclamar: *Initium sapientiae timor Domini?*

2. Justo. ¿Hay algo más justo y razonable que temer un mal tan grande y eterno?

17.ª Meditación

307. *Fili! Accedens ad servitutem Dei, sta in timore, ambula in justitia et praepara animam tuam ad tentationem* (Eccli. 2, 1)

Punto 1.º Todos cuantos quieren sinceramente darse a Dios deben temer la tentación, que arreciará tanto más cuanto más se entreguen al Señor. Todos los santos se han visto tentados. Debemos, pues, esperar la tentación. Si seguimos el consejo del Espíritu Santo, habrá que prepararse a ella.

Punto 2.º ¿Cómo prepararemos nuestra alma a la tentación? Sobre todo, aprendiendo a descubrirla y, para eso, a conocerla. Hay dos clases de tentaciones-pudiéndose también reducir a ambas las diferentes maneras cómo actúa el demonio-: por astucia y por la fuerza. Una vez descubierta la tentación del demonio, hay que combatirla: 1, no discutiendo con el demonio, sino dándole un mentís directo y absoluto como a padre de la mentira que es; 2, abrir su corazón, acerca de la tentación, a un superior por poco larga y terca que sea la tentación.

18.ª Meditación

308. *Divites eguerunt et esurierunt, pauperes divitiis saturati sunt.*

Sólo en el estado religioso encuentran su explicación estas palabras enigmáticas y, al parecer, paradójicas; sólo en el estado religioso se ve la justicia y la verdad de las mismas. Con los ojos de la fe-que son los que alumbran al religioso-se percibe que los ricos son pobres hasta la miseria, mientras que los pobres son ricos hasta la opulencia.

Punto 1.º Los ricos son pobres. En efecto, a los ojos de la fe, ¿qué son todas las riquezas de este mundo? ¡Qué efímeras y vanas son! ¡Qué dignos de compasión son quienes en ellas ponen su confianza !

Punto 2.º Los pobres son ricos. ¡Cuántos bienes se prometen a la pobreza evangélica! *En verdad os digo* -dice el Señor-, *que cuantos lo habéis dejado todo para ir en mi seguimiento, os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel y recibiréis el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro.*

309. 1. "Juzgar a las doce tribus de Israel... sentarse sobre doce tronos..." ¡qué dignidad! ¡Qué elevación! ¡Jamás las riquezas terrenas elevarán a sus poseedores a tanta grandeza!

2. El céntuplo en este mundo. Aunque tal ocurre ordinariamente en lo tocante a las mismas cosas temporales, sin embargo, no hay que entenderlo en el sentido burdo de tales cosas, sino el céntuplo en riquezas espirituales, en dones de gracia.

3. La vida eterna en el otro. Cristo la promete a todos los cristianos; pero, particularmente, a los religiosos; se la asegura y se la da en propiedad. Es lo que se deduce más evidentemente aún de aquellas otras palabras del Santo Evangelio: *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum coelorum.*

19.^a Meditación

310. *Oculi non viderunt, neque aures audierunt nec in cor hominis ascendit quod Deus amicis suis parat* (Ad sensum, San Pablo).

La dicha que Dios prepara a sus escogidos supera a toda expresión y a toda concepción humana. Tal dicha consiste en dos cosas, ambas en grado infinito: ver a Dios y amar a Dios.

Punto 1.^o Ver a Dios en el orden de la naturaleza. Cada una de las criaturas lleva la impronta de algún atributo de Dios; ahora bien: entonces conoceremos todas las criaturas. Ver a Dios en el orden de la religión: las tinieblas de la fe ya no cubrirán los misterios, sino que veremos las cosas de Dios en toda su belleza. Ver a Dios en sí mismo... ¿quién puede dudar de que ver a Dios en sí mismo es gozo inefable?

Punto 2.^o Amar a Dios. Amaremos a Dios de un modo necesario. Ese amor de Dios constituirá nuestra felicidad ya que Dios es nuestro fin y no encontraremos la felicidad más que cuando hayamos llegado al fin para el que fuimos creados, fin al que tendemos necesariamente. Pero cuando alcancemos aquel fin, habremos llegado también al descanso, a la paz y a la felicidad.

20.^a Meditación

311. *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde.*

La humildad es necesaria a todos los discípulos de Cristo; pero es más indispensable al religioso, ya miremos al fin del estado religioso, a ese estado en sí mismo o a las prácticas que se usan en la vida religiosa.

1. El fin del estado religioso es la perfección, siendo la humildad el fundamento necesario de las virtudes, su guardián y su raíz. En el hueco de la humildad es donde hay que colocar la piedra de la fe, esta "piedra angular" de que habla el Apóstol.

312. 2. El mismo estado religioso es un estado de humildad, ya sea en relación con el cuerpo, ya sea respecto al espíritu, o del corazón. Es estado de humildad en cuanto al cuerpo ya que hay que despojarle de todo lo superfluo y de puro adorno, con el exterior de la modestia y de la pobreza. Respecto al espíritu, hay que mantenerse siempre en una disposición de renuncia a sus propias luces, Por la que hace al corazón, hay que excluir del mismo todo afecto a las distinciones y a la gloria para no conservar más que el afecto de la gloria de Dios.

3. Las prácticas. Aquí entran el dar cuenta al superior de todas sus debilidades, el consentimiento tácito en que le adviertan de sus defectos y se los comuniquen al superior, el ejercicio de la culpa, el ejercicio continuo de la obediencia, sobre todo de la activa, la cual exige que no se haga nada sin previo permiso.

21.^a Meditación

313. *Fac secundum exemplar quod tibi monstratum est in monte (Ad sensum).*

El ejemplo y modelo que nos presentan en la montaña y que hay que seguir, es Cristo. Sobre la vida de Cristo debemos modelar la nuestra los religiosos. Ahora bien: la vida de Cristo fue:

1. Una vida solitaria. Permaneció en la oscuridad hasta los 30 años, hasta el momento en que la voluntad de su Padre le sacó del, retiro. En el transcurso mismo de su vida pública, invitaba a menudo a sus discípulos a que se retiraran con Él al desierto.

2. Una vida interior. Por muy ocupado que pareciera estar en las cosas exteriores, Jesucristo conversaba interiormente con el Padre. Todas sus acciones y palabras procedían de sus sentimientos interiores.

3. Una vida de oración. Aunque Cristo mantenía su espíritu elevado hacia su Padre, hablando con Él continuamente, sin embargo, dedicaba algunos ratos a la oración. En el Evangelio se dice que en esta oración transcurría la noche: *erat pernoctans in oratione Dei*. "Fac ut exemplum."

22.ª Meditación

314. *In silentio et pace erit fortitudo vestra (Ad sensum). Labores manuum tuarum quia manducabis (Ps. 127).*

La vida de un religioso debe ser una vida de silencio y de trabajo.

Silencio. Lo entendemos en el sentido de todas las potencias de nuestra alma. Es la salvaguardia del recogimiento. Sin amor del silencio y sin silencio no hay verdadero religioso.

Trabajo. Que nadie se exima de él, incluido el trabajo manual. Que el dedicado a estudios tome el descanso de su espíritu mediante el trabajo corporal; es necesario; así cumpliremos la ley dada por el Creador y del que no eximió a nadie: *labore manuum tuarum*, etc.

23.ª Meditación

22 de octubre de 1819

Exhortación antes de la emisión y la renovación de los votos

315. *Memento Israel et non obliviscaris: hodie elegisti Dominum ut sit tibi Deus; hodie elegit te Dominus ut sis illi populus peculiaris (moisés).*

¿En qué otra circunstancia y a qué otras personas podrían aplicarse mejor estas palabras que a este momento y a vosotros? Vais a escoger por Señor a vuestro Dios y el Señor os va a adoptar por pueblo suyo. Admirad, pues, la bondad de Dios. A Él pertenecemos; necesariamente es nuestro Dueño y no podríamos

hacer nada para salir de su poder y su dominio. Sin embargo, para aumentar nuestra dicha, a la vez que aumentan nuestros méritos, quiere, por decirlo así, olvidar cuáles son sus derechos, nos devuelve a nosotros mismos dejándonos libres; quiere que le escojamos por Dueño, por un movimiento libre de nuestra voluntad y por un impulso de nuestro amor.

316. Y aún así, Él es quien nos ha escogido el primero: *Elegit te Dominus*. Dios llama a todos los hombres a la santidad de vida. Todos los cristianos son colocados por su Providencia divina en cierto orden de perfección; pero entre un gran número, el Señor nos ha escogido de un modo particular ha querido formarse un pueblo que sea su pueblo y que sirva de testimonio, ante el mundo, por la práctica, de la excelencia de la fe. Por eso, a quienes elija los colocará sobre tronos en el día del Juicio Universal, para juzgar a las naciones. La palabra del Señor a este respecto es bien clara: Todos vosotros, los que habéis dejado, para venir en mi seguimiento, tierras, padres, hermanos, etc., juzgaréis a las doce tribus de Israel, sentados en sendos tronos. Ahora bien: ¿cómo podríamos juzgar a las tribus de Israel si no estuviésemos exentos de reproches? Por eso, el Señor nos advierte por medio del Apóstol, que hemos sido elegidos para ser santos, sin tacha y sin reproche: *Elegit nos ut essemus sancti immaculati*. Pongamos, pues, en ello mucho cuidado; no se trata de adquirir una virtud ordinaria, sino una virtud perfecta, una santidad irreprochable.

317. Pero también nosotros hemos elegido al Señor para que sea nuestro Dios y también para testimoniar que, en verdad, escogemos al Señor, no queremos más que a Él y renunciamos a todo por Él: *Dominus possessio mea et haereditas mea*. Sólo el religioso podrá tributar tan delicioso homenaje al Señor. Tal es el sentir de San Bernardo y de varios otros Padres de la Iglesia. Renunciamos a todo: a todos los bienes terrenos: *Dominus possessio mea*; a todos los honores del mundo, para abrazar un estado de humildad: *Dominus possessio mea*. Incluso llegamos a renunciar a nuestro propio juicio... Entonces sí que podremos decir con San Francisco de Asís: *Deus meus et omnia*.

Sin duda alguna, grandes son las obligaciones que vamos a traer y penosas a la naturaleza; pero no temamos; somos del Señor Él es fiel y nos ayudará mediante su gracia. Acercaos, pues, con con fianza y prometed a Dios cuanto tenéis en el corazón.

24.^a Meditación

318. *Juravi et statui custodire judicia justitiae tuae.*

Bien podemos decirlo al final de estos Ejercicios: hemos jurado guardar la justicia del Señor. A ello estamos bien resueltos; pero ¿a eso sólo se limitará nuestro fervor? ¿No debemos obrar de tal modo que conservemos los frutos de estos Ejercicios? Debemos, sí, guardarlos, tanto respecto a las luces que hemos recibido como a los sentimientos que hemos tenido y a las resoluciones que hemos tomado.

1. Luces recibidas. Hemos visto la verdad; nos ha impresionado- y convencido. ¿Por qué no volver a ponerla a menudo ante nuestros ojos? Dentro de un mes, de dos meses, quizá el espíritu de la mentira nos hará ver las cosas de un modo totalmente distinto. ¿Por qué no recordar entonces las verdades que aquí hemos visto? Siendo las mismas circunstancias, esta verdad no ha cambiado. Lo que hoy es verdad, también lo será siempre.

319. 2. Los sentimientos que nos han conmovido. Aun en el supuesto de que no hubiésemos experimentado más que uno solo de tales sentimientos sobrenaturales, que impulsan al alma a la compunción y al amor, ya sería una gracia de Dios y una prueba de que Dios quiere nuestra santificación. Sería una gracia de Dios que no habría que echar en saco roto, ya que una gracia de Dios es un tesoro del que tendremos que dar, algún día, una terrible cuenta.

3. Las resoluciones que hemos tomado. Apenas hay Ejercicios en los que no se toman enérgicas resoluciones. Todos las hemos tomado; pero ¡qué pocos son los que las observan! ¿Y nos extrañamos después de esto, de que no avancemos, de que volvamos a caer en las imperfecciones y en la tibieza en lugar de crecer de día en día en méritos y en virtudes? Ea, pues, renovemos las luces que hemos recibido, los sentimientos que hemos tenido y las resoluciones que hemos tomado. Guardémoslas y que a los próximos Ejercicios lleguen aún vivas.

25.^a Meditación

Credo in vitam aeternam

320. Basta esto solo, -la fe en la vida eterna- para que broten en nuestra alma los sentimientos más saludables, principalmente, el sentimiento de desprendimiento del mundo, la paciencia en medio de los trabajos, el celo de la virtud.

1. El desprendimiento del mundo. Creemos en bienes infinitos, en una gloria eterna y en placeres inefables que nos esperan y que Dios nos reserva. En comparación de todo esto, ¡qué despreciables son los demás bienes, los honores y placeres del mundo! ¡Qué fácil le es desprenderse de ellos a quien tiene esta fe!

321. 2. La paciencia en los males. Creemos en la vida eterna. Por muchos males que suframos -ya nos vengan enviados por la Providencia, ya nos vengan de las santas privaciones o de los dolores saludables hijos de la penitencia- los sufrimos con paciencia y con alegría, pensando que no hacen más que pasar y creyendo en la vida eterna.

3. El celo por la virtud. ¿No hay para nosotros una recompensa eterna y unos bienes infinitos que son el premio de la virtud? ¿Y seríamos cobardes para practicarla? ¿Piensan así, en sus negocios temporales, los partidarios de los bienes de este mundo?

Creemos en la vida eterna. Estemos atentos para mantener despierta nuestra fe en las grandes verdades de la salvación. Así es como correremos por los caminos de Dios y nada podrá detenernos.

XIV

1820. CHAMINADE (J. B^a Bidon)

1.^a Meditación

PRIMERA CARACTERISTICA DEL ESTADO RELIGIOSO: SEPARACION DEL MUNDO

322. *"Nostra autem conversatio in coelis est: vivimos ya en el Cielo (San Pablo).*

Punto 1.º Nos hemos separado ya del mundo merced a la gracia de la vocación al cristianismo por el bautismo. Así es como nos hemos incorporado a Cristo el cual nos asegura, en el santo Evangelio, que no es de este mundo y que ha lanzado sus anatemas contra el mundo. Entremos, pues, en estos sentimientos, diciendo como Jesús: Yo no soy de este mundo, renuncio a las máximas del mundo, a los usos y costumbres del mundo con el fin de unirme a Jesucristo, único por quien nos viene la salvación.

Punto 2.º Hemos quedado aún más separados del mundo, de un modo más especial, por nuestra vocación al estado religioso que es una gracia singular y gracia de predilección. Merced a ella, en efecto, nos hemos separado efectivamente del mundo, para poder adquirir así ese carácter singular que distingue a los discípulos de Jesucristo de la gente del mundo (que han recibido este carácter de separación que distingue a los verdaderos cristianos del mundo).

323. Punto 3º Pero esta gracia será inútil si no correspondemos a ella. Más aún: será un motivo de condenación si no vivimos conforme a lo que nos exige. Pensemos que, si queremos tener derecho a la felicidad eterna como los que ya gozan de ella, tenemos que hacer como ellos: no contentarnos con separarnos físicamente de este mundo, sino también hacer de este mismo mundo un objeto de temor, horror y desprecio como San Pablo hacía por su parte: Estoy crucificado al mundo y el mundo está crucificado para mí. Procuremos poner en práctica estos sentimientos y así tomaremos parte, algún día, en la gloria de que aquel santo goza.

2.ª Meditación

SEGUNDA CARACTERISTICA DEL ESTADO RELIGIOSO:
CONSAGRACION A DIOS

El religioso no se pertenece

324. Mismo texto sagrado que la meditación anterior: *En cuanto a nosotros, vivimos ya en el Cielo* (Filip. 3, 20).

Punto 1.º Por el bautismo, somos consagrados a Dios, incorporados a Jesucristo, hijos de Dios, templos suyos. ¡Qué dignidad! ¡Qué grandeza! Tengamos cuidado de no decaer de ella.

Punto 2.º Un religioso es un cristiano consagrado a Dios por estado y por elección, para honrar su soberano dominio mediante la absoluta dependencia respecto a Él, para conservarle y poseerle de antemano y de un modo mucho más excelente que le poseen esos templos materiales que construimos y en los que le tributamos nuestros homenajes. Sepamos, pues, respetar los templos de Dios. Profanarlos es un horrendo crimen y una horrible negligencia el no tener en ellos aquella limpieza que requiere una cosa tan santa.

325. Punto 3.º Para movernos a cumplir los deberes que nos impone una consagración tan gloriosa, vivamos a menudo en el Cielo, preguntemos a los santos que lo están habitando y admiremos las funciones que desempeñan en él. Allí arriba, los santos son reyes, ya que están sentados en tronos; son pontífices puesto que ofrecen al Cordero sin tacha incesantemente, y son también víctimas que el amor ofrece y consume sin cesar en unión con Jesucristo. Imploramos, pues, su socorro, y con las gracias que nos obtengan, reinaremos sobre nosotros mismos dominando nuestras pasiones. Desempeñemos las funciones de sacerdotes, ofreciendo a Dios, cada día, la sagrada Víctima que nos ha dado y a cuyo nombre no puede rehusarnos nada; por último, como víctimas, sujetémonos a cuanto El tiene derecho a exigirnos. Así es como aseguraremos para nosotros aquella felicidad de la que están gozando ya los santos que la poseen.

1.ª Plática

326. Unión del alma con el cuerpo e influencias recíprocas; el cuerpo por la naturaleza y el alma, por la gracia. Si favorecemos al primero nos perderemos; si secundamos las inspiraciones de la

gracia -que es la vida del alma- entonces nos salvaremos, hecho lo cual, ya no tendremos más que hacer.

3.ª Meditación

SOBRE LA ALIANZA QUE EL ALMA RELIGIOSA CONTRAE CON DIOS

327. Punto 1.^o Se contrae una alianza mediante tres actos: elección, compromiso y sociedad. Mi amado para mí y yo para mi amado (Cantar de los Cantares). Dios escoge y solicita al alma, enviándole gracias, para que el alma se entregue a Él. El alma corresponde a tales gracias. En esto consiste la elección. ¡Qué desdicha no corresponder a tales gracias!

Punto 2.^o Los compromisos son mutuos. El alma se obliga a amar y agradecer a su Dios; éste, a su vez, se compromete a amar, proteger, favorecer al alma, por decirlo así con todo su poder. ¿Qué tenemos que temer de Dios? Desconfiemos de nosotros mismos y confiemos en Él.

Punto 3.^o La sociedad. La establece el alma que, atraída por la gracia, pone en manos de Dios los derechos sobre todo cuanto es y todo cuanto tiene. Recíprocamente, el Señor le hace cesión de sus derechos sobre Él mismo y sobre sus tesoros infinitos. Mientras el alma sea fiel al Señor, podrá decirle, con toda la verdad y en toda la fuerza de la expresión: Mi amado para mí, y yo para mi amado.

4.ª Meditación

SOBRE LAS VENTAJAS DE LA VIDA RELIGIOSA COMPARADAS CON LA FELICIDAD DE LOS BIENAVENTURADOS DEL CIELO

¡Dios mío! ¡Qué grandes son los dones que prodigáis a vuestros amigos! (Ps. 138, 17).

328. Punto 1.^o La independencia. El servicio de Dios nos devuelve la verdadera libertad; los santos no dependen más que de Dios; esta dependencia les hace independientes de todas las criaturas.

Punto 2º La posesión de la fuente y del principio de todo bien, que es Dios. El religioso, gracias a su consagración, puede participar considerablemente de esta ventaja ya que, por el acto libre y voluntario de su consagración, ha entregado en manos de Dios todos los derechos que tenía sobre su persona y sobre cuanto poseía. Si esto no nos basta, ¿qué más nos hace falta? Confesemos que, si no estamos contentos con Dios, tenemos mucho que temer que tampoco Él esté contento con nosotros; temblemos, pues.

329. Punto 3.º La liberación. Tendremos la dicha de participar en ella si nos informa un auténtico espíritu de fe. Nada en el mundo será ya capaz de subyugarnos.

Punto 4.º Imperio sobre todas las criaturas. Gozan de él los religiosos como recompensa por los combates que han sostenido contra sus pasiones, por los trabajos que por Dios han emprendido, por los tormentos que han soportado, por el dominio que han ejercitado sobre sí mismos y por la constante paciencia con la que han logrado vencer. Emprendamos, pues, la empresa de reinar sobre nosotros mismos. Este es el imperio más glorioso y el que nos dará, como premio, el derecho a reinar sobre todas las cosas en el reino de Dios.

5.ª Meditación

330. *¡Ay! ¡Qué penoso y largo es mi destierro!* (Ps. 119).

Punto 1.º Tal debe ser el gemido habitual de un alma que ama sinceramente a Dios y que, a lo largo del destierro de la presente vida, tiene justos temores de perderle por el pecado. Este sentimiento le viene de la vista del privilegio de que gozan los santos en la gloria, de no poder pecar.

Punto 2º Por pura misericordia, Dios ha hecho que entremos en un estado en el que encontramos medios abundantes de evitar la mayor de las desgracias. Empleemos, pues, tales medios con empeño y si, a pesar de nuestra fidelidad, caemos, humillémonos por nuestra debilidad y repitamos, con el sentimiento de nuestras miserias, con contrición y con confianza: *¡Qué penoso y largo es mi destierro!*; o bien, con San Pablo: *¿Quién me librá de este cuerpo de pecado?* Roguemos a los santos que nos obtengan una gran participación en su privilegio hasta que merezcamos gozar de él enteramente; no hay cosa que deseen más.

2.ª Conferencia

Elección de estado de vida y medios de conocer la voluntad de Dios. Véase el Manual del servidor de María.

6.ª Meditación

LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA

331. Tengo siempre mi dolor delante de mí (Ps. 37).

El cristiano y más aún, el religioso- deben mantenerse, sin cesar, en un estado de contrición y de penitencia a la vista de sus pecados pasados. Este sentimiento les incitará a una penitencia saludable, la cual será necesariamente amarga en su dolor, sólida en sus efectos y constante en su duración. Tomemos como ejemplo a los santos que ya gozan de Dios en el Cielo: han llegado allí por la penitencia provista de los caracteres señalados. Como ellos, empleemos todos los medios eficaces para borrar nuestros pecados y vernos preservados de ellos en lo sucesivo. La penitencia rigurosa no será nunca demasiado severa para un corazón que ama a Dios y que siente el ultraje que se le hace por el pecado. Por otra parte, este Dios de bondad derrama, sobre el yugo de la penitencia, una dulzura que, ciertamente se puede sentir pero que no se podría expresar. Hagamos la experiencia.

7.ª Meditación

EL INFIERNO Y LA ETERNIDAD DE LAS PENAS

332. El gusano que les roe no muere y el fuego que les quema, no se extingue (Marc. 9).

Punto 1.⁰ Adoremos estas palabras de la verdad revelada; penetrémonos, por su gracia, de los sentimientos que deben inspirarnos. Lo que aumenta la dicha de los santos del Cielo y su agradecimiento para con Dios es el recuerdo de que les ha preservado del infierno. Hasta este momento-aunque lo hayamos merecido-el Señor nos ha preservado de él. Aprovechémonos del poco tiempo que nos deja para evitar tan gran desgracia, haciendo dignos frutos de penitencia.

3.ª Conferencia: La oración

La penitencia debe hacerse con una gran sencillez y sólo con espíritu de fe, acompañada de confianza y de humildad.

8.ª Meditación

LA MUERTE

333. Polvo eres y en polvo te convertirás (Génes. 3, 19).

Punto 1.º El pensamiento de la muerte es necesario para facilitarnos los medios de salvación, desprendernos de las criaturas que nos inclinan al pecado y, por él, nos arrastran a una mala muerte. Temamos esta desgracia y, si queremos morir bien, vivamos santamente. Los santos exultan de gozo porque secundaron las mociones de la gracia que les impulsaba a obrar bien. Desde lo alto de los cielos nos están diciendo: "Tuvimos una buena muerte porque llevamos una santa vida; ahora nos interesamos por la vuestra". Aprovechemos sus buenas disposiciones e invoquémosles con confianza.

9.ª Meditación

SOBRE LOS PELIGROS QUE HAY EN EL ESTADO DE TIBIEZA.

334. Porque eres tibio, empezaré a vomitarte de mi boca (Apoc. 3, 16).

La tibieza tiene cinco caracteres: 1.º Omisión despreocupada de los deberes pequeños; 2.º Descuido en combatir sus defectos; 3.º Temor a cuanto contraría la naturaleza; 4.º Secreto disgusto de su estado; 5.º Espíritu de disipación. Todo esto es lo que constituye el estado de tibieza; veamos si no es el nuestro.

El comienzo de la tibieza radica en el corazón que antes se inclinaba con ardor y presteza a las cosas de Dios y a los deberes de estado y ahora no experimenta más que hastío y alejamiento de esos mismos deberes. Las consecuencias de la tibieza son: la desgracia, la miseria, la pobreza, la desnudez y la ceguera espiritual. ¿Nos queda todavía una centella de fe? Temblemos. Este estado es muy peligroso para la salvación. Es tanto más difícil salir de él cuanto que, por no incurrir en faltas abiertamente graves, uno se

tranquiliza; la gracia y la fe se han debilitado; ya no se ven ni se sienten las cosas ni su importancia. Sin embargo, examinemos nuestra fe. Así comprenderemos, en la medida en que ello es factible, el peligro a que nos expone la tibieza y tomaremos los medios más eficaces para salir de ella lo antes posible. Estos medios son la fe ilustrada por medio de la meditación de las verdades más a propósito para hacernos entrar dentro de nosotros mismos y abrasarnos en amor por Dios. Si le amásemos, veríamos bien que nuestro servicio no es digno de Él y trabajaríamos con ardor en la reforma de nosotros mismos y en cuanto puede interesar a su gloria y favorecer nuestro adelantamiento espiritual.

10.^a Meditación

LAS TRES CLASES DE REINO DE CRISTO

335. Punto 1.^o Cristo es el Rey de la gloria, el rey de reyes a quien se da gloria en el Cielo. Todos los santos cantan y cantarán eternamente: *Tú nos has rescatado, nos has hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios. ¿Qué mayores motivos para excitar nuestro celo?*

Punto 2.^o Cristo es rey de este mundo ya que reina en nuestros corazones por medio de su gracia; pero quiere, sin embargo, que nosotros mismos le hagamos reinar, mediante nuestra fidelidad en secundarla. No seremos realmente dichosos más que cuando lo logremos. ¿Qué tememos? Digámosle con todo el afecto de que seamos capaces: Venga a nosotros tu reino. Ya ha llegado si lo queremos. Sólo dejando que reine en nosotros por las mociones de su gracia, adquiriremos la dicha de reinar con Él en la gloria.

336. Punto 3.^o Por último, gustemos de considerarle como rey de la naturaleza entera, de la que es Creador. Alabémosle por esta hermosa armonía del universo. Si ponemos cuidado en mantener limpio nuestro corazón, todas las criaturas nos estarán hablando de su poder, de su sabiduría, de su bondad y de su amor para con los hombres. Todas las criaturas obedecen puntualmente a sus leyes ¿y querríamos nosotros sustraernos a su imperio?

11.ª Meditación

LA POBREZA RELIGIOSA Y EVANGELICA

337. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos (Mat. 5, 5).*

Punto 1.º Incluso viviendo todavía en este mundo podemos adquirir derechos legítimos a este reino de los cielos. La pobreza nos asegura su posesión, cuando, para practicarla, renunciamos a todas las cosas. ¡Qué motivo tan poderoso para movernos a practicar esta virtud !

Punto 2.º Contemplemos a nuestro adorable Modelo practicando esta virtud. Su nacimiento, su vida y su muerte constituyeron la práctica más perfecta de ella. Recordemos todas las circunstancias del caso y veremos así con cuánta verdad dijo: *Los pájaros del Cielo tienen nidos, las zorras tienen madrigueras; pero el Hijo del hombre no tiene en dónde reclinar su cabeza.*

Punto 3.º Invoquemos a este adorable Salvador y roguémosle que nos dé a entender la necesidad, ventajas y belleza de esta virtud. Así aparecerá ante nuestra vista, tan hermosa, que de ella haremos nuestra madre, nuestra dueña y nuestra reina por la conformidad que imprimirá en nosotros con nuestro divino Modelo.

12.ª Meditación

LA CASTIDAD

338. Punto 1.º Ya hemos hecho el voto de castidad, guardémonos bien de dejar nada en nuestro corazón que pueda mancillar esta virtud que convierte a nuestras almas en esposas de Cristo el cual es un esposo celoso y, por lo mismo, no podría aguantar la menor mancha en la que se ha dignado escoger por su predilecta. Práctica de la vigilancia.

Punto 2.º Por el voto en cuestión consagramos a Cristo nuestras almas y nuestro cuerpo; sujetemos a éste con las riendas de la penitencia, la mortificación y una sujeción continua. Práctica de la mortificación.

339. Punto 3.º Concibamos sentimientos de desconfianza respecto de nosotros mismos. Para lograr la guarda de esta virtud-

que es uno de los dones de Dios más singulares-imploremos con humildad la ayuda del Señor.

Punto 4.º Para movernos a la práctica de esta virtud, veamos los derechos que nos confiere tanto sobre los bienes del Señor como sobre el Señor mismo. Son los mismos que los que le hemos conferido sobre nosotros mismos. Si somos todo de Dios, Dios será todo nuestro, con lo que podremos decir: *Mi Amado para mí y yo para mi Amado.*

13.ª Meditación

LA OBEDIENCIA

340. *Este pueblo es obediencia y amor (Isaías).*

El principio básico de esta virtud radica en la convicción, por la fe, de que tenemos que hacer la voluntad de Dios. Para asegurarnos a este respecto, nos hemos colocado bajo la égida de la obediencia.

Nada es tan propio para mantenernos en paz como esta amable virtud, por la seguridad que nos da de que hacemos siempre la voluntad de Dios, al hacer la de los superiores, bajo cuya dirección nos hemos puesto. Considerémosles bajo este aspecto y cómo ocupan el lugar de Dios. De este modo, se desvanecerán cuantas repugnancias pudiéramos experimentar en obedecerles; desde el momento en que creemos que Dios es quien nos manda por su boca, todo lo abrazaremos con el mismo ardor. Gracias a este principio, nuestra obediencia se revestirá de todas las cualidades que debe tener, que son las siguientes: ser interior, sobrenatural, igual en cuanto a las personas y a las cosas, generosa y perseverante.

14.ª Meditación

VENTAJAS DE LA SOLEDAD

341. *Huyendo, me he alejado y he permanecido en la soledad (Ps. 54, 8).*

Entre las grandes ventajas que nos proporciona, distingamos tres principales:

Punto 1.º Ventaja 1.ª En la soledad aprendemos a conocer a Dios y nuestros deberes para con Él. Dios se nos manifestará en el

silencio y en el recogimiento, unas veces por la fuerza de su potencia infinita, otras por la profundidad de su sabiduría; ya por la extensión de su misericordia y la grandeza de sus bondades, ya por la severidad de su justicia. Si tales ventajas no nos conmueven, humillémonos; es que no tenemos fe. Por consiguiente, reanimémosla.

342. Punto 2.^o Ventaja 2.^a La soledad nos proporciona el conocimiento de nosotros mismos. ¿Hay algo más necesario, en efecto, y más difícil, incluso a los ojos de la fe? Pero mediante la soledad-bien guardada con la ayuda de la instrucción y aún más, de la oración-llegaremos a aquel deseable conocimiento propio reflexionando sobre lo que somos, lo que tenemos y lo que podemos. Así nos veremos obligados a despreciarnos, a desconfiar de nosotros mismos, a aborrecernos y, por último, a trabajar en la enmienda propia para la mayor gloria de Dios, que es el único que merece ser glorificado: *Soli Deo honor et gloria*.

343. Punto 3.^o Ventaja 3.^a El conocimiento del mundo al que hemos renunciado. Dada la perversidad de sus máximas, la futilidad de los bienes que nos promete, el contagio de sus placeres, sólo en la soledad y en el silencio veremos las justas razones por las que nuestro adorable Maestro le maldijo de un modo categórico: ¡Ay! del mundo por razón de sus escándalos y por la oposición en que está con la voluntad de Dios y con la verdad de su moral. Así nos consideraremos felices por separarnos del mundo y, más aún, por haber renunciado a él.

15.^a Meditación

EL SILENCIO Y SUS VENTAJAS

344. Vuestra fortaleza y vuestra esperanza radican en el silencio (Isaías).

Punto 1.^o El silencio, practicado por espíritu de fe, nos libra de la disipación, de las inutilidades y de una infinidad de faltas que cometemos charlando; faltas de vanidad, de malicia, etc. ¿Las consideraremos como bagatelas?

Punto 2.^o El silencio incita a Dios a comunicarse a nosotros. El Señor quiere vernos dejando las criaturas para agradarle a Él; no habla en medio del tumulto; su espíritu es un espíritu de paz. Si nos encontramos tan a menudo sumergidos en la sequedad y en la

aridez de sentimientos, tan distraídos, tan fuera de nosotros mismos, con tanto trabajo para aplicarnos a Dios en la oración, la causa principal es que observamos mal el silencio. Suprimamos, pues, esta causa.

Punto 3.º El silencio bien practicado incita a nuestra alma a elevarse hacia Dios y a nuestro espíritu a ocuparse de Él; es precisamente lo que andamos deseando. Tomemos, pues, este medio; es infalible.

16.ª Meditación

LA HUMILDAD

345. *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis la paz para vuestras almas (Mat. 5).*

Punto 1.º La humildad radica en el conocimiento de sí mismo. ¿Qué somos por nosotros mismos? Nada.

Punto 2.º ¿Qué hemos hecho? Pecados. ¡Qué humillación!

Punto 3.º ¿Qué podemos hacer aún? Cometer toda clase de pecados cuya raíz está ya en nosotros. En cuanto al bien, estamos en una impotencia absoluta para llevarlo a cabo. Abramos los ojos de la fe y convengamos en que el hombre que se humilla empieza a ser justo y verdadero, ya que la humildad misma es justicia y verdad.

Punto 4.º Pero no nos contentemos con la humildad de espíritu; hagamos que pase al corazón, concibiendo sentimientos conformes a tal conocimiento; sentimientos de desprecio propio, de desconfianza y de odio contra nosotros mismos. Todo esto parece duro a la naturaleza; pero la gracia, secundada por nuestros esfuerzos, conseguirá vencerlo. Admiramos los ejemplos de humildad que nos dio el Salvador; invoquémosle con confianza para lograr esa admirable conformidad con El y acordémonos de que el estado que hemos abrazado es esencialmente un estado de humildad; es decir, que debemos ser humildes de corazón. Fiat.

17.ª Meditación

PRIVILEGIOS DE LA SANTISIMA VIRGEN

346. El principio de los mismos es la maternidad divina: *María de quien nació Jesús* (Mat. 1, 16).

Punto 1.º Privilegio singular de su Concepción. Sólo María, por un favor incomprensible, quedó preservada del pecado original entre toda la posteridad de un padre culpable. ¡Qué glorioso es este privilegio!

Punto 2.º Privilegio de plenitud de gracia, ya desde el primer instante de su Concepción. María fue inviolablemente fiel a la gracia y Dios se complació en aumentarla incesantemente. Roguémosla que nos obtenga alguna participación de esta fidelidad; así nos enriqueceremos para el Cielo.

Punto 3.º Privilegio de impecabilidad merced a una gracia de preservación a lo largo de su vida entera. Procuremos apreciar, a la luz de la fe, tal gracia. La comprenderemos si llegamos a entender cómo el pecado es un mal espantoso, cómo ultraja a Dios, qué males nos trae, de qué bienes nos priva y a qué desgracias nos expone. Todo esto rebasa nuestra inteligencia; pero los privilegios de María la rebasan aún más. Roguemos a esta divina Madre que nos obtenga la gracia de arrepentirnos de nuestros pecados pasados y la de evitarlos para siempre.

347. Punto 4.º Por último, María preservada del sumo mal, enriquecida del soberano bien y, por consiguiente, digna de un privilegio incomparablemente mayor-merced a la alianza que la adorable Trinidad contrajo con ella-: el ser Hija del Padre eterno, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo... Nuestra razón se pierde en estas consideraciones. Para contribuir a la gloria de María, cumplamos los deberes que nos incumben y pongámonos, de nuevo, bajo su poderosa protección. No olvidemos que la hemos escogido por Madre nuestra y que nos ama como a hijos suyos.

18.ª Meditación

LA PRESENCIA DE DIOS

348. *Tenía siempre al Señor ante mis ojos.*

Punto 1.º Admiramos los frutos que produce el ejercicio de la presencia de Dios: Nos hace practicar el bien que exige de nosotros huir con horror de cuanto podría ofenderle y desagradarle y, por último, nos hace, en cierto modo, impasibles ante las vicisitudes de esta miserable vida. ¿No son éstos motivos poderosos que nos inducen a mantenernos incesantemente en esa santa presencia?

Punto 2.º Hay todavía otra ventaja mayor, fundada en la palabra de Dios; oigámosla con espíritu de fe: *Camina en mi presencia, y serás perfecto* (Gén. 17, 1).

Punto 3.º Para que nos resulte fácil esta práctica, sirvámonos de los medios siguientes: 1. La pureza de corazón, que excluye cuanto podría ofender los ojos celosos de nuestro Dios; 2. La oración: que esto sea, a menudo, el objeto de nuestras peticiones; 3. El espíritu de fe, el cual nos impulsará a hacer actos frecuentes de ella.

19.ª Meditación

LA CARIDAD

Sus efectos y sus ventajas para el religioso

349. *La caridad constituye el cumplimiento de toda la Ley* (I Tim. 1, 5).

Punto 1.º ¿Acaso esta palabra no tendría un entero cumplimiento? Escuchemos esta adorable máxima salida de la boca misma de Cristo: Toda la Ley y los profetas, se encierran en estos dos mandamientos: el amor a Dios y el amor al prójimo. ¿Cómo el Señor no hará felices a quienes le aman, Él que nos ha amado antes de que existiésemos? Consagrémosle, pues, todo nuestro amor, despreciando todo lo demás.

Punto 2.º La amistad con Jesús, infinitamente deseable, se adquiere guardando sus mandamientos. Escuchemos con fe esta magnífica promesa que Él hizo a sus discípulos: Vosotros seréis amigos míos si guardáis cuantas cosas os he enseñado. ¿Habrá

motivo más poderoso para inducirnos a la práctica de esta celestial caridad?

350. Punto 3.^o La señal distintiva de los discípulos del Salvador es la caridad que se tienen los unos a los otros. Oigamos, una vez más, las palabras adorables de Jesucristo a sus discípulos: En esto se conocerá que sois discípulos míos: en que os améis los unos a los otros. Examinemos a ver si es esa nuestra señal distintiva; si así es, entonces demos gracias a Dios, fuente y principio de caridad y estemos seguros de lograr la dicha que promete a quienes le aman.

20.^a Meditación

LA VIDA DEL ESPIRITU

351. *El espíritu es lo que vivifica; la carne no vale nada* (San Pablo).

Punto 1.^o Dios es espíritu y la vida que comunica a sus elegidos, es también la vida del espíritu. Si no la tenemos, apresurémonos a recurrir a Él con confianza. Cualquier otra vida no es más que una verdadera muerte, más funesta aún que la muerte natural. Renunciemos, pues, para siempre a la vida de los sentidos, de la carne y de las pasiones; hagamos de ello a Dios un generoso sacrificio. Dios nos lo exige y lo merece; en ello se halla, asimismo, nuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad.

Punto 2.^o Esta vida del espíritu consiste en obrar en todo, o por lo menos, renovando a menudo los nobles motivos que deben movernos, si actuamos guiados por las miras de fe y las reglas del Evangelio. Tomemos una de ellas y meditémosla con espíritu de fe en presencia de Dios, rogándole que nos dé a sentir su importancia. Tomemos, por ejemplo, ésta: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si al fin pierde su alma?*

21.^a Meditación

LA CARIDAD FRATERNA

352. *La multitud de los fieles de Jerusalén no tenía más que un solo corazón y una sola alma; los bienes eran comunes y nadie decía: Esto es mío* (Hechos de los Apóstoles, 3).

Punto 1.º La caridad debe reinar entre los religiosos a ejemplo de los primeros cristianos cuya vida deben imitar. Primero, porque es sólida e ilustrada en sus motivos; tienen toda clase de motivos para quererse mutuamente: todos son hombres, cristianos, religiosos y hermanos; sirven al mismo Dios de amor, están ligados por los mismos votos, habitan en la misma casa, comen a la misma mesa, aspiran a la misma felicidad y están obligados, por deber, a contribuir a la felicidad de los demás.

353. Punto 2.º La caridad entre los religiosos es segura y fácil en sus medios. Cada uno de ellos, creyéndose el más indigno de todos, considera a todos los demás como más dignos de estima que él; de ahí proviene que se soporten mutuamente los defectos, que se atiendan en sus necesidades; en una palabra, que practiquen la verdadera caridad. Si llevásemos la humildad a la práctica, entonces comprenderíamos más fácilmente esta verdad. Hagamos la prueba.

Punto 3.º La caridad entre los religiosos es el bálsamo y el encanto de la vida. En efecto, una comunidad en que reine la caridad es imagen del Paraíso. Si creemos que seremos felices en el Cielo, empecemos ya a proporcionarnos tal felicidad en la tierra; la caridad nos la brindará.

XV

1820. CHAMINADE. (Bidon, bis)

1.ª Meditación

LA RENUNCIA AL MUNDO

354. *Sit nomen Domini benedictum.*

Mi espíritu se ha sometido fácilmente a los conceptos; mi corazón ha experimentado ciertos sentimientos de alegría y de agradecimiento para con Dios por verme separado del mundo, aunque débiles. Me parece que puedo decir con verdad que no echo de menos nada de cuanto en el mundo he dejado y que no deseo nada de cuanto podría ofrecirme o prometerme. En la Santa Misa que ha seguido he suplicado a Jesucristo y a Dios Padre en su nombre que me inspiren un verdadero desprecio del mundo. Resoluciones: algunos actos de unión con Jesucristo.

2.ª Meditación

LA CONSAGRACION A DIOS

355. Me he dicho-y lo he sentido-que una cosa consagrada a Dios ya no queda en poder de quien la ha ofrecido. Dependencia absoluta de Dios. Habiendo recibido el título glorioso de hijo suyo, he deducido de ello que a Dios debo todo mi amor y todo mi agradecimiento. Consagrado a Dios como templo suyo, he visto que debo tener un gran respeto hacia mi propio cuerpo. Práctica de la modestia. Todo ello, sin muchas consideraciones; pero con frecuentes aspiraciones, sin mucho ardor.

3.ª Meditación

ALIANZA DE ALMA CON DIOS

356. La causa más ordinaria del poco fruto que he sacado de las meditaciones que he hecho, ha sido el amodorramiento que no he combatido. Resolución de estar de pie para vencerlo cuando sienta que se apodera de mí.

He estado bastante frío. Una parte del tiempo lo dediqué al recuerdo de los pecados más grandes que he cometido contra la

pureza. Me esforcé por concebir horror hacia tales pecados y rogué al Señor que apartara los ojos de ellos. Tenía dificultad en creer que a pesar de cuanto pueda hacer ahora, pueda decir con verdad: *Dilectus meus mihi et ego illi*. Pero el ejemplo de María Magdalena vino a sacudir mi espíritu reanimando mi confianza. Deduje que, puesto que los santos decían en el Cielo y dirán eternamente este amoroso dilectus como consecuencia de la elección que de Dios hicieron en la tierra, lo mejor para mí era hacer ya ahora lo que ellos hicieron durante su vida. A esta intención, imploré su ayuda. Hice varios actos de admiración y de agradecimiento, aunque débiles, más bien porque creía que debía hacerlos que por efecto de la devoción.

4.ª Meditación

VENTAJAS DE QUE GOZA EL VERDADERO RELIGIOSO
COMPARADAS CON LAS QUE LOS SANTOS DISFRUTAN
YA EN LA GLORIA

357. Punto 1.º Independencia de todas las criaturas. Con relación a mí, resolví que ponerme por completo bajo la dependencia de Dios y servirle fielmente sería adquirir el verdadero medio de entrar en la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Punto 2.º Suficiencia. Si no participo de ella tan abundantemente como podría hacerlo, es culpa mía, por mis reservas en los sacrificios, por volver a tomar aquello que ya di; en una palabra, por temor carnal que tengo de hacer demasiado por Él. Sin embargo, creo y sé que ha dicho: Dad y se os dará; renunciad a vosotros mismos y entonces vendré a llenaros de Mí y a enriqueceros con mis tesoros.

358. Punto 3.º ¡La liberación! He comprendido poco este punto dada la afinidad que hay entre él y el primer punto de la meditación. Sin embargo, he rogado para que Dios me ayude a vencer la naturaleza y a combatir mis vicios, que son los únicos que podrían esclavizarme.

Punto 4.º El dominio. Rogué al Señor que me dé un verdadero dominio sobre mis pasiones y que me ayude a vencerlas. La Misa que ha seguido a esta meditación la he oído bajo esta impresión teniendo presentes mis necesidades y las de mis hermanos a este respecto.

5° Meditación

SOBRE EL PRIVILEGIO DE LA IMPECABILIDAD DE QUE GOZAN LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO

359. El tema más frecuente de mis deseos en mis oraciones es la detestación del mal supremo del pecado. Sin embargo, estos sentimientos son débiles en mí. La prueba de ello es que descuido de un modo chocante los medios de evitar el pecado que, ciertamente, son muy abundantes en el Instituto. Si tuviera fe, no sucedería así.

6.ª Meditación

LA PENITENCIA

360. Procuré llegar a convencerme de su necesidad y rogué al Señor que me diera a entender su importancia, ventajas y necesidad.

7.ª Meditación

EL INFIERNO

361. Considerando mi insensibilidad, después de haber tomado los medios convenientes, me humillé en presencia de Dios rogándole humildemente que me hiciera entrar en los sentimientos relativos al tema. No recuerdo que esta meditación haya producido nunca en mí los frutos que le son propios.

8.ª Meditación

LA MUERTE

362. Me vi en el mismo estado que en la anterior. La necesidad de volver a menudo sobre este tema me ha inducido a tomar la resolución de meditar sobre alguno de los novísimos por lo menos una vez por semana. Esto está basado en aquel oráculo de la Sabiduría: "Medita en tus novísimos y, de ese modo, no pecarás."

9ª Meditación

LOS PELIGROS QUE SE ENCUENTRAN EN LA TIBIEZA

363. Esta meditación me produjo alguna impresión, aunque pasajera. Empleé el tiempo en suplicar al Señor que me hiciera salir de ella, que me diera a conocer el peligro y, sobre todo, que me inspirara temor a ella ya que le desagrada infinitamente. Pensé, incluso, que si todos mis hermanos hubiesen rogado por los más tibios de entre nosotros, esto habría sido infaliblemente por mí.

10.ª Meditación

EL REINO DE CRISTO

364. No sé qué pensar de mí mismo, ya que me conmuevo tan poco por unos asuntos de meditación tan importantes, tan conmovedores y tan a propósito para quebrantar, conmover y ablandar. En ésta me ha ocurrido como en las demás; quizá ha habido un poco más de ardor. Llego a la conclusión, sin embargo, de que si yo no le permito que reine en mí por su gracia en el tiempo, tampoco me permitirá que reine con Él en su gloria. Por eso, me determino a ello por entero.

11.ª Meditación

LA POBREZA Y SUS VENTAJAS

365. No la he hecho porque estaba ausente; pero creo firmemente que aunque el desprendimiento de todas las criaturas fuese real en mí si no me desprendiera de mí mismo, serviría de poco, o, quizá, de nada. Tengo una gran necesidad de entregarme a la práctica de la abnegación. Rogad al Señor que, por lo menos, empiece hoy.

12.ª Meditación

EL VOTO DE CASTIDAD

366. El poco cuidado que he tenido en conservar esta virtud es una prueba de que todavía no tengo la estima que debía tener de ella, sobre todo después de haber recibido de Dios el inapreciable honor de hacer el voto de castidad y después de haberle ofendido tan indignamente en este particular. No me entretuve en considerar esta virtud en sí misma ni en las ventajas y en la gloria que

proporciona, sino que invoqué, con toda la confianza posible, a Jesús y a María, pidiéndoles me concedan este inestimable favor.

13.ª Meditación

LA OBEDIENCIA

367. Aquí he encontrado un motivo para humillarme, y no precisamente por haber desobedecido, sino por haber perdido todo el mérito de mi obediencia, por falta de espíritu interior, en una multitud de ocasiones, realizando actos que la Regla no prevé y que yo estimaba bueno llevarlos a cabo, sin haber pedido previo permiso.

14.ª Meditación

LA SOLEDAD

368. Me doy cuenta de los muchos obstáculos que surgen por no guardarla. No creo haber salido de casa por propio impulso o por inclinación, pero sí sin tomar precauciones, sin desconfianza y sin temor. Por eso tomo el propósito de no salir nunca sino por razones buenas, sometidas a la obediencia y sin antes haberme encomendado a Dios.

15.ª Meditación

EL SILENCIO

369. ¡Qué gran verdad es que no se aprecian las cosas sino en cuanto plega a Dios dárnoslas a conocer! Hasta el día de hoy he considerado el silencio como de poca importancia. Pero ahora, sabiendo cuánto ayuda al adelantamiento espiritual abrazo, por fin, su práctica en la medida en que sea capaz de ello confiando en Dios.

16.ª Meditación

LA HUMILDAD

370. Desde hace ya muchos años-como usted sabe-he oído muchísimas instrucciones y he hecho muchas meditaciones acerca de esta virtud. El resultado de todo ello es humillante. Ruego al Señor que tenga a bien, en su misericordia, concederme la gracia de

no contentarme sólo con tenerla en mi espíritu, sino también el concebir verdaderos sentimientos de ella en mi corazón.

17.ª Meditación

PRIVILEGIOS Y GRANDEZAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

371. Pasé el tiempo agradeciendo a Dios los favores singulares de que me había colmado. También me humillé al ver el poco interés que había puesto en cumplir mis deberes para con la Virgen, suplicándole, por la gloria de sus prerrogativas, que me obtuviera la gracia de estarle perfectamente consagrado. Hice la misma súplica en favor de mis hermanos.

18.ª Meditación

LA PRESENCIA DE DIOS

372. Procuré empaparme bien de la necesidad de este santo ejercicio, creyendo firmemente en la palabra de Dios que la perfección es el fruto de ella. Tomé la resolución de tomar este punto como asunto del examen particular, sirviéndome, para ello, del pequeño rosario.

19.ª Meditación

LA CARIDAD PARA CON DIOS: SUS EFECTOS

373. A pesar de la belleza del tema, estuve muy indiferente. Sin embargo elevé, de vez en cuando, mi corazón hacia Dios. Esto es todo.

20.ª Meditación

LA VIDA DEL ESPIRITU

374. Sin llegar a comprender casi nada, pasé el tiempo en penetrarme de la necesidad de actuar en todo movido por motivos sobrenaturales; es lo que más necesidad tengo de emprender.

21.ª Meditación

LA CARIDAD FRATERNA

375. Nunca he comprendido tan bien una verdad. La claridad de su exposición, me lo facilitó. En ella reconocí que a menudo había puesto demasiado los ojos en mis hermanos y que los había llevado a menudo cerrados sobre mis propios defectos, por falta de humildad.

22.ª Meditación

PROFESION Y RENOVACION DE LOS VOTOS

376. Doy gracias a Dios de que, a pesar de mi indignidad, me ha mantenido en mi resolución de ser todo para Él y de no arrepentirme de haber abrazado este estado. Sin embargo, esta conmovedora ceremonia me dejó en el mismo estado; es decir, sin ninguna efusión sensible del sentimiento.

23.ª Meditación

CLAUSURA ACERCA DE LA UNION FRATERNA

Tomemos por modelo de ella a los primeros fieles de Jerusalén.

24.ª Meditación

377. No debemos abandonar el espíritu de los Ejercicios al salir del lugar en que Dios nos ha concedido este favor. Así debe ser; pero, ¡ay!, ¡qué poco tengo su espíritu! Sin embargo, no pierdo la confianza. Este es, Padre mío, poco más o menos, el estado de alma que he tenido durante estos Ejercicios. No he tomado más que tres resoluciones aparte de las tomadas cada día:

1.ª No dejar pasar semana alguna sin hacer meditación sobre alguno de los novísimos, aunque, a mi parecer, nunca me hayan producido gran impresión.

2.ª No salir nunca de casa sin permiso.

3.ª La práctica del examen particular, comenzando por la presencia de Dios.

XVI

1820. CHAMINADE. (Lalanne)

1.^a Meditación (lunes por la mañana)

4

378. "*Conversatio nostra in coelis est: nuestra conversación está en el Cielo*" (San Pablo).

Modelo de la vida religiosa: el estado en que están los bienaventurados en el Cielo.

1.^{er} Carácter: Separación; separación de las cosas del mundo y de sí mismos.

2.^a Meditación

379. 2.^o Carácter: Unión con Dios y con Cristo en cuanto hijos, hermanos y miembros. Unión con Dios y con Jesucristo por la consagración.

3.^a Meditación

380. *Dilectus meus mihi et ego illi.*

El religioso tiene derecho a decirlo: 1.^o Ha escogido a Dios; 2.^o Se ha unido a Él de un modo indisoluble; 3.^o Ha entrado a participar de su grandeza, de su gloria y de sus bienes.

4.^a Meditación (martes por la mañana)

381. *Nimis honorati sunt amici tui Deus.*

En efecto, los santos se ven revestidos en el Cielo con ciertas cualidades que les honran grandemente: 1.^o Independencia con respecto a todas las criaturas; 2.^o Suficiencia, puesto que todo lo tienen en Dios; 3.^o Desprendimiento; no están apegados a nada. Imperio sobre las criaturas todas. El religioso, ya en este mundo, participa de estos caracteres de grandeza.

5.ª Meditación

382. *Heu! Incolatus meus prolongatus est; habitavi cum habitantibus Cedar: multum incola fuit anima mea.*

El alma suspira por el Cielo, gime por la prolongación de su destierro y por las iniquidades de que se ve rodeada y a veces mancillada. Pero lanza estos suspiros sobre todo cuando viene a considerar el estado de los bienaventurados en el Cielo, que son impecables.

Los religiosos, aun estando en la tierra, pueden participar, más que los demás, de este estado de impecabilidad. En efecto, ¿por qué los santos del Cielo son impecables?: 1.º Porque ven a Dios; 2.º Porque están unidos a Jesucristo. Los religiosos, más que nadie, pueden estar en comunicación con Dios y unirse a Cristo.

6.ª Meditación

383. *Dolor meus in conspectu meo semper.*

Los santos en el Cielo no se han olvidado de sus pecados; tienen arrepentimiento y dolor de ellos, pero un dolor lleno de encantos. Así también en la tierra los religiosos no deben olvidarse de sus pecados. Deben concebir por ellos un dolor: 1.º Amargo en el sentimiento; 2.º Firme en los efectos y obras de penitencia que provoca; 3.º Constante en su duración. Tal dolor forma parte de su felicidad aquí abajo.

7.ª Meditación (miércoles por la mañana)

384. *Ubi ignis non extinguetur et vermis eorum non morietur.*

Aunque ya salvados, los santos en el Cielo piensan en el infierno; el consuelo que experimentan por haberlo evitado constituye una gran parte de su felicidad. Del mismo modo deben pensar los religiosos en el infierno; sólo si piensan así lograrán evitarlo. Pensemos, pues, seriamente: 1.º En el fuego que no se apagará; 2.º En el gusano que no morirá. Hay religiosos en el infierno que ocupan en él las regiones más profundas y terribles; unos lugares que corresponden en profundidad a la elevación a que

estaban destinados... No somos libres para ir al Cielo a ocupar allí el último lugar.

8.ª Meditación

385. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.*

Todos tenemos que morir. ¿Piensan, acaso, los bienaventurados en la muerte? Sí y con delicia, como uno se acuerda del momento en que se liberó de las cadenas y entró en posesión de la felicidad. También los religiosos deben pensar en la muerte. Nada más conmovedor y consolador que la muerte de un buen religioso. Nada tan espantoso y desolador como la muerte de un religioso relajado.

9.ª Meditación

386. *Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo* (Apoc., 3).

Son las palabras que el Señor dirige al Obispo de Laodicea y que hoy también nos dirige a nosotros.

Características de la tibieza: 1.ª Omisión voluntaria y habitual de los deberes pequeños; 2.ª Descuido en trabajar por corregirse de sus defectos; 3.ª Repugnancia por todo cuanto contrista la naturaleza; 4.ª Disgusto secreto y encubierto de su estado; 5.ª Amor de la disipación.

Comienzos de tibieza en el corazón: 1.º Alejamiento de Dios; 2.º Amor a las criaturas.

387. Consecuencias de la tibieza: sistemática indiferencia con respecto a su estado; desprecio de las reglas; amor al mundo; desprecio de la religión; caída en grandes pecados; ceguera y sordera espiritual.

Remedios para la tibieza: *Oportet te emere a me aurum ignitum probatum... et collyrium.* 1. Bajar al fondo del alma y conocer bien su estado; 2. Comprarle a Cristo, mediante las oraciones, las lágrimas y la penitencia, la caridad primera que se ha perdido.

10.^a Meditación (jueves por la mañana)

388. *Adveniat regnum tuum.*

Cristo tiene dos reinos: el de la gloria y el de la gracia. Considerar en ambos su belleza, su gloria, su amabilidad, pidiendo con fervor que se establezca en nosotros el reino de la gracia.

11.^a Meditación

389. *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum coelorum.*

¿Qué es la pobreza? Despojarse voluntariamente de toda clase de bienes y de la esperanza de tenerlos jamás.

1.^o Belleza de la pobreza en el Cielo. La Santísima Trinidad en la que cada persona no tiene nada propio, excepto su misma persona... Los santos no tienen otra cosa que a Dios que es común a todos... 2.^o Belleza de la pobreza en la tierra. No hay santo que no la haya practicado, por lo menos en espíritu, y, muchos, de hecho. La pobreza es la reina y la madre del reino de la gracia. La reina, por cuanto todos los que viven bajo el reino de la gracia practican el desprendimiento de todo. La madre, porque mediante el desprendimiento de todo se entra en la vida de la gracia. Asegura la salvación porque sin ella no puede uno salvarse, de no ser por un milagro. Las riquezas engendran necesariamente el orgullo y la molicie.

12.^a Meditación

390. *Spondi te uni viro* (San Pablo).

Por el voto de castidad, a la vez que entregamos nuestros cuerpos a Cristo, nuestras almas se convierten en esposas suyas.

1. Consideremos a la castidad en el Cielo. ¡Qué honrada se ve! Al Esposo le acompañan, por todas partes, un coro de vírgenes. 2. Veamos ahora la castidad en la tierra. ¡Cómo la ama Cristo! ¡Qué feliz familiaridad permite a las almas castas! 3. Medios de guardar la castidad. Son tres: la vigilancia, que mantiene su integridad; la mortificación, que protege su delicadeza; la humildad, que asegura el mérito. A menudo el enemigo de la salvación ataca a las almas

por este último lado. Hay que resistirle y tal resistencia debe ser pronta, valiente y perseverante (Asselin I, p. 166).

13.ª Meditación (viernes por la mañana)

391. *Natio iliorum, obedientia et dilectio.*

¡Ojalá fuese ésa una profecía relativa al Instituto de María!

¡Ojalá reinasen entre nosotros la obediencia y la caridad de modo que no fuésemos otra cosa que obediencia y caridad!

1.º ¿En qué consiste la obediencia? Considerémosla, primero, del lado de Dios. Debemos entender bien que se obedece a Dios y que no se obedece más que a Dios en la persona de su representante: *Qui vos audit, Me audit.* 2.º Consideremos a la obediencia en el Cielo. Tanto por parte de los santos, de los ángeles y de Jesucristo mismo, es pronta, interior y constante. 3.º Así debe ser también en la tierra y entre los religiosos como expresamos el deseo cada día: *Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.* Pronta, interior, igual, desinteresada y perseverante.

14.ª Meditación

392. *Elongavi fugiens et mansi in solitudine* (Ps. 54, 8).

Es una de las bienaventuranzas del Cielo ésta que consiste en la soledad. Dios solo en la eternidad... Los santos sólo con Dios. Tal será también una de las bienaventuranzas de la vida religiosa ya que en esa soledad: 1. Se conoce a Dios; 2. Se conoce el mundo; 3. Se conoce uno a sí mismo.

15.ª Meditación

393. *In silentio et spe fortitudo vestra.*

No se rompe el silencio por hablar con Dios. Por eso, en el Cielo en donde no se ocupan los bienaventurados más que de Dios, los santos observan un silencio eterno. Del mismo modo, mediante el silencio que los religiosos guardan en la tierra: 1.º Evitan la disipación de las inutilidades; 2.º Disponen su alma para poder oír a Dios; 3.º Aprenden el lenguaje del corazón.

16.ª Meditación (sábado por la mañana)

394. *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde.*

La humildad es la verdad. En el Cielo la humildad es perfecta porque en el Cielo nadie se mira a sí mismo, ya que todos están ocupados en solo Dios.

Tenemos motivos para humillarnos: 1.º Mirando a nosotros mismos, nuestra nada y nuestros pecados; 2.º Mirando a nuestro estado que es un estado de humildad, ya que es un estado de renuncia de humillación.

17.ª Meditación

395. *Benedictus fructus ventris tus Iesus.*

Dediquemos algunos instantes, por lo menos, de nuestras meditaciones a las grandezas de María. Todas ellas están contenidas, como en su principio, en la cualidad de Madre de Dios. Todas las demás preparaban a ésta o eran sus consecuencias: 1.º Porque debía ser Madre de Dios, ha sido Inmaculada desde su concepción y se ha visto enriquecida con todos los dones de la gracia. 2.º Porque había de ser Madre de Cristo, fue también destinada a ser reina de cielos y tierra, Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre, más elevada en gloria que todas las criaturas: *Opus quod opifex solus supergreditur*. 3.º El Instituto de María debe distinguirse particularmente por la devoción a Aquella de quien toma su nombre. Queremos que nuestra obra sea la obra de María, quien, después de Dios, reciba toda la gloria.

18.ª Meditación

396. *Providebam Dominum in conspectu meo semper.*

Los santos se mantienen siempre en la presencia de Dios. Tal es el principio de su dicha y de su impecabilidad. Al mantenerse en presencia de Dios, los religiosos encuentran también en la tierra: 1.º La alegría y la esperanza de la salvación; 2.º El sostén de todas las virtudes. Se pueden emplear dos medios para mantenerse en presencia de Dios: 1. Formular de vez en cuando actos de fe en la

presencia de Dios y de adoración; 2. Hacer todas las acciones con pureza de intención de lograr la gloria de Dios.

19.ª Meditación (domingo por la mañana)

397. *Plenitudo sapientiae est dilectio.*

Todo se encierra en el amor. Los bienaventurados del Cielo arden en amor. La caridad, en efecto, es: 1.º El resumen y la perfección de la vida religiosa. Un buen religioso es el que ama mucho a Dios y quien ama perfectamente a Dios es un perfecto religioso. 2.º Facilita y suaviza el camino de la salvación; todo es fácil y dulce a quien ama; 3.º Corona e inmortaliza a la vida religiosa. Es la recompensa más dulce que pueda encontrar, incluso en este mundo, un religioso por cuantos sacrificios hace: el amor ardiente de Dios.

20.ª Meditación

398. *Spiritus est qui vivificat; caro autem non prodest quidquam* (Jn. 6, 64).

¿Qué es vivir la vida del espíritu? Es dejarse guiar por el espíritu, la parte superior del alma unida a Jesucristo. Los bienaventurados en el Cielo viven de la vida de Cristo, de Cristo glorificado. Los religiosos deben vivir de la vida del espíritu de Jesús, de Jesús crucificado. Pero esto exige: 1.º Salir de sí mismo; 2.º Elevarse por encima de sí mismo; 3.º Hacerse violencia.

21.ª Meditación (lunes por la mañana)

Repetición de la meditación anterior para subrayar su importancia.

22.ª Meditación

399. Exhortación para la renovación de los votos: *Renovamini spiritu mentis vestrae*. Excitad en vuestros corazones el doble sentimiento de arrepentimiento por el pasado y de agradecimiento, al mismo tiempo que renováis vuestras resoluciones.

23.a Meditación

400. *Multitudini credentium erat cor unum et anima una.*

Aquellos primeros fieles representaban a los religiosos, los cuales aún van más lejos que ellos. La unión religiosa es: 1.º verdadera y sólida en sus motivos. Alimentados con la misma leche, marchan juntos en el mismo camino, viven bajo el mismo techo y aspira a la misma herencia; 2.º Segura en sus medios. La humildad, la dependencia mutua y el celo superan todos los obstáculos a la caridad y les unen con lazos más fuertes; 3.º Amable en sus frutos ¡Qué dulce es vivir en una sociedad bien unida!

Alocución a Mons. d'Aviau

401. Permitidme, Monseñor, que os exprese el consuelo que nos inunda a todos por verle en medio de nosotros. Nos conmueve tanto más esta señal de vuestra ternura paternal cuanto que jamás nos habríamos atrevido a esperarla y, mucho menos, a pedirla. Habéis querido sin duda, Monseñor, animarnos a seguir el camino difícil que hemos emprendido. Y efectivamente, vuestra aprobación es, para nosotros un poderoso aliento, ya que es el único que nos es permitido recibir de parte de los hombres. Es un nuevo favor que os debe este pequeño Instituto de María que ha nacido a la sombra de vuestra protección y que ya os debe tanto. En todo caso, Monseñor, permitidme deciros que este acto de bondad da a Vuestra Grandeza algo de aquello que el Rey Profeta asignaba a la grandeza de Dios, a quien representáis: *Quis sicut Dominus Deus noster qui in altis habitat et humilia respicit in coelo et in terra?*

XVII

1820. CHAMINADE. (Pedro Bousquet)

2.^a Meditación

CRECIMIENTO EN LA VIDA RELIGIOSA

402. *Vuestra conversación debe estar en el Cielo.*

La vida religiosa sobre la tierra es el ejercicio de la vida de los santos en el Cielo. El religioso debe estar a menudo en el Cielo para aprender a conocer lo que hacen los santos y bajar después a la tierra, para ver si su vida es un ensayo de aquel santo comercio. Por la gracia de su vocación ha logrado separarse del mundo; debe examinar a menudo si su corazón, está, separado de ese mundo como lo están los santos del Cielo debe también examinar si su corazón conserva aún algún, lazo secreto que le una al mundo; si lo ha dejado es para llegar a ser un santo. Debe, pues, en todas sus acciones tender hacia esa meta, a fin de que cuando, comparezca ante su divino Maestro, no tenga que sonrojarse por su conducta. Para conseguirlo, meditará a menudo sobre la vida de Jesucristo, sobre su separación del mundo, y sobre cómo obraba sólo por la gloria de su Padre y por la salvación de los hombres.

403. El religioso ya no se pertenece a sí mismo; su vida y su conversación deben estar siempre en el Cielo. Está consagrado a Dios por estado y por elección; está incorporado a Cristo. ¡Qué dignidad y grandeza! Es Hijo de Dios para honrar su soberano dominio por la absoluta dependencia respecto del Señor, para poseerle de modo más excelente que los templos materiales que le dedicamos. Respetemos, pues, estos templos de Dios. Para movernos a cumplir con los deberes que nos "impone una consagración tan santa, preguntemos a los santos del Cielo. Ellos siempre se mantienen en presencia de Dios, ofreciéndole sin cesar el Cordero sin mancha y ofreciéndole de continuo sacrificios de amor y de alabanza.

3.ª Meditación

ALIANZA QUE CONTRAE EL RELIGIOSO CON DIOS

404. La Alianza que el religioso contrae con Dios abarca tres grados: la elección, el compromiso y la sociedad. En la elección Dios se digna hacer la primera petición al hombre, hablando al corazón de aquel a quien quiere asociar con Él; si quien tiene la dicha de oír tal voz la recibe con agradecimiento, entonces Dios hace alianza con él. Después de esta alianza, viene el compromiso. En éste, Dios pone en manos del religioso todos los tesoros de su divinidad, le promete el céntuplo en este mundo en compensación de cuanto dejó, y la vida eterna en el otro. Después de verificado este compromiso, el religioso entra en sociedad con Dios, convirtiéndose en dueño de todas las propiedades de Dios, el cual tiene ya con el religioso las mismas complacencias que tiene un esposo fiel para con su esposa, que le ama tiernamente.

4.ª Meditación

Modelo de los religiosos

405. Los elementos que constituyen la felicidad de los santos en el Cielo y que forman también la dicha de los religiosos en este mundo, son cuatro: la independendencia, la suficiencia, el desprendimiento y el imperio.

La independendencia de que gozan los santos en el Cielo proviene de la unión íntima que tienen con Dios. Nada supera a esta unión ya que Dios es el principio de la misma. Todas las criaturas y todos los bienes de la tierra ya son nada para ellos; se bastan a sí mismos, ya que todo lo poseen al poseer a Dios. Están libres de toda solicitud humana y el imperio que les da esta dicha hace que reinen sobre todas las criaturas.

406. La independendencia del religioso en la tierra está basada en el carácter cristiano de que está sellado. Merced a este carácter, goza de una gracia particular la cual le da fuerzas para caminar a paso rápido hacia la vida eterna. Si es fiel, si se mantiene por encima de todas las cosas creadas, si lleva con ardor la cruz de su divino Maestro y si trabaja con todas sus fuerzas en la práctica de los consejos evangélicos, entonces encontrará la independendencia frente a todas las criaturas y logrará su santificación casi sin darse cuenta. Siendo fiel a esta gracia, se bastará a sí mismo, domeñará

sus pasiones y vencerá sus malas inclinaciones. De ese modo se dará cuenta de la verdad de aquella promesa hecha por el Salvador cuando dice: Mi yugo es suave y mi carga ligera.

5.ª Meditación

LA IMPECABILIDAD

407. La impecabilidad de los justos en el Cielo y los medios que proporciona el estado religioso para preservarse del pecado: *¡Ay! ¡Qué largo es mi destierro!*

Los santos en el Cielo son impecables a causa de la unión que tienen con Dios; esta unión -que les llena de amor- les hace impecables. En aquella santa Patria, ya Satanás carece de imperio alguno sobre ellos; pero en la tierra, es imposible separarse enteramente del pecado venial. Ciertamente, se puede evitar cada pecado venial por separado; pero no todos ellos en conjunto. Dios, en su misericordia, lo ha dispuesto así a fin de dar a los justos motivos de humillarse continuamente. Pero en el estado religioso, Dios proporciona medios en abundancia para preservarse de tales faltas.

408. La abundancia de la gracia que se recibe, el ejemplo de sus Hermanos, la obligación de seguir la Regla, las luces de la fe que son tan vivas, el ejemplo de nuestro divino Maestro a quien nos hemos comprometido a seguir, todo nos induce a huir del pecado. Quien está en el mundo, por muy resuelto que esté a evitar el pecado, siempre se encuentra, sin embargo, metido en él. La obligación en que se encuentra de andar en el mundo para no aparecer como raro en él, la de condescender con sus costumbres y el mismo demonio que se trueca en ángel de luz, le hace ver a la religión como algo extravagante, junto con otros motivos semejantes. Poco a poco, sin darse cuenta de ello, empieza a hacer y a hablar como las personas del mundo y se encuentra, sin pensarlo, hundido en el abismo.

6.ª Meditación

DE LA PENITENCIA EN RELACION CON LOS JUSTOS DEL CIELO Y DE LA OBLIGACION QUE TIENE UN RELIGIOSO DE HACER PENITENCIA

409. *Mi dolor está siempre presente ante mis ojos.*

La penitencia debe ser amarga en su fundamento, sólida en sus obras y constante en su duración.

Así como el pecado hunde sus raíces en el corazón, del mismo modo la penitencia debe buscar su fuente en el corazón. La penitencia de los santos proviene del conocimiento perfecto que tienen acerca de Dios y de su bondad infinita a la cual han ofendido en este mundo. Este pensamiento no les deja un momento, haciendo crecer en ellos su amor y su agradecimiento. También el religioso dado el conocimiento más perfecto que tiene sobre Dios, conocimiento más, cabal que el de las personas del mundo- debe tener un dolor más: profundo de las ofensas que hizo al Señor, considerando la bondad y la misericordia de Dios que le ha perdonado sus pecados y le ha colocado entre los siervos y los amigos de Dios. Este agradecimiento, debe ser grande e inducirle a ser un enemigo de su miserable cuerpo el cual le había convertido en enemigo de Dios.

410. Su penitencia debe ser sólida en sus obras; debe inclinarse hacia ella con ardor, sin vacilar, sin temor y sin admitir pretexto alguno. Sólo entran en el Cielo o el inocente o el penitente. Si perdió su vestidura primera, sólo la encontrará por este feliz camino. ¡Qué dulce encontrará esa penitencia al pensar que le acerca a su Dios y que está en el número de quienes siguen a Jesús, el cual hizo penitencia por él!

Debe ser constante en su duración. Cristo llevó su cruz hasta el Calvario. También el religioso penitente debe llevarla durante su vida entera, sin dejarla un solo instante, no sea que la pierda; a ella debe estar siempre clavado por sus tres votos, como Cristo estaba sujeto a la suya por los tres clavos.

7.ª Meditación

EL INFIERNO

411. El infierno es un gusano roedor y un fuego devorador. El gusano roedor que atormenta a los réprobos es aquel deseo que tienen de gozar de Dios como de su último fin. El hombre, en efecto, como ha sido creado sólo para Dios, sólo puede ser feliz cuando está unido a Dios, que es su fin. El hombre, dada su misma naturaleza, se verá tan vivamente atraído hacia Dios y con la misma fuerza con que una barra de hierro sería atraída por un monte de imanes. Este ardor que sentirá por ir hacia Dios sin poder satisfacerlo es lo que le roerá durante toda la eternidad. Nuestro divino Maestro mismo nos asegura que en el infierno hay fuego. El fuego del que nos servimos ha sido creado para la necesidad de los hombres y es insoportable cuando nos acercamos a él; el fuego del infierno ha sido creado para que constituya el castigo del pecador; de consiguiente, su fuerza deberá ser mucho más terrible; está animado por el soplo de la ira de Dios. Este fuego tendrá la propiedad de conservar a sus víctimas. Dios ha puesto en él, como una especie de sal que les impedirá corromperse y les mantendrá en el tormento por toda la eternidad.

412. El religioso, aunque está en un estado de predestinación, debe temer siempre el infierno y su temor debe ser más vivo aún que el de las personas del mundo. Puesto que las gracias que recibe son más abundantes, si llega a abusar de ellas, será mucho más culpable. La santidad de su estado y las luces de la fe - que en él son tan vivas- son causa de que pueda perderse por faltas mucho menos graves que las del mundo; por poco que se olvide del infierno, puede resbalar mucho más fácilmente en aquel abismo de miserias. ¡Qué tormento será para un religioso réprobo el haber perdido a Dios para siempre, el haber perdido la compañía de sus Hermanos y verse ahora mezclado con todos los pecadores no pudiendo, tampoco, acusar a nadie de su pérdida más que a sí mismo!

8.ª Meditación

LA MUERTE

413. *Se ha promulgado un decreto de muerte contra todos los hombres.*

Hay que aceptar la muerte como hombres, con espíritu de sumisión; como pecadores, en espíritu de penitencia; y como cristianos, en espíritu de fe. El religioso exulta de alegría al llegar el momento de su muerte. El hombre -creado por Dios- debe mirarle como su Dueño absoluto y estar siempre dispuesto a recibir todo de su mano poderosa: la salud, la enfermedad y la muerte; todo ello con una gran sumisión. La muerte es un tributo que el hombre debe pagar a su Creador. La muerte es el castigo del pecado; de consiguiente, el hombre debe recibirla en espíritu de penitencia. Es preciso que este miserable cuerpo -que se ha rebelado contra Dios para entregarse a los placeres- quede reducido a cenizas y se convierta en pasto de gusanos. Justo castigo, justa humillación muy merecida por nuestro orgullo y nuestra rebeldía.

414. Por la fe, el cristiano ve a la muerte con mucho menos miedo y temor; sabe que en aquel momento acabarán todos sus trabajos y penas, para comenzar a gozar de una dicha eterna. Sabe que su Dios le hará salir de su tumba algún día para procurarle la gloria, y el triunfo en el día del Juicio Final. La muerte es el triunfo del buen religioso. ¡Con qué alegría ve acercarse su último momento! ¡Qué dicha para él pensar que pronto se unirá a Dios! Todo su consuelo reside en pensar en que, algún día, saldrá de este valle de lágrimas para unirse con su Dios, sin miedo ya de ofenderle, amándole para siempre, no pensando en otra cosa que en alabarle y en ofrecerle sus homenajes, en llegar al puerto de la salvación por toda la eternidad. Si la urgente necesidad de expiar nuestros pecados y de hacer la voluntad de nuestro buen Maestro no nos retuviera, no habría momento en que no suspirásemos por la muerte que es la fuente de la vida.

9.ª Meditación

LA TIBIEZA

415. *Porque eres tibio, estoy pronto a vomitarte de mi boca.*
1.º ¿Cuál es el principio secreto de la tibieza? 2.º ¿Cuáles son sus consecuencias? 3.º ¿Cuáles son sus remedios?

En el estado de tibieza se está cuando uno no está ni caliente ni frío. Este estado nos lleva a tal ceguera que ya no prestamos siquiera atención a nosotros mismos. Este estado arranca de una omisión frecuente y consciente de los pequeños deberes, de una negligencia voluntaria en combatir sus propios defectos, de un alejamiento y temor de cuanto molesta a la naturaleza, de un hastío de las obras de la fe y de las propias de su estado y, por último, de un espíritu de disipación de donde proceden los descuidos en la oración. La tibieza es la fuente del alejamiento de Dios. El tibio es un desgraciado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Las consecuencias de la tibieza son terribles; el tibio llega, incluso, a cometer sacrilegios haciendo sus confesiones por costumbre, sin disposiciones, sin contrición y sin firme propósito; de ahí, vienen luego las comuniones indignas. Para evitar tal desgracia seamos fieles a la oración y a las obras de fe, así como a la exacta observancia de la Regla.

10.ª Meditación

LA VOCACION RELIGIOSA

416. *El pueblo que forman no tiene otro deseo que obedecer y amar.*

El Señor vuestro Dios os ha escogido para que seáis el pueblo propio y particular suyo de entre todos los pueblos de la tierra. 1. Felicidad de la vocación religiosa. 2. Santidad de la vocación religiosa. 3. Fidelidad a la vocación religiosa: "A quienes Dios ha llamado, los ha predestinado; y a quienes ha predestinado, los ha salvado". ¿Habría estado más santo que aquel en que uno se obliga a seguir al Santo de los santos? "Quien perseverare hasta el fin, será coronado".

13.ª Meditación

OBEDIENCIA

417. *El pueblo que forman no tiene otro deseo que obedecer y amar.*

1. Fundamento y principios básicos de la obediencia; 2. Caracteres y principios de la obediencia; 3. Ventajas de la obediencia religiosa.

El fundamento y principio de la obediencia es un espíritu de humildad y de sumisión, una total abnegación y renuncia de sí mismo. El deseo de imitar a Jesús y a María en su obediencia deben animar constantemente al religioso fervoroso. La obediencia debe tener seis caracteres diferentes: debe ser interior, pronta, desinteresada, igual, generosa y perseverante. La obediencia que reúne estos seis caracteres requeridos nos introduce en la paz de Dios, en la paz con el prójimo y con nosotros mismos, recibiendo las órdenes de nuestros superiores como recibiríamos las del mismo Dios. Nos da la paz con el prójimo por la edificación que le damos y a nosotros mismos por la paz de Dios, que nos trae la obediencia perfecta.

11.ª Meditación

LA POBREZA

418. *Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos.*

1º Pobreza religiosa en su espíritu; 2º Pobreza religiosa en sus obras; 3º Pobreza religiosa en sus frutos.

El espíritu de pobreza nos lleva a renunciar a todos los bienes de la tierra y a la esperanza de poseerlos jamás.

12.ª Meditación

LA PUREZA

419. Os he desposado con un solo esposo, que es Cristo, para presentaros a Él como una virgen enteramente pura.

1. La pureza virginal constituye la grandeza del alma inmortal; 2. La pureza virginal constituye la dulzura del alma inmortal; 3. La pureza virginal constituirá la gloria del alma inmortal.

El alma que conserva su pureza virginal, está elevada por encima de los ángeles ya que se conserva tal en un cuerpo de pecado; es la esposa amada de Cristo. Tal alma se encuentra siempre desprendida de su cuerpo y elevada por encima de las cosas de la tierra. La santa familiaridad que le da esta gran virtud para tratar con su santo Esposo, le hace gustar, de antemano, los bienes eternos.

420. Como las luces de la fe están tan vivas en ella, puede conocer mejor y gozar más perfectamente de antemano de las dulzuras de Dios. Esta hermosa virtud constituirá su gloria por toda la eternidad. Las almas castas solas están siempre delante del Cordero entonando divinos cánticos. Hay tres medios para guardar la castidad: la vigilancia, la mortificación y la humildad. Vigilancia pronta, animosa y perseverante, ejercida sobre todos los sentidos. La mortificación debe reinar en toda la vida, lo mismo en las comidas, que en las posturas; un religioso no debe mirar a su propio cuerpo ni debe darle absolutamente todo lo necesario. La humildad le lleva a dominarse a sí mismo y a reconocerse en estrecha dependencia de Dios; de la humildad provienen la oración, la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios.

16.ª Meditación

LA HUMILDAD

421. 1.º Motivos de ejercer la humildad de corazón; 2º Motivos de humildad propios del Instituto de María; 3.º Señales de la humildad religiosa.

Además de los grandes motivos que tenemos para humillarnos considerando la bajeza de nuestra nada, encontramos otros, muy poderosos en el fondo mismo de nuestro corazón en donde brota el germen de toda iniquidad. Un solo pecado mortal nos hace ya indignos de toda atención de parte de Dios. La humildad debe ser la base del estado religioso y sobre todo del religioso de María el cual debe tomar a esta virtud como su estandarte. Tres principios de humildad: el primero, en nuestro corazón; el segundo, en nuestro estado; el tercero... Siendo la humildad nuestro estado, debe inducirnos a su práctica. La humildad nos lleva a parecer ante los ojos de los hombres tales como somos a los ojos de Dios. De ahí procede ese espíritu de anonadamiento propio que nos induce a reconocer a nuestro prójimo por encima de nosotros.

AÑO 1821

1.ª Meditación

EL CAMINO DE LA PERFECCION

422. *Os mostraré el camino de la sabiduría; os conduciré por los senderos de la equidad. Cuando hayáis entrado en ellos, entonces vuestros pasos no se verán impedidos y correréis sin que nada os haga caer* (Prov. 4, 11-12).

1.º El sendero de la perfección sólo parece estrecho a los mundanos; los que sirven a Dios le encuentran ancho. 2.º El sendero de la perfección se ve mucho menos frecuentado que el camino de los mandamientos y es más seguro que él. 3.º El sendero de la perfección es el más corto para llegar a la salvación eterna.

El religioso que camina con ardor por la vía de la perfección, la encuentra suave y agradable; la felicidad que gusta en ella le hace percibir el efecto de la promesa de nuestro divino Maestro que dice: *Mi yugo es suave y mi carga, ligera*. El sendero de la perfección se ve poco frecuentado, lo que demuestra que es más seguro, conforme a aquellas palabras de Cristo: *El camino del Cielo, es estrecho y son pocos los que dan con él*. Un guía que conduce a un viajero por senderos a campo traviesa, le hace abreviar el camino. Del mismo modo, en el sendero de la perfección, nuestro guía es Cristo; al seguir sus huellas, veremos que el viaje es tan dulce y agradable que lo recorreremos sin darnos cuenta.

2.ª Meditación

LA SALVACION ETERNA

423. *Una sola cosa es necesaria: la salvación eterna.*

1. La salvación es el motivo de los sacrificios que hace el alma religiosa. 2. La salvación es el apoyo y el sostén continuo de los sacrificios que hace el alma religiosa. 3. La salvación es la corona del alma religiosa.

Para conseguir su salvación de un modo más seguro, el religioso abandona el mundo, renuncia a sí mismo y, desligado así de todos los vínculos que le atan a la tierra, llega al puerto de la salvación gustando por adelantado la dicha que debe procurarle. El

deseo de salvarnos nos da las fuerzas necesarias para combatir nuestras pasiones y nos sostiene, durante nuestra vida entera, contra los asaltos del demonio. Después de haber trabajado con ánimo y perseverancia en lograr nuestra salvación mientras andamos en este mundo, nuestro divino Salvador nos la dará como recompensa, en el Cielo. El buen religioso encontrará en el seno de Dios la recompensa de todos sus trabajos y la corona que le hayan merecido todos sus sacrificios.

4.^a Meditación

EL PECADO

424. *¿De dónde viene que mi amado ha cometido tantas prevaricaciones en mi casa?* (Jeremías).

1.º El pecado de un religioso es enorme porque está dotado de luces más vivas. 2.º El pecado del religioso es enorme a causa de la santidad de sus deberes. 3.º El pecado del religioso es enorme por que se ve asistido por gracias más abundantes.

La muerte es uno de los mayores castigos que el hombre debe recibir en la tierra. Se le dio a Adán sólo por una desobediencia. Adán, dada su inocencia, poseía un conocimiento perfecto de la bondad de Dios, así como de los demás atributos divinos; este conocimiento precisamente, hizo que su falta fuese tan grande y que mereciese luego tan duros castigos.

425. De la misma manera, un religioso recibe más ilustraciones de Dios merced a las luces de la fe, mucho más abundantes en él que en las personas que están en el mundo y por eso sus pecados serán mucho más culpables a los ojos de Dios. Siendo el estado religioso más santo, las faltas a sus obligaciones son, por lo mismo, mucho más graves. El deber más sagrado del religioso es el de amar a Dios con todo su corazón. Ahora bien: por el pecado desprecia e insulta a ese Dios y, por las faltas a su Regla, le contrista, desobedece y le aflige.

El corazón de un religioso es como un jardín que el Padre eterno se complace en cultivar regándolo con la sangre de su Hijo y fortaleciéndole mediante su gracia, a fin de que, al visitarle a menudo, pueda resarcirse de todos los desprecios y las ingratitudes del mundo. ¡Qué culpable será, pues, el religioso que no corresponde a tan grandes beneficios!

6.ª Meditación

EL JUICIO

426. *Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo.*

1. El Juicio es, para el religioso, un motivo de temor. 2. Un objeto de vigilancia y de celo. 3. Un objeto de consuelo y de alegría.

El Juicio es tan cierto como la muerte. Todos los hombres deberán comparecer en él. Entonces su conciencia quedará patente, viéndose, al descubierto, todas sus palabras y acciones. Satanás será su acusador. La vida del religioso será puesta en la balanza, con la cruz de Cristo en el otro platillo. Motivo de temor para los religiosos cobardes y tibios.

427. El pensamiento del Juicio debe constituir un serio motivo de vigilancia para todo religioso; vigilancia sobre todos sus actos y sobre su conducta entera; y un motivo de celo en pro de su santificación, que le debe llevar a la práctica exacta de todas las virtudes de su estado y a la fiel observancia de sus Reglas. Si se ha mantenido fiel a todos sus deberes, esperará con impaciencia el momento en que comparecerá ante el Soberano Juez, siendo, para él, un motivo de consuelo y de alegría el encontrarse entre el número de los verdaderos servidores de Dios y el ver que es amigo de la cruz, de esa misma cruz que será entonces el terror de los pecadores.

8.ª Meditación

EL PECADO VENIAL

428. *Quien teme al Señor, nada descuida.*

1.º El pecado venial, considerado en su naturaleza y en su malicia. 2.º En sus efectos. 3.º En sus peligros.

El pecado venial no nos condena, pero sí contrista al Espíritu Santo. Cometer un pecado venial equivale a creer que Dios no es bastante grande para merecer toda nuestra fidelidad. Es no querer servir a Dios más que en lo que nos agrada a nosotros. El pecado venial enfría el amor que profesamos a Dios, el cual nos asegura:

Quien no es fiel en las cosas pequeñas, poco a poco cae en las grandes. Por el pecado venial, el demonio tiene entrada en nuestra alma. El pecado venial nos cierra la puerta del Cielo.

10.ª Meditación

LA ORACION

429. 1.^o La oración es el deber y el homenaje del alma religiosa. 2.^o La oración constituye la fuerza del alma religiosa. 3.^o La oración es el consuelo del alma religiosa.

Mi corazón se ha calentado en el interior de mí mismo, y mientras meditaba, se ha encendido en mí un fuego.

11.ª Meditación

LA FE

430. *Si conocieras el don de Dios...*

1.^o La fe es la luz del espíritu. 2.^o Las riquezas de la fe son preferibles a todos los tesoros de la tierra.

Así como Dios hizo que precediera a los israelitas una columna de fuego conduciéndoles a través del desierto, así también nos ha dado a nosotros la fe, para iluminarnos y conducirnos a través del desierto de esta vida. Si conociésemos bien el don que Dios nos ha hecho al darnos la fe, haríamos toda clase de esfuerzos para aumentarla en nosotros más y más. Como los israelitas, sólo debemos caminar al resplandor de esta antorcha que debe llevarnos a la tierra prometida.

12.ª Meditación

EL BAUTISMO

431. La unción que el cristiano recibe, en el momento del bautismo, al abrazar la fe, le hace rey, sacerdote y profeta.

Es rey, puesto que, a causa de su fe, debe reinar sobre su espíritu, sobre su corazón y sobre su cuerpo; son los tres súbditos que tiene que gobernar: su espíritu, sujetándolo a las luces de la fe; su corazón, guiando todos sus afectos por las luces de la fe; su cuerpo, llevándole en conformidad con las máximas que le muestra

la fe. El cristiano es sacerdote; como tal, debe ofrecer a Dios continuos sacrificios de alabanza, acción de gracias, expiación y abnegación. Es también profeta por el conocimiento que la fe le proporciona acerca del porvenir.

19.ª Meditación

LA CONFESION

432. *Hay una confusión propia que atrae la gracia y la gloria.*

1.º La confesión debe ser humilde y entera en la manifestación de las faltas; 2.º Debe ser fervorosa en su arrepentimiento; 3.º Saludable en la fidelidad a los consejos que se reciben.

20.ª Meditación

LA COMUNION

433. *Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él.*

1.º La vida religiosa es una preparación continua a la Sagrada Comunión; 2.º La vida religiosa es una unión continua con Cristo; 3.º La vida religiosa es un fruto continuo de la Comunión.

Los ejercicios de un buen religioso constituyen una preparación continua para la Sagrada Comunión. El deseo habitual que tiene de estar unido con su divino Maestro, hace que sólo suspire por este divino alimento. Una comunión es una preparación para otra.

434. Gracias a la Sagrada Comunión, el buen religioso está unido constantemente a Jesucristo; esta misma unión constituye la dicha de su estado ya que le hace saborear, de antemano, la felicidad de los santos. Debe estar deseando, cada vez más, esta unión a fin de vivir sólo de la vida de Cristo y poder decir como el Apóstol: Yo vivo; pero no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí. La vida religiosa es el fruto continuo de la comunión; este santo alimento nos da fuerzas y reanima nuestro fervor, nos ayuda a vencer nuestras pasiones y a destruir nuestros vicios. Es el arma más poderosa de que disponemos para combatir nuestras pasiones.

21.ª Meditación

CELO POR LA PERFECCION

435. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*

1.º Motivos que animan a un alma religiosa para entregarse a la perfección; 2.º Medios que llevan al alma religiosa a la perfección; 3.º Frutos que coronan la perfección del alma religiosa.

22.ª Meditación

GRANDEZAS DE MARIA

436. María es la Hija única de Dios Padre, predestinada de toda eternidad para ser la Madre del Hijo único de Dios. Fue concebida sin pecado. ¡Con qué cuidado la creó el Creador! En Ella puso todas sus complacencias y de Ella hizo la obra más perfecta después de su divino Hijo. María no tenía más que tres años cuando se consagró a Dios en el Templo. A esa edad hizo el voto de virginidad y el Espíritu Santo la tomó por Esposa querida. El Hijo de Dios se encarnó en sus castas entrañas, siendo su sangre más pura la que formó aquel Cuerpo adorable. La augusta María, por consiguiente, está unida estrechamente a la Santísima Trinidad y, en el Cielo, se encuentra por encima de todos los ángeles y santos. Es un monte más encumbrado que todos los demás montes.

437. ¡Qué amor, qué respeto y qué confianza debemos tener para con esta gran Reina! ¡Qué felicidad la nuestra de estar dedicados a su servicio! ¡Qué ardor debemos poner en hacerla conocer y amar!

Trabajaremos con fruto si comenzamos por dedicarnos a la práctica de cuantas virtudes nos enseñó. Ofrezcámosle el sacrificio continuo de nuestro espíritu, de nuestro corazón y de todas nuestras fuerzas; de nuestro espíritu, trabajando por conocerla y darla a conocer; de nuestro corazón, para amarla y hacerla amar; de nuestras fuerzas, empleándolas todas en su servicio.

438. *Yo camino por las vías de la justicia y por los senderos de la equidad para enriquecer a quienes me aman y llenarles de mis tesoros.*

1.º El amor es la característica más esencial de la devoción a la Santísima Virgen; uno de los dones más preciosos de la gracia y una de las señales más ciertas y dulces de la predestinación; 2º Hay un amor estimativo y de preferencia y otro amor, hecho de sentimiento, afecto y ternura. María los merece todos ellos en un grado soberano después de su divino Hijo.

18.ª Meditación

EL ESPIRITU DE LA COMPAÑIA

439. 1.º ¿Cuál es el espíritu especial del Instituto de María?; 2º ¿En dónde encontrar el espíritu y el modelo del mismo?; 3º ¿Qué medios tenemos más adecuados para adquirir ese espíritu y para seguir el modelo propuesto?; 4.º En el orden de la religión, ¿qué frutos cabe esperar, sin exageración, y con una prudente previsión?

El espíritu especial que debe animar a los Hijos de María es un espíritu interior. El verdadero religioso de María debe erigir, dentro de sí mismo, un templo al Creador del universo, a la augusta Trinidad, a quien tributará continuos homenajes manteniéndose siempre en su presencia, ofrecerá también el continuo sacrificio de sus pasiones, de sus deseos, de su voluntad y de todo su ser. En ese templo estará el altar de María a quien presentará todas sus víctimas para que Ella tenga a bien ofrecérselas a su divino Hijo. En esta buena Madre debe poner toda su confianza para lograr las gracias que necesita; todas sus obras debe animarlas el deseo de agradarle. En la Madre de Dios se encuentra el modelo de todas las virtudes religiosas; en Ella encontrará el servidor de María la fuente de este espíritu interior que debe ser su característica principal. Sigamos el consejo que María nos da al hablar, de su divino Hijo, a los servidores de las bodas de Caná: *Haced cuanto El os diga.*

AÑO 1820

19.^a Meditación

AMOR DE DIOS

440. Dios es esencialmente bueno en sí mismo; no castiga más que cuando se ve precisado a ello y no nos castiga más que por nuestro bien.

Bondad de Dios en la Creación, Redención, Sagrada Eucaristía y glorificación.

El amor de Dios es el cumplimiento de todos los mandamientos, dice San Pablo. 1.^o El amor de Dios es la base y el fin de la vida religiosa; 2.^o El amor de Dios endulza y aligera la vida del religioso; 3.^o El amor de Dios es el coronamiento de la vida religiosa.

20.^a Meditación

LA VIDA DEL ESPIRITU

441. La vida del espíritu es aquella vida sobrenatural que animó a Cristo en la tierra, vida que comunica a los santos que están en el Cielo y a los buenos religiosos aquí en la tierra, aunque de un modo distinto, ya que los santos viven de la vida de Cristo glorificado mientras que los buenos religiosos que están aún en la tierra deben llevar la vida que llevó Cristo crucificado.

Haced conforme al modelo que os fue mostrado. Nuestro Señor Jesucristo se presenta como Modelo de los religiosos: su vida es una vida solitaria, religiosa, penitente; vida de oración, de silencio, de trabajo y de mortificación.

442. *Estáis muertos y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios*.

Para vivir con Cristo hay que morir al mundo y vivir llevando la cruz. Todos los hombres ya desde su nacimiento se ven condenados a la cruz, es decir, a toda clase de penas, sufrimientos y trabajos. Todos los cristianos están consagrados a la cruz por el hecho de su bautismo y por la obligación que en él contraen de imitar a Jesucristo. Todos los religiosos contraen, sobre todo, la obligación de llevar la cruz y clavarse a ella, a causa de la gracia de la vocación

que recibieron. Jesucristo, previendo la relajación de los cristianos y qué poco conforme con su vida sería la de ellos, quiso que, en el seno del estado religioso, se formase un pueblo que se consagrara enteramente a Él hasta el fin de los tiempos. Este divino Maestro quiso ser El mismo el modelo que el religioso tuviera que imitar.

443. El religioso, por consiguiente, tiene la obligación de trabajar sin cesar en la imitación de Jesucristo y de imbuirse de su espíritu, muriendo todos los días a sí mismo y acordándose de que está clavado, en la cruz por sus tres votos principales, como Cristo por los clavos. Si permanece inviolablemente fiel a sus obligaciones, entonces está crucificado para el mundo y morirá todos los días a sí mismo mediante la mortificación y la práctica de las virtudes religiosas.

444. El religioso hijo de María, está aún más atado a la cruz a causa misma de su glorioso título. Al pie de la cruz-en donde este divino Hijo iba a morir-nos ha engendrado María. El alma de María iba a sufrir en aquella ocasión todos los dolores de la cruz, de modo que todos los dolores del Hijo afectarían a la Madre. Entonces es cuando tuvo su cumplimiento aquella primera profecía que, en otros tiempos había hecho el Señor al decir a la mujer: *Darás a luz en el dolor* y maldiciendo luego a la serpiente, le dijo: *Habrás un odio irreconciliable entre la serpiente y los hijos de la mujer.*

En la oración, hay que tratar de:

445. 1.º Comprender la verdad de fe, tema de la oración.

2.º Aumentar su fe, multiplicando los actos de la misma.

3.º Considerar la importancia de la verdad revelada; por eso, alabar y agradecer a Dios.

4.º Aplicarse a sí mismo la verdad revelada; de ahí, como regla de conducta, el arrepentirse de su pasado.

5.º Combatir sus pasiones, desprendiendo el corazón de sus afectos desarreglados y dándole libertad.

6.º Preparar las armas espirituales para atacar a sus enemigos invisibles, defendiéndose de sus insultos.

7.º Aguantar las penas, tribulaciones y enfermedades, animándose a superar los obstáculos que se puedan encontrar en las vías de la perfección. Hay que dirigirse a menudo a la Virgen y a

los santos durante la oración, tomar resoluciones prácticas y rogar a Dios que nos dé fuerzas por medio de su gracia.

Método de la oración mental de San Sulpicio

446. Pregunta: ¿Qué es la oración?

Respuesta: Es una elevación y una aplicación de nuestro espíritu y de nuestro corazón a Dios para rendirle nuestros deberes, exponerle nuestras necesidades y ser mejores para gloria suya.

P.: ¿Cuántas partes tiene la oración?

R.: Tres, a saber: la preparación, el cuerpo de la oración y la conclusión.

P.: ¿Cuántas preparaciones hay?

R.: Tres: la remota, la menos remota y la próxima.

P.: ¿En qué consiste la remota?

R.: En tres cosas: 1.º En una gran pureza de corazón; 2.º En una perfecta mortificación de las pasiones; 3.º En una gran fidelidad en guardar todos sus sentidos, ya sean interiores, ya sean exteriores, contra la vanidad y la curiosidad.

447. P.: ¿En qué consiste la menos lejana?

R.: También en tres cosas: 1.º En prever, ya desde la noche, el tema de la oración y en recordar por la mañana siguiente, mientras uno se está vistiendo, los deberes que tenemos que cumplir para con Dios las consideraciones que habrá que hacer y las resoluciones que uno tomará; 2.º En mantenerse en un profundo silencio y en un gran recogimiento desde la oración de la noche hasta el día siguiente después de la oración; 3.º En ir pronto al lugar de la oración en cuanto llegue el momento, yendo con alegría y humildad a cumplir nuestros deberes para con Dios y a recibir sus órdenes.

448. P.: ¿En qué consiste la preparación próxima?

R.: En tres cosas: 1.º En ponerse en la presencia de Dios; 2.º En reconocerse indigno de comparecer ante Él y de que nos aguante en su presencia; 3.º En reconocerse incapaz de tributarle nuestros deberes y de rezar como conviene.

P.: ¿Cómo os pondréis en presencia de Dios?

R.: Mediante dos actos: un acto de fe, creyendo que está presente en el lugar en donde me encuentro y también dentro de mi corazón; otro acto de adoración de aquella Majestad infinita delante de quien me encuentro.

P.: Al reconocer la indignidad que tenéis de comparecer ante Dios, ¿qué es lo que hacéis?

R.: Hago dos cosas: 1.º Entro en sentimientos de penitencia a la vista de mis pecados, para lo cual hago actos de humildad, confusión y contrición; 2.º Me uno y me abandono a Jesucristo para comparecer ante su Padre en su persona y rogarle en su nombre.

449. Cuatro cosas hay en las que los nuevos religiosos deben poner mucho cuidado si quieren avanzar en la vida espiritual:

La primera es fortalecer la buena voluntad que tuvieron al entrar en religión, y no dejar apagarse aquellos primeros fervores de que dieron pruebas durante su Noviciado.

La segunda cosa a la que el principiante debe prestar mucha atención es el no turbarse por el mal ejemplo de los religiosos tibios o descuidados que encontrará en la religión.

450. La tercera cosa de la que el joven religioso deberá tener especial cuidado es el no juzgar temerariamente las acciones de los demás, particularmente cuando no sabe por qué fin o con qué intención las hacen.

La cuarta, por último, en la que los jóvenes religiosos deberán reflexionar seriamente, es el no dejarse abatir por ninguna adversidad ni tentación; antes bien, arraigar bien en el alma la idea de que estamos destinados a sufrir por Dios todo cuanto, en esta vida pueda ocurrirnos de molesto o penoso.

XVIII

1821. CHAMINADE. (Lalanne)

EJERCICIOS

Notas de J. M. BIDON, con diversas notas de sermones.

Notas personales de J. M. BIDON. Notas del P. LALANNE.

Notas del P. MOURAN (con las conferencias).

Notas de PEDRO BOUSQUET (con los Ejercicios de 1820).

Notas del "cuaderno rojo" de Besançon.

Conferencias acerca de la oración.

1.^a Meditación

451. *Viam sapientiae monstrabo tibi: ducam te per semitas aequitatis, quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui et currens non habebis offendiculum.*

Punto 1.^o Los religiosos que siguen la vía estrecha caminan, sin embargo, con más comodidad que quienes siguen el camino más ancho que es el de los mandamientos.

Punto 2.^o La vía de los mandamientos es menos segura que la de los consejos.

Punto 3.^o La vía de los consejos es más corta; lleva al Cielo más derecho.

2.^a Meditación

452. *Unum est necessarium.*

1. La salvación eterna fue el motivo de entrar en la vida religiosa.

2. Es el sostén de la misma.

3. Y también su recompensa.

3.ª Meditación

453. *Statutum est omnibus hominibus semel mori.* Aceptar la pena de muerte.

1. Como hombres.
2. Como cristianos.
3. Como pecadores.
4. Con una gran alegría los religiosos.

4.ª Meditación

454. *Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?*

Enormidad del pecado de un religioso.

1. Porque ha recibido luces más vivas.
2. Porque tiene que cumplir deberes más santos.
3. Porque ha recibido mayor número de gracias.

5.ª Meditación

455. *Et dolor meus in conspectu meo semper.*

1. Nuestra penitencia debe estar bien fundamentada en sus motivos.
2. Debe ser real en sus efectos.
3. Y constante en su duración.

6.ª Meditación

456. *Omnes nos manifestara oportet ante tribunal Christi.*

1. El Juicio debe ser para todos-pero particularmente para los religiosos-un juicio temible en el que serán pesadas todas nuestras acciones con el peso del santuario.
2. El pensamiento de este Juicio debe ser para nosotros un motivo de vigilancia.

3. El Juicio de Dios es para el buen religioso un motivo de consuelo y alegría.

7.ª Meditación

457. *Vermis eorum non moritur et ignis non extinguitur.* Hay dos clases de suplicios en el infierno:

1. El fuego que no se apaga; un fuego encendido por la ira de Dios, creado expresamente por Él. ¿Cómo será si el que Dios nos ha dado para nuestras necesidades es ya tan terrible? Un fuego mantenido por la ira de Dios, siempre el mismo; un fuego que no consume a la víctima, sino que la conserva a modo de sal.

2. Un gusano que no muere; es la pena de haber perdido a Dios. Pérdida de Dios, grande por su objeto y dolorosa por su modo de ejercitarse. El alma se ve separada de Dios violentamente, a pesar de la atracción infinita que lleva a la criatura hacia su Creador.

8.ª Meditación

458. *Qui timet Deum, nihil negligit.*

El pecado venial no es una quisicosilla poco digna de consideración. Para convencerse de ello, basta considerarlo:

1. En su naturaleza. ¿Es eso temer a Dios? ¿Es eso amarle con todas sus fuerzas?

2. En sus efectos. ¿Con qué castigos ha castigado Dios en todos los tiempos al pecado venial? (David, Moisés, Oza, San Martín).

3. En sus peligros. *Qui spernit modica, paulatim decidet.*

9.ª Meditación

459. *Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo.*

1.º Consideremos en primer lugar las características de la tibieza:

1. Descuido en las cosas pequeñas.

2. Indolencia en corregirse y adelantar.

3. Alejamiento de cuanto contraría a la naturaleza.

4. Disgusto para llevar a cabo las obras de la fe.

5. Estado habitual de disipación.

El fervor tiene características contrarias.

2.º Causas de la tibieza:

1. Enfriamiento de la caridad.

2. El amor desarreglado a sí mismo y al mundo.

460. 3.º Consecuencias de la tibieza: Entre otras, el hastío de su estado, grandes caídas, el sacrilegio y el endurecimiento del corazón.

4º El remedio de la tibieza enseñado por Jesucristo mismo al obispo de Laodicea es: la meditación (colirio) que limpia los ojos y comprar a Cristo, mediante la mortificación, el oro acendrado de la caridad.

10.ª Meditación

461. *Concaluit cor meum intra me et in oratione mea exardescet ignis.*

Punto 1.º La meditación es el deber del alma religiosa; el homenaje peculiar que debe tributar a Dios, ya que ha sido llamada a unirse con Él.

Punto 2.º La meditación constituye nuestra fuerza y nuestro consuelo.

11.ª Meditación

462. *Si scires donum Dei.*

1. La fe es la luz del espíritu.

2. Las riquezas, ventajas y consuelos que nos da la fe, la hacen preferible a todos los tesoros de la tierra.

12.ª Meditación

463. *Si scires donum Dei.*

Merced a la unción del bautismo y al don de la fe, llegamos a ser reyes, profetas y sacerdotes.

1. Reyes, por la sumisión a la fe. Sumisión de nuestro espíritu, de nuestro corazón y de nuestra voluntad; sumisión de nuestro cuerpo al espíritu. Esta sumisión es lo que más contribuye a nuestra grandeza.

2. Sacerdotes. Como consecuencia de nuestra fe, ofrecemos a Dios sacrificios de alabanza en nombre de las criaturas inanimadas; sacrificios de desprendimiento, de privación y de expiación. Así es como logramos riquezas verdaderas y duraderas.

3. Profetas. Las revelaciones de la fe nos dan a conocer el porvenir y lo más interesante para nosotros, lo cual nos llena de consuelo. Adán, en el Paraíso terrenal, estaba en este mismo estado.

13.ª Meditación

464. *Te elegit Dominus Deus tuus ut sis el populus peculiaris de cunctis populis qui sunt super terram.*

1. Santidad de la vida religiosa, dados los peligros de que nos aleja, los deberes que nos impone y el fin que se propone.

2. Felicidad de la vida religiosa por la misma naturaleza de sus bienes.

3. Fidelidad a la vida religiosa, sin la cual no puede darse en ella ni santidad ni felicidad.

14.ª Meditación

465. *Natio illorum obedientia et dilectio.*

Punto 1.º El fundamento de la obediencia religiosa reside en la fe de que obedecemos a Dios cuando obedecemos a los superiores.

Punto 2.º La característica de la obediencia religiosa es que no se obedece sólo exteriormente, sino también de espíritu y de corazón.

Punto 3.º Las ventajas de la obediencia. La principal es la paz del alma.

15.ª Meditación

466. *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum coelorum.*

1. Un religioso debe ser pobre en su espíritu estimando más a la pobreza que a las riquezas. Así hizo y enseñó Cristo.

2. Un religioso debe ser pobre en sus obras: alimentos, vestidos, muebles, remedios... todo debe ser al modo de los pobres tanto como lo permitan las conveniencias de nuestro trato con el prójimo.

3. El religioso gustará los frutos de la pobreza; recibirá el céntuplo en este mundo: *Ipsorum est regnum coelorum.*

16.ª Meditación

467. *Despondi vos uni viro virginem castam exhibere Christo.*

1. Consideremos la grandeza que la pureza virginal otorga al alma inmortal al levantarla por encima del cuerpo.

2. La dulzura que le inspira, en oposición a la brutalidad que da el vicio contrario.

3. Constituye la gloria del alma inmortal. El coro glorioso de las vírgenes acompañará a todas partes al Esposo celestial.

17.ª Meditación

468. *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde.*

1. Consideremos el motivo para humillarse que cada cual puede sacar de su propio corazón, si tiene conocimiento de sí mismo.

2. Los motivos de humildad que encontramos en las mismas prácticas de humildad empleadas en el Instituto.

3. Las señales por las que se reconoce la auténtica humildad.

18.ª Meditación

469. *Accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus: Abba, Pater!*

1. ¿Cuál es el espíritu del Instituto de María? Es el espíritu interior, el cual nos lleva a adorar continuamente a Dios en nuestro corazón como si fuese un templo, a imitación de la augusta María.

2. ¿Cuál es el principio y el modelo del espíritu interior? Es la augusta María, la cual ha vivido para Dios sólo, llevándole siempre consigo, en una sumisión total a sus voluntades.

3. ¿Cuáles son los medios que el Instituto pone a nuestra disposición para formar este espíritu en nosotros?

- La práctica de los consejos evangélicos.
- La imitación y protección de la Virgen.
- Las reglas particulares con las que educa a sus miembros.

4. ¿Cuáles son los frutos que cabe esperar? La santificación de sí mismo, el triunfo de Cristo en las almas y la gloria de María.

19.ª Meditación

470. *Est confusio adducens gloriam et gratiam.*

Es la confusión saludable de la confesión. La confesión debe ser:

1. Humilde y total en la manifestación de las faltas.
2. Fervorosa en la contrición. A los ojos de la fe, el pecado, aun el más ligero, es un mal que el hombre jamás deplorará bastante. Es una ofensa a Dios; daña al alma que lo comete.
3. Fiel en sus resoluciones. Hay que guardar en lo íntimo del corazón las palabras que nos ha dirigido el ministro de Cristo.

20.ª Meditación

471. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, manet in me et ego in eo.*

1. La vida religiosa es una preparación continua a la comunión.
2. La vida religiosa es un estado de unión constante con Cristo.
3. La vida religiosa es el fruto de buenas comuniones.

21.ª Meditación

472. *Et vos estote perfecti sicut et Pater vester perfectus est.*

En la vida religiosa hay que considerar:

- 1.º Los motivos de la perfección: 1. La vocación; 2. El ejemplo;
3. Las obligaciones; 4. Los votos.
- 2.º Los medios.
- 3.º Los frutos: santificación de los demás y de sí mismo.

XIX

1821. CHAMINADE. (Bidon)

EJERCICIOS

1.ª Meditación

VENTAJAS DE LA VIDA RELIGIOSA

473. Os enseñaré el camino de la sabiduría; os conduciré por los senderos de la equidad; cuando hayáis entrado por ellos, vuestros pasos no serán estorbados, sino que correréis sin que nada os haga caer (Prov. 4, 11-12).

Punto 1.º El sendero de la perfección no parece estrecho y difícil más que a los mundanos. Los que sirven a Dios lo encuentran anchuroso. Procuremos conocer la causa de esta disparidad de juicios; radica en la diferencia de disposiciones en que se encuentran unos y otros. El yugo del Señor se le encuentra lleno de dulzura por quien carga con él con generosidad y lo lleva con constancia.

474. Punto 2.º El sendero de la perfección se ve mucho menos frecuentado que el camino de los mandamientos; pero es mucho más seguro. El criado que no hace, en rigor, más que lo que le ordena su amo es mucho menos digno y, por consiguiente, está menos seguro de lograr su protección en las necesidades, que quien no se contenta solamente con obedecer a los mandamientos, sino que se adelanta a adivinar los deseos de su amo. Seamos todo de Dios con todo nuestro corazón; de ese modo, Él será todo nuestro.

475. Punto 3.º El sendero de la perfección es el más corto para llegar al término de la salvación; primero, por la dulzura que se experimenta en servir a Dios con fidelidad y, en segundo lugar, por los grandes y numerosos medios que la vida religiosa brinda a quien la abraza; medios de purificarse más y más, de ofrecer a Dios sacrificios generosos, de satisfacer más ampliamente a su justicia por la penitencia de la cual la vida religiosa es una práctica continua.

2.ª Meditación

LA SALVACION

476. *Una sola cosa es necesaria* (Luc. 10, 42).

Punto 1.º La salvación eterna es el motivo de los sacrificios que hace el alma religiosa. En efecto, ¿hay acaso algo más a propósito para inducirnos a abrazar los medios más eficaces de salvarnos, como el penetrarse, por la fe, de su importancia? Oigamos, una vez más, al oráculo divino que nos dice:

¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? (Mc. 3, 36).

Punto 2.º La salvación eterna es el apoyo y el sostén del sacrificio del alma religiosa. Nada anima tanto al trabajo y nada sostiene tanto el ánimo como la esperanza de una recompensa o el temor de un mal que se espera evitar y, sobre todo, cuando los resultados deben durar mucho tiempo. ¿Qué influjo, pues, no ejercerá sobre nosotros una fe viva sobre la necesidad de la salvación eterna en la que no podemos fallar sin incurrir en la condenación eterna?

Punto 3.º La salvación eterna es la recompensa del sacrificio que hace el alma religiosa. Prueba de ello es también el mismo oráculo lo divino que nos asegura que quien lo haya dejado todo para ir tras de Cristo recibirá el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro (Mc. 16, 30).

1.ª Conferencia

SOBRE LA NATURALEZA DE LA ORACION

3.ª Meditación

LA MUERTE

477. *Se ha promulgado un decreto contra todos los hombres condenándoles a morir* (Sagrada Escritura).

Punto 1.º Como hombres, debemos aceptar la muerte con sumisión.

Punto 2.º Como pecadores, debemos aceptar la muerte en espíritu de penitencia.

Punto 3.º Como cristianos, debemos aceptar la muerte en espíritu de fe.

Punto 4.º El religioso triunfa sobre la muerte con alegría.

NOTA: Por esta meditación podemos honrar a Dios como Creador satisfacer a su justicia por este acto de penitencia, imitar a Jesucristo, el cual murió por nosotros, y, por último, recibir la muerte con fe y con transportes de júbilo ya que es el fin de nuestra peregrinación, nos hace nacer a la vida eterna y nos hace entrar en posesión del sumo bien.

4.ª Meditación

CAUSAS DE LA ENORMIDAD DEL PECADO COMETIDO POR UN ALMA RELIGIOSA

478. *¿De dónde viene que mi amado ha cometido tantas prevaricaciones en mi casa?* (Jer. 11).

Punto 1.º El pecado de un religioso es enorme ya que goza de luces más vivas que el común de los cristianos, y porque el estar convencido de las verdades relativas a la salvación le ha inducido a escoger tal estado para ponerle en mayor seguridad y obrar la salvación con mayor facilidad. Despertemos en nosotros los sentimientos que teníamos en aquella época tan feliz de nuestra vida.

479. Punto 2.º El pecado de un religioso es también enorme a causa de la santidad de sus deberes. En efecto, escogido por un Dios infinitamente santo a fin de que tienda sin cesar a unirse con Él y para ser uno de los príncipes de su corte, estando siempre a su lado, ya incluso en esta vida, ¿no estaremos de acuerdo en que, si bien todos los pecados están en oposición con Dios, los de los religiosos-cuya vida debe ser una tendencia continua a la más alta santidad-lo están aún más?

Punto 3.º El pecado de un religioso, por último, es enorme a causa del gran número de gracias de las que se ve rodeado, las cuales son otros tantos medios de purificarse de los pecados pasados y de preservarse de los venideros.

Usemos, pues, bien de las gracias que Dios nos otorga a este fin.

5.ª Meditación

LA NECESIDAD DE LA CONTRICION HABITUAL

Véase la meditación 6.ª; cuaderno del año 1820.

6.a Meditación

EL JUICIO

480. *Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo* (II Cor. 4).

Punto 1.º La fe en el Juicio debe constituir para nosotros un motivo de temor porque tal juicio lo hará un Juez implacable, infinitamente clarividente, exacto, sin misericordia. Creamos.

Punto 2.º La fe en el Juicio debe ser para nosotros un motivo de vigilancia y de celo. Cuantas veces nuestro adorable Salvador nos habla de la muerte y del juicio, termina por exhortarnos a la práctica de estas dos virtudes: *Velad y orad- nos dice-para que no os veáis sorprendidos cuando venga el Hijo del Hombre.*

Punto 3.º La fe en el Juicio- que nos induce al temor; el temor, a la vigilancia y a la oración para lograr el cumplimiento de todos nuestros deberes- hará nacer y mantener en nosotros el consuelo la alegría que brota necesariamente del testimonio de una buena conciencia. Esforcémonos por adquirir y conservar, por la gracia de Dios, esta dichosa disposición.

7.ª Meditación

EL INFIERNO Y LA ETERNIDAD DE LAS PENAS

481. *El gusano que le roe no muere y el fuego que le quema, no se apaga* (Mc.).

Punto 1.º Por "gusano roedor e inmortal" nuestro adorable salvador entiende los tormentos que padecerán los condenados en su alma a causa del arrepentimiento inútil, los remordimientos desgarradores, la rabia, la desesperación que les causará la pérdida de Dios y de todos los bienes de los que Dios es y será eternamente la fuente inexhausta. La consideración de los bienaventurados-de cuyo número podían haber sido-obligará a cada uno de los condenados a decir: "Sí. Estoy condenado. Y estoy condenado por mi culpa. Me alejé de Dios durante la vida. Ahora me

arrojará de sí por toda la eternidad." ¡Qué verdad tan terrible y espantosa!

482. Punto 2.º Por el fuego que arde en el infierno y que no se extinguirá jamás, Jesucristo entiende un fuego verdadero, encendido por la justicia de Dios y conservado por el soplo de su ira. Dado, además, que durante toda la eternidad, la misericordia de Dios no podrá ejercerse, y que el pecador subsistirá sin cesar llevando encima su pecado sin poder satisfacer a Dios ni obtener de Él el perdón, los suplicios del infierno serán tan duraderos como su causa; es decir, que serán eternos. Ejercitemos nuestra fe en esta terrible verdad.

8.ª Meditación

EL PECADO VENIAL

483. *Quien teme a Dios, nada descuida* (Eccle. 7).

Punto 1.º El pecado venial, por su propia naturaleza, es una carencia de temor de Dios. Su malicia llega hasta querer negarle el servicio. ¡Qué desorden! Todas las desgracias del universo son nada en su comparación.

Punto 2.º En sus efectos, que son: debilitar la gracia en nosotros, contristar al Espíritu Santo y fortalecer la concupiscencia. Si nos queda aún algún deseo de salvarnos eternamente, cortemos por lo sano.

Punto 3.º Los peligros. De entre ellos sólo consideremos el mayor: el exponernos a caer en pecado mortal y, por lo mismo, a la reprobación eterna.

9.ª Meditación

LA TIBIEZA

Véase el cuaderno del año anterior, 9.ª Meditación.

10.ª Meditación

LA ORACION MENTAL Y SU FINALIDAD

484. He sentido a mi corazón recalentado dentro de mí y en la meditación se ha encendido el fuego (Ps. 38).

Punto 1.º La oración es la obligación y el homenaje que el alma religiosa tributa a Dios. ¿Hay algo más justo y razonable? Desempeñémosla con fidelidad y piedad.

Punto 2.º La oración constituye la fuerza del alma religiosa ya que mediante este santo ejercicio, atrae sobre sí a la gracia y la gracia es omnipotente. Con ella, el alma lo puede todo, como lo asegura San Pablo cuando dice: Todo lo puedo en Aquél que me da fuerzas.

Punto 3.º La oración es, al mismo tiempo, el consuelo y la alegría del alma religiosa. Quien dude de ello, no tiene más que hacer la experiencia, con tal que vaya con pureza de intención en espíritu de fe, confianza, humildad y perseverancia.

11.ª Meditación

LA EXCELENCIA DEL DON DE LA FE

485. *Si conocierais el don de Dios (Jn. 4).*

Punto 1.º La fe es la verdadera luz del espíritu, el cual, como sólo ha sido creado para conocer a su Autor, no puede llegar a ello sino por medio de la fe, la cual le proporciona esta ventaja inapreciable. Al mismo tiempo, la fe regula sus deberes, funda sus esperanzas, dirige sus afectos hacia ese adorable dueño que le ha revelado. ¡Oh don precioso! ¿Quién sería capaz de estimaros suficientemente y agradecerlo dignamente a Aquél de quien lo tenemos?

486. Punto 2.º Las riquezas de la fe son infinitamente preferibles a todos los tesoros de la tierra; es el fundamento, la raíz y el acrecentamiento de cuantas obras nos hacen operar la salvación; si queremos lograrla, sigamos las reglas que nos prescribe; y si este asunto tan importante lo aseguramos infaliblemente, ¿qué otra cosa quedará por asegurar? Ninguna. Por consiguiente, es el más rico de todos los tesoros. Roguemos al Señor, que se digne aumentarla y avivarla en nosotros.

12.ª Meditación

EXCELENCIA DE LA FE CONSIDERADOS LOS CARACTERES DE GRANDEZA QUE COMUNICA A LOS CRISTIANOS

(Mismo texto que en la anterior)

487. "Gracias a la unción celestial de la fe que recibimos en el bautismo-dice San Juan Crisóstomo-somos, a la vez, reyes, sacerdotes y profetas.

Punto 1.º Como reyes que somos, debemos someternos a la fe. Tal sumisión constituirá nuestra grandeza. El hombre que cree, es verdaderamente grande, incluso según Dios.

Punto 2.º Como sacerdotes, debemos inmolarlo todo en aras de la fe. Este sacrificio universal constituirá nuestra riqueza: 1. Sacrificio de adoración y de alabanza a Dios como sacerdotes de las criaturas inanimadas. 2. Sacrificio de desprendimiento de todas las cosas como viajeros que van por la tierra en ruta a la Patria celestial. 3. Sacrificio de las privaciones, negándose cuanto la fe prohíbe o condena. 4. Sacrificio de expiación por la penitencia, por los pecados pasados y para prevenir los futuros. 5. Sacrificio de resignación viendo en todo, por la fe, la voluntad de Dios. 6. Sacrificio de abnegación, no buscándonos a nosotros mismos en nada y buscando a Dios y su beneplácito en todo.

488. Punto 3.º Como profetas, debemos vivir en la esperanza de las promesas de la fe. Esta esperanza nos llenará de consuelo, alegrías, fuerza e intrepidez. Ya que somos tan débiles e inconstantes, armémonos con el escudo de la fe, la cual nos hará triunfar sobre cuanto podría ser un obstáculo a los planes de Dios sobre nosotros, de ese, Dios que desea ardientemente nuestra salvación eterna y que nos brinda medios tan eficaces para realizarla.

13.ª Meditación

LA VOCACION A LA VIDA RELIGIOSA

489. *El Señor vuestro Dios os ha escogido para que seáis el pueblo peculiar suyo de entre todos los pueblos de la tierra (Deuteronomio, 7).*

Punto 1.º Santidad de la vocación religiosa. Nos ha escogido el mismo Dios, el cual es la santidad misma y quiere que seamos santos, y grandes santos. ¿Lo creemos así? Entremos en sus intenciones. Punto 2.º Felicidad de la vocación religiosa: En realidad, es el Paraíso anticipado en el que debemos hacer el aprendizaje de aquel amor que nos absorberá por toda la eternidad si somos fieles.

Punto 3.º Fidelidad a la vocación religiosa. No hemos hecho promesas a un hombre, ni a una Orden religiosa, sino al Señor, nuestro soberano Dueño. Ahora bien: si tan a pechos tomamos el cumplir una palabra dada a los hombres, ¿qué debemos hacer tocante a Dios? Seamos consecuentes.

14.ª Meditación

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

Ver cuaderno de 1820, 13.ª Meditación.

15.ª Meditación

LA POBREZA RELIGIOSA

490. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos (Mat. 5).

Punto 1.º Su espíritu es de renuncia universal a cuanto se posee y a cuanto se podría poseer legítimamente. Desprecio de las riquezas.

Punto 2.º Debe hacerse sentir en nuestras obras y debemos querer que algo nos falte, ya sea en lo que se refiere a las comodidades de la vida, ya en lo que respecta al vestido, etc.

Punto 3.º Sus frutos. Son el cumplimiento de las promesas hechas por Jesucristo: "Quien por su amor haya dejado todo... recibirá el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro" (Mc. 10, 29-30). Véase el cuaderno de 1820, 11.ª Meditación.

16.ª Meditación

VENTAJAS DE LA PUREZA VIRGINAL

491. *Os he desposado con este Esposo único que es Cristo para presentaros a Él como una virgen pura* (II Cor. 3, 11).

Punto 1.º La pureza virginal- a causa del voto que se hace de ella-forma la verdadera grandeza del alma inmortal.

Punto 2.º Constituye las delicias del alma inmortal.

Punto 3.º Constituye su gloria en este mundo y la garantía de la gloria eterna. ¡Qué motivos tan poderosos para dar gracias a Dios y para prometerle fidelidad, constancia y valor en su servicio tan glorioso y tan digno de ser amado!

Véase el cuaderno del año anterior, 12.ª Meditación.

17.ª Meditación

LA HUMILDAD DE CORAZON

492. "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mat. 11)

Punto 1.º Los motivos de humildad radican en el conocimiento de nosotros mismos, de nuestro propio corazón. Sondeémosle a la luz de la antorcha de la fe y comprobaremos el cumplimiento de aquella palabra del profeta Jeremías: "Vuestra humillación está dentro de vosotros."

Punto 2.º Las prácticas de humildad vigentes en el Instituto de María no se establecieron sin razón. Deben ser, para nosotros, otros tantos motivos que nos induzcan a practicar esta hermosa virtud.

Punto 3.º Señales de humildad: obediencia pronta y cordial en todo y para con todos los superiores; considerarse feliz en verse olvidado, preterido, despreciado; no hablar en absoluto de sí mismo sin necesidad, ni de cuanto se relaciona con nosotros: parientes, fortuna, consideraciones, nacionalidad, etc.

Véase el cuaderno del año anterior, número 16.

18.ª Meditación

EL ESPIRITU DEL INSTITUTO

493. Punto 1.º Es un espíritu interior, el cual consiste en hacer vivir a cada uno de sus miembros en una perfecta y constante unión con Dios, correspondiendo fielmente a cuantas gracias recibe cada día. De este modo, el corazón de un religioso debe ser una especie de oratorio, un lugar de retiro, una casa de oración, en una palabra,

un templo a donde gusta retirarse a menudo para dar a Dios humildes gracias, dirigirle fervorosas oraciones, exponerle sus necesidades y las del prójimo e interesarse por el bien de la Iglesia. Pero en todos estos santos ejercicios, el religioso de María le hace entrar a Ella en todo y por todo, ya que por Ella y con Ella se esfuerza constantemente por llegar a la perfección a la que se siente llamado con la dulce confianza de que, bajo la protección de su tierna Madre y abogada, llegará infaliblemente a conseguirla, tomando a María por Patrona y modelo, puesto que cree que imitar a María es imitar a su adorable Hijo, fin capital de nuestra gloriosa vocación.

494. ¿Qué medios tenemos a nuestra disposición para adquirir este espíritu interior? Muchos; pero de entre ellos distinguimos tres principales:

1.^{er} medio: La práctica de los consejos evangélicos. Meditándolos asiduamente y penetrando el sentido enteramente divino que encierran encontraremos las reglas infalibles para vivir según Dios. ¿Ya las conocemos?

2.^o medio: El ejemplo admirable de las virtudes que la Santísima Virgen nos ha dado a lo largo de su vida entera.

3.^{er} medio: La fidelidad a las sabias reglas del Instituto, cuyo fin es hacernos tender sin cesar a la perfección más alta y más sublime. Cumplámoslas, pues, con todo el afecto de que la gracia nos haga capaces y con la mayor fidelidad, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes.

19.^a Meditación

LA CONFESION FRECUENTE

495. Tiene tres caracteres, que son:

1. Humilde e íntegra en la acusación de las faltas. Guardémonos bien de excusarnos, lanzando culpas a diestra y siniestra; al revés: atribuyámoslas a nosotros únicamente. Para asegurar su integridad, sepamos que nos confesamos a Dios mismo. ¿Qué medio tendremos de ocultarle nada? ¿No lo ha visto todo y no lo sabe todo antes, incluso, de que cometiéramos las faltas y los pecados de que nos acusamos?

2. Debe ser fervorosa en el arrepentimiento. Si debemos mantenernos en un estado habitual de contrición es, sobre todo, en el momento de la confesión cuando debemos renovar los sentimientos más vivos de contrición, acudiendo a la consideración de lo que pueda conducirnos a tan feliz resultado, por ejemplo, la enormidad del pecado, la bondad de Dios para con nosotros, los sufrimientos de Cristo, las penas del infierno, etc.

3. Debe ser saludable por la fidelidad en seguir exactamente los avisos que se nos den, como remedio de nuestras debilidades y preservativo para el porvenir.

22.ª Meditación

EL AMOR QUE DEBEMOS TENER PARA CON LA STMA. VIRGEN

496. Hay dos clases de amor: el de estima y aprecio y el amor de benevolencia y ternura.

Punto 1.º Debemos amarla con el primero de estos dos amores, teniendo en cuenta sus eminentes prerrogativas, su grandeza y dignidad. Pensemos un poco: ¿Cuánto hizo el Señor por Ella; para su belleza, sus perfecciones, sus grandezas y su divina maternidad? Echando mano de toda su omnipotencia, el Señor- no nos quepa la menor duda- hizo cuanto pudo para hacerla digna de su amor y del nuestro. Entremos, pues, en sus planes y consagremos a María, después de a Dios, todos los afectos de estima y de aprecio de que seamos capaces.

497. Punto 2.º Debemos también tener a María un amor de benevolencia y de ternura. Los merece en razón del amor, de la ternura y de la caridad con los que su amable corazón arde en amor por nosotros. ¿Quién podría comprender la altura, la anchura y la profundidad de este océano de caridad? ¿Quién podría comprender cuánto quiere enriquecernos de bienes espirituales? ¿Quién podría comprender de qué males quiere librarnos? María comparte con Jesús, bajo todos los aspectos, los sentimientos y las disposiciones del corazón de su adorable Hijo, el cual es el Dios de la caridad: *Deus caritas est.*

Conferencia del tercer domingo de Adviento

498. *Preparad los caminos del Señor; enderezad sus senderos* (San Lucas 3, 4).

La rectitud de la conducta cristiana debe caracterizarse por el desinterés, la humildad, la severidad para consigo mismo y la caridad para con el prójimo.

Punto 1.^o El desinterés se realiza en la práctica, mediante la pureza de intención, el celo por la gloria de Dios y por buscar constantemente lo que más le agrade hasta llegar al olvido completo de sí mismo.

Nuestro adorable Salvador es un modelo perfecto de él; oigámosle decir: *Yo no busco mi propia gloria sino la de Aquél que me ha enviado.*

Punto 2.^o La humildad. Para convencernos de su necesidad, no tenemos más que recordar aquel oráculo divino: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.* Y aquel otro, también del Señor: *Cuando hayáis acabado cuanto teníais que hacer, decid: Siervos inútiles somos.* Meditemos estas adorables palabras. Así desinflaremos nuestra suficiencia y nuestra vanidad.

499. Punto 3.^o La severidad consigo mismo. Para justificar esta proposición, escuchemos, una vez más, a la sabiduría eterna la cual nos amonesta que, para ser discípulo suyo, hay que renunciar a sí mismo, aborrecerse a sí mismo; odiar todo odio. Toda renuncia supone, necesariamente, severidad, pues *el reino de los cielos sufre violencia.*

Punto 4.^o La caridad para con el prójimo. Recordemos aquí el mandato de Nuestro Señor: *Amad al prójimo como a vosotros mismos; amaos los unos a los otros como Yo os he amado; y, por último, quien ama a su prójimo, cumple toda la Ley.*

Navidad

LAS CUALIDADES QUE JESUCRISTO DEJA VER EN EL ESTABLO Y EN EL PESEBRE DE BELEN

500. Primeramente está allí en calidad de sacerdote y víctima, ofreciendo en aquel altar el sacrificio matutino que luego continuará

a lo largo de su vida hasta consumarlo por el sacrificio vespertino en la cruz. ¡Qué confianza debe nacer en nuestros corazones a la vista de esta amable y venerable prerrogativa!

En segundo lugar, aquí está en calidad de rey sentado en su trono. Está llamando para que acudan los pastores y los Magos, en cuyas personas están representadas todas las naciones sobre las que tiene un dominio absoluto. Pero es un rey muy distinto de los reyes de la tierra; se abate para elevarnos a nosotros; se hace pobre para enriquecernos; sufre para ahorrarnos los castigos que habíamos merecido; durante su vida entera caminará delante de nosotros para animarnos a seguirle; nada quiere exigirnos que antes Él no lo haya hecho. Resolvámonos, pues, a vivir bajo su amoroso imperio. La posesión de su reino y de Él mismo será nuestra recompensa si le somos fieles.

501. En tercer término, aquí está como Maestro, para enseñarnos. Si no lo hace ahora por medio de su palabra, su silencio y su ejemplo, son infinitamente más elocuentes a nuestro corazón y nos enseñan todas las verdades. Si le consideramos con espíritu de fe, en efecto, a sus pies aprenderemos la grandeza de Dios, la malicia del pecado, el rigor de la justicia divina, la inmensidad de su infinita misericordia, el vacío y la nada de todas las cosas creadas, etc. Vayamos, pues, a escucharle humildemente. Nos veremos obligados a reconocer que Él es el único que *tiene palabras de vida eterna*.

Circuncisión del Señor

EL SANTO NOMBRE DE JESUS

502. Las virtudes que, en este pasaje, practica Jesús, son reglas para la circuncisión de nuestros corazones.

1. Su sumisión a esta ley penosa y humillante destruirá en nosotros el amor de la independencia, tan funesto para la salvación eterna.

2. Su pobreza- que Él mismo ha escogido al nacer- nos prescribe el desprendimiento y desprecio de las riquezas, fuente fecunda de toda clase de injusticias e iniquidades.

503. 3. Su mortificación debe hacer brotar en nosotros un horror saludable por los placeres sensuales y animarnos a la práctica de una sincera penitencia tan indispensable para la salvación, ya sea

para expiar nuestros pecados, ya para preservarnos de cometerlos en lo sucesivo.

4. Sus humillaciones, que llegan hasta el anonadamiento, deben producir en nosotros un santo horror de los honores mundanos y un amor sincero hacia la humildad.

Día de la Presentación

FRUTOS QUE DEBEMOS SACAR DE LA MEDITACION

DE ESTE MISTERIO

504. 1. Una profunda sumisión a las voluntades de Dios, sin buscar jamás pretextos para dispensarnos de su cumplimiento. Aquella ley no se había dado ni para Jesús ni para María. Jesús era el mismo legislador y la santidad por esencia; María era Virgen, aunque también Madre. ¡Cuán propio es este ejemplo para animarnos a practicar todos los puntos de la santa ley a pesar de la repugnancia que nuestra naturaleza corrompida nos hace experimentar tan a menudo!

2. Un vivo agradecimiento hacia Dios Padre-quien ha enviado a su adorable Hijo para salvar al mundo- y hacia Jesús, digno de todo nuestro amor, ya que se compromete y se ofrece a servirnos de rescate.

3. El espíritu y las obras de una sincera penitencia para satisfacer a la justicia de Dios, por mediación de su adorable Hijo, el cual se ofrece a todo el rigor de su justicia, para satisfacer por nosotros y dar valor- por sus méritos infinitos-a lo poco que, por nuestra parte, podemos hacer. Entremos, pues, cuanto podamos, en los sentimientos y disposiciones de este amable Salvador.

Sobre la presunción

EJEMPLO Y CAIDA DE SAN PEDRO

505. La presunción es este estado de suficiencia propia en que nos encontramos cuando creemos, que por nosotros mismos solos, podemos llevar a cabo el bien y evitar el mal.

Punto 1.⁰ Por el mismo hecho, este vicio detestable nos induce a descuidar los medios que la divina bondad nos ofrece y nos recomienda a menudo en el Santo Evangelio; es decir, la

vigilancia y la oración: *Velad y orad*- dice el Señor- *para no caer en la tentación*.

506. Punto 2.º La presunción nos lleva a la curiosidad. San Pedro quiso ver en qué acababa todo aquello del prendimiento de Jesús, exponiéndose a cumplir la profecía que acababa de hacer su buen Maestro. ¡Cuántas veces hemos caído en el pecado sólo por querer saber lo que habríamos debido ignorar siempre! Examinemos, con los ojos de la fe, el peligro al que nos expone esta maldita inclinación. Gimamos por los pecados que nos induce a cometer y mantengámonos en guardia en lo sucesivo.

507. Punto 3.º La presunción lleva a la obstinación. A pesar de que la conciencia protesta a menudo, la presunción grita aún más fuerte; así acabamos por ser sus miserables esclavos.

Punto 4.º Por último produce la temeridad, la cual nos lleva a exponernos, voluntariamente, a las ocasiones de pecado y a cometerlo. ¡Dichosos de nosotros si el remordimiento de la conciencia no nos deja tranquilos! Que su voz produzca en nosotros aquella impresión que produjo en San Pedro la dulce mirada de su buen Maestro y nos haga producir, como Él, frutos dignos de penitencia.

¡Dios mío! Creo firmemente que no puedo hacer nada, en orden a mi salvación eterna, si tu gracia no me asiste.

XX

1821. CHAMINADE (Bidon)

1ª Meditación

SOBRE LA DICHA DE QUE EL ESPIRITU DE DIOS NOS LLEVE
POR LOS SENDEROS DE LA EQUIDAD

508. Abrumado por el sueño, no oí bien la exposición de este tema; exposición que fue larga. Durante el poco tiempo que quedó para meditarla, deduje que era preciso abandonarse a la dirección del Espíritu Santo. Para obligarle a cumplir esa promesa, tomé la resolución de estar de pie durante todo el tiempo dedicado a la exposición de los temas de meditación.

2.ª Meditación

LA SALVACION ETERNA, MOTIVO, APOYO, SOSTEN Y
RECOMPENSA DE LOS SACRIFICIOS QUE HACE EL ALMA RELIGIOSA

509. Gusté medianamente esta consoladora verdad, reconociendo que, si me he mostrado a menudo cobarde y abatido, era por no dirigir mis miradas sobre este dichoso fin y por no excitar la fe sobre él. Resolución: ejercitarme en la práctica de la humildad.

3.ª Meditación

LA MUERTE Y DISPOSICIONES CON LAS QUE DEBEMOS
ACEPTARLA EN CUANTO HOMBRES, CRISTIANOS Y PECADORES

510. Ciertamente ofrece muchos consuelos al alma religiosa; pero yo, apenas hice otra cosa que mostrarme de acuerdo con estas verdades. No experimenté sentimientos vivos ni tomé resoluciones particulares.

4.ª Meditación

CAUSAS DE LA ENORMIDAD DEL PECADO DE UN ALMA RELIGIOSA

511. Quedé convencido de la justicia de estas razones y rogué al Señor que me imbuyese de ellas con espíritu de fe, y que sacase de ellas consecuencias saludables.

5.ª Meditación

SOBRE LA NECESIDAD DE LA VIRTUD DE PENITENCIA

512. En esta conferencia quedé más convencido aún que en las anteriores de la importancia del tema. Confesé al Señor que carecía de estos sentimientos y le rogué- a mi parecer, con humilde confianza que me los infundiese. Interesé a la Santísima Virgen y a los santos que habían sobresalido en esta virtud pidiéndoles que me la obtuviesen. Hice algunos actos interiores que, por hoy, fueron objeto de mis resoluciones; sobre todo reprimir la costumbre que tengo de quejarme por la menor cosa.

6.ª Meditación

SOBRE EL JUICIO EN GENERAL

513. Hice actos de fe acerca de esta verdad, rogando al Señor que me la aumente y vivifique a fin de que, por una convicción sentimental, llegue a vivir en una fidelidad tan perfecta a esta verdad que pueda comparecer con confianza ante el Señor. Sentí la necesidad de volver algunas veces sobre estas terribles verdades. Ninguna resolución.

7.ª Meditación

EL INFIERNO Y LA ETERNIDAD DE LAS PENAS

514. Estuve más seco y árido que en ninguna otra meditación, y sumamente distraído, tanto, que llegué a pensar: "No tienes fe." Entonces me trasladé en espíritu al infierno, oyendo los gritos y aullidos de aquella terrible morada. Rogué al Señor- aunque sólo un poco - que me diera a gustar esta verdad; luego, durante la Santa Misa, pedí, aunque débilmente, este favor y acabé tomando la resolución, un poco por compromiso, de imaginarme, durante el día entero, estar en espíritu a las puertas del infierno.

8.ª Meditación

EL PECADO VENIAL

515. No me impresionó gran cosa. Reconocí que, en una infinidad de circunstancias, había tomado poco en serio la gravedad

de mis faltas. Me excité al arrepentimiento de esta falta de contrición y rogué a Dios que me diera a saborear esta verdad. También rogué a San Crisóstomo-el cual sólo temía al pecado-que me obtuviera esta gracia. Resoluciones generales; y en particular de practicar la humildad.

9.ª Meditación

PELIGROS QUE HAY EN EL ESTADO DE TIBIEZA

516. Bajo los cuatro aspectos reconocí que si este estado no hubiera sido permanente en mí, no tendría ahora tantos motivos de temer. Gracias a la misericordia de Dios, me he visto preservado del quinto carácter, o sea, del hastío oculto de mi estado. Resolución reiterada de practicar la humildad a la vista de tantos y tan graves descuidos.

10.ª Meditación

LA ORACION MENTAL

517. Procuré penetrarme bien, ante el Señor, de la verdad contenida en la plática que usted ha hecho y rogué a los santos que más se habían distinguido en este santo ejercicio, que me obtuvieran este don tan precioso. Mientras estoy escribiendo ahora, reconozco que he descuidado a menudo la preparación remota sobre todo. Tomé la resolución de no volver a descuidar tan santa precaución.

11.ª y 12.ª Meditaciones

ACERCA DE LA FE

13.ª Meditación

LA VOCACIÓN RELIGIOSA

He estado ausente.

14.ª Meditación

LA OBEDIENCIA Y SUS VENTAJAS

518. La pasé toda entera en coloquios con mi alma, con mi corazón y con Dios. Me humillé por las faltas cometidas contra esta virtud. Pedí a Dios el conocimiento, el amor y, sobre todo, la práctica de ella, y ya que no se obedece de una manera meritoria sin humildad, renové la misma resolución de otras veces.

15.ª Meditación

LA POBREZA EVANGELICA

519. Me ejercité en considerar esta hermosa virtud en nuestro divino Modelo. Le rogué que me diera alguna parte en la misma y volviendo al medio de amar esta virtud, comprendí un poco que no podía adquirirla sin humildad. Consiguientemente, resolución particular de adquirir esta virtud y hacer converger todo hacia ella: oración, Misa, comunión, mortificación, etc., sobre todo, el examen particular.

16.ª Meditación

PRIVILEGIOS DE LA PUREZA VIRGINAL

520. No tuve que hacer otra cosa más que llenarme de confusión a la vista de mis descarríos de la vida pasada. No tuve cuidado de aspirar a la gloria de la pura virginidad; pero sí tomé la resolución de esforzarme por acercarme todo lo más posible a este estado tan glorioso, mediante la práctica de la castidad más estricta y con la incertidumbre de llegar al día feliz en que renovaremos los votos, renové éste que ofrecí a Dios por mediación de la Sma. Virgen.

17.ª Meditación

LA HUMILDAD: SUS MOTIVOS Y SUS SEÑALES

521. No podría describir hasta qué punto estoy ayuno de esta virtud. No se pasa día alguno en que no falte a ella varias veces, sea en punto a cosas temporales, sea tal vez más a menudo, en punto a las espirituales. Reconocí que jamás me había calado el oráculo de San Pablo: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?

18.ª Meditación

EL ESPIRITU DEL INSTITUTO DE MARIA

522. Quedó muy poco tiempo para la meditación personal. Me gustó bastante lo que se dijo; renové el acto de consagración.

19.ª Meditación

LA CONFESION. LO QUE DEBE SER

523. El mayor fruto que saqué fue reconocer que, habitualmente, me olvidaba por completo de las advertencias saludables que recibía al confesarme. Hablé sobre el particular y me aconsejaron que pusiese, como correctivo, el tomar una resolución particular como uno de los frutos de los Ejercicios.

20.ª Meditación

LA SAGRADA COMUNION

524. Apenas acabada la exposición del tema, tuve que ocuparme en otra cosa. Sea lo que fuere de ello, no hay nada en todo esto cuyo cumplimiento entero y perfecto no lo ande deseando.

21.^a Meditación

EL CELO QUE DEBEMOS TENER PARA LOGRAR NUESTRA PERFECCION

525. Quedé muy convencido de esta verdad. Actualmente reconozco que los motivos para ello son apremiantes; los medios, eficaces; que estoy muy lejos de lograrla, si bien me doy cuenta, ahora más que nunca, de que estoy obligado a tender hacia ella sin cesar y por último, que tengo que trabajar en ello metódicamente y con orden.

A continuación van las resoluciones que ofrezco al Señor, bajo la protección de la Purísima María, Patrona y Madre del Instituto:

526. 1. A lo que me parece, mi pobreza espiritual ha constituido, para mí, un obstáculo para seguir un punto: Aplicarme a combatir mi pasión dominante mediante la práctica de la virtud contraria. Creo haber reconocido, positivamente, que era el orgullo. Por eso, quiero decidirme, de un modo especial, a la práctica, o más bien, a la adquisición de la santa humildad, refiriendo y dirigiendo hacia ella todas mis oraciones, meditaciones, exámenes particulares y prácticas exteriores según las circunstancias, etc.

2. Aplicarme a seguir fielmente las advertencias saludables que reciba de mi confesor; advertencias que reconozco haber olvidado siempre, apenas me las habían hecho.

3. Meditar, una vez por semana, sobre una de las verdades fundamentales referentes a la salvación eterna, como los novísimos.

4. Dar cuenta, todos los meses, del modo cómo hago la meditación u oración, ya sea a mi confesor, ya sea al Jefe de Celo.

XXI

15 octubre 1821. CHAMINADE (Mouran)

EJERCICIOS EN SAN LORENZO

1.^a Meditación

LA PERFECCION

527. 1. Todo bien, en el orden sobrenatural, lleva a Dios ¡Pero qué difícil es que no sea desviado! Llevamos la gracia en *vasos muy frágiles*. ¡Cuántas piedras de escándalo se encuentran cuando no está uno vigilante! y ¿qué vigilancia se va a tener cuando se vive como el común de los cristianos? A fin de cuentas, el hombre de mundo encuentra que los mandamientos, le ordenan cosas muy difíciles de guardar; por eso, despreocupado y desalentado, lo echa todo a rodar: oraciones y sacramentos. Las mismas personas del mundo que quieren vivir como buenos cristianos unen, a la observancia de los mandamientos, algunas prácticas de perfección. De ese modo se ponen al abrigo del naufragio. ¡Qué ejemplo para nosotros!

2. El camino de la perfección es el más corto. Se va a Dios siguiendo una línea recta, sin que la cobardía de los mundanos la fuerza. ¡Qué fácil es llegar al fin cuando se camina derecho y sin trabas!

3. Resolución: hacer con gran exactitud los exámenes particulares para ver cómo ando.

2.^a Meditación

LA SALVACION

528. 1. ¡Oh Dios mío! Todo es nada sin Dios. La nada, con Dios, se trueca en realidad. Loco es el que quiere ser feliz sin Dios. Pero para quien ama a Dios, todo se le convierte en bien y en felicidad: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. Pero Dios es perfecto. Sólo siguiendo la vía de la perfección se puede encontrar un ser perfecto y cuanto más se avanza en tal vía, más pronto y seguramente se lo encuentra. La perfección religiosa salva un pequeño número, y quienes de un modo eficaz quisieron salvarse, vivieron como religiosos; por ejemplo, San Luis. Pero esta gracia tan

importante hay que pedirla mucho. En ese caso, es un signo de predestinación y se asegura la salvación.

2. Por consiguiente, las almas predestinadas se han embarcado en las vías de la perfección religiosa. Llamadas a la perfección y a la salvación, fueron dóciles a la voz de Dios y se han visto muy contentas de ver que la salvación eterna era el motivo de obedecer a la voz de Dios.

529. 3. Este pensamiento- que sostiene la vida religiosa- no se ve exento de tribulaciones y de pruebas que se superan viendo a Dios, y que hay que salvarse, y entonces se abrazan los consejos, sostenido y como arrastrado por este pensamiento. ¡Dios mío que me habéis hecho saborear este pensamiento: dadme fuerzas para que me sirva continuamente de él!

4. La salvación eterna es la recompensa del estado de perfección religiosa. Ahora, Dios mío, empiezo a lanzarme hacia Vos, quizá porque me amo demasiado a mí mismo. Os veo. Sois mi recompensa ¿Qué no deberé hacer por Vos? Contemplo vuestras amabilidades, vuestras perfecciones adorables; todo es para mí, si camino con perseverancia por la vía de la perfección.

3.ª Meditación

LA MUERTE

530. 1. *Se ha promulgado un decreto que establece la pena de muerte para todos los hombres.* Debemos aceptarla como hombres y como pecadores y morir en cristiano como hombres. Por un efecto libre de las disposiciones del Creador, Adán, antes de pecar, no estaba sometido a la muerte.

2. Pero como pecador, debía morir, como todos los hombres también mueren a causa de su pecado: *Per peccatum mors intravit in mundum.* Cristo mismo ¿no se quiso someter también a la muerte?

531. 3. Pero el medio de vencer a la muerte, de embotar su aguijón, es morir como cristiano: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* ¡Qué consolador es el término del viaje cuando ese término es feliz! Pero, ¿quién conoce bien el estado de su alma? Tengo que vivir en un santo temor por lo que respecta a la mía: *confige timore tuo carnes meas.* Trabajad con temor y con temblor

para lograr vuestra salvación, y después, contando con la gracia de Dios, puedo creer que estoy predestinado a salvarme.

2.º día

ENORMIDAD DEL PECADO DE LAS PERSONAS CONSAGRADAS A DIOS

532. Habiendo recibido estas personas luces más vivas, sus deberes de estado son más santos y están prevenidas por gracias más abundantes.

1. Dios no se queda en deuda conmigo para compensarme lo que tengo la dicha de hacer por Él; creo que Él hace infinitamente más por mí. ¡Cuántas gracias y luces se complace en comunicarme algunas veces sobre todo cuando tengo la dicha, por su gracia, de hacer algo únicamente por Él! Sería yo muy ingrato si no lo hiciera. Pero lo que ahora quiero, ¿lo quiero siempre en Él y con Él? ¡Dios mío! Cuando así me porto con Vos y cuando nada quiero más que en Vos y por Vos, entonces vivo en calma, esperando con paciencia y resignación; pero ¿y mi amor propio?... No. No quiero más que el bien y ser un instrumento del bien! etc.

533. 2. Más de una vez me habéis dado a entender cuáles eran mis deberes de estado; pero ¡qué tacaño he sido hoy con Vos! Quiero renunciar a mí mismo; quiero secundar las mociones de vuestra gracia. Dios mío, dadme fuerzas mediante la meditación de la penitencia. Esta debe ser amarga en los sentimientos, sólida en las obras y constante en su duración.

534. 1. ¿He ido siempre al sacramento con sentimientos de amargo dolor? Al repasar ahora las que he hecho en mi vida, ¿cuántas confesiones encuentro perdidas? ¿He tenido pesar por esta pérdida tan funesta?

2. Las obras de penitencia, sin duda alguna son el perfeccionamiento de las acciones de la vida. ¿Cómo las he hecho? ¿Cómo he cumplido mis obligaciones religiosas?

3. ¿Acaso no me he relajado? ¿He comulgado verdaderamente bien? Haz examen.

3.^{er} día

EL JUICIO

535. Es un motivo de temor, de fervor y de vigilancia; sobre todo, de consuelo.

1. *Confige timore tuo carnes meas; a judiciis tuis timui.*

Sobre este texto he hecho mi meditación; me ha parecido temer la muerte. Los santos han tenido miedo al Juicio; por ejemplo, San Jerónimo. ¡Dios mío! La fe me enseña la severidad de este Juicio También la razón me da a conocer su necesidad, ya que siendo Dios soberanamente justo, debe castigar el vicio y recompensar la virtud, lo cual no se verifica en este mundo cuyos juicios son tan injustos. ¡Dios mío! ¡Qué aparato! ¡Qué sentencia! El sol lo iluminará todo. ¡Qué testigos!

2. Prevenir la severidad de este juicio juzgándome severamente en este mundo y haciendo bien todo cuanto hago, etc.

3. Será un medio seguro para no tener que temer nada; y para esperararlo todo... Estado del cuerpo...Separación...Luz penetrante. Justicia en todo...

4.^o día

SOBRE EL INFIERNO

536. *Vermis eorum non moritur et ignis non extinguitur.* Aquel gusano roedor es la pena de haber perdido a Dios. Es la pena de daño. Al aplicarme a conocer a Dios, siento que aumenta proporcionalmente el deseo de poseerle. El alma se siente atraída fuertemente hacia Él, que es el objeto de su amor; pero se ve rechazada fuerte e irresistiblemente. ¡Qué penosas son las negativas en este mundo! ¡Y cuántas he sufrido ya! Pero, Dios mío, será una cosa muy distinta el que Vos me rechacéis. Os amo tan poco. ¿Qué sería si os amase tanto como los condenados? Cuanto más os amase, más sensible sería la privación de Vos. Ya que todo el hombre ha pecado, todo el hombre debe ser castigado.

537. El abuso de los sentidos fue la puerta principal por donde entró el pecado; es preciso que los sentidos sean castigados. La parte superior del alma sufre con los chascos que nos da la razón y

la voluntad; la parte inferior y sensible sufre por las sensaciones horriblemente penosas que experimenta; el cuerpo le está asociado; fue compañero y órgano de sus placeres criminales; debe hacerle ahora compañía en sus suplicios. ¡Dios mío! Haz que tema al infierno para que lo evite. ¿Acaso me habrías predestinado a la muerte?

Sobre el pecado venial: naturaleza, efectos y peligros

538. 1. Se le llama ligero. Sin embargo, desde el momento en que es una ofensa a Dios, ya es un gran mal, mayor que la ruina de una ciudad, de una provincia, de un reino o del universo entero; no es lícito cometerlo ni siquiera para extinguir el infierno. "Es ligero", se dice. Pero si lo llevamos al tribunal de Dios, es castigado allí con las penas del Purgatorio, y tales penas son- según algunos Santos Padres las mismas penas del infierno salvo en lo de la esperanza. "Es ligero." Sí, pero el Hijo de Dios ha querido preservar de él a su Madre para que estuviese a la altura del misterio de la Encarnación; pero David, a causa de un censo, perdió 30.000 súbditos; y Oza fue fulminado por la muerte; y 20.000 betsaítas fueron víctimas de una mirada criminal y heridos de muerte, y Moisés no entró en la tierra prometida... Todos estos pecados eran ligeros y veniales. Sin embargo, ved la venganza en que incurrieron. Es preciso, pues, que me mantenga bien en guardia contra el pecado venial.

Sin embargo, contar con la bondad de Dios y regularlo todo para superar los escrúpulos.

1.ª Serie

539. *Concaluit cor meum intra me et in meditatione mea exardescet ignis.* La meditación es un deber, la fuerza y el consuelo del alma.

1. Dichoso deber el de la oración, el de conversar con Dios, etc.

¡Qué feliz me considero cuando un hombre, semejante mío, aunque más elevado en categoría que yo, me permite hablar con él!

Dios me hace ese mismo honor, y hasta me impone la obligación de hacerlo. Mil acciones de gracias le sean dadas por ello.

540. 2. ¡Qué pobre soy entregado a mí mismo! ¡Qué pronto recobro la fuerza al conversar con Dios! Fuerza para someterme, etc. El corazón recobra su fuerza, arrojándose en Dios. Así acabaré todas mis meditaciones: hay que trabajar siempre por el Instituto; empaparme de su espíritu, etc...

3. La meditación no debe consistir en combinaciones ociosas, sino en unirse a Dios. ¡Qué feliz es uno en tan buena compañía! *Melior est dies una...* En adelante seré más observante, más agradecido... (Esta meditación es de ayer por la noche.)

SOBRE LA TIBIEZA

541. *Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore de meo.*

Principios de la tibieza: efectos y remedios.

1. La tibieza me es casi habitual; sin embargo, no me gusta; querría ser fervoroso. El autor de la Imitación ¿me da alguna seguridad con respecto a mi estado? ¿Cuáles son los principios básicos de la tibieza? Mi vida, demasiado ocupada en el ministerio, mis estudios, mis clases; estoy demasiado absorbido por pensamientos dominantes, aunque buenos, tal vez. ¡Dios mío! Dame el silencio de la imaginación.

2. La tibieza sería funesta en sus consecuencias. Efectivamente, ¿no es acaso, un desprecio de Dios y una injuria que se le hace? ¿Puede uno mantenerse en el bien? *Quia tepidus es.* Mi tibieza ¿no es, aunque involuntaria, la causa de mis faltas?, etc.

3. Remedio: abrir al director espiritual la conciencia; fidelidad y obediencia.

2. LA FE

542. *Si scires donum Dei.*

La fe es la única luz del espíritu, preferible a todas las riquezas y a todos los tesoros de la tierra.

1. ¡Qué dicha la de haber recibido las luces de la fe! Sin ella todo es tinieblas; pero con ella todo se ilumina en su santa oscuridad. La historia de la razón es la historia de los errores y de las

aberraciones de toda laya. La de la fe, en cambio, no presenta variación alguna en la serie de los tiempos. ¡Qué dicha la mía al haber recibido sus luces! Pero ¿ha sido siempre la fe la antorcha que me ha guiado? Sin embargo, la fe es la columna de fuego que debe conducirme a través del desierto de este mundo, hasta la tierra prometida.

543. 2. ¿Qué riquezas son preferibles a las de la fe? Los mártires y los primeros cristianos conocieron su valor mejor que yo.

3. Las riquezas de la fe son preferibles a todos los tesoros. Encarnación del Verbo, economía admirable de la religión y felicidad eterna... de las cuales no se puede gozar sino por la fe: *sine fide, impossibile est*, etc. Verdades consoladoras y estimulantes, etc. El don de la fe, por consiguiente, es el más valioso de todos los dones. ¡Dichosos quienes están enriquecidos con él, con tal de que vivan de ella! Reproches que tenemos que hacernos al comparar nuestra situación con la de los pueblos infieles: *Vae tibi Corozain*, etc. ¡Cuántos pueblos, si la fe les hubiese iluminado, serían mejores! Desgracia de quienes la perdieron.

3. LA FE

544. *Si scires donum Dei.*

Excelencia de la fe a causa del carácter que imprime en el cristiano haciéndole rey, sacerdote y profeta.

1. La unción sagrada del bautismo es una unción regia. El hombre regenerado por el bautismo, reina sobre el demonio, sobre el mundo y sobre sus pasiones. A los apóstoles se les compara a los reyes: *reges gentium*. Se los destina a juzgar, con Cristo, a las tribus infieles de los judíos: *sedebitis et vos*, etc. El Cristianismo tiene el cetro del mundo: *dabo gentes hereditatem tuam*, etc. Cada claustro lleva el cetro por indiviso.

545. 2. Es sacerdote. Su vida es una serie seguida de ofrendas que presenta a Dios. También es víctima si es fiel y se asocia a la víctima de la redención mezclando la sangre de Cristo con sus lágrimas. Es sacerdote y víctima al mismo tiempo, ya que participa del sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedech.

3. Es profeta. Se le manifiesta el porvenir en medio de la Revelación, se le rasga el velo del tiempo y sus miradas, animadas por la fe, alcanzan hasta la eternidad: *Agnosce, christiane,*

dignitatem tuam, et divinae consors factus naturae, noli in veterem vilitatem, redire..., con lo cual perderías toda tu nobleza. ¡Qué tema de meditación!

5. LA VOCACION RELIGIOSA

546. *Dominus te elegit ut sis el populus peculiaris de cunctis populis qui sunt super terram.*

Santidad de la vocación religiosa. Dicha de la vocación religiosa. Fidelidad a la vocación religiosa.

1. Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles: *No sois vosotros quienes me habéis elegido a Mí, sino que soy Yo quien os ha elegido a vosotros para que vayáis y logréis fruto.* Lo mismo hay que decir de la vocación religiosa o eclesiástica: "El Santo de los Santos es quien llama." Hay que mirar aquello a que nos llama como digno de Él y, por consiguiente, todos somos llamados a ser santos. Se es santo cuando se cumplen bien los preceptos evangélicos; pero es mucho más santo quien practica los consejos evangélicos. A eso precisamente tiende la vida religiosa; en ella los consejos están a la par de los preceptos. Pero ¿cuántas gracias nos concede Dios en ella?

547. 2. Qué feliz es uno cuando vive según su vocación! El espíritu se encalma, el corazón se llena de contento, incluso el cuerpo mismo -tan importuno en la vida ordinaria-está sujeto a las leyes de su estado; el mundo carece ya de tempestades, las pasiones están en calma y los consuelos espirituales son a menudo tan abundantes que hay que rogar a Dios que los modere. Pero hay que ser llamado a ella. Vos sabéis, Dios mío, mi afecto hacia este santo estado; pero os contentáis con que trabaje por él y con que aliente a quienes puedan serme confiados.

548. Sí, Dios mío, me entrego a esta obra durante mi vida entera...

Espíritu de esta obra... Es el único y que le conviene. Dios proporciona siempre el remedio a la enfermedad y al enfermo. Hay que conquistar el mundo. Pero sólo por este medio se lo conquistará. Esto se prueba por las bendiciones que Dios derrama sobre este grano de mostaza, primeramente tan pequeño, que ahora se va haciendo tan grande y que tiende a crecer más y más. ¡Ojalá se extienda por todas partes! Tales son los deseos de mi

corazón. Tal será también constantemente la meta de mis débiles trabajos.

3. Cuanto más se recibió de Dios, mayor cuenta hay que darle. ¡Cuántas gracias se reciben tras de la de esta vocación especial, la cual es ya, de por sí, una gracia tan grande! ... Fidelidad a la Regla, al espíritu de la Regla. Así se asegura la felicidad en este mundo y en el otro.

2. LA OBEDIENCIA

549. *Natio iliorum obediencia et dilectio.*

Fundamentos y principios básicos de la obediencia. Característica de la obediencia religiosa; ventajas de la obediencia.

1. En la naturaleza, todo obedece. El poder del Creador no encuentra resistencia alguna en los seres irracionales o inanimados. Los astros tienen marcada su órbita; la tierra, su fecundidad; los animales siguen su instinto; todo concurre a la armonía general. ¿Sería el hombre, dotado de razón, el único que resistiría a la voz de su Creador? Pero Dios no siempre habla por sí mismo; ha establecido una jerarquía entre los seres racionales. Unos están al frente de los otros. Si estos últimos no obedecen, se colocan, evidentemente, en oposición con la voluntad de Dios.

550. De estas ideas generales, paso a la religión del voto. ¡Qué sacrilegio no obedecer cuando uno mismo se ha comprometido a una obediencia legítima y según la voluntad de Dios! El sacerdote prometió obediencia a su obispo y el religioso, a su superior. Sería una monstruosidad el hacerse culpable de un perjurio tan criminal.

2. La obediencia debe ser pronta, sin réplica, íntegra y constante. A Dios no le agrada la flojera en su servicio. Se despide a un criado cuando sirve mal a sus dueños. ¿Qué amo paga mejor que Dios? ¿Hay algún otro que pague con más esplendidez?

551. 3. La obediencia dispensa de la responsabilidad, produciendo la calma. Cuando uno hace lo que le mandan, ya no es responsable más que del modo cómo lo hace. Así se adquiere esta feliz semejanza con Cristo, el cual obedeció hasta la muerte, y también con la Virgen, la cual obedeció hasta la muerte de su Hijo y cuya vida fue la realización de aquella palabra suya: *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

3. LA POBREZA

552. *Beati pauperes spiritu, etc...*

La pobreza religiosa en su espíritu, en sus obras y en sus frutos.

1. La pobreza voluntaria no sólo promete, sino que, de hecho, nos da la felicidad del Cielo. ¡Qué sublime es el lenguaje del Evangelio! ¡Feliz en la pobreza!

En la pobreza voluntaria; esto es así, en realidad, a los ojos de la fe. Dios se encarga de quienes lo han abandonado todo por Él ya que es justo y recompensa cuanto se hace por Él y también porque es Dios, Dueño de todo, pudiendo así recompensar como Dueño que es: Vete, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y luego ven y sígueme. Sin embargo, la pobreza es muy difícil e, incluso, imposible sin la gracia, si se quiere, de hecho, vivir según su espíritu. Hay, pues, que pedirla a Dios.

553. Por lo demás, este espíritu no se contenta con haberlo dejado todo, sino que ya no desea nada. Incluso, el abandono de las riquezas que no se poseían, no es la pobreza. Los Apóstoles dejaban muy pocas cosas, pero fueron pobres porque renunciaron al deseo de poseer.

2. Las obras de la pobreza se cumplen, pues, en medio de un perfecto abandono. San Luis no era menos pobre, a pesar de su púrpura, que el religioso más pobre cubierto de su hábito.

3. Los frutos de esta pobreza son la abundancia de las riquezas espirituales con las que Dios colma al alma que se desprende de todo. Este céntuplo en este mundo es un gusto anticipado de la eternidad.

6. LA CASTIDAD

554. *Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo.*

La pureza virginal constituye la grandeza, la dulzura y la gloria del alma inmortal.

1. ¿Hay algo más sublime que el desposarse con Cristo? Las vírgenes se le asemejan y acompañarán al Cordero a donde quiera

que vaya. Semejantes a los ángeles-y quizá más elevadas que ellos van tras del Hijo de Dios a todas partes no separándose jamás de su divino Esposo, formando el cortejo eterno del Esposo virgen. Es una cosa digna de notarse lo que los Ambrosios, los Crisóstomos, etc., han dicho acerca de la virginidad.

2. ¡Qué dulzura! ¡Qué calma inunda la conciencia! El vicio opuesto, cuando uno no se deja guiar más que por la pasión, produce efectos muy diferentes: ¡qué turbación!, etc.

3. El hombre se eleva por encima de los ángeles, ya que triunfa sobre su cuerpo- del que carecen los ángeles-; ya no se pertenece a sí mismo, sólo a Dios, etc.

2. LA HUMILDAD

555. *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde.*

1. La humildad debe residir en el corazón y en el espíritu. El corazón se hincha y se exalta muy fácilmente, etc. ¡Cuántos reproches tendría uno que hacerse a este respecto! ¿Quién? ¿Quizás quien esté sin pecado? Entonces, ése no soy yo. El corazón se exaspera al encontrar contradicciones; pero ¿de qué sirve tal susceptibilidad?

558. El entendimiento. Pero ¿qué distancia hay entre un sabio y un loco? El espacio de un cabello. En un solo instante, el más sabio puede convertirse en un loco de atar. ¿Tengo yo algo que no lo haya recibido de Dios? Y si no tengo nada por mí mismo, ¿por qué me lo atribuyo? Hay que amar esta virtud y ponerla en práctica constantemente. No hay virtud alguna sin la humildad: *Qui sine humilitate virtutes... quasi in...*

7. LA CONFESION

557. *Est confusio ad gloriam.*

1. Sin duda alguna, la confesión es un acto penoso para quienes tienen que declarar cosas difíciles de decir; se requiere la fe, en cuyo caso, la dificultad se reduce a nada; uno sabe que merecería una confusión mucho mayor si le tratasen como merece su pecado. ¿Qué no ha costado a Cristo? ¿La propia humillación de su gloria? *Semetipsum exinanivit.* La ignominia y la muerte: *Vulneratus est propter peccata nostra,* etc. Esto induce a decir a

San Pablo que hemos sido rescatados a gran precio: *Empti estis pretio magno*. Es preciso, pues, que la declaración de las faltas sea íntegra, franca y sincera.

558. 2. Pero sería muy poco el humillarse mediante unas acusaciones que algunas veces, incluso, se exageran por una vanidad insensata; es preciso que las acompañe la contrición. Ya sea pecado venial o pecado mortal, desde el momento en que constituye materia de confesión, es preciso tener dolor de él. Este es indispensable. Sin él, el sacramento sería, nulo. ¿He tenido siempre este dolor? ¿Lo he pedido al Autor de toda gracia? Esta es una de las mayores; no se trata de resucitar a un cadáver, sino de volver a dar la vida al alma.

8. LA PERFECCION

559. *Estote ergo vos perfecti sicut Pater vester perfectus est.*

Motivos del celo con que debemos darnos a la perfección; medios y frutos de ese celo.

1. La voz de Dios. Advertencia en el fondo del alma a todas las faltas que cometo; invitaciones interiores... "quien no avanza, retrocede." Ejemplo de los santos. Cristo mismo crecía en edad y en sabiduría. El celo le devoraba.

2. Medios para lograr la perfección: la vigilancia, la oración, el deseo ardiente, exámenes frecuentes y una unión tal con Dios que nada pueda romperla. Meditaciones diarias sin faltar nunca a ellas, atención dirigida únicamente al ejercicio actual; renovando esta atención en cada ejercicio, etc.

560. 3. Frutos. Amor de Dios y descanso en Dios. Efectos maravillosos de la gracia: calma interior, ánimo siempre renaciente, desprendimiento de las criaturas, seguridad en las obras, prudencia unida a la sencillez en todo: tales son los frutos de este celo.

561. ¿En qué consiste la oración mental? En aplicar el espíritu a Dios o a cosas buenas considerándolas en Dios. Esta definición podría convenir a la meditación de las cosas de Dios y a la oración propiamente dicha.

De ordinario, se señalan tres clases de oración: la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Propiamente son los grados de la oración, la cual debe ser una como imagen de Dios fuertemente impresa

en nuestra alma; es decir, en la razón, en la voluntad y en la memoria. La razón se purifica durante la oración, al contacto con Dios; la voluntad se fusiona con la voluntad de Dios y la memoria recuerda sin cesar los beneficios de Dios.

El primer grado de oración se tiene en la vía purgativa. El alma se ocupa en esta oración bastante tiempo para efectuar la purificación, primero de las manchas mortales; luego, de las menores faltas voluntarias regulando y dominando las pasiones, reconociendo los defectos dominantes y trabajando por vencerlos. En una palabra se lava el alma y sólo cuando está bien limpia se pasa al segundo grado que pertenece ya a la vía iluminativa. Ahora se está construyendo el edificio y puliendo sus piedras; es decir, que uno se ocupa de la práctica de las virtudes consideradas a la luz de la fe. Se pasa luego al tercer grado, que consiste en permanecer siempre con Dios, absorto en Dios. La oración no es obra de Dios solo, ni tampoco: del hombre solo, sino del hombre y de Dios. Sin duda alguna la gracia imprime el movimiento a todo; pero sirviéndose del hombre el cual emplea todas sus facultades en este santo ejercicio.

562. Estamos compuestos de cuerpo y de alma; la unión de ambas sustancias es tan inseparable durante la vida, que el cuerpo no actúa más que por las previas mociones del alma, sirviéndose ésta ordinariamente de este cuerpo en el ejercicio de sus facultades. Por eso el cuerpo tiene también su participación, aunque material, en la oración. En ella no es un extraño ni un ser inútil, ya que dispone al alma mediante la compostura modesta y fervorosa. Si el cuerpo se mantiene de rodillas, inspira sentimientos de humildad y compunción; sus ojos son las ventanas por las que el alma se alza hacia la divinidad; si se tienen cerrados en un como silencio profundo de su actividad, entonces se concentra el alma en la divinidad. Pero el alma actúa principalmente como dueña que se sirve del cuerpo a su voluntad o bien contemplando mediante el entendimiento y la razón-en cuyo caso no sería más que una meditación filosófica o bien aplicándose, mediante la voluntad, los frutos de la contemplación para ser mejor; en este caso es cuando propiamente puede hablarse de oración mental.

563. La memoria, en este punto, no es extraña, ya que el recuerdo de los beneficios de Dios, como Autor y Redentor, es una poderosa palanca para elevar el alma entera hasta Dios.

Sentimos con la parte inferior de nuestra alma la cual experimenta dificultad en gobernar útilmente el mundo de los sentimientos. En la oración la parte superior del alma, tan intemperante y tan desordenada en sus deseos, los modera, no admitiéndolos más que en Dios y con Dios. A menudo la imaginación causará estragos; es preciso que las demás facultades le ayuden en su tarea. Una flor contemplada en Dios... unas imágenes de cosas sensibles, monumentos de la grandeza de Dios...; hay que dejarlas que nos invadan durante algún tiempo, y a veces pueden ser muy útiles en la oración; pero hay que tenerla siempre bien dominada e impedirle que nos arrastre. El uso de la oración propiamente dicha es un efecto de una gracia muy particular; tal gracia hay que pedírsela al Señor: *Domine, doce nos orare.*

564. Hay que distinguir también tres clases de oración: la meditativa, la afectiva y la contemplación. La meditación, como operación del entendimiento que es, se hace por la repetición de una verdad, por ejemplo, y es buena para los principiantes. Se repite verbalmente aquella verdad—por ejemplo: *Creo en Dios*—después se repite mentalmente, se la acepta y ama por medio del corazón; luego se pasa a otra y así sucesivamente.

565. La acción de Dios se ejerce sobre la razón, sobre el entendimiento y sobre la voluntad. El hombre que no meditase más que siguiendo sus propias luces naturales, no haría oración. Es preciso que el espíritu de Dios eleve esta oración e inflame nuestra voluntad. Por poco que uno se esfuerce por hacer oración, no carecerá, en este santo ejercicio, de toda la asistencia de Dios. Él es quien hace lo más. Dios no pide al hombre más que poner en juego su voluntad a la que El mismo impulsa por medio de su gracia por poco que el hombre quiera entregarse a ella... Dios da los afectos e ilumina por medio de sus ilustraciones e, incluso, algunas veces, por medio de visiones. Pero hay que desconfiar de esta última clase de oración. Con la mayor facilidad puede uno equivocarse acerca de ella.

566. Hay que distinguir tres formas de orar: la meditación, el afecto y la contemplación. En la meditación se toman una o varias verdades útiles que la memoria puede recordar y proponer a la razón, examinándolas a la luz de la fe. Luego viene el trabajo de adaptarlas y de rezar para ello; luego, se toman las resoluciones más adecuadas. Por consiguiente, aunque la meditación sea sólo

meditación, va siempre acompañada de afectos. En ese caso, la voluntad se apodera del tema y el corazón lanza dulces y frecuentes afectos hacia Dios, con lo cual la acción de Dios se hace más sensible, si bien no se la observa tanto en la meditación o consideración. Una misma verdad puede ocupar durante mucho tiempo, el alma. Hay que dejar obrar a Dios. Si vienen las distracciones, no se les hace caso si son ligeras; pero si persisten, hay que humillarse profundamente y anonadarse ante Dios. La contemplación es la oración de los perfectos; en ella ya no se ve más que a Dios y el hombre sólo se une con Él. Los esfuerzos humanos no entran en ese feliz estado, sino en calidad de disposición. Es la consumación.

XXII

1821. CHAMINADE (Anónimo)

Manuscrito J. B. Fidon, G.G.

1. De la oración

Conferencia dada por el P. Chaminade durante los Ejercicios de 1821

1. Naturaleza – 2. Finalidad – 3. Principio – 4. Clases de oración

1. NATURALEZA DE LA ORACION

567. ¿Qué es la oración? Es un ejercicio del espíritu que se eleva a Dios, sea para alabarle, para unirse a Él, para tratar, ante Dios, sobre lo relativo a la salvación eterna, o bien para conocer cuál es la voluntad de Dios.

Hacer oración no es empalmar unas cuantas reflexiones acerca del tema propuesto o, menos aún, tratar de instruirse acerca de alguna ciencia. Esas son las meditaciones que hacen los sabios; pero a la oración no se va a hacerse más sabio, sino más humilde, más santo, más confirmado en sus resoluciones, más ilustrado acerca de la ciencia de la salvación y más desconfiado acerca de las falsas luces y de nuestro espíritu obcecado, y más desengañado del mundo.

568. Podemos considerar a la oración desde dos puntos de vista ya que en la oración existe una comunicación de Dios con el alma. Por consiguiente hay que considerar, por una parte, a Dios; y, por otra, a nosotros, conforme lo veremos más tarde.

La oración es una operación del espíritu. El alma puede actuar sobre el cuerpo y la regla general que se da para este cuerpo es que se mantenga en una postura conveniente que no moleste al alma a causa de la postura penosa y que el alma, durante la oración, no tenga que estar pensando en su cuerpo, puesto que, mientras dura la oración, tenemos que olvidarnos de que tenemos un cuerpo.

David, el mejor hombre de oración, unas veces levantaba los ojos o las manos hacia el cielo; unas veces se postraba rostro en tierra, otras estaba de rodillas. Pero cuando se está en comunidad,

hay que tener el cuerpo recto con naturalidad, tranquilo y sin afectación.

569. A la oración se la compara con el humo del incienso; los incensarios de oro, con los que los ángeles están ante el trono de Dios, son la imagen de la oración.

Los ángeles se quedan admirados ante un alma que está haciendo oración, ya que entonces ese alma les emula; es para ellos, un momento de júbilo. San Juan Crisóstomo asegura que la oración es una acción angelical. Por nuestra naturaleza, ocupamos el lugar intermedio entre los ángeles y los animales, pero nos elevamos hasta las cimas angélicas por nuestros sentimientos en la oración. Cuando el hombre entra en contacto con Dios, toma el color de las virtudes divinas quedando santificado por ellas. ¡Qué agradable debe ser para los santos el vernos haciendo oración y comunicar con Dios! No puede uno acercarse a las cosas olorosas sin perfumarse; del mismo modo, al acercarnos a la divinidad, quedamos, por decirlo así, divinizados.

570. San Ignacio fue el santo más versado en la sublimidad de la oración.

Se dice en el texto sagrado: *Aromatibus thuris et myrrha*. En los afectos hacia Dios se encuentran, a veces, cosas amargas; la oración, por eso, a menudo nos resulta penosa. Sobre todo hace falta mucho ánimo para la oración mental en la cual se mortifica cuanto es sensible y se ama a Dios sólo por sí mismo; por lo mismo, en esta sublime oración el alma, como en un carro, se eleva hasta el mismo trono de la grandeza de Dios.

Cuando nos encontramos haciendo oración, estamos en un paraíso terrenal; pero en un paraíso mucho más hermoso que el de Adán. La oración es como el árbol de la vida del Paraíso terrenal, árbol que produce excelentes frutos en todas las estaciones; quiero decir, en cualquier estado de la vida en que uno se encuentre.

2. FINALIDAD DE LA ORACION

571. ¿Para qué hacemos oración?

Para elevar nuestra alma hasta Dios, ser infinito; para tributarle nuestros homenajes, para honrarle, para unirnos con Él con una abnegación total de todas las cosas y de uno mismo también.

Nos hacemos semejantes a Dios; nuestra alma queda enteramente absorta en Dios; la imagen de Dios se imprime en nuestra alma como el sello en la cera.

Las tres facultades del alma se divinizan en la oración. El entendimiento no piensa más que en Dios y en su soberana verdad; la memoria no se acuerda ya más que de la soberana felicidad de Dios y la voluntad no ama y no quiere más que a solo Dios como suma bondad que es. (Véase pp. 8 a 15 del ms.)

572. San Buenaventura nos enseña que el alma mientras está en oración se trueca en Dios, afirmando en sus tratados espirituales: "Al hacer oración, el alma desea unirse a solo Dios dejando todo lo demás; pero no hay que contentarse sólo con quedarse mirando la escala que lleva a Dios, sino hay que subir peldaño tras peldaño".

Ejemplo de la oración, sobre la humildad. Se medita hasta que se hayan subido todos los peldaños que llevan al conocimiento de sí mismo, al desprecio de su pequeñez, al contento que uno siente de que se nos haga justicia, de que a uno le desprecien y no hagan ningún caso de él; así se llega, por fin, a la sed de las humillaciones, a no creer poder hacer bien alguno y a desear los sufrimientos.

573. 2. El alma consigue su noble fin subiendo por cuatro grados relacionados con los de la vida espiritual.

Se distinguen cuatro etapas en la vida espiritual: 1.^a La vida purgativa; 2.^a La vida iluminativa; 3.^a La vida unitiva; 4.^a La vida contemplativa. Los cuatro grados de oración corresponden a estas cuatro vidas espirituales: 1. La oración que nos purifica enteramente de nuestras pasiones; la consideración de los novísimos y del pecado logra esa purificación; 2. La oración que nos instruye; es la oración iluminativa propia de quienes se entregan a la práctica, y a la consideración de las virtudes sólidas; 3. La oración unitiva, en la que el alma se ejercita en el amor de Dios, en el amor puro; 4. La oración contemplativa que es necesaria a quienes trabajan en la salvación de las almas. En esa oración el alma aprende, merced a las comunicaciones divinas, cómo puede dirigir a tal persona, ganarla para el cielo o dirigirla a mayor perfección. En pocas palabras: 1.^{er} grado, la pureza de corazón; 2.^o grado, la práctica de las virtudes; 3.^{er} grado, la práctica del puro amor; 4.^o grado, la perfección del prójimo.

3. PRINCIPIOS ACERCA DE LA ORACION

574. ¿De dónde viene la oración? (al llegar aquí el manuscrito de Fidon remite a *obra de Dios y obra del hombre*).

La oración es la obra conjunta: 1.º del hombre; 2.º de Dios. A causa de esta distinción, los maestros de la vida espiritual hablan de un modo tan diverso cuando exponen su pensamiento sobre la oración.

El entendimiento y la voluntad son las dos grandes facultades del alma que intervienen en la oración.

La oración es obra del hombre que se eleva a Dios. Pero la oración es también la obra de Dios que eleva al hombre, le sostiene y se une con Él, ya que, siendo el fin de la oración, es también Dios el principio de la misma

575. La memoria y la imaginación hay que emplearlas algunas veces, y con mucha utilidad, para que, durante la oración, sugieran consideraciones al entendimiento, por ejemplo, representándonos el ojo de Dios como un sol cuyos rayos lo penetran todo. Pero ambas facultades, sobre todo la imaginación, no deben dominar al entendimiento sino ponerse a su servicio.

Hay que tener mucho cuidado en no dejarse vencer por las tentaciones del demonio, el cual querría que, durante nuestra oración, nos entretuviésemos únicamente en ver cómo tenemos que dirigir a los demás y no en hacernos mejores; por eso, tenemos que aplicarnos el tema de la meditación a nosotros mismos entrando con frecuencia en nuestro interior. En este punto fallan los sacerdotes empleados en el ministerio ya que, durante la oración, se preocupan más de preparar buenos sermones que de corregirse ellos mismos. Hacen, sí, una cosa buena; pero no hacen oración.

576. Sería de desear que a los niños, desde la edad de 10 a 11 años se los pusiese en manos de hábiles maestros que formaran su espíritu en la oración. Es lo que hicieron los padres del desierto, los cuales educaban a los niños en lo referente a la vida espiritual y conocían tan bien el arte de hacer de estos niños otros tantos santos, que les elevaban a un grado altísimo de perfección y de oración hasta lograr que aquellos niños, sin darse cuenta, llegasen, incluso, a hacer milagros. Santo Tomás, ya desde los 9 años, San

Mauro, San Plácido, etc., recibieron esta educación de algunos santos religiosos. El último de ellos fue educado por San Benito.

El alma del hombre hace oración apoyándose en Dios.

577. NOTA.-Dice San Ignacio, en su libro de los Ejercicios, que en la oración hay que echar mano de:

1. La memoria, para recordar el asunto, la verdad o el misterio sobre los que se quiere meditar.

2. El entendimiento, para reflexionar, considerar y profundizar a fin de poder comprender bien el asunto de la oración mental y proponérselo a la voluntad.

3. La voluntad, que debe entonces aprobar, creer y producir los actos, afectos y resoluciones que constituyen propiamente el objeto de la oración, porque, por mucho que dijésemos: "No quiero pecar más", si el entendimiento no piensa antes en la enormidad del pecado, no haríamos nada, del mismo modo que también diríamos en vano: "Mi voluntad es amar a Dios", ya que esta voluntad no es firme si antes no hemos madurado durante la meditación nuestras ideas sobre las perfecciones y amabilidades de Dios.

578. Por lo cual nuestro Director nos insiste tanto en que aprendamos a hacer oración y oración de fe, afirmándonos que de esta oración depende todo el éxito de nuestro Instituto y nuestro adelantamiento espiritual.

San Ignacio recibió inspiración de Dios para enseñar su método en la Compañía de Jesús. También el P. Chaminade, sin duda alguna, ha visto claro en la oración que debe hacer adoptar a los hijos de María el método propio del Instituto; es decir, el de hacer oración de fe, el que aprendamos a creer, el llegar por la oración hasta estar seguros de que creemos verdaderamente.

Además, la Iglesia ha aprobado el método de oración ignaciano, lo que prueba que es bueno y que no se debe adoptar otro método fácilmente (véase Rodríguez).

579. NOTA: El papel de la voluntad en la oración es el de la reina que impera como soberana; el espíritu o la razón son como el pedagogo que enseña; la memoria es como la depositaria de los secretos de ambos en cuanto que presenta a la voluntad lo que tiene que hacer y al espíritu lo que tiene que enseñar.

NOTA: Un águila no tiene dificultad alguna en volar cuando se encuentra en las alturas. Aunque sea capaz de elevarse tanto, iqué dificultad encuentra cuando quiere dejar la tierra para sumergirse en los aires! Da saltitos y recorre largo trecho saltando para poder mover mejor sus alas; no encuentra bastante aire para elevarse de pronto; tiene que trabajar para conseguirlo. Otro tanto hace hombre en la oración. Es el trabajo propio del hombre.

De cómo nuestra alma se hace deiforme mediante la oración

580. Nuestra alma, creada a imagen y semejanza de Dios, quedó desfigurada por el pecado de Adán; pero torna a ser semejante a Dios por medio de la oración, por cuanto las facultades del alma reciben la luz de la verdad y el amor de la santidad cuya fuente es Dios. Cuando hacemos oración de fe, nuestro entendimiento sale de sus tinieblas quedando iluminado por la luz divina; por consiguiente, se convierte en un espíritu que ve como Dios y está ilustrado como Dios. "*Deus caritas est: Dios es amor.*" Nuestra voluntad recibe los ardores de ese amor, haciéndose pura, santa y libre de toda imperfección; por lo mismo se hace semejante a la voluntad de Dios misma, voluntad que no ama más que el bien y no quiere más que lo que es santo. Cuando hacemos oración nos transportamos a la felicidad suprema de Dios. Nuestra memoria queda así ocupada por aquella felicidad de la que gozan los santos en el seno y en la alegría misma de Dios, participando ya aquí abajo de la dicha del Cielo. El alma, pues, es feliz como el mismo Dios y bajo este aspecto es semejante a Dios que se comunica recíprocamente a ella mediante una tierna amistad.

581. *Intra in gaudium Domini tui:* así es como Dios imprime su carácter en nuestra alma mediante la oración, del mismo modo que el sello se imprime en la cera dejando en ella los rasgos y las figuras. El alma se une a Dios por el conocimiento que adquiere de las luces sobrenaturales, por el afecto hacia las cosas celestiales, por el recuerdo y por el goce de la felicidad del mismo Dios. Todos estos son los efectos que produce la oración.

Conocer, amar y poseer a Dios constituyen la felicidad de los santos en el Cielo. La misma dicha se encuentra en la oración; aquí nos ponemos en contacto con la verdad, la bondad y la felicidad de Dios.

Por consiguiente, la oración es el medio de hacernos semejantes a Dios y proporcionalmente, con más perfección que la lograda por Adán antes del pecado.

Adán fue la imagen de Dios de dos modos:

582. 1. De un modo natural, ya que las tres facultades de su alma- la memoria, el entendimiento y la voluntad- representaban a las tres personas de la Santísima Trinidad y también las tres grandes perfecciones de Dios, que son: su suprema felicidad, su infalible verdad y su santidad infinita.

2. De un modo sobrenatural. Cada una de las facultades del alma de Adán poseía un alto grado de estas perfecciones divinas; es decir, que Adán poseía la felicidad en el Paraíso, tenía todas las luces de la verdad y del conocimiento del bien y del mal y, como consecuencia, vivía en el estado de inocencia, de justicia y de santidad.

Al pecar, Adán perdió su felicidad, cayó en las tinieblas quedando sujeto a la concupiscencia y al pecado. Este es nuestro estado. El pecado está en nosotros con todas sus consecuencias; de ahí el desorden de las pasiones y el combate que contra ellas tenemos librar.

583. Gracias a la oración nos liberamos de estas tres miserias y de estos tres males, recuperando el estado primitivo en que fuimos creados los hombres y ello de un modo mucho más meritorio, hermoso y admirable. Nos elevamos por encima de las cosas de la tierra rompiendo las cadenas que nos atan al mundo; volamos en alas de las consideraciones, los afectos y las resoluciones hasta Dios para oír su voz, unirnos a Él y hacernos semejantes a Él. De ese modo nuestra alma se hace deiforme, *anima deiformis*.

584. De ahí viene que un hombre de oración no se deja abatir nunca por las aflicciones y penas, sabe vencer los mayores obstáculos no pierde jamás la paz del alma. Los golpes que recibe no le producen más que una impresión efímera, tornando en seguida a la calma y recobrando la dulzura y la alegría de corazón en cuanto recurre a la oración. Así se explica también que haya personas carentes de ciencia y de talento, pero a quienes vemos cómo Dios instruye por medio de la oración, en lo relativo a las cosas divinas y a los secretos de la perfección cristiana. De ahí viene también, por último, que ni siquiera las tentaciones más violentas

pueden mancillar al alma que se purifica continuamente por medio de la oración, la cual conserva el alma pura y santa comunicándole la fortaleza necesaria para alejar de ella cuanto podría mancharla.

585. Un alma que se preocupa, mediante la oración, de conocer cuál es la voluntad de Dios, se apoya en ese Dios como en un Esposo amado, habla familiarmente con Él preguntándole, incluso, detalles como lo que convendrá decir a tal persona o el consejo que habrá de dar a tal otra. El alma, entonces, se pone a escuchar a Dios y no cesa de pedirle sus luces a pesar de la oscuridad que pueda envolverla; en ese caso, Dios mismo le manifestará lo que convenga que diga.

Del examen que se hace después de la oración

586. Terminada la oración, hay que hacer cada vez, un breve examen acerca de la misma para pedir perdón por las distracciones que uno ha tenido y por las faltas que ha cometido. Esto puede hacerse en poco tiempo entre los actos que se hacen a modo de conclusión de la oración.

Pero, tres o cuatro veces por semana, hay que hacer un examen más detenido sobre el modo cómo se sigue el método prescrito.

En este examen hay que ver: 1. Si se hace bien el principio, el cuerpo y la conclusión de la oración; 2. Si se han hecho consideraciones, afectos y resoluciones; 3. Hay que recordar los sentimientos que a uno le han animado, discriminar cuáles son los espíritus de la naturaleza, cuáles los de Dios y cuáles los del demonio.

587. Porque, en efecto, una idea puede proceder de nosotros mismos, lo cual sucede cuando pensamos, deseamos y amamos las cosas según nuestro gusto, nuestro capricho y nuestras buenas o malas inclinaciones; en cambio, una reflexión o un afecto es una inspiración divina cuando nos encamina derechamente a Dios o a las cosas divinas, a la virtud, a la reforma de nuestros vicios, a la perfección cristiana y religiosa, etc. Por último una distracción o una tentación proceden del enemigo de nuestra salvación cuando nos hace perder el sentido tan precioso de la oración o cuando nos lleva más a la relajación que al adelantamiento espiritual.

Por consiguiente hay que saber discernir estas tres clases de espíritus. Este discernimiento de espíritus-*discretio spirituum*-es un don de Dios, un bien precioso y sumamente necesario para saber con certeza si se está haciendo una buena oración o no.

588. Hay que determinar si, en la oración, el trabajo lo ha hecho Dios o lo ha hecho el hombre. Hay que ver si hemos sido descuidados o cobardes en meditar, en reflexionar; si en las sequedades y tinieblas hemos dejado de implorar la ayuda, las luces y la asistencia de Dios para que nos inspire algunos afectos. Las distracciones vienen a menudo por culpa nuestra; hay que ver qué es lo que nos falta, si la humildad, la omisión de la preparación próxima o inmediata, el deseo de aprovechar y de adelantar en la virtud o de hacer bien la oración. Hay que examinar qué es lo que nos estorba el recogimiento: pasión, apego desarreglado, vanidad, etc.

Veamos también si hemos guardado, en cuanto al cuerpo, la modestia requerida, si hemos concedido demasiada libertad a los sentidos, si el espíritu y la imaginación divagan demasiado tras de muchas cosas que quizá sean buenas en sí mismas pero que no deben ser el tema de nuestros pensamientos por el momento.

De la parte superior e inferior del alma

589. Aunque el alma sea indivisible por su misma naturaleza, se distinguen en ella dos partes para explicar mejor lo que en ella sucede.

Las dos grandes facultades del alma-el entendimiento, a quien llamamos también espíritu, razón, intelecto o inteligencia, y la voluntad-constituyen la parte superior del alma.

En la parte inferior se encuentran los sentimientos, el sentir, por ejemplo, dolor, alegría, amor, concupiscencia, etc.

590. Por eso decimos que el verdadero dolor de los pecados no reside solamente en la parte superior-es decir, en la detestación del pecado y en la voluntad de no volver a cometerlo-sino también en la inferior; es decir, en sentir el dolor, en el afecto que sentimos. A esta última parte del alma se la llama parte sensitiva y los sentimientos que en ella se encuentran, influyen a menudo en el cuerpo; de ahí las lágrimas y éxtasis. Todo esto se explica por la

unión íntima que existe entre alma y cuerpo, unión que es un misterio.

En qué consiste el meditar a la luz de la fe

591. Se distingue la fe *objetiva* de la fe *subjetiva*. La fe objetiva es la verdad revelada por Dios; verdad a la que damos nuestro consentimiento.

La fe subjetiva es propiamente la virtud, el don sobrenatural de la fe que debe existir en nosotros y que es más o menos activo y operante en la medida en que ejercitamos la fe por medio de la oración.

A las cosas sobrenaturales se las ve a la luz de la fe objetiva, mientras que, mediante la fe subjetiva, nos penetramos de estas verdades reveladas.

Se ve la luz mediante la luz de Dios. Todo conocimiento es una luz; por eso, en el Cielo, se goza de la gloria en la misma gloria: *in lumine tuo videbimus lumen*.

592. Nos penetramos de las verdades reveladas por el conocimiento que Dios nos da de ellas en la oración. Dios nos habla, haciéndonos ver lo que Él es y qué somos nosotros, lo que son el infierno y el Cielo. Santa Teresa fue llevada en espíritu al infierno, y aunque quince años más tarde, se puso a describir lo que entonces había visto, los cabellos se le erizaban de miedo y de pavor. En cierta ocasión, San Francisco de Asís predicaba un sermón que había aprendido bien; pero aquel sermón no produjo fruto alguno, porque entonces sólo era Francisco quien predicaba. En cambio, cuando predicaba después de haber hecho oración, Dios hablaba por su boca, razón por la cual obraba maravillas.

Suárez, el sabio jesuita, prefería perder diez años de estudio que un cuarto de hora de oración.

593. En la oración de fe se aprenden rápidamente cosas estupendas. Es un tiempo muy bien empleado, por ejemplo, el que se gasta en y profundizar en el misterio de la Santísima Trinidad considerando a Dios uno y trino en personas. La fe nos impide descarriarnos, enseñándonos que hay una persona que se llama Padre, otra que se llama Hijo y la tercera, que es el Espíritu Santo. Estas personas no son solamente cualidades, sino sustancias. Dios es el Padre, generador de las demás personas; al conocerse de

toda eternidad, engendra al Hijo. Por eso, siendo este conocimiento Dios, quien ve al Padre, ve también al Hijo. Dios Espíritu Santo no es sólo una cualidad de Dios, sino también una persona; es decir, el amor del Padre y del Hijo.

Cuando se ha profundizado en la naturaleza de este misterio y se ha meditado en su largura, altura y profundidad, arroja una luz admirable sobre todos los misterios de Cristo.

594. San Ignacio estuvo en oración, como muerto, durante ocho días meditando este misterio de la Trinidad. Por eso, hay que preguntarse a menudo: ¿Qué me dice la fe acerca de esta cuestión?

Se encuentran personas versadas en el misterio citado y que van muy adelante en perfección, porque ven, a la luz de la fe, un gran conjunto de verdades y un encadenamiento recíproco que las deja maravilladas. Aquella luz les lleva a amar cada vez más lo mismo que están viendo. Es la fe con el amor.

NOTAS ACERCA DE LAS TRES FACULTADES DEL ALMA

595. 1.^a Por las tres facultades de nuestra alma nos hacemos semejantes a la Santísima Trinidad. Por la razón, el alma puede poseer la sabiduría de Dios; por la voluntad, su bondad y por la memoria, su felicidad y eternidad. El alma debe hacer todos los esfuerzos posibles, mediante la oración, para unirse a Dios, que es su gran modelo original. Teniendo a Dios, ya no desea nada más, cuando según toda su capacidad y el vacío que hay en ella, posee a su soberano y único bien. Tal posesión es su mayor felicidad en esta vida: la de tener a Dios dentro de sí misma.

Pero por el pecado, la razón ha quedado ciega y sin discernimiento, la voluntad inclinada hacia el mal, sin regla y sin rectitud; la memoria, inconstante y sin un punto fijo, trayendo y llevando cosas que la turban y la extravían.

596. 2.^a Sin embargo, las Sagradas Escrituras muestran suficientemente a la razón el camino que el hombre debe seguir. En él hay que fijarse y mirando con los ojos de la fe todas las cosas encerradas en los libros santos, debe hacer de ellos la regla de todos sus planes, acciones e intenciones. Así, la razón comprende que la fe es razonable y que no hay nada tan conforme a la razón misma como someterse a las verdades reveladas y creerlas.

597. 3.^a La reforma más completa del espíritu tiene lugar cuando el alma se eleva por encima de sí misma mediante una sublime contemplación que es el éxtasis, el cual es causa de que se vea a Dios, no mediante raciocinio o mediante las especies de imágenes criadas, sino por una unión íntima y por la virtud de una inteligencia purísima y agudísima.

4.^a Por la oración, y sobre todo por la meditación, se llega a entender, a creer, a convencerse y a elevar nuestra alma hasta Dios, hasta el seno del mismo Dios en donde encuentra el descanso.

OCUPACIONES DEL ESPIRITU, DE LA VOLUNTAD Y DE LA MEMORIA

598. Cada una de las facultades de nuestra alma tiene operaciones útiles si sabemos hacer uso de ellas durante la oración.

Ninguna de nuestras potencias debe quedar ociosa, ni resignarse a no poder adquirir las ventajas que le son propias.

Las ventajas del espíritu son los conocimientos claros y distintos respecto a Dios, respecto a todo lo que afecta a este Ser soberano y a cuanto nos lleva a Él. Así penetrar en las Sagradas Escrituras, adquirir razones convincentes acerca de la causa de nuestro Rey y de la conducta admirable con que Dios rige todas sus obras, ver lo que es agradable a Dios, discernir perfectamente las virtudes y los vicios, juzgar acerca de su naturaleza y diferencias, saber los medios para curar los unos y para adquirir las otras, elevarse fácilmente a la contemplación de las obras más grandes de Dios para admirar en ellas, con gusto, su poder, su sabiduría y su bondad: todo esto constituye las mayores delicias y las riquezas más apetecibles del espíritu. Los dos astros excelentes-de los que se habla en el Génesis-formaban las principales bellezas del firmamento; así también, la sabiduría y la ciencia embellecen primorosamente el cielo de nuestra alma.

599. El ornato de la voluntad son los santos afectos, la devoción sincera, la fe ardiente, la esperanza llena de confianza, la caridad tierna, la seguridad de que se nos hayan perdonado los pecados, los sentimientos de amor con respecto a la santa Humanidad del Hijo de Dios, el deseo del reino celestial, la creencia de que Dios escucha nuestras oraciones, las dulzuras de estas santas familiaridades con Él y tantas otras ventajas que unen al alma con Dios, la llevan al amor de las virtudes y al horror de los

vicios, la inclinan hacia el prójimo y hacen al alma asidua en la práctica de las buenas obras.

600. Las riquezas de la memoria son los santos pensamientos de los que hace una preciosa colección; las meditaciones útiles y edificantes de las que forma un tesoro, cuando se afirma en un recuerdo continuo de Dios, cuando tiene buen cuidado de evitar los diversos extravíos del espíritu, cuando se recoge interiormente dentro de sí misma para no fijarse más que en el Ser soberano, cuando no da cabida a los fantasmas de la imaginación que podrían venir a turbar su descanso; en una palabra: cuando se olvida de sí misma y de todas las cosas creadas para no formar más que un solo espíritu con Dios.

XXIII

15 octubre 1821. CHAMINADE (Libro rojo)

EJERCICIOS EN SAN LORENZO

1.ª Meditación

601. *Os mostraré el camino de la sabiduría; os conduciré por los senderos de la equidad; cuando hayáis entrado por ellos, vuestros pasos no se detendrán, sino que correréis sin que haya nada que os haga caer.*

Punto 1.º El sendero de la perfección parece muy estrecho a los mundanos; los servidores de Dios lo encuentran ancho.

Punto 2.º El sendero de la perfección se ve menos frecuentado que el camino de los mandamientos; pero es mucho más seguro.

Punto 3.º El sendero de la perfección es el más corto para lograr la salvación.

602. **Explicación:** María nos dice: *Venid; yo os mostraré el camino de la sabiduría;* es decir, el camino de los mandamientos de Dios; *Os conduciré por los senderos de la equidad;* es decir, por un camino más corto, más seguro y más breve que el de los mandamientos de Dios; este camino más corto y más seguro son los consejos evangélicos. Nos dice María que nos llevará por estos senderos, porque, por lo mismo que se ven poco frecuentados, necesita un guía quien quiera recorrerlos. A estos senderos los llama "de la equidad" porque en ellos se encuentra la verdadera justicia.

Y cuando hayáis entrado por ellos, nadie detendrá vuestros pasos.

Esto equivale a decir que la verdadera libertad, la verdadera paz del alma se encuentra en el estado religioso, significado aquí por el sendero. *Correréis sin que haya nada que os haga caer:* en el estado religioso se encuentran medios seguros y numerosos para asegurar la salvación; por lo cual, se corre por él viéndose libre de las caídas innumerables que se dan quedándose en el mundo.

2.ª Meditación

603. Una sola cosa es necesaria...

Punto 1.º La salvación eterna es el motivo del sacrificio que hace el alma religiosa.

Punto 2.º La salvación eterna es el apoyo y el sostén continuo en los sacrificios que hace el alma religiosa.

Punto 3.º La salvación eterna es la recompensa del alma religiosa.

Explicación: La salvación eterna es lo único necesario; todo lo demás es vanidad: bienes, parientes, amigos, padre, madre, honores... ninguno de ellos es necesario; sólo la salvación es necesaria. Quien cree que la cosa más necesaria es amasar riquezas en este mundo, o hacerse un nombre, o velar por la conservación de su salud, se equivoca de medio a medio. Quien pone su salvación al nivel de las cosas más bajas es un loco y un insensato.

604. ¿De qué le sirvió a Alejandro conquistar todo el universo? Ahora que ya no existe comprende que habría sido mucho mejor trabajar por su salvación dejando a los demás la gloria de sus victorias. Por el contrario, ¿qué es lo que pobló los desiertos, de santos anacoretas y las comunidades, de santos religiosos? Sólo el motivo de salvarse eternamente. ¿Qué es lo que sostiene al religioso en el fervor de sus oraciones, en el rigor de sus penitencias, en la práctica de todas las virtudes y en la observancia perfecta de los consejos evangélicos? Sólo el deseo de salvarse. Por último, ¿cuál es la recompensa de tantos trabajos, penas y fatigas? La salvación eterna; la felicidad eterna de los santos en el Cielo.

3.ª Meditación

605. *Se ha promulgado un decreto de muerte contra todos los hombres.*

Punto 1.º Hay que aceptarla con sumisión, como hombres.

Punto 2º Hay que aceptarla con espíritu de penitencia, como pecadores.

Punto 3º Hay que aceptarla con espíritu de fe, como cristianos.

Punto 4° El religioso triunfa y se alegra al pensar en su muerte.

Explicación: Algunas veces, Dios ha revocado algunos decretos ya promulgados; es decir, que algunas veces, su misericordia y su gran amor por los hombres han prevalecido en Él sobre su justicia; por ejemplo: Dios había lanzado un decreto de destrucción contra la ciudad de Nínive; pero como esta ciudad hizo penitencia, el decreto quedó revocado. Sin embargo, hay otros decretos de Dios que son irrevocables; entre ellos, está particularmente el decreto de muerte lanzado contra todos los hombres. Es preciso que todos mueran y que vuelvan al polvo de donde salieron.

606. Todos debemos aceptar la muerte en cuanto hombres. ¿Por qué? Porque Dios es nuestro Creador y nuestro Dueño, que nos ha sacado de la nada, nos conserva, día a día, la vida que nos dio; todos somos obra suya; todos le pertenecemos; es, pues, muy dueño de disponer de nosotros como le acomode. Si Él quiere que muramos, ¿por qué nosotros no lo querriamos?

La muerte es el castigo infligido al hombre prevaricador. Si nos examinamos bajo este respecto veremos que la hemos merecido ya muchas veces por las iniquidades en que hemos incurrido desde nuestro bautismo. Por consiguiente, es justo que nos sometamos a un castigo que tantas veces hemos merecido.

607. La fe es la vida, la regla y el guía del cristiano. ¿Dios ha hablado? Eso basta, sobran ya las consideraciones, exámenes y puntos de vista particulares. ¿Dios ha hablado? Cállate, razón; cállate, naturaleza; callaos, orgullo y vanidades del mundo. Dios lo ha proclamado: "Todos moriréis, sin distinción alguna." El cristiano, lleno de sumisión y de fe, responde: "Ya que así lo habéis dicho y así lo habéis decretado por vuestra santa voluntad, esto me basta; moriré, pues; veré disolverse este cuerpo que Vos mismo habéis formado; hasta lo veré venir con alegría, por decirlo así, puesto que mi alegría consiste en cumplir con vuestra santa voluntad."

608. Para un religioso, ¡qué precioso momento el de su muerte si, por lo menos, su vida ha sido verdaderamente religiosa, escondida en Dios, y animada toda ella por el espíritu de Dios!

¡Qué trueque tan precioso! Deja la tierra para tener el Cielo; abandona un cuerpo sujeto a la corrupción y a toda clase de miserias, para ir a gozar de la vista del celestial esposo y para

compartir la felicidad de los ángeles; su muerte preciosa va a ser para él el comienzo de un reinado eterno. Dios mismo adornará su frente con una corona inmortal de gloria.

4.ª Meditación

609. "*Quid est quod dilectus meus in domo mea, fecit scelera multa?: ¿Cómo se explica que mi amado haya cometido tantas prevaricaciones en mi misma casa?*" (Jer. 11, 15).

Punto 1.^o El pecado de un religioso es más enorme porque tiene luces más vivas.

Punto 2.^o El pecado de un religioso es más enorme a causa de la santidad de sus obligaciones.

Punto 3.^o El pecado de un religioso es más enorme porque recibe de Dios gracias más abundantes.

El pecado de un religioso es enorme porque tiene luces más vivas. Dios le ha dado la gracia de ver las cosas con mucha mayor claridad que los cristianos que viven en el mundo. Los religiosos conocen mejor a Dios y se conocen mejor a sí mismos; conocen más perfectamente los atributos divinos de Dios y sus amabilidades, así como la vanidad de los bienes de este mundo; conocen también mejor el valor de la virtud y el horror del vicio.

610. El pecado de un religioso es enorme a causa de la santidad de sus deberes. El religioso ha abrazado un estado en el que todas las acciones y los menores movimientos son santos; en que los actos, aun los más indiferentes y viles en apariencia, tienen un mayor mérito a los ojos de Dios; está como asociado al oficio de los ángeles. Los consejos evangélicos que abrazó se convierten para él en otros tantos preceptos a los que no puede faltar sin pecar de modo que lo que quizá no sería ni siquiera una falta venial para los mundanos, es para él, una falta grave.

611. Podemos citar algunos ejemplos confirmativos: Adán fue castigado tan severamente porque había sido colmado antes de inmensos beneficios de parte de Dios; por eso, su pecado lo llaman los Padres de la Iglesia, pecado inefable. Los ángeles- que habían recibido de Dios favores todavía más señalados- fueron precipitados en el infierno en el instante mismo en que se dejaron arrastrar de su pecado de orgullo; su castigo iguala, por decirlo así, en humillaciones y en tormentos al estado de gloria y de felicidad de

que gozaban en el Cielo; el infierno ha sido creado precisamente para ellos. Al pronunciar el Señor su decreto de muerte contra Adán, le prometió un Redentor mientras que no ocurrió lo mismo respecto a los ángeles rebeldes; a causa de la dignidad a la que Dios les había elevado en el Cielo, la pena que siguió a su rebelión es irremisible.

612. El pecado de un religioso es más enorme porque ha recibido gracias más abundantes. ¿No es conforme a la recta razón exigir más a quien también ha recibido más? No hay duda alguna de que el religioso es el más favorecido de todos los hombres; por consiguiente, el religioso debe a Dios un agradecimiento más profundo, un amor más ardiente que cualquiera de los demás hombres, ya, que éstos no recibieron tantas gracias como él. Por el mismo motivo, la ofensa que un religioso hace a Dios es más enorme porque supone: también mayor ingratitud.

5.ª Meditación

613. *"Dolor meus in conspectu meo siempre: mi dolor lo llevo continuamente ante mis ojos"* (Ps. 37).

Punto 1.º La penitencia debe ser amarga en sus sentimientos.

Punto 2.º La penitencia debe ser sólida en sus obras.

Punto 3.º La penitencia debe ser constante en su duración.

La penitencia debe ser amarga en sus sentimientos. Empecemos por examinar el sentimiento en las mismas cosas naturales. ¿Qué es lo que nos produce el dolor, las vivas aflicciones del corazón? La pérdida de algún bien, la aflicción que tiene una persona que nos es querida, etc.

Veamos ahora estas mismas cosas a la luz de la fe: ¿Cuáles son los efectos del pecado? El contristar al corazón de Dios, ese corazón que arde en un amor infinito para con nosotros; el dar, también, la muerte a nuestra alma. Juzguemos ahora si nuestra penitencia-es decir, el dolor de nuestros pecados-debe ser amarga.

614. La penitencia debe ser sólida en sus obras.

Sería forjarse una gran ilusión el creer que toda nuestra penitencia debe consistir en algunas prácticas externas de mortificación. Todo, tanto en nosotros como fuera de nosotros, debe llevar el sello de este vivo sentimiento de dolor que nos

produce el ver los desórdenes de nuestra vida pasada. Sobre todo, nuestro corazón debe estar profundamente lastimado y debe gemir en secreto; esta aflicción de nuestro corazón, si es profunda, se traducirá luego en obras, en palabras y en toda nuestra conducta.

615. La penitencia debe ser constante en su duración. Mientras dure la causa, también debe durar el efecto, Ahora bien: el motivo de que hagamos penitencia debe durar tanto como nuestra vida entera; de nada nos servirá haber llevado una vida penitente durante dos, diez o treinta años o más, si cesamos, después, de llorar nuestras faltas; habremos trabajado en vano. Lo ha dicho el Señor: Haced penitencia; de otro modo, pereceréis. El Rey profeta lloró sus pecados durante toda su vida, porque, como él decía: Los tengo siempre presentes delante de mis ojos. Nosotros no seremos más favorecidos que él; por eso, el recuerdo de nuestros pecados debe acompañarnos hasta la tumba.

Queda, pues, bien claro que nuestra penitencia debe ser constante en su duración.

6.ª Meditación

616. *"Omnes nos manifestara oportet ante tribunal Christi: todos deberemos comparecer ante el tribunal de Cristo"* (II Cor. 5, 10).

Punto 1.º El Juicio es para el religioso un motivo de temor.

Punto 2.º Un motivo para andar más vigilante y cuidadoso.

Punto 3.º Un motivo de consuelo y alegría.

1. El Juicio final es para el religioso un motivo de temor. ¿Por qué? Porque Dios mismo es quien juzga; porque se nos comparará con la imagen de Dios para ver nuestra semejanza y después se nos comparará con la imagen de Cristo a quien debemos copiar para ver cómo lo hemos logrado; porque todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, lo mismo buenas que malas se expondrán a la vista de todos; porque todo será pesado con los pesos del santuario; porque el mismo Dios nos asegura que tendremos que dar cuenta hasta de una palabra inútil; porque no habrá misericordia alguna, se empleará una severidad infinita siendo inexorable nuestro Juez y, por último, porque aquel momento terrible decidirá de nuestra felicidad o desgracia eterna.

617. 2. El Juicio es para el religioso un motivo para andar más vigilante y cuidadoso. La cosa es fácil de entender: cuando los hombres se preparan a alguna acción notable o a algún gran acontecimiento, toman, de antemano, todas las precauciones. Un capitán de navío que emprende una travesía larga y peligrosa ¿no se provee, de antemano, de todas las cosas necesarias para resistir a las tempestades? Incluso cuando ya se encuentra en alta mar ¿no se mantiene vigilante para evitar los arrecifes? ¿No emplea la mayor vigilancia para que una buena maniobra le introduzca con seguridad en el puerto? Pues bien: lo mismo le sucede al religioso: precisamente, porque sabe qué terrible es ese juicio que puede sobrevenirle cuando menos lo espere (Dios ha dicho: Vendré como un ladrón), vela sin cesar sobre sí mismo y sobre sus sentidos, para no dar entrada al enemigo e incurrir en desgracia respecto del Sumo Juez.

618. 3. El Juicio es para el religioso un motivo de consuelo y de alegría. En efecto, ¿cómo podría ocurrir que quien, durante su vida entera, ha combatido incesantemente como un soldado valiente de Cristo, ha domado su triple concupiscencia, no ha buscado otra cosa que la gloria de Dios, ha llevado una vida más angélica que humana, ha sufrido los oprobios y humillaciones de la cruz, pueda temer comparecer ante su Juez, que ha sido siempre el objeto de su amor más tierno, a quien se lo ha dado todo, por quien lo ha sacrificado todo, de tal modo que no se ha reservado para sí más que la dulce dicha de servirle y de agradarle? ¿Cómo podría temer, puesto que Cristo le ha dicho a él y a cuantos se le asemejan, hablando a los Apóstoles que fueron los primeros religiosos: Levantad vuestras cabezas y mirad a lo alto, porque se acerca el Reino de Dios?

7.ª Meditación

619. *"Vermis eorum non moritur et ignis non extinguitur: el gusano que los roe no muere y el fuego no se apaga"* (Mc. 9, 47).

Punto 1.º El infierno es un fuego devorador.

Punto 2º El infierno es un gusano roedor.

1. El infierno es un fuego devorador. Dios, en su bondad, ha creado el fuego que ha puesto luego a nuestra disposición; pero el del infierno lo ha concebido en su ira. Si el fuego de que nos

servimos, a pesar de su utilidad y de las ventajas que nos proporciona no deja de producirnos los dolores más vivos si nos acercamos a él demasiado, ¿qué será el fuego del infierno al que Dios, por decirlo así, ha dotado de inteligencia y a quien ha encargado de atormentar a las almas de los condenados? Es un fuego inextinguible, que no se apaga; es el "soplo de la justicia divina", según la expresión de los santos Padres, el que lo mantiene en actividad. Dios ha da también a este fuego otra propiedad: la de conservar a sus víctimas aunque las devore y les haga sufrir tormentos espantosos.

620. 2. El infierno es un gusano roedor. Por gusano roedor se entiende la pena infinita y eterna que sufren los condenados al verse separados de Dios cuyos divinos atractivos conocen.

El hombre ha sido creado para Dios; es decir, para conocerle amarle, vivir unido a Él, para gozar eternamente de la visión de sus divinas amabilidades, de sus divinas perfecciones; tal es la felicidad de los santos. Dios es el principio y el fin del hombre. Si hubiese un alma en el mundo que conociese a Dios tal como le conocen los santos en el Cielo, esa alma quedaría arrastrada hacia Dios por fuerza irresistible, tanto es así que sería preciso nada menos que e mismo poder de Dios para detener los efectos de aquel atractivo espiritual.

621. Así como el imán atrae al hierro -y cuanto mayor es el imán, con mayor fuerza lo atrae-, así también Dios atrae el alma hacia sí, y como las amabilidades y los atractivos en Dios son infinitos, el alma se ve atraída hacia Dios de un modo también infinito. De este modo, también las almas de los condenados se sienten arrastradas infinita e invenciblemente hacia Dios, mientras que una mano invisible, la mano de la justicia divina, les sujeta al abismo en el que les han sumergido sus iniquidades. Este dolor, esta pena, este desgarramiento de los condenados es lo que el Señor llama "el gusano roedor que no muere".

Los santos Padres llaman a esta pena "pena de daño", y a la del fuego, "pena de sentido". San Crisóstomo sostiene que la pena de daño es muchísimo mayor que la del fuego.

8.ª Meditación

622. *"Qui timet Deum, nihil negligit: quien teme a Dios, no descuida nada"* (Ecles. 7).

Punto 1.º El pecado venial: naturaleza y malicia.

Punto 2.º Efectos.

Punto 3.º Peligros.

1. ¿Cuál es la naturaleza y la malicia del pecado venial? ¡Cuántas ilusiones nos forjamos, a menudo, acerca de la respuesta a esta pregunta! De ordinario, miramos al pecado venial como pequeñas debilidades, pequeñas imperfecciones inherentes a la naturaleza humana. De acuerdo con esta falsa y engañosa idea, se cierran los ojos, se pasan por alto las cosas, se descuidan, se toman hábitos, se bebe el veneno a grandes tragos y, de ese modo, se va derecho al infierno sin darse cuenta de ello e incluso creyendo que uno es un gran santo.

623. ¡Qué rara y desoladora ilusión! Más valdría que muriese un hombre; más aún, más valdría que muriesen cien mil hombres; más aún, más valdría que sobreviniese un terremoto y destruyese un reino entero; más aún, más valdría que el universo entero se redujese a pavesas, antes que cometer el pecado venial más ligero. ¿Exageraciones? Nada de eso. Para convencerse de ello, examínese la desgracia que resultaría de la desaparición del universo entero y la desgracia resultante de un solo pecado venial cometido. La pérdida del mundo entero sería, sin duda alguna, una gran desgracia; pero, después de todo, tal desgracia no recaería más que sobre los hombres. Pero ¿qué sucede cuando se comete un pecado venial? Sucede que una ofensa que se irroga a Dios, un deshonor que se le hace, es una desgracia que recae, por decirlo así, sobre el mismo Dios. Ahora bien: ¿qué comparación hay entre el mal de los hombres y el mal de Dios?

624. Pero veamos su malicia: ¿Cómo es posible comprender que un alma a la que Dios ha colmado de beneficios, a la que ha concedido gracias privilegiadas negadas a tantas otras, por la que ha vertido su sangre, cómo comprender que esa alma -aun sabiendo que el pecado venial más ligero causa aflicción a su Padre celestial y causa también la propia degradación- pueda, con cierta

indiferencia, dejarse llevar por tales faltas porque, como ella dice, "son pequeñeces"?

625. ¿No hay acaso, una gran malicia y una gran ingratitud en razonar y conducirse de ese modo? Qué imperfecto es el amor que alma tiene para con su Dios! ¡Qué poco agradecida se muestra! ¡equivocada está esta pobre alma que, al pecado venial, le llama una falta ligera! Ante Dios no hay faltas ligeras; a ciertos pecados los llama pequeños por comparación con los pecados mortales. Póngase en la balanza, de un lado el pecado venial y, del otro, el pecado mortal. No cabe duda alguna de que el pecado mortal pesa más; pero ¿acaso se sigue de ahí que el pecado venial no pesa nada?. Tomado por separado, su peso es enorme.

626. Si esto es así, ¿cómo se puede llamar ligera a una falta, cuando se considera el castigo que el Señor inflige a esos mal llamados "pecafitos". El Purgatorio ha sido creado para la expiación de los pecados veniales aun los más pequeños, aunque fuesen únicos, ya que nada manchado puede entrar en el Cielo. Y en esta tierra vemos cómo Moisés, el amigo del Señor, quedó privado de poder entrar en la tierra prometida por una pequeña falta de fe cuando Dios le mandó golpear la roca con su vara; vemos cómo Oza quedó herido de muerte por haberse atrevido a poner su mano en el Arca de la alianza, si bien el motivo que le impulsó a hacerlo era muy bueno, ya que no tenía otra intención que impedir que cayese al suelo el Arca del Señor; veamos asimismo, a David: por haberse dejado llevar de un ligero sentimiento de vanidad al hacer el censo del pueblo de Israel, Dios, para castigarle por aquella ligera falta, le dio a escoger entre la peste, la guerra o el hambre; David escogió la peste, de la cual murieron 70.000 israelitas. ¿Y seguiremos diciendo que el pecado venial es cosa pequeña?

627. 2. Cuáles son los efectos ordinarios del pecado venial? Privarnos de muchas gracias, alejar de nosotros los dones del Espíritu Santo, enfriar nuestro amor a Dios, o sea, la caridad, hacernos perder poco a poco, el gusto por las cosas espirituales. Algunas veces nos extrañamos de no poder hacer nada de provecho durante la oración, de salir de ella secos y áridos, de no poder percibir nuestros defectos durante el examen particular, de no hacer progresos en la virtud, de conservar siempre las mismas inclinaciones viciosas a pesar de que, al parecer, tenemos el deseo y el propósito de combatirlas. ¿Queremos saber la razón de todo esto? Es que no tenemos escrúpulo en cometer pecados veniales.

628. 3. Si se consideran los peligros a los que nos exponemos cuando cometemos pecados veniales, entonces ¡qué resoluciones tomaremos para combatirlos! Sobre todo, si meditamos con fe, en aquellas palabras de nuestro divino Maestro: *Quien es infiel en las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes.*

Sí. Es de fe que quien, con conocimiento de causa, comete pecados veniales, camina en derechura a su perdición. Y lo que más funesto es todavía, es que no sólo se expone él mismo con sus descuidos, sino que, a menudo, sobre todo si es jefe, expone también a cuantos viven con él y que están bajo su dirección. Por la gracia de Dios y su misericordia, el Instituto no perecerá jamás a causa del descuido y de la relajación de uno de sus miembros. Pero si ese miembro es el mismo jefe, entonces sí que tenemos que temerlo todo por el Instituto. Esta reflexión es pavorosa.

9.^a Meditación

629. *"Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo: porque eres tibio, estoy dispuesto a vomitarte de mi boca"* (Apoc. 3).

Punto 1.^o ¿Cuál es el principio secreto de la tibieza?

Punto 2.^o ¿Cuáles son las consecuencias de la tibieza?

Punto 3.^o ¿Cuáles son los remedios de la tibieza?

a) El principio secreto de la tibieza es:

1. una omisión frecuente y deliberada.
2. un descuido voluntario en vencer sus defectos.
3. un rehuir cuanto puede molestar a la naturaleza.
4. cierto hastío de las obras de fe.
5. ligereza habitual.

630. b) Consecuencias de la tibieza: abuso de las cosas santas, ceguera que impide ver sus propios defectos, no acusarse de ellos en el tribunal de la Penitencia, los sacrilegios acumulados ya que se continúa comulgando en este miserable estado y, por último, la muerte del alma.

c) Remedios: la meditación de las grandes verdades de la religión y la caridad cristiana.

El texto sagrado se encuentra en una carta que Cristo mismo dictó a San Juan Evangelista para que se la transmitiese al Obispo de Laodisea, el cual, aunque había llegado a un grado muy alto de santidad, había caído en la tibieza; se creía rico en virtudes; pero Cristo le asegura que es pobre, ciego, desprovisto de todo, y muy miserable, a la vez que le aconseja el remedio que debe tomar para curar su mal: ungir sus ojos con colirio y comprar al Señor el oro purificado. Por colirio, entiende el Señor, la meditación, y por oro puro la ardiente caridad.

10.ª Meditación

631. "*Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exarde ignis*: mi corazón se inflamó dentro de mí y, mientras que me daba a la meditación, me prendió un gran fuego" (Ps. 38).

Punto 1.º La oración es una obligación y un homenaje del alma religiosa.

Punto 2.º La oración es la fuerza del alma religiosa.

Punto 3.º La oración es el consuelo del alma religiosa.

1. ¿Cómo se entiende que la oración es una obligación para el alma religiosa? Veámoslo: ¿No es cierto que, para todo religioso, un deber avanzar en los caminos de la perfección? Sin duda alguna puesto que entró en la religión para eso y nada más que para eso; su finalidad. ¿Y no es también verdad que, para llegar a tal finalidad, debe usar necesariamente los medios que pueden conducirla a ella? Ahora bien: de entre todos esos medios, el más propio y seguro para lograr ese fin es la oración. No cabe duda, por consiguiente, de que la oración es un deber para el religioso.

632. Pero ¿es también cierto que la oración es el medio más seguro para llegar a la perfección? Consultad al mismo Dios. Este, por boca de los santos todos, os dirá que lo que les ha hecho realizar tantos progresos en las virtudes evangélicas, es la oración. Todos los verdaderos siervos y siervas de Cristo os repetirán lo mismo; es la experiencia de todos los siglos. Todos los santos Padres, todos los maestros de la vida espiritual están acordes en este punto. ¿Queréis, acaso, ir en contra de una autoridad tan eminente? Y si, por otro lado consideramos que una oración bien hecha es la obra no sólo del hombre, sino también y sobre todo, de Dios; que el espíritu, el corazón y todas las facultades del alma se

abismos por decirlo así, en Dios entonces comprenderemos que los santos Padres digan que una oración bien hecha es una verdadera comunión, una unión verdadera con Cristo, aunque no sea una unión sacramental.

633. ¿No debe el religioso tributar sus homenajes a la divinidad? Pues bien: lo mejor que puede hacer es una buena oración.

Fácil es comprender cómo la oración constituye la fuerza de un alma religiosa, ya que Dios -que es la fuerza misma- se comunica íntimamente a ella. El religioso necesita fuerza para luchar contra el enemigo de su salvación que le combate sin cesar. Ahora bien: la oración le inundará de fortaleza y de valor.

El verdadero religioso goza, en la oración, de momentos deliciosos; Dios mismo es su consuelo y su alegría.

11.ª Meditación

EXCELENCIA DE LA FE CONSIDERADA EN SI MISMA

634. *"Si scires donum Dei!": ¡Si conocieras el don de Dios!"* (Jn. 4.)

Punto 1.º La fe es la luz del espíritu.

Punto 2º Las riquezas de la fe son preferibles a todos los tesoros de la tierra.

El entendimiento humano está lleno de prejuicios; sus razonamientos son, a menudo, erróneos porque habitualmente la pasión entra, con buena parte, en los juicios que forma. Así por ejemplo, de un hombre que posee una fortuna considerable, diremos que es feliz; de un hombre encumbrado a altas dignidades y que se ve colmado de honores, diremos que es un hombre dichoso. Nos engañamos burdamente. Este hombre no es feliz, sino que, por el contrario, es un hombre muy desgraciado. ¿Cómo se explica todo esto? Es que hay que alumbrar nuestro espíritu con la luz de la fe para que juzgue bien.

635. Abramos el santo Evangelio; en él leemos estas palabras: *¡Ay de vosotros los ricos! Bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; el que se ensalza será humillado; quien no lleva su cruz en pos de Mí no es digno de Mí,* etc. La Verdad misma es la que habla aquí; es la boca misma de Dios la que

profiere estas palabras. ¿Qué guía más seguro queréis para sentar vuestros juicios y para forjaros una idea justa acerca de las cosas? Quien no examina las cosas a la luz de la fe se sumerge en las tinieblas más densas.

¿De qué le sirve al hombre -dice Cristo- ganar el mundo entero si pierde su alma? Por el contrario, quien se despoja de todo, si está animado por una fe viva, asegura su felicidad eterna.

12.ª Meditación

EXCELENCIA DE LA FE CONSIDERADA EN EL CARACTER DE GRANDEZA QUE COMUNICA AL CRISTIANO

636. *"Si scires donum Dei!:* ¡Si conocieras el don de Dios!" (Jn. 4.)

"Mediante la unción celestial que recibimos en el bautismo hacemos, a la vez, reyes, sacerdotes y profetas" (San Juan Crisóstomo).

Punto 1.º Como reyes que somos, debemos someternos a la fe. Tal sumisión constituirá nuestra grandeza.

Punto 2.º Como sacerdotes, debemos inmolarlo todo en aras de fe; este sacrificio total constituirá nuestra riqueza.-1. Sacrificio de alabanza, como sacerdotes de la naturaleza inanimada.-2. Sacrificio de desprendimiento como viajeros.-3. Sacrificio de privaciones, excluyendo cuanto prohíbe la fe.-4. Sacrificio de expiación.-5. Sacrificio de resignación.-6. Sacrificio de abnegación.

Punto 3.º Como profetas, debemos vivir de las promesas que nos hace la fe. Esta esperanza en los bienes eternos será nuestro consuelo y nuestra fuerza.

637. Somos verdaderamente reyes; pero nuestro reino no es de este mundo. Si no queremos decaer de nuestra realeza y si queremos sentarnos en el trono que Dios nos ha preparado en el Cielo desde el principio del mundo, es preciso que entremos en el ejercicio de la realeza ya aquí en la tierra. Pero ¿en dónde están nuestros súbditos? Son pocos; no tenemos más que tres: nuestro entendimiento, nuestro corazón y nuestro cuerpo.

Esta es la autoridad que debemos ejercer sobre estos súbditos; debemos someter nuestro corazón a nuestra inteligencia y ésta, a nuestra fe; en cuanto al cuerpo, debe ser un esclavo dócil

tanto de nuestro espíritu como de nuestro corazón. De este modo nos hacemos dignos del hermoso título de reyes y de reinar, algún día, eternamente.

638. La unción sacerdotal nos fue dada tan verdaderamente en el bautismo como la de la realeza; de consiguiente, es preciso que tampoco la hayamos recibido en vano; es decir, que puesto que somos sacerdotes, estamos obligados a ofrecer sacrificios al Señor; nuestro corazón será el altar sobre el que se los ofrezcamos. Pero, ¿qué clase de sacrificios debemos ofrecerle? Ved el punto segundo.

639. También la luz de la fe es la que nos constituye en profetas. En las Sagradas Escrituras descubrimos las cosas pasadas, las presentes y las futuras; la Revelación es nuestra luz, nuestra inteligencia, nuestro guía; ella nos hace ver claramente los bienes eternos. Tal esperanza constituye aquí nuestro consuelo y nuestra alegría.

13.ª Meditación

640. *"Dominus Deus tuus te elegit ut sis el populus peculiaris, de cunctis populis qui sunt super terram: El Señor vuestro Dios os ha escogido para que seáis el pueblo propio suyo y peculiar de entre todos los pueblos de la tierra"* (Deut. 7, 6).

Punto 1.º Santidad de la vocación religiosa.

Punto 2.º Felicidad de la vocación religiosa.

Punto 3º Fidelidad a la vocación religiosa.

¿Hay acaso, un estado más santo que el de la vocación religiosa? ¿Un estado en el que uno se consagre más especialmente a Dios, en que uno se ocupa sólo de glorificarle, amarle, servirle, hacer en todo su voluntad y seguir sus caminos? La vida de un religioso es una vida angelical, constituye la admiración de los ángeles, pudiéndose decir, incluso, que es más admirable que la de esos mismos ángeles. No se puede estar más unido a Dios de lo que lo está un buen religioso, a menos que se esté ya en el Cielo en donde ya no tenemos lazo alguno que nos ate a la tierra.

641. ¡Cuántos medios de salvación prodiga el estado religioso! Ejercicios de piedad, santos compromisos, ceremonias sagradas, práctica continua de las virtudes más sublimes, alejamiento y horror de los menores vicios y de las menores imperfecciones, penitencias,

mortificaciones, meditaciones, exámenes de conciencia, lecturas espirituales, sermones, buenas obras, frecuencia de sacramentos... ¡Qué feliz es un religioso cuando sabe aprovecharse de tantas ventajas! Se puede decir que está como el pez en el agua, que se encuentra en su verdadero elemento. ¡Qué alegría! ¡Qué consuelo! Pero si quiere conservar esa felicidad, es preciso que se mantenga fiel, que persevere hasta el final; sin ello, su felicidad no duraría más que un momento y se sumergiría luego en penas eternas.

14.ª Meditación

642. "*Natio illorum, obedientia et dilectio*: el pueblo que componen no es más que obediencia y amor" (Eccl. 8, 1).

Punto 1º Fundamentos y principios básicos de la obediencia.

Punto 2º Característica de la obediencia religiosa.

Punto 3º Ventajas de la obediencia religiosa.

A los preceptos evangélicos los podemos considerar como lazos que unen a todos los cristianos con Dios; pero como la experiencia demuestra que estos lazos son muy insuficientes para impedir que hombres se separen de Dios y tornen al fango del vicio, los cristianos más fervorosos han tomado las precauciones contra una desgracia tan grande, y por eso, han querido estrechar los vínculos que los unían a Cristo. ¿Qué han hecho a este fin? Han abrazado como preceptos evangélicos los consejos evangélicos, haciendo a Dios el sacrificio de su propia voluntad; han hecho voto de obediencia.

643. La obediencia religiosa tiene varias características. Las principales son: 1.ª Ser pronta. 2.ª ciega. 3.ª humilde. 4.ª interior. 5.ª universal. 6.ª generosa. 7.ª constante.

Las principales ventajas de la obediencia son la verdadera paz del alma y un como gusto anticipado de la felicidad del Cielo. Efectivamente ¿de qué podría turbarse un alma que vive sólo para hacer la voluntad de Dios y que no conoce otra cosa que la voluntad de Dios?

15 Meditación

644. *"Beati paupers spiritu quoniam ipsorum est regnum coelorum: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"* (Mat. 5).

Punto 1.º La pobreza religiosa en su espíritu.

Punto 2.º La pobreza religiosa en sus obras.

Punto 3.º La pobreza religiosa en sus frutos.

Pobre de espíritu es quien tiene un desprendimiento afectivo de todos los bienes de la tierra.

La pobreza religiosa es un desprendimiento, no sólo afectivo, sino también efectivo de todos los bienes de la tierra. Se deja todo, se renuncia a todo; ya no se quiere poseer otra cosa que a Dios. Si, a pesar de todo, atendemos a satisfacer nuestras necesidades, si no nos dejan carecer de nada, debemos considerarlo como una caridad que tienen con nosotros y por consiguiente, estar contentos con lo que nos den sin murmurar nunca interiormente y sin creer jamás que están obligados a proporcionarnos tales cosas.

645. El verdadero espíritu de la pobreza religiosa hace que, incluso se sienta uno alegre al carecer a veces de lo necesario, no se desee tener para su uso personal más que las cosas más comunes; por ejemplo, se preferirá llevar unos vestidos usados, se economizará hasta en las cosas más pequeñas; cuando uno cae enfermo, se preferirá, entre dos remedios que produzcan el mismo efecto, el menos costoso aunque sea desagradable de tomar. Se tendrá horror, por decirlo así, al dinero y, si el cargo de ecónomo o de superior le pone a uno en la precisión de tener dinero para atender a los diversos gastos, uno se afligirá al tener que tocar ese vil metal, acordándose continuamente de aquella palabra del santo Evangelio: *las riquezas son engañosas*.

646. Del mismo modo, si las relaciones que forzosamente tiene uno que tener con los grandes del mundo le obligan a uno a llevar un traje más fino o más rico, si se tiene espíritu de pobreza, sufrirá por tener que llevarlo, estará a disgusto con él, creerá que es pesado y se apresurará a ponerse, cuando pueda, el traje raído y viejo. ¡Desgraciados de vosotros si ahora amáis las riquezas y si os gusta un traje bueno! Eso significa que no tenéis el espíritu de pobreza, que no sois religiosos, que sois unos ladrones y unos

avaros como Judas. Mucho cuidado con compartir su suerte. Acordaos de que Cristo, vuestro divino Maestro, cuando estaba en este mundo, no tenía donde reclinar su cabeza. Que cuanto hagáis, sea con un verdadero espíritu de pobreza; así es como recogeréis sus frutos.

16.ª Meditación

647. Os he desposado con este único Esposo, que es Cristo, para presentaros a Él como una virgen pura.

Punto 1.º La pureza virginal, verdadera grandeza del alma inmortal.

Punto 2.º La pureza virginal constituye la dulzura del alma inmortal.

Punto 3º La pureza virginal es la gloria del alma inmortal.

A la castidad religiosa la consideran los santos Padres como una virtud que ennoblece al hombre, que le hace semejante a los ángeles, que le une más íntimamente a Dios y que atrae sobre el hombre más gracias y privilegios. Se ha notado que los santos que más se han elevado en el conocimiento de las verdades de la religión, que han recibido mayores favores de Dios, son los que habían guardado su inocencia bautismal.

648. Los mayores doctores de la Iglesia, San Basilio y San Crisóstomo, hablaron de la castidad religiosa con una sublimidad y una energía que muestra bien su grandeza. San Ambrosio compuso una obra en que hacía ver tan claramente las ventajas de la castidad religiosa, que el emperador prohibió expresamente la publicación de tal libro por miedo a que sus súbditos quedasen persuadidos de ellas, puesto que este mismo libro le había impresionado a él mismo.

Fácil es concebir por qué motivo ama tanto Dios a las almas castas: porque son verdaderamente imágenes de Dios y Él se complace en su imagen. Por eso, ¿qué sucede cuando tenemos la desgracia de caer en un pecado mortal? Echamos a perder la imagen misma de Dios, deshonoramos a Dios; por lo cual, Él se aleja de nosotros, evita y le causamos horror.

17.ª Meditación

649. "*Discite a Me quia mitis sum et humilis corde*: aprended de que soy manso y humilde de corazón" (Mat. 11).

Punto 1.º Motivos de humildad de corazón.

Punto 2.º Motivos de humildad en el Instituto de María.

Punto 3º Señales de la humildad religiosa.

"Aprended de Mí ..." Escuchad la lección que nos da nuestro adorable Maestro; se nos presenta Él mismo como ejemplo de humildad y de dulzura. Busquemos en Cristo mismo los motivos de humildad que debemos llevar en el corazón. La vida entera de Cristo fue una vida de humildad. Mirémosle primero en su Encarnación y en el pesebre de Belén; mirémosle también en el Cenáculo cómo se ciñe una toalla y se pone a lavar y enjugar, los pies de sus Apóstoles sin a exceptuar al mismo Judas aunque sabía que le iba a entregar. Oigámosle proclamar que no *ha venido a ser servido, sino a servir a los demás*. Cristo vino a este mundo a glorificar a su Padre. ¿Qué hacemos, pues, nosotros, cuando nos dejamos llevar por sentimientos de orgullo? Arrebatamos a Dios su propia gloria haciéndonos culpables de un robo horrible, nos hacemos semejantes a Satanás y declaramos la guerra a Dios.

650. En el Instituto de María se encuentran tanto los motivos como la práctica de la humildad, si bien habitualmente, cada cual debe seguir los usos que requiere el empleo que tiene a su cargo y debe cada cual ocupar su puesto. Sin embargo, algunas veces se ve a los jefes ocuparse en oficios bajos en apariencia como el servir en el comedor, barrer, fregar la vajilla, etc. considerándose dichosos de poderlo hacer así, por lo menos si tienen fe, ya que es verdad que al hacer esto, no hacen más que lo que el mismo Cristo hizo. ¿Hay algún deshonor o se puede decir que sea humillante hacer algo de lo que hizo el mismo Jesucristo?

651. Las verdaderas señales de que se adelanta en la santa virtud de la humildad son el haber llegado a vencer aquella susceptibilidad que nos hace aparecer tristes, apenados e incluso impacientes cuando nos mandan algo que nos contraría, que no entra dentro de nuestros gustos o de nuestra manera de ver; cuando queremos que nos humillen; cuando nos sentimos molestos ante los elogios que hacen de nosotros. Si tenemos fe, no nos será difícil vivir con tales sentimientos. ¿No es cierto que a causa de

nuestros pecados pasados, hemos merecido el infierno? Si así es, con mayor razón merecemos sufrir, en este mundo, toda clase de oprobios.

652. Por eso, cuando los hombres nos maltratan, nos desprecian o incluso nos calumnian, no hacen en todo ello más que tratarnos con justicia ya que merecemos eso y mucho más. Por otra parte, oigamos a Cristo que nos dice: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Cuando vayáis a alguna fiesta, ocupad el último lugar. El que se humilla será ensalzado. Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia porque de ellos es el reino de los Cielos.*

María Santísima fue elevada a la dignidad de Madre de Dios a causa de su incomparable humildad.

18.ª Meditación

653. *"Accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus: Abba, Pater!":* hemos recibido el espíritu de adopción de hijos por el cual exclamamos: "¡Abba, Padre!" (Rom. 8, 19).

Punto 1º ¿Cuál es el espíritu especial del Instituto de María?

Punto 2º ¿Cuáles son los medios más apropiados para adquirir ese espíritu y para seguir el modelo propuesto?

Punto 3.º ¿Cuáles son los frutos que, en el orden de la religión, cabe esperar, sin exageración y con una discreta previsión?

Cuando los israelitas se veían expuestos a algún peligro, clamaban: "¡Señor, Señor!" poniendo en Él su confianza. Cristo también nos ha enseñado que, cuando queramos pedir algo, no tenemos más que decir: *Padre nuestro, que estás en los Cielos...* Del mismo modo, los hijos de María claman: *¡Madre nuestra! ¡Madre nuestra!* y su esperanza no quedará frustrada porque han puesto su confianza en Aquélla que se halla investida de un gran poder.

654. Aunque todas las Ordenes religiosas tengan un espíritu que les es común, sin embargo, cada Orden tiene su espíritu que le es propio; este espíritu particular es un efecto de la inspiración divina, y es apropiado, en cierto modo, a las circunstancias y a las necesidades de cada siglo. Al llegar a este punto icuántas serias reflexiones se presentan en relación con el Instituto de María!

Estamos firmemente persuadidos de que Dios mismo es quien ha suscitado el establecimiento del Instituto de María; pero si tenemos presente en qué tiempo lo ha hecho nacer, cuál es el fin que quiere que nos proponamos, entonces descubriremos miras muy amplias. Echemos una mirada sobre nuestro siglo. ¡Dios mío! ¡Qué profundas tinieblas, qué espantosa depravación, qué desoladora indiferencia en relación con la salvación eterna! En los siglos anteriores, la corrupción no se había introducido más que en el corazón; en cambio, hoy día, tanto la inteligencia como el corazón tienen la gangrena, siendo el mal del espíritu incomparablemente más peligroso e incurable que el del corazón.

655. Pues bien: en este estado de cosas, en estos tiempos de desolación y cuando la generación que acaba de nacer amenaza con verse devorada junto con las que le sucederán, por la irreligión y la impiedad, en estos tiempos Dios ha fundado el Instituto de María, dándole el espíritu que le conviene; ese espíritu es el espíritu interior.

Dios nos llama, no sólo a santificarnos, sino también a preservar a la generación actual, del error, y a volver a instaurar la fe en Francia y en Europa. ¡Qué grande es la empresa! ¡Qué noble! ¡Qué santa! ¡Qué generosa! ¡Qué atractivos encierra para un alma que toma a pechos la gloria de Dios y la salvación de sus semejantes ¡Dios mismo nos ha escogido entre tantos otros!

656. El espíritu de los hijos de María es un espíritu interior. En esta comunidad de sentimientos, cada religioso levanta un templo al Señor erigiendo en él un altar sobre el que hace el holocausto de su voluntad, no perdiendo nunca de vista la presencia de Dios, hablando dulce y familiarmente con Él ya que Dios ha establecido en él su morada. Hace de su corazón un santuario en honor de María, una capilla, de la que se elevan las fervorosas oraciones que le dirige. También invoca a San José, recurriendo a él en sus penas. El Espíritu del Instituto es el espíritu de María; esto lo explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María.

657. Lo esencial, por consiguiente, es formar en nosotros el espíritu interior. Pero ¿mediante qué medios? Por tres medios. El primero es formar en nosotros los rasgos de Cristo; el segundo, formarnos en las virtudes siguiendo el ejemplo de la augusta María; el tercero, formarnos según las reglas del Instituto de María; es decir, en los consejos evangélicos. Bueno es examinar a menudo la excelencia y obligación de los compromisos que hemos contraído,

las ocho bienaventuranzas, los misterios de la Santísima Virgen, notando siempre las virtudes más convenientes al Instituto, como son su humildad, su pobreza y su discreción. Esforzarse por comprender bien y practicar los cinco silencios, el recogimiento, la obediencia y el espíritu de mortificación; en una palabra, hay que trabajar de tal modo que, al llegar al fin de nuestra vida, podamos decir como Cristo: "Todo está consumado."

658. Los frutos que sacaremos de nuestra fidelidad serán el consuelo de ser los cooperadores en los designios de Dios. El Instituto de María es obra de Dios; si nosotros, que somos el núcleo del mismo, no estamos animados de su espíritu, dejaremos caer por los suelos la obra de Dios, de lo cual seremos responsables. Pero, si, en cambio, somos fieles, María misma nos presentará a su adorable Hijo.

11ª Meditación

659. "*Est confusio adducens gloriam et gratiam*: hay una confusión que redundando en gloria y en gracia" (Eccles. 4, 25).

Punto 1.º La confesión debe ser humilde en la acusación de las faltas.

Punto 2.º La confesión debe ser fervorosa en la contrición.

Punto 3.º La confesión debe ser saludable en la fidelidad a las advertencias.

La confesión es como una tabla de salvación que se arroja a un pecador cuando, a causa de sus pecados, ha incurrido en la desgracia de Dios. Si la confesión es humilde y sencilla, será siempre corta; no hay que pedir consejos mientras se está uno acusando.

660. El no tener dolor de sus pecados sería un sacrilegio de categoría muy grave; equivaldría a la profanación de un sacramento. Podría ocurrir que uno fuese al tribunal de la penitencia con sólo pecados veniales y salir de él llevando pecados mortales.

La confesión es un baño en la Sangre de Cristo; cuando el confesor os absuelve es como si os arrojara a ese baño o como si derramase sobre vosotros la sangre de Jesucristo. Imaginad, pues, qué desgracia supone el acercarse al santo tribunal de la penitencia sin verdaderos sentimientos de compunción y de arrepentimiento.

661. Es muy importante estar atento a las reflexiones, advertencias, exhortaciones y consejos que os dirige el confesor ya que entonces es Cristo quien os habla por boca de su ministro. Esta atención producirá entonces en nosotros los efectos más saludables por la impresión que aquellos sabios consejos producirán en nuestra alma y los rayos de luz que nos ayudarán a conocer nuestros defectos e imperfecciones haciéndonos descubrir, al mismo tiempo, los medios que debemos emplear para destruirlos y adelantar en las virtudes nuestro estado. También para esto último hace falta una gran fidelidad en seguir las advertencias que nos hacen en la confesión.

XXIV

1822. CHAMINADE. (Libro rojo)

LA TORRE EVANGELICA O LA PERFECCION RELIGIOSA

1.ª Meditación

EL ESTADO RELIGIOSO

662. *"Quis ex vobis, volens aedificare turrim non prius sedens computat sumptus qui necesarii sunt si habeat ad perficiendum?: ¿Quién entre vosotros, queriendo construir una torre, no se pone a contar despacio los gastos que tendrá que hacer para rematarla?"* (Luc. 14, 28).

Punto 1.º Grandeza de la empresa; idea del estado religioso.

Punto 2.º Gastos que hay que hacer para rematar el edificio. El estado religioso, por decirlo así, es un estado de sacrificios.

Punto 3º Motivos de emprender la obra y de rematar el edificio.

663. El estado religioso es comparable a una torre que se quiere construir o a un edificio que se quiere levantar.

Nuestro Señor Jesucristo nos dice que, en el orden espiritual, pasa lo que en el orden natural: que, antes de emprenderlo, hay que examinarlo todo, pesarlo todo y calcularlo todo: *prius sedens*, antes, despacio.

Tres cosas hay que considerar: 1.ª La grandeza de la empresa; 2.ª Los gastos que hay que hacer; es decir, los sacrificios; 3.ª Los grandes motivos que nos deben impulsar a empezar y a continuar hasta el final.

664. Primeramente, para emprender la construcción de este edificio y llevarla hasta el final, necesariamente se requieren fuerzas, luces y medios. Precisamente son las cosas de que carecemos, puesto que somos pobres, miserables, desprovistos de todo e incapaces de todo bien. Por consiguiente, la sabiduría y la prudencia parecerían aconsejarnos el no poner manos a la obra y nos tratarían de temerarios y de insensatos si nos atreviésemos a hacerlo. Ciertamente, así sería si sólo dispusiésemos de nuestras propias fuerzas; pero, ¡ojo!, aquí hay una trampa que nos la oculta

el demonio. Efectivamente, ¿no sería una blasfemia el creer imposible que podamos vencer las dificultades si Dios nos ayuda?

665. ¿De qué modo podremos emplear los medios que Dios nos dé? Poniendo siempre delante de nuestra vista la magnificencia de la empresa. Bien sabe el demonio qué eficaz resulta este medio y conoce cabalmente toda su fuerza, por eso mismo, hace todo lo posible para apartar de nuestra vista tal imagen poniéndonos, en lugar de ella, una verdadera exposición de trabas, obstáculos y dificultades que él aumenta extraordinariamente para asustarnos y desconcertarnos. En este caso, ¿qué debemos hacer?

Lo primero, no asustarnos por las dificultades, sino considerar con cuidado los medios para orillarlas.

¿De qué se trata? De la mayor y más sublime de las empresas: asegurarnos la posesión del Cielo y proporcionar a Dios una gloria infinita. ¿Hay algo más grande y que deba inflamar más nuestro ánimo y aumentar nuestra confianza?

666. Dios manifestó su gloria cuando tuvo lugar la dedicación del templo de Salomón. ¿Qué no hará ahora si le elevamos un monumento espiritual mucho más precioso a sus ojos?

Nada proporciona a Dios tanta gloria como la perfección evangélica. El estado religioso es un asilo seguro contra la ira y la venganza de Dios en las terribles plagas que hace llover sobre los hombres; es una muralla contra la que vienen a quebrarse los dardos del enemigo; es un dique opuesto al torrente de los crímenes que mancillan la tierra. Podemos levantar tan alto esta torre de nuestra salvación que nos dé entrada en el Cielo.

La empresa es grande; supone grandes gastos y grandes sacrificios; las palabras del mismo Cristo así nos lo dan a entender: *Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie a su padre y a su madre, etc...*

667. Pero no bastaría con dejarlo todo. También es preciso dejarse a sí mismo, renunciarse a sí mismo, tratarse a sí mismo como le trataría un enemigo mortal. Amán se vio precisado por Asuero a rendir honores a Mardoqueo; así lo hizo, aunque sin añadir el menor favor fuera de lo mandado; así es como también debemos tratarnos a nosotros mismos.

Es preciso que llevemos la cruz durante nuestra vida entera; que llevemos nuestra cruz en seguimiento de Cristo cargado con ella.

El cristiano sacrifica las luces de su inteligencia en aras de la fe; es decir, de la palabra de Dios: "Dios ha hablado." El religioso hace un sacrificio entero, no sólo al oír la palabra de Dios, sino al oír la palabra de sus representantes: *Quien os escucha, a Mí me escucha.*

2.ª Meditación

DE LA GUERRA QUE EL RELIGIOSO EMPRENDE CONTRA LOS DEMONIOS

668. *"Quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non prius sedens cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei qui cum viginti millibus venit ad se?: ¿Qué rey, queriendo emprender una campaña contra otro rey, no examina primero, despacio, si podrá hacer frente con sus diez mil hombres al otro rey que avanza hacia él con veinte mil?"* (Luc. 14, 31).

Punto 1.^o ¿Con qué fuerzas hay que contar para emprender esta guerra?

Punto 2.^o ¿Con qué éxito hay que hacerla?

Punto 3.^o ¿Cómo acabará esta guerra?

El primer rey del que Cristo ha querido hablar en sus parábolas es el cristiano y, sobre todo, el religioso; el segundo, es el demonio. Entre ambos reina una división, media una guerra.

El cristiano, al recibir los sacramentos, declara la guerra al demonio. Pero hay pocos cristianos que opongan a Satanás una vigorosa y larga resistencia; de ordinario son vencidos con facilidad. El religioso, mediante su profesión, ha declarado al demonio una guerra abierta, resuelta, constante, sostenida, tenaz, sin ninguna clase de paz ni de tregua sin ceder jamás un palmo de terreno y sin concederle la más mínima ventaja.

669. Aquí, en el texto sagrado, parece asignársele más fuerza al demonio que al religioso, representados por los dos reyes. Efectivamente, si se tiene en cuenta cuál es el poderío de Satanás, se lo encontrará terrible y formidable. Primeramente, su fuerza en cuanto espíritu. Dios, al precipitar a Satanás al infierno, le ha

quitado su felicidad y su belleza aunque sin arrebatarle su fuerza; un solo demonio se bastaría para derrocar y trastornar el mundo entero. Satanás impera en todas las potencias infernales; es el príncipe de este mundo, de la tierra y su poder- ioh pensamiento desolador!-se extiende a todas las criaturas, abarcando a todos los hombres, los cuales se convierten en esclavos suyos casi en la totalidad; de ellos saca un gran partido en los diferentes combates que tiene que sostener.

670. Más aún: Satanás encuentra armas hasta dentro de nosotros mismos. A pesar nuestro, nuestra misma naturaleza, nuestra debilidad, nuestras propensiones, nuestras inclinaciones, nuestros sentimientos depravados, nuestra corrupción y todos nuestros sentidos son otras tantas armas que él dirige hábilmente contra nosotros, incluso algunas veces sin que nos demos cuenta de ello y hasta cuando nos parece que hemos vencido. ¡Qué enemigo tan temible! El mundo es el teatro de todos los crímenes, el imperio de Satanás. Por eso, el Espíritu Santo nos advierte en el Apocalipsis: ¡Pueblo mío! Salid de esta Babilonia para que no os veáis envueltos en el decreto de su perdición (18, 4).

671. El arma que más teme el demonio es el conocimiento de nosotros mismos, la humildad. No cesemos de pedir a Dios con S. Agustín: "¡Dios mío: que yo te conozca y que me conozca!" Comprendamos bien lo que somos, cuál es nuestra debilidad, nuestra malicia y nuestra corrupción. Cuanto más convencidos estemos de nuestra miseria, de nuestra nada, más humildes seremos, más nos ayudará el Señor y más fuerzas nos dará para vencer al enemigo. Pero desgraciados mil veces nosotros si nos creemos capaces de algo, si depositamos en nosotros mismos la menor confianza, si contamos, por poco que sea, que nuestra ciencia o nuestra sabiduría... nos basta; quedaremos vencidos, Dios se alejará de nosotros y el demonio nos cargará con sus cadenas.

672. El religioso cobarde que no vela sobre sí mismo-sobre sus pensamientos, sentimientos y sus sentidos-, que no pone interés en la observancia de sus reglas, que todo esto lo mira como pequeñeces, como cosas que están muy por debajo de él, que descuida las cosas pequeñas, ese tal se ve a menudo cautivo, esclavo de Satanás, aunque se crea libre.

673. Por el contrario, el religioso fervoroso, siempre vigilante, logra la victoria sobre todos sus sentidos, sobre sus pasiones, sobre el mundo y sobre los demonios. Los resultados, por consiguiente,

son muy distintos según los combatientes. Cuanto más infiel es uno, más ciego se vuelve; la fe se extingue; se hace insensible y encallecido para todo. Jamás victoria sin recompensa. El religioso fiel recibe unas veces sobreabundancia de gracias o de otros favores; otras veces, la adquisición de una virtud, el aumento de amor a Dios, o una nueva victoria aún más señalada que la primera. Tampoco hay derrota sin castigo, ya sea una privación de gracias, o algunas sequedades o una penosa caída, o la ceguera espiritual, etc.

No digamos nunca: "¡Pero, en medio de todo, soy un religioso!"

No. Eso es ilusión. Precisamente los malos religiosos, sacerdotes o Papas son los que se verán atormentados más cruelmente en el infierno.

La guerra espiritual acaba en este mundo. Hay que vencer o morir. El Cielo o el infierno; no hay término medio.

1.ª Conferencia

SOBRE LA ORACION MENTAL Y LA ORACION

674. Los más ignorantes pueden también hacer sublimes oraciones. La ciencia hincha. Desde el momento en que uno cree tener grandes ideas, desde que uno se cree sabio, el Espíritu Santo se aleja de él y crece en orgullo. La verdadera oración, por el contrario, nos hace adelantar siempre en la humildad.

La primera clase de oración consiste en la vocal hecha con una atención superficial, pero suficiente para saber en dónde se está. Esta atención superficial nos habitúa, de modo especial, a la práctica de los cinco silencios. La segunda clase de oración es aquella en la que el alma adquiere mayor fuerza; tiene lugar cuando uno procura saborear lo que está diciendo, deteniéndose en lo que más le conmueve; es la atención al sentido de la letra; se favorece más esta atención sirviéndose de un libro; también se puede concentrar la atención en alguna de sus partes, como por ejemplo al rezar el rosario, pensando en cada misterio.

La tercera consiste en detenerse, efectivamente, haciendo pausas, en lo que a uno le impresiona más.

675. Solemos forjarnos muchas ilusiones acerca de las oraciones que hacemos. Con tal de hacerlas, bien o mal, ya no vamos más lejos en nuestro examen.

Entre cristianos, esta manera de rezar sin saber lo que se dice o en dónde se está, es verdaderamente deplorable; pero que también se encuentre entre religiosos el mismo abuso es algo en lo que no podríamos pensar sin derramar lágrimas de sangre. Hay, sin embargo, quienes hacen tan mal sus oraciones y que, sin embargo, se dicen a sí mismos: "Yo no me aburro rezando ni encuentro muy largas las oraciones." ¡Ya lo creo! Como que pasan todo el tiempo distraídos y no hacen otra cosa que distraerse y divertirse durante sus oraciones.

3.ª Meditación

COMBATE DEL RELIGIOSO CONTRA EL DEMONIO

676. *"Qui certat in agone non coronabitur nisi legitime certaverit:* Quien combate en la palestra no será coronado si no ha combatido según las normas" (II Timot. 2, 5).

Punto 1.º ¿Por qué la vida eterna se nos presenta bajo la bella imagen de una corona? Necesidad de los combates.

Punto 2.º Todos los combatientes no serán coronados. Leyes del combate.

Punto 3.º La corona es de tal valor que debemos decidarnos a observar todas las reglas del combate espiritual para asegurárnosla.

En el mundo, cuando se trata de informarse bien de las leyes humanas- sobre todo cuando se trata de la pérdida de una propiedad- se cuida bien de que todos los documentos estén en regla, de que se guarden bien todas las formalidades, de modo que no se pueda encontrar irregularidad alguna. Para lograrlo ¿qué se hace? Se consulta a un buen abogado, ateniéndose a su consejo y a su decisión.

677. ¿Qué hace un religioso? Aquí la cuestión es aún más importante porque se trata de la salvación; de su propia suerte durante toda la eternidad. Basta con guardar los mandamientos, desde luego, para salvarse; pero esta misma observancia ¿es fácil? ¿es el resultado de tan escasa importancia, que sea inútil o poco necesario el aconsejarse? ¿Quién se atrevería a decirlo, y menos

aún, a creerlo? Por consiguiente, ¿qué consejo va a tomar el religioso? ¿En dónde está ese abogado bastante sagaz y sabio para dárselo? Tal abogado es el mismo Cristo.

He aquí, pues, lo que hace un religioso: sigue exacta y estrictamente los consejos de Jesucristo para estar seguro de que cuanto pueda decir, pensar o hacer estará conforme enteramente con los mandamientos.

678. La observancia de los consejos, unida a la de los preceptos, supone combates. Por eso, San Pablo compara a los religiosos con una reunión de atletas, con esta diferencia de que aquéllos entran en la lid, no para luchar contra uno de sus semejantes y lograr así una corona de laurel que pronto se marchita, sino para combatir contra enemigos invisibles, contra los demonios mismos, para lograr así una corona inmortal.

¡Qué vergüenza para nosotros el ver que unos paganos, en los juegos olímpicos, se preparan al combate haciendo toda clase de sacrificios! Se les ve siguiendo un reglamento de vida, un régimen alimenticio muy riguroso y austero, privándose de todos los placeres que hubieran podido disminuir sus fuerzas o alterar su agilidad; y, después de todo, para, en muchos casos, quedar vencidos, puesto que sólo había uno que recibía la corona.

679. Hay reglas para el combate espiritual como las había entre los paganos para sus juegos públicos.

Entre los religiosos no hay sólo uno que será coronado, sino que recibirán la corona todos cuantos hayan combatido en conformidad con las reglas del combate espiritual.

No podemos salvarnos sino combatiendo. No hay Cielo sin victorias; ni hay victorias sin combates; ni hay combates sin guerra; ni hay guerra sin enemigos. Y tales enemigos están dentro de nosotros; son la carne, la cual guerrea contra el espíritu, la parte inferior que combate contra la superior, nuestra naturaleza corrompida que lucha en contra de la gracia de Dios y de las inspiraciones del Espíritu Santo.

680. Todas las páginas de la Sagrada Escritura nos están hablando de estas guerras y de estos combates espirituales que hay que sostener. Nuestros primeros padres, a causa de su desobediencia, nos han merecido una pena eterna. Dios podría, sin cometer injusticia y sin crueldad, precipitarnos en el infierno y

nosotros no tendríamos nada que reprocharle. Admiremos la bondad y el amor infinito de Dios: quiere hacer la paz con nosotros, tratar con una raza culpable; lo cual no hizo con los ángeles rebeldes, a quienes precipitó en el fondo de los abismos, en su primera rebelión.

681. Dios quiere tratar con nosotros y hacer la paz; pero con ciertas condiciones.

La primera es que, al hacer la paz con los hombres, entiende no revocar el decreto de muerte, ni sus consecuencias humillantes, tales como las enfermedades, las penas, los dolores, las inquietudes, la rebelión de las pasiones, los tristes y deplorables efectos de la concupiscencia, etc.

La segunda condición es que los hombres escucharán a su adorable Hijo, creerán en su palabra, le tomarán por mediador, seguirán sus ejemplos, observarán sus leyes, se incorporarán a Él para no vivir ya más que por Él y no prevalerse de sus méritos para pecar.

682. La tercera es que Dios se compromete a devolver al hombre, no sólo los derechos de Adán inocente, sino también los derechos de su Mediador, Jesucristo, de modo que, si cumplimos las dos primeras condiciones, Dios hace que compartamos la gloria del mismo Cristo.

Puestas estas condiciones, preguntémosnos: "¿Vale la pena de combatir? ¿Podemos vacilar más tiempo en tomar las armas?" Nadie se salvará si no persevera hasta el final. No hay que tomar las armas de nuestra inteligencia, de nuestra sabiduría o de nuestra prudencia, sino las armas mismas de Cristo.

683. *Corred, pues, de tal modo que logréis el premio*, dice San Pablo. El demonio sólo es fuerte porque tiene a sueldo a todas las criaturas y también a nuestros vicios, pasiones y concupiscencias. Ya que hemos abandonado el mundo, los bienes y las criaturas, ¿qué nos impide dejarnos a nosotros mismos si queremos vernos enteramente libres de nuestros enemigos? Para excitarnos al combate, consideremos la belleza de la corona. "Si el trabajo nos asusta- dice un santo- que la recompensa nos anime". La gloria de que gozaremos en el Cielo es la misma de que goza Cristo. Porque así lo dice Él mismo en las palabras que dirige al siervo fiel: *Animo, siervo bueno y fiel, entra en la gloria de tu Señor: intra in gaudium Domini tui.*

4.ª Meditación

LAS TRES CLASES DE TENTACIONES DEL DEMONIO

684. *"Tunc Jesus ductus est in desertum a Spiritu ut tentaretur a diabolo:* entonces fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado en él por el demonio" (Mat. 4).

1.º Jesús tuvo la tentación del hambre; tentación de necesidad.

2.º Jesús tuvo la tentación de los bienes terrenos; tentación de codicia.

3.º Jesús tuvo la tentación de la esperanza de que Dios no hiciera caso a acciones criminales y temerarias; tentación de impunidad.

Punto 1.º Cuando nos vemos tentados, suele serlo, en primer lugar, por algún mal que nos amenaza y que queremos evitar en contra de la voluntad de Dios. Tentación de necesidad. Ejemplo de Jesucristo.

Punto 2.º En segundo lugar, por parte de algunos bienes que queremos poseer en contra de la voluntad de Dios. Tentación de codicia. Ejemplo de Jesucristo.

Punto 3.º O bien, en tercer lugar, por cierta esperanza de impunidad, esperanza que nos anima o a huir de aquel mal o a buscar aquellos bienes en contra de la voluntad de Dios. Tentación de impunidad. Ejemplo de Jesucristo.

685. De la necesidad de los combates viene forzosamente la necesidad de las tentaciones ya que uno no combate sino cuando llega la tentación.

No podemos arrebatarse al demonio sus armas; pero sí podemos hacerlas inocuas.

Cuando el demonio viene a atacarnos, hay que hacer lo que hizo Cristo: retirarse al desierto, a la soledad, separándose del mundo y ayunar, es decir, mortificar sus sentidos, rezar, y aplicarse a conocer la verdad. Cuando se trata de batirse, debe uno escoger la posición más favorable; es decir, la más alta.

Cojamos, pues, altura. Como el demonio se encuentre abajo, no tendrá ventaja sobre nosotros. Aquí la altura, es el retiro, la

soledad, y la oración; lo bajo es el mundo y sus placeres así como nuestras malas inclinaciones. Si nos quedamos abajo, el demonio no puede menos de tener ventaja sobre nosotros y nosotros mismos nos metemos de manos a boca en sus emboscadas, ya que está girando en torno nuestro como un león rugiente buscando a quien devorar. ¿De qué armas se sirvió Cristo para vencer al demonio? De la palabra de Dios.

686. Todas las tentaciones pueden reducirse a tres:

1. Un mal que nos amenaza y que queremos evitar; tentación de necesidad.

2. Un bien que nos halaga y que queremos poseer; tentación de codicia.

3. Una ilusión que nos forjamos al creer que nos podemos permitir ciertas faltas, a veces considerables, con la esperanza de que Dios nos las perdonará; tentación de impunidad.

I

687. Se dice en el Evangelio, que pasados 40 días durante los cuales Cristo estuvo en el desierto ayunando, tuvo hambre. El demonio aprovecha ese momento favorable para tentarle, diciéndole: "Si eres el hijo de Dios, manda a estas piedras que se conviertan en pan". Parece que Cristo tenía dos motivos poderosos para obrar este milagro: primero, probar que era el Hijo de Dios; segundo, tomar algún alimento. Pero no. Cristo resiste al tentador mediante su sumisión a la palabra de su Padre, ya que la única necesidad que tiene el hombre es la de hacer la voluntad de Dios. Por eso, Cristo repone: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

688. ¡Cuántas veces se expone uno a esta clase de tentaciones! ¡Cuántas veces se cree ver una necesidad en donde no la hay! ¡Cuántas veces soslayamos una humillación, una privación, una molestia o una mortificación! ¿Cuántas veces faltamos a la Regla y resistimos a la voluntad de Dios? Muchas veces se engaña uno a sí mismo y hasta voluntariamente y se buscan pretextos diciéndose: "Esto es malo para mi salud; esto me llevará a impaciencias; ¿qué van a decir de mí?; esto daña a mi fama y si lo hago, ya no podré hacer el bien; tengo que hacer esto para la mayor gloria de Dios; para trabajar bien, tengo que tener todo lo

preciso, porque si no, no puedo hacer nada". En una palabra, se encuentran mil razones especiosas para faltar a la Regla, para justificar su cobardía, su relajación, su orgullo, su sensualidad, etc. Todas ellas son tristes necesidades, deplorables necesidades.

689. José y Susana se encontraban en gran aprieto cuando tuvieron que escoger entre el crimen y la muerte; pero ¿no prefirieron esta última antes que ceder a la necesidad ofendiendo a Dios?

¿Y quién se atrevería a decir jamás que hay a veces ocasiones en que no se puede por menos que ofender a Dios? Lo único que se necesita, eso sí, es guardar la Regla y servir al Señor. Se ven necesidades en donde no las hay y, aunque las hubiera, no hay que librarse de ellas desobedeciendo al Señor. ¿Y qué? Si nos mandasen a pedir limosna, a cavar, ¿iríamos? Porque entonces tendríamos, al parecer, motivo para pretextar: "Eso me haría mal; dañaría a mi salud y a mi fama". Si nos mandasen: "Póngase ese traje roto y vaya a la ciudad", ¿obedeceríamos? Porque en este caso, podríamos disculparnos diciendo que se burlarían de nosotros y que seríamos el hazmerreír de todo el mundo.

II

690. El demonio llevó a Jesús a una alta montaña desde donde le hizo ver todos los reinos de este mundo, prometiéndole dárselos si se postraba ante él adorándole. Cristo repuso: *Escrito está: Adorarás al Señor, tu Dios y a Él solo servirás.*

Nosotros, podemos decirle al demonio: ¿Qué es lo que tú quieres darme? Esos bienes perecederos, pérfidos y engañosos de los que no se puede gozar más que un momento, e incluso ese goce va mezclado con amarguras; además, me acarrearían la eterna condenación. Prefiero servir a Dios; prefiero sus riquezas que son infinitas y que poseeré un día para no perderlas jamás. Dios mismo será mi riqueza. ¿Y tú querrías que yo prefiriese los bienes que me ofreces? Ya veo por qué quieres tentarme: es que tú conoces qué grande es la felicidad que Dios me prepara; tú estás envidioso de ella; por eso quieres, quitármela; pero no lo conseguirás; que tus bienes perezcan contigo que sean tu propio tormento; quiero hacerte rabiarse de despecho.

III

691. El demonio llevó a Jesús al pináculo del templo diciéndole: *Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está: Dios enviará a sus ángeles para guardarte para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra.* Es la tentación de presunción. Aquí descubrimos la astucia del demonio, o de la serpiente, el cual sabe arreglar tan bien las cosas para conseguir sus fines que, algunas veces, pone las palabras de Dios en boca de los pecadores o de religiosos relajados para que puedan, interpretándolas a su manera, darles un significado que no tienen y de ese modo justificar sus crímenes e infidelidades cegándose voluntariamente.

692. Cristo contesta al demonio: *No tentarás al Señor, tu Dios.* Tengamos cuidado en no exponernos al peligro diciéndonos: "Dios me perdonará y tendrá misericordia de mí". El demonio es quien sugiere tales pensamientos. Así, por lo que se refiere a la impureza, el demonio nos las presenta como debilidades inherentes a nuestra naturaleza y que Dios disculpará; además, con confesarlas todo se acabó. Si el temor de Dios o del infierno nos impide pecar, entonces el demonio procura disuadirnos y persuadirnos de lo contrario, como cuando tentó a Eva persuadiéndole que comiera el fruto prohibido. Pero-repuso Eva- *el Señor nos ha dicho que si de él comemos, moriremos. No moriréis,* contestó Satanás.

Imitemos a Cristo; presentemos siempre el escudo de la fe y así ahuyentaremos al enemigo.

5.ª Meditación

LA VOCACION RELIGIOSA

693. *"Ecce ego quia vocasti me: aquí estoy porque me has llamado"* (I Reg. 3).

Punto 1.^o Lo que Dios hizo en nuestro favor al llamarnos al estado religioso.

Punto 2.^o Lo que Dios espera de nosotros después al llamarnos al estado religioso.

Un buen religioso debe decir a Dios desde el fondo de su alma: "Aquí me tienes; soy realmente vuestro; haced de mí lo que os plazca".

Veamos siempre todas las cosas a la luz de la fe.

La esencia del estado religioso consiste en la inmolación de sí mismo. Lo que hace al religioso es la fidelidad a los votos, no las austeridades.

¿Quién nos llamó? Dios. ¿Para qué nos llamó? Para hacer de nosotros su templo y establecer en nosotros su reino.

694. Mientras estemos convencidos de la dignidad de nuestro estado no tenemos nada que temer porque nos respetaremos a nosotros mismos a causa de la elevación y dignidad de Aquél a cuyo servicio estamos. Somos los confidentes y los amigos de Dios. Si lo hubiésemos tenido presente siempre ¿habríamos sido tan cobardes y tan ingratos?

Esperemos que nos vengan tentaciones violentas porque el demonio está celoso de nuestra felicidad y hará cuanto pueda para arrebatárnosla; lo que procurará, ante todo, será debilitar en nosotros la idea de nuestra vocación; si lo consigue, lo ha ganado todo y nosotros lo hemos perdido todo.

Servir a Dios es reinar sobre el mundo y sobre sí mismo a causa de los sacrificios que hacemos. Concibamos una noble ufanía de nosotros mismos; que nuestra gloria consista en vernos despreciados por amor a Dios.

695. Cuando en el gran día del Juicio Final veamos a todos los poderosos, a los ricos y a los reyes del mundo puestos a nuestros pies, esperando que abramos la boca para pronunciar la sentencia contra ellos, ¡qué idea tendremos entonces acerca de nuestra dignidad! Las palabras de Cristo son formales a este respecto: En verdad os digo que os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

696. Preguntémonos a nosotros mismos: "¿qué he hecho yo para ser escogido?" Humillémonos delante de Dios, penetrémonos de confusión y esperemos que haga brillar ante nuestros ojos algunos rayos de su luz, los cuales nos hagan apreciar mejor las gracias que nos ha prodigado. Esta luz crecerá en proporción de nuestra fidelidad y a medida que paguemos nuestras deudas. Y ya que nos hemos entregado a Dios, dejémonos conducir por su espíritu. Dios quiere que nos abandonemos a Él. Se requiere por parte nuestra, una gran generosidad para con Dios, el cual no se deja vencer; cuanto más le demos, más nos dará Él.

697. Dios espera de nosotros grandes cosas y una gran fidelidad porque nos ha concedido grandes mercedes. No nos desanimemos nunca; tendamos siempre a la perfección; que no haya nunca cobardía alguna por nuestra parte; y no rehusemos nada a Dios. Nos quejamos de nuestra tibieza, de nuestras distracciones y de nuestro poco entusiasmo. No es que carezcamos de gracias; lo que nos falta es generosidad; todo nos resulta pesado; hasta los menores sacrificios nos parecen costosos. Y, sin embargo, sólo se crece en virtud en proporción a los sacrificios que se hacen; tememos hacernos violencia y, no obstante, es preciso.

698. Pidamos a la Santísima Virgen que nos dé a entender en qué consiste el ser generosos para con Dios; pidámosle esta gracia considerando, al pie de la cruz, cuanto Ella y su querido Hijo hicieron por nosotros. Los santos que nos han precedido en la vía de la perfección ¿han temido hacer sacrificios? A causa de nuestra cobardía, no pongamos obstáculo alguno a los designios de Dios sobre nosotros. Pertenecer a un Instituto especialmente consagrado a María es la mayor señal de predestinación. Si nos consagramos realmente a María, debemos esperar todo de su protección; y si María nos protege soberanamente, ¿qué tenemos que temer? ¿qué dificultades hay que no podamos vencer?

2.ª Conferencia

LOS ELEMENTOS DE LA ORACION

699. No hay que hacernos a la idea de que, desde el primer día podemos remontarnos a la oración más encumbrada. El profeta David dice al Señor que Él conoce el barro de que nos ha formado; lo cual equivale a decir que Dios tiene en cuenta nuestras miserias y que no nos pide nada que esté por encima de nuestras fuerzas, sino que mira el corazón, la buena voluntad, los buenos deseos y la intención que nos anima.

En la oración no hay que permanecer ocioso, ni estar allí media hora, para hacer de la oración un ejercicio de paciencia o de penitencia; no se trata de esto; en ese caso, mejor sería no ir. La verdad sea dicha, sucede a veces que Dios nos pone a prueba mediante sequedades, arideces, hastío, etc.; pero ordinariamente, tales pruebas duran poco; una, dos o tres veces, todo lo más, sobre todo para los principiantes.

700. Si no es capaz uno de meditar, lo que hay que hacer entonces es recitar una oración o el rosario, repetir actos de fe, esperanza y caridad, leer lentamente, haciendo pausas largas y procurando saborear lo que se dice en aquel libro, deteniéndose en lo que más le conmueva. Sobre todo, hay que ser fiel en todas las cosas. Si las sequedades fuesen muy prolongadas, la culpa es nuestra: es que no somos bastante cumplidores o cuidadosos, ni ponemos bastante interés en nuestros deberes. Tales sequedades son entonces un castigo que nos priva de muchas gracias, mientras que si no hay culpa de nuestra parte, entonces tales sequedades nos son provechosas.

701. La cuarta clase de oración-llamada afectiva-consiste en ejercitarse en hablar a Dios de corazón a corazón, sin libro alguno; en ese caso, es preciso que expresemos nuestros propios sentimientos, verdaderos y sinceros.

Dios no está mirando si lo que le decimos está bien, ni si las frases resultan redondeadas, nuevas o de buen gusto literario. Poco importa en qué lengua y cómo le habléis con tal que vuestro lenguaje resulte expresión viva y sincera de los sentimientos de un corazón lleno de fe y de amor.

702. Hay algunos que responden: "Pero yo no acierto a encontrar el asunto que me impresiona y que induce a mi corazón a producir aquellos sentimientos". Ahora bien: ¿cómo es posible que eso ocurra? Sin ir buscando mucho ¿sois tan ignorante, por ejemplo, que no sepáis algunas palabras de vuestro catecismo, los principales misterios de vuestra fe, que Dios ha enviado a su Hijo al mundo por causa vuestra, que este divino Salvador se ha encarnado, ha vivido y ha muerto por vos? ¿Cómo es posible que tales verdades no produzcan en vos impresión alguna? Al menos, ¿no os es posible pensar en ellas, examinarlas, considerarlas y volver a traerlas ante vuestra vista? ¿Hay algo que deba interesaros más? Porque aquí se trata de vuestra redención y de vuestra predestinación.

703. Cuando uno manifiesta a Dios su buena voluntad, el Señor se nos comunica; nada desea tanto como comunicarse con nosotros; si no sentimos sus comunicaciones, es culpa nuestra. A Dios lo único que le retiene son nuestras ingratitudes.

"Todos cuantos se postran a los pies de la divinidad quedan iluminados por ella", dice Moisés.

704. Es preciso que nuestras oraciones sean, un homenaje de petición, de arrepentimiento, de enmienda, de penitencia, o de agradecimiento...

Meditemos, sobre todo, acerca de nuestra pasión dominante o acerca de la virtud que más necesitamos.

Hablemos a Dios como a un buen Padre. ¿Es que no tenemos necesidades? ¡Y grandes! ¿Quién puede comprender hasta dónde va nuestra miseria? Pues bien: ¿no tenemos nada que pedir a nuestro Padre? Pidamos, pues, pero pidámoselo con gran confianza.

6.ª Meditación

EL CIELO

705. De qué se compone la corona de vida o soberana felicidad prometida a quienes guardan las normas del combate espiritual: Tercer punto del tercer ejercicio.

"*Ego ero merces tua magna nimis*: Yo mismo seré vuestra recompensa inmensamente grande" (Gen. 15, 28).

En el Cielo hay plenitud, tranquilidad y eternidad de todos los bienes. Son las tres propiedades de aquella dicha que debe aparecérsenos como infinita en cuanto comprendamos lo que afirma San Pablo, que tal dicha no será otra cosa que Dios mismo, el cual es todo en todos: *Deus omnia in omnibus* (I Cor. 15, 25).

706. Punto 1.º En el Cielo, hay plenitud de todos los bienes. Dios lo será todo: omnia. 1. En muchedumbre de bienes. 2. En unión de bienes. 3. En perfección de bienes.

Punto 2.º En el Cielo reina una tranquilidad perfecta; es un verdadero Paraíso de descanso y de delicias. Dios lo será todo en todos: *omnia in omnibus*; todo en todos los bienaventurados y en cada uno de ellos.

Punto 3.º En el Cielo hay eternidad de bienes. Los bienes que allí saborearemos no se esfumarán porque son eternos y tampoco nosotros huiremos de ellos porque seremos inmortales.

707. Dios podría comunicar a los bienes de la tierra tal grado de perfección que llegasen a colmar todos los deseos del hombre; pero Dios quiere hacer más: como su bondad es infinita, quiere comunicarse Él de un modo infinito; por eso, quiere darse Él a sí mismo y quiere constituirse Él en nuestra recompensa.

Dios ha sembrado, en todos los bienes de este mundo, algunos defectos y grandes amarguras para que el hombre conozca y sienta que su felicidad no está en este mundo. En los bienes de este mundo no se encuentra más que vanidad, inquietud y fragilidad: los tres gusanos que roen continuamente la dicha de esta vida. De consiguiente, las propiedades opuestas a estos tres defectos deben, necesariamente, constituir la verdadera felicidad. Estas tres propiedades son la plenitud, la tranquilidad y la eternidad de todos los bienes. Sólo en Dios encontramos estas tres cualidades: *omnia in omnibus*: Dios es todo en todos, como dice San Pablo. Dios es todo en todos los bienaventurados y en cada uno de ellos. Estando Dios en los santos y estando los santos en Dios deben gozar eternamente ya que nadie podrá jamás arrebatárles la felicidad y porque son inmortales.

708. 1. A la vida eterna se la llama "corona" porque supone combates previos. Ya hemos apuntado que una de las cualidades de la felicidad consistía en la plenitud de todos los bienes. Ahora, en esta felicidad distinguimos tres aspectos distintos; a saber: la multitud, la unión y la perfección de todos los bienes.

1.º La multitud. La fuente de los bienes creados, el bien origen de los demás, el que ha producido todos los bienes es Dios; no hay bien alguno fuera de Dios. Dios lo es todo. Dios está en todas partes. Todo está en Dios. Dios es el soberano bien, el bien por excelencia. Por consiguiente, quienes tanto desean encontrar la felicidad en la posesión y en el goce de los bienes, que busquen a Dios. ¿Por qué tememos, pues, tanto el separarnos de los bienes de este mundo ya que, al dejarlo todo, lo encontramos también todo? ¿Y qué es lo que dejamos? Unos bienes a los cuales acompañan siempre turbaciones e inquietudes; unos bienes que algún día, habrá que dejar por fuerza.

¿Cómo se puede amar algo criado y apegarse a ello? Si la hermosura del sol nos impresiona ¿qué impresión sentiremos cuando veamos a Dios?

709. 2.º En la unión de todos los bienes. Todos los bienes de este mundo están divididos y separados. No hay hombre alguno, por muy poderoso que sea, que pueda gozar de todos los bienes. Y nosotros mismos ¿podemos acaso dar satisfacción a la vez a todos los sentidos? Una hermosa música sólo encanta a nuestros oídos; una bella pintura, a nuestra vista; un buen licor, a nuestro paladar; tan sólo goza uno de nuestros sentidos. En cambio, en

Dios, gozamos de todo a la vez; goces del espíritu, del corazón, de los sentidos y de nuestra alma entera merced a la posesión de Dios.

710. 3.º En la perfección de todos los bienes. ¿Por qué nos disgustan tan pronto las cosas de este mundo? Más las gustamos deseándolas que poseyéndolas; apenas las hemos poseído, cuando ya estamos hastiados de las mismas. Por el contrario, los bienes celestiales son perfectos en sí mismos; cuanto más se goza de ellos, más se quiere gozar; los deseos se renuevan siempre y siempre quedan satisfechos.

711. II. Tranquilidad, perfecto reposo en el goce que se disfruta en el Cielo, porque Dios será todo en todos los bienaventurados y todo en cada uno de ellos. Lo que turba, lo que inquieta en el mundo son nuestras pasiones; es nuestro orgullo, nuestra avaricia y, sobre todo, la envidia que ha hecho derramar tanta sangre porque siempre estamos envidiosos del bien de nuestro prójimo. No sucede así en el Cielo en donde los bienaventurados gozan de la plenitud de todos los bienes; todos y cada uno gozan de Dios y de todo Dios. El sol ilumina a todos los hombres y a cada uno en particular; el sonido de la voz llega a los oídos de todos los oyentes y a cada oyente en particular. ¿Cómo sería posible que Dios-que ha creado el sol y la voz-hubiese dado a estos dos seres unas cualidades que le sería imposible tener Él y que no pudiese estar todo en todos sus santos y todo en cada uno de ellos en particular?

712. III. Eternidad de bienes. ¿Quién podría arrebatarnos estos bienes? ¿Acaso los condenados o los demonios? De ningún modo, puesto que se hallan encadenados en el fondo del abismo. ¿Acaso Dios mismo? Pero resulta que Dios. se ha comprometido a dárnoslos para siempre. Además, su justicia, su bondad y su amor ¿no garantizan bastante la eternidad de tales bienes? Estos bienes son el mismo Dios ¿quién nos podrá quitar a Dios? Los bienaventurados están en Dios ¿quién podría arrancarles de Dios, hacerles salir de Dios? "Mi pueblo-dice en la Sagrada Escritura-ya no quedará entregado a la inconstancia de los acontecimientos, sino que, tranquilo, gozará de la paz y de la opulencia en el goce de todos los bienes". Su felicidad no fallará jamás. ¿Queremos esta corona? Pues seamos fieles en observar las normas del combate espiritual. La madre de los Macabeos decía a sus hijos mientras les atormentaban: "¡Hijos míos! ¡Mirad al Cielo!: *Aspice coelum!*"

7.ª Meditación

LA VIDA ESPIRITUAL

713. LA VIDA DEL ESPIRITU Y LA REPRESION DE LOS DESEOS DE LA CARNE U OPOSICION FORMAL EXISTENTE ENTRE EL ESPIRITU Y LA CARNE.

"Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis: conducios según el espíritu y así no daréis satisfacción a los deseos de la carne" (Gal. 5, 16).

El espíritu y la carne siempre están en guerra: *haec enim sibi invicem adversantur.*

NOTA. La vida del espíritu, vida espiritual o vida del espíritu de Jesús es la misma cosa. Conducirse según el espíritu equivale a conducirse según el espíritu de Jesús: *"Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus: Si vivimos del espíritu, caminemos según el espíritu"* (Gál.5, 25).

714. Punto 1.º La expresión *espíritu de Jesús* significa dos cosas: la manera de vivir que llevó Él en la tierra y el principio de su conducta que es el Espíritu Santo cuyas mociones seguía con una sumisión perfecta. ¿No es evidente que para vivir del espíritu de Jesús hay que hacer morir en nosotros los movimientos todos de la naturaleza y sujetar todas las potencias de nuestra alma a las impresiones de la gracia?

Punto 2.º Los santos en el Cielo, lo mismo que los buenos religiosos en la tierra, viven de la vida del espíritu; es decir, del espíritu de Cristo. La única diferencia estriba en que los santos viven del espíritu de Cristo glorioso, mientras que los religiosos viven del espíritu de Cristo crucificado.

715. Punto 3.º Un religioso que no es espiritual es una quimera y un fantasma de religioso. Quien vive según el espíritu no puede vivir según la naturaleza y quien vive según la naturaleza no puede vivir según el espíritu.

Vivir según el espíritu, es vivir la vida religiosa, es morir a la naturaleza. San Pablo entiende por deseos de la carne toda clase de pasiones y vicios, y por *vida del espíritu*, todas las cualidades de Cristo.

Los vicios no le vienen al alma más que por causa del cuerpo; cuando hablamos de *deseos de la carne*, no hablamos sólo de la impureza, sino también de todos los vicios.

Aunque nuestra alma permanece siempre atada a un cuerpo de barro, de basura y pecados, esto no impide que sigamos el espíritu, de Cristo; lo que se requiere es sujetar -por decirlo así- al cuerpo de tal modo que seamos sus amos y que le obliguemos a caminar como queremos, forzándole a someterse al espíritu de Cristo: *Quienes se dejan llevar por el espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.*

El religioso que se deja llevar por su naturaleza es una verdadera quimera de religioso, un fantasma de religioso.

716. Los verdaderos hijos de Dios son los que viven del espíritu de Dios; todos los demás -ya sean cristianos, ya sean religiosos- que viven según el espíritu de la naturaleza son, sí, hijos de Dios, pero hijos ilegítimos, hijos de maldición. ¿Se puede decir que quien no se deja llevar por grandes pasiones, o por grandes vicios, quien no comete; grandes crímenes, quien incluso se mortifica en algunas cosas, vive vida espiritual? No. La vida espiritual es la misma vida de Jesús. Sana Pablo lo afirma expresamente: *No soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí.*

717. Un verdadero religioso es otro Cristo. El espíritu de Cristo y la vida de Cristo es el modo de vivir que Cristo abrazó; el principio fundamental que sostuvo a Cristo y que actuó en Él para hacerle seguir este modo de vivir es el Espíritu Santo, quien le condujo habitualmente en la manera de vivir que había abrazado.

Llamamos "vida" al principio interior de movimiento. Para nosotros, tal vida es el Espíritu Santo que habita dentro de nosotros. El espíritu de Dios nos ilumina como iluminaba a Cristo.

Escribe San Pablo: *Tened los mismos sentimientos que experimentó Cristo.* Si vivimos de la vida de Jesús, veremos como Él veía, sentiremos como Él, pensaremos como Él, amaremos como Él y juzgaremos como Él juzgaba.

718. Examínese la vida de Jesús. Su primera aparición la hizo en un establo, reclinado en un pesebre. Todo el resto de su vida iqué penoso fue para la naturaleza! Ni siquiera tuvo en su casa una cama que fuera suya. Alguien le preguntó: Maestro: Te seguiré

donde vayas. A lo que Cristo contestó: *Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del Cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene en donde reclinar su cabeza.* Veamos ahora cómo Cristo salió de este mundo. ¡Qué género de muerte!

719. La vida espiritual es vivir como Cristo, de Cristo y en Cristo.

Crear que, siguiendo exacta y puntualmente los reglamentos de la comunidad, se vivirá de la vida espiritual, es forjarse una gran ilusión, si, al mismo tiempo no está uno dispuesto a sufrir toda clase de desprecios, humillaciones y persecuciones. Si no podemos hacer lo que Cristo hizo -ya que no hubo hombre alguno que haya sufrido ni sufrirá como Él y tanto como Él- quiere, por lo menos, que estemos dispuestos a ello, exigiendo también de nosotros que queramos vivir como Él, pobre, despojado de todo y careciendo incluso de lo necesario.

720. Si el cargo que desempeñamos en el Instituto, por ejemplo, nos obliga a llevar un traje mejor, debemos sufrir por ello interiormente; por el contrario, si nos dan un traje remendado, es preciso que, en el fondo de nuestra alma, sintamos una profunda alegría. Y lo que decimos del traje, lo decimos también de los muebles, de la comida, del empleo y de las cosas que están a nuestro uso. Si no experimentamos tales sentimientos, se puede creer, con seguridad, que no tenemos el espíritu de Jesucristo, sino el espíritu del mundo. Aunque no hiciéramos otra cosa que evitar las humillaciones, ya sería una señal de que no tenemos el espíritu de Cristo. ¡Qué extraña desproporción hay entre nuestra vida y la de Cristo! ¡Qué motivo de confusión de parte nuestra!

721. El menor reproche nos encabrita y una palabra que nos parece dura nos ofende; cuando obedecemos, casi siempre es haciendo un montón de observaciones; si lo que nos mandan nos contraría, entonces, sobre todo, insistimos más aún en nuestras observaciones, sosteniéndolas incluso con un calor que rebasa los límites del respeto que debemos a nuestros superiores; por último, si obedecemos, es de mala gana, mohinos, murmurando al menos interiormente y mostrando nuestro mal humor. Y si llegan a humillarnos, si parece que nos desprecian o que no hacen caso de nosotros, entonces perdemos la paz del alma, nos turbamos completamente, nos inquietamos y lo demostramos incluso exteriormente por movimientos de impaciencia y de enfado. ¡Qué desoladora diferencia entre nuestra vida y la de Cristo!

722. Pero si, mediante la gracia de Dios, sucediera que llegásemos a hacer tantos progresos en la perfección de nuestro estado, que sufriésemos con paciencia y hasta con alegría las humillaciones, deseándolas y procurándolas, ¿tendríamos entonces motivos para gloriarnos por ello? ¿Nos sería entonces permitido el enorgullecernos por ello? Sí; pero en Cristo y sólo en Él, no gloriándonos como de algo que viene de nosotros, sino como de un don gratuito que nos viene de la bondad y de la misericordia del Señor. Plegue a Dios-dice San Pablo- que yo no me gloríe más que en la cruz de Cristo. Todo ello no es obra de la razón humana, sino que es una operación del Espíritu Santo que habita dentro de nosotros.

723. Se compara la razón a una lámpara muy débil y las mociones y luces del Espíritu Santo, a los rayos del sol. ¿Qué diríamos de un arquitecto que, queriendo construir un soberbio edificio, dijese al propietario que él no quiere ir a ver el emplazamiento del terreno y trazar los planos más que en una noche cerrada, provisto sólo de una pequeña lámpara que tiene? ¿No diríamos que el tal arquitecto está loco? Pues bien: no menos locos estamos nosotros cuando nos atribuimos nuestros méritos a nosotros mismos y a nuestra propia ciencia y prudencia las virtudes que hemos adquirido mediante la ayuda de las luces del Espíritu Santo y con la cooperación del mismo.

Quien vive del espíritu de Cristo tiene el mismo principio de vida que Él; esto es: el Espíritu Santo. Este es quien nos impulsa, nos dirige, nos inspira, nos lleva lo mismo que una tierna madre conduce, dirige, instruye y lleva a su propio hijo.

8.ª Meditación

EL VOTO DE POBREZA

724. "*Evangelizare pauperibus misit me: el Señor me ha enviado a predicar la buena nueva a los pobres*" (Luc. 4, 18).

Punto 1.º Lo que exige la pobreza religiosa.

Punto 2.º Lo que promete la pobreza religiosa.

1. El principio de la vida religiosa es el desprendimiento de los bienes exteriores; su perfección, el amor perfecto a Dios. Mientras el corazón permanezca apegado a alguna cosa sensible no

podremos elevarnos hasta Dios. Mientras el corazón guarde algún afecto a las cosas terrenas, es como si no se hubiera hecho nada.

Pensemos a lo que nos obligamos al hacer el voto de pobreza y en lo mucho que hemos prometido.

725. Es preciso que la pobreza sea exterior e interior. "¿Pero qué sacrificios he hecho -dirá alguno-, si no tenía nada, ni poseía nada en el mundo...?" Responde que eso nada importa; aunque no hubieseis dejado más que la esperanza de poseer, Dios está satisfecho con ello. El óbolo de la viuda le fue más agradable que las limosnas de los ricos. Dios pide el sacrificio del corazón; no quiere que reservemos el menor deseo de poseer.

Nuestros superiores necesariamente nos permitirán el uso de algunos pequeños objetos para que no tengamos que estar continuamente pidiendo permiso de servirnos de los mismos, lo cual ocurriría demasiado a menudo y haría perder momentos preciosos; pero hay que tener mucho cuidado en no tomar más de lo que se nos permite, aunque fuese cualquier cosilla; por ejemplo, una estampa de perra gorda, un lápiz, una pluma, etc. La primera vez que se comete, la falta podrá no ser considerable; pero si aquella falta se repite a menudo, acabará por ser bastante grande para constituir materia de transgresión grave contra el voto de pobreza y ponernos, por lo mismo, en estado de pecado grave.

Para usar de lo que sea, se requiere siempre un permiso expreso o tácito del superior; es decir, un permiso verbal o sobreentendido, si bien tenemos que tener mucho cuidado con este último, porque es fácil faltar en este punto.

726. Cuidemos también y velemos sobre otra cuestión que tiene mucha importancia. No se trata sólo de no tomar nada sin permiso, sino de ni siquiera apegarse a los objetos que están a nuestro uso; de estar dispuestos, y con alegría, a que nos las quiten cuando los superiores lo quieran, sin que nos quede por ello ninguna pena ni pesadumbre en el corazón. Se trata también de no enfadarse cuando nos den objetos ya usados o malos. No se puede, incluso, usar de cosas ricas, aunque el superior lo permitiese o lo mandase si es evidente que no hay una necesidad mayor; este caso no puede ocurrir más que cuando el mismo superior hubiese caído en una gran relajación en lo relativo al voto de pobreza.

727. Aun suponiendo que hubiésemos dejado inmensas riquezas, ¿qué son esas riquezas sino cosas perecederas y que

ocasionan la muerte del alma? Un verdadero religioso debe tener un verdadero desprecio para con las riquezas. Cuando los santos-a causa de las circunstancias o de los cargos que desempeñaron-se vieron obligados a conservar o a servirse de las riquezas, lo hicieron temblando, llorando y gimiendo, acordándose continuamente de las palabras de Cristo: *¡Ay de vosotros los ricos!* Este anatema también recaía sobre las riquezas mismas.

728. Por poco que nos dejemos llevar por el deseo de las riquezas, nos acostumbraremos insensiblemente a juzgar, a pensar de las cosas como el mundo piensa y juzga, no siendo entonces más que unos vanos simulacros de piedad. Todos los males provienen de las riquezas. Comprendamos, pues, qué grande es la gracia de Dios que nos llevado a renunciar a ellas.

2. ¿Cómo podríamos amar las riquezas? Tengamos horror a las riquezas, ya que, sirviéndose de ellas, las personas del mundo alecazan los honores y satisfacen sus infames deseos. Nosotros ponemos nuestro bien en Cristo.

729. Los Apóstoles dijeron a Jesús: "Maestro, ya ves que nosotros, lo hemos dejado todo, ya ves los sacrificios que hemos hecho por Vos y que os hemos seguido." A lo que Cristo respondió: Todos los que, como vosotros, lo hayan dejado todo para seguirme, tendrán el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro. Ese céntuplo consiste en una sobreabundancia de gracias y de bienes espirituales con transportes de amor y una ardiente caridad. Luego, se nos promete el Cielo, lo que nos hace ver que primero hay que disfrutar del céntuplo antes de gozar del Cielo, que se requiere un gran número de gracias, una gran fidelidad a ellas, y un gran amor antes de gozar del Cielo.

730. ¿Cuáles son los principales efectos de la perfecta observancia del voto de pobreza? Son cuatro; a saber: 1. La libertad de espíritu que se turba y se destruye siempre por el afecto a las cosas terrenas; 2. La confianza en Dios, la cual nos hace humildes a causa de la desconfianza de nosotros mismos; 3. El abandono en la Providencia, el cual nos libra de todas las inquietudes y cuidados de la vida; 4. La paz del alma, que es una consecuencia inevitable de los tres primeros efectos y que no es menos precioso que ellos.

El fundamento de todos los favores que recibió San Francisco de Asís es su gran amor a la pobreza.

Lo que atrae las bendiciones y el amor de Dios sobre las comunidades religiosas es el espíritu de pobreza. En cambio, lo que ha echado a perder al estado religioso ha sido el amor a las riquezas. Se puede decir con verdad que el comienzo y la causa de la Revolución Francesa fue los grandes bienes que poseía la mayor parte de los religiosos, en contra de su voto de pobreza.

731. Temamos las riquezas; jamás les temeremos bastante. Lo que sí es de temer, es que nos excedamos en la prudencia, creyendo hallar necesidades en donde no las hay, forjándonos una ilusión que no puede menos de echarnos a perder. Hay que prever el mal estando muy sobre sí mismo.

Los santos fundadores de las órdenes religiosas eran sumamente severos por lo que respecta a la observancia de la pobreza religiosa. Si no nos servimos de los bienes, cuyo uso nos han autorizado temblando y gimiendo, no los poseeremos con seguridad. Dios castiga de un modo horrible a quienes no son pobres, ya sea sustrayéndoles sus gracias, ya sea entregándolos a sí mismos o bien permitiendo que queden entregados a sus pasiones desarregladas o a toda la malicia de los demonios.

732. Por el contrario, nos colmará de los favores más insignes si somos verdaderamente pobres; nos multiplicaremos hasta el infinito, el Instituto aumentará enormemente tanto en fervor como en número de casas y de religiosos si permanecemos fieles a la pobreza.

Todos tienen puestos sus ojos en nosotros. Ya en el mundo nos toman por religiosos y por monjes; es decir, por hombres que llevan una vida austerísima y pobrísima. Pero si usásemos de las cosas como las usa el mundo y si tuviésemos las mismas comodidades de los mundanos, si incluso llegásemos a quejarnos cuando nos falta algo como se quejan en el mundo, entonces se diría con sorpresa y con desprecio: "¡Bah! Son como los demás!" Entonces seremos el escándalo de cuantos nos conozcan y-lo que todavía es más espantoso-el objeto de las maldiciones de Dios.

3.ª Conferencia

DE LA ORACIÓN AFECTIVA O DEL CORAZON

733. ¿Qué es lo que hay que pedir? Lo que uno necesita.

¿Por qué no se pide a Dios como se pide a un hombre? ¿No nos ha prevenido Dios con tantos beneficios?

No hay que quedarse en la oración sin hacer nada, sino que deben trabajar el entendimiento y el corazón. Hay algunos que encuentran larga la media hora de meditación porque no saben qué hacer ni hacen nada. Sin embargo, ¡cuántas necesidades tenemos! ¿Se guardan estas reglas? ¿No tenemos ningún defecto ni ninguna pasión?

¿No tenemos pecados que expiar? ¿Se guardan los votos como verdaderos religiosos? ¿No tenemos nada que pedir a Dios? ¿No tenemos de nada? ¿Somos ya espirituales, santos, mortificados, perfectos?

734. Si uno oye blasfemar como si no hubiera oído nada, es señal de que no tiene amor de Dios. San Luis Gonzaga se ponía malo cuando oía blasfemar.

Las dos primeras peticiones de la oración dominical expresan los fines últimos del hombre: *Hágase tu voluntad*. El medio para llegar a conseguirlos es hacer la voluntad de Dios. A los superiores, sobre todo, les incumbe la obligación de hacer que se cumpla la voluntad de Dios entre sus súbditos, y que se guarden bien las Reglas ya que tendrán que dar cuenta a Dios de eso.

9.ª Meditación

LA MORTIFICACION

735. *Si vivís según la carne moriréis; pero si la mortificáis, entonces viviréis* (Roman. 8).

Dos grandes oráculos: uno de muerte y otro de vida. Los vicios y pasiones dan la muerte; en cambio, combatirlos, es buscar la vida. La muerte o la vida, el Cielo o el infierno, vivir según la carne o según el espíritu...

Vivir es tener un principio interior de movimiento. El Espíritu Santo es el principio del movimiento en quienes viven la vida del espíritu.

Hay que combatir siempre la naturaleza. Nuestra alma está unida a un cuerpo de pecado; tenemos inclinación a la pereza y al orgullo; sólo pensamos en nosotros mismos.

Violencia que tenemos precisión de hacernos para combatirnos y salir de nosotros mismos. Ejemplo de Cristo.

736. Motivos que deben impulsarnos a ese combate. Medios para quienes quieren combatir. Medios para ponernos bajo la dirección de Cristo.

San Pablo sentía en sí mismo como dos hombres: uno que quería el bien y el otro que sólo quería el mal. Lo mismo nos pasa a nosotros. ¿Por qué? Porque hay en nosotros dos principios de vida: uno de vida espiritual y otro de pecado, de concupiscencia. Como cristianos, tenemos al Espíritu Santo que es un principio de vida que despierta en nosotros el deseo de las virtudes; pero tenemos también la concupiscencia, o principio del mal, el cual nos lleva al pecado.

Así se entabla la lucha. Lo que el espíritu quiere; la carne no lo quiere y recíprocamente. De ello resulta la necesidad de que el espíritu combata a la carne; sin ello moriremos. "El reino de los cielos sufre violencia y sólo los violentos lo arrebatan."

737. ¿Cómo hacerse violencia? Se sienta el principio de que cuando se quiere combatir, hay que alejarse de su adversario; no se puede combatir cuando se está muy próximo a su enemigo. Hay que salir de sí mismo, elevarse por encima de sí mismo. Pero ¿cómo salir de sí mismo? Hay que mirar a Cristo, modelo de toda santidad y modelo por excelencia.

Veo primero a Cristo salir de su descanso eterno para venir a este mundo y entregarse a toda clase de trabajos y fatigas; lo hace por amor a nuestra salvación eterna.

Estoy apegado a mí mismo; amo el descanso; temo cualquier molestia; temo lo que me cuesta; me gustan las comodidades. Todo esto es lo que hay que superar a fuerza de violencia.

738. Pero ¡cuántos motivos de aliento tengo al ver a nuestro divino Maestro sufriendo durante treinta años!

El pan que alimentaba a Cristo era el ardor en el trabajo. Cristo no temía nada, ninguna fatiga, ningún cansancio. En cambio nosotros, ¡qué miedo tenemos a molestarnos, a perder nuestro

sueño, nuestras comodidades! Pero no podemos ir a Cristo sin romper los lazos que nos ligan a nosotros mismos.

Cristo, no sólo salió del lugar de su descanso para darnos la felicidad sino que salió también de su felicidad para venir aquí a sufrir y a morir en una cruz.

Somos unos desgraciados, unos hombres animales y sensuales. San Pablo decía a los fieles: "Todavía no habéis resistido hasta derramar sangre."

¿Quién hay entre vosotros que, en realidad, haya resistido a sus concupiscencias?

739. Cristo sale-por decirlo así-continuamente de sí mismo para darse a nosotros en alimento. Y yo, en cambio, ¿no saldré de mí mismo para amar a Dios?... El verdadero amor de Dios nos le hace amar por sí mismo. Para lograr este fin, salgamos de nosotros mismos. Nada mejor para salir de su amor propio que la caridad.

¿Qué es amar a Dios?

1. Es amarle en Él, por Él, porque es infinitamente perfecto y amable. Si nos examinásemos a nosotros mismos, a la luz de la fe, nos detestaríamos.

2. Dios nos ha amado primero. Debo devolverle amor por amor

3. Debo amarle porque, por su propia naturaleza, es benéfico.

Hay que salir de nosotros mismos mediante la violencia del amor que nos desprenda de nuestro amor propio y nos haga amar a Dios por sí mismo. Si sois valientes, os santificaréis y salvaréis a otros muchos junto con vosotros.

740. Tres son los motivos que deben impulsarnos a dejarnos guiar por el espíritu de Cristo:

1.^{er} motivo: Al mirar a Cristo, veo que se ha encarnado sólo para darnos su espíritu. ¿Quiero rehusar el don que Cristo quiere hacerme? ¿No querría aceptarlo? Estamos en un desierto espantoso; espíritu de Cristo quiere guiarnos y nosotros ¿no lo querríamos?

2.^o motivo: Cristo es la sabiduría encarnada; no tenía necesidad alguna de dejarse guiar y, con todo, se sometió. La santa Humanidad de Cristo no ha tenido nunca otros sentimientos ni otros principios que seguir la dirección del Espíritu Santo. Y nosotros, miserables, no nos dejamos guiar por Él.

3.^{er} motivo: El espíritu de Jesús es el verdadero espíritu de Dios, el cual no puede menos de llevarnos a la más alta santidad, a Dios, a la eternidad bienaventurada.

Entreguémonos al espíritu de Dios y Él formará en nosotros la caridad. Los medios son: 1.º La fidelidad en seguir las inspiraciones del Espíritu Santo en la medida de lo posible. 2.º Consultar, rezar, invocar y desear conocer, merced al Espíritu Santo, el modo de hacer todas las cosas. 3.º Examinar en todas las circunstancias cómo habría actuado Jesucristo.

10.ª Meditación

EL AMOR A LA CRUZ

741. *Ibi crucifixerunt eum.*

Dios ha llamado al religioso desde toda eternidad, como también había destinado a su Hijo al suplicio de la cruz.

Cristo llegó con alegría al Calvario; se crucifica a sí mismo.

Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. El religioso debe sentirse guiado y animado por el espíritu de Dios: Quienes son guiados por el Espíritu, éstos son los hijos de Dios (San Pablo).

Nadie puede salvarse si no se ha hecho semejante a Cristo y a Cristo crucificado. Hay una cruz que se le parece mucho a la cruz de Cristo: es el estado religioso. Dios nos ha concedido la gracia de una predilección eterna. El estado religioso es una cruz en la que se clava el religioso para hacerse semejante a Cristo. La gran señal de predestinación es la semejanza con Jesucristo. En el estado religioso hay que hacerse violencia para condenarse; tantos, tan grandes, tan fuertes y poderosos son los socorros y los medios de salvarse.

742. La vocación es siempre cada vez más segura a medida que tenemos más deseos de asemejarnos a Jesús. Es una gran desgracia el entrar en el estado religioso para encontrar en él comodidades. Algunos dicen que les gusta el retiro y la soledad; pero también ha habido filósofos muy nefastos que tenían ese mismo gusto por la soledad.

En el Instituto de María se quiere imitar a Cristo deseando su cruz. Jesús tenía tanta ternura para con María; por eso en el Instituto se tiene tanta devoción a la Virgen.

El estado religioso es una cruz en la que los religiosos se clavan voluntariamente. Consideremos ahora: 1. La cruz de Cristo; 2. Al mismo Cristo: cómo se deja clavar en la cruz y cómo su amor le sujeta a la cruz, aún más que los mismos clavos.

743. La cruz del religioso se forma con dos tablones tan duros como los de Jesús: la penitencia y la obediencia. Se abraza el estado de penitencia. El estado religioso es un estado de penitencia que es el palo mayor del árbol de la cruz. El travesaño es la obediencia. Cristo estaba clavado a esta cruz moral aún antes de verse clavado a la cruz de madera.

Cristo, desde el momento de su Encarnación hasta el de su muerte, se mantuvo en un estado de obediencia, no pronunciando ni una palabra ni haciendo ninguna cosa que no estuviese conforme con ella. ¡Qué dulce es la cruz del estado religioso comparada con la de Cristo! Cristo la ha hecho tan dulce a causa de su amor. San Andrés conjuraba a los fieles que no le librasen de la cruz; desde lo alto de ella, no hacía más que hablar de su felicidad.

744. Quien quiera venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

No puedo ser discípulo de Cristo sin renunciar a todo y sin llevar la cruz. ¿Está clara la cosa? Cada religioso debe ser realmente un crucificado.

Son las reglas, las observancias del estado religioso las que clavan a la cruz el espíritu, el juicio, la lengua y el cuerpo del religioso. Al religioso le pasa lo que sucedió al mismo Cristo. Algunos religiosos relajados le están diciendo que baje de la cruz sugiriéndole: "No hay pecado en hacer esto, en no observar estas pequeñeces." También aguanta las burlas que le hacen las personas del mundo: "La modestia y las oraciones, ¿por qué no prescindir de ellas? Tengo un ligero dolor de cabeza; hay que ver tal y tal cosa."

San Francisco Javier tenía tanto gusto en mantenerse en la cruz, que todos los días renovaba los votos. ¿Creéis vosotros que S. Francisco de Asís habría querido dejar de sufrir los dolores que le causaban los estigmas?

745. La vista de la cruz, situada entre cielo y tierra, nos hace ver cuál debe ser la posición del religioso. Antes de morir, Cristo está, a la vez muerto y vivo. También el buen religioso está muerto a sus propias pasiones; pero tiene su vida en los cielos por la gracia; el hombre de pecado está a punto de expirar. Veo a Cristo sujeto con gruesos clavos. También el religioso está sujeto; los tres votos son los tres clavos hirientes y dolorosos; dolorosos sí, y al mismo tiempo, suaves. Se dice que no hay mejor cuña que la de la misma madera. Estábamos clavados a una cruz infamante antes de ser religiosos; los clavos de nuestros votos han arrojado a los otros clavos infames.

Dios me destina a que me haga semejante a su divino Hijo. ¿Me dará la fuerza necesaria para ello?

La virtud adquiere un brillo especial cuando se la practica entre sufrimientos.

11.ª Meditación

LA POBREZA

746. *El Señor me ha destinado a anunciar su Evangelio a los pobres* (Luc. 4).

Ventajas de la vida religiosa.

Si ponemos buenos cimientos, el edificio se levantará con toda firmeza y en ello encontraremos precisamente nuestro provecho particular. Dios derrama abundantemente sus bendiciones sobre las casas religiosas en donde reina el espíritu de pobreza. Dios nos otorgará una gran recompensa con tal de que nosotros seamos fieles.

Si Nuestro Señor nos manda buscar primero el Reino del Cielo, ¿a quién se dirige, sobre todo, el Salvador? La extrema miseria de los justos es un don extraordinario. Si el simple fiel debe tener una confianza tan firme en la Providencia que no le abandona nunca, ¿cuál deberá ser la nuestra si lo hemos dejado todo abrazando todo lo que la pobreza puede tener de más penoso? ¿Nos abandonará la Providencia divina? El Señor no puede fallar. No pediremos nunca a Dios la abundancia ni las riquezas. ¡Líbrenos Dios de ello! Sólo le pediremos el pan de cada día: *Panem nostrum*.

747. Supongamos ahora que Dios nos colocara en una extrema miseria y nos viéramos obligados, por ejemplo, a mendigar nuestro pan. ¿Fallaría, por eso, nuestra fe? No, porque lo consideraríamos como un favor, como nuestro bien; hemos hecho voto de esto.

Si, al llegar al refectorio, no encontrásemos nada que comer, Dios haría, si es preciso, un milagro. Mientras tanto, en lugar de comer cantaríamos las -alabanzas del Señor, escucharíamos la lectura y ella sería nuestro alimento.

Habéis dejado en el mundo, un padre, una madre, unos hermanos y unas hermanas. ¿No encontráis en la comunidad quienes os quieren aún más que ellos? Si somos verdaderos pobres, el Instituto se extenderá y prosperará. Dios nos dará cuanto entre en el orden de la necesidad: ya sea en lo referente a los maestros, a la ciencia, a las luces o a la sabiduría. Nunca podremos decir a Dios: "¡Señor! No habéis cumplido vuestra promesa. Nosotros lo hemos dejado todo; ¿dónde está ahora el céntuplo?"

748. No debéis tener nada a vuestra disposición; es muy fácil apegarse a las cosas que están a nuestro uso. Un religioso no tiene por qué preocuparse de lo material, de los gastos, etc. En las órdenes religiosas en que cada cual atendiera a sus propias necesidades, habría grandes desórdenes.

En cuanto cese de practicar la pobreza, Dios me sustraerá sus gracias y me maldecirá.

Hemos renunciado a todo para poder abandonarnos a la Providencia de Dios. Me abrazo con el hambre, con la sed, la desnudez, etc., pero no careceré de confianza y moriré de pobreza y de miseria si así lo queréis, Dios mío. Se nos ha prometido el céntuplo y es Dios mismo quien lo ha prometido a quienes han hecho voto de pobreza.

749. ¿Y qué es el céntuplo? Se trata aquí más particularmente de las riquezas espirituales. Podemos esperar la alegría más íntima, la paz más profunda y las delicias del santo amor de Dios, etc. Las personas verdaderamente pobres las he visto constantemente adornadas de toda clase de virtudes y bañadas de alegría; no hay en ello nada de particular; Dios ya lo ha prometido.

A medida que crezca el desprendimiento, crecerá también la alegría. Así nos lo anuncia el Señor: "Merced a vuestro

desprendimiento demostráis que me amáis; yo, por mi parte, quiero daros a conocer que también os amo."

Es preciso que el corazón del hombre se apegue a algo. Es absolutamente preciso que si odiamos los bienes terrenales, amemos los espirituales, lo cual es causa de nuestra alegría. Es el estado de los verdaderos pobres; la alegría les inunda.

750. La pobreza hace nacer una ardiente caridad hacia los hermanos, caridad que nos mueve a despojarnos de todo en favor de nuestros hermanos, con alegría, con tal de que se ame verdaderamente la pobreza, ya que en este caso se quiere siempre desprenderse de todo y se está siempre temiendo tener demasiado.

Las riquezas son la fuente de las disensiones que se ven en el mundo. En las comunidades en las que no reina la pobreza, reinan las querellas y disensiones. Cuando se ponen a rezar, Dios escucha a los verdaderos pobres antes de haber abierto la boca; Dios escucha siempre la oración del verdadero pobre. En el mundo, nos dirigimos a los pobres cuando queremos obtener gracias de Dios; nos dirigimos también a los buenos religiosos, a los buenos cristianos y a quienes tienen el corazón desprendido del mundo.

751. Si tan poderosos somos con respecto a los demás, ¡cuánto más poderosos seremos respecto a nosotros mismos! El infierno nos tendrá más miedo a nosotros del que nosotros le tendremos a él; así atormentaremos a los demonios por nuestra pobreza. Se recurre siempre a los buenos religiosos para lograr gracias de Dios, ya que éste no puede negarles nada. Durante la Revolución fueron ellos, aunque poco numerosos, los que impidieron que Dios hiciera desaparecer a Francia, la cual quedó desolada a causa de la relajación de los religiosos en lo tocante al voto de pobreza.

Pidamos protección a María, Reina de la pobreza religiosa.

4.ª Conferencia

LA ORACION

752. ¿Qué oración es mejor? ¿A qué oración debemos aplicarnos cuando queremos darnos a ella?

Es la que nos agrada más y la que nos trae mayor bien. Para saberlo, hay que probar varias clases de oración; así sabremos cuál

es la que más nos conviene. Las cosas más fáciles cuando no se han hecho nunca no parecen fáciles. Lo que constituye un gran obstáculo y lo que hace que no se pueda hacer oración es la falta de una voluntad fuerte; el no apreciar la oración, el no conocerla. El demonio nada teme tanto como la oración. Santa Teresa, durante 28 años, no experimentaba en la oración más que hastío y sequedad sin que, a causa de ello, dejara de hacer oración y pusiese en ello toda su buena voluntad meditando a menudo sobre la dicha que hay en poder hacer oración. Nunca se reza a Dios de todo corazón sin obtener de Las gracias, aunque uno no se dé cuenta de ello. No hay que desanimarse nunca ni dejar la oración a causa del hastío que nos dé.

Si uno busca la manera de llegar a aquella oración que más le convenga, si uno tiene buena voluntad y si persevera en hacer oración, acabará por acertar.

753. El segundo medio es rendir cuenta de cómo va su oración al superior o al jefe de celo, en las entrevistas personales con ellos cada ocho o quince días.

Si a uno le afecta especialmente el pesar por sus pecados, que siga esa moción del arrepentimiento; las lágrimas que derrame cuando son reiteradas, continuas, y cuando procedan de un amor penitente, se convierten-al decir de los Santos Padres-en un segundo bautismo.

Un religioso debe ser un hombre de oración.

¿Cómo hacer bien la oración mental si no pone atención en sus oraciones y no reza el Credo con fe? Si se encuentran religiosos que, al cabo de diez años de profesión, hacen su oración tan mal como el primer día, es porque nunca han rezado con fe.

No es preciso que el jefe de celo enseñe el mismo método de oración a todos los nuevos; hay que graduar el grado de oración, sea afectiva, vocal, mixta, mental, etc., conforme al fervor y a la fe de las personas.

754. La oración no es un ejercicio de penitencia ni de paciencia; hay que ir a ella con buena voluntad, con el corazón y con fe algunas veces Dios nos envía algunas pruebas, pero ordinariamente no son largas, sobre todo al principio. Cuando el hastío de la oración dura mucho tiempo, el jefe de celo debe

comprobar si hace bien todos sus ejercicios de piedad. Ordinariamente, quien tiene la culpa es el que hace oración.

Hay que perseverar en los esfuerzos para hacer bien la oración. Cuando el jefe de celo ve que alguno no puede hacer oración, debe comprobar si es mortificado, porque en donde no hay mortificación, tampoco hay oración. Si uno no puede hacer oración, de ordinario es porque vive a sus anchas, porque no quiere sufrir nada y porque no carece de nada.

Hay tres obstáculos que impiden hacer oración: 1.º La voluntad débil; 2.º El temor excesivo de no acertar; 3.º La falta de confianza en que Dios nos oiga.

Dios, que ha empezado la obra de nuestra perfección, la acabará. Carecer de confianza en Él es hacerle una injuria.

12.ª Meditación

EL SUFRIMIENTO

755. Ya estáis bastante instruidos; ya sabéis que estamos llamados a sufrir persecuciones (I Tesal. 3).

Cristo nos ha dejado el ejemplo de su muerte en la cruz para que sigamos sus pisadas; a eso precisamente hemos sido llamados.

El religioso está llamado, por la gracia misma de su vocación, a la cruz.

Punto 1.º El estado religioso es un segundo bautismo; un estado de muerte.

Punto 2.º El estado religioso es un estado de penitencia

Punto 3.º El estado religioso es una especie de martirio.

Por la condición misma de nuestro nacimiento, estamos ya llamados a sufrir; por nuestro bautismo, estamos consagrados a la cruz.

Habiendo querido Dios formar para sí un pueblo de elegidos, ha establecido un estado de vida en que, de corazón y de alma, se abraza la penitencia y se acepta generosamente este martirio. La vocación al estado religioso es una gracia de predestinación cierta, clara, evidente, ya que su fundamento son los principios mismos del Evangelio.

756. El primer hombre, antes de ser infiel, tenía dos paraísos: uno en el Cielo, y otro en la tierra; pero, como a causa de su prevaricación, fue arrojado del Paraíso terrenal, ya no le queda más que el del Cielo.

Esta vida que tenemos que llevar en la tierra debe estar llena de mil penas, contradicciones, pesadumbres, enfermedades, sufrimientos por el mero hecho de nuestro nacimiento en este mundo. Somos hijos de ira y nacemos ya en oposición con Dios; esta desorganización de nuestra alma, estas tinieblas de nuestro espíritu, estas pasiones, esos sentidos que se amotinan y esta carne que se rebela: esto es el hombre.

757. El Hijo de Dios se dignó encarnarse para restablecer al hombre en su prístino estado, no en el Paraíso terrenal, sino para hacerle merecer entrar en el Paraíso celestial. Eramos hijos de ira; por eso fue preciso que Jesucristo viniera para satisfacer por nosotros, por medio de sus sufrimientos, humillaciones, trabajos, penas y tormentos. Así es como ha consagrado las penas, sufrimientos, etc., y todo cuanto podamos sufrir nosotros mismos al quedar incorporados a Cristo por nuestro bautismo y por nuestra profesión religiosa, si bien nosotros tenemos la obligación de hacer como hizo nuestro divino Maestro. "No es justo-dice San Bernardo-encontrar miembros delicados bajo un jefe coronado de espinas."

758. El religioso está llamado a la cruz por la gracia de su vocación, siendo éste un nuevo beneficio de mi Dios, a pesar de todos mis pecados, mis prevaricaciones y mis iniquidades. Cristo me pregunta si quiero salvarme, si quiero ser perfecto y si quiero poseer su reino, diciéndome: "¿Quieres para ti un estado que te restituya los derechos de tu bautismo? Sé religioso, para que así te consagres a la cruz."

"Pero por el mismo hecho de estar bautizado ya estás consagrado a la cruz", asegura San Pablo. Es como una muerte viva o una vida muriendo. El estado religioso nos hace renacer de nuevo; es la vida de Cristo, vida de penas, de sufrimientos; es una vida crucificada en este mundo, aunque glorificada en el otro. Es lo que le pasa al religioso: nuestra vida permanece oculta; al exterior, no se ve más que una muerte, una especie de sufrimiento y de humillación; estamos crucificados para el mundo como el mundo está crucificado para nosotros. La vida espiritual es muerte del hombre viejo. Tenemos que salir de nosotros mismos, aborrecernos a nosotros mismos.

759. Al mismo tiempo que el hombre viejo muere, se forma en nosotros esta vida divina que consiste en vivir de Dios y vivir en Dios esperando la posesión también de Dios. En nuestro bautismo habíamos renunciado a todas las pompas y obras del demonio, habíamos prometido creer en Jesús, someternos a Cristo, vivir de Cristo y para Cristo; habíamos declarado la guerra a Satanás. Desde entonces estamos muertos al hombre viejo, al hombre de pecado; estamos muertos al mundo, al pecado, a la carne y a la concupiscencia: "Estáis muertos y enterrados con Jesucristo" (San Pablo).

760. La emisión de los votos es un segundo bautismo equivalente al primero. ¿Cómo pensar en ello sin llenarse de admiración y agradecimiento?

Después de haber pecado mortalmente, el cristiano había naufragado y estaba perdido para siempre; pero Cristo, en su bondad, ha dicho: "Toma; ahí te lanzo una tabla de salvación: es el sacramento de la penitencia." Pero aún hace más: nos da un arca como a Noé para preservarnos del diluvio universal y hacer que consigamos ir derechos al Cielo.

A quien abraza el estado religioso, al hacer su profesión, se le perdonan todos sus pecados junto con las penas temporales debidas por ellos. Pero no queremos entrar en el Paraíso antes de haber cumplido el objeto de nuestra consagración que consiste en sufrir, y hacer penitencia a ejemplo de Cristo.

761. Una casa religiosa es una casa que está de luto; una casa en que se lloran los pecados y se quiere satisfacer a la justicia divina, del mismo modo que Cristo se entregó a ella para satisfacer por nuestros pecados; veamos cómo Cristo presenta sus miembros para ser clavados en la cruz. ¡Oh dulce penitencia que me hace sufrir con Cristo y que me hace reinar con Cristo! El estado religioso es una especie de martirio, sobre todo para los que llevan una vida apostólica; los hijos de María, están dispuestos a ir hasta el cabo del mundo y a derramar toda su sangre, por salvar un alma. El martirio consiste en sufrir por una causa buena y por la gloria de Dios. San Pablo, el Apóstol de las gentes, decía: Muero cada día: *quotidie morior*; castigo mi cuerpo con rigor y lo esclavizo.

Los cristianos son los religiosos de la cruz; no tienen miedo a la muerte; siempre están dispuestos a toda clase de sacrificios. A los ojos de la fe ¡qué hermoso destino!

Ya lo sabéis: estáis destinados a la cruz.

13.ª Meditación

GLOSA

762. Estas grandes verdades de fe que estamos meditando ¿cómo podrán producir frutos si no las cultivamos y si rompemos el silencio del entendimiento o de la imaginación? ¿Cómo los producirán? No las véis en toda su belleza, no las examináis a la luz de la fe, no las meditáis bastante. Y entre quienes las meditan no las amáis, no mostráis suficiente interés por ellas, no hacéis lo que deberíais para que os impresionaran. Una vez que uno se ha convencido de una verdad y la ha saboreado bien, debe tomar las resoluciones pertinentes, y no generales, sino particulares. Tomar resoluciones de carácter general es forjarse ilusiones ya que las olvidamos en seguida. Si, en medio de los quehaceres, os preguntase alguno de sopetón: "¿Qué resolución ha tomado usted?", ¿qué le responderíais? "No me acuerdo", le diríais.

763. Pedid al espíritu de Dios que os haga comprender bien qué resoluciones debéis tomar; acordaos de que no habéis cumplido las resoluciones que habéis tomado en estos mismos Ejercicios, en aquel examen de conciencia y en aquella otra confesión; confiáis con tener algunos momentos de fervor y con ello os engañáis; desconfiad, pues, de vosotros mismos; orad a Dios poniendo sólo en Él toda vuestra esperanza. ¿No nos humilla, el haber tomado resoluciones y luego haberlas olvidado? ¿Hemos seguido las reglas del combate? Todas ellas se reducen a la cruz y esa cruz es la de nuestro estado. El estado religioso es una cruz. Lo que hace falta es llevarla como hay que hacerlo. ¿Que esta cruz es dura y rigurosa? Esta cruz es la obediencia perfecta; esos clavos y esos lazos son el sacrificio de todas las potencias del alma. Si se lleva bien esta cruz, será deliciosa porque toda nuestra dicha, durante nuestra vida entera, consiste en la cruz. En el Juicio de Dios tendréis que responder de no haber querido comprender las verdades relativas a la cruz.

Poneos al día; ved en qué situación estáis; repasad los resúmenes, las consecuencias, las tibiezas, los descuidos, las tentaciones e ilusiones, cuanto os ha conmovido, etc.

764. *Mi yugo es suave y mi carga, ligera (Mat. 11).*

Quienes tengan a mano los santos Evangelios harán bien en leer los versículos anteriores que dicen: *Los que tenéis penas y sufrís persecuciones, venid a Mí; aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas.*

No sólo no nos veremos abrumados por el yugo del Señor (y su cruz) sino que lo encontraremos ligero. Las apariencias de ese yugo engañan; pero, en realidad, nada hay más dulce y amable. Si no saboreáis ese yugo es que no lo lleváis; por eso, es culpa vuestra.

765. Toda la felicidad del verdadero religioso radica en la cruz, árbol de salvación plantado por la misma mano de Dios; árbol que producirá frutos en este mundo y en el otro. La verdadera riqueza, la verdadera gloria y la verdadera dicha residen en la cruz. Y es natural que la alegría y la felicidad estén en la cruz, ya que Cristo lo afirmó así, aunque muchos consideran sus palabras como un misterio impenetrable. De aquí nace una tentación que el demonio les sugiere para impedir que las consideren bien, porque si examinasen y considerasen lo que es la cruz de Cristo, entonces la encontrarían digna de amor y desearían verse clavados en ella. Por consiguiente, no hagáis caso de esa ilusión, meditad y examinad; así veréis cómo la cruz de Cristo es un yugo suave y ligero.

766. Tomad la Epístola del Apóstol Santiago en que habla de las alegrías de la cruz.

San Pablo se alegraba de sus penas, tribulaciones y persecuciones, no encontrando otra gloria que en la cruz de Cristo.

Cristo nos manda no apegarnos a riquezas a las que el orín y los gusanos roen y que los ladrones pueden robarnos. Cristo nos intima la orden de llevar la cruz. En ello nos demuestra cuánto nos quiere; nos hace ver que en Él encontraremos toda nuestra fuerza y nuestro consuelo. En el mundo ¡cuántas penas, pesadumbres e inquietudes hay! Pues bien: Cristo nos dice: *Venid a Mí, que yo os consolaré y os aliviaré.* ¡Oh Jesús mío! ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué, nos va a proponer ahora Cristo? Nos propone qué carguemos su yugo, sobre nosotros. Pero ¿cómo se explica que encontremos nuestro consuelo en llevar una cruz? Porque es lo que nos dice el Señor: *Tomad sobre vosotros mi yugo.*

767. Por cruz se entienden todas las penas de su estado. El yugo del Señor es la cruz. Pero un yugo no lo lleva nunca una sola persona; un yugo supone estar uncido a otro. Lo dice el mismo Cristo: *Llevad mi yugo*. Por consiguiente, yo tengo que llevar el yugo, pero uncido a Cristo. ¡Así sí que es fácil llevarlo! Lo que yo lleve se me hará muy ligero porque Cristo es la fuerza misma; no hacemos otra cosa-por decirlo así-que tocar el yugo del Señor. ¡Qué felices habríamos sido si hubiésemos estado en lugar del Cirineo! Es que Cristo quería invitar a todos los hombres a que lleven su cruz. Primero el Cirineo rehusó; por eso, tuvieron que obligarle a llevarla; pero apenas se puso debajo de aquella cruz para levantarla, ¡con qué alegría la llevó! ¡Qué bien sintió sus efectos! Porque fue un santo, lo mismo que sus dos hijos. Cristo es quien llevaba el peso principal de la cruz; Simón no hacía más que ayudarlo.

768. En Cristo está toda fortaleza y todo consuelo. La unción de Cristo y su amor pasan a la cruz, humedecen la cruz, penetran la cruz. Quien tiene la dicha de cargar sobre sus hombros la cruz, se ve, penetrado de la unción y del amor mismo de Cristo.

¿Cómo no acertamos a ver lo que las Sagradas Escrituras nos dicen acerca de la cruz? Porque la Ley evangélica es una ley de amor y de gracia. Lo que se ama no parece pesado. "En donde hay, amor, no hay dolor y, si hay dolor, se ama ese mismo dolor", afirma San Agustín. La gracia nos hace realizar lo que con nuestras propias fuerzas no podríamos llevar a cabo.

Jesús hizo perfectamente cuanto nos manda, practicando, El primero, todos los preceptos y consejos que nos dio, en toda su austeridad y quitando de ellos toda la amargura.

769. "Ya llevo un año o año y medio de religioso y, sin embargo, no veo que esta cruz sea tan amable", me decís. Y yo os respondo: "Es que no habéis examinado ni meditado; no habéis llevado el yugo del Señor; lo único que habéis hecho es arrastrarlo. Lo que hace falta es llevarlo. Unas veces buscáis unas disculpas y otras veces, otras; pedís dispensas; os permitís, a menudo, por vuestra cuenta y riesgo, cosas contra la Regla y contra vuestro estado. ¡Qué de extraño, pues, que no encontréis el yugo del Señor dulce, ligero! Es que no lo lleváis. Las palabras del Señor son bien claras: *Mi yugo es suave*, etc... Si no lo encontráis así es que hay algo en vosotros que se opone a él y que os impide encontrarlo dulce. Llevadlo como lo llevó San Francisco, San Bernardo o Santo

Domingo y millones y más millones de religiosos en las cuatro partes del mundo, todos los cuales vienen a demostrar la verdad de aquellas palabras: *Mi yugo es suave*, etc.

1. Toda la alegría, la verdadera alegría está en la cruz. Verdad incontestable.

2. La grandeza, la nobleza y la gloria de un verdadero religioso consiste en la cruz.

3. Las verdaderas riquezas están en la cruz; riquezas que constituyen un verdadero tesoro al que ni los gusanos ni el orín podrán destruir. La dicha de un verdadero religioso está en su mismo estado religioso, en la participación de la cruz de Jesucristo.

14.ª Meditación

LA CASTIDAD

770. *"Et sponsabo te mihi in sempiternum: me desposaré contigo para siempre"* (Oseas, 2, 19).

Al emitir el voto de castidad, el alma religiosa contrae con Cristo un matrimonio solemne e indisoluble; fácil nos será comprender las obligaciones del mismo. ¿Acaso nos asustaremos? No. Tengamos, acerca de este punto, las ideas que debemos tener. Formamos una sola cosa con Jesucristo.

Que quien tuvo la desgracia de perder la inocencia bautismal y ha sido llamado a las nupcias del Cordero, se anonade, se humille y se llene de confusión ante Dios. Pero vosotros, en cambio, los que habéis conservado la inocencia bautismal, alegraos y saltad de gozo porque vuestro Esposo os colmará de caricias.

771. La esposa participa de la dignidad, del poder y de las riquezas de su esposo. Si nuestras almas son las esposas de Cristo, entonces el poder, las riquezas y el trono de Cristo son también nuestros; Cristo ha colocado su corona sobre nuestra cabeza, ha puesto en nuestras manos el cetro y nos ha cubierto con el manto nupcial.

Cuando quiso Dios dar una compañera a nuestro primer padre le infundió un sueño, un éxtasis durante el cual Dios le quitó una de sus costillas. Al despertarse Adán, viendo a su esposa, exclamó: "Es carne de mi carne y hueso de mis huesos."

772. La Iglesia es la esposa de Cristo y el símbolo del matrimonio espiritual que contrae el alma con Cristo. Nuestro cuerpo y nuestros miembros son el cuerpo y los miembros de Cristo; serán dos en una sola carne. Sobre todo deben estar muy unidos los corazones. ¿No será nuestro espíritu el espíritu de Cristo? ¿Nos damos cuenta de cuáles deben ser nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestras acciones? ¿Qué crimen cometo cuando profano alguno de estos miembros? Si profano mi inteligencia o mi corazón, ¡qué adulterio tan abominable! Cuando cometéis un pecado mortal de este género, ponéis en el lecho nupcial, en vez de Cristo ¿a quién? espíritu inmundo, al ángel rebelde que viene a lograr mucho más de lo que esperaba. El demonio había dicho que se elevaría por encima de Dios, que igualaría a Dios. Aquí, el ángel de las tinieblas arroja a Dios. Si hubiese un pecado irremisible, sería, sin duda, éste.

Decía San Pablo: *Pero ¿cómo? ¿Vais a hacer de los miembros de Cristo los miembros de una prostituta?*

773. Un alma religiosa que ha emitido el voto de castidad se ha convertido en esposa de Cristo. Por eso, Cristo ama extraordinariamente a sus fieles esposas de las que está celoso, haciendo que tenga pronto que arrepentirse quien tenga la desgracia de acercarse demasiado a su esposa fiel y amada.

Que quien crea estar de pie, tenga cuidado y no caiga; esta es otra obligación: Tenemos que tener el celo más activo por los intereses de nuestro Esposo. Si somos esposas ingratas, pronto seremos esposas infieles. ¡Oh Jesús! Vos me habéis dado vuestro corazón; tomad el mío por entero. ¡Cómo tiemblo al solo pensamiento de poder seros infiel! Perdonadme mis infidelidades pasadas.

774. Examinemos, ahora, los medios que este título de esposas nos obliga a tomar, teniendo presente que tenemos que sostener los combates bajo la mirada de la Santísima Virgen.

La primera disposición es una profunda humildad. Dios no ha consultado a nuestros propios méritos al llamarnos a ser sus esposas. Gloriémonos, pues, sólo en la fuerza y en el apoyo de Dios, temiéndolo todo de nosotros mismos.

Una vez que hayamos llegado a ser verdaderamente humildes y que no esperemos otra ayuda que la de Dios, tengamos en Él la mayor confianza. Si no esperamos nada de nosotros mismos y, en

cambio, todo lo esperamos de Dios, tengamos una confianza plena. De nosotros se ha dicho que aplastaríamos con nuestros pies al dragón infernal porque Dios se debe a sus esposas lo mismo que sus esposas se deben a Él. Si le sois fieles, Él también lo será.

775. Dios debe darnos sus gracias y defendernos. Así lo ha prometido con juramento solemne que ha hecho al desposarnos. El Señor enviará sus ángeles para protegernos. Mientras nosotros permanezcamos fieles a nuestro juramento, Dios será fiel al suyo, aunque legiones de demonios vinieren para combatirnos. Si Satanás se atreve a acercarse, decidle: "Es indudable que tú no me conoces, espíritu inmundo. ¿No has visto que llevo en mi frente la señal de hijo de Dios? ¿Y no sólo eso, sino que llevo también la señal de esposa suya? Ya verás cómo no tardas en darte cuenta de que lo que pretendes es temerario." Mantengámonos en esta constante fortaleza; así no nos atacará, porque los mismos dardos que arroje sobre nosotros volverán a caer sobre él. No nos extrañemos de vernos expuestos a las tentaciones; es para probar a Dios que le somos fieles.

776. La desconfianza en la bondad de Dios nos sería tan nociva como nuestro orgullo mismo. Dios quiere que tengamos una gran confianza en su gracia; si empezamos a temer cuando no hay motivo alguno para temer es que desconfiamos de su gracia. Sin duda alguna no tenemos que exponernos al peligro; pero cuando nos encontramos metidos en él, redoblemos la vigilancia y la confianza en su gracia.

Las lecturas son muy peligrosas; hay que tener una reserva extrema en sus palabras. Cuando uno se ve fuertemente tentado, acuda a su director espiritual. El gran remedio, sin embargo, es la humildad, la cual proyecta una luz que nos hará siempre conocer el mal y los medios para evitarlo.

La falta de confianza en Dios es incluso más perniciosa que la carencia de humildad, porque supone una falta de fe, que nos impide recordar que somos las esposas de Cristo. Para que conservemos cuidadosamente el primer don de la caridad, entremos en el Cielo y veamos en él la dicha de que gozan las esposas de Jesucristo.

777. La falta de agradecimiento es la fuente de todas nuestras faltas en este particular porque es carecer de amor y de

agradecimiento para con el beneficio inefable que Dios nos ha otorgado al hacer de nosotros sus esposas.

El Señor está a nuestra diestra y nos defenderá si queremos serle fieles.

Tampoco perdamos jamás de vista nuestra dignidad, aprovechando todas las ocasiones para demostrar a Dios que le amamos. Invoquemos a la Santísima Virgen; mantengámonos bajo los castos y puros ojos de María.

5.ª Conferencia

EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

778. Un punto esencial es el discernimiento de espíritus. Nuestro corazón se halla situado entre dos espíritus que procuran apoderarse de él mediante mociones y afectos. Nuestro corazón se ve arrastrado incesantemente unas veces de un lado; otras veces, de otro; se diría que se lo están disputando el espíritu de Dios y el de Satanás. Particularmente durante la oración uno está a la derecha y el otro, a la izquierda para que la hagamos, según el uno, bien, y según el otro, mal. Quienes tienen interés en hacer bien su oración se preocupan por ver, una vez terminada la oración, las operaciones de Dios y las de Satanás. Muy a menudo uno es engañado por este último sin darse cuenta de ello, sobre todo cuando Dios permite a Satanás transformarse en ángel de luz, haciendo que veamos como bueno lo que es malo. Es como un pez que se ha tragado el anzuelo; los hay que son crédulos y bobos como los peces.

Jamás haréis grandes progresos en la virtud si no aprendéis a conocer cuál es el espíritu que os guía; hay algunos que no observan nunca lo que les pasa.

779. ¿Cómo hacer para distinguir estos dos espíritus? He aquí una regla segurísima: ver el fin que cada uno se propone y los medios que emplea. El espíritu de Dios no puede inspirarnos ni sugerirnos más que lo que se refiere a Dios. También Satanás tiene sus fines que son: el hacernos caer en el pecado mortal y atraernos hacia sí para arrastrarnos al infierno por los medios que pueden llevarnos a él. Satanás atrae siempre a las personas del mundo al pecado mortal mediante los placeres y el cebo de las cosas mundanas hasta ejercer influjo incluso en sus cuerpos.

Los que se observan un poco pueden darse cuenta de que se encuentran a menudo llevados más lejos de lo que sus pasiones solas podrían hacer; es la influencia del demonio.

780. Cuando se trata de virtudes, el Espíritu Santo excita remordimientos, hace brillar luces que son como relámpagos; por ejemplo, la muerte repentina de alguno de nuestros padres, amigos o parientes sin sacramentos, o bien el imaginarse los juicios de Dios.

En el estado de fervor, el Espíritu Santo nos impulsa a corregirnos de tal o cual defecto, a hacer mejor nuestras oraciones, a imaginarnos que estamos hablando a Dios, descubriéndonos los peligros del estado de tibieza; haciéndonos ver algunas veces la belleza de la corona de inmortalidad sirviéndose, otras veces de las criaturas, o del espectáculo del Cielo.. Cuando uno es fiel, recibe los impulsos del Espíritu Santo, el cual hace todo lo posible para que nos salvemos. El demonio hace todo lo contrario; cuando, por ejemplo, ve a un alma muy determinada, como sucede entre los fervorosos, procura infundirle escrúpulos para turbarla, suscita en ella sentimientos de desconfianza y procura que no rece. El demonio nos pone ante la vista nuestros pecados, pero es para desanimarnos y para que desconfiemos de la misericordia de Dios; por eso, nos sugiere: "Tú has hecho, dos, tres, cuatro Ejercicios Espirituales mal; por lo mismo, eres cada vez más culpable; más valdría que no los hicieras. Y respecto a tus confesiones, no haces más que amontonar sacrilegios sobre sacrilegios." Al demonio se le conoce porque siembra en nosotros estas inquietudes. Al revés: lo que hace el Espíritu Santo cuando nos hace ver nuestros pecados, es inspirarnos sentimientos de contrición, nos hace gemir por ellos ante Dios, pedirle perdón y sentimos, de nuevo, nuestra alma en paz.

781. Como el demonio ve que nos vamos a salvar, entonces se pone a decirnos y a silbar a nuestros oídos la idea de que nos vamos a condenar. Hay que creer todo lo contrario de lo que nos dice el demonio; entonces obraremos como hombres de fe, porque el demonio es opuesto a ella. Y mientras hacemos todo lo posible para corregirnos, digamos: "¡Señor! ¡Espero en Ti!" De este modo nunca quedaremos frustrados en nuestra esperanza. Hay que despreciar siempre al demonio; es el padre de la mentira.

Todo cuanto pueda desviarnos de la virtud por poco que sea, no puede proceder más que del demonio; por ejemplo, los sentimientos de vanidad, de orgullo, etc. Cuando estamos en

Ejercicios, tenemos momentos de fervor, tomamos resoluciones y creemos que las cumpliremos sin que medien nuevas gracias de Dios; así se pone la confianza en sí mismo y se forjan ilusiones.

El medio de cumplir las resoluciones es la oración y la humildad. Digamos, pues, a Dios: "Dios mío: os traicionaré si Vos no me sostenéis." Desconfiemos muy mucho de nosotros.

15.ª Meditación

GLOSA

782. Estoy contento, pero tengo el temor de que no seáis enteramente en fieles. Temo que tengáis demasiada confianza en las resoluciones y que tengáis demasiado poca confianza en Dios; no podríamos tener demasiada sin presunción.

Cuando se trata de promesas espirituales, no es del todo seguro que nos mantengamos tan fieles a ellas como lo somos y lo hemos sido cuando se trataba de las promesas que hicimos a los hombres. Tenemos que tomar resoluciones, aunque con el temor de que no vayamos a cumplirlas, y tenemos que tomar los medios para ser fieles a esas resoluciones.

¡Si comprendiésemos qué es el sacramento del altar si lo sintiésemos y si estuviésemos penetrados de él! Así, pues, con el Santísimo Sacramento delante podemos tomar con confianza nuestras resoluciones. En cambio, si basamos nuestras promesas y nuestras resoluciones en otros motivos, entonces, cierto, hay mucho que dudar y temer.

783. En las cartas se pueden temer fallos, cuando se ve en ellas o presunción o confianza en sí mismo; es preciso que las cartas sean la expresión de los sentimientos que Dios nos ha sugerido antes de rogar a Dios que os haga ver cuál es su voluntad. Si no sentís nada es por falta de oración o de meditación; comparar con sencillez el estado de vuestra alma, en el pasado, con el estado vuestro actual.

784. El Padre ha impreso su semejanza en su adorable Hijo. El Hijo de Dios, Jesucristo, es el sello, la representación perfecta de su Padre. Cristo explica, en un sermón que pronunció en la sinagoga de Cafarnaún, lo que es la Comunión y sus efectos. Por consiguiente, el Padre ha impreso su semejanza en Cristo para que éste pudiera imprimir la misma semejanza en otros y para que

quienes la reciban, vivan de la vida del Padre por medio de la vida del Hijo: Quien; me come, vivirá por Mí a causa de la vida que yo he recibido del Padre.

785. Si tenemos que combatir tanto es para deshacernos de nuestros vicios, dar muerte al hombre viejo y vivir de la vida de Jesús. Hay que mantener siempre cautiva a la naturaleza; cuanto más muramos a nosotros mismos, más viviremos de la vida de Cristo. Cuando vivió en este mundo, Cristo vivió humillado, sufriendo y crucificado.

¿No convenía que Cristo sufriese y así entrase en su gloria? Y a sus discípulos ¿puede ocurrirles de otro modo? Sólo la muerte, y la muerte en cruz, nos hará entrar en la gloria de Cristo. Consideremos: 1. Cómo Cristo está con nosotros por su presencia; 2. Cómo es nuestro: 3. Cómo está en nosotros.

1.^a Consideración. Todos los atributos de Dios se ponen en movimiento para producir este milagro mediante el cual Cristo está siempre presente. Presencia estable, invisible, continua y universal.

786. Presencia estable. Cristo está en la Eucaristía como un prisionero cautivo, sujeto por las cadenas del amor; está constantemente, de día y de noche. Las palabras de la consagración le han reducido a esclavitud; no tiene otro movimiento que el que le damos. ¡Dios mío! Confirmad la resolución que tomo ante Vos, puesto que no tengo confianza alguna en mí mismo.

Presencia espiritual, invisible. Cristo, no sólo está en la Hostia, sino todo entero en cada parte de la hostia, como están los espíritus; la vida de Cristo en este sacramento es una vida sumamente escondida. Nuestros cuerpos tienen gran necesidad de espiritualizarse y de que nosotros nos conduzcamos como si no tuviésemos cuerpo, sin seguir las inclinaciones de la sensualidad. El Santísimo Sacramento producirá en nosotros estos efectos; ahí está el gran medio de nuestra santificación y espiritualización; pero para ello se requiere que hagamos bien la sagrada Comunión preparada de antemano, y no una comunión rutinaria.

787. Presencia universal. Cristo está en todos los lugares del mundo, en todos los sitios a donde puedan llevarlo los sacerdotes. ¡Cómo es posible que la ira de Dios no destruyese la tierra si Jesús no estuviese en ella para doblegar la ira divina! ¡Cuántas cosas suceden sin que nosotros las veamos! Merced a este sacramento, Cristo toma posesión de nuestros corazones. Así

como cuando los reyes que han conquistado un país, se trasladan a él para tomar posesión del mismo mediante su presencia corporal, así también Cristo, que ha conquistado nuestra alma a fuerza de combates, viene a tomar posesión de ella. Viene para conversar con nosotros. Jesús tiene sus delicias en estar en un alma fiel. Teniendo nosotros tantas miserias, ¿cómo nos las entenderíamos si nouviésemos el Santísimo Sacramento?

788. 2.^a Consideración. Jesucristo es nuestro. Más es el ser nuestro que el estar con nosotros. Ya podríamos considerarnos felices sólo con poder ir a postrarnos ante el Santísimo Sacramento; pero Cristo quiere hacer aún más: quiere darse a nosotros; así es cómo nos comunica todas sus disposiciones. ¡Qué admirables son sus dones! Todo lo que es Cristo nos lo comunica como un cuerpo caliente calienta a otro cuerpo. Cristo es esa hoguera divina que viene a calentar nuestro corazón, a comunicarnos su propia vida con tal de que no: interrumpamos la sagrada Comunión; haciéndola bien, viviremos siempre de la vida de Jesús.

Jesús nos comunica su propia sustancia; nos cambiamos en Cristo. Necesariamente, al cabo de uno o dos meses, se deberán dar cuenta los demás del cambio que se ha operado en nosotros.

789. 3.^a Consideración. Cristo en nosotros. Cuando Cristo está en nosotros nos comunica sus divinas influencias; es como un sello que queda grabado en la cera; está en nosotros para imprimirnos su semejanza más perfecta; nuestros pensamientos, sentimientos y deseos se hacen semejantes a los de Cristo si nos hemos preparado bien a la sagrada Comunión; preparemos, pues, nuestras alma siempre a la sagrada Comunión. Cristo es el sello de nuestra perseverancia. Cristo está en nosotros como el injerto en un árbol (el patrón silvestre produce los mejores frutos); así también nosotros producimos por Él, frutos óptimos. Merced a la sagrada Comunión, quedamos injertados en Cristo. Produzcamos, pues, los mismos fruto que Cristo. Nuestra unión con Cristo constituirá nuestra vida y asegurará nuestra perseverancia. ¿Acaso un riachuelo no se secará cortamos sus comunicaciones con la fuente? Tenemos la vida de la gracia, buenas intenciones y muy buenas disposiciones. ¿De dónde nos vienen? De Cristo. Si, a causa de nuestras infidelidades, nos separamos de Él, todas esas buenas disposiciones se pierden. Permitirse ser infiel en las cosas pequeñas es como cortar los arroyos que tienen su fuente en el mismo Cristo.

16.ª Meditación

LA OBEDIENCIA

790. *Ya no sois vuestros* (I Cor. 6).

Esta es una palabra dura que hace estremecerse a la naturaleza *durus est hic sermo*. Si comprendemos bien esta doctrina, quedaremos espantados. Que conozcamos bien nuestras obligaciones o que dejemos de conocerlas, no dejan de ser, por eso, obligaciones nuestras. Nuestra voluntad es todo nuestro ser; una vez que hemos consagrado a Dios nuestra voluntad, ya no nos queda nada; éste es el sacrificio más penoso. Si no nos exigen más que cosas pequeñas, el sacrificio tampoco será grande y tampoco la repugnancia consiguiente. Sacrificamos, sí, los bienes y algunos placeres de los sentidos; pero ¿sacrificar la voluntad? Ese sí que es sacrificio difícil.

Las riquezas en las casas no son de temer más que a causa de la corrupción de la voluntad. La voluntad propia es el desorden en todo.

791. ¿En qué consiste el estar muerto a la propia voluntad? En no pertenecerse; en ser todo de Dios. Esto es algo grande. Hay muchas personas virtuosas, que viven en una gran medianía pero que se imponen mortificaciones de todas clases. Seguidlas de cerca, examinad su conducta y veréis el apego que tienen a su voluntad y cómo este apego les lleva a incurrir en muchísimas faltas. Por poco que se las humille o se las contraríe, las veréis rebelarse y salirse de sus casillas. Sin escandalizarnos y sin juzgar tampoco a nadie, podemos aprender a costa suya; es que su voluntad no está muerta; hay que llegar a la raíz; hay que arrancar la voluntad propia. Los obedientes son los más virtuosos. La obediencia y el sacrificio de la voluntad es lo que constituye la santidad; cuando hayamos arrancado la voluntad propia y cuando nos hayamos despojado de ella, entonces Dios vendrá a comunicárenos.

792. Meditemos: 1.º Lo que se entiende por un religioso obediente; 2.º Si hay una auténtica felicidad, ésta es la del religioso obediente.

1. ¿Qué es un religioso perfectamente obediente? Es un hombre que ya no tiene otra voluntad que la de su superior; que una cosa le guste o le disguste, obrará siempre con el mismo celo. Si su razón le dice que lo que le mandan es un absurdo, deberá

reponer: "No; me engaño." Es que, a los ojos del perfecto obediente, el superior siempre lleva la razón. Se trata de la obediencia de juicio, por decirlo en una palabra. A menos de que se vea claramente que lo que manda es diametralmente opuesto a la Ley de Dios; pero si nos ponemos a examinar siempre, a ver y a sopesar, entonces no obedeceremos nunca, porque el superior no tiene obligación alguna de comunicarnos las razones que tiene para mandar. Por eso, aun cuando os parezca que el superior manda una cosa irracional, os engañáis, ya que no conocéis las razones que tiene el superior para mandar. Dios pide el sacrificio del corazón, de la razón, de la voluntad y del entendimiento. ¡Tanto peor para el superior si llega a mandar mal! Al obedecer, no perdemos el mérito de nuestra obediencia. Nunca debo escuchar lo que me dice mi inteligencia, sino imponerle silencio.

793. ¿Qué hace una persona sabia y prudente en un momento de gran calamidad, de calumnias, etc.? Cree que Dios lo permite y lo quiere; por eso, adora sus designios que están llenos de justicia. Hagamos nosotros lo mismo con respecto a nuestros superiores; entremos en sus miras aun sin conocerlas. Creamos que nuestros superiores tienen excelentes razones; nos han sido dados por Dios; por consiguiente, Dios debe darles más luces que a nosotros para conducirnos. Dios no puede bendecir a quienes obedecen mal, a la fuerza o con mal humor.

Si queréis llegar a la perfecta obediencia, examinad la virtud y la alegría de los que son muy obedientes. Todas nuestras debilidades en el servicio de Dios provienen de nuestra propia voluntad. Los más mortificados, los más humildes, los más castos y los más fervorosos son también los más obedientes.

794. Dice Cristo que si tuviésemos fe, trasladaríamos los montes. También se puede decir lo mismo del perfecto obediente, el cual, ciertamente es un hombre de una gran fe, puesto que cree firmemente que obedece a Dios cuando obedece a su superior. Las personas verdaderamente obedientes pueden dirigirse a Dios, seguras de que no se alejarán de su presencia sin que Él les oiga. Nunca nos podrán llamar siervos de Dios mientras no le sacrificemos nuestra voluntad.

La fuerza del verdadero obediente se echa de ver, sobre todo, cuando le acometen tentaciones contra la pureza. Vaya en seguida al superior para descubrirle la tentación; el demonio huirá en seguida porque nada teme tanto como el que le descubran. El

demonio nos dejará hacer toda clase de buenas obras; incluso nos inducirá a ello con tal que nuestra obediencia sea imperfecta. Pero si somos perfectamente obedientes, el infierno se desencadenará contra nosotros, pero podremos reírnos de él.

795. El verdadero obediente se siente capaz de los mayores sacrificios porque ha sacrificado lo que le costaba más: la voluntad. Nada puede asustar al verdadero obediente. Una vez arrancada la propia voluntad, la voluntad de Dios reina con imperio. Ahora bien: ¿qué no podremos contando con la voluntad de Dios? Ese sí que puede decir como San Pablo: Todo lo puedo en Aquél que me da fuerzas.

¡Señor! No quiero más que vuestra voluntad. Si pusiese mi confianza en mí mismo, tendría motivos para temer; pero no puedo temer porque pongo mi confianza en Vos, Dios mío.

Dios es la luz. Si permanezco unido a Dios ¿cómo puedo estar en tinieblas? El mejor remedio para los escrupulosos es la obediencia; incluso no se llegará a curar uno de tales escrúpulos sin la obediencia.

796. Si los superiores subalternos son sumisos al Superior General, Dios les iluminará para gobernarse a sí mismos y para gobernar a los demás. Si arrancáis permisos a vuestro superior, seguid entonces vuestra propia voluntad. Si estamos en donde nosotros mismos nos hemos colocado, entonces Dios nos abandona.

No nos metamos en asunto alguno de propio impulso, por nuestra propia voluntad. No obedecemos a los hombres, sino a Dios: *qui vos audit, me audit*. La abnegación es la renuncia a sí mismo; renunciar a sí mismo es renunciar a su voluntad propia.

797. 2. Si alguna vez logramos gustar de una verdadera alegría, la encontraremos en el ejercicio de la perfecta obediencia. Los que son religiosos a medias, siempre andan inquietos y tristes. ¿Cómo podría uno estar contento de sí, si Dios no está contento de él?

Besemos a menudo las cadenas que nos hemos puesto en el servicio del Señor; son los clavos y los lazos que nos unen a la cruz de Cristo. Al dejar el mundo y nuestra propia voluntad, hemos dejado una cruz de hierro para tomar una cruz de oro.

¿Cuáles serán nuestros sentimientos en la hora de nuestra muerte? ¿Qué es lo que entonces podrá consolarnos? Los sacrificios que hayamos hecho en punto a pobreza y castidad, pero, sobre todo, en punto a obediencia.

Qué dulce es morir cuando se puede decir al Señor: *He llevado a cabo cuanto me habíais ordenado.*

798. Al acabar unos Ejercicios, hay que tomar las resoluciones que el Señor nos inspire y resolverse bien a cumplirlas.

A lo largo de los Ejercicios, cuando os habéis recogido bien delante de Dios, ¿qué habéis sentido? ¿Qué dolor habéis sentido por vuestras faltas? Lo más importante, no es el escribir, sino procurar conocerse, entrar dentro de sí mismo. Hay una guerra abierta contra su pasión dominante; hay que matar a Goliat para vencer a los filisteos.

Acostumbraos a discernir lo que procede del espíritu de Dios y lo que viene del espíritu del demonio. Debemos considerar como una tentación del demonio el pensamiento de no dar cuenta de las tentaciones que tenemos. Desenmascaremos al demonio; eso sólo bastará para vencerle. "Yo ya lo haré a Fulano; pero no a Mengano." Eso también es ilusión y tentación; abríos a vuestro superior legítimo. Santa Teresa sabía más que sus confesores; pero eso no quitaba para que les obedeciera ciegamente.

17.^a Meditación

MARIA SANTISIMA

799. *María, de la cual nació Jesús que es llamado Cristo* (Mat. 1, 16).

Miremos con cuidado lo que hay de más bello y admirable, lo mismo en el Cielo que en la tierra o en la Creación entera. ¿Hay algo de todo ello más hermoso que la Virgen? Sólo quien la hizo a Ella le supera. Al crear Dios a María la ha formado poniendo en ella todas sus complacencias; se diría que ha agotado todo su poder creador; no puede elevar a criatura alguna a una dignidad más encumbrada que la maternidad divina.

1. No se encuentra a Jesús sin María.

2. ¿Cuál es la devoción a la Virgen de los hijos del Instituto de María?

1.^a La Proposición: María fue asociada a todos los misterios de Jesús.

2.^a Proposición: María participa de todas las cualidades del Hombre Dios del modo más excelente y eminente.

3.^a Proposición: Nadie va a Jesús sino por María, del mismo modo que Jesús no ha venido a nosotros, sino por Ella. No se encuentra a , Jesús sin María.

800. Que me remonte en el tiempo o que ascienda a la eternidad, siempre encuentro a Jesús con María. María ha sido destinada, de toda eternidad, a ser la Madre de Jesús.

Cuando Dios creó a los ángeles, les presentó a Jesús, el Hombre Dios, para que le adorasen y a la Santísima Virgen para que la venerasen. La rebelión de los ángeles-que consistió en no querer adorar a Jesús y en no venerar a María-fue causa de que Dios les precipitase en el infierno.

En el Cielo resonará, por toda la eternidad, el santo nombre de Jesús y el de María. Basta repasar todos los misterios de Jesucristo; en todos ellos se encuentra a María. María tomó parte en todos los misterios, tanto en los gloriosos como en los gozosos y dolorosos. ¿Cómo encontrar a Jesús sin María, puesto que Jesús no quiso venir a nosotros sin el consentimiento de María?

Incluso el Arcángel San Gabriel no se atreve a pronunciar el santo nombre de María; por eso, le dice: Dios te salve, la llena de gracia; es por el respeto que le infundía este vaso de elección, esta obra maestra salida de las manos de Dios y esta esperanza de los elegidos. Sólo lo hace cuando la Virgen le hubo dicho: *Hágase en mí según tu palabra*, cuando María dio su consentimiento; por eso hay tanto empeño, en todas partes, por rezar el Angelus.

801. Jesús estuvo siempre sumiso a María; nada hizo sin su consentimiento. La Santísima Virgen le acompañaba a todas partes, incluso al Calvario, en donde Ella misma ofrecía a su adorable Hijo. María, como asociada que estuvo a todos los misterios de Jesús, vio también, durante su vida entera, en su Hijo Jesús a la víctima del género humano. Por eso, no es extraño que Jesús haya hecho a María participante de todas sus cualidades divinas: Salvador, Redentor, Mediador, Padre.

¿Ha contribuido María a nuestra salvación? Sí; primero consintiendo en ser la Madre del Hijo de Dios sólo para lograr

nuestra salvación. Dios ha demostrado que quería a los hombres dándonos a su Hijo. También María lo ha demostrado dándonos a su Hijo.

María es corredentora de los hombres. Cristo murió, en cierto modo, con su consentimiento. María compartió los sufrimientos de su Hijo; por eso estaba allí, de pie, junto a la cruz de Jesús. Unida a Cristo, Ella ofrecía el sacrificio de su propio Hijo.

802. María es nuestra mediadora por participación, ya que Cristo no ha querido realizar nuestra salvación sin que María colaborara.

María es la Madre de los hombres: ecce Mater tua. María nos ha dado a luz en la cima del Calvario en medio del dolor. No se va a Jesús sino por María. Todas las veces que busquemos la gloria de Dios, que sea siempre por medio de María; no podemos procurar lo uno sin lo otro. Para encontrar a Jesús hay que buscar a María.

Si queréis conocer vuestro estado de vida, salir de las incertidumbres o sufrir vuestras penas, dirigios a María.

María es el fundamento de nuestra esperanza. Para encontrar a Jesús, no hay otro medio que buscar a María. ¡Qué honor y qué dicha la de ser hijo de María! Un hijo de María no perecerá jamás; está ya a la puerta del Cielo: *Janua coeli*. No perece uno sino porque abandona a María.

El voto de estabilidad se hace sólo para gloria de María; para esto se hace el voto: para ser, durante la vida entera de María, de un modo irrevocable.

803. El demonio inspira y sugiere, a veces, humillaciones. Pero para discriminarlo, basta ver lo que el espíritu de Dios se propondría y el fin que se propone el demonio. Dios nos ha hecho los administradores de las gracias que Él pone a nuestra disposición; pero hay que examinar bien, antes de emprender alguna obra buena o antes de practicar alguna virtud, si no buscamos nuestra propia voluntad, o si es una idea efímera que pasa por nuestra cabeza, o si queremos llevarla a cabo por tozudez ya que no estamos dispuestos a dejar de hacer ese bien, si Dios lo quisiera, ordenándolo así por un superior. Ejemplo de San Simón.

804. *María, de la cual nació Jesús, etc.*

Todos los predicadores que quieren hablar sobre María, aunque, a veces, toman otros textos sagrados, vuelven siempre

sobre éste: *María, de la cual nació Jesús*. Consideremos, pues, qué es lo que Dios hizo en María, los designios de Dios sobre María y su cumplimiento.

¿Qué deben hacer los que le están especialmente consagrados? ¿Cuál debe ser su devoción? Debe ser una devoción incomparable, que vaya siempre creciendo; deben tener la confianza de convertir al mundo entero contando con la protección de María.

Nuestra devoción, concretamente, debe consistir en tres cosas: 1. Una alta y amorosa estima de las perfecciones de María; 2. Una grande y viva esperanza en las perfecciones de María; 3. Un grande y ardiente deseo de honrar a María y de hacerla honrar, amar y servir en la tierra entera.

I. Alta y amorosa estima de las perfecciones de María

805. Quienes carecen de devoción a María y de amor a Ella mucho deben temer que la fe no esté muerta en ellos. Porque, ¿cómo no amar lo que hay de más amable después de Dios? El corazón está depravado y echado a perder cuando no ama lo más amable que hay. La fe hará brotar el amor y la estima de la Virgen. Los tres grandes privilegios que María recibió son tan grandes que jamás podremos llegar a comprender su eminente dignidad. María es: 1. Hija del Padre; 2. Madre del Hijo; 3. Esposa del Espíritu Santo.

Todas las mañanas, al despertarnos, digamos: "Gloria Patri. Gloria Filio. Gloria Spiritui Sancto", añadiendo luego: "Gloria a la Hija del Padre, a la Madre del Hijo y a la Esposa del Espíritu Santo", o bien tres avemarías.

806. Cuando el Padre adoptó a María por hija privilegiada suya, la colmó de cuatro favores; Jesús también de cuatro favores y el Espíritu Santo, de otros cuatro.

Los cuatro favores que a María le otorga el Padre eterno son: 1. Su natividad y presencia eterna; 2. Su Concepción Inmaculada. María es santa desde su concepción: *Tota pulchra es amica mea*; 3. La Anunciación: San Gabriel, el mayor de los ángeles, se postra ante Ella; 4. La Encarnación, favor que encierra todos los demás.

807. Los cuatro favores que le concede el Hijo son: 1. El permanecer encerrado en sus castas entrañas durante nueve meses y nacer de Ella sin alterar en nada la virginidad de María, por un milagro señalado; 2. El querer alimentarse con su leche: Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron. La carne de Jesús es propiamente carne de María sin alteración alguna, lo cual no nos sucede a nosotros que menguamos y nos estamos consumiendo cada día; 3. El querer que María sea su dueña, de modo que no haga nada sin Ella; *et erat subditus illis*. También Cristo quiso que la Santísima Virgen, después de su muerte, fuese la reina de su cuerpo místico, de su Iglesia, de sus miembros, de todos los fieles, y la administradora de sus tesoros; 4. Hacerla compañera de sus trabajos, alegrías, predicaciones, sufrimientos y de su misma muerte.

808. Los cuatro favores que a María concede el Espíritu Santo son: 1. Hacer a María a la vez virgen y madre; no hay mayor milagro que éste, después del milagro de la Encarnación, el cual es el milagro de los milagros, puesto que une a la divinidad con la humanidad; 2. Perfecta pureza de cuerpo y alma; 3. Elevar al Cielo a María en cuerpo y alma; 4. Hacerla Reina del universo.

Por nuestra parte, debemos pedir las gracias correspondientes a estos favores a la Santísima Virgen y saludarla a cada hora del día.

II. Grande y viva esperanza en las perfecciones de María

809. El segundo carácter de la devoción a María es una grandísima esperanza y una viva confianza en Ella. Tres motivos la aumentarán: 1. El sumo poder de que está investida la Virgen; no hay ningún mal del que María no nos pueda librar ni bien alguno que no nos pueda obtener; 2. La voluntad que tiene de hacernos el bien, puesto que es nuestra Madre. María ha llevado, en su seno, durante nueve meses, a la Misericordia misma: *Mater misericordiae*. ¡Qué ternura tan grande debe tener para con nosotros!; 3. María es la tesorera y administradora de la casa y de los tesoros de Dios, de los que es la distribuidora. Dios no ha querido que nosotros podamos tener nada sin que pasara por las manos de María. Dice San Bernardo a este respecto: "Hay que lograr la gracia y

lograrla por María." "Querer ir al Cielo sin la ayuda de María es querer volar sin alas", añade San Anselmo.

III. Gran deseo de honrar a María y hacerla honrar

810. El tercer carácter de la devoción a María es el grande, el ardiente deseo de honrar y de servir a María, haciéndola honrar en la tierra entera. Sí. ¡Que todos los pueblos de la tierra conozcan este camino tan seguro que tenemos para ir al Cielo! Este deseo crece siempre más en proporción de lo que se medita lo que Dios ha hecho por María.

Toda la economía de la religión lleva a hacer honrar a María. En efecto, ¿no la ha honrado Dios? ¿No quiere que se la honre? ¿No la ha distinguido al hacerla la Reina del Cielo y distribuidora de todas las gracias? Y nosotros, por nuestra parte, ¿temeríamos honrarla demasiado? Basta con tener sentido común para echar de ver que no podemos menos de honrarla. ¿Hay, acaso, santos, en la tierra o en el Cielo, que no hayan profesado una tierna devoción a María, que no la hayan imitado e invocado? Buscad uno solo a quien María no haya abierto la puerta del Cielo. Todo para gloria de Dios y de Jesús y también para gloria de María: *Ad majorem gloriam Dei et Mariae*.

19.ª Meditación

LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

811. *¡Paz a quienes observen esta regla!* (San Pablo).

Los tres votos constituyen la esencia del estado religioso. Nuestras obligaciones son tan grandes porque también nuestra dignidad es sublime, sobre todo si hemos resuelto tender a la perfección como pobres, como consagrados a Jesús y como esposas de Cristo.

El medio que encierra todos los demás para guardar bien los votos es la fidelidad a las reglas. Cuando nos relajemos en relación con nuestras Reglas, también violaremos nuestros votos; es rigurosamente necesario permanecer fieles hasta en las cosas más pequeñas.

Los votos religiosos se guardarán o se violarán en todas las casas según se guarden o se quebranten las Reglas.

812. Tengamos una alta idea de la dignidad de nuestra vocación y de las gracias inherentes a ella; levantemos los ojos al Cielo y veamos en él dispuestos nuestros ricos tronos; pensemos bien qué debemos a Dios por todas sus gracias. De ese modo encontraremos que nuestras Reglas son suaves, ligeras y dignas de amarse. Por el contrario, quienes siempre andan quejándose y murmurando aunque sea sólo interiormente, de ellas, las encuentran pesadas, gravosas e incómodas.

Los verdaderos religiosos experimentan tantos consuelos por la certeza y el deseo en que se mueven de sufrir cuanto puede contrariarles en la observancia regular.

813. Mientras permanezcamos fieles a las pequeñas observancias, guardaremos los votos y las cosas grandes. Del mismo modo que los consejos evangélicos ayudan a guardar bien los mandamientos, así también, si pongo cuidado en guardar bien las cosas pequeñas que se refieren a los consejos, desde luego guardaré bien esos mismos consejos.

Por ejemplo, si uno tiene miedo de apropiarse de una pequeña estampa, ¿no tendrá miedo, con mayor razón, de apropiarse algo más importante? Ya lo afirmó Cristo: Si sois fieles en las cosas pequeñas, yo os pondré sobre las grandes.

814. Hablamos, particularmente, de las pequeñas faltas que se cometen con propósito deliberado, con conocimiento de causa y con plena voluntad. Son las que han llevado a algunas personas, incluso muy piadosas, a incurrir en caídas espantosas. ¿Por qué nos quejamos, a menudo, de vernos tentados y atormentados? Porque no hemos sido fieles en las cosas pequeñas. Si abusamos de las gracias de Dios en las cosas pequeñas y si llegamos a despreciarlas, Dios no nos ayudará en las grandes.

815. En cierto modo, somos hijos de santos; de San Benito, de San Bernardo, de Santo Domingo, etc. Hemos emitido los mismos votos que ellos; somos tan religiosos como ellos; la diferencia radica en algún punto de observancia de la Regla. Aquéllos son hermanos nuestros que gozan ya de la gloria por haber sido fieles en las cosas pequeñas; sigamos el camino que ellos siguieron.

816. En cuanto nos mostremos fieles en la observancia del silencio, sentiremos el recogimiento; si somos fieles a la oración, sentiremos luego el amor de Dios en nuestro corazón; si cuidamos no mirar lo que puede afectar a nuestro santo voto de castidad, Dios se comunicará a nuestra alma de un modo delicioso. Seamos fieles en desprendernos de una pluma, de una estampa y así sentiremos cómo una gran paz inunda nuestra alma.

Las pequeñas brechas hacen cuartearse luego las grandes murallas. Si hoy decís sólo cuatro palabras, mañana diréis veinticinco; pasado mañana, 100, y así sucesivamente hasta que caigáis por completo. El alma se relaja y los resortes se aflojan; si entonces se presentan grandes dificultades, ya no se podrá o no se querrá vencerlas. Un religioso fervoroso es un religioso que se mantiene fiel a las cosas pequeñas.

817. Cuando en verdad se ama a Dios, no se mira si son grandes o pequeñas. Dios quiere generosidad por nuestra parte. Si no nos concediera más que lo que merecemos o sólo lo que nos ha prometido rigurosamente ¿qué sería de nosotros? Si así es, ¿estaríamos nosotros midiendo de cerca los sacrificios que tendríamos que hacer para complacer a Dios y para asegurar nuestra salvación eterna? Deberíamos meditar a menudo sobre los beneficios de Dios; iestar al servicio de un Dueño tan bueno y servirle tan mal! Ciertamente, no serviríamos lo mismo a un grande de la tierra.

¿No son todo ventajas para nosotros en amar a Dios? ¿Necesita Dios de nuestros servicios para ser feliz? No nos hemos percatado nunca de la bondad de Dios. Sin embargo, ¿por qué las Sagradas Escrituras nos hablan más a menudo de su bondad que de su justicia? Es porque Dios quiere más ser amado que temido; quiere que le sirvamos por amor, por el único goce de agradarle y no por un temor servil. ¿Es que nos cuesta mucho observar las reglas pequeñas? Cuando se ama, aun las observancias más ligeras son deliciosas. Tengamos, pues, amor y entonces todo será fácil. ¿Quién es el que nos pide el sacrificio de nuestras infidelidades?

818. El voto de estabilidad es algo particular dentro de la Iglesia. Nos obligamos a permanecer en el Instituto de María. María sabrá cuál es el valor de esta generosidad, ya que lo hacemos por Ella. Por él nos ponemos al abrigo de una tentación a menudo muy peligrosa: la de querer entrar en otra orden religiosa. Así fijamos nuestra inconstancia natural.

819. *Quien haya enseñado será grande en el Reino de los Cielos.* Esto es lo que, sobre todo, nos debe colmar de la mayor alegría: el hecho de ser llamados a ejercer la enseñanza. Para ello hace falta una gran humildad, una gran sencillez, no querer aparecer como personas de importancia ya que no somos dignos de enseñar y constituye una gracia insigne y un verdadero apostolado. Esto es lo que nos debe impulsar a trabajar en nuestro estado, con ardor, paciencia y confianza por Jesús y María.

Tengamos siempre presente ante nuestros ojos la dignidad de nuestro estado. De otro modo, estamos perdidos. Somos religiosos; no sabios, ni doctores.

6.ª Conferencia

LOS VOTOS

820. En el Instituto se emiten cinco votos: 1. Castidad; 2. Pobreza; 3. Obediencia; 4. Estabilidad en el Instituto; 5. Enseñanza de las costumbres cristianas y de la fe católica.

Aunque en el Instituto no todos se dedican directamente a la enseñanza, también enseñan indirectamente, contribuyendo-cada cual según sus medios, sus talentos y su celo-al éxito y a la prosperidad de la enseñanza. Además, los que todavía hoy día, no están ocupados en la enseñanza directamente, pueden estarlo de un momento a otro. El voto de enseñanza no obliga más que bajo el aspecto de obediencia al director que lo ordena cuando le parece a propósito. Por otra parte, hay religiosos fervorosos, aunque muy sencillos, que pueden contribuir a la enseñanza, más con sus oraciones y sus virtudes que si fuesen sabios profesores. Para convertir las almas, hay que conmover la misericordia de Dios, doblegar su justicia y atraer sus gracias. La conversión de un alma constituye un gran milagro.

821. Hay que distinguir las distracciones del entendimiento y las distracciones del corazón. Para mantener la presencia de Dios se requiere que el corazón no esté distraído. No se puede mantener la atención fija en lo que se está haciendo; lo que hace falta es que la intención se mantenga siempre dirigida hacia Dios, algo así como no se puede menos de sentir los ardores del sol, hágase lo que se haga, cuando uno está expuesto al calor de sus rayos. Sin embargo,

hay un don particular de presencia de Dios; don que Dios no concede más que a quienes le aman mucho.

Si, por un imposible, Dios se ausentara del Cielo, la Santísima Virgen sería entonces la felicidad de los ángeles y de los santos durante mucho tiempo.

20.^a Meditación

EL DESALIENTO

822. *Al reino de Dios le pasa lo que a una semilla que un hombre arroja en el surco (Mc. 4).*

Es ésta una verdad consoladora y que nos llenará de ánimos. Un joven, después de algunos días de combate, querría ya ser santo, haber arrojado para siempre a Satanás y haber sometido todos sus sentidos. Si así fuese, sería muy cómodo; o que, estando en oración, se viese uno totalmente enfervorizado.

El valor para llevar a cabo nuestra perfección no se adquiere más que gradualmente, ya sea que miremos la cuestión desde el punto de vista de Dios, ya la veamos desde el lado humano. El motivo de ello es que la oración es, al mismo tiempo, una obra de Dios y una obra del hombre; si Dios no ayuda, no se hace nada; pero si el hombre no coopera, tampoco. Veamos, pues:

1.^o El plan de la Providencia en orden a nuestra perfección.

2.^o La sabiduría de la Providencia en lo relativo a nuestra perfección.

823. Armémonos de valor para aguantar la sabia lentitud de la gracia. Dios nos aumentaría esa gracia siuviésemos más devoción a María. Dios podría hacernos santos de un golpe; pero no lo quiere; no entra en el orden de la Providencia. La Magdalena se elevó a un grado alto de amor de Dios de un salto; también el Buen Ladrón llegó a alcanzar una gran fe y esperanza de un golpe; pero éstos son milagros de la gracia.

Dios nos previene siempre mediante su gracia, dándonos luego la de cooperar a ella.

Al reino de Dios le pasa lo que a la semilla que un sembrador arrojó en un surco; aquella semilla primero produjo una hierba,

después un tallo, y, por último, una espiga de trigo. Así es este reino de Dios en que consiste nuestra vida espiritual, la cual hace que el Espíritu Santo habite en nuestras almas: es una vida semejante a la de Cristo crucificado.

824. La semilla comienza a crecer, sale el germen; ya veis apuntar la hierba; ésta va creciendo y haciéndose cada vez mayor... Lo mismo le sucede al reino de Dios antes de que ponga su trono dentro de nosotros. Antes de eso, ¡cuántas cosas hay que hacer! "Nuestra vida está en el Cielo." Hagamos como el pobre sembrador del Evangelio. ¿Tenemos cuidado de la siembra? ¿Hacemos bien nuestra oración? ¿Qué esfuerzos hacemos para desarraigar los vicios? Decís: "Me parece que ya tomo todas esas precauciones para hacer bien todas las cosas y, sin embargo, me encuentro seco." A lo cual contesto: "¡Paciencia, paciencia!"

Ya hemos sembrado durante los santos Ejercicios; ahora nos hace falta tiempo para que crezca la semilla.

825. Repasemos, todas las mañanas, las resoluciones que hemos tomado. Combatamos, sobre todo, nuestra pasión dominante. Santa Teresa declaró una guerra abierta a todos sus defectos, permaneciendo fiel en esa batalla librada con mucho ánimo.

En la vida espiritual hay como en la vida natural: infancia, adolescencia, juventud, etc. ¡Pero si hasta el mismo Cristo, desde el momento de nacer, anduvo siempre creciendo! Somos hijos de Dios desde nuestro bautismo y tenemos que llegar a la plenitud de la edad de Cristo. Cuando llegamos al uso de la razón ¿no dimos con ella la muerte a ese Cristo que había nacido en nosotros el día de nuestro bautismo? El sacramento de la Penitencia ha purificado nuestra alma; pero ¡cuántas exhalaciones malsanas de pecados y de concupiscencias!

Pidamos a Dios que nuestros pecados infames no detengan el torrente de las gracias de Dios. Pidamos perdón al Señor, gimamos y roguemos. Dios siempre está dispuesto a hacernos bien; pero se requiere nuestra cooperación. Cristo quiere que adquiramos méritos y que merezcamos las gracias y recompensas.

826. San Pablo pedía al Señor que le librara de las bofetadas de Satanás; pero Jesús le repuso: Mi gracia te basta. San Pablo, al oírlo comprendió que Cristo sería más glorificado de este modo y él mismo adquiriría más méritos; por ello pudo escribir más tarde: Yo

me glorío en la cruz de Cristo, combatiendo contra Satanás y reportando sobre él nuevas victorias.

Merced a los combates que libramos, aprendemos que todo proviene de Dios; que de nosotros mismos no tenemos nada y no podemos nada; de ese modo nos hacemos más humildes, más confiados en Dios y más desconfiados de nosotros mismos; así conocemos también mejor la bondad de Dios, su hermosura y poder, amontonando también razones que nos lleven a amar más a Dios y corresponder a las gracias inefables que nos concede.

827. Cuando nuestra salvación y nuestra perfección las basemos en la humildad, nada podrá quebrantarnos; nuestra fe seguirá creciendo, y se necesita mucha; algunas veces se diría que Dios nos abandona; sin embargo, seguimos creyendo que Dios siempre está allí dispuesto a ayudarnos, puesto que ha prometido que nunca la tentación rebasará nuestras propias fuerzas. Es preciso que nuestra vida sea una vida de sufrimientos, oprobios y humillaciones como la de Cristo, ya que nuestra vida es la suya.

21.ª Meditación

LA PREOCUPACION QUE DEBEMOS TENER DE NUESTRO ADELANTAMIENTO ESPIRITUAL

828. *Todavía te queda por recorrer un camino muy largo; levántate, come y anda* (III Reg. 19, 7).

Elías estaba en el desierto, en los montes de Oreb, adonde había ido huyendo de la ira de Jezabel. Allí estaba abrumado y cansado; se acuesta; un ángel se le aparece y le da de comer; se vuelve a acostar, pero de nuevo el ángel le despierta y le dice: *Todavía te queda por recorrer un camino muy largo; levántate, come y anda.*

Esta montaña de Oreb es un símbolo del Cielo.

"Adveniat regnum tuum: venga a nosotros tu reino." Que el espíritu de Jesús y sus santas máximas reinen sobre nosotros. La gracia que Dios nos concede tiene siempre por meta el establecimiento de ese reino. Pero esta instauración del reino se lleva a cabo poco a poco, del mismo modo que, después de nacidos, no llegamos a mayores más que por grados muy

insensibles. Así suceden las cosas vistas del lado de Dios; por eso hace falta constancia, perseverancia y cooperación a su gracia.

829. Veamos ahora las cosas desde la vertiente humana; es decir, veamos lo que tenemos que hacer para cooperar con la gracia. Nuestra tarea es triple: 1. Cambio de conducta y perfeccionamiento de nuestro cuerpo; 2. Perfeccionamiento de nuestra inteligencia y de nuestros pensamientos; 3. Perfeccionamiento de nuestro corazón y de sus afectos.

Oigamos que el ángel nos dice como a Elías: *Todavía te queda mucho camino por recorrer*. Vayamos, pues, comamos el pan de vida y caminemos llevados por el espíritu de Dios. Levántate. Fuera pereza. Echa a andar. Cobra ánimos.

Que este día sea el punto de partida que nos lleve a buen puerto.

No nos asuste el largo camino que nos queda por recorrer. Dios y nuestro Ángel de la Guarda están con nosotros. También está el demonio que susurra: "Sí; tienen mucho horror por el vicio y buscan la corona de vida; quieren escapárseme. Pero no se me escaparán; voy a tenderles nuevas trampas; voy a inspirarles cierto fervor; se creerán fuertes y virtuosos; pondrán su confianza en sí mismos; y así, pronto serán míos."

830. Ciertamente, nos queda mucho camino por recorrer y muchas dificultades que superar; pero también tenemos medios a nuestra disposición; esos medios son la fe, la sagrada Comunión. No sólo hay que caminar, sino hay que correr; es decir, hay que mostrarse diligente en todo, corregirse de sus defectos y ser más fiel.

Creemos también que disponemos de mucho tiempo, aunque no tanto como nos lo figuramos: *Corred de tal modo que logréis el premio*, aconseja San Pablo. Y si la sagrada Comunión no nos da más fortaleza y valor, entonces hay que temer, examinarse, entrar dentro de sí mismo, abrirse a su confesor y consultar.

831. Hay siete disposiciones que deben llegar a ser habituales en nosotros; siete sentimientos; entonces es cuando la Comunión nos infundirá grandes fuerzas. ¿Qué tenemos que hacer? Tres cosas: Primera, cambio en nuestra conducta y perfeccionamiento exterior. Hay que empezar por lo exterior y seguir por lo interior. Si descuido lo exterior, me convierto en un motivo de escándalo; por

eso San Pablo pedía a menudo: *Que vuestra modestia sea notoria a todos los hombres*. Un religioso debe ser una copia de Jesús y de María.

832. Modestia, pues, en el cuerpo y en las miradas. ¿Qué necesidad tenéis al ir por la calle, de mirar más que el sitio por donde tenéis que ir? Un santo anciano que dirigía a un joven novicio, le dijo: "¡Qué fea es aquella persona!", a lo que el interrogado repuso: "¡Qué va! Padre mío: no es fea." Al examinar el caso se ve que si el ojo no fuese puro, el interior tampoco lo sería y que si nuestro ojo fuese puro, también nuestro interior lo será. Modestia cabal. Dominar su lengua ya es mucho, aunque es sólo el principio. No se llega a reformar el exterior sin cambiar las disposiciones interiores. Para regular lo exterior, sólo hace falta buena voluntad; quizá se logre en quince días, porque mi mano y mi lengua no se moverán más que si yo lo quiero.

833. En cambio, se requieren gracias más poderosas para regular lo interior y hacer fervorosas oraciones y comuniones. Algunas veces nos engañamos a causa de algunos prejuicios, hijos de nuestras pasiones. Así, al cabo de algún tiempo descubrimos en nosotros defectos que nos sospechábamos y que no nos habíamos percatado antes de ellos. Hay algo de celestial que impone en aquél que es modesto.

Se nos desengaña sobre algunos prejuicios; pero no nos curamos del todo, de ellos. Mirad las heridas que tales prejuicios han ocasionado a nuestra inteligencia o a nuestro corazón; mirad también los malos humores que aún quedan dentro de nosotros y de los que no estamos aún curados. Cuando, por ejemplo, oímos hablar acerca de un gran título de nobleza, de un rico o de honores, escuchamos con satisfacción; es una señal de que todavía andamos enredados en prejuicios.

La sagrada Comunión nos sanará si la hacemos bien.

7.ª Conferencia

LOS VOTOS

834. Los que emiten votos perpetuos ganan una indulgencia plenaria. El Sumo Pontífice la concedió a la vista de la petición oportuna que se le hizo ya desde el primer año del Instituto.

Pero hay otra indulgencia plenaria superior a ésta. La emisión de los votos constituye un segundo bautismo; ahora bien: el bautismo nos da una indulgencia mucho más plenaria que las indulgencias plenarias ordinarias. Los santos doctores consideran la emisión de los votos como un martirio; no es un bautismo de agua, ni de sangre, sino un bautismo de caridad. La emisión de los votos es un acto de caridad perfecta puesto que preferimos a Dios sobre todo y sobre nosotros mismos. Todo acto perfecto de caridad purifica enteramente; esto es de fe. Un acto de perfecta contrición perdona todos los pecados; no puede haber contrición sin caridad.

San Francisco Javier renovaba, todas las mañanas, su profesión y sus votos; de ese modo conservaba la caridad perfecta.

835. Los que hacen votos temporales por uno o tres años deben tener, en su corazón, el deseo de consagrarse a Dios por toda su vida. Las obligaciones de los novicios son las mismas que las de los profesos; la única diferencia está en que un novicio está obligado más estrictamente a las observancias que los ya profesos.

¿Cómo queréis hacer profesión de permanecer en un estado si no queréis ejercitaros en él?

El postulante debe dar pruebas de sus buenas disposiciones y de la intención que tiene de consagrarse en el estado religioso. Los postulantes internos tienen las mismas obligaciones que los novicios. Los simples postulantes se están entrenando.

Antes de la renovación de los votos

836. *El reino de los cielos es semejante a un tesoro oculto en un campo.*

El campo de que aquí se habla es la Iglesia en donde Cristo ha escondido un tesoro; este tesoro es el estado religioso. Hay cristianos dichosos que hacen el descubrimiento de tal tesoro, abandonándolo todo y vendiéndolo todo para adquirirlo. Mediante los votos, vamos a pagar el valor de ese tesoro que es el Cielo. Cristo aseguró que quien lo deje todo por Él, tendrá el céntuplo en este mundo, y la etc.: *beati pauperes spiritu...* etc. Al dejarnos a nosotros mismos, compramos el Cielo; ya es nuestro; podemos hacer valer nuestro derecho; somos realmente poseedores de ese Cielo desde el momento mismo de la emisión de los votos.

¡Animo! No temas, bueno y fiel servidor, entra en el gozo de tu Señor.

837. Os aconsejo imitar a San Francisco de Asís cuando hacía su oración a Jesús, el cual se le apareció en compañía de la Santísima Virgen. También Jesús está aquí, si bien velado bajo las especies eucarísticas. También está María presente. Pedid lo que queráis; que las criaturas todas sean para vosotros objeto de desprecio: *Deus meus et omnia*. Ya no soy de este mundo; ya no tengo patria alguna aquí abajo; somos viajeros que vamos a tomar posesión de nuestra herencia. Formulemos nuestros santos compromisos bajo la mirada y la protección de María.

Después de la renovación de los votos

838. *Confirma, Señor, lo que habéis empezado en mí.*

Es preciso que estemos tan resueltos como lo estaba Cristo en el Huerto de los Olivos. Roguemos a Dios que nos dé la gracia de sostener nuestras buenas resoluciones; penetrémonos bien de nuestra impotencia, de nuestra miseria y de una gran desconfianza en nosotros mismos. Que Dios no tenga que decirnos algún día: Siervo malo; *por tu propia boca te condeno*; te condeno por tus palabras, por los compromisos que tomaste a mis pies.

22.ª Meditación

LA UNION RELIGIOSA

839. *La multitud de los creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma* (Act. 4).

Yo querría que la unión existente entre los miembros del Instituto fuese una de las características de él.

Los nuevos que entran deben estar animados por el mismo espíritu que los antiguos.

La gracia que nos une es un vínculo mucho más fuerte que la naturaleza.

Debemos reflejar en nosotros aquella unión existente entre el Padre y el Hijo; es la misma unión que hay entre Cristo y los hombres. Debemos amarnos como Cristo nos ha amado.

Aquí estamos todos reunidos y un mismo pensamiento grande nos ocupa a todos: es la conquista de la corona inmortal; todos nos levantamos y nos movemos impulsados por este pensamiento. Cada cual, ordinariamente, habla al dictado de sus pensamientos; lo que nosotros decimos está siempre en relación con aquella corona. Esto hace que, aunque estemos lejos unos de otros, nuestros pensamientos sean los mismos.

¡Dios mío! ¡Haz que yo no piense nunca más que en Vos!

840. Ciertamente es que hay un placer nuevo en volverse a ver; por este motivo, al menos una vez al año, todos se reúnen en un mismo lugar para hacer sus Ejercicios. La unión hace que nos ayudemos unos a otros, que nos prestemos servicios recíprocos y que ningún sacrificio nos cueste cuando se trata de servir a nuestros hermanos.

Todos los predestinados desde el comienzo del mundo no deben formar más que un mismo cuerpo al que llamamos "cuerpo místico de Cristo" y del que Cristo es la cabeza.

841. Hay entre los hermanos una comunión de vida, de movimiento y de espíritu; es el espíritu de Cristo, el cual vivifica a todos los miembros místicos de su cuerpo.

Nuestra reunión se celebra en nombre de Jesús y de María. Queremos multiplicar los cristianos y disminuir el número de los réprobos.

Todos cuantos se unan a nosotros en esta tarea serán llevados, conducidos por las mismas miras y el mismo espíritu.

Tendremos todos los mismos intereses. ¿No habrá nunca discordia? ¡Fuera quienes no tengan el mismo espíritu, las mismas miras, los mismos intereses! ¡Fuera! ¡Fuera! El amor de Cristo nos reúne. Pidamos a Dios esta caridad fraterna.

INDICE DE MATERIAS

(Los números indican los párrafos o números marginales)

Abnegación: 796.

Acostarse (el): 82.

Adoración: 26, 233-235.

Alianza (del alma con Dios): 108, 121-122, 293, 315-317, 327, 404.

Id. del religioso S. M. con María: Cf. María.

Apostolado: 136, 168, 654-655, 658, 804, 820.

Cf. Enseñanza (Voto de).

Apóstoles: Cielo de Dios: 27. Reyes, 644.

Atención: en las acciones: 79; en la oración: 77.

Bautismo: Nuevo nacimiento: 99; Injerto en Cristo: en su muerte y resurrección: 137-138, 169-174; reyes, sacerdotes y profetas: 431, 463, 487-488, 544-545, 636-639.

Caridad: 349-350, 397; con Dios: 349, 440, 724, 739, 817; con el prójimo: 350, 352-353, 400, 750, 839-841.

Carne, o Concupiscencia: 714-715, 735-740, 758-761.

Castidad: Grados: 266; Unión íntima con Cristo: 43, 304-305, 338-339, 390, 419-420, 491, 554, 585, 647-648, 770-777; apertura al director espiritual: 794; Cf. Lujuria.

Cielo: 310, 320-321, 705-712; deseo del: 330, 382; bienes del: 708-710, 711; eternidad: 712.

Combate espiritual: 671-673, 676-683, 708; armas: 11-14, 830; leyes: 15, 681-683; consecuencias: 16; orden: 17; enemigos: a) demonio: 218-220, 829. Cf. demonio; b) mundo: 219, 221; Cf. mundo; Carne: 219, 222-223, 224-226, 735-740; Cf. carne; Cf. tentaciones; Constancia: 822.

Compañía de María: Espíritu: 439, 469, 493-494, 653-658; medios: 657; frutos: 658; devoción a María: 804; confianza en María: 804.

Comunión: 433-434, 782-783, 785-789, 830, 837; a) e. espiritual: 14; b) c. sacramental: 14; c) disposiciones: 14. Conciencia: 8-10, 55-56.

Confesión: Disposiciones: 14, 495, 557-558, 659-661.

Confianza en Dios: 11, 671, 746-747, 774-776; en la oración: 78.

Conocimiento de sí mismo: 342, 671. Contrición: Elementos: 75-76.

Creación: revela a Dios: 19-20, 21-22.

Cruz: 34; amor de la: 443-444, 716-717, 722, 741-745, 755-761, 763, 785, 797; mi yugo es suave: 764-769.

Cuerpo Místico de Cristo: 839-841.

Demonio: 139-142, 178-179, 181-184, 188-189, 190-193, 218-220, 668-672, 684-692, 694, 778-781, 829. Cf. Combate espiritual; Cf. pecado. Desconfianza en sí: 11, 339, 672.

Despertar (El): santificación: 84.

Dios: 18; se revela por la razón: 19, y la Creación: 19-22; luz: 22; yo soy el que soy: 25, 215; atributos: 25-26, 32-33; adoración: 26; Cf.: adoración; grandeza de Dios: 128-129; el Señor: 230; soberano absoluto: 231-232; Dios tuyo: 233-235, 235-261; Dios es todo: 236-238; agradecimiento: 777; Cf. Castidad; Fin último del hombre y Presencia de Dios.

Dirección espiritual: 10, 794, 798.

Discreción de espíritus: 139-142, 143-146, 177-184, 185-193, 586-588, 778-781, 803; Cf. naturaleza; Cf. gracia; Cf. Espíritu Santo.

Elección de un estado de vida: 49, 143-146, 187-193.

Enseñanza (Voto de... en la S. M.): 819-820.

Espíritu Santo: 44, 139, 179, 181, 182-184, 713-714, 740, 823. Espíritu Santo y oración: 778-781; Cf. Trinidad y gracia.

Estabilidad (Voto de...): 802, 818.

Eternidad: 65-67, 255-261, 301, 306, 384; Eternidad feliz: 712; Cf. Infierno.

Exámen: de la meditación: 586-588, 778.

Facultades del alma: 11-12, 89; superiores: 11, 89, 179-180, 589-590, 591-600. Inferiores: 12, 90, 178-179, 589-590. Acción del Espíritu Santo: 139-142, 179; Acción del demonio: 139-142, 178.

Fe: Don de Dios: 35, 44, 201; Luz de Dios: 35-36, 114, 202-210, 211-217, 634; Fe y gloria: 36; Hijos de Dios: 715-716; Herederos de Dios: 37-38; Frutos: 38, 40-45; La fe y la muerte: 38; Fe y estado religioso: 106; Fe práctica: 106, 115-116, 118, 119, 202; Guía de la oración mental: 151-153, 211-217; Necesidad: 203, 205-210; Raíz virtudes: 46; Cimiento: 47; Principio de acción: 205; Fe y humildad: 47, 48, 202; Dicha de la fe: 107; Duración: 204-206; Excelencia: 207-210, 430, 485-486, 542-545, 634-639; Arma de victoria: 218-226; Fe y obediencia: 794; Cf. Bautismo.

Fin del hombre: 228-229, 230-232, 233-241; Cf. Dios.

Gracia: Necesaria santificación de las obras: 79; Vida de Cristo resucitado: 137-138, 169-174; Movimientos de la gracia: 185-186, 188-193, 823-827; Cf. Vida divina y Espíritu Santo.

Hombre: Creación: 39-40; A semejanza de Dios: 40-45; 595; Hijos de Dios: 715-716.

Humildad: 269, 311, 312, 339, 345, 394, 421, 492, 555-557, 649-652, 671, 719-721, 774, 776, 827; Cava cimientos virtudes: 47; Hum. y fe: 47-48, 674; Hum. y oración: 78; Cf. Confesión.

Infierno: Existencia: 57; Qué es: 58-59; Penas: 60, 332, 384; Daño: 255-256, 301, 306, 411, 481, 536, 620-621; Sentido: 257-258, 411, 457, 482, 537, 619; Temor del: 412; Cf. Eternidad.

Intención (pureza de): 80.

Jesucristo: 27, 136-138; Cristo resucitado, modelo: 169-174; Habita en el alma por la fe: 207-210; Imitación de Cristo: 313, 715-718; 719-720; Unión con Cristo: 43, 47-48, 207-210, 770-777 y Cf. Castidad; Cuerpo Místico de Cristo: 839-841; Misterios de Cristo: reinos: 335-336; Tentaciones: 684-692; Tercer Domingo de Adviento: 498-499; Navidad: 500-501; Presentación en el templo: 504; Santo Nombre: 502-503.

Juan (San): Hijo de María: 157-158; Prototipo: 159.

Juicio: 70, 294, 426-427, 480, 535; Juicio final: 71-72, 296, 616-618.

Justicia: de Dios: 32; Cruz y Justicia divina: 34. Ley: Natural: 23-24; Antigua: 28-29; De amor: 28-31, 297.

Lujuria: Efectos: 61-64.

María: Grandeza de María: Madre de Dios: 186, 395, 436, 799, 804-809, 821; Reina: 155; Soberana: 154; Relaciones con la Trinidad: 347, 805-808; Inmaculada: 154, 346; Madre de los hombres: 156, 444, 801-802; Especial de los religiosos: 159-161; Alianza con María: 108, 123-125, 298-300; Plenitud de gracia: 346; Impecabilidad: 346; Jesús con María: 800; Mediadora: 802-809; Camino para ir a Cristo: 802; Guía espiritual: 602; Amor de María a nosotros: 698; Amor a María: 438, 496, 497; Confianza en: 437, 698, 804, 809; Honrarla: 810.

Misericordia de Dios: 39; La cruz su obra maestra: 34.

Modestia: 86-88, 271, 831-833.

Mortificación: 270, 735-740; Cf. Carne, naturaleza y gracia.

Muerte: 288, 291, 333, 385, 413-414, 477, 530-531, 605-608; Excelente consejera: 49-50; Muerte y fe: 38, 608.

Mundo: Conocimiento: 343; Separación del: 322-323, 354; Victoria sobre el mundo: 219, 221, 224-226.

Naturaleza: Movimientos de la: 145, 179, 185-186, 188-189, 190-193, 714-715.

Obediencia: 267-268, 269, 277, 302-303, 340, 391, 417, 549-551, 642-643, 721, 743, 790-797.

Oración mental: 13, 147-148, 194-196, 446, 484, 539, 540, 567-570, 631-633; Modos de or.: 674-675, 701-704, 752; Or. mixta: 700; Or. afectiva: 733-734; Medit. de niños: 576; Grados: 561, 564, 566, 573; Fin: 197-198, 571-572; Arma de combate: 13, 218-223; Obra de Dios: 149-150, 199-200, 565, 574, 822-824; Obra del hombre: 149-150, 199-200, 574-575, 576-579, 699, 822-824; Efectos: 571-572, 580-585; Orac. de fe: 151-153, 211-217, 445, 578, 591-594; 713; Or. y humildad: 151-674; Preparación: 13, 77, 78, 446-448; Condiciones: 77, 78, 822-824; Acción del cuerpo: 562, 568; Id.

de la memoria: 563; Id. imaginación: 563; Distracciones y sequeadas: 699-700, 754; Examen de la oración: 586-588.

Orgullo: 51-54, 91-93, 98.

Pasiones: 7, 11, 90, 97, 98; Cf. Orgullo.

Paz: 111, 139, 141-142, 177, 182.

Pecado: Castigo: 32, 242; a) Angeles: 126-127, 243-245; b) Hombres: p 126-127, 246-248, 249-251; c) Jesucristo: 127, 252-254; Mortal: 117; Venial: 428, 458, 483, 538, 622-628; Del religioso: 424-425, 478-479, 532-534, 609-612.

Penitencia: 112, 120, 331, 383, 409-410, 613-615, 743; Cf. Cruz y mortificación.

Perfección: Vocación a la: 6, 160-161, 422, 559, 601-602; Trabajo lento: 822-827, 828-833; Medios: 6, 559, 632-633; Celo por la: 525-528; Frutos: 560.

Perseverancia: 77, 822-824.

Pobreza religiosa: 265, 308-309, 337, 389, 552-553; 644-646, 720, 724- 2, 746-751.

Predestinación: 68-69.

Presencia de Dios: 205; Frutos: 368, 396, 821. Presunción: Caída de San Pedro: 505-507. Razón: 19-22, 201-203, 206-207.

Regla religiosa: 811, 817.

Reglamento de vida: 94-98.

Religiosa (Vida): Consagración a Dios: 324-325; 355, 403, 457; 2.^o Bautismo: 760; Martirio: 761; Resurrección: 176; Estado de fe práctica: 107; Fin de: 262-264, 289, 290; Alianza con Dios y con María: 159-161 y Cf. Alianza en las palabras Dios y María; Excelencia: 295, 662-667, 693-695, 812, 836; Ventajas: 328-330, 398, 402-403, 405-408, 451, 473-475, 640-641; Salvación más segura: 160-161, 641; Recompensa: 292; Humildad y V. R.: 311-312; Caridad y V. R.: 352-353; Religiosos jóvenes: 449-450; Dificultades: 664-665, 668, 676-683; Condiciones: 665-667; Imitación de Jesucristo: 715-718; Cf. Votos.

Retiros Espirituales: Necesidad: 130-131, 162, 175; Frutos: 318-319.

Sabiduría: 85, 602.

Salvación: Más segura en estado religioso: 159-161, 423, 475, 528-529, 641; Lo único necesario: 603-604.

Santidad: Por voc. relig.: 135, 166-167; Por razón de: 136, 168; Cristo resucitado, modelo: 137-138, 169-174, 176; Cf. Perfección. Id. vocación.

Santificación de las acciones: Condiciones: 78-84. Silencio: 314, 344, 393; Para la oración: 762.

Soledad: 341-343, 392.

Sufrimiento: 755-761.

Tentaciones: 307, 694; de Cristo: 684-692; Dar cuenta al director espiritual: 794, 798.

Tibieza: 334, 386-387, 415, 541, 629-630.

Trinidad y vida cristiana: 39-45, 389, 585, 593-594, 595. Cf. María. Turbación del alma: Procede del mal espíritu: 142, 182, 780-781. Vida divina: 351, 398, 441-444, 713-723, 735-740, 758-761; Cf. Gracia.

Vigilancia: 671-672.

Virtudes teologales: 73-74; Cf. Fe y caridad.

Vocación religiosa: Predestinación: 132, 163, 133; Llamamiento singular: 134, 164, 290, 416, 489, 546-548; Circunstancias: 134, 165; Respuesta: santidad: 135-138, 166-168, 169-174, 693-698.

Votos: 265, 315-317, 693, 797; Renovación: 834-835.

INDICE GENERAL

- I. (?) CHAMINADE. (Autógrafo). Planes de retiros
 - II. 1809. CHAMINADE. (Lalanne). Conferencias. Instrucciones preliminares
 - III. 1813. CHAMINADE. (Lalanne). Retiros
 - IV. 1813. CHAMINADE. (Lalanne). Conferencias
 - V. 1816. CHAMINADE. (Autógrafo). Retiros
 - VI. 1817. CHAMINADE. (Autógrafo). Ejercicios
 - VII. 1817. CHAMINADE. (Lalanne). Ejercicios
 - VIII. 1818. CHAMINADE. (Collineau). Ejercicios
 - IX. 1818. CHAMINADE. (Lalanne). Ejercicios
 - X. 1818. CHAMINADE. (Lalanne-bis). Ejercicios
 - XI. 1819. CHAMINADE. (Autógrafo). Plan de Ejercicios
 - XII. 1819. CHAMINADE. (Autógrafo). Retiro de la Inmaculada.
 - XIII. 1819. CHAMINADE. (Lalanne). Ejercicios
 - XIV. 1820. CHAMINADE. (J. B. Bidon)
 - XV. 1820. CHAMINADE. (J. B. Bidon-bis)
 - XVI. 1820. CHAMINADE. (Lalanne)
 - XVII. 1820. CHAMINADE. (Pedro Bousquet)
 - XVIII. 1821. CHAMINADE. (Lalanne). Ejercicios
 - XIX. 1821. CHAMINADE. (J. B. Bidon). Ejercicios
 - XX. 1821. CHAMINADE. (J. B. Bidon)
 - XXI. 1821. CHAMINADE. (Mouran)
 - XXII. 1821. CHAMINADE. (Anónimo)
 - XXIII. 1821. CHAMINADE. (Libro rojo)
 - XXIV. 1822. CHAMINADE. (Libro rojo)
- Indice de materias

Libro: Notas de Retiros – Predicados por P. GJCH Vol. II
Traducción: P. Victoriano Mateo, S.M. y P. Victoriano Pardo, S.M.
pp.: 280 - Madrid

**NOTAS DERETIROS
PREDICADOS POR
G. JOSE CHAMINADE
VOL. II**

Publicadas por L. PAUELS, S. M.
Traducción del P. Victoriano Mateo, S. M. y del P. Victoriano
Pardo, S. M.

(XXV). I

1822. CHAMINADE (Caillet)

Primer día: 15 de octubre

1.^a Meditación

TORRE EVANGELICA: LA PERFECCION CRISTIANA

1. *Quis ex vobis volens turrim aedificare non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt si habeat ad perficiendum?* (Luc. 14, 28.)

Punto 1.º Grandeza de la empresa. Idea del estado religioso.

Punto 2.º Gastos que hay que realizar para rematar el edificio. El estado religioso es, por decirlo así, un estado de sacrificios.

Punto 3.º Motivos de emprender y de acabar el edificio.

2.^a Meditación

DE LA GUERRA QUE EL RELIGIOSO HACE AL DEMONIO

2. *Quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se?* (Luc. 14, 31).

Punto 1.º Con qué fuerza debe emprenderse esta guerra.

Punto 2.º Con qué éxito debe llevarse a cabo esta guerra.

Punto 3.º ¿Cómo se acabará esta guerra?

3.^a Meditación

LOS COMBATES DE LOS RELIGIOSOS CONTRA EL DEMONIO

3. *Qui certat in agone non coronabitur nisi legitime certaverit* (II Tim. 2, 5).

Punto 1.º ¿Por qué se representa a la vida eterna bajo la radiante imagen de una corona?. Necesidad de los combates.

Punto 2.º No todos los combatientes recibirán premio. Leyes del combate.

Punto 3.º La corona es de tal valor que tenemos que decidarnos a observar todas las leyes del combate espiritual para asegurarnos su posesión.

Plática 1.ª

LA ORACION

4. Esta conferencia ha versado sobre algunas advertencias importantes relativas a la necesidad de la oración, a la facilidad que encuentra en ella quien tiene voluntad bien determinada de hacerla y sobre la futilidad de los pretextos de quienes se eximen de ella.

Segundo día.

4.ª Meditación

TRES CLASES DE TENTACIONES DEL DEMONIO

5. *Tunc Jesus ductus est in desertum a Spiritu ut tentaretur a diabolo.*

Punto 1.º Jesús fue tentado a causa de su hambre (tentación de necesidad). Cuando nos vemos tentados, es, en primer lugar, por algún mal que nos amenaza y que queremos evitar en contra de la voluntad de Dios. Es la tentación de necesidad.

Punto 2.º Jesucristo fue tentado por la visión de los bienes de la tierra (tentación de codicia). También nosotros nos vemos tentados, en segundo lugar, por algún bien que nos halaga y que queremos poseer en contra de la voluntad de Dios. Tentación de codicia.

Punto 3.º Jesucristo fue tentado por la esperanza de que Dios le toleraría acciones presuntuosas y criminales (Tentación de impunidad). También nosotros nos vemos tentados como Él, por alguna esperanza de que quedaremos impunes. Tal esperanza nos envalentona para huir de ese mal o para procurarnos aquel placer aun contra la voluntad de Dios. Tentación de impunidad.

5.ª Meditación

SOBRE LA VOCACION RELIGIOSA

6. *Ecce ego quia vocasti me* (I. Reg. 3).

Punto 1.º Lo que Dios hizo por nosotros al llamarnos a la vida religiosa.

Punto 2.º Lo que Dios pide de nosotros después de habernos llamado al estado religioso.

6.ª Meditación

COMPOSICION DE LA CORONA DE VIDA O SOBERANA FELICIDAD PROMETIDA A QUIENES OBSERVAN LAS LEYES DEL COMBATE ESPIRITUAL

7. *Ego merces tua nimis* (Gén. 15, 1). En el Cielo, plenitud, tranquilidad y eternidad de todos los bienes. Tres propiedades de una felicidad que nos aparecerá infinita desde que empecemos a comprender lo que dice San Pablo, que esta felicidad no será otra cosa que Dios mismo el cual será todo en todos. *Deus omnia in omnibus* (I Cor. 15, 25).

Punto 1.º En el Cielo, plenitud de todos los bienes. Dios lo será todo: *Deus omnia*. 1) En la multitud de bienes; 2) En la unión de los bienes; 3) En la perfección de los bienes.

Punto 2.º En el Cielo, tranquilidad perfecta, verdadero paraíso de reposo y de placer. Dios será todo en todos: *omnia in omnibus*. Todo en todos y en cada uno de los bienaventurados.

Punto 3º En el Cielo, eternidad de los bienes. Los bienes de que allí gozaremos no se desvanecerán porque son eternos, ni nosotros los dejaremos porque también nosotros seremos eternos.

Plática 2.ª

SOBRE LA ORACION MENTAL

8. Se han expuesto diversas maneras de hacer oración acomodadas a los principiantes: la oración mental mixta, la recitación de algunas oraciones vocales, el credo por ejemplo, deteniéndose un poco en cada palabra y pensándola. Procurar

luego dirigir algunas oraciones que uno mismo compone y que son las que mejor oye el Señor.

Día tercero.

7.ª Meditación

LA VIDA ESPIRITUAL Y LA REPRESION DE LOS DESEOS DE LA CARNE. OPOSICION FORMAL ENTRE LA CARNE Y EL ESPIRITU

9. *Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis (Gál. 5, 16). El espíritu y la carne están siempre en guerra entre sí: haec enim sibi invicem adversantur.*

NOTA.-La vida del espíritu o la vida espiritual, o vida del espíritu de Jesús son la misma cosa. Conducirse según el espíritu es lo mismo que conducirse según el espíritu de Jesucristo. *Si Spiritu vivimus, spiritu et ambulemus.*

10. Punto 1.º La expresión espíritu de Jesús significa dos cosas: la manera de vivir que Él abrazó en la tierra y el principio de su conducta que es el Espíritu Santo cuyas mociones seguía con perfecta docilidad. ¿No es evidente que, para vivir de la vida de Jesús, hay que dar muerte en nosotros a todos los movimientos de la naturaleza y someter todas las potencias de nuestra alma a las impresiones de la gracia?

Punto 2.º Los santos en el Cielo y los buenos religiosos en la tierra viven de la vida del espíritu de Cristo, con esta única diferencia: que los santos viven del espíritu de Jesús glorificado, y los religiosos, del espíritu de Jesús crucificado.

Punto 3.º Un religioso que no es espiritual es una quimera y un fantasma.

8.ª Meditación

EL VOTO DE POBREZA

11. *Evangelizare pauperibus misit me (Él Señor) me ha enviado para evangelizar a los pobres (Luc. 4, 18).*

Punto 1.º La pobreza religiosa exige: 1. El sacrificio total de todos los objetos terrenos, o renuncia absoluta a todos los bienes del mundo; 2. El sacrificio del deseo o del afecto mismo en relación con estos bienes terrenos.

Punto 2.º Lo que promete la pobreza evangélica es: 1. En este mundo, da el céntuplo consistente en riquezas espirituales cuya plenitud nos otorga, al menos en cuanto al principio de tales bienes; 2. En el otro mundo, la vida eterna con el derecho a juzgar a las naciones en el día del Juicio universal.

9.ª Meditación

CONTINUACION DE LA SEPTIMA

12. *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Rom. 2, 13).

NOTA.-Vivir es tener en sí un principio interno de movimiento. Vivir espiritualmente es tener por único principio interior de movimiento el Espíritu Santo; obrar sólo por el espíritu de Jesús; vivir sólo de su espíritu haciendo cesar todo otro movimiento. Vivir según la carne es tener por principio interior de sus pensamientos y de sus acciones las inspiraciones de la carne o de la naturaleza corrompida.

13. Punto 1.º Quien quiera vivir según el espíritu, es preciso que se haga violencia. Para hacerse violencia, se requiere salir de sí mismo. Ejemplo de Cristo.

Punto 2.º Motivos que nos obligan a dejarnos conducir por el espíritu de Cristo: 1. Su bondad en comunicárnoslo; 2. La sabiduría misericordiosa del Espíritu Santo que quiere conducirnos; 3. Las grandes ventajas que resultan de ello.

Punto 3.º Medios de reconocer la dirección del Espíritu Santo sobre nosotros y de hacernos dignos de ella.

Plática 3.ª

LA ORACION MENTAL

14. Ha seguido versando sobre las diferentes maneras o géneros de hacer la oración que tienen en sus manos los principiantes; por ejemplo sobre los efectos que hay que procurar producir en la oración mixta o mental. Importa mucho, en un principio, no perder ánimos, sino volver a la carga de nuevo hasta encontrar el modo que nos convenga más. Hay muchos que se desaniman, cuando en realidad podrían triunfar, triunfo que

lograrían conquistar, incluso con facilidad, si perseverasen más en el empeño.

Día cuarto.

10.ª Meditación

DEL RELIGIOSO CRUCIFICADO A EJEMPLO DE CRISTO

15. *Ibi crucifixerunt eum* (Luc. 23).

Punto 1.º El estado religioso es una cruz a la que los predestinados se clavan voluntariamente para asemejarse al Salvador. La penitencia es el madero principal; la obediencia, el transversal.

Punto 2.º El religioso reproduce ingenuamente la imagen de Jesús crucificado. Los tres votos son los tres clavos.

Punto 3.º Jesucristo nos ha trazado desde lo alto del Calvario, un retrato acabado de santidad. El religioso lleva especialmente la imagen de Jesús crucificado, merced a las virtudes que practica en la cruz.

11.ª Meditación

BENDICIONES QUE DIOS DERRAMA EN LAS CASAS RELIGIOSAS EN QUE REINA EL ESPIRITU DE POBREZA

16. *Evangelizare pauperibus misit me.*

Punto 1.º Bendiciones de orden natural. Punto 2.º Bendiciones de orden espiritual.

12.ª Meditación

TODOS RELIGIOSOS ESTAN LLAMADOS A LA CRUZ POR LA GRACIA DE LA VOCACION

17. *Ipsi enim scitis quod in hoc positi sumus.*

Punto 1.º El estado religioso es un segundo bautismo, y por consiguiente, un estado de muerte.

Punto 2.º El estado religioso, como dice Santo Tomás, es un estado de penitencia.

Punto 3.º El estado religioso es una especie de martirio.

NOTA.-Estas premisas no sorprenderán más que a quienes no hayan comprendido: 1. Que todo hombre está destinado a la cruz por su nacimiento; 2. Que todo hombre está destinado a la cruz por la gracia bautismal.

Plática 4º

18. La conferencia ha tratado de las precauciones que hay que tomar al dirigir a los principiantes por las vías de la oración. Hay que tener presentes la capacidad de cada uno en esta materia, examinar su atractivo y hacerle seguir la clase de temas que mejor parezcan acomodarse con el temple de su alma, de su corazón, etc.

Día quinto.

13.ª Meditación

EL RELIGIOSO ENCUENTRA TODA SU FELICIDAD Y LA DICHA
SOBERANA EN LA CRUZ, LO MISMO EN EL TIEMPO QUE
EN LA ETERNIDAD

19. *Jugum enim meum suave est et onus meum leve*
(Mat. 11, 30).

NOTA.-Quien comprenda bien los dos versículos anteriores y su unión con el presente quedará bien convencido de esta verdad general así como de las tres particulares siguientes:

1.ª verdad. Toda la alegría de un religioso está en la cruz; alegría única y soberana.

2.ª verdad. Toda la gloria, la nobleza y la grandeza de un religioso consisten en la cruz.

3.ª verdad. Todas las riquezas de un religioso están en la cruz.

14.ª Meditación

EL ALMA RELIGIOSA LLEGA A SER, DE UN MODO ESPECIAL,
POR EL VOTO DE CASTIDAD, LA ESPOSA DE JESUCRISTO

20. *Sponsabo te mihi in sempiternum* (Os. 2, 20).

Punto 1.º En qué consiste esta dignidad.

Punto 2.º Qué obligaciones impone. Punto 3º Cómo ser fieles a ella.

NOTA.-No ha habido la meditación de la tarde, a causa de que las confesiones semanales se han hecho hoy, sábado.

Plática 5.ª

21. La conferencia ha tratado de la discreción de las inspiraciones del espíritu de Dios que se distingue de las sugerencias del maligno espíritu por los fines a los que nos conducen ambos (las inspiraciones de Dios, al bien; las otras, al mal) ; las del demonio nos turban; las de Dios, nos llenan de seguridad y de calma.

Día sexto.

15.ª Meditación

JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES EL SELLO
DE NUESTRA PERSEVERANCIA

22. *Hunc enim Pater signavit Deus* (Jn. 6, 27).

Punto 1.º Jesucristo se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos merced a un milagro de su omnipotencia, de su sabiduría y de su bondad las cuales le hacen presente, en toda la tierra, con una presencia estable, invisible, espiritual y universal.

Punto 2.º Cristo no sólo está con nosotros en el Santísimo Sacramento; es nuestro; se nos da para ser nuestra vida, nuestro tesoro, nuestra felicidad y nuestro todo.

Punto 3.º Cristo no sólo está con nosotros y es nuestro; está verdaderamente fiel al voto de nosotros. Comparación: sello impreso en la cera; rama injertada en el tronco silvestre; el alimento que tomamos.

16.ª Meditación

EL VOTO DE OBEDIENCIA

23. *Non estis vestri* (I Cor. 6, 19).

Punto 1.º La fuerza.

Punto 2.º Las luces.

Punto 3º La alegría del religioso obediencia.

(XXVI). II

1822. CHAMINADE. (Carrère)

SAN LORENZO

15 de octubre. Martes.

Primer día de Ejercicios.

1.ª Meditación

TORRE EVANGELICA. PERFECCION RELIGIOSA

24. *Quis ex vobis volens turrim aedificare non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum?* ¿Quién de vosotros, queriendo construir una torre, no echa cuentas primero y despacio, sobre los gastos que serán precisos para ver si tendrá bastante para acabarla? (Luc. 14, 28.)

Cuando Nuestro Señor quiso enseñar a los pueblos que venían en masa a oír sus divinas palabras, les propuso en parábolas qué importancia tan grande tenía su salvación y qué medios deberían emplear y qué sacrificios tenían que hacer para conseguir ese fin.

25. *¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre... no se sienta despacio...* Este sentarse despacio es los Ejercicios.

Examinando lo que somos, no podríamos elevarnos a esta alta perfección y el tentador podría asustarnos. Pero veamos sólo cómo podremos corresponder a los medios que Dios nos da.

Punto 1.º Grandeza de la empresa. Idea del estado religioso. Se trata de una empresa digna de las miradas de Dios; de una empresa de la mayor importancia.

¿Qué es el estado religioso?

Historia de Job. Información que Dios pide al demonio, acerca de su siervo a quien, pasada la tentación, Dios da el doble de lo que perdió. Las complacencias que Dios pone en este hombre tan santo son las que Dios pone también en un alma que se eleva a las alturas de la perfección evangélica.

El Instituto de María nos llama a la santidad más encumbrada. No se dirá nunca: "Basta"; "ya tengo bastante", etc.

26. Punto 2.^o Gastos que hay que hacer para rematar el edificio. El estado religioso es, por decirlo así, un estado de sacrificios. Tres son los sacrificios que hay que hacer:

1.^o sacrificio: el del espíritu; el de nuestras pretendidas luces. Todos los cristianos deben someter sus luces naturales, y las de su razón a las luces de la fe. Dios ha hablado. Eso basta. Pero el religioso va más lejos. Practica una abnegación entera de su juicio y de su propia razón. No hay razón en contra de la razón suprema. *Qui vos audit, me audit.*

2.^o sacrificio: el de su corazón o de sus pasiones.

3.^o sacrificio: el de sus bienes. Amán no hizo a Mardoqueo, su enemigo, ningún favor más allá de lo que convenía y de lo que no podía por menos de prestarle; es decir, el honor de llevarle por toda la ciudad revestido de las vestiduras reales.

Hay que sacrificar cuanto nos impide unirnos a Dios y cumplir el mayor mandamiento que dice: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y todas tus fuerzas. Sólo en el seno de la religión se puede cumplir este precepto del modo más perfecto.

Hay que romper con todo cuanto puede impedir al alma lanzarse en el seno del Todopoderoso. Cuatro condiciones exige Nuestro Señor para ser su discípulo:

1.^a condición: aborrecer a su prójimo: Si alguno viene a Mí y no aborrece hasta a su mismo padre, etc.

2.^a condición: odiarse a sí mismo: ... *et animam suam.*

3.^a condición: llevar la cruz del Señor toda la vida.

4.^a condición: llevarla en pos del Señor como Simón Cirineo; seguir a Cristo en todas sus acciones.

27. Punto 3.^o Motivos de emprender y rematar el edificio.

1. Se trata de construir un templo para la Divinidad. Este templo debe ser magnífico. Dios quiere habitar en él. *Regnum Dei intra vos est.* Dios tendrá en él sus complacencias. Debe ser un templo bien decorado, un templo más hermoso que el de Salomón. Dedicación.

2. Un monumento que tenemos que erigir a la gloria de Dios, para bien y sostén de la Iglesia. Nada da tanta gloria a Dios y a Cristo como el estado religioso. Si el mérito de los votos es tan

grande, ¡cuánto mayor no será el de un religioso que va creciendo en virtud hasta su muerte!

3. Es un rincón al que queremos retirarnos para estar al abrigo de las olas de la ira de Dios. En él estamos seguros. ¿No vemos los abismos que abren sus fauces dispuestos a tragar al mundo? ¿No vemos elevarse el humo del pozo de este abismo? La tierra está estremecida en muchas formas a causa de los crímenes de que está manchada. Construyamos. Noé se salvó en el arca. Nuestra torre nos servirá de refugio contra el diluvio de iniquidad que abre la faz de la tierra.

4. Este edificio puede alcanzar hasta el Cielo y llevarnos a él. No seamos como obreros locos. *In vanum laboraverunt qui aedificant*. Nuestro Señor es el sabio arquitecto que nos ayudará. La torre de Babel, etc. Es imposible que ninguna obra hecha por mano de hombre pueda elevarse hasta allá. La nuestra, sí. Es preciso lograr que, a través de nuestra torre, podamos entrar en el Cielo.

2.ª Meditación

LA GUERRA DEL RELIGIOSO CONTRA EL DEMONIO

28. *Quis rex iturus committere bellum adversus alium regem non prius sedens cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se?*

¿Qué rey, queriendo ponerse en campaña contra otro rey no examina despacio primero si puede dirigirse con diez mil hombres contra un enemigo que avanza con veinte mil?

¿Quién es ese rey que piensa ponerse en marcha contra otro rey? Es todo cristiano, porque, en nuestro bautismo, en nuestra comunión, en nuestra confesión, hemos declarado la guerra a Satanás. Pero cuando abrazamos la vida religiosa es una lucha abierta. Un cristiano ha declarado la guerra al demonio; pero poco a poco se relaja, no haciendo nada en contra de su enemigo. Pero el religioso no quiere ceder nada a su enemigo, asestándole golpes terribles. El demonio, entonces, se vuelve implacable. Sintamos bien todo cuanto sucede y veámoslo a la luz de la fe.

29. El religioso es el cristiano perfecto o que trabaja sin cesar por alcanzar esa perfección. Es rey (quedó probado en los últimos Ejercicios de 1821). Tenemos, pues, ante nosotros, a un rey que tiene que llevar a cabo una guerra. Se nos indica otro rey: *adversus*

alium regem. Es el demonio. Basta con nombrarle para echar de ver qué temible enemigo es. No se trata de deliberar sobre si hay que combatir o no. El combate es inevitable. No en vano la Iglesia se llama militante. Examinemos:

Punto 1.º Con qué fuerzas debe emprenderse este combate.

Hay que empezar por examinar con qué fuerzas cuenta nuestro enemigo: *non prius cogitat*. Este examen debe hacerse despacio. Se trata de saber si con 10.000 se podrá hacer frente a un enemigo que cuenta con 20.000. La parábola supone que las fuerzas antagónicas son muy diferentes. Pero ¿es tan poderoso el demonio? Harían falta largos razonamientos para dar a conocer cuál es su poder.

30. El demonio, por su misma naturaleza, es ya mucho más poderoso que nosotros. Un solo demonio a quien Dios permitiese el uso cabal de sus fuerzas pondría en conmoción toda la naturaleza humana. Ved el caso del ángel que Dios envió en contra del ejército de Senaquerib; en una sola noche mató a 180.000 hombres. Los demonios no se han visto desprovistos de su fuerza, a pesar de su rebeldía contra Dios. Estas mismas fuerzas de que están provistos contribuyen a atormentarles. Nadie mejor que ellos se da cuenta del vigor de las fuerzas que les oprimen. El demonio tiene bajo sus órdenes al infierno entero. Hay legiones enteras. Incluso hay orden en ese soberano desorden. El Espíritu Santo llama al fuego del infierno un "fuego sabio".

31. El demonio tiene a sueldo a todos los malos. El mundo es el teatro de todos sus crímenes. Nuestro Señor dice en el Apocalipsis: *exite popule meus* de esta Babilonia, no sea que os veáis envueltos todos en el decreto de su perdición.

El demonio tiene también fuerzas merced a las inteligencias que tiene en nosotros mismos. ¿Cuáles son nuestras fuerzas para contrarrestarle? Ninguna. Dios permite que nuestra misma debilidad sea el medio más poderoso. Todo esto es lo que hay que comprender bien. No somos ni tenemos nada por nosotros mismos.

32. Punto 2.º Con qué resultado debe hacerse esta guerra. Para verlo bien, supongamos el caso de dos religiosos.

Un religioso cobarde que no observa sus Reglas, las considera como pequeñeces diciéndose: "Está bien; pero... para los demás. Yo, ya sabré conducirme por mi prudencia. Tengo

experiencia. Ya me conozco. Prefiero servir a Dios en grande", etc. Estamos ante el primer religioso que combate. Comprueba su debilidad por sus mismas claudicaciones. A menudo cuando se cree libre, está cautivo de Satanás.

Supongamos ahora un religioso fervoroso. Veamos cómo, ya desde por la mañana, se reviste de la armadura de Dios según la expresión de San Pablo: *indulte armaturam Dei*. Cosecha victoria tras victoria. Los éxitos difieren según los combatientes. Pero ¿cómo hay que combatir? Este será el tema de otra meditación.

33. Punto 3.º Cómo acabará esta guerra.

Con coronas o con suplicios. Es lo que les sucede a los simples fieles. Pero para el religioso o para el sacerdote que no haya sido fervoroso, el infierno será mucho más terrible.

Santa Teresa vio, en una visión, el lugar que Dios le destinaba en el Cielo. Pero, al mismo tiempo, oyó que Dios le decía que si no llegaba a conquistar este lugar, sería sumergida en el infierno, haciéndole ver el lugar que ocuparía en él. Al recordarlo trece años más tarde, se le erizaban sus cabellos.

34.¿Cómo acaba esta guerra?

En este mundo hay recompensas y castigos.

¿Quién puede expresar las dulzuras que experimenta el religioso fervoroso, en su oración y en sus comuniones? Pero ¿cuál es el castigo del religioso tibio? Las luces de la fe se extinguen, y cuanto más se apagan, menos se echan de ver y por el mismo hecho de que la memoria le recuerda las verdades de la fe cree no haberla perdido todavía.

Al llegar la muerte, acaba también la guerra. Una recompensa o un castigo eterno.

3.ª Meditación

COMBATES DE LOS RELIGIOSOS CONTRA EL DEMONIO

35. *Qui certat in agone, non coronabitur nisi legitime certaverit.*

Quien combate en los juegos públicos, no será coronado si no combate según las reglas del juego. Una reunión de religiosos es una reunión de atletas dispuestos a conseguir el premio (juegos corintios). El honor consistía en conquistar laureles que se marchitaban fácilmente. Para los cristianos que entran en la liza, coronas eternas. Pero, como dice San Pablo, todos cuantos combaten no lograrán la corona. Hay ciertas reglas; hay grandes verdades.

Es porque no podemos salvarnos más que combatiendo. Una corona supone una victoria previa. Por lo mismo, si no hay victoria, tampoco hay corona; ni combate sin guerra. La Sagrada Escritura nos habla constantemente sobre ello.

Pero lo malo es que pensamos en ello demasiado poco. Sin cargar nuestra memoria con todos estos textos, bastaría con examinar las condiciones de la paz tal como Dios quiere hacerla con los hombres.

37. Sabéis que nuestros primeros padres... han merecido la condenación eterna a la vez que todos los demás hombres: éstos son los hechos. Ya tenéis a la raza humana proscrita. Sin embargo, Dios quiere tratar con los hombres, lo que no hizo con los ángeles. Pero con condiciones.

1.ª condición: Al hacer su paz con los hombres, Dios no entiende revocar el decreto de muerte que había lanzado contra el primer hombre, ni abrogar sus consecuencias funestas: enfermedades y efectos de las pasiones. Bastaría con atenernos a esta condición, pero mirando a nuestro interés y satisfacción conviene verlas todas.

2.ª condición: Es que los hombres crean en su adorable Hijo; que lo tomen por Mediador; que sigan su ejemplo; que se incorporen a Él para no vivir más que por Él y para Él; para prevalerse de sus méritos.

3.ª condición: Está puesta en favor del hombre. Dios se compromete a asegurar al hombre, no sólo los derechos de Adán inocente, sino también los derechos de su Redentor que

es su único Hijo. Ya veis por estas condiciones esta obligación de combatir; no basta con decir: "Quiero salvarme", sino que hay que combatir.

38.Punto 2.^o Todos los combatientes no serán coronados. Leyes de los combates.

Este segundo punto podría asustarnos si no hiciésemos más que verlo sin examinarlo cuidadosamente.

Los atletas de los juegos olímpicos se preparaban durante varios años de antemano. No hay trapense que lleve una vida tan austera como ellos. Y era sólo para poder lograr una corona que se marchita. Tenían reglamentos severos y, aunque no había de haber más que un solo vencedor, todos se preparaban. No sucede otro tanto en nuestra religión cristiana. Todos vosotros, sin excepción alguna, podéis, si seguís las leyes, las reglas del combate, lograr la corona. Los cuarenta mártires que perecieron en el estanque helado pidieron a Dios que no hubiese entre ellos ni siquiera uno que dejara de ser coronado. Tenían valor; pero uno de ellos cesa de seguir las reglas del combate; no habría, pues, más que treinta y nueve en el momento en que, tras su muerte, lograsen la corona. Dios permitió entonces que el centinela viese sendas coronas sobre la frente de los mártires; no contaba más que 39 coronas, siendo así que los candidatos eran cuarenta; cuenta una vez más; sólo encuentra treinta y nueve. Investiga la causa. Entonces ve que uno de aquellos desgraciados, iba a arrojarse a un baño tibio. Entonces comprende que la cobardía le hacía indigno de la corona. Entonces, se despoja de sus armas y vestiduras; exclama que es cristiano; se le asigna la corona cuarenta; en cambio, el desgraciado, el cobarde que había rehusado combatir, baja a los infiernos.

No habrá coronación más que para quienes hayan combatido según las reglas del combate espiritual.

39.Punto 3.^o La corona es de tal valor que debemos resolernos a guardar todas las leyes del combate espiritual si queremos lograrla.

¡Qué hermosa es esta corona de inmortalidad! Quiera el espíritu de Dios dejarnos ver toda su belleza, a fin de ver la trabazón de este punto 3.^o con los dos anteriores.

Esta corona de inmortalidad será incomparablemente más hermosa que lo que habría sido para Adán inocente y para su posteridad si hubiesen sido llevados vivos al Cielo. Esta gloria, esta felicidad es la gloria misma de Jesucristo. He aquí lo que me da a entender la belleza de este pasaje: Nuestro Señor supone un verdadero servidor que se presenta a su juicio para ser juzgado. Ha combatido; por consiguiente, hay que recompensarle. ¿Qué le dice el Señor? Pesad bien sus palabras: *Euge serve bone et fidelis; intra in gaudium Domini tui*. Entra en el gozo de tu Señor. Este Señor es El mismo. Entrad en la alegría de vuestro Dueño, porque es también la vuestra; la alegría del Hijo de Dios. ¡Qué meditación! Repasad los tres puntos, levantad los ojos al Cielo y así os encontraréis dispuestos a todo.

Hemos hablado de la guerra que hay que sostener contra los demonios, del modo de debilitarles, no en sí mismos, sino embotando sus dardos. Hemos dicho también que el demonio era fuerte porque tenía el mundo a sueldo suyo; que tenía complicidades dentro de nosotros mismos. Él es quien nos impide despegarnos del mundo, combatir nuestras pasiones y, sobre todo, la pasión dominante.

Es lo que quiere decir este pasaje de San Pablo: *Corred, combatid, pero de tal modo que logréis la corona*.

4.ª Meditación

TRES CLASES DE TENTACIONES DEL DEMONIO

40. *Tunc Jesus ductus est in desertum a Spiritu ut tentaretur a diabolo*: Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado allí por el demonio (Mat. 4).

A ejemplo suyo, hay que retirarse al desierto para vencer las tentaciones. Precauciones que hay que tomar: ayuno. Para combatir, hay que tomar las precauciones más favorables, saliendo fuera del mundo; sin ellas, el demonio tomará la delantera.

1. Jesús fue tentado por el hambre. Tentación de necesidad.
2. Fue tentado por los bienes de este mundo. Tentación de codicia.
3. Fue tentado por la esperanza de que Dios toleraría sus acciones criminales y temerarias. Tentación de impunidad.

Si Cristo no hubiese sido impecable por naturaleza, habría sucumbido.

41. Resistir a las tentaciones es combatir. Se está combatiendo ya aun cuando uno no se encuentre actualmente en la lid. Así, por ejemplo, un soldado combate al enemigo cuando de lejos, tranquilo y sin temor alguno hace minas bajo tierra llenándolas de pólvora. También combaten los que mandan y hasta los músicos. Es ésta una bonita manera de combatir y menos peligrosa que avanzar con bayoneta calada. ¡Qué profesión! ¡Si supiéseis combatir, no sólo cuando se presenta la ocasión, sino continuamente y siguiendo las reglas del combate espiritual! ¿Cómo hacer? Haciendo lo mismo que Nuestro Señor hizo.

42. Punto 1.^o Cuando nos vemos tentados es, en primer lugar, por algún mal que nos amenaza y que queremos evitar en contra de la voluntad de Dios. Tentación de necesidad. Ejemplo de Jesucristo.

El demonio no siempre ataca con violencia; también se sirve de la astucia; unas veces ataca con la violencia de un león, otras veces con la astucia de la serpiente.

El demonio observaba al Señor en el desierto, extrañándose de ver juntos tanta fortaleza y tanto valor que le recordaba el valor de Moisés y de Elías, los cuales habían ayunado también por espacio de 40 días y 40 noches. Por eso recelaba que Jesús fuese el Mesías. Aprovechó un momento favorable, cuando el Señor tuvo hambre. Nos encontramos ante la necesidad.

43. El demonio se presenta: *Si Tú eres el Hijo de Dios-le dice con audacia-di que estas piedras se conviertan en pan.* Nuestro Señor, ¿va a probarle que es el Hijo de Dios? En ese caso, iría contra los designios de su Padre y contra la economía de nuestra salvación. Aquí, pues, tenemos al Señor, colocado entre la necesidad de tener pan y la de desobedecer a Dios. ¿Cómo resistirá el Señor esta tentación? Por la sumisión. No dará las pruebas de que es verdaderamente Hijo de Dios. Lo que sí demostrará es que está sometido enteramente a Dios; que toda la necesidad del hombre radica en hacer su voluntad. Es lo que significan las palabras de Jesucristo. La palabra de Dios; éste es nuestro pan, nuestro sustento, nuestra vida.

44. San Pablo, cuando habla del soldado cristiano describiéndole como un ser en lucha contra su enemigo, le pinta con un escudo, un casco, una espada, un calzado a propósito, una

coraza, etc. De este mismo modo estaba vestido Jesucristo; estaba dispuesto a todo. El demonio le ataca. Entonces el Señor le presenta el escudo de la fe: scriptum est. Esta palabra de Dios hiere al maligno espíritu como una espada material hiere a un cuerpo material. Lo mismo lograríamos nosotros si estuviésemos armados del mismo modo.

45. Punto 2.º Nos vemos tentados, en segundo lugar, por algunos bienes que nos halagan y que queríamos poseer en contra de la voluntad de Dios. Tentación de codicia. Ejemplo de Jesucristo.

Merced a las fuerzas superiores que tienen los demonios sobre los cuerpos, el demonio toma a Nuestro Señor y, en un abrir y cerrar de ojos, le lleva sobre una alta montaña. Allí le hace ver todos los reinos del mundo con todo su esplendor: Te daré todos estos bienes, si postrándote, me adoras. ¿Qué hace el Señor? Le opone la palabra de Dios: Sólo a Dios adorarás.

¡Qué feliz seré si sirvo al Señor! Mi premio será una felicidad eterna.

He ahí la espada de que se sirve el Señor. El demonio queda vencido.

46. ¡Cuánto daño causan estas tentaciones de necesidad y de codicia! ¡No puedo vencerlas! Tampoco vosotros lo podéis. Pero Dios lo pide. ¿Qué se dirá de mí? No lo sé; pero Dios habla. Me las arreglaré de esta manera. Tened cuidado de no hacerlo como el mayordomo infiel de que habla el Evangelio. ¿Qué quiero ser? ¿Qué haré? Grave apuro. Bien veía la manera de remediar tal necesidad: era el trabajar la tierra; pero *fodere non valeo*; ¿mendigar? *Mendicare erubesco*. Se encuentra, pues, en un grave apuro. Va a hacer un arreglo con los deudores de su dueño, con gran ventaja suya y con gran detrimento de su amo. Dios se dio maña para librar a José de la necesidad de perecer, o de pecar. ¿Hay otra necesidad que la de servir a Dios? Susana, entre la muerte y el crimen no pecó y tampoco murió.

47. Punto 3.º Nos vemos tentados, en tercer lugar, por cierta esperanza de quedar impunes, esperanza que nos envalentona para evitar algún mal y para procurarnos algunos bienes contra la voluntad de Dios. Tentación de impunidad. Ejemplo de Jesucristo.

Nuestros primeros padres fueron víctima de esta tentación: Dios nos ha dicho que moriremos. De ningún modo -les dice Satanás no moriréis. Aquí nos encontramos frente a una tentación de impunidad. El temor del infierno nos contiene. ¿Qué hace entonces el demonio? Cuando ve que este temor tiene mucha fuerza para retenernos, viene a nosotros forjándonos la ilusión de que no seremos castigados. Nos dice: la bondad de Dios, etc.

48. El demonio toma una vez más a Nuestro Señor y le transporta sobre el pináculo del templo. San Marcos pone esta tentación en lugar de la segunda. San Lucas la pone la tercera. Este orden es más natural. El demonio, para asegurarse siempre de que Jesús es el Hijo de Dios, le dice: Dios ha mandado a sus ángeles, etc.

Entonces el Señor le ordenó con imperio que se retirara, diciéndole: También está escrito: no tentarás al Señor, tu Dios; *non tentabis*. Quisiera que retuviéseis bien esta última palabra y que el Señor os diera inteligencia de la misma: ¿Qué habríais hecho?...

Todas estas tentaciones desaparecen cuando se tiene fe. Muchos pretextos son ilusorios; cuando se los examina bien se ve que no son más que quimeras. La manera de combatir las tentaciones se basa en el Evangelio. Jesucristo -dice el Espíritu Santo- fue tentado en todas las cosas. Es un modelo que tenemos que seguir. Y si fuese preciso morir, ¿no sabéis que vuestra muerte os va a dar una nueva vida? Por eso dijo el Señor: *Non in solo pane vivit homo*, etc.

5.ª Meditación

SOBRE LA VOCACION RELIGIOSA

49. *Ecce ego, quia vocasti me*: Aquí estoy porque me has llamado (I Reg. 3).

¿Cuál es la vocación a la que tenemos que corresponder? Es la vocación al estado religioso. Habiendo creído que Dios nos ha llamado a este estado, debemos decirle: "Aquí me tienes, Dios mío; haced de mí lo que os plazca."

Punto 1.⁰ Lo que Dios hizo por nosotros al llamarnos al estado religioso.

Quizá haya alguno que crea que tendría más seguridad con respecto a su vocación si hubiese sido llamado a una Orden religiosa en la que hay que hacer muchos ayunos y austeridades. No. La esencia del estado religioso es la renuncia que uno hace. Vosotros sois tan religiosos como esos monjes de vida eremítica. ¿Quién os ha llamado? Dios; el mismo que os creó. ¿Para qué os ha llamado? Para hacer de vosotros un templo; para establecer dentro de vosotros un reino.

50. Todos los fieles pueden contar con las luces y los consuelos de Dios. No sólo serán servidores sino confidentes de Cristo: *vos amici mei estis*. Yo no había pensado siquiera en ello. ¡Qué elevación!

Tenemos que aguardar grandes tentaciones, ya que el demonio, al vernos tan elevados, celoso, pondrá en juego todo su empeño para lograr apartar a quienes todavía no se han comprometido y para que quienes ya entraron, se arrepientan de su decisión. Si todo fiel cristiano reina cuando sirve a Dios, ¿qué reino no ejercerá el religioso? Concebid un noble orgullo de vuestro estado. Reináis sobre vuestras pasiones, sobre el mundo, sobre el infierno.

¿Que os desprecian? También despreciaron a Cristo. Pues bien: tomaremos parte en los desprecios de Cristo. Comprenderemos, y los mismos mundanos llegarán a comprender cuántos motivos tenemos para gloriarnos en Jesucristo. Cuando nos coloquen por encima de todos los ricos y potentados del mundo para juzgarles, entonces se echarán a temblar porque esperarán de nuestra boca la sentencia terrible e irrevocable.

Nos ha elegido con preferencia a miles y miles. Si un rey escogiese a alguno de la clase más baja para hacer de él su confidente... ¡Oh si Dios nos diese un rayo de su luz para comprenderlo!

Punto 2.^o Lo que Dios espera de nosotros después de habernos llamado al estado religioso.

Dios espera de nosotros que seamos todo suyos y que nos entreguemos por entero a Él. El estado religioso es un estado de inmolación. Ya no tenéis nada vuestro. Sois todo de Dios.

El estado religioso es un estado de perfección. Dios no os exige que lleguéis ya a ella sino que tendáis continuamente a la

perfección. Es una montaña cuya cima se pierde de vista. Subid siempre; manteneos en la resolución de no rehusar nada a Dios. Sin generosidad no se hace casi nada. ¿En qué consiste el ser generoso? En estar dispuesto a sufrirlo todo por causa de la justicia. Cuanto mayores sean los sacrificios que Dios os pide, señales mayores son de su protección.

6.ª Meditación

EN QUE CONSISTE LA CORONA DE VIDA, O SUPREMA FELICIDAD PROMETIDA A LOS QUE GUARDAN LAS REGLAS DEL COMBATE ESPIRITUAL. TERCER PUNTO DEL TERCER EJERCICIO

52. *Ego ero merces tua magna nimis. Yo seré tu recompensa, sumamente grande.* (Gén. 15, 1).

Punto 1.^o En el cielo, la plenitud de todos los bienes. Dios lo es todo. *Omnia*.

Esta plenitud consiste: 1. En la multitud de los bienes. 2. En la unión de todos los bienes. 3. En la perfección de todos los bienes.

53. 1. *En la multitud de los bienes.* En Dios están reunidos todos los bienes. Fuera de Dios no hay ningún bien, fuera de Dios no hay nada. Dios es el bien de donde proceden todos los bienes, la fuente de donde todos manan. Los que deseáis bienes que puedan saciar la capacidad de vuestros deseos, buscadlos en Dios. ¿Por qué tememos vernos privados de estos bienes si creemos que poseeremos un día a Dios y cómo puede considerarse como un sacrificio el renunciar a todo, puesto que al dejarlo todo encontramos todo? ¿Cómo podemos apegarnos a esos bienes que pueden exponernos a perder a Dios? ¿Cómo se pueden amar cosas que no son Dios?

54. 2. La plenitud de todos los bienes, reunidos en Dios. Todos los hombres no pueden gozar de todos los bienes a la par. Sólo una parte de nosotros mismos puede gozar de ellos. En Dios todos los bienes están reunidos y gozaremos de todos ellos a la par, porque estaremos sumergidos en la esencia de la dicha.

3. Plenitud perfecta de todos los bienes. ¿Por qué nos disgustan tan pronto los bienes de este mundo? Porque son imperfectos. En cambio los bienes eternos son perfectos en sí

mismos. Seremos felices al poseerlos y mientras tanto 'el deseo de ellos se renueva sin cesar y siempre poseeremos lo que deseamos.

Punto 2° El cielo es la tranquilidad perfecta, es un verdadero paraíso de descanso y 'placer; Dios será todo en todos: omnia in omnibus. Todo en todos los bienaventurados y todo en cada uno de ellos.

(XVII) III

1822. CHAMINADE (Anónimo A.)

1.ª Meditación

PERFECCION RELIGIOSA

55. *Quis ex vobis volens turrim aedificare non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt si habeat ad perficiendum?* ¿Quién de vosotros queriendo construir una torre no echa despacio las cuentas a ver si tiene para terminarla? (Luc. 14, 28.)

Cuando Nuestro Señor quiso enseñar a los pueblos, que acudían numerosos a Él para escuchar su divina palabra les propuso en parábolas cuál era la importancia de su salvación, qué medios debían emplear, y qué sacrificios debían hacer para llevarla a término.

¿Quién de vosotros, dice, si quiere edificar una torre, etc.? Los gastos, es decir los medios para hacer frente; despacio, *prius sedens*, es decir en el retiro.

Si examinamos lo que somos, tal vez creamos que no podremos elevarnos a esta sublime perfección; el tentador podría espantarnos. Pero veamos tan sólo cómo podremos corresponder a los medios que Dios nos da.

Punto 1º Grandeza de la empresa, idea del estado religioso. Se trata de una empresa digna de las miradas de Dios, de una empresa de la mayor importancia. ¿Qué es el estado religioso? Historia de Job. Dios pide informes al demonio sobre su servidor, a quien después de la prueba devuelve el doble de bienes que antes tenía. La complacencia con que Dios mira a este hombre tan santo la pone también en el alma que se eleva a la perfección evangélica.

El Instituto de María nos invita a la más sublime perfección; jamás debe decirse: ¡basta!

56. Punto 2.º Gastos que se requieren para llevar a cabo la empresa. El estado religioso es un estado de sacrificios. Tres son los principales: El primero es el de nuestro espíritu y de nuestras pretendidas luces. Todo cristiano debe someter sus luces a la luz de la fe. Dios ha hablado: esto basta. Pero el religioso va más lejos. Renuncia enteramente a su juicio y razón propios. No hay razón que valga contra la razón suprema. *Qui vos audit, me audit.*

Segundo sacrificio: el del corazón o de los placeres. Tercer sacrificio, el de los bienes. Amán no rindió a Mardoqueo más homenajes que aquellos a que estaba obligado, es decir conducirlo a través de toda la ciudad revestido del traje real.

Hay que sacrificar todo cuanto nos impide unirnos a Dios, y cumplir el mayor de los mandamientos: amarás al Señor con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas. Sólo en la vida religiosa se puede cumplir este precepto de la manera más perfecta.

57. Hay que romper todo aquello que impide al alma lanzarse hacia Dios.

Cuatro condiciones exige Nuestro Señor para ser su discípulo: Primera condición: renunciar a sus padres: Si alguno quiere ser mi discípulo, y no renuncia.

Segunda condición: renunciarse a sí mismo: *abhorret animam suam*.

Tercera condición: Llevar toda su vida la cruz de Jesucristo.

Cuarta condición: Llevarla siguiendo a Jesucristo, como Simón Cireneo; seguir por doquier a Jesucristo en todas sus obras y acciones.

58. Punto 3.^o 1. Se trata de construir un templo para la divinidad. Debe ser magnífico. Dios quiere morar en ese templo: *Regnum Dei intra vos est*. Dios pondrá en él sus complacencias: por consiguiente debe ser un templo bien adornado. Un templo más bello que el de Salomón. Dedicación.

2. Es un monumento que tenemos que elevar a la gloria de Dios, para bien y apoyo de su Iglesia. Nada glorifica tanto a Dios y a Jesucristo como el estado religioso. Si el mérito de los votos es tanto, ¿qué decir del de un religioso que aumenta en virtud hasta su muerte?

3. Es un refugio donde queremos retirarnos contra las olas de la cólera divina. En él estamos seguros. ¿No vemos abiertos los abismos y dispuestos a tragar al mundo? ¿No véis subir el humo del pozo del abismo? La tierra se siente sacudida de mil maneras por causa de los crímenes de que está manchada. Construyamos. Noé salvado en el arca. Nuestra torre nos libraré del diluvio que se extiende sobre la faz de la tierra.

4. Este edificio puede elevarse hasta el cielo y llevarnos a él. No seamos unos obreros insensatos. *In vanum laboraverunt qui aedificant*. Jesús, sabio arquitecto, nos ayudará. La torre de Babel, etc. Es imposible que cualquier trabajo humano pueda llegar hasta allí. El nuestro debe llegar. Es de todo punto necesario que desde nuestra torre podamos llegar a él.

2.ª Meditación

LA GUERRA DEL RELIGIOSO CONTRA EL DEMONIO

59. Nota. Hay que meditar exactamente todos los asuntos. Si no se ha hecho con bastante intensidad es preciso volver sobre ellos en los tiempos libres. Si no se ha comprendido hay que preguntar. Recordemos a menudo la meditación anterior: La torre evangélica, la perfección religiosa; todos estamos llamados a construir esta torre y a llegar a esta noble perfección que exige el estado religioso. La empresa es grande y tenemos que trabajar; hay gastos, sacrificios que hacer: sacrificio de nuestra razón, de nuestro corazón, de nuestras pasiones, de nuestros bienes, de todo cuanto puede impedirnos elevarnos hasta Dios y cumplir el primer mandamiento: amarás al Señor. Sólo en la vida religiosa se puede cumplir perfectamente. Los motivos son grandes.

60. *Qui rex iturus committere bellum adversus alium regem, non prius sedens cogitat si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se?* ¿Qué rey, queriendo ir a la guerra contra otro rey, no examina despacio, si puede enfrentarse con solos diez mil hombres con quien viene con veinte mil? (Luc. 14, 31.)

Veréis que no forzamos de ningún modo la intención de nuestro adorable Maestro, en el sentido que damos a esta parábola. ¿Quién es ese rey que piensa en ponerse en marcha contra otro rey? Es todo cristiano, porque en el bautismo, la comunión, la confesión hemos declarado guerra a Satanás. Pero cuando abrazamos la vida religiosa, le declaramos guerra abierta. El cristiano ha declarado guerra al demonio, pero poco a poco se relaja y no hace nada contra su enemigo. El religioso, en cambio, no quiere ceder nada al enemigo y le da golpes terribles. El demonio se hace implacable. Sepamos bien lo que pasa, y veámoslo a la luz de la fe.

61. El religioso es un cristiano perfecto o que trata de serlo sin cesar. Es rey. He aquí pues, un rey que tiene una guerra que hacer. Se nos señala otro rey: *Adversus alium regem*. Es el demonio. Basta con nombrarle para comprender cuán terrible es este enemigo. No se trata de deliberar, hay que combatir; el combate es inevitable. He aquí por qué al cuerpo de la Iglesia se le llama Iglesia militante.

Punto 1.º Con qué fuerza debe emprenderse esta guerra.

Con qué fuerza por parte de Satanás, con qué fuerza por parte nuestra. Hay que examinar la fuerza de vuestro enemigo: *Non prius sedens cogitat*. Hay que examinar despacio. Hay que ver si con diez mil se puede resistir al enemigo que viene con veinte mil. La parábola supone, pues, fuerzas muy desiguales. ¿Es muy poderoso el demonio? Se necesitarían muy largos discursos para dar a conocer su poder.

62. El demonio, por su naturaleza, es mucho más potente que nosotros. Un demonio a quien Dios permitiese utilizar su fuerza, haría temblar a toda la naturaleza humana. Ved el Ángel que Dios envió contra el ejército de Senaquerib: perecieron 180.000 en una sola noche. Los demonios no han sido privados de su fuerza por su pecado. Antes, su misma fuerza constituye su tormento, pues sienten más la fuerza que les oprime. El demonio tiene bajo sus órdenes a todo el infierno: y son legiones. Hay un orden en medio de ese soberano desorden. El Espíritu Santo llama sabio al fuego del infierno. El demonio tiene a su servicio a todos los malos. El mundo es teatro de todos los crímenes. Nuestro Señor dice en el Apocalipsis a su pueblo: *Exite popule meus*, salid de esa Babilonia para que no os envuelva el decreto de su ruina. El demonio acrecienta aún su fuerza por los apoyos que encuentra en nosotros mismos.

¿Cuáles son nuestras fuerzas? Prácticamente nada. Dios permite que nuestras debilidades sirvan como los medios más poderosos: es esencial comprender esto. Ciertamente: por nosotros mismos no podemos nada...

63. Punto 2.º ¿Con qué resultado debe hacerse esta guerra?

Para comprenderlo bien veamos a dos religiosos en acción. Uno, cobarde, no observa las reglas del combate, considerándolas como pequeñeces y se dice: "Esto está bien para los demás, pero no para mí... Ya sabré portarme con prudencia; me conozco y

tengo experiencia. Me gusta servir a Dios a lo grande..." He aquí cómo combate el primer religioso. Experimenta su debilidad por sus derrotas, y aunque todavía libre, es a menudo esclavo de Satanás.

Supongamos un religioso fervoroso. Ved cómo, desde por la mañana, se reviste de las armas de Dios, según la expresión de S. Pablo: *induite vos armaturam Dei*. Alcanza victoria tras victoria. El resultado es diferente según los combatientes. ¿Cómo hay que combatir? Será el asunto de otra meditación.

64.Punto 3.^o Cómo terminará esta guerra.

Termina con coronas o con suplicios. He aquí cómo termina este combate para los simples fieles. Pero para el religioso, para el sacerdote, que no haya sido fervoroso, el infierno será mucho más terrible. Santa Teresa en una visión, vio el lugar que le destinaba el Señor en el cielo. Pero oyó también que si no lo alcanzaba, sería sumergida en el profundo del infierno, y al mismo tiempo le mostró este lugar. Trece años más tarde se le erizaban todavía los cabellos al recordarlo.

¿Cómo termina esta guerra? En este mundo hay recompensas, y también castigos.

Son indecibles las dulzuras que experimenta el religioso fervoroso en la oración, en la comunión. Pero qué castigo para el religioso tibio. Las luces de la fe se extinguen, y cuanto más se apagan, menos se las ve y porque todavía la memoria le recuerda esas verdades, cree no haber perdido la fe.

La guerra se termina con la muerte. Recompensa o castigo eterno.

Nota.-La repetición de los asuntos de meditación durante los recreos, es muy provechosa. Ayuda mucho a inculcar las verdades.

3.^a Meditación

EL COMBATE DE LOS RELIGIOSOS CONTRA EL DEMONIO

65. *Qui certat in agone non coronabitur nisi legitime certaverit.* El que combate en los juegos no será coronado si no combate conforme a las reglas. (II Tim. 2, 5.) Los religiosos forman un conjunto de atletas dispuestos a lograr los premios: juegos corintios. Era un honor alcanzar una corona de laurel que se marchitaba muy pronto. En cambio los cristianos que entran en la liza disfrutan de

una corona eterna. Pero, observa San Pablo, no todos los que entran en el combate, obtendrán la corona. El combate tiene sus reglas: grandes verdades. Veamos cuáles son.

66. Punto 1º ¿Por qué la vida eterna se nos representa bajo la hermosa imagen de una corona?... Necesidad de combatir.

No podemos salvarnos sin lucha. Una corona supone una victoria. No hay combate sin guerra. La Sagrada Escritura habla de ello a cada paso. Pero desgraciadamente reflexionamos muy poco en ello. Sin atiborrar la memoria de todos estos textos, bastaría con examinar las condiciones de la paz que Dios quiere hacer con los hombres. Sabéis que nuestros primeros padres... han merecido la condenación eterna, lo mismo que todos los demás hombres: he ahí los hechos: la raza humana está proscrita. Con todo Dios quiere tratar con los hombres, cosa que no ha hecho con los ángeles rebeldes. Pero lo ha hecho con ciertas condiciones.

La condición. Dios al hacer la paz con los hombres, no pretende revocar el decreto de muerte que pesa sobre ellos. No quiere impedir sus efectos molestos: enfermedades, pasiones. Podríamos detenernos aquí, pero para nuestro interés y satisfacción, conviene que veamos las otras condiciones.

2.ª condición. Es que los hombres crean en su adorable Hijo, le tomen por Mediador, sigan su ejemplo, se incorporen a Él para vivir para Él y por Él, apropiándose sus méritos.

3.ª condición. Va toda en favor nuestro. Dios se compromete a poner de nuevo al hombre no sólo en posesión de los derechos de Adán inocente, sino a ponerle en posesión de los derechos de su Redentor, que es su Hijo único, con tal de que cumplamos, etc. Por aquí vemos que es preciso combatir: no basta con decir: quiero salvarme, sino que hay que combatir.

67. Punto 2.º Todos los que combaten, no serán coronados. Leyes del combate. Este segundo punto podría espantarnos, si no le examinásemos con cuidado. Los atletas de los juegos corintios se preparaban con años de anticipación. Ningún trapense lleva una vida tan austera como ellos. Y eso para alcanzar una corona que se marchita. Tenían sus reglas, y aunque sólo uno era el vencedor, todos se preparaban. No sucede lo mismo en la milicia cristiana. Todos, sin excepción, con tal de seguir las leyes y reglas del combate, podéis obtener la victoria. Los cuarenta mártires del estanque helado pidieron a Dios que ninguno de ellos dejase de ser

coronado. Estaban llenos de valor, pero he aquí que uno deja de seguir las reglas del combate, y sólo treinta y nueve alcanzan la victoria en el momento de su muerte. Dios permitió que el centinela viera las coronas encima de las cabezas de los mártires y sólo contó treinta y nueve, y sin embargo todavía había en el agua cuarenta. Vuelve a contar y lo mismo. Piensa cuál será la causa de esto, y he aquí que en ese momento un desgraciado se sale del estanque para meterse en un baño de agua caliente preparado al efecto allí cerca. Comprendió que su cobardía le hacía indigno de la corona. Entonces él, se despoja de sus vestidos, exclama que es cristiano, y alcanza la corona cuarenta, mientras que el desgraciado, que cobarde, había rehusado el combate, desciende a los infiernos.

68. Sí, habrá coronas para todos los que combaten conforme a las reglas de la lucha. ¿Cuáles son estas reglas? A menudo me he hecho esta pregunta. *Estote Portes et pugnate cum antiquo serpente*, nos dice San Pedro: *cui resistite Portes in fide*. ¿A quién hay que resistir? Al demonio. Y hacerlo con perseverancia: *qui perseveraverit...* ¿Cuáles son las armas? Tal vez pensáis tomar como armas vuestra inteligencia. Escuchad a San Pablo en su famoso capítulo 6.º a los efesios: *induite vos armaturam Dei*, y un poco más abajo habla del casco de salvación, del escudo de la fe, de la espada de la palabra de Dios. Cuando he visto todas estas reglas me he preguntado si no se podrían reducir a una o dos. Y me ha venido a la mente este pasaje de San Pablo: *Sic currite ut comprehendatis*. Hemos hablado de la guerra que hay que sostener contra el demonio, de la manera de debilitarle, no en sí mismo, sino rechazando sus dardos; hemos dicho que el demonio es fuerte porque tiene a su servicio al mundo y cómplices dentro de nosotros mismos. ¿Quién nos impide separarnos del mundo y combatir nuestras pasiones, sobre todo la dominante? Es lo que quiere decir ese pasaje de San Pablo; corred, combatid, pero de tal modo que...

69. Punto 3.º La corona es tan preciosa, que debemos resolernos a observar todas las reglas del combate para asegurarla.

Cuán bella es esta corona de inmortalidad. ¡Si el Espíritu de Dios quisiera mostrarnos toda su belleza, a fin de ligar este tercer punto con los otros dos, que anteceden! Esta corona de inmortalidad será incomparablemente más bella, que la que hubieran tenido Adán inocente y toda su posteridad de haber sido arrebatados al cielo sin pasar por la muerte.

Esta gloria, esta dicha, es la gloria misma de Jesucristo. He aquí lo que hace comprender la verdad de este pasaje. Nuestro Señor supone que un servidor fiel se presenta ante su tribunal para ser juzgado. Ha combatido y es preciso recompensarle. ¿Qué le dice Nuestro Señor? Ponderad bien estas palabras: *Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui*; entrad en el gozo de vuestro Señor, y esa alegría es Él mismo; entrad en el gozo de vuestro Señor y Dueño, porque es también vuestro gozo, el gozo del Hijo de Dios. ¡Qué meditación! Volved a meditar los tres puntos, elevad los ojos al cielo y estaréis determinado a todo.

4.ª Meditación

TRES CLASES DE TENTACIONES DEL DEMONIO

70. *Tunc Jesus ductus est a spiritu in desertum ut tentaretur a diabolo.* Jesús fue conducido por el espíritu al desierto para que fuera tentado por el diablo. (Mat. 4, 1.) A ejemplo suyo hay que retirarse al desierto para vencer las tentaciones; precauciones que tomar: el ayuno. Para combatir hay que ponerse en la posición más favorable, fuera del mundo, de lo contrario el demonio se pondrá encima.

1. Jesús fue tentado por hambre: tentación de necesidad. 2. Fue tentado por la vista de los bienes de la tierra: tentación de codicia. 3. Fue tentado por la esperanza de la impunidad por parte de Dios en acciones pecaminosas y temerarias: tentación de impunidad.

Si nuestro Señor no hubiese sido impecable por naturaleza hubiera sucumbido. Resistir a las tentaciones es combatir. Pero se puede combatir aun sin mezclarse activamente en la pelea. Así, un soldado combate al enemigo, cuando de lejos y tranquilo, mina el terreno, llenando las minas de pólvora; también los músicos combaten a su modo. Es un, buen modo de combatir y menos peligroso que avanzar con la bayoneta calada. ¡Qué buena profesión, si supiésemos combatir, no sólo cuando la ocasión se presenta, sino continuamente ajustándonos a las reglas del combate espiritual. ¿Cómo habérselas?

Punto 1.º Cuando somos tentados, lo somos en primer término por algún mal que nos amenaza y que queremos evitarlo

contra la voluntad de Dios: es la tentación de necesidad. Ejemplo de Nuestro Señor.

El demonio no ataca siempre con violencia, sino con astucia. Unas veces ataca con violencia de león, otras con astucia de serpiente. El demonio observaba a Nuestro Señor en el desierto y estaba admirado de su fortaleza y su valor, que le recordaba el valor de Moisés y de Elías, los cuales habían ayunado cuarenta días y cuarenta noches. Quería saber si Nuestro Señor era el Mesías. Aprovecha un momento favorable, cuando Nuestro Señor sintió hambre. He aquí la necesidad. El demonio se presenta y dice con audacia: Si eres el Hijo de Dios di que esas piedras se conviertan en panes. Si *filius Dei* es... ¿Va Nuestro Señor a probarle que es el Hijo de Dios? Al hacerlo iría contra los designios de su Padre, contra la economía de nuestra salvación. Nuestro Señor se siente entre la necesidad de tener pan o de desobedecer a Dios. ¿Cómo resiste? Por su sumisión al Padre. No dará la prueba de que es el Hijo de Dios; pero le probará que está enteramente sometido a Dios; que el hombre está obligado ante todo a hacer la voluntad de Dios. Esto significan las palabras: *Non in solo pane*, etc. La palabra de Dios, he ahí, nuestro pan, nuestro alimento, nuestra vida. San Pablo, cuando habla del soldado cristiano le da un casco, un escudo, una espada, calzado para estar dispuesto, una coraza, etc. He ahí a Nuestro Señor provisto de todas estas armas y dispuesto a la lucha. El demonio le ataca; Nuestro Señor opone el escudo de la fe: *scriptum est*. Y esta palabra de fe, cual una espada hiere al mal espíritu, lo mismo que una espada material hiere a un cuerpo material. Lo mismo haríamos nosotros si estuviésemos bien dispuestos... Recurrámos a la palabra de Dios y respondámos al tentador: Yo serviré a Dios.

72. Punto 2.^o En segundo lugar la tentación puede ser de algunos bienes que nos halagan y que quisiéramos poseer contra la voluntad de Dios. Tentación de codicia. Ejemplo de Nuestro Señor.

Por el poder superior que tienen los demonios sobre los cuerpos el demonio toma a Nuestro Señor y en un instante le transporta sobre una alta montaña. Allí le presenta todos los reinos del mundo, con todo su esplendor. Todos estos bienes te daré, si prosternándote me adoras. *Si cadens adoraveris me*. ¿Qué hace nuestro Señor? Opone la palabra de Dios. A Dios sólo adorarás. Cuán feliz seré si sirvo al Señor; una felicidad eterna será mi herencia. He ahí la armadura, he ahí la espada que emplea Nuestro

Señor. El demonio sale vencido. ¡Cuánto daño causan las tentaciones de infidelidad y de codicia! Yo no puedo, vosotros no podéis, pero Dios lo pide. ¿Qué se dirá de mí?, decís. No lo sé, pero Dios habla. Yo me las arreglaré de este modo, decís. Pero tened cuidado no lo hagáis como aquel mayordomo del Evangelio. ¿Qué quiero llegar a ser? ¿Qué haré? Grave aprieto. Bien veía el remedio de salir de aquel aprieto. Era trabajar la tierra: *fodere non valeo*; o bien mendigar: *mendicare erubesco*. He ahí el gran aprieto. Para salir de él se arregla con los deudores de su amo con detrimento de éste y provecho propio. Dios supo muy bien arreglárselas para salvar a José de la alternativa de perecer o de pecar. Sólo una cosa es necesaria: servir al Señor. Susana se ve entre la muerte o el pecado, y Dios la libra de ambas cosas.

73. Punto 3.^o En tercer lugar es la esperanza de impunidad que nos hace atrevidos para evitar algún mal o alcanzar algún bien, contra la voluntad de Dios: tentación de impunidad. Ejemplo de Nuestro Señor. Nuestros primeros padres fueron tentados de este modo. Dios nos ha dicho que moriríamos. De ninguna manera, dice Satanás. No moriréis. He ahí la tentación de impunidad. El temor del infierno nos detiene. ¿Qué hace el demonio? Cuando ve que ese temor ejerce mucha influencia en nosotros trata de ilusionarnos con la idea de que no seremos castigados y nos dice: La bondad del Señor es muy grande...

El demonio coge otra vez al Señor y le transporta sobre el pináculo del templo. San Mateo pone esta tentación en segundo lugar, y San Lucas, en el tercero. Este orden es más natural. El demonio empeñado en ver si Jesucristo es el Hijo de Dios le dice: Escrito está que Dios ha ordenado a sus ángeles... *Scriptum est...* Entonces el Señor le ordena que se retire: está escrito: no tentarás al Señor tu Dios. *Non tentabis*. Quisiera que retuviéseis bien esta última palabra y que Dios os diese la inteligencia de la misma. ¡Cuánto habrías avanzado entonces!

74. Todas esas tentaciones desaparecen si se tiene fe. Muchos pretextos son completamente ilusorios. Si se les examina bien se ve que son totalmente quiméricos. La manera de combatir las tentaciones se basa en el Evangelio. Jesús, dice el Espíritu Santo, ha sido tentado en muchas cosas para servirnos de modelo. Y si es preciso morir, ¿no sabéis que vuestra muerte va a ser principio de una nueva vida? Por eso nos advierte nuestro Señor: *Non in solo pane vivit homo*.

5.ª Meditación

SOBRE LA VOCACION RELIGIOSA

75. *Ecce ego, quia vocasti me.* Heme aquí, pues me habéis llamado. (I Reg. 3.)

¿Cuál es la vocación a la que debemos responder? Es la vocación al estado religioso. Después que hemos creído que Dios nos llamaba, debemos responder: Heme aquí, Señor haced de mí lo que os agrade.

Punto 1.º Lo que Dios ha hecho por nosotros al llamarnos a la vida religiosa. Tal vez piense alguno que tendría más seguridad de su vocación divina, si hubiera sido llamado a alguna orden en la que hubiera muchos ayunos y austeridades. No, lo esencial del estado religioso está en las renunciaciones que uno hace. Sois tan religiosos como esos ermitaños de vida retirada. ¿Quién os ha llamado? Es Dios, vuestro creador. ¿Para qué os ha llamado? Para hacer de vosotros un templo, para establecer en vosotros su reino.

Todos los cristianos pueden esperar recibir de Dios sus luces y consuelos. Pero vosotros sois no sólo sus servidores, sino sus confidentes y amigos: *Vos amici mei estis.* ¡Nunca había pensado en ello! ¡Qué elevación!

76. Pero también debemos esperar grandes tentaciones, porque el demonio, envidioso por vernos tan elevados, pondrá en juego todo su poder, para apartar a aquellos que todavía no han abrazado ese estado, y para hacer que los que han entrado se arrepientan. Si todo cristiano que sirve a Dios es rey, ¿cuál no será el reino del religioso? Concedid un noble orgullo por vuestro estado. Reináis sobre vuestras pasiones, sobre el mundo y el infierno. Se os desprecia, pero antes han menospreciado a Jesucristo. Compartiremos los desprecios con Cristo. Comprenderemos, y también los mundanos lo comprenderán, que tenemos razón en gloriarnos con Jesucristo. Cuando estemos colocados por encima de todos los ricos y potentados del mundo para juzgarles, éstos temblarán, porque esperarán de nuestra boca la sentencia terrible que jamás será revocada.

Elección de nosotros entre mil. Si un rey escogiera para hacerle su confidente a un hombre de ínfima categoría... Si Dios nos diese un rayo de su luz para comprenderlo...

77. Punto 2.º Qué espera Dios de nosotros después de habernos llamado.

Dios espera de nosotros que le pertenezcamos por completo. El estado religioso es un estado de inmolación. Ya no tenéis nada vuestro; sois todo de Dios; pero podéis creer que si os entregáis por completo a Dios, El se cuidará de vosotros y jamás os faltará.

El estado religioso es un estado de perfección. Dios no os exige que hayáis llegado ya a ella, pero sí que tendáis continuamente. Es una montaña cuya cumbre se pierde de vista. Subid siempre, tened la firme resolución de no rehusar nada a Dios. Sin generosidad se hace muy poco. ¿Qué es ser generoso? Es estar dispuesto a sufrirlo todo por la justicia. Cuanto mayores son los sacrificios que Dios pide a un alma, mayores señales son de su protección para con ella. La Santísima Virgen comprendía bien lo que era ser generosa, cuando se encontraba al pie de la cruz.

Quien nos ha llamado a un estado tan santo, quien de las tinieblas nos ha llamado a la luz, sabrá darnos también fuerzas.

78. Si sentís desanimaros, si las luces se debilitan, acordaos de que os habéis consagrado especialmente a la Santísima Virgen. ¿No veis que en nuestro Instituto todo está orientado hacia la santa Madre de Dios? Si la devoción a María es un signo de predestinación -la mayor señal de predestinación, según algunos-, ¿qué no se debe esperar de una Orden que está consagrada a la Virgen? Está predestinada a grandes favores. Podemos pues decir: "¡Santísima Virgen! Tuyos somos; nos hemos consagrado a Ti; bajo tu protección combatiremos para propagar tu culto. Si se trata de ir hasta el extremo del mundo, aquí tienes misioneros. Si se trata de sufrir todas las persecuciones, tienes mártires. Si te servimos con tanta abnegación, no podemos menos de contar con tu protección." Así es como podemos dirigirnos a María. Si son necesarios milagros, le pediría milagros, estando seguro de que los obtendría.

Roguemos al Señor que nos haga comprender el tema de nuestra meditación: sublimidad de nuestro estado y cómo espera el Señor que correspondamos a él.

6.ª Meditación

COMO ESTA FORMADA LA CORONA DE LA VIDA O FELICIDAD
SUPREMA PROMETIDA A QUIENES GUARDAN LAS LEYES DEL
COMBATE ESPIRITUAL

79. *Ego ero merces tua magna nimis. Yo mismo seré tu recompensa inmensamente grande.* (Gén. 15, 1.)

Es la promesa o una parte de la promesa más magnífica que Dios hizo a Abraham. Dios podría comunicar a los suyos, en el tiempo, bienes en diversos grados de perfección que fuesen suficientes para hacer feliz al hombre, porque el hombre es un ser finito. Pero Dios no estaría satisfecho con ello, puesto que Dios es una bondad infinitamente grande y una bondad infinita quiere comunicarse infinitamente. Pero ¿cómo podría comunicarse infinitamente si no es dándose a sí mismo? Por este motivo Dios ha puesto en todos los objetos defectos diversos para que el hombre no pueda encontrar su felicidad en ninguno de los placeres de este mundo. Por eso, Dios nos prepara otra felicidad, y ésta es El mismo.

80. En los bienes de este mundo no se encuentra más que vanidad, inquietud y fragilidad. Son tres gusanos roedores. Las cualidades opuestas a estos tres defectos deben constituir la verdadera felicidad. En el Cielo, plenitud, tranquilidad y eternidad de todos los bienes; tres propiedades de la dicha que debe aparecérsenos como infinita, si comprendemos lo que dice San Pablo, que esta dicha no será otra que Dios, el cual será todo en todos; *Deus omnia in omnibus* (I Cor. 15,25).

¿Por qué se llama al soberano bien, la vida eterna, una corona de vida? Porque esta corona supone combates. Hay que distinguirla del signo que indica la realeza. Se entiende que hablo de la recompensa del Cielo; todos los bienaventurados serán reyes.

81. Punto 1.^o En el Cielo, plenitud de bienes; Dios será todo; omnia. 1. En multitud de bienes; 2. En unión de bienes; 3. En perfección de bienes.

1.^o Multitud de bienes. En Dios se reúnen todos los bienes; fuera de Dios no hay bien alguno; fuera de Dios no hay nada. Dios es el único bien radical que produce todos los bienes, la fuente de todo bien. Vosotros los que anheláis bienes que puedan llenar la capacidad de vuestros deseos; buscadlos en Dios. ¿Por qué

tememos separarnos de estos bienes cuando creemos que un día entraremos en posesión de Dios? ¿Cómo se puede considerar como un sacrificio el de renunciar a todo, puesto que al dejarlo todo nos encontramos con el todo? Y ¿cómo podemos apegarnos a estos bienes que pueden hacernos perder a Dios? ¿Cómo es posible amar otra cosa que no sea Dios? Supongamos todas las bellezas del universo y cuanto hay en él de más excelente, por ejemplo el Sol. Pues bien: en Dios son posibles soles cien veces, diez mil veces más hermosos. Si el Sol nos parece tan admirable ¿qué será cuando?... Es que no pensamos en ello.

82. 2.^o Plenitud de bienes en la unión con Dios. Todos los hombres no pueden gozar de todos los bienes al mismo tiempo... y no hay más que una parte de nosotros mismos que puede gozar de ellos; supongamos, el oído, el gusto, etc. En Dios se encuentran reunidos todos los bienes; gozaremos de todos ellos a la vez porque nos encontraremos en la esencia misma de la felicidad. Hagamos aquí una observación. Todo es gozo en Dios. Notad que todo nuestro ser, lo mismo el espiritual que el corporal disfrutará de El. Nuestro cuerpo será espiritualizado y, al mismo tiempo que gozaremos de la verdadera amistad de Dios, nuestros sentidos encontrarán en El una gran dulzura. Pero atengámonos a nuestros principios.

83. Plenitud de todos los bienes en su perfección. ¿Por qué salimos tan pronto disgustados de los bienes de este mundo? Porque son imperfectos. Quienes tienen alguna experiencia de ellos, comprenderán lo que quiero decir. Solemos forjarnos ideas engañosas sobre el particular. Todos son más hermosos cuando no los tenemos que cuando los tenemos. Además, no gozamos de los bienes de este mundo más que en algunos de sus efectos; pero no contienen la felicidad. Por el contrario, los bienes de la eternidad son perfectos en sí mismos; seremos dichosos al poseerlos y, sin embargo, los deseos se renovarán siempre y tendremos siempre lo que estaremos deseando.

84. Punto 2.^o En el Cielo, tranquilidad perfecta, verdadero Paraíso de reposo y de placer.

Dios será todo en todos: *omnia in omnibus*. Todo en todos los bienaventurados y en cada uno de ellos. ¿Qué es lo que nos turba y nos inquieta en este mundo? ¿No es cuanto hay de penoso en tales bienes? Supongamos, v. gr., que tuviésemos que trabajar la tierra como Adán antes del pecado. Entonces seríamos dichosos. Lo que

nos turba son las pasiones, la envidia. ¿Por qué? Porque nos inquietamos por lo que no tenemos. No sucede otro tanto en la Patria celestial. Los bienaventurados gozan de la plenitud de todos los bienes. Como Dios lo es todo en todos los bienaventurados y en cada uno de ellos, no puede haber envidia. Comparación de cómo Dios es todo para todos y todo para cada uno. ¿Acaso el Sol no es para todos? El sonido de la voz, ¿no es para todos? Es una herencia que todos poseen; no hay división.

85. Punto 3.º En el Cielo, eternidad de todos los bienes.

Los bienes de que gozaremos en él no los perderemos porque son eternos, ni tampoco nosotros fallaremos porque somos inmortales.

1.º ¿Quién podrá quitarnos estos bienes? ¿Acaso los condenados? No, porque hay un abismo entre el Cielo y el infierno. Los santos no tienen por qué temer que venga el demonio y les arrebathe la felicidad. Nunca será heredero del Cielo. ¿Será acaso Dios? Dios se ha dado Él mismo y ha querido sus méritos, Dios no se arrepiente de nada. Es una bondad infinita. Así comprendemos lo que el Señor decía a sus Apóstoles: *gaudium vestrum nemo tollet a vobis*. ¡Qué cualidad para un bien el de ser eterno! Cuando se compra una cosa, se examina si es sólida, si es eterna. Pero sin todos estos razonamientos comprenderemos que estos bienes son eternos.

86. 2.º Dos eternidades hay aquí: la de los bienes y la de quienes los gozan.

Estos bienes son Dios mismo. Pero Dios es eterno. Los bienaventurados viven de Dios; tienen la vida eterna. Encerremos cuanto acabamos de decir en estas pocas palabras del profeta Isaías, el cual nos ha pintado la felicidad del Cielo: *sedebit populus meus in plenitudine pacis, et in tabernaculis fiduciae et in requie opulenta* (Is. 32, 18). Mi pueblo ya no será entregado a la inconstancia de los acontecimientos sino que, en plena tranquilidad, gozará de un descanso eterno, de la plenitud de todos los bienes; vivirá en paz, siempre seguro de que sus bienes no perecerán. ¿Queremos ahora poseer esta corona? Ya sabéis de que está compuesta. Dios la ha prometido a nuestra fidelidad: *Esto fidelis et dabo tibi coronam vitae*. Sed fieles ¿a qué? A guardar las leyes del combate espiritual. Os repito lo que decía la madre de los Macabeos al último de sus hijos: *Fili, aspice coelum*. Mirad la corona

que está colgada encima de vuestras cabezas: *Sic currite ut comprehendatis*: Corred de tal modo que logréis esta corona de inmortalidad.

7.ª Meditación

DE LA VIDA DEL ESPIRITU Y REPRESION DE LOS DESEOS DE LA CARNE U OPOSICION FORMAL ENTRE LA CARNE Y EL ESPIRITU

87. *Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis*. Caminad y conducíos según el espíritu; así no llevaréis a cabo los deseos de la carne (Gal. 5, 16). El espíritu y la carne están siempre en guerra mutua: *haec enim sibi invicem adversantur* (Ibid. 17).

NOTA: La vida del espíritu o vida espiritual o vida del espíritu de Jesucristo son una misma cosa. Conducirse según el espíritu es obrar según el espíritu de Jesucristo: *Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus*: si vivimos según el espíritu, conduzcámonos según el espíritu (Ibid. 25).

88. ¿En qué consiste el caminar según el espíritu? ¿Cuáles son los deseos de la carne? Antes de examinar lo que es la vida del espíritu, hay que ver cómo hay una oposición entre la vida del espíritu y la de la carne. Podemos notar, ante todo, que necesariamente hay oposición. Quien vive según la carne no puede vivir según el espíritu, y viceversa: *haec enim sibi invicem adversantur*. ¿De qué espíritu habla aquí San Pablo? Dei espíritu de Cristo. Hemos hablado de la vida del espíritu: pero no hemos tocado aún el punto esencial.

89. La vida del espíritu es la muerte de la naturaleza. Porque si nuestras pasiones están vivas, es imposible que vivamos de la vida del espíritu; por eso dice San Pablo: *spiritu ambulate*, etc. Tenía ganas de hablaros primero de la vida del espíritu y luego de la represión de la carne. Pero así habría separado lo que no admite separación; lo que San Pablo no separa. Otra observación: San Pablo entiende por deseos de la carne toda clase de vicios y por vida del espíritu, entiende todas las cualidades de la vida de Cristo. Este pasaje está tomado del capítulo 5 de su Epístola a los Gálatas. En ella hace una enumeración de los vicios de la carne, los cuales son vicios del alma más que del cuerpo; pero que no vienen más que por el cuerpo. Nuestro objeto no consiste en hacer la distinción de los vicios, sino en comprender qué vida tenemos que llevar. Vida

de cristiano y vida de religioso es la misma vida. La vida del religioso que es un perfecto cristiano-es enteramente opuesta a la vida de la carne. Los deseos de la carne no son sólo los vicios de la impureza, son todos los vicios. ¿Acaso nuestras almas no estarán siempre encerradas en un cuerpo, en una naturaleza viciosa?

90. Es verdad; pero notadlo bien; eso no nos impide el seguir el espíritu de Cristo. ¿Qué hace Cristo en un cristiano determinado a todo? Se le une a sí mismo; ambos unidos, deben caminar. Pero nosotros nos hemos unido voluntariamente. Dice San Pablo: Quienes están animados del espíritu de Dios son hijos de Dios: *quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei*. Los religiosos que no están unidos a Dios para dejarse dirigir por su espíritu no son más que fantasmas de religiosos. Habéis oído hablar de lo que es una quimera: es un religioso que quiere conducirse según su espíritu, seguir sus propias ideas. Pidamos este espíritu de Dios; que obedezcamos al espíritu de Dios y que no obedezcamos al espíritu de la naturaleza.

91. Hay que ir siempre a los fines de la verdad. Diréis vosotros: "Eso es muy espiritual." Sin duda alguna, pero tenemos que comprender bien lo que estamos haciendo. Los primeros cristianos lo comprendieron bien. ¿Acaso los religiosos no son hijos de Dios? Sí; pero podemos emplear aquí una expresión de las personas del mundo: los hay que no son hijos legítimos. Pidamos a Dios que no perdamos de vista la corona. Si lo hacemos, entonces nos olvidaremos de combatir y perderemos esta generosidad... Miserere...

92. Punto 1.^o Esta expresión: "Espíritu de Cristo" significa dos cosas: la manera de vivir que ha abrazado en la tierra y el principio de su conducta que es el Espíritu Santo cuyos movimientos seguía con una sumisión perfectísima. ¿No es evidente que para vivir de la vida de Cristo hay que matar en nosotros todos los movimientos de la naturaleza y sujetar todas las potencias de nuestra alma a las impresiones de la gracia?

93. Punto 2.^o Los santos en el Cielo y los buenos religiosos en la tierra viven de la vida del espíritu; quiero decir del espíritu de Cristo, con esta diferencia: que los santos viven del espíritu de Jesús glorificado y los religiosos, del espíritu de Jesús crucificado.

94. Punto 3.^o Un religioso que no es espiritual es una quimera y un fantasma. ¿Qué se entiende por vida del espíritu? Es lo que se

dice a menudo sin entenderlo: la vida espiritual. Y ¿qué es vivir espiritualmente? Los más sabios os dirán: "Es una vida que se opone a la vida de la naturaleza." Tenéis razón; esta idea es exacta. Hay verdaderamente una oposición. Pero esto no nos lleva muy lejos porque se dirá: quien se mortifica, quien no comete grandes pecados, ¿no lleva una vida espiritual? Hay que ir mucho más lejos. La vida espiritual no es otra cosa que la vida de Jesucristo, la vida según el espíritu de Cristo; de manera que se pueda decir: no tengo mi propia vida; no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí: *Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.*

95. ¿Qué es un verdadero religioso? Es el que vive del espíritu de Cristo; quien vive de la misma vida de Cristo. Pero ¿qué es la vida de Cristo? No hay que contentarse con notar sin examinar; sin ello, a menudo se forjan ilusiones. La vida de Cristo es la manera de vivir que Cristo ha abrazado y el principio que ha sostenido y actuado, por decirlo así, en Jesucristo, para hacerle seguir esta manera de vivir; es decir, el Espíritu Santo, que es el espíritu mismo de Cristo, a quien Jesús se ha sometido enteramente. El Espíritu Santo ha conducido a Jesucristo y ha sido el principio de la vida que Él ha abrazado.

96. ¿Cuál será el principio de nuestra vida, ese principio interior de movimiento que es preciso tener en nosotros? Debe ser el Espíritu Santo en el sentido en que se ha comunicado a Cristo para hacernos llevar la vida de Jesús. Quien no va con toda la rectitud, no se abandona a la dirección del Señor. El espíritu de Dios no nos ilumina desde el momento de la encarnación más que como iluminó a Cristo. Es lo que nos explica otro pasaje de San Pablo: *hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.* De manera que, si tenemos el mismo criterio de Cristo pensaremos como Él, haremos como Él y amaremos lo que Él amó.

97. Su primer paso, su primera aparición en la tierra, fue en un establo. Es una revolución de todas las ideas humanas. Cristo es ese admirable conjunto de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. La naturaleza humana en Cristo residía en una sola persona. Viene a la tierra como un niño; quiere ser puesto en un pesebre. Ved toda su vida y decid si se desmiente esta su línea de conducta. No tenía casa propia ni siquiera tenía una cama propia. ¿Cómo lo sabemos? Porque nos lo dijo El mismo. Uno de sus discípulos le dijo un día: Maestro ¿en dónde habitas? Porque quiero seguirte. Nuestro Señor le respondió: *Vulpes foveas habent, et filius*

hominis non habet ubi caput reclinet. Cuando salió de este mundo ¿qué tenía? La cruz. ¡Qué muerte! He ahí una vida espiritual. En eso consiste el llevar la vida de Cristo. Cuando San Pablo nos aconseja: *spiritu et ambulate*, es como si nos dijera: Ved lo que Cristo ha hecho; lo que Cristo ha amado.

98. Alguno creerá que lleva una vida espiritual porque vive sometido a una regla o porque no toma parte en las diversiones del mundo. Hace falta una vida como la del Hombre-Dios, una vida divina. No es de extrañar que se llame al cristiano hijo de Dios. ¿Qué es un hijo? Es el que recibe la vida de su padre. Nosotros tenemos la vida de Nuestro Señor: *ego sum vía, veritas et vita.*

99. Ahora tengo que explicaros una palabra que se entiende muy mal: la dirección del Espíritu Santo. Quiere decir que el Espíritu Santo nos conduce como un padre, o como una madre lleva a su hijo de la mano. Cuando un niño se ve llevado de este modo, no teme nada. A esto se llama la dirección del Espíritu Santo. Cuando miramos la cuestión de este modo, el orgullo no puede encontrar resquicio alguno. Cuando vemos la desproporción entre nuestra vida y la de Cristo que es nuestro modelo, entonces nos damos cuenta de cuán por encima de la nuestra está la vida de Cristo. El cielo mismo no está tan alejado de la tierra.

100. La vida de Cristo se eleva por encima de la razón humana. No es razonable. ¿Qué pretendéis decir contra las reglas de la razón suprema? Es como si alguno no quisiese juzgar de las cosas a la luz del sol, sino a la luz de una lámpara. Es la comparación empleada por el mismo profeta David. ¿Qué diríais de un arquitecto que, para trazar los planos de un gran edificio, dijese: "no quiero durante el día trazar estos planos, sino durante la noche, a la claridad de una lámpara." ¿Somos nosotros más razonables que este arquitecto? Queremos saber la vida que hay que llevar para asegurar la gloria eterna. El hombre cree con su razón humana que es mucho menos que una lámpara con respecto al Sol.

8.^a Meditación (M. Bouet)

EL VOTO DE POBREZA

101. *Evangelizare pauperibus misit me*: (El Señor) me ha enviado para anunciar la buena nueva de la salvación a los pobres (Luc. 4, 18).

Comenzaré a hablaros del voto de pobreza, del desprendimiento de todo, si bien otros empiezan por el voto de obediencia. Roguemos al Señor que me asista y que os haga comprender una verdad tan importante y después la llevéis a la práctica; es decir, que viváis como pobres. Miserere.

102. Punto 1.º Qué exige la pobreza religiosa.

A qué os habéis obligado, vosotros los que habéis hecho el voto de pobreza; cuáles son las obligaciones que os disponéis a asumir, vosotros los que tanto nos habéis prometido. Os habéis despojado de cuanto poseáis en el mundo. ¡Ojalá hubiese entre vosotros quienes hubiesen renunciado a una corona! A ese tal, yo le diría: "¡Qué feliz sois!" Pero no os entristezcáis vosotros los que no habéis podido dejar... aunque no hayáis dejado otra cosa que la voluntad de no adquirir nada. Si habéis dicho con toda vuestra alma: "Ya veis, Daos mío, con qué alegría os sacrifico lo poco que puedo sacrificaros: esta choza... Si tuviese un palacio, también os lo sacrificaría..." Estos son hermosos sentimientos. Por poco que hayáis dejado, bendecid al Señor, si este sacrificio lo habéis hecho de corazón.

103. Pobreza exterior. Renuncia perfecta a todas las cosas. Creo que así la habéis realizado. Pues bien: bendecid al Señor; debéis tener mucha confianza en las promesas que os ha hecho y que voy a explicaros. Pero no estoy suficientemente tranquilo y os preguntaría: "Habéis renunciado a todo; pero se os permite el uso de ciertos objetos; notad que se requiere que os los para que podáis hacer uso de ellos. Ni siquiera una estampa sin permiso expreso o tácito. Poca cosa es en apariencia; pero que ha causado la perdición de muchos religiosos. Pero si se suman varios objetos, entonces sí es cosa grave; al fin, acaba uno por ser propietario en materia bastante grave.

104. En segundo lugar, en las cosas que usáis, tened cuidado con el afecto hacia ellas; es preciso que os encontréis dispuestos a despojaros de ellas cuando os lo pidan. Otra observación: es que ni

vuestro superior ni vosotros podéis tener cosas de adorno y vestidos demasiado ricos. Renunciad a cuanto tenéis y a cuanto podéis esperar.

Es imposible tener el espíritu de Jesucristo si no se desprecian soberanamente las riquezas; tal es la señal de que se tiene el espíritu de Cristo; y si los santos se han visto en la precisión de conservar sus riquezas, han gemido por ello ante el Señor. Y si es digno de envidia el ser rico, ¿por qué Nuestro Señor ha lanzado sus maldiciones contra los ricos? *Vae vobis divitibus!* Tal anatema recae sólo sobre las riquezas, no sobre los ricos que están desprendidos de ellas de espíritu. Pues bien: ¿no dáis gracias a Dios por haberos inspirado el deseo de despojaros de ellas?

105. Juzguemos de las cosas a la luz de la fe. A pesar de la profesión de ser pobres voluntarios, juzgamos, a menudo, como los mundanos y estimamos las riquezas. Aunque no nos hayamos visto expuestos al peligro de las riquezas, no penséis que eso no nos afecta porque podíamos esperar encontrarlas en el mundo. ¿De dónde vienen todos esos deseos que reinan en el mundo? Vienen de las riquezas: *radix omnium malorum, cupiditas*. Tales y cuales que se habrían salvado en la medianía, se han perdido en las riquezas. Decid a Satanás que no queréis tales bienes; que se las dé a quienes deben arder eternamente con él. Os habéis despojado de las riquezas; os han prometido el Cielo; estad satisfechos.

106. Punto 2.º Lo que promete la pobreza religiosa.

Habéis renunciado a todo y no queréis gozar de nada que pueda contrariar a vuestro voto. No os aflijáis; sabéis que los Apóstoles que iban tras el Señor, le preguntaron: Maestro: ya sabes que lo hemos dejado todo para ir en tu seguimiento: *ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te*. ¿Cuál será la recompensa de nuestro sacrificio? ¿Qué les respondió el Señor? Al seguir en pos de mí y al renunciar a todo, no creáis que habéis hecho un sacrificio muy grande. Lo que os prometo vale mucho más: *amen dico vobis, centuplum accipietis...* Para explicar en qué consiste ese céntuplo hay mucho que decir.

107. Ese céntuplo es la plenitud de la felicidad eterna; en el Cielo prometido a los pobres se encuentra ese céntuplo. El primer efecto de la observancia del voto de pobreza es una gran libertad de espíritu. ¿Qué es lo que nos inquieta? Es el afecto a los bienes

terrenos. Una persona despegada de ellos goza de una gran libertad de espíritu.

El segundo efecto es la fuerza y el valor. Si nos hiciésemos cargo de los grandes favores que Dios concede a la pobreza, quedaríamos maravillados de ellos. Ejemplo: San Francisco de Asís. Seamos verdaderamente pobres y la Providencia no nos dejará de su mano. Aunque fuésemos tan fuertes como los cedros del Líbano, tenemos que temer a las riquezas. Si nos vemos en la precisión de poseer bienes, y si no los poseemos temblando, estamos perdidos, ya que todos los males se abatirán sobre nosotros. Santos Fundadores.

108. Pero si somos fieles a la pobreza, llegaremos a ser un objeto de admiración para el mundo y de consuelo para la Iglesia. ¿Creéis que no será edificante el ver a nuestros sacerdotes cubiertos con una sotana raída recorrer nuestra Patria y quizás lejanos países? Y en cambio ¡qué escándalo si sucediese lo contrario! ¡Cómo edifica el ver a los Hermanos consagrarse enteramente, sin esperar recompensa alguna en este mundo, a la educación de la juventud! ¡Observando la pobreza nos multiplicaremos hasta el infinito; pero si sucediere lo contrario, no se verá en nosotros otra cosa que hombres infieles a su promesa... Invocación a la Virgen.

9.ª Meditación

(continuación de la 7.ª)

109. *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Rom. 8, 13).

NOTA: Vivir es tener en sí un principio interior de movimiento. Vivir espiritualmente es no tener otro principio interior de movimiento que el Espíritu Santo, no obrar más que movidos por el espíritu de Jesús, no vivir más que de su espíritu, haciendo cesar todo otro movimiento. Vivir según la carne consiste en tener por principio interior de sus pensamientos y de sus actos, las inspiraciones de la carne o naturaleza corrompida.

110. Dos grandes oráculos: la muerte y la vida. Vivir según la carne, es decir, según las pasiones y vicios: he ahí la muerte; *si secundum carnem vixeritis, moriemini*. Por el contrario, resistir siempre a las inspiraciones de la naturaleza, combatir a esa naturaleza a fin de entregarse a la dirección del espíritu de Cristo ya

lo hemos dicho- ésa es la vida: *si autem facta carnis mortificaveritis, vivetis.*

111. Moisés dijo en otro tiempo a los israelitas: Os he presentado la muerte y la vida, etc. San Pablo aseguró lo mismo dirigiéndose a los cristianos: presenta también la muerte y la vida; ya sabéis lo que es vivir del espíritu y no de la carne. ¿Qué es vivir? Vivir, en general, es tener un principio interior de movimiento. Así de algunos de los vegetales decimos que están muertos. ¿Por qué? Porque ya no hay en ellos un principio capaz de recibir la vegetación. El hombre está vivo cuando su alma permanece unida a su cuerpo; pero cuando el alma se separa de él, entonces sobreviene la muerte. ¿Qué es vivir espiritualmente? Hacer que nuestros actos estén dirigidos por el Espíritu Santo; por el espíritu de Jesús. En ese caso la vida es realmente espiritual, ya que el principio de todos sus movimientos es el Espíritu Santo; uno se hace hombre espiritual; vive espiritualmente.

¿Qué es vivir según la carne? Dejarse llevar por las inspiraciones de la carne y de la naturaleza corrompida. Pues bien: la vida espiritual, esta vida enteramente divina, germen de la vida eterna, consiste en dejarse guiar por el espíritu de Jesucristo y por consiguiente, combatir la naturaleza.

Nacemos con el pecado; es el que llamamos pecado original. Partimos hacia el Cielo; por nuestra naturaleza misma estamos destinados al Cielo. ¿Qué es lo que nos llevará a él? No será el espíritu de la naturaleza, sino el espíritu de Cristo.

113. Meditemos esta verdad que encierra en sí misma otras varias. Vamos a meditar más particularmente acerca de la violencia que tenemos que hacernos para combatirnos a nosotros mismos y para salir de nosotros mismos. Después examinaremos algunos motivos que nos impulsan a dejarnos guiar por el espíritu de Cristo; por último, indicaremos algunos medios que tienen que emplear quienes quieran entregarse a la dirección del espíritu de Cristo. Miserere...

114. Punto 1.^o Quien quiera vivir según el espíritu, es preciso que se haga violencia, y para hacerse violencia es preciso que salga de sí mismo. Ejemplo de Nuestro Señor.

San Pablo sentía dentro de sí como dos hombres: uno que sólo buscaba y quería el bien, la virtud, la gloria de Dios; al mismo tiempo sentía otro que sólo tenía inclinación al mal y a los vicios.

Todo cristiano que entra dentro de sí mismo comprueba que realmente dentro de sí mismo hay dos hombres. ¿Por qué? Porque hay en nosotros un principio de vida espiritual y un principio de vida carnal. Como cristianos, tenemos en nosotros un principio que despierta en nosotros el gusto de la virtud; pero al mismo tiempo tenemos la concupiscencia que es un principio de vida en nosotros. De ahí proviene esta oposición que sentimos en nosotros. Esta vida de la concupiscencia, esta inclinación al mal que tenemos en nosotros y, al mismo tiempo... de ahí la lucha. Lo que el Espíritu quiere, la carne no lo quiere y lo que la carne desea, el Espíritu Santo no lo quiere: *haec enim sibi adversantur*. ¿Qué resulta de ahí? Que el espíritu combate contra la carne continuamente; de otro modo, quedaría vencido: *si secundum carnem... moriemini*. Pero si nos empeñamos en combatir siempre a la carne, entonces viviremos.

115. ¿Qué haremos, por consiguiente? Hay que hacerse violencia: *regnum coelorum vim patitur*, y sólo quienes se hacen violencia podrán arrancárselo al enemigo que nos lo disputa. Convenimos en que hay que hacerse violencia; pero, ¿qué clase de violencia? ¿De qué nos serviría el saber que hay que luchar si no supiésemos contra quién hay que combatir? Un principio de estrategia, cuando se quiere combatir, consiste en separarse un poco del enemigo.

116. ¿Qué hacer, por consiguiente? Hay que salir de sí mismo, alejarse de sí mismo, elevarse por encima de sí mismo, porque esos hombres están dentro de nosotros mismos. Es preciso que el hombre espiritual se aleje del hombre carnal; entonces es cuando empieza el combate. Primero hay que separarlos; mientras permanezcan apretados uno contra otro, no podrán darse golpes. Observemos al Señor; es nuestro modelo.

Primero veo a Nuestro Señor, al Hijo de Dios salir de su reposo, de ese reposo eterno e infinito, lleno de delicias. Le veo venir y aparecer en la tierra, entregarse a toda clase de trabajos, etc.

Comienzo ahora a entrever lo que habrá que hacer. Estoy apegado a mí mismo, tengo amor al reposo; es preciso que me separe, que deje esta pereza. Me cuesta llevarlo a cabo: ésa es la violencia: *vim patitur*.

117. Pero ¡qué motivo de aliento! Veo a mi divino Maestro trabajar por mi salvación durante treinta y tres años. Está sentado a la diestra del Padre. Pero no se ha sentado allí más que después de haber pasado por mucho cansancio... Basta ver el Evangelio. Pues bien: a pesar del cansancio y de que los Apóstoles se habían ido a buscar a la ciudad un poco de pan, Jesucristo continúa trabajando, instruyendo a la samaritana. Los Apóstoles se preguntan: ¿le habrá traído alguno algo de comer? No. Era su ardor el que le sostenía; trabajaba por nosotros. Pues bien: no tardemos en salir de este amor hacia nosotros mismos. Entonces daremos terribles golpes al enemigo, el cual quedará vencido. Siempre tendremos que combatir; pero siempre lograremos la victoria. Seremos felices por tener que luchar y por dar a Dios pruebas de nuestro amor para con Él.

118. Estudio a mi divino Modelo, encontrando que ha dejado, no sólo su descanso, sino también su felicidad eterna, y esto por... Sé la tenaz violencia que debo hacerme; sé que debo resistir a este amor, no sólo de mi descanso, sino también de mis inclinaciones más queridas. Somos sensuales: *animalis homo non percipit quae Dei sunt*. No entendemos: ¿Para qué tantos trabajos? Parecería que Cristo debía haberse retirado al Cielo. No fue así. Al contrario. Ya véis qué clase de muerte sufre.

119. San Pablo decía a los fieles: *no habéis resistido todavía hasta derramar sangre...* ¿Quién de nosotros ha resistido hasta derramar sangre? Miro, una vez más, a mi divino Modelo, encontrando que Él sale, por decirlo así, continuamente de sí mismo, para entrar en nuestro espíritu y en nuestro corazón, como un amigo que no tiene otras intenciones que las de sus amigos. Más aún: se encuentra verdaderamente en la Eucaristía... y yo saldré de mí mismo para ir a Dios. El verdadero amor nos hace salir de nosotros mismos... Jamás he encontrado medio más excelente de salir de nosotros mismos que el acrecentar la caridad. Algunos creen amar a Dios porque sienten, algunos buenos sentimientos hacia Él. Es tan bueno y tan amable que no puede uno menos de hacerlo. Pero eso no es caridad. Hay que salir de nosotros mismos: 1.º Porque Dios es infinitamente perfecto. 2.º Porque nos ha amado primero; 3.º Porque es benéfico por su propia naturaleza.

120. Punto 2º Motivos que nos obligan a dejarnos conducir por el espíritu de Cristo:

Al considerar a Nuestro Señor, veo que no se ha encarnado más que para darme su espíritu. Es conmovedor. ¿Voy a rehusar el don que Jesús ha venido a darme? ¡Cómo! ¿Jesucristo ha venido a la tierra para comunicarme su espíritu y yo no querría aceptarlo, ni querría dejarme conducir por su espíritu? ¿Qué diríamos de los israelitas a quienes Dios envió un ángel para conducirles y una columna que les dirigiera en el desierto, si hubiesen dicho: "No lo queremos; no tenemos necesidad de ello"?

121. Primer motivo: Jesucristo ha venido para conducirnos según su espíritu. Segundo motivo: Jesús es la sabiduría encarnada. No tenía necesidad alguna de alguien que le condujera y sin embargo, se sometió al Espíritu Santo. La Santa Humanidad de Jesús unida en una sola persona, a la naturaleza divina, no ha tenido nunca otros sentimientos que los del Espíritu de Dios; y nosotros, miserables, rehusamos la dirección del Espíritu Santo, la dirección del espíritu de Jesucristo para hacernos llevar una vida enteramente espiritual y divina. Tercer motivo: el espíritu de Jesucristo es verdaderamente el espíritu de Dios y el espíritu de Dios sólo puede llevarnos a Dios y sólo puede inspirarnos sentimientos de santidad. El Espíritu Santo es el lazo que une al Padre y al Hijo; que nos une a Cristo, y por Él, a la adorable Trinidad. Hablábamos de la caridad, del amor de Dios y de esta violencia que es preciso... para seguir las inspiraciones de Dios. Entreguémonos a este impulso divino que es quien formará en nosotros esta caridad.

122. Punto 3º Medios de reconocer cuál es la dirección del Espíritu Santo en nosotros y de hacernos dignos de ella.

El primero es seguir las inspiraciones que sintamos. Decir cómo estas inspiraciones pueden... El segundo medio es consultar y rezar a menudo, invocar las luces del Espíritu Santo. Rogarle que nos haga conocer los móviles de nuestras acciones y escuchar lo que el Espíritu Santo quiera decirnos en los momentos de gracia... Tercer medio: examinar cómo hacía Nuestro Señor. Yo iba en busca de un buen sacerdote que era mi director espiritual; cuando le preguntaba qué es lo que había que hacer, me contestaba: "Nuestro Señor no habría hecho esto; Nuestro Señor hacía así." Excelente respuesta.

Viernes: cuarto día de Ejercicios.

10.ª Meditación

DEL RELIGIOSO CRUCIFICADO A EJEMPLO DE CRISTO

123. *Ibi crucifixerunt eum*: allí, sobre el Calvario, le crucificaron (Luc. 22).

Llegado el Señor a la cima del Calvario, le extendieron sobre la cruz y le crucificaron: *ibi crucifixerunt eum*.

El religioso ha oído la voz de Dios, ha comprendido que Dios le ha llamado a él, como a su adorable Hijo, a extenderse sobre la cruz, a separarse de su naturaleza sensual, a dejar su descanso, a separarse de sí mismo; por fin, llega con alegría, y no como un esclavo, al Calvario. Pero por decirlo así, quien se crucifica es él a sí mismo. Sin duda alguna, obedece como su adorable Dueño: *factus obediens usque ad mortem*. El religioso, verdadero hijo de Dios, engendrado y animado por el Espíritu de Dios, se ve también conducido por el Espíritu de Dios: *ii sunt filii Dei qui spiritu Dei aguntur* (San Pablo a los romanos). Como el verdadero hijo de Dios, el hijo natural, que en el tiempo se ha encarnado para seguir los designios de su Padre, se hace obediente y obediente hasta la muerte, hasta que le hayan crucificado. ¡Qué felices seríais si en estos Ejercicios, El quisiera...!

(XXVIII) IV

1822. CHAMINADE (**Bidon**)

Octubre, 15

EJERCICIOS

RESUMEN DE LAS MEDITACIONES

(Revisado por el P. Chaminade)

1.ª Meditación

TORRE EVANGELICA. LA PERFECCION RELIGIOSA

124. *¿Quién de entre vosotros, queriendo construir una torre, no echa cuentas primero, despacio, de los gastos que tendrá que hacer para ver si la puede acabar?* (Luc. 14, 28).

Punto 1.º Grandeza de la empresa del estado religioso.

Punto 2.º Gastos que hay que hacer para levantar este edificio; la vida del religioso, es, por decirlo así, un estado de continuos sacrificios.

Punto 3.º Motivos de emprender, continuar y acabar este edificio, vistos tanto desde el punto de vista de Dios como de los intereses del religioso.

PLATICA DEL PRIMER DIA: LA ORACION

126. Tres clases de atención nos sirven para orar bien: la superficial, la literal y la afectiva. La primera consiste en poder dar cuenta del lugar de la oración en que se encuentra; es absolutamente necesaria. La segunda consiste en aplicar su inteligencia al sentido de las palabras que se pronuncian. La tercera, en producir sentimientos afectuosos sobre los homenajes que rendimos a Dios en la oración, sobre la gracia que le pedimos, sobre los atributos divinos que admiramos, etc.

La oración así expuesta no tendrá mérito alguno ante Dios ni provecho alguno para nosotros si sus frutos no consisten en portarnos según la ley de Dios y en una fidelidad continua para cumplirla.

3.ª Meditación

LOS COMBATES DEL RELIGIOSO CONTRA EL DEMONIO

(II Timot. 2, 5)

127. Punto 1.º Por qué se representa a la vida eterna bajo la imagen de una corona. Necesidad de combatir.

Punto 2.º Todos los combatientes no serán coronados. Leyes de los combates.

Punto 3.º La corona es de tal valor que debemos resolvernos a guardar todas las leyes del combate para asegurárnosla.

4.ª Meditación

TRES CLASES DE TENTACIONES DEL DEMONIO

128. *Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para que fuese tentado por el demonio* (Mat. 4, 1).

1. Jesús fue tentado de hambre. Tentación de necesidad.

2. Jesús fue tentado por la vista de los bienes de la tierra. Tentación de codicia.

3. Jesús fue tentado por la esperanza de que Dios toleraría sus acciones pecaminosas y temerarias. Tentación de impunidad.

Punto 1.º Cuando nos vemos tentados, es, en primer lugar, por algún mal que nos amenaza y que queremos evitar en contra de la voluntad de Dios. Tentación de necesidad. Para combatirla, el ejemplo de Cristo.

Punto 2.º En segundo lugar, por algún bien que nos halaga y que queremos poseer en contra de la voluntad de Dios. Tentación de codicia. Ejemplo de Jesucristo.

Punto 3.º En tercer lugar, por alguna esperanza de impunidad que nos anima a hacer el mal o buscar el bien en contra de la voluntad de Dios. Tentación de impunidad. Ejemplo de Cristo.

5.ª Meditación

129. Punto 1º ¿Por quién hemos sido llamados a la vida religiosa? ¿Qué ha hecho Él por nosotros?

Punto 2.º ¿Qué tiene derecho a esperar de nosotros? ¿Cuáles son nuestras obligaciones para con Él?

Punto 3.º ¿Bajo qué auspicios, y de qué manera hemos hecho nuestra consagración?

Plática 2.ª

130. Sobre la oración; advertencias varias; diversos sentimientos sugeridos para enseñarnos a orar. Tres clases de motivos, ya sea de parte de Dios, ya sea mirando a nuestro interés.

Estas advertencias fueron hechas sobre todo teniendo presentes a quienes experimentan dificultades, sequedades e impotencia.

6.ª Meditación

DE QUE ESTA FORMADA LA CORONA DE VIDA, O SOBERANA FELICIDAD PROMETIDA A QUIENES OBSERVAN LAS REGLAS DEL COMBATE ESPIRITUAL

131. *Yo mismo seré vuestra recompensa infinitamente grande* (Gén. 13).

En el Cielo, plenitud, tranquilidad y eternidad de todo bien. Tres propiedades de una felicidad que debe parecernos infinita en cuanto comprendamos lo que dice San Pablo: que esta felicidad será Dios mismo, el cual será todo en todos (I Cor. 15, 23).

Punto 1.º En el Cielo, plenitud de todo bien. Dios será todo: 1. En la multitud de bienes; 2. En la reunión de todos los bienes; 3. En la perfección de los bienes.

Punto 2.º En el Cielo, tranquilidad perfecta, verdadero Paraíso de descanso y de placer. Dios será todo en todos los bienaventurados y todo en cada uno de ellos.

Punto 3.º En el Cielo, eternidad de todos los bienes. Los bienes de que gozaremos no podrán faltarnos porque son eternos, ni nosotros los perderemos porque seremos inmortales.

7.ª Meditación

**SOBRE LA GUERRA Y OPOSICION QUE EXISTEN CONSTANTEMENTE
EN NOSOTROS ENTRE EL ESPIRITU Y LA CARNE.**

POR QUE ESPIRITU DEBEMOS CONDUCTIRNOS

132. Vivid según el espíritu y no seguiréis los deseos de la carne (Gál. 5, 16).

Nota.-La vida del espíritu o vida espiritual o vida del espíritu de Jesucristo es una misma cosa. Así, vivir del espíritu es vivir del espíritu de Jesús.

Punto 1.º Vivir del espíritu de Jesucristo significa dos cosas: 1. Abrazar el género de vida que Él abrazó.

2. Seguir fielmente la dirección que el Espíritu Santo nos inspira, al cual El mismo ha sido inviolablemente fiel. Bajo la dirección de tal maestro, ¡qué gloriosa carrera realizaremos! En seguimiento de un modelo tan perfecto ¡qué valor no recibiremos!

133. Punto 2.º Vivir del espíritu de Jesucristo es experimentar en sí mismo los sentimientos de Cristo. Es buscar, ante todo, la gloria de Dios. Tener celo por la salvación, juzgar de las cosas como Él juzga, amar y buscar lo que Él ha amado y buscado, huir y detestar lo que Él ha huido y detestado. Confrontemos nuestra conducta con este adorable modelo y confundámonos de nuestra poca conformidad con Él, o más bien, de nuestra oposición a Él.

Punto 3.º El religioso por imitación debe ser otro Jesucristo. Por la conformidad de su vida con Él; si olvida esta obligación, si no trata, por un trabajo constante y asiduo de adquirir las virtudes, es una quimera, un fantasma.

8.ª Meditación (por el P. Bouet)

**EL VOTO DE POBREZA. DEBERES QUE IMPONE, ESPERANZA
QUE NOS INFUNDE, DESGRACIAS QUE SU INCUMPLIMIENTO
PUEDE ACARREARNOS**

134. *Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos* (Mat. 5, 3).

Punto 1.º El voto de pobreza lleva consigo la desapropiación de cuanto se tiene y la renuncia universal a cuanto se podría

esperar y el desprecio de cuanto se puede poseer personalmente. También se compromete por él a no recibir nada, a no dar nada, a no tomar nada para servirse de ello, sin un permiso expreso o tácito del superior, incluso en las menores cosas; a preferir siempre para sí lo más vil, incómodo, gastado, etc. Examinémonos sobre este particular.

135. Punto 2.º El voto de pobreza nos pone de antemano en posesión del reino de los Cielos, ya que el Señor no dice que el Reino de los Cielos les pertenecerá, sino que les pertenece. Meditemos estas palabras a la luz de la fe y dejémonos llevar por los motivos que nos indica, a la perfección del desprendimiento y al desprecio de cuanto podría, no digo hacer que perdiésemos esta hermosa recompensa, sino incluso disminuirla, aunque fuese poco, de su plenitud.

Punto 3.º Si la fidelidad a este voto nos asegura una recompensa tan magnífica, su infracción, desde luego, nos acarreará, de la justicia de Dios, las mayores desgracias. Roguemos al Señor, por la gloria de su nombre, que si la Comunidad se hace rica, que no sea como ha sucedido a tantas Ordenes Religiosas- la causa de nuestra perdición y reprobación eternas y la fuente de escándalos que afligirían a nuestra santa Madre, la Iglesia.

3.ª Plática

136. Continuación de las advertencias para principiantes en materia de oración. Quienes han avanzado en ella encontrarán también algo para su provecho espiritual.

9.ª Meditación

CONTINUACION DE LA VIDA DEL ESPIRITU

137. *Si vivís según la carne, moriréis; pero si vivís según el espíritu, viviréis.*

Nota.-Vivir es tener en sí mismo un principio interior de movimiento. Vivir espiritualmente es tener como principio interior de movimiento al Espíritu Santo, obrar por el espíritu de Jesús, vivir de su espíritu, haciendo cesar en sí todo otro movimiento. Vivir según la carne es tener por principio interior de sus pensamientos y

de sus acciones las inspiraciones de la carne y de la naturaleza corrompida.

Punto 1.^o Quien vive según el espíritu es preciso que se haga violencia y para ello que salga de sí mismo. Ejemplo de Cristo: abandona el descanso de que gozaba en el Cielo para abrazar el trabajo; desciende de su gloria para entregarse a la ignominia; teniendo en sí mismo el principio de toda felicidad y de todo placer, se entregó a los tormentos y a la muerte.

138. Punto 2.^o Motivos que nos impulsan a dejarnos conducir por el espíritu de Jesús que es: 1. Un espíritu de verdad. La verdad debe creerse. 2. El espíritu de sabiduría infinita; quiere que se la escuche y merece infinitamente ser seguida. 3. Es un espíritu de caridad. Nos ama infinita y gratuitamente. Su amor nos lleva a inspirarnos, para nuestra dicha, la conducta que debemos seguir. ¿Por qué tememos, pues, abandonarnos enteramente a su dirección renunciando en todo a nuestro propio espíritu que no es más que error, mentira y corrupción?

Punto 3.^o Los medios de reconocer la dirección del Espíritu Santo sobre nosotros son hacernos dignos de ella: 1. Por la fidelidad a sus inspiraciones; 2. Por oraciones humildes y fervorosas; 3. Consultándole en todas nuestras dudas, dificultades, incertidumbres; así se dignará instruirnos por sí mismo o bien por la voz de los superiores que Él ha puesto al frente de nuestra conducta.

10.^a Meditación

SOBRE LA CRUCIFIXION DEL RELIGIOSO A EJEMPLO DE CRISTO

139. *Allí le crucificaron* (Luc. 27, 33).

Punto 1.^o El estado religioso es una cruz en la que dos predestinados se clavan voluntariamente para ser semejantes a Jesucristo crucificado. Se clavan a ella por los clavos de los votos que emiten y se crucifican de hecho, como Dios se lo pide, trabajando eficazmente por hacer morir en sí mismos al hombre viejo, en lo cual consiste, efectivamente esa renuncia y esa abnegación sin las cuales no se puede ser verdaderamente discípulo de Cristo y, por consiguiente, no se puede tener esperanza alguna de salvación. Entremos en sentimientos de agradecimiento para con este amable Salvador que nos ha concedido la gracia de llamarnos

a un estado tan santo y que nos procura en tanta abundancia los medios de santificarnos.

140. Punto 2º El religioso lleva naturalmente la imagen de Jesús crucificado. Puesto en aquel estado, Jesús no estaba ni en el Cielo, ni en la tierra. Del mismo modo, el religioso vive ya en los cielos por sus deseos y no está en la tierra más que por la triste condición de su naturaleza humana, aguantando la vida y deseando la muerte. Jesús sobre la cruz estaba desnudo. También el religioso por su desasimiento de todo se ha despojado de todo absolutamente y trabaja todos los días por despojarse de sí mismo. Jesús en la cruz moría por obediencia. El religioso procurará no hacer caso de sí mismo, ni en los grandes ni en los pequeños sacrificios, no negando nada a Dios de cuanto le pide, incluso de cuanto desea de él.

Punto 3.º Jesús en la cruz nos ha trazado un modelo acabado de santidad. El religioso traba relaciones con este divino modelo por las virtudes que practica en la cruz de su estado. ¡Oh Jesús, perfecto modelo de virtudes, haced nuestros corazones semejantes al vuestro!

11.ª Meditación

LAS BENDICIONES QUE DIOS DERRAMA SOBRE LAS CASAS

RELIGIOSAS EN QUE REINA EL AMOR DE LA POBREZA

141. *El Señor me ha enviado para evangelizar a los pobres* (Luc. 4, 18).

Punto 1.º En el orden de la naturaleza, estando como estamos al abrigo de todo cuidado en relación con nuestro cuerpo, encontramos todos los días lo necesario para la vida, merced a los cuidados de su amable providencia. En cuanto a las riquezas -si acaso las poseíamos. todo lo que la Comunidad posee es para cada uno de nosotros aunque no haya ninguno que quiera decir: "esto me pertenece". Si así sucediese, perdería el espíritu de su estado. ¡Qué desgracia!

En cuanto a los parientes y amigos que hemos dejado, tenemos un gran número de Padres, de Hermanos y de amigos a quienes estamos tiernamente unidos y que se sacrifican sinceramente por nosotros. ¿Habríamos encontrado tan preciosas

ventajas en el mundo, en el que todo es falsía, mentira y duplicidad?

Punto 2.º En el orden espiritual, en cualquier aspecto, los bienes son infinitamente más preciosos. ¡Qué ventajas, qué gracias, qué protección de parte de Dios puede esperar una comunidad en la que reina el amor sincero de esta amable virtud! Recordemos aquí lo que dice el Rey Profeta: ¡El Señor ha escuchado el deseo del pobre!

4.ª Plática

142. Trató de la oración. Continuación de los avisos anteriores para aprender a llevar a cabo este ejercicio y a sacar mucho fruto de él. Nos hizo notar tres obstáculos principales que son: debilitamiento de la voluntad, excesivo temor a no acertar y falta de confianza en Dios.

12.ª Meditación

TODO RELIGIOSO ESTA LLAMADO A LA CRUZ POR LA GRACIA
DE SU VOCACION

(Tsal. 3, 3)

143. Punto 1.º El estado religioso es un segundo bautismo; por consiguiente, un estado de muerte al mundo y de renuncia a cuanto el mundo promete, busca, desea por medio de sus máximas opuestas a las santas reglas del Evangelio que el religioso -a pesar de todas las malas inclinaciones de su naturaleza- quiere practicar en toda su perfección, con la esperanza de obtener las recompensas prometidas a esa observancia.

144. Punto 2.º El estado religioso es un estado de penitencia. El religioso, en efecto, debe penetrarse habitualmente de sentimientos de un verdadero arrepentimiento, cumplir los deberes que le impone este espíritu, mortificarse en toda ocasión en que no necesitaría permiso para practicar tal virtud, ofrecerse a Dios en este mismo espíritu, en unión con Cristo, como una víctima enteramente inmolada para la satisfacción de su divina justicia.

145. Punto 3.º El estado religioso es una especie de martirio. Lo es, en efecto, por el número, la continuidad y la grandeza de los sacrificios que no deben acabar más que por la muerte, que el

religioso desea para unirse, por fin, a Aquél por cuyo amor ha hecho tales sacrificios.

Nota.-Estas afirmaciones no cogerán de sorpresa más que a quienes no hayan comprendido: 1. Que todo hombre está destinado a la cruz por la misma condición de su nacimiento; 2. Que todo cristiano está consagrado a la cruz por la gracia de su bautismo.

Pero nosotros, religiosos, queremos estar unidos a Él por nuestra profesión.

13.ª Meditación

DICHA DEL ESTADO RELIGIOSO

146. *Mi yugo es suave y mi carga, ligera* (Mat. 11, 30).

El yugo se lleva entre dos. El mío lo llevo con Jesús. No tengo nada que hacer que Él no haya hecho y que no quiera aún hacer conmigo.

Punto 1.º Toda alegría, toda dicha están encerradas en la cruz. Alegría verdadera, alegría interior, alegría que proviene del testimonio de una buena conciencia cuyo principio y sostén es el Espíritu Santo. Si no llegamos a gozarla, culpémonos a nosotros mismos: es que no llevamos con ardor el santo yugo del Señor.

147. Punto 2.º Toda la gloria, la nobleza y la grandeza del religioso residen en la cruz cuando, por su fidelidad en llevarla recibe este admirable rasgo de semejanza con Aquél que, por muy crucificado que esté, continúa, sin embargo, siendo el rey del Cielo y de la tierra, la gloria, la dicha, el reposo, el gozo de todos los ángeles y santos del Cielo. Si nuestra fe sobre esta verdad fuese viva, diríamos también con la misma efusión de sentimientos del gran Apóstol: ¡Líbreme Dios de gloriarme en cosa alguna más que en la cruz de Jesucristo!

148. Punto 3.º Todas las riquezas de un religioso consisten en la cruz, como también es verdad, y él lo cree firmemente, que por medio de la cruz Cristo le ha merecido todos los dones y todas las ventajas espirituales de que goza. Cuantas más cruces hay, más lleva y más aumenta los verdaderos tesoros que los ladrones no pueden arrebatarse y de los cuales la muerte, sobre todo si tales cruces se la procuran, le pone en posesión eterna.

Nota.-Quien comprenda los dos versículos que preceden al texto de esta meditación y la relación que tienen con él, quedará convencido de esta verdad general así como de las tres que forman los tres puntos de esta meditación. A continuación van los versículos de referencia:

Mat. 11, 28: *Venid a Mí cuantos estáis cargados y trabajáis y Yo os aliviareé.*

Mart. 11, 29: *Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas.*

14.ª Meditación

SOBRE EL VOTO DE CASTIDAD

(P. Boué)

Punto 1.º Por este voto nuestras almas llegan a convertirse, en realidad y de manera especial, en esposas de Jesucristo, el Hijo del Altísimo y Altísimo El mismo. Y así como la esposa ha dado a su esposo los derechos sobre cuanto tiene, de la misma manera, el esposo divino nos da Él mismo derechos sobre su persona, su gloria, su poder, su felicidad, etc. ¡Oh Dios mío! Me confundo ante Vos con los sentimientos de mi profunda indignidad.

150. Punto 2.º Por este voto, toda nuestra persona, por decirlo así, forma una misma persona con Cristo. ¡Qué crimen sería el mancillar nuestro cuerpo, nuestro espíritu, nuestro corazón! ¿Qué castigos no deberíamos esperar si lo hiciésemos? Que el Señor, por su infinita misericordia, nos preserve de tal desgracia y de alterar en nada la más delicada de todas las virtudes.

151. Punto 3.º Reduzcamos a dos los medios de conservar y de perfeccionar en nosotros este legado del Amado. El primero es una devoción sincera a la Purísima e Inmaculada Virgen María. Cómo se complace en proteger y defender a quienes se dirigen a Ella con una firme confianza, sobre todo cuando es para honra de su virtud predilecta. María es terrible a los demonios como un ejército puesto en orden de batalla. El segundo medio es profunda humildad, con la convicción de nuestra nada, de nuestra indignidad y de nuestra debilidad. Pero confianza plena, absoluta, universal en el Todopoderoso que mira con gusto la oración que le dirige el corazón humilde.

15.ª Meditación

JESUCRISTO EN EL SANTISIMO SACRAMENTO ES EL SELLO DE NUESTRA PERSEVERANCIA

152. *A El le ha marcado el Padre con su sello (Jn. 6, 27).*

Punto 1.º Está con nosotros hasta la consumación de los siglos por un milagro de su omnipotencia, de su sabiduría, de su bondad que le hace presente en la tierra entera con una presencia estable, invisible, espiritual y universal. Creamos, admiremos, adoremos y agradezcamos.

Punto 2.º Jesús no sólo está con nosotros en el Santísimo Sacramento. También es nuestro; se da para ser nuestra vida, nuestro tesoro, nuestra felicidad y nuestro todo. ¡Qué bondad! ¡Qué amor! En reciprocidad de sentimientos, démonos íntegramente a Él en cada instante de nuestra vida.

153. Punto 3.º Jesucristo no sólo está con nosotros y es nuestro, sino también está dentro de nosotros. Por medio de su divino espíritu imprime sus virtudes en nosotros. De ese modo nos hacemos semejantes a Él y se puede decir en realidad lo que San Pablo decía de sí mismo: Yo vivo; pero no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí. ¡Qué dicha si pudiésemos decirlo con la misma verdad que él! Abandonémonos a su dirección, sigamos cuanto nos inspire y así sentiremos que podemos decirlo también. Por lo demás, culpa nuestra es si, haciendo tanto tiempo que comulgamos, no hemos llegado a ese punto.

16.ª Meditación

LA OBEDIENCIA Y SUS VENTAJAS

154. *No sois ya vuestros (I Cor. 6, 19).*

Punto 1.º Por el voto de obediencia hacemos a Dios el sacrificio que le es más agradable porque, al prometerle obedecer, renunciamos a cuanto tenemos de más querido, que es hacer nuestra voluntad y ello en todo tiempo, en todo lugar y en todas las cosas grandes o pequeñas, fáciles o difíciles, agradables o desagradables, penosas o cómodas, que nos sean mandadas por nuestros superiores, ya que ellos ocupan el lugar de Dios. Mucho

debe costar a la naturaleza; pero un corazón generoso no mira sino a Dios.

155. Punto 2.º Al cumplimiento de este voto le está prometida la fuerza y el poder mismo de Dios en relación con las necesidades espirituales o corporales, temporales o eternas. El Señor no podría rehusar su asistencia, su socorro y su protección al alma que le está perfectamente sometida. ¡Qué motivo tan poderoso para impulsarnos a trabajar constantemente por perfeccionar esta virtud en nosotros mismos y hacerla practicar por los que son testigos de nuestra fidelidad!

156. Punto 3.º Las luces forman también parte de la herencia del verdadero obediente porque desea sin cesar cumplir la voluntad de Dios. Recibirá sin tasa todas las luces necesarias para portarse bien, e incluso para dirigir a los demás si lo exigiese el caso, porque Dios se lo debe, en virtud de las promesas que ha hecho. El verdadero obediente camina en seguimiento de Cristo y puede aplicarse las palabras que Nuestro Señor dijo a quienes le siguen: Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no anda en tinieblas.

157. Punto 4.º La alegría, la paz son también fruto de la verdadera obediencia porque si -como hemos ya meditado- el Señor no rehusa nada al verdadero obediente, este otro oráculo de la divina sabiduría tendrá también su pleno cumplimiento en él. *Pedid y recibiréis a fin de que vuestro gozo sea cumplido.*

17.ª Meditación

GRANDEZA O CUALIDADES QUE LA SANTISIMA VIRGEN COMPARTE CON SU ADORABLE HIJO

158. *María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo* (Mat. 1, 16). Un Padre de la Iglesia dice admirablemente que María es una obra a la que sólo sobrepasa el Artífice.

Punto 1º Si comprendiésemos cuál es la eminente dignidad de la Madre de Dios, no tendríamos dificultad en concebir que la omnipotencia, la sabiduría, la bondad infinita no ha podido hacer nada más grande, ni más perfecto, ni más rico en bienes espirituales que la criatura destinada a la maternidad divina. Admiraremos, alabemos, agradezcamos, adoremos a este Dios de caridad que despliega así todos los tesoros de su amor en favor de Aquella bajo cuyos auspicios nos hemos alistado.

159. Punto 2.^o María quedó asociada a todos los misterios de Cristo. Recorrámoslos todos a la luz de la fe y veremos que no hay nada de exagerado en esta proposición.

Punto 3.^o María participa de todas las cualidades del Hombre-Dios. Dos nos interesan particularmente: Si Jesucristo es nuestro Redentor, María es nuestra corredentora. Si Jesucristo es nuestro Mediador, María es nuestra mediadora por vía de intercesión.

Punto 4.^o Concluyamos de cuanto acabamos de meditar que si Jesús no ha venido a nosotros más que por medio de María, nosotros no debemos ni podemos ir a Jesús más que por ella y así encontraremos infaliblemente la salvación.

18.^a Meditación

QUE DEVOCION DEBE PROFESAR EL INSTITUTO A MARIA

TRES CARACTERES LA DISTINGUEN ESPECIALMENTE

160. Primer carácter: Una alta y amorosa estima de sus perfecciones, las cuales, aunque no sean infinitas en sí mismas, serán siempre incomprendibles a nuestras débiles inteligencias.

Segundo carácter: Una firme esperanza; una confianza plena y fundada toda ella en la omnipotencia de que goza ante Dios y la ternura que tiene para con nosotros.

Tercer carácter: Un celo ardiente por todo cuanto puede interesar y aumentar su gloria, propagar su culto y exaltar su santo nombre.

Nota.-Si a estas tres disposiciones unimos la práctica de sus virtudes mereceremos efectivamente el glorioso título de hijos suyos y todos los efectos de su tierna y poderosa protección.

19.^a Meditación

LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

161. Punto 10 Ventajas de la fidelidad en observarlas. Para movernos a guardarlas con más ardor, consideremos a menudo la grandeza, la bondad de Dios por amor al cual las hemos abrazado. Si queremos ser fieles a nuestros deberes esenciales, no descuidemos los menores; son su muralla, su defensa, su bastión.

Punto 2.^o Puesto que la fe nos enseña que el mayor mal que nos puede suceder es el pecado, el medio más seguro de evitarlo constantemente es nuestra fidelidad a las cosas pequeñas. De lo contrario, se realizará en nosotros este terrible oráculo del Espíritu Santo: *quien descuida las cosas pequeñas, caerá en las grandes.*

Plática 5.^a

DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

162. Podemos vernos movidos por dos espíritus diametralmente opuestos, los cuales tienen, sin embargo, cada uno su fin ulterior. Uno de ellos quiere santificarnos; el otro, quiere perdernos. El Espíritu Santo nos lleva a la compunción, a la humildad, a la dulce confianza en Dios, al humilde arrepentimiento de nuestros pecados, etc., pero dulcemente, con calma y tranquilidad. El espíritu de mentira por el contrario, nos lleva a la presunción, a un excesivo temor de Dios; sus sugerencias nos traen siempre la turbación, la perplejidad, la incertidumbre y, sobre todo, la desconfianza de la misericordia del Señor.

20.^a Meditación

SOBRE LOS PROGRESOS DE LA VIRTUD

163. *El Reino de Dios es como la simiente que un sembrador arroja en la tierra (Marc. 4, 26).*

Punto 1.^o Esto se entiende del reino temporal de Dios en nosotros por su gracia, que debe conducirnos al reino eterno. Si Dios quiere que secundemos su gracia para avanzar en la virtud, no ve con buenos ojos que el apresuramiento que ponemos en santificarnos nos lleve a la inquietud, a la turbación y al desaliento. A Él toca llevar cuenta de los progresos que hacemos; a nosotros, nos corresponde el humillarnos, el renovarnos todos los días y por decirlo así, en todos los instantes, confiando en su infinita bondad porque no siempre es conveniente que lo sepamos nosotros mismos, dado el fondo de amor propio que subsiste en nosotros. Así nos veremos libres del detestable vicio de la presunción. Admiremos esto y agradezcamos su sabiduría, su bondad, su infinita caridad que, ocultándonos lo que tenemos, nos preserva de perderlo.

Punto 2.º ¿Qué es lo que tenemos que hacer? 1. Seguir en todo su voluntad, conocida por la Regla y las órdenes de los Superiores. 2. Abandonarnos con amorosa confianza a la dirección de su espíritu y conservar nuestra paz.

21.ª Meditación

SOBRE EL TRABAJO DE LA VIDA ESPIRITUAL

164. *Levántate y come, porque te queda todavía mucho camino por recorrer* (Reyes).

Tales son las palabras que el Ángel dirigió al profeta Elías cuando éste iba al Monte Horeb huyendo de la persecución de la impía Jezabel. Apliquémoslas a nosotros mismos.

Punto 1.º Nos encaminamos hacia el Cielo, término de nuestros deseos si logramos evitar el contagio que nos sería mucho más funesto que la crueldad de Jezabel para el profeta. Para esto, nos hemos retirado a la soledad (Cielo anticipado), para nutrirnos y fortificarnos con la palabra de Dios, la oración, la participación en el pan de los fuertes. El uso de estas santas cosas nos animará a domeñar la carne por la mortificación, nuestros cuerpos por la modestia y la sobriedad, y a regular nuestro espíritu por la fe y los afectos de nuestro corazón por la caridad que debe coronarlo todo.

165. Punto 2.º Meditemos en silencio a la luz de la fe algunas palabras de Dios relativas a estas ventajas. El gran Apóstol nos dice que si vivimos según la carne, moriremos. El Apóstol San Pedro nos recomienda instantemente ser sobrios y vigilar en la oración para evitar las asechanzas del demonio el cual, como un león rugiente, merodea sin cesar buscando a quien devorar.

Punto 3.º Para nuestra vida espiritual está escrito: El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Y en otro pasaje: El justo vive de la fe. Sin la fe es imposible agradar a Dios. Examinemos nuestra fe.

166. Punto 4º Pero como todo cuanto podríamos hacer de bueno y de bien no tendría mérito alguno ante Dios si la divina caridad que debe regular nuestros afectos no informase nuestro corazón, convenzámonos en la presencia de Dios de la obligación

indispensable en que estamos de amarle; o, más bien, roguemos a este Dios de amor que le amemos, si no como se merece, por lo menos tanto como somos capaces.

22.^a Meditación

SOBRE LA CARIDAD FRATERNA QUE DEBE REINAR
EN EL INSTITUTO DE MARIA

Véase el cuaderno de 1820: 23.^a Meditación.

(XXIX) V

1822. CHAMINADE (Bidon-bis)

LISTA DE TEMAS DE MEDITACIONES DADAS POR EL PADRE
CHAMINADE CONTENIDAS EN LOS CUADERNOS DE EJERCICIOS

Cuadernos de 1811 y siguientes
(Bidon) (bis)

1811

167.

1. Los principiantes deben darse cuenta de cómo anda su interior.
2. Práctica de la guarda del corazón.
3. Que en la oración, la inteligencia y el corazón deben prestar su concurso a la gracia de Dios.
4. Sobre la humildad por medio del conocimiento de sí mismo.
5. Sobre la castidad: belleza, excelencia y delicadeza.
6. Sobre la fe de la Santísima Virgen.
7. La esperanza de la Santísima Virgen.
8. Sobre el amor que la Santísima Virgen tenía a Dios.
9. Sobre el amor que la Santísima Virgen tenía a los hombres.
10. Sentimientos que debe producir en nosotros la verdadera humildad fundada en el conocimiento de nosotros mismos.
11. El pensamiento de la muerte es un remedio eficaz contra todas las pasiones desarregladas.
12. La muerte, vista a la luz de la fe, es una regla infalible para resolernos a todas las resoluciones que tenemos que tomar.

13. La proximidad de la muerte y su incertidumbre es un poderoso incentivo para excitarnos al fervor.
14. El pensamiento de la muerte es un poderoso motivo para movernos a ejercitar la penitencia exterior y corporal.
15. De la impenitencia final. Tres clases de mala muerte.
16. Plan, objeto y fruto del Retiro. Disposiciones esenciales.

1812

168.

1. Dios es el primer principio de nuestro ser. Le pertenecemos.
2. Dios es nuestro último fin.
3. Dios quiere ser nuestra soberana felicidad.
4. No tenemos aquí morada permanente.
5. He tenido presentes en mi espíritu los años eternos.
6. Sobre la inmortalidad del alma; su duración eterna.
7. Una sola cosa es necesaria.
8. Muchos son los llamados y pocos los escogidos.
9. Ventajas de una buena conciencia.
10. Falsa conciencia en materia de confesión; ¡qué desgracia es!
11. Enormidad del pecado mortal.
12. Lo que Dios ha hecho para librarnos del pecado; siete motivos de contrición.
13. Caída y castigo de los ángeles rebeldes.
14. Efectos funestos del orgullo.
15. Frutos del conocimiento de sí mismo.
16. Sobre el diluvio. La misericordia de Dios ha prevalecido sobre su justicia.
17. Odio que debemos concebir hacia nosotros mismos.

18. Efectos funestos del pecado a causa de su malicia y enormidad.
19. Rectitud de la conducta. Se encuentra en la ley de Dios.
20. Grados por los cuales se contrae el hábito del pecado.
21. Qué interés debemos tener por la conversión de los pecadores a ejemplo de Marta y de María que obtuvieron la resurrección de su hermano Lázaro.
22. Necesidad del examen de conciencia.
23. Cómo debemos juzgarnos a nosotros mismos sin misericordia para evitar los terribles juicios de Dios.
24. Del Juicio Universal.
25. El Juicio de Dios tiene lugar ya en este mundo por el endurecimiento del corazón con el que castiga a los pecadores.
26. La eternidad de las penas del infierno.
27. Los remordimientos son una gracia preciosa.
28. Peligros de una conciencia falseada.

169. Cuaderno de 1820

1. Primer carácter del estado religioso: separación del mundo.
2. Segundo carácter: consagración a Dios.
3. Alianza que el alma religiosa contrae con Dios.
4. Ventajas de la vida religiosa.
5. Motivos de gemir por parte del alma religiosa.
6. Sobre la necesidad de la penitencia.
7. Sobre la eternidad de las penas.
8. El pensamiento de la muerte es necesario.
9. Los peligros de la tibieza.
10. Sobre los tres reinos de Cristo.
11. La pobreza evangélica.

12. La castidad.
13. La obediencia.
14. Ventajas de la soledad.
15. El silencio y sus ventajas.
16. Humildad: sus motivos en nosotros mismos.
17. Privilegios de la Santísima Virgen.
18. La presencia de Dios.
19. La caridad es el cumplimiento de la ley.
20. Sobre la vida espiritual.
21. La caridad fraterna.

170. Cuaderno de 1820 (1821)

1. Ventajas y seguridad de la vida religiosa en orden a la salvación.
2. Una sola cosa es necesaria: la salvación, motivo y sostén del sacrificio que hace el alma religiosa.
3. Con qué disposiciones debemos recibir la muerte.
4. Causa de la enormidad de los pecados del religioso.
5. Sobre el Juicio. Ventajas de su meditación frecuente.
6. El infierno. Eternidad de las penas.
7. El pecado venial.
8. La oración mental y su finalidad.
9. Excelencia del don de la fe.
10. Excelencia de la fe por la grandeza que comunica a los cristianos.
11. La vocación al estado religioso.
12. La pobreza religiosa: su espíritu, efectos y recompensas.
13. Ventajas de la pureza virginal.
14. Motivos, práctica y efectos de la humildad del corazón.
15. El espíritu del instituto.

16. La confesión frecuente y sus caracteres.
17. Sobre el amor que debemos profesar a la Santísima Virgen.
18. La Sagrada Comunión, cuya continua preparación es la vida religiosa; la unión permanente con Cristo, disfrute de sus frutos.
19. Que el alma religiosa debe trabajar incesantemente en su perfección.

Conferencia dada en el tercer domingo de Adviento.

Para la fiesta de Navidad: cualidades del Señor en el establo y el pesebre.

Para el día de la Circuncisión: El santo nombre de Jesús.

Para el día de la Presentación: Frutos que debemos sacar de este misterio.

Sobre la presunción: Ejemplo y caída de San Pedro.

Cuaderno de 1818

171.

1. Necesidad y ventajas del Retiro.
2. Cuál es la gracia de la vocación.
3. Llamamiento a la perfecta santidad por la gracia de la vocación.
4. Llamamiento a la conformidad con Cristo resucitado por la gracia de nuestra vocación.
5. Resumen de las tres anteriores. Idem de la 4.^a
6. El hombre puede ser movido por dos espíritus opuestos.
7. Discernimiento de espíritus.
8. Felicidad del hombre de oración.
9. Uso de la fe en la oración.
10. Las victorias de la fe.
11. Necesidad de la oración.
12. Necesidad de la Sagrada Comunión.

13. Grandeza del santo nombre de María.

1819

172.

1. Qué sentimientos debe hacer brotar en nosotros la fe en el Juicio de Dios.
2. Fin del estado religioso.
3. Caracteres de la gracia de la vocación.
4. Mi amado para mí y yo para Él.

Contiene también un esbozo de reglamento de vida seguido de un excelente método de oración.

(XXX) . VI

1823. CHAMINADE. (Laugeay)

(Retiro de Pentecostés, Meditaciones y conferencias, tercer cuaderno)

Las notas del Sr. Laugeay son los resúmenes de las instrucciones y de sus propias reflexiones. Son manuscritos que hay que estudiar si se quiere saber cómo se preparaban los temas. Se encontrará en estas notas más de un detalle útil. Ver, por ejemplo, en 1824, 2.^o cuaderno, pág. 493 del manuscrito y también el empleo de la glosa antes de la instrucción.

173. ¿Se han de tener en nada los consejos que Jesucristo mismo dio de renunciar a estos bienes, de dejarlos, para adquirir, mediante estos sacrificios, la perla preciosa del reino de los Cielos? ¡Cuántas riquezas hay encerradas en esta pobreza evangélica!

13.^a Meditación

174. ¿Qué daré al Señor por todos los bienes que he recibido de Él durante estos Ejercicios? Quienes han hecho su profesión, ya lo han dado todo; ya no les queda nada por dar; quien dice todo, no exceptúa nada. Hay que renovarse y decir al Señor: "¡Señor! ¡Ojalá tuviera aún otro corazón para dároslo; pero, Señor, qué infiel he sido este año! Lo lamento y te prometo ser más fiel en lo sucesivo."

175. Los novicios tienen las mismas obligaciones que los profesos. En otro tiempo se decía "un fervoroso novicio", y se creía que los novicios eran más fervorosos que los profesos. Sería una gran desgracia si en lugar de avanzar retrocediéramos.

Dios tiene presente nuestra buena intención; el mayor pecador es perdonado antes de haber recibido la absolución si está realmente arrepentido; si tiene perfecta contrición. La profesión perpetua es un segundo bautismo, lo mismo que el martirio.

13.ª Meditación

LA POBREZA

176. *Recibirá el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro* (Mat. 19, 4, 29).

¡Qué tormento y qué desgracia de quienes tienen una incertidumbre completa de su predestinación! ¡Si pudiera uno procurarse alguna señal de predestinación! Consuélese: tal señal existe; la tenemos en el estado religioso. La pobreza voluntaria ya es una señal segura de predestinación. San Pedro dijo al Señor: Mira, Señor, lo hemos dejado todo para seguirte. Jesucristo le promete a él y a los apóstoles que se sentarán sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Esta parecía una promesa que afectaba sólo a los Apóstoles; pero Cristo añadió a continuación, dirigiéndose a todos: Quien por mi causa dejare padre, etc...

Ananías y Safira habían hecho voto de pobreza; pero retuvieron una parte del valor de sus bienes. Por eso San Pedro les dijo: Habéis mentido al Espíritu Santo. *Parce Domine*.

177. Nótese cuidadosamente que Cristo habla de todos los bienes: omnia; todos los bienes de este mundo; del mundo presente y del venidero. Que nos despojemos de toda clase de propiedades y de derechos de uso. La segunda renuncia es la de sí mismo, sus pasiones, codicias y concupiscencias. El estado religioso es una milicia enteramente divina; son soldados escogidos de Dios quienes conquistan el Cielo del cual se apoderan por la fuerza y la violencia. El mismo Dios nos manda a la vez amar a nuestros padres y aborrecerlos. Los padres y las madres no tienen mejores hijos que los que les dejan por Dios. Y no hay, por el contrario, peores hijos que quienes dejan a Dios.

178. Este voto es un abandono de cuanto es temporal y sensible: Deus meus et omnia: ¡Dios mío y mi todo! El Señor es la parte de mi herencia. ¡Qué cambio el de dejar el mundo y sus bienes para poseer a Dios! ¿Qué diría aquél a quien, habiéndole robado un cartucho de cien céntimos, se le restituyera otro de cien luises? ¿Acaso no diría: "¡Preferiría que me estuviesen robando todos los días!"? Los clérigos dicen: El Señor es la parte de mi herencia. El religioso dice: "El Señor es mi herencia." Hay más diferencia entre el simple eclesiástico y el religioso que entre el

cielo y la tierra. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

14.ª Meditación

En la vida religiosa no se hace ningún voto a la fuerza; por eso, al final de los Ejercicios cada uno pide, por carta, lo que cree conforme con la voluntad de Dios.

Nunca el rico tiene verdadera tranquilidad. Los bienes son peligrosos. No hay que olvidar esta palabra del Señor. ¡Qué difícil es que un rico!... Cristo mismo ha confesado la imposibilidad de salvarse los ricos, puesto que dice que lo que no es posible al hombre sí es posible a Dios.

LAS RIQUEZAS CIEGAS

180. Cuando en un proceso, hay que recurrir a un árbitro, cada parte procura hacerle obsequios para atraérselo, ya que estos obsequios le cegarán y le llevarán a decidir en contra de la razón y de la justicia.

Quien sacrifica 100.000 francos, no sacrifica más que quien sacrifica 10.000 francos, toda vez que uno y otro no sacrifican más que una vil materia. Lo que hace el mérito de la pobreza es la confianza que se tiene en la providencia. Me despojo de todo; el Padre celestial proveerá. El pajarillo, cuando se despierta, no tiene preocupación alguna respecto a su desayuno y a su comida. Nuestro Padre Celestial conoce nuestras necesidades.

14.ª Meditación

181. *Obedeced a quienes os mandan, porque velan por el bien de vuestras almas ya que tendrán que dar cuenta de ellas. Sometámonos a ellos para que cumplan bien con este deber con alegría y no lamentándose, lo cual no nos sería ventajoso (Hebreos 13, 17).*

Que toda persona esté sumisa a los poderes superiores, porque no hay poder que no venga de Dios que es quien los ha puesto en el mundo (Rom. 13, 1).

(LA OBEDIENCIA, SEGUN ASSELIN)

La obediencia tiene mucha extensión. Consideraremos la obediencia en su principio y en la libertad que nos otorga.

En su principio, ¡qué gloria y elevación! La fuente de donde procede es una fuente de libertad. A las personas del mundo les parece que la obediencia es una esclavitud. Un profeta decía: *Tiempo vendrá en que a lo blanco se lo llamará negro, y a lo negro, blanco.*

La obediencia es una amable, una gloriosa libertad. Esto es verdad incluso desde el punto de vista de la razón. ¿Qué sería un rey sin autoridad? ¿No supondría la pérdida de ese reino? ¿Qué sería de un ejército sin jefes? ¿Cómo los soldados se resolverían a sacrificar su vida? Es una delicia el vivir en una familia en donde todos los hijos son sumisos y respetuosos para con sus padres.

Pero la gloria de la obediencia hay que mirarla a la luz de la fe. En esta obediencia veo la gloria de obedecer a Dios mismo. No hay autoridad que no venga de Dios. Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha. ¿Quién puede impedirnos ver la gloria que hay en obedecer a Dios? Quien se une al Señor-dice San Pablo-no forma más que un solo espíritu con él.

183. Una sociedad de religiosos realmente obedientes es una verdadera imagen de la sociedad de los ángeles que rodean el trono de Dios en el Cielo. "El religioso cumple en esto la petición que hace diariamente a Dios diciéndole: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.

Los pintores representan a los ángeles con alas para indicar la prontitud de su obediencia.

184. Hay que obedecer, lo mismo al primer Jefe que al último. Si no miráis más que la persona de los jefes, vuestra obediencia es humillante, aunque fuera un príncipe quien os mandase. En cuanto al mérito de la obediencia, quisiera tener por jefe a un niño ignorante y desagradable, porque estaría seguro de que, obedeciéndole, obedecería a Dios; pero si el jefe es un hombre inteligente, sabio, amable, estoy expuesto a no obedecer más que a un hombre.

En esto consiste la nobleza de la obediencia. Me obedezco a mí mismo cuando obedezco a un hombre prudente y sabio, porque cuando me ordena, me digo a mí mismo: "Eso es muy razonable; muy a propósito." Es decir, que si a nuestro juicio esto pareciese fuera de lugar, entonces no obedeceríamos o bien lo haríamos con dificultad, de mala gana, con mal humor y de este modo olvidaríamos que quien nos manda ocupa el lugar del mismo Dios.

185. "Hemos nacido libres", se dice. Sí; pero también hemos nacido pecadores. Si nos dejaran entregados a nosotros mismos, entonces se vería bien el uso que haríamos de tal libertad. ¿Qué uso hacen de ella los filósofos, las personas del siglo, los enemigos de la religión, los cuales pasan por libres? La obediencia religiosa no quita la libertad, sino que la dirige y la regula. ¿Qué sería de un barco sin timón aunque tuviese un piloto sabio suponiendo que lo dejáramos errar a la ventura? Supongamos que el barco pudiera hablar, ¿se quejaría acaso de que el piloto le tiene cautivo por medio del timón? Y si se quejase, ¿no podría responderle el piloto, diciéndole: "¡Miserable! Si no te sujetas con el timón, vas a ser el juguete de las olas, te vas a romper contra los acantilados, no llegarás jamás a puerto, perecerás?" Quitad la obediencia; ya no hay verdadera libertad.

¿Acaso es una esclavitud el abandonar su razón para dirigirse por la razón de otro? Cuando en un ejército se toca a zafarrancho de combate, ¿qué diríais si cada soldado diese su razón y la siguiese? ¿Qué resultaría de ello? Sólo el Jefe Supremo sabe la razón; pero se guardará bien de decirla. La razón de vuestros jefes es la razón de Dios. Hay gloria en sacrificar su razón en aras de la de Dios.

5.º día: Conferencia

187. Para la preparación remota, todo debe hacerse en el recogimiento, para gloria de Dios y de la augusta María. Para la preparación actual hay que ponerse en presencia de Dios y también en presencia de María. ¿No debemos dar a María ese culto que le es debido? En el reino de Hungría, al pronunciar el nombre de María, se pone uno de rodillas. La oración hecha a la luz de la fe aleja las tentaciones y nos procura grandes progresos en las virtudes religiosas.

188. Las verdades de la fe pueden considerarse como fuera de nosotros y en nosotros. Ejemplo: el hombre entrará, algún día, en la casa de su eternidad. ¿Creo en esta verdad? Sólo puedo creerla por la fe. La fe es una luz que ilumina nuestros espíritus; el corazón y la voluntad consienten en esa luz. Si tal como somos, Dios nos llevase al Cielo, no veríamos a Dios más que lo que le vemos aquí, porque para ver a Dios se requiere una luz particular. Dios no nos da, aquí en la tierra, más que la luz de la fe que ilumina nuestro espíritu y nuestro corazón; pero no nos da la facultad de ver a Dios de una manera sensible. El acto de fe es muy débil cuando no llega hasta aniquilarnos interior y exteriormente ante Dios; anonadamiento total. *Substantia mea tanquam nihilum ante te.*

189. El precepto de la humildad consiste en reconocerse el más despreciable de todos. La perfección de la humildad es la de querer ser despreciado de todos. En el cuerpo de la oración se aplica uno a reconocer la verdad de fe: *el hombre entrará en la casa de su eternidad.*

El hombre... y yo soy un hombre. Por consiguiente se aplica a mí.

Entraré... Todavía no he entrado; entraré por medio de la muerte. En la morada...; es un lugar en que hay que quedarse. ¿Qué clase de morada? *La morada de la eternidad.* Por consiguiente, allí permaneceré eternamente.

Después se hacen actos de fe: Dios mío creo firmemente que debo entrar en la eternidad; creo. Las personas del mundo estiman la salud por encima de todo. El religioso prefiere la conversación con Dios a todas las cosas.

15.ª Meditación

LA OBEDIENCIA

190. Es imposible llegar a buen puerto si no es uno verdadero obediente. *El hombre obediente* dice el Espíritu Santo-*cantará victorias.* ¿Queréis vencer toda clase de tentaciones? Practicad la obediencia. Es mucho más difícil y penoso el mandar que el obedecer. Un superior que tiene el temor de Dios se encuentra a menudo inquieto a causa de su responsabilidad. Es más fácil y más meritorio obedecer que mandar. Quien manda tiene precisión de mantenerse atento a la voluntad de Dios; en cambio, los inferiores

no tienen más que obedecer sin preocuparse de otra cosa. Dos motivos nos deberían impulsar a una práctica exacta de la obediencia: el primero es que la obediencia es la práctica habitual de la fe. El segundo: que es una práctica habitual de la humildad. Quien obedece hace, al mismo tiempo, un acto de fe y un acto de humildad.

SOBRE LA OBEDIENCIA

191. *Cristo se anonadó a sí mismo, haciéndose obediente* (Filip. 2, 8).

El verdadero obediente es un verdadero predestinado porque se hace semejante a Cristo.

Jesucristo modelo de obediencia. María, modelo también de obediencia.

La obediencia debe ser: 1, interior; 2, pronta; 3, desinteresada; 4, igual; 5, generosa; 6, constante. Tales son las cualidades de la obediencia de Cristo. *Parce Domine*.

192. INTERIOR. Es decir, que debe someter, al mismo tiempo, nuestro espíritu, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. No hay que examinar la razón de la orden; sino la orden misma. ¡Qué miserable obediencia la que examina la razón de la orden! Citáis a la razón de vuestro superior ante el tribunal de vuestra propia razón. A veces, los tales tienen el necio orgullo de creer que ellos son más razonables que su superior. No fue ésa la obediencia de Jesucristo. "Pero, ¿acaso nuestra obediencia no debe ser razonable?", dicen. Pero, respondo, ¿no es muy razonable el seguir la razón del superior, de quien ocupa el lugar de Dios? La obediencia de quien razona es una obediencia sin mérito. No hay más que un solo caso en que habría que rehusar la obediencia al superior: cuando mandase alguna cosa claramente opuesta al espíritu del Instituto. Es lo que ha llevado a decir a algunos autores que la obediencia debe ser ciega. Es un escándalo, una especie de blasfemia oír a un religioso preguntar a su superior: "¿Cómo? ¿Por qué?"

Cristo en Getsemaní, dijo: *Padre mío; que se cumpla tu voluntad y no la mía*. Y nosotros ¿no queríamos someter nuestra voluntad?

193. PRONTA. El intervalo que se pone voluntaria y cobardemente entre la orden y la ejecución es una especie de

latrocinio que se hace a Dios. Dios recibirá con desprecio, con desdén, esta clase de obediencia. Si hubiéseis obedecido prontamente, Dios os habría bendecido.

194. DESINTERESADA. Es decir, una obediencia en que nuestro orgullo, nuestro amor propio no tengan interés alguno; puramente por Dios. A veces se obedece para ser bien visto del Superior, o de sus cohermanos, para evitar reproches, etc.

195. IGUAL. Lo mismo respecto a las cosas que a las personas; que la cosa nos repugne o no, es igual. Y no esta falsa humildad que se justifica diciendo: "No soy capaz de esto." Quienquiera que sea el que mande, joven o viejo, sabio o ignorante. "Vaya usted a tal casa con aquél otro. ¡Pero yo no simpatizo con él! Vaya usted; Dios le ayudará."

196. GENEROSA. ¿Fue generosa la obediencia de Cristo? Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. "Pero, ¿y mi salud?" La obediencia le ha costado a Cristo la vida. "Pero, ¿y mis fuerzas? No podré." ¿No ve usted que no puede porque no quiere?

197. CONSTANTE. No hay que cansarse de obedecer; hay que obedecer hasta el último suspiro. La última palabra de Cristo fue: Consuminatum est: He cumplido, Padre mío, la penosa misión que me habías confiado; he sido fiel al juramento que hice al entrar en este mundo de hacer siempre tu voluntad. ¿Y no obedeceríamos nosotros?

16.^a Meditación

SOBRE LA SANTISIMA VIRGEN

198. Vamos a leer el testamento que hizo Nuestro Señor; testamento que constituye nuestra gloria y en el cual leemos que somos hijos de María. ¿Cómo compartir la herencia celestial si no vemos, en este testamento, que somos hermanos de Cristo e hijos de María? ¿Estamos incluidos en este testamento? Pero como lo creemos, tomamos ya el título de hijos de María. ¡Qué vergüenza si hubiésemos usurpado esta denominación sin haber adquirido tal carácter! ¿Cómo nos atreveríamos a comparecer ante el tribunal de Dios, el único competente para examinar nuestros títulos si no fuésemos realmente herederos legítimos? Este testamento que Cristo nos legó desde lo alto de la cruz ha quedado escrito por un

testigo ocular, San Juan. En la persona de éste, María nos fue dada por Madre a todos los verdaderos discípulos de Jesucristo.

199. "Mientras tanto, la Madre de Jesús y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, estaban al pie de la cruz con María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y cerca de Ella al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: Mujer: ahí tienes a tu hijo. Después, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. Y desde ese momento, el discípulo la tomó en su casa" (Joan. 19, 25).

SOBRE LA VIRGEN

200. Nuestro Señor, colgado en la cruz, sólo podía ver y hablar. Que las santas mujeres estuviesen al pie de la cruz, no hay en ello nada que no esté de acuerdo con la gracia y con la misma naturaleza.

Pero que María, la Madre de Jesús, estuviese también allí, en ello se echa de ver a esta mujer fuerte, a esta Madre de dolor la cual recibía en su corazón todos los dardos que atravesaban el corazón de su Hijo; aquí nos encontramos con un misterio de amor incomprensible. María estaba al pie de la cruz como la abogada del género humano y como madre de los elegidos.

201. ¿Cómo es que San Juan se encuentra en el Calvario? ¿Quién es este discípulo? Incluso el Evangelio no lo nombra por su nombre. Dice sólo: el discípulo a quien Jesús amaba. Es que Jesús tenía una predilección especial por San Juan. No se habla más que de San Juan para denotar la unidad de los elegidos a quienes San Juan representaba en su persona. Todos los elegidos no debían formar más que uno solo. *Cum Christo, unus Christus*. Cristo es el Jefe de todos ellos. Jesucristo nos comunica todo.

Mujer: he ahí a tu hijo. Algunos se han extrañado de oír decir a Jesús: Mujer. Era para mostrar en María el cumplimiento de aquella primera profecía hecha en el Paraíso terrenal: Pondré enemistades irreconciliables entre ti y la mujer; ésta te aplastará la cabeza y tú procurarás en vano morder su calcañar.

203. Todos cuantos han sido engendrados por Satanás han sido enemigos de María. En especial, los herejes. Es que María ha aniquilado todas las herejías; así lo nota el Concilio de Constanza. Después Cristo dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. A partir de este

momento, San Juan recibió a María en su casa como su Madre y María lo tomó como su hijo.

204. ¿Por qué San Juan tuvo un privilegio tan grande como el de cuidar de María? Porque era virgen. Era conveniente dar una madre virgen a un discípulo también virgen. Dios, desde el principio del mundo, habla de la familia de María y de su generación. San Pablo explica en su Epístola a los Gálatas: A Abraham y a su semilla, su generación; y no en plural. Lo cual se aplica a la generación y a la raza única de María.

205. Leamos en el Evangelio de San Mateo (cap. 1, V 1-16)

El libro de la generación de Jesucristo que acaba por estas palabras: María, de quien nació Jesús.

Libro de todos cuantos son incorporados a Cristo, que llegan a ser coherederos suyos; libro de vida en el que están escritos todos los nombres de los predestinados.

Alegraos-dice Jesús-de que vuestros nombres están escritos en el libro de la vida.

¿Cuál es este libro de la vida? Es María y su generación. Si, como San Pablo, fuésemos transportados al Cielo, y viésemos escrito nuestro nombre en el libro de la vida ¡cuál sería nuestra alegría al volver a la tierra! Sin ir al Cielo sabemos aquí abajo, que nuestros nombres están escritos en el corazón de María por la adopción que ha hecho de nosotros. *Parce Domine.*

206. Nuestro Señor mira a los discípulos de pie al pie de la cruz y dice: "Ahí tenéis a vuestra Madre."

Nuestro Señor moría. Parecía que la Santísima Virgen no tendría ya hijos. Pero el Señor se hace reemplazar. San Juan ocupa el lugar de Cristo. Por consiguiente, el Señor entiende que María se convierte en Madre de éste y que María traslada a San Juan el amor, la ternura que tenía para con Jesús. San Juan comprendía lo que suponía este favor. Dios le daba la comprensión del mismo. San Juan, que amaba especialmente la castidad, había sido iluminado de una manera especial.

207. Por eso, tiene razón San Juan en proclamar en su Evangelio: El discípulo a quien Jesús amaba. ¡Qué prueba de amor no le ha dado nombrándole sustituto suyo para con María! No vemos ningún santo, ni ningún profeta que se haya adentrado tanto en la profundidad de los misterios y de los designios de Dios como

San Juan. ¿Hemos oído con el oído del corazón estas palabras que Cristo nos dirige igualmente desde lo alto de la cruz: Ecce mater tua? ¿Qué dice nuestro corazón con respecto a la augusta María? Alegraos, durante toda vuestra vida de que vuestros nombres estén escritos en el libro de la vida. Que el universo entero conozca que somos verdaderos hijos de María, sobre todo gracias a nuestra pureza.

17.ª Meditación

LA SANTIDAD

208. Hay quien se extraña de la grandeza de la perfección. ¡Qué admirable es Dios en sus santos! Si Dios es ya admirable en las criaturas inanimadas, ¡cuánto más lo será en esta criatura que El mismo ha formado a su imagen y semejanza! Es verdad: nada hay tan hermoso, tan maravilloso, tan admirable y tan amable como un santo. Sólo Dios está por encima de él. Los santos son tan hermosos porque su belleza es una emanación de la belleza de Dios.

209. Las maravillas de Dios en el orden espiritual son mucho más admirables que las de orden natural, aunque estas últimas lo sean tanto. Ese sol, esos astros, esa economía de la naturaleza... Adán había sido creado a la imagen de Dios: tal imagen quedó degradada en él y en sus descendientes por el pecado. Dios, por un efecto de su poder, y de su misericordia ha puesto, en el hombre nuevo, en el santo, en esta alma, un brillo y un esplendor mucho más grande que en el primer hombre. En proporción de la penitencia que hagáis, tendréis también la fuerza para volver a hacer resplandeciente aquella imagen.

SOBRE LA CASTIDAD

210. *Este sacramento es grande en Cristo y en su Iglesia* (Efes. 5, 32).

La unión que Cristo ha contraído con los cristianos, con el alma fiel, con la Iglesia, es una verdadera alianza enteramente espiritual y divina. Los cristianos contraen tal alianza en el bautismo. Hace 1800 años que se habla ya de la dignidad del cristiano.

211. Tengo que anunciaros algo grande, una alianza más estrecha: seréis esposas mucho más queridas y mucho más

privilegiadas. Y lo seréis por el voto de castidad. Los demás votos son, por decirlo así, la preparación al voto de castidad merced al desprendimiento de cuanto halaga a los sentidos. El sacrificio de la castidad es un verdadero holocausto en el que todo debe ser consumido; pero se requiere tiempo, para consumirlo todo: es el fuego del amor de Dios, de la caridad lo que consume la víctima. Atad bien la víctima, de tal modo que nada de ésta escape y que el fuego de la caridad actúe sobre todas las partes de la víctima a la vez y sobre cada una de ellas en particular.

212. El demonio nos insinuará: "Pero ¿cómo vas a poder sostener durante tanto tiempo ese sacrificio?" Merced a la fuerza misma, a la misma ayuda y el mismo medio que me han llevado a hacerlo la primera vez. Pero ¿no contáis con la fuerza de Dios? ¿Creéis que será por vuestras propias fuerzas? Si así lo creéis, estáis perdidos. No cesemos de decirlo, de creerlo y de pensarlo: "Señor: no puedo nada por mí mismo; pero todo lo puedo contigo. Para ti la gloria; para mí la confusión." *Parce Domine.*

213. ¿A cuántas infidelidades no se deja llevar el simple cristiano contra la santa alianza que ha contraído en el santo bautismo, no renunciando nunca enteramente como lo había prometido? Por lo mismo Dios otorga muy pocos favores a tales esposas.

Por el voto de castidad, el alma lo deja todo y sale, por decirlo así, de su cuerpo, renuncia al uso de todos sus sentidos. No se une más que a Dios; tiene horror a todo lo demás. Entonces ¡con cuántos insignes favores adorna Dios a su esposa! cuerpo y de espíritu. ¡Cómo se complace el Espíritu Santo en poner siempre algún adorno nuevo en su esposa a fin de que pueda agrandar más a su esposo! "La mejor oración es aquella en que no se sabe ya lo que sucede." El alma experimenta entonces cosas divinas e inefables. Somos carne de la carne y hueso de los huesos de Jesucristo. Tenemos sus mismos sentimientos, su mismo espíritu, su misma vida.

215. Dios es todo espíritu. Cuanto más se une un alma a Cristo más se despega de los sentidos, de la materia, de la carne. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Se han visto personas muy ignorantes de las ciencias humanas saber más que los teólogos. Dios mira, en quien hace el voto, con qué espíritu lo hace, si lo hace por el placer de complacerle. Dios

conoce si lo hace para complacerle cuando el alma pone toda su confianza en Él y desconfía enteramente de sí misma.

6.º día. Conferencia

216. Al llegar al cuerpo de la oración, hay que recordar el asunto. En la preparación, se ve de antemano cómo se servirá del tema, como se hará la aplicación del mismo a sus necesidades personales, al vicio que se quiere desarraigar o a la virtud que se quiere adquirir. No se trata de hacer una larga lectura. Hay que meditar particularmente sobre las grandes verdades de la religión, tales como la salvación, el pecado, la penitencia, la muerte, la eternidad, el Cielo, el Juicio, el infierno, etc.

Para adelantar en las virtudes, hay que tomar los misterios de Cristo, de la Santísima Virgen y los ejemplos de los santos. Para adelantar en la virtud se requiere también seguir los grados de la misma y no pretender llegar en seguida al grado más alto. Es ventajoso multiplicar tales grados; así se avanza más fácilmente. San Benito los multiplicaba mucho.

217. Hay que hacer concordar los exámenes particulares con la oración. Se impone una penitencia por las faltas cometidas.

El hábito de los pecados veniales conduce al infierno. Eva, antes de comer el fruto prohibido, se entretuvo en mirarlo con placer, con ganas y en considerarlo. Si no se resiste al pecado venial hay mucho que temer.

Hay quienes comulgan para poder combatir la pasión dominante. También se puede uno servir de las confesiones, acusándose en detalle acerca del defecto dominante.

218. Se debe esperar en la misericordia para el momento presente, pero no para el porvenir; de otro modo, sería insultar a Dios. Encontrarse preparado a la muerte cuando venga: Bienaventurado el siervo a quien su dueño encuentra vigilante cuando venga a pedirle cuentas. Hay que aprender a manejar las armas de la fe contra nuestros enemigos.

18ª Meditación

EL COMBATE ESPIRITUAL

219. Leemos en San Marcos un pasaje muy consolador: El Reino de los Cielos -dice el Señor- *es semejante a una semilla arrojada en tierra.*

Ahora es el tiempo de sembrar las tierras. Durante todo el invierno, los campos aparecen desnudos; poco después, la hierba aparece, luego se desarrolla poco a poco; aparece la espiga la cual se desarrolla enteramente llegando, por fin, a la madurez. Entonces, se la siega y se la lleva a los trojes. Las malas hierbas también han crecido junto con la espiga; pero ahora se las separa de las espigas para tirarlas al fuego.

¡Paciencia! No nos desanimemos porque no podemos llegar, de un salto a la perfección. Las malas hierbas crecerán; pero hay que tener cuidado para arrancarlas. Trabajemos en ello con ánimo poniendo toda nuestra confianza en Jesús y María.

18.ª Meditación

EL COMBATE ESPIRITUAL

220. *La vida del hombre sobre la tierra es un combate (Job).*

Enemigos que tenemos dentro de nosotros mismos: los deseos de la carne. Ved lo que San Pablo dice a los Gálatas: Caminad; dejaos llevar por el espíritu de Dios y así no llevaréis a cabo los deseos de la carne, porque la carne es contraria al espíritu. De consiguiente, no podemos hacer lo que queremos. En eso consiste el combate. Toda clase de inclinación al pecado es lo que se llama "deseos de la carne". Dichoso aquél en quien tal combate es bien sensible porque ello prueba que los deseos de la carne no han prevalecido en él. ¡Qué triste es el estado de quienes no sienten el combate y beben la iniquidad como el agua!

221. Lo que fortifica los deseos de la carne son los escándalos del mundo. Pero lo que más fuerza da a los demonios es que encuentran dentro de nosotros mismos las armas con las que nos atacan. Sólo de nosotros depende el lograr la victoria. *Parce Domine.*

El demonio procura siempre anudar los lazos que hemos roto. Verdad es que hay períodos en los cuales el buen religioso goza de paz; pero la ocasión de combatir se vuelve a presentar.

¿Qué pueden las riquezas en contra de quien conserva bien el espíritu de pobreza?

222. Cuando uno es fiel en rechazar con denuedo todos los malos pensamientos, y todas las imaginaciones impuras, entonces el voto de castidad permanece intacto.

Cuando, del mismo modo, uno es perfectamente obediente, ¿qué puede hacer el demonio contra este voto?

Quien no haya combatido según las reglas, no será coronado.

Habéis apartado vuestro corazón de todas las criaturas. Aseguraréis vuestra corona al resistir a las tentaciones. Cuando un soldado debe marchar al combate, se examina antes si va bien armado o no. Por eso, San Pablo exclama: Revestíos de la armadura de Dios. Si lo estáis podéis salir al encuentro del infierno entero; de todos vuestros vicios y defectos. El casco de la salvación, la espada de la palabra de Dios, el escudo de la fe.

223. Hace falta, ante todo, una gran fidelidad al reglamento trazado, sobre todo a ciertos puntos: el examen y, sobre todo, la meditación; ésta es la que nos surte de toda clase de armas; la frecuentación de los sacramentos. La meditación no consiste en acudir a la iglesia al son de la campana. Hablo de la oración cuya preparación se ha hecho en relación con nuestras necesidades espirituales. En tal oración se toman y se encuentran las armas de Dios.

224. La primera regla de nuestro combate es la de revestirnos de las armas de Dios. Necesitamos aprender el manejo de estas armas. ¿En dónde está nuestra fe? No brilla, no tiene fuerza; se dobla. ¿Cuáles son los frutos de nuestra esperanza? Cuando os hablan del Cielo, parece que os están hablando de una cosa que os deja indiferente. ¿Dónde está vuestro amor de Dios? ¿En dónde laváis vuestras manchas? Todo esto se encuentra en la oración. En la Sagrada Comunión encontraréis vuestra fuerza. Siempre teniendo confianza en Dios y desconfianza de sí mismo con continua vigilancia; corred de tal modo que logréis el premio.

225. Haced como los atletas. Preparaos al combate. Los atletas se privaban de muchos manjares para poder aumentar sus

fuerzas sin aumentar su peso; se ungián con aceite para dar mayor flexibilidad a sus músculos. Los atletas cristianos sacan sus fuerzas de la oración, de los sacramentos, de un régimen severo, mortificado y sobrio. Cuando a un esclavo se le alimenta demasiado bien, acaba por rebelarse. Quizá más de uno de vosotros ha experimentado las insolencias y rebeldías de la carne; sin embargo, aún continuáis con vuestra pereza, con vuestra sensualidad sin querer mortificaros en nada.

226. No se trata de escribir resoluciones en el papel; hace falta valor, intrepidez y constancia. Cuando el enemigo ve en nosotros tal determinación, entonces se da a la fuga. Cuando el demonio os encuentra armados con las armas de Dios, entonces huye. Algunas veces Dios permite que sus elegidos sean tentados y probados; pero tales tentaciones y pruebas no sirven más que para su triunfo y para gloria de Dios. Mirad a ver si combatís y si queréis la corona de la inmortalidad. Ya es una victoria la entrada en el Noviciado y la emisión de los votos.

TABLA DE LOS SALMOS DISTRIBUIDOS EN RELACION CON NUESTRAS DIFERENTES NECESIDADES

227. Para excitarse a admirar y a alabar la grandeza de Dios: Salmos 8, 17, 28, 92, 94, 96, 103, 106, 113, 134, 135, 138, 144, 145, 146, 149.

Para temer sus juicios: Salmos 7, 10, 20, 35, 48, 49, 57, 63, 74, 75, 81, 82, 93, 98, 108.

Para someterse a su voluntad: 22, 24, 38, 39, 54, 61, 130, 142.

Para confiar en su bondad: 3, 4, 22, 26, 45, 56, 59, 60, 70, 90, 123, 124, 145, 146.

Para amar la oración: 5, 16, 62, 85, 89, 120, 122, 129, 140, 141. Suspirar por Dios: 41, 42, 60, 62, 72, 83, 121.

Oraciones por la Iglesia afligida: 9, 43, 45, 73, 78, 79, 122, 128.

Contra las persecuciones y calumnias: 3, 7, 25, 30, 34, 43, 51, 53, 54, 58, 68, 69, 139.

Contra los malvados y los enemigos de la salvación: 4, 11, 16, 26, 27, 55, 56, 63, 119.

En la tristeza y aflicción: 6, 12, 38, 40, 41, 42, 61, 72, 85, 87, 121, 140.

Para pedir perdón por los pecados: 42, 105; (con los de la penitencia: 6, 31, 37, 50, 101, 129, 142).

Acción de gracias por los beneficios: 9, 17, 29, 33, 102, 112, 116, 123, 135, 137, 143, 148, 149, 150 con el Benedictus y el Magnificat.

Para un enfermo: 12, 22, 24, 26, 30, 37, 38, 41, 42, 50, 83, 86, 90, 114, 118, 119, 120, 121, 129, 143 145.

(XXXI). VII

1823. CHAMINADE (Marres)

RETIRO DE PENTECOSTES, 19 A 22 DE MAYO, SEGUIDO DE
MEDITACIONES

Cuaderno con el reglamento del Retiro de Pentecostés

228. Pueblo mío; id, entrar en lo interior de vuestras casas, cerrad vuestras puertas y ocultaos por algún tiempo.

Reglamento horario

4, 30: Levantarse.

5, 00: Meditación.

5, 30: Instrucción.

7, 00: Misa, desayuno, trabajos manuales.

8, 30: Tiempo libre.

11, 00: Oficio, Instrucción, meditación.

11, 45: Examen particular paseándose.

12, 00: Comida y recreo.

2, 00: Miserere en la capilla.

3, 30: Conferencia.

6, 30: Rosario, Instrucción y bendición.

Lo demás, como los demás días.

SOBRE LA MEDITACION

229. San Crisóstomo, hablando de la meditación y queriendo dar a conocer las ventajas de la misma, dice: "Considerad a qué grados de dicha os eleváis por medio de la oración y qué prerrogativas tiene. Habláis con Dios, os entretenéis con Jesucristo, deseáis lo que os place y pedís lo que deseáis. No hay lengua alguna que pueda expresar cabalmente el valor de esta comunicación del hombre con Dios y cuánta utilidad nos reporta."

MEDITACION SOBRE EL CIELO

230. Dirigid vuestras miradas hacia el Cielo y esforzaos por ganarlo. Sólo se llega a él por el amor, la penitencia, la regularidad, la puntualidad a los ejercicios, ejercitándose en las virtudes de purificación. Si tenemos penas, aflicciones y contrariedades, digamos con la madre de los Macabeos: "Hijos míos: mirad al Cielo; bien vale la pena de algunos sufrimientos.

EL FIN DEL HOMBRE

231. 1.º Hemos sido creados por Dios. Por consiguiente, debemos servir a Dios y consagrar a su servicio las facultades de nuestra alma, los dones de nuestro espíritu, sentidos de nuestro cuerpo, etc.

2.º Hemos sido creados para Dios. Servir a Dios es el fin del hombre y su único negocio, su mayor negocio porque de él depende su eternidad feliz o desgraciada.

3.º Hay que servir a Dios del modo como El quiere y que tendrá a bien darnos a conocer durante este Retiro. *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?*

Afectos. 1.º Actos de fe, de agradecimiento. 2.º Actos de amor y de esperanza. 3º Acto de arrepentimiento y compunción.

DE LA MUERTE

232. 1º La muerte nos enseña a despreciar los bienes de la tierra. Iréis a la mansión de la eternidad para no volver a ver ya ni a vuestros parientes; iréis solos.

2.º La muerte nos enseña a despreciar los honores de este mundo.

3.º La muerte nos enseña a huir de las seducciones de la carne. ¡Oh alma mía! Ven al sepulcro a ver tu cadáver: contempla en qué se ha convertido esta carne a la que habías halagado tanto.

3.ª Meditación

EL JUICIO PARTICULAR

233. 1.º Es preciso que comparezcamos todos al Juicio de Cristo Juez. Allí nos examinarán del bien que hayamos omitido y del mal que hicimos.

2.º ¿Qué pensaremos entonces de la malicia del pecado, de los honores y de los placeres? ¿En qué estado de vida querríamos haber servido a Dios? ¿Qué estima tendremos de la indiferencia que nos han recomendado tanto en relación con los lugares, clases, empleos, etcétera?

3.º Nuestro mismo Ángel de la Guarda, hecho ahora adversario nuestro nos increpará: "Deberías haber sido santo, caminar hacia la perfección. ¿Por qué no lo has hecho?"

234. Afectos: 1.º Acto de confusión. ¡Desgraciado de mí, cuando llegue el día del Juicio, y se abra el libro de la conciencia! Entonces, al verme, dirán de mí: "Mirad a ese religioso que recibió tantas gracias y que no las aprovechó." ¿Qué haré yo entonces? ¡Señor mío y Dios mío!

2.º Acto de dolor. Dios mío: perdonadme mis pecados. Los detesto soberanamente porque os he ofendido a Vos, mi bienhechor.

3.º De agradecimiento por tantos beneficios como he recibido. Confianza en la Santísima Virgen.

MEDITACION SOBRE LA FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

235. Punto 1.º En el Cielo, la Trinidad adorable dejará de ser un misterio. La veremos tal como es, sin velo, sin figuras; esta visión nos hará felices. Querer sondearla en este mundo sería una temeridad. Hay que adorarla, servirla, amarla con fe viva. Dios mismo se ha revelado a nosotros. Hay que creerlo. Tenemos mil motivos que afirman al cristiano en esta fe.

Punto 2.º Las cualidades que las personas divinas toman con respecto a nosotros nos llenan de confianza. El Padre es nuestro Creador; ama a su obra. El Hijo es nuestro Redentor; no quiere que se pierdan aquéllos a quienes ha rescatado. El Espíritu Santo es

nuestro santificador; sólo desea nuestra santidad y nuestra felicidad eterna. Animémonos con esta firme esperanza.

236. Punto 3.º Para animarnos a servir amorosamente a la Santísima Trinidad, considerémosla ocupada enteramente en sus criaturas y dedicada a nuestro servicio. El Padre, por su poder, produce, conserva y hace obrar a las criaturas. El Hijo, mediante su sabiduría, dirige esas operaciones tan admirables. El Espíritu Santo, por su bondad, lo refiere todo a un fin excelente que es su propia gloria y nuestro mayor bien. ¿Quién no amaré a un Dios que está enteramente ocupado en testimoniarnos su amor?

1.ª Meditación sobre la Eucaristía

INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO

237. Punto 1.º El Salvador, llegado el fin de su vida, nos ama más que nunca. Debe volver al Padre; pero quiere quedarse con nosotros y su sabiduría le descubre el medio de hacerlo y el amor hace que lo ponga en práctica. Mientras los hombres se disponen a hacerle sentir los efectos de su odio mortal, Él les da el testimonio del amor más ardiente que se pueda concebir. Se da a sí mismo; se da por amor y ello para unirse a ellos del modo más tierno. Después de haber admirado cuanto sucede en esta institución misteriosa, agradezcamos al Señor esta muestra suprema de caridad.

238. Punto 2.º Antes de darnos su cuerpo en sacrificio sobre la cruz, lo inmola ya en la Eucaristía. Aboliendo todos los demás sacrificios, instituye el de su Cuerpo y de su Sangre para ser un holocausto perpetuo en nuestros altares, para ser el sacrificio propiciatorio, e impetratorio y eucarístico de los cristianos y ello hasta el fin del mundo. Ofrezcámosle a Dios con todo, el respeto, ternura y devoción que requiere.

239. Punto 3.º Instituye la Eucaristía como sacrificio para honrar a Dios y como sacramento para santificarnos. En él, uniéndose a sus fieles, les colma de gloria, de luz, de fervor y consuelo. Será para ellos una prenda de su resurrección y de su dicha eternas. Aprovechémonos de este beneficio sorprendente y de estas buenas intenciones de Aquél de quien lo recibimos.

2.ª Meditación

TRES EFECTOS QUE LA EUCARISTIA PRODUCE EN NOSOTROS

240. Punto 1.º Es para nosotros, un principio de honor. El Salvador, por su sacramento adorable se convierte en compañero de nuestra peregrinación, nos nutre con su carne y con su sangre transformándonos en sí mismo. ¡Qué gloria para un cristiano! Es más santo y está más consagrado que las iglesias y que los altares, que los cálices y los vasos sagrados. Se encuentra elevado por encima de toda grandeza humana. Vayamos a Él con un deseo ardiente. Cuando nos haya santificado por medio de esta unión adorable, no nos profanemos por acciones indignas.

241. Punto 2.º Es un principio de fuerza contra las pasiones que el Salvador templa, debilita y santifica por su presencia; contra el demonio, el cual mira a un cristiano después de comulgar como a león rugiente que le atemoriza; contra la muerte a la que calma por su presencia, su gracia y su esperanza. ¿De dónde puede venirnos tanta debilidad a quienes comulgamos tan a menudo?

Punto 3.º Es un principio de alegría. Los santos estaban grandemente penetrados de ella después de haber recibido a Dios. La Eucaristía es una leche deliciosa, un pan de ángeles, un festín de bodas, un maná, un antegusto del Paraíso, una gota de las delicias eternas. Las luces que un alma recibe, las dulzuras que experimenta, las esperanzas que concibe le hacen insípidas todas las dulzuras de la carne y del mundo. Renunciemos a ellas y así saborearemos las celestiales.

3.ª Meditación

SOBRE ESTAS PALABRAS:

MEMORIAM FECIT MIRABILIIUM SUORUM

242. Punto 1.º La Sagrada Eucaristía es un memorial de todos los grandes misterios de nuestra Redención de la cual es la representación, la fuente y el principio por la gracia; de nuestra glorificación, de la que es prenda. Aprovechémonos de estas buenas intenciones que nuestro amable Salvador ha hecho brillar en estos misterios que hay que ver en la Eucaristía.

Punto 2.º Es un memorial o un resumen de los milagros que Dios ha obrado en la Creación y en la redención del mundo. El

Salvador se multiplica una infinidad de veces, en todos los tiempos y lugares. Hace desaparecer el pan y el vino conservando los accidentes sin la correspondiente sustancia; reproduce la misma materia y da la vida; preserva de la muerte, arroja al demonio y convierte a las almas. Ejercitemos nuestra fe en estos misterios, adoremos este poder milagroso y agradezcámoselo a quien lo ejerce por amor nuestro.

243. Punto 3.º Es un memorial de las virtudes que el Salvador practicó durante su vida y su muerte. Admiramos aquí su profunda humildad, su paciencia heroica, su obediencia exacta, su mortificación íntegra, su religión y su celo por la gloria de Dios Padre, su caridad para con los hombres. Lo mismo que durante su vida, continúa siendo nuestro médico, nuestro pastor, nuestro abogado, nuestro padre, y nuestro Redentor. Pidámosle que vivamos estas virtudes y que quiera ejercitar estos oficios para con nosotros.

4.ª Meditación

EL BANQUETE EUCARISTICO

Un hombre dispuso un gran banquete

244. Punto 1.º Quien hace el festín es Dios mismo. En él ha pensado desde toda eternidad. Aunque lo dispuso al final de su vida lo continuará hasta el fin de los siglos. ¡Qué honor para nosotros! Si un rey nos invitase a su mesa, lo consideraríamos como una gran dicha; y sin embargo, no nos daría más que los manjares ordinarios sin darnos derecho a su realeza. Tal banquete no nos impediría luego el caer enfermos y luego morir. Dios ha hecho todo esto en relación con la inmortalidad. Agradezcámosle tan buenas intenciones.

245. Punto 2.º Los manjares de este festín son divinos; nos da a comer su cuerpo y a beber su sangre, no separándose la divinidad de entrambos. En ellos nuestra alma se nutre y como alimenta con la sustancia misma de Dios. Las luces, los ardores, los consuelos acompañan a esta vianda preciosa. Si Dios hubiera descubierto este designio a los ángeles, éstos se hubieran sumergido en una admiración profunda, nos habrían envidiado; no nombran a Dios más que eón respeto y nosotros tenemos el honor de comerle.

246. Punto 3.^o Jesucristo invita, con una bondad sorprendente, a los santos, a los enfermos y hasta a los muertos si quieren resucitar. Invita a los justos para aumentarles la gracia, confirmarles en ello y perfeccionarles; invita a los tibios para calentarles, purificarles, fortificarles; invita a los pecadores que quieren convertirse para darles la vida. En cualquier estado en que nos encontremos, corramos a este divino convite con ardor; no nos excusemos nunca; vayamos con decencia para hacer honor al dueño del festín.

5.^a Meditación

DEL AMOR QUE DIOS NOS DEMUESTRA AL INSTITUIR LA EUCARISTIA

247. Punto 1.^o El amor que Dios nos tiene es el que le llevó a instituir la Eucaristía. Debía privarnos de su presencia sensible cuando subiese al Cielo; pero para no alejarse de nosotros, se quedó en la Eucaristía para estar con nosotros durante nuestra peregrinación, para consolarnos, animarnos, alimentarnos y defendernos. Por eso, debemos estar a menudo con Él, lo más que podamos, para hablarle, admirarle, manifestarle nuestras necesidades, agradecerle sus gracias. Renovemos nuestro propósito de ser puntuales en visitar a este amable Salvador.

248. Punto 2.^o Se queda en la Eucaristía para unirse a nosotros en la Comunión. Esta es la gran prueba de su amor. Quien me come, permanece en Mí y yo en él, nos dice. ¿Se puede pensar en un amor más ardiente? ¡Qué honor para mí, después de haberle recibido, el poder dirigirme a Él como a mi mismo! Las pasiones me arrastran y las tentaciones me turban. ¡Líbrame de ellas, Dios mío!

Punto 3.^o Para quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento queda expuesto al furor de los herejes, a la rabia de los impíos, y a los sacrilegios e irreverencias de los malos cristianos. Su amor para con nosotros le ha hecho resolverse a sufrir todas estas indignidades. Nosotros, en cambio, no podemos sufrir nada por El. ¿Nos atreveremos a decir que le amamos?

6.ª Meditación

DULZURA Y FAMILIARIDAD DEL SEÑOR EN LA EUCARISTIA

249. Punto 1.º El Señor, durante su vida, invitaba a venir a El a toda clase de personas. No rechazaba a nadie; hablaba, instruía y aliviaba a todo el mundo con una bondad admirable. Todavía es mayor la que manifiesta en la Eucaristía. En ella invita a todo el mundo; lo mismo acoge a los pobres que a los ricos, a los sabios que a los ignorantes, a los grandes que a los pequeños. En aquel tiempo los recibía junto a sí; ahora entrará dentro de nosotros para hacer con nosotros lo que hacía entonces sensiblemente durante su vida. ¿No debemos amarle, servirle y aprovechar su bondad?

Punto 2º Se deja llevar por las calles, entrando también en las casas de los pobres y de los desgraciados; queda expuesto en el altar para recibir las oraciones de todos los fieles y esto, incluso en una iglesia campestre, en un copón de ningún valor, a menudo sin un solo adorador y sin compañía. Siempre está presto a quedarse en donde le pongan y a darse a quien quiera tomarle. ¡Qué ingratos somos ante una bondad tan sorprendente! ¡Qué llenos de orgullo y de desprecio para con los demás!

250. Punto 3.º Esta familiaridad y esta dulzura del Salvador deben estar lejos de disminuir algo del respeto y de la veneración que le debemos. Al revés, debe aumentarlos viendo la bondad de esta majestad infinita. ¡Ay!-decía David-¿Quién soy yo para entrar en alianza con el rey? ¿De dónde a mí esta dicha que la Madre de mi Dios entre en mi casa?, decía Santa Isabel. Nosotros digamos otro tanto y que la dulzura de este gran Dios atraiga nuestra confianza y aumente nuestro respeto.

7.ª Meditación

¡OH SAGRADO BANQUETE!

251. Punto 1.º En este sagrado banquete, Jesús se da a sí mismo. Da su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, para ser el alimento de nuestras almas. ¿Qué nos rehusará siendo así que se nos da El mismo? Excitemos en nosotros una fe viva y llenémonos de confianza.

Punto 2.º Se renueva el recuerdo de la Pasión. Jesús se ofreció en sacrificio cruento en la cruz. Lejos de haberse

arrepentido de ello, quiere sacrificarse aún todos los días y muchas veces cada día, muriendo sobre nuestros altares por medio de esta representación misteriosa. Sobre ellos está como una víctima que se ofrece ininterrumpidamente en honor de Dios Padre para apaciguarle, pedirle y agradecerle. Ofrezcámosla por estas intenciones.

252. Punto 3º El alma se llena de gracia. Jesucristo es la fuente de la misma; está personalmente presente en nuestra alma. Él calma nuestras pasiones e inclinaciones viciosas, aumenta la gracia santificante y, por medio de las gracias actuales, llena nuestro espíritu de luces y nuestra voluntad de santos afectos de amor y fervor. ¿Cómo se explica que comulgando tan a menudo no seamos santos?

Punto 4.º Recibimos una prenda de la gloria del Paraíso. El Salvador se nos da bajo estos velos, se une a nosotros, nos cambia en El para así asegurarnos que el Paraíso nos pertenece y de que esta unión durará eternamente; se da a sí mismo como prenda a nuestras almas y para dar también a nuestros cuerpos la seguridad de la resurrección. Es el pan de la inmortalidad.

8.ª Meditación

¿DE DONDE PROVIENE EL QUE APROVECHEMOS TAN POCO LA COMUNION?

253. Punto 1.º Gran número de cristianos, después de varias comuniones siguen tan imperfectos como antes: tibios, sensuales, coléricos y ambiciosos. No hacen honor a este sacramento adorable, pues le convierten en algo inútil; también se perjudican a sí mismos privándose del fruto de su comunión. Se convierten en objeto de escándalo para los demás, se exponen a grandes males que vienen tras de esas comuniones inútiles. Temamos las comuniones pecaminosas.

254. Punto 2.º La primera causa del poco provecho que saquemos es el no llevar a la Comunión lo que Cristo exige. Quiere que vayamos a comulgar con una intención santa, un corazón desprendido de todo pecado y un alma preparada para recibirle. Nosotros, por el contrario, vamos con intenciones imperfectas, por costumbre, interés, respeto humano; con un corazón apegado a los pecados de los que no queremos corregirnos y de los que siempre

nos confesamos pero con un alma mal preparada, el espíritu disipado, el corazón lleno de preocupaciones y la cabeza llena de negocios y de diversiones. Alejemos de nosotros todas estas faltas.

Punto 3.^o La otra causa del poco fruto de nuestras Comuniones es que no sacamos de ellas lo que Cristo pretende. Apenas le damos un momento para agradecerla y hablar con él aprovechándonos de su presencia gloriosa. Él nos inspira lo que debemos hacer; pero no lo hacemos. Prometemos cosas; pero luego no cumplimos nuestras promesas. Nos profanamos después de habernos consagrado a Él.

Meditación

SOBRE LA DRACMA PERDIDA Y LUEGO ENCONTRADA

Punto 1.^o Cierta señora pierde una de sus joyas, una piedra preciosa o una perla de gran valor. Las almas que Cristo ha rescatado son esas perlas y esas piedras preciosas. Las ha rescatado muy caro; quiere adornar con ellas el Paraíso. Así es como debemos mirar a las almas, para concebir un verdadero celo por ellas que nos haga luego trabajar en su salvación. Así por lo menos debemos mirar la nuestra para animarnos a tener cuidado de ella.

Punto 2.^o Aquella señora, para recuperar su joya, trastorna todo en su casa; busca en todas partes, llama en su ayuda a las criadas parientes y amigas. El Salvador nos honra mucho cuando nos confía las almas para conservarlas o para encontrarlas cuando se han extraviado. No ahorremos, a ese efecto, ni cuidados ni trabajos; serán pagados liberalmente.

256. Punto 3.^o Todo es fiesta en la casa cuando la señora ha encontrado su joya; su alegría se manifiesta al exterior; muestra buena cara a todo el que encuentra. La Iglesia, en la tierra, los ángeles en el Cielo se llenan de alegría cuando un alma vuelve del pecado a la gracia. Dios ama con ternura a quienes se las devuelven; tales almas tendrán hacia ellos un agradecimiento eterno. Los comerciantes atraviesan los mares para encontrar perlas y pedrería. Nosotros, para ganar almas para Dios que las ama infinitamente, ¿no querríamos hacer nada?

Meditación

257. Guía mar adentro.

Punto 1.º El Salvador se sirve de las mismas palabras para decirnos que debemos avanzar siempre en la santidad y en la perfección de nuestro estado. Para llegar a este resultado, tenemos que hacer desaparecer hasta los menores pecados, frenar nuestras pasiones, resistir a las malas inclinaciones, adquirir todas las virtudes de nuestra vocación, practicar los actos de las mismas, informar toda nuestra vida de santas intenciones, unirnos a Cristo por amor, y por el amor y la imitación, trabajar sin interrupción y con perseverancia en ser perfectos. Confesemos que nos quedan todavía muchas cosas por hacer, ya que apenas hemos empezado todavía. Condenemos nuestra negligencia pasada.

258. Punto 2.º La dificultad es grande; pero no nos debe espanta: con la gracia de Dios lo podemos todo. Dios trabajará en esta gran obra; pero también nosotros debemos trabajar junto con Él. Con su socorro, todo nos será posible y, por las dulzuras que le acompañan, todo será incluso agradable.

Punto 3.º Por muchos progresos que hayamos hecho en las vías de la perfección, acordémonos de que, bogando sobre un mar tempestuoso, estamos siempre expuestos a los vientos y a las tempestades. Siempre tendremos dificultades que vencer, tentaciones que superar, enemigos que combatir; siempre cometeremos algunas faltas. Muy lejos de desanimarnos por ello, cobremos nuevo ardor, animados por la presencia del Salvador.

Meditación

259. Apártate de mi porque soy un pecador.

Punto 1.º Como San Pedro, confesemos a Dios que somos pecadores y grandes pecadores. Bien podemos decirlo ya que San Pablo decía que era el mayor de todos los pecadores. Pensaba en sus pecados y así concebía una clara idea de la gravedad de los mismos; no conocía los de los demás más que muy imperfectamente; y así, se llamaba el mayor de los pecadores. Del mismo modo, cuando nos duele algo, decimos que nuestro dolor es el mayor de todos porque no sentimos el de los demás. Adoptemos este sentimiento y reconozcamos la misericordia de Dios para con nosotros.

260. Punto 2.º Aunque nuestros pecados estén ya perdonados, debemos confesar que somos grandes pecadores, ya que, de nosotros mismos, pecaríamos en todos los momentos si Dios no nos retuviera por medio de su gracia. Nuestra debilidad es extrema, nuestras inclinaciones, hábitos y pasiones son violentas. Humillémonos de este estado que es el más humillante de todos.

261. Punto 3.º Todos somos pecadores; pero guardémonos bien de decir, como San Pedro: Apártate de mí, que soy un pecador. Dios es quien debe borrar nuestros pecados y preservarnos de pecar, fortificando nuestra debilidad por medio de su gracia. Digámosle en el oratorio, en la Misa y en la Comunión: Ven, Señor Jesús. Su presencia será remedio para el pasado y preservativo para el porvenir.

Meditación

262. *Si vuestra justicia no es mayor que la de escribas y fariseos...*

Punto 1.º Como cristianos, estamos obligados a vivir más santamente que quienes vivían en la Antigua Ley. La nuestra es más santa; el legislador, más noble; la recompensa, mayor; el nombre de cristiano, los compromisos del bautismo y las gracias que le siguen, los sacramentos y buenos ejemplos..., todo nos obliga a ser santos. Sonrojémonos de nuestra conducta, ya que a veces se ven en ella debilidades que harían sonrojarse, no sólo a un israelita, sino incluso a un honrado pagano.

263. Punto 2.º Como religiosos, estamos obligados a vivir más santamente que el común de los cristianos. Nuestra profesión, nuestro estado alejado del mundo, las luces, las gracias y demás ayudas que la acompañan, piden esto de nosotros. ¿Qué diremos a Dios cuando nos haga ver que cristianos, que han vivido en medio de las dificultades de los seculares, han llegado, sin embargo, a un grado más alto de virtud que nosotros, a pesar de nuestra vida retirada?

264. Punto 3.º Nosotros, incluso, estamos obligados a vivir aún más santamente que los demás. Nuestro nombre, nuestro compromiso de seguir a Jesucristo, el fin que tenemos de santificar a los demás nos obligan a ser más santos. Es la obligación que San Pablo se imponía a sí mismo y a sus semejantes. Si no practicamos

con más exactitud lo que enseñamos a los demás, Dios no se servirá de nosotros para comunicárselo y nos quedaremos sin nada, como los canales que no retienen nada o como sacos rotos.

Meditación

265. Mismo tema que la anterior.

Punto 1.º El estado y la profesión distinguida no constituyen la santidad. Los escribas y fariseos eran impíos a pesar de que su misma profesión les distinguía por la religiosidad. El nombre de cristiano, de religioso, el hábito y la profesión sólo sirven para hacer nuestras faltas más graves, nuestro castigo más grande y nuestra pérdida menos digna de excusa.

266. Punto 2.º La apariencia de virtud y de santidad no servía a los escribas y fariseos más que para hacer de ellos unos hipócritas. Dios quiere que se le sirva sinceramente. No se contenta incluso con los actos externos de virtud si no están animados por un interior santo, como se decía de los primeros cristianos, según refiere Tertuliano. Dios quiere que se le sirva en espíritu y en verdad, rechazando todo otro culto.

267. Punto 3.º Todas las acciones de virtud que sólo guardan las apariencias externas pueden engañar a los hombres y atraer su estima. En eso consiste toda su recompensa. Incluso merecen un castigo, puesto que eso es actuar por vanidad e hipocresía. Es una locura bien censurable la de perder la aprobación de Dios por tener la de los hombres y, por una recompensa tan frívola, privarse de una recompensa eterna en el Cielo y exponerse a un castigo terrible. Evitemos tal desgracia.

Meditación

268. Vienen a vosotros con vestido de oveja.

Punto 1.º Nuestro estado es un estado de santidad. Nuestro nombre, nuestro hábito, nuestras casas, nuestra profesión, todo ello va marcado con el sello de la santidad. Pero ¿de qué nos serviría todo este boato y todo este exterior si, en nuestro interior, no somos santos? Nada es vivir en Jerusalén si no tenemos cuidado de vivir dentro de ella santamente.

269. Punto 2.º Enseñamos a los demás el camino de la santidad. Hacia ella les llevamos por nuestros cuidados, nuestras palabras, nuestras predicaciones y nuestra dirección. ¿De qué nos servirá todo esto si no practicamos lo que prescribimos a los demás? ¡Qué ceguera librar a los demás del naufragio-como los que trabajaron con Noé en hacer el arca-y no librarse uno a sí mismo y conducir a los demás al Paraíso y no ir uno mismo?

Punto 3.º Gozamos de la aprobación, de la estima y de las alabanzas de los hombres. ¿De qué nos servirá todo eso si no gozamos de la aprobación y de la estima de Dios? Esa es la que únicamente hay que buscar; todo lo demás no es más que vanidad y diversión.

Meditación

270. Todo árbol bueno produce buenos frutos.

Punto 1.º Un árbol bueno da buenos frutos. Cada uno de nosotros es un árbol plantado por la mano de Dios en una tierra de bendición, cultivada con cuidado, regada con profusión. Si algún bien hacemos, a Dios hay que dar gloria por ello. Cuando Él corona nuestros méritos, corona sus beneficios. Reconozcámolo con humildad y agradecimiento.

Punto 2.º Un árbol malo produce malos frutos. Cuando examinamos nuestros pensamientos, palabras y obras y encontramos que en todo ello hay una serie de faltas, ¿no tenemos motivo de pensar que somos malos árboles? Pidamos a Dios que nos cambie, por su gracia, en árboles buenos, como Él puede hacerlo. Pidámosle que nos dé la voluntad de trabajar nosotros mismos en tal cambio.

271. Punto 3.º Consideremos tres desgracias deplorables que acaecen a un árbol malo: 1. Produce malos frutos. Es un gran mal el que Dios nos deje cometer pecados; 2. Será cortado; una muerte desgraciada nos sorprenderá, quizás cuando menos lo pensemos; 3. Será arrojado al fuego; es el colmo de todas las desgracias, la de ser desechado de Dios y arrojado en un fuego que no se extinguirá jamás. Temamos estos males y prevengámonos contra ellos.

Meditación

SOBRE LAS PALABRAS DE CRISTO: "¡SEÑOR! ¡SEÑOR!"

272. Punto 1.º El servicio que Dios pide a sus verdaderos servidores no consiste en palabras, en muchas oraciones, en devociones extraordinarias, sino en la fidelidad exacta en hacer lo que Dios pide de nosotros, lo mismo cuando manda que cuando aconseja, o cuando nos pone en la ocasión de hacer o de sufrir por Él. Es el cumplimiento de su santa voluntad. En esto consiste el testimonio incontestable de nuestra fidelidad y de nuestro amor.

273. Punto 2.º Dios, incluso, no se contenta con que hagamos su voluntad algunos días o en ciertas ocasiones; quiere que la hagamos constantemente y hasta la muerte. Aun cuando quisiera que nos viésemos en trabajos, aflicciones y miserias hasta el último momento de nuestra vida, hay que perseverar obedeciéndole con entera sumisión. Sin tal perseverancia, Dios rechaza nuestra fidelidad y nuestro amor.

274. Punto 3.º Para endulzarnos esta fidelidad hasta la muerte lo cual nos parece inaguantable consideremos que tal muerte quizá no está tan lejos de nosotros como creemos, y aun cuando estuviera más lejos, la grandeza de la recompensa merece bien que tengamos esta fidelidad en su servicio. Es un reino; el reino de los Cielos; es la vida, las riquezas, la gloria, el placer y la inmortalidad. Todo esto ¿no ha de endulzarnos los trabajos de estos pocos días que tenemos que vivir en este mundo ejecutando fielmente lo que Dios quiere de nosotros?

Meditación

275. Da cuenta de tu mayordomía.

Punto 1.0 Nos examinarán sobre el mal que hemos hecho. No estemos tan seguros sobre el perdón de nuestros pecados pasados por los cuales deberíamos temer siempre lo mismo que por los pecados que cometemos todos los días. Dios los buscará con una severidad rigurosísima; no habrá ninguno que deje de descubrir, de condenar y de castigar si no lo reparamos nosotros mismos previamente. Si su gravedad no nos espanta, su número sí que debe asustarnos.

Punto 2.º Seremos examinados sobre el bien que deberíamos haber hecho y no lo hicimos. ¿A cuántas obligaciones hemos

faltado? ¿Cuántas acciones virtuosas y cuántas buenas obras omitidas, cuántas gracias descuidadas y cuántas ocasiones de santificarnos enteramente desperdiciadas? Y si una vez hemos hecho el bien, nos veremos obligados a confesar que hemos dejado de hacerlo mil.

276. Punto 3.º Seremos examinados acerca del bien que hemos hecho. Tendremos que dar cuenta de todas nuestras buenas obras ya que las habremos hecho de mala manera. Ciertamente, hemos rezado, ayunado, frecuentado los sacramentos, guardado nuestros votos y nuestras Reglas; pero ¿con cuánta negligencia, tibieza, cobardía, con cuán poca devoción y sobre todo con cuánto amor propio hemos hecho todo ese bien? Para verse justificado ante Dios "no basta con hacer el bien; hay que hacerlo bien", dice el sabio.

Meditación

277. Los hijos de este siglo son más prudentes en sus negocios que los hijos de la luz.

Punto 1.0 Consideremos lo que hacen las personas del mundo para acertar en sus empresas y para atender a sus intereses; no piensan más que en ello, no hablan de otra cosa y estudian los medios más seguros empleándolos con ardor sin arredrarse por las dificultades y sin perder ánimo. Y todo ello por un bien de nada, por un humo de honores y por el placer de un momento. Nosotros, iluminados por las luces de la fe y de la gracia, vivimos con una negligencia completa, sin darnos prisa, sin ardor, como si nada tuviéramos que esperar ni temer.

278. Punto 2.º La prudencia de las personas del mundo se preocupa por entero en reparar las pérdidas sufridas, en sacar partido del presente, prevenir los males que pueden temer o los bienes que pueden esperar, huyendo de los males y obteniendo los bienes. Y nosotros, insensibles a nuestros verdaderos intereses, apenas nos conmueve el recuerdo del pasado y los beneficios de Dios para agradecerseles; apenas nos acordamos de nuestros pecados para expiarlos, ni tenemos en cuenta el presente para trabajar en nuestro único negocio que es el de la salvación, ni el porvenir, para disponernos a la muerte y ganar el Paraíso.

279. Punto 3.º Confundámonos por nuestro propio ejemplo. ¿Qué no hacemos por nuestros intereses temporales? Para conservar o restablecer nuestra salud, nuestro amor propio nos propone la salud como medio de acertar en un empleo. Otras veces se trata de obtener lo que nuestro amor propio nos propone. ¡Si tuviésemos el mismo ardor para alcanzar los bienes eternos!

Meditación

LA ORACION

280. Punto 1.º Tenemos que rezar, rezar a menudo, rezar siempre, como Nuestro Señor nos ha ordenado hacerlo. Tenemos siempre necesidad de la oración para obtener todas las gracias, para adelantar en las vías de la santidad, para vencer las tentaciones, para endulzar nuestras penas y para perseverar en el bien. Dios quiere ciertamente darnos todos los socorros necesarios; pero quiere también que se los pidamos.

281. Punto 2.º No sólo hay que rezar; hay que rezar bien; sin ello, nuestras oraciones no merecerían tal nombre, ofenderían la majestad de Dios y serían inútiles. Por consiguiente, debemos acompañar a nuestras oraciones con la atención del espíritu, con el fervor de la voluntad y el respeto de toda nuestra persona. Examinemos en qué hemos fallado al hacer nuestras oraciones.

282. Punto 3º Para rezar bien hay que alejar de nosotros cuanto nos impida rezar bien: la agitación y el tumulto de los negocios que distraen el espíritu, los apegos a las criaturas que ocupan la voluntad, lo mismo que la violencia de las pasiones que nos turban. Las faltas y remordimientos de la conciencia que nos privan de la confianza, del amor y de la unión con Dios. Alejemos de nosotros tales obstáculos. Vayamos a las oraciones con todas las disposiciones de que somos capaces, y así atraeremos sobre nosotros el espíritu de oración que es un medio excelente y necesario para la santidad y para la perseverancia.

Meditación

MOTIVOS DE AMARNOS MUTUAMENTE

283. Punto 1.º Estamos unidos por los vínculos de la misma naturaleza de la misma fe y de la misma esperanza. Todos somos

hombres e hijos del mismo Padre. Somos cristianos, hijos de la misma Madre que es la Iglesia, regenerados por el mismo bautismo, alimentados a la misma mesa, honrados por el mismo nombre y por la misma profesión. Tenemos también la misma esperanza de gozar juntos en la herencia de nuestro Padre; es decir, de la gloria celestial. No amarnos después de tantos motivos es un crimen.

284. Punto 2.º Nuestro estado nos obliga a amarnos recíprocamente. Todos hemos dejado el mundo para encontrar la paz y unirnos con Dios, cosa a la cual no llegaremos sin la caridad fraterna. Nos hemos obligado con el mismo Dueño y para el mismo destino, bajo el mismo hábito, en la misma casa, separados del mundo y perseguidos por él porque pertenecemos a Cristo. Si nos amamos mutuamente despreciaremos los halagos del mundo y nos reiremos de sus amenazas.

285. Punto 3.º El agradecimiento, la obediencia y el amor que debemos a Cristo nos obligan a amarnos. Nos ha dado, al efecto, un mandamiento, ha manifestado su inclinación hacia él, pidiendo a su Padre esta caridad y unión y dándonos ejemplo de ella. Ha establecido esta caridad como señal y librea que lleven sus discípulos y predestinados. Promete su amor, su protección, sus gracias y su Paraíso a quienes guardan esta ley de la caridad.

PARA OBSERVAR LA LEY DE LA CARIDAD, TENEMOS QUE SOPORTARNOS LOS UNOS A LOS OTROS

286. Punto 1.º El Salvador nos ordena amarnos mutuamente. También San Pablo nos dice: "Para guardar este mandamiento tenemos que soportarnos los unos a los otros." Nada más necesario y consolador ni más justo que este mandamiento, ya que viviendo juntos y teniendo cada cual sus debilidades, sus defectos, sus necesidades, la vida sería insoportable si nouviésemos caridad bastante; pero el mal sería todavía mayor si fuésemos una carga unos a otros, aún más pesada e insoportable.

287. Punto 2.º Debemos soportarnos mutuamente, en tres cosas, particularmente: 1.ª En los defectos naturales, como el mal humor, la tristeza y los achaques; 2.ª En los defectos morales, como la falta de civismo, las ingratitudes, los arrebatos de cólera, las injurias y las bromas pesadas; 3.ª En las necesidades espirituales o corporales, cuando el prójimo tiene necesidad de nosotros a modo

de consuelo o de consejo; o bien en diversos accidentes, alivio en las enfermedades, en la pobreza. Hay que hacerles su carga más ligera tomando una parte de la misma sobre nuestros hombros.

Punto 3.^o Mediante esta compasión, este alivio o esta ayuda prestada al prójimo, cumplimos la ley de Cristo el cual nos ha dado ejemplo de cómo hay que guardarla. Se ha compadecido de nuestras miserias; las ha aliviado, las ha tomado sobre sí mismo para librarnos de ellas.

Meditación

EL NOMBRE AUGUSTO DE MARIA

288. Punto 1.^o María nos ha legado su nombre para testimoniarnos el amor particular que nos tiene tomándonos por sus servidores, soldados, discípulos e hijos. ¡Qué gloria para nosotros! ¡Qué obligación para nosotros de hacernos semejantes a Ella!

Punto 2.^o Nos ha dado su nombre para asociarnos a sus planes, que son el glorificar a Dios y el salvar e instruir al mundo. Mantengamos generosamente la elección que ha hecho de nosotros.

Punto 3.^o Nos ha dado su nombre para que trabajemos en su misma empresa. Ella es la primera en las humillaciones, penas y dolores. ¿Retrocederemos ante tal modelo? ¿Nos atreveremos a quejarnos?

SOBRE LA ORACION

289. San Agustín llama a la oración "la llave del Cielo". En efecto, la oración es la llave que abre todas las puertas celestiales y gracias a la cual todas las arcas de los tesoros celestiales se abren. Dice también que así como los alimentos nutren al cuerpo, así también la palabra de Dios y la oración conservan y alimentan al hombre interior. Es también un medio efficacísimo para ayudarnos a regular nuestra vida y vencer los obstáculos que podemos encontrar en el camino de la virtud. "Quien sabe orar bien, sabe vivir bien." San Juan Clímaco dice: "Cuando se ha hecho bien la oración de la mañana, todo el día se nota y se está contento; pero, por el contrario, cuando se hace mal, toda la jornada viene desconcertada." No hay que olvidar nunca nuestros pecados para no abandonar el fervor. A este fin, es preciso que, durante mucho

tiempo, toda nuestra oración se reduzca a llorar nuestras faltas; que en ello consista todo nuestro ejercicio hasta que el Señor nos tienda la mano y nos diga: "Amigo: sube más arriba."

290. Una de las principales miras que un religioso debe tener en la meditación es la de desengañarse de los errores del mundo, confirmarse en las verdades reveladas y determinarse firmemente sobre lo que hay que hacer o evitar. Cuando un hombre de mundo se reduce a una forma de vida más cristiana y más ordenada que de ordinario, se suele decir de él que se ha desengañado. Tal desengaño, por decirlo así, es una de las principales ventajas de la oración. Para ello es preciso que se haga, no superficialmente y corriendo, ni de un modo premioso o lánguido, sino con gran fervor y con toda la atención y la calma posibles. Lo que hace que no lleguemos a gustar de los misterios de la Encarnación, de la Pasión, Resurrección y todos los demás, es que los consideramos superficialmente, sin venir al detalle y sin profundizar en ellos.

(XXXII). VIII

1823. CHAMINADE (Carrère)

CONFERENCIAS DEL PADRE CHAMINADE

Empezado el 14 de febrero de 1823, en San Lorenzo

INSTRUCCIONES SOBRE EL SIMBOLO DE LOS APOSTOLES

291. 1.^a parte: Necesidad de instruir en materias de religión.

Cristo nos dice: *Dios es espíritu y hay que adorarle en espíritu y en verdad*. Esto quiere decir que no hay que hacer con Dios como hacen los paganos con los ídolos, sino que hay que adorarle verdadera y sinceramente. El buey y el asno, como todos los demás animales, por un instinto natural, reconocen a su dueño. Con mayor razón el hombre debe conocer y servir a Dios. Por lo mismo, Dios se quejaba amargamente de su pueblo. El hombre que no adora ni sirve a Dios es un monstruo. Ahora bien: ¿qué es un monstruo? Es un objeto que no cumple el fin para el que fue creado; por ejemplo, si el fuego, en vez de calentar, sirviese para enfriar las cosas, sería un monstruo. Del mismo modo, el hombre que ha sido creado únicamente para adorar y amar a Dios, si no lo hace es un monstruo. Dios nos ha mandado que nos instruyamos sobre la religión.

292. Dios ha puesto también en el hombre una gran señal de que debe amarle. Esta consiste en que el hombre se mantiene en actitud erguida y puede levantar los ojos al Cielo cuando quiera, siendo así que los animales tienen siempre la cabeza inclinada hacia el suelo.

La Iglesia católica está situada sobre un gran monte a fin de que todo el mundo pueda verla y, después, entrar en ella. Es la expresión de que se ha servido el autor de las instrucciones sobre el Símbolo.

En el Antiguo Testamento Dios había ordenado a su pueblo, es decir, a los judíos, que llevarsen siempre la Ley consigo para no olvidarla. Incluso la ponían en el lecho, en la mesa y en todas partes.

15 febrero 1823

293. 2.^a parte: *La ciencia de la religión es la Ciencia de Dios mismo.*

No hay para nosotros cosa más importante que saberla bien; por el mismo hecho de ignorarla, uno se condena a sí mismo. ¿Cómo?: 1. Por la misma ignorancia; 2. Por las funestas consecuencias de esta desgraciada ignorancia. A quien tenga mucha ciencia y mucho entendimiento, si no conoce la religión no le servirán más que para su condenación todos sus talentos. No es exagerado el decir que la ignorancia religiosa contribuye a nuestra condenación. Esos pueblos bárbaros y salvajes escondidos en el fondo de América no practican la verdadera religión.

294. Es un juicio terrible que tenemos que adorar. Pero que cristianos que viven en el seno de la misma religión permanezcan extraños a esos misterios de los que no tienen más que una idea superficial y que en esta situación tan triste no se preocupen de salir de ella y que, incluso, se vanagloríen de ello, ¿es simple ceguera? No. Es impiedad, infidelidad y crimen; más aún: es extravagancia; es locura. Santo Tomás enseña que estamos obligados a saber y creer explícitamente los principales artículos de la fe de la misma manera que estamos obligados a tener esa misma fe. San Carlos Borromeo dice que todos cuantos tienen el uso de la razón están obligados, so pena de pecado mortal, a saber todos los artículos del Símbolo de los Apóstoles tal como lo canta la Iglesia, al menos en cuanto a su sustancia y a saber los Mandamientos de Dios y los de la Iglesia.

295. *De esa ignorancia de la religión provienen las profanaciones que estamos viendo.*

De esa ignorancia provienen todos esos horrendos crímenes cuyo sólo pensamiento nos estremece. El impío blasfema de lo que ignora, mientras que, como los animales privados de razón, sigue la corrupción de sus deseos. De ahí el desprecio de la religión. En una palabra: todos los mayores crímenes que vemos cometerse en el mundo provienen de esta profunda ignorancia de la religión. Va al infierno sin remedio quien no se quiere instruir en la religión.

He ahí por qué grados y a qué precipicios conduce la ignorancia de la religión. Ignorancia funesta y no por ello menos extendida en el mundo. El remedio que puede garantizarnos y

preservarnos de tales males es el estudiar con detenimiento nuestra verdadera religión.

Pero si un simple cristiano está obligado a estudiar la religión, con cuánta mayor razón incumbe esa obligación a un religioso que hace profesión de enseñarla a los demás.

Instrucción II

EXCELENCIA Y UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LA RELIGION

296. Parte 1.^a El estudio de la religión es excelente.

1. Porque Dios es el autor de la misma.
2. Porque su objeto es enteramente divino.
3. Porque su fin es la mayor gloria de Dios y salvación del hombre.

Punto 1.^o Porque Dios es su autor. Cristo ha venido a este mundo a enseñarnos cuanto debemos hacer para salvarnos. No sólo ha venido para rescatarnos de la esclavitud del demonio-en cuya esclavitud gemíamos desde el pecado de nuestros primeros padres-sino también para darnos ejemplo de cuanto teníamos que hacer para salvarnos. Ahora bien: en la verdadera religión, nos ha dejado todos esos medios.

297. Punto 2.^o Porque su objeto es divino. Todo cuanto la Iglesia nos enseña es de fe. Y todo cuanto desea es llevarnos a la Patria Celestial. No hay cosa más digna en que nos podamos ocupar en la tierra y durante toda nuestra vida que estos divinos misterios. No hay objeto alguno más digno de una curiosidad enteramente santa. Tenemos curiosidad por saber la Historia; pero no ponemos más que pegas cuando se trata de estudiar la Historia de la Religión. Sin embargo, no hay cosa más instructiva ni más consoladora para un cristiano como el estudio de esta religión. No hay luces más vivas ni sabiduría más admirable que las que sacamos del estudio y la ciencia de la religión.

298. Punto 3.^o Porque su fin es la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. No hay fin más sublime que éste ya que consiste en la gloria de Dios y salvación del hombre. A él, en efecto, conducen todas las obras de Dios y por consiguiente todas las maravillas que la religión nos descubre. El ha hecho todo por nosotros y nosotros estamos hechos enteramente para El. Para

hacernos felices para siempre ha hecho brillar su poder en la creación, su caridad en la redención y su sabiduría en el gobierno del mundo. Para salvarnos ha enviado a su Hijo después de haber enviado a los profetas; para santificarnos nos ha dado su ley, su gracia y sus sacramentos, colmándonos, en Cristo, de todas las bendiciones celestiales.

299. Parte 2.^a *Utilidad.*

El estudio de la religión nos descubre la verdad, nos proporciona la sabiduría, nos enseña la Ley, aprendiendo, por medio de ella, todo cuanto Dios nos ha enseñado por sus palabras. La Escritura nos habla de la verdad que nos libera y nos santifica, de la sabiduría que nos preserva de todos los males y nos proporciona todos los bienes y que es un árbol de vida para cuantos la abrazan. De la Ley de Dios nos dice que es una luz y que nos hace caminar por los senderos de la vida. De la palabra de Dios nos asegura que es espíritu y vida para cuantos la reciben y la siguen.

300. La religión reúne todas estas ventajas cuyo conocimiento nos proporciona su estudio.

1. Nos libra de todos los males.

Los verdaderos males, no son ni las enfermedades, ni la pobreza, ni las desgracias, ni nada que pueda sucedernos en lo temporal. ¿Cuáles son, pues, tales males? Son la ignorancia, el error, la corrupción y el vicio; de todos ellos nos libra el estudio de la religión.

2. Se encuentra remedio para tales males mediante el estudio piadoso y exacto de la religión.

Pero si el estudio de la religión es una fuente de luz, si la palabra de Dios ilumina a las almas y da la sabiduría, incluso a los más pequeños, es, al mismo tiempo, una semilla de justicia y de santidad.

Nada hay tan digno de nuestra aplicación y de nuestros deseos como esta ciencia. Si deseáis las riquezas-dice el Espíritu Santo- ¿qué cosa hay más rica que esta sabiduría? Si se ama la justicia, las virtudes son su obra; si se desea la profundidad de la ciencia, ésta lo penetra todo: sabe el pasado, conoce el presente y prevé el porvenir.

Instrucción III

VERDAD DE LA RELIGION CRISTIANA

301. La verdad de la religión se prueba:

1. Por los prodigios obrados antes del establecimiento de la religión cristiana para preparar a los hombres.

2. Por los prodigios obrados en su establecimiento, para que la recibiesen los hombres.

3. Por los prodigios obrados desde su fundación para sostenerla, conservarla a pesar de los esfuerzos en contra hechos por los hombres.

302. Parte 1.^a Para comprender bien los prodigios operados antes del establecimiento de esta divina religión, hay que remontarse a la Creación y descender hasta ahora.

Las promesas de Dios sobre las que se funda la religión cristiana son tan antiguas como el mundo. Apenas hubo pecado el hombre cuando Dios, para levantarle de su caída, le prometió un Salvador. Comienza a sacarle de su desgracia por medio de la fe y de la esperanza que le dan estas promesas. Al hablar a la serpiente que había inducido a Eva, Dios la dice: Pondré enemistades entre ti y la mujer; entre tu descendencia y la suya y ella te aplastará la cabeza. Esta promesa fue, desde entonces, objeto de su fe, fundamento de su esperanza y resumen de la religión del hombre pecador.

Dios renovó esta promesa a Abraham, Isaac y Jacob. En su descendencia Dios promete bendecir a todas las naciones de la tierra; en su descendencia, es decir, no en varios de sus hijos-como lo hace notar San Pablo (Gal. 3, 16)-sino en uno solo que es por excelencia el hijo de Abraham. "Bendecir"; es decir, colmar de bienes, ya que para Dios, desear y hacer el bien son la misma cosa.

Dios reiteró esta promesa al santo rey David. Dios promete a su Hijo un imperio que será más vasto que el mundo y más duradero que el sol; Hijo que hará florecer para siempre jamás la justicia y la paz; cuyo nombre será bendito en todos los siglos y a quien todos los reyes de la tierra le rendirán homenaje.

303. Figuras. En efecto, del mismo modo que un pintor hábil que quiere pintar un cuadro perfecto, comienza por hacer un esbozo con lápiz; del mismo modo que un arquitecto que quiere construir

un edificio, primero traza los planos sobre el papel para plasmar en él su idea y para preparar su obra, así también Dios dispuso a los hombres preparándoles a los misterios de la Ley nueva por medio de las figuras de la antigua.

Hay que reconocer que estas figuras son bastante imperfectas si se las compara con la verdad; pero son figuras que convienen a los designios de Dios; que consistían en hacernos pasar gradualmente de la ignorancia a su admirable luz. Estas figuras eran a propósito para los tiempos en que aparecieron que eran tiempos de balbuceo y de infancia y para las personas a quienes se dieron que eran hombres indelicados y carnales. Estas figuras son también admirables por la relación que tienen con la verdad; esta relación es lo que determina la perfecta concordancia entre los dos testamentos y que ha provocado la admiración de todos los santos que se han aplicado a penetrar las maravillas que encierran.

304. Nada hay tan consolador para un cristiano como el descubrir, en todas las sombras del Antiguo Testamento a Jesucristo y a su Iglesia; al segundo Adán figurado en el primero con todos sus rasgos, su persona y funciones, su vida y su muerte, sus sufrimientos y su gloria. También aparece figurado en los Patriarcas; su inocencia, en Abel; su justicia, en Noé, etc.

Quien dijese que todas las promesas, figuras y profecías del Antiguo Testamento no son más que pura casualidad sería un insensato.

305. 2.^a parte: Prodigios obrados para el establecimiento de la Religión cristiana.

Si no creéis a mis palabras-decía Cristo a los judíos-al menos creed a mis obras (Jn. 10, 37). No son menos una prueba deslumbrante e incontestable de su misión. Yo no estoy solo, sino que el Padre está conmigo. Él da testimonio de Mí (Jn. 16, 17-18) por medio de obras que no pueden venir más que de Él.

Ninguna otra cosa se requiere para convencer a los infieles acerca de la religión cristiana más que abrir las Sagradas Escrituras. No se ve en ellas otra cosa que prodigios admirables hechos para establecer esta amable religión. ¿Hay milagro mayor que el que los hombres acepten una religión que contraría todas sus pasiones?

306. La sombra de un solo hombre, pero que está lleno de fe en el poder todopoderoso de Dios, cura a los paralíticos, los

lisiados y toda clase de enfermedades. Cristo mismo ha hecho una infinidad de milagros para lograr el establecimiento de su religión.

Queda, pues, probada la verdad de la religión cristiana por los prodigios hechos durante su fundación. Si se quisiera contar todos los milagros que se han hecho para su establecimiento, no se acabaría nunca. Pero digamos en pocas palabras los que se han operado desde su fundación y que constituyen una continuación de la misma demostración.

307. 3.^a parte: Prodigios que han tenido lugar después del establecimiento de la religión cristiana y se verifican también hoy.

No hay que creer que Dios sólo ha hecho brillar su omnipotencia sobre su Iglesia y ha testimoniado la verdad de la religión al principio y, por decirlo así, en la cuna de la religión y de su Iglesia. Ha continuado rindiéndose ese mismo homenaje a sí mismo. Verdad es que, al correr de los tiempos, los prodigios han sido menos sensibles o más raros. Dios ha obrado en lo tocante a la Iglesia en el orden espiritual, poco más o menos, como ha obrado con respecto al universo en el orden natural, y con respecto al pueblo nuevo que son los cristianos, como con respecto al pueblo antiguo, que son los judíos.

308. Una vez que el pueblo de Dios entró en la tierra prometida, los milagros fueron más raros. Lo mismo ha sucedido con la Iglesia; eran precisos milagros admirables y en gran número para formarla porque había que afirmar la fe y autorizar a la Iglesia. Por eso Dios los prodigó. Se riega un árbol recién trasplantado y cuyas raíces están todavía tiernas; pero ya no se le riega, o rara vez, cuando ha arraigado. Quien no crea en la Iglesia, tampoco dará fe a sus milagros. Hay en la Iglesia misma milagros todavía; sin hablar de los prodigios particulares que Dios ha hecho en todos los siglos para honrar a sus siervos, hace otros de vez en cuando y seguirá haciéndolos hasta el fin de los siglos. (Se ha visto con sus propios ojos, por ejemplo el milagro ocurrido en París, en el suburbio de San Antonio, en la procesión solemne de la parroquia de Santa Margarita, el 31 de mayo de 1725.) ¿Quién no reconocerá en la Iglesia un milagro permanente y que durará tanto tiempo como el mundo mismo?

309. Punto 1.º Milagros en su aumento a pesar de todos los obstáculos.

Ya hemos visto a esa pequeña piedra aumentar y convertirse en un monte (Dan. 2); pero ¿cómo? Quebrando a los colosos: el oro, la plata, el bronce y el hierro de que estaban compuestos. Todos los demás imperios se han destruido y aniquilado, mientras que el de la Iglesia ha ocupado su lugar. Esta piedrecita, convertida en montaña, ha cubierto toda la tierra. ¿Cómo? A pesar del poder de los emperadores del infierno y del mundo. Todas las naciones se han opuesto a la marcha de la Iglesia: judíos y gentiles, griegos y bárbaros. Sin embargo, se han visto forzadas a adorar al Hijo de Dios. Las oposiciones que han surgido en todas partes a la Iglesia no han servido para otra cosa que para hacerla brillar y triunfar.

310. Esta santa ciudad ha aumentado incluso por la pérdida de sus ciudadanos y por la sangre de sus Fundadores. Estos, por su parte, no tenían otras armas que la fe, la esperanza, la confianza en Dios en medio de los suplicios más crueles que sufrían. De parte de los hombres, tenía enfrente cuantos artificios puede maquinarse la malignidad; una gran potencia de medios y de esfuerzos: halagos, amenazas para debilitar a los soldados de Cristo, órdenes, persuasiones, bestias feroces, calderas hirvientes, potros y poleas para quebrantarles; en una palabra, todo lo que la maldad puede inspirar. Sin embargo, se han mantenido firmes a pesar de todos los esfuerzos contrarios.

¡Oh brazo de mi Dios! ¿Qué otro poder sino el vuestro ha podido realizar esos prodigios? ¿Acaso podemos ponerlo en duda? ¿Quién no ve que la religión es obra vuestra por un crecimiento tan milagroso?

311. Punto 2.º En su conservación a pesar de sus enemigos.

Si la Iglesia no hubiera tenido que sostener ataques más que en su nacimiento, el milagro, aunque divino, no sería tan grande. Pero la Iglesia puede decir que ha tenido que luchar desde su mismo nacimiento y que tendrá que seguir combatiendo hasta el fin de los siglos. ¡Cuántos judíos, paganos, herejes se han levantado para ahogarla! Pero no han podido destruirla porque es obra de Dios y no de los hombres.

En todo tiempo, Esaú ha hecho guerra a Jacob en el seno mismo de Rebeca. ¿Acaso no se ha visto a los mismos santos divididos entre sí por un conjunto de lamentables prejuicios de los

cuales no se ven exentos ni siquiera los buenos? En medio de estos prodigios, cuando se ve a la Iglesia siempre combatida y siempre triunfante de quienes querrían derribarla, ¿no debemos decir que es un milagro y reconocer que Dios mismo es quien conserva su obra? Cuando se ven todas estas cosas, la verdad se abre paso por sí misma.

312. Punto 3.º En su santidad, a pesar de la corrupción del mundo.

Volvamos al interior de esta casa que Dios mismo se ha construido. ¿Cuántos caracteres se ven de la santidad de Dios, en la religión y en la Iglesia? En su doctrina, que sólo respira santidad; en sus prácticas santas y santificadoras; en las costumbres de un gran número de sus hijos que han sido en todo tiempo y continúan siéndolo, el buen olor de Cristo mismo. ¡Cuántos santos han brillado en la Iglesia como astros en el cielo! ¡Cuántos santos obispos y religiosos hay en la Iglesia! ¡Cuántas castas vírgenes en los monasterios, o en los retiros voluntarios! ¡Cuántos santos solitarios en los desiertos! Todas las Historias de la Iglesia nos dan fe de ello en los siglos pasados. Y hoy mismo, a pesar de la corrupción que reina en el mundo, ¡cuántos grandes ejemplos de virtud se ven!

IV. INSTRUCCION PRELIMINAR: EL SIMBOLO Y SU EMPLEO

1.ª Instrucción

313. *Sobre el primer artículo del Credo: CREO EN DIOS, PADRE TODOPODEROSO.*

La fe es un sacrificio que ofrecemos a Dios, adorándole como a verdad suprema, inmolándole, no víctimas ajenas, sino nuestro propio espíritu y nuestra propia razón y sometiendo todas nuestras luces a la verdad de su palabra. Es el primer sacrificio, ya que cualquiera que quiera acercarse a Dios-dice San Pablo a los hebreos (cap. 11, 8)-*debe primero creer que hay un Dios y que este Dios recompensa a quienes le buscan.*

314. San Ignacio mártir, dice que la fe es el comienzo de todos los bienes. San Ambrosio, que "es la raíz de todas las virtudes." San Agustín: "es el principio de todos los méritos; las primicias de la vida cristiana, la hija mayor de nuestro corazón", no que antes que se forme la fe no haya otras gracias que dispongan a

ella y que son como las semillas de la misma, sino porque tales gracias incluso deben ser consideradas como las semillas de la fe y ésta como la simiente de donde nacen todas las buenas obras.

315. Esta fe empieza, continúa y perfecciona la obra de nuestra salvación; nos hace rezar y actuar, nos permite caminar y adelantar. "Nos es dada-dice San Agustín-y por ella obtenemos todo lo demás."

Sin la fe no hay religión ni salvación. He aquí, en dos palabras, el resumen de todo este discurso.

1.^a parte: La religión es el culto legítimo del verdadero Dios, la verdadera manera de servirle que nos hace dignos de Él y llegar a Él. "Por ella-dice San Agustín-nuestra alma se adhiere a Dios mismo para encontrar en Él sólo todo nuestro descanso y nuestra dicha." Ahora bien: sin la fe no hay verdadero culto al verdadero Dios; no hay modo verdadero de dárselo. La vida eterna consiste en conocer al verdadero Dios y a Jesucristo, el Hijo único de Dios que Él nos ha enviado. Dios ha impuesto la obligación de creer en todo tiempo, haciendo de ello la esencia del culto que le es debido; jamás ha dispensado de ello a nadie.

316. 1. Dios ha impuesto la obligación de creer en todo tiempo.

Cuando Dios quiso levantar a Adán de su caída y enseñarle el modo de acercarse a Dios después de haber tenido la desgracia de alejarse de Él por el pecado, le propuso creer un misterio que es un resumen de todos los misterios: le prometió que vendría un Hijo de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente (Gén. 17, 3). Esta palabra fue, desde ese momento, el resumen de la religión para el hombre pecador, el gran objeto de su fe, el fundamento de su esperanza y principio de su salvación. Al prometer a los hombres un Salvador cuya gracia sería el remedio para todos sus males, les obligó a creer, a esperar en Él, quiso, desde entonces, que el hombre creyese lo que no veía y que esperara lo que no merecía recibir pero que Dios quería darle por misericordia. Si Cristo. ha hecho algún milagro, ha sido siempre por la fe de aquel que se lo pedía; por eso les decía casi siempre: "Tu fe te ha salvado."

317. 2. Dios ha hecho de la fe la esencia del culto que se le debe. En la fe y en una fe verdadera y viva, ha hecho Dios consistir en todos los tiempos la esencia del culto que le es debido y que Él exige. Sin la fe-dice el Apóstol-es imposible agradar a Dios (Hebr. 11, 6). Por ella han complacido a Dios cuantos han tenido la dicha

de agradarle; por ella los santos han merecido los testimonios elogiosos que han recibido de Dios mismo (Hebr. 11, 2). Todos los sacrificios que en el Antiguo Testamento se ofrecieron a Dios fueron agradables por la fe de quienes se los ofrecían.

318. 3. Dios, a nadie ha dispensado de la fe. La fe es, pues, el alma de la religión y de la piedad; sin ella no hay piedad ni religión verdadera. Por lo mismo, Dios no dispensó a nadie de la fe. Todos cuantos ha llamado hacia sí, los ha llamado por la fe. La fe es la vida verdadera del justo auténtico, ya sea judío, griego, bárbaro o gentil.

¡Qué agradecimiento debe a Dios un cristiano que ha tenido la suerte de nacer, y de haber sido educado en la religión cristiana que es el único camino para llegar a la celestial Jerusalén; es decir, al Cielo. Nada más necesario que la fe considerada como sacrificio; no lo es menos como remedio. Tal es el tema de la segunda parte.

319. 2.^a parte: Si el sacrificio de la fe es un gran sacrificio, si cuesta a la naturaleza, si humilla el orgullo de la razón, no hay que creer que viene a destruirla. No hay nada más razonable que la fe.

2.^a Instrucción

SOBRE LA PRIMERA PALABRA DEL SIMBOLO: CREDO

Certeza de la fe

320. Credo: creo. Palabra que expresa, no una opinión incierta tal como la podríamos adquirir en cuanto hombres que pueden engañar y engañarse o basada en apariencias de verdad que pueden separarse de la verdad misma, sino un asentimiento firme y seguro dado a una verdad cierta y apoyada en un fundamento inquebrantable. Tal es la certeza de nuestra fe; certeza que sobrepasa a todas las que se pueden encontrar en las ciencias humanas; certeza que elimina toda duda voluntaria, certeza que hace que, establecida sobre la piedra firme, nada puede quebrantarla; certeza que es enteramente divina por cualquier lado que se la considere. Por parte de la fe, esa certeza es inmutable; es la verdad de Dios. Por su fundamento es infalible: es la palabra de Dios. Por parte nuestra es una aquiescencia, una creencia que debe ser firme e inquebrantable.

321. 1.^a parte: El objeto de nuestra fe es Dios mismo: sus adorables perfecciones. Los misterios que oculta en su seno y que Dios ha querido descubrir a los hombres.

Hay tres puntos que nos demuestran claramente el objeto de nuestra fe: 1.^o Dios en sí mismo y sus divinas perfecciones; es decir, la vida eterna, la belleza inmutable; esta bondad infinita que no sufre ni disminución ni alteración. 2.^o Los designios de Dios y su ejecución. 3.^o Sus obras en el tiempo y en la eternidad.

Saquemos, ahora, de estos tres puntos otras tantas consecuencias: 1.^a La fe ha sido siempre la misma en todos los tiempos si se mira a su objeto. 2.^a La fe no puede cambiar. 3.^a En materia de fe, la antigüedad es la señal de la verdad.

Nada, pues, más inmutable que el objeto de la fe y nada más infalible que su fundamento: tal es el tema de la segunda parte.

322. 2.^a parte: Si el sacrificio de la fe es un gran sacrificio, si cuesta a la naturaleza y si humilla al orgullo de la razón, no hay que pensar que la destruya. No hay nada más razonable que la fe aunq es, pues, el fundamento de la fe? Es la palabra del mismo Dios; palabra que es la verdad y la regla infalible de la verdad; palabra que es la prueba de la verdad en materia de fe y una prueba sin réplica.

De Dios mismo hemos aprendido cuanto sabemos por la fe. Sólo Él podía enseñárnoslo. Hay que creer a Moisés y lo que dice Moisés, porque Dios hablaba por su boca y porque era hombre de Dios. Egipto quedó desolado por las plagas milagrosas por haber resistido a su palabra; las rocas quebrantadas, el monte echando humo, la mar enjuta para dejarle pasar lo mismo que a la comitiva de israelitas y el Cielo abierto prueban bien que Dios habla por medio de su siervo.

323. "No creo-decía San Agustín-a los Padres de la Iglesia, que son sólo los secretarios, sino a Aquél que les dicta lo que deben escribir." Es lo que le hacía creer en la Sagrada Escritura. Hay que creer en ella porque es obra de esos hombres divinos o, más bien, de Dios mismo y Dios, como dice el mismo santo "no habría dado a estos libros sagrados una autoridad tan grande en todo el universo, si no hubiese querido servirse de ellos para llevar al mundo entero a su conocimiento y para asegurarle de su verdad." Hay que creer en la Iglesia porque Cristo mismo la ha fundado y porque nos ha asegurado que las puertas del infierno no prevalecerán jamás

contra ella (Mat. 16, 18) y porque sabemos que escuchar a la Iglesia es escuchar al mismo Cristo.

324. ¿Qué son, pues, los profetas y después de ellos los Apóstoles, sino los "testigos de Cristo", como los llama Isaías? Por eso, los profetas ponen siempre a la cabeza de sus escritos: He aquí lo que dice el Señor. "No es la carne ni la sangre lo que revela a Pedro que Jesús es el Hijo de Dios, sino el Padre celestial" (Mat. 16, 17).

Dichosos, pues, los fieles instruidos de este modo y educados en la escuela y en el seno del mismo Dios y a quienes Dios quiere servirles de maestro y de guía; a quienes habla interiormente por su espíritu el cual forma la fe en sus corazones, y exteriormente por la voz de la Iglesia a quien escuchan como a quien habla en su nombre. Cuando Dios ha hablado hay que adorar sus palabras sin buscar cómo lo ha hecho o por qué lo ha hecho. ¿Dios ha hablado? Entonces ya estoy seguro. Todo ha acabado. El fiel no examina ese cómo. Preocupado únicamente de lo que Dios ha dicho, presta a la verdad infalible de su palabra, una fe inquebrantable.

325. 3.^a parte: En esta sumisión y en esta firmeza de nuestra adhesión a las verdades reveladas consiste el mérito y la naturaleza misma de nuestra fe: en someter nuestro juicio a Aquél que es el Padre de las luces (Jac. 1, 17).

Abraham creyó a Dios-dice la Escritura-y esto le fue imputado a justicia (Gén. 15, 6). Pero, ¡qué fe la suya! ¡Qué firme e inquebrantable! Dios le manda que deje todo prometiéndole otra tierra. Y él lo deja todo sin vacilar; cree sin vacilar lo que estaba fuera de toda apariencia.

326. Aunque extranjero en la tierra prometida y aunque todavía no posea un pie en ella, se considera ya como dueño de la misma porque Dios se la había prometido; pero, al mismo tiempo, no la mira sino como la figura de otra tierra, de la tierra de los vivos que debe ser su herencia. Dios le prometió un hijo cuando ya tenía cien años de edad; él lo cree; no tiene en cuenta que su cuerpo ya es viejo y que su mujer Sara, es también de edad y además, estéril. Por fin, Dios le da aquel hijo que le había prometido y le dice: De este hijo nacerá una posteridad que se multiplicará más que las estrellas del cielo. Abraham creyó cuanto Dios le decía. Dios le ordena inmolarle aquel hijo único a quien amaba tiernamente. En este punto parece que Abraham habría podido contestar al Señor:

Dios mío, me habéis prometido que del hijo que me habéis dado nacería una posteridad que sería tan numerosa como las estrellas del cielo y ahora me mandáis inmolarlo. Pero no habló así. Abraham, lleno de fe en las promesas que Dios le había hecho, toma ese hijo querido, carga sobre él la leña sobre la que iba a sacrificarlo y se va a ofrecerlo en sacrificio. Pero Dios, que quería probar la fe de su siervo, le envió un ángel del Cielo, el cual detuvo el brazo cuando iba a degollarle.

327. Moisés, que había pasado toda su vida en una fe tan grande y de quien Dios se sirvió para hacer tantos milagros, golpea la roca con su vara y ve que no sale agua de la roca, entonces tiene un momento de duda y golpea la roca por segunda vez. Ved que por esta desobediencia que nos parece tan pequeña fue severamente castigado junto con su hermano Aarón: no entró en la tierra prometida; la vio desde lo alto de una montaña; pero no entró en ella.

Hay que pedir a Dios esta fe firme que nada puede quebrantar.

3.ª Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL CREDO: CREDO IN DEUM

328. Diferentes sentidos de estas palabras.

En el Símbolo de los Apóstoles pasa como en la Sagrada Escritura: una sola palabra de estas obras divinas nos da materia inagotable de instrucción.

En las palabras Credo in Deum hay tres sentidos distintos que los santos Padres han notado al explicarlas; sobre todo, San Agustín. Cuando digo "Creo en Dios", quiero decir: 1. Que creo firmemente que hay un Dios; 2. Que creo firmemente cuanto ese Dios ha creído conveniente enseñarme; 3. Que espero en Dios, el cual es objeto de mi confianza y de mi amor. "Creer en un Dios; creer a Dios y creer en Dios son tres cosas diferentes." "Creer en un Dios-dice este santo Padre es creer que hay un Dueño soberano e independiente que gobierna el universo. Creer a Dios es creer que cuanto Él dice es verdad; pero creer en Dios es amarle." Todas estas disposiciones se expresan y encierran en esta primera palabra del Símbolo. Por esta primera palabra reconocemos en

Dios tres cualidades diferentes: 1. Como Ser soberano; 2. Como Verdad soberana; 3. Como Bondad suprema.

329. 1.^a parte: Explicación de estos tres sentidos de esta palabra totalmente divina: "*Credo in Deum*: creo en Dios." Primera verdad que hacemos profesión de creer al recitar el Símbolo y que es el fundamento de todas las demás verdades de la religión y de la salvación. Verdad que la religión y la naturaleza nos enseñan igualmente; la verdad más conocida de todas las verdades; pero verdad, si me atrevo a decir y lo diré en un sentido muy verdadero: verdad la más desconocida.

330. 1. Es la verdad más conocida. En efecto, ¿qué cosa más conocida que la de que hay un Dios? Fieles e infieles, griegos y bárbaros, no hay nación alguna tan salvaje que no reconozca que hay un Dios y que no haya recibido de la naturaleza misma esta impresión de la divinidad. Quien quisiera negar la existencia de un Ser supremo, que mire a los astros, a la naturaleza y a los animales: todo le predica que hay un Ser supremo que es quien ha hecho todo eso y que la mano de los hombres no puede hacer. Job dice hablando de quien quisiera negar la existencia de un ser supremo: "Que pregunte a los animales más estúpidos y ellos le instruirán; que pregunte a los pájaros del Cielo y éstos le descubrirán a su Creador; que hable a la tierra y la tierra le responderá" (Job. 12, 17).

331. 2. Al mismo tiempo, esta verdad es la más desconocida. No sólo hay muchos infieles que no reconocen al verdadero Dios, sino que también hay un gran número de cristianos cobardes que recitan el Símbolo sin pensar para nada en su contenido. ¿Será conocer a Dios el rezarle todos los días sin pensar en lo que se está diciendo? Sin duda alguna eso no es rezar a Dios. Así por ejemplo, al decir el Padre nuestro, cuando llegamos a aquellas palabras: perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores y mientras tanto tenemos odio contra nuestros prójimos, tanto que, si se presentara la ocasión, le soltaríamos mil injurias, ¿será ésa una oración? Si no se quiere perdonarle, será mejor decirle al Señor: "Dios mío, no me perdones, porque yo tampoco quiero perdonar." De este modo se condenará uno a sí mismo. Del mismo modo si siempre que hablásemos a Dios nos acordásemos de una pequeña parte de lo que es iqué fuente de luz encontraríamos en estas solas palabras: Creo en Dios! ¡Qué consuelo! ¡Qué fuerza! ¡Qué fuente de alegría y de muy santa

alegría! Tales son los sentimientos de los que deberíamos estar penetrados al pronunciar estas primeras palabras del Credo: Creo en Dios. Unamos a todo esto el homenaje que debemos a Dios como verdad soberana.

332. 2.^a parte (Ya se ha explicado el homenaje que debemos tributar a Dios como verdad soberana. Por ello no se explica aquí).

4.^a Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL SIMBOLO: CREDO IN

UNUM DEUM

Existencia de Dios

333. Es cierto que debe haber un Dios puesto que todo me está diciendo que hay un Ser Supremo que ha creado cuanto estoy viendo. Todo nos demuestra que hay un Dios, lo mismo dentro que fuera de nosotros. Dentro de nosotros, todo cuanto tenemos y somos es una prueba de que Él existe y que nosotros existimos por Él. Fuera de nosotros, todo cuanto nos llama la atención, y todo cuanto nos rodea nos demuestra también que Él existe y que ha creado todas las cosas.

La parte. No es necesario remontarse a lo más alto de los cielos para asegurarse de que hay Dios viéndole sentado en su trono; ni bajar al fondo de los abismos para descubrirle allá abajo; ni viajar hasta el cabo del mundo para buscar allí su existencia. Estamos compuestos de un cuerpo y de un alma admirablemente unidos; pero: 1, esta alma, 2, este cuerpo, 3, esta unión admirable entre ambos, ¿no nos proporcionan el mismo testimonio?

334. 1. El alma. ¿Qué hay más íntimo en nosotros mismos y de que podamos estar más seguros? ¿Hay acaso algo más natural para un hombre que el decir: ¡Alma mía! Tú que piensas, que juzgas, que razonas y que reflexionas sobre todas las cosas, dime: ¿Quién te ha creado? ¿Eres, acaso, tú misma? Se responderá seguramente: "No soy yo quien me ha creado, puesto que hace cien años, doscientos años, yo no existía. He ahí cómo la existencia de Dios se prueba por la existencia del alma.

335. Del alma pasemos al cuerpo.

2. El cuerpo. ¿Hay algo más maravilloso cuando se consideran las bellezas del cuerpo, ya sea dentro, ya sea fuera? Fuera, ¿cuál es el obrero que ha construido este hermoso edificio, tan encantador, que su belleza nos maravilla, tan cabal que no se puede ni añadir ni quitar ningún miembro sin que se estropee todo el edificio? La cabeza queda arriba para gobernar todos los miembros y para derramar en ellos todos los impulsos vitales que van a llevar la vida a los mismos; los ojos puestos en lo alto como centinelas para darse cuenta de todo cuanto ocurre y hacer un informe fiel; los brazos y las manos, a los dos lados, para obrar, conservar y defender a todo el edificio. Abajo, las piernas para llevarle, como dos columnas que, a su vez, están basadas en los pies como sobre dos bases. ¿Quién ha podido hacer todos los miembros tan proporcionados a su uso correspondiente: los huesos, duros para sostener todo el edificio; los nervios, bastante flexibles para que se doblen a nuestro gusto y, sin embargo, bastante fuertes para que muevan a todos los miembros; el cráneo duro y cerrado, para guardar en la cabeza las partes importantes que contiene; la piel lisa y pulida para no tener nada que pueda ofender la vista; los ojos, con bastante movilidad para girar en todas las direcciones y tan bien encajados que permanecen siempre en su sitio a pesar del movimiento continuo que los agita, tan bien defendidos por las cejas y las pestañas, que se conservan a pesar de su delicadeza? ¿Quién ha podido, en un solo punto y en el centro de la niña del ojo colocar este espejo admirable que refleja tantas cosas sin confundirías? ¿Quién otro que Dios ha podido hacer estas maravillas? Así es que no se puede atribuir al azar nada de todo esto.

336. Dentro de nosotros mismos, ¡cuántas maravillas ocultas en la estructura interior nuestra! ¿Quién puede admirarlas suficientemente? Si preguntamos a los médicos, los cuales hacen de este cuerpo el objeto continuo de su estudio y de su admiración, nos confesarán que sobrepasan todo cuanto ellos pueden concebir y explicar. ¿Quién ha podido formar nuestro cuerpo con tantos huesos diferentes, tan proporcionados a su uso, hechos con tanto arte y ligados con tantas precauciones? El Rey profeta, dice: Todos mis huesos, Señor, os darán gloria diciendo: ¡Dios mío! ¿Quién es semejante a Ti? ¿Quién ha podido distribuir tan sabiamente las venas por todas las regiones de nuestro cuerpo para llevar a ellas, junto con la sangre, la fecundidad y la vida? ¿Quién ha podido

distribuir los nervios en tantos haces, para poder comunicar el movimiento a todos los miembros? Y en esa multitud de vasos, de redcillas, de partes que se encuentran, ¿quién ha podido disponerlos tan hábilmente y tan a propósito que desempeñan todas las funciones del hombre sin estorbarse? ¿Quién ha sabido conservar en el corazón esta fuente de calor que se comunica a todos los miembros y que no se extingue más que con la vida? ¿Quién ha sabido templar el ardor por la vecindad de los pulmones que lo refrescan? ¿Quién ha distribuido los humores cuyo equilibrio nos conserva la salud y cuyas menores desigualdades causan malestar?

337. 3. La unión de esa alma que tenemos dentro de nosotros y que es toda enteramente espiritual, con el cuerpo que es enteramente material, es un milagro tan grande que sólo pensar en ello nos prueba la existencia de Dios. La naturaleza de nuestra alma es la misma que la de los ángeles.

También se ha demostrado la existencia de Dios por todo cuanto vemos de más hermoso en la naturaleza, empezando por los insectos más pequeños.

5.ª Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL SIMBOLO:
CREDO IN DEUM

Pruebas de la existencia de Dios sacadas de la autoridad.

6.ª Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL SIMBOLO:
CREDO IN DEUM

Perfecciones de Dios

338. Las perfecciones de Dios están por encima de cuanto podemos decir y pensar. Cuando Moisés preguntó al Señor, cuál era su nombre, Dios le contestó: Yo soy el que soy.

Estas palabras encierran todo cuanto se puede decir acerca de las perfecciones de Dios. La razón y la fe nos iluminan suficientemente para darnos a entender que Dios es perfecto e

infinitamente perfecto; es decir: 1. Que en Dios hay una infinidad de perfecciones; 2. Que en Dios cada perfección es infinita.

339. Que en Dios hay una infinidad de perfecciones constituye el tema de la primera parte que consta de tres puntos: 1.º Que cuanto está dividido en las criaturas, se encuentra reunido en Dios como en su centro; 2.º Que cuanto está mezclado de imperfecciones en las criaturas, está perfecto en Dios, como en la fuente de toda perfección; 3.º Que en Dios hay una infinidad de perfecciones que no pueden atribuirse a las criaturas.

Que en Dios cada perfección es infinita constituye el tema de la segunda parte.

340. 2.ª parte: Todo lo que existe en Dios es Dios mismo y, por consiguiente, es infinito. Sus perfecciones no se distinguen de su ser ya que son su ser mismo. Así, Dios no es solamente sabio, sino infinitamente sabio; no es sólo justo, sino infinitamente justo; no es sólo misericordioso, sino infinitamente misericordioso. Su poder es sin límites; su grandeza, sin medida y su duración, sin comienzo ni fin. He ahí el contenido de esta segunda parte.

341. 1. ¿Qué sabiduría y qué ciencia pueden igualar a las de Dios? ¿Qué puede escapar a su conocimiento? Dios lo sabe todo, lo ve todo, lo conoce todo.

2. Pero si la ciencia de Dios es infinita, su justicia y su misericordia no lo son menos. Padre y juez a la vez, no aborrece nada de cuanto creó; lo único que odia infinitamente es la impiedad y al impío.

3. Basta examinar el universo entero para darse cuenta del poder de Dios. Habló Dios y todo le obedeció. Todo lo cambia como lo desea. A Él nada le es imposible ni difícil (Luc. 1, 38) y nada puede resistir al poder de su brazo.

4. Si no alcanzamos a comprender el poder de Dios, ¿quién podrá medir su grandeza? Está más alto que los cielos, dice la Sagrada Escritura (Job. 11, 8-10). ¿Cómo, pues, podremos elevarnos hasta Él? Está más profundo que el infierno. ¿Cómo podremos comprenderle? Es más vasto que el mar. ¿Cómo podremos medirle? Si quiere trastornar el universo, ¿quién se atreverá a contradecirle o quién será bastante atrevido para pedirle cuentas de su manera de obrar?

8.ª Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL SIMBOLO:

CREDO IN DEUM

Misterio de la Santísima Trinidad

342. Si reconocemos en este misterio la unidad de la naturaleza divina declarando que creemos en Dios y en un solo Dios, también reconocemos en la continuación del Credo que, en este Dios adorable y único, hay una primera persona que es el Padre, una segunda persona que es el Verbo, Hijo de Dios, engendrado por su Padre desde toda eternidad; y una tercera persona que es el Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo desde toda eternidad. San Juan dice: Tres son las personas que, en el Cielo, dan testimonio de lo que Cristo ha dicho: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Hay que creer el misterio de la Trinidad.

343. 1. Porque nos lo enseña la fe; 2. Porque la piedad nos lo pide respecto de este misterio adorable.

Lo que la fe nos dice sobre él, es el tema de la primera parte. Lo que la piedad exige de nosotros respecto a este misterio constituye el tema de la segunda parte.

En la segunda parte hay cuatro puntos: La Santísima Trinidad es el más augusto de nuestros misterios obligándonos: 1. A creerle; 2. A adorarle; 3. A amarle; 4. A imitarle en la medida en que un objeto tan elevado puede ser imitado por nuestras fuerzas.

9.ª Instrucción

SOBRE LAS PRIMERAS PALABRAS DEL SIMBOLO:

CREDO IN DEUM

344. *Diferentes sentidos por los cuales el nombre de Padre conviene a Dios y sobre la primera persona de la Santísima Trinidad.*

¿Qué significa esta primera palabra del Credo: Creo en Dios Padre? Significa que no sólo creemos en Dios, sino que ese Dios es Padre; que tiene, no sólo la caridad y la autoridad de tal, sino también la fecundidad. Que quien la da a los demás no es estéril - como nos dice por boca de Isaías (cap. 66, 9)- y que quien hace engendrar a los demás engendra también Él mismo; que quien da

a los demás el poder de ser padres es Él mismo el padre de todos y sobre todo, de su Hijo único; que es, no sólo el principio y el jefe de esta gran familia que se extiende sobre cielo y tierra (Efes. 3, 15), sino que ha engendrado y engendra desde toda la eternidad un Hijo único igual a Él mismo y Dios Él mismo, junto con el Padre. En todos los sentidos y, sobre todo, en este último, reconocemos que Dios es Padre. Padre de todos los seres por la creación y por la dulzura de su Providencia; Padre de todos los hombres a quienes ha formado a su imagen y semejanza; Padre, sobre todo, de los cristianos a quienes ha adoptado por su gracia; pero Padre de una manera singular e inefable de su Hijo unigénito a quien ha comunicado su naturaleza y su esencia.

345. 1.^a parte: Contiene los tres sentidos distintos que se han expuesto: 1. Padre de todos los seres por la creación y por la dulzura de su Providencia; 2. Padre de los hombres a quienes ha formado a su imagen y semejanza y, sobre todo, de los cristianos a quienes ha adoptado por su gracia; 3. Padre de un modo singular e inefable de su Hijo unigénito a quien ha comunicado su naturaleza y su esencia.

2.^a parte: Contiene dos puntos: 1.^o Al hombre le pueden convenir todos estos rasgos de semejanza que vemos en las criaturas porque Dios le ha formado a su imagen, y más aún convienen a los fieles, a quienes ha adoptado por su gracia y ha engendrado en el santo bautismo; 2.^o Para con éstos es más, verdaderamente Padre.

(XXXIII). IX

1824. CHAMINADE (Lalanne)

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE 1824

Temas de meditación para retiros religiosos

(Véanse las notas personales en Dossier Lalanne)

1

346. *In his jacebat multitudo magna languentium, coecorum, claudorum, aridorum exspectantium aquae motum. Erat autem quidam homo ibi, triginta et octo annos habens in infirmitate sua* (Mat. 5).

Punto 1.º Semejanza y diferencia. La reunión de todos los enfermos en torno a la piscina salutífera nos presenta una imagen de nuestra reunión en este retiro. Todos, de una u otra forma, esperan el movimiento del agua con esperanza de curación.

347. Punto 2.º Jesucristo preguntará a cada uno por separado como a aquellos enfermos: *Vis sanus fieri?* Y ahora la diferencia: allá, uno solo podía ser curado en la piscina; en cambio, nosotros lo podemos todos en este retiro. No miréis a vuestro mal como incurable. Cualesquiera que sean las dificultades que haya para curar, no saquéis funestas consecuencias de abatimiento y de desesperación. Al entrar en el retiro, persuadíos primero de que Dios quiere vuestra salvación y vuestra curación. En segundo lugar, haced todos los esfuerzos para demostrar que así lo queréis poniendo vuestra confianza en la misericordia divina, con esta resolución de vuestra propia voluntad mirando este milagro del Evangelio como un presagio feliz de lo que os ocurrirá durante estos Ejercicios.

2

348. *Si scires donum Dei.*

Punto 1.º La fe, luz de los espíritus, antorcha divina destinada a guiarnos durante la noche de esta vida: sus luces, con mezcla de oscuridad convienen a nuestro estado de viajeros... Luces saludables.

Punto 2.º Riqueza de la fe, preferible a los tesoros de la tierra; riqueza real aunque invisible... dicha del hombre de fe.

3

349. *Qui timetis Dominum, credite illi; qui timetis Dominum, sperate in illum; qui timetis Dominum, diligite illum* (Ecles. 2).

Punto 1.º Por la fe creemos que hay un Dios y que no hay más que uno; nos sometemos a todas las verdades que nos ha revelado y le honramos por todos los actos interiores y exteriores de religión.

Punto 2.º Esta fe debe ser firme, sumisa, ilustrada y sencilla.

Punto 3.º La fe nos impone deberes que son los actos de religión, lo mismo interiores que exteriores. Los actos interiores son: la adoración, la devoción y la oración. Los exteriores son: el sacrificio y todos los actos públicos del culto divino establecidos en la Iglesia católica.

4

350. *Ave María, gratia plena; Dominus tecum.*

Punto 1.º María posee la plenitud de gracia.

Punto 2.º María está revestida y acompañada de Dios. El Padre está en ella comunicándole su paternidad... El Santo Espíritu... El Hijo...

5

EL FIN DEL HOMBRE

351. *Ego sum principium et finis* (Apoc.).

Punto 1.º Dios es el primer principio de mi ser. Es el primer principio del mismo en cuanto creador y conservador. Yo existo; por consiguiente, pertenezco por entero a Dios: *Domini sumus* (Rom. 14). Y todo en nosotros pertenece a Dios: pensamientos, afectos, sentidos y movimientos de nuestro cuerpo. Y si miramos al estado presente, todo le pertenece porque Jesucristo, su Hijo, lo ha

rescatado todo al precio de su sangre. ¡Qué nobleza de origen!
Pero también ¡qué ingratitud!

7

EL PECADO MORTAL

352. *Scito et vide quia malum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (Jer.).

Punto 1.º El pecado mortal no es sólo el mayor de todos los males, sino también el único mal, el soberano mal y, sobre todo, el mal de Dios. Prueba: pecados de los ángeles; de Adán; infierno, sufrimientos y muerte.

Punto 2.º El pecado mortal es también el sumo mal del hombre: pérdida de los méritos adquiridos y de la amistad de Dios.

Punto 3º El estado religioso, por muy santo que sea, no es un preservativo infalible contra el pecado mortal.

8

EL PECADO VENIAL

353. *Nolite contristare spiritum sanctum* (Efes. 4).

Punto 1.º El pecado venial, considerado en su naturaleza, es injuria a Dios.

Punto 2.º El pecado venial, considerado en su multitud innumerable.

Punto 3.º El pecado venial considerado en sus consecuencias: pecado mortal.

9

EL PECADO DE ESCANDALO

354. *Necesse est ut veniant scandala* (Mat. 8).

Punto 1.º Hasta en las comunidades religiosas hay malos ejemplos y escándalos.

Punto 2.º Desgraciado quien da escándalo en una Comunidad.
Punto 3.º Desgraciado quien recibe el escándalo.

10

LA TIBIEZA

DESORDENES Y PELIGROS DE LA TIBIEZA

355. *Quia tepidus es incipiam te evomere ex ore meo.*

Punto 1.º Señales y causas de la tibieza: negligencia de sus deberes y desprecio de las cosas pequeñas.

Punto 2.º Remedios: reflexión, aplicación a hacer bien cada cosa; exactitud a hacerlo todo bien.

11

356. *Hortamur vos ne in vacuum gratiam Dei recipiatis* (II Cor. 6, 1).

Punto 1.º Qué cuenta tendremos que dar a Dios de todas las gracias y qué sentimientos debe inspirarnos esta rendición de cuentas.

Punto 2.º De las gracias externas.

Punto 3.º De las gracias internas.

12

LA PERDIDA DE TIEMPO

13

LA MUERTE

357. *Statutum est hominibus semel mori* (Hebreos 9, 27).

Punto 1.º Consecuencias terribles de la muerte.

Punto 2.º Muerte funesta del pecador.

Punto 3.º Santa y feliz muerte de los justos.

14

17.ª Conferencia

358. *Oración mental o práctica de la meditación.*

1.^a Consideración. Ventajas e importancia de la oración mental.

2.^a Consideración. Defectos más comunes que detienen los frutos de la oración: 1. Ir a ella sin preparación; 2. Ir a ella sin ningún fin y sin deseo de aprovecharla; 3. Ponerse en oración sin proponerse ningún tema y dejarse llevar, como se dice algunas veces, "por el espíritu de Dios." 4. El escoger y atenerse, al principio, a ciertos temas más sublimes y más altos; 5. Detenerse demasiado en los razonamientos y no entretenerse bastante en los afectos y sentimientos; 6. Con respecto a las resoluciones, quedarse en proposiciones universales e indeterminadas; 7. El defecto capital de que tenemos que corregirnos en la oración es un fondo de pereza natural y de negligencia.

359. 3.^a Consideración. Falsos pretextos que nos desvían del ejercicio de la oración: 1. Los unos alegan como excusa que tienen mucho que hacer y que no tienen tiempo de darse a la oración; 2. Los otros que padecen muchas distracciones y que no pueden contener la vivacidad de su espíritu; 3. Otros, que experimentan continuas sequedades y que se agotan en un instante; 4. Varios, que se aburren y que este aburrimiento les quita todo gusto; 5. Por último, algunos dicen que la oración es demasiado difícil para ellos y que no se sienten capaces de hacerla.

18

EL INFIERNO

360. *Discedite a Me maledicti in ignem aeternum* (Mat. 25).

Punto 1.^o El primer motivo de extrañeza y de espanto: que Dios, durante toda la eternidad, no concederá ninguna remisión a los que están en el infierno, El, que es, sin embargo, la soberana misericordia.

Punto 2.^o El segundo motivo de extrañeza y terror: que almas hechas para Dios no puedan verle ni amarle ni poseerle jamás.

Punto 3.^o El tercer motivo de extrañeza y espanto: que un fuego material actúe sobre almas espirituales para atormentarlas y que ese fuego, aplicado al cuerpo de un pecador, le quemara sin consumirlo.

19

VUELTA DEL HIJO PRODIGO A SU PADRE Y DEL ALMA RELIGIOSA A DIOS

361. *Et surgens, venit ad patrem* (Luc. 15).

Punto 1.º El primer motivo que impulsó al joven pródigo a volver a su padre fue ver y sentir la miseria a que estaba reducido.

Punto 2.º El segundo motivo: el reproche interior y el arrepentimiento de la falta que había cometido.

Punto 3.º Tercer motivo: la confianza que concibió en la bondad del mejor de todos los padres de quien se había separado.

20

REINADO DE JESUCRISTO EN EL ALMA RELIGIOSA

362. *Tollite jugum meum super vos et invenietis requiem animabus vestris.*

Punto 1.º Cómo el alma religiosa hace reinar a Cristo en sí misma.

Punto 2.º Cómo este reino de Cristo, en un alma religiosa está sólidamente establecido y asentado.

Punto 3.º Qué felicidad encuentra en él, en esta vida y en la otra.

21

SOBRE LA PERFECCION DE NUESTRAS ACCIONES EN GENERAL

363. 1.^a Consideración. Nuestra perfección según Dios no consiste en hacer muchas, ni grandes cosas, ni siquiera cosas extraordinarias. De nuestras acciones más ordinarias depende la perfección a la que Dios nos llama.

2.^a Consideración. Para hacer bien todas las cosas, hay que hacerlas con exactitud, fervor y perseverancia. Tres reglas.

3.^a Consideración. Debemos también hacerlas por espíritu interior y por un principio religioso. Este principio es el alma y la vida de nuestras acciones.

22

RECAPITULACION GENERAL

23

HUMILDAD

24

POBREZA

364. *Scitis gratiam Domini Nostri Jesu-Christi quoniam propter vos egenus factus est cum esset dives* (II Cor. 8).

Punto 1.º Por qué Cristo se hizo pobre y cómo se imita su pobreza en la profesión religiosa más perfectamente que en los demás estados.

Punto 2.º Qué diferencia hay, sin embargo, entre la pobreza de Cristo y la pobreza religiosa.

Punto 3.º En cuántos errores incurre un alma religiosa en lo tocante a la pobreza cuando se apega a sus comodidades y cuando anda buscando las comodidades de la vida.

25

USO Y FRECUENCIA DE LOS SACRAMENTOS

365. 1.ª Consideración. Ventajas de la confesión y comunión frecuentes.

2.ª Consideración. Dos excesos que hay que evitar en la preparación a la confesión.

3.ª Consideración. Defectos ordinarios en la Comunión y disposiciones que requiere.

(XXXIV). X

1824. CHAMINADE (Laugeay)

2.^o cuaderno, **1824**

366. Introducirse en las Comunidades, el espíritu del mundo... separaciones posibles, ¡qué peste!

Por un efecto enteramente opuesto, sucede algunas veces que el espíritu religioso pasa a algunos que están todavía en el mundo... Cuando una Comunidad religiosa es muy fervorosa, se ve entonces que este espíritu religioso trasciende al mundo con edificación de todos. Pero el religioso que permite entrar al espíritu del mundo en la comunidad se bastardea.

367. El religioso debe estar enteramente desprendido del mundo; es decir, debe estar desprendido de cuanto pertenece al mundo. Vedlo: ya que para conseguir salvarse, incluso en el mundo, hay que renunciar a su padre, a su madre, etc. Si el religioso no está del todo desprendido del mundo es el más desgraciado de todos los hombres, puesto que está privado de los consuelos del mundo y de los consuelos de los religiosos. "Es una quimera", como dice San Bernardo.

El religioso no debe aparecer en el mundo más que por pura necesidad. Una de las bases del Instituto de María es la de tomar todas las precauciones para no degenerar del espíritu religioso. Ninguna obra en la que nuestra santificación se vea comprometida; nunca con perjuicio de quien trabaja en ella.

368. Desprenderse del mundo, romper todos los lazos que le atan al mundo. Un verdadero religioso vive en la antecámara del Paraíso. Cuanto más se desprende de las criaturas, más se comunica con Dios y más se acerca a Él.

Crucificado para el mundo. Todo el mundo tiene horror a un crucificado. La cruz era el suplicio de los criminales y de los esclavos, el más infamante. El mundo debe estar crucificado para el religioso y el religioso debe estar crucificado para el mundo, de tal modo que se miren mutuamente con horror. No es extraño: el religioso es enteramente contrario a las maneras, los usos, el espíritu, costumbres y placeres del mundo, lo mismo que a sus vestidos y a sus modas. Cuando un religioso se presenta cubierto con su hábito, y en todas partes con el hábito de su modestia, ¡cómo impone!

369. Estamos dispuestos a derramar nuestra sangre por el menor de los mundanos y para salvar su alma; pero mirándole bajo otro aspecto, como mundano, sentimos horror.

Estar muerto al mundo es, por decirlo así, haber destruido la concupiscencia. ¿Cuál es la vida de los mundanos? La de la concupiscencia. El religioso muere para vivir de la vida de Cristo. Son las virtudes de consumación. ¡Qué hermoso estado! Una vida enteramente nueva y sobrenatural.

370. Dios, por una elección especial, nos ha llamado a este estado de perfección; estamos obligados a tender continuamente a la perfección. Es un pecado grave el no tender a ella porque hemos contraído el compromiso y la obligación de hacerlo. Los votos recaen sobre la perfección de los consejos. Cuando Jesús llamó al joven rico del Evangelio, le dijo: Si quieres ser perfecto... No tener interés por este deber de perfección es un pecado grave. Un religioso que no se aplica al espíritu de oración... él, que está colmado de tantas gracias, el favorito de Dios... ¡qué desorden el que sea tan indiferente en relación con sus deberes!

371. Los cortesanos de un príncipe de la tierra se encuentran tan pagados con una sola mirada del príncipe y tanto hacen para procurarse ese favor... Y nosotros nos mostramos indiferentes para con los deberes de nuestra perfección que deben procurarnos tan grandes favores de la divinidad.

Cristo dijo a sus Apóstoles: Ya no os llamaré siervos, sino amigos. Hay una gran diferencia entre el siervo y el amigo. El siervo no conoce más que las órdenes de su amo. El amigo, en cambio, goza de sus privilegios, de sus confidencias, favores y expansiones.

7.ª Meditación

372. (Glosa). ¿Tenéis vuestros dos cuadernillos? Es muy importante. Uno es para las resoluciones; el otro, para escribir las cosas tales como las veis ante Dios, y los afectos tales como los sentís. ¿Cómo he visto la verdad cuando me la han expuesto? ¿Y luego cuando yo la he meditado? ¿Qué afectos he tenido? Si no ha habido nada, poned que no hay nada. También pondréis vuestras resoluciones; lo que habéis decidido sobre cada verdad. Quienes han entrado en los Ejercicios sabiendo que eran enemigos

de Dios, no querrán, a mi parecer, salir de ellos como enemigos de Dios.

Quienes no tienen todavía bien claro el asunto de su vocación procuren conocer la voluntad de Dios. Hay que someter los cuadernos de las resoluciones al Superior General.

(Véase el cuaderno de los textos de 1824; pág. 237.)

DEL PECADO MORTAL

373. Sabed y ved qué mal tan grande es el haber dejado al Señor nuestro Dios (Jeremías).

Punto 1.^o Sabed, pues, si no lo sabéis todavía, el mal que el pecado ha hecho a Dios. Si lo sabéis, entonces gemid, llorad, haced penitencia. El pecado es el único mal, el sumo mal, el soberano mal de Dios.

Punto 2.^o El pecado es el sumo mal del hombre. Desde hace muchos siglos, hay en el Cielo más penitentes que inocentes. Quienes tienen más desprecio y odio contra sí mismos son los menos culpables. Lo que debe incitarnos a rezar bien, a velar más es que el estado religioso no es un preservativo infalible contra el pecado. *Paree Domine.*

374. ¿Por qué el pecado es un verdadero mal? Porque nunca puede convertirse en un bien. El pecado puede ser la causa de nuestra salvación cuando nos lleva a la penitencia y al arrepentimiento. Pero nunca ni el mismo Dios puede hacer que el pecado deje de ser un mal. Dios puede permitir una enfermedad o bien otro accidente; pero no permite nunca un pecado. El pecado es un soberano mal porque ataca a la majestad infinita de Dios, la cual es un bien soberano. Es también un sumo mal porque encierra una infinidad de imperfecciones. El pecado mortal ataca a Dios directamente.

375. Ved cómo Dios juzga del pecado:

1. Un pecado de orgullo cometido por los ángeles lo castiga con el suplicio del infierno.

2. Ved a nuestros primeros padres, Adán y Eva en el Paraíso terrenal: no cometieron más que un solo pecado mortal; ved qué castigos soportaron...

3. El infierno. Es de fe que un solo pecado mortal merece el infierno. Y hay una proporción exacta entre el castigo y la ofensa.

En el último día todos exclamarán: "Justo eres, Señor, y todos tus juicios son ejemplos de equidad."

376. 4. La muerte de Jesucristo. Ved lo que ha sido preciso hacer para expiar el pecado. Esta es la prueba más fuerte de la grandeza, enormidad y malicia del pecado mortal.

El pecado es el sumo mal del hombre. 1. Le hace perder la amistad de Dios; 2. Extingue en él la vida de su Dios; nos separa de Dios. Y si una gracia de penitencia y de amarga contrición no viene a interponerse entre Dios y el pecador, esta separación será eterna. El pecador se ve despojado de todas las gracias y dones del Espíritu Santo. Nada tan hermoso como un alma en gracia ya que es la imagen de Dios; por el contrario, nada hay más terrible que un alma en estado de pecado mortal, ya que es la imagen del diablo; es el hijo del demonio.

377. Por el pecado mortal se pierden todos los bienes y todos los méritos que se habían contraído. Aunque se haya vivido santamente durante cien años, aunque se hayan hecho milagros, si se muere después de haber cometido un solo pecado mortal, todo está perdido. En pecado mortal no se puede adquirir mérito alguno, hágase lo que se haga; son obras muertas. ¿No hay, pues, que hacer obras buenas cuando se está en pecado mortal? ¡Falsa consecuencia! Hay que hacerlas para merecer la gracia de la conversión; sobre todo, hay que hacer obras de penitencia. El estado religioso no es un preservativo infalible contra el pecado mortal. El Cielo mismo no fue para los ángeles un preservativo. El Paraíso terrenal no fue para Adán y Eva un preservativo. El colegio apostólico tampoco fue un preservativo para Judas.

378. El estado religioso no es más santo que tales estados... Que quien se cree firme y de pie, tenga cuidado; no sea que caiga, aconseja San Pablo. Hay un demonio que merodea siempre en torno a vosotros para devoraros y, sobre todo, en torno a quien es más santo. Muy a menudo, el demonio toma la forma de serpiente y de león. De serpiente, presentándoos cosas que parecen razonables, útiles, necesarias, etc. Cuando ha conseguido despertar un poco la concupiscencia, viene luego como un león que se arroja sobre vosotros. Ejemplo de Tertuliano quien ha exagerado el rigorismo de la penitencia. El famoso Osio a quien se le llamaba el Padre de los

Obispos, a la edad de cien años, cayó. Que quien esté de pie, tema caer.

8.ª Meditación

379. (Glosa). Dios pone por delante, por decirlo así, a la Santísima Virgen para que haga de mediadora entre El y nosotros. La plenitud de Dios es la que mantiene la plenitud de la Santísima Virgen. Nos dirigimos primero a la Santísima Virgen.

Todo cuanto San Ignacio refería a la gloria de Dios, lo refería, al mismo tiempo, a la gloria de María. Y nosotros, que estamos consagrados tan especialmente a la Santísima Virgen, ¿cómo podríamos olvidarnos de recurrir a Ella? ¡Qué triste meditación aquella en que no hacemos intervenir a la Santísima Virgen!

DEL PECADO VENIAL

380. *No contristéis al Espíritu Santo* (Efesios). (Ver cuaderno de los textos de 1824, pág. 237.)

El pecado venial no arroja al Espíritu Santo de nosotros, sino que le contrista y le aflige. El Espíritu Santo sigue viviendo en nosotros con gemidos inenarrables.

Hay hábitos tan fuertes que parece que no se puede hacer otra cosa... ¡Miserable! ¿Por qué has dejado entrar al demonio en tu alma; a ese demonio que cohibe tu libertad y que te lleva al mal sin cesar? Hay que combatir a ese demonio; hay que arrojarle, para instalar en su lugar al Espíritu Santo. Hay que velar, sobre todo, al comienzo de la tentación, ya que al final casi no es uno dueño de sí mismo. *Parce Domine.*

381. ¿Qué es el pecado venial? Solemos representarnos al pecado venial como un pecado pequeño. Venial quiere decir un pecado cuyo perdón se puede lograr fácilmente a causa de la infinita bondad de Dios. El hombre debe estar siempre dispuesto a perdonar. ¿Qué otra cosa hará Dios, que es la misericordia misma? El pecado mortal pide, de parte de Dios, un milagro mayor que el de la resurrección de un muerto si se quiere obtener el perdón. El alma está muerta a la gracia; es preciso que Dios la resucite de nuevo.

382. Un pecado venial es siempre un pecado. Y ¿qué es pecado? El descuidar los pecados veniales es un gran pecado. Un pecado es una ofensa hecha a Dios. Ahora bien: ¿consideráis como poca cosa cuanto sea un ultraje de la majestad divina, una ofensa hecha a la soberana bondad de Dios? Hay que considerar la falta, no en sí misma, sino en relación con la dignidad de la persona a quien se hace la ofensa. Cosa muy distinta es el dar una bofetada a un maletero o a un príncipe; sin embargo, la bofetada es, en ambos casos, igual en sí misma. La injuria debe medirse por la persona ofendida. Ofender a Dios, ofenderle en sus propios ojos, en su presencia...

383. No hay en la tierra accidente alguno que pueda compararse al pecado venial. Aunque fuese posible con un solo pecado venial, convertir a todo el mundo y sacar del infierno a todos los precitos, no debería cometer ese pecado venial.

Sin embargo, ¡cuántos pecados veniales cometemos! He ahí por qué los santos no han cesado de gemir viéndose expuestos a caer tan a menudo en pecados veniales... David no ha cesado de gemir en su vida entera y de confesar públicamente su pecado, haciendo por él rigurosa penitencia; y era un santo... Y nosotros, ¡cuánto tenemos de qué gemir, humillarnos y llorar! ... Es preciso emplear precauciones, vigilancia, mortificaciones y penitencias. Quienes cometen con facilidad el pecado venial beben la iniquidad como el agua.

384. ¿Se guardan los cinco silencios? ¡Cuántas inmortificaciones que van muy lejos! ¡Cuántas inmodestias! San Pablo decía: ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Creemos haberlo dicho todo cuando decimos: "Por la gracia de Dios, no me reprocho nada; no me acuso de nada en esta semana." Ved cuáles son los pecados que cometéis ordinariamente y acusaos de ellos: "Voy a la oración a lo loco, sin sentir mis necesidades y mi miseria." Las personas cuidadosas examinan cada acción en el momento en que acaban de hacerla.

El pecado venial lleva al pecado mortal; quien desprecia las cosas pequeñas caerá en las grandes-dice el Espíritu Santo-, y quien es sabio a sus propios ojos es el más insensato y loco de todos los hombres. Este oráculo se realizará primero en vos mismo.

385. Sucede con el pecado venial lo que con las enfermedades: cuando se tiene una enfermedad, ¿se aguarda a que

se haga mortal? Estáis enfermos del alma y ¿estáis tranquilos sin hacer nada? Entonces esa enfermedad os llevará a la muerte; mis llagas-dice David-han producido la podredumbre. Es inconcebible la ceguera que tienen a veces las mismas personas piadosas. Incluso se podrá llegar a burlarse de un religioso observante de su Regla y delicado en las cosas pequeñas. El Purgatorio ha sido creado para los pecados veniales que no han sido expiados en este mundo. Hay que humillarse siempre, arrepentirse porque, además, hay más pecados veniales que no conocemos que pecados que conocemos. (Ver el cuaderno de textos de 1824, página 244.)

3.ª Conferencia

386. ¿Cuándo hay que hacer actos de amor de Dios? Siempre y en cada instante de nuestra vida. Esta clase de actos son y deben ser actos prácticos; es decir, que refieran todas las acciones a Dios. Lo refiero todo a Dios porque es mi último fin. ¿Qué hace el amor? Nos hace tender hacia el objeto amado. Soy todo de Dios. De ahí se sigue que cuanto procede de mí debe ser de Dios y para Dios. ¿Para quién son los frutos de un árbol? Para aquel a quien pertenece el árbol. Los esclavos pertenecen a su dueño; los hijos del esclavo no pertenecen al esclavo, sino a su amo. Dios ha puesto en nuestra alma el sello de su propia semejanza para hacer ver que le pertenece. ¿A quién pertenecéis vosotros? A Dios. Dad pues a Dios lo que es de Dios. El mayor acto de amor es el hacerlo todo por Dios, para agradarle. Si hago una acción, pero no para Dios, es que la hago para mí, para mi placer; en ese caso se peca mortal o venialmente. Si se trata de cosas muy graves puede haber pecado mortal. Si la materia es de poca monta, la falta es venial. Para decidir si una falta es mortal o venial, cuando no tenemos certeza, habría que pesarlas en la balanza de Dios. Hay que distinguir entre ofrecer y referir sus acciones a Dios. Se ofrece una cosa que nos pertenece. Se refiere a Dios, no lo que nos pertenece, sino lo que pertenece a Dios.

387. La intención de la gloria de Dios para ser perfecta, debe tener cuatro cualidades: 1. Universal; es decir, que abrace todas nuestras acciones. Pero ¿es un precepto el referirlo todo a Dios? Sí; ya sea que comáis, ya sea que bebáis, etc... San Jerónimo entra en el detalle de las acciones, incluso de las más viles.

388. 2. Actual, tanto como sea factible. Es difícil que el detalle de todas nuestras acciones pueda referirse actualmente a Dios. Se distinguen tres clases de intenciones: habitual, virtual y actual. Habitual es la que se tiene, por ejemplo, al principio de cada jornada. Virtual, es la acción referida a Dios en virtud de la intención que habéis tenido. Actual, es la intención por la que se refieren las cosas a Dios en el momento presente.

La intención habitual no basta para la práctica del amor de Dios, aunque podría bastar para el comienzo. La intención virtual sería suficiente, ordinariamente hablando, ya que de hecho es influyente. En la intención virtual se mezclan muchas otras intenciones; puedo hacerlas por mi placer. ¿Cuál es la intención que me domina?

¿Por qué decimos "intención actual tanto como sea factible"? Porque hay que decir a menudo al Señor: "Dios mío, es para Vos..."

3. Soberana; es decir, que debe dominar.

4. Pura: desprendimiento de las criaturas y de nosotros mismos, que se extiende hasta las cosas espirituales. Hay quienes buscan demasiado los consuelos espirituales. A menudo las sequedades nos hacen mucho bien.

9.ª Meditación

389. (Glosa). La tercera parte de la meditación son las resoluciones que el espíritu de Dios formula en nuestro corazón. Hay que distinguir dos clases de resoluciones: unas que son extrínsecas a la meditación y otras que proceden de ella. El Profeta pedía siempre a Dios conocer sus pecados ocultos: Perdóname los pecados que he hecho cometer a los demás. La vigilancia sobre sí mismo para tener cuidado de no dar escándalo.

He comprendido y he visto bien la necesidad de hacer penitencia por mí mismo. ¿Por qué trataría con tantos halagos a un cuerpo que debe servir luego de pasto a los gusanos? Supongo que quiero acabar con mi sensualidad; pues bien ¿medito sobre la muerte, el infierno. etcétera?

390. *Es necesario que haya escándalos; pero, ¡ay de aquél por quien viene el escándalo!* (Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 238.)

Parece que esta verdad no conviene a religiosos. Sin embargo, es más que necesario que de ella se hable en las Comunidades. ¿Acaso no ha habido escándalos en el mismo colegio apostólico?

1. Necesario es que haya escándalos.
2. Desgraciados quienes los dan.
3. Desgraciados quienes los reciben. *Parce Domine.*

391. ¿Cómo se explica que, aun en las comunidades religiosas más regulares, se introduzcan escándalos? La idea justa de un escándalo es la de un mal ejemplo. Siempre habrá religiosos negligentes, perezosos, espíritus que dicen que sabrán distinguir entre lo esencial y lo accidental, que saben a qué atenerse. Pero ¿qué sería si esa relajación y ese escándalo lo diera uno de los antiguos o uno de los jefes? Se dirá: "Pero se trata de cosas pequeñas." Sería mucho menos peligroso el que un religioso diese un gran escándalo ya que nadie tendría la tentación de imitarle; pero cuando se trata de pequeñas relajaciones, sobre todo entre los religiosos ya de edad o tenidos por instruidos es algo seductor y se deja uno arrastrar por ese vial ejemplo. ¿Cómo vino la gran relajación de las comunidades antes de la revolución si no es poco a poco? El fervor se entibia sin cesar.

392. Tantas excepciones como se piden, tantas dispensas, un pequeño dolor de cabeza... Otro ve que se pide una excepción y pide él también otro tanto; son escándalos porque cada uno de ellos es un pequeño mal ejemplo, porque es una pequeña piedra de escándalo para los demás y una ocasión de caída. Pero sucede también otra cosa: que el segundo va aún más lejos que el primero, que dio el mal ejemplo. Nótese que cuando se ponen juntos uno bueno con uno malo, el malo corrompe al bueno; y el que era bueno se hace peor que el malo.

393. Así por ejemplo, a alguno se le escapará, en alguna circunstancia, esta frase: "Esta Regla es muy severa." Ahí tenéis un escándalo. Tal vez esta malhadada frase irá haciendo mal hasta el fin del inundo. Quien da un mal ejemplo precipita en el infierno a una multitud de almas.

¡Ay de aquél por quien llega el escándalo! Por vuestros malos ejemplos, por vuestras palabras y por vuestros malos consejos sois causa de muchos pecados. Es preciso que el escándalo sea un gran pecado cuando Cristo pronunció aquel anatema: ¡Desgraciado

de aquél que hace las obras de Dios con descuido! ¡Más le valdría al que escandaliza-dice Jesús-que le pusieran una piedra de molino al cuello y le tiraran al fondo del mar!

394. Por el contrario, ¡qué tesoro para una Comunidad es un religioso que la edifica por su modestia, dulzura, caridad, penitencia! Se espera del religioso mucho más que de un cristiano ordinario.

Desgraciado también quien recibe el escándalo. El escándalo se convierte en una fuente de tentación para los demás. ¿A qué llamamos una comunidad fervorosa.? Aquella en que hay dos terceras partes de religiosos fervorosos, y los demás... les siguen.

Responderemos ante Dios de nuestros propios pecados y también de los pecados que hayamos incitado a cometer a los demás a causa de nuestro mal ejemplo.

10.^a Meditación

395. (Glosa). Es importante el no perder ningún Ejercicio; pero hay algunos sobre los que hay que volver más a menudo; por ejemplo, sobre la tibieza, que es un mal muy común, y no por eso es menos peligroso ya que tales enfermedades acaban, de ordinario, por la muerte.

No hay que confundir, sin embargo, las sequedades, arideces y privaciones espirituales, con la tibieza. Cuando uno se ve afligido por la privación de Dios, cuando uno está inquieto por esa privación, no ha llegado todavía a la tibieza y cuanto más se sienta tal privación, menos tibieza se tiene. Quien está en estado de tibieza no siente pena por ello, ni siquiera se inquieta, aunque su estado sea lamentable. No hay mayor enfermo que quien no siente su mal. Es una gran gracia la de conocer el estado de la propia enfermedad. (Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 238.)

396. *Como eres tibio, voy a empezar a vomitarte de mi boca* (Apoc. 3).

La tibieza es un comienzo de reprobación. ¿Hay algo más asqueroso que el vómito? Pues el tibio es ese vómito. Si estoy en tal estado, estoy en una gran desgracia, en un gran desorden, en un gran peligro.

¿Es incurable la enfermedad de la tibieza? Es muy difícil de curar; pero no es incurable, sobre todo después de un retiro, en el

cual se encuentra el movimiento salvador del agua de la piscina. El tibio está casi ciego. Tampoco quiere oír cuando se le habla de las verdades más terribles. Porque ¿qué cosa más terrible hay que oír que Dios nos dice: Te voy a vomitar de mi boca? El tibio se dice: "A mí no se refieren esas palabras." Es una parálisis del entendimiento.

397. Los enfermos que estaban tendidos en la galería de Bethsaida eran, generalmente, enfermos incurables; por eso el milagro de su curación era aún más admirable. A raíz de las grandes misiones populares ¿quiénes se convierten? Los pecadores, los grandes pecadores; rara vez los tibios. *Parce Domine*.

En todos los siglos ha habido almas tibias. Ya San Bernardo se queja de ello. Fue el fundador de más de 150 monasterios en cada uno de los cuales había, 300, 400, 500, 600 y hasta 700 monjes. San Bernardo se queja de esos religiosos que soportan el yugo del Señor de tan mala gana, que querrían librarse de él, o, por lo menos, aliviarlo. Hay que estarles picando incesantemente con el aguijón. ¡Qué tristes están, qué extraños a la compunción, cómo buscan sus placeres, las comodidades de la vida, con qué poca discreción hablan! Así los ve San Bernardo a los tibios, y así habla de ellos.

398. Hagámonos a nosotros mismos la aplicación de esta descripción. ¿Nos reconocemos a nosotros mismos en ella? Parece que sobre quienes están en este estado pesa una especie de maldición: no ven nada ni comprenden nada.

No queremos reconocernos tibios. ¿Por qué? Porque el alma tibia presta mucha más atención al mal que no hace y al poco de bien que hace que al mal que hace, y al bien que deja de hacer. En todo esto hay gran desorden.

399. Mientras que los religiosos fervorosos no ven más que deficiencias en las mayores obras y no ven ningún bien en sí mismos, los tibios os responderán: "¿Qué mal hago yo?" Es que se comparan con otros religiosos aún más relajados que ellos, pretendiendo que el religioso fervoroso es un exaltado, un singular, que si hubiese que obrar así no se podría resistir; que está fuera de lugar, que es ridículo; y se compara con el más negligente que él; es como aquel fariseo que decía a Dios: No soy como los demás hombres; es decir: "No soy como los criminales." Pero no se trata

de no ser como los malvados, sino que hay que ser como los mejores, para ser justificado ante Dios.

400. Si a un tibio se le da una reprimenda, le veréis desconcertado, sonrojado, sobre todo cuando se la da su jefe; no se atreve a decir nada, pero se dice para sus adentros: "Le han informado mal; han hecho algunas suposiciones sin fundamento; no sabían mi intención; tenía la mejor intención; no hay por qué reñirme por una tontería; me tratan mal e injustamente." A sus ojos todos cuantos tienen caridad y virtud, son hombres malignos, severos, etc.

401. ¿Cómo se llega a la tibieza?

1.^a causa: La omisión de los ejercicios de piedad: oraciones vocales, meditación, examen particular, preparación de lecturas espirituales, de ciertas prácticas de devoción, etc.

El tibio no se reprocha tales omisiones; siempre encuentra algún pretexto para justificarlas: "Es que estaba muy ocupado", se dice a sí mismo. Cuando se le da una ocupación durante el momento de hacer los ejercicios de piedad, lo hace de mil amores. Sin embargo, hay otros, por el contrario, que hacen todos los ejercicios de piedad de los que no quieren ausentarse, con tal de poder decirse: "He hecho mi media hora de meditación; he rezado el Oficio; he estado en el examen particular", etc.

402 Pero ¿cómo los hacen? ¿Se exigen cuentas severas en el examen particular acerca de su defecto que quieren corregir? ¿Se arrepienten de él? ¿Piden perdón a Dios, se humillan y se imponen penitencias?

Nos dicen: "No me gusta este método de oración; no me gusta ese libro de lectura"; se escucha, pero bostezando. Si están escuchando una plática, ponen sólo atención en alguna anécdota divertida; ¿pero tratan de instruirse acerca de los medios de perfeccionarse cada vez más?

403. 2.^a causa: Descuidos en los ejercicios de piedad y negligencia en los mismos. Pues bien: no los omitáis más. Y así en todo lo demás.

Seguid el consejo de Cristo: *Hacer las cosas grandes; pero sin omitir las pequeñas.*

404. 3.^a causa: Quien descuida las cosas pequeñas caerá en las grandes. El desprecio de las cosas pequeñas lleva muy

fácilmente a la tibieza ya que hay orgullo en el desprecio de las cosas pequeñas. El tibio dice: "¿Acaso no cumplo con lo esencial?" Pero, ¿no sabéis que nada de cuanto pertenece al servicio de Dios puede ser pequeño y descuidarse? En no llegar al minuto al comienzo de los ejercicios de piedad, en algunos casos no habrá ni omisión ni negligencia; pero hay desprecio y es lo mismo. ¡Cuántos pecados hay en esa obediencia que se hace murmurando mientras se obedece!

405. ¡Meditad en quién es Dios y quién sois vosotros! Perteneceís por entero a Dios. Entonces ¿por qué os negáis a dar a Dios lo que le pertenece, vuestro corazón? Los grandes de este mundo rechazan todo servicio prestado con descuido, sea en lo que se refiere al tiempo, a la materia o a la cantidad; quieren que los servicios sean íntegros para ellos. Un grande de este mundo os diría: "Amigo mío: os he tomado para mi servicio exclusivo; para eso os pago; entiendo que estáis para mi solo servicio; de otro modo, idos."

Los contrarios se curan por sus contrarios; si queréis apagar el fuego, empleáis el agua. Lo mismo ocurre con vuestra tibieza.

11.ª Meditación

406. (Glosa). Hay algunos temas de meditación sobre los que no debéis pasar con rapidez. Primero, hay que ver claramente la verdad; que la razón quede bien convencida, en cuyo caso la voluntad se somete fácilmente.

Trabajad en vuestra salvación con temor y con temblor. Siempre tendremos que desconfiar de nosotros mismos. Seré, después de los Ejercicios Espirituales, peor que antes si no aprovecho de ellos, si no hago lo que hay que hacer para aprovecharlos...

407. Ejemplo: No sólo debéis buscar las causas de la tibieza, sino las de vuestra tibieza y no las de los demás. Hay muchos grados en la temperatura, desde el calor hasta el frío; basta ver un termómetro. Cuando ya hayáis buscado las causas, ved los remedios. "Entro en Ejercicios para arreglar mi conducta; dadme reglas para la misma." Ved cuál es el fin del religioso y cuáles son los medios para llegar a ese fin. Hay que hacerse violencia y salvarse. Pero no se puede lograr sin el sacrificio de todos los

placeres, bienes, vida, cuerpo, ciencia, salud, etc. Aprovechemos estos días de Retiro. Es posible que sea el último para algunos, ya sea que mueran, ya sea que no mueran.

408. *Os exhortamos a no recibir en vano la gracia que se os da* (I. Cor. 6). (Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 239.)

Las gracias que recibimos nosotros son gracias excepcionales, tanto externas como internas. Tendremos que dar cuenta de ellas. Terrible pensamiento si no correspondemos a ellas. *Parce Domine*.

Las gracias de Dios que recibimos nos las da por un efecto del amor, de la bondad y de la misericordia de Dios. ¿Soy dueño de hacer con ellas lo que quiera? Me las da con la condición de hacerlas valer; parábola de los talentos. Siervo bueno-dice el Señor a aquel que había ganado cinco talentos-, *tendrás el gobierno de cinco ciudades*. Siervo malo-dice a quien no había sacado partido de su talento-; *que le aten de pies y manos y lo echen fuera*.

409. Dios pide primero que nos sirvamos de sus gracias para la santificación de nuestras almas, ya que santificándonos, nos elevamos hacia los Cielos. "Sé que hay peligro en permanecer en el estado de tibieza o en acercarse a él. Pues bien: ahí tenéis el talento que Dios os da con solo haceros conocer el peligro de la tibieza; pero hacedlo valer saliendo de la tibieza y procurando a los demás los medios para salir también de ella." Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios.

410. Día vendrá en que compareceréis ante el Tribunal de Jesucristo y en que oiréis que os dicen: "Dame cuenta de tus talentos." Te he dado un millón de gracias, dame cuenta hasta del último óbolo." "¿Por qué?" "Porque estás ante el justo juez que todo lo pesa." ¡Oh temible tribunal! Y no hablo de crímenes. Hablo de intereses, del abuso de las gracias.

Lo que hace terrible los juicios de Dios es su justicia, su equidad, el ser un juicio sin misericordia. ¿Cómo responderé de tantas gracias descuidadas de las que he abusado?

411. Los sentimientos que debemos sacar de esta terrible verdad son los de humildad y de fervor: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido? Estos sentimientos, al hacernos más humildes deben hacernos más fervorosos en punto a exactitud, puntualidad, atención a hacerlo bien todo; cuando hay un buen servidor, Dios le

comunica la unción de su gracia; pero esta unción no es propiamente el fervor. El fervor es la exactitud en hacer bien todas las cosas.

412. Gracias exteriores. Mirad si aún podéis desearlas mayores que las que Dios os ha hecho hasta este día. Cómo os ha rodeado de medios de salvación y santificación: este alejamiento del mundo, esta Casa de Ejercicios, estas pláticas, sacramentos, meditaciones, oraciones, exámenes de conciencia, buenos ejemplos, compañía de santos religiosos; luces de todas clases... ¿queréis todavía más?

413. Salgo siempre conmovido de la lectura de la parábola evangélica de la higuera estéril. Ya hacía tres años que aquella no producía nada. Al año siguiente, el amo va a buscar higos en ella; pero no encuentra ninguno. Que la corten-dice-y que pongan otra en su lugar. Pero esta higuera no estaba muerta; estaba cubierta de hojas. Del mismo modo se hacen los ejercicios de piedad, pero con tanta tibieza y frialdad que no se saca de ellos fruto alguno. He aquí las hojas. Se supone incluso que no se hace ninguna confesión ni comunión sacrílegas; pero son nulas; son sólo hojas.

414. ¡Es algo tan grande el celebrar la Santa Misa, el comulgar! ¡Qué gracias! ¡Qué bien trabajada está esta higuera! Pero, ¿cómo es que no produce frutos? ¡Que la corten!

Cristo decía un día con dolor que sus predicaciones y milagros no producían fruto alguno en Corozáin y en Betsaida. ¡Pobre rebañito! Vosotros solos recibís cada uno más gracias que la ciudad de Burdeos entera.

415. Gracias internas: ¡Cuántas veces Dios ha iluminado vuestro espíritu con su luz para que siguiéseis la verdad! ¡Cuántas veces se ha llegado a llamar a la puerta de vuestro corazón! ¡Cuántas veces os ha hablado interiormente! ¡Cuántos santos remordimientos y santas advertencias ha puesto en vuestra alma!

Las gracias que recibe un verdadero religioso son muy diferentes que las que reciben los verdaderos cristianos. Sin embargo, no damos gracias a Dios por ello; incluso abusamos de ellas y las volvemos, tal vez, contra Él. ¿No sucede a menudo que nuestras meditaciones, a causa de nuestros descuidos, en lugar de serles agradables se convierten en otros tantos pecados? ¿Que esos sacramentos se convierten en otros tantos carbones encendidos puestos sobre nuestra cabeza, a causa de las malas disposiciones con que los recibimos?

416. Cristo lloró sobre Jerusalén al verla. No era el temor de los tormentos que se preparaban contra Él lo que le hacía llorar, sino lloraba porque no conocía el día que Dios le había reservado en su misericordia.

Que cada gracia pueda servir para hacernos ir adelante y procurar nuestra santificación, la de los demás y la gloria de Dios. (Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 245.)

4.ª Conferencia

PRESENCIA DE DIOS

417. Todos los santos han trabajado y obrado en presencia de Dios. No hay otro ejercicio más a propósito para hacernos adelantar en la virtud, como el ejercicio de la presencia de Dios. Este ejercicio nos hace avanzar en el amor de Dios y nos proporciona la gran ventaja de la intención actual tan necesaria para hacer meritorias todas nuestras acciones.

418. Nos habituamos poco a poco a mantenernos en la presencia de Dios. A ello se llega por el empeño propio, por su fidelidad y también formulando actos frecuentes hasta que se logre un hábito continuo. Además, es un don especial que hay que pedir y del que hay que hacerse digno. Hay que hacer sacrificios porque es una recompensa.

Dios está en todas partes. Tengo que respetarle en todas partes. Dios lo ve todo; por eso debo hacerlo todo tan bien como me sea posible: En donde quiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

La Santísima Virgen no está en medio de nosotros del mismo modo que Cristo sino que nos ve de lo alto del Cielo, en donde reina.

1824. Laugeay (Tercer cuaderno)

419. Hay algunos que tienen el don de la presencia de Dios y de María; pero son muy raros; hay que ser muy fiel para merecer esta gracia.

Hay un refrán que dice: "El ojo del amo engorda al caballo"; significa que cuando el amo pone empeño en que al caballo se le cuide bien, entonces los criados están muy sobre sí y le dan cuanto

haga falta. Lo mismo ocurre en donde quiera que haya obreros; hace falta siempre alguien que les haga trabajar; mientras el amo está delante y le están viendo, se afanan y trabajan; pero en cuanto el amo se va, entonces ellos se cruzan de brazos, charlan y pierden el tiempo no haciendo nada. En cuanto el amo regresa, ¡ah!, sin que les diga nada, todo el mundo se pone a trabajar. Podemos observar esto en nosotros mismos: ¡Qué cuidado ponemos cuando estamos con alguien que tenga autoridad sobre nosotros! Por el contrario, ¡qué vagos y negligentes somos en cuanto nos vemos liberados de la vista del amo! Y si la presencia de un hombre basta para hacernos caminar aprisa, ¿el ojo de Dios que no deja nunca de mirarnos, no nos ayudaría para nada?

420. *Caminad en mi presencia y seréis perfectos, dice el Señor.*

Hay que apartar y levantar todos los obstáculos a la presencia de Dios; a saber, todos los extravíos, la ligereza, la disipación del espíritu. Decid a los pensamientos extraños que os vengan a la cabeza: "Marchaos; callad." Ejercitaos en la práctica de los cinco silencios. Mientras andáis preocupados de las criaturas ¿cómo querer pensar en Dios y cómo queréis oír sus palabras? Dios debe estar presente a nuestro espíritu como nuestro espíritu está presente a Dios. Que todo cuanto hagáis sea digno de la divinidad. Pensad que Dios es vuestro Padre y vuestro juez; así caminaréis en el amor y el santo temor. Dios me obligará a darle cuenta de todos mis actos.

12.ª Meditación

421. (Glosa). Hay pocos entre vosotros que no hayan hecho Ejercicios Espirituales. ¿Qué efecto os produjeron los últimos?

Porque los Ejercicios deben producir dos efectos: 1, iluminar; 2, tomar resoluciones.

Los Retiros iluminan sobre el bien o sobre el mal que uno ha hecho y sobre cuanto hay que hacer para corregirse.

La contrición no es bastante grande. La contrición que purifica es la que nos hace vivir una vida nueva. Habitualmente nuestra contrición es harto débil; Dios quiere que nuestras resoluciones vengan de todo el corazón. Cuando uno se convierte realmente a raíz de unos Ejercicios, esa conversión repercute en la vida entera

posterior. Pero si nuestra contrición sólo queda en la superficie del corazón no basta; tiene que venir de todo el corazón.

422. *Mientras tenemos tiempo, obremos el bien* (Gal. 6). (Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 239.)

¿Por qué nos creó Dios y nos puso en este mundo? Para conocer, amar y servir a Dios. ¿Habéis pensado alguna vez en las consecuencias que entraña esta respuesta? ¿Pensáis en el modo cómo empleáis vuestro tiempo? El tiempo no os pertenece; es de vuestro Creador. Pero un religioso, cuyo tiempo está tan bien reglamentado ¿puede perder el tiempo? Si lo puede; el tiempo, se os escurrirá y vendrá la noche en que ya no se podrá obrar el bien, y ya no habrá posibilidad de merecer; se acabó.

423. El tema del buen empleo del tiempo es muy importante.

1. ¿Qué importancia tiene el tiempo?
2. ¿Cómo se puede perder el tiempo?
3. ¿Cómo recuperar el tiempo perdido?

Hay tres tiempos: el pasado, el presente y el porvenir. Si hasta ahora hemos perdido el tiempo, el que ahora nos queda debe servirnos para reparar el que pasó y para prever el porvenir. *Parce Domine.*

¡Qué cosa tan preciosa es el tiempo presente!

424. Del buen empleo del tiempo presente depende mi eternidad feliz. Por eso tengo que estimar el tiempo presente según la estima que hago del Cielo, de la posesión de Dios. Por consiguiente, el tiempo tiene un valor infinito. ¿Es posible? Se tiene fe y espera el Cielo, y con todo se pierde el tiempo y se gasta en matar el tiempo como dicen los mundanos. Pero con mayor razón, un religioso que está bien enterado y que debe entender bien las cosas ¿cómo puede olvidarlo hasta tal punto que pierda un tiempo tan precioso? Se lo decimos a un criado: "¿Qué está usted haciendo? ¿Por qué no trabaja?" "Es que me estoy divirtiendo..." "Se está usted divirtiendo, y ¿cree que yo le pago para que se esté divirtiendo?" "Pero mire usted que sólo he estado divirtiéndome media hora..." Un obrero que no hubiese trabajado más que cinco días no puede exigir el jornal de seis días.

425. Hagamos el bien de nuestro estado, de nuestra situación, de nuestros oficios y de nuestros empleos. Trabajemos por la gloria de nuestro Dueño haciendo cuanto está dentro del orden de su Providencia.

Perder el tiempo consiste en que si hemos terminado las ocupaciones de nuestros oficios y empleos antes del final del tiempo de que disponemos no podemos perderlo y permanecer en la ociosidad diciendo: "Ya he hecho y acabado lo que me habían mandado. Estamos obligados a hacer el bien durante todo el tiempo de que disponemos; el tiempo que nos quede empleémoslo en pensar en nuestra alma y en sus necesidades espirituales."

426. Hay algunos que abarcan toda clase de ocupaciones que no entran en el orden de la Providencia y que ésta no ha dispuesto olvidándose de sí mismos, no teniendo más que una actividad natural y miras humanas. Todo eso es perder el tiempo.

Dice San Pedro a Jesús: Toda la noche hemos estado trabajando pero no hemos pescado nada. Si la mayor parte de cuanto hacéis no lo hacéis por Dios, por mucho que hayáis trabajado, ya habéis recibido vuestra recompensa, ya que no habéis hecho más que vuestra voluntad ni habéis buscado más que vuestra propia satisfacción.

427. No basta con hacer una buena obra para merecer el Cielo; hay que hacerla por Dios. La intención, el motivo es lo que la hace meritoria para el Cielo. Cuando se hacen mal las cosas, el tiempo está mal empleado. Si se encuentra en ellas una desgraciada mezcla de acciones buenas e imperfectas porque se mezclan en ellas la vanidad, la curiosidad y la sensualidad, etc., habéis perdido el tiempo. No miréis como tiempo bien empleado más que el que os santifica y os hace mejor.

428. Podemos reparar el tiempo perdido rescatándolo por medio del buen empleo del tiempo presente. De ordinario no nos acusamos de haber perdido el tiempo.

El Señor tuvo a bien dejarnos una parábola para enseñarnos a recuperar el tiempo perdido: la parábola de los obreros de la viña: los alquila a cualquier hora y a todos los paga lo mismo. "Vosotros, los que habéis perdido tanto tiempo en vuestra juventud; y no sólo lo habéis perdido sino que lo habéis mancillado con tantos crímenes ¿cómo no queréis reparar todo ese tiempo perdido por

medio de una vida llena de fervor? Porque no sabéis cuántos días, cuánto tiempo os queda todavía para hacer el bien.

13.^a Meditación

429. (Glosa). Ya estamos en la mitad de los Ejercicios. Estoy seguro de que Dios habrá cumplido su promesa. ¡Ojalá tuviera la misma seguridad de que vosotros seréis fieles a las vuestras! Si Dios dijese a vuestro corazón: "Soy tu Señor; soy el Dios de tu corazón", ¿qué produciría una de tales expresiones en nuestra alma? Desde entonces no veríamos más que a Dios, no buscaríamos más que a Dios y no amaríamos más que a Dios. ¡Qué amable sujeción! Las palabras de Dios hacen lo que dicen; por eso se las llama sacramentales. Todo queda zanjado cuando habla Dios; lo dijo y todo quedó hecho.

430. Hay que temer que unos no tengan bastante confianza y que otros tengan demasiada; es decir, que tengan presunción. Dios os promete hablaros; pero ¿qué pasará si vosotros no le escucháis? ¿Si no tenéis fe y confianza? Hay quienes puedan creerse bastante perfectos para creer que no tienen necesidad de tales palabras sacramentales. En tal caso, Dios no se las dirá ya que ellos no las desean. Sois sesenta; por consiguiente, hay, por lo menos, sesenta disposiciones diferentes: "No hemos comenzado a ser malos más que por el corazón; tampoco empezaremos a ser buenos más que por el corazón." Por eso, Dios habla al corazón: "Pueblo mío, sal de Babilonia..." Dios no habla si no se quiere que hable, si no se desea que hable.

431. *Está establecido que todos los hombres mueran una vez.* (Ver cuadernos de textos de 1824, pág. 239.)

1. Consecuencias terribles de la muerte.
2. La muerte de los pecadores es terrible.
3. La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios.

Para quien todavía vive, las consecuencias de la muerte se encuentran llenas de terror. Si se ha visto morir a religiosos tibios, negligentes y disipados se puede hacer la comparación de su muerte con la del pecador. La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios. Un buen religioso moribundo podemos llamarlo un santo; atrae las bendiciones de Dios sobre su Comunidad. *Parce Domine.*

Hay entre vosotros un grupo bastante numeroso a quienes Dios no habla. Es porque quizá están en pecado mortal sin saberlo o porque no piden bien perdón a Dios. Es un favor insigne el que Dios se digne hablarles pero no lo concederá a quien no se humille. Hay algunos que tienen sobre sí mismos una idea como la que tenía el fariseo, considerándose como justos.

Todos deben morir; se ha pronunciado ya la sentencia. No hay excepción alguna y no deben morir más que una vez.

432. Las consecuencias de la muerte son terribles en razón de la eternidad que la sigue; del lado que caiga el árbol allí se quedará; será o eternamente salvo o eternamente condenado. Esta alternativa es terrible y escalofriante. ¿Cuándo moriré? No lo sé; sé que puedo morir hoy. Las incertidumbres del momento de la muerte, de la clase de muerte, del lugar de la muerte, añadidas a la certeza de aquella eternidad desgraciada en la que puedo caer son algo terrible.

433. Es preciso que nuestras obras sean meritorias para entrar en la eternidad bienaventurada. Repetíos a menudo: "¿Cómo moriré?" Lo podéis saber hasta cierto punto: tal vida, tal muerte. Si queréis morir como un condenado, vivid como un mal religioso, un religioso relajado. Si queréis morir como un santo, vivid como un buen religioso.

La muerte de los pecadores es pésima por la aprensión y la turbación que les agita, por la desesperación, las sorpresas de la muerte y por la impenitencia final.

434. Ahora dudan de aquello de que no dudaban durante su vida; las excusas que aducían ahora ya no las aducen; las faltas pequeñas ya no les parecen pequeñas; ven ahora la verdad en todo su esplendor. Ahora ven el abuso que han hecho de tantas gracias, porque han tratado a los demás de escrupulosos, y han despreciado sus advertencias; ya no ven más que la desesperación que es el castigo de sus descuidos sin número. Hay muchos que mueren en la desesperación aunque no lo parezca.

Muerte pésima por las sorpresas de la muerte; hay muchos que tienen una muerte repentina. La justicia divina se ejerce particularmente en el momento de la muerte; no han querido recibir los sacramentos durante la vida; han sido descuidados. A los tales, Dios los castiga con una muerte repentina, la cual viene a menudo de haber hecho malas comuniones.

435. Muerte pésima a causa de la impenitencia final. Como es la vida, así es la muerte. Mueren como han vivido. Lo mismo los religiosos que los seglares, aunque-sobre todo los religiosos-no mueren de ordinario sin sacramentos; pero esta recepción se hace como la que se hizo durante la vida: con la misma frialdad, la misma tibieza y la misma negligencia.

Si las malas muertes os espantan, considerad la muerte de los justos. Sólo de vosotros depende el que la vuestra sea una muerte preciosa como la suya.

14.^a Meditación

(Ver cuadernos de textos de 1824, pág. 240.)

436. (Glosa). Preocupaos de elevar vuestras almas a Dios. No basta con tener gusto en oír hablar de Dios, sino que hace falta que Dios eleve nuestros espíritus, y nuestros corazones: Habla, Señor, que tu siervo escucha...

Se ha dado la sentencia contra los hombres de que muramos y de que luego seamos juzgados. El juicio particular se verifica inmediatamente después de la muerte. El alma se encuentra iluminada por la divinidad.

1.^a consideración: La presentación del alma ante Dios.

2.^a consideración: El examen del alma ante Dios.

3.^a consideración: Oír pronunciar la sentencia. *Paree Domine.*

437. El alma, al salir de su cuerpo, comparece ante el tribunal del Soberano Juez. La inmensidad de la divinidad se hace entonces sensible al alma, de la misma manera que quien se encontrase en medio del mar y viese montañas de olas espumantes dispuestas a abatirse sobre él y tragárselo. Estamos iluminados por la divinidad: vemos y distinguimos de una manera clara, neta y sin velos. Si se trata de un hombre que nunca ha pensado más que en la tierra, ¡qué contraste y qué cambios tan súbitos! Si se trata de un pecador, allí está con todas sus iniquidades. ¡Qué angustia! Bien querría huir; pero, ¿cómo salir de aquel océano sin orillas de la divinidad que lo contiene todo: Cielo, tierra e infierno? Por todas partes encuentra a la divinidad. Aquel océano se encuentra para nosotros en una espantosa agitación. Lo que realmente es espantoso es que el Sumo Juez no hace acepción de personas; los reyes de la tierra son

ante El como el último siervo. Dios no mira más que las obras. El Sumo Juez sólo examina cuáles son los deberes de un rey, de un sacerdote, de un religioso, etc.

438. Estamos a solas con Cristo. Ya no hay apoyo alguno ni protector. Estáis solos con Cristo. Ya no tenéis ni a la Santísima Virgen, ni a los ángeles, ni a los santos; estáis solos con vuestras obras. Todo lo pesa con todo rigor, ya no se le puede decir: "Salvador mío, Redentor mío, Padre mío." No. No. No hay ya más que un juez inexorable.

Hay un examen que se hace cara a cara. Después de tal examen el alma quedará enteramente convencida de la equidad del juicio.

439. Examen general, rápido y convincente. General: todo se examinará con número y peso con todas las circunstancias atenuantes y agravantes, más o menos escándalos, faltas de atención, de precipitación, de descuido. También las obras buenas serán sopesadas. ¿Se las ha hecho por Dios y con la mira puesta en Dios? La buena obra será puesta al desnudo y quizá será puesta del lado de las del infierno. Examen de toda la vida: todos los pensamientos y afectos del alma, todo será perfectamente examinado, clasificado y pesado. Dios dejará escapar un rayo de su divinidad, el cual iluminará al alma para hacerle ver todas sus obras y todos sus pecados. ¡Sagradas llagas de Cristo: lavad y purificad mi alma! La conciencia, a la que ahora sofocamos y engañamos tan a menudo, nos acusará también en el tribunal de Cristo. El siervo bueno y fiel también teme a pesar de todo; queda espantado de todo este aparato tan formidable de modo que será preciso que el mismo Cristo le diga: Animo, siervo bueno y fiel, entra en la alegría de tu Señor. ¡Ah, Señor, ya sabes que te amo, Tú que lees en mi corazón!"

440. Que, en lo sucesivo, seáis totalmente de Dios. Lavad en la sangre de Cristo, en la confesión, todos vuestros pecados y negligencias; no cometáis más iniquidades, renunciad a las criaturas, entregaos de lleno a Dios, sed buenos religiosos. Pero que esta vergüenza, que no será más que pasajera, os purifique y que sea para vosotros un nuevo punto de partida. En adelante seréis siempre fieles a Dios. Dios os dará todavía el tiempo de volver a El y de vivir como buenos religiosos. No rechazéis esta gracia; aprovechadla y entregaos por entero a Dios.

5.ª Conferencia

(Ver cuaderno de textos de 1824, pág. 246.)

441. El examen que debía hacerse antes de comer y después de cenar no se hace en todas partes de un modo regular. El de antes de comer se llama particular; el de la noche, general. El examen particular versa únicamente sobre la pasión dominante a fin de asestarle golpes decisivos para dominarla; no se suelta la presa hasta que se la ha vencido. Para atacar la pasión dominante, primero hay que saber cuál es la nuestra; está medio vencida si se ve descubierta. Supongamos que es el orgullo; si uno no ve en sí muestras de orgullo, entonces éste le matará; pero si ve ese orgullo, entonces él lo matará. Ejemplo de la leyenda del basilisco. La primera parte del examen consiste en ver; la segunda en arrepentirse. Los últimos cinco minutos son para las resoluciones y para imponerse algunas penitencias.

442. En el examen de la noche, los cinco primeros minutos sirven para ver cuáles son las faltas y los cinco siguientes para pedir perdón por ellas. San Ignacio se confesaba dos veces diarias. San Francisco Javier, cada día. Los cinco últimos minutos son para tomar resoluciones y medios; si no los tomáis es indicio de que queréis proseguir con vuestros malos hábitos. Hay que trabajar siempre para purificar el corazón; bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Sobre la oración mental hay que examinarse de tres cosas: 1.ª ventajas de la oración; 2.ª defectos más ordinarios en que se incurre; 3.ª prejuicios que uno tiene en contra de la oración mental.

443. 1. Las ventajas de la oración mental tienen cabida en dos o tres consideraciones: el justo vive de la fe; la vida cristiana no se sostiene sino cuando está uno animado por la fe. Las personas del mundo reconocen que no tienen bastante fe para hacer estas cosas. Un religioso se relaja porque su fe no es bastante viva y activa. Si tiene fe pasa por encima de los mayores obstáculos y nada le detiene. La fe ilumina el espíritu de tal modo que las verdades de fe y sus misterios le impresionan. Si el religioso tiene fe, no le cuesta desprenderse de sí mismo. La meditación ha sido dividida en el Instituto en dos a causa de las ocupaciones y de los trabajos: media hora por la mañana y media por la tarde.

Quienes no pueden encontrarse con todos en la meditación, la hacen entera, por la mañana o bien por la tarde. Cuando uno se

encuentra muy apremiado, hay que desquitarse y no perder nada de tiempo. Si no hacéis meditación o si no la hacéis bien, no adelantaréis.

444. II. Los defectos que impiden sacar fruto de la meditación son:

1. Ir sin prepararla.
2. Sin finalidad alguna y sin deseo de aprovechar.
3. Sin proponerse ningún tema, dejándose llevar, como dicen, "por el espíritu de Dios."
4. Escoger y atenerse a los principios, a temas sublimes y rebuscados.
5. Detenerse demasiado en los razonamientos y poco en los afectos.
6. Con respecto a las resoluciones, reducirse a algunas vagas e indeterminadas. (Lalanne, ver Notas.)
7. Un fondo de pereza natural.

445. 1. Las tres cuartas partes y media de las veces, lo que os impide el hacer una buena oración es la pereza. No queréis hacer uso de vuestro entendimiento. ¿Cuántas veces os han dicho que no hay que ir a la meditación sin una preparación previa, remota y próxima?

La preparación remota, es el silencio y el recogimiento. La próxima, es preparar bien el tema con todo detalle; saber lo que se quiere considerar, determinar los afectos y resoluciones.

El religioso descuidado es tan culpable en este punto, porque es un deber para él el tender a la perfección. Se le dice a un hombre del mundo: "Usted falta a sus deberes de estado; por consiguiente, no puedo darle la absolución." ¿Y qué pensar de un religioso que falta a los deberes de su estado? Está mandado el preparar la meditación. No hacerlo es tentar a Dios, porque es querer que Dios se nos comunique en contra del curso ordinario de su Providencia; es exigir un milagro sin necesidad.

446. 2. ¿Qué queréis cuando vais a la meditación? ¿Qué deseáis que os haga Dios?

3. Hay algunos que dicen: "Voy a la oración para entregarme al espíritu de Dios." Eso es imprudente y temerario; a lo más, es lo

que hacían los mayores santos; pero vos que no hacéis todavía más que balbucear y empezar, ¿queréis entregaros al espíritu de Dios?

447. 4. A veces se tomarán asuntos demasiado sublimes y rebuscados, los cuales no hacen más que alimentar vuestra vanidad y haceros perder el tiempo. Pensad en la muerte; el paraíso, el infierno, la eternidad. Esperad a tener el espíritu de humildad, de penitencia y de mortificación para escoger misterios más altos. Al principio se toman asuntos propios para corregirse. Después se escogerán temas relativos a la práctica de las virtudes. En tercer lugar se meditarán temas que inflamen el corazón después de haberlo purificado. ¡Qué locura la de un principiante que toma temas sublimes!

448. 5. Hay muchos que pasan el tiempo entretenidos en consideraciones y al final toman de prisa y corriendo algunas resoluciones de las que no se acuerdan una hora después.

6. Otros toman resoluciones vagas y generales: "Dios mío: quiero huir del pecado", etc. Notad que, en tal ocasión, habéis cometido tal y tal falta. Tomad resoluciones para prevenir esa falta e imponeos una penitencia.

449. III. Falsos pretextos que nos desvían del ejercicio de la meditación. Unos pretextan que tienen muchas cosas que hacer. Se ha notado que los santos han tenido más ocupaciones, y sin embargo son los que han dedicado más tiempo a la oración. Otros dicen que están muy distraídos durante la oración y que se aburren, que es muy difícil para ellos, que no son dignos de conversar con Dios, etc. (Ver el desarrollo en Notas del P. Lalanne.)

15.^a Meditación

450. (Glosa). Ya conocéis los principales defectos que se encuentran en la práctica de la oración mental; tened cuidado de evitarlos. Cuidad sobre todo, esa pereza espiritual que nos hace permanecer inactivos durante nuestra oración. En los tiempos de sequedad, no hay que desanimarse, sino excitarse al arrepentimiento y a la humildad.

451. *Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno.*

1. La justicia terrible de Dios sin misericordia (ver cuaderno de textos de 1824, pág. 240).

2. Motivo de admiración. Ser creados por Dios a su imagen y semejanza y luego verse separados de Dios.

3. Tema. El fuego del infierno actúa sobre los cuerpos y sobre las almas para destruirlos ambos. *Parce Domine*.

En la sentencia del soberano Juez encontramos dos clases de tormentos: Apartaos de Mí: es la pena de daño. Al fuego eterno: es la pena de sentido. Este fuego será eterno. El mayor de estos dos castigos es la pena de daño o la separación de la criatura respecto de su Creador; según San Juan Crisóstomo, tal pena es muchísimo mayor que la de los sentidos.

Nada es tan a propósito para espantarnos como el pensamiento de que Dios, que es la misericordia y la bondad misma permanezca eternamente insensible a los gritos y a las quejas de los condenados: *crucior in hac flamma*.

452. El rico Epulón pide en vano una gota de agua; jamás se la darán. Quizá hay entre vosotros quienes hayan cometido 200 pecados mortales y que han permanecido tres y hasta cuatro años en sus crímenes. ¡Qué grande es la misericordia de Dios por haberles estado esperando durante tanto tiempo! Ha sido precisa, para rescatar a las almas del infierno, la muerte misma del Hijo de Dios.

Yo me reiré y me burlaré de ti- dice el Señor a quien muere en el pecado.

453. No hay ninguno que no reciba en estos Ejercicios una aplicación de las misericordias de Dios; que se esfuerce por hacerse digno de ellas. Humillaos, anonadaos vosotros los que habéis merecido tantas veces el infierno. Bajo a las profundidades del infierno y me pongo a considerar a esta multitud de condenados; todos tienen un deseo violento de unirse con Dios, deseo que no pueden satisfacer. Hay algunos que andan temiendo siempre que sus pecados no les han sido perdonados; que trabajen, que hagan penitencia, que se exciten al arrepentimiento, a la contrición; que se acusen de los pecados pasados en cada confesión.

454. El fuego del infierno quemará eternamente cuerpos y almas sin destruirlos nunca; al contrario, nuestro Señor lo compara con la sal que conserva las carnes. En la tierra somos víctimas inmoladas a la gloria de Dios; los condenados son víctimas inmoladas a su justicia.

El estado religioso será un preservativo infalible del infierno si vivís como buenos religiosos; pero ¡qué grandes tormentos están reservados a los malos religiosos! Los poderosos serán poderosamente atormentados.

16.ª Meditación

455. *Lo esencial es que os confeséis y que os confeséis bien* (ver cuaderno de textos, 1824, pág. 241).

Se puso en seguida en camino y regresó a la casa paterna (Luc. 15). Parábola del hijo pródigo. Su vuelta al padre es una imagen de la vuelta a Dios de un alma religiosa, ya que este hijo pródigo pertenecía a un padre muy rico y había recibido una rica herencia. ¿Quién es el padre y la herencia del religioso? Hay que volver seriamente sobre el abuso de gracias y sobre la pérdida de tiempo.

1. El hijo pródigo considera la miseria extrema en que había caído al dejar la casa paterna y la dilapidación que había hecho de sus bienes: 1. "motivo de volver; su arrepentimiento sincero de haber ofendido a un padre tan bueno, el recuerdo de su ternura y de su bondad: 2. motivo de volver; la confianza que tenía en la bondad de su padre: 3. motivo de volver".

456. Un religioso debe decirse: "Yo mismo me he reducido a la miseria, y me he privado, por mi negligencia y mi tibieza, de las gracias del Espíritu Santo. *Parce Domine*.

Un postulante o un joven novicio podría decir que esta parábola no le afecta personalmente porque todavía no ha hecho los votos. Pero vosotros, habéis recibido la gracia de la vocación. Un religioso que ya ha hecho sus votos y que falta a la gracia de su vocación comete un sacrilegio, mientras que un novicio que falta a esa gracia puede cometer pecados muy graves.

457. El hijo pródigo había pedido a su padre su herencia y su padre se la dio en dinero. El hijo pide también la libertad y su padre se la da. Y parte. Después de pocos meses lo había malgastado todo. Pero como hay que vivir, va a casa de un aldeano a alquilar su propia persona. Ahí le tenemos después de haber perdido su fortuna y su libertad. Precisamente sobreviene una gran hambre durante el tiempo de su esclavitud. Como el hijo pródigo no sabía nada y nada había aprendido ya que no pensó más que en divertirse, su nuevo dueño le mandó a guardar puercos. Pero su cruel amo le da a él

menos alimento que a los puercos, tanto que el joven rico miraba con envidia el alimento de esos puercos. El joven pródigo no podía soportar tan grande miseria y se decía: "¡Desgraciado de mí! Hace tres años, Dios me concedía gracias preciosas, recibía tantas ayudas y tantos medios de salvación; he abusado de todo, he perdido todo por mí descuido, he sacudido el yugo paterno, santo y amable del Señor."

458. El fondo de vuestra herencia no está perdido si no habéis cometido pecados mortales; si el Señor no os hubiese dado estos Ejercicios Espirituales, habríais muerto de hambre y de miseria. El hijo pródigo pasa a menudo a considerar lo que era en la casa paterna: las riquezas, las habitaciones magníficas, el número de criados, las comidas regaladas y las tiernas caricias de su padre. Todos estos recuerdos desgarran su corazón con el arrepentimiento y la amargura.

459. Del mismo modo, un religioso se dice: "¿Qué es lo que dejé? Hace un año, dos, yo experimentaba tan grandes delicias en el servicio del Señor...; aquellas oraciones, sermones y comuniones en que gustaba de tan grandes dulzuras. Ahora me veo privado de ellas, reducido a la miseria más espantosa, esclavo de mi sensualidad y de la brutalidad de mis apetencias." Que estos motivos de arrepentimiento y de amargura y el sentimiento de nuestra miseria, nos hagan decir: "Pero, ¿está todo perdido para mí? Mi Padre celestial ¿no continúa siendo mi padre, siempre tan bueno, tan tierno, tan rico y tan poderoso? ¿Por qué no iría yo a arrojarme en sus brazos? ¿Qué tengo que hacer? No es preciso que busque medios de justificarme sino que le diga: Padre mío: he pecado contra el Cielo y contra Ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; pero será una suerte muy digna de envidia para mí el verme contado en el número de tus últimos siervos."

460. "He pecado contra el Cielo que me mandaba obedecerte; he pecado contra Tí por mis ingratitudes." ¡Ved con qué sentimientos de penitencia habla! No pide el volver a los primeros favores; se ofrece a los trabajos más penosos y humillantes: desea verse contado entre los más viles jornaleros. Llega a su padre pobre, extenuado, sucio y cubierto de harapos. Un padre reconoce siempre a su hijo. Aunque hubiera debido cerrarle las puertas, se adelanta al hijo, le abraza y le estrecha contra su pecho. Todo esto impide hacer al hijo lo que había proyectado; pero llora, gime y se humilla. El padre se enternece, le abraza, le perdona y acaricia.

Vamos-dice el padre ponedle los vestidos más preciosos, poned un anillo en su dedo, que empiece la música y que los festines anuncien el regreso de mi hijo que se había perdido y lo he recobrado.

17.ª Meditación

461. Pedid a Dios la gracia de confirmar lo que ha obrado en vosotros y que remate su obra. Renovad vuestra alma por la confesión, la contrición y corresponded a la gracia. Leed vuestros cuadernos de resoluciones para renovarlas ante Dios, para ver si proseguís en las mismas disposiciones y si sentís que la naturaleza se rebela empuñad las armas de la fe. Contra un enemigo invisible nos hace falta una espada espiritual.

462. Cuando os ponéis a releer vuestras resoluciones, sucede a veces que sentís que vuestro corazón no está tan bien dispuesto; es ésa una tentación del enemigo. Por consiguiente, no os inquietéis por ella ni os turbéis, ya que la verdad es siempre la misma. Dios, que os inspiró tales resoluciones, no puede cambiar tan pronto. Dios es inmutable. Porque ahora no encontráis su yugo tan dulce y amable; ¿se sigue de ello que ya no lo es? ¿No os sucede a veces que un manjar que os agradaba ayer, hoy ya no os gusta? Porque Dios permite que se corra un pequeño velo sobre los ojos que os impide ver la verdad ¿se sigue de ello que la verdad, que ayer os parecía tan hermosa, no lo sea hoy? (Ver el cuaderno de textos, 1824, pág. 241.)

463. *Mi yugo es suave y mi carga, ligera... encontraréis el descanso para vuestras almas.*

¿Cuál es este yugo? Es la doctrina de Cristo. "Sobre vosotros." Llevadle sobre vosotros mismos. ¿A quién dirige el Señor estas palabras? A todos los cristianos en general, y de un modo especial a los religiosos, porque sólo los religiosos son los que abrazan verdaderamente el yugo de Cristo, la doctrina cabal de Cristo, los preceptos y los consejos, todo el Evangelio. Los cristianos no están obligados más que a los preceptos. El padre de familia debe reinar sobre sus hijos. La sensualidad y la avaricia son los dos grandes enemigos del hombre. Es preciso que Cristo reine en nosotros. No podemos superar la sensualidad más que en cuanto Cristo reine en nosotros.

464. De ahí, tres consideraciones:

1.^a Cómo se establece el reinado de Cristo en nosotros, en el alma religiosa.

2.^a Cómo este reino de Cristo se establece firmemente en el alma.

3.^a ¡Qué dulzura, dicha y paz goza el alma religiosa llevando el yugo de su dueño, su padre y su rey! Queremos que esta palabra de Cristo se realice en nosotros: *el reino de Dios está dentro de vosotros; regnum Dei intra vos est. Parte Domine.*

19.^a Meditación

465. ¿Cómo se establece el reino de Jesucristo en un alma? ¿Por quién se establece en ella? Cuando un alma ya no quiere más que a Cristo, amarle, pensar en Él, buscarle, desearle, no vivir más que de Cristo y para Cristo, entonces todo lo sacrifica por Cristo. Jesucristo le es todo y ella es toda para Él; ya no se alegra más que en Cristo, no habla más que de Él, no piensa y no obra más que por Jesucristo. Esta alma hace reinar a Cristo en sí misma cuando reproduce, por la práctica constante de todas las virtudes, las mismas virtudes de Jesucristo, sobre todo, la humildad que le ha llevado a encarnarse: *substantia mea tanquam nihilum ante Te*, dice Cristo. Si Cristo vive en un alma, no se elevará ésta con sentimientos de orgullo y de vanidad. Quien se eleva, derriba, destruye el reino de Cristo, arroja a Jesús de sí mismo.

466. ¿Qué es lo que atrae a Jesús a nuestras almas? Mi reino no es de este mundo, dijo Jesús. Jesucristo no reina como los reyes de la tierra, mediante las armas, las riquezas, los honores. La corona de Cristo es una corona de espinas como señal de su realeza; su trono la columna en la que recibió la flagelación; su manto real, el manto de ignominia de que le revestieron. En medio de estas humillaciones se inauguró el reinado de Cristo. También está en la cuna y en la cruz como sobre su trono; es rey tanto en Belén como en el Calvario.

Por su cruz y sus humillaciones Cristo quiere reinar en nosotros: son los atractivos que nos presenta. Cristo no quiere reinar ni por la pompa ni por la fuerza. Al revés: Cristo dice a sus discípulos: *No llevéis ni oro, ni plata, ni dos túnicas, ni siquiera un palo para defenderos; os envió como corderos.*

(XXXV). XI

1825. CHAMINADE. (Caillet)

Notas de sermones y pláticas 1825-1826

P. CAILLET y P. LALANNE

(desde noviembre 1825, hasta...)

1.ª Meditación

EL SERVICIO DE DIOS

467. (Retiro predicado por el P. Chaminade, 1825, a hombres).

Scriptum est: Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies (Luc. 4, 8 y Deut. 6, 13).

Dios lo ha hecho todo y Dios lo puede todo: dos poderosos motivos del servicio que debemos a Dios por la ejecución de sus órdenes.

Primer motivo: Dios lo ha hecho todo y todo le pertenece. Por consiguiente: 1.º título: Porque todo viene de Dios como Creador que es; 2.º título: Porque todo está en Dios como conservador de todas las cosas y por un prodigio no menos grande que el de la creación; 3.º título: porque todo es para Dios, todo tiende a Dios como hacia su último fin y Dios es toda la perfección de su ser, pues viene de Dios, permanece en Dios, va a Dios, se confunde con Dios; o, más bien: todo entra en los planes de su gloria por vía de misericordia o de justicia.

2.ª Instrucción

468. *Justum Dominum.*

Segundo motivo: Dios lo puede todo y todo debe someterse a su poder ya que su autoridad es: 1, soberana: Ego Dominus. La autoridad del alfarero sobre la vasija que ha hecho no es más que una imagen imperfecta de la autoridad de Dios sobre las criaturas; 2, universal: se extiende a todos los seres animados o inanimados, sobre todo al hombre, a todas las facultades de su cuerpo y a todas las potencias de su alma. Siempre puede dar, como razón última de todas sus obras: Ego Dominus; 3, absoluta. Llega a sus fines, quiéralo el hombre o no; todo contribuye a su gloria, tanto las

venganzas que toma de los ultrajes que se hacen a su majestad, como las alabanzas que recibe por las obras de su misericordia. Sabe hacer que todas las criaturas sirvan para ejecutar sus venganzas, incluso contra su propiedad natural.

EL AMOR DE DIOS

469. *Diliges Dominum tuum* (Deut. 6, 5).

Dios es infinitamente amable, porque es bueno en sí mismo por su propia naturaleza y porque es bueno en sus obras fuera de sí mismo, en todas las operaciones que no son otra cosa que efusiones de su amor.

1.^a Consideración: Dios es bueno en sí mismo, en su naturaleza. Primer carácter de este amor: ama de propio movimiento, hace el bien por inclinación y sin ningún motivo de interés personal; *Deus bonorum meorum non eges*. Segundo carácter: No hace más que bien en todas sus operaciones y no puede decidirse a hacer sentir su justicia más que cuando se ve precisado a ello. En este caso, no es Dios quien lo quiere sino nosotros quienes le obligamos a que tome esas medidas de rigor. Tercer carácter: aun en el caso en que se vea precisado a hacer mal a sus criaturas, no es sino para sacar de ello mayor bien; cambia el mal en bien cuando se le desarma, etc. *Bonus ex suo, justus ex nostro* (San Agustín).

470. 2.^a Consideración: Dios es bueno fuera de sí mismo y, en todas sus operaciones que son otras tantas efusiones de su amor. Estas efusiones son principalmente tres: 1.^a Todo lo ha creado para el hombre, no reservándose la gloria pertinente más que porque entra en el orden necesario de la justicia y de la equidad eternas, porque no tiene necesidad ni de tal gloria ni de tal hombre, puesto que es feliz y se basta a sí mismo; 2.^a Ha hecho al hombre para el hombre dándole el libre albedrío que puede hacer servir para ser eternamente feliz en todo su ser empleándolo en escoger la justicia, la santidad, etcétera. 3.^a Dios se da a sí mismo a la criatura y quiere no sólo hacerla feliz con su felicidad eterna, sino también quiere ser El mismo su soberana felicidad; *ero merces tua magna nimis*.

MOTIVOS DE PESAR

(por el P. Lalanne)

471. *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum anathema sit* (I Cor. 16, 22).

Dos consideraciones deben confundirnos: no amaríamos a Cristo si no viéramos lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho por Él.

Primera consideración: Lo que Dios ha hecho por nosotros. 1. Se ha hecho hombre: *et Verbum caro factum est*. Desde el seno de la gloria, de las riquezas y de las delicias, baja al seno de los oprobios, de la indigencia y del dolor; *exinanivit semetipsum formam servi accipiens*. 2. Pasa su vida en instruir a los hombres y colmarles de favores: *pertransiit benefaciendo et curando omnes*. Consagra el día a los trabajos y la noche a la oración. 3. Acaba su vida en los tormentos más espantosos por amor hacia nosotros; *non dubitavit manibus tradi nocentium et crucis subire tormentum*. Comparación del rey que se deja abrir sus venas para preparar un baño de sangre en que un pobre mendigo a quien ha encontrado en el camino, debe encontrar la salud. ¡Qué negra ingratitud y qué horrible crueldad si ese pobre ahogase y rematara él mismo a ese buen rey!

472. Segunda consideración: Qué hemos hecho con Él: 1. Le hemos olvidado como si no fuese nada para nosotros; le hemos despreciado, prefiriendo las riquezas, placeres, honores y anteponiéndolos a su santa pobreza, etc. 3. Le hemos abandonado prefiriendo el servicio del demonio al suyo, constituyéndonos otro Dios en las cosas creadas y hasta -en los placeres más infames; le hemos deshonorado haciendo de nuestros miembros que lo son de Cristo, miembros de una ramera, envileciendo su moral y su Iglesia por nuestra conducta pagana; 5. Le hemos crucificado: *rursum in semetipsis Christum crucifigentes*, como dice San Pablo. Con justo motivo debe lanzar sus rayos contra quienquiera que no ame a Cristo: *si quis non amat Jesum, etc.*

EL INFIERNO

(por el P. Lalanne)

473. *Ignis succensus est in furore meo* (Deut. 32, 28).

Hay un infierno. Quiénes deben temer el infierno. Cuánto hay que temerlo: he ahí tres cuestiones importantes.

1.^a Cuestión: ¿Hay un infierno? 1.º La razón lo demuestra; 2.º Todos los siglos y todos los pueblos del universo entero lo han admitido; 3.º La revelación no nos deja duda alguna acerca de esta verdad.

2.^a Cuestión: ¿Quién debe temer el infierno? 1.º En primer lugar, los que niegan o dudan de esta verdad; 2.º Los libertinos cuya conducta está en oposición con esta creencia; 3.º El simple culpable de pecados mortales; 4.º El mismo justo y todos los hombres.

3.^a Cuestión: ¿Cuánto debemos temer al infierno? 1.º Como un gran mal; 2.º El mayor de todos los males del mundo; 3.º Con un temor sumo y en cierto modo infinito. Comparación de un ángel que transportase cada mil años una gota de agua fuera del océano llevándola a la eternidad.

LA IMPUREZA. EL FUERTE ARMADO

(por el P. Chaminade)

474. *Et erat Jesus ejiciens demonium et illud erat mutum* (Me. 11, 14).

El demonio de la impureza es el fuerte armado de que habla el Salvador que se ha apoderado de un alma y que no puede ser arrojado más que por otro mejor armado que él.

1.^a Consideración: ¿Cómo es ese fuerte armado? 1. Porque produce la sordera y la ceguera espiritual, cuyo nombre lleva, pues era un demonio sordomudo; 2. Una vez posesionado de un alma la guarda bajo su poder, taponando todas sus avenidas como si se tratase de una plaza fuerte; 3. Teniendo que salir por la fuerza de otro más poderoso que él, vuelve a la carga con obcecación, trayendo consigo a otros siete demonios peores que él. Habiéndose hecho de nuevo, dueño de la plaza, se fortifica más en ella.

475. 2.^a Consideración: Los medios de arrojarle de nosotros son: 1. Cumplir con los deberes de precaución desarmándole por la penitencia, la mortificación, la huida de las ocasiones y de cuanto puede servirle para su pérfido proyecto; 2. Cumplir los deberes de expiación distribuyendo los despojos, como se dice que hace el más fuerte que le expulsa: dando limosna con las riquezas de iniquidad y entrando en la vía estrecha para castigarle por haber escogido antes el camino ancho. 3. Cumplir con el deber del agradecimiento amando a su libertador, Jesús, manteniéndose cerca de su adorable persona y trabajando junto con El: *qui non est mecum, contra me est, etc.*

LA IMPUREZA: SUS TERRIBLES EFECTOS

(por el mismo)

476. El mismo texto de la parábola del fuerte armado.

Los terribles efectos son: 1. Que ciega tanto sobre los peligros que hay para verse precipitado en ellos como sobre la gravedad del pecado, una vez cometido; 2.º Mudo, para no pedir consejo ni seguirlo antes de pecar, y para no confesarlo después del crimen cometido.

2. Que arruina: 1.º Las fuerzas y la belleza del alma; 2.º Las fuerzas y la salud del cuerpo; 3.º El honor personal y el de las familias; 4.º El interés temporal y eterno. El gran número de culpables lejos de preservar de los horrorosos castigos apresura la venganza divina: los hombres antes del diluvio, las cinco ciudades infames: Sodoma, etc., son prueba de ello. Perekieron porque no se pudieron encontrar en ellas ni siquiera diez justos. La clase de fuego que destruyó y envenenó todo el suelo haciendo de él el llamado "Mar Muerto" en que los peces no pueden vivir, es un monumento eterno del odio de Dios contra este pecado maldito.

LA PENITENCIA

(por el P. Lalanne)

477. *Nullus est qui poenitentiam agat* (Jer. 8, 6).

La penitencia es absolutamente necesaria a todos. Y nadie hace penitencia.

1.^a Consideración: Su necesidad, fundada en: 1.º Nuestra cualidad de cristianos nos obliga urgentemente a la penitencia. Jesucristo es nuestro camino: *ego sum via*. Nos invita a seguirle: *si quis vult post me venire, etc.* Esta cruz que hay que llevar no es otra cosa que la penitencia que hay que practicar de todos los modos, sufriendo enfermedades y desprecios, etc. El mismo anda por el camino de la penitencia más ruda desde el pesebre hasta el Calvario y nos dice: *nisi poenitentiam egeritis, etc.* 2.º Nuestra condición de pecadores nos condena doblemente a los rudos trabajos de la penitencia, la cual es la tabla que se nos lanza después del naufragio y por la cual hay que pasar, por muy estrecha que sea o bien ahogarse en las olas del río del pecado. Los méritos de Jesucristo y las indulgencias no se aplican más que a los verdaderos penitentes, a los corazones contritos y humillados y no son más que para suplir lo que no podemos hacer.

478. 2.^a Consideración: Su ausencia en todos, incluso en quienes parecen llevar una vida cristiana, aparece: 1.º En que no se cree en su absoluta necesidad; 2.º En que nos dispensamos de ella por los pretextos más fútiles; 3.º En que no se hace una penitencia proporcionada al número y a la inmensidad de sus pecados. ¡Qué severamente castigaba la Iglesia primitiva los pecados durante los primeros siglos del Cristianismo!

LA SAGRADA EUCARISTÍA

(P. Lalanne)

479. *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se* (Ps. 110).

La Sagrada Eucaristía, memorial de todos los prodigios de la misericordia de Dios, es un motivo de pesar de nuestros pecados y un motivo de consuelo.

1.^a Consideración: Es un motivo de entristecernos por el recuerdo de nuestros pecados; 1. A causa de la gran pureza

que habría que tener para comulgar; pureza que debería ser, si fuese posible, la de los ángeles, la del Santo Precursor, la de la Santísima Virgen que le ha llevado en su seno. ¡Cómo nos impresionaría la noticia de que sólo había una persona que tenía la dicha de llevar a Jesús en su corazón! ¡Qué pura la creeríamos!

2. Al considerar el gran don que nos da: Cristo que se da todo entero a nosotros.

3. Al recordar cuántas penas y tormentos tuvo que soportar para darnos esta prueba de su amor. ¡Cuánto hay que gemir comparando tanta bondad por parte de Jesús y tantas ingratitudes por parte nuestra!

480. 2.^a Consideración: Es un gran motivo de alegría: 1. Porque Jesucristo mismo es prenda segura de nuestra reconciliación con su Padre celestial. Zaqueo, visitado por el Señor, recibe la salvación y toda su casa con él; el cordero pascual cuya sangre, ungiendo las puertas de los hebreos en forma de cruz-representaba al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y que salva a todo el pueblo de Israel de la espada del ángel exterminador-nos enseñan todo cuanto debemos esperar de la presencia de Cristo en nuestro corazón; 2. Porque se une a nosotros del modo más estrecho. Hay tres clases de unión: la unión natural, la unión de Dios con el Verbo encarnado y la unión hipostática del Verbo con la Humanidad, siendo algo así como esta tercera unión la que se opera entre nosotros y Cristo; 3. Porque se nos comunica como lo hace a los bienaventurados en el Cielo.

ADOPCION ENTRE MARIA Y LOS HOMBRES

481. *Dicit Jesus Matri suae: Mulier, ecce Filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua* (Jn. 19, 26-27).

Es ésta la adopción más noble por los títulos de la Madre augusta; la más amorosa por su naturaleza; la ha hecho el amor divino y comprende toda la ternura de que es capaz una pura criatura, sobrepasando infinitamente la ternura de todas las madres juntas; la más vasta y universal en su extensión, ya que abraza a la vez, todos los hombres y todo el universo; la más saludable de todas en sus efectos, ya que tiene por término la salvación de todos los hombres. Sin embargo, el tiempo sólo nos permite

considerarla hoy, bajo el aspecto del amor que supone de parte de María y del amor que debe obtener de parte de los hombres.

482. 1.^a Consideración: El gran amor que esta amorosa adopción supone por parte de María es: 1. Puro en sus fuentes y en su principio. Desciende de Dios Creador, el cual, dando a todos los seres una tendencia hacia el amor, ordenándolo hacia el fin de la caridad, se ha complacido en imprimir un sello mayor de caridad en el corazón de María que en el resto de las criaturas, ya que María debía servir de santuario vivo a la caridad del Dios encarnado, etc. La vida que llevó María en todos los instantes hasta la encarnación del Verbo, fue de acrecentamiento en la caridad que tenía a los hombres.

483. 2. Admirable en sus progresos: el Espíritu Santo que es el fuego y la caridad que descienden sobre Ella cubriéndola con su sombra, haciendo de Ella su esposa y formando en Ella y de su sustancia el cuerpo virginal del Hombre Dios, el Espíritu Santo que debía ser enviado, un día, a la tierra para encender en ella este hermoso fuego de la caridad que el Verbo divino venía a traer a los hombres; el Espíritu Santo-digo-cuya operación debía derramar y dilatar esa caridad de Dios en nuestros corazones: *caritas Dei diffusa est in cordibus nostris*, etc., comenzó las amorosas e inefables operaciones en favor de María. Por esta sublime dignidad de Madre de Dios, a la que la elevó haciéndola fecunda y manteniéndola virgen, le comunicó esta caridad de Dios más que al resto de las criaturas. Su caridad para con los hombres iguala la sublimidad de las funciones que le fueron confiadas. Desde entonces, formado en Ella y de su sangre más pura, quedando estrechamente unido a Ella por espacio de nueve meses durante los cuales estuvo encerrado en su purísimo seno, derramó en el corazón de María torrentes de caridad. Además, en cada instante de los 33 años y tres meses que esta divina Madre pasó con su divino Hijo en la tierra, aumentó aún más esta inmensa caridad de Dios y del prójimo. ¡Oh prodigio de amor en María y horno ardiente e incomprensible de caridad! ¡Cuántas maravillas se encierran en Ella!

484. 3. Heroico en su perfección: esta sublime adopción de María en favor del hombre tiene lugar en el Calvario, al pie de la cruz, por Cristo mismo, quien habiendo amado durante su vida mortal a los hombres hasta darles todo cuanto podía y tenía, su cuerpo adorable en la Sagrada Eucaristía, etc., los amó sobre todo en el momento de su muerte con un amor todavía más

heroico; es el lugar y el momento que escogió para dar a los hombres lo que tenía de más precioso en la tierra: su divina Madre, la augusta María, que El nos dio en calidad de Madre en la persona de San Juan a cada uno de nosotros. ¡Feliz adopción que constituye a María en Madre de todos los hombres, los cuales tienen derecho sobre su corazón, en cierto modo, como Jesús! ¡Dichosa adopción que se verifica en el momento en que María leía en el corazón de Jesús, a fin de reproducir, en su propio corazón-tanto como le era posible a una pura criatura-todos los movimientos, todos los transportes de amor de Jesús para con los hombres!, etc.

485. 2.^a Consideración: El amor recíproco que a esta honrosa y sublime adopción debe corresponder de parte de los hombres, debe ser: 1. Igualmente puro y tierno en su principio; juntar, si es posible, el amor de afecto y de ternura, al amor de estima y de toda consideración para con esta augusta Madre. No se puede pagar el amor sino con el amor. Por lo mismo, una madre rechazaría indignada todos los beneficios de un hijo que rehusase corresponderle con amor recíproco. 2. Eficaz en sus obras, dándose con fidelidad a cuanto pertenece al culto de María, procurando hacerla alabar, conocer y amar por todos los hombres si fuese posible. Pero, sobre todo, como buen hijo, trabajar en hacerse conforme a una madre tan buena, mediante el conjunto de la vida cristiana. 3. Constante en su duración, creciendo siempre más y más con perseverancia. 4. Invencible en su confianza, haciendo de María, su buena Madre, como dice San Bernardo: "Tota ratio spei meae"; arrojándose en sus brazos y en su regazo maternal como un niño, el cual, jugando no lejos de su madre, no bien ve a un animal, corre hacia ella, etc. 5. Generoso en sus esfuerzos, consagrándole, si es preciso, sus trabajos, salud, honor y hasta su vida misma, ya que Ella, amando a Jesús infinitamente más que a sí misma y consintiendo en inmolarle, sin embargo, por la salvación del mundo, nos amó más allá de toda expresión.

ALIANZA ENTRE DIOS Y EL HOMBRE POR EL SANTO BAUTISMO

(por el P. Lalanne)

486. *Ego sum et pactum meum tecum* (Gén. 17, 2).

Esta alianza entre Dios y el hombre es algo tan sublime que parece necesario demostrar primero su posibilidad y luego su existencia y condiciones.

La Consideración: Su posibilidad viene atestiguada en todas las páginas de la Sagrada Escritura; se apoya en la veracidad del mismo Dios, el cual, aunque sea infinito en todas sus perfecciones, quiere abajarse hasta el hombre para que el hombre se eleve hasta Él.

487. 2.^a Consideración: Su existencia se demuestra por tres pactos célebres, de los cuales dos los encontramos en el Antiguo Testamento y el tercero en la Ley Nueva. 1. Dios forma alianza con Abraham, y Abraham acepta el pacto de Dios; 2. Dios hace alianza con su pueblo por medio de Moisés en el Monte Sinaí, y el pueblo se somete a las condiciones del tratado; 3. Dios hace alianza con todo individuo que quiere bautizarse; la Iglesia propone por medio de su ministro, y el niño acepta por boca de su padrino y de su madrina.

488. 3.^a Consideración: Estas condiciones son las que se encuentran en todo pacto: 1. Dos partes contratantes; por un lado, Dios y por otro, el alma fiel; 2. Las condiciones que cada una de las partes propone para determinar el objeto y para poner las bases del contrato; 3. La adhesión recíproca que entrambas dan por una libre elección de su libre voluntad. Dios propone por objeto la exacta observancia de su Ley y se ofrece a sí mismo como recompensa de la fidelidad en guardar lo tratado; el alma fiel consiente en aceptarlo todo y se compromete a emplearse enteramente en el servicio de Dios. De ahí la grande injusticia cometida cuando el alma es infiel a sus promesas.

DEVOCION DE LOS HIJOS DE MARIA A SU AUGUSTA MADRE

(Por el P. Chaminade, otra escritura distinta)

489. *De qua natus est Jesus que vocatur Christus* (Mat. 1, 16).

Tres caracteres de su devoción a María:

1. Alta y amorosa estima de las perfecciones de la Virgen María. Para alimentar esta alta y amorosa estima, hay que considerar a menudo: 1.º Las tres eminentes y singulares prerrogativas de María, o de su triple alianza con la adorable Trinidad. Es la Hija querida del Padre eterno; la Madre del Verbo encarnado, Cristo; la Esposa del Espíritu Santo. Cada una de estas adorables personas conceden a María cuatro favores señalados: se

puede representar la reunión de estos doce favores como las doce estrellas que coronan a María.

490. El Padre eterno hace a su hija querida cuatro señalados favores: 1.º Predestinación eterna de su Inmaculada Concepción; 2.º Su santa natividad; 3.º Su admirable anunciación; 4.º El inefable misterio de la Encarnación.

491. El Hijo de Dios, Verbo encarnado, hace asimismo a su Madre cuatro favores señalados: 1º Haber permanecido en sus castas entrañas por espacio de nueve meses y haber salido de ellas sin detrimento alguno de su integridad virginal; 2.º Haber tomado el alimento de sus purísimos pechos; 3.º Haberse sometido a Ella y haberla tomado como directora de su vida y rectora de todas sus acciones; 4º Haberla escogido por compañera de sus trabajos y alegrías, de su vida y de su pasión.

492. El Espíritu Santo ha enriquecido a su augusta Esposa con otros cuatro favores: 1. La ha hecho virgen y al mismo tiempo, madre; 2. Ha reposado en Ella como en su santuario. 3. La ha elevado en cuerpo y alma al Cielo; 4. La ha establecido Reina del universo.

Reflexión: Toda nuestra grandeza nos viene, después de Dios, de la Virgen. Por medio de ella somos hijos de Dios y Jesucristo es nuestro Hermano por el puro nacimiento de su seno y de su sangre virginal (Retiro 1822).

DEVOCION A MARIA

(2.º Domingo de Adviento: 4 diciembre 1826, en el convento de monjas de...)

493. Su esencia.

Consiste esencialmente en tres clases de sentimientos que pueden ser comunes a justos y pecadores, pero que pueden crecer sin cesar y alcanzar una perfección cada vez mayor.

El primer sentimiento es el respeto, la veneración y la sumisión correspondientes a su dignidad de Madre de Dios. El segundo es la confianza en la omnipotencia que se le comunica y en su gran bondad que es la expresión más fiel de la inmensa caridad de Cristo hacia los hombres. El tercero es el amor filial que debemos tener para con ella en razón de sus amabilidades, de su ternura

maternal, de sus incomparables bondades y de sus innumerables beneficios.

494. Estos tres sentimientos se perfeccionan por la imitación de sus sublimes virtudes a la cual son conducidos pronto los mismos pecadores, lo mismo que los justos, por poco que perseveren en sus sentimientos de veneración, confianza y amor hacia esta augusta Madre. Por fin, el aumento más o menos grande de estos sentimientos y de esta imitación forman a los felices devotos de María.

495. Quienquiera que enseñe toda otra devoción a María y que, por un celo indiscreto, temiendo que se vaya demasiado lejos en la devoción a María, la hace consistir esencialmente en la imitación de sus virtudes, daña mucho a los pecadores excluyéndoles de esta preciosa herencia que Jesucristo nos ha dejado en su muerte, les arrebatara la esperanza de la salvación que la Santa Iglesia les presenta en María a la que declara *refugium peccatorum*, ahogando en ellos esta primera centella del fuego celestial, este dichoso germen de vida que, debía, según las miras de la Providencia, convertirse, algún día, en el medio de su conversión y en el principio de su resurrección a la vida de la gracia.

DEVOCION A MARIA (continuación, n.º 2)

(Segundo Domingo de Adviento, 4 diciembre 1826, en el convento de las Hermanas; y en la bendición de la Magdalena, el día de la Inmaculada de 1825)

RESPECTO QUE SE LE DEBE COMO MADRE DE DIOS

496. *Signum magnum apparuit in coelo: mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim* (Apocalipsis 11, 1) .

Este gran prodigio que presencié el profeta del Apocalipsis es, sin duda, la Santísima Virgen, la cual, por su eminente dignidad de Madre de Dios, se encuentra elevada infinitamente por encima de todas las criaturas. Lo mismo en la tierra que en el Cielo aparece siempre radiante de gloria y como revestida de la majestad de las riquezas, de la gracia, de los tesoros y de los méritos del Hombre Dios cuya Madre es, de tal modo que su vestidura es el sol de justicia, tiene a sus plantas la luna, la cual representa aquí la tierra

y todas las obras de la Creación a las que es muy superior; esta corona de doce estrellas colocada sobre su cabeza nos representa admirablemente los doce favores o privilegios que le conceden las tres augustas personas de la Santísima Trinidad, cada una de las cuales le concede cuatro como ya se ha dicho.

497. Sin detenernos por el momento en enumerar cuáles son esos doce favores concedidos a María, contemplemos el grande, el triple prodigio que descubrimos en esta gran reina, viéndolo en su triple alianza con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta noble alianza es el fundamento de las grandezas incomparables de María; por Ella, se hace hija privilegiada del Padre y obra maestra de la Creación, Madre amada del Hijo y obra maestra de la Redención, Esposa querida del Espíritu Santo y obra maestra de la santificación. Todo esto constituirá el tema de las tres grandes consideraciones siguientes:

498. 1.^a Consideración: María, Hija privilegiada del Padre.

Correspondía a la grandeza de Dios el hacer de María la más noble, la más rica y la más elevada de todas las criaturas. Y ello por tres razones convincentes: 1.^a Porque estando destinada María a la maternidad divina, debía ser la expresión más exacta de la divinidad; 2.^a Porque, llamada a la maternidad divina, debía reunir en su persona todas las perfecciones que convienen a la Hija de tal Padre, el cual iba así a entrar en alianza con Ella; 3.^a Porque llamada María a la maternidad divina, debía entrar en participación de todos los atributos divinos, tanto como le es dado a una mera criatura, ya que estos atributos se encuentran inherentes a la maternidad divina como también son inherentes a la paternidad divina. María, criatura, hija del Padre, Madre de Dios: ahí está la triple relación que la une con Dios Padre y que le da todos los títulos de grandeza, nobleza, elevación, riquezas, percepción, etc., de que una criatura puede verse revestida.

499. 1. María es una criatura de Dios, formada a su imagen, como cualquier otra criatura dotada de razón. Por lo mismo que está compuesta de cuerpo y alma tiene derecho a todos los títulos de grandeza comunes al género humano; pero hay algo infinitamente más en favor de ella: su destino a ser Madre de Dios. Desde ese momento, todos los rasgos de María y todo su ser deben llevar la impronta de la divinidad de una manera proporcionada a la sublimidad de su elevación por encima de todo lo creado y de todo lo que podría ser creado. a) Todas las perfecciones que

resplandecen en todas las demás criaturas como simples ecos de las perfecciones divinas, toda la grandeza, toda la belleza y todas las amabilidades que pueden tener, y aún todas ellas juntas, de parte del divino Creador, deben encontrarse reunidas en María que debe poseerlas en el grado más alto que pueda darse en criatura alguna. De otro modo, la obra no sería digna del divino Obrero, ni habría justa proporción entre los medios y el fin, la gloria de Dios Padre se vería comprometida, ya que siendo su destino infinito en grandeza por parte de Dios, la virtud y la perfección deben participar, en la medida de lo posible, de esa infinitud por parte de la criatura formada para un fin tan sublime. b) Esto no basta, ya que para ser María digna de Dios y del alto destino que El le reserva, debe reunir en sí misma más perfecciones que todos los seres posibles y que todos los millones de mundos, millones de veces más perfectos que el que habitamos; más que todos los seres que Dios podría crear en su omnipotencia y en su infinita bondad, pues todos ellos no pasarían del rango de simples criaturas y siervos de Dios y porque es imposible que su destino se acerque al de la Madre de Dios. De ahí lo que dice San Juan Damasceno: *Matris Dei et servorum Dei infinitum est discrimen.*

500. De ahí, todas las bellezas, todas las perfecciones, todos los dones de la naturaleza y de la gracia reunidos en Ella; dones que hacen a María de una belleza maravillosa y amable por todos los conceptos; tocante al cuerpo, porque reúne todos los rasgos de belleza y de perfección de las que Eva, inocente, que era una criatura encantadora, era una simple figura; en cuanto al alma, posee todo cuanto ha habido nunca de nobleza, grandeza, fuerza, magnanimidad, elevación, gracia y penetración, etc. Pero como todas estas perfecciones corporales e intelectuales, naturales y sobrenaturales, se encuentran en María realzadas aún por el brillo de una gran modestia y de una inocencia purísima, nada puede haber en Ella que no arrebatase todas las miradas y todos los corazones hacia el divino Creador. Se la podría tomar por una divinidad-tan bella y amable es-si no se supiese que no es más que una criatura.

501. 2. María, considerada como la Hija privilegiada del Padre, debe tener también esta admirable cualidad que es el peldaño por' el que debía elevarse a la sublime dignidad de la maternidad divina; debía rebasar infinitamente a todas las demás criaturas y entrar en comunicación de bienes, dignidades, perfección y herencia con su

Padre Celestial. Esta alianza admirable no sería digna de un Padre que es Dios si su hija querida no se acercase todo lo que es posible a una criatura, a su suprema dignidad, a su soberana majestad, a sus divinos atributos y si, al ver a su hija amada, no pudiese ver en ella los caracteres más augustos de la mayor semejanza con el Padre. La hija de un poderoso monarca ¿sería digna de su origen, si no sobrepasase a todas las hijas del reino en grandeza, en dignidad, en riquezas, etc.?

502. 3. Por último, María, destinada de toda eternidad por el Padre para ser andando el tiempo, la Madre de su Hijo, debía verse enriquecida de dones, en proporción de la incomparable dignidad de la maternidad divina. Ahora bien, elevándola esta dignidad por encima de todas las criaturas en el Cielo, en la tierra, tanto como Dios se eleva por encima de los hombres, debía también superarles infinitamente en virtudes, en méritos, en disposiciones perfectas, en bellezas de cuerpo y alma. María, en cierto modo, entra en comunicación con el Padre celestial con su fecundidad divina, con ese Padre que dice: *filius meus es tu, ego hodie genui te, etc.*, y que engendra desde toda la eternidad a su Hijo, el cual es consustancial con Él, igual en poder, en majestad y en todo, encontrándose también que tiene una paternidad inherente a sus atributos todos y a todas las perfecciones de la divinidad. María, llamada a ser, en el tiempo, la Madre de ese mismo Hijo de Dios, puede decir también con toda verdad: "Te he engendrado en la plenitud de los tiempos; Tú eres mi Hijo por naturaleza, en cuanto hombre, formado de mi propia sustancia; y yo soy tu Madre." Como consecuencia, encontramos que María tiene también una maternidad divina a la que son inherentes los atributos divinos todos, todas las perfecciones del Padre el cual comparte-guardada la proporción- con María su divina fecundidad en cuanto a una pura criatura le es posible entrar en esa magnífica participación.

503. De ahí, ese triple prodigio encerrado en su creación: 1.º De una Concepción Inmaculada que la arranca a la corrupción de los hijos de Adán, la preserva de las aguas del diluvio del pecado original, haciéndola objeto digno de las miradas complacidas, del amor de su divino Creador, una criatura toda bella, deslumbrante, sin mancha ni arruga: "rota pulohra es amica mea." 2.º De una exención total de la triple concupiscencia, la cual no tendrá jamás poder en Ella dejando a su cuerpo virginal con todas sus facultades en una perfecta sumisión al espíritu y en una dichosa inclinación

hacia la práctica de las virtudes y no turbará su alma, ni ninguna de sus potencias, en los senderos de la más sublime perfección; 3.º De una exención perpetua de todo pecado actual del que jamás se hará culpable, ni en sus pensamientos, ni en sus palabras, ni en las cosas, lo mismo grandes que pequeñas, etc.

María es, pues, por triple partida, la obra maestra de la creación por la maternidad divina, como criatura, como Hija querida del Padre y como predestinada por El a ser la Madre de su Hijo.

2.ª Consideración: MARIA, MADRE DEL HIJO

(En el convento de las Hermanas, el día de la Inmaculada de 1825. En la Magdalena, el sábado infraoctava de la Inmaculada, de 1825.)

504. *María de qua natus est Jesus qui vocatur Christus* (Mat. 1, 16).

Estas cortas pero enérgicas palabras del Espíritu Santo, nos dicen sobre las grandezas de María, infinitamente más de lo que podrían referirnos todos los doctores y oradores del mundo. Encierran cuanto se puede decir en alabanza de María. Diciendo que Jesús nació de Ella, todo queda dicho en una sola palabra, pudiéndose deducir fácilmente que su Concepción es Inmaculada, su Natividad santísima, su vida llena de méritos, su muerte particularmente gloriosa, su resurrección deslumbrante, su Asunción triunfante y su coronación en el Cielo brillante. Se comprende maravillosamente que su elevación sea muy superior a toda otra elevación fuera de la de Dios; que su poder sea una omnipotencia comunicada, que su bondad iguale a su poder y que su mediación sea la que nos introduce en el Cielo.

505. Es que sólo Dios que habla poco y dice mucho, puede descorrer el velo de un número prodigioso de verdades y revelarnos los misterios más gloriosos en pocas palabras; de qua natus est Jesus. María es Madre del Hijo, Madre de Jesús que ha nacido de Ella, que ha contraído con Ella la alianza más estrecha que se puede concebir exceptuada la unión hipostática. Ahora bien: esta unión con Jesús es el más glorioso de sus títulos. La asocia a su eternidad misma en cierto sentido y a todas las promesas y figuras que anuncian a este Hombre-Dios. Por ella, María se convierte en

compañera inseparable de Jesús, en su nacimiento, su vida, sus trabajos, su muerte y su gloria. Vamos a considerar esta sublime unión de María con Jesús en los decretos eternos de Dios y en la antigua Alianza; bajaremos, luego, a la Ley Nueva y contemplaremos esta misma sagrada unión hasta el fin de los tiempos y durante la duración de la inmortalidad feliz. Podremos convencernos de que cuanto Dios unió por vínculos tan estrechos, el hombre no lo separará jamás.

506. 1. En los decretos eternos de Dios y en la Antigua Ley, encontramos unidos a Jesús y a María, antes de la Encarnación del uno y de la creación de la otra. 1) En los decretos eternos de Dios: la Santa Iglesia aplica a María lo que los oráculos sagrados de la Sabiduría dicen del Verbo eterno de Dios y de la Sabiduría increada. En el capítulo 8: *Prodivi primogenita ante omnem creaturam. Dominus possedit me in initio viarum suarum; ab aeterno ordinata sum; quando praeparabat coelos, aderam; cum eo eram cuncta componens.*

507. Esta aplicación la hace el Espíritu Santo que es quien dirige a la Iglesia y ¿qué quiere enseñarnos sino esta unión admirable de Jesús y de María en los decretos eternos de Dios antes de la misma Creación? 2) Si desde la eternidad descendemos al tiempo, encontramos esta misma unión en todas las promesas, en todas las profecías y en todas las figuras de la Antigua Alianza; desde el comienzo del mundo, si Adán es la figura de Cristo, Eva es la figura de María. Si Dios promete al género humano un liberador, le dice a Adán que la mujer, es decir, María, aplastará la cabeza de la serpiente; *ipsa conteret caput tuum*. Si Moisés figura a Cristo al golpear el Mar Rojo, este Mar Rojo que se abre para dar paso a los hebreos representa la Inmaculada Concepción de María. La zarza ardiente, la vara de Aarón florida, el arca de la alianza que hace remontarse a las aguas del Jordán hacia su fuente, el vellocino de Gedeón, son otras tantas figuras de Jesús y de María en su concepción. Si el Señor promete, por boca del Profeta Isaías, el Dios con nosotros, anuncia que una virgen lo concebirá y lo dará a luz: *Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel* (9, 14). Y más lejos, añade: *Et egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet* (ídem 11, 1).

508. 2. En la Ley nueva y en la realidad, en la gloria y en la inmortalidad feliz de la eternidad encontramos por doquier esta unión admirable, esta divina semejanza de Jesús y de María. 1. En

la Ley nueva, en todos los misterios de la vida, muerte y resurrección de Cristo vemos también a María: a) En la Encarnación del Verbo. ¡Qué unión íntima entre Jesús y María! b) En su vida oculta. ¡Qué relaciones frecuentes, familiares e íntimas ha tenido Jesús con María! c) En su vida pública y laboriosa en su vida dolorosa y en su muerte ignominiosa, ¡cómo comparte María todos los trabajos y todos los tormentos de Jesús! 2. Jesús hace participar a María en la comunicación de todos los bienes, tanto como le es posible a una criatura. a) Las mismas perfecciones de caridad, sabiduría, poder y misericordia. b) Mismas virtudes de humildad, paciencia, dolor, caridad, etc. c) Mismos títulos de rey, padre, maestro, abogado, mediador, guía, esperanza, consuelo, vida, camino, autor de la gracia y sol de justicia. María los comparte con Jesús; es Reina, Madre, maestra, etc. d) Mismos privilegios: Jesús, incorruptible e impecable por naturaleza; María, incorruptible e impecable por gracia o, más bien, exenta de todo pecado; la exención del pecado original, la virginidad, la resurrección, la entrada triunfal en el Cielo con cuerpo y alma, la coronación en el Cielo, todo esto es común entre Jesús y María. e) Mismo poder, riquezas y gloria. Jesús todopoderoso, dueño del mundo y del Cielo. María, dueña todopoderosa del mundo, Reina del Cielo y de la tierra; Jesús, autor de la gracia, María el canal y la distribuidora; como ante Jesús, todo dobla sus rodillas en el Cielo, en la tierra y en los infiernos ante María. Jesús comparte con María los honores, las alabanzas que recibe, la invocación de su santo nombre, la construcción de magníficos templos, la erección de soberbios altares, monumentos gloriosos, exposición de su imagen y de su estatua, el establecimiento de fiestas en que se celebran los misterios de su vida y de su muerte; todo muestra y exalta a María con Jesús.

509. 3. En el seno de la gloria y de la bienaventurada inmortalidad y por toda la eternidad, todo es común entre Jesús y María. Jesús, elevado por encima de los coros de los ángeles y los bienaventurados, sentado a la derecha de Dios Padre; María, elevada por encima de cuanto no es Dios, está sentada a la derecha de su Hijo; Jesús, haciendo la alegría de los espíritus celestiales y bienaventurados por su presencia divina y corporal; María, haciendo las delicias de toda la corte celestial por las perfecciones y encantos que rodean su cuerpo y alma; Jesús, que debe reinar eternamente en todas las almas y María, llamada a ser también su reina eternamente. Jesús y María, unidos por vínculos eternos, el Hijo

divino ha trazado su fiel retrato en su divina Madre; en Ella se encuentran todos los rasgos de su semejanza como lo dice San Bernardino: *Christus Mariae simillimus fuit quia totus de substantia Matris genitus.*

3.^a Consideración: MARIA, ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

(En el convento, el domingo infraoctava de la Inmaculada, de 1825. En la Magdalena, el sábado infraoctava de la Inmaculada, de 1825.)

510. *Ipsa creavit illam in Spiritu Sancto et vidit et dinumeravit et mensus est* (Eccle. 1, 2).

María, en cuanto Esposa del Espíritu Santo, es la obra maestra de la santificación. Este ha empezado sus divinas operaciones en Ella desde el primer momento de su formación, ha dirigido-de acuerdo con Dios Padre y Dios Hijo-la obra admirable de la creación de María en el orden de la naturaleza, sin duda alguna, y como se le atribuye más especialmente todavía, también en el orden de la gracia y en las vías de la santidad: *ipso creavit illam in Spiritu Sancto.*

511. Por eso, toda la adorable Trinidad podía dirigir, hacia su admirable obra, miradas de amor y de complacencia: *et vidit*. Podía contar el número de favores, dones, privilegios y títulos de que acababa de enriquecer a María, como también podía calcular de antemano los días llenos de méritos que María iba a tener, los tesoros de virtud que iba a reunir, las riquezas de gracia que iba a acumular: *te dinumeravit*. La augusta y Santísima Trinidad podía, por último, medir la altura, profundidad y anchura del Sagrado Corazón de María, enteramente semejante al que Jesús debería tener un día, la sublimidad de la maternidad divina para la que había sido creada, la grandeza de las virtudes que iba a practicar, el cúmulo de perfecciones que iba a adquirir y, por fin, la cima de la caridad a la que iba a elevarse: *et mensus est*.

512. Ved cómo Dios la ha creado en el Espíritu Santo y cómo este Espíritu Santo, al confeccionar esta obra admirable y adoptarla por esposa querida, hizo de María la obra maestra de la santidad. Vamos a considerar esta santidad eminente a la que María se ha elevado, en su principio y en su fuente; en sus progresos y en su plenitud, en su constancia y perfección.

513. 1. En su principio y en su fuente. El Espíritu Santo-que preside la obra de la santificación-debía, sobre todo, hacer de María un santuario digno del Dios tres veces santo que iba a habitarle. Su Esposa debía aparecer adornada de todo el brillo del oro de la caridad, de todas las perlas preciosas de la santidad, de todos los ricos diamantes de la virtud más perfecta. Ahora bien: es lo que ha hecho en favor de María ya desde el primer instante de su formación por el privilegio de la Inmaculada Concepción: a) Privilegio grande en sí mismo, ya que libra de todas las manchas, de todas las consecuencias funestas del pecado original y actual, y al mismo tiempo, adorna su alma con todas las bellezas, con todas las amabilidades de la gracia y pone a María en posesión del amor, de la solicitud paternal, de la herencia de su Dios, etc. b) Privilegio grande en sus circunstancias: realiza lo que pedía Job (14, 14) : *quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine? Nonne tu qui solus es!*

514. c) Privilegio grande en razón de su gratitud: *adjuvabit eam mane diluculo* (Ps. 45, 6).

Y todo esto gratuitamente y antes de que concurriera mérito alguno por parte de María. d) Privilegio grande por su singularidad; es único, en favor de María solamente: *sicut liliun inter spinas, sic amica mea inter filias* (Cant. 2, 2). Jeremías, Juan Bautista santificados en el seno materno, quedaron manchados en su concepción: *quaeretur peccatum illius et non invenietur* (Ps. 10, 15); *quis ex vobis arguet me de peccato?* puede María decir, como Cristo (Jn. 8, 46). Su origen, por consiguiente, es enteramente divino; es un arroyo que brota de la fuente de Dios y de la santidad misma.

515. 2. En sus progresos y en su plenitud. a) En María hay, no sólo la belleza de la gracia, sino todas las bellezas de la gracia; en María, no hay una parte de la gracia, sino toda la gracia; en Ella no está sólo una gracia, sino todas las gracias; en Ella, por último, no están sólo todas las gracias comunes y ordinarias, sino todas las gracias extraordinarias, toda la abundancia y toda la plenitud de la gracia. Es llena de gracia. El Señor habita en Ella como en un santuario de gracia: *Ave, gratia plena; Dominus tecum*. b) Esta plenitud de gracia experimentó cada día nuevos aumentos o más bien se desplegó con todas las riquezas en Ella, por una nueva y continua fidelidad en corresponder a ellas; ninguna de estas gracias quedó estéril y sin rendir el céntuplo. c) De ahí, que todas

las tinieblas del pecado se disipen en Ella y que el Sol de justicia de la que Ella está revestida le comunique su divina claridad; es una nueva y admirable lección por la feliz influencia de su dulce luz; ya a los tres años, en que hace el voto de virginidad sirviéndole de guía el Espíritu Santo, tiene más sabiduría, inteligencia, ciencia, consejo de parte de este guía divino que todas las naciones de la tierra, que todo su pueblo y que todos los doctores de la Ley. Juzgad, por este sólo rasgo, cuánto supera, por ejemplo, a un San Pablo, en el conocimiento de los secretos de Dios, en las vías de la perfección, etc. d) Esta plenitud graba y pone en su corazón y en su voluntad, las mejores disposiciones en relación con la virtud; cada momento de su vida de 72 años es un nuevo impulso a la perfección y una nueva cooperación a la gracia. De ahí que, habiendo recibido infinitamente más gracia que todos los ángeles y santos juntos y habiendo cooperado de la manera más perfecta, se pueda decir de ella: *multae filiae congregaverunt divitias, etc.; gratia ejus in me vacua non fuit* (I Cor. 15, 10).

516. Los santos se distinguen entre sí por diversas perfecciones o virtudes que les caracterizan; el uno, por la humildad, el otro, por el celo, etc. Pero María reúne todas las virtudes y en el grado más alto, y más sublime que una criatura puede alcanzar, y al que el mismo Dios puede elevar. Los ángeles mismos-los cuales brillan unos más que otros por la diversidad de los dones celestiales de que se ven enriquecidos-no tienen nada comparable a la augusta María. Ella reúne en su persona incomparable todas las virtudes, todas las perfecciones, todas las amabilidades y toda la santidad que debe corresponder a su eminente dignidad de Madre de Dios, esposa del Espíritu Santo y esta santidad guarda proporción con la gran distancia que media entre su destino y el de las demás criaturas de Dios. Por eso se la llama: *Regina sanctorum omnium; Regina angelorum, etc.*

517. 3. En su constancia y perfección. La santidad de María fue siempre creciendo y perfeccionándose. María fue un sol siempre más luminoso y más ardiente a medida que, desde su horizonte o nacimiento se lanza hacia el mediodía y hacia su amoroso ocaso en el seno del mismo Dios. Cada instante de su vida fue un nuevo abrazo de amor cada vez más puro a su Dios y una caridad cada vez más ardiente para con el prójimo. Una infinidad de santos y de santas han amado a Dios hasta el éxtasis, los arrobos, los violentos transportes del amor divino; muchos de ellos, no pudiendo resistir

el ardor del amor a Dios que les devoraba buscaban algún alivio en lienzos empapados en agua fresca que aplicaban luego a su pecho ardiente; pero María les ha superado y con mucho a todos ellos, tanto que el amor ardoroso de los santos no es más que frialdad comparado con las llamas divinas de María. Los ángeles, querubines y hasta los mismos serafines-a quienes nos los pintan, y con razón, como ardiendo en el amor-no aman nada en comparación de lo que ama María. El amor de María es como un sol rutilante en pleno mediodía que hace insensibles a todos los demás calores; es un horno inmenso que impide sentir la ligera quemadura de una antorcha, etc. Por eso, su amor a Dios era tan ardiente que en todos los momentos de su vida habría acabado su carrera sin el milagro habitual de su conservación. En el momento en que cesó tal prodigio, su alma rompió los lazos de su cuerpo para volar, como casta paloma, al seno del Amado.

518. Y lo que debe inflamarnos en sentimientos de respeto hacia María es que, a una santidad original de que le ha dotado el Espíritu Santo, une Ella una santidad adquirida y una santidad comunicativa. El Espíritu Santo la santifica para Él, ya que quiere hacer de Ella su esposa; para sí misma, ya que quiere hacerla la más feliz de todas las criaturas; y para nosotros todos, asociándola a la obra de la santificación, haciéndola depositaria de sus dones, distribuidora de sus gracias y una Madre de gracia: *Mater gratiae*; una Madre de misericordia: *Mater misericordiae*; la consoladora de los afligidos: *consolatrix afflictorum*; la fuerza, la alegría, la ayuda de los cristianos: *auxilium christianorum*.

519. ¡Qué madre! ¡Qué dichosos son sus hijos! ¡Qué grande es esta obra de la creación, esta Hija querida del Padre! ¡Qué admirable es esta obra de la Redención, esta Madre tan tierna de Dios Hijo! ¡Cuán admirable esta obra maestra de la santificación, esta esposa santísima del Espíritu Santo! ¿Hay respeto, veneración, alabanza, cánticos, conciertos melodiosos que puedan expresar el respeto, la veneración, etc., que le son debidos a la Madre de Dios?

520. 3. SEGUNDA CLASE DE SENTIMIENTOS: LA CONFIANZA QUE DEBEMOS CONCEBIR RESPECTO A LA SANTISIMA VIRGEN A CAUSA DE SU PODER Y DE SU BONDAD.

(En el convento, martes infraoctava de la Inmaculada de 1825.)

Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra (Mat. 28, 18).

Cuanto Cristo dice tocante a su persona adorable, en su doble cualidad de Hijo único de Dios Padre Celestial y conquistador del universo por su sangre, María puede decirlo, tras Él, en su cualidad de Hija privilegiada del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Todo poder le ha sido dado en el Cielo y en la tierra como a Jesús. La única diferencia esencial radica, sin embargo, en que el Hijo posee necesaria y esencialmente este poder por el derecho de su naturaleza divina, ya que es igual en todo al Padre y también a título de Redentor del mundo y jefe de los predestinados, mientras que la Madre no comparte esta omnipotencia más que por concomitancia con su maternidad divina de la que está dotada gratuitamente por la adorable Trinidad, y también a título de concesión generosa.

521. Pero dejando aparte esto, María entra a participar, con su divino Hijo, de todos los derechos que Él tiene en el Cielo y en la tierra, sobre los ángeles, sobre los hombres y hasta sobre los demonios. Jesús comparte con Ella, y de la misma manera, su inmensa caridad. Él Padre la asocia a los cuidados benéficos de su adorable Providencia; el Hijo la asocia a los beneficios de la Redención del mundo; el Espíritu la asocia igualmente a la obra caritativa de la santificación. La omnipotencia y la infinita bondad de la adorable Trinidad le son dadas en pertenencia en la medida en que es posible comunicarlas a una criatura: Tales son los dulces y sólidos fundamentos de nuestra confianza invencible en María.

522. 1. Su poder. María tiene a su disposición toda la omnipotencia de las tres augustas personas de la Santísima Trinidad. 1.º Él Padre le concede cuanto el mejor de los padres puede conceder a la mejor, a la más amable, y a la más digna de todas las hijas. Tiene para con Ella más deferencia, amor y estima que todos los padres juntos tienen para con sus hijas queridas y reúne en su persona más poderes que todos los reyes del mundo; de donde se puede deducir que María que es dueña de su corazón-puede imperar en todas las partes de su vasto reino. Este poder tan grande que María ejerce sobre todas las criaturas de su Padre celestial, no se acerca al que le da su Hijo amado, quien se cree en el deber-aunque sea Dios-de permanecerle sumiso. 2.º El Hijo le otorga cuanto el hijo más amante puede dar a la madre más querida, no pudiendo menos de escuchar los acentos del amor materno.

523. 2. Este título de Madre del Hijo priva incluso sobre el de Hija querida del Padre, haciéndola entrar en comunicación con Él, de todos los derechos que ha adquirido por su sangre sobre todas las naciones que su Padre le ha dado en herencia: *postula a me et dabo tibi hereditatem gentium*. Si Jesús es Hijo por naturaleza del Padre celestial, María es Hija de ese mismo Padre por adopción especial, por generosa concesión única. Como el Padre envía a Jesucristo revestido de su poder, envía a María para servirle de Madre y para ser el instrumento de ese mismo poder en favor del género humano. Si Jesucristo es Redentor del mundo, María es también Corredentora. 1., porque Ella ha suministrado libremente, mediante su sangre, el precio de nuestra redención dando un cuerpo al Salvador del mundo; 2, porque este Hijo le pertenece de derecho natural, y ha consentido libremente en su muerte por la salvación del mundo; 3, porque es la Madre de Cristo y de los hombres, ha sufrido con ocasión de la muerte de su Hijo primogénito y natural, dolores inmensos y de un mérito eminente a causa de su dignidad, en favor de sus hijos adoptivos. ¿Qué no puede una madre sobre el corazón de tal Hijo? ¿Hay acaso, un favor tan señalado, tan grande que el Hijo, Rey de reyes, pueda rehusar a la Madre, Reina de las reinas?

524. 3. El Espíritu Santo le concede todo lo que el esposo más tierno puede otorgar a la esposa más querida. La constituye en dispensadora de todas las gracias, la depositaria de los tesoros del amor divino, el socorro y el asilo de todos los desgraciados, el apoyo más firme de la Iglesia y la verdadera torre de David: *Turris davidica*. ¿Puede haber un crédito mayor que el de una reina esposa, querida y amada tiernamente, sobre el corazón de un esposo, rey, feliz y poderoso?

2. SU AMOR

525. Se puede decir que el corazón de María es un horno ardiente de amor para con los hombres; que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo le han comunicado a Ella sola infinitamente más caridad que a todo el género humano, más que a todos los hombres juntos y que a todos los ángeles del Cielo; pero para delimitar un campo tan vasto digamos: 1. Que como obra maestra de la Creación que es y la imagen más bella, la expresión más fiel de la divinidad, es también necesariamente la obra maestra de la caridad y el receptáculo más rico de la misma, después del amor de

Dios hacia los hombres. Dios no podía expresar más perfectamente su caridad en favor del género humano que haciendo nacer a María, en medio de los hombres, enriquecida como lo fue, de todos los tesoros de la caridad. 2. De la misma manera que en Dios la bondad y la misericordia superan a todas las demás obras de su poder y de su infinita sabiduría, *miserationes ejus super, etc.*, así también María, que es la copia más fiel de este divino modelo, tiene una bondad y una misericordia que sobrepasan todas sus demás perfecciones; esta misericordia predomina sobre todos los prodigios de la gracia que el Altísimo ha obrado en ella. 3. Cristo es el Jefe de los elegidos, el modelo cumplido de los predestinados, la caridad de Dios humanizada, personificada en Él y hecha sensible a los hombres: *apparuit humanitas et benignitas Salvatoris nostri Dei.*

526. Pero como María es la copia más exacta de ese divino original, siendo su corazón sagrado en todo semejante al Corazón Sagrado de Jesús, ama, como Él, a los hombres, tanto que se inmola a sí misma y llega a estar dispuesta a inmolar, con sus propias manos, si fuese necesario, a su querido hijo Isaac, para la salvación de los hombres. 4. Por último, María es Madre; pero una Madre de misericordia: *Mater misericordiae*; una Madre de gracia: *Mater gratiae*; una Madre amable: *Mater amabilis*, Madre admirable por la extensión y la grandeza de su amor para con todos sus queridos hijos que ella ha dado a luz dolorosamente sobre el Calvario, al pie de la cruz. 5. Se puede añadir aún otra demostración sacada de la larga experiencia de la multiplicidad de sus beneficios en favor de los hombres y que se encuentra consignada en los anales del mundo como eterno monumento del amor de María para con nosotros, y tomada también de la naturaleza del corazón de todos los hombres que sienten naturalmente que su corazón está hecho para el corazón de María, que esta augusta y buena Madre es el camino más sencillo que conduce a Jesús y que pacifica todo en el Cielo en favor de los hombres de la tierra. Por eso la juventud toma naturalmente a pechos esta devoción a María, a menos que unas pasiones fogosas, fomentadas por una mala educación, la haya impedido conocer jamás este medio de salvación, esta puerta del Cielo.

Termino diciendo con San Bernardino cuando intentando darnos a entender la gran bondad de María para con los hombres, dice: *dispensat divinas sapientias lucsm st coslstitis gratiae rorem.*

CONFIANZA EN MARIA. SUS CARACTERES

527. *Numquid oblivisci potsst Mater infantem suum ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui* (Isaías 49, 15).

Si, en el orden de la naturaleza, una madre no puede olvidarse del fruto que ha llevado en su seno, ¿qué no se debe esperar de María, nuestra buena Madre, en el orden de la gracia? Sería un monstruoso fenómeno el que una madre no se apiadara de la suerte desgraciada de su hijo. Aunque este fenómeno se convirtiera en tan corriente como inaudito, María-que reúne en sí misma infinitamente más ternura que todas las madres del mundo y que todas las madres posibles, no se olvidaría, sin embargo, jamás de sus hijos: *et si illa oblita fuerit, etc.* De ahí deducimos cuánta confianza nos debe inspirar tal Madre. Confianza universal, continua, ardiente, dulce, llena de afecto y de ternura: tres caracteres que deben hacerla sólida y real.

528. Primer carácter: CONFIANZA UNIVERSAL.

Para que nuestra confianza en María sea universal y tal como la exige la excelencia de esta buena Madre, se debe recurrir a María en todo tiempo, en todo lugar, en todas las necesidades, tanto del cuerpo como del alma, de esta vida y de la otra; necesidades nuestras, de nuestros prójimos, de nuestros amigos, ya que los poderes de María se extienden a todo. a) La Santa Iglesia, gobernada por la asistencia del Espíritu Santo nos da ejemplo de ello en las oraciones que dirige a María: *Sancta María, succurre miseris, juva pusillanimes, etc.; Sub tuum praesidium confugimus, etc.*

529. Todos los himnos, todas las antífonas, todos los oficios divinos, llevan ese mismo carácter de universalidad de la confianza en María: *salve vincla reís, profer lumen caecis, etc.* b) La Iglesia se dirige incluso directamente a María en 'varios pasajes, lo cual no hace nunca cuando se trata de otros santos. Tan persuadida está de que Dios ha depositado sus gracias en sus manos para que las distribuya: *monstra Te esse Matrem, etc.* c) Honra a María bajo todos los títulos imaginables propios para inspirar la confianza de sus hijos; así la llama en un lugar "Nuestra Señora de la Consolación"; en otro sitio "Nuestra Señora de la Piedad", etc. Todo esto pertenece a una sola y misma Madre que se presenta a todos

bajo estos hermosos títulos que ella realiza en favor de los hombres a fin de merecer y justificar su confianza universal. d) Por eso, no hay católico alguno, ninguna Orden religiosa, ningún estado, ninguna persona secular o regular, seglar o eclesiástica que haga profesión de un cristianismo real, que no se apiñen en torno a sus altares. Desde el rey sentado en su trono hasta el pastor acostado en su pobre cabaña, todos se apresuran a rendirle sus homenajes. e) Esta universalidad de sufragios en favor de María brota tan espontáneamente del corazón de todos los hombres que, sin reflexión y con un movimiento espontáneo, todos, en sus necesidades urgentes, exclaman: "¡Virgen María!", del mismo modo que también invocan: "¡Dios mío!" Así gritan todos los pecadores que quieren convertirse, todos cuantos afligidos buscan consuelo, todos los cristianos que piden socorro, todos los pueblos, todas las naciones, todo reino católico que amenaza ruina.

530. 2.^o Carácter: CONFIANZA CONTINUA.

No basta con recurrir a María de vez en cuando, en ciertas fiestas, en ciertos días consagrados a su honor, en ciertas acciones importantes, en ciertas necesidades más urgentes. La devoción a María debe ser continua y su práctica en toda ocasión, todos los días, a todas las horas porque, de una parte, nuestras necesidades son continuas y, por otra, a Dios le gusta concedernos su ayuda en toda ocasión por medio de María.

531. a) La Santa Iglesia en esto nos da también el ejemplo: no pide nada a Dios, sino por la mediación de María. En todas las misas, bendiciones, oficios divinos, ceremonias, rituales, pontificales, administración de sacramentos, consagraciones, etc., el santo nombre de María y su invocación se encuentra en todas partes; se comienza y se acaba el oficio divino por la invocación de María; se anuncia la palabra de Dios poniéndola bajo sus auspicios; se la saluda tres veces al día; no hay mes de) año que no esté marcado por alguna de sus fiestas.

532. La Santa Iglesia enseña a invocar el Santo Nombre de María desde la edad más tierna en que el niño no sabe más que balbucir hasta el momento de la muerte en que pone de nuevo este santo nombre en los labios de los agonizantes; libros de piedad, rosario, letanías, oficio parvo, himnos, antífonas, fórmulas de consagración a su servicio, todo lo emplea a este fin.

533. c) Erige cofradías, autoriza congregaciones, aprueba santas asambleas, concede una multitud de privilegios, abre todos los tesoros de la Iglesia en su honor a fin de excitar el celo de los fieles llevándoles a abrazar la devoción a María. Parece que, del mismo modo que el Padre eterno ha querido que nada se le pida sino por medio de su Hijo adorable ha querido también que cuanto se le pida, se haga por la mediación secundaria de su buena Madre.

534. Tercer Carácter: CONFIANZA ARDIENTE, DULCE, LLENA DE AFECTO Y TERNURA.

Se requiere una confianza: a) Ardiente como conviene a nuestras urgentes necesidades y al ardiente deseo de vernos socorridos. b) Dulce. Esta devoción lleva al alma el bálsamo y la dulzura. El solo nombre de María tiene en sí algo tan suave que toda devoción agria, severa, etc., denotaría un origen vicioso y probaría que no es la que agrada a María. c) Llena de afecto y de ternura, en la que se pide como un niño que habla, más por las miradas amorosas que dirige hacia su madre, y que pide más por su silencio afectuoso, por su aspecto que expresa ternura, que por sus mismas palabras; que tiende los brazos de su corazón mucho más que los de su cuerpo hacia esta tierna Madre; que habla con más elocuencia al corazón de Aquélla a quien ama tiernamente, que a su espíritu.

535. La Santa Iglesia nos está dando ejemplo de ello. ¡Qué ardor pone en propagar el culto de María y en multiplicar hasta el infinito el número de sus siervos y siervas! ¡Qué afecto, qué suavidad, qué ternura pone en todas las expresiones, en todas las alabanzas, en todos los himnos en los que celebra las grandezas de María! Después de Cristo, María es el objeto de su ternura y de su solicitud por hacerla honrar en todas partes. ¿Qué fiestas son tan célebres, qué templos tan magníficos, qué ceremonias tan pomposas, qué ornamentos tan ricos, qué decorados más brillantes, qué imágenes y estatuas mejor hechas que las de María?

536. NOTA: 1. No se puede poner en tela de juicio esta mediación necesaria establecida por la divina Providencia, para ir por María a Jesús, sin censurar a la Santa Iglesia, la cual autoriza el culto de los santos; sería un principio falso y erróneo. 2. Esta admirable mediación de María en favor de los hombres, esta invocación de los santos, une admirablemente a la Iglesia triunfante, la cual recibe los honores, con la Iglesia militante, la

cual, a su vez, obtiene socorros y se ve animada a honrar cada vez más a la Santísima Virgen y a todos los santos. 3. Un rey que constituyera a su madre distribuidora de los dones que quisiera conceder a sus súbditos, no disminuiría en nada su autoridad, ni su bondad personal, ni la ternura que tiene para con esos súbditos. Al dirigirse a su Madre reina, no se falta ni al respeto, ni a la confianza que se debe al hijo rey; el cual quiere que honren de ese modo a su madre.

537. La aplicación a María es fácil. 4. Dios mismo ha hablado en favor del culto a María por una cantidad incontable de milagros obrados en todo tiempo, en todo lugar, y sobre toda clase de personas que invocan a María. Es una prueba evidente tanto para los ignorantes como para los más sabios; prueba sin réplica, a menos que se quiera blasfemar diciendo que Dios quiere acreditar el error. 5. De un lado, todos los santos defienden con ardor increíble la devoción a María, y de otro, todos los libertinos, impíos, herejes y enemigos de Cristo, procuran echar por tierra el culto consagrado en honor de María, prueba cierta de la excelencia de este culto, ya que los primeros no pueden ser más que los instrumentos de Dios y los segundos, los satélites de Satanás que habita en ellos como en su reino. Se puede decir: "Anatema a quien no ame a María" porque tampoco ama a Jesús: *Si quis non amat Jesum Christum, etc.*

(XXXVI). XII.

1826. CHAMINADE. (**Bidon**)

EJERCICIOS ESPIRITUALES. EMPEZARON EL 19 DE OCTUBRE

1.ª Meditación

538. Fin que Dios se propuso al crearnos y la obligación en que estamos de tender sin cesar a Él.

Punto 1.º Somos de Dios y estamos obligados a trabajar por su gloria porque es nuestro Creador y porque en nuestra creación no se ha propuesto otro fin, que su gloria. Procuremos penetrarnos bien de esta verdad, ya que las consecuencias que de ella sacaremos por la fe, nos serán muy saludables.

Punto 2.º Somos de Dios y estamos obligados a trabajar por su gloria porque Él nos ha redimido por medio de la sangre y de la muerte de su propio Hijo, que nos libró de nuestros pecados, de la muerte y del infierno y nos mereció el Cielo...

2.ª Meditación

LA ETERNIDAD

539. *El hombre irá a la casa de su eternidad* (Eccles. 12, 3).

Punto 1.º ¿Qué es la eternidad?

Punto 2.º No hay más que dos eternidades, una de las cuales necesariamente me está reservada.

Punto 3.º Sólo mi vida decidirá de mi eternidad. Si el árbol cae del lado del mediodía o del aquilón, allá se quedará (Eccle. 19, 3).

Estamos en la tierra como en una casa de alquiler.

540. Hay dos eternidades: eternidad desgraciada y eternidad dichosa; eternidad de sufrimientos y eternidad de placeres; eternidad de privaciones y eternidad de goces; eternidad de ignominia y eternidad de gloria; eternidad de fuego y eternidad de refrigerio; eternidad de rabia y eternidad de complacencia; eternidad de blasfemia contra Dios y eternidad de alabanzas cantándole sin cansarse; eternidad de alejamiento de Dios y soberana felicidad perdida; eternidad de unión con Dios e

imperturbable posesión; eterno infierno y Cielo eterno; eternidad desventurada y eternidad bienaventurada.

1.ª Plática

541. Explicación cumplida de la primera máxima espiritual que es la siguiente: "La escalera espiritual"; si llegamos a entenderla bien, hace subir al hombre de un lado y le hace bajar del otro.

Por medio de la oración de fe-elevándonos en el conocimiento de Dios y de sus perfecciones infinitas, de sus amabilidades incomprensibles y de sus gloriosos atributos-nos veremos forzados a bajar en el conocimiento de nosotros mismos llegando a la profundidad de nuestra nada, a la basura de nuestra corrupción, a la indignidad de nuestra conducta y la negrura de nuestra ingratitud, etc...

542. De ambos conocimientos brotarán infaliblemente, en dirección a Dios, un amor soberano de estima y de preferencia, un amor de complacencia y de benevolencia; un amor, en una palabra, tal como Él lo pide. También nacerá, para con nosotros, un desprecio soberano, un odio saludable, una sabia desconfianza de sí mismo y un deseo verdadero de que los demás participen de nuestros sentimientos.

3.ª y 4.ª Meditación

543. (Están en los cuadernos de años anteriores.)

Sobre los peligros de la falsa conciencia: su naturaleza, sobre todo en su relación con la materia de la confesión.

5.ª Meditación

544. Sobre la eternidad bienaventurada y los efectos que la fe está llamada a producir en nosotros.

No moriré, sino que viviré para contar las maravillas del Señor (Ps.).

La fe en esta verdad y el sentimiento íntimo que hace brotar en nosotros nos sostiene admirablemente en las pruebas que Dios tenga a bien hacernos pasar, nos anima a servir al Señor siempre con ardor y constancia.

"Si el trabajo os asusta-dice San Agustín-la recompensa debe animaros." ¡Qué bondad tan grande es la de Dios al permitirnos amarle con miras a las magníficas recompensas que nos reserva! Verdad es que no son menores que Él, porque ahí tenéis sus propias palabras y su promesa infalible. Escuchémoslas con un espíritu humilde y creyente: *Yo mismo seré tu recompensa infinitamente grande*(Gén.).

2.ª Plática: 2.ª máxima espiritual

545. Dar a Dios su libertad a fin de que disponga de ella como dueño y no tener otra voluntad que la del Ser Soberano.

Cuanto más se desprende un hombre de los lazos que le atan a las criaturas y a sí mismo, más se acerca a Dios por el perfecto cumplimiento de sus deberes, más libre es y más contento de obrar así. Preguntemos a nuestro corazón: "¿No es cierto que nunca hemos tenido días más hermosos que los que pasamos en medio de una gran fidelidad? Cuando estamos en paz y contentos de nuestro estado, ¿no gozamos de una verdadera libertad? Y cuando no queremos más de lo que quiere Dios entonces nada tenemos que nos contraríe y nos haga sufrir. Hagamos la experiencia de ello.

6.ª Meditación

LA PREPARACIÓN A LA SAGRADA COMUNION

546. Hay diversas meditaciones sobre este tema en los cuadernos precedentes; su índice se encuentra al final del cuaderno de 1822.

7.ª Meditación

SOBRE LA VOCACION AL ESTADO RELIGIOSO Y EXCELENCIA DE ESTA GRACIA

8.ª Meditación

547. La Sagrada Eucaristía es la prueba más conmovedora del amor de Cristo hacia nosotros, puesto que, en este adorable misterio está como anonadado, expuesto sin cesar a la

indiferencia, al olvido, a la ingratitud, incluso a los ultrajes de una infinidad de herejes, de impíos, de libertinos y de malos cristianos... y todo esto para que todos cuantos quieran venir a rendirle sus homenajes, a exponerle sus necesidades, a pedirle sus gracias, a conversar con Él, a nutrirse incluso de su cuerpo adorable, a incorporarse a Él, a no hacer más que una sola cosa con Él, encuentren, en efecto, en su frecuentación, bienes, gustos, goces y consuelos que sobrepasan infinitamente todas sus esperanzas y rebasan, con mucho, sus propios méritos. Amemos, pues, a este adorable Salvador, démosle rendidas acciones de gracias porque ha querido hacernos tan fácil su acceso. Renovemos nuestro fervor por la visita y la frecuentación de este adorable sacramento y procuremos hacerlo todo en espíritu de reparación por los infinitos ultrajes que ha recibido y sigue recibiendo todos los días para darse el placer de hacernos el bien y colmarnos de sus favores.

9.ª Meditación

FALSA CONCIENCIA EN MATERIA DE ABNEGACION DE SI MISMO

548. *Quien no odia su propia persona no puede ser mi discípulo* (Luc. 14,26).

¿Cuál es el sentido de este oráculo de Jesucristo?

El yo que debo odiar es un conjunto de pasiones que reinan en mí; es una carne rebelde que sólo aspira al placer y a la molicie. Este yo son mis propios sentidos tan vivos para el mal, el espíritu desarreglado, una voluntad que tiende siempre hacia el mal, una razón orgullosa y como vendida a los prejuicios y a su interés particular.

549. Ese yo es el que mi adorable Salvador me ordena odiar; es decir, que debo aplicarme sin cesar y hacer esfuerzos para domar y, si es posible, destruir estas pasiones, crucificar esta carne mitigando sus apetitos desordenados y a los deseos ilegítimos que la fe, la religión y, sobre todo, los intereses de mi salvación condenan; es decir, que en muchas ocasiones, debo abandonar mis intereses, renunciar a mi propia voluntad e incluso a mi propio juicio, y a mi razón. ¿Lo he hecho así? ¿Quiero hacerlo?

10.^a y 11.^a Meditación

550. Como consecuencia de lo anterior, necesidad de la penitencia corporal, sus cualidades y sus efectos. Está en el cuaderno anterior. Debemos hacer penitencia, primero; porque sin ella, pereceremos: si no hacéis penitencia, todos pereceréis, dice el Señor. Segundo, para expiar nuestros pecados. Tercero, para preservarnos del pecado. Cuarto, para satisfacer a la justicia de Dios cuyo lugarteniente es. Quinto, para obtener misericordia, de quien es procuradora. ¿Adónde vamos a parar si no hacemos dignos frutos de penitencia?

12.^a y 13.^a Meditación

551. La obediencia: naturaleza, cualidades, efectos, ventajas y motivos de practicarla. Véase cuaderno de 1822. El índice está al final.

14.^a Meditación

552. Por el P. Colineau, acerca de la muerte: utilidad de meditar sobre ella de consultarla en todas nuestras empresas, penas y tentaciones, etcétera. (Ver el índice.)

(XXXVII). XIII

1826. LALANNE. **(Chevaux)**

EJERCICIOS ESPIRITUALES, EMPEZADOS EL 4 DE OCTUBRE
EN SAINT-REMY (Letra del P. Chevaux)

DEL RETIRO

553. Para aprovechar los Ejercicios son necesarias tres cosas: oír las pláticas, meditarlas y rezar.

1. Hay que escuchar lo que se dice con devoción, con avidez y haciéndolo personal. Con devoción, mirando sólo la palabra de Dios en todo cuanto nos digan, no buscando en la exposición las flores de la oratoria sino el sentido de la palabra de Dios; en una palabra, escuchar como si nos hablase el mismo Dios, prestando siempre una atención particular a mantenernos siempre en presencia de Dios. Con avidez: no sólo con una gran atención-como se escucharía una lección, que pronto bajaría de tono y nos llevaría al sueño-sino con actividad, con avidez, con hambre que nos impida dejar perder la menor migaja de la palabra de Dios, a fin de recogerla toda entera y que nos aproveche. Personalmente: no escuchar haciendo la aplicación a los demás; es decir, no decirse mientras se está escuchando: "¡Qué bien le viene esto a Fulano!", sino decirse: "¡Esto va para mí!" Así, no pensar más que en sí mismo personalmente, aplicándonos a nosotros mismos todo lo que oímos.

554. 2. No basta escuchar las pláticas como se acaba de decir porque no harían más que pasar por nuestros oídos, y no producirían impresión alguna en nuestros corazones, sino que hay que hacer de esas instrucciones el tema de nuestras meditaciones. Hay que meditarlas a la luz de la fe; quiero decir, penetrarnos bien, por medio de la fe, de las verdades que hemos oído; decirnos a menudo: "¿Crees tú en esas verdades? ¿Estás bien convencido de ellas? Si las crees, ¿está tu vida de acuerdo con lo que crees? ¿Qué debes hacer para hacerla conforme a lo que crees? En una palabra: penetrarse de las verdades que se oyen, hacerlas llegar a la práctica: he ahí la manera de aprovechar estas instrucciones.

555. 3. Una vez compenetrados de esta verdad, de que por nosotros mismos no podemos nada, pedir incesantemente a Dios la gracia de que nos ayude, nos ilumine, toque nuestros corazones, en una palabra: que hagamos unos buenos Ejercicios.

1.ª Meditación

556. Penetrarnos de la necesidad de los Ejercicios es lo que tenemos que pedir a Dios en primer lugar.

Según San Juan (5, 2) : *Est autem Jerosolymis probatica piscina... quinque porticus habens. In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, aridorum, exspectantium aquae motum*: había en Jerusalén una piscina probática, que tenía cinco galerías en las cuales yacía una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos; todos ellos esperaban el movimiento del agua. Porque el ángel del Señor bajaba de vez en cuando a la piscina y removía su agua, y el que primero entrase después de haberse movido el agua, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. Ahora bien: había allí un hombre que llevaba enfermo 38 años. Jesús, al verle, le dijo: ¿Quieres ser curado? El enfermo repuso: "Señor: no tengo a nadie que me meta en la piscina después que se ha movido el agua." Jesús le dijo: *Levántate; toma tu lecho y anda*. Este hombre quedó curado al instante y tomando su lecho echó a andar.

557. Esta parábola se aplica muy bien a una Comunidad que está a punto de hacer unos Ejercicios. Nosotros estamos colocados en Jerusalén, al borde de la piscina. Nuestra Jerusalén es nuestra santa casa que nos separa de los gentiles, quiero decir, del mundo. La piscina, para nosotros, en este momento es el lugar en donde estamos haciendo Ejercicios. El ángel que agita las aguas es el ministro de Dios que intenta remover las conciencias; pero como no había más que uno solo que quedaba curado cada vez que se movía el agua, tenemos que estar atentos y vigilantes para atisbar el momento en que se produzca el movimiento en nuestros corazones. Para unos será pronto; para otros, más tarde; para algunos, quizá sea durante el recreo incluso, ya que no hay fijado tiempo. Pero este tiempo sí que vendrá. Vendrá para nosotros mismos y para los demás; pero hay que estar atentos, y para ello hay que mantenerse en recogimiento y oración. Todos tenemos necesidad de ello porque

es muy difícil que no nos veamos incluidos entre los enfermos que estaban al borde de la piscina.

558. 1. Eran pacientes, personas que arrastraban una vida de languidez, de dolor; personas a quienes una bilis maligna quitaba las fuerzas y ocasionaba una especie de hastío, el cual hace que no tomen alimento más que a trancas y barrancas, lo cual era causa de que no les aprovechase. Los iracundos, los tibios, los cobardes en el servicio de Dios y todos cuantos cumplen con negligencia sus deberes para con Dios, quedan incluidos en esta clase.

559. 2. Había ciegos: *caecorum*. ¡Cuántos ciegos en el orden espiritual! Ciegos en cuanto a los deberes religiosos y en cuanto a sus deberes de estado, ya sea porque no se han enterado todavía bastante de los mismos, ya sea porque no se han compenetrado bastante con ellos; en una palabra, que son ciegos en punto al conocimiento de Dios y de sí mismo.

560. 3. *Cojos*. ¡Cuántas caídas damos todos cada día! Más cojos somos nosotros en el aspecto espiritual que lo eran éstos en el natural. Si el justo cae siete veces al día ¿qué será del tibio y del pecador que, durante su juventud, ha contraído malos hábitos por culpa suya?

561. 4. Parálíticos. Había pacientes que tenían algunos miembros parálíticos y secos: *aridorum*. En este punto, ¡cuántos hay que tienen sus facultades intelectuales y del alma paralizadas en relación con su salvación eterna! ¡Cuántos hay que no pueden hacer uso de esas facultades en lo relativo a la salvación! ¡Cuántos hay que no pueden hacer oración! ¡Que experimentan sequedades, arideces, hastíos en sus oraciones! ¡Cuántos hay que no tienen cuidado alguno en hacerlo todo por Dios, por ofrecerle su trabajo, por trabajar en su santa presencia!

562. Pues bien, nosotros, cualesquiera que seamos quienes tenemos tales enfermedades, reconozcamos nuestros males, sintámoslos y, siguiendo el ejemplo de estos enfermos de que nos habla el Evangelio, deseemos ardientemente el movimiento de las aguas: *exspectantium aquae motum*. Esperemos impacientes que Dios toque nuestros corazones durante estos Ejercicios. Estemos atentos a su voz, escuchémosla y seamos fieles a ella. Pero si acaso hubiera alguno que esperase, desde hace mucho tiempo, sin haber obtenido lo que desea, semejante a este hombre que estaba esperando desde hacía 38 años, que examine la causa de esa

espera. ¿No será porque no lo ha querido con sinceridad? Porque, notemos las palabras del Señor a este hombre: *¿Quieres ser curado? ¿Lo quieres: visne? ¿Por qué Cristo le pregunta a ver si quiere? ¿No parecería una pregunta ociosa, puesto que ya hacía 38 años que estaba esperando la curación?*

563. Es que, a menudo, se quiere sí; pero con una voluntad débil, lánguida; que, más bien no es una voluntad decidida, sino una veleidad, un "querría" corregirme; pero que no se quiere tomar molestia alguna; se querría corregirse de tales malos hábitos, pero no se quiere evitar las ocasiones tanto que, si Dios nos planteara la cuestión: "¿Quieres curarte?" ¿Acaso no podríamos contestarle como este enfermo: *hominem non habeo: no tengo un hombre*"; es decir, no tengo una voluntad bastante fuerte para corregirme?" Pues bien: en estos Ejercicios pidamos a Dios esa voluntad. Por fin, el Señor nos dirá como al paralítico: Levántate; toma tu camilla y anda.

Fruto: Ver cuál es nuestra enfermedad espiritual; sentir la necesidad del Retiro y rogar a Dios que nos dé, por lo menos, la voluntad de corregirnos.

2.ª Meditación

LA TIBIEZA

564. *Numquid ego sum, Domine?... (Mat. 26, 22).* ¿Soy yo, Señor, quien te entregará? Tales son las palabras que dijeron los Apóstoles, en la Última Cena, cuando Jesús les dijo: Uno de vosotros me va a hacer traición. Si hoy nos dirigiese el Señor la misma frase y nos dijese: Uno de vosotros me va a traicionar, sin duda, le preguntaríamos lo mismo que los Apóstoles: ¿Soy yo, acaso, Señor? Entonces, el Señor no designaría sin duda al traidor, respondiendo, como a los Apóstoles, que uno de los que metían la mano en el mismo plato que Él le traicionaría, sino que lo designaría con la misma certeza, diciendo: Quien es tibio. Ahí tenéis el peligro de la tibieza, la cual nos hace profanar cuanto hay de más santo; a saber: la oración, la confesión y comunión y, por consiguiente, nos expone, o más bien, nos conduce, infaliblemente al crimen que cometió Judas.

565. Nos hace profanar la oración. ¿Cómo hace sus oraciones el alma tibia? Sin atención ni devoción, con distracciones habituales

y voluntarias, con negligencia, pronto con hastío, descuidando así lo único que podría hacerle salir del triste estado en que se encuentra, ya que la oración es el canal por donde pasan todas las gracias que llegan hasta nosotros. Ahora bien: ¿No es una especie de profanación el hacer así sus oraciones? ¿No es, en cierto modo, insultar a Dios el rezarle de ese modo?

566. 2. Pero suponiendo que todavía no llegue la profanación ésta, pronto llegará. Porque un religioso se confiesa a menudo, cada semana o, a lo más tardar, cada quince días. Pero ¿cómo hace sus confesiones? Para recibir dignamente la absolución, hay que tener contrición de sus pecados, sean veniales o mortales. Ahora bien: ¿llegará a tener esta contrición sin oración? ¿No es la contrición un don de Dios que no se adquiere más que rezando? Y puesto que él no sabe ya rezar o reza mal, no tendrá las disposiciones requeridas; a saber: la contrición, o bien no la tendrá más que en un grado insuficiente; de ahí la profanación del sacramento.

567. 3. Por último, para consumar su crimen, va a acercarse a la Eucaristía, profanando así el cuerpo y la sangre de Cristo y dando a este divino Maestro el beso del pérfido Judas. Porque ¿qué otra cosa ha querido significar Cristo con aquellas palabras: *Quia tepidus es incipiam te evomere ex ore meo*: te voy a vomitar de mi boca? O más bien: ¿Cuándo tienen mejor su verificación estas palabras que cuando el tibio recibe el cuerpo de Cristo, por la Comunión? Porque en ella, no sólo recibimos a Cristo, sino también entramos en Cristo y Él, no pudiendo aguantarnos, nos vomita, nos arroja?

He ahí el triste efecto que ocasiona la tibieza; incluso el efecto más terrible: el de hacernos cometer sacrilegios y sacrilegios enormes. ¿Qué motivo más poderoso habrá para hacernos temer tal estado?

Fruto: Hacernos desear los Ejercicios, bien para preservarnos contra la tibieza, bien para salir de ella si hemos tenido la desgracia de caer en ella.

1.ª Plática

LA ORACION MENTAL

568. *Quis mihi dabit pennas columbae et volabo et requiescam?* ¿Quién me dará alas como las de la paloma para volar y descansar en el seno de Dios?

Tal es el deseo, o más bien, el suspiro de un alma abrasada en el amor de Dios; suspiro que proviene de la complacencia que experimenta en la dicha de poseer a Dios. Tal sería también el nuestro si conociésemos bien a Dios y sus adorables perfecciones, porque ¿cómo se explica que los santos del Cielo amen tanto a Dios y no puedan pecar? Es porque le están viendo y le conocen perfectamente. Pues bien: de la misma manera, también nosotros le amaremos y consiguientemente evitaremos el pecado en la proporción de lo que le conozcamos y lo que nos conozcamos a nosotros mismos.

569. Ahora bien: ¿Cuál es el medio de conocernos a nosotros mismos y de conocer a Dios si no es la oración por la que nos comunicamos con Dios y Dios se comunica a nosotros, por la cual entramos en contacto con Dios y Él con nosotros? ¡Ojalá sintiésemos la dicha que hay en comunicarnos con Dios! Entonces, ¡qué ardor no pondríamos en repetir las palabras del profeta pidiendo las alas de la oración para volar con ellas hasta el seno de Dios y descansar en él! Lo que hace que algunas veces dejemos la oración es que la consideramos como algo muy difícil de realizar. Para desengañarse de ello, basta con examinar qué es la oración y la manera de hacerla.

570. Hacer oración es ponerse en presencia de Dios para rendirle nuestros homenajes y exponerle nuestras necesidades. Por consiguiente, el método de la oración lleva consigo tres cosas:

1. Ponerse en presencia de Dios; percatarse, por los ojos de la fe, de que está ahí presente; que nos ve, nos mira y nos está escuchando.

571. 2. Rendir a Dios nuestros homenajes. Ahora bien: como Dios es nuestro Dueño, nuestro padre y nuestro juez, tenemos que cumplir con él tres deberes: como a nuestro Dueño, anonadarnos ante Él, reconociendo su soberano dominio sobre nosotros y nuestra dependencia para con Él; como padre nuestro, tenemos que amarle y testimoniarle nuestro agradecimiento por todos los beneficios que nos concede y que no cesa de prodigarnos. Por último, como juez nuestro que es, tenemos que temerle; pero con un temor filial que nos haga detestar el pecado -y pedirle perdón por él, humillándonos profundamente. Tal es uno de los puntos esenciales de toda oración.

572. 3. Exponerle nuestras necesidades. A resultas de una lectura previa, de un sermón que se ha oído, uno nota y deplora el verse tiranizado por tal o cual vicio, o bien que nos falta tal o cual virtud. Entonces, se penetra aún más, por la fe, de la necesidad de eliminar ese vicio o de adquirir esa virtud. Después viene el pedírsela a Dios vivamente por oraciones cortas pero que se menudean. Algunas veces, también, se llega a la admiración de tal o cual misterio, al agradecimiento por tal o cual beneficio que Dios nos deparó. Incluso se pueden pedir gracias de orden temporal que nos son necesarias o la terminación de tal o cual aflicción en la que estamos sumergidos.

573. Al final no se debe terminar la oración sin agradecer a Dios las gracias que nos ha concedido y el habernos permitido comparecer ante su presencia, pidiéndole perdón por las faltas que se nos hayan escapado durante esa misma oración. Encomendémonos también a la Santísima Virgen, a nuestro Ángel de la Guarda; roguémosles que intercedan por nosotros ante Dios a fin de que nos otorgue las gracias que acabamos de pedirle y que bendiga las resoluciones que hemos tomado en esa oración, para corregirnos o bien para adquirir o conservar tal o cual virtud. Ahora bien: ¿qué dificultad hay en todo esto?

Fruto: Darse a la oración y no dejarla por ninguna excusa.

574. *NOTA:* Tres clases de personas asisten a Ejercicios.

1. Quienes sin ser santas (porque ¿quién puede tener la seguridad de serlo?) no tienen, al menos, grandes faltas de que reprocharse. En este número figuran los niños, las personas de edad un tanto avanzada, que no han estado nunca ni están ahora gimiendo bajo grandes vicios y los religiosos que han hecho todo lo que estaba en su mano para evitar el pecado y cumplir con los deberes de su estado. Todos estos deben proponerse, en los Ejercicios, fortalecerse en sus buenas disposiciones y avanzar en el camino de la perfección.

575. 2. La segunda clase es la de aquellos que están en pecado mortal. Estos, ante todo, deben dejar el pecado, deshacerse de él, recuperar la gracia de Dios. Sin ello, no sacarían fruto alguno de los Ejercicios, ya que el pecado es el mayor obstáculo a las gracias de Dios, de modo que Dios mismo no puede hacerlas llover sobre nosotros e incluso se harían más culpables por ellas.

576. 3. Por último, las terceras son las personas que, estando en pecado mortal, hubieran venido a los Ejercicios con la disposición de no querer aprovechar de esos Ejercicios. A los tales no se puede menos de exhortarles a que, por lo menos, escuchen las pláticas y no endurezcan su corazón, sino que se muestren dóciles a las inspiraciones de la gracia.

2.º día, 1.ª Meditación

SOBRE LA ENORMIDAD DEL PECADO AL QUE CONSIDERAMOS COMO VENIAL

577. *Vae vobis scribae et pharisaei hypocritae quia similes estis sepulchris dealbatis, quae a foris parent hominibus speciosa; intus vero, plena sunt ossibus mortuorum et omni spurcitia* (Mat. 23, 27): ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, cuyo exterior parece hermoso a los hombres; pero cuyo interior está lleno de huesos de muertos y de toda clase de podredumbre! De ese modo, vosotros aparecéis justos ante los ojos de los hombres, siendo así que por dentro, estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

578. Tales son las palabras de Nuestro Señor a los escribas y fariseos hipócritas, cuando, después de su entrada triunfal en Jerusalén, estaba instruyendo al pueblo en el templo. Esos escribas y fariseos guardaban apariencias de santidad a los ojos de los hombres; a pesar de ello, el Señor los declara llenos de hipocresía e iniquidad, comparándolos a sepulcros blanqueados, que al exterior parecen hermosos pero que dentro no encierran más que huesos de muertos y podredumbre. Así juzgan a menudo los hombres: consideran bueno lo que en realidad está corrompido y es malo; miran como permitido lo que, según Dios, está prohibido y toman por bagatelas lo que, a los ojos de Dios, es un crimen digno del infierno.

579. ¿A cuál de estos dos jueces hacer caso: al mundo, o a Cristo; a un ciego o a uno que ve bien? No hay duda alguna: hay que seguir a Cristo. Pues bien: veamos cómo Jesús juzga al pecado. Pero primero empecemos por observar que el mismo pecado se hace más o menos grave por razón de las circunstancias de la persona. Por ejemplo, lo que podría no ser más que un pecado venial tratándose de una persona del mundo, sería grave si se trata

de un religioso, puesto que, para éste que recibe infinitamente más gracias, nada debe ser pequeño a sus ojos cuando se trata de ofensas a Dios.

580. Podemos convencernos de ello considerando lo que Cristo dijo y lo que hizo:

1. El Señor afirma: Yo soy un Dios celoso de vuestros corazones. Como sabéis, una persona celosa no puede aguantar preferencia alguna que se haga a la persona de quien tiene celos. Si ve que aman a otro con preferencia al amor que cree se le debe tener a él, se arrebatada en ira y retira su amor a la persona que le abandona. Del mismo modo, Dios declara ser un Dios celoso, haciéndonos ver así que no puede sufrir la menor preferencia de las criaturas sobre El, retirando su amor de aquel que prefiere a otra cosa, y amenazándole enseguida con abandonarle, y abandonándole, en efecto, si no se retracta y no vuelve a Él en seguida.

581. Los santos en el Cielo cantan sin cesar este hermoso canto: Sanctus, Sanctus, Sanctus, etc.: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos. ¿Por qué le llaman "santo" más bien que poderoso, eterno, inmutable o bien con otro nombre que también le cuadra perfectamente? Es porque Dios hace de la santidad su principal atributo ya que es la perfección que le agrada más. Ahora bien: como, en este mundo, una persona es tanto más santa cuanto más horror tiene a las faltas pequeñas, incluso a las faltas que ni siquiera son consideradas como tales por los hombres, de la misma manera, Dios, que es infinitamente santo, no puede sufrir nada que esté viciado, ni siquiera las meras imperfecciones, tiene horror a las menores faltas, a las más ligeras, persiguiéndolas con un odio implacable en quienes se hacen culpables de ellas hasta verlos purificados de las mismas. Por último, ha dicho que no dejaría pasar ni siquiera una yota: *non praeteribit iota una aut unus apex*. Nos declara que nos pedirá cuenta hasta de una palabra ociosa e inútil. ¿Puede, acaso, declararnos más abiertamente, que, tratándose de faltas, de pecados, no hay ninguna que deje de horrorizarle y que está dispuesto a castigarlas, por ligeras que nos parezcan, ya que, a sus ojos, son algo grande?

582. 2. Pero más nos convenceremos aún de esta verdad examinando cómo se ha conducido con respecto a quienes han cometido faltas en apariencia, ligeras. Por ejemplo, Adán le

desobedece comiendo el fruto prohibido. Por lo mismo, se ve arrojado del Paraíso terrenal y condenado a comer el pan con el sudor de su frente, es desprovisto de sus prerrogativas, y queda sujeto a mil miserias que le hacen desgraciado, tanto a él mismo como a su posteridad. Moisés golpea la roca; pero dudando y no teniendo bastante confianza en el Señor. Como consecuencia, se ve condenado a no entrar en la tierra de promisión. David comete un acto de orgullo y de vana complacencia que le lleva a hacer el censo de su pueblo y Dios hace morir, por medio de la peste, a una gran parte de ese pueblo. Se podrían citar aquí una infinidad de otros pasajes de la Sagrada Escritura que demuestran cómo Dios ha castigado con severidad faltas que, a nuestros ojos, parecen ligeras y que no lo son ante su acatamiento. Concluyamos, pues, y saquemos como fruto: hay que evitar incluso las más pequeñas faltas, ya que desagradan tanto a Dios.

2.ª Meditación

EL ORGULLO

583. *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis pacem animabus vestris.* aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

Todo el mundo busca la paz del corazón; pero nadie, o casi nadie, la encuentra porque casi nadie la busca en donde está. Escuchemos al Señor que nos enseña: *Aprended de Mí-nos dice que soy manso y humilde de corazón, y así tendréis la paz del alma.* Por consiguiente, hay que buscar esta paz en la dulzura y, sobre todo, en la humildad. Por tanto, nada hay tan contrario a esta paz como el orgullo: *non est pax impūs*: no hay paz para los impíos, para los orgullosos. Tengamos miedo al orgullo que nos priva de un bien tan grande como es la paz del corazón, y para excitar en nosotros este santo odio del orgullo, meditemos un poco sobre sus caracteres. Son los siguientes: 1. El orgullo es una ilusión; 2. Una injusticia; 3. Una idolatría; 4. Una cosa abominable a los ojos de Dios.

584. 1. El orgullo no es más que una ilusión. La estima que hacemos de nosotros mismos por el orgullo, no tiene mucho más fundamento que los sueños que tenemos durante la noche. Por el orgullo, nos cubrimos de una gloria que no nos pertenece, como tampoco pertenecerían a un súbdito de un príncipe las vestiduras

regias de su príncipe, que se hubiese encontrado en su habitación y se las pusiese. En cuanto llegase su dueño, le despojaría de todo no quedándole al súbdito más que vergüenza y confusión; quizá, incluso, sería castigado por su atrevimiento. Ahora bien: *¿Qué tenemos que no hayamos recibido?, dice San Pablo. Y si lo hemos recibido todo, ¿por qué nos enorgullecemos de ello como si no lo hubiésemos recibido?* De nosotros mismos, no tenemos otra cosa que la miseria y la nada y si algo de bueno hay en nosotros, ese bien procede de Dios.

585. 2. El orgullo es una injusticia. Es una consecuencia necesaria de cuanto acabamos de decir, ya que todo pertenece a Dios. Sobre todo, le pertenece la gloria que se ha reservado especialmente como lo dice taxativamente: *nemini dabo gloriam meam*. Es una injusticia la que hacemos a Dios apropiándonos lo que no pertenece más que a Él solo: *solī Deo enim honor et gloria*. Ahora bien: cometer una injusticia para con Dios ¿no es una especie de sacrilegio?

586. 3. El orgullo es una idolatría. Porque ¿qué es una idolatría? ¿No es un pecado por el que quitamos a Dios el honor que le es debido para dárselo a algunas de sus criaturas? Ahora bien: ¿no es eso precisamente lo que hacemos por el orgullo? ¿No nos atribuimos a nosotros mismos un homenaje que no se le debe más que a Dios? Hacemos de nosotros mismos un ídolo al que adoramos. El orgullo es, pues, una verdadera idolatría.

4. Por último, el orgullo es algo abominable a los ojos de Dios. Dios mismo nos lo advierte por el Profeta: *abominabilis coram Deo superbia*: el orgullo es una abominación a los ojos de Dios. Dios considera a los soberbios como a crueles enemigos suyos; por eso, les hace resistencia: *Deus superbis resistit!* ¡Terribles caracteres del orgullo! ¡Cuán propios son para inspirarnos horror al mismo!

Fruto: Detestemos el orgullo y practiquemos la humildad. Imitemos a Cristo.

2.ª Plática

EL EXAMEN DE CONCIENCIA Y LA CONFESION

587. Hay que examinarse acerca del número, especie y circunstancias de sus pecados; los dudosos, declararlos como dudosos.

3.ª Meditación

EL ESCANDALO

588. *Vae mundo a scandalis; necesse est enim ut veniant scandala; vae autem homini illi per quem scandalum venit.* ¡Ay del mundo por sus escándalos! Es necesario que ocurran escándalos; pero, ¡hay de aquel por quien viene el escándalo!

El escándalo es toda palabra, acción u omisión que induce al prójimo a ofender a Dios. Por consiguiente, hay escándalos por palabra, por acción y por omisión. El escándalo encierra consecuencias funestas, tanto para el que lo comete como para quien lo recibe. Tales consecuencias, a menudo, son irreparables.

589. 1. Para quien lo comete, porque sucede, a menudo, que peca en una infinidad de personas, de lugares y, a veces, hasta después de muerto. El pecado se comunica a toda una casa, pronto, a la parroquia; luego, a una provincia incluso. Los hay en todas las edades, en todos los sexos, en todas las condiciones. Se propaga de siglo en siglo, habiendo algunos que se propagarán hasta la consumación de los siglos. El escandaloso llega a pecar incluso en el mismo momento en que hace buenas obras. Y ¡qué temible es por sus consecuencias! ¡Qué difícil de atajar es en sus progresos!

Incluso es irreparable para un gran número de escándalos, porque puede suceder que las almas hayan caído ya en el infierno a causa de los pecados de los escandalosos. ¿Qué hacer, por consiguiente, para salvarse cuando se ha escandalizado?

Fruto: Implorar la misericordia de Dios por nuestros pecados de escándalo, diciendo con el Profeta: *Domine a peccatis meis munda me et ab alienis parte servo tuo.*

3.er día, 1.ª Meditación

590. *Omnis arbor quae non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur:* todo árbol que no produce buen fruto, será cortado y arrojado al fuego.

Tales son las palabras que Cristo dirigía al pueblo judío. Este pueblo era el que El mismo se había escogido y del que tenía un cuidado particular. Le había colocado en una tierra fértil; le cuidaba particularmente. Si le desobedecía, le castigaba en su misericordia

para atraerlo hacia Sí; pero si le servía, entonces le colmaba de bendiciones; en una palabra, tenía de él un cuidado muy especial. Por último, viendo Cristo el endurecimiento de este pueblo después de tantos beneficios, viendo también cómo había asesinado a los profetas que Dios le había enviado y que ya no recibía la palabra que Él mismo le anunciaba, le dirigió aquellas palabras terribles: *omnis arbor quae non facit fructum bonum excidetur et in ignem mittetur*. Que es como si le hubiese dicho: Ya que no queréis producir fruto, váis a ser reprobados y os voy a abandonar y a rechazar eternamente.

591. Nosotros somos la imagen de aquel pueblo escogido; somos aquella viña de que habla el profeta; viña cuyas cepas todas las ha escogido el mismo Dios; viña que la ha plantado El mismo en buena tierra; viña a la que ha rodeado de un fuerte seto para preservarla de las apetencias de los transeúntes. Somos ese árbol que ha escogido y que ha cultivado con un cuidado muy particular. A nosotros, pues, nos dirige aquellas palabras: *Omnis arbor, etc. Pesemos bien cada una de estas palabras: arbor: soy un árbol que Dios ha escogido sacándolo del mundo para colocarme en el retiro; fructum: me ha puesto para que produzca fruto cultivándome con gran esmero para eso. Tiene derecho, pues, a esperar de nosotros buenos frutos, como Él mismo lo dice: expectavi ut faceret uvas.*

592. ¿Cuáles son esos buenos frutos que espera de nosotros? Los hay de dos clases: 1. Frutos de crecimiento y frutos meritorios. Frutos de crecimiento; es decir, que Dios espera que aumentemos en virtud, en santidad; que nos hagamos más obedientes, más mortificados, más modestos, más hombres de vida interior, más caritativos, más pacientes; en una palabra: que crezcamos en la virtud. 2. Frutos meritorios: que nos merezcan el Cielo, que contribuyan a la gloria de Dios. Ahora bien: ¿cuáles son las buenas obras que hemos hecho? ¿Reunían todas las condiciones requeridas para merecer el Cielo? ¿Las hicimos en estado de gracia? ¿Las hicimos por Dios y por motivos buenos? Sí hemos hecho buenas obras, ¿no las ha estropeado el soplo envenenado del orgullo, del amor propio, de la vanagloria, de cualquier otro motivo humano? No tenemos que temer el oír aquellas palabras de nuestro Dios: *jam receperunt mercedem suam?*

593. ¿No tenemos que temer el oír aquellas otras palabras aún más terribles: *excidetur et in ignem mittetur?* y ello porque no han

producido buenos frutos? Porque fijémonos que, en este texto, no se dice: "todo árbol que produce malos frutos", sino: todo árbol que no produce buenos frutos. Basta con no producir buenos frutos para que le echen al fuego. Y estas palabras las dirige el Señor a todos, ya que Cristo dice: *omnis arbor: todo árbol*. De consiguiente, para no incurrir en la amenaza, hay que producir buenos frutos. Ahora bien: ¿cuáles son los frutos que ofreceremos al Señor cuando venga a visitar su viña? ¿Qué le contestaremos cuando le oigamos decir: *expectavi ut faceret uvas et fecit labruscas; excidetur et in ignem mittetur*: sí, en efecto, no ha dado buenos frutos como yo lo esperaba, incluso no ha producido más que malos frutos. Pues bien: que sea cortado y arrojado al fuego. *Ya está puesta la segur en las raíces del árbol y del lado en que caiga, en ese lado se quedará*.

Fruto: Pedir perdón a Dios con humildad por no haber adelantado en los caminos de la perfección tomando buenas resoluciones para lo sucesivo.

2.ª Meditación

MOTIVOS QUE TENEMOS DE CONSERVARNOS EN EL ESPIRITU DE PENITENCIA

594. *Haec fecisti et tacui: habéis hecho estas cosas y me he callado*. (Ps. 49, 21).

Tales son las palabras que el Rey Profeta pone en boca de Dios hablándole al pecador y reprochándole sus crímenes. En este admirable salmo en el que David hace la descripción del Juicio Final, después de haber pintado a Dios en toda su majestad, grandeza y poder, nos describe a Dios dirigiendo la palabra al pecador y recordándole sus injusticias: sus calumnias, maledicencias, odios, impurezas; en una palabra, todos sus crímenes. Y añade luego: *haec fecisti et tacui*: habéis hecho todas esas cosas y yo he guardado silencio. "Pensábais, tal vez, que obraría como vosotros: que os acusaría, os reñiría. No lo he hecho así; me he callado. Comprended estas cosas -sigue diciendo el profeta para terminar- comprendedlas vosotros los que vivís olvidados de Dios, los que no pensáis en sus juicios por miedo a que os arrebate en el momento en que menos lo esperáis y que, entonces, ya no haya remedio para vosotros".

595. Meditemos, pues, estas palabras siguiendo la invitación del Rey Profeta y sopesemos bien su sentido: "habéis hecho esas cosas y yo me he callado". ¡Oh silencio temible de un Dios! ¿Qué cosa hay más temible para un culpable que el silencio de su dueño, de su superior, de su juez, cuando le ve guardar un silencio sombrío después de un crimen que le ha visto cometer? ¿Qué cosa hay más formidable que el silencio de un ejército enemigo a punto de entablar combate? Uno se estremece y se queda paralizado en la espera de un castigo o de un acontecimiento. ¿Qué será, pues, el silencio de Dios acerca de nuestras iniquidades? Pero ¿en qué consistirá ese silencio de Dios para que sea algo tan terrible para nosotros? Es que Dios guardará silencio, tanto sobre el número de nuestros pecados, como sobre las consecuencias de ellos.

596. 1. Silencio acerca del número de nuestros pecados. Dios nos permite vivir en la ignorancia acerca del número de nuestros pecados. No hay hombre alguno por justo que sea, que conozca todos sus pecados. Fácil es percatarse de ello, porque o bien somos del número de los justos o del de los pecadores. En ambos casos, no conocemos el número de nuestros pecados, porque ¿quién ha conocido bien todas las faltas que ha cometido contra todos los mandamientos de Dios, de la Iglesia, de los pecados capitales? Por lo que respecta a nosotros, examinémonos un poco sobre cada uno de esos puntos en particular y así veremos que nunca nos hemos percatado de todos nuestros pecados.

597. Además, es de fe que incluso el justo cae siete veces al día. Ahora bien: ¿acaso el mismo justo reconoce, haber caído, cada día, en esas siete faltas? Y aun cuando lo conociese; ¿podría, al cabo de un año o de varios años, contarlas? Al cabo de diez años, se verá que el justo ha cometido más de veinticinco mil faltas suponiendo que sólo cometiera siete al día. ¿Cuál será, pues, el número de faltas cometidas por los grandes pecadores? Concluyamos, pues, que el número de nuestros pecados es incontable y exclamemos con David y con mucha más verdad aún, que el número de nuestros pecados se eleva hasta los cielos; que son innumerables.

598. 2. Silencio de Dios acerca de las consecuencias funestas de nuestros pecados. Este silencio es aún más terrible. ¿Cuál fue la consecuencia del pecado de Adán, nuestro primer padre? La concupiscencia, que es esa inclinación al mal que nos hace pecar; una inclinación tal que si no mantenemos una atención muy

particular sobre nosotros mismos, caemos infaliblemente en el pecado. Ahora bien: si el pecado de nuestro primer padre ha tenido un efecto tan terrible en nosotros, aunque, en cierto modo, nos es extraño, ¿cuál será el efecto de los nuestros, que nos son propios? O más bien ¿no nos sentimos diariamente inclinados a cometer y, de hecho, cometemos más fácilmente el pecado que ya hemos cometido otra vez? La acción, o incluso el pensamiento de un pecado ¿no deja en nuestra alma una inclinación hacia ese mal? Y ¿quién nos contendrá en la pendiente de esa inclinación funesta en que nos vemos colocados por nuestra culpa propia? ¿Será acaso Dios? Sin duda alguna que puede hacerlo y que lo hará probablemente si acudimos a El, si gemimos por habernos puesto en una especie de necesidad de ofenderle todavía; pero ¿lo hará infaliblemente? No; no se ha comprometido a ello, y aun cuando en este momento no experimentemos esta inclinación al pecado, ¿quién sabe si esa inclinación no resucitará en lo sucesivo?

599. Por lo demás, sabemos sí que hemos pecado; pero ¿sabemos si Dios nos ha perdonado? Para saberlo habría que estar seguro acerca de su contrición. Ahora bien, como dice el Apóstol: nadie sabe si es digno de amor o de odio. Pero ¿qué postura tomar en esta incertidumbre? ¿por qué Dios nos deja en ella? ¿por qué guarda silencio? Es para mantenernos en el espíritu de penitencia; para que no creyéndonos nunca justificados y sabiendo que somos culpables, trabajemos, mediante la penitencia, en nuestra salvación, sin tregua ni descanso.

Fruto: Trabajar sin descanso por la propia salvación.

Plática

SOBRE LA CONTRICION

600. Su necesidad, caracteres, notas, cualidades, motivos y medios de excitarla.

1. Es absolutamente necesaria para obtener el perdón.

2. Cinco cosas son necesarias para la contrición: odio del pecado, detestación del pasado, firme propósito de no volver a caer, una firme resolución de llevar una vida nueva y la determinación de la voluntad de satisfacer.

3. Las señales de tener contrición consisten en sentir dentro de sí mismo cierto disgusto de haber ofendido a Dios, y sobre todo, el cambio de vida.

601. 4. La contrición debe ser interior, soberana, universal, sobrenatural y continua. Preguntarse a menudo si nuestra contrición reúne todas estas cualidades.

5. Motivos: el temor, una firme confianza y, por lo menos, un principio de amor de Dios.

6. Medios de excitarse a la contrición: la consideración y la oración. Considerar el número de nuestros pecados, su fealdad y crueldad (han sido la causa de la muerte de Cristo), su perfidia y otras parecidas consideraciones.

Pero, sobre todo, hay que pedirla a Dios, ya que es un don de Dios. Por la tarde: eternidad de las penas: *ibunt in ignem aeternum*.

4.º día, 1.ª Meditación

DEL ESCASO NUMERO DE LOS ELEGIDOS

602. *Domine, si pauci salvantur*: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Tales son las palabras de los discípulos al Señor: ¿es escaso el número de los elegidos? ¿contamos nosotros en ese número?: He ahí el tema de esta meditación

Principios requeridos para salvarse: hacen falta o la inocencia bautismal o una verdadera penitencia.

1. ¿Es escaso el número de los elegidos? Para convencerse de ello, bastaría con ver lo que pasa en el mundo. En primer lugar, vemos un gran número de infieles. Entre los demás, es decir, entre los cristianos, casi la mitad son herejes o cismáticos. Entre los católicos, apenas algunos niños de 8 ó 10 años han conservado su inocencia. Los demás la han perdido. Y entre éstos apenas hay nadie que haga por ello una verdadera y sólida penitencia. Pero la fe nos enseña esta verdad y viene a confirmar estas conjeturas. En el Antiguo Testamento, en el momento del diluvio, sobre casi 40 ó 50 millones de habitantes, sólo se salvaron Noé y su familia; es decir, que en total, sólo había ocho personas justas e incluso entre ellas, sólo Noé es declarado justo.

603. En tiempo de Abraham, en las ciudades de la Pentápolis que eran tan populosas, no había siquiera diez justos, según declara el Señor; sólo se encontraron Lot, sus dos hijas y su mujer; e incluso, sólo es llamado justo Lot. El profeta compara el número de los elegidos con las olivas que quedan después de haber sacudido el árbol y con los racimos que quedan después de haber pasado los vendimiadores.

Esta verdad nos la confirma Cristo mismo, autor de toda verdad: *¡Qué estrecho es el sendero que conduce a la vida -dice- y qué pocos son los que dan con él!* ¿Nos hace falta algo más para convencernos de esta verdad?

604. 2. ¿Pertenececeremos nosotros a tal número? Sólo Dios lo sabe; pero lo que sí se sabe es que sólo se salvarán los que hayan guardado la inocencia bautismal o los que, habiéndola perdido, la hayan recobrado luego por una sincera penitencia, conservándola después a lo largo de su vida. Lo cierto es que sólo se salvarán los que se hayan hecho violencia: *violenti rapiunt illud. Contendite - nos dice el Señor- intrare per angustam portam; quia angusta porta et arcta via est quae ducit ad vitam, multi quaerent intrare et non poterunt; sed pauci inveniunt eam.*

605. Pensemos en estas palabras. Notemos primero que no todos los que quieran, aunque lo quieran realmente, entrarán, ya que se dice que muchos querrán entrar y no lo podrán; "procurarán": tendrán, pues, voluntad de entrar; pero ¿quiénes son los que entrarán? Cristo nos lo dice: contendite: esforzaos. Es preciso, pues, hacerse violencia; hay que hacer esfuerzos; además, la puerta es pequeña y estrecha; pequeña, por consiguiente hay que empequeñecerse para entrar por ella; y es estrecha, de consiguiente hay que apretujarse, estrecharse por la penitencia; hay que hacer esfuerzos, desprenderse de todos los bienes que podrían estorbarnos, de nuestros prójimos, de nuestro padre y madre, en una palabra, de todo afecto que podría detenernos, por poco que fuese; luego hay que trabajar eficazmente y con esfuerzo en el negocio de nuestra salvación; y ello sin descanso. Pero no basta todo esto; aún hace falta más.

Fruto: Llevar la vida de un buen religioso.

606. Nota: Notemos la palabra contendite, ya que denota lo que hay que hacer para llegar al Cielo. Hay que hacer esfuerzos; estos esfuerzos deben hacerse en el camino de la virtud que hay

que practicar para llegar al Cielo. La virtud no consiste en hacer el bien por inclinación natural o por carácter, sino practicarla a pesar de las resistencias de la naturaleza; consiste en los esfuerzos que hay que verificar para superarse, para obrar el bien.

2.ª Meditación

607. *Si quis vult esse meus discipulus, renuntiet omnibus quae possidet:* si alguno quiere ser mi discípulo, renuncie a cuanto posee.

Quien pretenda ser discípulo de Cristo, debe renunciar a cuanto posee. Estas palabras del Señor se dirigen a todos los hombres: quicumque. De ahí la cuestión: "Se trata aquí de una renuncia y no de un abandono". Lleva consigo una obligación; no es un consejo, sino un precepto. Es preciso, pues, de toda necesidad, para salvarse, renunciar a todo cuanto se posee; es decir, que no hay que dejar apegarse a eso nuestro corazón, no hay que ser esclavo de ello, sino poseerlo como si no se lo poseyese. Hay que renunciar a todo, porque el hombre no está creado para las cosas de este mundo, porque le han sido prometidos bienes mayores a cambio de éstos y, por fin, porque Cristo, nuestro Modelo, ha renunciado a todo.

Los bienes de este mundo no son el fin para el que nos creó Dios.

3.ª Meditación

DE LA VIDA RELIGIOSA

608. *Veni; sequere me: ven y sígueme.*

Tales son las palabras que Cristo dirigía a los discípulos y a los Apóstoles cuando, recorriendo los poblados, iba escogiéndolos. Tales son también las palabras que nos dirigió cuando nos llamó a la vida religiosa y que nos sigue dirigiendo todavía: sígueme, nos dice. Bien haríamos en, sin pararnos a examinarla, obedecer a la voz de Cristo; seguirla sin examen alguno si no se tratase más que de seguirla; pero tenemos que saber a qué nos comprometemos en la vida religiosa para guardar luego, todas sus obligaciones. Veamos, pues, las obligaciones de la vida religiosa y sus ventajas.

609. 1. Por la vida religiosa, uno se liga, se sacrifica, se entierra y se compromete a la perfección. 1.º Se liga a la perfección; es decir, que se compromete a no hacer ya más que la voluntad de sus superiores los cuales ocupan el lugar de Dios; se renuncia enteramente a la voluntad propia; en una palabra, se compromete a no hacer más que lo que los superiores quieren, de modo que se tienen sus facultades encadenadas.

610. 2.º Se sacrifican los bienes temporales despojándose de ellos y poniéndose en situación de no poseerlos jamás; se sacrifican los padres comprometiéndose a no volver a verles si los superiores no se lo permiten; se sacrifica su reposo, ya que no disfrutaremos más que del descanso que la obediencia nos consienta; se sacrificó su salud y su misma vida; en una palabra, se sacrifica uno enteramente por Dios no disponiendo ya para nada de sí mismo.

3.º Se entierra uno en vida, al comprometerse a vivir en una casa sin aparecer en medio del mundo. Este estado es considerado incluso por las personas del mundo como un entierro, ya que un religioso, desde el momento en que es reconocido como tal, está muerto desde el punto de vista civil.

4.º Por último, se compromete a la perfección, ya que se obliga a trabajar en su salvación y a llegar a ser más perfecto.

"Pero-se dirá-,qué es lo que puede llevar a hacer tan grandes sacrificios?" El deseo de ser semejantes a Cristo, porque Cristo fue todo cuanto acabamos de decir, como es fácil convencerse de ello por el examen de su vida. Ahora bien: Cristo es nuestro modelo.

611. 2. Recompensas de la vida religiosa.

Más facilidades para salvarse; más seguridad de lograrlo; más gracias en este mundo y mayor recompensa en el otro.

1.º Más facilidades para salvarse. Para lograr la salvación-como se ha visto en la meditación de la mañana-hay que renunciar a todo; desprender su corazón de cuanto se posee. Ahora bien: es más fácil desprender su corazón del bien que no se tiene que de lo que se posee todavía. 2.º Más gracias. Se reciben constantemente gracias de la vocación, de advertencias, buenos ejemplos y otras mil. 3.º Más seguridad de salvarse, puesto que las gracias son más abundantes y porque, evidentemente, es más fácil lograr la salvación lejos de los peligros del mundo que cuando se encuentra uno en medio de él. 4.º Por último, se compromete a

tender a la perfección. Tal es la meta de la vida religiosa; se deja el mundo para encerrarse con Dios en la soledad, llevando en ella una vida mortificada y procurando la gloria de Dios.

5.º día, 1.ª Meditación

612. *Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* (Mat. 20, 20).

Tales son las palabras que Cristo dirigió a los hijos de Zebedeo, los cuales le pedían el sentarse, a su derecha y a su izquierda, en su reino. Imaginémosnos que, en este momento, cuando pedimos a Cristo el contarnos en el número de sus fieles servidores, nos dirige la misma pregunta. ¿Qué le responderemos? ¿Nos encontramos dispuestos a beber el cáliz que el mismo Cristo ha bebido? Este cáliz es el de la amargura, al que se refería cuando, presentándosele un ángel en el Huerto de los Olivos, Cristo exclamó: ¡Señor! Si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya.

613. Pero ¿en qué consiste este cáliz tan amargo que, en cierto modo, espanta a Jesús, cáliz contra el que se rebela su naturaleza, y pide a su Padre que lo aleje de El? Es el cáliz de sus sufrimientos; de su muerte; de la consumación de su vida penitente; es ese sufrimiento tan terrible contra el que la naturaleza se rebela, pero que su voluntad abraza con alegría y que su Padre exige ...

614. La vida de penitencia, por consiguiente, es lo que caracteriza a la vida religiosa de un modo esencial; es esa vida que Nuestro Señor nos pregunta si estamos dispuestos a abrazar. Si vacilamos aún, ved algunos motivos que deberían remover todos los obstáculos. Hemos contraído, con la justicia de Dios, una deuda infinita que debemos pagar necesariamente si queremos salvarnos, y la vida religiosa es el estado más seguro para amortizar esa deuda.

615. 1. Nos hemos hecho deudores, para con la justicia de Dios, de una deuda infinita. Le hemos arrebatado su propia gloria, hemos ultrajado a su majestad infinita, a la cual tenemos que satisfacer. Ahora bien: ¿Cuándo podremos hacer bastante para reparar tan grandes males, para extinguir una deuda semejante? Aun en el caso de que nuestra vida fuese un martirio continuo,

¿podríamos decir que ya hemos hecho bastante? La visión de una deuda tan considerable debe llevarnos a hacer todos los sacrificios posibles para apaciguar la ira de Dios y satisfacer a su justicia.

616. 2. Ahora bien: el estado religioso es el más a propósito para satisfacer a la justicia de Dios porque en él se da a Dios todo cuanto se le puede dar, e incluso, más de lo que el hombre puede dar.

1.º Todo cuanto el hombre puede dar, ya que los bienes que el hombre puede dar se reducen a bienes de fortuna, corporales y espirituales. Ahora bien: por la vida religiosa se ofrece todo esto a Dios, consagrándoselos enteramente, sin reserva y para siempre, de modo que por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, no nos reservamos ni siquiera el menor momento, ni el menor reposo, ni siquiera nuestra misma vida. De este modo, ya no estamos en situación de ofrecer algo más a Dios sino ese mismo deseo de ofrecerle algo más e incluso ese mismo deseo debe acompañar al sacrificio que le hacemos. Así podemos decir a Dios: "Señor: cierto es que os he ofendido mucho y he contraído con Vos una deuda infinita; pero ¿qué queréis que haga para pagarla? Ya no puedo hacer más. Os ofrezco todo lo que está en mi poder." De este modo estamos seguros de que Dios nos oirá, porque lo debe, lo quiere y lo puede: lo debe, porque lo ha prometido, y no podemos dudar de que lo quiere y lo puede.

2.º Por último, ofrecemos más de lo que un hombre puede ofrecer. Nos clavamos con Cristo en la cruz y así hacemos nuestros los méritos de Jesucristo, ofreciendo, pues, así más de lo que un hombre puede ofrecer.

2.ª Meditación

617. *Sacrificate sacrificium et sperate in Domino*: ofreced vuestro sacrificio y poned vuestra confianza en el Señor.

Dios nos pide sacrificios encargándose de todo lo demás.

1. Dios nos pide sacrificios. Así podemos concluir de cuanto se ha practicado desde el origen del mundo. Es ésta una verdad tan inculcada en el corazón del hombre, que no ha habido religión alguna, aunque haya sido idolátrica o pagana, que no haya ofrecido sacrificios. Abel, Noé, Abraham, Moisés y tantos otros, se han creído

también en el deber de ofrecer sacrificios a Dios para reconocer su soberano dominio sobre sí mismos y sobre todas las criaturas, puesto que mediante el sacrificio, se inmola, se aniquila la víctima que se le ofrece, y así se reconoce que es el verdadero Dueño de todo y que estaríamos dispuestos a darnos la muerte, si no estuviese prohibido.

618. Pero, para que haya sacrificio, no basta con inmolar víctimas a Dios. Prueba de ello es Caín, que sacrificaba cosas a Dios; pero cosas que nada le costaba sacrificar, porque eran viles y despreciables, sino que, por el sacrificio, hay que inmolar cosas de las que nos cuesta desprendernos; cosas que son caras a nuestro corazón, tales como los animales que le ofrecía el justo Abel o como lo era también el hijo que Abraham se preparaba a ofrecer al Señor. Podemos creer que a Abraham le costaba mucho sacrificar a su hijo. A ello se decide, sin embargo, tan pronto como conoce que tal es la voluntad de Dios. Se determina con alegría, esperando en el Señor contra toda esperanza y confiando en que Dios cumpliría su promesa. Del mismo modo nos debemos consagrar a Dios apenas conozcamos que nos lo pide, aunque nos cueste.

619. 2. Esperar en el Señor. Del Señor lo debemos esperar todo cuando le hemos hecho el sacrificio...porque puede concedernos cuanto le pidamos lo quiere y lo debe. Abraham-como acabamos de decirlo-, esperaba contra toda esperanza, porque ¿qué esperanza podía tener de que su raza se multiplicara al infinito, sacrificándole su hijo único y estando él en una edad ya avanzada? Pero Dios le pide ese sacrificio; lo hace y espera, no dudando de que Dios es bastante poderoso para hacer cuanto prometió. Aunque no veamos cómo pueda tener lugar esto... sacrifiquemos... y esperemos en el Señor, pero con una firme esperanza que elimina, toda vacilación.

620. Nota: Al emitir los votos se puede hacerlo por cuatro motivos distintos:

1. Primer motivo: para estar más tranquilo; para apartarse del ruido del mundo que nos desagrada. No es un motivo muy puro. Sin embargo, Dios se sirve de él algunas veces, para traernos a la religión.

2. Segundo motivo: se hace uno religioso por temor a pecar. Uno se siente débil, dándose cuenta de que no podrá resistir a sus

pasiones quedándose en el mundo y así se hace religioso. Este motivo es bueno; pero no es el más puro.

621. 3. Tercer motivo: se hace uno religioso para poder servir mejor al Señor. Se reconoce la bondad de Dios a quien quisiera uno servir lo mejor posible: *quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?* No puedo hacer cosa mejor-responden algunos-que hacerme religioso. Y se hacen. Este motivo es excelente; pero aún no es el mejor.

4. Cuarto motivo: el motivo más perfecto y que caracteriza a la vida religiosa es el hacerse religioso para hacer penitencia.

¡Dichoso quien se hace religioso para hacer penitencia! Sin duda alguna tendrá la paz del corazón, ordénenle lo que quieran y sucédale lo que le suceda.

Si es una bienaventuranza el sufrir por la justicia, lejos de huir de tales ocasiones de sufrir, reconozcamos el honor que Dios nos hace con ello. "Sólo vuestro amor, Señor, puede ahogar en nosotros el temor a los hombres estableciendo en nosotros la paz de Dios." Y como esta gracia es tan rara, hay que pedirla a Dios con insistencia.

622. Reflexión particular: la desesperación a la que se entregó Judas después de haber traicionado al Maestro es, para todos los hombres, la prueba más convincente, más llamativa y espantosa del efecto que produce necesariamente la ceguera del espíritu, el endurecimiento del corazón y la obstinación en el crimen.

Reges in solio collocat in perpetuum, et illi eriguntur (Job. 36, 7).

Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei (Sap. 13, 1).

Dei minister in bonum, vindex in iram et qui malum agit (Rom. 13).

Per sapientiam principes imperant; et potentes decernunt justitiam (Prov. 8, 16).

Non dormiunt mali, nisi male fecerint et rapitur somnus ab eis nisi supplantaverint.

623. *Comedunt panem impietatis et vinum iniquitatis bibunt* (Prov. 4, 16).

Quis enim extendet manum suam in Christum Dominum et innocens erit? (I Reg. 26, 9).

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus (I Petr. 21).

Omnes honorate; fraternitatem diligite, Deum timete, regem honorificate. Servi: subditi estote in omni timore dominis non tantum bonis et modestis, sed etiam dyscolis. Haec est enim gratia, si propter Dei conscientiam sustinet quis tristitias, patiens injuste (I Petr. 2, 17-18).

624. *In via ruinae non eas (Eccles. 32, 25).*

Est via quae videtur homini recta... (Prov. 16, 25).

Qui de mundo sunt, de mundo loquuntur et mundus eos audit. Nos ex Deo sumus. Qui novit Deum audit nos; qui non est ex Deo non audit nos. In hoc cognovimus spiritum veritatis et spiritum erroris (I Joa. 4, 5).

Lex peribit a sacerdote, et consilium a senioribus (Eceq. 7, 12).

Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit. Non enim est potestas nisi a Deo; quae autem sunt, a Deo ordinatae sunt (Rom. 13, 1).

Quis est qui vobis noceat si boni aemulatores fueritis?: ¿Quién podrá dañaros si no pensáis más que en hacer el bien? (I Petr. 3, 13).

Sólo el pecado puede dañarnos. La inocencia, la piedad, la buena conciencia son un preservativo soberano contra todos los males de la vida. Quien está a bien con Dios, nada tiene que temer de los hombres. La dicha de sufrir es muy poco conocida en el mundo, ya que habla de ella de un modo tan distinto.

(XXXVIII). XIV.

1826-1827. CHAMINADE. (Chevaux)

NOTAS DE CONFERENCIAS Y RETIROS DEL P. CHAMINADE

1.ª Plática

(1.ª Plática de 1826)

EL SANTO NOMBRE DE MARIA

(Escritas en 1827 por el P. Chevaux)

625. *Beatus vir cujus nomen Domini spes ejus; et non respexit ad vanitates et insanias falsas* (Ps. 39, 5).

Este texto se puede aplicar a María, como a Dios en general. Los Santos Padres atribuyen indistintamente a la Madre lo que se dice del Hijo y esto por vía de comunicación. La Iglesia hace otro tanto. Por eso llama a María: spes nostra; vita nostra. Le habla como a Dios: *Te Mariam laudamus; in Te, Domina speravi, non confundan in aeternum*. Del mismo modo, San Bernardo dice, en la hermosa oración del Memorare, que María ha obrado muchos milagros: *nunquam dictum est esse derelictum quemquam ad Mariam recurrentem*. ¡Qué confianza, por consiguiente, debemos tener en María! Esta confianza aumentará sin embargo, si nos penetramos de las grandezas y del poder de María por los significados mismos del nombre de María. ¿Qué significa, pues, este nombre divino?

626. 1. María significa *Domina*, dueña, soberana.

2. Significa *illuminatrix*: la que ilumina; la que lleva la luz a los corazones.

3. *Stella Maris*: estrella del mar: la que nos guía en este mar tempestuoso.

4. *Deus de genere meo*: Dios es de mi raza (San Jerónimo) y, por consiguiente, Madre de Dios.

5. María significa también en latín el *mar*, y esto en un sentido metafórico según el cual, así como todos los arroyos vierten en el mar, sin aumentar su caudal y sin enturbiarlo, así María recibe en su seno a todos los pecadores.

627. 6. Por último, María significa omnipotens: todopoderosa. Este último significado deriva de *Domina et Deus de genere meo*. Porque quien dice "Dueña", Madre de Dios, dice también omnipotente. ¡Qué confianza debemos tener en María ya que es todopoderosa! (No quiere decir que lo pueda toda por sí misma, sino que lo puede todo ante su Hijo). ¡Qué confianza también al pensar que es nuestra verdadera Madre, y ello, no sólo por adopción-en cuanto que nos adoptó por hijos al pie de la cruz-sino también en cuanto que nos ha engendrado en la gracia por su Hijo, y sobre todo, en cuanto que, por la Sagrada Comunión, nos cambiamos en la carne de la Santísima Virgen ya que nos trocamos en Cristo que es su Hijo! ¡Feliz, pues, el hombre que pone su esperanza en María! Pero para que esta esperanza no quede frustrada ¿qué es preciso? No hay que mirar a las vanidades del siglo y a las locuras que engañan a los hombres. Después de conocer las vanidades del mundo, hay que dejarlas y no correr tras de ellas, ya que nos engañan puesto que es ése su primer carácter: el de engañar.

2.^a Plática

PRESENCIA DE DIOS

Motivos de mantenernos en la presencia de Dios

628. *Vivit Dominus in cujus conspectu sto*: ¡Vive el Señor en cuya presencia estoy!

Dios es grande, inmenso, todo lo llena: Deus inmensus, aeternus, *incomprehensibilis*. Todo está en Dios. Antes de la Creación, nada existía sino Dios. Después de la Creación, todas las criaturas han subsistido; pero en Dios. Sólo Dios tiene el ser por esencia; los demás seres, las cosas creadas no tienen más que una participación del Ser eterno. El hombre mismo no vive más que porque Dios le ha dado la vida y se la conserva, de tal modo que, si Dios cesase de querer conservársela, caería en la nada. Dios, por consiguiente, conserva habitualmente la vida del hombre; habitualmente está en el hombre y el hombre está en Dios: *vivit Dominus in cujus conspectu sto*. Dios, pues, está siempre presente. Pero ¿cómo está presente? Está presente en nosotros: 1, como Dios; 2, como Padre; 3, como Juez.

629. 1. Dios está presente en nosotros como Dios (primer motivo). Un Dios me está mirando; un Dios que me ha criado, que me conserva la vida; un Dios infinito en perfección; un Dios ante quien se dobla toda rodilla; un Dios a quien se lo debo todo, a quien me debo yo mismo, puesto que no me ha creado más que para Él. Por consiguiente, debo ofrecerle sacrificios, sacrificios habituales. Es que, de hecho, se pueden hacer todas sus acciones por Él, ofreciéndoselas, antes, durante y después de la acción, ofreciéndole las penas, mortificaciones y dificultades que uno tiene. "¡Dios mío!- hay que repetir por elevaciones del corazón-, por Ti hago este sacrificio." La observancia de la Regla nos presenta continuas ocasiones.

630. 2. Dios está presente en nosotros como Padre. Él mismo quiere que le demos este nombre tan hermoso y tan tierno: Cuando oréis -dice Jesús- decid: Padre nuestro, que estás en los Cielos. Dios es nuestro Padre actuando como tal respecto a nosotros. Como Padre, nos ama tiernamente: *deliciae meae esse cum filius hominum*; nos alimenta, protege, conserva, en una palabra, nos proporciona alegrías. Nuestro deber con respecto a Dios, Padre nuestro, es el de amarle. ¿Cómo podríamos negarle nuestro corazón? Un hijo ¿podrá dejar de amar a un padre tan bueno? ¡Qué motivo tan poderoso de recordar su presencia! Si he sido infiel para ofenderle, cuando seguía mis inclinaciones al mal, que, por lo menos ahora, me acuerde a menudo de amar a quien me quiere tanto.

631. 3. Dios está presente en nosotros como Juez. Creo que vendrá a juzgar a vivos y muertos. Nos ve como juez, formando el proceso de nuestras acciones, que Él mismo va escribiendo en el libro de nuestra vida y que serán nuestros abogados ante Dios. El mismo juez las ve, las escribe; las estamos cometiendo en su presencia. ¡Con qué temor debemos realizar nuestras acciones, pero con un temor filial de desagradar a un Dios tan bueno! ¡Qué vigilancia debemos ejercer sobre nuestros ojos, sobre nuestros pasos para no escandalizarnos ni escandalizar a los demás; vigilancia en la exactitud para hacer cada cosa a su tiempo y hacerla cumplidamente, creyendo que nada es pequeño de cuanto hacemos ante Dios; vigilancia, especialmente, sobre nuestro corazón para no permitir que se deslice en él ningún afecto desarreglado y para realizar todas las cosas con la mayor pureza de intención.

3.ª Plática

CUARTO MOTIVO DE LA PRESENCIA DE DIOS

632. *Ad eum veniemus et apud eum incansionem faciemus:* vendremos a él y haremos nuestra morada dentro de él.

Notemos, primeramente, las expresiones de que Dios se ha servido en este texto. Vendremos. ¿Por qué Dios, que no es más que uno, se sirve de la palabra vendremos? ¿Es que habla de las tres personas de la Santísima Trinidad? Las tres personas de la Santísima Trinidad habitan, pues, en el hombre: Dios Padre que nos ha creado, Dios Hijo que nos ha rescatado y Dios Espíritu Santo que nos ha santificado. ¡Qué pensamiento tan consolador para el hombre, el de tener dentro de sí a la Santísima Trinidad! Sí; es verdad: Dios está dentro de nosotros y obra con nosotros.

633. 1. Dios está dentro de nosotros. Las palabras de nuestro texto son formales a este respecto. Pero escuchemos también a San Pablo: *In ipso vivimus, movemur et sumus:* en Él tenemos el ser, el movimiento y la vida. ¿Y cómo es que si tenemos el ser, la vida y el movimiento en Dios, Dios, por una como manera necesaria, no estaría dentro de nosotros? Sí, Dios mío, Vos estáis en mí, y más en mí que yo en mí, puesto que tenéis el ser en mí de una manera más perfecta que yo mismo. Vos véis todo lo que sucede en mi espíritu y en mi corazón, conocéis todos mis pensamientos, mis deseos, todos los afectos de mi alma: *cogitationes meae praevidisti de longe; todo lo concéis: omnia nosti.* ¡Cuántas iniquidades mías conocéis, Dios mío! Que, por lo menos, en adelante, veáis en mi corazón tantos buenos pensamientos y tantos buenos afectos como los visteis malos en el pasado.

634. 2. Dios actúa en nosotros. Obra físicamente, en cuanto que es el principio de todas nuestras acciones; no en el sentido de que sea El el autor de nuestras malas acciones ya que nos deja la libertad de obrar, sino en el sentido de que concurre con nosotros a producirlas. Por lo mismo, dirige este reproche a los pecadores: *servire me fecistis iniquitatibus vestris.* ¡Qué injuria hacemos a Dios obligándole a colaborar con la iniquidad! Pero asimismo es una fuente de contento para los buenos el pensar que Dios concurre con ellos a procurar su gloria. No sólo obra Dios en nosotros físicamente, sino que, sobre todo, actúa en el orden moral por medio de su gracia. De Él nos vienen todos los buenos pensamientos. De vez en cuando deja oír su voz. El es quien nos

lleva a la soledad y allí nos habla al corazón. El nos ilumina con su luz divina, la cual disipa las tinieblas de nuestro espíritu, nuestras dudas y nuestras incertidumbres.

635. ¡Qué dulce es esta voz para quienes la oyen y le prestan atención! ¡Cuántas veces he cerrado los oídos a esta voz! Dios mío: que no sea así en adelante. Sí, quiero escuchar tu voz: *audiam quid loquatur in me Dominus, quoniam loquetur pacem in plebem suam*. La escucharé en la meditación y fuera de la meditación; me mostraré fiel a ella. Pero Dios, no sólo actúa sobre nuestro espíritu, sino también sobre nuestro corazón. Le atrae hacia sí por una dulce violencia como, por ejemplo, el imán atrae al hierro; de este modo hace que vuelvan en sí los pecadores despegándolos de las criaturas de las que su corazón se había prendado. De idéntica manera, en la oración, eleva los corazones hacia sí, los llena de fuerza y de valor contra las tentaciones, y en otras ocasiones, nos da esa fuerza divina que nos hace vencer a los enemigos de nuestra salvación. De este modo Dios actúa en nosotros, tanto sobre nuestro espíritu como sobre nuestro corazón, obrando de tal modo que nada podemos hacer en orden a la salvación sin su ayuda. ¡Qué motiva tan poderoso, por consiguiente, para mantenernos habitualmente en la presencia de Dios, a fin de que en todas nuestras necesidades, imploremos este socorro y también, para que teniendo siempre nuestros ojos fijos en Dios, estemos atentos a las operaciones de la gracia en nosotros y no las desperdiciemos.

636. Puesto que Dios lo hace todo en nosotros en orden a la salvación, aunque con nuestra cooperación, ¿por qué quejarnos en nuestras arideces durante la oración? Tales arideces provienen o de la denegación que Dios nos hace de sus gracias, o de la falta de correspondencia nuestra a tales gracias. Si se trata de la falta de correspondencia de parte nuestra, es culpa nuestra, que hay que remediar correspondiendo a ellas y para ello velar más sobre las operaciones de esa gracia en nosotros. A veces, por el contrario, tales arideces provienen de una sustracción de la gracia, o bien es que Dios nos retira sus gracias para castigar nuestras infidelidades (tal es la causa ordinaria de la sustracción de las gracias) o bien lo hace para probarnos.

637. Si es para probarnos, nada tenemos que temer; no tenemos más que permanecer fieles. Dios, en este caso, no permitirá nunca que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas, e incluso en tales momentos estará con nosotros, como así lo

declaró a Santa Catalina de Sena, la cual, después de una horrible tentación contra la pureza, clamaba a Dios: "¿En dónde estabais, Dios mío, en ese momento? He estado a punto de perecer." Estaba contigo-le repuso el Señor -y combatía contigo. Pero si Dios nos retira sus gracias por causa de nuestras infidelidades, apartemos la causa de la sustracción de tal gracia; seamos fieles y pronto sentiremos el socorro de Dios. En una palabra, seamos fieles a la gracia y estemos tranquilos aún en medio de las sequedades, no inquietándonos por ellas. Soportémoslas con paciencia y si la causa está con nosotros, esforcémosnos por apartarla sin turbarnos.

4.ª Plática

LAS TENTACIONES

638. *Beatus vir que suffert tentationem quia cum probatus fuerit accipiet coronam vitae:* ¡Dichoso el hombre que experimenta tentaciones, porque después de haber sido probado, recibirá la corona de la vida.

Las tentaciones, lejos de ser un mal, son un bien, ya que nos conducen a la corona de la gloria. Por consiguiente, hay que considerarse como dichoso por el hecho de tener que sufrir tentaciones puesto que son para nosotros un medio de adquirir una dicha eterna. Las tentaciones que podemos tener, provienen de tres fuentes: el amor de los placeres, el de los honores o el de las riquezas. Son éstas las mismas tentaciones que experimentó Cristo en el desierto, de parte del demonio, de tal modo que, cualquiera tentación que nos venga, nos vendrá siempre de una de esas pasiones o concupiscencias que están dentro de nosotros.

639. Pero cualquiera que sea la tentación, no debemos inquietarnos por ello porque Dios no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas: *fidelis Deus qui non patietur nos tentari supra id quod possumus.* Pero si Dios, por su parte, es fiel en concedernos las gracias que nos son necesarias para no sucumbir en la tentación, nosotros, por nuestra parte, debemos ser fieles en corresponder a la gracia y en combatir las tentaciones. Todo lo podemos con la gracia de Dios: *omnia possum in eo qui me confortat;* pero es preciso que nos sirvamos de las armas de Dios.

640. Ahora bien: ¿cuáles son las armas de Dios? *La fe: haec est victoria quae vincit mundum: fides nostra.* Debemos, pues, en

todas nuestras tentaciones, armarnos de la fe. De ahí la necesidad de la oración que es el medio de adquirir la fe y también la necesidad de penetrarse de las verdades de la fe. En la oración nos cubrimos con el casco de la salvación de que habla San Pablo. En la oración se arma uno para el combate. Pero ¿cómo logra la fe rechazar a todos nuestros enemigos? No tenemos más que tres clases de tentaciones como acabamos de decir. Ahora bien: veamos el medio de rechazar cada uno de tales enemigos por medio de la fe.

5.ª Plática

EL COMBATE ESPIRITUAL

641. *Deponentes omne pondus et circumstans nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes ad auctorem fidei et consummatorem, Jesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, contusione contempta: 1, despojémonos del peso que llevamos y del pecado que nos rodea por todas partes, corramos por la paciencia; 2, al combate que se nos presenta; 3, poniendo los ojos en Cristo, autor y consumidor de la fe; 4, el cual, viendo la gloria que se le ofrecía, soportó el tormento de la cruz; 5, sin cuidarse de la ignominia (Hebr. 12, 1-2).*

642. 1. ¿Qué combate se nos presenta aquí?: *propositum nobis certamen*. ¿Cuáles son nuestros enemigos? Los placeres nos seducen, la gloria nos deslumbra, las riquezas soliviantan nuestra codicia.

2. Para correr al combate, ¿de qué hay que descargarse?

3. ¿Qué hay que hacer para sostener el ánimo durante el combate?

4. Sólo para animarnos y formarnos en el combate, Cristo abrazó la pobreza, los sufrimientos y las humillaciones.

5. El aprecio de la estima de los hombres es el más difícil de los enemigos de la salvación.

643. 1. Primero, sentemos como cierto que el hombre tiene que librar un combate mientras esté en este mundo, porque, además de las palabras de nuestro texto, se podrían citar muchísimas otras en apoyo de esta afirmación: *militia est vita*

hominis super terram: Qui legitime certaverit, hic coronabitur, etc.; tanquam leo rugiens, circuit quaerens quem devoret, etc.

644. El combate de que aquí hablamos es un combate y una pugna en que cada cual procura salirse con la suya; tal es el sentido de certamen. Este combate se nos presenta; nos vemos sin cesar incitados al mismo. ¿Quiénes son esos enemigos tan infatigables? Nos los apunta San Juan (1, 2): *omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitae*. Por concupiscencia de la carne, entiende los placeres carnales que nos seducen; por concupiscencia de los ojos, entiende la gloria que nos deslumbra y por orgullo de la vida, todas las riquezas de la tierra que ponen en vilo nuestra codicia. Esos son nuestros tres enemigos capitales, de tal modo que todas las tentaciones que podemos tener, nos vendrán siempre de una de estas tres fuentes. Por eso mismo, Cristo quiso verse tentado en esta triple concupiscencia para enseñarnos a conocer a nuestros enemigos y también a combatirlos.

645. 2. Notemos también, en nuestro texto, esta palabra *curramus*: corramos al combate. No hay que ir al mismo con pereza y con miedo ni timidez, sino que debemos salir al combate corriendo; es decir, yendo con la esperanza de la victoria, como va todo buen soldado: *qui legitime certaverit, coronabitur*.

Pero para correr al combate ¿de qué hay que desprenderse? De todo pecado y de cuanto puede conducir al pecado. Por tanto, hay que volver a adquirir la gracia de Dios porque no ha prometido recompensar más que a quienes estén en estado de gracia. Hay que recurrir a la penitencia, limpiar su conciencia de todo pecado y de todo afecto al pecado. Así podemos presentarnos confiados al combate, seguros de lograr la victoria; podemos, digo, correr al combate y, como dice San Pablo, correr al mismo con alegría y con la mira puesta en las recompensas.

646. 3. Pero ¿qué hacer para sostener el ánimo en el combate, a la vista de tantos enemigos diversos que nos rodean incesantemente como leones dispuestos a devorarnos? Poner los ojos en Cristo, nuestro Modelo, mirando, como Él, la alegría y las recompensas que nos esperan si logramos la victoria, ya que si el combate es grande, las recompensas lo son aún más: *non sunt condignae passionis ejus vitae ad futuram gloriam*. Al contemplar tales recompensas, debemos llevar, como Jesús, nuestra cruz con gran ánimo.

647. 4. Cristo abrazó la pobreza, los sufrimientos y las humillaciones sólo para darnos ejemplo. Debemos, pues, imitarle. Los contrarios se curan por sus contrarios; si nuestras enfermedades son la ambición, el amor de los placeres y de las riquezas, nada más seguro para vencerlos que el empleo de la pobreza, los sufrimientos y las humillaciones.

6.ª Plática

LA HUMILDAD

648. *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam:* Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.

Dios resiste a los soberbios. ¿Por qué? Porque arrebatan a Dios una gloria que sólo se le debe a Él. Dios mis mo, a pesar de su bondad, no puede menos de resistirles porque su justicia exige que se venguen sus derechos. Pero, por otra parte, Dios da su gracia a los humildes, porque como no ha creado ni ha podido crear a los hombres más que para su gloria, se complace en derramar sus beneficios en aquellos en quienes esta gloria brilla más. Ahora bien: esta gloria la derrama más en los humildes precisamente porque no la retienen, sino que la devuelven íntegra a Aquél a quien únicamente se le debe dar. Que Dios resista a los soberbios podemos comprenderlo con una comparación: si una persona viniese a robarnos un bien que nos pertenece, ¿no es verdad que le resistiríamos? ¡Con mayor razón Dios debe resistir a los soberbios que le arrebatan su gloria, la cual es un bien que le pertenece más que a nosotros nuestros propios bienes!

649. Pero ¿por qué se enorgullece el uno y se humilla el otro?

El primero se enorgullece porque no conoce a Dios ni se conoce tampoco a sí mismo. En cambio, el segundo se humilla por el conocimiento a que ha llegado de Dios y de sí mismo.

De ahí se deduce que el fundamento del orgullo es la ignorancia de Dios y de sí mismo, mientras que el de la humildad es el conocimiento de ambos. Sólo Dios es grande. Sólo a Dios le pertenece todo honor y toda gloria: *solí Deo honor et gloria*. Dios es el principio de todo bien: *omne donum optimum descendens a parte luminum*. Por el orgullo se rehusa a Dios lo que se le debe en justicia, mientras que el humilde se lo da. Se puede, pues, definir al

orgullo del modo siguiente: "Un vicio que nos hace rehusar a Dios la gloria que se le debe para atribuírnosla a nosotros mismos."

650. El efecto contrario tiene lugar en la humildad. ¿Pero basta con ser humilde de espíritu, es decir, con reconocer que Dios lo es todo y que nosotros no somos nada? No. La humildad consiste, por tanto, en reconocer el soberano dominio de Dios sobre nosotros y nuestra dependencia para con Él. Con respecto a Dios, somos la misma nada; incluso somos ya nada en nosotros mismos; porque ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿de quién tenemos la existencia? ¿qué podemos?

651. Nuestro origen es la nada de la que hemos sido sacados; de nosotros mismos no somos más que nada, y si hay algo en nosotros digno de estima, no nos pertenece, ya que es de Dios que nos lo dio, porque todo en nosotros, incluso nuestra misma existencia, proceden de Dios. De nosotros mismos, no tenemos absolutamente nada, ni siquiera nuestras buenas acciones, puesto que si las llevamos a cabo es con la ayuda de Dios y nosotros no hacemos más que cooperar a su gracia; e incluso Dios nos ayuda en esa misma cooperación. Lo cual hacía decir a San Pablo: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?: *omnia accepisti a Deo; si autem accepisti, cur gloriaris quasi non acceperis?*

652. No sólo no tenemos nada de nosotros mismos, sino que tampoco podemos nada; no podemos más que el mal. Por eso los santos se creían los mayores pecadores y esto con toda verdad porque, como explicaba San Francisco de Asís a uno de sus religiosos que le preguntaba el por qué firmaba siempre: "Francisco de Asís, el mayor pecador de todos": "Es-respondió-porque realmente lo soy, porque si no he cometido todos los pecados que los grandes pecadores han cometido, se lo debo a Dios, porque si no hubiera tenido el socorro de su gracia, habría cometido los mayores crímenes y quizá mayores que los mayores criminales. Por consiguiente, no debo a mí mismo el no haberlos cometido puesto que, de mí mismo, era capaz de cometerlos; por el contrario, si los grandes pecadores de que habláis, hubiesen tenido las mismas gracias que yo, probablemente habrían hecho un uso mejor que yo de ellas procurando a Dios más gloria. Soy el responsable, ante Dios, de la gloria que hubiera podido darle; soy, pues, culpable ante Dios; soy el mayor pecador."

653. Pero lo que más contribuye a humillarnos es nuestros pecados. ¿Hay algo más vil, hay algo más abominable a los ojos de Dios que un pecador? Así es cómo hay que mirar al hombre, rebajándole por debajo de la nada; porque la nada, por muy vil que sea, no horroriza a Dios, mientras que el pecador incurre en su abominación. Dios no puede aguantar al hombre pecador, del mismo modo que el aceite hirviendo no puede soportar el agua fría. ¡Dios mío! Y yo que os he ofendido tanto ¿cómo compareceré ante vuestra presencia? ¿En dónde habrá un lugar bastante bajo para ponerme allí y ocultarme? ¡Qué desfigurado estoy por la fealdad de mis pecados! Ya no me preguntaré lo que soy por mí mismo, sino que me preguntaré qué he hecho de aquellos bienes que Dios puso en mí para su gloria. Me veo obligado a confesar que los he desfigurado, envilecido y prostituido. Esa es mi obra.

654. La destrucción: eso es lo que puedo. ¿Hay algo de qué gloriarme por ello? ¿algo de lo que enorgullecerse? ¡Soy el abismo de la nada! ¡Soy el destructor de las obras de Dios! ¡Qué cierto es que, quien no trabaja con Vos, destruye! Pero, después de todo, ¿la humildad consiste en palabras bonitas y en hermosos discursos? No. Si el corazón no es humilde, se puede hablar de ese modo y, sin embargo, tener el corazón lleno de orgullo. En ese caso, esas bonitas palabras no serían más que un refinamiento de orgullo.

655. Nuestro Buen Padre nos ha contado, a este respecto, la historia de una de las novicias del Instituto de María a quien le habían designado como muy orgullosa aunque era muy obediente, y tenía otras varias buenas cualidades, decía de sí misma que no era nada e incluso proclamaba que era una gran pecadora. Nuestro Buen Padre, para asegurarse por sí mismo de lo que era, fue a verla al Noviciado. La examinó y en una conversación que sostuvo con ella le demostró que sólo Dios es grande y digno de toda alabanza y que los demás no somos nada. Ella decía que estaba muy convencida de todo esto. Entonces le preguntó si estaba contenta de no ser más que nada y de que Dios sólo fuese algo. Esto ya no entraba en su mollera y, por algunos movimientos que hizo, nuestro Buen Padre notó que su corazón no era humilde y la despachó a su casa. (Historia de la Novicia, pág. 25.)

656. ¿Cuántas ramas tiene el orgullo? Tres: el orgullo en relación con Dios, con respecto a nosotros mismos y orgullo tocante al prójimo.

1. El orgullo en relación con Dios. Consiste en no querer reconocer en Dios lo que es y, por este orgullo, se le niega lo que le pertenece. Por efecto de tal orgullo, uno se desanima cuando no acierta, cuando sobrevienen las penas porque entonces no se reconoce que Dios lo es todo y que de nosotros mismos no podemos nada.

2. Orgullo en relación con nosotros. Por él nos atribuimos lo que no nos pertenece.

657. 3. Orgullo para con el prójimo, por el cual nos creemos por encima de él, siendo así que debemos tenerle en más estima que a nosotros mismos porque debemos estimar a los hombres en el orden de la gracia. Ahora bien: la caridad nos obliga a pensar que nuestros hermanos son más gratos a Dios que nosotros mismos, etc.; por lo menos pueden llegar a poseer la gracia, ya que también nosotros somos pecadores y podemos serlo aún más que ellos y ciertamente llegaremos a serlo si Dios no nos sostiene.

658. Por lo mismo, hay tres grados de humildad: para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo.

1. Humildad con respecto a Dios. Por ella se reconoce el soberano dominio sobre nosotros y que todo viene de Dios y debe atribuírsele.

2. Humildad con respecto a nosotros mismos. Por ella reconocemos que, de nosotros mismos, no tenemos nada, sino que todo el bien que hacemos procede de Dios y que no tenemos como propio más que la nada.

3. Por último, humildad con respecto al prójimo. Por ella nos estimamos menos que a nuestro prójimo poniéndonos por debajo de él, en todas las cosas.

659. ¿Cuál es el medio de adquirir la humildad? Primero, el hacer actos de esa virtud, aceptar humillaciones, gustando, por ejemplo, de oficios viles y despreciables que nos humillan ante los hombres. Pero como tales actos no nos servirían de nada sin el espíritu de humildad, debemos esforzarnos por adquirir esta virtud que es el principio de todas las demás, volviendo a menudo sobre nosotros mismos para cavar en el abismo de nuestra nada, examinando nuestra bajeza y planteándonos a menudo estas preguntas: ¿de dónde vengo? ¿de dónde he salido? ¿qué es lo que soy? ¿qué soy en el orden de la naturaleza y en el de la gracia?

Profundizando en tales cuestiones es como, a mi entender, adquiriremos el espíritu de humildad, porque, como lo dice el Profeta Miqueas: *humiliatio tua in medio tui*: tu humillación, en medio de ti. Al mirar la imperfección de nuestras obras y reconociendo que toda esa imperfección es obra nuestra, mientras que el bien que hay en nosotros procede de Dios, no podemos menos de reconocer nuestra humillación, nuestra bajeza y nuestro desprecio: *humiliatio tua in medio tui*.

7.ª Meditación

LA PUREZA DE INTENCION

660. *Sicut in die honeste ambulemus; non in comessationibus et ebrietatibus; non in cubilibus et impuditiis; non in contentione et aemulatione, sed induimini Jesum Christum et carnis curam ne feceritis in desideriis*: Caminemos honestamente como en pleno día; no en orgías y borracheras, no en los crímenes que se cometen de noche y en el impudor; no en disputas y procesos, sino revestíos de Jesucristo y no satisfagáis a vuestra carne en sus deseos desarreglados (Rom. 13, 14).

Nuestro Buen Padre ha tomado ocasión de este texto para darnos a entender la dicha que tenemos al vernos alejados del mundo en donde los vicios de los que se habla aquí se cometen con tanta facilidad y en donde, por consiguiente, no se puede vivir sin verse rodeado de mil peligros para la propia salvación, siendo mayores por cuanto los encontraríamos en nuestras mismas familias. Por consiguiente, es una gran gracia la que Dios nos hace al apartarnos del mundo.

661. Pero, ¿qué nos queda por hacer ahora para corresponder a nuestra vocación? San Pablo nos lo enseña: *sicut in die honeste ambulemus*: caminad honestamente, como en pleno día. Equivale a decir: realizad obras tales que no temáis hacerlas a plena luz; obras que podáis presentar en aquel día terrible, de modo que no comparezcáis con las manos vacías: *ne sitis manibus vacui*. Pero ¿cómo hay que hacer esas obras para que sean obras llenas? *Induimini Jesum Christum* nos dice San Pablo-*et carnis curam ne feceritis in desideriis*: "revestíos de Jesucristo"; es decir, haced ver en vuestra persona la gracia y las virtudes de Cristo: su dulzura, su templanza, su caridad, modestia, paciencia y todas las demás virtudes. Sobre todo, trabajad por no dar contento a los deseos

desarreglados de vuestra carne y no andéis en tinieblas, sino trabajad por Dios, a la luz de la fe.

662. Pero ¿qué nos enseña esa luz de la fe para lograr que nuestras acciones estén llenas y que se vean marcadas por el sello de Cristo? Vedlo: *sive manducabitis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite*: ya sea que comáis, ya sea que bebáis, o cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios. Hay que hacer notar que tales palabras no son un simple consejo, sino un precepto. Es, pues, una obligación para nosotros, el hacerlo todo por la mayor gloria de Dios, refiriendo todas nuestras acciones a Dios. Es lo que se llama la pureza de intención. Esta intención con la que hacemos todas nuestras acciones debe tener, a su vez, cuatro cualidades: 1.^a, sobrenatural; 2.^a soberana; 3.^a, actual en la medida de lo posible; 4.^a, pura.

8.^a Meditación

LA MORTIFICACION

663. 1. Observancia del silencio. Es ésta la regla que más contribuye al buen orden y a la edificación del prójimo. Observar los cinco silencios: el de la palabra, el de los gestos, el de las pasiones, el del espíritu y el de la imaginación. El de la palabra, no hablando más que cuando la caridad o la necesidad lo requieran. El de los signos, lo mismo. El de las pasiones, no dejando que nuestras pasiones se trasluzcan al exterior. El del espíritu, no ocupándose más que de las cosas presentes. El de la imaginación, no haciendo castillos en el aire. Observar estos cinco silencios-digo-equivale a estar bien adelantado en perfección; pero el primero es el que más contribuye al buen orden de la casa y es el que nuestro Buen Padre nos ha recomendado tanto, ya que está al alcance de todos.

664. 2. Mediante el texto de Isaías: *populus meus habebit requiem*, etc., nos ha dado a entender que nosotros somos ese pueblo de Dios; ese pueblo escogido entre millares y, por consiguiente, que a nosotros es a quienes ha dirigido esas promesas de paz, reposo y tranquilidad. De ahí ha tomado pie para excitarnos al agradecimiento.

3. *Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum*: os conjuro, hermanos, por la

misericordia de Dios, que hagáis de vuestros cuerpos hostias vivas, puras, santas y agradables a Dios; en esto consiste el justo sacrificio de alabanzas que le debéis (Rom. 12, 1).

9.ª Plática

NECESIDAD DE LA DIRECCION

665. *Confundetur Israel in voluntate sua*: Israel cae en la turbación porque ha querido seguir su propia voluntad (Oseas 10, 6).

Desgracia de quienes siguen su propia voluntad y felicidad de los que siguen la voluntad de Dios.

1. Su desgracia. Consiste en que caerán en la turbación, en la agitación, la confusión, siendo, por consiguiente, abandonados por Dios, *quia non in commotione Dominus*: porque Dios no está en la turbación. Notemos esta amenaza: confundentur, no se dirige sólo a los débiles o los ignorantes ya que se dirige a Israel; es decir, a quien es poderoso ante Dios, o es sabio, pues tal es la interpretación de la palabra Israel; de ahí que hasta los jefes mismos tienen necesidad de ser conducidos, de dirección. Incluso el mismo Papa está sometido a su confesor.

666. Ahora bien: si hasta los poderosos y sabios tienen precisión de dirección, para evitar la amenaza que se hace aquí a quienes siguen su propia voluntad, ¡con cuánta mayor razón los demás! ¡Cuánto más deberán temer éstos la amenaza que gravita contra quienes siguen su voluntad propia! Pero ¿en qué consiste el seguir su propia voluntad? Consiste en obrar por su propio impulso, sin consultar, sin el parecer de sus superiores o de su director; en una palabra: es seguir sus propias luces. Ahora bien: quienes siguen sus propias luces caerán en turbaciones, en confusión porque no harán la voluntad de Dios.

667. Pero alguno dirá: "Me parece que ésa es la voluntad de Dios; me parece sentirla; incluso la estoy sintiendo." Os parece, pero no estáis seguros de ello. De lo que sí estáis seguro es de que la voluntad de Dios es que consultéis. Ved a San Pablo en el camino de Damasco: queda derribado por tierra, oye una voz. Al oirla, exclama: Señor, ¿qué queréis que haga? El Señor, que hubiera podido entonces declararle por sí mismo su voluntad, le remite a Ananías: Vete-le dice el Señor-; vete a Damasco, y allí se te dirá lo

que tienes que hacer: *et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere*. Llegado a Damasco, permanece allí tres días en oración esperando conocer la voluntad de Dios, sin comer ni beber. Por fin, Dios ordena a Ananías que vaya, de parte suya, a devolver la vista a Pablo y a declararle su voluntad. Ananías entra en donde está Pablo y le impone las manos. Entonces caen de los ojos de Pablo unas como escamas, recobra la vista y es bautizado, tomando alimento, que le devuelve las fuerzas; después de haber permanecido aún varios días en Damasco con los cristianos de allí, emprende su predicación. Es preciso, pues, a ejemplo de San Pablo, esperar con toda paciencia, incluso añadiendo el ayuno y la oración, la voluntad de Dios, sin contristarnos nunca ni turbarnos diciendo: ¿Qué haré el año que viene? ¿Qué quieren hacer conmigo? ¿Qué empleo me darán?, etc. Permaneced tranquilos; *dicetur*: ya se os dirá cuando llegue el momento. Mientras tanto haced lo que tenéis que hacer y hacedlo sin turbaros.

668. 2. Ventajas de la dirección. Primero nos da paz y tranquilidad. ¿Qué haríamos en algunas ocasiones? Tenemos dentro de nosotros, dos voces diametralmente opuestas que nos están hablando: la naturaleza y la razón. La razón -que es, indiscutiblemente, la parte más noble de nosotros mismos- nos dirá que hay que reprimir la naturaleza; que hay que hacerse violencia; que hay que tratar al cuerpo como a un esclavo, etc. Por el contrario, la naturaleza nos dirá que no hay que matarse a sí mismo, que hay que sustentarse para poder trabajar por la gloria de Dios, etc. La razón nos impondrá penitencias porque son necesarias para lograr el Cielo, porque hemos pecado, etc., pero, por otra parte, se nos dirá que está prohibido arruinar su salud y abreviar sus días, etc. En una palabra: se encuentra uno en medio de mil circunstancias igualmente difíciles en la vida. ¿Qué hará el alma en tal perplejidad? Es preciso que venga un juez ya que nadie es buen juez en su propia causa. Entonces se recurre al Director espiritual que nos declara cuál es la voluntad de Dios; la seguimos y recobramos la paz porque estamos seguros de que ésa es la voluntad de Dios y porque haciendo la voluntad de Dios se vive en paz: *pax multa diligentibus te* (seguir la dirección de los superiores).

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE 1827

*Empezados en Saint-Rémy el 9 de septiembre por nuestro
Buen Padre*

El P. Chevaux, en estos Ejercicios, emitió sus votos perpetuos el 17 de septiembre. Entre paréntesis, las partes propias del P. Chevaux. Las demás están también en el manuscrito Marres.

1.º Instrucción preparatoria

669. *Ducam eum in solitudinem et ad cor ejus loquar:*
Le llevaré a la soledad y allí le hablaré al corazón (Oseas. 2, 14).

¿Cuáles son los motivos que deben traernos a los Ejercicios?
¿Cuáles son los sentimientos que deben animarnos? ¿Cuáles son los frutos que cabe esperar de estos Ejercicios?

1. Debemos entrar en Ejercicios por los mismos motivos por los que Dios nos llama a ellos. Ahora bien: Dios nos llama al retiro para hablarnos al corazón, para darse a conocer a nosotros; para mostrárenos y para que nos conozcamos a nosotros mismos. Al mostrarse a nosotros, nos hace ver lo que deberíamos haber hecho; al mostrarnos a nosotros mismos tales como somos, nos hace ver, gracias a la comparación, lo que hemos faltado. Después, dirigiendo nuestra mirada hacia Dios y a su Ley, veremos lo que tenemos que hacer en lo sucesivo.

670. De este modo, los motivos que deben traernos al retiro, son la dirección de nuestra propia conciencia y la reforma de las costumbres. Hay que tomar como meta el examinar el mal que se ha hecho, el bien que se ha omitido y que se debería haber hecho, tomando los medios para reparar el mal que hemos hecho, si es posible y hacerse fuerte en la práctica del bien. En una palabra: hay que proponerse destruir en sí mismo el hombre viejo y hacer nacer el nuevo. Ahora bien: para alcanzar este fin hay que permanecer en la soledad; es decir, que hay que quedarse con Dios solo; por consiguiente, observar el silencio no sólo de la palabra sino el de las pasiones, el del espíritu, el de la imaginación, etc. Otro motivo también es el entregarnos y consagrarnos a Dios.. En la soledad oiremos aquellas palabras: *praebe, fili mi, cor tuum*. ¿Nos atreveremos a rehusárselo teniendo presente que Dios nos habla, Dios nuestro Creador y soberano Señor, de quien todo depende? Habrá pues, que dárselo y sacrificárselo. Y ello sin reserva. Por

consiguiente, renunciar a padres, amigos y a todo apego a las criaturas.

671. 2. Los sentimientos que deben animarnos durante el retiro son sentimientos de agradecimiento, de fidelidad y de fortaleza. 1.º De agradecimiento. Nos veremos animados de estos sentimientos si nos damos cuenta del valor de unos Ejercicios. ¿Cuál es este valor? Los Ejercicios son un favor que Dios nos concede y que niega a tantos otros. Pesemos bien las palabras del texto y así comprenderemos su valor: Yo te conduciré, etc. ¿Quién habla? Dios mismo que quiere mucho llevarnos al retiro; no es un rey ordinario que quiere admitirnos a coloquio con Él. Es el Rey de reyes. ¡Qué honor! ¿Qué no debemos esperar de un favor tan señalado? ¿Por qué nos conduce? Para entretenerse con nosotros El mismo, para hablarnos como un amigo habla a su amigo, para tratar con nosotros como un amigable componedor. ¡Qué dicha! ¡Qué a propósito son estos favores para excitar en nosotros, sentimientos de agradecimiento!

672. 2.º Sentimientos de fidelidad. Queriendo Dios dar los primeros pasos en la conversación que quiere tener con nosotros en el retiro, justo es que respondamos a esta predilección por una entera correspondencia a la gracia; es lo menos que podemos hacer: el seguir sus inspiraciones y los buenos movimientos que nos inspire. Es seguro que nos hablará a lo largo de los Ejercicios. Pero ¿en qué momento? No nos lo dice. Lo mismo podrá ser al principio que al fin. A nosotros nos toca el estar atentos para acechar el momento y ser fieles a su voz.

673. 3.º Sentimientos de fortaleza. Hay que armarse de valor para soportar con paciencia la vista de sus propias faltas, los reproches de la conciencia y tal vez las arideces que uno experimentará. Pero por tener que sufrir algunas arideces no hay que creer que los Ejercicios son inútiles y que no se saca de ellos fruto alguno.

3. Los frutos que debemos esperar de los Ejercicios son muy grandes; consisten en la reforma de nuestra vida en el caso en que hubiéramos podido faltar a nuestras reglas.

Primera Instrucción

674. Cómo somos realmente hijos de María: *qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine* quien fue concebido del Espíritu Santo y nació de la Virgen María (Símbolo de los Apóstoles: art. 3.º).

(RESUMEN DEL P. CHEVAUX)

1. María ha concebido realmente el verdadero cuerpo del Señor, por la operación del Espíritu Santo. También ha concebido a su cuerpo místico que es la sociedad de los santos y de todos los fieles.

2. María ha dado a luz verdaderamente a Jesucristo. También ha dado a luz realmente a todos los santos, de tal modo que no hay santo alguno que no haya nacido a la gracia por medio de María.

3. María, en realidad de verdad ha alimentado, educado, acompañado en sus viajes, en sus desgracias e incluso en su misma muerte al Hijo de Dios. También María ha alimentado, fortificado, protegido y acompañado en sus penas y trabajos a todos los santos.

(RESUMEN OFICIAL)

675. 2. Jesús ha nacido verdaderamente de María. Del mismo modo los elegidos han nacido verdaderamente por medio de Ella. María es la Madre del cuerpo natural de Jesús y a la vez de su cuerpo místico.

3. María quedó asociada a todos los estados de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Los elegidos no llegan a la plenitud de la edad perfecta -como la llama San Pablo- más que en tanto sea María para ellos lo que fue para con Jesucristo.

676. 1. El Espíritu Santo es quien ha hecho empezar en María la vida de Cristo: *qui conceptus est*, etc. El bautismo y la fe han hecho empezar en nosotros la vida de Cristo; así hemos sido concebidos por obra del Espíritu Santo. El profeta Isaías había ya anunciado este prodigio maravilloso: *ecce virgo concipiet et pariet filium*: una virgen concebirá, etc. Emanuel es Dios con nosotros. La Santísima Virgen, de consiguiente, no es un mero instrumento pasivo del que se sirvió Dios para dar al mundo a su Hijo. No es

simple canal, sino Madre de Dios: concipiet. De su consentimiento dependió el gran misterio de la Encarnación. El Hijo de Dios sólo se encarnó cuando María afirmó: *Fiat mihi, etc.*

677. 2. Cuando Jesús dijo al discípulo amado: Ecce Mater tua: he ahí a tu Madre, María era ya su Madre; ya le había engendrado. El nombre del discípulo no se indica porque entonces representaba a todos los hombres. Por consiguiente, María no es sólo Madre nuestra porque nos ha adoptado como hijos suyos. Es, en toda la fuerza de la expresión, Madre nuestra porque nos ha engendrado espiritualmente, como verdaderamente ha engendrado a Cristo; pero no hemos sido ahogados antes de nacer; por eso, María es Madre nuestra. Los fariseos decían: *Filii Abraham sumus, etc.* No.

3. *Venter tuus sicut acervus tritici.* En el seno de María nacen frutos en abundancia. *¡O quain pulchra est casta generatio cum claritate! Liber generationis Jesu Christi.* Poseemos la vida en Cristo y por Cristo. Ahora bien: por medio de María se nos comunica esa vida. María es como el cuello en el cuerpo, entre Cristo y los miembros.

Meditación de la mañana

LA SALVACION - SU NECESIDAD

Lunes: 1.ª Instrucción

678. *Porro unum est necessarium:* una sola cosa es necesaria.

Hay que percatarse bien de esta verdad: de que no hay más que una sola cosa necesaria. Pesemos bien esta palabra: necesaria; equivale a decir que no se puede prescindir de ella sin perderse, sin perecer miserablemente. Notemos que es la única, la sola cosa necesaria. Pero, ¿cuál es? Nuestra salvación; es decir, la vida eterna, la dicha eterna, la posesión del mismo Dios. Ahora bien: para hacer práctica esta verdad a religiosos, pensemos que: 1. La salvación es el motivo de los sacrificios de la vida religiosa. 2. La salvación es el apoyo y el sostén continuo de un religioso. 3. La salvación es la recompensa de los sacrificios del alma religiosa.

679. 1. La vida religiosa es una vida de sacrificio, ya sea en la obediencia, ya sea en la observancia de la Regla. Hace falta soportar todo esto y someterse a ello con resignación. Ejemplo de la madre de los Macabeos que dice: Hijo mío: mira al Cielo. Ejemplo de un negociante que arroja al mar todas sus mercancías, con tal

de salvar su vida. Si somos capaces de tan grandes sacrificios para salvar la vida natural, ¿de qué no seremos capaces para lograr la eterna?

680. 2. Es el apoyo de los sacrificios continuos que hay que hacer en el estado religioso. Tenemos hermanos que edifican a todo el mundo por su modestia y su fervor. No se puede comprender cómo, en la flor de la edad, vivan de un modo tan conforme a la Regla, renunciando a todos los bienes y a todos los placeres del mundo. Es que el mundo no comprende lo que vale el Cielo. El demonio nos vendrá diciendo: Sí. Es fácil, ahora, tomar resoluciones. Pero no las cumplirás. ¿Por qué no? La salvación es siempre un bien infinito. Los mismos motivos que nos llevan hoy a tomar resoluciones, subsistirán siempre. Dios me sostendrá si tengo siempre delante de mí la gran verdad: una sola cosa es necesaria.

681. 3. La salvación es la recompensa eterna, la dicha eterna: eso es lo que estamos esperando y tenemos que esperar. En el estado religioso hay que hacer sacrificios; hay que renunciar a todo, sacrificarlo todo, sujetarse a una Regla, aunque poco austera, penosa de observar, etc. Pero dirá alguno: "yo no tenía casi nada cuando abracé el estado religioso". Incluso hay que renunciar a la esperanza de poseer. "Pero si estoy aquí mejor de lo que estaba en mi casa, en el mundo". No importa; hay que estar dispuesto a todo, renunciar de corazón a todas las cosas amables de la vida, comprometerse, atarse por votos a la cruz de Cristo, morir a todo empezando por morir a sí mismo y no vivir más que de la vida de Jesucristo. Todo esto ¿no son otros tantos sacrificios? La vista de la recompensa nos ayudará a hacerlos con valor.

Primera Conferencia de las 10

682. NOTA: Entretenerse con las buenas ideas que nos vienen. La Santísima Virgen nos las envía por medio de nuestro Ángel de la Guarda y de otros ángeles que están a su disposición.

SOBRE LA FE

683. *Fides initium, fundamentum et radix omnis justificationis*: la fe es el principio, el fundamento y la raíz de toda justificación.

Estas palabras son del Concilio de Trento; son de fe y, al mismo tiempo, son palabras consoladoras. Todo el mundo se dice, indudablemente: "quiero salvarme". Pero ¿qué hacer para llegar a la felicidad? El Concilio de Trento nos lo señala: "tened fe; es el medio de ir al Cielo".

1. La fe es el principio de toda justificación. Dios quiere que cooperemos con su gracia. Dice San Agustín: "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin tí: *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*".

Hemos recibido la fe, la esperanza y la caridad por el bautismo; pero es preciso que la fe se haga más viva en nosotros. No será por actos repetidos ni por vía natural como llegaremos a tener la fe; es una virtud sobrenatural; es preciso que Dios nos infunda su luz. La verdad no entra en nosotros sino por la luz y la luz viene de Dios.

Initium. Es el principio de nuestra justificación y aun cuando nuestra fe sea aún débil como la del oficial real, el cual consideraba a su fe como una especie de incredulidad: *adjuva incredulitatem meam: ayudad mi incredulidad*, seguiría siendo también el principio de nuestra justificación.

684. 2. La fe es el fundamento de nuestra justificación. Hay que construir sobre el fundamento de la fe. ¿Cuál es ese fundamento? Las obras de la fe. Aunque hiciésemos milagros y obras estupendas; si no son obras de fe, y de una fe verdadera, no haríamos nada. Para tener una auténtica fe, hace falta humildad; pero la fe junto con la humildad es el fundamento de toda justificación, de todas las acciones y obras meritorias. Cada obra de fe es de un valor tal que es el fundamento de nuestra salvación.

685. 3. *Radix*. La fe es la raíz de nuestra justificación; es el canal por el que el árbol recibe la savia: comparación de un árbol; sabido es que la savia está en la raíz, se extiende a todo el árbol hasta las ramas pequeñas e incluso hasta las hojas. Es que la savia penetra por las raíces en el árbol; cuando un árbol empieza a secarse, basta una buena lluvia para hacerle revivir de nuevo. Si la fe penetra nuestras acciones, éstas recibirán todas su recompensa porque son actos informados por la justicia. Pero cuando no hay fe en las obras que se ejecutan, entonces tales obras son como árboles estériles, porque no queda nada en las fibras de tal árbol. Con la fe lo podemos todo; sin ella, no podemos nada.

Esto quiso el Señor darnos a entender, al final de su vida, cuando se encaminaba a Jerusalén; vio una higuera hermosa; parecía frondosa; se acercó a ella; pero no tenía ningún higo; entonces la maldijo: ¡Maldita seas!, y al punto esta higuera se secó. Los Apóstoles se extrañaron y se decían unos a otros: *Mira cómo se ha secado. Entonces, el Señor les repuso: Tened fe: habete fidem Dei; si no vaciláis nada, lo obtendréis todo.*

2.ª Conferencia

A las dos de la tarde

CUALIDADES DE LA FE

686. Es preciso que nuestra fe sea firme. Tal firmeza es una de sus cualidades esenciales. ¿Por qué la fe debe ser inquebrantable? Porque tiene como apoyo la veracidad misma de Dios. Sería hacer una injuria a Dios el no creer firmemente en su palabra cuando Él ha hablado. Sin duda alguna, es preciso también que esté informada por la caridad. La fe no debe ser sólo algo así como una luz en el espíritu; también debe estar en el corazón. Se requiere una disposición del corazón tal que sea ella misma fe, amor a la verdad. Por lo mismo, es preciso gustar de lo que se cree. De ahí que San Pablo nos diga: la fe del corazón es la que justifica: *corde creditur ad justitiam; ore confessio fit ad salutem.*

687. No se puede entrar en la justicia más que por la fe del corazón. A menudo se cree una verdad; pero no se la ama. Es lo que les pasa a los demonios. Ved los demonios: también tienen fe y ésta les hace temblar; les lleva al alejamiento, a cierta malicia del corazón: *credunt et contremiscunt*: creen y tiemblan. De este texto nos servimos hábilmente en contra de ellos, ya que cuando nos tientan, no tenemos otra cosa que hacer más que enunciar verdades de fe; al oírlas, se alejan en seguida. Es lo que nos enseña San Pedro: *Cuando viene como un león rugiente, resistidle fuertes en la fe: cui resistite fortes in fide.* Y aún en el caso de que hubiera mil demonios tentándonos, si les resistimos con la fe, se ven obligados a huir. Lo que importa es saber servirse de la fe. San Pablo nos enseña que cuando la malicia infernal arroja sus dardos de fuego tela ignea sobre nosotros, tenemos que servirnos del escudo de la fe: *sumite scutum fidei.*

688. Es preciso tener la fe del corazón. Nuestro Señor reprochaba a sus discípulos que eran tardos en creer: *tardi corde ad credendum*, y como dice el Evangelio, poco a poco se dispusieron a creer mejor. Es lo que ocurrió en Emaús en donde los discípulos reconocieron al Señor en la fracción del pan. Había algunos que se creían fuertes; pero sólo lo eran en la inteligencia, pero no en el corazón, cuando hay la oposición de éste. Se ha despachado a una novicia que creía; pero no con la fe del corazón. Se le dijo: "Hay que decidir de su vocación. Vaya a hacer una visita al Santísimo y en ella dígame a Dios que El lo es todo. Dígame luego qué consecuencia saca de ello." Respondió: "Que yo no soy nada." Se advirtió un pequeño movimiento de repugnancia para sacar tal consecuencia. Ocho o diez días más tarde, se volvió a insistir: "¿Qué hay? ¿Ya 'ha comprendido en el corazón que Dios lo es todo y que nosotros no somos nada?" La novicia dijo que no, viéndose que tenía mucha dificultad en gustar la verdad de que ella no era nada y que Dios lo era todo.

689. Los Apóstoles, después de haber recibido el Espíritu Santo, se sirvieron de las luces de este espíritu de Dios para pronunciar el primer artículo del Credo: *Credo in unum Deum, etc.* Notemos bien que el Espíritu Santo puso en la boca de los Apóstoles cada una de las verdades fundamentales. Notemos también que San Pedro no dice simplemente: Creo que hay un Dios, sino: "Creo en Dios y me dirijo hacia Él." Por consiguiente, al enseñarnos los Apóstoles la existencia de los dogmas católicos, nos enseñaban también que debíamos amarlos. Pero tal fe viva en el corazón ¿es ya la fe que produce toda justicia, *initium, fundamentum et radix*? Respondo que es muy buena; pero la fe es alimento de la justicia. Comparación del alimento necesario al cuerpo.

3.ª Conferencia

Martes, a las 10

690. *O si scires donum Dei!*: ¡Oh si conociérais el don de Dios!

Es lo que dijo Cristo a la Samaritana. ¡Qué don tan grande de la fe! ¡Qué don es esta luz que procede del Padre de las luces! Este don viene representado por aquella columna de fuego que iba por delante de los israelitas en el desierto, poniéndolos a cubierto de sus enemigos y conduciéndolos por espacio de 40 años, la misma que les ayudó a pasar el Mar Rojo: Su cara luminosa estaba del

lado del pueblo de Dios, mientras que el lado tenebroso caía del lado de los egipcios; éstos no sabían qué hacer. Moisés hizo pasar a los israelitas el Mar Rojo en el que el ejército egipcio quedó enteramente anegado. Si, durante estos Ejercicios podéis obtener el don de la fe, cual una columna luminosa, esta fe os conducirá hasta las puertas del Cielo, como dice San Pablo. La fe conduce a las puertas del Cielo, en el que solamente entra la caridad.

691. ¿Cuál es la fe que nos lleva al Cielo? No es la fe puramente especulativa; es la fe que actúa, la fe práctica, y que se llama operante. La fe especulativa es una mera creencia; es la íntima convicción acerca de las verdades que la Iglesia nos enseña. La fe especulativa, aunque tenga una íntima convicción, tiene, sin embargo, una convicción imperfecta muy a menudo. El alma está todavía en mal estado poseyéndola; se prefiere creer las verdades reveladas a la Iglesia que no creerlas; por ejemplo, que hay un infierno; que en este infierno hay un fuego, etc. Hay que creerlo; pero no existe una entera convicción. Ejemplo, Enrique IV de Francia, decía que la religión cristiana era una religión divina; pero que también el protestante consideraba divina a la suya; ya no tenía una íntima convicción en esta fe. Esta íntima convicción debe ser tal que, por ella estemos dispuestos a subir al cadalso.

(Lunes por la tarde)

692. *Statutum est omnibus hominibus semel mori*: está promulgado un decreto de muerte contra todos los hombres.

El Apóstol no dice cuál es ese decreto. Hele aquí: *Sois polvo, y en polvo os convertiréis: pulvis es et in pulverem reverteris*. Pero ese decreto ¿es irrevocable? Sí. Desde el primer hombre hasta ahora, todos los hombres, sin excepción, han muerto; sólo Elías y Enoc no han sufrido esta condenación a muerte. Pero sabemos que morirán. El decreto de muerte es irrevocable; todos moriremos. No sabemos cuándo ni cómo; pero de lo que estamos seguros es de que moriremos.

1. Tenemos, como hombres, que aceptar el decreto de muerte; 2. Debemos aceptarlo en calidad de pecadores, en espíritu de penitencia; 3. Como cristianos, debemos someternos a él en espíritu de fe.

693. 1. Como hombres, debemos someternos a ese decreto; de este modo hacemos ver nuestra dependencia respecto a Dios. Cristo mismo quiso morir: "Fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz: *factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.*" También la Santísima Virgen quiso morir. Los Apóstoles llaman a su muerte un sueño. "Sí, Dios mío, consiento en que mi alma se separe de mi cuerpo; y si tal fuese vuestra voluntad, bajaría vivo a la tumba, cavando yo mismo mi propia fosa." Pertenece a Dios. ¿Por qué no querríamos someternos a su soberana voluntad? ¿No es dueño de disponer de nosotros según su parecer?

694. 2. Somos pecadores en nuestro origen. Somos hijos de un padre prevaricador y culpable de lesa majestad divina. Llevamos con nosotros la pena del pecado: *stipendium peccati, mors.* La muerte es la recompensa o más bien, el castigo del pecado. ¡Perezca, pues, este cuerpo al que he adulado tanto! ¡Que quede reducido a polvo y convertido en pasto de gusanos!

695. 3. En cuanto cristianos, triunfamos de la muerte por la muerte. Cristo ha vencido a la muerte por su muerte: *O mors! ero mors tua;* *absorta est mors in victoria.* La muerte ha sido vencida por la muerte; ha sido absorbida en la victoria de Jesucristo, el cual ha encontrado la vida en su tumba. La muerte de Jesucristo es preciosa a los ojos de Dios: *pretiosa in conspectu Dei mors sanctorum ejus.*

Pero ¿cómo moriremos? No lo sabemos. Sin embargo, hay cierta seguridad de morir bien cuando se vive bien. Pero si habéis vivido en la cobardía corréis peligro de morir como réprobos. Como es la vida, es la muerte: *mors peccatorum pessima.*

696. NOTA: Hay quienes creen que no avanzan en virtud, aun cuando hagan exactamente actos de fe como se les dice. Pero el orden sobrenatural no es como el orden natural. Dios obra insensiblemente, poco a poco. ¿Acaso se ve crecer a la hierba? Sin embargo, es seguro que crece. Nuestro Señor mismo nos da a entender en el Evangelio, que el Reino de Dios es semejante a un grano de trigo que se eleva y crece, etc.

Martes, 11 de septiembre, por la mañana

SOBRE LA ENORMIDAD DEL PECADO EN LOS RELIGIOSOS

697. *Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?:* ¿Cómo es que mi amado ha cometido tantas prevaricaciones en mi casa? (Jerem. 11).

¡Qué conmovedoras son estas palabras! Dios es quien nos las dice. Cristo dice a sus Apóstoles que ya no los considera como siervos, sino como amigos: *jam non dicam vos servos, sed amicos*. De ahí se deduce que el pecado de un religioso es enorme.

1. A causa de las luces que recibe; 2. De la santidad de su estado; 3. De las gracias abundantes de que se ve colmado.

698. 1. El pecado de un religioso es enorme porque goza de luces más vivas, ve las cosas más claras que los demás cristianos. Ha oído hablar muchas veces de las amabilidades de Dios para con nosotros, de las vanidades del mundo, etc. A pesar de todas esas luces, ofende a Dios. ¡Qué prevaricaciones! Y eso en la casa del Señor. Pecado de Judas.

699. 2. El pecado de un religioso es enorme a causa de la santidad de sus deberes. El estado religioso es un estado santo. Los votos, por los cuales se liga íntimamente a sus deberes, nos hacen más culpables. Si cometemos faltas, por ejemplo, contra la santa virtud, es un sacrilegio, y tal pecado es considerado como uno de los mayores. O si se falta contra el voto de pobreza, ¡qué detestado ha sido siempre este pecado y considerado como una acusación muy grave! Historia de un religioso que tenía en su poder algunos escudos en el momento de su muerte y a quien no se le quiso enterrar en sagrado.

700. 3. El pecado de un religioso es más enorme porque este religioso está provisto de gracias más abundantes: tiene siempre el buen ejemplo ante sus ojos; tiene recursos y medios de salvación en el estado religioso. Es justamente lo contrario de lo que sucede en el mundo. Aquí, en el estado religioso, todo nos lleva al bien, mientras que allí todo lleva al mal. Pero ¿no valdría más quedarse en el mundo ya que los pecados del religioso son tan enormes? Es como si se dijera: "Estoy hambriento y soy miserable; pero prefiero estar así que acudir adonde un amigo o un bienhechor para recibir con qué aliviarme. De este modo, no me vería luego obligado a darle gracias y mostrarme bueno con él, etc." ¿Cómo se puede

estimar en tan poco la gracia de los retiros, que es una de las gracias mayores que Dios puede hacernos, una gracia de predilección? ¡Qué dicha el vernos separados del mundo y de sus peligros!

Resumen de las pláticas anteriores

701. Los tres primeros ejercicios son muy fundamentales. En el primero se ve que recibimos nuestra regeneración espiritual en el seno de María, a semejanza de Jesucristo. La Santísima Virgen obra, respecto a nosotros, como actuó con Jesucristo. Nos conoce, nos engendra y nos forma hasta llegar a la plenitud de la edad perfecta. Por eso, podemos decir con San Bernardo que "María es el fundamento de nuestra esperanza." La segunda meditación nos ha hecho ver lo que tenemos que hacer en la tierra; es una sola cosa: nuestra salvación. La corona de la inmortalidad nos excita a hacer todos los sacrificios que el Evangelio nos exige. Cuando las inclinaciones nos quieran hacer retroceder, entonces recurramos en seguida al pensamiento de la salvación. Este apoyo debe sostenernos hasta que lleguemos a buen término: *Si labor terrea, merces excitet.*

La tercera plática es también fundamental. Hemos visto cómo tenemos que empezar, continuar y rematar nuestra santificación. Es por la fe. Hay que apoyarse en una doctrina de fe. Ya sabemos lo que tenemos que hacer para salvarnos: creer bien.

Continuación de la fe

702. Pero en la fe hay sombras. No importa. Por muy tenebrosa que sea la fe creo sin embargo en ella porque la verdad existe. Ejemplo de la niebla: el sol se levanta; a través de esa niebla veis algunos rayos de sol; no le veo, sin embargo, pero estoy seguro de su existencia.

Fe práctica

Hay verdades misteriosas y verdades morales. Las verdades misteriosas se refieren al dogma. Las morales nos enseñan el modo cómo debemos conducirnos. La fe debe ser práctica, ya sea en relación con las verdades misteriosas, ya sea respecto a las

verdades morales. Tomemos por ejemplo el dogma de la Encarnación. Si creo realmente que Cristo es Dios, engendrado realmente en el seno de Dios, que ha venido a este mundo, que se ha revestido de nuestra naturaleza, que mediante el bautismo nos incorporamos a Jesucristo; si creemos todo esto, estimaremos, respetaremos el carácter de cristianos y temeremos hacer nada que sea indigno de un cristiano: *ut filii Dei nominemur et simus*. Soy el heredero del Cielo, gracias a esta incorporación: *heredes, coheredes autem Christi*.

703. Si tengo una fe práctica, trabajaré para lograr el Cielo. Otra consecuencia la saca San León Magno: "Cristiano-dice-: reconoce tu excelsa dignidad; ten cuidado de no degenerar de tu dignidad." Quien tiene fe, sabe que el Cielo le pertenece en herencia. Otro ejemplo sacado de la Eucaristía: Creo que, por las palabras sacramentales, el pan y el vino se cambian realmente en el cuerpo y en la sangre del Señor. ¿No debo, por consiguiente, conducirme con aquel respeto y con aquella veneración que inspira este misterio divino? Por consiguiente, permaneceré en la iglesia como los ángeles adoradores. Cuanto más aumente la fe, más aumentará el respeto.

704. Verdades morales. Ejemplo: la frecuentación del sacramento de la penitencia. Sé que he pecado y que tengo que hacer todo lo que es preciso para volver a recuperar la gracia de Dios. Pero ¿con qué sentimiento lo haré si tengo fe? Primero, en el examen para buscar mis pecados ¡qué atención! En cuanto a la contrición, es preciso que reúna las cuatro cualidades: interior, soberana, universal y sobrenatural. Revestida de tales cualidades, será eficaz. Es raro que uno vuelva a caer cuando se ha roto con los malos hábitos por efecto de la contrición sobrenatural.

705. La fe es, algunas veces, cooperante y otras determinante. Si hay que abrazar un estado de vida, la fe me dice que tal estado debe ser el que determina la voluntad de Dios. Tengo necesidad, pues, de entregarme a la oración. La fe operante me conduce a ella. Esta fe me dice que hay que hacer actos de fe en la presencia de Dios, al principio; pero es preciso que esta fe me sostenga durante toda la oración en esa presencia de Dios. Comparación con alguno que tiene que tratar con un príncipe.

706. Si la fe es práctica, nos mantendrá siempre lo mismo en la presencia de Dios. Esa fe me da el calor divino al cual me aficionaré de tal modo que poco a poco reanimará mi corazón, ya

sea para formular resoluciones, ya sea para suscitar afectos, etc. ¡Qué comunión recibiréis si la fe no es el principio y la fuente de todos los sentimientos que hay que llevar a ella! ¿Cómo recibiréis este manjar divino? Cuando Cristo instituyó la Eucaristía, no dijo sencillamente: tomad y tragad, sino que dijo: comed. Si no tengo fe, sólo recibo en mí este alimento; pero hay que comerle; es preciso que pase a mi alma y que la fortalezca. No comprendo cómo le comeré si la fe no me lo enseña. La fe es la savia que todo lo anima; es preciso que esté en movimiento. En la Sagrada Comunión, la fe, es, por decirlo así, el único jugo digestivo de la Sagrada Eucaristía.

707. *Fides sperandarum substantia rerum et argumentum non apparentium*: la fe es la sustancia de las cosas que esperamos y la prueba de las cosas que no se ven (Hebr. 11).

Este capítulo de San Pablo está lleno de reflexiones sobre la fe (leerlo). Hace la distinción entre la fe de los cristianos y la fe de los israelitas. Recuérdese la historia en que se dice cómo Moisés envió espías a la tierra prometida; estos espías trajeron unos racimos tan prodigiosos que hacían falta dos hombres para llevar un solo racimo. lo que probaba la fertilidad de la tierra. Esta tierra prometida era la figura del Cielo.

708. Ejercicio de la fe. Hay que partir de este principio: que nadie se apoye en otro principio que el de Cristo. ¿Y cuál es este principio?: *Haec est vita aeterna: ut cognoscant te Deum verum et quem missisti Jesum Christum.*

¿Cómo entiende Cristo que nosotros conozcamos a Dios? Tenemos la vida eterna en nosotros, mediante el conocimiento que tenemos de Jesucristo. Este es un camino seguro. Procuro conocer a Dios, y este primer conocimiento me conduce a conocerme a mí mismo. Sé lo que es la Santa Misa y cómo hay que aprovechar de la gran mediación de Jesucristo. En El debemos esperar la vida eterna: *crescite in fide-dice San Pedro-et in cognitione Domini Nostri Jesu Christi.*

709. Creo en Dios. Este es el objeto propio de la fe. Hay relaciones entre la fe, la esperanza y la caridad. Pero volvamos a la fe. Si quiero forjarme una idea grande acerca de sus grandezas, no puedo menos de mirarla en las criaturas. Mi razón se alegra de cuanto la fe le enseña, de cuanto no sabía. Ejemplo de los astrónomos que ven estrellas que no se pueden ver sino con la

ayuda de los telescopios; en cuya existencia, sin embargo, se cree. Tomemos por ejemplo, el de la Santísima Trinidad. Este misterio es impenetrable; sin embargo, creemos en él cuando la fe nos lo enseña si bien no lo comprendemos. La razón, entonces, me dice que así debe ser ya que la razón nos hace ver que Dios es más perfecto en tres personas que no en una sola, puesto que un Dios fecundo es más perfecto que un Dios que no lo fuera; todo lo cual se comprende por la explicación del misterio de la Santísima Trinidad.

Creo en Dios, etc.: 1, Dios es Creador; 2. Santificador; 3. Ultimo fin.

710. 1. Dios es Creador. Sólo los insensatos no creen en ello porque su pensar es semejante al de los insensatos que se apartan del común de los hombres, y no hay que prestar atención al de los últimos sino al de los primeros. No hay verdaderos impíos: *Dicit impius in corde suo: non est Deus*. Lo dice en su corazón; pero no está persuadido de ello o si Dios permite esa persuasión, es para un castigo más terrible.

Hay tres clases de castigos terribles de que Dios se sirve: la ceguera del entendimiento, el endurecimiento del corazón y la impenitencia final. Podemos convencernos de esta verdad mediante las solas luces de la razón; pero mi razón está sujeta a error; recurro, pues a la fe para asegurarme y -entonces veo que la fe me confirma en esta verdad por estas palabras: *Credo in Deum, creatorem, etc.*, las cuales son una explicación de las de la Escritura: *Ego sum qui sum. Ego Dominus. Deus creavit mundum intra sex dies; etc.* Habló la fe; yo me callo, escucho y creo: *omnia per ipsum et in ipso creata sunt* (Colos. 1). *Tui sunt coeli et tua est terra; orbem terrarum et plenitudinem ejus tu fundasti.*

711. 2. Dios es conservador de todas las cosas. También la fe me lo enseña: *Ego Dominus.*

Los seres, y su conservación, dependen de tal modo de Dios que si Dios cesara un instante de sostenerles, al punto caerían en la nada. Por eso, el Sabio dice: *quomodo potest aliquid permanere nisi tu voluisses, aut quod a te vocatum non esset, conservaretur?* (Sap. 11).

712. 3. Dios es también el fin último de todas las cosas: *universa propter semetipsum operatus est Dominus* (Prov. 6). Como

Él era el único ser que existía antes de la Creación, no podía crear sino para Él. Por otro lado, lo debía a su justicia.

Dios es, pues, creador y conservador de todas las cosas, lo mismo visibles que invisibles, corporales que espirituales: *Magnus Dominus et laudabilis nimis*.

De estos tres principios se sacan tres consecuencias:

1.^a Dios es Creador. Por consiguiente: todo procede de Dios.

2.^a Dios es conservador. Por consiguiente, todo está en Dios.

3.^a Dios es el fin de todas las cosas. Por consiguiente: todo debe tender a Dios.

713. 1. Todo procede de Dios: *omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est*. No sólo ha hecho las cosas en si mismas, sino también su modificación. Dios ha hecho que sean de tal o cual modo; que aparezcan en tal o cual tiempo, en tal o cual circunstancia, con tal o cual grado de perfección, etc. Nada sucede sino por su voluntad expresa o permisiva. El bien lo quiere absolutamente; el mal, lo permite. Pero aún el mismo mal lo hace servir a su gloria. Por eso la Iglesia, hablando del pecado del primer hombre, exclama: "¡Oh feliz culpa!"

714. 2. Todo está en Dios. Siendo Dios el conservador de todas las cosas, es preciso que esté presente en todas ellas y que todas las cosas estén presentes ante Él. Sin divisiones, sin embargo, ya que Él está en todas partes, puesto que es simple. Dice San Pablo: *In ipso enim vivimus, movemur et sumus; Est inmensus*. Por consiguiente, lo llena todo. Y por lo tanto, todo está en Dios: *spiritus Domini replevit omnia* (Sap. 1, 7). *Numquid non coelum et terram ego impleo, dixit Dominus?* (Jer. 2, 3). *Quo ibo a spiritu tuo?* (Ps. 138).

715. 3. Todo está hecho para Dios. Todo debe tender a Dios. Es una consecuencia necesaria de que sea Él el fin de todo. Ejemplo del imán que atrae al hierro; así Dios nos atrae hacia Sí. Todo está hecho para Dios. Las criaturas racionales, inmediatamente para Él; de donde se deduce que tenemos que hacerlo todo por Él, y las criaturas irracionales mediatamente para Él e inmediatamente para el hombre, el cual debe referir la gloria de ellas a Dios, por medio de acciones de gracias.

716. *Ego Dominus: Yo soy el Señor.*

Tales son las palabras que Dios pone al final de todas las leyes que dio a los judíos. "Haréis tales y cuales cosas", y acaba siempre por estas palabras: Yo soy el Señor. Son como su firma; como el sello que en otro tiempo se ponía a las leyes. Por medio de tales palabras daba a entender a los judíos que Él era el soberano, el dueño, el rey de todo. Sólo a Él se le ha dado ese sello de modo único; por lo mismo, no hay nadie que sea tan soberano como Él y que tenga un dominio tan vasto como el suyo. Hay dos clases de dominio: el de autoridad y el de propiedad. Ambos dominios pertenecen a Dios en un grado infinito.

1. El dominio de autoridad. No hay nadie que pueda decirle a Dios: "¿Por qué haces eso? ¿Por qué de este modo y no de otro?" Como tampoco la arcilla puede decir al alfarero por qué la destina a un vaso de ignominia más bien que a una vasija de honor. Todo esto proviene de que Dios no tiene a nadie sobre Él: *Deus est Dominus dominantium.*

2. Dominio de propiedad. Siendo Dios el creador de todas las cosas y gobernándolo todo, todo pertenece a Dios y de un modo más particular que al hombre que las posee.

Credo in unum Deum Patrem omnipotentem

717. Si creo en un solo Dios Todopoderoso, Creador de todas las cosas, debo concebirle como un ser perfecto e infinito en toda clase de perfecciones, porque tales perfecciones no son conocidas como posibles, más que si existen en un ser que puede comunicarlas y como este ser no ha podido recibirlas de otro, ya que hay que suponer siempre uno primero, es, pues, un ser necesario y sus perfecciones le son necesarias; y si éstas son necesarias en él, son infinitas, ya que si no lo fuesen, se podrían suponer semejantes en las criaturas e incluso mayores. Se podrían, pues, suponer criaturas tan perfectas e incluso más que el Creador, que el ser necesario; lo cual es absurdo. Dios o el Ser necesario es, pues, infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones.

718. Es, pues, uno, simple, eterno, inmenso, libre, inmutable, todopoderoso, justo, misericordioso, lo provee todo y está por encima de todo, siendo infinitamente amable: *Deus cujus natura,*

bonitas. Esta perfección, sobre todo, es la que parece caracterizar más a la divinidad.

Por aquí se ve que la fe nos hace conocer perfectamente a Dios, nos hace conocernos perfectamente a nosotros mismos, de modo que del conocimiento de Dios pasemos fácilmente al de nosotros mismos.

DE LA HUMILDAD. SUS MOTIVOS

719. Todo viene de Dios. Por lo tanto, Dios lo es todo. Y si Dios lo es todo, yo no soy nada: he ahí una consecuencia fácil de sacar, y bien deducida. Pero entremos en detalle y preguntémos: quid est homo? tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Hagámonos aquella pregunta que los discípulos de San Juan hacían a Jesús para saber si era el Mesías. ¿Qué nos responden nuestra fe y nuestra razón? No soy nada ni en el orden natural ni en el sobrenatural. Motivos de humildad.

720. Primer motivo: 1. No soy nada en el orden natural: quid enim habes quod non accepisti, quare gloriaris quasi non acceperis? Todos los bienes naturales que se nos dan, ya sea del alma, ya del cuerpo, proceden de Dios. Del alma, el entendimiento, la memoria, la penetración, etc. Del cuerpo, una buena estatura, una buena estampa, la gracia, etc.; todo eso viene de Dios. Porque, ¿quién nos ha hecho tales como somos? Dios. No tenemos nada de nosotros mismos en el orden natural. De nosotros mismos, somos nada.

721. Segundo motivo. En el orden sobrenatural tampoco somos nada, ya que no somos capaces de nada: 1. Sin la gracia santificante que nos hace gratos a Dios; 2. Sin las gracias actuales que nos ayudan a hacer el bien, ya sea previniéndonos, acompañándonos durante el acto o sosteniéndonos en él; 3. Sin la perseverancia final, la cual nos hace morir en gracia de Dios. Ahora bien: todas estas gracias no las tenemos de nosotros mismos; nos vienen de Dios. Por consiguiente, somos nada en el orden sobrenatural.

722. Tercer motivo. Radica en nuestro origen y viene: 1. De la vergüenza de nuestro origen; nacemos de un padre culpable. Esta infamia recae sobre nosotros como la de un padre condenado a muerte. Ejemplo de la existencia de hijos que nacieran de un padre difamado, etc. 2. De las tinieblas de nuestro espíritu. No sabemos

nada o casi nada; los mismos sabios confiesan su ignorancia; 3. De la corrupción de nuestro corazón, el cual nos lleva siempre al mal: Hay una ley en mis miembros-dice San Pablo- que me lleva siempre al mal.

723. Cuarto motivo. Es la vista de nuestros pecados, pasados, presentes y posibles. 1. La vista de nuestros pecados pasados, que son casi infinitos. 2. La de nuestros pecados presentes. ¡Cuántos pecados cometemos habitualmente! ¡Cuántas infidelidades!, etc. Tendríamos que estar confesándonos cada media hora. 3. La posibilidad de cometer aún nuevos pecados: *qui stat, videat ne cadat*. Si no caemos, se lo debemos a Dios.

724. Quinto motivo: el infierno. ¡Qué cosa más propia para mantenernos en la humildad que el pensamiento de que, ciertamente, hemos merecido el infierno o la incertidumbre de si no lo merecemos: *nemo scit an odio vel amore dignus sit*. Por último, la posibilidad de caer en él y de merecerlo en lo sucesivo. Porque nadie puede estar seguro de no caer en el pecado ya que de nosotros mismos, podemos caer.

725. Sexto motivo: el examen de nuestras buenas obras, ya que éstas vienen de Dios, como lo demás: *quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, cur gloriaris quasi non acceperis?* Y también: *gratia Dei sum id quod sum*, dice San Pablo. Y si Dios me ha dado a mí más que a otros, es una prueba más de mi indigencia ya que necesitaba más. En nuestras buenas obras, todo lo más que nos cabe es la cooperación. Incluso Dios habría hecho mejor sin nosotros que con nosotros. Lo único que podemos es poner obstáculos en las obras de Dios, de modo que cuando Dios nos recompensa, no hace otra cosa que coronar su propia obra; corona nuestra no resistencia a sus voluntades.

726. Séptimo motivo. Las ventajas que tenemos no son como para gloriarnos. Las cosas de las que se suelen gloriarse más los hombres son las riquezas, las cualidades del alma, la ciencia, la gloria, etc. Ahora bien: todas estas cosas no deben enorgullecer al hombre porque o bien están fuera del hombre, o bien están en el hombre, pero sin el hombre, ya que todas ellas vienen de Dios. Nuestras mismas obras buenas, en cuanto que son meritorias, lo son por una gracia particular de Dios, ya que nadie puede pronunciar el nombre de Jesús de un modo meritorio para el Cielo, sin la ayuda de Dios: *gratia Dei sum id quod sum*. Además, el principio natural de estas acciones viene de Dios, tanto que en estas

buenas obras, no tenemos otra cosa que el mérito de escoger el bien, mientras que por nuestra voluntad podríamos escoger el mal, e incluso en esa voluntad de escoger, nos vemos ayudados por la gracia.

DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

(Ver notas de Marres)

DE LA ORACION MENTAL

727. *Dirigatur ratio mea sicut incensum in conspectu tuo:* que mi oración se eleve hacia Ti como un agradable incienso.

Para que nuestra oración suba a Dios como un incienso de agradable olor, se requiere hacerla con fe y una gran confianza. Hay que hacerla siguiendo las luces de la fe que es quien debe animarla. Todos pueden hacer oración, lo mismo ignorantes que sabios; a menudo los primeros la hacen mejor que los segundos porque la hacen a la luz de la fe. Ejemplo de un niño que seguía, en la iglesia, a los que estaban haciendo las estaciones del vía crucis, haciendo lo mismo que ellos hacían; hacía oración.

728. Tres principios para hacer bien la oración:

1. Ponerse en presencia de Dios. Notadlo; decimos ponerse para permanecer en ella durante toda la oración y no sólo para hacer un acto y ya no volver a pensar en Dios: *substantua mea tanquam nihilum ante te.*

2. "*Cum oras, diligenter antecedas, quis, cui, nec alterum ab altero divides*". Acordarse de que la oración es obra de Dios y del hombre y, por lo tanto, hay que recurrir a Dios. Hay que mantenerse atento a secundar las impresiones de la gracia; estar bien persuadido de que uno no es nada y convencido de que, por nosotros mismos, no podemos hacer oración; no contar con sus propias fuerzas sino con las de Dios y pedirle sus gracias.

3. Siendo la oración una elevación del alma a Dios, nunca subiremos a Dios sin una ayuda de parte suya. Es preciso que nos atraiga hacia sí, que nos dé sus luces, su calor espiritual y las impresiones de su amor. Sólo una luz puede producir todos estos efectos; es la luz de la fe. Por eso, hay que hacer oración a la luz de la fe.

Ejercicios Espirituales de 1827

SOBRE LA ENORMIDAD DEL PECADO DE LOS RELIGIOSOS

(Martes por la mañana)

729. *¿Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?*: ¿cómo se explica que mi amado haya cometido tantas prevaricaciones dentro de mi casa? (Jer. 11).

Notad estas primeras palabras dilectus meus. Es el mismo epíteto que Cristo daba a sus Apóstoles (los primeros religiosos) cuando decía: *jam non dicam vos servos, sed amicos*. De ahí deduciremos primero, la enormidad del pecado de los religiosos. Los pecados de un religioso son mayores: 1.^a causa de las luces que recibe; 2.^a causa de la santidad de su estado; 3.^a causa de las gracias más abundantes de que se ve colmado.

730. 1.º A causa de las luces que recibe. ¡Cuántas veces ha oído hablar de las amabilidades de Dios, de sus perfecciones y de sus deberes! Por eso mismo, el pecado de Judas y de Adán fue más grave. 2.º A causa de la santidad de su estado. Los votos que ha hecho le hacen más santo. Además, los pecados que se cometen contra tales votos son sacrilegios. Ejemplo de un religioso que tenía, al morir, cierto dinero, por lo que no quisieron enterrarle en sagrado. 3.º A causa de las gracias más abundantes que recibe: está siempre presenciando el buen ejemplo de otros; tiene siempre recursos y medios de salvación. Es justamente lo contrario de lo que sucede en el mundo en el que todo nos lleva al mal, mientras que aquí todo nos lleva al bien.

DE LA PENITENCIA NECESARIA A LOS RELIGIOSOS

(martes por la tarde)

731. *Dolor meus in conspectu meo semper*: tengo siempre mi dolor ante mis ojos (Ps. 37, 18).

Todos los cristianos deben hacer penitencia; con mayor razón, los religiosos. La penitencia de los religiosos debe ser: 1. amarga en sus sentimientos; 2. sólida en sus obras; 3. constante en su duración.

1.º Amarga en sus sentimientos. Puesto que el corazón ha pecado, el corazón es quien debe arrepentirse. Es preciso que esta amargura entre realmente en el corazón. Jesucristo, sudando

sangre en el Huerto de los olivos es la imagen de lo que debemos hacer nosotros. Sobre todo, un religioso que ha recibido tantas luces, gracias y favores, debe tener una contrición más grande, ya que debe conocer mejor qué bueno es Dios. Un religioso debe oír continuamente el grito que pide venganza. Tenemos que llorar aquí abajo, sin lo cual lloraremos inútilmente en el infierno y, si se nos perdona la pena eterna, en el Purgatorio.

732. 2.º Debe ser sólida en sus obras; es decir, que es preciso hacer realmente obras de penitencia: castigo a mi cuerpo - dice San Pablo- y lo reduzco a servidumbre. Aunque yo lo redujese a polvo y lo aplastase a fuerza de austeridad, aun así no sería demasiado. Sólo la obediencia debe poner límites a nuestra venganza contra nosotros mismos. Miremos a David cómo riega su lecho con sus lágrimas y gime noche y día por haber ofendido a Dios. En cambio, nosotros, en lugar de hacer penitencia por nuestros pecados pasados, no buscamos otra cosa que nuestras comodidades. ¿Es extraño que no tengamos virtud? ¿Y que cometamos nuevos pecados? Nuestra Orden no tiene, como espíritu principal, el de la penitencia; pero se engañaría quien pensase que hay que relegarla a la Trapa. Para hacer realmente penitencia, primero hay que corregirse de sus malos hábitos sustituyéndolos por buenos y hay que evitar las ocasiones de pecado y cuanto nos puede llevar a pecar. Pero a un religioso esto no le basta; debe ser, además, una víctima inmolada a Dios. Hay que inmolarse con Jesucristo que se inmola en la Misa.

733. 3.º Debe ser constante en su duración: *peccatum meum contra me est semper*. Uno cesaría de odiar el pecado y empezaría a amarlo si dejase de hacer penitencia. Hay que hacerla durante toda nuestra vida. Mientras dure la causa, el efecto tendrá lugar también. Es preciso que el recuerdo de nuestros pecados nos acompañe a todas partes, hasta la tumba.

SOBRE EL JUICIO FINAL

(Miércoles por la mañana)

734. *Omnes nos manifestara oportet ante tribunal Christi*: todos deberemos comparecer ante el tribunal de Cristo (II Cor. 5).

Consideremos y pesemos cada una de las palabras: *oportet*: es preciso; el mismo decreto que el de la muerte. San Pablo los

pone juntos: *statutum est omnes homines semel mori; post hoc autem iudicium. Omnes*, todos sin excepción; manifestara: rasgar el velo, poner a la luz del día, a la vista de todo el mundo y hasta los pensamientos más secretos. Notad que el juicio estará ya hecho; no quedará más que manifestarlo; todos podrán leerlo y, efectivamente será leído, y esto ante el tribunal de Cristo, a fin de que veamos en Jesucristo los medios que tenemos de salvarnos. Ahora bien: tal juicio será para el religioso 1. Un motivo de temor, y esto para todo religioso, ya que todas sus acciones, pensamientos, deseos, movimientos, afectos, miradas, etc., serán manifiestas a todos. Ejemplo del Juicio del Rey Baltasar escrito en la pared: *mane, tecel, fares*: has sido pesado, contado, dividido. Del mismo modo, nuestras acciones serán pesadas, contadas y divididas; es decir, que en nuestras acciones, se separarán las buenas de las malas y, en las buenas, se separará el bien del mal.

735. 2. El Juicio final es para un religioso un motivo de vigilancia y de celo. Jesucristo nos dice hablando del juicio: *vigilate et orate*. La vista del juicio ha obrado muchas conversiones. Ejemplo de una persona del mundo que habiendo oído hablar del Juicio, se despierta durante el sueño, medita esta verdad durante tres horas, derrama lágrimas y se convierte. (Parábola del servidor infiel que ha ocultado su talento).

736. 3. El temor del Juicio es para el religioso un motivo de consuelo y de alegría: levantad vuestras cabezas -dice el Señor- y alegraos, ya que vuestra redención está cerca. Jesucristo nos dirá como al criado fiel: alégrate siervo bueno y fiel, etc. ¡Qué palabras tan consoladoras!

SOBRE EL INFIERNO

(miércoles por la tarde)

737. *Vermis eorum non moritur et ignis non extinguitur*: el gusano que les roe no muere y el fuego no se apaga (Mc. 9).

El gusano roedor forma la pena de daño; el fuego, la de sentido. Empecemos por esta última.

1. El infierno es el fuego devorador. El infierno es un estanque de fuego (comparación con un gran horno ardiente). Este fuego tiene las cualidades de los espíritus; puede actuar sobre las almas. Es un fuego alimentado por el soplo de la venganza divina,

de la cólera de Dios. Pues bien: en este fuego cae el alma que muere en pecado mortal.

Historia de aquel hombre que no pudo sufrir en su dedo la llama de una vela encendida. Gritos del rico Epulón en el infierno: *crucior in hac flamma*. Historia de una mujer condenada que se apareció a una de sus amigas con el cuerpo cubierto de azufre ardiendo. Lo que hace aún más terribles estos suplicios es su oscuridad, su negrura y que se esté allí ligado de pies y manos: *ligatis pedibus et manibus*, como haces de paja. Por ahí se ve lo que es el pecado; veamos por la pena de daño lo que es Dios.

738. 2. El infierno es un gusano roedor que no muere. Este gusano roedor es un pesar eterno de haber perdido a Dios por culpa suya.

El alma se siente atraída hacia Dios como el hierro por el imán. Supongamos un clavito atraído por el imán icon qué fuerza se dirige este clavito hacia el imán! He ahí cómo se siente naturalmente atraída hacia Dios el alma y atraída precisamente por sus infinitas amabilidades. Pero como el pecado es un mal infinito, Dios se ve forzado, en cierto modo, a castigarlo. Lo exige su justicia, y así como el árbol se queda en el mismo lado que cayó, así también el pecador quedará eternamente pecador si muere en pecado; por lo mismo, el castigo deberá durar tanto como dure el pecado; por eso, la pena del pecado será eterna. Así comprendemos aquello de *vermis eorum non moritur*, o también: *ignis inextinguibilis*, etc. ¿Qué terrible es la eternidad de las penas del infierno! Y ¡qué propia para excitarnos a penitencia y a hacer violencia al Cielo! ¡Dios mío! ¡Preservadnos de tal desgracia!

SOBRE EL PECADO VENIAL

(jueves por la mañana)

739. *Qui timet Deum negligit nihil*: quien teme a Dios, nada descuida.

Cuando se tiene temor de Dios -este temor filial que nos lleva a tener pena de desagradarle- entonces es temen las más pequeñas faltas y por lo mismo, se teme cometer pecados veniales. Para inducirnos a evitar tales pecados, consideremos:

1. El pecado venial en su malicia y en su naturaleza. El pecado venial, no por serlo, deja de ser una ofensa a Dios. Se llama venial

porque se recibe el perdón del mismo o en este mundo o en el otro; por oposición al pecado mortal, cuyo perdón no se logra si se llega a morir con él. Pero su malicia es muy grande siempre. Comparación: si se llega a dar un golpe a uno de sus semejantes, se es culpable de ello; pero si se da un golpe al rey, aunque sea con la misma fuerza, entonces la falta es mucho más grave porque la malicia de la falta crece en razón de la dignidad de la persona a quien se ofende. ¡Qué malicia, pues, habrá en contristar el corazón de Dios y tenerle descontento! Ejemplo de un joven peregrino que, impulsado por la sed y la fatiga, cogió tres higos que comió con avidez y que, por esta falta tan ligera en apariencia, ha llorado tres días y tres noches; tanto era el dolor que por su falta sentía.

740. 2. El pecado venial en sus efectos y castigos. Veamos cómo Dios, en diversas circunstancias, ha castigado los pecados veniales más pequeños: Moisés, por haber golpeado dos veces la roca, con desconfianza del poder de Dios, fue privado de entrar en la tierra prometida. Oza se atrevió a poner su mano en el arca de la Alianza que iba a caerse; por ello fue castigado con la muerte. David, por haber ordenado el empadronamiento de su pueblo con alguna vanidad, tuvo que escoger entre la peste, la guerra o el hambre; escogió la primera para que así le castigase Dios directamente, llevándole sus hombres. Estos castigos son los de su misericordia, porque cuando no nos vemos castigados en este mundo, Dios entonces se ve obligado a castigarnos en el Purgatorio que es un tormento que no difiere del del infierno más que en la desesperación y la eternidad.

741. 3. El pecado venial y sus peligros: *est via quae videtur recta, cujus novissima ducunt ad perniciem*: hay un cambio que parece recto; pero que lleva a la muerte. El pecado venial nos lleva al mortal. Algunas veces consideramos venial lo que es mortal; lo confesamos sin contrición. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué confesión!

DE LA TIBIEZA

(jueves por la tarde)

742. *Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo*: porque eres tibio, empezaré a vomitarte de mi boca (Apoc.).

Estas palabras las dirige el Señor a un obispo después de su Ascensión. Era un obispo que había hecho buenas obras; pero,

como era tibio, el Señor le manda decir por San Juan que le resulta insoportable como un alimento que se vomita. Consideremos: 1. La naturaleza y la malicia de la tibieza.; 2. sus consecuencias; 3. sus remedios.

743. 1. La naturaleza de la tibieza y su malicia. Se distinguen la tibieza y la languidez espiritual. La languidez es el estado del pecador que se convierte; pero no ha cumplido sus buenas resoluciones y que ha recaído en su antigua cobardía; había hecho su confesión; pero sus pasiones han quedado enteras en él. Quizá se ha mantenido fiel durante algún tiempo alejándose de las malas ocasiones próximas; pero la raíz del mal no ha sido arrancada; por eso ha vuelto a recaer y languidecer en el bien.

La tibieza es un estado muy diferente. Es el estado de un religioso que se relaja en sus ejercicios de piedad; que no encuentra gusto alguno en la oración; que se libra de ella por cualquier motivo; que no siente ningún atractivo por la sagrada Comunión y demás prácticas de piedad. No se trata de que sea escrupuloso; el escrupulo es una enfermedad del alma; pero el religioso tibio tacha de escrupuloso al religioso fervoroso, al que guarda las Reglas, al que guarda la modestia, al que es fiel, etc. Un religioso tibio le da tanto asco a Dios que está dispuesto a vomitarlo.

744. 2. Las consecuencias de la tibieza son muy funestas y terribles; se cae fácilmente en pecados considerables. Además, ¿conocéis los límites entre el pecado mortal y el pecado venial? Si es así, sabéis más que San Agustín, el cual decía que Dios no ha dado a los sacerdotes balanza alguna para pesar los pecados. Esta tibieza conduce a la ceguera del espíritu, porque en el estado de languidez espiritual uno reconoce su situación, se siente la desgracia de ella; en cambio, en el estado de tibieza, no se espanta uno de los peligros que corre, sino que se vive tranquilo, se duerme sobre su misma desgracia no deseando salir de ella. Al no rezar bien, ¿cómo salir de ella? Se siguen haciendo confesiones y comuniones; pero es para seguir durmiendo aún más. Por fin, sobreviene el castigo: Dios se retira. ¿Cómo querría permanecer en un corazón tan frío?: *incipiam te evomere ex ore meo*.

745. 3. Los remedios de la tibieza nos los indica el Espíritu Santo: "Comprad oro pasado por el fuego y ungid vuestros ojos con un colirio." Son los dos remedios contra la tibieza. Primero hay que abrir los ojos por la unción de un colirio espiritual; es decir, por la consideración de las verdades eternas. En segundo lugar, hay que

comprar oro purificado, es decir, caridad y buenas obras. Por ellas atraeremos las misericordias de Dios. Es preciso que la fe nos haga ver las verdades del infierno y de la salvación. Hay que practicar las buenas obras de la fe, rezar mucho, gemir sobre su triste estado, etc.

SOBRE EL CIELO

(viernes por la mañana)

746. *Oculus non vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quae praeparavit Deus illis qui diligunt illum.*

Toca bien a quien fue arrebatado al tercer Cielo el darnos cuenta de lo que ocurre allí. Sin embargo, puesto San Pablo a describirnos aquella felicidad, no lo consigue; le faltan las expresiones adecuadas. Sólo dice: *ni ojo ha visto nunca, ni oído ha oído nunca, etc.* Para darnos una borrosa idea del Cielo consideremos: 1. La felicidad accidental; 2. La felicidad esencial del Cielo.

747. 1. La felicidad accidental del Paraíso consiste en la de nuestros cuerpos: serán éstos impasibles, ágiles, sutiles, resplandecientes. 1. Nuestros cuerpos resucitarán: *oportet corruptibile hoc induere incorruptionem* (I Cor. 15, 53). *In carne mea videbo Deum salvatorem meum* (Job. 19, 2). 2. Serán impasibles: *Absterget omnem lacrimam ab oculis eorum... neque dolor erit ultra* (Apoc. 21). 3. *Agiles: seminatur in infirmitate, surget in virtute* (I Cor. 15). 4. *Sutiles y espirituales: seminatur corpus animale, surget corpus spiritale* (íbid.). Tendrán las propiedades de los espíritus. Serán inmortales: *seminatur in corruptione, surget in incorruptione*. 5. Serán resplandecientes: *fulgebunt sicut sol* (Mat. 13), *in regno Patris coelorum*. San Pablo añade: *seminatur in ignobilitate, surget in gloria; alia claritas solis, alia claritas lunae, alia claritas stellarum; stella enim differt a stella in claritate sicut et resurrectio mortuorum*. Al verles, los condenados gritarán: *O insensati!*: ¡Insensatos de nosotros!; en cambio, los ángeles les rodearán: ése es su triunfo. Una vez ya dentro del Cielo, todos los sentidos se sentirán satisfechos a la vez, sin alteración, y sin hastío y sin mezcla de mal alguno; los ojos, por el orden y la belleza; el oído, por los conciertos y cánticos; el olfato, por los perfumes que exhalarán los cuerpos. Si el cuerpo de Santa Teresa en el traslado que se hizo del mismo embalsamaba los campos por

donde pasaba, ¿qué no pasará en el Cielo? ¿Qué sucederá con el cuerpo del Señor y de la Santísima Virgen? El gusto, el tacto. Allí habrá eterna primavera. El gusto y todos los demás sentidos, en una palabra, quedarán plenamente satisfechos.

748. 2. La felicidad esencial. Las facultades del alma gozarán de un goce perfecto. El espíritu quedará iluminado con luces celestiales y el corazón, con dulzores divinos. No habrá turbación alguna, sino perfecta tranquilidad del alma: de pleno bibitis gaudio lumine, canta la Iglesia en su oficio de la fiesta de los Santos. San Pedro en el Tabor se alegraba de ver al Señor; ¿qué será en el Cielo? Al hablar del Cielo no podemos hacer otra cosa que balbucir. Todo cuanto acabamos de decir, está por debajo de la realidad. Lo dice San Pablo en el texto citado. ¡Santísima Virgen María! Dame la gracia de ir, algún día, al Paraíso: *et Jesum benedictum fructum ventris tui nobis post hoc exilium ostende.*

SOBRE EL ESTADO RELIGIOSO

(viernes por la tarde)

749. *Hoc scientes quod vetus homo noster simul cum Christo crucifixus est ut destruat corpus peccati et ultra non serviamus peccato:* sabed que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, a fin de que el cuerpo de pecado quede destruido y ya no lo cometamos (Rom. 11) .

Para comprender bien este texto, hay que saber: 1. Que en todo sacrificio se distinguen dos elementos: uno interior y, otro, exterior. El exterior es la víctima sensible inmolada y destruida; el interior es la oblación de sí mismo a Dios, oblación por la cual se reconoce el soberano dominio de Dios sobre todas las criaturas. 2. Por hombre viejo se entiende la naturaleza depravada, la pasión, la concupiscencia e inclinación al mal. Ahora bien: la muerte de Cristo significaba propiamente la muerte de nuestro hombre viejo. Así se explica que la mors Christi, significa interitum veteris nostrae naturae. Explicadas así estas cosas, el texto de San Pablo es fácil de entender. El sacrificio exterior de Jesucristo es nuestro hombre viejo, y este hombre viejo -que es el cuerpo de pecado-ha sido sacrificado al mismo tiempo que Cristo; es decir, que Jesucristo se ha inmolado interiormente con el hombre viejo y ha inmolado a este hombre viejo a fin de que el cuerpo de pecado quede destruido; es decir, a fin de que la concupiscencia, nuestra

inclinación al mal quede vencida por las gracias que El nos ha merecido, y que ya no nos dejemos llevar por el pecado. ¿Cómo cometerlo ahora, cuando el cuerpo de pecado ha quedado destruido?

750. Mediante la emisión de los votos hacemos lo que ya Cristo hizo por nosotros en la cruz en favor de todos los hombres, o más bien, nos aplicamos los méritos de Cristo, crucificamos a nuestro hombre viejo. Según San Pablo, todo nuestro hombre viejo consiste en la concupiscencia de los ojos, de la carne y la soberbia de la vida. Ahora bien: por los votos clavamos a la cruz a este hombre viejo. 1. Por el voto de pobreza, clavamos a esa cruz la concupiscencia de los ojos o amor de las riquezas. 2. Por el voto de castidad ponemos un freno a la concupiscencia de la carne o amor de los placeres. 3. Por el voto de obediencia, clavamos a esa cruz el orgullo de la vida o amor de nuestra libertad propia, haciendo el sacrificio de ella. Estos tres votos atan, pues, a la cruz los tres miembros del pecado, atando, pues, a ella, al hombre entero; por los tres votos, por consiguiente, quedamos como muertos.

Los votos perpetuos son como un martirio; iríamos derechos al Cielo si muriésemos poco después de haberlos emitido; los pecados y la pena temporal nos quedan perdonados. Por consiguiente, se puede considerar la emisión de los votos como un segundo bautismo.

Hay que entender bien estas palabras de muerto, crucifixión, destrucción del cuerpo de pecado, renuncia, etc. El Espíritu Santo debe dárnoslas a entender para tener una idea cabal de la vida cristiana y religiosa.

DEL VOTO DE POBREZA

(sábado por la mañana)

751. *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo erit nobis?* : Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Cuál será, pues, nuestra recompensa? (Mat. 19, 27).

Estas palabras fueron pronunciadas con ocasión de la conversación de Cristo con aquel joven del Evangelio que había sido llamado a seguir a Cristo, pero que no quería abandonar sus bienes.

Cristo dice que es más difícil salvarse un rico que pasar un camello por el ojo de una aguja. Es porque este joven acababa de preferir sus riquezas a las grandes ventajas que Jesucristo acababa de prometer a los pobres. Tales ventajas son: la perfección y un tesoro en el Cielo. San Pedro, que acababa de oír tales promesas hechas a este joven, toma la palabra y dice en nombre de los Apóstoles: Mira que nosotros lo hemos dejado todo, etc. Jesucristo les promete constituirles en jueces de las naciones en el Cielo y a cuantos les imiten les promete el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro.

752. Consideremos a la vida religiosa en su espíritu, en sus obras, y en sus frutos:

1. En su espíritu. Ser verdaderamente pobre consiste en no tener nada. Hacer voto de pobreza es renunciar a toda esperanza de tener algo. Si nos dan un traje u otra cosa hay que estar dispuestos a cambiarlos; no podemos comprar nada, ni vender, ni dar nada, ni aceptar nada ni prestar nada sin permiso. Ejemplo de un sacerdote que quería entrar en la Compañía de María; pero que no fue admitido porque quería reservarse una pensión anual para caso de accidente o de revolución, etc. Para seguir a Cristo hay que dejarlo todo como lo hicieron los Apóstoles. San Pedro tenía algunos bienes; su suegra tenía una casa, puesto que sabemos cómo Cristo entró en esa casa para curarla. Pero lo dejó todo: *omnia*.

753. 2. En sus obras. En el vestido y en las casas hay que preferir siempre la sencillez a la suntuosidad, la cual no se permite nunca. Hay que imitar a Cristo el cual no tenía en donde reclinar su cabeza según afirmó; vedlo si no, en la cueva de Belén y en Nazareth. En Loreto se encuentra la casa de la Santísima Virgen; casa transportada por los ángeles; esta casa está distribuida en tres pequeñas habitaciones: la cocina, el pequeño dormitorio y un oratorio en donde rezaban Jesús y su divina Madre. La Santísima Virgen sólo nos concebirá en el establo de Belén; es decir, en cuanto seamos pobres de espíritu y pobres voluntarios.

754. Hay una Orden religiosa en la que no se tiene nada, en la que no se pide nada a nadie y en que no se posee absolutamente nada; sólo se fía en la Providencia; sin embargo, siempre se tiene de qué vivir. Lo que nos falta es la fe. Cristo reprochaba a menudo a sus Apóstoles la falta de fe. San Pedro iba caminando sobre las aguas bien, hasta que llegó un momento en que le faltó la confianza a la vista del fuerte viento.

3. La pobreza religiosa en sus frutos: la protección visible de la divina Providencia, la amistad de Dios, el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro.

DE LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

(domingo por la mañana)

755. *Natio illorum, obedientia et dilectio*: el pueblo que lo compone es obediencia y amor (Eccli. 3, 1).

Componéis una Comunidad en que se debería poder decir que no hay entre los Hermanos más que obediencia y amor.

1. Fundamento de la obediencia. Este fundamento es que, cuando un Superior habla, es Cristo quien habla por su boca: *qui vos audit, me audit*. Hay más mérito en obedecer cuando el superior a quien hay que obedecer no es un hombre muy amable y estimable por sus cualidades naturales: si no os hacéis como niños-dice el Señor-no entraréis en el Reino de los Cielos. A toda edad tenemos que convertirnos en niños por la sencillez de la fe y de la obediencia; el niño no tiene voluntad propia. El fondo de la obediencia radica en que hay que renunciar a su razón y a su voluntad. Historia de un abogado muy sabio que ha perdido la fe por haber contado demasiado con su propia razón. "No me diga usted, porque-decía un inferior a su superior-hay que obedecer ciegamente, sin preguntar el por qué."

756. 2. Carácter de la obediencia. La obediencia debe ser pronta, ciega, humilde, muda, etc. Ejemplo de un religioso que ha sido enviado de Francia a España para fundar una casa sin saber cómo ni con qué; sus compañeros no debían recibir instrucciones más que una vez llegados; tuvo que vencer grandes dificultades, pero por fin, triunfó. El Buen Padre lo ha visto. San Benito asigna doce grados de humildad en los que quiere formar a sus religiosos; en esa humildad está la base de la obediencia.

757. 3. Ventajas de la obediencia. Hacemos el bien cuando actuamos bajo obediencia (éxito seguro). Después que San Pedro estuvo toda la noche pescando sin coger nada, arroja las redes obedeciendo las órdenes del Señor. Entonces, logra una gran captura de peces. Muchos méritos y bendiciones en las obras emprendidas; por último, una recompensa en el Cielo.

SOBRE LA SAGRADA COMUNION

(domingo por la tarde y lunes por la mañana)

758. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo.*

¡Qué magnífica promesa y qué bellas perspectivas de parte de Dios! : Quien comulga tiene a Dios en sí y él mismo permanece en Dios. Cristo está en él y él en Cristo.

1. La vida religiosa debe ser una preparación continua a la Sagrada Comunión; por eso, el estado religioso es un estado tan hermoso. Se distingue la comunión frecuente que es la semanal y la muy frecuente que es la que se recibe cada dos o tres días; además, está la Comunión diaria.

Para comulgar cada ocho días, como se les permite a los novicios, hay que estar libre de todo pecado venial y de todo afecto al pecado venial. Con mayor razón, para comulgar varias veces semanales como se les permite a los profesos en la medida de su fervor. Quien no adelanta y quien es tibio no debe comulgar tan a menudo.

Las disposiciones para comulgar se resumen en las siguientes: 1.^a Disposición lejana que consiste en no tener pecado ni afecto al pecado. 2.^a Disposición próxima e inmediata: es el tener un gran apetito y una gran sed de este divino alimento. 3.^a Durante la Comunión hay que tener devoción, respeto y un fervor que proviene de la fe en este augusto sacramento. 4.^a Después de la Sagrada Comunión, hay que, por decirlo así, "digerir este maná celestial", lo que tiene lugar por la fe en este sacramento; durante el día se sigue rumiando este alimento. A los malos israelitas les disgustaba el maná; en cambio, los buenos lo encontraban delicioso, encontrando en él el sabor de cualquier clase de alimento: *omne delectamentum in se habentem*.

759. 2. La vida religiosa es una unión continua con Dios. El verdadero religioso que recibe buenas Comuniones se une más y más con Cristo; su corazón se forma tomando la semejanza del de Cristo y recibiendo la vida de ese mismo Cristo: como mi Padre vive, así también quien me come vive por Mí. Hay que prepararse a la Comunión con tres o cuatro días de antemano, alejándose de la tibieza durante cuatro o cinco días después de haber recibido la Comunión. De ahí viene que la vida religiosa sea una unión continua

de nuestro corazón con el corazón de Jesús; unión que queda enteramente consumada por la Comunión. De ahí procede también que se sientan tantas dulzuras después de haber comulgado. La fuerza entra en nosotros por medio de la Comunión. La Iglesia desea que comulguemos todos los días. Se suple la Comunión sacramental por la espiritual en la Santa Misa; pero deberíamos vivir tan santamente que pudiéramos merecer comulgar todos los días.

760. 3. La vida religiosa y el fruto de la Sagrada Comunión. La Comunión sostiene al religioso en sus combates y en el ejercicio penoso de sus deberes. Es admirable ver cómo Dios ha encontrado un medio de reanimar nuestro valor y de consolarnos por medio de este divino alimento. Tenemos a nuestra disposición el cuerpo y la sangre de Cristo, que está vivo bajo cada una de las especies y por consiguiente, se encuentra en ellas a Cristo entero. Al mismo tiempo que a él, recibimos sus virtudes y méritos. ¿Cómo es posible vivir en la cobardía y en la tibieza teniendo un alimento tan delicioso y tan fortificante? Se compara esta unión existente entre Cristo y el hombre religioso con dos trozos de cera que se han fundido en uno solo.

CLAUSURA DE LOS EJERCICIOS

761. *Quodcumque dixerit vobis facite: haced cuanto El os diga* (Jn. 2, 5).

Tales son las palabras que la Santísima Virgen dirigió a los sirvientes de las bodas de Caná en las que participó junto con su Hijo. Habiendo faltado el vino y dándose cuenta de ello la Virgen, fue a avisárselo a su Hijo, diciéndoles luego a los sirvientes: "Haced cuanto Él os diga", lo cual es tanto como decir: "Haced cuanto os ordene; no razonéis, hacedlo aunque os parezca contrario a la razón." Es como si les hubiese dicho: "Tened fe en Él."

762. Tales son las palabras que la Santísima Virgen, nuestra Madre, nos dirige a nosotros, sus hijos: "Haced-nos dice-cuanto mi Hijo os diga." Pero ¿cómo nos hablará Cristo? Por la fe. Escuchemos, pues, a la fe, recurramos a la fe y pongamos en práctica lo que nos enseña; así haremos cuanto Cristo nos diga. El espíritu del Instituto de María es un espíritu de fe. Hay que ir a Dios por la fe: *haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.*

III

Conferencias de 1829

(¿Son del P. Chaminade? Es bastante probable, como las del resto del cuaderno. El P. Chaminade pasó el día de la Asunción de 1829 en Saint-Rémy.)

GRANDEZAS DE MARIA

LA ASUNCION

1.^a Meditación

763. María llegó a un alto grado de gloria por medio de sus profundas humillaciones.

María llegó a un alto grado de santidad y de gloria porque fue: 1. Soberanamente humilde en sus miras; 2. Soberanamente humilde en sus sentimientos; 3. Soberanamente humilde en el uso que hizo de su misma elevación.

(1. En sus miras. A lo que parece, María pudo, en su calidad de Madre de Dios, exhibirse, hablar, ordenar, etc. Ahora bien: lejos de exhibirse, se ocultó en el retiro. Los mismos Evangelios se diría que han conspirado contra Ella para callar sus virtudes. Después de la infancia de su Hijo no hablan de Ella sino cuando a ello les obliga la misma vida de Cristo. El Evangelio no nos enseña que María haya hablado más de cuatro veces, y esto en un primer movimiento de virtud.)

764. 1. En sus miras. En su cualidad de Madre de Dios, se diría que a Ella le tocaba hablar, exhibirse y ordenar. Ahora bien: lejos de distinguirse por tales vías, el Evangelio no nos enseña que haya hablado más que cuatro veces; y en esas veces, apenas pronunció unas pocas palabras y sólo en un primer movimiento de virtud. Después de la infancia de su Hijo, los Evangelistas no hablan de Ella más que cuando la vida de Cristo les obliga a hacerlo. Pero este mismo silencio es para nosotros la lección más hermosa; nos enseña a callarnos y a no hablar más que cuando sea necesario, y que es mejor callarse que hablar para darse tono. Lo único que debe incitarnos a hablar es la gloria de Dios. María no ha tenido otra mira que la de agradar a Dios, no piensa más que en Dios, no busca más que la estima de Dios y, sabiendo-como Ella sabe-que Dios aborrece a los orgullosos, prefiere predicarnos por su silencio a

deslumbrarnos por la sublime doctrina de que estaba imbuida, temiendo atraer las miradas de los hombres.

GRANDEZAS DE MARIA. LA ASUNCION

1.ª Meditación

765. Humildad profunda de María, principio de su elevación al Cielo. María es soberanamente humilde en sus miras; soberanamente humilde en sus sentimientos; soberanamente humilde en el uso que hace de su elevación.

1. Soberanamente humilde en sus miras. Las suyas no son otras que las de agradar a Dios, ser bien vista por Él y aprobada por Él. Por eso su vida es oculta y como enterrada en el olvido. Nada dice que pueda atraer sobre sí la alabanza de los hombres. El Evangelio no nos dice que haya hablado más que cuatro veces; y éstas, fue en pocas palabras y en un primer movimiento de virtud, para hacer pública su bajeza poniendo de relieve la grandeza de Dios.

766. Los Evangelios mismos no nos hablan de Ella más que por casualidad, cuando la vida de Cristo les obliga a hacerlo. Parece que Cristo mismo-que quería darnos un modelo de la humildad más perfecta en la persona de María-se complació en ocultarnos las grandes virtudes de su Madre. Su oscuridad, sin embargo, nos instruye mucho mejor de lo que hubieran podido hacerlo las acciones más brillantes. Aprendamos por tal silencio a no cacarear nuestras acciones, a buscar, incluso, ocultarlas a los ojos de los hombres si es posible y a preferir siempre el humilde retiro de María y su sencillez, a las acciones brillantes que podrían atraer sobre nosotros las alabanzas de los hombres. María, después de la muerte de su Hijo, aparece en la asamblea de los fieles pero sin prerrogativas, sin distinciones, confundida con las santas mujeres y con el pequeño número que compone la Iglesia naciente; no aparece más que para dar ejemplo de sumisión perfecta a la voz de los pastores; está allí escuchando a los Apóstoles como a sus maestros y sometiéndose a sus decisiones como el último de los fieles.

767. ¡Oh deferencia admirable de María! ¡Qué humildad en la Madre de un Dios! ¿Acaso no se podría llegar a decir que María no tenía conocimiento alguno de las cosas de Dios? ¿No se creería ver

en Ella al último de los fieles sometiéndose a la decisión de sus pastores? ¡Qué ejemplo de sumisión! Y tal sumisión, ¿de dónde le venía? De su humildad. Pero no le basta a María callarse y obedecer. Quiere más: quiere enterrar por decirlo así, su recuerdo en un olvido eterno. Llega, incluso a dejarnos en la incertidumbre sobre las circunstancias que rodearon su muerte, lugar y tiempo en que acabó su carrera mortal. Pero no nos quedemos sorprendidos de esta conducta de María: entraba en las miras de Jesucristo el conducir a su divina Madre por el camino de las humillaciones durante su paso por esta tierra. Por eso mismo, excluida de la participación de todo lo glorioso que sucedió a este divino Hijo, no compartió con El más que sus humillaciones.

768. Así se explica que no tema aparecer en los días de las grandes humillaciones; entonces, celosa de asociarse a la vergüenza de su Hijo, saldrá de su soledad; lejos de ausentarse del teatro de sus oprobios, se apresurará a presentarse en él y por muy doloroso que sea para Ella el espectáculo de la cruz, querrá ser testigo de él porque contribuirá a humillarla. Juzguémonos por este modelo y comparemos con la santidad de María, la corrupción de nuestra soberana miseria. Confundámonos no sólo de no andar buscando, como Ella, las humillaciones, sino incluso de no poder soportar las que Dios nos envía. Confundámonos de que el soplo pestilencial de nuestro amor propio y de la estima de nosotros mismos corrompa nuestras obras más santas y gloriosas. Pero en cambio, si queremos llegar a ser humildes en nuestras miras como la Virgen, empecemos, como Ella, por serlo en nuestros sentimientos.

769. 2. María fue soberanamente humilde en sus sentimientos. Aunque elevada al grado de santidad más sublime, aunque advertida por un ángel, de parte de Dios, de que ha encontrado gracia delante de Él y de que es Inmaculada, sigue siendo, no obstante, ante sus propios ojos, un objeto digno de desprecio: *ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*. Lejos de proclamarse Madre de Dios, al oír la voz del ángel, se declara feliz de ser su humilde sierva; "(sin embargo-añade enseguida, impulsada por un nuevo sentimiento de humildad y obediencia-, hágase en Mí según tu palabra. Que es como si hubiese dicho: "¡Plegue a Dios que yo no quiera desobedecerle. Me declaro su esclava y estoy dispuesta a hacer en todo su santa voluntad."

"¡Oh Dios de Abraham-exclama en otra circunstancia, en su admirable canto del Magnificat, y tal sentimiento ha sido el de toda

su vida-si la posteridad debe aplaudir mi felicidad, si mi nombre debe volar hasta el cabo del mundo, no debo atribuir, ni a la nobleza de mi raza, ni al mérito de mi inocencia, la distinción que la Providencia ha hecho conmigo, sino a su poder del que soy deudora; a esta misericordia que derrama los bienes sobre la tímida indigencia." Pero tales sentimientos tan humildes, se expresan, sobre todo, por...

770. 3. El empleo que hace de su elevación. Es fiel a sus obligaciones, atenta en observar la Ley hasta en las cosas mismas que, a causa de su elevación, no le obligan; es compasiva con los demás y no se perdonaría el permanecer ociosa cuando su celo está viendo las necesidades que hay que remediar. Por último, aunque exenta de la concupiscencia común a todos y confirmada en gracia, se mantiene desconfiada de sí misma. ¡Oh María, a quien la humildad más profunda ha llevado a la gloria más deslumbradora! Obtenednos el imitar, en la medida en que lo podamos, vuestra santidad, soberanamente humilde en sus miras, en sus sentimientos, en el empleo que hicisteis de vuestra misma elevación, a fin de que podamos participar de la gloria que os rodea en el Cielo.

2.ª Meditación

SUFRIMIENTOS DE MARIA, PRINCIPIO DE SU FELICIDAD

771. María sufre penas, contradicciones y ultrajes inauditos. Y los sufre con una paciencia y con un valor admirable.

1. María-cuya vida es una copia fiel de la de su divino Hijo tanto en su humildad como en sus sufrimientos-después de haber pasado sus primeros años en el Templo en las dulzuras de la paz y de la tranquilidad, apenas hubo acabado de pronunciar aquellas palabras: *ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*, cuando sus días empezaron a ser días llenos de penas, de dolores y amargas. Primeramente, ¿cuánto tuvo que sufrir su delicadeza, viéndose sospechosa de un crimen que hubiese marchitado en Ella la virtud que Ella amaba más y por cuya conservación estaba dispuesta a sacrificar el título de Madre de Dios! En el nacimiento de Jesús, ¿cuánto sintió no poder abrigar en los rigores de la estación, a aquel Hijo a quien amaba tan tiernamente? Que Ella sufriese sola los rigores de la pobreza, eso no era nada para Ella; pero verlo sufrir al objeto de su amor era lo que le producía una pena

inexplicable. En el día de la Circuncisión ¿cuáles fueron sus sensaciones a la vista de la sangre derramada por el cuchillo ensangrentado y ante el presentimiento de que esta sangre sólo era las primicias de la que iba a derramar un día, enteramente en el árbol de la cruz, para la salvación del mundo? ¿Qué no sufrió también cuando la huida a Egipto y cuando, habiendo perdido a Jesús, lo anduvo buscando, llena de solicitud, durante tres días?

772. Todo, al parecer, conspiraba para darle pena y dolor. Su Hijo mismo, en esta última circunstancia penosa, no le prodigó sus tiernas caricias que parecería debería haberle prodigado en tal caso, antes bien le dirige palabras duras en apariencia, palabras que profirió para enseñarnos que hay que sacrificarlo todo cuando se trata de procurar la gloria de Dios. Por otras dos veces aún, Jesús parece rehusarle el título de Madre; primero fue en Caná de Galilea, cuando dirigiéndose a Ella, le dice estas palabras: "¿Qué hay de común entre tú y yo?"; en segundo lugar, cuando, después de haberle avisado que su Madre quería verle, respondió: *Quien hace la voluntad de mi Padre, ése es mi Madre y mis hermanas.*

773. Todas estas penas no eran nada en comparación con la que experimentaba continuamente al recordar los dolores futuros de su Hijo. Cuando llegó el momento fatal, entonces María mostró aquel valor de heroína cristiana que sólo les es dado mostrar a almas fuertes. ¿Qué es lo que le costó la última despedida que le dio su Hijo al morir en la cruz con aquellas palabras por las cuales le dio por hijo a San Juan y a éste se la dio por Madre? ¡Cómo le costó este cambio a su corazón!

774. Ya antes había sentido todos los dolores de los clavos y las rudas sacudidas que había sufrido su querido Hijo en la Cruz. Ya no le quedaba más que recibir el golpe mortal que debía quitar la vida al autor mismo de la vida después de haber padecido todos los horrores de la muerte. Tal golpe lo recibió por la mano del soldado que, al mismo tiempo, atravesó el corazón de Jesús y el de su Madre.

Este golpe mortal, ¡qué doloroso debió ser para María! "Más lo fue para la Madre que para el Hijo-dice San Bernardo-porque el Hijo ya estaba muerto, mientras que la Madre no pudo obtener lo que deseaba: morir por amor a su Hijo. ¿Dónde encontraremos una persona que haya sufrido tanto como María? Sobre todo, ¿dónde encontrar una persona que haya sufrido con más paciencia y valor? Ni siquiera una queja en sus males y contradicciones, ni

siquiera una murmuración; en todas partes demuestra una entera resignación a la voluntad de Dios. Bien querría Ella morir por amor; pero desde el momento en que ésta no es la voluntad de Dios, está presta a permanecer lejos del objeto de su amor durante tanto tiempo como Dios quiera mantenerla alejada de él. ¡Qué perseverancia y qué ánimo en las penas demostró, sobre todo, en el descendimiento de la cruz, cuando recibió entre sus brazos el cuerpo de su Hijo! ¡Oh María! ¡Oh modelo de sufrimiento! Enseñadme a sufrir y obtenedme el sufrir con valor y resignación todas las adversidades de la vida como Vos misma las habéis sufrido.

3.ª Meditación

MUERTE DE MARIA, DULCE EFECTO DE SU ARDIENTE

AMOR A DIOS

775. Tal es el privilegio de María en su muerte: no teme nada; no echa de menos nada. Su muerte es sin temor porque su vida ha sido una vida sin pecado; es una muerte sin dolor porque no tiene apego alguno.

1. Es una muerte sin temor. Los temores en el momento de la muerte nacen, o de una vida larga, o del abuso de las gracias, o de los remordimientos de la conciencia, o de los temibles juicios de Dios. Ahora bien: nada de esto podía causar temores a María. 1. Primero su larga vida, ya que cuanto más larga ha sido, más santa ha sido también. Pura en su origen, ha sido fervorosa en sus principios, sublime en sus progresos y consumada en su fin. ¿Qué motivos de terror puede causar tal vida llegado el momento de morir? 2. El abuso de las gracias. Ciertamente María había recibido una abundante efusión de gracias; pero tales gracias las recibió tan humildemente, las administró tan sabiamente y las multiplicó en tal cuantía que esas gracias eran más propias para inspirarle confianza que temor. 3. Los remordimientos de conciencia. Pero ¿qué reproche pudo hacerle ésta? Lejos de eso, si pregunta a su conciencia, no recibe de ésta más que testimonios de vida santa. Testimonio de su corazón, que le asegura que Dios reina en él y ha reinado siempre. Testimonio de parte de Dios que le dice interiormente que Ella ocupa el primer rango entre los elegidos. En todo esto ¿qué motivos hay de temor? Son, al revés: motivos de esperanza. 4. Por último, los juicios del Soberano Juez tan justo en

juzgar a la misma justicia, ¿pueden ser para Ella motivo de temor? Muy lejos de eso, la severidad de ese mismo Juez le da seguridad porque María sabe que ese juez es equitativo y está bien enterado; por consiguiente, ni siquiera una sola de sus buenas acciones quedará sin recompensa, de modo que si Jesucristo viene con su cruz, la cruz hablará en favor de un corazón en el que ha abierto tan profundas llagas. Si viene con la balanza del santuario, en Ella todas las acciones se encontrarán cumplidas. Y si viene con una antorcha en la mano para escudriñar los repliegues del corazón, en el suyo no descubrirá más que virtudes.

776. 2. Es una muerte sin penas ni dolores. ¿Qué echaría de menos al dejar la tierra, ya que en ella no deja nada que le haya cautivado el corazón. Más aún: su vida-ha estado llena de sufrimientos y humillaciones, de gemidos y lágrimas, de pruebas y tribulaciones y debía, al parecer, hacerle sentir el deseo de liberarse de ella y de lograr la muerte. Por eso, ¡con qué ardor impaciente desea ver, a la derecha del Padre, a este Hijo tiernamente amado, único objeto de su amor en la tierra y a quien no ha visto todavía más que en medio de las humillaciones! Por fin, llega aquel día feliz en que el amor en que arde, inflamado más y más por una larga espera, rompe, por fin, los lazos que le unían a la tierra y le abre la puerta de los Cielos. Soportará la ley de la muerte, puesto que hasta su mismo Hijo se ha sometido a ella; pero la sufrirá de un modo distinto que los hijos de los hombres.

777. Pertenece a la gloria de Dios el que la muerte de esta hija del Cielo no fuera la consecuencia ni de los achaques de la vejez (puesto que tenía alrededor de los 58 años), ni de la caducidad de la edad, ni de los desfallecimientos de la naturaleza, ni de las demás consecuencias de mortalidad. Su vida debía acabar como había empezado; su muerte debía acaecer en un generoso impulso de amor. Llegado el momento marcado para el final, el Cielo junta, como por un milagro, en Jerusalén, en la morada de María, esta Hija tan querida de los Cielos, a los doctores de las naciones, los Apóstoles, los cuales, hasta entonces, estaban dispersos en medio de las naciones, y a muchos fieles de Jerusalén. En presencia de una asamblea tan venerable María expiró.

778. Pero nada de cuanto es causa de horror en los últimos momentos se notó en Ella. Al contrario, aquí todo es augusto: su rostro, más resplandeciente que nunca, anuncia la paz a todos los espectadores; un amable pudor, una dulce majestad, sus ojos,

clavados en el cielo, tienen toda serenidad; su espíritu abismado en Dios, parece verle ya cara a cara; de ahí aquellos deseos ardientes, aquellos éxtasis ininterrumpidos, aquel lanzarse hacia el cielo y, por último, aquel vuelo rápido de su alma, vuelo que la desprende de la tierra y la lleva al seno del mismo Dios y la sumerge en el seno de la eternidad. ¡Oh Virgen Santa que gozáis ahora de la felicidad infinita! Obteneadnos la gracia de vivir, como Vos, sin pecado y sin apego alguno, a fin de morir sin temor, sin remordimiento y sin dolor. Es la gracia que os suplicamos nos obtengáis por vuestra poderosa intercesión ante Jesucristo, vuestro Hijo.

INDICE DE MATERIAS

Los números se refieren a los marginales de los párrafos.

Abnegación: 57, 544, 548-549, 607.

Adoración: 467-68, 571.

Alianza con Dios: 210, 213, 486-488. Cf. Bautismo.

Apostolado: Valor de las almas: 255-256; A. del ejemplo: 366, 369, 394.

Bautismo: Dignidad del cristiano: 210, 213; Cf. Alianza con Dios.

Caridad: Con Dios: 166, 376, 467-468, 469-470, 571. Con el prójimo: 283-285; soportarse mutuamente: 286-287; Cf. Amor a Cristo, en Jesucristo y a María en María.

Carne o concupiscencia: 12, 87-89, 109-112, 114, 137, 220-226, 644, 660-661, 749-750.

Castidad: 20; Intima unión con Cristo: 150-151, 210-215. Cf. lujuria.

Cielo (El): 52-54, 69, 79-86, 130, 231, 543, 746-748; Multitud de bienes: 53, 81; plenitud de bienes: 54, 81; tranquilidad: 54; eternidad: 85-86; perfección: 54, 84.

Combate espiritual: 3, 5, 28-34, 35-39, 40-48, 59-64, 125, 219-226, 641-647; corona: 7, 52-54, 65-69.

Compañía de María: Alta perfección: 55; Consagrada a María: 78, 379; Devoción a María: 160; Nombre: 288; Oración y María: 379.

Comunión: Eucaristía: 22, 152-153, 164, 244-246, 251-252, 758; Exceso de amor: 237, 247-250, 547; E. y sacrificio cruz: 238-239; Efectos: 240-241, 480; Memorial de sus maravillas: 242-243, 479; Escaso fruto: 233-235; Disposiciones: 479, 758.

Confesión: 455-460.

Confianza en Dios: 212, 346-347. Cf. Confianza en María: María.

Conocimiento de sí mismo: 541-542, 568-569.

Contrición: 421, 472, 600-601.

Creo: En Dios: 313-345, 689, 708-718.

Cruz: 15, 17, 123, 139-140, 143-145, 466, 612-616, 749-750; Crucificado ante el mundo: 368-369; Mi yugo es ligero: 19, 146-148, 463.

Cuerpo Místico de Cristo: Cf. María: Madre de los hombres e hijos de María.

Demonio: 2, 3, 5, 28-34, 35-39, 40-49, 60-71, 125, 162, 165, 212, 221, 378.

Desconfianza de sí: 212, 406, 431.

Dios. Creo en Dios: Cf. Creo; Conocimiento de Dios: 541-542, 568-569; Silencio de Dios: 594-599; Eficacia de su palabra: 429-430; Cf. Fe.

Dirección espiritual: 665-667; Ventajas: 668.

Discreción de espíritus: 162.

Espíritu Santo: Vida del alma: 9, 10, 12, 13, 87-100, 109-122, 132-133, 137-138, 162, 220, 661-662; Cf. Trinidad; María.

Eternidad: 189, 432, 539-540. Cf. Cielo; Infierno.

Examen: 441-442.

Fe: 165, 188-189, 313-315, 683-685, 690-691, 761-762; Fe en Jesucristo: 65; Arma de victoria: 68, 74, 222-224, 640, 687; Cualidades 686-688, 702-708; Creo en Dios: 689, 708-718; Fe y meditación: 443.

Fin del hombre: 231, 351, 538.

Gracia (La) : Fidelidad a: 408-412, 414-415; Infidelidad a: 413, 416, 590-593.

Humildad: 189, 411, 431, 583, 648-654, 658-659; Motivos: 719-724; María modelo: 763-770.

Iglesia: 292, 297, 307-312.

Infierno: 360, 451, 473; Pena de daño: 453, 738; Pena de sentido: 451-452, 454, 737.

Intención (pureza de): 376-378, 427, 662.

Jesucristo: Amor a: 471-472; Mediador: 66; Modelo: 92-100, 116-121, 132-133; Reino de Jesucristo: 464-466.

Juan (San) : Hijo de María: 199, 201-204, 206-207.

Juicio: 233-234, 275-276, 410, 434, 436-440, 734-736.

Lujuria: 474-475; Efectos: 476.

María: Grandeza: 158, 497; Trinidad: relaciones con la: 511, 519, 520-521; Hija del Padre: 490, 497-503, 522; Madre del Hijo: 491, 497, 502-509, 522-523; Asociada del Hijo: 159, 505-509, 675; Esposa del Espíritu Santo: 492, 497, 510, 512-519, 524; Madre de los hombres: 198-207, 481-485, 677; Madre del cuerpo místico: 674-677, 701; Por obra del Espíritu Santo: 676; Cf. Juan (San); Privilegios: Inmaculada Concepción: 490, 504-507, 513; Plenitud de gracias: 515-519; Muerte: 775-778; Mediadora: 379, 536-537; Devoción: 78, 493; Amor a María: 485, 493; Confianza: 160, 379, 493, 520-526, 527, 627; Su poder: 520; Su amor a nosotros: 482-485, 525-526; Cualidades de la confianza: 528-535; Estima de sus perfecciones: 160, 489; respeto: 493, 496; imitación de sus virtudes: 494-495; Su humildad: 763-770; sus sufrimientos: 771-774; Su santo Nombre: 625-627; Su Corazón: 511, 525-526; Oración y María: 379, Presencia de María: 187.

Mortificación: 225-226, 660-661, 663-664. Muerte: 232, 431-435, 692-695.

Mundo: renuncia y separación del: 367-369.

Obediencia: 154-157, 181-186, 190-197; Cualidades: 184, 192-197, 756; Ventajas: 757.

Oración mental: 187-188, 190-192, 216-218, 223, 229, 280-282, 289-290, 568-573, 727-728; Ventajas: 443; Atención: 126, 728; Defectos: 444-445; Preparación: 444-446; Temas para principiantes: 447; Conclusión: 448; Pretextos: 449; Aridesces: 636-637; María y la O. m.: 379.

Orgullo: 583-586, 648-649, 654-657.

Parábolas evangélicas: Torre que se ha de edificar: 1, 24, 27, 55-58, 124; Rey en guerra: 2, 28-34, 60-64, 125; Hijo pródigo: 455-460; Piscina probática: 556-563; Higuera estéril: 590-593; Viña mala: 591-593.

Pecado: Ofensa a Dios: 352; Mal del hombre: 352, 373-374, 376-377; Castigo: en Jesucristo: 376; En los ángeles: 375; En los hombres: 375; Pecado venial: 380-385, 577-582, 739-741; P. de escándalo: 389-394, 588; 589; P. del religioso: 697-700, 729-730.

Penitencia: 259-261, 477-478, 550, 594-599, 612-616, 731-733.

Perfección (religiosa): 1, 2, 24-39, 55-64, 77, 124-125, 257, 262-264, 609, 611;

Vocación a la perfección: 55, 370-371: Obra lenta: 163, 219; Dificultades: 258; Cf. Combate espiritual y Religioso.

Pobreza evangélica: 11, 101-108, 134-135, 752-754; Beneficios: 141, 176-180, 751.

Predestinación: 602-606.

Presencia de Dios: 417-420, 570, 628-631, 632-635.

Prudencia del espíritu: 277-279.

Razón: Influjo s. la voluntad: 406; Fe y razón: 291, 319, 322-324, 333-337.

Regla (La): 161.

Religión: 291-312; 315, 317, 318.

Religioso: Dificultades: 1-3, 56-57, 113-116, 137; Clavado en la Cruz: 15, 17, 19, 123, 139-140, 143-145, 262-264, 265-271, 368-369, 612-621, 749-750; Dicha del religioso: 146-148; Preservación del pecado mortal: 377-378,

Religioso y comunión: 758-760; Pecado del Religioso: 697-700, 729-730; Cf. Pecado venial.

Retiros: Fin: 421; Trabajo de: 553-563, 574-576, 669-673.

Sacrificio: 610, 612-613, 617-619, 646-647, 679-680.

Salmos: índice por materias: 228.

Salvación del alma: 602-607, 678-681.

Santidad: 208-209.

Sufrimiento: 621, 646-647; Sufrimiento de María: 771-774.

Tentaciones: 5, 40-48, 70-74, 76, 128, 638-640.

Tibieza: 395-405, 407, 409, 564-567, 742-745.

El tiempo: Empleo y valor: 422-428.

Trinidad: 235-236, 313-345, 709; Padre: 344-345; Habitación en el alma: 632-633; Cf. Relaciones con María en María.

Vida divina: 9-10, 12-13, 87-100, 109-122, 132-133, 137-138.

Vocación (religiosa) : 49-51; Llamamiento: 75, 76, 608; Respuesta: 75-77, 609-610; Recompensa: 611.

Votos: 749-750.

INDICE GENERAL

- (XXV). I. 1822. CHAMINADE. (Caillet)
(XXVI). II. 1822. CHAMINADE. (Carrère)
(XXVII). III. 1822. CHAMINADE. (Anónimo A)
(XXVIII). IV. 1822. CHAMINADE. (Bidon)
(XXIX). V. 1822. CHAMINADE. (Bidon, bis)
(XXX). VI. 1823. CHAMINADE. (Laugeay)
(XXXI). VII. 1823. CHAMINADE. (Marres)
(XXXII). VIII. 1823. CHAMINADE. (Carrère)
(XXXIII). IX. 1824. CHAMINADE. (Lalanne)
(XXXIV). X. 1824. CHAMINADE (Laugeay)
(XXXV). XI. 1825. CHAMINADE (Caillet)
(XXXVI). XII. 1826. CHAMINADE (Bidon)
(XXXVII). XIII. 1826. LALANNE. (Chevaux)
(XXXVIII). XIV. 1826-1827. CHAMINADE. (Chevaux)

INDICE DE MATERIAS

Libro: Notas de Retiros. Predicados por GJCH Vol. III
Traducción: P. Victoriano Mateo, S.M. y P. Victoriano Pardo, S.M.
pp.: 271 - Madrid

NOTAS DE RETIROS

PREDICADOS POR

G. JOSE CHAMINADE

VOL. III

Publicadas por L. PAUELS, S. M.

Traducción del P. Victoriano Mateo, S. M. y del P. Victoriano Pardo, S. M.

(XXXIX) I

1827. CHAMINADE (Marres)

RETIROS PREDICADOS POR EL PADRE CHAMINADE

Empiezan el 9 de septiembre de 1827 en Saint-Remy.

1. Primer ejercicio *preparatorio* sobre las disposiciones remotas para empezar el retiro.

Conduciré al alma a la soledad, y allí le hablaré al corazón.

Con estas palabras invita Dios al alma a venir a los retiros; reparad que es Dios quien habla.

Veamos: 1º, los motivos que deben traernos a los retiros; 2º, los sentimientos que debemos tener; 3º, los frutos que debemos sacar.

1º Los motivos que deben impulsarnos a hacer los retiros son: 1. La voluntad de Dios. El quiere hablar a nuestro corazón, pero quiere que sea en paz. El nos dice: *dame tu corazón, hijo mío*. Aquí está este corazón, pero es tan duro; *crea en mí, Dios mío, un corazón nuevo. Cor mundum*, etc. 2. Las ventajas de un retiro: es una gracia especialísima, una gracia de elección y predilección. ¿Por qué hemos sido escogidos entre tantos millones de personas en Francia y en todo el Universo...? ¿Pero no es todo nuestro año un retiro? Es verdad que deberíamos estar así en el Noviciado; pero es necesario un retiro completo, un alejamiento de todo lo que pudiera disipar. Un silencio perfecto exterior e interior. Si se hace uno preguntas dentro de sí mismo no se está solo aunque esté en medio de un desierto.

2. 2º Los sentimientos que deben conducirnos a un retiro son:

1. La confianza: no podemos hacer nada sin Dios, pero su promesa es formal: *yo hablaré a su corazón.*

2. El valor: hay pruebas durante los ejercicios; por parte de Dios, sequedades, desolación incluso, no hay que buscar dulzuras, sino corregirse y volverse mejor. Por parte del demonio, falta de gusto, disipación del espíritu.

3. Sentimientos de amor y de agradecimiento: ¡qué gran beneficio y favor son unos ejercicios! Dios derrama bendiciones más abundantes, y gracias más numerosas que en otro tiempo: ilumina, toca, fortifica, etc.

3º Fruto de los ejercicios es la reforma del hombre viejo y la creación del hombre nuevo. Son necesarias dos cosas: arrancar y plantar; arrancar de raíz los malos hábitos, atacar con el hacha al árbol del amor propio y plantar la virtud de la humildad, del temor de Dios, de la esperanza y de la caridad.

Procuremos pues prepararnos bien a estos ejercicios. Es posible que sean los últimos de nuestra vida: hagámoslos como si hubiéramos de morir después.

Primera meditación fundamental

DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN

3. La devoción a la Santísima Virgen. *Fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María la Virgen.*

Si no estuviéramos en Ejercicios, hubiéramos hablado en primer lugar del Santo nombre de María, porque es hoy su fiesta, y es una cosa notable que hayan empezado los ejercicios en un día así. En segundo lugar del nacimiento de la Virgen, cuya fiesta celebrábamos ayer. Pero para prepararnos para los ejercicios veamos lo que María es para nosotros y lo que nosotros debemos ser para ella.

4. Punto 1º En el seno de la Virgen María fue concebido Jesucristo por obra del Espíritu Santo, y allí se formó a nuestra semejanza; los elegidos deben ser concebidos también en el seno de la Virgen María por la acción del Espíritu Santo y formados por sus cuidados maternos a semejanza de Jesucristo.

Punto 2º El nació verdaderamente de María; los elegidos son igualmente dados a luz por ella. María es la madre del cuerpo natural de Jesucristo y de su Cuerpo Místico.

Punto 3º María cuidó de la infancia de Jesús y estuvo asociada a todos los misterios de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo; los elegidos no llegarán a la "plenitud de la edad perfecta", como la llama San Pablo, sino en tanto sea María para ellos lo que ha sido para Jesucristo.

5. 1º Es el Espíritu Santo quien ha hecho empezar en María la vida de Jesucristo: *Qui conceptus est de Spiritu Sancto ex María Virgine*. El Bautismo y la fe hacen que empiece en nosotros la vida de Jesucristo, y por ellos somos concebidos por obra del Espíritu Santo. El profeta Isaías había anunciado este prodigio asombroso: *ecce virgo concipiet et pariet filium: una virgen concibirá y dará a luz un hijo, que se llamará Emanuel, es decir Dios con nosotros*. La Santísima Virgen no es, pues, un instrumento meramente pasivo del que Dios se ha servido para dar su Hijo al mundo; no es un simple canal, sino que es verdaderamente la Madre de Dios; verdaderamente Ella le concibió: *concipiet*. La Encarnación dependía de su consentimiento. El Hijo no se encarnó sino cuando la Virgen dijo *hágase en mí según tu palabra*. Por eso el Espíritu Santo es el esposo de la Santísima Virgen y por ello hay una alianza tan íntima entre las tres divinas personas de la Santísima Trinidad y la Virgen María.

6. 2º Cuando Jesús dijo al discípulo amado: *He ahí a tu madre*, María era ya madre suya; Ella ya le había engendrado; el nombre del discípulo no está indicado, porque representa a todos los hombres. La Santísima Virgen no es sólo nuestra madre, como se cree comúnmente, por ignorancia, porque entonces nos adoptará por hijos; sino que ella es con toda la fuerza de la

palabra, nuestra madre porque ella nos ha engendrado espiritualmente, como verdaderamente engendró a Jesucristo. Pero ¿no hemos nacido ya muertos o somos hijos ilegítimos? En ese caso, María no es Madre nuestra. Cuando los fariseos se jactaban de tener por padre a Abraham, Jesús les demostró que no eran hijos de Abraham, ya que no hacían las obras de Abraham y que, en cambio, sí eran hijos del demonio, porque quien comete el pecado es hijo del demonio. Pero para los hijos legítimos de María ¡qué palabra tan consoladora aquella que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz: *Ecce Mater tua!* Es que opera lo que significa.

7. 3º Del seno de María nacen, en abundancia, los elegidos, como fruto de gracia y de bendición. ¡Qué hermosa es la generación casta con las virtudes que produce! Es la generación de Cristo. No podemos tener vida más que por Cristo y en Cristo. Y tal vida se nos comunica por medio de María. Por lo mismo, San Bernardo dice formalmente que Dios no ha querido que nosotros tengamos gracia alguna que no haya pasado por manos de María. Suárez llega incluso a concluir, después de haber examinado bien el espíritu de la Iglesia acerca de la Santísima Virgen, que la Iglesia cree que la intercesión de la Santísima Virgen es útil y necesaria. Recurramos, pues, a María sobre todo durante estos Ejercicios. Imploremos continuamente su ayuda y así los haremos bien.
8. *Nota.-Hay* que hacer, en pequeño, durante los Ejercicios, lo mismo que luego haremos en grande durante toda nuestra vida. Comparación de una casa; por muy pequeña que sea, encierra todas las partes de una grande. Un arquitecto construye la maqueta de un puente tal como luego lo construirá sobre un gran río.

Hay que comprender bien todas estas cosas y hacer preguntas durante los recreos si hay algo que no se entendió bien. Por ejemplo, volviendo sobre la meditación de ayer tarde, hay que comprender bien cómo la Santísima Virgen es verdaderamente Madre nuestra. Todos nosotros tenemos nuestra vida en Cristo; es nuestro Padre, el Primogénito de entre los muertos; todos somos sus hermanos. Pero Jesús recibe la vida en el seno de María;

nosotros estamos unidos a Cristo y recibimos también la vida espiritual en María. Por eso los santos Padres dicen que por tener en Ella la generación espiritual, en María estamos encerrados todos. Por eso, cada vez que volvemos de la capilla deberíamos acordarnos y remontarnos a este texto del Apóstol: "Hijos míos, ¡cuánto sufro hasta que Cristo quede formado en vosotros!", pensando que la Santísima Virgen nos dirige tales palabras.

SOBRE LA SALVACION

9. No hay más que una sola cosa necesaria. Dejemos de lado todas nuestras necesidades y vayamos a lo esencial: a la salvación.

1. La salvación eterna es el motivo de los sacrificios del alma religiosa; 2. La salvación es el apoyo y el sostén continuo de los sacrificios de un religioso; 3. La recompensa de los sacrificios del alma religiosa.

1. La salvación eterna es el motivo de los sacrificios del alma religiosa.

¿Por qué motivo querríamos imponernos tantos trabajos? ¿Es, acaso, por tener algunos honores, algunas riquezas? No. Lo que esperamos es una dicha eterna. Ejemplo: la Madre de los Macabeos la cual decía al más pequeño de sus hijos de quien temía que se espantase a la vista de los tormentos que hacían sufrir a sus demás hermanos: "Hijo mío: mira al Cielo." Ejemplo de un comerciante que arrojó al mar todas sus mercancías cuando se vio en peligro de perder su vida. Pero si somos capaces de hacer tantos sacrificios para conservar la vida natural, ¿de qué no seríamos capaces para lograr la vida eterna?

10. 2. La salvación es el apoyo y el sostén continuo de los sacrificios que hay que hacer en el estado religioso. Tenemos religiosos que dejan edificado al mundo por su modestia, fervor, etc. No se puede comprender cómo hay jóvenes que, en la flor de su edad, vivan tan conformes a una Regla, renunciando a todos los bienes y placeres del mundo. Es porque el mundo no comprende lo que es el Cielo.

Pero nos dirá el demonio: "Muchas resoluciones tomas ahora; no podrás cumplirlas." -¿Por qué no?, pues la salvación es un bien infinito; los mismos motivos que me indujeron a tomar esas resoluciones en el día de hoy, subsisten siempre. Dios me sostendrá si tengo delante de mí esta gran verdad: que no hay más que una sola cosa necesaria.

11. 3. La salvación es la recompensa de los sacrificios del alma religiosa.

La felicidad eterna: eso es lo que esperamos; lo que tenemos que esperar. Hay sacrificios que hacer en el estado religioso: Hay que renunciar a todo, sacrificarlo todo, sujetarse a una Regla, poco austera pero penosa de observar, etc. Pero, dirá alguno: "Si no tenía casi nada cuando abracé el estado religioso." No importa: hay que renunciar incluso a la esperanza de poseer. "Pero aquí estoy mejor que en mi casa." No importa. Hay que estar dispuesto a todo, renunciar de corazón a todas las cosas amables de la vida; comprometerse, atarse por votos a la cruz del Señor, morir a todo, incluso a sí mismo, no vivir más que de la vida de Cristo; todo esto ¿no son otros tantos sacrificios? Pero la visión de la recompensa nos ayudará a hacerlos con ánimo.

1.ª plática.

12. *Nota.*-Si os vienen algunas buenas ideas, hay que detenerse a gozar de ellas. Las ideas proceden de la Santísima Virgen. Ella tiene a su disposición millares de ángeles que deben asistirnos y comunicarnos las voluntades de Dios. Tenemos, sobre todo, los Ángeles de la Guarda que están a disposición de María para asistirnos durante los Ejercicios.

SOBRE LA FE

13. *Fides est initium, fundamentum et radix omnis justificationis:* la fe es el principio, el fundamento y la raíz de toda justificación.

Estas palabras son del Concilio de Trento. Son, a la vez, palabras de fe y de consuelo. Todo el mundo, sin duda, dice que quiere salvarse. Pero ¿qué es lo que hay que hacer para llegar a esa dicha? El Concilio de Trento nos lo dice: Tened fe. Es el medio para ir al Cielo.

14. 1. La fe es el principio de toda justificación. Dios quiere que cooperemos a la gracia. Dice San Agustín: "Dios que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti." Hemos recibido la fe, la esperanza y la caridad. Pero es preciso que la fe se haga en vosotros más viva. No podemos tener la fe por actos repetidos ni por vías naturales. Es una virtud sobrenatural; es preciso que Dios nos dé la luz. La verdad entra en nosotros por la luz, y la luz proviene de Dios: *ininiturn*, es el fundamento de nuestra justificación. Aun cuando nuestra fe sea todavía débil y como la del oficial real del Evangelio el cual miraba su fe como una especie de incredulidad -"¡Dios mío! Sostened mi incredulidad"- aun así seguiría siendo el principio de nuestra justificación.

15. 2. La fe es el fundamento de nuestra justificación. Hay que construir sobre la base de la fe. ¿Cuál es esta base? -Las obras de la fe. Aunque hiciéramos milagros y otras obras excelentes, si no son obras de fe y de una fe bien verdadera, no haríamos nada. Para tener una fe verdadera hace falta humildad; pero la fe con la humildad es el fundamento de toda justificación, de todas las acciones, de todas las obras. Cada obra de fe tiene un precio que constituye el fundamento de nuestra salvación.

16. 3. La fe es la raíz de nuestra justificación; es el canal que lleva la savia al árbol. Comparación de un árbol: se ve que la savia, que reside en la raíz, se extiende luego a todo el árbol, hasta las ramas más pequeñas, incluso hasta las hojas. Cuando un árbol empieza a secarse, basta una lluvia para que florezca de nuevo; el jugo ha penetrado por las raíces en el árbol.

Si la fe penetra nuestras acciones, éstas serán recompensadas porque son acciones en que entra la justicia. Pero cuando en las obras no hay fe, entonces se trata de árboles estériles porque no hay nada en los tallos de tal árbol. Con la fe

lo podremos todo; sin ella no podremos nada. Es lo que Cristo, al final de su vida, yendo a Jerusalén, quiso darnos a entender. Vio una higuera que estaba frondosa y parecía soberbia; se acerca a ella y no vio ni un higo. Entonces maldijo a la higuera la cual se secó enseguida. Los Apóstoles se quedaron admirados de ello y se decían: "Ved cómo se ha secado". Entonces el Señor les dijo: "Tened una gran fe; todo lo que pidáis, con tal de que no vaciléis en vuestra fe, lo conseguiréis."

2.ª plática.

SOBRE LA FE

17. Es preciso que nuestra fe sea firme. Tal firmeza es una de sus cualidades esenciales. ¿Por qué nuestra fe debe ser inquebrantable? Porque se apoya en la veracidad misma de Dios. Sería una injuria el no creer firmemente cuando Dios habla. Indudablemente, es preciso también que esté informada por la caridad. La fe no debe ser sólo una como luz del espíritu, sino que debe estar también en el corazón. Se requiere una disposición del corazón que sea ella misma, fe, amor de la verdad. Por eso, hay que saborear lo que se cree y amarlo; por eso nos dice San Pablo que "la fe del corazón" justifica. No se puede entrar en la justicia sino por la fe del corazón. A menudo se creen algunas verdades; pero no se las ama. También los demonios tienen fe; pero les hace temblar; les lleva al alejamiento, a cierta malicia del corazón; creen y tiemblan.

18. Nos servimos hábilmente de este texto en contra de ellos porque cuando nos tientan basta pronunciar verdades de fe; entonces se alejan enseguida. Es lo que nos enseña el Apóstol San Pedro: "Cuando viene -dice- como un león rugiente a atacaros, resistidle con la fe." Y aun cuando hubiere mil demonios para tentarnos, si les resistimos con la fe, se ven obligados a retirarse. Lo que hace falta es servirse de la fe. San Pablo nos enseña que cuando la malicia infernal arroja sobre nosotros dardos de fuego, hay que servirse del escudo de la fe. Es preciso llegar a la fe del

corazón. Habría que retener esto durante toda nuestra vida. El Señor reprochaba a sus discípulos que eran tardos en creer; poco a poco, como cuenta el Evangelio, se disponían a creer mejor. Es lo que sucedió a los discípulos de Emaús: conocieron al Señor en la fracción del pan. Hay algunos que creen estar firmes; pero tal firmeza es sólo del espíritu, no del corazón, cuando éste se opone.

19. Se ha expulsado a una novicia que creía; pero no con la fe del corazón. Se le dijo: "Hay que decidir de su vocación. Haga usted una pequeña visita al Santísimo Sacramento. Diga usted que Dios es todo y luego dígame las consecuencias que saca de ello." La novicia dijo, que ella no era nada; se vio un pequeño movimiento de repugnancia en ella. Tras ocho o diez días se le preguntó: "¿Qué? ¿Vuestro corazón ha entendido estas verdades de que Dios lo es todo y nosotros no somos nada?" La novicia dijo que no y se vio que tenía mucha dificultad en gustar esa verdad de que Dios lo era todo y que ella no era nada.

20. Los Apóstoles, después de haber recibido el Espíritu Santo, se sirvieron de las luces de este Espíritu para pronunciar el primer artículo del Credo.

Notemos bien que el Espíritu Santo ha puesto en la boca de cada Apóstol una de las verdades fundamentales. Notad también que San Pedro no dice simplemente: "creo que hay un Dios", sino: "creo en Dios; tiendo hacia El". Los Apóstoles, al enseñarnos la estima de los dogmas católicos nos enseñan también a amarlos. Pero esta fe viva en el corazón, ¿es ya la fe que debe producir toda justicia, *initium, fundamentum et radix?* -Respondo que es muy buena. Pero la fe es el alimento de la justicia. Comparación del alimento necesario al cuerpo.

LA MUERTE

21. *Nota.-Statutum est omnibus hominibus semel mori:* se ha promulgado un decreto de muerte contra todos los hombres.

El Apóstol no dice cuál es ese decreto. Vedlo: sois *polvo y en polvo os convertiréis*. Pero este decreto ¿es irrevocable? -Sí. Desde el primer hombre hasta ahora, todos los hombres, sin excepción, murieron. Sólo Elías y Enoc no han sufrido todavía este decreto de muerte; pero sabemos que también morirán; el decreto de muerte es irrevocable: todos moriremos. No sabemos cuándo ni cómo; pero es seguro que moriremos: 1. Hay que aceptar el decreto de muerte en nuestra calidad de hombres; 2. Hay que aceptarlo como pecadores, en forma de penitencia; 3. Hay que aceptarlo, como cristianos, en espíritu de fe.

22. 1. Como hombres debemos someternos a este decreto. Así dejamos ver la dependencia que tenemos respecto a Dios. Cristo mismo quiso morir; "fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz". La Santísima Virgen también quiso morir; pero los santos y los Padres llaman a su muerte "un dulce sueño". Sí, Dios mío. Consiento en que mi alma se separe de mi cuerpo y si tal es tu voluntad, bajaré vivo a la tumba y cavaré yo mismo mi propia fosa. Pertenece a Dios. ¿Por qué no querríamos someternos a su voluntad soberana? ¿No es El nuestro dueño para disponer de nosotros como le plazca?

23. 2. Por nuestro origen, somos pecadores, hijos de un padre prevaricador y culpable de lesa majestad; llevamos con nosotros el cuerpo del delito. La muerte es el salario o más bien, el castigo del pecado. ¡Perezca, pues, este cuerpo al que tanto he halagado! Perezca y sea pasto de gusanos.

24. 3. En calidad de cristianos, triunfamos de la muerte. Jesucristo muriendo ha vencido a la muerte. La muerte ha sido vencida por la muerte; ha sido absorbida por la victoria de Jesucristo, el cual ha encontrado en su tumba, la vida. La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios. Pero nosotros ¿cómo moriremos? -No lo sabemos. Sin embargo, hay cierta seguridad de morir bien si se ha vivido bien; pero si habéis vivido en la cobardía, corréis peligro de morir como réprobos. Tal vida, tal muerte.

25. *Nota.*-Hay algunos que creen que no avanzan en la virtud aun cuando hacen exactamente actos de fe como se les dice. Pero

en el orden sobrenatural como en el natural, Dios actúa insensiblemente, poco a poco. ¿Se ve crecer la hierba? Sin embargo, es seguro que crece. Nuestro Señor mismo nos da a entender en el Evangelio que el Reino de Dios es semejante a un grano de trigo cuyo tallo se yergue y crece, etc.

SOBRE LA ENORMIDAD DEL PECADO DE LOS RELIGIOSOS

Martes por la mañana.

¿De dónde viene que mi amado ha cometido tantas prevaricaciones en mi casa?

26. ¡Qué conmovedoras son estas palabras! Dios es quien las profiere. Cristo dice a sus Apóstoles que ya no les mirará como a siervos, sino como a amigos. De ahí se deduce que el pecado de un religioso es enorme: 1. A causa de las ilustraciones que recibe. 2. De la santidad de su estado; 3. De las gracias abundantes de que se ve colmado.

1. El pecado de un religioso es enorme porque tiene ilustraciones más vivas; ve las cosas más claramente que los demás cristianos. ¡Tantas veces ha oído hablar de lo bueno que es Dios, de la vanidad de las cosas del mundo, etc.! Pues bien: a pesar de todas estas luces, ofende a Dios. ¡Qué prevaricación! ¡Y en la misma casa de Dios! Pecado de Judas.

27. 2. El pecado de un religioso es enorme a causa de la santidad de sus leyes. El estado religioso es un estado santo. Los votos por los que se une a Dios y sus leyes nos hacen más culpables si cometemos faltas, por ejemplo, contra la santa virtud; es un sacrilegio y este pecado es considerado como uno de los mayores. O bien, si se falta contra el voto de pobreza, ¡qué detestado ha sido siempre este pecado y su infracción mirada como una grave acusación! Historia de un religioso que tenía algunos escudos en el momento de la muerte y a quien no quisieron enterrar en sagrado.

28. 3. El pecado de un religioso es más enorme porque está prevenido por gracias más abundantes: tener siempre delante el buen ejemplo de otros y recursos y medios de salvación abundantes en el estado religioso. Justamente lo contrario de lo que sucede en el mundo. En la vida religiosa todo lleva al bien, mientras que en el mundo, todo lleva al mal. Pues entonces, ¿no sería mejor quedarse en el mundo si los pecados de los religiosos son tan enormes? - Eso es como si se dijera: "Tengo hambre y soy un miserable; pero prefiero quedarme en este estado, que ir donde un amigo o un bienhechor y recibir alivio porque, si lo recibo, me veo obligado a darle las gracias y a ser bueno con él", etc. Pero ¿se puede estimar en poco la gracia de vivir una vida retirada que es la mayor gracia de las que podemos recibir, una gracia selecta y de predilección? ¡Qué dicha la de vernos separados del mundo y de sus peligros!

3.ª plática

LA FE

29. *Nota.*-No hay que olvidarnos de nuestra Soberana, nuestra Protectora y nuestra Madre, la augusta María de quien nos viene la luz en medio de nuestras tinieblas.

¡Oh si conociéseis el don de Dios!

Es lo que el Señor dijo a la Samaritana. ¡Qué don tan grande el de la fe! ¡Qué don tan grande es esta luz que nos viene del Padre de las luces. Este don está representado por aquella columna que conducía a los israelitas a través del desierto, les ponía al abrigo de sus enemigos, les condujo durante cuarenta años y les hizo pasar el Mar Rojo. Su cara luminosa estaba del lado del pueblo de Dios y su cara tenebrosa, del lado de los egipcios, los cuales no sabían qué hacerse. Moisés hizo a los israelitas pasar el mar Rojo. El ejército egipcio quedó enteramente sumergido.

30. Si durante estos Ejercicios podéis lograr el don de la fe, ésta será como una columna luminosa que os conducirá hasta las

puertas del Cielo. La fe conduce a la puerta del Cielo en el que sólo entra la caridad. ¿Cuál es la fe que nos lleva al Cielo? -No es la especulativa sino la fe práctica que llamamos operante. La fe especulativa es una simple creencia o íntima convicción de las verdades que la Iglesia nos enseña. La fe práctica actúa, obra, nos hace seguir las enseñanzas de la fe especulativa. La fe especulativa tiene una íntima convicción, pero es una convicción imperfecta; el alma, con ella, se encuentra a menudo en mal estado. Se prefiere creer verdades reveladas a la Iglesia a no creerlas; por ejemplo, que hay un infierno, que en ese infierno hay fuego, etc. Hay que creerlo; pero no hay íntima convicción de ello. Ejemplo de Enrique IV de Francia el cual decía que la religión cristiana es una religión divina; pero cuando le dijeron que también los protestantes lo creían, entonces ya no tuvo idéntica convicción. Esta íntima convicción debe ser tal que estemos dispuestos a subir al cadalso por ella. "¿Pero en la fe hay sombras?" -No importa. Por muy tenebrosa que sea nuestra fe, creo, sin embargo, porque la verdad existe. Ejemplo de una niebla; se levanta el sol y, a través de las nubes, veis sus rayos; no lo veo todavía; pero estoy seguro de que existe.

2.ª plática.

DE LA FE PRACTICA

31. Hay verdades misteriosas y verdades morales; las misteriosas se relacionan con el dogma; las morales nos enseñan de qué modo debemos portarnos. La fe debe ser práctica, lo mismo con respecto a las verdades misteriosas que respecto a las morales. Tomemos, por ejemplo, el misterio de la Encarnación: si creo, realmente, que Cristo es Dios, engendrado eternamente en el seno de Dios, que bajó a la tierra y que se ha revestido de nuestra naturaleza; que, mediante el bautismo, nos incorporamos a Cristo, si creemos esto, entonces respetaremos y estimaremos el carácter de cristianos y temeremos hacer cualquier cosa que sea indigna de un cristiano. Nos llamamos y somos realmente hijos de Dios; somos herederos del Cielo gracias a esta cooperación. Si tengo una fe práctica,

entonces trabajaré por el Cielo. Es la consecuencia que, de San Lucas, saca San León: "Cristiano: reconoce tu excelsa dignidad y ten cuidado de no rebajarte de ella." Quien tiene tal fe, sabe que el Cielo es su herencia.

32. Otro ejemplo sacado de la Eucaristía: creo que, por las palabras sacramentales, el pan y el vino se cambian realmente en el cuerpo y en la sangre del Señor. ¿No debería conducirme, si es así, con el respeto y la veneración que inspira este misterio divino? Por consiguiente: me mantendré en la iglesia como los ángeles adoradores. Cuanto más aumente mi fe, más aumentará mi respeto.

33. Verdad moral. Ejemplo: los sacramentos.

De la frecuentación del sacramento de la penitencia. Sé que he pecado. Quiero hacer todo lo que es menester para recuperar la gracia de Dios. ¡Con qué sentimientos no lo haré si tengo fe! Primero en el examen de conciencia, ¡qué atención! En cuanto a la contrición, debe reunir las cuatro condiciones: interior, soberana, universal y sobrenatural; una vez cumplidas estas condiciones, debe ser eficaz. Es muy raro que se vuelva a caer cuando se ha roto con los hábitos como consecuencia de la contrición sobrenatural. La fe, unas veces es cooperante y otras, determinante. Si hay que abrazar un estado de vida, que sea conforme con la voluntad de Dios, necesito hacer oración; la fe operante me llevará a hacerla. La fe me dice que hay que hacer actos de fe en la presencia de Dios al principio; pero es preciso que esta fe me sostenga en la presencia de Dios durante la oración. Comparación de alguien que tiene que tratar con un príncipe. (El P. Chevaux; pág. 31.)

34. Si la fe es práctica, nos mantendrá siempre en la presencia de Dios. Ella me dará el calor divino, me une a su santo calor, el cual poco a poco anima mi corazón, ya sea para formar resoluciones, ya sea para hacer brotar afectos. ¿Qué comunión fervorosa haréis si la fe no es el principio de la misma? Este divino alimento es la fuente de todos los sentimientos que hay que tener. Cuando Cristo instituyó la Eucaristía, no dijo sólo: "Recibid", sino

que dijo: "Comed". Si tengo fe, recibo este alimento, no sólo en mí, sino que lo como y lo hago pasar a mi alma, a la que da fuerzas. No comprendo cómo lo como si la fe no me lo enseña. De este modo, la fe es la savia que lo anima todo; debe ser lo que nos empuja hacia la sagrada Comunión; es, por decirlo así, el jugo digestivo de la sagrada Eucaristía. Lo dice San Pablo: "La fe es la sustancia de las cosas que esperamos." No se salvará quien haya pensado mucho, sino el que haya obrado bien. La fe sin las obras es una fe muerta.

3.ª plática.

CONTINUACION DE LA FE - GLOSA SOBRE MARIA

35. Nos ha hablado de la muerte edificante de varios jóvenes cuya vida se ha leído en el comedor; de cómo han tenido una confianza plena en María en el momento de expirar. ¿Por qué no nos acostumbraríamos a una práctica tan hermosa? No ha habido ninguno a quien la Santísima Virgen no le haya traído aquí. Ella nos ha amado primero, justo motivo de la caridad perfecta; es admirable el hecho de cómo nos encontramos reunidos aquí; Ella nos ha traído. Ello debe excitarnos a una tierna y gran confianza hacia María, ya que es una buena Madre. Un buen hijo no hace nada sin contárselo a su madre. Mirad a Cristo: ha estado sometido a María hasta los treinta años y le ha obedecido: *et erat subditus illis*. Cuando quiso empezar su vida pública, pidió permiso a la Santísima Virgen la cual estaba ilustrada de un modo enteramente particular. Ella le acompañó en sus viajes. Así se lo pidió Cristo para el cumplimiento de la Redención como también le pidió el consentimiento para la Encarnación. Cuando Cristo estaba a punto de expirar, la Virgen volvió a pronunciar otro *fiat*. El misterio de la fe es de la mayor importancia. Nuestra felicidad eterna y la salvación de muchas almas depende de ella, en cualquier puesto que ocupemos.

36. *La fe es la sustancia de las cosas que esperamos y la prueba de las que no vemos.* (Hebr. 11.) Este capítulo está lleno de reflexiones acerca

de la fe. San Pablo, en él, hace la comparación de la fe de los cristianos con la fe de los israelitas. Por ejemplo, recordemos la circunstancia cuando Moisés envió espías a la tierra prometida para saber cuáles eran los habitantes y los frutos de la misma. Un racimo de uvas, etc. La tierra prometida era la figura del Cielo. Después de nuestra peregrinación llegaremos a ella; aquel racimo era la figura de los bienes de que gozaremos en el Cielo. La fe nos hace ver la realidad dejándonos, sin embargo, en la sombra. Los israelitas tenían las sombras sin las realidades. El maná era figura de la Eucaristía. En el Cielo disfrutaremos de la realidad sin las sombras; veremos a Dios tal como es.

37. Hemos empezado a ver esta mañana cómo la fe podría actuar; ahora nos toca ver su ejercicio. Partamos de este principio: *la vida eterna, Dios mío, consiste en conoceros y en conocer a Cristo, vuestro hijo a quien habéis enviado.* Tenemos la vida eterna en Vos por el conocimiento que la fe nos da acerca de Dios y de Jesucristo. Es éste un camino seguro. Procuro conocer a Dios; este conocimiento nos lleva a conocernos a nosotros mismos; este conocimiento nos lleva a saber en qué consiste el sacrificio de la Misa y cómo hay que aprovecharse de la gran mediación de Cristo. De El debemos esperar la vida eterna: *Creced en la fe* -dice San Pablo- *y en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo.*

38. Plan del ejercicio de nuestra fe que va a ser desarrollado:

Creo en Dios: es el objeto primario de la fe. Hay relaciones entre la esperanza y la caridad. Pero volvamos a la fe. Hay que reconocer a Dios por sus obras y por sus criaturas. Comparación del astrónomo: no conoce todas las estrellas a simple vista; ve estrellas de una, de dos y de tres magnitudes; pero si se pone al telescopio, verá entonces estrellas de cuarta magnitud. Estas últimas estrellas existen puesto que las está viendo ahora; y así no se puede decir de ellas que no existen porque no se las ve a simple vista. Así sucede con la Santísima Trinidad, por ejemplo, ¿no sigue siendo incomprensible cuando la fe nos la hace ver? Creo en Dios y que ese Dios es infinitamente perfecto. Cuando esta fe es muy viva me dice: "en Dios hay tres personas". Cuando me indica el nombre de esas tres personas, ¡qué claridad! Entonces me digo

a mí mismo: "¿Cómo no he podido adivinarlo?" Llego, sin embargo, a adivinar que debe haber tres personas ya que un ser infinitamente grande carecería de perfección si no las tuviera...

39. Creo, igualmente por la fe, que... Dios engendra perfectamente de su propia sustancia; por eso le llamamos padre. Al engendrar su representación misma y como se representa a sí mismo en una persona que es el Hijo, encuentra en El su eterna felicidad. Veo una imagen enteramente pura que es Dios mismo y esta imagen es su Hijo; al no salir de esta naturaleza, tampoco será una sustancia por sí mismo sino en Dios. Me costaría no creerlo porque mi razón ha hecho el descubrimiento de la fe. Dios no sería perfecto si no existiesen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

40. Creo en Dios. 1. Lo primero que veo en El es a Dios Creador. Si Dios es Creador, todo debe proceder de El. Creo que Dios es el Creador de las cosas visibles e invisibles, del Cielo y de la tierra, puesto que es el único Dios. 2. Creo que es el conservador de todas las cosas y que este mundo se aniquilaría si El no lo sostuviese y conservase. 3. Dios es el principio y el fin de todo, que nada hace que no sea para su gloria; que todo viene de Dios y debe volver a Dios: He ahí tres grandes verdades en las cuales lo encontraremos todo.

¿Qué consecuencia debemos sacar? 1. Que Dios es Creador; que todo viene de Dios. Es un gran principio. 2. Dios es el conservador de todo y por consiguiente, todo está en El. 3. Dios es el soberano y el fin de todas las cosas y, por consiguiente, todo debe ser para El.

Martes por la tarde

DE LA PENITENCIA NECESARIA A LOS RELIGIOSOS

41. *Mi dolor está continuamente ante mis ojos.* Todos los cristianos deben hacer penitencia; con mayor razón, los religiosos. 1. La penitencia debe ser amarga en sus sentimientos. 2. Sólida en sus virtudes. 3. Constante en su duración.

1. La penitencia debe estar en los sentimientos. Si el corazón pecó, el corazón es quien debe arrepentirse. A menudo creemos

que nos arrepentimos de nuestros pecados; pero el dolor viene de la superficie del corazón, no del fondo del mismo. Sin embargo, hay que convertirse de todo corazón.

Ved a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos prosternado con el rostro en tierra: ésa es nuestra imagen. Cuando oímos en confesión a los cristianos del mundo, a menudo tiembla nuestra mano al darles la absolución porque carecen de contrición; sin embargo, sin ella no hay perdón.

42. Pero los religiosos deben tener una contrición de sus pecados mucho mayor, ¿por qué? -Porque han recibido más luces; han visto claramente cuál era la injuria que el pecado hacía a Dios, cómo el pecado le desagrada. Así es como se concibe el dolor de haber ofendido a un Dios tan bueno, tan amable; sobre todo, habiendo recibido de El tantas gracias y favores. ¿No lloráis vuestros pecados? Pero ¿no estáis oyendo los gritos que piden venganza? Son los gritos de nuestra prevaricación. Hacéis entrar en vosotros la cólera de Dios durante vuestra vida, según expresión del Profeta. Si no hacéis penitencia, lloraréis eternamente en el infierno y si Dios os ha remitido la pena eterna, seréis castigados en el Purgatorio.

43. 2. La penitencia debe ser sólida en sus obras. Decís que no adelantáis; pero veamos, ¿hacéis penitencia? ¿Pensáis en vuestros pecados pasados? ¿Y no queréis sufrir nada? Mirad a San Pablo y escuchad lo que dice: *castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre*. Aunque yo lo redujese a polvo y lo aplastara a fuerza de austeridades, no sería demasiado. Debéis concebir un odio implacable contra vosotros mismos. Sólo la obediencia debe poner límites a la venganza que tomamos de nosotros mismos. Ved a David cómo riega su lecho con sus lágrimas y cómo gime, día y noche, por haber ofendido a su Dios. En lugar de hacer penitencia por vuestros pecados pasados, no andáis buscando más que vuestro confort y comodidad. ¿Es, pues, de extrañar que así no avancéis en virtud y que, por el contrario, cometáis nuevos pecados y algunas veces, pecados considerables?

44. 3. Las virtudes son el fruto de una penitencia constante en su duración. Hay que hacer penitencia hasta el fin de la vida. Mientras dure la causa, también debe durar el efecto. Los motivos para hacer penitencia durarán toda nuestra vida; por consiguiente, hay que hacer penitencia siempre; es preciso que el recuerdo de nuestras faltas nos acompañe hasta la tumba.

SOBRE EL JUICIO FINAL

45. *Todos deberemos comparecer ante el tribunal de Cristo.* Consideremos cada una de estas palabras. Todos deberemos ser juzgados, sin excepción, pobres y ricos, grandes y pequeños. Todo quedará manifiesto. El Juicio será una cosa segura; más segura que la muerte. Hay un Juicio particular y un Juicio universal al fin del mundo, etc. Consideramos el Juicio, ya sea particular, ya sea universal, no en sus diversas circunstancias, sino como es en sí mismo.
46. 1. El Juicio es para los religiosos un motivo de temor; compareceremos ante Cristo después de nuestra muerte. Dios hará ver todos los pensamientos, todos los deseos, todos los sentimientos, todas las acciones, todas las miradas, todo cuanto hayamos oído. Se podría decir con atrevimiento que si quisiésemos decir todo cuanto nos pasa, tendríamos que confesarnos diariamente, e incluso cada hora o media hora. La historia del castigo del rey Baltasar: ve escrito en la pared aquellas terribles palabras: *has sido contado, medido y dividido*. Tiembla y se estremece. El pecador, al comparecer al juicio de Dios verá también pronunciada su sentencia. Lo dice el Profeta: "habrá una división". Dividirá lo que hay de defectuoso en nuestras buenas obras. ¡Cuántas malas intenciones hay que estropean nuestras mejores acciones!
47. 2. El juicio es para el religioso un motivo de vigilancia y de celo. Cristo, al hablar del juicio, ordena: *Velad y orad*. ¡Cuántas conversiones ha logrado la consideración del juicio! Ved a una persona que había oído hablar del juicio; por la mañana se

levanta, se sienta, se pasa tres horas meditando en esta verdad; su conversión queda decidida después de haber derramado muchas lágrimas. (Parábola del siervo malo que había ocultado su talento.)

48. 3. El juicio es para un religioso un motivo de consuelo y alegría: *Levantad vuestras cabezas* -dice Cristo- *y alegraos porque vuestra redención está cerca*. Un pensamiento consolador es el de que veremos a Dios como Dios y como hombre; sé que es infinitamente misericordioso. *¡Animo!* -nos dirá- *fiel servidor; entra en el gozo de tu Señor*. Dios mismo nos da ánimos, ¡qué palabras tan consoladoras!

SOBRE EL INFIERNO

49. *El gusano que roe no muere, y el fuego que arde no se apaga*. Por gusano se entiende aquí los remordimientos de la conciencia de los condenados al infierno; remordimiento de haber perdido a Dios; es lo que se llama pena de daño. El fuego que hace sufrir a los condenados es lo que se llama pena de sentido. Empecemos por la convicción de los condenados. El infierno es un fuego devorador. Imaginemos un estanque de fuego; una hoguera ardiente tan grande como este castillo. ¡Qué horrible pena estar en medio de esta hoguera!

50. Pero el fuego del infierno es muy diferente del que tenemos en este mundo; tiene las propiedades de los espíritus y puede actuar sobre las almas. Una persona que muere en pecado mortal va derecha al tribunal de Dios; de ahí cae en el infierno. Su alma, entonces, se ve presa de llamas vengadoras. Es un fuego que anima el soplo de Dios y este soplo es su propia ira. Historia de una persona que no pudo tener el dedo en una vela encendida. ¿Cómo pecaré puesto que no puedo soportar una débil llama, la cual no es más que una débil imagen del infierno? El infierno es un fuego que no se apagará jamás, un fuego eterno: *crucior in hac flamma*: grita el rico Epulón el cual, desde hace dos mil años, no ha podido lograr que una gota de agua venga a depositarse

sobre su lengua; "estoy cruelmente atormentado en esta hoguera ardiente". Este fuego penetra hasta mis huesos, etc. Historia de un condenado que se apareció con el cuerpo cubierto de azufre ardiendo por todas partes, etc. Los condenados están atados de pies y manos; no tienen movimiento alguno; están como un haz de paja. Por ahí vemos lo que es el pecado; por el infierno vemos lo que es Dios.

51. El infierno es un gusano roedor que nunca muere. Los condenados experimentan un pesar eterno por haber perdido a Dios. El alma se ve atraída por Dios como el hierro por el imán. Supongamos un pequeño clavo atraído por una montaña de imán, ¿con qué fuerza se ve atraído ese clavo por aquel imán? Pues así se ve atraída el alma, la cual tiende naturalmente hacia Dios en proporción de las amabilidades divinas. Dios ejercita su justicia en el infierno; ya que el pecado es un mal infinito, Dios debe necesariamente castigarlo como merece. Incluso ejerce su misericordia en el mismo infierno puesto que lo castiga lo menos posible. ¡Dios mío!, libradme del infierno. ¡Santa Virgen María! No permitáis que cometa nunca un pecado mortal.

EL PECADO VENIAL

(Este texto ofrece algunas variantes de detalle comparado con el del P. Chevaux.)

52. Quien teme a Dios, no descuida nada. Cuando se tiene temor de Dios, se procura agradarle no haciendo nada contra su beneplácito. Consideremos:

1. El pecado venial en su naturaleza y en sus peligros. Es un ultraje hecho a Dios. Si golpeásemos a uno de nuestros iguales, seríamos culpables, sin duda alguna; pero ¡cuánto mayor ultraje sería si golpeásemos a un rey! Se le llama venial porque se puede recibir el perdón del mismo en la otra vida. Ejemplo de un joven que iba en peregrinación y cogió tres higos comiéndolos con demasiada avidez, por lo que luego lloró tres días y tres noches. Cuando uno ama a Dios entonces se ve que el pecado venial es

un gran mal. ¡Qué desgracia la de contristar al corazón de Dios y desconocer a Dios!

53. 2. El pecado venial en sus efectos y castigos.

Dios ha hecho ver, en diferentes circunstancias, cuánta pena le da el menor pecado venial. Moisés, por haber golpeado dos veces el peñasco con alguna desconfianza del poder de Dios, no pudo entrar en la tierra prometida. Dios le castigó con la muerte después de haber andado errante durante cuarenta años, etc. Oza, que tocó el arca santa que iba a caerse, fue herido de muerte. David hace el censo de su pueblo por una pequeña vanidad; Dios, como castigo, le propuso tres plagas: la peste, el hambre y la guerra. David escogió la peste a fin de verse castigado directamente por Dios, etc. En tres días, la peste le arrebató 15.000 hombres. El Purgatorio es un verdadero infierno excepto en que se ama a Dios y se espera salir de él.

54. 3. El pecado venial en sus peligros.

Hay un camino que parece recto al hombre; pero que lleva a la muerte. El pecado venial conduce al pecado mortal. Algunas veces creemos que un pecado es venial, siendo así que es mortal; éste es el mayor de los males. Uno va a confesar; pero sólo para estar más seguro; no se lleva contrición de sus pecados, o por lo menos, no se lleva una contrición suficiente; tal pecado no queda perdonado. ¡Qué confesión! Es, más bien, un sacrilegio. ¡Dios mío! ¡Preservadme del menor pecado!

Resumen de las pláticas 2, 3 y 4. P. Chevaux.

55. En estos tres casos hay tres fundamentos: En el primero, hemos visto que recibimos la regeneración espiritual en el seno de la augusta María a semejanza de Jesucristo. La Santísima Virgen hace con nosotros como con Jesús: nos concibe, nos da a luz, nos forma hasta que llegamos a la plenitud de la edad perfecta. Por eso, podemos decir con San Bernardo: "María es el fundamento de toda nuestra esperanza." En el segundo caso, hemos visto lo que hay que hacer en la tierra. La salvación es nuestro único negocio; todo debe movernos a

hacer los sacrificios que el Evangelio nos pide. Cuando nuestras inclinaciones viciosas nos hacen retroceder, hay que recurrir enseguida a la Santísima Virgen, dirigir nuestras miradas al Cielo, pensar que Ella nos libraré y que es nuestra única recompensa. Es la gran exhortación de San Agustín. Los trabajos nos repugnan pero la recompensa nos anima. En el tercer caso hemos visto cómo tenemos que empezar, continuar y terminar nuestra santificación. Todo se hace por medio de la fe, la cual nos hace ver de una manera precisa lo que tenemos que hacer para acordarnos de ello pero es preciso creer mucho.

SOBRE LA TIBIEZA

56. *Porque sois tibios, empezaré a vomitaros de mi boca.* He ahí un terrible anatema contra los religiosos tibios. Tales palabras fueron dirigidas por el Señor a un obispo cuando aquél estaba ya en el Cielo. Era un obispo que, sin embargo, había hecho buenas obras; pero como era tibio, Jesucristo le dice por medio de San Juan, que le era insoportable como un alimento infecto que vomitamos. Consideremos: 1. La naturaleza y malicia de la tibieza; 2. Sus consecuencias; 3. Sus remedios.

57. 1. ¿Qué es la tibieza? – Se distingue la tibieza de la languidez espiritual. La languidez espiritual es el estado del pecador que se ha convertido en parte; pero que no ha cumplido sus buenas resoluciones y que ha caído en su antigua cobardía. Había hecho su confesión; pero sus pasiones han quedado vivas dentro de él. Quizá se ha mantenido fiel durante algún tiempo cuando estaba lejos la ocasión próxima; pero la raíz del mal no ha sido extraída y, por eso, ha caído de nuevo y languidece en el bien.

La tibieza es un estado digno de compasión; es el estado de los religiosos que se relajan en sus ejercicios de piedad; que ya no encuentran gusto en la oración, ni atractivo alguno en la Sagrada Comunión y demás prácticas de piedad.

No se trata de ser escrupuloso. El escrúpulo es una enfermedad del alma; pero el religioso tibio tacha de escrupuloso al religioso fervoroso, al que guarda con exactitud la Regla, la modestia y es fiel a los demás deberes.

58. 2. Las consecuencias de la tibieza son funestas y terribles ya que hace incurrir en pecados considerables. Además, ¿conocéis bien los límites entre el pecado venial y el pecado mortal? Si los conocéis, sabéis más que San Agustín el cual dice que Dios no ha dado a los sacerdotes balanza alguna para pesar el pecado. Esta tibieza conduce a la ceguera del espíritu, ya que en el estado de languidez uno reconoce su situación y siente su desgracia, mientras que en la tibieza, nadie se asusta de los peligros que entraña este estado, viviendo tranquilo en él y durmiéndose sobre su misma desgracia, no deseando salir de ella. Al no rezar bien ¿cómo queréis que se salga de ella? Ciertamente que se confiesa y se comulga; pero ¡ay! es para endurecerse aún más. Por fin, llega el castigo. Es que Dios se aleja del alma tibia. ¿Cómo queréis que se quede en un corazón tan frío: *empezaré por vomitarte de mi boca.*

59. 3. Los remedios a la tibieza nos vienen indicados por el Espíritu Santo. Primero hay que abrir los ojos al tibio por medio de un colirio espiritual; es decir, por la consideración de las verdades eternas. Luego, hay que comprar el oro acrisolado; es decir, la caridad y buenas obras; por ellas se logrará atraer las miradas de la misericordia del Señor. Es preciso que la fe nos haga ver lo que es el infierno y las verdades eternas; hay que practicar las obras de la fe, rezar mucho y gemir viendo su triste estado.

SOBRE EL CIELO

60. *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano ha podido llegar a comprender lo que Dios prepara a quienes ama.* A quien fue arrebatado al tercer Cielo correspondía decirnos lo que sucede allí. Sin embargo, San Pablo no acierta a decirnos en qué consiste la dicha del Cielo; sólo nos dice que ni ojo vio, ni oído oyó lo que pasa allí.

Consideremos la felicidad del Cielo bajo dos aspectos: 1. La felicidad accidental; 2. La felicidad espiritual.

61. 1. La felicidad accidental del Cielo. Abarca la del cuerpo y la del alma. Cuando muramos, nuestro cuerpo irá a parar a la tumba; pero resucitará en el último día. ¿Cuál será entonces la belleza de nuestro cuerpo? Será impasible; aunque se viese rodeado de las llamas del infierno, no podría sufrir nada. Será ágil y sutil como los espíritus, los cuales se trasladan en un abrir y cerrar de ojos, de un lado a otro. Cristo dirá a los elegidos: *Venid, los benditos de mi Padre a poseer el Reino preparado para vosotros desde la Creación del mundo.* Todos los condenados verán a los elegidos, diciéndose entonces con confusión: *¡Insensatos de nosotros! Antes nos reíamos de ellos. Pero ahora, vedlos en el esplendor y en la gloria. ¡Insensatos de nosotros!* Los ángeles rodearán a los elegidos; serán sus compañeros. Vedlos a todos trasportados a la mansión de la gloria para reinar allí eternamente. Porque el Cielo es un reino.

Los ojos quedarán satisfechos por la vista del orden que reina en el Cielo; cada elegido quedará recompensado en proporción de su santidad. La celeste Jerusalén está llena de toda belleza. San Juan Evangelista nos hace una estupenda y magnífica descripción de ella en el Apocalipsis.

Los oídos quedarán encantados con la música; hay algunos oídos delicadísimos. ¿Qué no disfrutarán en el Cielo? Las vírgenes entonarán un cántico que nadie podrá cantar excepto ellas, etc. El olfato se satisfará por el suave olor que se derramará por todo el paraíso.

EL ESTADO RELIGIOSO

62. *Sabed que el hombre viejo ha sido crucificado con Jesucristo a fin de que el cuerpo de pecado quede destruido y ya no volvamos a cometerlo.*

Por estas palabras se da a entender la emisión de los votos de religión en los que consiste el estado religioso propiamente. No hablaremos más que del estado religioso en general. Hagamos

ahora la aplicación de lo que dice San Pablo a la emisión de los votos. Se da la muerte al hombre viejo mediante los grandes votos de religión.

1. Por el voto de pobreza, se sacrifican los miembros de pecado clavando a la cruz la pasión de las riquezas.

63. 2. Por el voto de castidad, se da la muerte al hombre viejo consagrando su cuerpo a Dios al morir a los placeres de los sentidos. Este cuerpo de pecado, por el voto de castidad se convierte en templo del Espíritu Santo, en una víctima inmolada a Dios en sacrificio por la renuncia a todas las satisfacciones sensuales y terrenas.

64. 3. Por el voto de obediencia, se sacrifica la voluntad, tercer miembro del cuerpo de pecado y tercer obstáculo a la vida de la gracia. Por naturaleza, el hombre quiere ser libre y no gusta de estar sumiso renunciando a la propia voluntad. Pero ved que, por el clavo de la obediencia, uno se clava a la cruz de Cristo y, con El, su propia voluntad y libertad: tal es el resultado de estos tres votos. Los votos perpetuos son algo así como un martirio, e iríamos derechos al Cielo si muriésemos enseguida de haberlos emitido, ya que los pecados y las penas temporales quedan perdonados. Del mismo modo que no rezamos en favor de los mártires, ya que hicieron un acto de caridad perfecta, también los votos perpetuos tienen idéntica virtualidad, puesto que son actos perfectos de caridad; son como un segundo bautismo. Hay que comprender bien todas estas palabras: crucifixión, destrucción del cuerpo de pecado, renuncia a todo, etc. El Espíritu Santo debe hacérselas comprender para que así logremos tener una idea cabal de la vida cristiana y religiosa.

DE LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

65. *El pueblo que lo integra no es más que obediencia y amor.*

Formáis una comunidad; debiera poder decirse que en ella no reinan más que la obediencia y el amor de la Regla.

Primer fundamento y principio de la obediencia: cuando los superiores mandan, es Dios quien habla por su boca: *quien os escucha, a Mí me escucha*, dice el Señor. Hay más mérito para nosotros cuando nos toca obedecer a un superior que no es una persona simpática por sus cualidades naturales: *si no os hacéis como niños* -dice Jesús- *no entraréis en el Reino de los Cielos*. Hay que hacerse, en cualquier edad en que se esté, no sólo como niños, sino como niños pequeños, mediante la sencillez de la fe. El fundamento de la obediencia radica en que hay que renunciar a la razón y voluntad propias. Historia de un abogado muy sabio que había perdido la fe porque contaba mucho con su propia razón. "No me diga -decía un inferior a un superior- porque...; vale más obedecer ciegamente, sin querer saber el por qué."

66. Segundo. Cualidades de la obediencia religiosa: ser pronta, ciega, humilde y muda, etc. Ejemplo de un religioso que ha sido enviado de Roma a España para fundar una casa sin saber cómo ni con qué. Sus compañeros sólo debían ser instruidos de su misión cuando llegasen cerca de donde la casa se iba a fundar. San Benito indica doce grados de humildad en la cual formaba a sus religiosos como base para su obediencia.

67. Tercero. Ventajas de la obediencia religiosa: se hace realmente un gran bien cuando se obra en el nombre del Señor. Habiendo San Pedro trabajado toda la noche sin coger ni siquiera un pez y conociendo el arte de pescar arroja, sin embargo, la red como el Señor se lo ordena. Ya sabéis los peces que cogió. Dios bendice las obras emprendidas en su nombre dándoles una recompensa infinita en el Cielo.

DEL VOTO DE POBREZA

68. *Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿cuál será nuestra recompensa?*

Estas palabras fueron pronunciadas con ocasión de la conversación que Cristo sostuvo con el joven rico del Evangelio que estaba llamado al estado apostólico, pero que no quería

abandonar sus bienes. Jesucristo añadió: *más difícil es que un rico se salve que un camello pase por el ojo de una aguja.*

Consideremos: 1. La pobreza religiosa en su espíritu. Ser verdaderamente pobre es no tener nada; hacer voto de pobreza es renunciar a toda esperanza de poseer nada; os dan los vestidos; pero hay que estar dispuesto a cambiarlos, etc. No podemos dar, ni prestar ni aceptar nada sin permiso, etc. El joven rico de que habla el Evangelio tuvo una triste jornada cuando Cristo le llamaba al estado de pobreza; había observado las leyes de Dios; pero no quiso dejar las riquezas a las que estaba apegado. (Ejemplo de un sacerdote que quería entrar en la Compañía de María pero que no pudo hacerlo porque quería reservarse una pensión anual para caso de accidente, revolución, etc.) Hay que dejarlo todo sin excepción; hay que seguir a Cristo sin demora alguna. Parece que San Pedro tenía algunas posesiones; su suegra tenía una casa porque Jesucristo estuvo en ella curando a aquella mujer.

69. 2. Pobreza religiosa en sus obras. En el vestido, casas, etc., hay que preferir siempre la sencillez a la suntuosidad, la cual no se permite nunca: *las zorras -dice el Señor- tienen sus madrigueras y los pájaros del Cielo, nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene en donde reclinar su cabeza.* Si no, vedlo en la cueva de Belén o en Nazareth. En Loreto, en la casa de la Santísima Virgen sólo hay tres pequeños departamentos: una cocina, un pequeño dormitorio y un oratorio en donde rezaban Jesús y su divina Madre. La Santísima Virgen no nos dará a luz más que en el establo de Belén; es decir, en cuanto seamos pobres; pobres de espíritu, pobres voluntarios. Hay una Orden Religiosa en que no hay nada, ni se pide nada a nadie y en donde no se posee nada, confiando sólo en la Providencia; sin embargo, siempre tienen con qué subsistir. Lo que nos falta es la fe. Cristo reprocha a menudo a sus apóstoles su poca fe. San Pedro cuando caminaba sobre las aguas iba bien hasta el momento en que, por faltarle confianza, vaciló al ver la fuerza del viento.

70. 3. La pobreza religiosa en sus frutos: la protección visible de la divina Providencia y la amistad de Dios, el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro.

EL VOTO DE CASTIDAD

71. *No todos comprenden esta palabra, sino sólo aquellos a quienes ha sido dado.*

Cristo habla aquí de la virginidad o pureza virginal. Dice que hay personas que han abrazado el estado de virginidad por amor hacia El. Veamos:

1.^o La grandeza de alma de quien abraza el estado de virginidad. Se hace semejante a los ángeles y es objeto de las complacencias de Dios, siendo el mismo Espíritu Santo el esposo del alma; contrae con ella un desposorio espiritual; por él nos elevamos hasta la misma divinidad; favorece al alma casta con comunicaciones particulares en la oración, sagrada Comunión, etc. Por el contrario, la impureza degrada al alma quitándola toda su nobleza, colocándola al nivel de los animales inmundos y haciéndola semejante al hijo pródigo. El alma gusta de los beneficios de su padre mientras permanece en la casa. El alma impura se ve obligada a envidiar el alimento de los cerdos a causa de ese vicio infame que la hace desgraciada y la reduce a una dura esclavitud. Nadie es tan desgraciado ni tan ciego como un joven que se deja arrastrar por la impureza. La ceguera es uno de los castigos de la impureza.

72. 2.^o Las dulzuras del alma casta. Ciertamente tiene que librar combates; pero después de ellos, ¡qué paz!, ¡qué tranquilidad! Santa Catalina de Siena se veía asediada, en cierta ocasión, por toda clase de tentaciones; pero después de haber recobrado la calma y la paz, exclamó: "¡Dios mío! ¿En dónde estábais mientras yo libraba aquel triste combate?" A lo que le contestó el Señor: "Estaba en medio de tu corazón." "Pero ¿cómo podías estar entre aquellas basuras?" "Estaba para sostenerte." Algunas veces es buena señal, cuando uno se ve asaltado por esta clase de tentaciones. El enemigo de nuestra salvación querría derribarnos; Dios lo permite para castigar nuestros pecados o afirmarnos en la virtud de la castidad. Seguramente habréis visto con gusto que

muchos han dado a esta virtud el nombre de "amable virtud". Sí. Es muy amable. Pero notad que es una flor, una azucena que se marchita al menor soplo del viento. Hay cuatro remedios para la impureza: 1. La vigilancia; 2. La mortificación; 3. La humildad; 4. La oración.

73. 3.º La castidad es la gloria del alma inmortal; participamos de la gloria del divino Esposo; las vírgenes van en pos del Cordero divino cantando un cántico especial. A causa de su castidad virginal María atrajo sobre sí las miradas y complacencias de Dios. "Agradó a Dios por su virginidad", como dice San Bernardo.

El voto de castidad levanta al alma hasta el Cielo, de modo que ya no tenga comunicación con las cosas de la tierra. Los divinos desposorios tienen una belleza sin igual; nada hay tan sublime y tan magnífico como ellos, etc. Pero el hombre animal no comprende nada de esto. Sólo el alma pura gusta de tales cosas, pues que está iluminada por Dios y ve todo en Dios. Un alma casta ya no ve más que a Dios, cobra horror a las satisfacciones de los sentidos, despreciando su cuerpo y tratándolo como a un esclavo o como a su peor enemigo. Dios sólo es su mayor placer, su mayor bien, su mayor consuelo en este mundo y en la eternidad.

Oración a María para obtener la victoria sobre estas tentaciones molestas: "Por tu santísima virginidad y tu Inmaculada Concepción, preserva mi cuerpo y mi alma, oh purísima Virgen María; en el nombre del Padre, etc."

LA SAGRADA COMUNION

74. *Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en Mí y yo en él.* ¡Qué magnífica promesa! ¡Qué consoladora seguridad de parte de Dios! Quien comulga, tiene a Dios en sí y él mismo está en Dios. Cristo está en él y él en Cristo.

1. La vida religiosa debe ser una preparación continua a la Sagrada Comunión. Por eso el estado religioso es un estado tan hermoso.

Hay que distinguir la comunión frecuente, que es la semanal; la comunión muy frecuente que es la que se toma dos o tres veces por semana, y la comunión diaria. Para comulgar semanalmente, como se permite a los novicios, hay que estar despegado de todo afecto al pecado venial; con mayor razón para comulgar varias veces semanales como se permite a los profesos en la medida de su fervor. Quien no adelanta y quien es tibio no debe comulgar tan a menudo.

75. Distinguimos cuatro cosas en lo referente a las disposiciones:
1. Una disposición lejana, que consiste en no tener pecados sobre la conciencia; 2. Una disposición próxima e inmediata consistente en tener una gran hambre y sed de este divino alimento; 3. Al comulgar, hay que tener la devoción y el fervor actual que provienen de la fe en este divino sacramento; 4. Después de comulgar, por decirlo así, hay que digerir este maná celestial. Los malos israelitas miraban con poco aprecio aquel maná que les caía del Cielo y que era una figura de la Eucaristía; en cambio, los buenos lo encontraban delicioso y veían que tenía el sabor de todos los manjares imaginables. ¡Señor, nos habéis dado un pan que contiene toda clase de dulzuras!

76. 2. La vida religiosa debe ser ya una unión continua con Cristo en el Santísimo Sacramento. El verdadero religioso, que recibe bien la Comunión, se une más y más con Cristo. Su corazón se forma a su semejanza; tiene la misma vida que El: *quien me come vive por Mí*. Cuando uno se prepara con tres o cuatro días de antelación, entonces se nota la ausencia de tibieza durante tres o cuatro días después. Esto se explica porque la vida religiosa es una unión continua de nuestro corazón con el de Jesús, unión que se conserva y mantiene mediante la sagrada Comunión. De ahí viene el que, algunas veces, experimentemos tanta dulzura después de una buena Comunión. La Comunión destruye nuestra pasión, nos perdona, nos da el gusto por las cosas de Dios y nos hace

despreciar las vanidades del mundo. ¡Qué cosa tan hermosa es una sagrada Comunión!

No es extraño que la Iglesia desee que comulguemos todos los días. Se suple esta falta de comunión sacramental por la comunión espiritual hecha durante la santa Misa. Pero debemos vivir tan santamente que podamos merecer el comulgar todos los días.

77. 3. La vida religiosa es el fruto de la Sagrada Comunión. Ella sostiene al religioso en sus combates y en el penoso ejercicio de sus deberes. Es admirable cómo Dios ha encontrado la manera de reanimar nuestro ánimo y consolarnos mediante la creación de este divino manjar. Recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo que está vivo en cada una de las especies; por consiguiente, en ellas se encuentra todo entero; al mismo tiempo recibimos sus virtudes, sus méritos, sus sentimientos, su fe, etc. ¿Cómo se puede vivir flojamente y en la tibieza teniendo a mano un alimento tan delicioso y fortificante? Se compara el alma de Cristo y el alma religiosa a dos trozos de cera que se funden en uno...

4.^a y 5.^a pláticas.

SOBRE LA FE

78. Están aquí mucho más desarrolladas que en el P. Chevaux.

1. Creo en Dios. Es la primera consideración de Dios: la de Dios Creador. Si este Dios es creador, todo debe venir de El; creo y confieso que este Dios existe; creo que es creador de las cosas visibles e invisibles.

2. Creo que es conservador de todo; que Dios, al crear el mundo, ha querido conservarlo. ¿Cómo subsistiría si El no lo conservase?

3. Dios es el principio y el fin último de todo; creo que nada ha podido hacer sino para su gloria; que todo viene de Dios y todo

termina en Dios: ahí tenemos tres grandes verdades; en ellas encontramos la fe, la esperanza y la caridad.

79. Consecuencias que podemos deducir:

1. De que mi Dios es Creador deduzco que todo viene de Dios - gran principio al cual encuentra mi razón, muchas aplicaciones; todo viene de Dios.

2. Siendo Dios conservador de todo se deduce que todo está en Dios como conservador.

3. Dios es soberano y fin inmediato de los seres dotados de razón. Consecuencia: todo está hecho para Dios.

5.ª plática.

80. *Magnus Dominus et laudabilis nimis*: Dios es grande e infinitamente digno de alabanza.

Sí. Este Dios es infinitamente perfecto en todos los aspectos e infinitamente laudable; no hay más que puras creaturas. Por mucha inteligencia que les haya dado y por muchas cualidades que en ellas haya puesto, siempre son finitas. 1. Grandeza dominante. 2. Grandeza benéfica.

1. En la grandeza dominante, vemos tres grandes títulos: que todo le pertenece, que todo le está sumiso, que todo depende de El como creador, conservador y último fin.

1. Hay diversos títulos de propiedad y, por consiguiente, hay una autoridad perfecta. 2. Dios es la bondad misma. Dios es bueno por esencia, por naturaleza. No es ésta una cualidad que le haya sido comunicada, sino que le pertenece a El mismo. Cuando digo: creo en un solo Dios, es como si dijera: "Creo en Dios creador; creo en Dios conservador; creo en Dios, último fin de todo."

81. Creo en Dios Creador; por consiguiente, creo que todo viene de Dios. Antes de la Revelación, las luces de la razón nos han

dado a conocer a Dios; pero ningún hombre ha tenido la fuerza de confesarlo con firmeza; pero Dios se manifiesta y su primera manifestación es la Encarnación; nos hace ver por la fe que es Dios: *ego Dominus*. Habiéndonos dicho que era el Señor, lo creemos, no porque lo lleguemos a entender, sino por la revelación que se ha dignado hacernos de sí mismo. Si no quisiéremos creer más que según los datos de la razón, nos sucedería lo que El dice al que escruta la majestad divina. Cuando decimos que todo viene de Dios: El habló y todo ha terminado. A excepción de algunos impíos, todo el mundo conviene en que Dios es el creador de todo; el impío es un loco ya que dice cosas extravagantes como los locos.

82. Pero hay que dar toda la amplitud a esta verdad. Así las revoluciones y los cambios, todo, lo general y lo particular, viene de Dios; ni siquiera un cabello de nuestra cabeza cae sin el permiso de Dios. No es ningún hecho extraordinario la muerte de un gorrión; sin embargo, ese pájaro no muere sin la voluntad de vuestro Padre celestial; todo viene de Dios. Supongamos que Dios no lo permitiese, ¿cómo sucedería? Porque nada tiene fuerza, ni movimiento, ni cualidad alguna sin Dios. Pero me diréis que éstas son leyes generales. Sí, pero ¿quién sostiene esas leyes generales?

83. 2. Dios es conservador. Por consiguiente, todo es suyo. ¿Como se conservarían las cosas si cesase El de sostenerlas con su mano? Pero ¿Dios es quien las mantiene en equilibrio? Digo que las sostiene en todas las maneras imaginables, cuando digo que es conservador: que es el Señor que hace brotar de la nada las propiedades sobre las que domina. Dadme un título de propiedad que sea semejante al suyo. La tierra, con todo lo que contiene, pertenece al Señor. Esta conservación de los seres es como una creación continuada; la nada no puede nunca nada. No se ha encontrado dificultad alguna en considerar a Dios como Dueño de todo. Dios es propietario de todo, haciéndolo y sosteniéndolo como quiere que se sostenga.

84. Hay aún otro orden distinto del de la naturaleza: el orden de la gracia y el orden de la gloria. Ved que los santos reinarán por toda la eternidad. Toda esta fuente de dicha del Cielo es conservada por Dios porque Dios es eternamente bueno. Todo, en

el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, está conservado por Dios: *magnus Dominus*.

85. Dios es el único ser que puede ser grande. Cuando a alguno le llamamos grande se lo llamamos por comparación con otro que es menos grande; se trata de magnitudes creadas; no hay en ellas verdadera grandeza. Nunca se podrá alabar bastante a Dios; los ángeles cantarán, por toda la eternidad, las grandezas de Dios; pero no podrán nunca alabarle bastante. ¡Qué impresión espiritual inspira esta consideración! Hay quienes, al oír blasfemar, se han desvanecido, San Luis Gonzaga, por ejemplo. Por eso, la ceguera espiritual es el más terrible de los tres castigos que pueden sobrevenir en este mundo ya que se convierte en semilla de desgracias eternas: la ceguera del espíritu, el endurecimiento del corazón y la impenitencia final. Pero no los fulmina más que gradualmente. De la ceguera del espíritu se pasa al endurecimiento del corazón y de éste a la impenitencia final.

86. 3. Todo está hecho para Dios, que es el último fin. Pero hay quien dice: "Yo lo hago todo por Dios." ¿Es que Dios tiene necesidad de nuestros trabajos? -No, sino que Dios se debe todo a sí mismo. Ya que es el ser de los seres, ¿cómo no sería todo para El puesto que lo ha creado y conservado todo? Dios no necesita de nuestros servicios. Cuando trabajamos por Dios, no hacemos más que cumplir con nuestro deber; vamos a El y ésa es nuestra felicidad.

87. No tenemos la fijeza de Dios el cual nos deja en libertad para el bien y para el mal; si vamos a Dios haciendo buen uso de nuestra libertad, nuestro corazón -que se siente siempre atraído por Dios- estará en su elemento en el seno de la divinidad. Pero si, por el contrario, por la misma necesidad de nuestro ser, vamos a El pero cubiertos de pecados en contra de su voluntad, Dios nos rechazará y lo hará eternamente porque eternamente estaremos en oposición con su santidad. Por eso nos afecta en general, mucho más la pena de fuego que la de daño. Aunque, como dice San Juan Crisóstomo: "la pena de daño es muchísimo más grave que la de sentido".

CONTINUACION

88. *Ego Dominus: yo soy el Señor.*

En la mayor parte de las leyes dadas a los israelitas se encuentran estas palabras: *Yo soy el Señor de los señores*. Si quien lo ha hecho todo no es Señor -si quien sostiene toda la Creación y para quien es toda la Creación- no es el Señor Soberano, mirad lo que pasa en nuestro pequeño mundo del ganado y los animales domésticos, etc. Un amo no teme decir: "servidme dos pollos asados". Están hechos para nuestro servicio y no se ve dificultad en ello. Lo mismo pasa en las cosas espirituales. De consiguiente, imaginaos lo irritado que se pondrá Dios de que no vayamos a El. ¿Que Dios me ha dado un espíritu? —Quiere, por lo mismo, que ese espíritu no se ocupe más que de El. ¿Que me ha dado un corazón? -Quiere que ese corazón sea de El y que no se dé a la criatura.

89. La mayor dicha y la mayor gloria consisten en pertenecer a Dios. Si en la tierra hay algún movimiento, Dios es quien lo promueve. Si hay maravillas en el orden de la gracia, Dios es el autor de las mismas. Si hay brillo de gloria en el Cielo, Dios es quien lo hace brillar: "Sólo tú eres grande; sólo Tú eres todopoderoso..."

Se distinguen el dominio de propiedad y el dominio de autoridad. Por ejemplo, el rey no tiene del mismo modo el de propiedad que el de autoridad, o lo que se llama "alto dominio". Para dárnoslo a entender, San Pablo decía: *¿Acaso el alfarero no puede hacer las vasijas que quiera? Y el vaso que ha hecho, ¿podrá acaso decirle: ¿por qué me has hecho? Por ejemplo, si se hace un cántaro y un vaso de ignominia y este último se pusiese a protestar diciendo: "¿por qué me has hecho así?", entonces el alfarero lo haría añicos, si bien el alfarero no es el creador de tal vaso sino Dios que nos ha hecho. El obrero no es el artista que da una forma a la materia, sino Dios quien forma la materia. ¿Quién podrá decir como El: *Ego Dominus?* Dios posee perfectamente el arte de hacer cuanto quiere; tiene la razón suprema; pero la*

razón está en El; no tiene que dar cuentas a nadie, lo mismo que el alfarero.

90. *¿Por qué -dice San Pablo- Dios amaba a Jacob y aborrecía a Esaú?* Dios ama sinceramente y quiere que todos los hombres se salven. Es quien construye la celestial Jerusalén; es preciso que las piedras que la forman sean más bellas que las piedras de los cimientos porque *en la casa de mi Padre hay muchas moradas*, dice el Señor.

Dice San Pablo que los santos en el Cielo brillan como las estrellas en el firmamento. ¿Por qué lo ha hecho así? -Porque lo ha querido. Así, ¿por qué hay tantos guijarros en algunos sitios mientras que en otros hay diamantes? -Porque es el Dueño de todo: *Ego Dominus*. El se basta a sí mismo; pero forma a sus criaturas, de las cuales hay algunas que no son más que materia, otras que son sólo espíritu y, por último, otras que son a la vez materia y espíritu. No busquemos las razones de ello más que en su soberana voluntad. Lo que sí sabemos es que Dios no es más que verdad y nada ha hecho sino movido por su bondad. El Faraón endureció su corazón, mientras que Ciro, por el contrario, hace que el pueblo de Dios salga de Babilonia dándole medios de subsistir. Lucifer quedó sepultado en el infierno, mientras que Adán y sus descendientes fueron perdonados y aun más favorecidos que si Adán no hubiese pecado. Sobre lo cual, San Agustín exclama: *"O feliz culpa! ¡Feliz culpa!"* Dichosos quienes tienen mucha fe; así comprenderéis que la fe es una comunicación de la luz divina. Sabemos que tenemos a la Santísima Trinidad. Es una luz divina, sobrenatural, a pesar de las oscuridades que tiene.

91. Dios goza sobre nosotros de este alto dominio de autoridad. Esta inmensa autoridad viene precisamente de su dominio de propiedad. Y si fuese preciso, pondríamos más de relieve esta autoridad por la consideración de sus títulos de creador, conservador y último fin y veríamos la acción de Dios en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. ¡Dios mío! ¡Qué pena me dan los pobres ciegos que no os conocen! Imprimid bien en mi espíritu este sentimiento de serviros. En cada criatura hay algo que me enseña

que no puede venir más que de Dios. El dedo de Dios manifiesta bien lo que es Dios y cómo el corazón se vuelve hacia Dios.

92. *Credo in Deum.* Sólo conozco a Dios; sólo quiero a Dios a quien amo. Habiéndonos la fe llevado a la caridad, toma tanta más vivacidad cuanto más ardientemente amamos a Dios. Si creo que Dios es un solo Dios, creo, por consiguiente, que Dios es toda verdad. Desde el momento en que me dicen: "Está en el Evangelio", ¡qué fundamento! Es el de la verdad de Dios. Se habla de promesas, de gracias, de recompensas, Espero. ¿Cómo no esperar puesto que creo que Dios lo ha prometido? Dios es la verdad y la fidelidad. Dios me lo ha prometido; mi esperanza es tan firme como mi fe, ¿cómo queréis que mi confianza pueda alterarse? Si Dios posee toda la bondad y toda la amabilidad, ¿por qué no tener confianza en El? La fe hace que conozcamos a Dios, que esperemos en El que le amemos y que nos despreciemos a nosotros mismos. Es nuestra mayor dicha, la mayor gloria. Dios es bueno e infinitamente bueno; es bueno por su propia naturaleza: de sí mismo no puede hacer más que bien; por consiguiente es bueno sin ninguna presión de sus criaturas; pero no me ha hecho bien porque yo haya sido algo; el bien que me ha hecho, me lo ha concedido porque quiere comunicarse conmigo. Ved esos jóvenes cuya vida leemos en el comedor; ved cómo Dios se ha comunicado con ellos; eran fieles. No pongamos obstáculos y así correremos rápidos a la virtud.

CREDO IN DEUM PATREM OMNIPOTENTEM

Primer artículo del Credo.

93. Del conocimiento de este artículo vendremos al conocimiento de toda la Religión. Si realmente creemos en Dios Creador, conservador y fin último de todas las cosas, honramos a Dios. Los réprobos alabarán a Dios en su santidad y en su justicia. Nosotros, en cambio, consideramos a Dios desde otro punto de vista: a la luz de la fe; a saber, considerando este Dios Creador, conservador, fin último, perfecto, amable, infinito, etc., tal como es. Así nos enseña a conocernos a nosotros mismos. Cuanto más nos

conozcamos en el orden de la fe, más humildad tendremos porque la humildad es el conocimiento de lo que somos, y así no es de extrañar que entonces ocupemos el último lugar. La humildad es el conocimiento de la verdad. Hago ahora esta reflexión: que el conocimiento de Dios nos lleva, no sólo al conocimiento de nosotros mismos, sino a la humildad. Cuando se dice: "Creemos en Dios creador, conservador y último fin" es preciso creer que así lo es porque Dios no puede ser Dios si no es soberanamente perfecto. Ahora bien: ¿amáis al verdadero Dios?, ¿amáis que sea soberano y perfecto? -Pues eso es lo que dispone los corazones a la caridad.

94. Cuanto mayor sea vuestra fe, más práctica y más animada por la caridad será, y entonces vuestra humildad será grande. Entonces se la podrá llamar a la humildad, como dice San Agustín, amor de Dios que llega al desprecio de sí mismo. No puedo amar a Dios sin despreciar a todo lo demás y como me conozco a mí mismo mejor que a todas las demás criaturas, soy, por consiguiente, más humilde y más temo al pecado. Pero debo estar contento por verme tan miserable y tan pecador. El conocimiento de mí mismo proviene, pues, del conocimiento de Dios.

95. Primero conozcámonos a nosotros mismos: 1. En el orden de la naturaleza, es decir, el estado en que fuimos creados... Hay otro orden al que llamamos orden de la gracia o bien, orden sobrenatural. Cuando recibisteis el bautismo, recibisteis otro ser. Bien mirado, no somos nada. Hay que tener sobre nosotros este concepto que Dios tiene; tenemos que vernos tales como Dios nos ve. No juzguéis de otro modo que como Dios. El Profeta Jeremías nos da esta regla: "si separáis lo vil de lo precioso entonces hacéis un juicio como el de Dios". Pues bien: hagamos esta separación, remontémonos a siglos pasados: ¿qué éramos entonces? -No existíamos. ¿Qué se hacía entonces? Lo mismo que hoy. Las estaciones se sucedían, la obra de la Creación iba como Dios lo quería, nuestra existencia no era en modo alguno necesaria. Dios nos creó porque quiso; podía crear seres infinitamente más perfectos que nosotros. Dios creó el Sol sólo el cuarto día cuando la tierra había ya producido toda clase de plantas. Así, si Dios lo hubiese querido, la tierra habría sido fecunda sin el Sol.

96. ¿Qué es lo precioso? -Todo lo que viene de Dios. ¿Qué es lo vil en nosotros? -Todo lo que viene de nosotros. Vuestro espíritu, con todos sus conceptos y cualidades lo tenéis de Dios. Si tenéis alguna vanagloria por vuestros talentos, considerad que no sois menos iniquidad y mentira. Dios no tenía necesidad de vos. Lo mismo hay que decir respecto a vuestra incapacidad. ¿Qué es lo vil? -Todo lo que es nada. Pues bien: arrojad de vos cuanto procede de vos mismo porque todo ello es nada. Dios no sería lo que es si yo fuese algo porque El lo es todo.

97. ¿No servirá esto para humillarme? -Sí, si así lo creo, si mi fe me lo hace creer y sufriría si alguien viniese a distinguirme de las demás criaturas sin referir la gloria a Dios. Por ejemplo, supongamos que tenemos ciertas cualidades de orden corporal. Ved, en este caso, las palabras de la madre de los Macabeos a su benjamín: "No sé cómo te has formado en mi seno, sino que Dios te ha creado." Sabed, pues, que vuestras cualidades deben contribuir a la gloria de Dios y que estaríais menos expuestos en orden a la salvación si hubiéseis nacido deformes. Supongamos que tengo mucha inteligencia y un espíritu penetrante; en este caso debo temer, no sólo el no referir a Dios toda la gloria, sino que debiendo ser todo para Dios, debo temer el servirme de esos talentos para otra cosa que no sea Dios. Si tengo cinco talentos, debo ganar otros cinco; entonces es cuando el Dueño me dirigirá aquellas consoladoras palabras: *Animo, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor.* Por el contrario, si, sin hacer mal uso de los talentos que os haya dado, no le dáis otros tantos oiréis aquellas terribles palabras: *Arrojad fuera a este siervo malo e infiel; arrojadlo a las tinieblas exteriores.*

98. 2. ¿Por qué todo eso? Porque todo lo hemos recibido de Dios quien es también el conservador de todo ello. San Pablo dice: "Dios lo conserva todo." Nuestro orgullo nos hace creer ordinariamente que Dios nos ha hecho a la manera que un escultor labra una estatua. No. Se requiere que cuanto Dios nos ha dado nos lo conserve siempre. Dios nos lleva de la mano. Nosotros no actuamos sin que Dios nos dé la acción misma. Dependo absolutamente de Dios; todos los movimientos dependen de Dios. Mi libertad me permite hacer cuanto quiero; pero no podría llevarlo a cabo si Dios no me

conservara tal acción. Es preciso que Dios venga en mi ayuda, incluso cuando le ofendo. Hay que hacer parecidos actos de fe mientras estamos actuando hasta que tales actos hayan hecho impresión en el corazón. Nada somos; Dios nos conserva. Tenemos una necesidad continua de Dios y de su ayuda en todo cuanto hacemos.

Quid est homo? ¿Qué es el hombre?

99. Si quisiéseris hacer la aplicación a vosotros mismos, os cría aquello que los jefes de la Sinagoga decían a Jesús: *Tu quis es? ¿Quién eres?* No somos nada en el orden de la naturaleza. ¿Y en el de la gracia? Nada. ¿Qué idea os formáis de vuestra nada en este orden? Nada somos en el orden de la naturaleza; nuestra existencia es nada; nuestro subsistir es nada; nuestras acciones, nada. Tenemos necesidad de Dios para obrar y existir. Dios ha sacado mi ser de la nada; la esencia de mi ser es la nada. Cuando me glorío de algo, cometo una injusticia. Por eso el orgullo es la fuente de todos los vicios, el capitán general de todos, el mayor pecado que se puede cometer, ataca a Dios directamente y va directamente contra la divinidad y contra el primer mandamiento.
100. Jamás construiréis el edificio de vuestra salvación sino en tanto que seáis humildes: no somos nada en el orden de la naturaleza; éste es el primer cañón que apunta al orgullo. Sí, Dios mío, creo firmemente que yo por mí mismo era incapaz de darme el ser. Después hago un acto de fe: Creo, Dios mío, que sois el conservador de todos los seres; creo que todo cuanto hay en mi existencia viene de vos. Sí, Dios mío, me creo tan incapaz de obrar como de darme la vida; es de fe. Me he mirado a mí mismo y no he encontrado en mí nada. Este hombre que hay en mí, Dios lo ha sacado de la nada, lo sostiene y le hace obrar. Comparación de las marionetas. Dios es quien tira de las cuerdas.
101. En Francia, antes de la Revolución, con veinticinco millones había justo para darles de comer. Hoy día hay cinco millones más y también hay lo preciso para alimentarles. Dios, este gran Dios, este Dueño Supremo dirige todo: *Ego Dominus*. El nos ha dado mucho y quiere darnos aún más. Suponed que pudiéramos ir a

donde quisiéramos y hacer lo que quisiésemos. ¡Qué desorden! Es necesario que el hombre dependa de Dios. El soberano Dueño, en medio de la administración de todo el universo, se ocupa, sin embargo, de cada hombre en particular. Dios es esencialmente benéfico. Si el hombre hubiese sido siempre bueno... Pero el primer hombre no quiso obedecer y despreció sus órdenes. Si no, ¡ide cuántos beneficios le habría colmado Dios! ¡Qué amable es la religión! Pero ¿cómo practicarla si no se la conoce?

¿Qué es el hombre en el orden de la gracia?

102. Nuestro Señor, para formarnos, nos ha dado lo que llamamos el estado de gracia. Nada seríamos sin este estado. ¿Por qué? -Voy a responder con tres consideraciones. En el orden de la gracia, nada somos sin la gracia santificante. Esta es lo que la existencia en relación con la nada. ¿Qué es lo que hace que existamos espiritualmente? -Dios, la gracia santificante. Pero fuera de ella no encontráis más que la nada, como en la vida natural. La gracia santificante os hace participantes de la naturaleza divina. Lo dice el príncipe de los Apóstoles. Dios ha distinguido tan bien estos dos órdenes que el orden natural no puede nada sin el sobrenatural; por ejemplo, un orador que se ha preparado bien y que es muy elocuente nada puede hacer en pro de la conversión de otro a pesar de toda su elocuencia; si cree que las lágrimas que hace derramar son frutos de ésta, se equivoca. Sin embargo, no es indiferente que suba a la cátedra un ignorante o un orador elocuente porque puede haber obstáculos en el orden sobrenatural. No es la elocuencia lo que obra la conversión, sino que es ocasión de la misma. Ejemplo de un señor que se convirtió al oír un sermón adonde había ido sólo por complacer a su mujer; al oírle, se dijo: "Este predicador tiene razón; yo estoy equivocado", y cambió de vida. San Francisco de Borja predicaba mal; a pesar de lo cual convirtió a cincuenta y cinco mil protestantes.
103. Necesitamos de la gracia actual; es un principio del que debéis estar plenamente convencidos. Tan poco capaces somos de realizar una acción sobrenatural como lo somos de realizar una

acción natural sin la ayuda de Dios. Necesitamos también de la gracia de la perseverancia; tanta falta tenemos de la gracia para perseverar como precisamos el alimento para vivir. Mediante el conocimiento de Dios tendréis la fe, la esperanza y la caridad; por el conocimiento de vosotros mismos llegaréis a la humildad.

104. *Delicta, quis intelligit? : ¿quién conoce sus pecados?*

¡Cuántos motivos tenemos de humillarnos! Nos encontramos en el tercer conocimiento de nosotros mismos. 1. La vergüenza de nuestro origen. 2. La ignorancia de nuestro entendimiento. 3. La corrupción de nuestro corazón.

1. Somos hijos de un padre prevaricador, el cual, después de haber obtenido el perdón por medio de sus lágrimas, ha vivido en la penitencia y en la fe del Redentor prometido. Dios le cambió la pena eterna en una pena temporal. Está condenado, no sólo a la muerte temporal, sino a la muerte más ignominiosa; condenado a comer su pan con el sudor de su frente; a arrancar de la tierra cardos y espinas. ¡Cuánto duró su penitencia! ¡Novecientos treinta y nueve años! Pero esto lo tengo de común con los demás hombres. La Santísima Virgen era de la raza de Adán; pero fue concebida sin pecado. En cambio, nosotros llevamos esta marca del pecado y por lo mismo, nos persigue la condenación de Adán y hemos sufrido todas sus consecuencias.

105. 2. La ignorancia de nuestro entendimiento. Verdaderamente, los sensatos y los que entienden ven que no somos nada. Ved con cuánta dificultad tenemos que adquirir la ciencia y quién será capaz de contestar a los primeros interrogantes que le planteen en el orden de la naturaleza o en el de la gracia. La menor planta nos pone en aprieto. Un sabio decía: "Después de haber estudiado tanto sólo sé que no sé nada."

3. Si tenemos alguna inclinación al bien, también tenemos siempre alguna pasión. Si nos conociésemos bien, ¿sería posible que tuviésemos orgullo?

106. 4. Conocimiento de nosotros mismos. Pecados actuales: pasados, presentes y posibles: 1. Pecados actuales pasados. ¿Sabéis bien

cómo ha aumentado la corrupción de vuestro corazón? Si el pecado original pudo producir consecuencias tan funestas, vuestros propios pecados son otras tantas heridas que han aumentado esta corrupción, y si habéis permanecido en el pecado, tales llagas se han convertido en una úlcera. No veis cómo sois ni cuántas veces Dios os ha dado a entender que érais seres inútiles. Las leyes humanas nos dicen que el infame es siempre infame y, por consiguiente, incapaz de ocupar un lugar en la sociedad. La infamia de vuestro crimen clama siempre a Dios ante el cual siempre está presente el infame pecador. Y todavía no os conocéis a vosotros mismos. ¿Qué sucedería si cometiéseis cien y mil pecados? Poned en un cuerpo mil úlceras y tendréis un cuerpo podrido. 2. Pecados presentes. Toda nuestra corrupción y todas nuestras pasiones son una infección; pensamientos que Dios permite y que el demonio atiza. Se dice en el Evangelio que el Señor fue a casa de Simón el leproso y le curó. ¿Por qué, si le curó, se le sigue llamando leproso? Es porque había quedado curado de la lepra. Os habéis convertido y Dios ha trocado la pena eterna en pena temporal. El que era eso, no me atrevo a nombrarlo, no deja de ser lo que era antes.

Fórmula para la preparación a la meditación cuando se toma por tema uno ya escrito.

107. 1. Imaginaos primeramente al Señor en el Sagrario o en el Cielo, sentado a la derecha del Padre, rodeado de gloria, con los ojos fijos en vosotros.

Decid entonces: "Ahí está mi Dueño y mi Dios." Después prosternaos con la intención de reconocer a Jesucristo, mediante esta señal de adoración, como a vuestro Dueño y vuestro Dios. Cuando os digáis, no perdáis de vista que Nuestro Señor os mira, sino planteaos estas dos preguntas: "¿Ante quién estoy? ¿Quién soy? No soy más que un miserable y una ínfima criatura. Me encuentro ante Dios." Entrad en sentimientos de un gran respeto, de una humildad profunda, pensando y creyendo que, realmente

tenéis el honor de comparecer en la presencia de la majestad de un Dios Todopoderoso.

108. 2. Después planteaos de nuevo estas mismas dos preguntas (a menos que las primeras os basten): "¿Quién soy yo? ¿Ante quién estoy?" Soy un hijo querido, aunque ingrato y rebelde; ante un Padre que le ama tiernamente, no porque él sea digno de amor sino por pura bondad y porque es hijo suyo (dejaos invadir por sentimientos de amor, de confianza, abriendo vuestro corazón a Dios con una respetuosa familiaridad). Por tercera vez, si fuese preciso (o bien otro día) preguntaos de nuevo: "¿Quién soy? ¿Ante quién estoy?" Soy un culpable, muy culpable, culpable mil veces ante un juez a quien nada se le oculta, que tiene en su mano mi sentencia, con quien, tal vez, no me he reconciliado. Manteneos en un gran temor; pedid con instancia diciendo: "¡Misericordia! ¡Misericordia!", renunciando a vuestros pecados y detestándolos.

109. 3. Después de haberos puesto, de todos estos modos, en la presencia de Dios, poneos también en presencia de la Santísima Virgen. Vedla en el Cielo al lado de su Hijo, con los ojos dirigidos a vosotros; honradla como a Madre de Dios, Inmaculada. Rogadle que os asista como una buena Madre.

Haced lo mismo en lo referente al segundo punto y a los afectos.

4. En tercer lugar, humillaos de nuevo ante el Señor y su Santa Madre, reconociendo vuestra ceguera y vuestro orgullo, e implorad con fervor las luces del Espíritu Santo. A continuación, empezad a leer el tema de vuestra meditación, empezando por la exposición y el punto primero.

110. 5. Deteneos, repasad en vuestro espíritu lo que acabáis de leer y si veis que este pensamiento os da algún sentimiento de amor de Dios o de arrepentimiento o cualquier otro en relación con el tema de vuestra meditación, prolongad ese sentimiento tanto como podáis manteniendo siempre en presencia de Dios. Haced lo mismo con el punto segundo y con los afectos.

6. Como el método lo indica, acabaréis ofreciendo a Dios, a la Santísima Virgen y recomendándoles la resolución que hayáis tomado.

DIRECCION DEL INSTITUTO DE LOS HIJOS DE MARIA

Virtudes de preparación.

(David)

111. Las virtudes de preparación -que han quedado ya definidas a lo largo de las Constituciones- pueden concurrir a enriquecer a las almas que quieran meditar sobre ellas y practicarlas habitualmente. ¿No son ellas precisamente las que caracterizarán a los hijos de María?

Lo que caracteriza a los miembros de una Orden Religiosa cualquiera es la forma que adoptan ordinariamente en el método que les es común; el espíritu que reciben de una enseñanza uniforme, cuyos principios, progresos y estado más completo guardan, en cada individuo que las sigue, como un aire de familia.

Interesa ver por qué medios se dará ese aire y carácter de familia que hay que procurar dar a los hijos de María.

El Instituto de esta Orden religiosa propone el estudio y la práctica de las virtudes en tres etapas sucesivas.

Para la preparación a la vida religiosa, los hijos de María deben estudiar el silencio, el recogimiento, la obediencia y el soportar mortificaciones. Digamos una palabra en particular acerca de cada una de estas virtudes.

1.-DEL SILENCIO

112. Aun cuando logremos el silencio de la palabra y de los signos, no tendremos, sin embargo, el silencio del espíritu, del corazón y de la imaginación. No hablamos exteriormente ni por medio de sonidos ni de ninguna emoción aparente, pero se eleva, dentro de nosotros, un murmullo difícil de describir. Algunos razonamientos, buenos o malos, las pasiones y el prestigio de las

ilusiones de la imaginación se parecen a un pueblo tumultuoso, metido en una ciudad cuyas puertas están todavía bien guardadas. Establecidos los puntos de vista, estudiemos en detalle el silencio.

1.-SILENCIO DE LA PALABRA (David)

113. Es el menos difícil de todos. Sin embargo, hay personas que no aciertan a guardarlo, que encuentran su práctica muy penosa; que no se someten a él más que por obligación, con dificultad y buscando compensaciones; personas que tratan de deshacerse de él para siempre. No acertar a callarse es asemejarse a quien no puede evitar ciertos rictus cuyo hábito ha contraído o un vicio natural. Siempre nos encontraremos con alguien que avergüenza a la especie humana y cuyo entendimiento, cualquiera que sea, se convierte en peligroso y algunas veces incluso, insoportable hasta en la sociedad humana ordinaria. La verborrea de una persona es como el chirrido de las cigarras.

Guardar el silencio de la palabra y no sentir disgusto de haberlo guardado: he ahí las dos primeras condiciones requeridas.

114. La preparación religiosa -destinada a discernir a los individuos aptos para el Instituto de quienes no lo son- indica cómo en último lugar aquellas personas que no llegan a cumplir el silencio de la palabra y a aquellas otras que la observan en el momento prescrito pero para tomarse luego un desquite peligroso en el primer momento en que quedan libres para poder hablar.

La persona que se encuentra apenada por solo el silencio de la palabra debe aprender que el silencio es dulce al alma que goza de cierta paz; puede juzgar del silencio situándose en puntos de vista muy distintos de los que primero le han llamado la atención; su gusto puede llegar a ser bueno, y aprender a distinguir lo verdadero de las apariencias que le han seducido.

2.-SILENCIO DE LOS SIGNOS (Lalanne)

115. Llamamos signos a todos los movimientos exteriores por los cuales damos a entender nuestros pensamientos y llevamos a cabo nuestras acciones. Por donde se ve que hay dos clases de signos: los que expresan nuestros pensamientos y sentimientos y los que pertenecen a nuestras acciones, a los hábitos corporales, a nuestro modo de andar y porte exterior, etc.

Los primeros se llaman ordinariamente gestos; acompañan a la voz y algunas veces, incluso, la suplen. Cada uno de los pensamientos que vienen a nuestro espíritu trae consigo un gesto distinto que le es propio. Lo mismo sucede a las pasiones; cada cual se manifiesta por gestos peculiares. Siendo tan numerosos y variados nuestros pensamientos, no se podrían determinar ni clasificar los gestos mediante los cuales los expresamos.

116. Imponer silencio a nuestros signos, considerados desde este punto de vista, no es -como se podría creer tomando la palabra en todo su rigor- suprimirlos enteramente, de tal modo que uno viniese a ser como una estatua. Este estado contra naturaleza no entró nunca en los objetivos de la gracia ni entre las virtudes cristianas aun en el caso de la mortificación más austera. En lugar de esto, imponer silencio a nuestros gestos es regularlos, hacernos dueños de ellos como lo hemos logrado de la palabra para servirnos de ellos, dirigiéndolos según nuestra voluntad para mayor gloria de Dios y edificación del prójimo.

117. Por lo que respecta a la segunda clase de signos, es decir, de los que forman nuestros hábitos exteriores, el silencio equivale a aquella virtud comúnmente llamada modestia. Bajo este nombre de modestia es como el silencio de los signos de que hablamos ha sido tan grandemente recomendado por los santos Padres y la misma Sagrada Escritura.

3.-SILENCIO DEL ESPIRITU (Lalanne)

118. Por poca atención que prestemos a nosotros mismos, nos sorprenderemos a menudo en esas distracciones de espíritu que alejan mucho a nuestro pensamiento del asunto del que

deberíamos ocuparnos. De ahí procede el que hagamos menos bien lo que estamos haciendo y que perdamos mucho tiempo, además de que tal divagación del espíritu se opone diametralmente al recogimiento interior que debemos practicar. A la larga, de proseguir en este defecto, se contrae un hábito de ligereza y se hace uno de ordinario incapaz de una atención sostenida. Llevamos esas mismas distracciones incluso a la oración, tanto que este santo ejercicio se hace estéril y penoso. Ahora bien: a este vicio, tan perjudicial a nuestros progresos espirituales, es al que nos proponemos combatir en el ejercicio al que vamos a aplicarnos. El silencio del espíritu no consiste, pues -como se podría suponer en un principio- en suspender la actividad de nuestro espíritu (como el silencio de la palabra consiste en suspender el ejercicio de la palabra) de modo que haya que llegar a no pensar. Y aun cuando lo quisiéramos, no podría ser, ya que nuestro espíritu no puede estar sin pensar en algo. Por el contrario, en fijar el pensamiento en ese algo en que debería ocuparse, hacemos consistir el silencio del espíritu, eliminando de él todos los pensamientos inútiles respecto al tema de que debe ocuparse.

119. Las divagaciones del espíritu a las que estamos sometidos puede proceder de diversas causas a las que hay que prestar mucha atención. Pueden proceder de la misma disposición natural. Hay algunos espíritus que son ligeros, poco capaces de aplicación, que van errando de unos a otros por pensamientos la mar de extravagantes. Otras veces, proceden de la inmortificación de los sentidos. En general, cuando nos dejamos llevar por la curiosidad, cuando entregamos nuestros sentidos a las impresiones de las cosas de fuera, la diversidad de sensaciones hace brotar en nosotros una gran diversidad de pensamientos, ya sea de amor propio (una vana complacencia en pensamientos que creemos hermosos y buenos; en cuyo caso nos apegamos y nos entretenemos con tales pensamientos durante más tiempo del que convendría), ya sea relativos a algunas pasiones cuando nos sentimos vivamente afectados por tal o cual objeto que se presenta impunemente a nuestro espíritu, sobre todo cuando tenemos cierto temor de vernos privados de él.

120. Importa mucho -según hemos dicho ya- cuando se quiere combatir eficazmente este defecto, saber a qué causa hay que atribuirlo. La razón de ello es evidente. De este modo, esta búsqueda de la causa constituirá la materia de varios exámenes. Ciertamente, hay circunstancias en que estamos más expuestos que en otras, a tales divagaciones del espíritu cuando llevamos a cabo algún trabajo mecánico en cuyo ejercicio apenas se emplea nuestro espíritu. Entonces es muy posible que, si no tomamos algunas precauciones, nuestro espíritu se extravíe en multitud de pensamientos inútiles. Esta precaución consiste en representarse, desde el comienzo de la acción, algún objeto o alguna verdad a propósito para mantener al espíritu ocupado con pensamientos piadosos.

4.-SILENCIO DE LAS PASIONES (Lalanne)

121. Lo que acabamos de decir del silencio del espíritu lo podemos decir también tocante al silencio de las pasiones. No pretendemos llegar, mediante el ejercicio de esta virtud, a la extinción en nosotros de toda pasión, sino que queremos ponerles un freno e imponerles una norma.

Para llegar a regular bien nuestras pasiones se requiere: 1, saber qué pasión debería dominar en nosotros; 2, cuál es nuestra pasión dominante; 3, sustituir la pasión dominante por la que debería dominar en nosotros.

122. La pasión que domina en nuestras acciones es la que les determina y causa el placer o el pesar que experimentamos siguiéndola; es la pasión expresada por la respuesta que nos damos cuando nos preguntamos por qué hemos emprendido tal o cual acción o bien por qué la continuamos con placer o disgusto. Si nos respondemos que la ejecutamos porque agrada a Dios, entonces nuestra pasión dominante en esta acción será el amor de Dios; pero si nos contestamos que es por la gloria que me venga de ella o por las riquezas que me proporcionará, ésa será la pasión dominante en esa acción. Si seguimos preguntándonos de ese modo en todas nuestras acciones y vemos que la mayor parte de ellas viene determinada por una misma pasión, esta pasión será

la que llamamos dominante. Porque hay que distinguir entre la pasión dominante propiamente dicha y la pasión que domina en algunas de nuestras acciones. Hay que distinguir en nuestra pasión dominante, la que influye sobre todos los días de nuestra vida y la que no se manifiesta más que en ciertas épocas o circunstancias.

123. 1. La pasión que debería dominar en nosotros, nuestra única pasión dominante debería ser, en todas nuestras acciones y en todas las circunstancias de nuestra vida, el amor de Dios. Estamos hechos para Dios; el deseo de agradarle y poseerle, o bien el temor de ofenderle y perderle, debería determinar todas nuestras acciones, tanto que no deberíamos tener otros placeres, otros pesares, otros afectos, otros disgustos, otro celo y otra aversión que las que el amor de Dios produce como principio.

124. 2. En lugar de ésta, ¿cuál es la pasión que nos domina? Para atenernos, sin más indagaciones, al lenguaje de la Escritura, decimos con San Juan que todo lo que hay de mal en el mundo, es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de los sentidos u orgullo de la vida; es decir: las riquezas, los placeres, nosotros mismos y la estima de los hombres, las cuales se convierten sucesivamente y en las diversas almas, en el objeto de amor desarreglado. El amor de las riquezas o concupiscencia de los ojos constituye la avaricia: el amor de los placeres o concupiscencia de la carne, toda clase de sensualidad y voluptuosidad; el amor a nosotros mismos y el amor a la estima de los hombres forman el orgullo y la vanidad, las dos ramas de lo que San Juan llama *orgullo de la vida*. A cada uno le toca examinar cuál de estas diversas pasiones domina en él, ya sea habitualmente, ya sea más o menos a menudo. Para lograrlo, sondee cuál es el motivo de sus acciones, estudiando también los movimientos de su corazón.

125. 3. Para sustituir la pasión que reina en nosotros por la que debería dominar hay que tender constantemente: 1. A destruir en sí y en sus efectos el amor desarreglado que nos domina; 2. A abrasar nuestras almas en el puro amor de Dios; esto sobre todo.

5-SILENCIO DE LA IMAGINACION

126. La memoria, el juicio y la imaginación son tres facultades de nuestro entendimiento que forman todas sus operaciones. Estas facultades actúan casi juntas y se prestan mutua ayuda; pero rara vez obran solas. Lo que hemos dicho del silencio del espíritu o del entendimiento debe también entenderse de la memoria, del juicio y de la imaginación cuando obran juntas y forman razonamientos seguidos de las operaciones de la inteligencia combinada. Tomando aparte cada una de estas facultades, podríamos tratar del silencio de cada una de ellas, en los casos en que obran solas.

El silencio de la memoria consistiría en alejar de nuestro espíritu el recuerdo de todas las cosas capaces de llevarnos al pecado y despertar las pasiones adormecidas, todas las cosas que sean de simple curiosidad y cuyo pensamiento nos distrae de una ocupación más seria y más útil.

El silencio del juicio que sería una virtud muy bella, consistiría en suspender nuestro juicio acerca de todo, de tal modo que no considerásemos como seguro y decidido nada de lo que viene de nosotros y de los demás hombres, sino sólo lo que procediera de Dios. Tal sería el medio seguro de llegar a una alta sabiduría. Pero como es raro que la memoria y el juicio actúen solos como facultades predominantes en nuestro entendimiento, nos contentaremos con lo que hemos dicho antes acerca del silencio del espíritu. No insistiremos más que sobre el silencio de la imaginación, facultad que predomina en un gran número de personas y en muchas circunstancias.

127. Lo propio de la imaginación es el ocupar nuestro espíritu con imágenes y cosas que no existen y más aún, el exagerar las cosas que existen. El juicio se equivoca, tomando por real lo que sólo es ilusorio, determina a la voluntad a llevar a cabo acciones fuera de lugar, exageradas. Esta es una de las fuentes más fecundas de los extravíos humanos.

Por efecto de la imaginación, en ocasiones poco peligrosas, uno se imagina rodeado de grandes peligros y se deja abatir por el miedo. De la misma causa viene el que nos aflijamos por desgracias que, a los ojos de los demás, no son más que un mero accidente fácil de soportar.

128. De la imaginación provienen los sueños en que las pasiones se excitan por las imágenes que uno se representa de las cosas que a uno le halagan: imágenes de cosas obscenas y situaciones voluptuosas, de desgracias sucedidas al prójimo y que excitan el resentimiento, imágenes de pompa y de gloria, etc. La impresión que tales imágenes producen es, algunas veces, tan viva que de ahí nos vienen tentaciones y accidentes, así como una persuasión íntima de las pretensiones más falsas.

LA VIRTUD DEL RECOGIMIENTO (Lalanne)

129. El recogimiento es la aplicación que hacemos de todas nuestras facultades -después de haberlas acallado- al objeto que la voluntad determina: a Dios, en la oración; a las ciencias, en el estudio, etc.

Así concebido el recogimiento, es -como se ve- una consecuencia de los silencios y no puede existir sin ellos. Pero también se echa de ver que tales silencios no bastan para tener el recogimiento; no hacen más que llevar a él. Por otra parte, el recogimiento sostiene esos silencios, de modo que sin él los actos de sus virtudes no podrían durar mucho tiempo. No nos es posible acallar enteramente nuestras facultades; es preciso que, a medida que les imponemos silencio sobre tal objeto, las apliquemos a otro teniéndolas ocupadas. Ahora bien: eso precisamente es lo que hace el recogimiento.

Ya queda dicho que el recogimiento no tenía por objeto esencial a Dios y que uno podría mantenerse recogido aunque no estuviese pensando en Dios. Esto hablando en toda la fuerza de la palabra; pero considerando el recogimiento en relación con nosotros, como una virtud religiosa, debe tener por objeto a Dios

en el sentido que nos ayude a ponernos y a mantenernos en la presencia de Dios, hagamos lo que hagamos. Recogemos nuestro espíritu para estudiar; es decir, que lo aplicamos a una lectura; pero no lo aplicamos tan enteramente a ella que no guardemos indirectamente el pensamiento de Dios, como cuando se está mirando un cuadro que tenemos delante se ve, sin embargo, con el rabillo del ojo, a la persona que tenemos a derecha. Además, sea cualquiera el objeto al que apliquemos nuestro espíritu y nuestros sentidos, nuestro corazón, por efecto del recogimiento, está siempre en Dios porque, en lo que toca al corazón, a nadie permitimos entrar más que a Dios. Así, el recogimiento -que en sí considerado, podría separarnos de Dios- gracias a las modificaciones que hacemos, nos acerca, por el contrario, a Dios y nos une con El.

131. Los medios de recogerse -y que están indicados bastante extensamente en la dirección- varían, según se ha podido ver, según las circunstancias. Aquí los reducimos a cinco. Cuando se quiere hacer oración, cuando se va al recreo o se está haciendo un trabajo manual o especulativo, en fin, cuando en cualquier circunstancia que sea, el alma se conmueve o se turba de antemano, por alguna pasión o algunas preocupaciones del espíritu.

132. 1. En el primer caso; es decir, en la oración es en donde hay que recogerse ante todo, en donde el recogimiento debe ser más total y también más fácil. En esa oración es en donde hay que aplicar nuestras facultades a solo Dios. A este fin, después de habernos puesto en su presencia y de habernos penetrado de ella por una fe viva, hay que echar mano sucesivamente de cada una de sus facultades: de su memoria, ordenándole que se olvide de todo y no llegue a turbar, mediante representaciones extrañas, la conversación que uno quiere tener con Dios; de su imaginación, para ocuparla con Dios, con la magnificencia de la Corte celestial, con el espectáculo de la cruz o cualquiera otra imagen que la mantenga unida a Dios; de su corazón, elevándolo y uniéndolo a Dios por un acto de amor. Hay que separarse, por último, de sí mismo; hay que dejar su cuerpo y esta tierra para hacer que el alma esté fija en Dios y, ya en El, en el sentimiento que se experimenta de su presencia, de anonadamiento ante El, conversar con El acerca del

tema de la meditación, como hemos indicado ya en el método. Sobrevendrán distracciones que derribarán en un instante todo ese edificio del recogimiento; entonces, sin turbarse, hay que elevarlo de nuevo y volver a levantarlo una vez más sin cansarse de tal ejercicio. Y lo que decimos de la meditación, se aplica también a otras clases de oración.

133. 2. En los trabajos manuales, que no requieren ningún esfuerzo del espíritu, el recogimiento consiste: 1. En poner los sentidos y una atención suficiente al objeto de su trabajo; 2. En elevar su corazón a Dios por medio de actos frecuentes de amor y en ocupar su espíritu en algún buen pensamiento, como el de la presencia de Dios, el recuerdo de sus pecados, la meditación de la mañana, los beneficios de Dios, su propia vocación, las gracias que hay que pedir para sí y para los demás.

Para lograr todo esto, hay que ser dueño de sí mismo; hay que apoderarse de sí mismo ya en el comienzo de la acción; hay que haber dispuesto sus facultades para que obren como uno quiere, mientras dure la acción; de vez en cuando, a medida que uno ve que las disposiciones requeridas se desvanecen, hay que volver a situarlas en el estado en que estuvieron en un principio. Consideramos como una ocupación del mismo género que el trabajo manual, las idas y venidas que uno da solo y en silencio, en la ciudad o dentro de casa e indicamos, para esos casos, los mismos medios de recogimiento.

134. 3. El ejercicio del recogimiento durante los estudios puede llevarse a cabo, poco más o menos, del mismo modo que durante los trabajos manuales. Antes de entregarse a ese estudio, hay que elevar el corazón a Dios; se aplicará el entendimiento al objeto del estudio, conservando siempre una visión indirecta de la presencia de Dios y, en el corazón, el fuego de su amor. Más aún que durante los trabajos manuales, habrá que detenerse de vez en cuando para poner cada cosa en el lugar que debe ocupar.

A pesar de todas las precauciones, el recogimiento no es nunca tan perfecto durante los estudios y trabajos manuales que quienes se entregan a ellos de un modo habitual, no lleguen a

perder, poco a poco, su primer fervor. Por eso, bueno será que quienes están en este caso, tengan algunos días semanales o algún momento, en los cuales se entreguen particularmente a la oración.

135. 4. Los recreos son momentos muy peligrosos para el recogimiento. Bajo esta palabra de recreos hay que abarcar los paseos, visitas, todas las conversaciones libres o acciones en que las conveniencias imponen entregarse al exterior, e incluso imponen, como una especie de necesidad, el recrear sus facultades y darles una expansión. La base del recogimiento en estas circunstancias difíciles, es la paz del alma. Si el alma no está en paz, si se entrega a la disipación, el recogimiento se desvanecerá. Por el contrario, si se mantiene apacible, esa misma tranquilidad, unida a la ausencia de todo efecto de contención, le servirá de recreo suficiente.

VIRTUD DE LA OBEDIENCIA (Lalanne)

136. La virtud de la obediencia nos hace renunciar a nuestra voluntad propia para someternos, con la mira puesta en Dios, a la voluntad de otros. O bien si se prefiere definir la obediencia por sus efectos es una virtud que nos obliga a hacer cuanto nos ordenan y a no hacer nada sin permiso.

Considerada la obediencia desde este punto de vista, vemos que tiene dos maneras de actuar, según dos distintas clases de acción, que se podría tratar de esta virtud bajo dos aspectos diversos. Se podría considerar la obediencia que nos lleva a ejecutar lo prescrito por la Regla o lo que los superiores nos mandan y la obediencia que nos hace pedir el parecer del superior en todas las cosas a la que nos arrastra nuestra voluntad propia y que salen del ámbito de las funciones que se nos han encomendado.

137. Generalmente se distinguen tres clases de obediencia, distinción que está bien fundada. Efectivamente podemos obedecer de tres modos distintos, siendo cada uno más perfecto que el

anterior. La primera consiste en hacer lo que nos está mandado; pero haciéndolo a pesar nuestro. No querríamos hacerlo y murmuramos por tener que hacerlo; pero, sin embargo, lo hacemos. Es una obediencia puramente exterior y material; es lo menos que podemos hacer para no pecar; es el primer grado de la obediencia y el más imperfecto. Otras veces obedecemos y queremos con gusto hacer bien lo que se nos manda; pero sólo para tener el mérito de la obediencia, ya que, no sometiendo nuestro juicio al de los superiores, pensamos que lo que nos mandan hacer son cosas inútiles o fuera de lugar y que más valdría no hacerlas; es el segundo grado de obediencia que no deja de tener un gran mérito ante Dios. Pero si, no contentos con doblegar nuestra voluntad ante la de nuestros superiores, sacrificamos también nuestro juicio ante sus luces, de modo que ejecutemos con gusto lo que nos ordenan, no sólo por obedecer, sino también porque creemos que lo que nos mandan es lo mejor, nuestra obediencia es mucho más perfecta. En esto consiste el tercer grado.

Se podrían llamar: al primer grado, obediencia de acción; al segundo, obediencia de corazón; al tercero, obediencia de juicio.

138. 1. La obediencia es pronta, todo lo deja para obedecer a la voluntad que se le intima y no permite retraso alguno. Sea cualquiera el trabajo que haga el religioso, lo interrumpe hasta el punto de no terminar una letra ya empezada o una frase a punto de terminar.
139. 2. La obediencia obsequiosa. En rigor, no estamos obligados a obedecer al superior, bajo pena de pecado mortal, más que cuando nos manda en nombre de la santa obediencia. Pero quien redujese a eso sólo su sumisión, verdaderamente no sería obediente. Incluso quien obedeciera sólo cuando las intenciones del superior le son bien conocidas y esperase a llevarlas a cabo a que se le intimaran de viva voz, estaría muy lejos de la perfección de la obediencia. Hay que obedecer al superior incluso antes de que haya acabado de mandar.

140. 3. Es ciega y muda; no procura penetrar las razones que ha tenido el superior para mandar; le basta que la orden que se le da no sea contraria a la ley de Dios; no se detiene a razonar con el superior para tratar de hacer que se retracte de la orden dada. Algunas veces se ve bien contento de no comprender por qué le mandan hacer tal o cual cosa a fin de sacrificar más cabalmente su voluntad. Hay casos, sin embargo, en que la prudencia, la caridad, el cuidado de la propia salud o algún otro motivo pueden permitir a quien recibe una orden, el presentar sus observaciones y aun en ese caso, las presenta cuando hay motivo para creer que el superior no está al tanto de aquella circunstancia, que haría el cumplimiento de aquella orden perjudicial al prójimo o a quien la recibe. En tales casos, el religioso debe limitarse a dar a entender modestamente al superior aquella circunstancia. Si el superior no la juzga suficientemente importante, entonces se porta como si tal circunstancia no existiese.

141. 4. Es universal. Esta universalidad se puede entender de dos maneras: respecto al superior que manda o respecto a las cosas que manda. El religioso no se esfuerza en obedecer sólo al superior mayor, sino también a todos aquellos que están colocados bajo él; incluso el espíritu de obediencia le pone en la disposición de conformar su juicio y su voluntad con la de sus iguales; incluso, algunas veces, habrá que someterse a las cosas inanimadas, consideradas como instrumentos de la Providencia. Por último, y con mayor razón, a todo cuanto se puede considerar como representativo de la voluntad de los superiores, por ejemplo, la regla de la comunidad y el tañido de la campana que le llama a los diversos ejercicios. Tampoco se detiene a considerar las cualidades personales de quien le manda; si es inteligente o no lo es; si es discreto o exagerado; si es santo o aún está sujeto a muchas imperfecciones. En cualquier superior ve una sola cosa: que es legítimamente superior suyo. Y no sólo en lo que se relaciona con las cosas temporales hay que conformar su voluntad con la del Superior, sino también en las espirituales; en las oraciones, en las mortificaciones y en todas las demás buenas obras por muy secretas y particulares que sean, no haciendo

ninguna de ellas habitualmente sin haber obtenido el previo permiso; no sólo en las cuestiones en que tenemos menos luces que el superior, sino también en aquellas otras en que tenemos derecho a creer que tenemos más luces que el superior; ni tampoco, sólo en las cosas que nos agradan, sino también en aquellas en las que tenemos repugnancia; ni sólo en presencia de los superiores, sino también en su ausencia.

142. 5. Es indiferente; es decir que pone a quien la practica en la disposición de igual paz y alegría por cualquier cosa que se le encomiende. Este carácter conviene particularmente al segundo modo de obediencia del que hemos hablado al principio, cuando se trata de pedir permiso para hacer tal o cual cosa. Es preciso que, quien pide un permiso se mantenga en tal indiferencia que le dé lo mismo que se lo otorguen o que se lo rehusen y que en las propuestas mismas que hace al superior no se pueda vislumbrar cuál es la decisión que le agradaría más.

143. 6. Sobrenatural; es decir, que tiene presente a Dios para agradecerle, testimoniarle su amor por el sacrificio del único bien peculiar del hombre que es el de su libre voluntad. Una obediencia que tenga por principio-no digo sólo un motivo de Regla-, sino incluso, sólo un motivo natural, cierto hábito, cierta docilidad de carácter, una confianza entera y ciega en tal persona cuyo saber y prudencia se venera, no sería sobrenatural. No sólo Dios quiere que le obedezcamos, sino que está celoso de nuestra obediencia como lo está también de nuestro amor; quiere que le obedezcamos a El sólo y que no nos sometamos a los hombres más que en tanto los consideremos como los órganos de su voluntad. Sólo teniendo en cuenta esta consideración y estos sentimientos podemos tener una confianza viva de que llenará con su espíritu a quienes consideramos como representantes suyos, que El presidirá sus decisiones y no permitirá nunca que su voz nos extravíe y que encontremos nuestra perdición allá mismo donde no buscábamos otra cosa, con toda buena fe, que nuestra salvación y su mayor gloria.

SOPORTAR LAS MORTIFICACIONES (David)

144. Llegados a este punto en el plan de nuestra dirección, es ya fácil de comprender que el amor de las mortificaciones es una disposición favorable para vencer lo que los demás ejercicios no habrían podido domeñar. Las contrariedades, el disgusto de nuestro espíritu, la laxitud e incluso algunos dolores corporales son, algunas veces, necesarios para domar el espíritu y los sentidos. Todo esto es lo que abarca la palabra mortificación. Si supiésemos cómo la costumbre de soportar las mortificaciones nos llena de paciencia, dándonos insensiblemente mucho valor, no habría amigo alguno de la perfección que no las practicara y que no se alegrara de entregarse a la mortificación.

El soportar mortificaciones no es aún enteramente el amor de ellas; pero por ahí se llega a éste. La vida humana, muy a menudo, está compuesta de contrariedades de espíritu y dolores en los sentidos; si el mal no ha llegado todavía llegará mañana; la mayor parte de nuestra actividad la dedicamos a luchar penosamente contra lo que nos rodea; hoy es el superior, mañana otra cosa accidentes graves que nos ocurren nos prueban con frecuentes dolores; el final de nuestra vida consiste, casi siempre, en una cadena de achaques que arrastramos hasta la tumba.

145. (Lalanne.) La virtud que llamamos soportar las mortificaciones es esa virtud por la que sufrimos con paciencia mirando a Dios, cuanto nos sucede de penoso a la naturaleza, particularmente lo que ofende a nuestro amor propio, y de un modo más concreto, toda clase de males.

Por ahí se ve que no hay que confundir el aguantar las mortificaciones con la virtud de la mortificación. Esta última -si tomamos la palabra en toda su extensión- es menos una virtud particular que un conjunto de todas las virtudes e incluso el edificio mismo de la perfección cristiana y religiosa del que todas las demás virtudes son grados diversos. Todas las virtudes, efectivamente, tienden a mortificarnos; cada cual en su sentido típico; es decir, tienden a enderezar todas nuestras facultades

desarregladas, a hacerlas morir al mundo y a nosotros mismos, a fin de que vivan para Dios; tienden a inmolar al hombre viejo para formar el nuevo. Los silencios de la palabra, de los signos, del espíritu, de las pasiones, de la imaginación constituyen otras tantas mortificaciones. La obediencia mortifica la libertad, la humildad, el orgullo, la vanidad, etc.

146. Si queremos una noción exacta de la virtud que vamos a exponer, así distinguida de cualquier otra, es preciso conocer primero cuál es su objeto en sí: las mortificaciones y, después, los diferentes grados en las que podemos practicarla.

1. Entendemos por mortificación, según hemos dicho, cuanto es penoso a la naturaleza, particularmente lo que mortifica nuestro amor propio. En efecto, hay que distinguir entre las cosas que nos hacen sufrir, las que nos desagradan porque producen en nuestros sentidos una impresión dolorosa al separarnos de los objetos que nos son queridos, de las que nos son penosas porque atacan a nuestro amor propio. Unas y otras producen efectos diferentes. Las primeras nos abruman; las segundas nos incitan a la rebeldía; aquéllas nos impacientan, nos despechan y nos llevan a la ira, llamándoselas comúnmente mortificaciones.

Lo que, sobre todo, importa a un alma que entra en la carrera la perfección religiosa, que se pone bajo la dirección de otros para corregirse de sus defectos y formarse en las virtudes, es fortalecerse y prevenirse contra las turbaciones que podrían sobrevenirle, contra los reproches y las humillaciones que recibirá, sea de fuera, de parte de los malvados, sea de parte de los mismos que la dirigen y que querrán, mediante estos medios, probar y abatir su orgullo. Pocos días pasan (sobre todo cuando uno tiene mucho orgullo) en los que no haya que aguantar mortificaciones. Si no nos injurian abiertamente a menudo se nos censura o corrige por alguna falta. Si abiertamente no se nos desprecia, adivinamos o creemos adivinar el desdén que nos tienen, el olvido en que nos dejan, de modo que a veces nos vemos humillados sólo por el hecho de que no nos manifiestan bastante estima.

147. 2. El soportar las mortificaciones tiene dos grados. El primero consiste en sufrir sin rebelarse, sin murmurar; pero no sin quejarse y sin entregarse interiormente al mal humor; uno sufre, pero querría ardientemente no sufrir; no se cometería un pecado para librarse del mal que padece, pero no se descuidan los medios lícitos que puedan alejarlo, cosa que se procura a toda costa. En tales disposiciones, por lo menos, hay que estar para no pecar.
148. El segundo grado de esta virtud hace que nos resignemos enteramente a la voluntad de Dios y a las mortificaciones que nos envía, de tal modo que las soportemos sin quejarnos ni exterior ni interiormente, sin procurar con avidez librarnos de ellas, sino esperando sólo lo que agrade a Dios. Seguimos, sin embargo, siendo sensibles; tenemos, en el fondo, cierta pena interior, estando aún lejos de concebir alegría interior por sufrir y aún más lejos de desear el sufrimiento.
149. Examen sobre los silencios de los signos que forman nuestros hábitos externos en nuestras diversas acciones.

(Según los Ejercicios Espirituales de Lalanne.)
(2.ª serie - P. Lalanne)

Modo de andar. Veamos si andamos habitualmente con pasos precipitados, de un modo demasiado grave o rústico, o bien con afectación o elegancia; si movemos los brazos al andar hacia adelante o hacia atrás con demasiada agitación; si volvemos la cabeza atrás o bien dirigimos la vista demasiado a derecha o a izquierda.

Postura. Ver si evitamos posturas raras o disformes, como sería llevar la cabeza inclinada o baja o demasiado alta; si vamos inclinados; si nos apoyamos, ahora sobre un pie, luego sobre el otro; si cruzamos las piernas, ya estemos sentados, de pie o de rodillas. Si hemos evitado igualmente cuanto proscriben las reglas ordinarias de cortesía: escupir o sonarse sin tomar precauciones, silbar, bostezar, reirse a carcajadas, etc.; ver, por último, si

nuestro rostro inspira habitualmente cierto aire de piedad, dulzura y paz que son las señales que los siervos de Dios deben llevar impresas en sus frentes.

Comidas. Ver si hemos comido con precipitación observando las reglas que manda la cortesía como el no poner los codos en la mesa, no comer el pan a mordiscos, no hacer ruido al comer o al beber, no llevar el cuchillo a la boca, no mover la vista a un lado y a otro, no inclinarse sobre el plato, no mostrar desagrado por los platos que nos sirven, etc.

Signos de las pasiones manifestados por el silencio de los signos

(1.^a serie – Lalanne)

E X A M E N

150. *Tristeza.* Examinémonos si, cuando tenemos penas interiores, adoptamos un aire sombrío; si en los dolores externos nos sucede, a menudo, el quejarnos por muy ligeros que sean. Si no tenemos cuidado en mostrar por medio de bostezos u otras señales semejantes, el hastío que nos invade.

Alegría. Si nos entregamos a risotadas inmodestas.

Amor. Si en nuestras oraciones en público manifestamos por algún gesto raro o alguna postura las emociones de piedad que experimentamos.

Odio. Veamos si, al acercarnos a alguien que nos disgusta, nuestro rostro toma un aire indiferente o desdeñoso. Si cuando sentimos o vemos alguna cosa desagradable, nos descomponemos en signos de aversión y horror.

151. *Orgullo.* Ver si hay en nuestro modo de andar, en nuestra fisonomía algo afectado o soberbio; si nos sucede que cuando hieren nuestro amor propio nos sonrojamos y damos a entender la emoción de nuestra alma por la turbación involuntaria de nuestros sentidos.

Pereza. Veamos si hay en nuestro andar y en nuestras posturas algo de molicie y abandono.

Ira. Examinemos si nuestros movimientos son, generalmente, demasiado precipitados como consecuencia de cierta impetuosidad de carácter; si cuando algo nos contraría, nos empeñamos en rechazarlo con viveza; si hemos sustituido sin necesidad las palabras por los signos en los tiempos en que la Regla prescribe el silencio; si los pretextos de necesidad y de conveniencia de que nos hemos servido algunas veces para mostrar al exterior por señales, las emociones de nuestro corazón, eran reales y suficientemente importantes.

Examen de las pasiones propiamente dichas.

Silencio de las pasiones (Lalanne).

EL AMOR A NOSOTROS MISMOS

152. Pasemos en revista sucesivamente:

1. Todas las acciones de la jornada preguntándonos: "¿Por qué has hecho esta acción? ¿Acaso por tu satisfacción? Reina el amor de ti mismo en tu corazón."

2. Los diversos sentimientos de alegría, tristeza, celo, hastío e impaciencia que hemos experimentado y preguntémonos: "¿Por qué has sentido alegría, tristeza, etc.? ¿Es acaso porque tu amor propio se veía satisfecho o herido? El amor a ti mismo reina en tu corazón." Veamos si nos hemos detenido con complacencia en nuestras cualidades de espíritu o de corazón, de cuerpo o de nacimiento; si hemos hablado de ellas o si nos gusta recordar lo bueno que hemos hecho; si tenemos apego a lo que nos pertenece o que viene de nosotros; si somos tercos en nuestros sentimientos y pensamientos; si nos consideramos más listos, más sensatos y más virtuosos que los demás prefiriéndonos a ellos; si nos hemos creído con la debida suficiencia para guiarnos a nosotros mismos y si, por consiguiente, hemos mirado con desconfianza los consejos de los superiores e incluso los hemos despreciado; si reconocemos fácilmente que tenemos orgullo y

atribuimos los efectos del orgullo que encontramos en nosotros a alguna conveniencia o cualidad; si vemos con pena a quienes se elevan por encima de nosotros; si toleramos con pena que nos estimen en poco, que nos desprecien o que nos empleen en oficios bajos; si nos gusta la soledad cuando no es para entregarnos a la oración; si nos mostramos insensibles a los males del prójimo; si somos egoístas...

**Del amor a la estima de los hombres.
El amor a la gloria y al honor.**

153. Examinemos sucesivamente las diversas acciones del día.Cuál es el sentimiento que nos ha conducido a través de él: ¿Ha sido el deseo de ser estimados de los hombres o el temor de que nos desprecien?

Examinemos las diferentes emociones de pena y de placer, de euforia o de hastío que hemos experimentado y veamos cuál ha sido la causa, preguntándonos, como en el examen anterior, el por qué... La respuesta será quizá: el deseo de ser estimados de los hombres, el temor de que nos desprecien. Si esta pasión no es la que nos domina, veamos, por lo menos, si sentimos sus efectos: quizá esta última pregunta nos ayudará a reconocer si tal vez nos hemos equivocado en la primera, porque si encontramos en nosotros todos los efectos del amor a la gloria que en nosotros anidan habitualmente, podemos deducir que ésta es nuestra pasión dominante.

154. Examinemos:

1. Si recibimos con placer los elogios de los hombres y demás señales de su estima y hasta qué punto nos encanta recibirlas.

2. Si vamos buscando tales elogios, procurando que nos los den mediante mil argucias en las conversaciones y en nuestro modo de proceder.

3. Si sentimos pena ante los reproches, mortificaciones y demás señales de desprecio que podrían darnos, y hasta qué punto la sentimos.

4. Si tememos los desprecios de los hombres, de tal modo que seamos tímidos en nuestro trato con ellos.

5. Si cuando hacemos algo que estimamos bueno y laudable nuestra imaginación nos trae la imagen de alguien que nos alabe por ello.

6. Si en nuestras obras exteriores de piedad, estamos enteramente libres de buscar la estima de los hombres y de complacernos en ella.

7. Si en la buena acogida que hacemos al prójimo, en los modos corteses que empleamos con ellos, no entra más el deseo de ser amados y estimados de ellos que verdadera caridad y dulzura.

8. Si cuando decimos acerca de nosotros mismos que somos unos indignos pecadores, unos ignorantes, etc., lo hacemos, más bien, para hacernos estimar como hombres humildes que por creérselo y para que nos desprecien.

9. Si queremos y deseamos los empleos altos en donde nuestros talentos puedan ponerse en evidencia y nos atraigan gloria, o si, por el contrario, consentimos con gusto en ocuparnos durante toda la vida, en funciones oscuras y viles a los ojos del mundo.

Del amor del placer.

155. *Observación.* Veamos si hacemos mucho caso a los sabios, nos gusta encontrarnos con ellos o, por el contrario, si despreciamos a los ignorantes.

Examinemos si la inclinación o el desvío que nos lleva a ciertos actos o nos aleja de ellos, no viene del placer sensual o

del dolor que experimentamos en ellos; si nos complacemos en la mesa por el placer del gusto, o en el lecho por amor al descanso; en una hermosa campiña por el placer de la vista; en oír una buena música por el placer del oído; en tomar el fresco en el verano o en calentarnos durante el invierno por el placer del tacto; en el recreo, por el placer de la distracción y del reposo del espíritu.

Examen sobre la pereza.

156. Si cumplimos con flojera nuestros deberes en los diversos actos que nos prescriben; si nos gusta no hacer nada y si nos ponemos a trabajar siempre con desgano; si nos dedicamos al ejercicio de las virtudes, a la salvación del prójimo con todo el celo y la constancia de que somos capaces; si las muchas distracciones y frialdades no provienen de nuestra flojera.

Examen sobre la imaginación.

157. Examinemos si nos hemos dejado llevar de los sueños en los que nuestro espíritu divagaba con imaginaciones ilusorias; si tales sueños han dejado alguna impresión en nosotros y nos han inducido a algunos errores, han excitado emociones, han exagerado los motivos de tristeza, de alegría, de desaliento, de celo, etc., que nos invaden; si actuamos a veces en armonía con nuestros pensamientos exagerados de modo que, cuando pasa el momento de entusiasmo, tenemos que arrepentirnos de lo que hemos hecho o dicho, viendo por nuestros propios ojos cómo nuestras acciones, palabras y nuestra manera de obrar eran exagerados.

Examen sobre el espíritu.

158. Examinemos: 1. Si nos dejamos arrastrar por nuestro espíritu tras de pensamientos inútiles; 2. Si tales pensamientos proceden de la inmortificación de los sentidos; 3. Si provienen, más

bien, del amor propio o de la complacencia que ponemos en nuestros pensamientos; 4. Si vienen del apego que tenemos a ciertos objetos; 5. Si cuando nos han venido pensamientos inútiles a lo largo del día, los hemos alejado; 6. Si durante las ocupaciones que no precisan de toda nuestra atención, ésta la hemos fijado en esos pensamientos inútiles.

Examen sobre el recogimiento.

159. Examinemos: 1. Si nos hemos mantenido recogidos en las diversas acciones diarias o deseamos estarlo. 2. Si muchas de las faltas que tenemos que reprocharlos no vienen de nuestra falta de recogimiento. 3. Si en las diversas acciones de la jornada nos hemos mantenido recogidos y si nos hemos aplicado a tal recogimiento.

(Bueno será insistir mucho tiempo sobre este último artículo.)

Sobre la obediencia.

160. Examinemos: 1. En qué punto nos encontramos en la obediencia; si estimamos esta virtud y deseamos practicar los actos de la misma. 2. Si estamos en el primero, en el segundo o en el tercer grado de obediencia; si nuestra obediencia es pronta, atenta, ciega, muda, universal, alegre, indiferente; si cediendo a la repugnancia natural que tenemos a pedir, preferimos algunas veces quedarnos sin ciertas cosas antes que pedir las; si hemos mandado cuando el ejercicio de nuestro cargo no nos obligaba a ello; si en las diversas acciones de nuestra jornada y en el detalle de cada una de ellas las hemos hecho todas según obediencia en conformidad a la Regla y a la voluntad del Superior.

Sobre el soportar de las mortificaciones.

161. Examinemos hasta qué punto practicamos habitualmente la paciencia. Si estamos en el primero o en el segundo grado; si nos ocurre faltar en materia grave o leve contra esta virtud. Si nuestra

paciencia es un efecto de nuestro humor más bien que de la violencia que nos hacemos; si hemos concebido odio contra quienes nos han hecho algún mal. En las diversas circunstancias en que no hemos practicado la mortificación ¿qué consecuencias ha acarreado nuestro pecado? Según nos ha enseñado la experiencia, ¿de qué ventajas nos ha privado nuestra impaciencia?

EXAMEN SOBRE EL TRABAJO DE DEPURACIÓN

La tibieza.

162. Examinemos si las faltas que cometemos provienen de nuestra falta de atención y del poco cuidado que tenemos en velar sobre nosotros mismos; si tenemos un deseo constante y sensible de adelantar siempre en las virtudes religiosas; si nos asusta una alta perfección en que la naturaleza y el amor propio tendrían mucho que sufrir y mortificarse; si en nuestras acciones hacemos todo lo que podemos para que cada una de ellas sea tan perfecta como es posible; si nuestra tibieza procede de que tenemos demasiado interés por las cosas exteriores.

La confianza en Dios.

163. Examinemos si en nuestras buenas obras ponemos nuestra confianza en nuestras propias fuerzas, lo cual sucede cuando esperamos el éxito de nuestros cuidados y de nuestros talentos; si las faltas que hemos cometido, las ha precedido un sentimiento exagerado de confianza en nosotros mismos; si, por un vicio enteramente opuesto, hemos tentado a Dios esperando que El lo hiciera todo, sin que nosotros hiciéramos nada de nuestra parte; si antes de obrar o mientras actuamos, nos es habitual el recurrir frecuentemente a Dios para implorar su asistencia; si en nuestras oraciones tenemos el sentimiento de la necesidad indispensable de la ayuda de Dios, y al mismo tiempo, de la confianza con la que debemos esperarla y recibirla.

La inclinación al mal.

164. Examinemos si nos vemos inclinados al desaliento; si tememos con exceso las contrariedades y tentaciones; si estamos atentos a lo que nos pasa para descubrir pronto las tentaciones y discernir los espíritus; si en todas nuestras tentaciones nos abrimos a nuestros superiores y directores.

LA PURIFICACION DEL ALMA (David)

165. La purificación consiste en atacar y en destruir en el interior del alma las cosas que tienden a arraigar el mal y las que constituyen un obstáculo al progreso de las virtudes.

Las cosas más generales que nos llevan al mal y que nos impiden alcanzar las virtudes son:

Dentro de nosotros mismos: nuestras debilidades, inclinaciones naturales e incertidumbres.

En el exterior: las contradicciones del mundo, las tentaciones y sugerencias del enemigo de nuestra salvación. Tales son las verdaderas causas de nuestras caídas y recaídas; pero como no conocemos de antemano tales causas porque no nos damos cuenta de su malicia como deberíamos, permanecemos casi toda nuestra vida, como en la época de nuestra reforma: débiles, terrenos, inciertos en muchas cosas, no sabiendo vencer ni las inclinaciones, ni las contrariedades, ni las tentaciones; en una palabra, no sabiendo probarnos día tras día.

166. Tres consideraciones deben, sobre todo, dirigir nuestro deseo de purificar nuestra alma y hacerla adelantar:

1. La malicia de las causas que nos mantienen apegados a nuestros hábitos.

2. Debilidades, inclinaciones, incertidumbres que frenan nuestro, esfuerzos.

3. Las contrariedades, sugerencias y tentaciones que nos arrastran tras sí.

MALICIA DE LAS CAUSAS (David)

167. Por el mero hecho de que no se vive en pecado mortal y de que se combate incluso el pecado venial en algunos aspectos, nos creemos ya que el estado de nuestra alma es satisfactorio, felicitándonos por las gracias que recibimos de Dios y gozando de una paz que nos era desconocida en el estado de pecado. Sin embargo, en realidad, no se adelanta un paso en el camino de la perfección.

Este estado, en algunos casos, tiene más malicia en sus principios que no la tendrían ciertos extravíos y desórdenes notables. Es muy cierto que quien en los caminos de la sabiduría no adelanta, por eso mismo retrocede cambiándose el hábito de obrar bien en tibieza; la relajación aparece y aun cuando no fuese así siempre hay en ello un gran mal que es la pérdida de tiempo, el cual nos había sido dado para adelantar.

168. En el camino de la salvación hay que mirar siempre al fin a donde hay que llegar y no al punto de partida. Cuanto más lentos somos en avanzar hacia el término, más atrás quedamos; tal es el único cálculo que tenemos que hacernos. Es ésta una de las grandes tentaciones en que nos mete el tentador, cuando le vencimos en el terreno del pecado: el llevarnos a la inercia y adularnos secretamente incitándonos a permanecer en este estado. Quiere que conservemos el hombre, viejo; que no arrojemos la mala levadura; que sigamos siendo los hijos de Adán en vez de ser los hijos de la regeneración operada en Jesucristo y por Jesucristo. En esto se descubre toda la malicia del estado de inercia, una vez vencido el pecado: en que no ponemos casi cuidado en elevarnos a las cosas celestiales, en ser dignos hijos de Dios; ponemos nuestro único cuidado en no ser pecadores públicos en la tierra.

169. Jesucristo lanzó aquella terrible maldición sobre este estado de tibieza. No conocemos otra más notoria, salida de la boca del divino Salvador. ¿Que no sois tibios sino que sois de hielo? ¡Ojalá sea así! Por eso os digo: "Sed de fuego o de hielo; pero no tibios; pero como vuestra tibieza no hay quien la aguante, empezaré por vomitarte de mi boca".

LAS DEBILIDADES, INCLINACIONES E INCERTIDUMBRES(David)

170. Debilidad en la virtud, inclinación al mal, incertidumbre; tales son, en cuanto al interior, las fuentes principales de las turbaciones que sobrevienen al alma durante sus acciones o después de ellas. Más adelante se verán las causas externas que nos traen también turbaciones similares.

Al limitarnos aquí sólo a las que el interior suscita, se trata menos de desarrollarlas en detalle que de indicar los remedios generales que pueden eliminarlas o prevenirnos contra ellas.

DEBILIDAD DE LA VIRTUD

171. No hay virtud grande y fuerte más que la que viene de Dios y se apoya en solo Dios. Las virtudes que proceden de otro origen y que se fundan en otra base no tardan en experimentar su propia debilidad; la turbación que se levanta en torno a ellas y en medio de la cual intentan actuar es una advertencia, una causa de desconfianza con la que el autor de nuestra alma ha querido prevenirnos.

Por consiguiente, cualquiera que sea la virtud que pongamos en práctica en el momento en que sobrevenga la turbación, el remedio está en volver a Dios de quien procede todo bien. Anonadémonos pues, para dejar obrar a Dios de quien somos débiles instrumentos Cuando el Señor sea, por quererlo nosotros así, el motor, el único motor de nuestras buenas acciones, ya no

habrá que temer turbación alguna de parte de nuestra debilidad en la virtud.

172. La virtud débil bajo la mano de Dios no sobrepasará nunca la medida de sí misma, quedando en virtud; El la vivificará a su voluntad. Pero la virtud débil de la que el hombre se enorgullece y se pavonea se parece a una pompa de jabón que apenas subsiste un momento y que está a pique de aniquilarse a cada momento en que recibe un poco más de aire.

La virtud más firme según el juicio del mundo, tampoco está exenta de este mismo accidente; será un simple terrón o una montaña si se quiere, levantada por un volcán; pero producirá pronto un abismo en medio, o se desvanecerá otro día y no ofrecerá ya más que un abismo.

173. Esta distinción de las virtudes, unas fundadas en Dios solo y otras con las que se hincha vanamente el espíritu humano, explica este doble fenómeno, igualmente extraño de esos espíritus que se llaman fuertes, llamados algunas veces grandes almas -que han sembrado su carrera de faltas y crímenes- y esos otros espíritus llamados simples por el mundo, espíritus que han llenado la tierra entera con sus ejemplos, beneficios e instituciones; mucho más grandes a los ojos de Dios que a los de los hombres, los cuales no ven en todo esto más que las apariencias groseras. No nos engañemos, pues, acerca de la forma y de la debilidad de las virtudes. No hay virtud débil alguna cuando viene de Dios y se refiere a Dios; no hay virtud fuerte cuando viene del hombre y sólo se refiere a él.

La virtud que se apoya en este último vicio produce la turbación en la acción o después de la acción; la virtud que torna a su fuente, que es Dios, permanece sin turbación alguna porque está segura de su valor y porque se ejerce sin esfuerzos.

INCLINACION AL MAL (David)

174. En la virtud, hay que ocuparse de solo Dios para que sea una virtud sin turbación y sin debilidad alguna; hay que ocuparse principalmente del hombre y de su abatimiento para detenerle en su inclinación al mal.

El hombre que no se ve sostenido por Dios en el ejercicio de la virtud anda sobre terreno blando y que se hunde; necesita de una mano que le levante o le sostenga. Al hombre en sus inclinaciones al mal puede detenerse por medio del esfuerzo; pero para que la inclinación cese en efecto es preciso que la tierra se allane, que se suprima en ella esa inclinación que arrastra a quien quiere marchar por encima. Ahora bien: ¿de qué está formada en nosotros tal inclinación? -Por las falsas cualidades y por las falsas virtudes que nos imaginamos tener; por la exageración de nuestros medios que es la que nos arrastra hacia el abismo. El pecado, en su principio, viene, según se dice, por el exceso de alguna virtud.

A fin de hacernos puros y dignos de alcanzar la perfección de las virtudes empecemos, pues, por ser sobrios en las mismas virtudes que nos son más habituales, por miedo de que nuestra plenitud nos ponga en camino de la embriaguez.

175. Si se quiere algún ejemplo de esta fragilidad, de esta debilidad con la que declinamos al mal como por una pendiente rápida, ved el siguiente: si tenemos ingenio, ¿cuál será la conversación en la que no tenga su parte nuestra vanidad, el dardo más o menos agudo contra el prójimo y esa petulancia indiscreta que a menudo ha comprometido los asuntos más importantes y el secreto ajeno? Esta cualidad abre, cada día, brechas en la humildad y en la caridad; mata nuestra sencillez, nuestro sentido común y no puede aguantar la existencia del mérito de la sencillez y del buen sentido en los demás.

176. Somos serviciales; pero ¡qué estima de nosotros mismos tenemos en nuestro interior y qué exhibición hacemos ante los demás de los servicios que les prestamos! Si los demás no hacen otro tanto con

nosotros, entonces les consideramos como estúpidos e ingratos. No basta esto: el mundo entero, a nuestro entender, no puede negarnos los servicios que nosotros consideramos serenos útiles o necesarios. Nuestra moneda es la más valiosa; es de oro, mientras que la que nos dan o nos devuelven es falsa y sin valor. Estos dos ejemplos nos dan a entender cuál es la verdadera posición en que se echan de ver las cualidades de la inteligencia y las virtudes del corazón. El empleo de nuestros talentos exteriores y de nuestros talentos adquiridos sigue la misma marcha.

177. La piedad más fervorosa llega a forjarse ilusiones y a desviarse de un modo peligroso si no se le presta atención continua.

El remedio que podemos poner a todo esto es el allanar las alturas del corazón y del espíritu. Reprimamos en nosotros cuanto se eleve; seamos sencillos de espíritu, humildes de corazón, más pobre con nuestros talentos frívolos e inútiles que si no tuviéramos ninguno: He ahí nuestra postura neta ante Dios. En cualquiera otra nos parecemos a quienes se cuelgan en el aire por medio de un gran balancín y cuya caída es de temer de un momento a otro.

178. Trabajemos, pues, en evitar esta postura hacia la que nuestra inclinación quiere llevarnos para nuestra ruina y en la que se renueva o continúa incesantemente la exageración de nuestras cualidades de nuestros buenos oficios, de nuestros pequeños talentos y de nuestras frágiles virtudes. Nuestra confianza insensata en tales cosas: he ahí nuestro peligro.

Hemos dicho que la total confianza en Dios nos libraré de nuestra debilidad. Acabamos de demostrar que la desconfianza total en nosotros mismos destruirá nuestras inclinaciones naturales o prevendrá el peligro de ellas. Queda por decir aún una palabra acerca de nuestras incertidumbres.

INCERTIDUMBRES EN NUESTRA CONDUCTA (David)

179. Parece a primera vista que, teniendo una gran confianza en Dios y una gran desconfianza en sí mismo, jamás deberíamos estar en la incertidumbre acerca de la conducta que debemos observar. Pero hay que confesar que la razón, tal como podemos gozar de ella, es decir, débil y acompañada de concupiscencia, esta razón, tal como es, puede vacilar cuando no se encuentra empujada e iluminada por la gracia.

Pero en la vida de perfección que abrazamos en el Instituto, nada hay que temer en el terreno de la incertidumbre. El consejo lo tenemos siempre al alcance dispuesto a iluminarnos; el superior, el director están propuestos para remediar todas nuestras necesidades; basta quererlo para conocer lo que hay que hacer. Toda la incertidumbre proviene de que no se quiere salir de ella sometiéndola a una pronta decisión.

180. Debilidad de la virtud, inclinación al mal, incertidumbre de la conducta a seguir, todo eso queda destruido por la confianza en Dios solo, por la desconfianza constante de cuanto viene de nuestra propia naturaleza, y por el consejo que el Instituto nos proporciona y nos ofrece en todos los aspectos. En tal estado, si el alma no posee las virtudes de un ángel, por lo menos, deja de tener los defectos humanos.

Pero hay que hacer frente a los obstáculos que el tentador eleva contra nosotros y que nos retrasan en la adquisición de la pureza de conciencia y del corazón.

CONTRARIEDADES, SUGERENCIAS Y TENTACIONES

181. Quienes ponen toda su confianza en la fuerza de Dios conocen la enorme impotencia de las virtudes humanas y se han provisto de un buen consejero para sus incertidumbres, no quedan tan expuestos a peligros reales como quienes han usado de estos medios de modo muy distinto, sin que se pueda decir tampoco que su vida carezca de combates.

Cuanto más sencilla y fuerte es interiormente la virtud, más se la ataca desde fuera. La Providencia promete que nuevas victorias merecen a sus elegidos nuevas coronas. Las almas cuyo interior está mal guardado se verán tentadas lo mismo que las que están muy sobre aviso; pero el enemigo, enterado de que la virtud es mayor, puede intentar asaltos más rudos. La virtud puede verse constantemente contrariada, mil sugerencias tomarán ocasión de ahí para hacerse oír y vendrán las tentaciones seductoras o violentas. ¿Cómo preservarse de ellas y cómo librar al alma de las mismas? Digamos sobre ello unas cuantas palabras.

CONTRARIEDADES (David)

182. En este mundo hay muchas clases de contrariedades; las hay muy largas y muy punzantes. Todos las hemos tenido en la vida o las tendremos.

Un solo remedio se presenta contra un mal tan variado y, sin embargo, tan universal: una gran paciencia. Cristo nos dio el primer ejemplo de ella, de modo que luego los verdaderos cristianos, a lo largo de los siglos, han seguido de lejos las lecciones de su divino Maestro. ¿Qué le queda a un alma que ha colocado toda su confianza en Dios y que no encuentra ya en nada de este mundo más que la suficiencia propia de nuestra débil pero orgullosa naturaleza? -Le queda el sacar también toda su confianza del corazón de Dios, el no basar más que en El esta virtud como basa en todas las demás.

No hay contrariedad que no termine por ceder. En todo caso, no hay contradicción que no se convierta, por este medio, en saludable para quien la sufre.

SUGERENCIAS (David)

183. Cuando la naturaleza se cansa de sufrir y parece próxima a rebelarse, no hay sugerencia que deje de levantarse en uno mismo, que no nos venga del exterior disparada por gentes desconsiderada o por falsos amigos.

El alma se libera de las sugerencias de este cariz por el firme propósito, cien veces renovado, de mantenerse dentro de los buenos principios que nos han enseñado. La sombra de tales sugerencias se disipa fácilmente cuando se trata de una persona bien preparada, como lo hemos dicho ya, para buscar sus fuerzas en Dios solo y nunca en sí mismo o en el hombre. Quedan por ver todavía las tentaciones más violentas.

TENTACIONES (David)

184. En un corazón habitualmente bien dispuesto las tentaciones se alejan invocando a Dios y por el ejercicio de los actos opuestos a las tentaciones de que se trata. No hablamos aquí de las tentaciones cuyo remedio consiste en la pronta huida que sería la primera medida que habría que adoptar.

Pero cuando la tentación radica en el deseo o en el pensamiento, para salir de tal estado hay que reiterar las elevaciones del alma a Dios a fin de que Él nos libre y luego repetir intensamente actos opuestos a la tentación.

185. Resumimos aquí lo más indispensable acerca de la purificación. Conocer la malicia que hay en esa indiferencia en que uno se estanca y amodorra en cuanto uno llega a un estado de semiperfección. Temer encontrar en tal reposo el descanso de la muerte: tal es el primer punto sobre el que hay que aprender a trabajarse.

Remediar la debilidad de nuestras virtudes mediante nuestra confianza, en cada caso, únicamente en la fortaleza de Dios; escapar de nuestras inclinaciones al mal creyéndonos por naturaleza, incapaces de todo bien, librarse de sus incertidumbres recurriendo a Dios y a los santos consejos que El nos da merced a las ilustraciones de su gracia: así es como se perfecciona y se purifica el interior. Vencer las contrariedades mediante una gran paciencia, las sugerencias volviendo a los buenos propósitos que hemos hecho a menudo y vencer las tentaciones de las que no se puede huir por los actos contrarios al objeto de la tentación: he ahí el medio de apartar las ocasiones de pecado que nos vienen de fuera.

186. El alma temerosa de descuidar su salvación en cualquier estado en que se encuentre, la que intenta poner remedio a la debilidad de sus virtudes, a su inclinación al mal y a sus incertidumbres, la que soporta las contrariedades, aleja las sugerencias y sabe sacar provecho de las tentaciones, esta alma tiene una pureza que la hace agradable a Dios o la adquirirá pronto.

Y la logrará tanto más pronto cuanto mejor haya estudiado las virtudes de preparación, el silencio y sus diversas formas, el recogimiento con todo cuanto tiene de bueno, la obediencia en la conducta que debe observar para vencerse y, por fin, el soportar las mortificaciones que corona la victoria. El alma que desea la perfección que Dios quiere de sus elegidos no debe, ni con mucho, detenerse en las virtudes de preparación, ni en las de purificación; por muy preparada y purificada que esté, sólo se ha liberado de todos o de una parte de sus vicios naturales o debidos al hábito y no se encuentra más que en la primera etapa de la perfección.

187. Se ha dicho en el Instituto que, entre las virtudes de consumación deben colocarse la humildad, la modestia, la abnegación de sí mismo, la entera renuncia al mundo; pero para dar a entender todo cuanto tales virtudes de consumación tienen de celestial, no está mal prepararse y purificarse todavía más. Cuanto más hayan gustado los corazones de las virtudes de preparación y de purificación, más grande será la influencia de las

virtudes de consumación. Para ello, recemos y practiquemos estas primeras virtudes a fin de que lleguemos a la cima de toda nuestra perfección.

OTRAS CLASES DE TRABAJO DE DEPURACION (Lalanne)

188. Trataremos sucesivamente de la tibieza, del orgullo, de la debilidad, de la confianza en Dios y de las inclinaciones al mal. Procederemos de la misma manera que acabamos de hacer en lo referente a las virtudes de preparación.

LA TIBIEZA

189. Nuestra debilidad es tan grande que, apenas hemos realizado algunos esfuerzos para vencer a la naturaleza y para avanzar en los caminos de la perfección, cuando nos cansamos de trabajar y de combatir. Por eso, desde que nos vemos en la carrera de la perfección evangélica, separados del mundo, purgados de los vicios más groseros y desde que nuestra conciencia ya no nos reprocha ninguna falta grave, nos sucede de ordinario el detenernos ahí y el descansar, por decirlo así, como si ya hubiésemos llegado a término. Esta inercia nos lleva pronto a la tibieza; primero, no tal vez como la entienden las personas del mundo, sino como debe entenderla un alma religiosa; es decir, que el corazón ya no arde en el celo de la salvación y la perfección; estado funesto, en el que se relajan todos los resortes del alma, en donde todas las puertas quedan indefensas y abiertas al enemigo; en el que no se gana nada mientras que se arriesga mucho. Despertemos de esta modorra si estamos en ella. Abramos los ojos sobre los peligros a los que estamos expuestos; veamos la meta a la que tendemos y que aún está lejos de nosotros; recordemos los motivos que deben movernos a correr hasta alcanzarla.

EL ORGULLO

190. Ya hemos hablado del orgullo, al que hemos combatido por el silencio de las pasiones; pero combatir el orgullo es una tarea de toda la vida porque esta pasión es el principio y el alma de todas las demás y siendo la primera en el corazón del hombre, también es la última. Incluso se puede llegar a decir que nunca conseguiremos arrancarlo enteramente del corazón. Reprimido algunas veces, no se le ahoga jamás. Por lo mismo, en el momento en que nos creíamos libres de él, se desarrolla algunas veces con más fuerza que nunca; por eso debemos considerarlo sólo como amodorrado y velar por el momento en que se despierte. Por ello, no sólo le atacaremos durante el trabajo de purificación, después de haberlo combatido mediante las virtudes de preparación, sino que también volveremos sobre él en las virtudes de consumación, mediante el ejercicio de la santa virtud de la humildad. Sobre el orgullo podemos hacer dos consideraciones útiles: la primera, que es detestable; la segunda, que es vanidad porque nada tenemos que pueda servirle de fundamento. Debilidad. Confianza en Dios.

INCLINACION AL MAL

191. Si sólo fuésemos débiles, nos sería más fácil practicar la virtud. Si no hiciéramos siempre el bien, por lo menos no nos veríamos arrastrados al mal. Pero el más deplorable de los males con los que el pecado ha afligido a nuestra naturaleza, es que, además de una gran debilidad, estamos inclinados al mal por la malicia de nuestro corazón. Lo que llamamos malicia del corazón no es otra cosa que lo que ya hemos designado en las virtudes de preparación: amor desarreglado. Porque aquí, por corazón, entendemos el amor y la malicia del amor, es su desarreglo, ya que el desarreglo es lo que hace vicioso al amor.

PONER EN PRACTICA

192. Morir por entero a sí mismo es adquirir un imperio absoluto sobre sí, no teniendo ya voluntad ni juicio propios. Es difícil de comprender tanto la extensión como la magnitud de esta cuestión. No hay nada más heroico ni más sublime; es la cima de toda perfección. ¿Cómo me he atrevido a querer explicaros lo que yo mismo no entiendo y de lo cual apenas poseo las nociones más elementales? Morir siempre; combatir siempre y vencer siempre; tener cuerpo y sentidos pero no obrar más que según el espíritu; estar sujeto a la corrupción de la naturaleza y no seguir más que los impulsos de la gracia; estar dotado de razón pero no dejarse guiar más que por la fe: todo esto es lo que pide el desprendimiento entero y absoluto de sí mismo.

Así, para precisar bien las cosas, si pretendéis llegar a esa alta cima de la perfección, tenéis que resolveros a hacer al Señor el sacrificio de vuestro cuerpo y vuestra alma, de vuestras luces, afectos y deseos, de tal modo que todos vuestros sentidos, interiores y exteriores, no se aficionen más que a cuanto puede llevarnos a Dios.

193. Si el Señor, después de tantos cuidados nuestros y después de tantas señales de nuestra fidelidad en observar bien todas las virtudes de que hemos tratado en este cuaderno, si la Providencia divina se retira de nosotros y nos priva de su presencia, entonces nos es muy necesaria la paciencia y debemos procurar no perder la calma. Que si la naturaleza se revela, habrá que condescender, primero, un poco con su debilidad y no erguirse demasiado contra ella. La virtud se perfecciona poco a poco en el combate, y cuanto más rudo es el combate, más gloriosa será la victoria: Si tales primeros movimientos son violentos, no son voluntarios y se les resiste con la ayuda de la gracia. Pero no hay que esperar no sentir ataque alguno. Esto es un motivo continuo de humillación nuestro porque nos son tan ordinarios y tan naturales, que incluso los mismos que viven en la soledad, lejos de las ocasiones, no se ven libre de ellos. Basta, pues, con no consentir en ellos y sujetar la voluntad a las órdenes de la Providencia. Que la pérdida sea

sensible o no poco importa con tal que se los reciba con sumisión, respeto y amor. Todo por la mayor gloria de Dios.

(XL) II

1826-1829. CHAMINADE-CAILLET

(Caillet)

Notas de sermones y conferencias durante el curso del año.

Empezado el 20 de noviembre de 1826.

Acabado el día 5 de abril de 1829.

Sobre la virginidad. En el convento. 23 noviembre 1826

PARA LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN

194. *Auvi filia et vide et inclina aurem tuam; et obliviscere populum tuum et domum patris tui. (Ps. 44, 11.)*

En estas palabras del Profeta se comprenden los tres votos de la ofrenda que María hizo de sí misma al Señor: *audi, filia et vide*: se refiere a la obediencia; *inclina aurem tuam*: para hacerla atenta a las cosas maravillosas que el Señor va a hacer en Ella si María lo quiere; *et obliviscere populum tuum*: es el voto de castidad, por el que debía la Virgen como olvidarse de su pueblo, de sus maneras de pensar, de ver, de hacer, en relación con la virginidad, de la que aquel pueblo carnal no hacía estima alguna; *et domum patris tui*: se refiere a la pobreza. Véanse los sermones del P. Le Jeune, tomo IV, página 236.

195. Me detendré sólo en el voto de virginidad perpetua cuya excelencia examinaremos:

1.º En María, que lo emitió a los tres años y: 1. Que sabe de ello a esa edad ya más que todos los doctores de la antigüedad, que todos los doctores de la Ley, etc., sobre ese hermoso sacrificio ofrecido al Señor. 2. María llega a ser la adelantada de la virginidad y

como la madre de un número incontable de vírgenes que le siguen: *adducentur virgines post eam, etc.*

196. 2º En su naturaleza. La virginidad es una virtud enteramente celestial y, por decirlo así, más que angélica; una virtud que participa de la triple santidad de Dios. 1. En su santidad de ser puro espíritu y sin mezcla alguna de materia corruptible; la virginidad cristiana no vive más que para el espíritu, como si estuviese desasido del cuerpo. 2. En la santidad incomunicable de su esencia, desprendida de todo ser, encerrada en su santidad que le es propia, consagrada, dedicada, puesto que todas las criaturas no tienen otra santidad que una como emanación de la de Dios, la cual permanece en toda integridad. Del mismo modo y, guardadas las debidas proporciones la virgen cristiana, queda consagrada, dedicada, entregada al Señor y se separa de tal modo de las demás criaturas, que evita hasta las miradas, etc. 3. En su santidad inmutable y eterna, la cual es siempre igualmente pura, etc.; la virgen cristiana permanece siempre igualmente casta y unida para siempre a Jesús.

197. 3º En el grado de gloria que Dios le otorga en el Cielo: *sequuntur Agnum quocumque ierit, etc.* Ver: Sermones del P. Le Jeune; tomo IV, pág. 318.

PARA LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN

Por el P. Chaminade sobre el dominio de Dios sobre nosotros.

198. *Ecce ancilla Domini.*

María reconoce perfectamente el soberano dominio de Dios sobre Ella y sobre todas las demás criaturas: *ecce ancilla Domini.* Este dominio tiene tres cualidades principales. La primera: es muy real e infinitamente más real que el que un obrero tiene sobre su obra: *Ego Dominus*, como se expresa a menudo por boca de sus profetas. No se puede disponer como se quiera de su persona sin cometer una gran injusticia. La segunda: es universal; se extiende a todos los seres de la creación, abarcando todas sus acciones y todos los instantes de su existencia, etc. La tercera: es

eterno e inevitable, de modo que el hombre deberá eternamente rendirle homenaje de grado o por fuerza, no pudiendo sustraerse por mucho tiempo al imperio de su amor sin caer bajo el imperio de su cólera y de su justicia.

SOBRE LA CEGUERA

por el P. Chaminade.

Ego veni in iudicium, ut qui vident jam non videant et qui non vident, videant.

Tres grados de culpabilidad y, al mismo tiempo, de castigo que encierra la ceguera:

El primero y la primera clase de castigo es *spiritus soporis*: un espíritu de sopor.

El segundo es un espíritu de vértigo: *spiritus vertiginis*, el cual hace que uno esté como un *borracho que vomita*, según dice Isaías el cual compara las verdades de la religión, el conocimiento del bien y la práctica de la virtud, a un libro cerrado que un ciego no puede ni abrir ni leer. Los judíos que, teniendo en sus manos las profecías, sin embargo, no habían entendido nada acerca del Mesías, son un ejemplo funesto de ello.

El tercer grado es un espíritu de rebeldía contra Dios y contra sus luces. Tales ciegos, no pudiendo aguantar la verdad, llaman virtud a lo que es vicio y vicio a lo que es virtud. Es el estado de los filósofos.

SOBRE LA INMACULADA CONCEPCION

Pronunciado en las vísperas, en la Magdalena y en las Hijas de María, el mismo día de la fiesta, 1826.

200. *Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol?*

Ya ha llegado el tiempo; se cumplen los divinos oráculos; se realizan las figuras; ha terminado la espera de los pueblos. El Deseado de las naciones, el Salvador del mundo, el Redentor de Israel, el Dios con nosotros, el Príncipe de la paz, el soberano Dominador, el divino Mesías, el Sol de justicia va a aparecer. Su brillante aurora amanece ya. La feliz criatura, la augusta María que debe darle a luz al mundo maravillado, ha sido concebida de un modo inmaculado. Ya está en el horizonte el astro del día; ya María, que es su aurora, avanza. Es bella como la Luna, deslumbrante como el Sol: *quae est ista, etc.*

201. Con toda justicia nos pone de relieve a la casta Judit cortando la cabeza del soberbio y desdeñoso Holofernes y liberando a su pueblo de una dura esclavitud. Tampoco podríamos alabar suficientemente la noble empresa llevada a cabo por la modesta y tímida Ester, exponiéndose a la muerte por librar a Israel del furor de fiero Aman. Nos cuentan los prodigios de valor de la famosa Débora poniendo en desbandada a todo un ejército de enemigos mandado por Jael que pereció en aquella catástrofe. Pero todos estos prodigios de valor, todos estos rasgos de nobleza, todos estos encantos todos estos títulos de nobleza, son muy poco comparados con las riquezas de la gracia, con las bellezas espirituales, con los tesoros de amor celestial de que María se ve adornada ya en el primer instante de su ser, como la figura no se puede comparar con la realidad, la sombra, con la imagen, la tierra, con el Cielo, Dios, con los hombres. En efecto, María en su Inmaculada Concepción recibe, junto con la existencia, tantos dones de gracia, que éstos hacen de Ella la obra maestra de la gracia. Sólo a través de esta única consideración es como vamos a considerar este día glorioso.

Parte única.

202. *Ave María.*

Desde el primer momento de su existencia, María reúne tantas bellezas, tantas riquezas, tantos tesoros de amor, tanta magnificencia, que las almas justas de la tierra prorrumpen en transportes de admiración y exclaman, sin cesar, con los ángeles y santos del Cielo: *quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens?* (Cant. 8, 5). Para llegar a tener una vaga idea de todos los tesoros de gracia que se encuentran en María, examinemos el privilegio singular de su Inmaculada Concepción, o la gracia santificante que preside a la formación de su ser. Examinemos esta gracia en María, tanto en su principio, como en sus consecuencias y en su consumación. 1º En su principio: comienza con Ella; 2.º En sus consecuencias: aumenta de continuo y se eleva incesantemente como el sol desde el oriente hasta el mediodía; 3º En su consumación: reúne todos los dones, acumula todos los méritos posibles, es la cifra de toda perfección y llega a la cima de la santidad posible a una pura criatura. Desarrollemos estos puntos:

203. 1. En su principio. No le ocurre a María lo que a los demás, en su concepción. Los demás, recibimos, junto con la existencia, la desgraciada herencia del pecado original, quedando bajo el imperio de Satanás, enemigos de Dios, hijos de ira y sometidos a un anatema. María, por el contrario, recibe con el ser y la vida, todos los tesoros de la gracia. Una brillante corona formada de todas las virtudes, adorna su cabeza realzando su belleza incomparable: *posuisti in capite meo coronam de lapide pretioso*. Ella misma declara que pertenece a Dios, que forma parte del dominio de su amor ya desde el principio de todos sus caminos: *Dominus possedit me in initio viarum suarum*. Es tan pura e inmaculada desde su concepción que el Esposo del Cantar de los Cantares le dice: *Tota pulchra es, amica mea*, etc. San Gregorio, queriendo enaltecer el privilegio de la exención del pecado original dice que desde aquel momento María ha igualado y superado incluso a todos los ángeles y a los santos, y aplica a la Virgen aquella profecía de

Isaías: erit praeparatus mons domus Domini supra verticem montium (Is. 2, 2), fundamenta ejus in montibus sanctis (Ps. 86, 1).

204. 2. En sus consecuencias. Del mismo modo que el brillante astro del día, María va también siempre creciendo en méritos y prerrogativas hasta alcanzar el mediodía. Para comprenderlo, hay que tener en cuenta que María fue creada para la maternidad divina y predestinada, no sólo a la gloria y a la gracia santificante, sino también a ser Madre de Dios por naturaleza como el Verbo de Dios encarnado ha sido predestinado a ser Hijo de Dios por naturaleza. De donde se sigue que, tanto como la sublime dignidad de la maternidad divina la elevaba por su destino por encima de toda la naturaleza humana y angélica colocándola en una jerarquía aparte, en el mismo grado María, debía recibir, ya en su creación, dones de gracia a la vez que los dones de la naturaleza. Pero si - como enseñan con razón algunos teólogos- Dios, al dar la gracia santificante a los hombres, les concede, al mismo tiempo, las gracias actuales proporcionadas a aquel grado de gracia santificante y cuando a ellas cooperan fielmente, esta correspondencia a las gracias actuales les vale el doble de grado de gracia santificante o habitual, de tal modo que quien haya llegado a cuatro grados, llegaría al octavo merced a tal cooperación fiel a las gracias actuales correspondientes a aquellos primeros cuatro grados y así sucesivamente, ¿qué deberemos concluir de María, que ha correspondido siempre a todas las gracias, según la extensión de la gracia y de su capacidad personal? Por consiguiente, la Iglesia tiene razón en llamarla, con justo título "Virgo fidelis".

205. 3. En su consumación. Estando María predestinada, no sólo a la gracia habitual común y ordinaria, a ser bienaventurada en el Cielo y soberana de los hombres y ángeles, sino a ser Madre de Dios, este destino a la maternidad divina supera tanto todos los destinos de todas las demás criaturas juntas, cuanto el cielo se eleva por encima de la tierra; Dios, por encima de los hombres. Las tres augustas personas de la Santísima Trinidad quisieron hacer de María la obra maestra de todas sus operaciones en favor de las criaturas. Dios Padre -cuya Hija querida iba a ser- hizo en favor de Ella más que por todo el resto de la creación; en ésta creaba

una morada para los hombres; en aquélla creaba una morada digna de Dios. Dios Hijo -cuya Madre iba a ser- le dio más parte en la obra de la Redención que a todas las demás almas juntas rescatadas; en éstas destruía el imperio del pecado; en Esta impidió que reinara nunca. Dios Espíritu Santo -cuya Esposa querida iba a ser- acumuló en su cabeza más riquezas de gracia, más tesoros de celestial amor que sobre todas las demás criaturas juntas; en éstas hizo derramar las aguas de la gracia para lavarlas; en Aquélla, formó al divino Autor, la fuente misma que hizo correr los ríos de gracia para Ella, en Ella y por Ella sobre todos los hombres. En una palabra, Dios hizo todo cuanto pudo para acabar su obra y hacerla perfecta, y pudo cuanto quiso. María, por su parte, correspondió al número y a la extensión de las gracias recibidas haciendo cuanto pudo y pudo cuanto el Omnipotente puede hacer posible a una pura criatura. ¡Oh prodigio! *Signum magnum apparuit in coelo!*, etc.

206. *Erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* (Jn. 1).

Lo que es el sol para los seres materiales, animados o inanimados, Jesucristo -llamado "sol de justicia"- lo es para las almas y para los ángeles en el orden de la gracia y de la gloria. De la misma manera que todo, en la naturaleza, está animado, vivificado, fecundado, etc., por los rayos bienhechores de este brillante astro del día, de la misma manera todo se mueve al ser y a la vida espiritual e incluso corporal por la dichosa influencia del sol de justicia. Así también como el Sol no se levanta sin hacerse preceder y anunciar por la aurora y el alba del día, así tampoco el Sol de justicia no se levanta sobre los hombres sin que le preceda y anuncie María, esta brillante aurora del hermoso día que alumbró a Cristo desde su encarnación en el casto seno de María y que seguirá brillando sobre la tierra hasta la consumación de los siglos y en el Cielo durante toda la eternidad, después de haber disipado las densas tinieblas de una noche de cuatro mil años de duración. No se pueden concebir las saludables operaciones del Sol de justicia, sin concebir, al mismo tiempo, las benéficas influencias de la brillante aurora que le anuncia y que, al mismo tiempo, nos le da.

207. 1. Beneficio de la luz. Hasta que aparece María, todos los patriarcas, profetas y justos de la antigua Ley decían sin cesar por boca de Isaías: *Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? ¡Qué larga fue aquella noche de cuatro mil años de idolatría y crímenes! ¿Qué hora es? ¿Llegará ya el fin? ¿Qué sucede durante esta noche tenebrosa? Custos, quid de nocte?* Pero apenas fue creada María, amanece el alba del gran día; la aurora anuncia el sol naciente, los hombres pueden empezar a esperar, etc. Se descorre el velo que ocultaba los misterios de Dios; los oráculos se cumplen; las figuras ceden su puesto a la realidad, todo se explica, etc.

208. 2. Beneficio de una dichosa fecundidad concedida a las almas. Durante los cuatro mil años que precedieron a la venida del Mesías, reinaba una noche tenebrosa en la que las almas no trabajaban por el Cielo. Los vicios, las pasiones, los malos hábitos que reinaban en toda la tierra eran otras tantas zarzas, espinas, cardos y malas hierbas que hacían al alma estéril y como en barbecho; los grandes pecados, los crímenes enormes, los hechos monstruosos cometidos en toda la tierra, eran como selvas negras, como vastos desiertos en cuyas cavernas tenían sus guaridas las bestias feroces, los leones rugientes o demonios que reclamaban su presa, pero a quienes la aurora hizo meterse en sus antros porque les anunciaba que el Sol de justicia iba a nacer para destruir su imperio: *catuli leonum rugientes ut rapiant praedam suam; ortus est sol et in cubilibus collocabuntur (Ps. 21)*. La Inmaculada Concepción es el alba del día que obliga a los demonios a volver a sus abismos; sólo entonces le es dado al hombre ir con seguridad a trabajar en su campo y a enriquecerse para el Cielo: *ortus est sol et exhibit homo ad opus suum et ad operationem suam*.

209. 3. Beneficio de la curación o alivio de nuestras enfermedades espirituales y corporales. El enfermo desea con ardor ver llegar el alba, ya sea porque espera a su médico, ya sea porque cree que, al volver la luz del día, algunos parientes o amigos vengán a verle, o porque algunos remedios o procedimientos endulzarán su amargura y disiparán su tristeza, etc. Ahora bien, todo el género humano es ese enfermo que espera con impaciencia la aurora del día, o sea la concepción de la augusta Madre del Mesías. Ella debía

anunciar y dar a los hombres el soberano médico de las almas y de los cuerpos. Por eso, ved cuántas curaciones ha realizado, etc.

210. 4. Beneficio del rocío celestial que debía dar al fruto delicioso de la virginidad y de la castidad, toda su madurez y toda su belleza: *quasi aurora consurgens, etc.* Jesucristo, su divino Hijo, debía ser *vinum germinans virgines*. En pos de El vendrían un gran número de vírgenes: *adducentur post eum virgines*. Pero María debía ser las primicias y como el tronco de todas ellas.

AVE MARIS STELLA

211. Con razón aclamamos a María como estrella del mar, ya que Ella es -para los habitantes de la tierra, en el orden espiritual e incluso en el temporal- lo que es, para el navegante, la estrella de la mañana. El mundo, a causa de sus malos ejemplos, etc. -es tan fecundo en naufragios de la fe y de las costumbres como lo es el mar furioso en naufragios materiales- y por eso necesitaba una estrella en el orden de la salvación eterna tanto como en el orden natural. Ahora bien: María es esa estrella: *Ave, maris stella*. Sin María se perece para la eternidad como se perece en el mar sin una estrella que indique la ruta a los marineros.

212. Estos perecen: 1.^o Por ignorancia, inexperiencia, testarudez de piloto, el cual, sin esperar el día y sin tomar otro consejo que el de su propia cabeza, se extravía y se aleja de su ruta en lugar de avanzar por ella a velas desplegadas. Es una figura de la ilusión, la voluntad propia, la testarudez, la ignorancia, etc., de cuantos, queriendo conducirse por sí mismos, se extravían en la ruta del Cielo. María sería su estrella si tuviesen cuidado de saludarla diciéndole: *Ave, maris stella!*

213. 2.^o Por la calma chicha o por el viento contrario que reina durante mucho tiempo porque entonces el agua dulce puede corromperse, los víveres pueden faltar, etc. Es otra figura: la de la falsa, calma de una tibieza habitual o un caminar precipitado en la vía de la perfección, pero opuesto a la marcha de la gracia,

desgracia que se evitaría invocando afectuosa y frecuentemente el dulce nombre de la augusta Virgen María: *Ave, maris stella!*

214. 3.^o Por la violencia de los vientos que soplan y el furor de las olas, los cuales, tanto elevan el navío hasta las nubes como le precipitan, por decirlo así, en el fondo de los abismos, y cubriéndole con sus ondas, le hacen sumergirse.

**LA VIDA RELIGIOSA COMO EL BUEN GRANO DE SEMILLA
EN EL
SURCO Y QUE PRODUCE MUCHOS FRUTOS**

1.^o EN SÍ MISMA; 2.^o PARA DIOS; 3.^o PARA LA SOCIEDAD
Pronunciado en el convento tres veces, los días 25, 28 y 29 enero,
1827

215. *Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert* (Jn. 12, 24-25).

Lo que el divino Salvador dice de sí mismo al anunciar los maravillosos efectos de su muerte y de su resurrección -que compara a los que produce la buena semilla, arrojada en la tierra, germinando de su misma podredumbre y produciendo el ciento por uno- se puede decir también de la vida religiosa que toda persona practica, y esto bajo la triple relación, la vida religiosa en sí misma, de la gloria de Dios y de la sociedad humana.

216. 1. La vida religiosa es esa semilla arrojada en el surco, la cual, al morir, produce el ciento por uno en favor de la persona que la abraza, porque: 1.^o a trueque de riquezas caducas y despreciables que consiente en enterrar en la tierra, se procura los tesoros de la gracia, todas las riquezas del amor, para el tiempo y para la eternidad; 2.^o en lugar de placeres envenenados, adquiere los placeres sólidos y duraderos de una vida de gracia y virtudes, y un océano de alegría en la eternidad; 3.^o en vez de honores vanos y seductores que oculta en tierra consigo misma, adquiere el derecho de ser esposa de Cristo en la tierra y de estar sentada en un trono

para juzgar al universo entero y para reinar eternamente con Dios en el Cielo.

217. 2. La vida religiosa produce también el céntuplo desde el punto de vista de la gloria de Dios que esta vida proporciona: 1º porque haciendo de la persona a quien consagra, una adoradora en espíritu y en verdad -lo que es raro en el mundo- esta alma religiosa proporciona a Dios cien veces más gloria estando en Religión que si se hubiera quedado en el mundo; 2º porque, siendo la vida religiosa esencialmente una vida de penitencia y de mortificación, la persona que la abraza, contribuye, con Cristo, a aplacar la ira de Dios, a aplicar a las almas los méritos infinitos de este Hombre-Dios, cien veces más de lo que habría contribuido en el mundo, en donde es tan raro el encontrar almas convencidas de que hay que hacer penitencia, y en donde es más raro aún encontrar personas que no se crean dispensadas de la penitencia por ciertas razones plausibles; 3.º porque, siendo la vida religiosa una vida de amor a Dios y de caridad para con el prójimo y no estando ocupado su espíritu que con un solo objeto, que es Dios, el corazón no se encuentra dividido como ocurre en el mundo, y la voluntad, fija siempre lo que agrada a Dios y que le es conocido por la obediencia, de amar a Dios y al prójimo cien veces más que si se hubiese quedado en el siglo.

218. 3. La vida religiosa, por último, produce también este céntuplo en favor de la sociedad humana: 1.º librándola de una infinidad males; 2º procurándole una infinidad de bienes sólidos y reales. Los males de que le libra son: a) los gastos excesivos y ruinosos del lujo de que libra, no sólo al alma religiosa, sino también a cuantas personas ella forma a la piedad; b) la ignorancia crasa religiosa o profana en cuya destrucción trabaja; c) la irreligión y la impiedad cuyo desarrollo se esfuerza por impedir.

1º OBEDIENCIA DE JESUS

2º PODER DE MARIA

2 de febrero, 1827. En la Magdalena y en el convento, 1827

219. *Tulerunt Jesum in Jerusalem ut sisterent eum Domino* (Luc. 2).

No se sabe aquí qué admirar más: si la obediencia del Hombre-Dios -el cual se somete así a la *Ley* y obedece a María, la cual le lleva a Jerusalén para presentarle en el Templo- o el poder tan grande que María ejerce sobre el Verbo divino, hecho verdadero Hijo suyo. En el Hijo admiramos todos los deberes de la virtud de obediencia cumplidos con la mayor perfección; en la Madre descubrimos, todos los derechos que una madre puede ejercer sobre su hijo. Por consiguiente, la obediencia del Hijo de Dios y el gran poder de María son los temas de que nos vamos a ocupar en esta corta instrucción; por una parte, veremos lo que debemos imitar; por otra, lo que debemos venerar e invocar.

220. 1. La humilde obediencia de Jesús a la augusta María se echa de ver admirablemente en este misterio de la Presentación en el Templo: 1º es una obediencia de humilde dependencia, que imita la de la criatura con respecto al Creador, que es la misma de la que habla el Apóstol al exponer su dependencia absoluta respecto de Dios: *in ipso vivimus, movemur et sumus*, la misma que mantuvo Jesús con respecto a la augusta María cuando estuvo encerrado en su seno, cuando María lo llevaba en sus brazos, le vestía, le acostaba en el pesebre, le llevaba a Egipto o a Jerusalén. Jesús -digo-, no quiere tener vida, ni movimiento, ni existencia como hombre, más que por María.

2º Es una obediencia ciega, semejante a la de un criado con respecto a su amo; no quiere otra razón que la voluntad de este amo: *staf pro ratione voluntas et Domini imperium*. Es lo que San Juan Clímaco llama *tutam navigationem, optimam apud Deum excusationem*. Así hace Jesús con respecto a María, lo mismo que el siervo con respecto al dueño. María no tiene más que decir a

Jesús: *Fili, quid fecisti nobis sic?* Y aunque Jesús haya emprendido la obra de su Padre, la deja de lado, durante dieciocho años, para obedecer a María, a su regreso a Nazareth. De Jesús se puede decir, viéndole obedecer a María, lo que dice el salmista: *sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum.*

222. 3º Es una obediencia pronta y ardorosa, enteramente semejante a la de un valiente soldado con respecto a un valiente general. El ejemplo del centurión podrá confirmar y dar a entender toda la belleza de la obediencia de Jesús ya que, según aquel aguerrido capitán, las enfermedades obedecerán a Jesús como los soldados le obedecen a él. ¡Qué admirable es la obediencia de ese mismo que impera a las mismas enfermedades! Por lo mismo, María no tiene precisión de mandar. Basta que exprese un deseo y ya logra milagros, por ejemplo, cambiar el agua en vino en las bondas de Caná de Galilea.

223. 4º Es una obediencia cordial y afectuosa semejante a la de un hijo respecto a su padre. Jesús obedece, no sólo a María que tenía un derecho natural sobre El sino también a San José por amor a María. Y no sólo obedece a María mientras estaba en este mundo, sino también en el Cielo en donde la caridad ha perfeccionado esta obediencia.

224. 2. El poder de María es admirable: 1º Por el objeto sobre el cual lo ejerce; un Dios perfecto y un hombre perfecto está a sus órdenes. Las vírgenes pueden gloriarse de seguir al Cordero, en el Cielo, adondequiera que vaya; pero María puede gloriarse de mandarle, de llevarle Ella misma a donde quiera que vaya, de haberle llevado durante nueve meses en su seno, etc. María puede decir a Jesús, como Jesús decía a las enfermedades, que salieran de los cuerpos de los hombres y puede intimarle órdenes como el centurión las daba a sus soldados: *Ven aquí, vete allá, etc.*

225. 2º Por la prudencia que pone en tales órdenes, al dirigir a divino Hijo al fin sublime de la gloria de Dios Padre y a la salvación del mundo, como un hábil piloto hace para dirigir a su barco hacia el término feliz de su viaje. 3º Por la pureza de sus intenciones, la rectitud de su voluntad, guiando todas las acciones

de Jesús como una madre gobierna las de su hijo. Jesús se confiaba a Ella con toda su razón humana y divina, como el niño que todavía no ha llegado al uso de la razón se ve obligado a dejarse guiar por una razón ajena para poder obrar. Débora, dirigiendo los ejércitos del pueblo de Israel; Josué deteniendo el curso del sol durante varias horas son meras figuras de lo que debía ser la Virgen en el reino de su divino Hijo, todavía niño. De ahí, es fácil deducir que el mejor medio para obtener los favores de Jesús, es ir a María.

En la fiesta de San José

DEDUCE SUS MERITOS Y SUS TITULOS DE GRANDEZA DE SUS
DOS CUALIDADES: ESPOSO DE MARIA Y PADRE NUTRICIO
DE JESUS

19 de marzo de 1827. En el convento y en la Magdalena

226. *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariae, de qua natus est Jesus* (Mat. 1,16).

Propio es del Espíritu Santo el hacer el panegírico de los personajes ilustres a quienes quiere alabar, en solo dos palabras; y por estas cortas palabras, aunque vigorosas, agotar la materia hasta tal punto que los hombres y los ángeles mismos no pueden añadirles ya nada. Tales son las palabras de mi texto. El Espíritu Santo nos traza mediante ellas, en dos pinceladas, un cuadro magnífico de San José, diciendo que fue el esposo de María y que de tan ilustre esposa nació Jesús: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae*.

Efectivamente, San José deriva toda su gloria, la causa de las gracias que le fueron concedidas y con las cuales adquirió tantos méritos, la razón de todos los privilegios que le fueron otorgados, antes, durante y después de su alianza con María y Jesús, deriva –digo- todos sus títulos de dicha, de virtud y de grandeza de sus dos cualidades de esposo de María y de padre nutricio de Jesús: *Jacob autem genuit, etc.*

227. Será, pues, superfluo para alabar dignamente a San José, recurrir a título de honores y cualidades humanas que posee por su naturaleza y por su origen humano. No necesitamos decir de él lo que nos consideraríamos dichosos de decir tratándose de hombres distinguidos según el mundo: que es de la tribu de Judá, de la casa real de David, que cuenta entre sus antepasados a todo lo que hay de más venerable entre los reyes y pontífices de los judíos; que sangre real y sacerdotal corría por sus venas y que, bajo el exterior de una abyección aparente, este ilustre y santo patriarca de la nueva Alianza ocultaba humildemente todos los títulos de una verdadera grandeza. No hay necesidad de otras palabras que las del Espíritu Santo. Bastará decir con él: *Jacob autem genuit Joseph, etc.* Pero para poner algún orden en este tema, examinemos primero su cualidad de esposo de María; ésta será la primera parte; después veamos su cualidad de padre nutricio de Jesús; será la segunda. *Ave María.*

1.ª Parte. San José, esposo de María

228. Lo que el sol es con respecto a la luna en el orden físico y natural, María lo es respecto a San José en el orden sobrenatural de la gracia, porque, del mismo modo que la luna no tiene otra luz que la que recibe del sol -cuyos rayos van a reflejarse en ella- así San José, creado para María, recibe de Ella, por medio de la alianza que forma con él, todo su brillo. Dios no hace tantos preparativos de gracias, no concede tantos privilegios a San José sino porque le destina a esposo de Aquella a quien ha escogido para Madre de su divino Hijo. Jesús mismo le reconoció como tutor y rector de su juventud, por amor a María. Los hombres, asimismo, rinden tantos honores a San José en consideración a las relaciones tan singulares que tuvo con María. Admirad, pues, aquí, un nuevo orden de cosas; en el mundo, el esposo, como un sol, da todo su resplandor a su esposa que viene a ser como la luna; si el esposo es duque, la esposa es duquesa; si es rey o emperador, la esposa es reina o emperatriz. San José, en cambio, es el Jefe de la Sagrada Familia y padre nutricio de Jesús porque la augusta María le ha escogido como esposo y guardián de su virginidad. Ahora bien:

¿qué grado de gloria comunica a nuestro santo patriarca esta primera cualidad de esposo de la Santísima Virgen? Para comprenderlo, aunque imperfectamente, examinémosla en sus preparativos y en sí misma.

229. 1. En sus preparativos. Viene figurada por los antiguos patriarcas y llevada a su perfección por mil favores y privilegios, por un número incontable de gracias escogidas y de predilección a las cuales nuestro santo patriarca tuvo como misión cooperar fielmente.

230. a) Figurada por los antiguos patriarcas. Adán, padre común de todos los hombres era, en efecto, figura de San José, escogido por Dios para ser el esposo de la segunda Eva la cual es mucho más excelentemente la madre de los vivos en el tiempo presente y futuro que la primera Eva lo fue respecto a los hombres según la naturaleza. Abraham, hecho padre de los creyentes al dar fe a las promesas de un ángel que le prometía un hijo a pesar de la esterilidad de Sara que debía ser madre, Abraham, por su fe viva, era figura de San José cual debía creer a las palabras del ángel que le anunciaba que Virgen sería fecunda sin menoscabo de su virginidad. El patriarca José representa al venerable patriarca José de la nueva Alianza y ello de un modo impresionante: ¿Qué significan, en efecto esas once estrellas, ese sol y esa luna -que simbolizaban a sus hermanos, a su padre y a su madre los cuales vinieron a Egipto a admirarle- sino los demás santos del Nuevo Testamento, a Jesucristo mismo, a la Santísima Trinidad, todos ellos sometidos a San José y recibiendo sus órdenes con humilde docilidad? *Qui custos est Domini sui, glorificabitur* (Prov. 27).

231. b) Llevada a la perfección por mil prerrogativas y mil gracia de elección y predilección. Dios se debía a sí mismo, debía a su divino Hijo, debía a María y a sus altos destinos, un esposo digno de Ella, guardián fiel y noble de su virginidad, conservador inviolable del sagrado secreto del misterio de la Encarnación del Verbo divino. Ahora bien: la santidad de este dichoso esposo de la augusta María y de este ilustre depositario de los secretos misterios de Dios, debía superar tanto a la de todos los demás

santos cuanto que su eminente dignidad le elevaba por encima de todos ellos. Pero San José, en efecto, habiendo sido promovido a este alto grado de gloria, ha cooperado a todas estas gracias. De otro modo, no habría sido digno de ver cumplirse en él los sublimes designios de misericordia en favor suyo. Se puede, pues, decir con atrevimiento a Jesucristo al plantearle esta pregunta: *Quis putas est fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam?* (Mat. 24): "¡Señor! Es San José, vuestro Padre nutricio." Que nos enaltezcan la fe de los patriarcas y el celo de los profetas, el valor y el amor divino de los Apóstoles, etcétera; pero San José les ha rebasado a todos ellos; por eso se le llama *vir justus*, y esto por el Espíritu Santo; es decir, justo en toda la fuerza de la expresión; justo en sus pensamientos, en sus obras, etc. Le veo llegar al grado más alto de la contemplación, a la mayor perfección de santidad, como se requiere para ser esposo de María, esta Arca de la nueva Alianza.

232. 2. Ahora bien: imaginaos todos los títulos de grandeza que tiene esta cualidad de esposo de la Virgen María. El joven profeta Samuel, tomando su descanso en el santuario al lado del Arca para hacerle la guardia; Obededón, que tuvo el honor de hospedarla y de conservarla en depósito en su misma casa, recibiendo a cambio mil bendiciones; David que la hizo transportar a su palacio y saltó de júbilo en su presencia; Eleazar, hijo de Abinadab que fue santificado para que guardara convenientemente aquel sagrado depósito que no era más que la imagen de la augusta María, arca santa de la nueva Alianza; todos estos grandes hombres sólo tenían la figura; San José, esposo de María, tiene la realidad. Representémonos actualmente todas las virtudes eminentes, sus raros méritos, las perfecciones infusas y adquiridas, los grados sublimes de santidad que debía poseer aquel hombre a quien el Señor había preferido al resto de los demás mortales y de toda eternidad para tener en su casa y conservar en depósito a la criatura más pura, más inocente, más querida de Dios, a María, Madre de Jesús y esposa suya. Imaginémosnos todo cuanto debe haber adquirido San José en nuevas virtudes y grados más eminentes de santidad, al conversar familiarmente con María a quien profesaba un santo y casto afecto, y esto por espacio de

treinta años, poco más o menos, ya que murió al comienzo de la vida pública de Jesús. ¿Puede haber reyes, emperadores, santos o santas o ilustres personajes que puedan compararse con San José? Pero, ¡cuánto más debe movernos aún la consideración de la segunda cualidad de San José: la de ser Padre nutricio de Jesús!

2.ª Parte

233. El casto José, ya libre de su dura cautividad, llevado a presencia del Faraón, interpretándole los misteriosos sueños, vestido con magnificencia, elevado al segundo grado del poder, gobernando a todo Egipto, llamado salvador del mundo, es una mera figura de todo cuanto San José debía ser en realidad cuando se le considera como padre nutricio de Jesús. Porque, en esta cualidad queda constituido: 1º Como jefe de la familia más santa que hubo jamás; 2º María le otorga los honores como a su dueño y señor; 3º Jesucristo considera como un deber el estarle sumiso, lo mismo en la tierra que en el Cielo.
234. 1. Para salvar al mundo de una pérdida total y repoblarlo después del diluvio, escogió el Señor una familia de personas justas: la de Noé; pero para salvar el culto del verdadero Dios en medio de las mentiras de la idolatría, escogió a Abraham. Dios se forma un pueblo peculiar; pero en este pueblo, escoge una tribu: la Judá, de la que debía nacer el Mesías; en esa tribu David será tronco, María, siendo su hija, será la Madre y José, de la misma raza real, hecho esposo de María, debe ser su padre nutricio; a él se le dijo: *tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adjutor* (Ps. 10) Jesús y María: he ahí lo que quedó confiado a San José, objeto de las complacencias eternas de Dios y de la admiración de los ángeles y santos.
235. 2. María le obedeció, recibiendo sus órdenes como si emanase de su señor. Si San José tuvo que conocer el misterio de la Encarnación del Verbo, y si había que huir a Egipto con la Madre y el Hijo...

Para la Anunciación de la Santísima Virgen

LA MATERNIDAD DIVINA: 1º EN SUS PREPARATIVOS

2º EN SI MISMA Y EN SU CONCESION

En el Convento. La 1.ª parte, sólo en la Magdalena, 1827

236. *Missus est angelus Gabriel a Deo... ad Virginem... et nomen Virginis, Maria* (Luc. 1, 26, 27).

De todas las embajadas que hubo y que pudieron existir, ésta es la más ilustre, la más santa, la más saludable e importante. Incluso es incomparable bajo todos los aspectos, ya sea de parte del monarca que la ordena, ya de parte de la soberana que la recibe, ya sea del célebre mensaje de que se trata. Quien ordena es el ser por excelencia, el Creador, el soberano Señor de todas las cosas y el embajador es uno de los príncipes más ilustres de la corte celestial. ¿Qué embajada más ilustre y divina? Quien recibe la embajada es una noble virgen, salida de la tribu de Judá, de raza real y sacerdotal; es un retoño ilustre de la casa de David. ¿Qué hay de más santo que estas relaciones entre el gran Creador de Cielo y tierra y la más bella, y más pura de todas las criaturas? El asunto de que se trata es procurar la gloria del Altísimo: se trata de escoger una madre para el divino Redentor de las almas, de reconciliar al Cielo con la tierra, a Dios con los hombres; por último se trata de la salvación de todo el género humano que hay que negociar en esta embajada incomparable.

237. ¿Qué cosa hay más grande, más saludable y más importante? María, ya tan ilustre por su origen y sus virtudes, va a ser elevada al grado más alto de elevación que una criatura puede alcanzar permaneciendo dócil a la gracia y bajo la mano de la Omnipotencia de Dios. La maternidad divina que le va ser concedida hará de ella la obra maestra de todas las maravillas que el brazo del Omnipotente ha realizado y ya no habrá más que el Verbo divino, Dios perfecto y que va a venir al mundo como hombre perfecto, por esta singular prerrogativa concedida a María, no habrá, digo, más que el Verbo divino que superará a María, convertida en Madre de Dios.

Con el fin de penetrarnos de sentimientos de veneración, de amor y de confianza para con la augusta Virgen María, Reina de Cielo y tierra, consideraremos la eminente dignidad de la maternidad divina, primero en sus preparativos y luego en sí misma y en su concesión. *Ave María.*

1.ª Parte

MATERNIDAD DIVINA EN SUS PREPARATIVOS

238. Cuando Dios quiere actuar fuera de su Ser, se debe a sí mismo el obrar siempre como infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente bueno. Su naturaleza siendo la bondad misma -según lo nota el gran Papa San León-, todas sus obras deben llevar la impronta de esta bondad; siendo todopoderosa su voluntad, puede todo cuanto quiere; no hay perfección alguna que no pueda dar a sus obras para alcanzar sus nobles fines. Pero siendo la misericordia su obra por excelencia, todo cuanto Dios produce debe llevar el sello de su misericordia, y la justicia misma, satisfecha por aquélla le cede el paso y se deja gobernar por ella para conducir todo cuanto Dios produce fuera de sí mismo, al fin sublime que se propone, y esto por los medios más convenientes a sus grandes designios.

Pero si estos atributos divinos de sabiduría increada, de poder sin límites y de bondad infinita brillan en todas las operaciones de Dios icon cuánta mayor razón deben brillar en los preparativos a la maternidad divina y en la concesión que de ellos debía hacer a María! Veamos tales preparativos, tanto de parte de Dios como de María.

240. 1. *De parte de Dios.* Dios debía coordinar los medios al fin sublime que se proponía en la concesión de la maternidad divina a una de sus criaturas. Esta dichosa criatura debía estar formada, enriquecida, ennoblecida y perfeccionada en razón de la eminente dignidad que le iba a conceder y para alcanzar los fines sublimes del misterio inefable de la Encarnación del Verbo que se operaría en El por la operación del Espíritu Santo. Ahora bien, estos fines era

nada menos, que el preparar una hija querida al Padre, una digna Madre al Hijo, y una casta esposa al Espíritu Santo y -por medio de esta criatura única en privilegios y en virtudes- dar al mundo un Redentor; siendo -digo- estos fines más sublimes que todos los demás que Dios podía proponerse, los medios por los que debían alcanzarse debían superar a todos los demás medios. Así, pues, siendo la augusta María el gran objeto de todos estos preparativos por la maternidad divina, Dios debía amarla más que a todas las demás criaturas formadas o posibles; más que a todas las demás almas que había que rescatar y santificar, más que a todos los espíritus celestiales admitidos a la contemplación de la gloria divina. Pero para mayor claridad, entremos en algunos detalles.

241. Como Dios todo lo ha creado para su gloria, todo lo ha coordinado a este fin. El orden que reina en todas sus obras -a las que ha creado con número, peso y medida- no es otra cosa que la relación de los medios respecto al fin. Cuanto más debe contribuir una criatura a la manifestación de sus atributos, más hace brillar en ella los rayos de sus perfecciones. En el orden de la naturaleza, por ejemplo, el sol -destinado a alumbrar al hombre- le ofrece, al mismo tiempo, una bella muestra de la luz de justicia que alumbrá nuestras almas; la tierra, por su fecundidad, nos demuestra la bondad de Dios que nos nutre por medio de su Providencia, etc. En el orden de los espíritus y de los seres dotados de razón, Dios nos muestra en ellos una imagen más viva de su soberana inteligencia y de su eterna sabiduría. En la naturaleza angélica, la jerarquía que en ella hay establecida, descubre como por partes y con orden las perfecciones divinas. Así los serafines ardiendo en amor de Dios, nos muestran que Dios es todo amor y caridad y rinden homenaje a este atributo; los querubines, brillantes de luz y claridad, nos descubren que Dios es luz, etcétera. En la naturaleza humana, unas virtudes dominan en un santo y otras dominan en otro, rindiendo así todos, homenaje al Dios de las virtudes y pregonando su santidad.

242. Pero todo lo que la creación entera ha hecho ver de las perfecciones de Dios, en la naturaleza angélica, humana, en el orden físico y material, todo eso no tiene ni punto de comparación con lo que Dios ha puesto en María, porque el fin

de la maternidad divina a la que estaba destinada, rebasaba infinitamente el fin de todas las demás criaturas. Quería manifestar su sabiduría, haciendo ver a los hombres y a los ángeles, el milagro de los milagros: el de la maternidad unida a la virginidad, una virgen que se hace fecunda sin que se marchite la bella flor de su virginidad; quería juntar dos naturalezas opuestas, la naturaleza humana y la divina, y dar a la tierra un Dios con nosotros. De donde se deduce como evidente que muestra también en ello un poder incomparablemente mayor que en la creación del mundo, en la cual *dixit et facta sunt; mandavit et creata sunt*, mientras que, aquí, quiere el libre concurso de María; espera su consentimiento, y de este modo, concilia todos los derechos de la justicia, satisfecha por esta obra, con los de su infinita misericordia que se derrama sobre los hombres y les da a su Hijo único como Redentor: *justitia et pax osculatae sunt; sic Deus dilexit mundum ut unigenitum Filium suum daret*.

243. 2. *De parte de María*. María, a su vez, debía cooperar a toda la gracia en toda su extensión y multiplicidad; debía alcanzar, por su fidelidad en responder al llamamiento de Dios, la sublimidad de la maternidad divina que le estaba destinada. Sólo así podía verse revestida de esta incomparable dignidad. Pero Ella tuvo buen cuidado, en efecto, de cooperar a la gracia de elección que Dios le hizo para la maternidad divina; por una parte: *virginitate placuit, humilitate concepit*; por otra, la Iglesia ha encontrado tan perfecta su fidelidad que la llama *virgo fidelis*.

244. a) María mereció este favor a causa de su humildad. Dios midió la profundidad de esta última virtud y la encontró proporcionada a la sublimidad de la maternidad divina. Dejando, pues, de lado a todas las reinas e hijas de Judá, dio la preferencia a María; ved su humildad turbada por las alabanzas del ángel, y cuando consintió con lo que Dios pedía de Ella, se llamó su humilde esclava.

245. b) ¡Cuánto supo apreciar el rico tesoro de la virginidad y con qué esmero cultivó este hermoso lirio en todo su esplendor! Mientras que todas las hijas de Judá consideraban como punto de honor el contraer alianzas matrimoniales en la tierra, y se creían

deshonradas si quedaban sin posteridad, sólo María levanta en alto el estandarte de la virginidad; sólo ella cultiva, riega y conserva cuidadosamente esta azucena de agradable olor; sólo ella, hace voto de virginidad y se convierte en un jardín cerrado en que el Esposo del Cantar de los Cantares gusta pasear. Aquel *quomodo fiet istud?* fue previsto, adrede, por la infinita Sabiduría para enseñarnos la sublimidad de una virtud por la que Cristo acepta con agrado el sacrificio de las vírgenes. Por eso, cuando esta casta paloma de Dios, este Verbo divino quiso venir a la tierra, ningún lugar podía complacerle tanto como esta Arca en que no reinaban las aguas impuras del diluvio del pecado original y actual, quiero decir, el seno de esta casta Virgen inmaculada. Ella sabía apreciar tan bien esta virtud que habría renunciado a la maternidad divina, si hubiese sido preciso sacrificarle inocentemente la virtud de la virginidad: *quomodo fiet istud etcétera*.

246. c) Pero su fidelidad y su generosidad debían también igual a su maternidad divina. Por eso, María correspondió a toda la gracia en toda su extensión y en toda su multiplicidad. María fue tan fiel y tan generosa que su correspondencia a la gracia de la maternidad divina igualó a esta eminente dignidad. Era preciso, en efecto, que María amontonase ricos tesoros de gracia y mérito innumerables para el Cielo puesto que la santa Iglesia llama a María, la virgen fiel por antonomasia: *virgo fidelis*. Al pronunciar su famoso *fiat*, vio desfilar, ante sus ojos, todas las humillaciones, todos los oprobios, todas las torturas de su divino Hijo y consintió libremente en beber el cáliz de la amargura de su Pasión antes de serle asociada en la mansión de la gloria.

2.ª Parte

MATERNIDAD DIVINA EN SI MISMA Y EN SU CONCESION

247. El ángel del Señor no podía expresar mejor los tesoros de gracia, las riquezas de los méritos que habían dispuesto a María para su maternidad divina que saludándola: *Ave, gratia plena*, etc. Un solo grado de gracia santificante basta para hacer agradable a Dios y digno del Paraíso al mayor pecador que se convierte. ¿Qué

será, pues, de la plenitud de gracia, de todos los grados de la gracia y de toda la perfección de cada uno de esos grados, tal como los tuvo María? Por eso el Señor está con Ella; por eso es bendita entre todas las mujeres y preparada a toda la eminente dignidad de Madre de Dios. Examinemos ahora, esta dignidad en sí misma y en la concesión que de ella se hace a María.

248. 1. En sí misma. Es el último grado de elevación al que puede ser elevada una pura criatura. El tener a Dios por Creador, por conservador y por fin último, ya es un gran honor. El que uno se pueda gloriar de tenerle por padre, por amigo, por esposo, por hermano, por consolador, por poderoso protector: todo esto tiene lugar merced a la gracia de la redención y de la creación y es inestimable. Pero que una criatura llegue a ser Madre de su divino Creador, que le comunique el ser y la vida humana como hombre después de Dios; que en cuanto hombre, su cuerpo sea formado de la sustancia de esta mujer por excelencia; que crezca y encuentre la vida, el vigor y una perfecta formación humana en su casto seno; que quiera depender en todo de esta Madre como cualquier otro hijo depende de quien le dio a luz, etc.

249. a) Estas relaciones del Verbo divino hecho carne en el seno de María elevan a esta criatura afortunada hasta la cima de las grandezas posibles en una simple criatura. Según el testimonio del Espíritu Santo, el Hijo es la gloria del Padre. Ahora bien: ¿qué gloria corresponde a María por haber engendrado a un hijo como Jesús?

250. b) Estas mismas relaciones son las más gloriosas para Dios. La maternidad divina unida a la virginidad, glorifica a Dios por el misterio del Verbo divino a quien pone en el rango de las criaturas de Dios, más que todas las demás criaturas juntas pueden hacerlo. Hasta entonces, Dios se podía gloriar de tener nobles criaturas en su imperio; pero aquí tiene la gloria de ver en su soberano dominio a un hombre Dios.

251. c) También resulta una gran gloria para los hombres por cuanto pueden felicitarse de ver a la humanidad asociada a la divinidad, de una manera tan inefable que no forman más que

una sola persona en Cristo. En esto aventajan a los ángeles, y María -permaneciendo siempre virgen y al mismo tiempo fecunda- concibe y da a luz espiritualmente para la gloria de todos los hombres a quienes la primera Eva, pecadora, concibió y dio a luz en el pecado y en el oprobio eterno por su desobediencia, etc.

LA HUMILDAD

En el convento, en tres conferencias
Febrero y Marzo de 1827

252. 1.^a La naturaleza de la humildad consiste en tres cosas: 1. En el conocimiento de su nada, de sus miserias, de su incapacidad absoluta en lo relativo a la salvación. 2. En la paciencia e incluso alegría que se experimenta al ver y soportar su propia abyección. 3. En huir de todas las muestras de estima por parte del prójimo; lejos de ir en busca de los honores, se los evita con cuidado.

253. 2.^a Los grados de la humildad son tres principales: 1. Despreciarse a sí mismo soberanamente. 2. Consentir con gusto en que nuestra abyección sea conocida de los demás, queriendo ser despreciado por ello. 3. Referir a Dios toda la gloria en todas ocasiones.

254. 3.^a Los medios de adquirir la humildad se refieren al pasado, presente y al porvenir.

1. Al pasado se refieren tres: *a)* La culpabilidad de un solo pecado mortal supone el desprecio del hombre a Dios, soberanamente bueno, y el desprecio de Dios al hombre culpable, de un solo pecado mortal. *b)* El infierno que uno ha merecido con los desprecios, etc. de todos los demonios y de todos los réprobos durante toda la eternidad. *e)* La incertidumbre en que uno se encuentra de no saber si se le ha perdonado o no, ya que nadie sabe si es digno de amor o de odio.

2. Al presente se refieren cinco: *a)* El no poder el hombre hacer absolutamente nada bueno, en el orden de la gracia, sin la ayuda del Cielo. *b)* El poder, en cambio, de hacer todo mal. *c)* El hacer tan poco bien, a pesar de recibir tantas gracias. *d)* El hacer

tan imperfecto ese poco bien. e) Encontrarse tan inconstante en la práctica de la virtud.

3. En el porvenir, encontramos un poderoso motivo en el hecho de que no sabemos si seremos predestinados o réprobos, de lo cual nada podemos saber de cierto, sino que Dios *da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios*.

LA POBREZA

En el convento, en un pequeño Retiro.

Dos conferencias. Marzo de 1827.

255. *Beati pauperes spiritu* (Mat. 5, 3).

1º La *naturaleza* de la virtud de la pobreza, consiste en dar al alma fiel afectos bien regulados acerca de los bienes creados y en alejar de su corazón todos los sentimientos desordenados.

256. 2º *Hay dos clases de pobreza*. La pobreza cristiana, que atañe a todos los cristianos regulando en ellos la manera de poseer los bienes terrenos y el uso que pueden hacer de ellos. Consiste: 1. En no poder tener afecto alguno desordenado para ninguna propiedad, siendo pobres de espíritu y de corazón, aun cuando, de hecho, uno sea rico. 2. En servirse de las riquezas como si no se las tuviera, por decirlo así, en propiedad, sino sólo para atender a las necesidades reales, evitando cuidadosamente toda superfluidad, todo lujo, toda molición, todo gasto vano y loco. 3. En dar de la superfluo, entendiendo cristianamente tal superfluo, a los miembros pobres y dolientes de Cristo, considerándose como los administradores de Dios a quien habrá de darle cuenta un día de todo, no usando de las riquezas más que como medios de salvación para comprar el Cielo con nuestras limosnas. 4. En mantener en sí sentimientos de una humildad real, no tomando de *ningún* modo, la ocasión de sus riquezas para llenarse de orgullo, etc.

257. La segunda, llamada pobreza religiosa y que obliga a cuantos han hecho el voto de ella, consiste: 1. En no tener *ninguna* propiedad, por pequeña que se la suponga, queriendo así imitar a

Cristo, el cual decía de sí mismo: *Filius hominis non habet ubi caput reclinet*. 2. En no hacer uso de cosa alguna, sin el permiso de su superior legítimo, ni prestar a otros aquello que está a su uso. 3. En preferir tener lo más usado, lo más pobre, en lugar de tener lo más delicado y hermoso. 4. En gustar de sufrir un poco de los santos rigores de la pobreza e incluso querer verse privado de lo necesario. Los dos primeros puntos son de rigor; los dos últimos, de perfección.

258. 3º Los *medios* son: 1. Meditar a menudo en Cristo pobre y ver también cómo la augusta María y todos los santos, caminaron por el mismo camino de la pobreza, excitándose a amarla a imitación de ellos. 2. Meditar a menudo en las máximas evangélicas que fulminan maldiciones contra los ricos y que exaltan a los pobres. (La parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro puede servir maravillosamente para el caso). 3. En ver con cuidado cómo la codicia de riquezas es la raíz de todos los males, según dice el Espíritu Santo: *omnes qui volunt divites fieri, incidunt, etc.* La santa pobreza de Jesús es la fuente de todos los bienes.

259. 4º La pobreza *tiene* lugar: 1. En el comer y beber, no tomando nunca más que manjares comunes y en la cantidad necesaria para subvenir a las necesidades de la naturaleza, pero nunca por placer. 2. En los vestidos y muebles, todo debe llevar el sello de la sencillez, de una sabia economía y encontrarse en el número de las cosas que se usan entre los verdaderos pobres de Cristo. 3. En el uso de toda las cosas, teniendo cuidado de no estropear nada o echarlo a perder a propósito, poniendo cada cosa en su sitio y en el mejor estado posible, etc. 4. En los trabajos, haciendo el mayor trabajo lucrativo posible; no por una sórdida avaricia, sino por espíritu de pobreza y para llevar a cabo un desarrollo mayor y más rápido de las obras de Dios.

LA CASTIDAD VIRGINAL

En el convento; marzo de 1827.

260. *Descendit in hortum suum ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis et lilia colligat* (Cant. 6, 1).

La virginidad es una azucena que el celestial esposo coge con preferencia a cualquier otra flor en el parterre del jardín de la Iglesia, su esposa. Esta virtud de la virginidad se la compara a esta hermosa flor:

1º Por la plantación. Se puede comprobar: 1. Que la Santísima Virgen es la primera que lo plantó. 2. Allí donde el Salvador Jesús tomó la vida como hombre: en su casto seno, único sitio de toda la tierra en que la paloma que había salido del Cielo pudo posar su planta sin mancharse. 3. En el mismo momento en que tuvo lugar la Encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo, porque entonces se supo que había hecho voto de virginidad. 4. Prefiriendo esta sublime virtud a la maternidad divina.

2º En el riego que se le dió: *a)* por la sangre de los mártires; *b)* de los patriarcas; *c)* de los profetas; *d)* de todos los santos.

3º En el cultivo que de ella han hecho todos los santos Padres, lo mismo que para conservarla: *a)* San Agustín recomienda la humildad a las vírgenes cristianas; *b)* San Ambrosio recomienda la huida de los hombres y de las ocasiones; *e)* San Juan Crisóstomo, la huida de la avaricia.

4º En su fecundidad, ya que produce: *a)* mártires; *b)* Ordenes Religiosas; *c)* a Cristo mismo.

VIRTUD DE OBEDIENCIA

En el convento, en una conferencia de marzo de 1827.

261. *Jesus descendit cum eis et venit Nazareth et erat subditus illis.* Jesucristo no creyó excesivo consagrar treinta años de su vida a darnos el ejemplo de una obediencia perfecta y de una humilde sumisión o cuantos ocupan el lugar de Dios. Ha consagrado la virtud de la obediencia en su persona.

262. Para imitarle, debemos practicar una obediencia:

1º Sobrenatural en sus motivos y en su fin, viendo a Jesús en la persona de los superiores obedeciéndoles como si mandase el

mismo Cristo, ocultando sus defectos, no viendo más que su autoridad divina, actuando para obedecer a Dios, agradarle, etc.

2º Ciega y sin razonamientos, no examinando ni los motivos, ni la dificultad de la cosa que nos ordenan, no procurando ver cualidades extraordinarias en la persona que nos intima la orden, sino creyendo sencillamente y obedeciendo como al mismo Dios.

3º Pronta en la ejecución, no dejando nunca las cosas para otra ocasión y haciendo las cosas apenas puedan hacerse.

4º Universal en su extensión: extendiéndose a toda clase de órdenes, puesto que proceden de una autoridad legítima y ejecutándolo todo según la manera prescrita.

5º Constante en su duración, obedeciendo todos los días de la vida, no poniendo hoy mala cara a lo que nos gustaba ayer, no entregándose a la inconstancia que hoy lo quiere todo y mañana ya no quiere nada.

6º Afectuosa en su realización.

COMPASION DE LA SANTISIMA VIRGEN

En la Magdalena.

Primer domingo de abril. Semana de Pasión de 1827.

263. *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius* (Luc. 2, 35).

Con toda justicia llamamos a la Santísima Virgen, Madre de dolores, Reina de los mártires, ya que ha sufrido y consentido todos los dolores del Hombre Dios y ha sufrido más que todos los mártires. Este doloroso martirio de la augusta María, tuvo lugar, principalmente, de dos modos: por concesión (consentimiento) y por compasión (sentimiento).

264. 1º Por concesión de todos sus derechos que tenía sobre la adorable persona de Jesús. Tal concesión la ha hecho libremente a

los hombres para la obra de la Redención. Por consentimiento, habiendo aprobado y ratificado tanto como Ella debía hacerlo, todos los rigurosos decretos relativos a Jesús.

265. 1. ¡Cuánto tuvo que costarle esta concesión que hizo de Jesús a los hombres y cuánto ha amado a éstos, a semejanza del Padre celestial! Si del Padre eterno se puede decir: *Sic Deus dilexit mundum, etc.*, también de María se puede decir igualmente: *Sic Maria dilexit mundum, etc.*, como dice San Buenaventura. Este gran sacrificio se comprende si se considera: a) La naturaleza del objeto que María ofrece para la salvación del mundo. b) El amor que le tiene c) El fin de ese sacrificio: es un Hombre Dios sobre quien María tiene todos los derechos que tienen todos los padres y madres sobre sus hijos por razón de la paternidad y maternidad; sus derechos incontestables sobre Jesús son naturales. Jesús es como propiedad suya, como dominio; sus derechos son divinos y legales, ya que rescatado a su divino Hijo en el día de la Presentación, mediante la ofrenda ordenada por derecho divino y legal. María podía decir en cierto modo a Jesús: "Tú eres mío; *non estis vestri... Filius meus es tu, ego hodie, etc.* Sin embargo, esta cesión que hace de Jesús era necesaria para el cumplimiento de la obra de la Redención como su consentimiento a la obra de la Encarnación del Verbo. ¡Y qué sacrificio de amor en esta cesión, amando a Jesús infinitamente más que a sí misma, amándole más de lo que todos los padres y madres aman a sus hijos! Y ¿para qué lo cede? Para ser atormentado y crucificado por unos ingratos, para cuya salvación iba a morir. Así se concibe fácilmente que el sacrificio de Abraham no era más que la figura del que María iba a hacer aquí.

266. 2. Pero ¿qué violencia debió hacer a los sentimientos naturales de su corazón el consentimiento que dió para la inmolación de su Hijo? Consentir en separarse de El por algún tiempo, sabiendo que lejos de Ella sería tan feliz como estando a su lado, ya sería un gran sacrificio para una madre ordinaria; pero entregarle en manos de sus enemigos más crueles, consentir en todas las torturas que le iban a prodigar sus verdugos, ver el infame madero en que iba a ser clavado, etc.; estar, incluso, dispuesta a inmolarle por sus propias manos, si el Cielo se lo

ordenaba, es el heroísmo y el valor en el dolor, es entregarse generosamente a las órdenes de Dios y una prueba de su caridad para con los hombres.

267. 2º Por compasión y por sentimiento, asociándose a todos los sentimientos del dolor como le ha de estar asociada en todo el esplendor de su gloria.

1. Es preciso que su compasión por Jesús en los tormentos fuese grandísima, puesto que la Santa Iglesia dice de María lo que el profeta dice acerca de Jesús: *magna est velut mare contritio tua*.

Así, como Jesús: a) Se ve llena de espanto, abrumada de tristeza, cargada de confusión y llena de amargura, como Cristo en Getsemaní; siente las angustias de la agonía cruel y de su sudor de sangre. b) Como El, su espíritu es presa de todos los horrores del desprecio, de los ultrajes, de los oprobios con que los hombres crueles abruman a su divino Hijo.

2. Los sentimientos de dolor: a) Penetraron de tal modo en su corazón, hicieron tal mella en su cuerpo, que todas las facultades corporales y todas sus potencias intelectuales quedaron absorbidas, haciendo de ella la Madre de dolores, como el Verbo divino hecho carne, fue el hombre del dolor. b) El corazón de María había sido hecho tomando por modelo el de Jesús; las mismas medidas que, un día, habría que tomar, para formar el de Jesús, servirían para formar el corazón de María. La Virgen gozaba del insigne privilegio de leer en el corazón de Jesús todo cuanto pasaba en él, a fin de repetir las mismas operaciones en su propio corazón. La semejanza, la simpatía, el amor y la unión estrecha que reinaban entre ambos corazones, les hacía comunes sus dolores. Los mismos golpes que daban a Jesús, caían sobre el corazón de María; la cruel flagelación, los agujeros que abrían las espinas y los clavos, y la lanza que traspasaron el cuerpo virginal de Jesús, traspasaron también el corazón de María. En vano juntaríamos aquí el dolor de todas las madres y de todos los padres al ver matar a sus hijos; todo esto no tiene ni punto de comparación con los dolores que sintió la augusta María. Imaginaos la matanza de los santos inocentes, sus madres

atributadas, etc., nada de ello se asemeja al dolor de María, tanto que sobre todo de Ella se pudo decir: *vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus et noluit consolari, etc.* c) El martirio de María sobrepasa al de todos los demás mártires. El martirio de éstos no duró más que algunos instantes fugitivos en comparación con el de María, puesto que duró todo el tiempo que pasó al lado de Jesús. Tenía la Virgen un conocimiento cabal de las profecías de Isaías y Jeremías; sentía vivamente toda la extensión de la profecía del anciano Simeón hecha expresamente para Ella. El martirio de aquéllos no atormentaba más que su cuerpo, mientras que su alma estaba a menudo rebosante de santa alegría. En cambio, el martirio de María atormentaba, a la vez, el cuerpo, el alma, su corazón y su espíritu. El martirio de los primeros servía para expiar sus pecados, asegurándoles los derechos a la herencia celestial, mientras que en María, no había pecado alguno que expiar; la maternidad divina le asegura el primer puesto en el reino de su adorable Hijo. Marcha, pues, a la cabeza de los mártires; todos vienen a colocarse bajo sus estandartes reconociéndola por, reina suya: "Regina martyrum".

PASION DEL SEÑOR

En el convento. 13 de abril de 1827.

269. *Abba, Pater: omnia tibi possibilia sunt; transfer calicem hunc a me; sed non quod ego volo, sed quod tu (Mc. 14, 36).*

Para comprender mejor este lenguaje del adorable Salvador, bueno es empezar recordando que hay en El, y en una sola persona, dos naturalezas y dos voluntades: la naturaleza y la voluntad divinas y la naturaleza y la voluntad humanas. Este lenguaje es el de la naturaleza y de la voluntad humanas que se estremecen a la vista del cáliz amargo que se le ofrecía, y, sin embargo, superándose heroicamente a sí mismo, entrega su persona para la redención del mundo y la reparación de todos los derechos de la justicia de Dios, que habían sido pisoteados de un modo inicuo por el pecado. Aquí, la ira de Dios quiere vengarse

rigurosamente, mientras que el amor divino y la caridad hacia los hombres, llevan a Cristo a doblar sus sagradas espaldas bajo el pesado madero de la cruz; la justicia queda satisfecha, la misericordia y la verdad se vuelven a encontrar en la víctima augusta que va a inmolarsse sobre el Calvario y el amor queda vencedor y triunfante.

270. Se comprenderá mejor lo que tuvo que costar a Jesús el vencer las repugnancias de la naturaleza humana y aceptar este cáliz que el Padre celestial le ofrecía por manos de un ángel, si se consideran las diversas maneras cómo se expresa su muerte y pasión; pero las dos expresiones de que usa de ordinario son las de un cáliz y la de un bautismo o baño. El cáliz expresa, una veces, una bebida agradable, cuando nos da a entender que desea apagar la sed que tiene de nuestra salvación; otras veces, una mezcla amarga que, sin embargo, se decide a tomar para librarnos de todas las amarguras de la copa del santo furor de Dios que, sin Cristo, habríamos apurado hasta las heces durante toda la eternidad. El bautismo o baño se lo considera igualmente, o por un grato refrigerio -cuando Cristo quiere expresar la alegría que experimenta al vernos lavados y bautizados con El en su sangre preciosa-, o se toma para expresar su muerte dolorosísima y cruenta por la que se ha obligado a salvar libremente a los hombres. El cáliz de que se habla aquí, es el cáliz de amargura que expresa sus dolores interiores, mientras que el bautismo o baño de sangre expresa sus dolores exteriores. Dolores interiores del espíritu y del alma; dolores corporales y externos: soporta a la vez toda clase de dolores; por eso se le llama el "Hombre de dolor".

271. Si ahora nos preguntamos qué es lo que había en aquel cáliz que el ángel presentó al Señor, podemos responder que era la copa del santo furor de Dios dispuesto a quebrarlo durante toda la eternidad encima de la cabeza culpable de los desgraciados hijos de Adán, que, después de la muerte corporal y de todas las aflicciones temporales les hubiese atormentado y devorado como otras tantas víctimas culpables. La muerte eterna y desgracias infinitas en su naturaleza y en su duración, serían entre las manos de Dios instrumentos de su ira implacable para satisfacer eternamente a su justicia sin poder lograrlo jamás perfectamente.

Ahora bien: eso es lo que Cristo acepta; he ahí el cáliz que quiere beber para satisfacer a Dios y salvar a los hombres. De consiguiente, Cristo tiene que hacer en su Pasión tres cosas: dar a Dios Padre la gloria que el pecado le había arrebatado, rescatar y salvar al hombre a quien su pecado le había perdido y destruir a ese enemigo implacable que es el pecado que había causado tantos males en los dominios de Dios y en el corazón del hombre.

272. 1. La primera cosa, la ha llevado a cabo merced a sus profundas humillaciones de espíritu; pero principalmente a) por el trato indigno que le dieron durante toda la noche del jueves al viernes santo; b) por el desprecio público que de Jesús hizo Herodes y toda la corte, enviándole vestido de una túnica blanca y burlándose de El como de un insensato. Aquí, un hombre Dios despreciado, expía el orgullo del hombre que se quiere hacer igual a Dios y, por decirlo así, destronarle; c) por la indigna preferencia del pueblo, postergándole a Barrabás; de este modo expía la conducta infame que tienen todos cuantos cometen el pecado mortal con las circunstancias más humillantes para Cristo, prefiriendo seguir sus pasiones brutales...

273. 2. La segunda cosa, la hace por las angustias de su alma al comenzar a expiar el pecado y a destruirlo allí mismo en donde había empezado: en el alma y en el corazón del hombre: a) Su alma está triste hasta la muerte para compensar la tristeza eterna que debía experimentar el hombre en los infiernos; b) se ve llena de horror a la vista de los horrores del pecado y de todas sus funestas consecuencias para la gloria de Dios, su Padre, a quien el pecado se la quita; en cuanto a sí mismo, que debían llevar el peso abrumador de los tormentos que aquel merece y en cuanto al hombre, también, que debería ser eternamente la víctima; c) Se ve helada de espanto; el Hombre Dios teme; la naturaleza humana rehuye todos los males que se le preparan y el diluvio espantoso de calamidades que van a caer sobre El. Ve también el pequeño número de los elegidos y la gran multitud de los réprobos; d) se ve cargado con toda la vergüenza del pecado, ya que lo ha tomado sobre sí y a cuenta suya, dejando que se imprimiera su carácter humillante en su carne virginal, encontrándose como anegado y sumergido en un mar de pecado al que debía purificar. Expía,

pues, todos cuantos afectos desarreglados había tenido el hombre en su corazón y cuantas pasiones funestas y criminales en su alma.

274. 3. La tercera cosa, la ha llevado a cabo, por todos los dolores y todos los tormentos que padeció en su cuerpo sagrado, *a)* Sobre todo, en su cruel flagelación, en donde recibió muchos latigazos. Así expió todos los criminales placeres que el hombre toma en su cuerpo, obrando como el animal que sigue su instinto; *b)* su coronación de espinas fue muy dolorosa, pudiéndose decir que así expía Cristo todos los adornos indecentes, todas las posturas contrarias a la decencia, todas las mundanidades, etc.; *c)* el llevar la cruz, la cual, a lo que se dice, era de quince pies de larga y ocho pies de ancha. Bajo esa cruz sucumbía Jesús para obtener que nosotros nos levantemos de nuestras caídas y recaídas; *d)* por su crucifixión, que fue horrible y dolorosísima, expió nuestras delicadezas exageradas y nuestras sensualidades criminales, nuestro amor al placer, etc; *e)* *su* estado de abandono y de anatema en lo alto de la cruz, para expiar así todas nuestras vergonzosas cobardías en el servicio de Dios, todas las veces que nos buscamos a nosotros mismos, etc.

LA RESURRECCION

El santo día de Pascua. 15 abril 1827 En el convento.

275. *Haec dies quam fecit Dominus; exultemus et laetemur in ea* (Ps. 117).

Lo que aquí anuncia el Rey Profeta es el día de alegría por antonomasia, ya que no está mezclado de tristeza alguna como en los demás misterios de la vida, muerte y ascensión del mismo divino Salvador. Es, pues, una alegría que reina:

1. En el Cielo, en donde los ángeles celebran su triunfo sobre el demonio, sobre el mundo y sobre la misma muerte, absorbida y destruida por su misma victoria, y lo celebran con transportes de una gran alegría.

276. 2. En el limbo. Habiendo sacado de él Cristo a todos aquellos ilustres cautivos; varios de ellos, según se cree, resucitaron corporalmente incluso, para acompañar a Cristo en su triunfo el día de su gloriosa Ascensión, arrancando así a la muerte sus primeras presas que ella se gloriaba de tener, junto con el Señor, bajo su sombrío imperio.

277. 3. En la tierra. En ella, la Santísima Virgen fue la primera que quedó honrada y consolada con la aparición de Jesucristo; más tarde, las santas mujeres y los discípulos que iban a Emaús y luego, todos los demás Apóstoles y discípulos tuvieron el consuelo de verle, conversar con El, comer con El, tocarle uno de ellos más incrédulo, meter sus dedos en la hendidura de sus llagas, etc.

PASCUA DE RESURRECCION

15 de abril de 1827. En Bègle.

278. *Haec dies quam fecit Dominus (Ps. 117).*

Este es el día de alegría por antonomasia, puesto que es la base de nuestra esperanza.

1. Primero por la liberación que nos ha traído y los grandes males de que nos ha librado que son los de la triple muerte:

La primera es la muerte espiritual que entró en el mundo por el primer pecado mortal, el cual, a su vez, ha expandido sus desgraciados gérmenes de muerte y ha producido tantos frutos de la misma muerte espiritual, dando la muerte a tantas almas por el pecado mortal actual.

La segunda es la muerte corporal que ha venido a ser, según San Pablo, el *stipendium peccati*. Esa muerte es la que luego ha causado tantos desastres y ha sido como un torrente rápido que envuelve y arrastra en su sombría corriente a todas las generaciones, desde Adán hasta hoy y luego hasta el final de los siglos. De ella proceden todos los azotes de la justicia de Dios que

se abaten sobre los hombres culpables para ser los terribles instrumentos de la muerte.

279. La tercera es la muerte eterna. Las dos anteriores conducen a sus víctimas al término fatal de la impenitencia final, que pone el sello a la reprobación del pecador obstinado en su funesto estado de muerte espiritual. Ahora bien: Jesucristo derrota a la muerte en la triple victoria que se podía gloriarse haber logrado sobre el género humano, de modo que, por la gloriosa resurrección de Cristo, queda absorbida en su misma victoria: *absorta est mors in victoria tua*. Jesucristo es aquél más fuerte que viene a desarmar al fuerte armado, que es el demonio, el príncipe de la muerte. Cristo es aquí la causa eficiente de nuestra resurrección.

280. 2. En segundo lugar, haciéndonos participantes de todos los bienes que acompañan y siguen a su victoria sobre Satanás, sobre la muerte y sobre el mundo. Estos grandes bienes son: a) La vida de la gracia. Jesucristo da al hombre por su resurrección -que le aplica los méritos de su pasión- el poder vivir de la vida de la gracia, recibir el rocío del Cielo, la savia de la gracia, el producir frutos de virtudes y méritos para el Cielo, como la rama del árbol que recibe la savia del tronco y que se cubre de verdor, se adorna de flores y después se llena de frutos.

281. b) La vida de la inmortalidad. Siendo Jesús *pater futuri saeculi*, quien según Santo Tomás *filios generans ad gloriam*, haciendo como el grano arrojado en el surco que resucita y produce el ciento por uno; siendo *primitiae dormientium*, debía realizar aquellas palabras del Apóstol: *reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae*; revestirá a todos los cuerpos de los predestinados de las cuatro cualidades gloriosas de que fue revestido su cuerpo; pero los réprobos tendrán unos cuerpos horribles, etc.

282. c) La vida eterna. El es la cabeza del cuerpo místico y nosotros, todos los fieles que creen en El, comen su cuerpo adorable y beben su preciosa sangre, somos los miembros de ese mismo cuerpo. Recordar aquí la historia del cordero pascual, haciendo ver que es la figura más hermosa de nuestro cordero pascual; cómo hay algunos

que descuidan la manducación de este cordero y cómo su alma no va sellada con la sangre del mismo; cuáles son las disposiciones requeridas para comer el Cordero Pascual y de las cuales era figura el modo como los judíos debían comer ese cordero pascual. Jesús, causa formal y ejemplar.

LA RESURRECCION ESPIRITUAL

Lunes de Pascua, 16 de abril de 1827. En el convento.

Regina coeli, laetare, alleluia.

283. Esta antífona que la Iglesia se complace tanto en repetir durante el tiempo pascual, es de origen angélico. Bajo el pontificado de San Gregorio Magno, elegido papa el 590, cuando una terrible peste asolaba la ciudad de Roma, este sumo Pontífice ordenó una procesión -que se cree fue la misma que la de San Marcos- en la cual se llevaba la imagen de la Santísima Virgen, pintada -a lo que se cree- por San Lucas, cuando, de pronto, se oyó a los ángeles cantar: "Regina coeli, laetare", etc. El Papa, con su vela encendida, añadió el "ora pro nobis Deum". Al mismo tiempo se vio a un ángel sobre un castillo, que desde entonces se llama el "castillo de Santángelo", el cual metió la espada en su vaina, con lo que cesó la peste. Estos espíritus celestiales invitaban a María a alegrarse a causa de que su Hijo había resucitado. También nosotros debemos sentirnos poseídos de una santa alegría; pero, para ello, efectuar con Jesús una primera resurrección de la cual la resurrección de Jesús sea modelo y recompensa para nuestro propio cuerpo en el juicio último.

284. Cinco son los caracteres de la Resurrección del Señor que debemos imitar en nuestra resurrección espiritual a fin de poder alegrarnos en la tierra y tener parte en la gloriosa resurrección para el Cielo el gran día del Juicio final. Estos cinco caracteres están marcados en el Evangelio de este día: "surrexit Dominus vere", etc.

Primer carácter: Cristo ha resucitado y salido de la tumba. También el pecador debe salir de la tumba de su pecado en

donde hay la podredumbre y la infección del pecado, de la carne y sangre corrompidos de sus pasiones desarregladas; los huesos de sus malos hábitos; los gusanos roedores de los remordimientos de su conciencia: *surge qui dormís, exsurge a mortuis et illuminabit te Christus* (Ephes. 5).

285. Segundo carácter: Jesucristo ha resucitado verdaderamente "surrexit vere". No basta una conversión a medias, una contrición, un buen propósito aparente, ni una resurrección fantástica, sino que hace falta una resurrección verdadera, de la muerte, del pecado a la vida, de la gracia. ¡Cuántos se engañan creyéndose dignos de amor cuando son dignos de odio!

286. Tercer carácter: Cristo deja sus lienzos funerarios con el sudario que le habían puesto para enterrarle; nada saca de la tumba. Del mismo modo, el alma que resucita, ya sea a la gracia saliendo de la tumba del pecado mortal, ya sea al fervor dejando el estado de tibieza habitual en el servicio de Dios- en cualquier caso debe desentenderse de los afectos terrenos, de los apegos secretos, etc., de todo cuanto le sujeta todavía al primer estado de pecado.

287. Cuarto carácter: Jesucristo resucitado no muere: *Christus resurgens jam non moritur; mors illi ultra non dominabitur*, etc. (Rom. 8). Por consiguiente, la conversión debe ser duradera y permanente; no volver ya al sepulcro, no vestirse de nuevo las ropas mortuorias, no tornar a sus antiguas costumbres, etc.

288. Quinto carácter: Cristo resucitado *apparuit Simoní*, demuestra la verdad de su resurrección. Así también, el pecador convertido, el alma salida del estado de tibieza, sin darse cuenta ella misma, da señales notables y sensibles de su resurrección espiritual, observando así lo que dice el Apóstol: *quae sursum sunt sapite*, etc.

LA PERDIDA DE LA PAZ DEL CORAZON

17 de abril de 1827. Martes de Pascua. En el convento.

289. *Stetit Jesus in medio discipulorum et dixit eis: pax vobis* (Luc. 24).

La paz de Dios que encierra la paz del corazón es un don tan precioso que hay que hacer todo lo posible para mantenerse en ella y, sobre todo, en la paz del corazón. Ahora bien: tres son las causas que la perturban en el interior de nuestro corazón:

1.^a La emoción de las pasiones que no dejan al alma gozar de, reposo alguno, sino que la tiranizan y la mantienen en una dura esclavitud bajo cuyo peso el corazón suspira y el alma gime. Estas pasiones son principalmente: *a)* la ira que nos turba y derrama amargura y negrura en el alma; *b)* el deseo de tener siempre algo mejor, deseo que nos quita todo reposo hasta que lleguemos a aquel goce frívolo que, a su vez, da nacimiento a mil otros deseos; *c)* la aversión hacia las cosas que nos son desagradables y que aumenta y nos turba a medida que se apodera de nuestra imaginación.

290. 2.^a El apresuramiento natural y un fuerte apego a su propia voluntad: 1. Por una parte, este apresuramiento natural nos hace abarcar demasiadas cosas a la vez y, a menudo, ocupaciones raras en donde la curiosidad tiene más cabida que el deseo de agradar a Dios, lo cual embaraza y turba al alma; 2. Por otra parte, la voluntad propia que, no pudiendo seguir su propio curso y encontrando obstáculos, hace como el toro a quien le pican con el aguijón: que se pone furioso.

291. 3.^a Las faltas cometidas. 1. Ya sea que Dios castigue y lleve El mismo la turbación al alma que se hace culpable por su propia malicia; 2. Ya sea que el alma se turbe y se desconcierte a sí misma a causa del orgullo, viendo la malicia de su propio fondo y abandonándose a un desaliento cobarde.

CONFERENCIA DADA POR EL BUEN PADRE EN SAN LORENZO

Mayo 1827

292. *Justus ex fide vivit.*

1. Qué es vivir de la fe: es una vida espiritual, regulada, vivificada cada vez más por la fe.

2. Se debe comparar la fe que da vida espiritual al cristiano con la savia que sube por las raíces de una planta o de un árbol, y que llega hasta las extremidades de la hoja más pequeña y de la rama más insignificante, haciendo brotar todo el árbol, cargándole de hermosas flores, de hermoso verdor y luego de frutos maduros.

3. La manera de provocar en nuestra alma esta especie de empuje vital de la savia de la fe es no sólo el producir actos de la misma, sino, sobre todo, entregarse a la oración de fe, a la oración hecha a la luz de la fe.

4. ¡Qué meritoria es la vida animada por la oración hecha a la luz de la fe! En cambio el hombre que no vive de la fe se queda sin méritos, semejante a un burro que va al trote. Hay que empezar por hacer bien la preparación de la oración haciéndola a la luz de la fe, cuando ya se ha hecho bien, entonces se pasa a las demás partes de la oración.

MARIA, PUERTA DEL CIELO

Mayo de 1827. En el convento.

293. *Ego sum ostium.*

La augusta María es doblemente la puerta del Cielo, como también el mismo Cristo dice hablando de sí mismo. Lo es por parte de Dios y por parte del hombre.

1º POR PARTE DE DIOS. María es la puerta del Cielo: 1. Sin la cual, el Verbo divino no quiere tener relación alguna con los hombres y deja la tierra inculta, seca, árida, estéril en virtudes, maldita, colocada bajo la espada de la justicia de Dios, su Padre, etc. 2. Por la cual, el Verbo divino quiere bajar del Cielo a la tierra y venir a posar sus castos pies en el seno de la augusta Virgen, como en otro tiempo la casta paloma, que tornó al arca porque no encontraba donde posar su planta en la tierra manchada con las aguas fangosas del pecado. 3. Por la cual, el Verbo divino, queriendo encarnarse, hace pasar todas sus riquezas, siendo el Arcángel Gabriel el célebre embajador de las mismas. Por este canal de María, el Cielo derrama sobre la tierra torrentes de bendiciones y los hombres se ven colmados de riquezas inmensas.

294. 2º POR PARTE DEL HOMBRE, María es la puerta del Cielo. Se encuentra asociada a todos los trabajos del Hombre Dios en la obra de la redención de los hombres y constituida en depositaria de las gracias de Dios. 1. Por vía de concesión, habiéndola escogido Dios para ser el feliz instrumento de su gracia y para ayudar a los elegidos. 2. Por vía del consentimiento, que dio a todas las acciones del Hombre-Dios para la salvación del mundo. 3. Por vía de súplica, ya que es nuestra abogada ante su divino Hijo.

SOBRE LA AUGUSTA MARIA COMO MADRE DE LOS HOMBRES

10 de mayo de 1827. En San Lorenzo.

295. *Ego sum Mater pulchrae dilectionis et timoris et agnitionis et sanctae spei* (Eccli. 24, 24).

La devoción a María es tan antigua como el mismo mundo y durará tanto tiempo en la tierra como este mundo exista. María ha sido, en todos los tiempos, Madre de los hombres porque:

296. *1º Mater sanctae spei*. En la ley de la naturaleza, María es la Madre de los hombres merced a la promesa hecha a nuestros primeros padres. 1. Porque si Dios promete un reparador divino de

las pérdidas sufridas por el género humano, lo realiza por el ministerio de la Mujer por excelencia que debe aplastar la cabeza de la serpiente y hacer una guerra eterna a este enemigo de la salvación. 2. Si a la primera Eva se la llamó *Madre de los vivientes* y si lo fue, en efecto, bajo algún aspecto, María realiza plenamente esta figura, dando a los hombres el Autor de la triple vida de la gracia, de la resurrección y de la vida eterna. Por eso, San Bernardo dice de María: *Eva suggesit praevaricationem; María ingessit Redemptorem*. Y el célebre Tertuliano añade: *Credidit Eva serpenti; credidit Maria Gabrieli; quod illa credendo deliquit, hoc ista credendo delevit*. 3. Si la fe en el divino Mesías era necesaria para la salvación, el pensamiento de la Madre que debía darle al mundo, se presentaba al mismo tiempo que El.

297. 2º *Mater timoris*. En la Ley escrita, María es la Madre de los hombres por la alianza hecha con los antiguos patriarcas y el pueblo de Israel. Porque: 1. Si Sara, mujer de Abraham, llegó a ser fecunda merced a un gran milagro, este prodigio no es más que la figura de la Virgen que debía dar al mundo al verdadero Isaac, siendo éste la realidad de lo que el primer Isaac no era más que mera sombra. 2. Si Abraham, por su fe en las promesas del ángel al anunciarle este hijo tan querido, es llamado el Padre de los creyentes y obtiene del Señor la promesa de que el Mesías -en quien todas las naciones serían benditas- saldría de su raza por Isaac, Abraham en todo esto no es más que una figura de María cuando creyó a las palabras del Arcángel que le anunciaba el misterio de la Encarnación del Verbo en el casto seno de esta augusta Virgen. María es ese retoño de la raza de Abraham, de Jacob, de David, etc., que debe producir esta bella flor, o el divino Mesías. 3. Si el ángel dijo a Abraham cuando se disponía a inmolar a su querido hijo Isaac: *quia fecisti hanc rem, etc., si* le renueva todas su promesas, etc. y le anuncia una posteridad tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del firmamento, si forma alianza con El, y si todos los futuros creyentes debían entrar en esa misma alianza, Abraham no era en todo esto más que la figura de María cuando consiente en el Calvario en la muerte de su divino Hijo, el verdadero Isaac, Cristo, en quien se debía creer y María, en la cual se debía reconocer la maternidad

divina para poder ser colocado en el número de verdaderos creyentes.

298. 3º *Mater pulchrae dilectionis*. En la Ley de gracia y de amor, María es la Madre de los hombres por la adopción que hizo del género humano. 1. Primero en el famoso *Fiat mihi secundum verbum tuum*, ya que al convertirse en Madre del Redentor de los hombres y queriendo este amable Redentor hacer, de todos los hombres que aprovecharían de la obra de la Redención, hijos de Dios su Padre, miembros de la santa Iglesia de la cual El mismo quería ser Cabeza, coherederos de su reino y hermanos, todos los hombres serían así hijos del mismo Padre eterno y de la misma madre en la tierra, y esto merced a la gracia de la *adopción comenzada*. 2. En segundo lugar, esta célebre *adopción quedó consumada* en el Calvario por el traspaso que Cristo hizo a los hombres, en la persona de San Juan, de todos sus derechos sobre su divina Madre y por la aceptación que hizo María de todos los fieles como hijos suyos: *Mulier, ecce filius tuus*. 3. Por último, María realizó todas las obligaciones de esta dichosa adopción, quedándose con San Juan y con todos los fieles, cumpliendo para con ellos las funciones de Madre, y esto hasta su muerte, e incluso en el Cielo en donde continúa siempre sus nobles funciones.

299. 4º *Mater agnitionis*. Los santos Padres junto con la sagrada Teología aseguran que la devoción singular a la augusta María es una señal de predestinación. Esta devoción es una ciencia que hace, de la augusta María, para cuantos tienen el privilegio de conocerla, una Madre más tierna, más especialmente dedicada a la santificación de cuantos le son devotos y le están consagrados. 1. Ella les otorga los mayores favores de la bondad divina. 2. Les cubre más afectuosamente con el manto de su protección. 3. Les conserva y les obtiene el don de la perseverancia en el bien y el don de la perseverancia final en el momento de su muerte. Por eso, la Compañía de María -que le está dedicada por entero- debe serle necesariamente más querida, pareciendo dirigir estas consoladoras palabras a sus miembros: *nolite timere, pusillus grex*. Se la puede comparar con el pequeño Benjamín a quien Jacob amaba más porque le había tenido como José, de Raquel, ya en su vejez.

MARIA ABOGADA NUESTRA ANTE DIOS

En San Lorenzo, el 10 de mayo de 1827

300. *In me omnis spes vitae* (Eccli. 24, 25).

El hombre, al perder su inocencia, perdió al mismo tiempo toda esperanza de vida. Una triple muerte que hirió a su cuerpo - hecho pasto de gusanos-, a su alma -separada de Dios, principio de vida-, a sus nobles destinos a la gloria eterna, convertida para él en muerte eterna e ignominiosa; esta triple muerte le quitaba para siempre toda esperanza de vida. Pero desde que María aparece como alba del día, desde que empieza a brillar como lucero matutino, María reanima la esperanza y promete el autor de la triple vida: de la vida de la gracia, de la resurrección y de la inmortalidad bienaventurada. Así que puede decir con justo título: *in me omnis spes vitae*. Y lo es para todos los siglos, para todos los fieles en favor de los cuales cumple en el Cielo las funciones salvadoras de divina abogada. La ciencia más profunda, el afecto más tierno, la elocuencia más persuasiva, el crédito más poderoso la dirigen en esta gran arte de abogada que emprende en favor nuestro ante Dios.

301. 1º La ciencia más profunda que posee. 1. De todas nuestras miserias, de todas nuestras necesidades, de todos los peligros de nuestra salvación. Ahora bien: ¿hay algo que dé mayor seguridad a un hijo querido que el tener una buena madre como abogada y que ella misma defienda su causa? 2. De toda la extensión de la misericordia divina: "profundum divinae sapientiae penetravit abyssum", como dice San Bernardo.

302. 2º Su inmensa ternura, ya que es la mejor de las madres y tiene: 1. Todo el imperio sobre su divino Hijo que es su propiedad de algún modo y a quien puede ordenar que tenga misericordia de sus hermanos. 2. Todo el afecto posible por sus hijos adoptivos a quienes ama más que a sí misma y para quienes ha sacrificado la vida mortal de su divino Hijo.

303. 3º La elocuencia más persuasiva, que puede tocar sensiblemente el Corazón Sagrado de Jesús mostrándole los brazos que le han llevado, el seno en que tomó naturaleza humana. La humilde Ester ante Asuero es figura de María pidiendo gracia, ante el Padre celestial, en favor del pueblo condenado a una ruina total.
304. 4º El crédito más poderoso, ya que hace valer los títulos de Madre de Jesucristo y de los hombres, de corredentora y de correparadora de todos los siglos con Cristo, que la ha resucitado para cumplir estas funciones de abogada como dice la Iglesia en la secreta de la misa de la vigilia de la Asunción.

**NUESTRA SEÑORA DE LOS MARTIRESANTIGÜEDAD
DE LA DEVOCION A MARIAEn el convento, 13 de mayo
de 1827**

305. *Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens et sicut nebula texti omnem terram* (Eccli. 24, 6).

La devoción a María es tan antigua como el mismo mundo y no acabará en la tierra sino con él para luego eternizarse en el Cielo. Se dio en el Antiguo lo mismo que en el Nuevo Testamento, aunque ha sido mejor concebida y desarrollada en éste que en aquél.

306. 1º En el Antiguo Testamento, desde la cuna del mundo-salido de la nada de la naturaleza- hasta la cuna del cristianismo cuando el género humano salió de la nada del pecado, la devoción a María ha estado siempre en vigor. En efecto: 1. Si Dios promete un Salvador al mundo, nuestros primeros Padres saben y pueden enseñárselo a toda la posteridad que eso ocurrirá por medio de la Mujer por excelencia que aplastará la cabeza de la antigua serpiente y dará al mundo un Redentor. 2. Si Dios reitera de siglo en siglo sus magníficas promesas, ya sea a los patriarcas (Noé, Abraham, Isaac, Jacob), ya sea a los profetas (Isaías, David, etc.) la Santísima Virgen es el objeto de todas esas promesas, el primer brote del tronco de Abraham, de la casa de David, brote que

producirá una flor: el Hombre Dios. 3. Si Dios prodiga las figuras a su pueblo preparándole así a reconocer, algún día, la realidad en la persona adorable del Emanuel, del verdadero Abel, Isaac, José, etc.; estas mismas figuras representan a la Santísima Virgen de una manera menos directa mientras que otras representan directamente a esta augusta Reina: Ester, Débora, Judit, por ejemplo. 4. Si Dios suscita profetas, los oráculos divinos que proferirá por su boca anunciarán al mismo tiempo, a Jesús y a María.

307. 2 En el Nuevo Testamento, desde los primeros siglos hasta hoy día y hasta la consumación de los siglos, ha estado y estará en vigor el mismo culto a la Virgen.

1. Remontándonos a la fuente del cristianismo fecundada por la sangre de Cristo que brota del Calvario, vemos a Cristo mismo poner la devoción a la Santísima Virgen en una gran veneración dándola a los hombres por madre en la persona de San Juan. "Aprendemos por la tradición -como dice San Juan Damasceno- que todos los apóstoles se encontraron milagrosamente juntos en el lugar en que María se durmió amorosamente en el Señor." Sabemos que ya desde los primeros tiempos, unos discípulos del profeta Eliseo se reunieron en el monte Carmelo estableciendo allí sólidamente el culto de María y esparciéndolo luego por todas las partes del mundo. 2. Abranse los anales de la religión cristiana y se verá en ellos que la historia del cristianismo, su establecimiento, propagación, éxitos y glorias, etc., son también los de la devoción a María.

3. Recórrase el mundo y en él se encontrarán tantos servidores de María como buenos católicos haya; se encontrarán tantos altares de María como iglesias construidas y consagradas a Jesús, etc.

4. Como esta devoción saludable ha sido cosa de todos los tiempos, la devoción de las almas privilegiadas, será siempre la señal de los elegidos de Dios, el refugio de los pecadores, etc.

IMPORTANCIA DE LA PREPARACION Y DISPOSICIONES

REQUERIDAS PARA LA FIESTA DE PENTECÓSTES

En el convento. Domingo antes de Pentecostés de 1827

308. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo ille vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecumque dixerero vobis* (Jn. 14, 26).

Por la mañana, en la Misa, dar a conocer la importancia de la preparación a la fiesta, por la explicación de las grandes riquezas que Dios suele repartir durante las grandes solemnidades y al mismo tiempo el misterio de la sustracción de gracias que Dios hace para castigar a los negligentes y perezosos que se ven privados de ellas, dándoselas a otras almas fervorosas y fieles a la gracia.

En la función de la tarde, predicación sobre las disposiciones remotas para recibir al Espíritu Santo. Estas disposiciones son las mismas que las que tenían los Apóstoles y discípulos que estaban en el Cenáculo, y son las siguientes: 1. El Retiro corporal en la medida de lo posible, y sobre todo, el retiro espiritual. 2. La oración fervorosa. 3. El desprendimiento de todas las cosas terrenas y sensibles. 4. La huida y el horror de todo pecado.

DOMINGO DE PENTECOSTES DE 1827

En el convento

309. Por la mañana, en la Misa, sobre las disposiciones inmediatas que hay que tener para recibir al Espíritu Santo: 1. La compunción del corazón y gran aversión al pecado, tanto mortal como venial. 2. Humildad de espíritu. 3. Ardor y multiplicidad de deseos de la voluntad y frecuentes aspiraciones al Espíritu Santo.

Por la tarde, en la Bendición: El mismo texto que el domingo pasado: *Paraclitus autem Spiritus Sanctus, etc.* 1. Aprendemos a conocer al Espíritu Santo considerándole en sus relaciones con las otras dos personas de la Santísima Trinidad, de las que procede por vía de espiración, ya que es el amor del Padre y del Hijo. 2. Aprendemos a conocerle considerándole también en sus relaciones con las criaturas y con los hombres cuya santificación procura siendo el *Donum Dei Altissimi; fons vivus, ignis, caritas et spiritalis unctio.*

EL ESPIRITU SANTO VIVIFICADOR

Lunes de Pentecostés, 1827. En el convento. En la Bendición.

310. *Credo in Spiritum Sanctum vivificantem qui ex Patre Filioque procedit.*

El Espíritu Santo lo vivifica todo: 1. Al cuerpo místico de Cristo o Santa Iglesia de la que Cristo es el Jefe, la Santísima Virgen, el cuello; los obispos, los ojos; los confesores, los oídos; los predicadores, la boca y lengua; los pastores, el estómago que da alimento a los demás, etc. El Espíritu Santo es el alma de ese cuerpo, el corazón que derrama la divina caridad en todos los miembros. 2. A cada miembro en particular, el cual, por medio de la gracia santificante, se convierte en templo vivo, en órgano e instrumento, etc. Todo depende de la fidelidad de cada cual a corresponder a las mociones del Espíritu Santo.

LOS SIETE DONES Y LOS DOCE FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO

Martes de Pentecostés de 1827

En el convento. En la Bendición y en la Magdalena, el primer miércoles de junio de 1827, en lo tocante a los doce frutos

311. *Effundam aquas super sitientem et fluenta super aridam; effundam Spiritum meum super semen tuum et benedictionem super stirpem tuam (Is. 44).*

El Espíritu Santo tiene por magnífico cortejo, además de la gracia santificante, los cuatro dones fundamentales de las tres virtudes teologales y de la virtud de penitencia, los siete dones, los doce frutos y las ocho bienaventuranzas y, esto, en un grado proporcionado a las disposiciones que uno lleva a su recepción, ya sea en el santo día de la Confirmación, ya sea el día de Pentecostés, o cada vez que se recibe dignamente el sacramento de la Penitencia.

1.ª Instrucción

312. 1º Además de estas primeras virtudes que pone como base del edificio de la santificación, da: 1. El don de sabiduría que nos hace conocer las virtudes sobrenaturales, no por la experiencia y el sentimiento, sino elevándonos hasta el conocimiento de las verdades divinas más inaccesibles a la razón humana o los más sublimes misterios que encierra, como la sabiduría de Dios, su misericordia, etc. 2. El don de entendimiento que enseña al alma a penetrar las cosas sobrenaturales por la experiencia y el gusto de las cosas divinas que da la unión habitual con Dios. 3. El don de ciencia da los mismos conocimientos que el don de sabiduría; pero por vías menos elevadas; es decir, por las causas que están al alcance de nuestra débil razón como la Creación, la divina Providencia, etc. 4. El don de consejo que es la ciencia experimental y el gusto de las cosas celestiales en cuanto ayuda al entendimiento a poner en práctica las virtudes santas y nos hace encontrar medios adecuados para llegar al fin. 5. El don de fortaleza lleva al alma a hacer y a sufrir todo cuanto es capaz de hacer y aguantar por la gloria de Dios. El Espíritu Santo inspira, por este don, acometer nobles empresas y sostiene al alma en ellas; entonces necesita echar mano de una gran generosidad. 6. El don de piedad es la piedad filial hacia Dios, don que llena al alma del respeto más tierno para con Dios y de la mayor fidelidad a las saludables impresiones del Espíritu Santo. 7. El don de temor de

Dios inspira y da al alma un temor filial que nos hace huir del pecado en cuanto ofensa de Dios más que como fuente y causa de castigos.

2.ª Instrucción

313. 2º De los doce frutos del Espíritu Santo: a) Cinco son para regular los movimientos interiores y exteriores del alma: tales son: *1. Caritas; 2. gaudium; 3. pax; 4. patientia; 5. longanimitas* (Gal. 16). b) Cuatro regulan y santifican las relaciones del alma con el prójimo; son: *1. Benignitas* o benevolencia; *2. Bonitas; 3. Mansuetudo; 4. Fides* o fidelidad a las promesas; c) Tres son para hacer al alma superior a cuanto está por debajo de ella y para imperar a cuanto debe estarle sometido; son: *1. Modestia; 2. Continentia; 3. Castitas* (Gal. 16).

LAS LAGRIMAS DE LA COMPUNCIÓN

En San Lorenzo, para el día de Retiro del mes de junio

314. *Laboravi in gemitu meo; lavabo per singulas noctes lectum meum; lacrymis meis stratum meum rigabo* (Ps. 6, 6).

Se entiende por lágrimas de compunción las que se derraman por sus pecados y no otras lágrimas cualesquiera que nos hacen derramar las desgracias temporales. Ahora bien: nada hay tan saludable y tan eficaz como esas lágrimas, ya sea que se las considere desde el punto de vista del pecador, ya sea que se las vea del lado de Dios, o bien que se las considere de parte del enemigo de la salvación eterna.

315. 1º Del lado del pecador: 1. Aunque esté abrumado de tristeza y desesperado como Esaú que había perdido su derecho de primogenitura, si derrama una sola de esas lágrimas, recobra la alegría; aun en medio de su llanto, sus lágrimas le consuelan. 2. Aunque estuviera tan cubierto de heridas y de úlceras espirituales

como Job lo estaba de heridas corporales tendido en el estercolero, si derrama una sola lágrima, curará de ellas y si tiene la contrición perfecta, lo logrará incluso antes de haber recibido el sacramento de la penitencia. 3. Aunque fuese tan pobre como un hombre que ha visto su casa y todas sus provisiones reducidas a cenizas, recobrará todos sus méritos mortificados, por una sola de sus lágrimas.

316. 2º De parte de Dios: 1. Una sola lágrima hace caer los rayos de sus manos. 2. Dar sus mejores gracias y su amistad.

317. 3º Por parte del demonio: 1. Las lágrimas de compunción son como un torrente que destruye a su fuerte armado, que lo sumerge en el fondo de los abismos; 2. Jesucristo, por una dichosa revolución, se ve colocado de nuevo en aquel mismo corazón de donde había sido expulsado tan vergonzosamente por el maldito pecado.

VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

En el convento y en la Magdalena, en 1827

318. *Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis* (Cant. 7, 1).

Con toda justicia se puede llamar a este misterio de la Visitación de la Virgen, el misterio de su doble caridad para con Dios y para con el prójimo. Cada uno de los pensamientos que ocupan su espíritu, cada uno de los deseos que agitan su corazón, cada uno de los proyectos que medita su alma se ven marcados por el sello de esta divina caridad. Cada paso que da anuncia una nueva llama del divino amor del que está abrasada. Por eso, con toda razón, exclama con el esposo del Cantar de los Cantares: *quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!* Esta caridad brilla en el proyecto que forma y que ejecuta enseguida, en el cumplimiento perfecto que María realiza y en la gran perfección con que lo ejecuta.

319. 1º En la formación de su proyecto, María hace brillar su doble caridad para con Dios y para con el prójimo. 1. Por su fe viva en los prodigios, que admite sin vacilar. El ángel le dice que Isabel, fuera de edad y estéril, ha logrado una fecundidad milagrosa; basta esto para persuadirla; cree que todo es posible a la Omnipotencia de Dios; para Ella constituye una necesidad el ir a manifestar su vivo agradecimiento al Dios de caridad y su alegría a su querida prima. La caridad todo lo cree posible a la misericordia divina en favor del prójimo y se alegra de su dicha como de su propia felicidad personal: *omnia credit; congaudet autem veritati* (I Cor. 13). Por este primer rasgo veamos si tenemos ya tal caridad.

320. 2. Por su fidelidad a la gracia. Es propio del amor el hacerse conforme con el objeto amado. María conoce por inspiración divina que este viaje peligroso y penoso entra en los planes de Dios; esto le basta; este conocimiento es para Ella como una orden expresa; el amor divino le da alas; la gracia la pone en movimiento; el Espíritu Santo la gobierna; es un navío que navega hacia el puerto dichoso de la voluntad de Dios y cuyas velas se ven hinchadas por los vientos impetuosos del amor divino. Por este segundo rasgo

echaremos de ver si poseemos la caridad de Dios; las obras y no los vanos deseos son las pruebas de la realidad. Buenos sentimientos; pero sin frutos de caridad son hojas que demuestran que el árbol será cortado por carecer de frutos.

321. 3. Por su valor invencible demostrado al emprender este largo, penoso y peligroso viaje a pesar de su poca edad, de su situación actual y de todos los peligros que podría correr. Pero la caridad no razona mucho tiempo; lo espera todo, lo sufre todo, y no se desmiente jamás: *omnia sperat, omnia suffert; caritas nunquam excidit* (íbid.). Cuando uno anda mucho tiempo indeciso entre la dificultad y el deber de la caridad, se está dando una prueba bien pobre de que no tiene ni amor a Dios ni caridad para con el prójimo.

322. 2º En el cumplimiento, todo respira la caridad más tierna. 1. Los especiosos pretextos que María podía alegar, pero que la divina caridad le manda pisotear, demuestran hasta qué extremo llevó la caridad. Ni la timidez -que debía inspirarle naturalmente su gran amor por el retiro- ni la inferioridad de la persona a quien iba a visitar, ni la eminente dignidad a la que acaba de verse elevada, ni ninguna otra cosa la detiene en el ejercicio de la caridad. 2. Vence, pues, todos los obstáculos, corona las montañas, prosigue su camino haciendo la marcha a grandes pasos para ir a poner en el corazón de San Juan Bautista y en el de Sta. Isabel los mismos ardores que ella llevaba en su propio corazón. Lleva en su seno a Aquél que viene a encender el hermoso fuego del amor de Dios en la tierra; el primero que queda abrasado es San Juan; pronto será su madre quien recibiendo su superabundancia queda llena del Espíritu Santo: *exsultavit infans in utero ejus et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth*. 3. María, para satisfacer sus deseos insaciables de caridad para con Dios y para con el prójimo, permaneció durante tres meses en casa de su prima Isabel. Durante todo este tiempo, le prestó todas las atenciones que podían contribuir a su alivio; gustando de entrar en detalles de la más solícita y de la más ingeniosa caridad, no abandonando esta santa casa más que cuando ya la madre había dado a luz y, como se cree después de la ceremonia de la circuncisión del niño. La caridad se hace siempre todo a todos, lo soporta todo y lo sufre todo: *omnia*

sustinet; es benigna y bienhechora: *benigna est.* Veamos en qué situación estamos tocante a este punto.

323. 3º En la gran perfección que puso en su ejecución. En este particular, sobre todo, María hace brillar los transportes de su amor: 1. Humilde y agradecido. Santa Isabel declara a María bienaventurada por haber creído a las palabras que el ángel le dirigió de parte del Señor; la exalta y la proclama bienaventurada entre todas las mujeres. María, en cambio, no piensa más que en la mejor manera de referir toda la gloria a su divino Autor: *magnificat anima mea Dominum; et exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* La catarata de alabanzas y de gloria que Isabel deja caer sobre María remonta, por sus generosos sentimientos de amor y de agradecimiento, a la fuente divina. María se complace en proclamar que todo es cosa de Dios: *quia respexit humilitatem ancillae suae;* por lo cual: *ex hoc enim beatam me dicent omnes generationes.* 2. Amor puro y celoso que extiende sus alabanzas sobre todas las obras de la omnipotencia de Dios. *Fecit mihi magna qui potens est et sanctum nomen eius.* Se complace en proclamar una y otra vez que su gran misericordia se extiende a todas las generaciones: *et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum.* 3. Amor ardiente de justicia y equidad; amor heroico que le hace olvidarse de cualquier otro interés que no sea el de la gloria de Dios y la salvación del prójimo. A María le gusta particularmente, señalar la profunda sabiduría de Dios: *fecit potentiam in brachio suo; dispersit superbos mente cordis sui; deposuit potentes de sede; esurientes implevit bonis, etc.* Por último, glorifica a Dios por todas las maravillas que ha obrado, diciendo: *suscepit Israel puerum suum, etc.* De este modo también alaban, bendicen y glorifican a Dios quienes, llenos del Espíritu Santo, sienten los santos ardores del amor celestial.

**11º Domingo después de Pentecostés, 10 agosto
1828**

**LA BUENA INTENCION
En el pequeño convento**

324. *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui (Mc. 7).*

Para hacerlo bien todo, a ejemplo de Jesucristo, es preciso, además de que la cosa sea buena en sí misma, es decir, por la elección juiciosa y por el fervor de la acción, es preciso, digo, ante todo, que se haga con pureza de intención. A este fin veamos:

325. 1. Su necesidad, su naturaleza y sus diversas clases: a) *Su* necesidad. Es tal que sin la buena intención, las acciones más meritorias son inútiles a los ojos de Dios, y a menudo constituyen crímenes. Ejemplo de ello tenemos en los escribas y fariseos soberbios. Palabras del Señor: *si oculus tuus fuerit simplex*, etc. b) Su naturaleza se deduce del motivo que la informa; se llama buena, si el motivo es sobrenatural; es mala o indiferente, si el motivo es malo en sí mismo o indiferente. c) Sus clases son tres, a saber: intención actual, intención virtual e intención habitual. La primera no es necesaria; la tercera es insuficiente; la segunda puede bastar.

326. 2. Su práctica es: 1. Ofrecer a Dios toda la jornada ya desde que uno se despierta; 2. Renovar su intención al comienzo de cada acción principal; 3. Volver sobre esa intención de vez en cuando durante el transcurso de la misma acción; 4. Dar gracias a Dios por ello después de su conclusión, ya que más es obra de Dios que nuestra propia. El demonio acostumbra tentar en estas cuatro principales circunstancias.

327. 3. Las señales son: La primera, cuando uno está igualmente dispuesto a hacer o a omitir la acción según agrade a Dios, cuya voluntad se manifiesta por la fuerza de las circunstancias o por la voluntad de los superiores. La segunda, cuando se está dispuesto a hacer la acción lo mismo en secreto que en público. La tercera,

cuando a uno le es lo mismo el hacerlo uno mismo o el que otro lo haga, con tal que se haga el bien.

CUATRO CLASES DE GLORIA QUE MARIA RECIBE EN LA ASUNCION

Domingo infraoctava de la Asunción de 1928.

En la Magdalena y en el pequeño convento de las Hijas de María

328. *Veni, sponsa mea, veni de Libano; veni, coronaberis* (Cant. 4, 8).

Esta dulce invitación reiterada hasta tres veces dentro del mismo versículo, al final del cap. 4 del Cantar de los Cantares, conviene maravillosamente a la augusta y divina María en el misterio de su triunfante Asunción. Las tres personas augustas de la Santísima Trinidad desean asociarla a su gloria y colocar cada una de ellas una corona sobre la cabeza de esta Hija querida, de esta tierna Madre y de esta digna Esposa. Dios Padre quiere coronar en Ella las virtudes que María ha practicado, los méritos que ha adquirido durante su vida mortal por su fiel cooperación a los privilegios de una eterna predestinación, de una Inmaculada concepción, de una santa Natividad y de la maternidad divina con que la ha enriquecido. Dios Hijo se apresura a coronar en Ella todo cuanto han añadido a sus virtudes eminentes y a sus raros méritos, el haberse alojado durante nueve meses en su casto seno, las funciones de madre, de divina madre nutricia, de guía y directora de su vida, de compañera fiel en sus trabajos y en su pasión, favores singulares que Dios no concedió a ninguna otra criatura. El Espíritu Santo quiere adornar con todos los esplendores de la gloria a una madre virgen, a ese santuario, a ese templo que El mismo ha santificado y habitado.

329. Cada una de las tres adorables personas de la Santísima Trinidad se complace en invitarla a tomar el vuelo hacia la brillante morada de la gloria para coronarla allí: *veni, sponsa mea, etc.* La gloria de estas diferentes coronas es cuádruple: una gloria

supereminente, una gloria esencial, una gloria corporal, una gloria accidental.

1. Una gloria supereminente; es decir, por encima de cuanto no es Dios y todo lo más elevada que a Dios le es posible conceder a una pura criatura. Efectivamente, estando María predestinada de toda eternidad no sólo a la gracia y a la gloria como los demás santos, sino también a la maternidad divina, estaba, por eso mismo, llamada a compartir con Dios Padre la feliz fecundidad de su paternidad divina tanto como a una mera criatura le es posible compartirla. Del mismo modo que el Padre celestial dice, desde toda eternidad, al Verbo divino: *Filius meus es tu; ego hodie genui te*, del mismo modo María puede decir, con toda verdad, en el tiempo, al Verbo eterno en cuanto Hombre Dios: *Filius meus es tu, etc.* Ahora bien: habiéndola asociado así a su paternidad divina, se sigue de aquí que también debe asociarla necesariamente a su gloria, a su poder, a su soberanía y a todas sus demás grandezas. Eso es a lo que hay que llamar corona de gloria sobreeminente, trascendente, incomparable e infinitamente por encima de cuanto no es Dios. De ahí este pensamiento de un Santo Padre: "La Santísima Virgen ha sido colocada en lo más alto de los Cielos, con la Santísima Trinidad misma."

330. 2. Una gloria esencial que sobrepuja, con mucho, a todas las coronas de gloria esencial que tienen los demás santos. Esta gloria esencial de que gozan los santos en el Cielo se compone de diversos actos o estados que tienen su principio, su progreso y su consumación. Ahora bien: sin detenernos a dilucidar con la Sagrada Teología para saber si la soberana beatitud consiste esencialmente en un derramarse de la esencia divina metiéndose en el fondo del alma de cada bienaventurado y penetrándola íntimamente, etc., o bien, si esta soberana dicha consiste en la visión intuitiva de Dios por el alma tal como es en sí mismo, como dice Santo Tomás, o bien, por último, si esta incomprendible felicidad consiste esencialmente en el amor que pone en posesión y goce del objeto que se ama y que nos transforma en sí, como dicen otros doctores, sin detenernos en todos estos distingos, diremos que todas estas deliciosas operaciones se encuentran reunidas en esta morada de la gloria, que la esencia divina llena y penetra al alma

de Dios como el fuego penetra el hierro metido en él; que el espíritu del bienaventurado ve a Dios cara a cara y sin velo; que su corazón queda abrasado en celestiales ardores; que es un amor de alegría, etc.; que cada bienaventurado está lleno según toda la capacidad de su ser y según las virtudes que ha practicado y los méritos que ha adquirido cuando estaba en la tierra. Partiendo de este principio, ¡qué gloria no debe encontrarse en María ya que tantas gracias recibió!

331. 3. Una gloria corporal. Siendo María el santuario de la divinidad, bajo el doble concepto de cuerpo y alma, también debía verse glorificada corporalmente de dos maneras: la primera por las cualidades gloriosas que su alma beatificada debía comunicar a su santo cuerpo por la unión de entrambos; la segunda, por la presencia santificante del Espíritu Santo que residía en aquel santo cuerpo como en un santuario. En esto, guardaba semejanza con Jesús resucitado cuyo cuerpo gozaba de una doble gloria resultante de su ánima beatificada sin cesar y de su divinidad unida al cuerpo lo mismo que al alma. Jesús se vio privado de esta doble gloria durante su vida mortal y quiso que también María se viera privada de aquella gloria que debía resplandecer en su cuerpo por la unión con el Espíritu Santo, el cual obró en Ella el misterio de la Encarnación del Verbo. En los elegidos, su santo cuerpo no será glorioso más que por su unión con el alma beatificada, la cual le comunicará sus propiedades.

332. 4. Una gloria accidental resultante: 1. Del admirable intercambio de caridad que reina en el Cielo, intercambio que hace que la gloria de uno constituya la de todos y que la gloria de todos se refleje en cada uno. Ahora bien: teniendo María una caridad incomparablemente mayor, participa también, más abundantemente, de la gloria de todos. 2. De la causa, al efecto, ya que es María la causa instrumental de todos los grados de gloria que los bienaventurados tienen en el Cielo. Si un hijo bien nacido que se porta con honor es la gloria de su padre, con mayor razón, todos los elegidos de Dios, los hijos de María son la gloria de su madre común y de su reina: *Regina sanctorum omnium*. Por tanto, hay que alabar y honrar a María, cada hora, cada día, etc.

SOBRE LA GRACIA Y LAS DISPOSICIONES PARA OBTENERLA

18.º Domingo después de Pentecostés, 1828
En la Magdalena y en la calle Mazarino.

Offerebant el paralyticum jacentem in lecto (Mat. 9, 2).

PARA EL MES Y LA FIESTA DE SAN JOSE

En la Magdalena y en el pequeño convento de la calle Mazarino, 1829.

333. *Quis putas est fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam?* (Mat. 24).

San José es, después de Jesús y de María, el objeto de nuestra veneración más profunda y de nuestra mayor confianza.

1º Es el objeto de nuestra más profunda veneración.

1. Por los privilegios que le preparan para los grandes designios de Dios sobre él; el sabio Suárez y el piadoso Gerson dicen que recibió los de ser santificado en el seno de su madre como Jeremías y Juan Bautista, el haber quedado, al mismo tiempo, confirmado en gracia y el haber estado siempre exento de los apetitos desarreglados de la concupiscencia como dice San Alfonso María de Ligorio.

334. 2. Por los títulos de grandeza que se le concedieron únicamente a él y que le distinguieron de todos los demás santos, ya que fue escogido por Dios para ser, según San Bernardo, *fidelis servus et prudens quem constituit Dominus suae matris solatium, suae carnis nutritium, solum denique in terris magni consilii coadjutorem fidelissimum*. A lo que añade San Basilio: *nomine Patris neque angelus, neque sanctus meruit appellari; hoc unus Joseph potuit nuncupari*. Por su parte, San Juan Damasceno dice: *dedit ei Deus affectum, sollicitudinem, auctoritatem patris*.

335. 3. Por su fidelidad en sostener el brillo de las grandezas a las que Dios le elevó y por la eminencia de las virtudes que practicó. Si

los hombres prudentes saben formar alianzas percederas sobre la tierra en donde todo está en armonía: la nobleza del nacimiento, la grandeza de las riquezas, la semejanza de caracteres, etc., con mayor razón Dios escogió acertadamente a San José el cual se ha mostrado digno de ser el lugarteniente del Padre celestial con respecto a su divino Hijo en la tierra, el casto Esposo de María su Hija querida, el Padre putativo de Jesús, el guía de la sabiduría encarnada y eterna. Se le debe suponer en posesión de todas las virtudes y toda la fidelidad que pedía un destino tan elevado por encima del de los mismos ángeles. Por eso San José ha tenido para con Jesús más amor que los serafines, más fe que Abraham, más dulzura que Isaac, más paciencia que Jacob, más sabiduría que Moisés, más castidad que José en Egipto. Todos estos patriarcas no eran más que figuras de lo que sería San José en la realidad. Por eso, Dios mismo, queriendo hacer de él su representante en la tierra ante el Verbo divino encarnado, *dedit illi Deus nomen et auctoritatem patris*, dice San Juan Damasceno. "Colocó en San José -dice San Gregorio Nacianceno- las luces de todos los santos: *in Josephum omnium sanctorum lumina collocavit.*" La Virgen misma consideró como un deber el de honrarle y se complació singularmente en que otros le honrasen: *nos allicit diva Virgo, ut sponsum ejus veneremur et suscipiamus.* Por último, Jesús consideró como uno de sus deberes el de honrarle con una perfecta sumisión durante los treinta años de vida oculta: *et erat subditus illis.* Orígenes dice a este respecto: *Josephum parentis honore coluit Christus.* Ahora bien: ¿Cómo rehusar ahora a San José los honores que un Dios y la más sublime de las criaturas le han dado a porfía? San José, por consiguiente, es el objeto más digno de nuestra veneración después de Jesús y María.

336. 2º Es también el objeto de nuestra mayor confianza porque reúne todas las cualidades de un poderoso protector:

1. Primero, la dignidad, la santidad, la virtud, los méritos personales que le dan un lugar distinguido en el corazón de Dios quien considera como agradables los deseos de los pobres mortales, que le son presentados por unas manos tan puras. Si el rey profeta dice: *Deus qui facit voluntatem timentium se* ¿qué no se deberá decir de San José a quien el Espíritu Santo declara justo

por excelencia: *Joseph, cum esset justus?* Y si ya era justo a los ojos de Dios en el mismo momento de llamarle a realizar tan altos destinos, ¿qué no habrán añadido a tal santidad sus relaciones angélicas, sus desposorios enteramente celestiales con la Santísima Virgen que viene a ser su casta esposa y su precioso depósito? Si María, al decir de San Bernardino de Siena, dispensa todas las gracias que Dios da a los hombres, ¿con qué profunda profusión debemos creer que haya enriquecido a su santo esposo a quien tanto amaba? ¿En qué grado habrá aumentado su santidad en el trato tan íntimo y tan divino que este glorioso Patriarca mantuvo con Cristo, ya que San Juan Bautista y San Juan Evangelista han sacado tanto provecho de las relaciones que mantuvieron con Jesucristo?

337. 2. En segundo lugar, el poder más extenso. Por eso, el piadoso Gerson dice: "dum Pater orat natum, velut imperium reputatur". San Bernardo y Santa Teresa expresan el mismo pensamiento acerca del poder de San José: "quibusdam sanctis datum est aliquibus patrocinari; at sancto Joseph in omni necessitate concessum est opitulari et omnes in se confugientes defendere". El afectuoso imperio que, ya en vida, tenía sobre Jesús, se ha hecho más grande y más perfecto en el Cielo porque, como dice San Bernardino de Siena: "Dubitandum non est quod Christus familiaritatem et reverentiam, quam exhibuit illi, cum viveret, tanquam filius patri suo, in coelis utique non negavit sed potius complevit". Su poder es, pues, incomparable con el de cualquier otro, si no es con el de Jesús y de María.

338. 3. Por último, su gran bondad para con los hombres, porque si, como dice San Juan Damasceno, Dios, al escogerle para ser el padre nutricio de Jesús, le ha dado el afecto, la solicitud y la autoridad de padre, tiene también para con todos los hombres aquel afecto y solicitud, ya que, al hacerse padre de Jesús, lo era también de los hombres. De ahí que se pueda decir, en una palabra, que todo lo que San José emprendía para el Salvador del mundo, los trabajos que realizaba, el sudor que vertía, etc., todo era para el género humano a cuyo redentor él educaba. Lo que hicieron el casto José para la salvación de Egipto, Moisés para la liberación de su pueblo, etc., no es más que una figura de cuanto

San José hizo para la salvación del género humano en la persona de su Salvador.

COMPASION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Feria 6.^a post Dominicam Passionis. 1829.

Primer miércoles de mes en la Magdalena.

339. *Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, filia Jerusalem?... Magna est enim velut mare contritio tua* (Lament. Jer. 2, 13).

No se puede describir el mar de dolores en que María quedó sumergida durante la Pasión de Cristo, su divino hijo. Lo que El sufrió en su cuerpo Ella lo sufrió en su corazón. De ahí la fiesta de la Compasión que la Iglesia celebra el viernes que sigue al Domingo de Pasión. Su martirio fue más doloroso que el de los demás mártires, primero considerado en general.

340. 1^o Porque duró más tiempo; los setenta y dos años que, según se cree generalmente, vivió en la tierra. 1. Desde su tierna infancia tuvo que gemir ante las prevaricaciones del pueblo de Israel y ante el diluvio de males que atraía sobre sí su olvido de Dios y de su santo culto. 2. Era para Ella un espectáculo de dolor el ver al género humano bajo el anatema del pecado y presa de la desgracia. De ahí aquellos frecuentes suspiros, aquellos largos gemidos, aquellas amargas lágrimas que derramaba sin cesar, mucho más que todos los patriarcas y profetas y demás justos de la Antigua Ley para apresurar la venida del divino Mesías. 3. Pero ¡cuánto hubo de costarle aquel *fiat* que pronunció con ocasión del mensaje que le anunciaba la elección que de Ella había hecho el Altísimo para ser la Madre de su divino Hijo y para compartir con El sus destinos! En aquel momento María vió todos cuantos dolores y lágrimas debía costarle la cualidad de Madre del varón de dolores, sabiendo entonces que Ella sería también la mujer de dolores: "mater dolorosa".

341. 4. Aumentó su pena cuando el santo anciano Simeón le anunció que su divino Hijo sería la ruina de muchos en Israel, que sería el blanco de la contradicción y que una espada de dolor

atravesaría su corazón. Entonces vio desarrollarse ante sus ojos todas las circunstancias de la Pasión y muerte de Jesucristo, su divino Hijo. Mientras le amamantaba, tuvo que acordarse constantemente de la hiel y el vinagre que a Jesús le darían un día; al llevarle en sus brazos, se tuvo que representar a Jesús llevando la cruz en que le iban a clavar y en que iba a morir, etc.

342. 5. Ahora bien: ¡cuánto aumentó su dolor la presencia de los objetos que tanto había temido! ¡Cuánto le atormentaría la noticia de los diversos tormentos que Ella sabía aplicaban a Cristo! Por eso, San Bernardino de Siena dice: "Tantus fuit dolor Virginis, quod si inter omnes creaturas quae dolorem pati possunt divideretur, omnes subito interirent". San Ildefonso añade: "Parum est dicere Marian in passione Filii tam acerbos pertulisse dolores ut omnium martyrum collective tormenta superaret." San Anselmo encarece aún más estos conceptos de San Ildefonso diciendo: "quidquid crudelitatis inflictum est corporibus martyrum leve fuit, aut potius nihil comparatione tuae passionis, María". San Basilio pone también una hermosa comparación que expresa toda la grandeza de los dolores de la Santísima Virgen María: "Virgo universos martyres tantum excedit, quantum sol ad reliquia astra." En los demás mártires, el ardor del amor divino templaba -y algunas veces incluso hacía cesar- todos los dolores de los tormentos; testigo de ello, San Lorenzo. Pero en María, la vehemencia de su amor a Cristo, su divino Hijo, era precisamente lo que redoblaba la crueldad de los tormentos que experimentaba su corazón, ya que amaba a Dios y a su divino Hijo en el grado supremo que ninguna otra criatura puede alcanzar. Por eso, Ricardo de S. Lorenzo dice: "unde sicut non fuit amor sicut amor ejus, ita non fuit dolor sicut dolor ejus". Y San Alberto añade: "Ubi summus amor, ibi summus dolor". San Bernardo lo dice claramente: "In aliis martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis; sed Beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit."

343. 2º Su martirio fue más doloroso que el de los demás mártires si se le considera, en particular, en sus siete dolores.

El primer dolor o la primera espada de dolor que atravesó su corazón fue la profecía del santo anciano Simeón: *tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Por eso, el santo Abad Ruperto pudo decir: "praescia futurae passionis filii tui, pertulisti martyrrium".

344. El segundo dolor o la segunda espada fue la huida a Egipto para evitar el furor de Herodes que quería perder al Niño Jesús. ¡Qué fatigas tuvo que sufrir en el camino, qué miserias tuvo que padecer durante los siete años de estancia en aquella tierra de idólatras! ¡Qué largo debió parecer tal exilio a María!

345. El tercer dolor o la tercera espada fue el episodio de Jesús perdido y luego encontrado en el Templo. "María sufrió más entonces -dice Orígenes- a causa de su amor a Jesús que cualquier otro mártir ha sufrido al morir." Su prueba fue, incluso, más dura que la de Job, porque, como dice San Agustín hablando de aquel patriarca: "perdiderat illa quae dederat Deus, sed habebat Deum ipsum". Ahora bien: María había perdido a su divino Hijo que era Dios.

346. El cuarto dolor o la cuarta espada fue el encuentro de María con Jesús cuando éste llevaba la cruz por las calles de Jerusalén. Los dolores que le produjo la vista de Cristo en un estado tan lamentable le hizo sufrir más que si Ella misma hubiera estado cargada con aquel pesado madero de la cruz. Por eso San Amideo dice: "María torquebatur magis quam si torqueretur in se, quia super se incomparabiliter diligebat id unde dolebat."

347. El quinto dolor o la quinta espada fue cuando crucificaron a Jesús y cuando éste murió. San Jerónimo dice a este respecto: "quot laesiones in corpore Christi, tot vulnera in corde Matris". San Juan Crisóstomo es aún más expresivo: "O Domina! Ubi stas? Numquid juxta crucem? Immo in cruce cum filio cruciaris." San Agustín expresa el mismo concepto en otros términos: "cruce et clavi filii fuerunt et Matris; Christo crucifixo crucifigebatur et Mater". San Bernardino añade: "Dum ille corpus, ista spiritum inmolabat."

348. El sexto dolor o la sexta espada fue cuando un soldado malvado traspasó con una lanza el sagrado costado de Jesús,

realizándose así en Ella la terrible predicción del anciano Simeón. Es lo que hace decir a San Bernardo: "lancea quae ipsius latus aperuit animam Virginis pertransivit quae inde nequibat avelli".

349. El séptimo dolor o la séptima espada que atravesó el corazón de María fue el descendimiento de la cruz y la sepultura del cuerpo adorable de Jesús. Su dolor entonces fue tan grande que San Bernardo exclama: "multus etiam invitos ad lacrimas provocabat. Omnes plorabant qui obviabant ei. Super ipsam potius quam super Dominum plangebant discipuli".

350. ¡Qué obligación hemos contraído para con la augusta y divina María por aquel mar de dolor en el que quiso sumergirse por nuestro amor! Con toda razón San Alberto Magno dice: "sicut totus mundus obligatur Deo propter passionem, sic obligatur Dominae propter compassionem".

Sin embargo, no pensamos en ello, ni se lo agradecemos; no queremos sufrir ni hacer nada por amor suyo. En el Calvario se encontraban dos altares: uno, el cuerpo de Jesús sobre el cual se inmolaba; el otro, el corazón de María sobre el cual Ella inmolaba su misma alma. Inmolémonos también nosotros igualmente sobre el doble altar de nuestro cuerpo por la penitencia y sobre el de nuestro corazón por la compunción.

(XLI) III

1828. CHAMINADE. (Anónimo) EJERCICIOS ESPIRITUALES dados por el P. Chaminade

LEYES FUNDAMENTALES DE LA MORAL EVANGELICA

351. *Si quis non odit adhuc autem et animam suam non potest esse meus discipulus:* quien no odia o ama menos, incluso a su propia vida no puede ser discípulo mío (Luc. 14, 26).

El mundo desbarra cuando dice que odiarse a sí mismo va contra la razón y también cuando, a la ley de la abnegación de sí mismo, la llama impracticable.

Contra este doble disparate se presenta la sabiduría de la Ley que impone a todo cristiano la obligación de combatir a sí mismo, de renunciarse, de odiarse a sí mismo, persuadiéndonos luego de la posibilidad y hasta en cierto sentido de la facilidad e incluso de la dulzura de la misma. ¿Cuál es, pues, ese yo a quien debo odiar? Este yo es el conjunto de las pasiones que reinan en mí; en una carne rebelde que no respira más que placer y molicie. Este yo son unos sentidos muy vivos para el pecado; es un espíritu desarreglado, una voluntad que siempre tiende al mal, una razón orgullosa y vendida a los prejuicios y al interés particular.

352. ODIARSE. Consiste en aplicarse incesantemente y hacer esfuerzos para domar -y si es posible, destruir- esas pasiones, crucificar esta carne frenando sus apetitos desordenados, combatir la molicie, rehusar a los sentidos sus satisfacciones pecaminosas, renunciar a su voluntad propia e incluso a su propio juicio, es decir a lo que llamamos razón. Lejos de considerar como punto de honor el vengarse, hay que sacrificar todo deseo de venganza, llegando hasta a amar a sus perseguidores. Por último, hay que arrancarse el ojo que escandaliza y abandonar todo objeto que sea una causa de pecado para nosotros o para los demás. ¡Cuántos casos hay en

que es preciso combatirse, renunciarse, hacerse la guerra a sí mismo, ya sea para hacer penitencia, ya sea para restituir, o para guardar cumplidamente las leyes del Señor o las de la Iglesia! Esto es lo que encierra esta palabra del Señor: abnegación, odio de sí mismo, aunque haya que odiar a su padre, a su madre, a sus hijos o a lo que haya de más querido: *si quis venit ad me et non odit patrem suum et matrem suam et uxorem et fratres et sorores adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus.*

Consecuencias.

353. La abnegación u odio de sí mismo es, pues, el perfecto cumplimiento de la condición de cristiano; es verdaderamente la perfección del cristianismo. Para probarlo y dar de ello una demostración completa, nos serviremos únicamente del ejemplo de Cristo. Pero este ejemplo es decisivo y más fuerte que todas las razones. El cristianismo encierra una idea de perfección tan alta y tan divina que era precisa la vida de un Dios para servir de modelo a la vida de un cristiano.
354. Esta perfección consiste en someter su razón a la razón soberana de Dios, renunciando a su entendimiento, a su voluntad, a todas sus inclinaciones naturales del amor propio por ese odio de sí mismo que el Hijo de Dios recomienda tanto en su Evangelio a quienes quieren ser sus discípulos. El desarreglo más universal que el pecado ha causado al hombre es el amor de sí mismo. Se puede reducir ese desarreglo universal a seis desarreglos particulares que llamamos debilidades o incluso heridas del hombre. Jesucristo, en los misterios de su vida, le prepara seis remedios correspondientes para curarle enteramente y restablecerle en el prístino estado de inocencia y santidad en los que había sido creado. Este restablecimiento es la perfección a la cual todo cristiano está obligado a tender tomando por modelo a Jesucristo y mediante su gracia.
355. Pero el religioso contrae una obligación especial de tender a esta perfección, abrazando no sólo los preceptos evangélicos, sino

también los consejos. Cumple esta estrecha obligación por la observancia de los reglamentos generales y particulares, que no son otra cosa que consecuencias y aplicaciones de la doctrina evangélica; pero guárdese bien de observarlos sólo a la letra. Los religiosos son los verdaderos adoradores que deben adorar a Dios en espíritu y en verdad: *venit hora et nunc est quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate* (Jn. 4).

LAS SEIS DEBILIDADES DEL HOMBRE

356. LA PRIMERA y la mayor es el orgullo. El orgullo es ese sentimiento secreto que cada cual tiene de su propia excelencia y que produce el deseo de la elevación o complacencia en la excelencia que él cree encontrar en sí mismo. Este sentimiento está impreso tan fuertemente en el fondo de su corazón y le es tal natural, que ya estaba sujeto al orgullo incluso antes de que el pecado hubiese introducido desarreglos en su espíritu: *eritis sicut dii*: seréis semejantes a Dios (Gén. 3).

357. Para conocer la profundidad de esta herida primera consideremos la profundidad de los abatimientos de Dios en su encarnación. Esta humillación o este abatimiento encierra un anonadamiento universal de todas las grandezas de Dios para así curar mejor el orgullo del hombre porque la inmensidad del ser infinito de Dios parece como aniquilada en la pequeñez del cuerpo a que se reduce; su eternidad, queda aniquilada por los límites del tiempo a los que se sujeta; su sabiduría queda aniquilada por el estado de niño en que no deja traslucir rayo alguno de entendimiento y ninguna chispa de razón; su soberanía queda aniquilada por la cualidad de esclavo que toma: *exinanivit semetipsum formam servi accipiens*: se ha anonadado a sí mismo tomando forma de esclavo (Fil. 22, 7). Toda su gloria queda aniquilada por la miseria de la condición que abraza. En cierto modo hasta aniquila su inocencia y su santidad al unirse a una carne pecadora; por último, aniquila su propio juicio y su propia voluntad por la sumisión y obediencia ciegas que presta a las órdenes de su Padre.

Consideración

358. Profundidad de las humillaciones de Cristo en este anonadamiento universal.

1.º Grado: Obediencia ciega a las órdenes de su Padre. El oprobio de la cruz le parece amable por muy ignominioso que sea porque su Padre se lo prepara.

2.º Grado: Cristo se humilla ante el hombre mismo que, según los planes de la Providencia, haría las veces de Dios.

3.º Grado: Cristo se somete a todos; y para demostrar una dependencia perfecta, obedece a los criados, a los soldados, a los *verdugos*: *subjecti estote omni humanae creaturae: vivid sumisos a toda criatura humana* (I Cor. 2, 13).

El orgullo debía ser muy profundo en el hombre, su deseo de elevación muy ardiente y desarreglado, para que el Hijo de Dios se redujese a semejantes abatimientos para curarle. Anonadémonos nosotros mismos y demos a ese anonadamiento toda la profundidad posible, o más bien pidamos una participación en el amor de Cristo a los abatimientos y humillaciones. La fe será el canal que le hará pasar de su corazón al nuestro.

359. Anonadémonos, primero, ante Dios. Quedemos también como anonadados ante nuestros superiores naturales que ocupan el lugar de Dios. Estemos también como anonadados ante toda criatura por ignorante y viciosa que parezca desde el momento en que el orden de la Providencia la ha puesto en ese lugar.

¿Qué es anonadarse? Es no tener a sus propios ojos, los atributos de ser humano. ¿Habría dificultad para hacerlo ante Dios? ¿Qué son, por ejemplo, las luces de nuestra razón comparadas con las de la razón soberana? Pero si Dios se hace representar, si su providencia me deja caer en manos de hombres perversos, etc., siendo yo inocente, ¿no aniquilaré mi inocencia o bien no consentiré que la calumnia la aniquile? ¿Podré dejar de amar incluso ese mismo anonadamiento cuando considere el grado extremo de las humillaciones de Cristo? ¿Podré ver algo

inconveniente e irracional en las órdenes que me intimen quienes son enviados por la Providencia de Dios para dármelas? ¿En dónde está mi fe? ¿Mi fe en un Dios soberanamente providente, en un Dios obediente a sus mismos verdugos para curar mi soberbia razón, mi fe en la unión que tengo con Cristo como miembro que soy de su cuerpo místico?

360. LA SEGUNDA HERIDA que el pecado ha producido en el hombre es el amor desarreglado de las riquezas y bienes de la tierra y el deseo de ellas que nace en nosotros. Este amor y deseo de las riquezas le fue inspirado por el amor desordenado que tenía de sí mismo, como éste le vino por el pecado. Esto es evidente porque el hombre que encontró en las riquezas un instrumento para satisfacer todos los placeres y un medio para atender a todas las comodidades de la vida, las amó ardientemente y una de sus pasiones más violentas fue la de poseerlo todo para sacrificarlo también todo a sí mismo. Pero nada le dio un apego más invencible a las riquezas que el cumplimiento de todos sus deseos y esa facilidad de servirse de ellas que encontraba al poseerlas. Este espíritu de codicia llega, algunas veces tan lejos que el avaro desea y amontona a menudo riquezas privándose de las comodidades de la vida, aún de las más ordinarias y convenientes, llegando incluso a idolatrarlas.

Consideración

361. El Hijo de Dios que era el dueño del mundo entero se despoja de su poder haciéndose pobre para destruir en el hombre todos los sentimientos de esta pasión.

Jesucristo en su vida entera ha vivido en la pobreza más perfecta; pero donde mejor nos da a entender el amor que tiene a esta virtud es en su nacimiento cuyas circunstancias todas son aleccionadoras.

Aplicación

Jesucristo se hace pobre: 1. Por espíritu de penitencia. 2. Por espíritu de desinterés. 3. Por desprecio de los bienes de la tierra a pesar de que era heredero y dueño del Cielo. 4. Por espíritu de sacrificio.

362. LA TERCERA DEBILIDAD del hombre pecador consiste en envanecerse de su capacidad, de su raciocinio, de su conducta y demás dones del espíritu y de la inteligencia. El Hijo de Dios vino a curarnos de esta debilidad haciéndose niño a fin de destruir - mediante la inocencia y la sencillez propias de esta edad- el soberbio espíritu de sabiduría y de circunspección de que se gloría el hombre. Dios parece ocultar su razón sometiéndola a la debilidad de un estado que no es capaz de ella mientras que el hombre se pavonea de hacer aparecer la suya en todas las cosas queriendo parecer razonable aunque, a veces, se pone por debajo de la razón.

363. ¡Cuántas cosas nos dice por su mismo silencio este niño que está mudo! El primer carácter de este estado es una incapacidad general y una inutilidad para todo porque un niño no es capaz de nada. El segundo es la soledad de espíritu y una separación completa del resto del mundo. Porque el niño está en este mundo sin estar en él; se le deja en la cuna enteramente solo en medio del campo, sin conversaciones y sin comunicarle nada de lo que sucede. El tercero es un abandono perfecto a Dios y a su dirección, como Jesús Niño que se abandona a los cuidados más comunes de la Providencia sin querer distinción alguna. El cuarto es una tranquilidad natural que le hace al niño insensible a los sentimientos de interés y de pasión por los que se mueven los demás hombres. El quinto es una gran pureza de costumbres que no se marchita por el soplo envenenado del vicio.

364. LA CUARTA DEBILIDAD del hombre es el deseo ardiente y desarreglado de distinciones. Cristo bajó a combatir este desorden por la sencillez de la vida ordinaria que llevó. El espíritu de excelencia que el amor propio inspira al hombre provoca en él el deseo ardiente y desordenado de distinguirse de los demás hombres en la dirección universal de su vida y en todas sus

acciones para atraer las miradas hacia él y hacerse recomendable por esta distinción.

365. LA QUINTA DEBILIDAD del hombre o el quinto alimento de nuestro amor propio es ese espíritu que procura que le conozcan, estimen y amen. El Hijo de Dios, para confundir aún más esta vana sabiduría del mundo de que el hombre se envanece, toma un espíritu diametralmente opuesto en la conducta general de su vida; busca la oscuridad para ocultarse; la abyección para ser despreciado, la persecución para ser odiado, porque la altura infinita de sus pensamientos está muy lejos de la bajeza de los nuestros; el hombre -como dice Isaías- se dejó llevar por la vía de su corazón: *abiit vagus in via cordis sui* (Is. 57, 17), y su corazón era un abismo de corrupción y de desórdenes que incurrió en el extravío. Por eso, el Hijo de Dios que es la sabiduría del Padre se hace hombre para destruir en él este espíritu de pecado. Tal fue el designio principal de su encarnación: *in hoc apparuit filius Dei: ut dissolvat opera diaboli* (Jn. 3, 8).

366. LA SEXTA HERIDA O DEBILIDAD DEL HOMBRE es la sensualidad y el amor al placer. El amor que el Hijo de Dios ha tenido al sufrimiento le ha convertido en el *varón de dolores* de que habla el profeta, aquel hombre que tan bien aprendió a sufrir: *virum dolorum et scientem infirmitatem* (Is. 53). La paciencia ha sido la más admirable de sus virtudes y el mayor de sus milagros. Pero Cristo no amó los sufrimientos sólo por sufrir, sino para enseñar a los hombres el secreto de amarlos y de amarlos animados de su espíritu: *absit mihi gloriari nisi in cruce Domini* (Galat. 6, 14) ; *nemo moveatur in tribulationibus ipsis*. "Que nadie se extrañe -dice San Pablo- de vernos sufrir, ya que para eso vinimos al mundo." Comprendamos bien con qué espíritu hay que sufrir para hacerlo conforme a Aquél que ha querido ser el modelo de todos los que sufren. El primer fin que el Hijo de Dios se propuso en sus sufrimientos era el hacer de ellos un sacrificio como víctima de propiciación por nuestros pecados que El ha querido lavar con su propia sangre: *qui lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo. Agnus qui occisus est ab origine mundi* (Apoc. 13, 8). Sólo mediante la cruz -dice San Pablo- la *cédula que nos tenía sujetos al demonio quedó rota*. Pero como el Hijo de Dios es nuestro jefe místico, nuestras

penas quedaron santificadas por las suyas y todo cuanto sufrimos se hace meritorio merced a la unión que mantenemos con El: *pacificans per sanguinem ejus, sive quae in terra, sive quae in coelis sunt (Colos. 1, 20).*

PRIMERA INSTRUCCION

Por el P. Collineau

367. *Dominus autem mihi astitit et confortavit me (II Tim. 4, 17).*

Dos verdades de fe: Primera: el hombre no puede realizar su salvación sin la ayuda de la gracia. Segunda: la gracia no obra nunca sola en nuestra salvación; ayuda a la voluntad; pero ésta es necesaria. Sin embargo, hay gracias especiales que solicitan la voluntad con más ardor o que la atraen hacia objetos más elevados en orden a la salvación.

368. Una de estas gracias especiales -que Dios concede a los hombres para solicitarlos con más fuerza hacia el bien o para descubrirles verdades que se les ocultan por lo menos en muchas de sus consecuencias y para la mayoría de los cristianos- es los retiros. ¡Ojalá podamos estimar esta gracia como se merece! Para estimarla, hay que conocerla. La gracia del retiro se considera de dos maneras dividiéndose en gracia exterior y en gracia interior; ambas son un beneficio especial. La gracia exterior consiste en los medios de instrucción, de recogimiento y de oración que nos ofrecen los Ejercicios; la interior consiste en la acción del mismo Dios en nuestras almas. Ahora bien: para que los medios de salvación se multipliquen aún más en favor de quienes hacen el retiro, ¿qué otras circunstancias habrá más favorables que éstas en que Dios nos deja oír su voz de un modo más fuerte, más cautivador, más amable o más terrible en el silencio del retiro? El retiro es, pues, una gracia especial y de predilección. ¡Desgraciado, por consiguiente, quien no la aproveche! Habrá inutilizado el medio de salvación más abundante que Dios puede poner a su disposición.

369. Esta gracia -cuyos efectos pueden parecer extraordinarios ya que es más fuerte que cuantas gracias nos son concedidas ordinariamente- me parece estar perfectamente representada por la piscina de que habla San Juan en el cap. 5 de su Evangelio. El primer enfermo que era arrojado a ella, cuando el ángel del Señor ponía en movimiento sus aguas, quedaba curado inmediatamente. Ahora bien: los que esperaban en las orillas de la piscina eran enfermos incurables por vías naturales; eran ciegos, cojos y parálíticos.

¡Qué motivo de esperanza para aquéllos mismos que no hayan trabajado eficazmente en su corrección o en su verdadero avance espiritual a lo largo del año! Sin duda, se puede haber empleado con ellos todos los remedios ordinarios; pero hay todavía uno que Dios les otorga en su infinita misericordia: la gracia del retiro. En él podrán sanar *a quacumque detinebantur infirmitate*: de cualquier enfermedad. Empleemos, pues, estos medios poderosos y pidamos humildemente la gracia interior del retiro.

SEGUNDA INSTRUCCION

370. *María, María, sollicita es et turbaris erga plurima; porro unum est necessarium* (Luc. 10, 38).

¡Cuántas preocupaciones y cuán varias se imponen los hombres! Corren tras la fortuna y los honores y tras todas las vanidades! Ahora bien: una sola cosa es verdaderamente necesaria: la salvación. Digo, pues, que la salvación es el negocio más importante; lo deduzco: 1. De sus resultados; 2. De la manera como el Señor se interesó por nuestra salvación; 3. De los cuidados que han prodigado a esta cuestión aquéllos de quienes estamos seguros de haber acertado.

1. Sus resultados. Son infinitos y eternos; nada puede reemplazarlos.

2. Las humillaciones y toda la vida del Señor no tenían otro fin que el asegurar la salvación de los hombres. Ha multiplicado los medios hasta el infinito.

3. Leed la vida de los santos y de los mártires y así veréis cómo apreciaban la salvación.

Digamos, pues, con toda verdad: "Sí; quiero trabajar en mi salvación cueste lo que cueste a mi naturaleza : *volo salvare animam meam.*"

TERCERA INSTRUCCION

371. *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis* (Eccl. 7).

¡Cuántas cosas hay que pican al máximo la curiosidad del hombre! ¿Seré feliz en mis empresas? ¿Gozaré de los favores de la fortuna? ¿Llegaré a los honores y a la consideración? ¿Viviré mucho tiempo? ¿Dónde y cuándo moriré? ¿Quién me revelará tales secretos? Nadie, hermano; yo mismo no os puedo asegurar si perseveraréis en la gracia o si moriréis impenitente. Pero Dios nos ha hecho revelaciones de una importancia aún mayor:

La 1.^a: que moriréis.

La 2.^a: que vuestra alma, al dejar este mundo, entrará en la eternidad en donde tendrá que sostener la mirada de Dios. ¡Qué momento aquél si es culpable!

La 3.^a: que irá al infierno abrumada de todo el desprecio de Dios si no se ha hecho digna de sus misericordias.

La 4.^a: que volverá a reanimar a vuestro cuerpo, sin cesar de sufrir, y que, a la vista de Dios, en presencia de todos los ángeles y del universo entero se revelarán todos los secretos de vuestro corazón y que oirá aquella palabra que saldrá de la boca de *Dios: Id, malditos, al fuego eterno*, en cuyo momento, el infierno, apoderándose de su presa, se cerrará para siempre.

CUARTA INSTRUCCION

372. *Scito et vide quia durum est et amarum reliquisse te Dominum Deum tuum* (Jeremías).

El interés que tengo por mis semejantes me hace desear que queden siempre exentos de desgracias en el orden de la naturaleza; pero que todas las desgracias les abrumen antes de que cometan el pecado, y sobre todo, el pecado mortal; antes que se hagan así culpables mejor es que todo el mundo torne al caos; sería un desorden menor.

El pecado es el mayor de los desórdenes que pueden ocurrir, el mayor mal que el hombre puede hacer. El pecado es una rebeldía, ya que la voluntad del hombre se rebela contra la voluntad de *Dios*. El pecador, insensato, quiere comparar su debilidad con la omnipotencia! El ingrato paga con blasfemias y la terquedad en el mal las atenciones de un *Dios* que le sufre incluso en medio de sus crímenes. La injusticia del pecador llega al extremo de que querría poder destruir a Aquél de quien tiene la existencia. Porque, resuelto a no dejar el pecado, no se resigna, sin embargo, a su desgracia eterna. Por consiguiente, que no haya *Dios* para que El pueda pecar libremente: tal es su deseo.

373. Por el pecado orientamos hacia el error y hacia el mal las facultades de nuestra alma. El espíritu se aparta de la verdad y el corazón, del bien, de modo que nuestra alma, por el pecado, recibe un carácter formal de oposición a la divinidad, no conservando nada de lo que constituye la esencia de la divinidad; toda semejanza se trueca en oposición. Ya no podemos llamarnos hijos de *Dios*, ni tenemos derecho alguno a la herencia eterna del Cielo. Sin embargo, como debe ser El, el único glorificado y reconocido por único Dueño, debe mantenernos bajo su dependencia por su justicia, ya que no puede reconocernos como suyos.

He ahí lo que el pecado nos hace perder: el Cielo, y lo que nos da: el infierno. ¡Sólo la muerte se puede comparar con el pecado!

1.ª Conferencia

Por el P. Dourson

SOBRE EL RETIRO CONSIDERADO EN SI MISMO

374. Unos Ejercicios Espirituales son un santo descanso en el Señor. Son un descanso ya que es una interrupción de nuestras ocupaciones ordinarias de nuestros trabajos, de nuestros estudios y de los demás negocios de la vida presente. Y son un descanso en el Señor porque El debe ser el descanso de los cristianos, porque uno se separa, durante este santo tiempo del trato de los hombres y de la comunicación con las criaturas para acercarse a Dios y vivir todo lo más posible con El, mediante el recogimiento, la fe, la caridad, etc., para comunicar con El mediante las gracias que de El recibimos y las oraciones que le dirigimos.

Al entrar en Ejercicios, debemos proponernos un fin general: reparar el pasado lo mejor que podamos y cultivar mejor la virtud y la justicia cristiana en lo sucesivo. También debe haber un fin personal en relación con nuestras disposiciones y necesidades. Los medios de que disponemos para alcanzar la finalidad de los Ejercicios son: el silencio, la oración y la palabra de Dios.

375. El silencio es la conservación de la calma y del reposo. Para guardarlo, hay que evitar toda comunicación con las criaturas y conservar todas las potencias de nuestra alma en la calma, el recogimiento y la unión con Dios. De ahí, dos clases de silencio: exterior e interior. El silencio exterior consiste en la guarda de los sentidos por los que nuestra alma se comunica con el exterior, derramándose por los objetos exteriores y recibiendo sus imágenes o impresiones, las cuales, o bien constituyen la materia de sus operaciones o bien estorban el ejercicio de sus facultades. Observamos ese silencio exterior regulando el uso de la palabra, de la vista y del oído por un orden invariable del que procuramos no apartarnos jamás, reprimiendo o dominando, cuanto nos sea posible, las ideas y sentimientos diversos que agitan el alma, la conmueven, la entenebrece e incluso, algunas veces, la hacen perder la calma y tranquilidad ordinarias. Las leyes del orden que regulan el ejercicio de las facultades de nuestra alma... y dominan

nuestros sentimientos e ideas, están prescritas a la vez por la religión y la prudencia. Su observancia nos da el conocimiento de nosotros mismos y de Dios, siendo para el tiempo y para la eternidad, nuestra dicha y nuestra gloria.

2.ª Conferencia

376. Guardar el silencio en toda su amplitud queda subordinado a un orden invariable emanado de la religión y sostenido por la caridad: el ejercicio de nuestros órganos y facultades.

Este silencio -que es lo mismo que el buen uso de nuestros sentidos y facultades- nos hace operar nuestra salvación, llegar al fin de nuestra creación y redención y glorificar a Dios en todas las cosas y asegurar nuestra felicidad. Nada hay tan importante para nosotros como esta práctica: la de subordinarla a un orden invariable; es decir, sujetarla a reglas fijas, estables, cuya sabiduría y necesidad se reconocen. Emanada de la religión -es decir, de nuestras relaciones con Dios- de nuestra ley de dependencia, de homenaje y de amor que nos une a El, nos hace vivir en El, para El y referir a El toda la gloria. Sostenida por la caridad; es decir, sostenida por este amor con preferencia a todo y a nosotros mismos; por ese amor que da a Dios la preferencia sobre todo y sobre nosotros mismos que nos debemos a Dios; ese amor que sabe regular todos los deseos y sentimientos de nuestro corazón.

377. Por el buen uso del entendimiento y de la voluntad, conocemos, admiramos, adoramos, bendecimos y amamos la grandeza, la excelencia infinita de las perfecciones de Dios, lo mismo que los espíritus celestiales aunque de una manera menos vasta y menos perfecta.

Por el buen uso de nuestros órganos rendimos los mismos homenajes a Dios en nombre de todos los seres naturales. En cierto modo, damos un alma a la materia. Este silencio o subordinación del uso de nuestros órganos y de nuestras facultades a reglas fijas e invariables emanadas de la religión, es

decir, que nos son dadas por Dios o nos llevan a El nos proporciona toda clase de ventajas.

378. Ventajas de la subordinación: 1. Nos mantiene siempre unidos a Dios mediante la obediencia y el sacrificio. 2. Nos ilumina con sus luces que atrae sobre nosotros y a las que nos hace seguir. 3. Nos mantiene siempre socorridos, sostenidos por la gracia, animados y vivificados por la caridad. 4. Nos eleva por encima de los ángeles, haciéndonos vivir de una vida en cierto modo divina y por consiguiente, asegura nuestra salvación.

La insubordinación, por el contrario, nos arroja al caos, al desorden, a una vergonzosa cautividad, nos debilita y nos degrada sin cesar.

3.ª Conferencia

379. La subordinación del ejercicio de nuestras facultades y nuestros órganos a reglas fijas e invariables emanadas de la religión y sobre todo de la caridad, nos hace evitar todo pecado, nos pone al abrigo de las ilusiones de una falsa piedad y de una falsa virtud; nos hace andar con un paso firme y seguro por el camino del Cielo mediante la práctica constante de una verdadera piedad y de una verdadera virtud que se perfeccionan de día en día.

380. Reglas para el ejercicio de la voluntad. Todos nuestros pecados provienen de la voluntad; por eso, la voluntad es la primera facultad que debemos regular. Si está bien regulada, por ella regularemos todas las demás secando pronto la fuente de todos los pecados.

1.ª Regla: amar a Dios y su voluntad por encima de todo. Regular mediante ese amor todos nuestros afectos y sentimientos. Esta regla destruye en nuestra alma el amor desordenado de nosotros mismos, de los bienes, de los placeres y de los honores que nos halagan y seducen.

2.^a Regla: cumplir o hacer exactamente la voluntad de Dios en todas las cosas. Esta segunda regla nos hace cumplir la voluntad de Dios en todo y evitar con cuidado todo lo que la conciencia nos dicta que está mal y que es contrario a la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas.

3.^a Regla: conformarse enteramente con la voluntad de Dios. Esta tercera Regla hace evitar todos los pecados de murmuración, impaciencia, etc.

Reglas del entendimiento

381. El entendimiento debe iluminar a la voluntad. Si regulo bien su ejercicio, evito igualmente una multitud innumerable de pecados. Debemos someterlo a las tres reglas siguientes:

1.^a Regla: aplicarlo a conocer ante todo, a Dios y su ley. Para ese fin nos ha sido dado. Todos nuestros conocimientos y estudios deben quedar subordinados a este primer conocimiento y estudio, refiriéndose a él. Que no pase día alguno sin repasar o adquirir el conocimiento de alguna verdad de la religión o de algún precepto de la Ley de Dios. Esta primera regla nos hace evitar los pecados de ignorancia.

2.^a Regla: a causa de los límites de nuestro espíritu y a causa de la infinitud de Dios, creer, sin procurar entenderlas, todas las verdades de la fe. Esta segunda regla hace evitar los pecados contrarios a la fe.

3.^a Regla: ya que nuestro espíritu está sujeto al error en mil maneras, debemos desconfiar de nuestras propias luces y tomar, en las cuestiones importantes, el consejo de un hombre discreto y prudente. Así evitamos marchas y contramarchas y muchos pecados de ilusión.

Reglas de la imaginación

382. Debemos desconfiar de nuestra imaginación como de una loca a causa de sus extravíos, sus divagaciones, sus sueños y

quimeras; como de una adúladora artificiosa que nos seduce halagándonos sin cesar y embelleciendo el objeto de nuestras pasiones; como de una intrigante que casi siempre está de acuerdo con nuestros enemigos.

1.^a Regla: No guiarse nunca sólo por la imaginación.

2.^a Regla: Despreciar todas sus imágenes y representaciones halagadoras, deslumbrantes o presuntuosas.

3.^a Regla: Detener sus descarríos, encadenarla a veces, haciéndola servir para desviarnos del mal, glorificar a Dios y cultivar la virtud.

Reglas de la vista

383. 1.^a Regla: Evitar el mirar atentamente los objetos que suelen excitar las pasiones o impedir el ejercicio de la oración y la práctica de la virtud. Mirar despacio los objetos a propósito para inclinarnos a la práctica de la virtud y ayudarnos en el ejercicio de la oración.

2.^a Regla: Evitar cuanto sólo es propio para halagar los sentidos y la curiosidad.

3.^a Regla: Evitar todo lo contrario a la modestia.

Reglas de la palabra

384. El mismo Espíritu Santo nos prescribe que subordinemos el ejercicio de la palabra a reglas que El mismo nos da: *si alguno dice Santiago- cree tener piedad sin haber puesto un freno a su lengua su corazón vive en la ilusión y es vana su piedad.*

Las principales reglas que el Espíritu Santo nos da para el trato de la vida, se reducen a tres:

1.^a Regla: Evitar toda palabra y toda conversación mala, ya sea en su objeto, ya en su motivo, ya en sus efectos. Esta regla nos hace evitar toda palabra libre o grosera, toda mentira, toda calumnia y toda maledicencia; todas las conversaciones inspiradas

en pasiones desordenadas o que tienden a halagarlas, tales como las palabras vanas, adulaciones, injurias, burlas picantes, etc.

2.^a Regla: Evitar las palabras huera. Esta regla hace evitar las conversaciones frívolas, disipadoras o peligrosas.

3.^a Regla: Hablar poco y sopesar las palabras. Esta regla previene una multitud de pecados que se cometen por ligereza, etc., nos mantiene en la vigilancia, nos ejercita en la reflexión y nos conduce poco a poco a la perfección según aquellas palabras del Apóstol Santiago: *Si alguno, al hablar, no comete faltas, ése es un varón perfecto.*

ORGULLO

385. El orgullo se divide en tres ramas principales. 1. El amor a su propia excelencia, que consiste en referirlo todo a sí haciendo de sí mismo el centro de todo. 2. La independencia respecto de Dios, la repugnancia a depender de El. 3. El deseo de dominar a todos los hombres, la inclinación secreta a verlos a todos depender de sí mismo.

PRIMERA RAMA DEL ORGULLO. El amor propio o amor de sí mismo se divide en tres partes:

1.^a Referir a uno mismo el bien que encuentra en sí, gloriarse de él como si se debiese a sí mismo y querer procurarse la gloria delante de los hombres.

386. 2.^a Gloriarse del bien que uno no tiene y hacerse honrar por él como si lo tuviera; estimarse mejor de lo que es, querer que lo consideren a uno así; atribuirse más talentos, virtudes y méritos de los que uno tiene, disimular sus defectos, no querer reconocer sus imperfecciones. También es propio de la soberbia el constituirse a sí mismo en su propio ídolo; es natural que se procure adornar el ídolo y que se oculte, en lo posible, su vergüenza y su miseria, que se le cargue, todo lo más posible, de adornos ajenos, ya sea para engañarse a sí mismo, ya sea para ilusionar a los demás.

387. 3.^a Gloriarse en falsos bienes; es decir, en los que se poseen en realidad, pero que no son verdaderos bienes, que no tienen más que el nombre de tales, que no hacen mejor al hombre ni más estimable. En efecto, tales son los dones de la fortuna, los dones naturales y los talentos de la inteligencia cuando están solos. El orgullo se difunde universalmente entre los hombres quienes de ordinario se enorgullecen y pretenden hacerse estimar y considerar a causa de sus riquezas, de sus dignidades, de su nobleza, de su habilidad, de su ciencia, de la hermosura de su rostro, de la prestancia de su cuerpo, de lo agradable de su voz y demás dotes de la misma índole, las cuales pueden ser comunes tanto a los malvados como a los hombres más virtuosos.

388. SEGUNDA RAMA DEL ORGULLO: el alarde de independencia, el rehusar -como lo hace el corazón idólatra de sí mismo a causa del amor propio- reconocer a un superior y a un Dueño y pretender depender de sólo Dios en todas las cosas.

389. TERCERA RAMA DEL ORGULLO: El deseo de dominar al prójimo, la inclinación natural a elevarse por encima de todos los demás hombres, el atractivo violento de ver a todo el mundo depender de nosotros.

LA HUMILDAD

390. Tres sentimientos del corazón forman la virtud de la humildad.

"La humildad -dice San Bernardo- es una virtud que, mediante el conocimiento de sí mismo según la verdad, le hace aparecer vil a sus propios ojos." "Ser humilde -dice en otra parte- es depender de Dios y someterse a todos los hombres por amor de Dios": *humilitas est virtus qua homo verissima sui agnitione sibi vilescit... Deo subjectum esse et omni humanae creaturae propter Deum.*

De ahí, los tres sentimientos o disposiciones iniciales opuestos a las tres ramas de orgullo: 1. Sentimiento de desprecio de sí mismo, fundado en el conocimiento que uno tiene de su propia

nada: *verissima sui agnitione sibi vilescit*. 2. Sentimiento de dependencia para con Dios y de sumisión entera y absoluta a su suprema autoridad en todo: *Deo subjectum esse*. 3. Sentimiento de respeto al prójimo y de sumisión voluntaria a todos los demás hombres por amor de Dios: *omni humanae creaturae propter Deum*.

(XLII). IV.
1829. CHAMINADE. (Guyon).

391. Primero es preciso que os persuadáis que, de vosotros mismos, no podéis nada; por consiguiente, tenéis que adquirir protectores a quienes podáis recurrir en vuestras necesidades. Y ¿a quién iríais con más confianza que a la Santísima Virgen y a San José? Ya sabéis cuál es su valimiento delante de Dios y el amor que os tienen, lo mismo que su deseo de vuestra salvación. Recurrid, pues, a ellos con toda confianza en todas vuestras necesidades. Rogadles y vendrán en ayuda vuestra; estad seguros de ello.

Para honrar a San José- y puesto que es el padre de la vida espiritual- para rogarle que os ayude, que os dirija, en lo que se refiere a vuestro interior, podríais dirigirle cada día esta oración recomendada por Santa Teresa: "Gran Santo, etc.", o bien recitar sus letanías según el tiempo en que estéis o el fervor que sintáis. En este sentido, y para pedir a la Virgen el espíritu de humildad, de compunción, de mortificación, amor a la oración, caridad para con vuestros cohermanos, etc., podríais decir un Memorare con los padrenuestros del escapulario.

392. Por la mañana al levantaros, después de hacer las oraciones ordinarias decid un pater y un avemaría para disponeros a la meditación, esforzándoos, hasta la meditación, por rechazar toda idea extraña sin dejaros desconcertar, sin embargo, si no lo lográis, sino recurrid entonces a Dios para que os dé su ayuda. Durante la meditación, no consintáis en las distracciones; haced actos de fe en Dios allí presente, que os ve, que no dejará de secundar los esfuerzos más pequeños que hagáis. Decíos a vosotros mismos:

"¿Qué vengo a hacer aquí? Vengo a pedir gracias a Dios y ¿me dejaré llevar por objetos vanos? ¡Qué locura! ¿Acaso obraría así si solicitase algún favor a un grande del mundo? Sin duda que no. Estoy hablando a Dios..."

Lo mismo en la meditación que en la Misa o en otros ejercicios de piedad haceos las mismas preguntas, pensad, incluso, en la muerte. Decíos a vosotros mismos: "Dios, ante quien me encuentro, me pedirá cuenta de esta oración si la hago mal." Sólo estimulándoos así llegaréis poco a poco, si no a rezar sin distracciones, por lo menos a estar mucho menos distraído.

393. Sólo en la medida en que os desprendáis de cuanto pudiera, por poco que fuera, apegar vuestro corazón, y en que os mortifiquéis en el comer, en las palabras, en los deseos, etc., y os hagáis violencia para venceros a vosotros mismos, llegaréis a ser interiores, desearéis las cosas de Dios y Dios os hablará en la meditación. Yo creo, por consiguiente, que os será muy ventajoso privaros de algo en las comidas, aunque no fuera más que de un bocado de pan; si lo hacéis para agradar a Dios, El lo tendrá por agradable. (Nada os fijo sobre este particular; haced como os parezca y como Dios os inspire.)

Durante el recreo, moderad vuestras palabras y evitad las exageraciones. Cuando tengáis muchas ganas de decir algo, privaos de decirlo. Pero todo esto no debe espantaros. Acordaos de que tenéis como protectores a la Santísima Virgen y a San José, los cuales no dejarán de ayudaros si sois fieles en honrarles cada día.

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE 1829

Notas de Guyon

PLAN GENERAL DE LOS EJERCICIOS

394. *Credo in vitam aeternam.*

¿De qué modo asegurar la vida eterna? 1. Recibiendo los sacramentos. 2. Llevando una buena vida; es decir, llevando una vida más regular y más exacta en el cumplimiento de todos nuestros deberes, ya sea como cristianos, ya sea como religiosos, sacerdotes, etc.

Primera parte. Se meditará profundamente la inevitable necesidad de la muerte: lo que es, el fin del tiempo, el paso a la eternidad, la incertidumbre de la hora, el peligro continuo en que estamos, en todo momento, de morir y de pasar del tiempo a la eternidad. El juicio terrible que tendremos que pasar en el momento de morir.

395. Compareceremos ante Dios, Sabiduría eterna, inteligencia infinita, a quien nada se le oculta, sino que lo ve todo patente y que, por consiguiente, nos juzgará según toda verdad. Compareceremos ante Dios, justicia esencial, inflexible, la cual, por consiguiente, nos juzgará con todo rigor. Ante este juez inexorable tendréis que dar cuenta de todas las gracias que hayáis recibido de El a lo largo de vuestra vida de todos los males que hayáis cometido y de todos los bienes que hayáis omitido.

396. Al mismo tiempo, considerad el sacramento de la penitencia como el único medio de que disponemos, tanto para asegurarnos contra las sorpresas de la muerte, como para prevenir los rigores del juicio de Dios. Jesucristo, por una misericordia infinita, ha establecido este sacramento en su Iglesia, como un tribunal de gracia y de misericordia, en donde reconociendo y confesando que somos pecadores, podemos, mediante nuestra acusación, prevenir los rigores de la justicia de Dios. En este tribunal de la misericordia, somos, a la vez, criminales, acusadores y testigos que deponemos contra nosotros mismos. Jesucristo es el juez que pronuncia

sentencia por boca del sacerdote, su sustituto, pero con este compromiso por parte suya: que si nos acusamos como se requiere, con un verdadero dolor, ya no habrá que temer en el tribunal de la justicia de Dios.

397. Jesucristo en este tribunal confirmará la sentencia o más bien, la absolución que antes nos dio en el tribunal de la penitencia. Acordémonos, pues, de que el juicio de Dios lo tenemos en nuestras manos y que depende de la confesión que hagamos. Acordémonos de que si nos juzgamos bien a nosotros mismos, no seremos juzgados. En proporción de la sinceridad de nuestra confesión, de la verdad y pureza de nuestra contrición, la justicia de Dios se relajará sobre nosotros en su rigor y su misericordia, nos perdonará, no quedando más que la obligación de satisfacer a la justicia de Dios.

Primer Ejercicio

INDISPENSABLE NECESIDAD DE MORIR

398. Hay que morir. Nada hay tan cierto como esto. La fe lo enseña. Hay que morir. Nada hay más evidente que esto. La razón lo demuestra.

Hay que morir. Nada hay más perceptible que esto. La experiencia hace que lo toquemos con el dedo.

2º Ejercicio

SUMISIÓN AL DECRETO DE MUERTE

399. Sumisión como criaturas razonables; como pecadores y criaturas demasiado a menudo, rebeldes. Sumisión como cristianos y criaturas nuevas.

3º y 4º Ejercicios QUE ES LA MUERTE

400. La muerte, considerada cristianamente, es el paso de esta vida mortal a la felicidad o a la desgracia eterna. Encierra, pues, dos cosas en su esencia: el punto de partida y el de llegada. En relación con el primero, la muerte es para nosotros el fin del tiempo y de todas las cosas temporales. En relación con el segundo, la muerte es para nosotros la puerta de entrada en la eternidad feliz o desgraciada.

NOTA: Este ejercicio se debe hacer en dos meditaciones, acompañadas de las reflexiones y resoluciones que provocan.

5º Ejercicio

401. Dos verdades: 1.^a Constantemente lleváis la muerte dentro de vosotros.

2.^a La muerte nos rodea por todas partes y nos lleva en su seno.

Todos podemos decir con el Apóstol: *Estoy escuchando constantemente en mí mismo decretos de muerte*. Estamos en mayor peligro de muerte que si fuésemos de vidrio.

6º Ejercicio

402. *Conclusión en tres palabras y tres puntos.*

Videte: ved.

Vigilate: velad.

Orate: orad.

Cogitavi dies antiquos et annos aeternos in mente habui et meditatus sum cum corde meo et exercitabar et scopebam spiritum

meum: He recordado mi vida pasada y he pensado seriamente en mi eternidad. He estado meditando toda la noche y me he entretenido conmigo mismo. He mantenido el espíritu agitado por el temor y he cuidado de limpiar mi alma.

7º Ejercicio

403. *Scrutabor Jerusalem in lucernis*. Aquí Jerusalén simboliza nuestra alma. El Soberano Juez, la verdad misma, escrutará con rigurosa exactitud toda nuestra vida.

1. Los dones de Dios y el abuso que de ellos hacemos. 1. Dones espirituales; 2. Dones corporales. Los espirituales pueden ser naturales, adquiridos y gratuitos.

a) *Dones espirituales naturales*: nuestra alma, hecha a imagen y semejanza de Dios, inmortal como El, espíritu como El, salida de sus manos y destinada a volver a El, para siempre feliz, con la felicidad del mismo Dios. ¿Qué es de ella? ¿Cómo la habéis cultivado y alimentado? Si Dios nos ha prohibido expresamente ser homicidas de nuestros cuerpos los cuales después de todo no son más que polvo, ¿qué no exigirá de nosotros para la conservación de nuestras almas? ¡Qué extraño abuso el que hemos hecho de nuestra inteligencia, dada para conocer a Dios, o de nuestra voluntad recibida para buscarle y amarle!

404. 2. ¿Cómo hemos aprovechado la educación y todos los medios que nos han sido dados para fortalecer los talentos con que nos ha favorecido el Señor?

405. 3. ¿Qué es de aquellas gracias innumerables con que no ha cesado de colmarnos desde el primer momento de nuestra existencia? ¿Han servido para nuestra salvación? ¿Qué provecho hemos sacado de la gracia de nuestro bautismo? Era una gracia inapreciable que había depositado en nosotros la fe, la esperanza y la caridad.

b) DONES CORPORALES: la salud, la fuerza, y otros mil dones que debían contribuir a la gloria de Dios, ¿no han servido para halagar nuestro amor propio y nuestras pasiones?

c) DONES TEMPORALES: riquezas, honores, estima de nuestros semejantes y tanto otros beneficios del mismo género que la Providencia nos ha concedido. Arrepentimiento y amargo pesar por el pasado; amor, agradecimiento y fidelidad para el porvenir.

8º Ejercicio

406. *Statutum est hominibus semel mori; post hoc autem iudicium.*

El mismo decreto que somete al hombre a la muerte, le somete también al juicio. Este juicio será terrible porque el soberano Juez lo será en su propia causa. Para prevenir su rigor juzguémonos a nosotros mismos severamente a ejemplo del Soberano Juez.

Dos cualidades, particularmente, le harán temible: 1. La verdad; 2. La equidad.

1. La verdad. En cuanto la muerte haya acabado con la víctima, en el mismo lugar en que el alma se haya separado del cuerpo, se presentará el Soberano Juez resplandeciente de luz, y el alma iluminada con un rayo de la luz divina verá, en un abrir y cerrar de ojos, todo lo que haya hecho, toda la materia de su examen.

Se abrirán varios libros. El primero será el del Evangelio; el alma lo leerá, lo comprenderá perfectamente viendo con terror todos sus descarríos. También se verá a sí misma tal como la hayan dejado la fidelidad a la gracia o el pecado, participando del conocimiento del Soberano Juez a quien se le llama en el libro de la Sabiduría *scrutator cordis*: el escrutador del corazón. Le mostrará el principio y el modelo de toda su conducta, sus malas intenciones, la falta de rectitud que ha echado a perder sus mejores obras. Las confesiones mismas, las comuniones a las que

uno creía que estaba suficientemente preparado, las buenas obras de toda clase, todo lo examinará descubriendo en ello una enormidad de vicios e imperfecciones. *Renum testis*: testigo de nuestros corazones; nuestros pensamientos más secretos y nuestros sentimientos más íntimos quedarán al descubierto. No sólo oírás aquellas palabras proferidas en voz alta, sino también las que no fueron oídas de los hombres. Penetrará en el fondo del alma, oyendo aquella voz tumultuosa de las pasiones, las imaginaciones estrambóticas o criminales, los deseos ambiciosos; incluso se dará cuenta de lo que nosotros mismos habíamos ignorado, pesándolo todo con la balanza del santuario. Pero si su ojo penetrante, ve tantos defectos en nuestras buenas obras; ¿cuántos más no verá en las malas?

407. 2. Juzgará con equidad. No es difícil de comprenderlo por poco que se reflexione acerca de la probidad del Soberano Juez. El castigo será rigurosamente proporcionado con la clase y la enormidad del crimen. Lo que hará, sobre todo, espantoso a este juicio será el aspecto de un Dios irritado, juez en su propia causa; de un Dios que será, a la vez, testigo, acusador y juez. Pronunciará sentencia sin apelación; se descorrerá el velo de todos los siglos y todas nuestras iniquidades le estarán patentes, creciendo su ira e indignación según el número, gravedad de las faltas y el escaso tiempo dedicado a la penitencia. ¿Qué puede esperar un pecador que ha pasado su vida en el endurecimiento? Ya es hora de desengañarnos. Examinémonos seriamente. Cierto es que no seremos perfectamente iluminados más que en la hora de nuestra muerte; pero si nos despojamos de todo interés personal, si emprendemos contra nosotros mismos la causa de Dios; si, como El, nos juzgamos con equidad y verdad, su gracia entrará en nuestros corazones derramando en ellos la luz y después de haber ejercido contra nosotros mismos un santo rigor, podremos comparecer más confiados ante el Señor.

9º Ejercicio

408. *Redde rationem villicationis tuae.*

A la voz terrible y amenazadora de su amo, el siervo permaneció confuso y desconcertado. Sintió que había abusado indignamente de la confianza de su amo cuyos bienes había malrotado. Aquel siervo malo era la figura del pecador; este pecador ingrato, ¿oirá sin estremecerse la voz del Soberano Juez que le pedirá cuentas sobre toda su vida? Nos preguntarán acerca del mal que hayamos hecho y del bien que hayamos omitido.

1º Acerca del mal que hayamos hecho; sobre los pecados: 1. De pensamiento; 2. De palabra, y 3. De obra.

1. Sobre los pecados de pensamiento: pensamientos inútiles, vagos y criminales; 2. Palabras ociosas, vanas, obscenas, maledicciones, calumnias; 3. Actos contra Dios, contra el prójimo, nosotros mismos, nuestro estado, nuestra Regla.

2º Acerca del bien que hayamos omitido: deberes para con Dios, con el prójimo y contra nosotros mismos. ¡Qué muchedumbre tan innumerable de transgresiones! ¿Cómo lograr misericordia de ellas? No hay otro medio que la penitencia unida a los méritos de Cristo, plenipotenciario de la justicia divina y procurador de la misericordia.

10º Ejercicio

409. *Ipse propitiatio est pro peccatis nostris, non solum pro nostris, sed pro totius mundi.*

No hay otro medio de satisfacer a la justicia divina que la propiciación del Salvador; nuestros pecados sólo son perdonados en virtud de los méritos de Cristo aplicados en el sacramento de la Penitencia. La confesión abarca esencialmente tres partes: la contrición, la acusación y la satisfacción, a las cuales se refieren el examen previo y el firme propósito. Para sacar de la confesión y de cada una de sus partes el fruto que se debe esperar, hace falta: 1. La fe en el Señor. 2. La esperanza en El. 3. La oblación de esta

santa víctima por la expiación de nuestras ofensas. 1.^o Para la satisfacción, bueno será trasladarse al Calvario contemplando allí al divino Salvador clavado en una cruz a causa de nuestros pecados. 2.^o Para la acusación se excitará uno a la confusión considerando a Nuestro Señor puesto en parangón con Barrabás, el cual fue preferido indignamente, o bien a Cristo colocado entre los dos ladrones. 3.^o Se excitará la contrición contemplando a Cristo en el Huerto de los Olivos en donde riega con su sudor de sangre el teatro de sus dolores.

410. Por consiguiente, la fe será nuestro gran principio; de ella nacerá la confianza y el alma se unirá íntimamente a Cristo ofreciéndosele como víctima de propiciación y sacrificándose ella misma generosamente para obtener misericordia. Es de fe que el alma que contempla así a Nuestro Señor, que se apropia sus méritos y sentimientos y que se identifica, por decirlo así, con El, recibirá el perdón de todas sus iniquidades: *sicut serpentem Moyses, etc. Así como Moisés levantó a la vista de todos una serpiente de bronce en el desierto, así es preciso que el Hijo del Hombre sea levantado a fin de que quien crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna.*

11^o Ejercicio

411. *Fiat tibi secundum fidem tuam.*

La mayor parte de los milagros de Nuestro Señor parecen ser la recompensa de la fe. Pero es sobre todo, la fe en la Eucaristía la que más milagros realiza; la fe debe actuar: 1^o en la preparación; 2^o en la acción de gracias.

1. En la preparación. Dos disposiciones esenciales: 1^a. Un vivo deseo de unirse a Cristo; 2^a. Un desprendimiento total de todo afecto al pecado venial. *a)* El deseo de este alimento es tan necesario al alma como el apetito lo es al cuerpo en lo tocante a los manjares corporales. *b)* Del mismo modo que un estómago ocupado, mal dispuesto, no podría recibir alimento alguno, del mismo modo, el alma afectada de algún apego no podría saborear este alimento sagrado que nos envidian los ángeles.

2. La acción de gracias es la digestión de este banquete divino y la que asegura sus dichosos frutos; pero hay que digerir este pan por el ejercicio de la fe en las maravillas que se realizan en este augusto sacramento y por el ardor de su caridad, es preciso que el alma, en el exceso de su fruición pueda saltar de gozo y exclamar como San Pablo: *vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus!*

12º Ejercicio

412. Se puede concebir alguna idea del pecado viendo el modo espantoso como Dios lo castiga en el Purgatorio. En él se dejan sentir, sobre todo, dos penas: la pena de daño y la pena de sentido.

1. La pena de daño. Aun cuando no sea la misma para las almas santas detenidas en esa morada de expiación y la que sufren los réprobos en el infierno, sin embargo, es inconcebible, según San Juan Crisóstomo, ya que es "muchísimo más insoportable que la del fuego." El mayor suplicio que pueda sufrir, en esta vida, un alma piadosa que tiende generosamente hacia Dios es el sentir que no le ama como querría amarle. ¡Qué tormento para estas almas santas, amadas de Dios y ardiendo en caridad el no poder reunirse, con ese Dios hacia quien tienden sin cesar, con una fuerza increíble, el verse continuamente rechazadas por El! ¡Cómo debe ser esa pena de daño, superior a la del fuego, cuando ésta es ya tan espantosa!

413. En efecto, si se exceptúa la eternidad, este fuego es el mismo que el del infierno; es un fuego material que, por un milagro de la omnipotencia de Dios, actúa inmediatamente sobre las almas; pero con una actividad de la que el fuego de aquí abajo no podría darnos la menor idea. Su efecto es el mismo en el Purgatorio que el del agua en la tierra: purificar las almas; las purifica en toda su sustancia para borrar de ellas la menor mancha.

Conclusión: Delicadeza extrema en velar sobre sí mismo para evitar los pecados veniales; exactitud severa en el cumplimiento de su Regla en todos los detalles.

13º Ejercicio.

414. Hay dos caminos que conducen a la vida. Ambos, sin embargo, son muy distintos: el primero es más espacioso y común a todos los hombres; el segundo, mucho más estrecho es especialmente de los religiosos. Uno y otro conducen al mismo punto, a la vida eterna; ambos tienen por objeto y por fin el amor de Dios; pero ¡qué difícil es amar a Dios en el seno de la opulencia y de la prosperidad! Por el contrario, ¡qué fácil y suave es unirse a Dios cuando se ha dejado todo por seguirle. Esta dicha está reservada a los religiosos. Dos grandes medios que nos conducen a ella: 1, los votos; 2, los ejercicios de la vida religiosa. Estos dos medios abren, infaliblemente a quienes los emplean, la puerta del Cielo.

14º Ejercicio

415. *Ecce nos reliquimus omnia.* Ante la pregunta de San Pedro, el Señor responde: *Quien haya dejado casa, padre o madre, hermano o hermana, o amigos, recibirá el ciento por uno en este mundo y la vida eterna en el otro.* El alma generosa que haya renunciado a todo por seguir a Jesús cumplirá sin dificultad este gran precepto que es el fin de la Ley y el objeto de la perfección religiosa: *amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas.* Se echa de ver qué obligación universal pide un mandamiento tan perfecto. Esta obligación: 1, nos separa de todas las cosas de la tierra; 2, nos une a Dios. Ambas ventajas son inseparables y se acrecientan mutuamente; el desprendimiento absoluto lleva a la caridad perfecta que consiste: 1. En amar de todo corazón; este corazón desprendido de todo afecto terreno, de todo amor propio se orientará por entero hacia Dios. 2. Con todo su espíritu. Fuera pensamientos vanos, fútiles, de

negocios del mundo. Dios será, en adelante, el objeto de todos nuestros planes y meditaciones.

416. 3. Con toda el alma; es decir, durante toda nuestra vida sin interrupción; nuestro corazón no debe cesar de amar a ese Dios a quien ha encontrado ya una vez, a este Dios objeto de su descanso y fin de su existencia. 4. Con todas nuestras fuerzas. Todas las facultades de alma y cuerpo según todas sus fuerzas y en toda su extensión se aplicarán continuamente a Dios y se emplearán para lograr su gloria. Tal es el resultado de los votos de religión que atacan a las tres concupiscencias: la de los ojos, la de la carne y el orgullo de la vida. ¡Feliz aquel a quien el Señor llama a la vida religiosa y que oye su voz! Ninguna consideración de orden humano podrá hacerle vacilar ante los bienes que le están reservados.

15º Ejercicio

417. *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.*

Tal es el cántico de agradecimiento que entonará el religioso después de haber hecho sus votos con santas disposiciones. ¿Cuáles son esos vínculos de que habla David? -Son innumerables: lazos interiores, lazos exteriores, lazos que nos unen al demonio, al mundo y a nosotros mismos; lazos de las tres concupiscencias. Tales son los lazos que hay que romper para llegar a la gloriosa libertad de los hijos de Dios: *vocati estis in libertatem filiorum Dei*. Sin duda alguna que cuesta mucho el renunciar a todo y principalmente el romper los lazos que nos atan a nosotros mismos. Hay que arrancar de nuestro corazón este amor propio que ha echado en él tan hondas raíces; pero, superadas estas dificultades, las victorias logradas a fuerza de tantos combates serán para nosotros tanto más gloriosas y así apreciaremos mejor la suerte dichosa de nuestra liberación.

(XLIII) V

1829. CHAMINADE (Gouverd)

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN LORENZO

De puño y letra de Gouverd

Instrucciones y meditaciones diversas. 1829

418. Dios ha sacado al hombre de la nada formándole de tierra y polvo. Dios quiere ser amado y servido por sus criaturas en este mundo. Como recompensa, les promete una dicha y una vida eternas. Nada mejor para animarnos a cumplir todos nuestros deberes con nuestro Creador; en esto consiste la dicha y contento del hombre y su esperanza del Cielo. ¿Es que el hombre encuentra su dicha en las criaturas? Jamás. No ha habido ni habrá hombre alguno que encuentre su dicha en las criaturas: amigos, honores, riquezas, placeres, talentos, reputación, etc. Todo esto no es capaz de contentar al hombre ni de darle su verdadera felicidad. ¿En dónde, pues, encontrará el hombre su felicidad? -En Dios y en todas las criaturas que nos llevan a Dios. ¿Hay algo más capaz de hacer feliz al hombre que esta fidelidad en cumplir los deberes de su estado? Esta caridad, esta humildad, esta abnegación, esta renuncia total de sí mismo y por fin hacer la voluntad de Dios y obrar por El solo en todas las cosas.

Primer ejercicio.

NECESIDAD INSOSLAYABLE DE MORIR

419. *Credo in vitam aeternam.*

¿Cómo asegurar la vida eterna? 1. Recibiendo dignamente los sacramentos. 2. Llevando una buena vida; es decir, llevando una vida más regular y más exacta en el cumplimiento de todos nuestros deberes, ya sea como cristianos, ya como religiosos, o como sacerdotes.

PRIMERA PARTE. Se meditará profundamente acerca de la necesidad insoslayable de morir: ¿qué es la muerte?, el fin del tiempo, el paso a la eternidad; incertidumbre de su hora, peligro en que estamos de morir en cualquier momento y de pasar del tiempo a la eternidad. El juicio terrible que necesariamente tendremos que pasar en el momento de morir.

Compareceremos ante Dios, sabiduría eterna, inteligencia infinita a quien nada se le oculta, sino que todo le está patente y que, por consiguiente, nos juzgará con toda verdad. Compareceremos ante Dios, justicia eterna e inflexible que, por consiguiente, nos juzgará con todo rigor. Ante este juez temible, tendréis que dar cuenta de todas las gracias que hayáis recibido de Dios en el transcurso de toda vuestra vida y de todos los males que hayáis hecho. Al mismo tiempo, considerad el sacramento de la penitencia como medio único que tenemos, tanto para asegurarnos contra las sorpresas de la muerte como para prevenir los juicios de Dios.

420. Jesucristo, por una misericordia infinita ha establecido en su Iglesia este sacramento como un tribunal de gracia y de misericordia, en donde reconociéndonos y confesándonos pecadores, podemos, por nuestra acusación, prevenir el rigor de la justicia de Dios. En este tribunal de la misericordia somos, a la vez, culpados, acusadores y testigos que deponemos contra nosotros mismos.

Jesucristo es el Juez; pronuncia su sentencia por boca del sacerdote, su sustituto; pero con el compromiso por su parte de que, si nos acusamos debidamente, con verdadero dolor, ya no tendremos nada que temer ante el tribunal de la justicia de Dios. Cristo confirma la sentencia, o más bien, la absolución que nos hayan dado en el tribunal de la Penitencia.

Acordémonos, pues, de que el juicio de Dios lo tenemos en nuestras manos y que depende de la confesión que vamos a hacer. Acordémonos de que, si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados. En proporción de la sinceridad de nuestra confesión, de la verdad de nuestra contrición, la justicia de Dios

se doblará y su misericordia nos perdonará. Ya no nos quedará más que la obligación de satisfacer a la justicia de Dios.

2º Ejercicio

NECESIDAD INDISPENSABLE DE MORIR

421. Hay que morir: nada hay más cierto. Así lo enseña la fe.

Hay que morir: nada hay más evidente. Así lo demuestra la razón.

Hay que morir: nada hay más palpable. La experiencia nos lo hace tocar con el dedo.

3º y 4º Ejercicios QUE ES LA MUERTE

422. La muerte considerada cristianamente es el paso de esta vida mortal a la felicidad o a la desgracia eternas. La muerte, pues, encierra dos cosas en su concepto: el punto de partida y el de llegada. Respecto al primero, la muerte es para nosotros el fin del tiempo y de todas las cosas temporales. Respecto al segundo, la muerte es para nosotros la puerta de entrada en la eternidad bienaventurada o desgraciada.

NOTA: Este ejercicio puede constituir dos meditaciones acompañadas de las reflexiones y de las resoluciones que provoca.

5º Ejercicio

DE LA PROXIMIDAD DE LA MUERTE, O DEL PELIGRO EN QUE ESTAMOS, EN TODOS LOS MOMENTOS, DE MORIR

423. *Acordaos de que la muerte no está lejos* (Eccl. 14, 12).

Dos verdades:

Primera: Lleváis continuamente la muerte en vuestra propia sangre.

Segunda: La muerte os rodea por todas partes y os lleva como en su seno. Todos podemos decir con San Pablo: *Oigo continuamente en mí mismo decretos de muerte*. Estamos en un peligro mayor de morir que si fuésemos de vidrio. ¿Dónde está nuestra fe?

6º Ejercicio

424. CONCLUSIÓN EN TRES PALABRAS Y TRES PUNTOS:

Videte, ved; vigilate, velad; orate, orad.

¿He hecho el recuento de mi vida pasada, he pensado en mi eternidad, he meditado en ella toda la noche, he conversado conmigo mismo, he tenido el espíritu agitado por el temor, he tenido cuidado de limpiar mi alma?

7º Ejercicio

425. *Scrutabor Jerusalem in lucernis*: escrutaré a Jerusalén a la luz de las antorchas.

Aquí Jerusalén es la figura de nuestra alma. El Soberano Juez, la verdad misma examinará con rigurosa exactitud nuestra vida entera. Este examen tendrá tres temas: 1. Los dones de Dios y el abuso que de ellos hayamos hecho. 2. Los pecados cometidos contra su santa Ley. 3. Las omisiones en el cumplimiento de su Ley.

PRIMERA PARTE: Los dones de Dios y el abuso que de ellos hayamos hecho. 1. Dones espirituales. 2. Dones corporales. 3. Dones temporales. Los dones espirituales son: 1, naturales; 2, adquiridos; 3, gratuitos.

426. 1º Dones espirituales naturales: nuestra alma hecha a imagen y semejanza de Dios, inmortal como El, espíritu como El, salida de su seno, destinada a entrar de nuevo en Dios y gozar

eternamente de su dicha. ¿Qué ha sido de nuestra alma? ¿Cómo la hemos cultivado y alimentado? Si Dios nos ha prohibido expresamente el ser homicidas de nuestros cuerpos-los cuales, después de todo, no son más que polvo-¿qué no exigirá de nosotros en lo referente a la conservación de nuestra alma? ¡Qué extraño abuso hemos hecho de nuestra inteligencia creada para buscarle y amarle!

¿Cómo hemos aprovechado de la educación y de los medios de que hemos dispuesto, para hacer fructificar los talentos con que Dios nos había favorecido?

427. 2º Dones corporales: la salud, la fuerza y mil dotes más que debían contribuir a la gloria de Dios. ¿Acaso no han estado al servicio de nuestro amor propio y de nuestras pasiones?

3º Dones temporales: riquezas, honores, estima de nuestros semejantes y tantos otros beneficios del mismo género que la Providencia nos había concedido.

Arrepentimiento, amargo pesar por el pasado, amor, agradecimiento respecto al porvenir.

8º Ejercicio

428. *Statutum est hominibus semel mori; post hoc autem iudicium.*

El mismo decreto que somete al alma a la muerte, la somete también al juicio el cual será terrible porque el Soberano Juez lo será en su propia causa. Para prevenir tal rigor, juzguémonos a nosotros mismos con severidad a ejemplo del Soberano Juez. Dos cualidades harán temible este juicio: 1, la verdad; 2, la equidad.

429. 1. La verdad. Una vez que la muerte haya herido a su víctima, en el mismo lugar en que se separe del cuerpo, se presentará el Soberano Juez resplandeciente de luz. El alma, iluminada con un rayo de aquella luz divina, verá, en un abrir y cerrar de ojos, todo cuando haya hecho, toda la materia de su examen. Se abrirán varios libros. El primero será el del Evangelio;

el alma lo leerá y comprenderá perfectamente; verá con terror sus descarríos y se verá ella misma tal como la fidelidad a la gracia o el pecado la hayan dejado; participará del conocimiento que tiene el Soberano Juez, el cual es llamado en la Escritura *scrutator cordis*: el escrutador de los corazones. Este Juez le mostrará los principios y el tiempo de su conducta, las malas intenciones, la falta de rectitud que han echado a perder las mejores obras: confesiones o incluso comuniones a las cuales se creía estar suficientemente preparado, buenas obras de todo género. El Juez lo examinará todo descubriendo en ello una multitud de defectos e imperfecciones.

Renum testis: El testigo de nuestros corazones. Nuestros pensamientos más secretos y nuestros sentimientos más íntimos quedarán al descubierto.

No sólo oírás aquellas palabras proferidas y que han sido escuchadas por los hombres, sino que penetrará en el fondo del alma, oyendo allí aquella voz tumultuosa de las pasiones, imaginaciones extravagantes o criminales, deseos ambiciosos, viendo lo que nosotros mismos ignoramos y pesándolo todo con la balanza del santuario. Pero si su ojo penetrante ve tantos defectos en nuestras buenas obras, ¿qué no verá en las malas?

430. 2. Lo juzgará todo con equidad. No es difícil de comprenderlo por poco que se piense acerca de su cualidad de Soberano Juez. El castigo será rigurosamente proporcionado al género y a la enormidad de los pecados. Lo que, sobre todo hará terrible a este juicio será el aspecto de un Dios, que es juez irritado en su propia causa, de un Dios que será, a la vez, testigo, acusador y juez que pronuncia su sentencia sin apelación alguna.

Todos los siglos le están patentes: Todas nuestras iniquidades se le presentarán, creciendo su ira e indignación según el número, la gravedad de nuestras faltas y el tiempo de la impenitencia: ¿Qué deberá esperar un pecador que ha pasado su vida en el endurecimiento del corazón? Ya ha llegado el tiempo de desengañarse. Examinémonos seriamente. Cierto es que no recibiremos una perfecta claridad más que en la hora de nuestra muerte; pero si, despojándonos de todos nuestros intereses

personales, tomamos contra nosotros mismos la causa de Dios, si como El nos juzgamos con verdad y con equidad, su gracia penetrará en nuestros corazones derramando en ellos su luz y después de haber ejercitado contra nosotros mismos un santo rigor, podremos comparecer con más confianza ante el santo tribunal de Dios.

9º Ejercicio

431. *Redde rationem villicationis tuae.*

Al oír la voz terrible y amenazadora de su Dueño, el siervo permaneció confuso y desconcertado: sintió que había abusado de la confianza de su amo cuyos bienes había dilapidado. Aquel siervo era la figura del pecador. Este pecador ingrato tendrá que oír, no sin estremecerse, la voz del soberano Juez que le pedirá cuentas acerca de su vida entera. Nos preguntarán: 1. Acerca del mal que hayamos realizado. 2. Acerca del bien que hayamos omitido.

1. Sobre el mal que hayamos hecho. Pecados de pensamiento, de palabra y de obra. 1.º Pecados de pensamiento: pensamientos inútiles, vanos y criminales. 2.º Pecados de palabra: palabras ociosas, vallas, obscenas, maledicencias, calumnias. 3.º Pecados de obra: contra Dios, contra el prójimo y contra sí mismo.

2. Sobre el bien que hayamos omitido: deberes para con Dios, con el prójimo y consigo mismo. ¡Qué cantidad tan innumerable de transgresiones. ¿Cómo lograr misericordia? No hay otro medio que la penitencia unida a los méritos de Cristo, ministro plenipotenciario de la justicia divina y administrador de su misericordia.

10º Ejercicio

432. *Ipse propitiatio est pro peccatis nostris non solum pro nostris sed pro totius mundi.*

No hay otro medio de satisfacer a la justicia divina que la propiciación del Salvador. No se nos perdonan nuestros pecados más que en virtud de los méritos de Cristo que se nos aplican en el sacramento de la Penitencia. La confesión comprende esencialmente

tres partes: la contrición, la acusación de las faltas y la satisfacción, a cuyas partes se refieren el examen y el propósito de la enmienda.

433. Para sacar de la confesión y de cada una de sus partes el fruto que cabe esperar hay que emplear tres medios: 1º La fe en Cristo. 2º La esperanza en El. 3º La oblación de esta santa víctima en expiación de nuestras ofensas.

Para lograr la satisfacción, habrá que trasladarse en espíritu al Calvario y contemplar en él al divino Salvador clavado en la cruz por nuestros pecados. Se excitará a la acusación considerando al Señor puesto en parangón con Barrabás el cual es preferido a El, o bien verle crucificado entre dos ladrones o criminales.

434. Habrá que excitarse a contrición acompañando al Señor en el Huerto de los Olivos en donde riega con su sangre, aquel suelo teatro de su dolor. Por consiguiente, la fe será nuestro gran principio; de ella nacerá la confianza y el alma, penetrada de este dulce sentimiento, se unirá íntimamente al Señor ofreciéndole como víctima propiciatoria y ofreciéndose ella a sí misma generosamente para obtener misericordia. Es de fe que el alma que contempla así a Cristo, que se apropia sus sentimientos y se identifica, por decirlo así, con El, recibirá el perdón de todas sus iniquidades: *Como Moisés puso en alto una serpiente en el desierto, así es preciso que el Hijo del Hombre sea también levantado a fin de que quien crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna.*

11º Ejercicio

435. *Fiat tibi secundum fidem tuam!:* que te suceda según tu fe.

La mayor parte de los milagros del Señor parecen haber sido el premio de la fe. Pero donde más maravillas opera la fe es en la Eucaristía. La fe debe intervenir: 1. En la preparación. 2. En la acción de gracias.

En la preparación. Dos disposiciones son esenciales: un ardiente deseo de unirse a Jesús y el desapego a todo pecado venial. El deseo de este alimento celestial es tan necesario al alma como el apetito lo es al cuerpo en cuanto a los manjares corporales. Así como un estómago ya lleno no puede recibir alimento alguno, de la misma manera, el alma llena de malos afectos no podría saborear este alimento sagrado que nos envidian los ángeles.

436. La acción de gracias es la digestión de este divino manjar, y la que asegura sus magníficos frutos. *Manducate*: es propiamente la manducación; pero hay que saber digerirlo por el sacramento y que, en el exceso de su placer, el alma pueda saltar de gozo y exclamar como San Pablo: *vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus*.

12º Ejercicio

437. *Quis poterit habitare cum igne devorante?*

Se puede formar alguna idea acerca del pecado venial viendo el modo espantoso como Dios lo castiga en el Purgatorio. En él se experimentan dos penas principales: la de daño y la de sentido.

La pena de daño-aunque no sea la misma para las almas santas detenidas en esta morada de expiación que la de los réprobos en el infierno-es, sin embargo, inconcebible; según San Juan Crisóstomo es muchísimo más insoportable que la del fuego. El mayor suplicio que puede sufrir en esta vida un alma piadosa que tiende generosamente hacia Dios es el sentir que no le ama como ella querría. ¡Qué tormento para esas almas amigas de Dios y que están ardiendo en caridad el no poder ver a ese Dios hacia el que tienden sin cesar con una fe increíble y verse rechazadas por El. ¿Cómo será, pues, esta pena de daño muy superior a la del fuego, ya que ésta es tan espantosa? Efectivamente, si se exceptúa el aspecto de la eternidad, este fuego es lo mismo que el del infierno. Es un fuego material que, por un milagro de la omnipotencia de Dios, actúa inmediatamente sobre las almas, pero con una actividad de la que el fuego de aquí abajo no nos da la menor idea; su efecto es el mismo en el Purgatorio que el agua en

la tierra: purificar las almas, penetrándolas en toda su sustancia para borrar las menores manchas.

Conclusión: delicadeza extrema en velar sobre sí mismo para evitar el pecado venial. Exactitud severa en el cumplimiento de todos los detalles de la regla.

13º Ejercicio

438. *Si vis ad vitam ingredi serva mandata; si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes et da pauperibus, veni sequere me:* si queréis entrar en la vida, guardad los mandamientos. Si queréis ser perfectos, id, vended cuanto tenéis, dádselo a los pobres y venid y seguidme.

Aquí tenemos los dos caminos que conducen a la vida; caminos, sin embargo, muy diversos.

El primero es más espacioso y común a todos los hombres. El segundo, mucho más estrecho, es especialmente el de los religiosos. Uno y otro conducen al mismo fin: la vida eterna. Ambos tienen por objeto y por fin el amor de Dios.

Pero ¡qué difícil es amar a Dios en medio de la opulencia y de la prosperidad! Por el contrario, ¡qué fácil y dulce es unirse a Dios cuando se ha dejado todo para seguirle. Esta dicha está reservada a los religiosos. Dos grandes medios conducen a ella: 1. Los votos. 2. Los ejercicios de la vida religiosa. Ambos abrirán infaliblemente a cuantos los empleen, las puertas del Cielo.

14º Ejercicio

439. *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te, quid ergo erit nobis?:* Mira que nosotros te hemos seguido dejándolo todo, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?

A esta pregunta de San Pedro Cristo responde: *Quien haya dejado su casa, su madre, sus hermanos o hermanas o sus campos, recibirá el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro: qui reliquerit, etc.*

El alma generosa que haya renunciado a todo para seguir a Cristo, cumplirá sin dificultad este gran precepto que es el fin de toda la fe como es también el objeto y la perfección religiosa: *diliges, etc.* Se comprende qué renuncia universal y qué amor tan perfecto supone esta abnegación que: 1. Nos separa de todas las cosas de la tierra. 2. Nos une a Dios. Ambas ventajas son inseparables, acrecentándose recíprocamente.

440. Este desprendimiento absoluto lleva a la caridad perfecta que consiste en amar: 1. Con todo su corazón; este corazón desprendido de todo afecto terreno y de todo amor propio se orientará por entero hacia Dios. 2. Con todo su espíritu. Fuera pensamientos vanos, fútiles acerca de las cosas de este mundo. Dios será en adelante el objeto de todos nuestros pensamientos, planes y meditaciones. 3. Con toda nuestra alma; es decir, durante toda nuestra vida, sin interrupción alguna nuestro corazón no debe dejar de amar a Dios a quien, por fin, ha encontrado; a este Dios, objeto de nuestro descanso, y fin de nuestra existencia. 4. Con todas sus fuerzas. Todas las facultades de alma y cuerpo, con todas sus fuerzas y su extensión se aplicarán continuamente a Dios y se emplearán en su gloria. Tal es el resultado de los tres votos de religión que combaten las tres concupiscencias: la de los ojos, la de la carne y la soberbia de la vida. ¡Dichoso aquel a quien el Señor llama a la religión y que oye su voz! Ninguna consideración humana podrá hacerle vacilar en lo tocante a las ventajas que le están reservadas.

15º Ejercicio

441. *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.* Habéis roto mis ligaduras; os ofreceré un sacrificio de alabanza. Tal es el cántico que entonará el religioso después de haber emitido los votos

con santas disposiciones. ¿Cuáles son esos lazos de que habla David? Innumerables: lazos externos e internos, lazos que nos unen al demonio, al mundo y a nosotros mismos, lazos de las tres concupiscencias: he ahí los lazos que hay que romper para llegar a aquella gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sin duda alguna que cuesta mucho el renunciar a todo y principalmente, romper con cuanto nos une a nosotros mismos para arrancar de nuestro corazón ese amor propio que tiene echadas en él tan profundas raíces. Pero si estas dificultades anuncian victorias logradas a fuerza de combates son tanto más gloriosas y así apreciaremos mejor el estupendo estado de nuestra liberación.

442. Cuando se tiene consigo al Señor, ¿qué otra cosa se puede desear ya? ¿Qué no se puede esperar? ¿De qué se puede uno afligir? No hay día alguno en que no tengamos que hacer algún sacrificio; a menudo, en el mismo día se presentan varios que hay que realizar. Si supiésemos aprovecharnos de ellos ¿qué cantidad de méritos podríamos adquirir? ¿Necesitaríamos otra cosa que de estos sacrificios diarios para hacernos santos y aun grandes santos? Dios mío, vengo a ofrecértelos y a pedirte la gracia de ofrecértelos de un modo digno de Ti. Enséñame a beber de esta fuente abundante de méritos. He descuidado esta práctica porque no conocía su valor. ¿Cuántas ocasiones para ganar méritos me deparáis, Dios mío a lo largo del día? A cada instante me estáis ofreciendo inmensos tesoros; pero los pierdo y dejo que mi negligencia venga a arrebatármelos.

443. En el curso ordinario de la vida hay penas que aguantar, cruces que llevar. Entre aquellas penas, las hay vivas, sensibles y tan dolorosas que siempre están presentes derramando una amargura continua en el alma, haciéndonos pasar todos los días de la vida en la tristeza y en el duelo. Dios mío: si se supiera sacar provecho de ellas para el Cielo y ofrecéros las a medida que se presentan, ¡cuántos sacrificios de agradable olor subirían cada día hasta Vos!

444. Estamos en un estado de vida y en cada estado hay que cumplir sus correspondientes deberes diarios. Entre esos deberes, los hay penosos, molestos y muy onerosos. Hay conveniencias que

guardar, cuidados que tomar, atenciones que prodigar, visitas que recibir o hacer, mil ocupaciones, mil sujeciones y otras tantas inquietudes y molestias que sobrellevar. Hay que quebrantar su voluntad propia, contrariar sus inclinaciones personales, hacer a menudo lo que uno no querría y no hacer lo que uno desearía; todo esto molesta, inquieta, aburre y a menudo nos abruma. ¡Dios mío! Si todo esto lo sufriésemos por vos y conforme a vuestra voluntad, ¡cuánto podría merecernos, cada momento, para nuestra eternidad! Pero estos sacrificios para hacerlos dignos de Dios ¿de qué modo hay que hacerlos y por qué motivos debemos ofrecerlos?

Para hacer unos buenos Ejercicios Espirituales

445. No hay cosa mejor que seguir el método de San Ignacio. Presenta como primera meditación, el fin del hombre, lo cual sirve de fundamento a todo lo demás. Después viene la consideración de los pecados y de los castigos que merecen. A continuación se medita sobre la muerte y el juicio para moverse a penitencia. Luego propone un modelo perfecto que es Nuestro Señor, al cual quiere que se le contemple en su encarnación, navidad, circuncisión, etc. y demás actos de su vida. Después de tales meditaciones quiere que entremos dentro de nosotros mismos para ver si estamos dispuestos a vencer todos los obstáculos que nos impiden seguir a nuestro Jefe y nuestro Dios. Además de las meditaciones, quiere que se haga cada día una hora de consideración y de reflexión sobre la reforma de la vida. El tema de estas consideraciones debe ser o alguna acción del día o algún punto de espiritualidad o perfección.
446. 1. Se puede, por ejemplo, considerar el modo cómo se hace o se debe hacer la oración. 2. Cómo se hace el examen de conciencia y se ocupa el tiempo destinado a ese ejercicio. 3. Cómo se suele oír la Santa Misa y cuál es la preparación que llevamos a la Sagrada Comunión de la que depende nuestra felicidad. 4. Entretenerse interiormente con lo que se refiere a la conversación. 5. Ver de qué manera solemos tomar nuestras comidas y cómo tomamos el alimento que nos dan. 6. Su cargo, su oficio y sus

demás ocupaciones. 7. La mortificación y penitencia. 8. El sueño y demás cuidados que exige el cuerpo. 9. El adorno del cuerpo, las diversiones y demás cosas que se refieren al exterior del hombre.

1.ª Instrucción

16 de abril de 1829. Lunes Santo

447. *Hay un camino que parece recto al hombre; pero cuya meta es la muerte.*

Este camino que parece recto al hombre, pero que el Espíritu Santo nos dice que conduce a la muerte es la tibieza, si la pintamos tal como es. Porque la tibieza es:

1. Injurosa a Dios por naturaleza misma que encierra tres caracteres de malicia: el alma tibia permanece en ese estado de propósito deliberado y conocimientos pleno y entero.

2. Una ingratitud, ya que el alma tibia pisotea los beneficios de Dios, es insensible a sus hermosas promesas y no teme las amenazas más terribles.

448. 3. Una perfidia, simulando rendirse para luego atacar de nuevo recibiendo nuevos favores, tomando nuevos compromisos y faltando de nuevo a ellos. Es pernicioso en sus consecuencias, ya que merece que Dios la abandone y le retire sus gracias que dará a otras almas más fieles.

4. El alma tibia, abandonada así de Dios y privada de sus favores, no encuentra ya más que esterilidad. En todas sus obras ¡qué disgusto!, ¡qué amargura en el servicio de Dios! El alma tibia, así abandonada, privada de socorros poderosos, entregada a sí misma, a sus penas y a sus hastíos en el servicio de Dios, debilitada por una parte, y, por otra, forzada por sus terribles hastíos acaba por entregarse al demonio, abandonándose al desorden terrible del pecado mortal.

1.ª Conferencia

LA CARIDAD

449. 1. Su excelencia. La caridad ocupa el primer lugar entre los dones de Dios. San Pablo, después de haber recordado los diferentes dones del Señor, anuncia un camino aún más perfecto: la caridad. El Espíritu Santo nos dice que la caridad prevalece sobre la fe y la esperanza porque permanece eternamente; es la reina, la fuente de vida de las demás virtudes, es la fuente del mérito del justo.
450. 2. Sus diversas clases. La caridad tiene dos ramas, una de las cuales mira a Dios y la otra, al prójimo; sin embargo, no pueden subsistir la una sin la otra. "Quien no ama a su prójimo a quien ve -nos dice San Juan-¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve?"
451. 3. Su naturaleza. La primera es una virtud que nos lleva a amar a Dios a causa de las divinas perfecciones que se consideran en El, o en las criaturas en las cuales resplandecen. La segunda es una virtud que nos impulsa a amar al prójimo en atención a Dios y por un motivo de fe. De esta última se hablará a lo largo de las tres conferencias.
452. 4. Motivo de la caridad para con el prójimo. Hay que amar al prójimo por amor a Dios, o porque es la imagen de Dios, o porque ha sido redimido con la sangre de Cristo, o porque es miembro del cuerpo místico, o porque es nuestro hermano, ya que tenemos el mismo Padre en el Cielo, pues el amor humano no basta.

2.ª Conferencia

LA CARIDAD

453. 5. Su necesidad. La caridad es de una rigurosa y absoluta necesidad; primero porque Cristo nos ha dado un mandato formal, indispensable y esencial y nos ha dado ejemplo de ella. Toda su vida y todo su ser no fueron más que un

encadenamiento de actos de caridad heroica para con los hombres. Luego, mediante sus palabras, inculcadas y repetidas sin cesar, metió bien adentro en el espíritu y en el corazón de sus discípulos este gran precepto de su corazón. Por último, porque Cristo hizo de la caridad la base y el fundamento inquebrantable de su santo Evangelio el cual se desmorona y cae en ruinas desde el momento en que se quiera quitar la piedra angular de la caridad. Por eso también Cristo hizo de ella el carácter distintivo del cristiano y quiere que se pueda reconocer a sus verdaderos discípulos por sola esta señal.

454. 6. Su extensión. La caridad abraza a todos los hombres uniéndoles estrechamente por sus dulces lazos sin excluir a uno solo, aunque sea nuestro enemigo más encarnizado. Abarca todos los tiempos, obligándonos en todo tiempo a evitar cuanto pueda herirla en nosotros o en nuestros hermanos, haciendo siempre a los demás lo que quisiéramos que nos hiciesen a nosotros mismos. Abarca todas las necesidades, haciéndose todo a todos para ganarlos a todos a Jesucristo, usando, por consiguiente, de consideraciones, de atenciones, soportando, tomando precauciones según las necesidades espirituales y corporales y aliviando al prójimo en cuanto nos sea posible.

455. 7. Su regla. Jesucristo, como sabio legislador nos ha dado, en este gran precepto de la caridad una doble regla por medio de la cual estamos seguros de no faltar. Consiste en amar al prójimo como a nosotros mismos y como Cristo mismo nos ha amado; amar al prójimo como a sí mismo es amarle a pesar de sus defectos, porque también reconozco en mí defectos y me amo a mí mismo, sin embargo, excusando mis defectos, disminuyéndolos, compensándolos por medio de mis buenas cualidades, ocultando naturalmente los defectos, etcétera. Todo esto debo hacer con mis hermanos si quiero amarlos realmente como a mí mismo. Amar al prójimo como el mismo Cristo nos ha amado es sacrificar por él nuestros intereses como Cristo también sacrificó los intereses de su gloria, de su descanso, etc., e incluso su vida por redimirnos.

3.ª Conferencia

LA CARIDAD (Gouvert)

456. 8. Los medios de una caridad práctica.

1. El primero es hacer actuar la fe, esforzándose por no ver más que a Cristo en la persona del prójimo, en quien ha hecho cesión de todos sus derechos, queriendo que hagamos con nuestros hermanos todos los buenos oficios posibles de los que El mismo no necesita, pero que sabe que los necesita el prójimo. Promete tener y recompensar o castigar como hecho a sí mismo cuanto se haya hecho al prójimo.

457. 2. El segundo medio es sufrir con paciencia los defectos del prójimo. Al hacer su plan sobre este particular estando bien persuadido de que habrá siempre defectos tanto en sí mismo como en los demás, resolverse a ser generoso para soportar los defectos mutuos porque no hay esperanza de corregirlos todos. No se puede odiar a nadie a causa de sus defectos; es preciso soportarlos con paciencia.

458. 3. El tercer medio consiste en no meterse, si no se tiene obligación en las cosas de los demás. Obrar de otro modo es, primero, un trabajo inútil del que habrá que dar cuenta ante el tribunal de Dios; es una inquietud apasionada y, por último, una causa de antipatías, de divisiones, maledicencias y algunas veces incluso, de calumnias. Un buen religioso debe tener tres cualidades esenciales: ser sordo para cuanto no le importa y no sirve más que para satisfacer su curiosidad; ser ciego para no ver nada de cuanto sucede extraño a su deber, sobre todo cuando se trata de los defectos del prójimo; ser mudo para no decir nada cuando la gloria de Dios o la salvación del prójimo no está en juego.

459. 4. El cuarto medio es hacer caso sólo con mucho discernimiento a nuestras propias sospechas y a los relatos del prójimo. Primero los informes. Hay que ser muy discreto lo mismo para recibirlos que para creer en ellos porque la persona que nos los hace sin que a ello le obligue su cargo, demuestra que no tiene caridad y es sospechosa de no amar al prójimo. Falta a la

discreción, sembrando de ese modo gérmenes de división, de acritud, de sospechas, de antipatías; se envilece y se degrada demasiado para creerla fiado de su palabra; además, a menudo es la pasión o la prevención quienes la hacen obrar de un modo tan imprudente; al creerla nos exponemos a obrar tan injustamente como ella. Por último, qué raro es que tales informes no sean exagerados, algunas veces, falsos y de vez en cuando, calumniosos en cuyo caso el admitirlos sin discreción sería participar, ante Dios, de cuanto tienen de odioso y de culpable. Además, por lo que se refiere a las sospechas que uno está tentado de tener, se expondría al mismo peligro de seguir su propia pasión, su resentimiento personal, su antipatía, incluso su enemistad y por lo mismo se expondría a ser muy injusto juzgando temerariamente y condenando sin compasión al inocente... o bien a incurrir en maledicencia o calumnia revelando defectos ocultos del prójimo. De todo esto hay que deducir con Cristo, que no hay que juzgar nunca a nadie si uno no quiere ser juzgado, y que no hay que condenar a nadie nunca para no ser condenado. Amén. Así sea.

Instrucción del martes por la mañana EL JUICIO PARTICULAR

460. *Omnes nos stabimus ante tribunal Christi*: porque todos nosotros, compareceremos ante el tribunal de Cristo (Rom. 14, 10).

Hay grandes y poderosos motivos que nos impulsan a hacer el bien y a practicar la virtud, viviendo como buenos religiosos y si el motivo de la caridad de Dios que producía una impresión tan grande sobre San Pablo no nos impresiona a nosotros, rindámonos al motivo de la justicia ya que compareceremos todos ante el juicio de Dios para que nos juzgue tanto sobre el bien como sobre el mal que hayamos hechos, juicio que tendrá lugar inmediatamente después de la muerte de cada uno de nosotros y que por esta razón se llama juicio particular. Nos es, pues, útil pensar en este juicio y prevenirlo preparándonos al mismo. Tenemos que acordarnos, para esto, de que hay una cosa cierta: que seremos

juzgados y que quien nos juzgará es el mismo Cristo. ¿Quién no temblará ante este recuerdo, ante este pensamiento de ser juzgado por un Dios y no por una criatura? ¿Quién no encontrará en esto un poderoso aguijón para inclinarse hacia el bien y despertar de su tibieza?

461. ¿Cómo y de qué seremos juzgados? Será en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la luz de Cristo y de su Evangelio porque, a esta luz, todo lo que estaba escondido y oscuro aparecerá claro, tal como es, de modo que Dios verá y conocerá al hombre y toda su vida, todas sus acciones, sin faltar nada. Y no sólo Dios conocerá nuestra vida, sino que también nosotros nos veremos y nos conoceremos tal como Dios nos conoce; conocimiento que nos obligará a condenarnos y a aprobar el juicio y la sentencia que Dios nos dé. Poderoso motivo para inclinarnos al bien y para prevenir un juicio desfavorable.

462. CONSEJOS PRACTICOS:

1. Meditaré a menudo en el rigor de vuestros juicios; recordaré a menudo este pensamiento tan capaz de inspirarme un temor saludable. 2. Procuraré prepararme cada día a este juicio; me juzgaré severamente a mí mismo; pondré este juicio por encima de los juicios humanos cuando me alejen de vuestra santa Ley. 3. Seguiré el consejo del profeta penitente en todas las reglas de mi conducta ya que todo eso constituirá la materia de mi juicio. 4. Por último, esperaré en Vos, implorando vuestra misericordia, procurando estar dispuesto a comparecer ante Vos cuando me llaméis. De este modo trabajaré por hacer propicio a mi juez y favorable su juicio. Tales son mis sentimientos. ¡Ojalá pueda mantenerlos durante mi vida entera y llevarlos grabados en mi corazón hasta que llegue el momento de comparecer ante Vos!

LOS TERRIBLES JUICIOS DE DIOS

463. He aquí un tema que dará mucho que meditar y que temblar.

El mundo pasa como una figura que dura un momento y que pronto habrá dejado de existir. Reflexiones. La vida se desvanece como un sueño, esperando el despertar que acabará el adormecimiento. La mayor parte de los hombres pasan sus días en la disipación, la agitación, el olvido de sí mismos y de Dios. Viven casi como si nada tuvieran que esperar o temer después de esta vida, abusando sin cesar de la misericordia divina que les invita a penitencia.

464. La justicia tendrá su tiempo y exigirá sus derechos con tanto mayor rigor cuanto que el Sumo Juez habrá usado de mayor bondad. Sí, llegará un día, aquel día terrible y aparecerá el juez irritado, aquel juez ultrajado, aquel juez inflexible; se mostrará a los pecadores con aquella majestad que éstos habían despreciado. Prodigios maravillosos de poder y de terror anunciarán su venida y serán los precursores de su juicio y de sus venganzas. Llenos de sorpresa y de terror, veremos cómo a la voz del Soberano Juez el Sol se eclipsará y rehusará su luz a los hombres maravillados; veremos a la Luna cubrirse de sangre, a las estrellas arrojando humo y desprendiéndose del firmamento; una oscuridad espantosa derramándose por todo el universo y cubriéndolo de sombrías tinieblas; la tierra entera estremecida hasta sus cimientos temblar y llevar a todos los corazones el temblor que la agita a ella misma; al mar, lleno de furia, salir de sus límites; veremos a la Naturaleza entera sumergida en la turbación, en la confusión, en la consternación y el terror general tender a una destrucción universal; en aquel momento, un fuego vengador, encendido por el soplo de la ira de Dios se elevará del seno de la tierra y consumirá, finalmente, este vasto universo; veremos al género humano destruido y el mundo que llega a su fin. Reflexionemos.

465. Miradlo aniquilado, el mundo entero. Ya no es más que un montón de cenizas inanimadas y cubiertas de espesa humareda. ¿Valía la pena de forjar tantos deseos en torno a este mundo perecedero, tantos proyectos, librar tantos combates, cometer

tantos crímenes y desórdenes? ¿Qué ha sido de las riquezas, de los placeres, de los honores y de quienes los poseían? ¿No se sabía que todo iba a perecer y que habría que dejarlo todo un día para dar cuenta de ello al Juez Supremo?

Al oír el primer sonido de la trompeta fatal que los ángeles harán resonar, todos los muertos saldrán de su sepulcro y se juntarán en aquel valle en que habrá reunión general de todos los hombres que han sido, son y serán. Sí. Todos, tales como somos, seremos citados a aquel tribunal terrible en que el Soberano Juez nos preguntará y examinará sobre todo, y con el mayor rigor.

466. Juzgará nuestros pensamientos; tantos pensamientos malos, vergonzosos, criminales, temerarios. ¡Qué materia de juicio! Juzgará nuestras palabras; las pesará; palabras inútiles, ociosas, libres, indecentes, impías y escandalosas. ¡Lástima que no hayamos puesto un freno a nuestra lengua! Juzgará nuestros afectos y sentimientos, sondeando el fondo de los corazones y desvelando sus afectos bajos e indignos, culpables y desarreglados, injustos y funestos. ¿De qué no eran capaces nuestros corazones cuando les dominaba la pasión? Juzgará nuestras acciones y cuantos motivos las animaban: vanidad, complacencia, amor propio, respeto humano, interés y tantos otros gusanos roedores que infectaban todas nuestras obras con su funesto veneno. Juzgará, incluso, nuestras justicias y nuestras pretendidas buenas obras, tan a menudo defectuosas e imperfectas por sus tibiezas en todo, que lo trastornan todo en nosotros. Reflexionemos.

467. ¡Cuántos pecados desconocidos y cuántos monstruos ocultos aparecerán entonces! ¡Cuántas hipocresías, disimulos, disfraces, perfidias, desórdenes secretos! Aquellos crímenes que habíamos cometido y que habíamos sustraído a la vista de los demás, que habríamos querido ocultar a nosotros mismos y en los cuales no podíamos pensar sin sonrojarnos, todo eso aparecerá ahora en plena claridad. Todo quedará descubierto ante el universo entero. ¡Qué vergüenza! ¡Qué confusión para los culpables! *¡Montañas! Caed sobre nosotros. ¡Colinas! Aplastadnos.* Así clamarán consternados a la vista terrible de lo que va a ocurrir.

468. ¿Qué quedará, pues, sino pronunciar la última sentencia y el decreto eterno que debe decidir de todo para siempre y fijar para siempre jamás la suerte de los elegidos y de los réprobos?

Venid vosotros, los benditos de mi Padre-dirá a los justos el Juez Supremo-venid y entrad en posesión del Reino celestial que os está preparado desde toda eternidad, porque habéis gemido, habéis llorado y habéis sufrido; venid a recibir la recompensa de vuestros gemidos y suspiros.

Y vosotros pecadores, vosotros culpables, vosotros los obstinados, apartaos de mí para siempre; sed precipitados en el fuego eterno que ha sido encendido para los demonios y los ángeles rebeldes.

469. En este momento, por una parte, el Cielo se abre, el Juez Supremo sube a él triunfante con sus elegidos; pero, por el lado opuesto, el infierno abre también sus abismos sumergiendo para siempre en su fuego vengador a los réprobos; ya no habrá para ellos más que llanto y rechinar de dientes, amargura y hiel, rabia y desesperación. Todo se acabó en el tiempo; todo permanece inmutable en la eternidad. Pensemos en ello y no dejemos nunca de pensar.

Felices sí, al pensar en ello durante toda nuestra vida, podemos, al final de ella, encontrar un juez propicio y lograr un juicio favorable. Aprendamos a meditar en los juicios de Dios ya que ante El compareceremos algún día. Juzguémonos severamente a nosotros mismos a fin de que Dios nos juzgue con misericordia. Por último, roguemos al Señor que nos sea propicio en aquel día terrible de sus venganzas. Aprendamos a temerlas ya que deben decidir de nuestra suerte eterna. 1829.

1.^a Meditación **LA VUELTA A DIOS**

470. Venid al Calvario, almas afligidas a la vista de vuestros pecados y penetradas de la grandeza de vuestras ofensas. Venid a

buscar el remedio a vuestros males y el perdón de vuestros crímenes: Es la voz de la sangre de Dios mismo. Levantad vuestros ojos y contemplad a Aquel que está en la cruz. Encontraréis en su corazón abierto una misericordia que sólo mira a los pecadores para moverse a compasión y llamarles a penitencia. Considerad que el estado más triste y deplorable en que el hombre se pueda encontrar es el estado de pecado y de grandes pecados y que el sentimiento más inefable que puede tener Dios es el de su gran misericordia. Los grandes crímenes son los que se cometen con más gracia; la mayor misericordia es la que detiene el brazo vengador. Para dar tiempo a que vuelvan los culpables, les está tendiendo las manos invitándoles, solicitándoles, apremiándoles, abriendo sus ojos cegados, despertándoles de su profundo sueño, haciéndoles ver inopinadamente, con una gran claridad, el horror de su pecado, el peligro terrible de su estado y el camino de una conversión saludable.

471. Grande e inefable misericordia de un Dios que, pudiendo castigarnos, prefiere que nos convirtamos, que está siempre dispuesto a acoger al pecador si vuelve sinceramente a pedirle la gracia. Decid, pecador infortunado, ¿cuántos pecados habéis cometido durante toda vuestra vida desde el primer momento en que comenzásteis a ser pecador? ¡Cuántos rasgos de bondad de parte de Dios desde aquel momento! ¿Qué otra cosa habéis merecido que el infierno? Y sin embargo, ¿qué día ha pasado en que este tierno Padre de las misericordias no os haya esperado, no os haya llamado, no os haya mostrado abierto su corazón para incitaros a salir del abismo en que estábais sumergido, para alejaros de las puertas de la muerte eterna en que corríais el peligro de caer? Y todo esto sin cansarse nunca de vuestras resistencias, sin quejarse de vuestras dilaciones, sin vengarse nunca del rigor de vuestros ultrajes.

472. Incluso en este momento ¿en qué estado estáis con respecto a El? ¿En qué estado os presentáis a sus ojos? Ahora bien: por muy triste y deplorable que sea vuestro estado, por muy grandes que sean los crímenes que habéis cometido, por muchas que sean las gracias de que habéis abusado, hijo pródigo, si venís a arrojaros al pie de este tierno Padre, presto está a abrir su corazón para

acogeros; vuestra vuelta sincera será un motivo de consuelo para El; el Cielo entero tomará parte en su alegría y vuestro regreso le causará tantas satisfacciones como vuestro alejamiento le había producido dolor.

473. Habéis cometido grandes pecados; tenéis necesidad de una gran misericordia; venid al Calvario; es el lugar en que se encuentra esa misericordia y en donde debéis buscarla. Habéis vertido y profanado la sangre de un Dios a quien habéis inmolado y crucificado de nuevo por vuestros pecados. Prosternaos a sus pies; dejad hablar a vuestro dolor y a la pena sincera de vuestro corazón; al instante oiréis la voz de la misericordia de la llaga del corazón de vuestro Salvador para llamaros, y para daros el beso de paz y juntar en vuestros labios la dulzura de sus gracias con la amargura de vuestros pesares; allí, en vuestro corazón afligido la misericordia y la justicia se van a citar para cimentar por la sangre de un Dios la gran obra de vuestra conversión y de vuestro perdón.

474. ¡Oh misericordia de mi Dios! ¡Qué grande sois! ¡Qué inefable sois para con los pecadores! Si os conociesen, ¿cómo no querrían todos arrojarse en vuestros brazos? Vengo a arrojarme a ellos. Tened compasión de mí, Dios mío tened piedad de mi alma que Vos habéis creado. Considerad en ella la obra de vuestras manos, el precio de vuestra sangre adorable; arrancad al demonio una víctima que se disponía a inmolar, y mostraos grande en otorgar el perdón. No cesaré de bendecir vuestras grandes misericordias, y durante toda mi vida cantaré vuestras alabanzas. ¡Ojalá pueda celebrarlas para siempre en el Cielo!

Después de todo, tened presente que Dios es bueno; pero tampoco olvidéis nunca que también es justo.

Segunda Meditación

475. Haré las reflexiones más serias y más sólidas para animarme a la perseverancia; me diré a mí mismo: los motivos que me han impulsado a darme a Dios, a volver a Dios, ¿no son los mismos? El

Dios a quien sirvo, ¿no es igualmente grande, bueno, digno y perfecto, igualmente digno de mi corazón y de mis homenajes? El Evangelio que profeso no es la ley santa, la regla segura que debe alumbrarme y conducirme hasta el fin? Las grandes verdades que me han movido ¿han cambiado? Las sombras de la muerte que me rodean sin cesar, los terrores de un juicio temible al que puedo ser llamado en cualquier momento, una eternidad de felicidad o de desgracia, donde debo terminar un día; todas estas grandes verdades ¿no deben estar siempre presentes a mis ojos y dirigir constantemente todos mis pasos en las vías de la salvación? Espero que reflexiones tan sólidas me afirmarán en el bien y me armarán contra mi debilidad y mi inconstancia.

Meditaciones sobre los medios de perseverar en el bien

1.ª Meditación

476. El primer medio que emplearé será la oración. Sé que la perseverancia es un don de Dios, y uno de los más preciosos brotados en los tesoros de vuestra gracia; nadie puede merecerla dignamente; todos deben pedirle ardientemente. Yo os la pediré todos los días de mi vida; os la pido en este momento, con toda la extensión de mis sentimientos. Es una gracia que no puedo recibir más que de vuestras manos; concédela a mi humilde oración Vos mismo me ordenáis pedírosla: es una gracia que Vos deseáis concederme más ardientemente que yo mismo obtenerla. Miraré como la mayor gracia, el más precioso de los tesoros, la fidelidad que me prepara a un goce supremo. Acoged mi oración, Vos colmaréis mis deseos. Fruto: el amor a la oración.

3.ª Meditación, sobre la perseverancia

477. La vigilancia sobre mí, sobre mis sentidos, sobre mi corazón, sobre mis malas inclinaciones, sobre mis pasiones desgraciadas, sobre mis pasos todos, sobre todas las acciones de mi vida, sobre las ilusiones, las tentaciones del demonio, por miedo a que este ángel de las tinieblas se disfrace de ángel de luz. Sé que tengo

que temer todo de mí, de los enemigos de mi salvación; sin una vigilancia continua sobre mí, estaré en un continuo peligro de perder la gracia de Dios y de perderme yo mismo para siempre.

Santa vigilancia, abrid mis ojos a todos los peligros y a los favores de vuestras divinas luces, intentaré evitar las trampas que me han tendido por todas partes para perderme: *Vigilate et orate.*

4.ª Meditación, sobre la misma materia

478. La huida de las ocasiones: este medio es absolutamente necesario para mí. Una triste experiencia ha debido hacerme conocer y temer mi propia debilidad. Sí, Dios mío, comprendo, siento, lo veo a pesar de todas mis promesas, mis resoluciones, mis propósitos. Si me expongo a la ocasión, ésta me perderá; porque por una parte la ocasión me presentará siempre los mismos objetos y por otra siempre tendré en mí el mismo fondo de miseria. Así, los mismos objetos producirán poco más o menos las mismas impresiones y éstas me precipitarán en las mismas desgracias. Aunque fuésemos tan sabios como Salomón, tan perfectos como Sansón, puestos en la ocasión sucumbiremos. ¡Ay! las más grandes columnas se quebraron. Temblemos por nosotros débiles y tímidas cañas.

5.ª Meditación, sobre la misma materia

479. Debo ponerme por encima de los juicios del mundo, de sus palabras y de sus menosprecios. Funesto respeto humano, ¿a cuántas almas has hecho naufragar deplorablemente? En ciertos momentos en que la gracia nos habla al corazón, se mira el mundo con una mirada de desprecio: se dice con el Apóstol, en la abundancia de su corazón, que ni los discursos, ni los escarnios, ni las persecuciones del mundo, ni todas las criaturas conjuradas podrán arrebatarnos la gracia. ¡Ah! no es necesario que todas las criaturas se unan contra mí: una palabra, una burla, una nada, es

a menudo suficiente para parar, para hacer vacilar todos mis proyectos de salvación. Mundo perverso, ¿hasta cuándo, por falsos terrores, harás temblar la confianza de los hijos de Dios? ¡Adorable Salvador! Vos lo habéis dicho: *Si alguien se avergüenza de Mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante del Padre celestial*. El mundo es vuestro enemigo, ¿puedo yo no desconfiar de él y no temerlo?

6.ª Meditación sobre la misma materia

480. La frecuentación de los sacramentos. Sí, Dios mío, ésa es la fuente saludable donde yo iré a sacar las fuerzas que me son necesarias. Es el único medio, o al menos el medio más eficaz, para sostenerme. Si uno se descuida en este punto se corre peligro de fallar en todo. Se espera de un día a otro, de un mes a otro: pero cada vez se lo quiere diferir; y cuando se difiere por cierto tiempo no puede uno ya determinarse. Mientras tanto, privado de ese socorro y dejado a su propia debilidad, se sienten pronto los tristes efectos. El fervor se enfría, la vigilancia sobre sí mismo disminuye, las malas inclinaciones se despiertan: y si aparece alguna desgraciada ocasión, se está en peligro de caer en un nuevo abismo, quizás para no levantarse jamás. ¡Oh alma mía! no te alejes más de estas fuentes de salud y de vida por miedo de privarte de los socorros que la gracia te tiene ahí preparados y de quedarte sin defensa ante los enemigos conjurados contra ti. Alimentaos del pan de vida, del pan de los ángeles, si queréis vivir la vida de Dios.

7.ª Meditación, sobre la misma materia

La devoción a María, Reina de los ángeles. ¡Oh alma mía! Ella nunca te ha abandonado... 1830.

(XLIV). VI

1829. CHAMINADE. (Anónimo)

Probablemente notas de un sacerdote, J. M. J.

Resumen de las instrucciones dadas durante el retiro de 1829
en San Lorenzo (Chaminade)

Resumen de la 1.^a parte del Retiro de 1829

481. *Credo in vitam aeternam*: Creo en la vida eterna.

¿Cómo se asegura la vida eterna?: 1º Recibiendo dignamente los sacramentos. 2º Llevando una buena vida, es decir, una conducta más regular y más exacta en el cumplimiento de nuestras obligaciones, sea como cristianos, sea como religiosos, sea como sacerdotes.

Primera parte. Se meditará profundamente la inevitable necesidad de la muerte, lo que es, el fin del tiempo, el paso a la vida eterna, la incertidumbre de su hora y el peligro en que continuamente estamos de morir, de pasar del tiempo a la eternidad.

El juicio aterrador por el que necesariamente pasaremos en el momento de nuestra muerte. Compareceremos delante de Dios, Sabiduría eterna, inteligencia infinita, a quien no hay nada escondido, sino que lo ve todo, y que por consiguiente nos juzgará en toda verdad.

482. Compareceremos delante de Dios, Justicia esencial, inflexible y que por tanto, nos juzgará con todo rigor. Delante de ese Juez temible rendiréis cuenta de todas las gracias que hayáis recibido de Dios a todo lo largo de vuestra vida; de todos los males que hayáis cometido, de todos los bienes que hayáis omitido.

483. Al mismo tiempo, considerad el sacramento de la penitencia como el único medio que tenemos y que nos asegura contra las sorpresas de la muerte y nos previene contra los rigores del juicio

de Dios. Jesús por su misericordia infinita ha establecido este sacramento en su Iglesia como un tribunal de gracia y misericordia, en donde, reconociéndonos y confesándonos criminales, podemos prevenir los rigores de la Justicia de Dios. En ese tribunal de la misericordia, somos a la vez los criminales, los acusadores, y los testigos que declaran contra sí mismos.

484. Jesús es el juez que sentencia por boca del sacerdote, su sustituto, pero con este compromiso por su parte: que, si nosotros nos acusamos como se debe, es decir con dolor verdadero, no habrá nada que temer del tribunal de la justicia de Dios. Jesucristo confirmará la sentencia, o, mejor, la absolución que nos hayan dado en el tribunal de la penitencia. Acordarse pues que el juicio de Dios está entre nuestras manos, y que depende de la confesión que hagamos. Recordemos que si nos juzgamos a nosotros mismos no seremos juzgados. En la medida en que seamos sinceros en nuestra confesión, y que sea verdadera y pura nuestra contrición, la justicia de Dios aflojará sobre nosotros su rigor y su misericordia nos perdonará. Quedará sólo la obligación de satisfacer a la justicia de Dios.

Primer Ejercicio

485. Indispensable necesidad de morir. No hay nada más cierto; lo enseña la fe.

Hay que morir; nada hay más evidente; lo demuestra la razón.

Hay que morir; nada hay más palpable; la experiencia nos lo hace tocar con los dedos.

2º Ejercicio

486. ¿Qué es la muerte? La muerte considerada cristianamente es un paso de esta vida mortal a la eterna. Sumisión a la sentencia de nuestra muerte. Sumisión como criaturas razonables;

sumisión como pecadores y criaturas demasiado a menudo rebeldes; sumisión como cristianos y hombres nuevos.

3º y 4º Ejercicios

487. ¿Qué es la muerte? Considerada cristianamente es un paso de esta vida mortal a la felicidad o a la desgracia eterna. En su idea están encerradas dos cosas; el punto de partida y el de llegada. Con relación al primero, la muerte es para nosotros el fin del tiempo y de todas las cosas temporales; con relación al segundo, es la entrada y la puerta de una eternidad feliz.

NOTA: Este ejercicio puede tener dos meditaciones, acompañadas de las reflexiones y de las resoluciones que provoquen.

5º Ejercicio

488. De la proximidad de la muerte o del peligro en que estamos en todo momento de morir.

Mentor esto quoniam mors non tardat: Acordaos que la muerte no está lejos (Eccl. 14, 12).

Dos verdades: la 1.^a, lleváis continuamente la muerte con vosotros; 2.^a, la muerte os acecha por todas partes; os lleva consigo.

Todos podemos decir con San Pablo: "Espero continuamente en mí mismo la sentencia de la muerte. *Ipsi in nobismetipsis responsum mortis habuimus* (2 Cor. 1, 9). Estamos en mayor peligro de muerte que si fuésemos de cristal: *Si vitrei essemus, minus casus timeremus* (San Agustín). ¿Dónde está nuestra fe?

6º Ejercicio

489. Conclusión en tres palabras y en tres puntos: *videte*: ved; *vigilate*: velad; *et orate*: orad.

Cogitavi dies antiquos et annos aeternos in mente habui; et meditatus sum cum corde meo; et exercitabar et scopebam spiritum meum (Salmo 76, 6 y 7): He rememorado mi vida pasada y he pensado seriamente en mi eternidad; me he pasado en meditación la noche entera y hablando conmigo mismo; tenía mi espíritu agitado por el temor y he puesto cuidado en limpiar mi alma.

7º Ejercicio

490. *Scrutabor Jerusalem in lucernis*: Escudriñaré a Jerusalén a la luz de las antorchas.

Jerusalén es aquí la figura de nuestra alma: El Soberano Juez, la verdad misma, escudriñará con una exactitud rigurosa todo el conjunto de nuestra vida. Este examen versará sobre tres cosas:

1. Los dones de Dios y los abusos que hemos hecho de ellos. 2. Los pecados cometidos contra la ley de Dios. 3. Las omisiones en el cumplimiento de esta ley.

Primera parte. Dones de Dios y los abusos que hemos hecho de ellos: 1. Dones espirituales. 2. Dones corporales. 3. Dones temporales.

491. Los dones espirituales son, naturales, adquiridos y gratuitos.

1. Dones espirituales naturales: Nuestra alma hecha a imagen de Dios, inmortal como él, espíritu como él, salida de sus manos, destinada a volver a El para ser dichosa por toda la eternidad, con la felicidad misma de Dios. ¿Qué ha sido de ella? ¿Cómo la has cultivado y alimentado? Si Dios nos ha prohibido expresamente matar a nuestros cuerpos, que al fin y al cabo son sólo polvo, ¿qué no exigirá de nosotros para que conservemos el alma? ¿Qué extraño

abuso hemos hecho de nuestra inteligencia hecha para buscarle y amarle? ¿Cómo hemos aprovechado la educación y todos los medios que nos han dado para hacer fructificar los talentos con que se nos había favorecido? Y esas gracias innumerables con que no ha cesado de colmarnos desde el primer momento de nuestra existencia y sobre todo desde que tenemos uso de razón, ¿cómo nos han servido para nuestra salvación? ¿Qué provecho hemos sacado de la gracia de nuestro bautismo, gracia preciosísima que ha puesto en nosotros la fe, la esperanza y la caridad?

492. 2. Dones corporales: La salud, la fuerza, y otras mil ventajas que debían contribuir a la gloria de Dios, ¿no han estado al servicio de nuestro amor propio y de nuestras pasiones?

3. Dones temporales: la riqueza, los honores, la estima de nuestros semejantes y tantos otros bienes; arrepentimiento, dolor amargo por el pasado, amor, fidelidad, gratitud para el futuro.

8º Ejercicio

493. *Post hoc autem iudicium.* La misma sentencia que nos somete a la muerte, nos somete también al juicio. Este juicio será terrible porque el soberano juez, lo será en su propia causa. Para prevenir su rigor, juzguémonos a nosotros mismos con severidad, siguiendo el ejemplo del Soberano Juez. Dos cualidades lo harán sobre todo de temer: 1. La verdad. 2. La equidad.

494. 1. La verdad. Desde el momento mismo en que la muerte haya herido a su víctima, en el momento en que el alma se vea separada del cuerpo, se presentará el Soberano Juez. El alma, iluminada con un rayo de la luz divina, verá, en un abrir y cerrar de ojos, toda la materia de su examen. Varios libros serán abiertos; primero el Evangelio: el alma lo leerá y lo comprenderá perfectamente, verá con terror todos sus desvíos; se verá tal como la fidelidad a la gracia o el pecado la hayan hecho: participará del conocimiento del Soberano Juez que es llamado en el libro de la Sabiduría: *1.º Scrutator cordis*. El le mostrará el principio y el modelo de toda su conducta, sus malas intenciones,

los defectos que han estropeado sus mejores obras; confesiones y comuniones para las cuales se creía suficientemente preparado; buenas obras de toda especie. Examinará y encontrará en ellas multitud de vicios e imperfecciones.

2.^o *Renum testis*. Nuestros pensamientos más secretos, nuestros sentimientos más íntimos le serán descubiertos. No solamente oírás las palabras pronunciadas en voz alta, oídas por los hombres, sino que penetrará en el fondo de las almas. Oírás la voz impetuosa de las pasiones, las imaginaciones estrambóticas, criminales, los deseos ambiciosos; descubrirá lo que nosotros mismos hemos ignorado, y lo pesará todo en la balanza del santuario. Pero si su ojo penetrante ve tanto defecto en nuestras obras buenas, ¿qué pasará con las malas?

495. 2. La equidad. No es difícil comprenderlo, por poco que se reflexione sobre su cualidad de Soberano Juez. El castigo será rigurosamente proporcionado al número y a la enormidad de los crímenes. Lo que hará, sobre todo, horroroso este juicio, será el aspecto de un Dios irritado, juez en su propia causa, de un Dios que será a la vez testigo, acusador y juez; sentenciará sin apelación, todos los siglos le están descubiertos, le estarán presentes todas nuestras iniquidades y su cólera e indignación crecerán según el número y la gravedad de las faltas y el tiempo de impenitencia. ¿Qué debe esperar un pecador que ha pasado su vida en el endurecimiento? Es tiempo de desengañarnos; examinémonos seriamente. Es verdad que no seremos perfectamente iluminados más que en el momento de nuestra muerte; pero si, despojándonos de todo interés personal, tomamos contra nosotros mismos la causa de Dios, si nos juzgamos con sinceridad, y con equidad, su gracia penetrará en nuestros corazones y esparcirá su luz y después de haber tenido con nosotros mismos un santo rigor, podremos presentarnos con más confianza en el tribunal de Dios.

9º Ejercicio

496. *Redde rationem villicationis tuae.* A la voz terrible y amenazadora de su dueño, el servidor permaneció confuso y desconcertado; sentía que había abusado indignamente de la confianza de su amo cuyos bienes había disipado. Este servidor es figura del pecador. ¿Podrá este pecador ingrato oír sin temblar la voz fulminante del Soberano Juez que le pedirá cuentas de toda su vida?

Seremos interrogados: 1.º sobre el mal que hemos hecho; 2.º sobre el bien que hemos omitido.

1.º Sobre el mal que hemos hecho: 1. Pecados de pensamiento. 2. De palabra. 3. De obra.

Pecados de pensamiento: pensamientos inútiles, vanos, criminales. Palabras ociosas, obscenas, maledicencias, calumnias. Acciones contra Dios, contra el prójimo o contra nosotros mismos.

2.º Sobre el bien que hayamos omitido: deberes para con Dios, para con el prójimo, para con nosotros mismos. ¡Qué cantidad innumerable de transgresiones! ¡Cómo obtener misericordia! No hay otro medio que la penitencia unida a los méritos de Cristo, plenipotenciario de la justicia divina y procurador de la misericordia.

10º Ejercicio

497. *Ipse propitiatio est pro peccatis nostris, non solum pro nostris sed pro totius mundi:* El es la víctima por nuestros pecados y no sólo por los nuestros sino por los del mundo entero. No hay otro medio de satisfacer a la justicia divina que la propiciación del Salvador. Nuestros pecados no nos son remitidos más que por la aplicación de los méritos de Cristo en el sacramento de la penitencia.

La confesión comprende esencialmente tres partes: la contrición, la acusación y la satisfacción, a las que se unen el

examen y el propósito de enmendarse. Para sacar, de la confesión y de cada una de sus partes, todos los frutos que se deben esperar, es necesaria:

498. 1. La fe en Jesucristo; 2. La esperanza en El; 3. La oblación de esta víctima santa por la expiación de nuestras ofensas.

1. Para la satisfacción se transportará uno al Calvario, y allí contemplará a este divino Salvador crucificado por nuestros pecados. Para la acusación nos excitaremos a la confusión, considerando a Jesús puesto en paralelo con Barrabás que es indignamente preferido, o bien crucificado entre dos criminales. 2. Nos excitaremos a la contrición siguiendo a nuestro divino Salvador al Huerto de los olivos, donde riega con un sudor de sangre ese suelo, teatro de sus dolores.

499. La fe será, pues, nuestro gran principio. De ella nacerá nuestra confianza, y el alma penetrada de este dulce sentimiento se unirá íntimamente a Jesús, y ofreciéndole como víctima de propiciación, se sacrificará ella misma generosamente a Dios para obtener misericordia. Por la fe, contemplando así a Jesús, apropiándose sus sentimientos, identificándose, por decirlo así, el alma con El, recibirá el perdón de todas sus iniquidades: *Sicut serpentem Moyses exaltavit in deserto, ita filius hominis exaltari oportet ut qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam aeternam.*

11º Ejercicio

500. *Fiat tibi secundum fidem tuam.* La mayor parte de los milagros parecen ser la recompensa de la fe; pero es sobre todo en la Sagrada Eucaristía donde la fe produce milagros. Ella debe actuar: 1. En la preparación. 2. En la acción de gracias. 1. En la preparación, dos disposiciones son esenciales: un deseo intenso de unirse a Jesucristo y un desasimiento de toda afección al pecado venial.

El deseo de este alimento celestial es tan necesario al alma como el apetito lo es respecto a los alimentos del cuerpo. De la

misma manera que un estómago lleno no puede recibir ningún alimento, así el alma infectada por alguna mala tendencia no puede gustar este alimento sagrado que nos envidian los ángeles. 2. La acción de gracias es la digestión de este banquete celestial; asegura sus saludables ventajas; *maducate*. Es propiamente la manducación; pero es necesario que se sepa digerir por el ejercicio de la fe sobre las maravillas que se operan en este augusto sacramento y que en el colmo de su gozo pueda el alma estremecerse y gritar con San Pablo: *Vivo, jam nom ego, vivit vero in me Christus*.

12º Ejercicio.

501. *Quis poterit habitare com igne devorante?* ¿Quién podrá permanecer en un fuego devorador?

Se puede concebir una idea del pecado venial viendo la manera horrorosa con que Dios lo castiga en el Purgatorio. Existen dos penas principales: la pena de daño y la pena de sentido.

La pena de daño. Aunque no es la misma para estas almas santas detenidas en este lugar de expiación, que para los réprobos del infierno, es sin embargo inconcebible según San Crisóstomo: "la pena de daño es muchísimo más insoportable que la del fuego". El mayor suplicio que puede experimentar en esta vida un alma que tiende generosamente a Dios, es sentir que no le ama como querría.

502. ¡Qué tormento para esas almas santas, amigas de Dios y encendidas de caridad, no poderse unir con ese Dios hacia el que tienden sin cesar con una fuerza increíble, y sentirse continuamente rechazadas! ¿Qué debe ser esa pena de daño tan superior a la del fuego, cuando ésta es ya tan insoportable?

En efecto, si exceptuamos la eternidad, este fuego es el mismo que el del infierno; es un fuego material que por un milagro de Dios todopoderoso, actúa directamente sobre las almas, pero con una actividad tal, que el fuego de aquí abajo no podría darnos una

idea. Su efecto en el purgatorio es el mismo que el del agua en la tierra: purifica las almas, penetra toda su sustancia para borrar las más pequeñas manchas. (Conclusión.) Delicadeza extrema en vigilar, para evitar el pecado venial; severa exactitud en el cumplimiento de la Regla en todos sus detalles.

13º Ejercicio.

503. He aquí dos caminos que llevan a la vida, pero con todo bien distintos; el primero más ancho y común a todos los hombres; el segundo mucho más estrecho y especialmente para los religiosos. El uno y el otro llevan a la misma meta: a la vida eterna; los dos tienen por objeto y por fin el amor de Dios. Pero, ¡qué difícil es amar a Dios en medio de la opulencia y de la prosperidad! ¡Qué fácil y dulce es, al contrario, unirse a Dios cuando se ha dejado todo para seguirle! Esta suerte está reservada a los religiosos. Dos grandes medios les conducen a ella: 1º, los votos; 2º, los ejercicios de la vida religiosa. Estos dos medios abrirán infaliblemente, a los que los emplean, las puertas del Cielo.

14º Ejercicio.

504. *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te, quid ergo erit nobis?*

A esta pregunta de San Pedro, Nuestro Señor responde: *El que haya dejado casa, padre, madre, hermanos o hermanas, o campos, recibirá el ciento por uno en este mundo y la vida eterna en el otro.*

Qui reliquerit. 1. El alma generosa que haya renunciado a todo por seguir a Jesucristo cumplirá con facilidad este precepto que es el fin de toda la Ley, como también el objeto de la perfección religiosa: *Diliges Dominum Deum, ex todo corde tuo, ex tota mente tua, ex tota anima tua, ex totis viribus tuis.*

505. Nos damos cuenta de la abnegación universal que exige un amor tan perfecto; profesamos esta abnegación que: 1, nos separa de todas las cosas de la tierra; 2, nos une a Dios. Estas dos

ventajas son inseparables, y se aumentan recíprocamente; el desasimiento absoluto lleva a la perfecta caridad que consiste en amar:

1. Con todo tu corazón: este corazón despojado de todo apego terrestre, de todo amor propio, ascenderá entero hacia Dios.

2. Con toda tu inteligencia: se acabaron los pensamientos vanos y fútiles sobre los asuntos de este mundo. Dios será desde ahora el objeto de todos nuestros planes, de todas nuestras meditaciones.

3. Con toda tu alma: es decir, toda la vida sin interrupción; nuestro corazón no debe cesar de amar a este Dios al que encontró, a este Dios que es el lugar de nuestro descanso, el fin de nuestra existencia.

506. 4. Con todas nuestras fuerzas: todas las facultades del cuerpo y del alma, con todas sus fuerzas y en toda su extensión, estarán continuamente aplicadas a Dios y empleadas para su gloria.

Es éste el resultado de los tres votos de religión que combaten las tres concupiscencias, la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida. Feliz aquel a quien el Señor llama a la religión y escucha su voz; ninguna consideración humana puede medir los frutos que le están reservados.

15º Ejercicio.

507. *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo, hostiam laudis.* Tal es el cántico de agradecimiento que entonará el religioso después de haber hecho sus votos con santas disposiciones.

¿De qué lazos habla David? Son innumerables: lazos interiores, exteriores, lazos que nos atan al demonio, al mundo, a nosotros mismos; los lazos de las tres concupiscencias. He ahí los lazos que es preciso romper para llegar a la santa libertad de los hijos de Dios. Cuesta sin duda renunciar a todo y principalmente

romper los lazos que nos unen a nosotros mismos, para arrancar de nuestro corazón este amor propio que ha echado raíces tan profundas; pero vencidas estas dificultades, alcanzadas estas victorias a fuerza de combates nos serán sumamente gloriosos, comprenderemos mejor el feliz estado que hemos elegido.

(XLV) VII

1832. CHAMINADE (Bonnet)

Análisis de las instrucciones de los retiros de 1832.

Ejercicio preparatorio.

508. *Omnipotens sermo tuus.* La palabra de Dios es todopoderosa.

1. En el orden de la naturaleza: *Dixit et facta sunt*, etc. La palabra de Dios no es otra cosa sino su Verbo, que a su vez es su Divino Hijo, todopoderoso como el Padre, *sin el cual no se ha hecho nada de cuanto ha sido hecho.*

2. En el orden de la gracia. Por la palabra todopoderosa de Dios se han formado siempre y se siguen formando los santos; tocados por esa palabra los pecadores se convierten.

3. En el orden de la gloria. *Coeli enerrant gloriam Dei et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*

Para que la palabra de Dios pueda actuar sobre nuestra alma, es necesario que la escuchemos con fe, confianza y humildad. Aunque fuésemos millones de veces más culpables de lo que somos, si tenemos estas disposiciones, la palabra de Dios tendrá todo su efecto en nosotros.

1.ª Meditación

509. *Diliges Dominum Deum tuum.*

Dios es el último fin del hombre.

El amor primeramente nos conduce a Dios; segundo, nos da la posesión de Dios, posesión eterna de nuestro último fin: esto es, el reposo eterno.

2.ª Meditación

510. El amor de Dios en nosotros no es sino el amor con que Dios se ama a sí mismo. Dios es todo amor de sí mismo: *Deus Caritas est.*

Dios nos ama en sí y por sí, con miras a El y a causa de El; es decir, con el fin de que le amemos únicamente a El y a El sólo busquemos. Dios es un Dios vivo. Las imágenes que Dios ha creado a su semejanza son imágenes vivas. Adán y Eva querían a Dios con todo su corazón, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas. De la misma manera que Dios no puede dejar de amarse, siendo como es el Soberano bien, no puede dispensar a sus criaturas del precepto de amarle.

511. El amar a Dios es libre en este mundo, en el sentido de que puede uno desviarse de su fin último; pero como es del fin último del que se recibe la vida, desviándose de él se encuentra la muerte, y desviándose libremente se encuentra de manera necesaria esa muerte. Dios previno a nuestros primeros padres; la paz, la alegría y el reposo se encuentran sólo en el amor de Dios. Pero durante la vida nuestra felicidad no es plena: 1. Porque nuestro amor no es en manera alguna perfecto; 2. Porque es libre y puede ser atacado por las tentaciones, por ejemplo; nuestra felicidad en el Cielo será completa porque el amor con que amemos a Dios será necesario.

4.ª Meditación

512. *Nolite diligere mundum, neque ea quae in mundo sunt: No améis al mundo, ni nada de lo que hay en el mundo. En el que ama al mundo no está la caridad del Padre, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, que no son del Padre, sino del mundo. (2 Juan, 2, 15.)*

EL ESTADO RELIGIOSO EN OPOSICION CON EL MUNDO

513. Amar a Dios lo es todo para el hombre; pero es muy difícil en el mundo alcanzar este fin; por el contrario es muy fácil en el estado religioso. Hay en el mundo tres clases de bienes aparentes y engañosos, que sorprenden, ocupan y entretienen el corazón de la mayor parte de los hombres y les impiden volverse hacia Dios. Son la concupiscencia de la carne, o el amor a los placeres, la concupiscencia de los ojos, o el amor a las riquezas, y el orgullo de la vida o el amor a los honores. En religión, por el contrario, es muy fácil adherirse a Dios, porque por los tres votos arrancamos de nuestro corazón estos tres amores criminales. El voto de pobreza destruye el amor a las riquezas; por el voto de castidad renunciamos al amor, al placer, y por el voto de obediencia, alejamos de nuestro corazón el amor a los honores...

514. *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis.*

Para poder amar a Dios es necesario gozar de libertad a fin de que no estando nuestro corazón ligado a nada, pueda más fácilmente dirigirse hacia su Creador. Ahora bien, es sobre todo en el estado religioso donde se encuentra esta libertad tan necesaria para el cumplimiento de este primer mandamiento. Se distinguen dos clases de libertad, la de los hijos de este mundo y la de los hijos de Dios, de la que habla el Apóstol cuando dice: *Vocati estis in libertatem filiorum Dei*. La libertad de los hijos de este mundo, lejos de producir el amor de Dios, lo destruye; puesto que toda su libertad consiste en el placer de los sentidos según estas palabras de San Juan: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia...* Ahora bien: gozando los sentidos de entera libertad, el alma es necesariamente esclava e incapaz de amar a Dios como debe. En el estado religioso, al contrario, los votos de pobreza, castidad y obediencia arrancan de nuestro corazón estos tres amores criminales, reducen a la servidumbre nuestros sentidos y dejan al alma en una perfecta libertad, que la hace capaz de unirse a Dios por el amor, con tal, por supuesto, que sean

observados exactamente, puesto que sólo con esta condición se podrá decir a Dios con el profeta: *Dirupisti...*

VOTO DE POBREZA

515. El voto de pobreza no sólo nos prohíbe la posesión de riquezas, sino incluso el amor a los bienes de este mundo, el deseo y la esperanza de poseerlos nunca. El cumplimiento del voto de pobreza exige que no tengamos la posesión de nada, es decir que no podamos recibir ni dar nada; ni tengamos siquiera la propiedad de las cosas de uso, es decir que no podemos sin permiso, prestar a otro para su uso ninguno de los objetos que nosotros mismos hemos recibido con este fin. Exige de nosotros que tengamos por la pobreza un gusto espiritual, el cual nos haga amar el llevar siempre encima alguna señal del voto de pobreza.

VOTO DE CASTIDAD

516. Para ser fiel al voto de castidad tal como se hace en el Estado religioso no basta con guardar el celibato ni abstenerse de los placeres brutales, sino que es preciso asimismo alejarse de los placeres de los sentidos y de los placeres sensuales, es decir de los que podemos procurarnos halagando nuestros sentidos, ya que tales placeres nos llevarán a los placeres brutales.

VOTO DE OBEDIENCIA

517. El mayor obstáculo que se encuentra en el mundo para amar a Dios es lo que San Juan llama: *superbia vitae*. Tal orgullo -que se presenta bajo mil formas diferentes- domina nuestra vida entera; según el Espíritu Santo es *el principio* o tiene la primacía de los demás pecados -como refiere otro texto-. Esto trae como consecuencia que este pecado capital es un obstáculo tan grande al amor de Dios que quien está inficionado por él, no ve otra cosa que sí mismo ni vive sino para sí mismo sin remontarse a Dios. El voto de obediencia elimina tal obstáculo, puesto que si lo cumplimos,

ya no vivimos por nosotros mismos ni para nosotros mismos, sino que la voluntad de Dios es la regla única de nuestras acciones. Aunque el voto de obediencia parece imponer una pesada carga según las apariencias, se hace, sin embargo, llevadera ya que Dios se ha comprometido a multiplicar sus gracias en la proporción de lo que hagamos por El.

518. Lo que pone particularmente de relieve la excelencia de la obediencia es las grandes ventajas que nos proporciona. En primer lugar, establece en nosotros el reino de Dios según aquellas palabras del Señor: *regnum Dei intra vos est*. Verdad es que Dios reina verdaderamente en el corazón de todo cristiano que cumple fielmente sus preceptos; pero se puede decir, sin embargo, que su imperio es más vasto en el corazón de un religioso, el cual, no contento con ejecutar las órdenes del Señor, considera como una ley para él, el seguir también los consejos evangélicos. La obediencia nos hace reinar con el Hijo de Dios, el cual extiende su reinado sobre todas las cosas merced a su voluntad y a su espíritu, puesto que -según las Escrituras- quien se une a Dios por la obediencia se hace un solo espíritu con El: *qui adhaeret Domino, unus spiritus est cum eo* (I Cor. 1, 7). La verdadera obediencia eleva al hombre a un alto grado de gloria y honor, pues está escrito que servir a Dios es reinar: *servire Deo regnare est*. El poder de la obediencia se extiende a Dios mismo, según aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *voluntatem timentium se faciet* (Ps. 144, 29). De ello tenemos en la misma Sagrada Escritura ejemplos impresionantes. Josué muestra hacia el Señor una obediencia ciega; Dios, a su vez, se rinde también a la voz de su siervo y ministro deteniendo, a petición suya, el curso del Sol. Abrahán obedece a Dios hasta el extremo de ofrecerle en sacrificio a su único hijo; Dios, a su vez, se somete a Abrahán hasta el extremo de escogerle por su padre.

519. Si la obediencia debe tener para nosotros tantos atractivos a causa de las grandes ventajas que nos proporciona, debemos, consiguientemente, tener horror al vicio opuesto, sobre todo sabiendo que, según el Espíritu Santo, la desobediencia es una especie de idolatría; es sacrificar al demonio: *quasi scelus idololatriae nolle acquiescere* (I Reg. 15).

520. Es evidente que los votos de religión contribuyen a la perfección del amor de Dios despegando nuestro corazón de cuanto pudiera constituir un obstáculo al mismo. Pero también contribuyen al mismo efecto por el segundo bien que producen: el unirnos a Dios al mismo tiempo que nos separan para siempre de los bienes engañosos de este mundo y nos unen por el triple vínculo a Dios el cual es el verdadero, el único, el soberano bien de nuestros corazones en el tiempo y en la eternidad. Pero nos unen a Dios para hacernos encontrar, ya desde ahora, lo que en El encontraremos por toda la eternidad; es decir, nuestro tesoro, nuestra alegría y nuestra gloria: *similis est regnum coelorum thesauro abscondito in agro; similis est regnum coelorum homini negotiatori quaerenti bonas margaritas.*

521. Al amar a Dios, gozamos de una dicha semejante a la de los santos del Cielo. Alejados de los falsos bienes de la tierra, los santos gozan de Dios y en El sólo encuentran todos los bienes: *omne bonum*. Dios es su vida, su gloria, su alegría y su tesoro. Les es todo a todos y para cada uno de ellos: *omnia in omnibus*. De donde se sigue que el estado religioso es el noviciado del Paraíso, el aprendizaje del Cielo y el comienzo de la vida eterna: *inchoatio vitae aeternae*. Y todo lo es por los dos efectos que producen los votos y también por los ejercicios religiosos.

EJERCICIOS RELIGIOSOS

522. ¿Qué hacen los santos en el Cielo? Ven, aman y alaban a Dios: *videbimus, amabimus, laudabimus*. ¿Qué hace un alma verdaderamente religiosa? Ve a Dios en todo y en todas partes, no a la luz de la gloria, sino a la luz de la fe; se ocupa incesantemente en probar a Dios su amor; su única dicha consiste en alabarle ella misma, y también en hacer que otros le alaben y en trabajar por su gloria. El estado y los ejercicios de los religiosos y el estado y los ejercicios de los bienaventurados se asemejan en el fondo y en la esencia, no difiriendo más que en la manera y los accidentes. Pero ¿queremos practicar la religión en la tierra como la practican en el Cielo? Entonces, unamos nuestros corazones al corazón de Jesús.

La unión a Jesús para alabar, bendecir y adorar a Dios en El, por El y con El; es lo que justamente se llama la religión práctica en el Cielo y en la tierra. Jesucristo es mediador de religión en el Cielo y en la tierra: *per quem majestatem tuam laudant angeli... et ideo cum angelis et archangelis, etc.; hymnum gloriae tuae canimus, etc.* Cristo es el único servidor y adorador de Dios, el único que da a Dios un honor digno de El.

523. Todos nuestros deberes de religión se reducen a cuatro: adorar a Dios, darle gracias, pedirle perdón y pedirle las gracias necesarias. Por Cristo, y sólo por El podemos cumplir esos deberes. La práctica de los cuatro deberes de religión en unión con Jesús es una oración excelente, de la que hay que usar sobre todo en momentos de tinieblas, de sequedad, de abatimientos y de impotencia. Si vuestras tinieblas e impotencia son tan grandes que no podéis practicar esta oración, tened, al menos, en el fondo de vuestra alma y en lo íntimo del espíritu, la voluntad de llevarla a cabo; después, permaneced con paciencia y sumisión en este estado en que Dios quiere que estéis. Buscad vuestro placer en este único y digno siervo de Dios, Jesús, el cual lo hará todo por vosotros. Buscad vuestro reposo en El, en lo que es, en lo que hace y en el honor infinito que tributa a Dios.

Examen. ¿Cómo correspondemos a la gracia de nuestra vocación? 1. En cuanto al fin. El fin del estado religioso es el amor perfecto a Dios. 2. En cuanto a los votos en general. Uno de los medios de que dispone el estado religioso para llegar al perfecto amor de Dios es la separación del mundo por los votos, el alejamiento de los tres amores criminales, etc. 3. En cuanto a la pobreza. Por el voto de pobreza hemos renunciado al amor y a la propiedad de las riquezas, por miedo a que este amor divida nuestro corazón y también para que éste, desprendido y vacío de los bienes perecederos de la tierra, pueda decir con verdad: *el Señor constituye todo mi bien; me ha tocado la mejor parte de la herencia.* Sí, Dios mío, vos sois el Dios de mi corazón y mi único bien en el tiempo y en la eternidad.

524. 1. Vuestro corazón, ¿está vacío del afecto a los bienes de este mundo? ¿No ama nada de ellos? ¿No está apegado a nada?

(lo que constituye una falta no es tanto el valor del objeto cuando el apego de nuestro corazón al mismo).

2. ¿No tenéis nada en propiedad, de dominio, ni de uso? No temáis entrar en muchos detalles respecto a esta cuestión.

3. ¿No estáis demasiado apegado a vuestras comodidades? ¿No llegáis incluso, a buscar la curiosidad, la superfluidad en las cosas que tenéis a vuestro uso? ¡Qué ilusión! Se hace voto de pobreza y se vive como los ricos. Ilusión que merece nuestra compasión el hacer profesión de pobreza y querer luego gozar de las riquezas teniendo todas las comodidades.

4. Por el contrario, ¿tenéis la disposición de sufrir con gusto la privación de las cosas necesarias, sufriendo el hambre y la sed, etc., que son las consecuencias de la verdadera pobreza?

5. En los cargos y oficios que desempeñáis y en la administración de las cosas temporales que os están encomendadas, ¿no usáis acaso de ellas, como si fuéseis dueño absoluto de las mismas, tanto para vosotros mismos como para vuestros amigos y para con aquellos que os parece bien?

Examen sobre la castidad

525. ¿Descansa vuestro corazón en sólo Dios, lejos de los placeres de los sentidos y de los placeres sensuales? ¿No busca su dicha más que en sólo Dios y en los placeres inocentes de su gracia? Un placer sensible oscurece el estado de pureza en un corazón religioso ya que, por ese placer, disminuye, en parte, su unión con Dios y esta disminución de su caridad es un oscurecimiento de la pureza de corazón. Para dar muerte a esta virtud, la más delicada de las virtudes, no es necesario obrar mal; un solo pensamiento malo que el corazón no desaprueba basta para hacerla morir a los ojos de Dios. Una mirada imprudente, un solo deseo aunque sin consecuencias reales bastan para hacer a nuestras almas impuras ante Dios y dignas de los suplicios eternos. Examinemos nuestros pensamientos, palabras, miradas y sobre todo, nuestro corazón.

¿Tiene un verdadero horror de la menor impureza? ¿La teme más que a la muerte y al infierno? Consideremos qué delicada es esta virtud. Es un espejo que el menor soplo empaña; una flor a la que no se puede tocar sin marchitarla; es un fruto al que un solo manoseo echa a perder. Con estas ideas en la mente ¿no tenéis miedo? ¿Huís de las ocasiones en que habría algún peligro? ¿Veláis sobre vuestros sentidos, los cuales son las primeras puertas de la impureza? ¿Mortificáis vuestro cuerpo? ¿Rezáis cuando os veis envueltos en la tentación? ¿Recurrís al sacramento de la penitencia? ¿Os humilláis descubriendo vuestras tentaciones y debilidades a vuestro confesor y al director espiritual?

526. NOTA: 1. En cada pecado de impureza se pueden distinguir diferentes grados: el mal pensamiento, el deleite, el consentimiento, la acción, la frecuencia, el hábito y, por último, la desesperación. Cuando se rechazan el mal pensamiento o el deleite sensual, no hay pecado. Pero si se hizo con demora, vacilación junto con atención, habría pecado mortal aun cuando no hubiese voluntad de llegar a la acción: *usquequo morabuntur in te cogitationes noxiae?* (Jer. 4). Es lo que se llama pensamientos morosos.

2. Es preciso distinguir los placeres puramente sensibles, los placeres sensuales y los placeres brutales.

Examen sobre la obediencia

527. OBSERVACIÓN: No hay obligación más esencial al hombre que la de obedecer a Dios. Así lo pide toda justicia de modo que ser rebelde para con Dios es un orgullo soberano: *initium superbiae hominis apostatare a Deo* (Ecles. 10, 14). Para extirpar de nuestros corazones el orgullo -que es el primero y principal de nuestros vicios- y para cumplir perfectamente esta obligación del hombre para con su Dios, hemos hecho el voto de obedecerle durante nuestra vida entera y de hacer en todo su voluntad cuando se nos manifiesta por los hombres que están al frente de nosotros y que ocupan el lugar de Dios. Examinemos si hemos mirado a Dios en

nuestros superiores, si en calidad de tal les hemos mirado y obedecido como a Dios mismo y si hemos tenido confianza en ellos.

528. Cuando obedecíais, ¿pensabais en aniquilar el orgullo de vuestro corazón y en ofrecer a Dios ese sacrificio? ¿No os habéis eximido de obedecer so pretexto de que ya lleváis muchos años en la religión, como si la edad os hiciese menos religioso y como si no hubieseis hecho el voto de obedecer por toda vuestra vida? ¿Os habéis dispensado de obedecer por otro pretexto? Las cualidades, lo mismo que los defectos de los superiores no deben ejercer ninguna influencia en la obligación que tenéis de obedecer. ¿Habéis, alguna vez, falseado la obediencia forzando a vuestro superior a condescender con vuestra voluntad? En tal caso, en lugar de obedecer a vuestro superior, le habéis obligado a obedeceros a vosotros: ¿Habéis obedecido en las cosas difíciles y que repugnan a vuestras inclinaciones, lo mismo que en las cosas que son conformes a ellas? ¿Habéis quedado contentos con las negativas lo mismo que con los favores que os concedió vuestro superior? Por miedo a una repulsa, ¿habéis observado una conducta demasiado indiscreta al pedirle lo que os era necesario? Es un defecto del orgullo que la obediencia debe suprimir.

529. Tres consideraciones nos servirán para comprender el mérito y la excelencia de la obediencia.

1. Según los doctores, la obediencia es el origen y la guardiana de todas las virtudes. 2. Nos da una perfecta semejanza con Cristo cuya virtud principal fue la obediencia. La practicó desde el primer momento de la Encarnación: *ecce venio* -dice a su Padre- *ut faciam voluntatem tuam*. Durante su vida entera no hizo otra cosa que obedecer al Padre celestial, a la Santísima Virgen, a San José y en la Pasión, a los jueces iníquos que le condenaron a muerte, a los soldados y a los verdugos. Y su obediencia fue tanto mayor cuanto que llegó a la muerte y muerte de cruz: *factus obediens usque ad mortem*. 3. La obediencia nos hace contraer una alianza con Jesucristo de quien nos constituye sus parientes más próximos, según aquello del mismo Salvador: *qui facit voluntatem Patris mei qui in coelis est, hic meus frater et soror et mater est*.

530. No hay que extrañarse de ver las más bellas promesas que se han hecho a la obediencia. Se encuentran encerradas en estas cortas palabras de la Sagrada Escritura: *vir obediens loquetur victorias*. No debemos creer que quienes están al frente de los demás se vean privados del mérito y de las ventajas de la obediencia porque la autoridad de que están investidos no hace más que constituirles en servidores de sus hermanos, a cuyas necesidades deben subvenir con todas sus fuerzas y, por consiguiente, su obediencia será tanto más extensa cuantos sean más los inferiores que tengan.

531. Verdad es que, por los votos, nos imponemos, en apariencia, un yugo un tanto pesado; pero en este mismo yugo y en esta carga encontramos una dulzura y una suavidad capaces de hacernos realmente felices. Tenemos como garantía de ello aquella palabra del Señor: *tollite jugum, etc.* Pero para encontrar tal descanso y tal dicha aquí abajo, hay que llevar el yugo del Señor con buen ánimo y no arrastrarlo indolentemente. Así lo indican sus mismas palabras: *tollite super vos*. Lo que hace tan ligera la carga del Señor y su yugo tan suave es: 1, su gracia; 2, el amor.

532. 1. La gracia. Ya no vivimos bajo la ley de Moisés en la que las gracias -aunque suficientes para la salvación- quedaban distribuidas con cierta reserva; por el contrario, vivimos bajo la ley de Cristo y las gracias se nos distribuyen con una sobreabundancia prodigiosa que nos hace fáciles los mayores sacrificios, lo que ha llevado a decir al autor de la Imitación de Cristo: *ille feliciter equitat quem gratia Dei portat*.

533. 2. El amor. *Ubi est amor -dice San Agustín- labor non est aut si labor est, labor amatur*. El amor lo hace todo hacedero y fácil, y ya que nuestro último fin es amar a Dios, cumpliremos nuestros votos con tanto mayor ardor cuanto que nos dan un medio de probar a Dios un amor más perfecto. Aunque es verdad que las plumas de un pájaro le son una carga, no consentiría, sin embargo, en que le desplumasen, ya que con la ayuda de esta carga puede elevarse por los aires. Así acontece al religioso. Si encuentra alguna dificultad en el cumplimiento de sus votos, el amor le hace soportarla con

gusto, puesto que las considera como alas que le permiten elevarse hasta Dios.

Sobre los ejercicios religiosos

El estado religioso, considerado en sus ejercicios, es como el noviciado del Cielo. Ved en qué situación estáis bajo este aspecto. ¿Consideráis a estos ejercicios como los santos los estiman en el Cielo?

¿Los consideráis como medios de ejercitar vuestro amor a Dios? ¿No os dispensáis de ellos con vanos pretextos? Podéis engañar a los hombres, pero no a Dios.

EL VOTO DE ESTABILIDAD

534. Por el voto de estabilidad se compromete uno a pasar su vida entera en la orden en que se ha pronunciado este voto. La emisión de los votos de religión en cualquier orden en que se emitan, supone siempre el voto de estabilidad, se exprese o no; pero compromete mucho más explícitamente en la Compañía de María, no sólo porque se le hace de un modo explícito como en la Orden de San Benito: *Promitto stabilitatem*; sino porque este voto tiene otras ventajas. Sirve de freno a la inconstancia y ligereza natural de nuestro espíritu que se cansa de todo, incluso de las cosas más excelentes y no se fija en nada. Sirve de muralla contra los ataques de nuestro enemigo, que teniendo sumo empeño en que nos retiremos o nos disgustemos de nuestra vocación, nos ataca por nuestro punto débil que es esta misma inconstancia. Sirve además de escudo contra los dardos envenenados de las criaturas que tratan de herirnos en el corazón y de llevarnos otra vez al mundo para gustar sus fatales dulzuras. Es una señal de nuestra entera dedicación a la Augusta María, puesto que se emite principalmente en su honor y para su gloria.

Conclusión de los retiros

535. *Quis ex vobis poterit habitare cum igne devorante?* (Isaías). ¿Quién *de* vosotros podrá habitar en medio de las llamas devoradoras? Nada manchado entrará en el cielo. El Purgatorio es el lugar *de* la expiación y *de* la purificación *completa del alma*. *Se ve* uno condenado a él: 1. Cuando *muere* sin haber pagado completamente la pena temporal debida por los pecados mortales ya perdonados. Porque por la absolución se remite la culpa pero la pena eterna se cambia en una pena temporal que hay que expiar en este mundo o en el otro. 2. Cuando a su muerte se encuentra culpable de algún pecado venial no perdonado, y por el cual no se ha hecho penitencia. Para comprender cuán grande es el número de los desgraciados condenados al purgatorio, y para enseñarnos cómo debemos velar por nosotros mismos, consideremos cuán fácil es hacerse culpable de pecados veniales. Se peca venialmente cuando se falta a alguno de estos principios siguientes:

536. 1. Hay que pasar de una vida común a una vida perfecta. La vida común es aquella en la que uno se contenta con cumplir los deberes esenciales y ordinarios, o si algo más se impone, se cumple con flojedad, lo cual es contrario a lo que dice Nuestro Señor: *Estote ergo perfecti sicut Pater vester perfectus est* (S. Mat. 5, 48). Para ver si se trabaja seriamente en pasar de una vida común a una vida perfecta, hay que considerar estas tres verdades: 1.^a Dios no se satisface de un servicio descuidado. 2.^a Dios no se contenta con un servicio compartido con otro; 3.^a Dios no se contenta con servicios a capricho.

537. 2. Hay que pasar de la tibieza al fervor. Según el Espíritu Santo, es preferible el estado de pecado mortal a la tibieza puesto que leemos en el Apocalipsis: *Utinam frigidus esses aut calidus, sed quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo*. Lo cual debe entenderse en este sentido, que dando el pecado mortal por sí mismo la muerte al alma, excita más horror que el estado de tibieza, el cual conduce al mismo efecto insensiblemente aunque infaliblemente. De donde se sigue que es más fácil abandonar el pecado mortal que la tibieza cuando en ella se vive durante cierto tiempo.

3. Hay que trabajar sin cesar por pasar del hombre animal al hombre espiritual. El primer carácter del hombre animal, es el apego a todo lo que satisface los sentidos, y el segundo, consecuencia del primero, es que no comprende las cosas que son del espíritu de Dios

4. Debemos tratar de pasar de la sujeción del amor propio al amor perfecto de Dios.

538. Comprenderemos fácilmente la gravedad del pecado venial considerando con qué rigor lo castiga Dios, que es la justicia misma, en el otro mundo. Hay en el purgatorio dos clases de tormentos. El primero que es incomparablemente más grande, es el de la pena de daño. Consiste en la privación de la visión de Dios. El segundo, llamado pena de sentido, consiste esencialmente en el fuego. Con relación a él podemos considerar: 1.Cuál es su naturaleza: es un fuego material, de la misma naturaleza que el del infierno, y que actúa sobre las almas espirituales de un modo milagroso. 2. En cuanto a su origen, viene de Dios y está encendido por el soplo de su cólera. Su fin es satisfacer a la justicia de Dios, castigando a las almas manchadas, o acreedoras de algunas deudas. 4. El modo de obrar sobre las almas es milagroso. Es un fuego interior que se adhiere a ellas de un modo tan íntimo que se puede decir que está tan unido a ellas como el alma lo está al cuerpo. Tantos y tan horribles tormentos acumulados por la justicia divina deben excitar nuestra compasión en favor de las desgraciadas víctimas detenidas en el purgatorio. Debemos esforzarnos por aliviar sus penas con nuestras oraciones. 1. La caridad nos lo impone como un deber. 2. Y también nuestro propio interés, pues nuestro Señor Jesucristo nos asegura que seremos tratados como hayamos tratado a los demás. *In qua mensura, etc.* De lo cual debemos concluir que seremos aliviados en el purgatorio por las oraciones de nuestros hermanos, en la medida en que nosotros aliviemos durante la vida a nuestros hermanos que sufren.

(XLVI).VIII

1834. CHAMINADE. (Autógrafos) NOTAS AUTÓGRAFAS DEL P. CHAMINADE

Ejercicios Espirituales de 1834

539. Este retiro deberá tener tres partes: 1.^a Salir del estado de tibieza y del pecado, reconciliándose con Dios (confesión). 2.^a Vida cristiana: naturaleza, efectos, obligaciones del bautismo. 3.^a Vida religiosa: renovación de los votos de religión.

Fundamento: *quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo.*

1.^a Pregunta: ¿Estoy en estado de tibieza? ¿Qué debo hacer para salir de él? Para responder a esta pregunta, desarrollar bien los caracteres, los principios y los peligros del estado de tibieza.

2.^a Pregunta: 1.^o Ungir con un colirio sus ojos. Meditación sobre la muerte, el Juicio de Dios y la eternidad. El principio secreto de la tibieza es: 1. Un alejamiento secreto de Dios y de su Ley. 2. Un amor desarreglado de sí mismo y de sus inclinaciones.

Meditación preparatoria de la víspera

540. La salvación es: 1, el motivo; 2, el apoyo y sostén; 3, la recompensa del sacrificio de un alma religiosa: *quia tepidus es, incipiam.*

En la tibieza hay que examinar su naturaleza, su origen, consecuencias y remedios. Pero en su comienzo y como principio y fundamento hay que examinarla en relación con el fin último del hombre y con Dios que, habitando en la eternidad, está esperando -por decirlo así- al hombre: *Ibit homo in domum aeternitatis suae.*

La segunda meditación explicaría la naturaleza, el origen y las consecuencias de la tibieza.

La tercera versaría sobre el pecado venial y se meditaría: 1. Su naturaleza y malicia. 2. Los efectos. 3. Los peligros.

541. La cuarta trataría del pecado en un alma religiosa. Este pecado es enorme: 1. Porque el alma tiene luces más vivas. 2. A causa de la santidad de sus deberes. 3. Porque el alma goza de gracias más abundantes.

La quinta: Remedios de la tibieza. El primero: os aconsejo el comprarme el oro acrisolado a fin de que os hagáis ricos. El segundo: ungid vuestros ojos con un colirio para que podáis ver; explicar los dos remedios y, percibir la trabazón. Detenerse en el primero. Comprar el oro es hacer revivir la caridad primitiva y el primer fervor, evocando primero el recuerdo de aquellos días puros y felices que pasásteis en el servicio de Dios. Comparar los caracteres del fervor con los de la tibieza. ¡Con qué celo hay que atacar a la tibieza en sus mismos comienzos!...

La sexta: ¿Con qué comprar ese oro fino? Con la penitencia. Pero ¿cómo debe ser esa penitencia? Amarga en sus sentimientos, sólida en sus obras, constante en su duración.

542. La séptima: ¿Con qué medio obtener tal penitencia? Para ello, hay que emplear el segundo remedio: ungir sus ojos con un colirio. Meditar, en espíritu de fe, la verdad y la importancia de una eternidad soberanamente feliz o desgraciada. Encontrar en este pensamiento las cualidades de la penitencia.

La octava sería una meditación sobre el infierno y el Paraíso.

La novena: Los caminos del infierno y los del Cielo, la tibieza y el fervor; muerte y juicio del religioso tibio y muerte y juicio del religioso fervoroso; la muerte; la fe nos enseña que Dios comienza a rechazar al alma tibia: *incipiam te evomere ex ore meo*. ¿Cuándo la rechazará por fin si no es en el momento de la muerte?

543. La última meditación: *suadeo tibi emere a me aurum ignitum ut locuples fias et vestimentis albis induaris et non appareat confusio nuditatis tuae et collyrio inunge oculos tuos ut videas.*

Segunda parte de los Ejercicios VIDA CRISTIANA

544. *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus* (Rom. 8, 9). Otro anatema contra la tibieza: El tibio ¿lleva la vida y tiene las disposiciones de Jesucristo? Por el bautismo nos hacemos cristianos, discípulos de Cristo, y recibimos su espíritu o el Espíritu Santo. ¡Qué sacramento tan grande éste que nos hace cristianos! Meditemos atentamente lo que es el bautismo.

El bautismo es una muerte espiritual y una resurrección espiritual.

1. Es una muerte espiritual ya que hemos sido enterrados en las aguas para morir con Cristo: *consepulti sumus cum illo per baptismum in mortem* (Rom. 6, 4).

2. Es una resurrección espiritual, ya que después de haber estado sumergidos en las aguas, hemos salido de ellas, como de nuestros sepulcros para vivir de una vida nueva, del mismo modo que Cristo, después de haber sido sepultado, resucitó para gloria del Padre y vive una vida nueva: *ut quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris* -por la omnipotencia del Padre- *ita et nos in novitate vitae ambulemus.*

2.ª Meditación

545. No es más que una ampliación de la primera explicando la significación, los efectos y las obligaciones del bautismo. 1. Significado. Todo sacramento es un signo sagrado. La ablución exterior del cuerpo por medio del agua significa la ablución interior del alma por medio de la gracia. Pero, con San Pablo, hay que considerar también la manera cómo nos es conferida: *ita et vos existimate vos*

mortuos quidem esse peccato; viventes autem Deo in Christo Jesu Domino nostro (Rom. 6).

546. ¿Vivís la vida de Dios? ¿Estáis en gracia? ¿Vivís para Dios? ¿Le consagráis toda vuestra vida? Lo hacéis todo para gloria suya? Efectos del bautismo. Como el bautismo es un sacramento de la nueva Ley, produce lo que representa y significa. Al mismo tiempo que representa en nosotros los misterios de la muerte y resurrección de Cristo, produce en nosotros los efectos de estos misterios. 2. Nos aplica la muerte de Cristo; nos la hace propia; hace que sea tan nuestra como si la hubiésemos sufrido realmente.

NOTA: El Hijo de Dios, en cuanto Hijo del Hombre, tomó la semejanza de la carne de pecado y se hizo pecado. Su muerte es la muerte del pecado. ¿Hemos conservado los efectos del bautismo? Detalles...

547. 3. Obligaciones del bautismo. La primera es morir siempre al pecado. La segunda, la de vivir siempre en gracia. San Pablo nos señala la primera cuando dice que estamos enterrados para morir. El bautismo es al cristiano lo que la cruz ha sido para Jesús: *quod Christo crux, hoc nobis baptisma* (Crisóstomo). Esta muerte al pecado debe durar toda nuestra vida, *in mortem...* La segunda es la de vivir siempre en gracia: *ut in novitate vitae ambulemus...* obligación, por consiguiente, de tender siempre a la perfección: *redde rationem villicationis tuae... An ignoratis quia quicumque baptizati sumus in Christo Jesu in morte ipsius baptizati sumus?*

Renovación espiritual del Bautismo

548. *Renovamini spiritu mentis vestrae* (Ephes. 4, 23) : renovaos en el espíritu interior; es decir, en la gracia, por la que el Espíritu Santo os ha regenerado interiormente cuando os ha hecho cristianos. Comprendamos: 1. Los bienes que hemos recibido de Dios por el bautismo. 2. Las promesas que hemos hecho a Dios al recibir el bautismo.

549. 1. Los bienes o excelencia de la gracia del cristianismo: *Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in coelestibus in Christo. Sicut elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus in caritate. Qui praedestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum secundum propositum voluntatis suae* (Ephes. 1, 3, 4, 9). Infinita misericordia de Dios sobre nosotros en el tiempo y en la eternidad: *elegit... ut essemus sancti et immaculati*; es decir, cristianos; *praedestinavit nos in adoptionem filiorum Dei*: efectivamente, nos ha santificado ante El. ¿Cómo? Por la infusión de la gracia santificante: *benedixit nos, etc...* Estas bendiciones son por la impresión de esta gracia que nos hace participantes de la naturaleza divina. Dios ha trazado su imagen en el fondo de nuestra alma; esa imagen y semejanza que el pecado había borrado: por medio de este nuevo trazado nos ha hecho agradables a su divina majestad en su queridísimo Hijo: *gratificavit in dilecto Filio*.

Fruto de la muerte y pasión de Jesucristo. De ahí, unión a Jesucristo, incorporación, filiación adoptiva.

(XLVII). IX

1834. CHAMINADE. (Chevaux)

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE 1834 EN SAINT-REMY

Empezaron el día 15 de octubre, a las 6 de la tarde

(P. Chaminade)

Instrucción preparatoria

LA SALVACION

550. *Porro unum est necessarium:* una sola cosa es necesaria: la salvación.

La salvación, mi fin último, la posesión de Dios, salvarme, la dicha del Cielo: todos estos motivos significan la misma cosa. Todo lo demás para mí es nada en comparación con la salvación. Nada habría hecho en el mundo si no logro salvarme y lo habré hecho todo si me salvo. El pensamiento de la salvación es muy saludable.

551. 1. Este pensamiento es el que determina a los religiosos a hacer los grandes sacrificios que llevan a cabo. San Ignacio determinó a San Francisco Javier a hacerse religioso por la consideración de aquellas palabras: *Quid prodest homini si universum mundum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* Se puede asegurar que la salvación es lo que ha determinado a todos los religiosos a dejarlo todo para abrazar la pobreza y hacer sus sacrificios; lo mismo determinó a los príncipes, reyes, grandes, etc. ¿Qué es lo que determinó a San Bernardo?

2. El pensamiento de la salvación les sostuvo en medio de sus sacrificios. ¿Qué bien sacan sino el de la salvación, la alegría de la conciencia que viene a confirmarles que lo tienen y serán recompensados?

3. La salvación es su recompensa ya en este mundo y lo será en el otro; recompensa de todos los sacrificios que hayan hecho: *quien deje a su padre, etc., recibirá el céntuplo en este mundo y la vida eterna en el otro.*

LA TIBIEZA

16 de octubre, a las 6 de la mañana

552. *Quia tepidus es incipiam te evomere ex ore meo:* porque eres tibio empezaré a vomitarte de mi boca.

Pesar estas palabras a la luz de la fe... Se trata del estado de tibieza. El alma tibia ofende a Dios más que los criminales y que los grandes pecadores. Se echa de ver por la comparación que aquí hace Dios. Compara el alma tibia con esos alimentos repugnantes que uno parece que lleva en el corazón, que uno querría arrojar y que no puede; que le ponen, por consiguiente, a uno en un estado peor que otros alimentos tan opuestos al estómago que, apenas llegan a él, enseguida los expulsa. Estos últimos no dan mucho que sufrir mientras que los primeros dejan al paciente en un malestar casi insoportable que dura mientras perduran en el estómago y a quienes se tiene tanto más asco cuanto que hacen sufrir por más tiempo. Pero ¿por qué Dios tiene tanto asco al alma tibia? Porque el estado de tibieza ultraja gravemente: 1, a su grandeza; 2, a su bondad; 3, provoca su justicia.

553. Dios lo es todo; yo no soy nada. La grandeza, la majestad de Dios no es una grandeza relativa, sino absoluta y por consiguiente, infinita. La grandeza de los príncipes, de los potentados y de los reyes cuando se encuentran en presencia de Dios es menos que un átomo en comparación del universo. Y, sin embargo, nadie se atrevería a servir con tibieza a un príncipe o un rey, etc. ¿Cómo, pues, nos atrevemos a servir de ese modo a un Dios? Si sirviéramos a un príncipe o a un rey como servimos a Dios, apenas estaríamos a su servicio un solo día. Y sin embargo, ¿no tememos el ser rechazados por Dios? ¿Me extraña la bondad de Dios? La naturaleza de Dios es bondad. ¿Cuál no sería la

indignación de un rey lleno de bondad para con sus súbditos si tales súbditos llegasen a recompensar sus larguezas con ingraticudes? ¿No debemos, pues, extrañarnos de que Dios se vea rechazado por el alma tibia? Pero si su bondad detiene por algún tiempo el brazo de Dios, su justicia será tanto más rigurosa.

QUIA TEPIDUS EST

A las 10 de la mañana

554. Caracteres de la tibieza y sus comienzos. Son cinco: 1. Omisión frecuente y voluntaria de sus deberes pequeños. 2. Negligencia voluntaria en corregirse. 3. Temor de lo que molesta y hace sufrir a la naturaleza. 4. Hastío de la práctica de las obras de fe. 5. Disipación del espíritu y del corazón. Comienzos de la tibieza: 1. Alejamiento de Dios y de su ley. 2. Amor propio. 3. Hastío y tedio de su estado. 4. Espíritu del mundo.

3.^a y 4.^a Conferencia SOBRE LOS PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN (Constitución)

EL PECADO VENIAL
A las 6 de la tarde

555. *Qui timet Deum nihil negligit.*

El tibio es un negligente. Ahora bien: quien es un descuidado es que no teme al Señor. Por consiguiente, quien es tibio no teme al Señor. Más aún: no tiene la sabiduría, ni siquiera el principio de la sabiduría: *Initium sapientiae timor Domini.*

1. Naturaleza y materia del pecado venial. 2. Efectos. 3. Consecuencias.

556. El pecado venial es una ofensa a Dios, es el mal de Dios; por consiguiente, el mayor mal que se pueda concebir. Para darse

cuenta de él hay que recordar lo que es Dios. Ahora bien: el pecado y su malicia crecen en proporción de la persona ofendida. Ataca a Dios todo entero. No se le opone a Dios como el mortal, pero le ofende. Una persona que ha llorado durante tres días una sensualidad: había comido con mucha precipitación a causa de una necesidad urgente. Dios castiga el pecado venial en este mundo y en el otro. En este mundo, por castigos espirituales: ceguera espiritual, endurecimiento del corazón e impenitencia final. En el otro mundo: Purgatorio. Se hablará de las consecuencias del pecado venial y de la tibieza en otra instrucción.

ENORMIDAD DE LOS PECADOS DE LOS RELIGIOSOS

El día 17, por la mañana

557. *Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?*

Ese ser amado del que se habla aquí es el religioso. A sus pecados se les llama crímenes. ¿Por qué? 1. Porque ha pecado con más luces. 2. Porque su estado es más santo. 3. Porque recibe más gracias.

Luces más grandes, santidad de su estado, gracia más abundante: éstas son las causas de la mayor gravedad de su pecado. Cuanto con más conocimiento de causa se peque, más culpable se es. Ahora bien: ¿quién recibe más luces que el religioso? Historia de un congregante es su lecho de muerte y que clamaba: "¡María! ¡María!" Así continuó durante tres o cuatro horas. Llamado el P. Chaminade, llega, pregunta, lee la confesión general, adivina pecados olvidados, absuelve, expira.

El religioso se consagra a Dios de un modo particular; sus pecados, por consiguiente, son una especie de sacrilegio, una especie de profanación. ¿Qué abundancia de gracias recibe un religioso? *Vae tibi Corozain, vae tibi Betsaida; vae... quia si in Tyro et Sidone factae fuissent virtutes quae factae sunt in vobis illae in cilicio et cinere poenitentiam egissent.*

REMEDIOS DE TIBIEZA

A las 10

558. *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum ut locuples fias et vestimentis albis induaris ut non appareat confusio nuditatis tuae et collyrio inunge oculos tuos ut videas.*

Nuestro Señor, después de haber hecho notar al obispo de Laodicea el triste estado en que está él que se cree rico aunque está en la tibieza, le dice: *Eres miserable, pobre, desnudo y ciego.*

Tal estado era tanto más deplorable cuanto que el interesado no se daba cuenta de él. Después de habérselo hecho ver, le indica dos remedios para su mal: 1. Comprar oro puro y acrisolado a fin de enriquecerse y revestirse de ornamentos blancos. 2. Ungir sus ojos con un colirio para poder ver. Ese oro acrisolado del que habla el Señor es el primer fervor. Antes de caer en la tibieza, era fervoroso. Trasládese al momento de su primera comunión, de una misión, un retiro, o del Noviciado; recuerde el antiguo estado de fervor ya perdido; hay que volver a él. Dicha de este estado... Pero ¿dónde ir a comprarlo? No está lejos: en el seno de Jesucristo. De ese modo volverá a ser espiritualmente rico.

CONDICIONES DE LA ORACION

A las tres

559. Hay que orar por Jesucristo, en Jesucristo y con Jesucristo.

Los tres votos se encuentran expresados en el cap. 9 de San Mateo. ¿Cómo saber si uno está llamado al estado religioso? *No es ventajoso* casarse -dijeron los Apóstoles a Cristo-. Pero Jesús les dijo: *No todos comprenden lo que he dicho, sino sólo aquéllos a quienes les ha sido dado el entenderlo.* De donde se deduce que, para conocer si uno está o no llamado, no es preciso romperse la cabeza, sino sólo ver si uno comprende bien que no es ventajoso el

casarse y si uno llega a gustar de esta verdad; lo mismo sucede con los demás votos: *voluntas Dei est sanctificatio vestra*.

560. ¿Los votos son para vosotros medios de santificación? Entonces hacedlos. El P. Chaminade, a los doce o trece años pregunta a su Director para saber si está llamado al estado eclesiástico; éste le apunta, por escrito, varias preguntas: "¿Puede usted hacer tal y tal cosa? ¿Siente usted atractivo para hacerla? Sí (después del examen hecho durante unos Ejercicios). "Consulte usted al obispo." El obispo dice que sí. "Entonces, adelante."

ESPIRITU DE PENITENCIA

A las 6 de la tarde

561. *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum.*

¿Cuál es el medio de recobrar el primer fervor? ¿Con qué? Primero con el espíritu de penitencia. Necesidad de la penitencia... Para que nos traiga al primer fervor, debe ser: 1. Amarga en sus sentimientos; 2. Sólida en sus obras; 3. Constante en sus austeridades.

No debe estar sólo en las palabras, ni incluso en sentimientos pasajeros, sino en el corazón, de modo que nos haga derramar lágrimas amargas y que quede impresa, grabada en el fondo del corazón. Si es sincera y real debe estar acompañada de obras de penitencia. Debe durar toda la vida.

LAS VERDADES ETERNAS

Día 18 por la mañana

562. *Et collyrio inunge oculos tuos ut videas.* ¿Qué es un colirio? ¿Cómo se aplica el colirio al ojo para curarlo? El colirio representa aquí la meditación de las verdades eternas. Necesidad de meditarlas. Cómo meditarlas. Sus efectos: *illumina oculos meos* (Ps. 12, 4).

LA ETERNIDAD

A las 10

563. *Ibit homo in domum aeternitatis suae... Annos aeternos in mente habui.*

Dos eternidades: una feliz y otra desgraciada... Qué es una eternidad. Un príncipe entre los trapenses encuentra a uno más recogido: ¿En qué estáis pensando? *Annos aeternos in mente habui.* San Jerónimo es un desierto durante cuatro años... Todos los anacoretas.

SOBRE LA ORACION

A las 3

Hay que rezar en nombre de Cristo.

INFIERNO Y PARAISO

564. *Et collyrio inunge, etc.* Apliquemos los ojos de la fe a la meditación de dos grandes verdades de fe: el infierno y el Paraíso. Pena de daño y de sentido. Felicidad del Cielo.

Día 19, domingo, por la mañana

Consepulti enim sumus cum Christo per baptismum in mortem: estamos enterrados con Cristo, por el bautismo, para morir.

Día 20 por la mañana

565. *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.*

EFFECTOS DEL BAUTISMO

El bautismo, no sólo destruye en nosotros el reino del pecado y produce una vida nueva, sino que nos hace realmente: 1. Hijos de Dios, de tal modo que Dios es realmente nuestro Padre. 2. Herederos del reino de los cielos y coherederos de Jesucristo.

PROMESAS DEL BAUTISMO

A las 10

566. *Renovamini spiritu mentis vestrae:* renovaos en el interior de vuestra alma.

Esta renovación interior se logra por la renovación de las promesas del bautismo. Son dos: 1. Renunciar al demonio, a sus pompas y a sus obras; al demonio: es decir, a las sugerencias del demonio, a las ilusiones. Las obras del demonio son los diversas especies de pecados; sus pompas son las del mundo. 2. Unirse a Jesucristo. ¿En qué consiste? En tomar el espíritu de Cristo, amar lo que El ama y practicar lo que El practicó.

567. A las 3: La conferencia ha versado sobre el sentido de las palabras de la renovación de las promesas del bautismo y sobre el modo de hacerla.

Por la tarde: Renovación de las promesas del bautismo.

568. Día 21 por la mañana: *Quid faciendo vitam aeternam possidebo?* Hay dos caminos para ir al Cielo, según la respuesta del Señor: 1. *Si vis ad vitam ingredi serva mandata.* 2. *Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes et da pauperibus et habebis thesaurum in coelis.* La primera vía es la del común de los cristianos y consiste en la observancia de los preceptos. La segunda es la de los religiosos y consiste en la observancia de los consejos evangélicos.

569. A las 10: *Diliges Dominum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota mente tua, ex totis viribus tuis.* Tal es el precepto del amor de Dios. Precisamente la perfección en la observancia de este precepto constituye el fin de la vida religiosa. De modo que toda la perfección religiosa consiste en la perfección del

amor de Dios. Pero ¿qué medio emplea la religión para conseguir este fin? Los votos de pobreza, castidad y obediencia. Dios es para nosotros todo bien, la soberana dicha. Sólo El merece toda la gloria. Estos son los tres motivos más poderosos para amarle a El solo. Sin embargo, hay tres falsos amores: son los correspondientes a las tres concupiscencias; nos apartan de Dios. Los tres votos de religión nos liberan de las tres concupiscencias y nos llevan a solo Dios.

570. A las 3: La conferencia ha versado sobre el voto de obediencia. Se ha leído el Reglamento (Constituciones).

A la tarde: *Diliges Deum tuum ex toto corde tuo, etc.* Ha vuelto sobre los votos, deteniéndose especialmente en el de estabilidad que es una consagración al servicio de María.

(XLVIII). X.
1834. CHAMINADE. (Fontaine)

EJERCICIOS ESPIRITUALES DADOS EN EL CASTILLO
DE SAINT-REMY POR EL P. CHAMINADE

Empezaron el 15 octubre de 1834

571. Número 2: *Utinam frigidus esses aut calidus, sed quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo.*

Número 3: 1. ¿Qué es Dios en sí mismo? 2. ¿Qué es respecto a nosotros? En sí mismo es el Ser infinitamente grande. Por consiguiente, merece un servicio fervoroso y no un amor tibio. Un rico, un grande de la tierra no querría recibir de parte de su criado, servicios hechos con descuido, a medias, arbitrarios. Por consiguiente, etc. Dios respecto a nosotros es bueno y justo.

572. Número 4: *Qui timet Deum nihil negligit.* La vida del tibio está llena de negligencias. De donde se deduce que no teme a Dios y que ni siquiera tiene el principio de la sabiduría, ya que *initium sapientiae timor Domini*. Tiene en nada al pecado venial; pero si llega a meditar seriamente sobre él, descubrirá: 1. Su naturaleza o malicia; 2. Sus terribles efectos. 3. Sus peligros.

1. Su malicia. Ataca las infinitas perfecciones de Dios; por consiguiente, es un mal mayor que la destrucción del universo entero porque es el mal de un ser infinito. Si conociésemos bien a Dios, de otro modo juzgaríamos al pecado venial. Una persona de una gran piedad, impulsada por la necesidad, había tomado algunos higos para reparar sus fuerzas; se dio cuenta de que, en esta acción, había secundado un movimiento de sensualidad. El Espíritu Santo le hizo comprender la magnitud de esta falta que lloró por tres días, no gozando de reposo hasta que confesó su falta. 2. Sus terribles efectos, Castigos: Moisés, Oza, el profeta devorado por un oso. Vanidad de David: ceguera del espíritu comenzada, y endurecimiento del corazón iniciado. Purgatorio.

573. Número 5: *Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?*

Tales palabras convienen muy bien a los religiosos. El religioso es verdaderamente el querido, el muy amado de Dios, el que vive en su palacio. Sus faltas y prevaricaciones son muy sensibles al corazón de Dios. Tres consideraciones bastarán para dar a entender su grandeza y enormidad: 1. La abundancia y la vivacidad de las luces que recibe. 2. La santidad de los deberes que tiene que cumplir. 3. La multitud de gracias de las que se ve rodeado. 1. La abundancia... etc. ¡Cuántas instrucciones, avisos y luces recibidas durante la oración! Por consiguiente, conoce mejor que el común de los cristianos, la grandeza de Dios y la enormidad del pecado. Jonatás, comiendo un poco de miel en contra de la prohibición de su padre, prohibición que él ignoraba, ¿era acaso tan culpable como lo habrían sido los oficiales del ejército si hubiesen contravenido las órdenes que habían oído de boca del príncipe o, al menos, que conocían muy bien? 2. La santidad de los deberes, etc... Son de dos clases. Los unos caen bajo la obligación del voto; los demás, son medios de perfección. 3. La abundancia de gracias... etc. *Vae tibi Corozain, vae tibi Betsaida, quia si in Tyro et Sidone factae fuissent virtutes, etc.*

574. Número 6: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum, etc.*

Nuestro Señor nos da el remedio de la tibieza: es un oro acrisolado; es decir, el fervor primitivo que destruirá los diversos principios de la tibieza.

575. Número 7: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum probatum* (Apoc. 3).

La caridad primera y el primer fervor son un poderoso remedio contra la tibieza; pero hay que comprar ese oro del Señor. ¿Con qué lo podremos comprar? Con una penitencia sincera que sea: 1. Amarga en sus sentimientos. 2. Sólida en sus efectos. 3. Constante en su duración.

1. Amarga en sus sentimientos: *Dolor meus in conspectu meo semper; lacrimis meis stratum meum rigabo.* El dolor del religioso debe ser más amargo que el de los cristianos corrientes: a) Porque

sus faltas son más enormes. b) Porque tiene más luces sobre Dios y sobre el pecado. Explicación de las palabras: *per ipsum, et cum ipso, et in ipso, etc.*

576. Número 8: *Collyrio inunge oculos tuos ut videas* (Apoc. 3). Nuestro Señor nos da otro medio de curar la tibieza: es ungir con un colirio los ojos del alma; aplicar la fe a la meditación de los novísimos. Haciéndolo así, el alma quebrantada, temerá; pero tal temor la llevará a la caridad, como la aguja introduce el hilo en el paño. Podemos ver una hermosa figura de esto en lo que le sucedió al profeta que vio a Dios. El Señor se hizo preceder de un viento huracanado, de una fuerte conmoción, de un gran fuego; pero no moraba en estas diversas apariencias sino en un dulce céfiro que sobrevino después. Dios, que es caridad, no se encuentra en el temor que causa al alma el pensamiento de las grandes verdades o la visión del fuego eterno, sino que viene luego.

577. Número 9: *Annos aeternos in mente habui*. El gran pensamiento de las verdades eternas es muy capaz de abrir los ojos y mantenernos en el espíritu de penitencia. Santa Teresa, esa amante seráfica, apareció un día, muy turbada; sus religiosas quisieron informarse de lo que le había ocurrido: "Tiemblo -le dije- al pensar en el rigor de los juicios de Dios." Respuesta de un trapense a un señor que había ido a edificarse a la Trapa: *annos aeternos, etc...*

578. Número 10: Meditación sobre la eternidad del Cielo y del infierno.

1º Eternidad desgraciada: *vermis eorum non moritur et ignis eorum non extinguitur*. Pena de daño y pena de sentido. 1. Pena de daño. Según San Juan Crisóstomo, "es muchísimo más terrible que la pena de sentido." Desesperación de un jugador que perdió toda su fortuna; es la imagen débil del estado de un réprobo. El alma, comprendiendo que sólo Dios es su dicha, quiere lanzarse hacia El con toda la fuerza de su ser. Dios mismo la atrae por sus amabilidades infinitas; pero, al mismo tiempo, la rechaza con horror. Para ello pone en juego su omnipotencia, ya que la atrae de un modo infinito. 2. Pena de sentido. El fuego de la tierra nos lo ha dado Dios, en su bondad, pero el fuego del infierno está encendido

por su ira, un fuego, que, al mismo tiempo que devora a sus víctimas, las conserva para seguir devorándolas eternamente; es un fuego sabio que sabe discernir la culpabilidad mayor o menor de sus víctimas y las partes que merecen mayor castigo.

2º Eternidad feliz: *Nec oculus vidit, etc...*

579. Número 11: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus*. ¿Puede acaso decir el tibio que tiene el espíritu de Cristo? No, porque cristiano viene de Cristo. Un cristiano, por consiguiente, debe seguir la doctrina de Jesucristo y tener sus mismos sentimientos: *hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu*. El bautismo nos hace cristianos. Este sacramento encierra también la doctrina de Cristo. Estudiémosle, pues, y procuremos conocer sus efectos, sus obligaciones y su excelencia.

1. Efectos del bautismo. Son dos principales: la muerte y la vida. El bautismo es una muerte espiritual porque hemos sido enterrados en las aguas para morir con Cristo: *consepulti sumus cum illo per baptismum in mortem* (Rom. 6, 4).

580. Número 12: *Itaque existimate vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu*.

2. Obligaciones del bautismo: *a)* morir al pecado; *b)* vivir de la vida de la gracia.

a) Morir sin cesar al pecado. Ciertamente, el bautismo ha hecho morir al pecado en mí mismo, es decir, en mi alma que estaba mancillada por él y a la cual la gracia ha purificado; pero no en mi cuerpo, en mi carne, la cual sigue estando corrompida y sublevándose constantemente contra el espíritu. Ahora bien: a esos desarreglos de la naturaleza debo morir constantemente; es la obligación que me impone el bautismo. *Quod Christo crux fuit, christiano baptismus est* (San Juan Crisóstomo). Los sentimientos de Cristo deben ser otros tantos clavos con los que crucifico los sentimientos contrarios de la mala naturaleza; así la humildad clavará al orgullo, etc.

b) Vivir de la vida de la gracia. *Viventes Deo*. Viviendo en Dios; es decir, en estado de gracia; viviendo también para Dios; es decir, glorificándole por nuestra conducta. Sus obligaciones son tan graves que Dios mismo no puede dispensar de ellas. (Examen serio.)

Número 13: 3. Excelencia de la gracia del bautismo.

Número 15: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. Si vis perfectus esse vende quae habes et da pauperibus et veni, sequere me.*

581. Número 16: *Diliges Dominum Deum tuum, etc.*

Este gran mandamiento promulgado en la Antigua Ley ha sido renovado por Cristo: *ex toto, etc.* Por consiguiente, no debemos amar más que a Dios o por Dios; ni amar a medias. Pero queda en nuestro corazón el amor hacia las riquezas, placeres y honores. Nuestra naturaleza inocente nos lleva, sin embargo, a: 1. Poner nuestro tesoro sólo en Dios: *Deus meus et omnia; pars mea Deus in aeternum.* 2. No tener otro placer que en Dios: *Deus cordis mei.* 3. No buscar nuestra gloria más que en El: *gloria magna sequi Dominum.* Nuestra naturaleza corrompida produce efectos enteramente contrarios, ya que nos lleva: 1. A mirar como un tesoro los bienes de aquí abajo que no tienen más que la apariencia de bien: *fallaces divitiae*, que no poseen la realidad del mismo: *vae vobis divitibus!* Es difícil estar en posesión de los falsos bienes de este mundo sin que no se nos apegue el corazón, como le sucedió a aquel joven israelita a quien el Señor aconsejó deshacerse de los bienes en favor de los pobres y que *abiit moerens; erat enim habens multas possessiones.* De ahí: *quam difficile dives, etc.; facilius est camelum per foramen acus intrare, etc.*

582. Un alma que siente el peligro de poseer tales bienes sin permitir que a ellos se le apegue el corazón, comprende estas palabras del Señor: *vade, vende quae habes, etc.* De ahí, el voto de pobreza, a fin de poder decir que ya no tiene verdaderamente otro tesoro que Dios, el cual es todo su bien: *omne bonum* (San Agustín). Esta misma corrupción nos hace buscar los placeres carnales, ya sea sensuales, ya sea sensibles, pompas, espectáculos, etc.

(XLIX). XI

1843. CHAMINADE. (BONNEFOUS)

CONFERENCIAS DADAS DESDE EL 4 DE MAYO AL 27 DE AGOSTO

En Santa Ana

Conferencia del día 4 de mayo de 1843 por la tarde

583. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota mente tua et ex tota fortitudine tua* (Mc. 6, 30).

¿Cuál es el fin para el que fuimos criados? Conocer, amar y servir a Dios; el amor de Dios que proviene del conocimiento de Dios. ¿Qué se entiende cuando hablamos del fin de nuestra creación? El fin que Dios se propuso al crearnos y que también nosotros debemos proponernos es la idea, la intención que El tuvo, idea e intención a la que debemos corresponder. Al sacarnos de la nada, al hacer que existiésemos, Dios tenía una idea, se propuso algo: el formar criaturas que la conociesen, le amasen y le sirviesen. No podía crearlas más que para El.

584. ¿Tiene Dios necesidad de nuestros servicios? No; pero desde el momento en que tal es su voluntad, eso se hace justo y necesario...; el tiempo no es una parte de la eternidad, sino que ha sido creado al lado de la eternidad; no es la continuación, ni el medio, ni el fin, ni el principio de la eternidad, sino que está fuera de la eternidad. El tiempo es la duración de las cosas creadas. *In omnibus respice finem. Si* tendemos siempre a amar a Dios, entonces la eternidad bienaventurada entra ya en nosotros y nos conduce a esa misma eternidad feliz. Dios no necesita de nuestros servicios; pero, como El nos ha creado, puede pedirnos el ejercicio de las facultades de todo nuestro ser para que tendamos al fin que es amarle. Servir a Dios es hacer buena toda acción nuestra amándole, y no hacer nada que sea contrario al amor de Dios. Amar a Dios es cantar sus alabanzas y no hacer nada en contra de ese amor de Dios.

585. Sólo tenemos que hacer dos cosas: amar a Dios y amarle más y más hasta que le hayamos dado todos los testimonios de

amor que El desea de nosotros. Estamos obligados a dar a Dios testimonios de nuestro amor desde el mismo momento en que somos capaces de servirnos de nuestra razón. Tenemos una obligación rigurosa; cometemos un gran pecado si no lo hacemos. ¿Cómo amarle? El modo ya está trazado. ¿Por qué existe la obligación de amarle? Porque es el fin que Dios se ha propuesto al crearnos; no nos ha creado más que para la suma felicidad.

586. Al crearnos, se ha mirado a sí mismo y nos ha mirado a nosotros. Dios se dijo: "No quiero crear sólo criaturas racionales, capaces de conocerme, amarme y servirme, sino que quiero también que sean felices sirviéndome a mí." Dios nos ha creado para que encontremos la soberana dicha en El. Si Dios no nos hubiera creado para la suma dicha no habría puesto en nosotros ese deseo continuo de ser felices que tenemos todos. Se tiende a la soberana felicidad por el amor. El amor de Dios nos pone en posesión del mismo Dios. La fe (animada por la caridad) hace poseer a Dios, une con Dios. En este mundo no tenemos la felicidad; pero sí tenemos, por medio de la fe en la palabra de Dios, que no puede engañarnos la seguridad de lograr la felicidad eterna. ¿Cuándo tendremos el gozo? Cuando vayamos al Cielo y veamos a Dios cara a cara. Siempre en este mundo nos queda una pequeña pena: la de desear la felicidad y la de no tenerla por entero. La espera es penosa. Cuanto más se ama a Dios, más se suspira por el Cielo.

587. Quien pudiendo ser feliz en este mundo y no teniendo por qué temer el infierno, consintiese en perder el Cielo, sería, no sólo un loco, sino también un criminal muy grande porque no amaría a Dios y preferiría las criaturas. ¿Qué es ese ser que, no sólo busca su felicidad en los goces del crimen, sino que ama el mismo crimen? Dios rechaza a tal criatura hasta el infinito; tal criatura se encuentra para siempre separada de El mientras conserve su afición al pecado.

588. ¿Se encuentra la dicha en el goce de las criaturas? No. ¿Por qué? Examinad vuestro corazón: siempre andáis buscando la felicidad, la verdadera felicidad; pero ésta si es perfecta no puede encontrarse más que en Dios. Todo cuanto haga fuera del amor

de Dios no puede hacerme feliz. Uno se hastía hasta de las mejores cosas porque la felicidad no radica en ellas. No quiere uno que pase la felicidad; pero ¿qué cosa hay más fugaz que la dicha que se encuentra en las criaturas? ¿Cuál es la criatura que dura para siempre? ¿Acaso una felicidad que dura una hora es la verdadera felicidad? Se tiene mucho miedo al verificar la conversión; no se llega al extremo de detestar el pecado; se desea siempre el pecado por razón de la dicha inherente al mismo. ¿No es digno de Dios creador el hacer al hombre de tal modo que ande siempre buscando la felicidad?

589. ¿No hay penas en el servicio de Dios? ¿No quiere Dios que hagamos penitencia y que nos mortifiquemos, que amemos las cruces y los sufrimientos? Debemos amarlos; pero eso no entra dentro del fin último. Dios no las envía sino porque las hemos hecho necesarias para poder amar, porque somos pecadores. ¿Se presentaba la cuestión de los sufrimientos y de las cruces para Adán en el Paraíso terrenal? Adán habría sido llevado al Cielo como los ángeles fieles. Dios por su misericordia quiere salvar al género humano. En este caso, se requieren los sufrimientos para poder salir del pecado. El camino que hay que tomar es el de un Salvador crucificado porque Cristo ha seguido este camino espinoso. Es una obligación que...

Conferencias del día 7 de mayo 1843, mañana

590. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, etc.*

El oráculo proferido por Moisés estaba ya escrito en el fondo de los corazones de todos los hombres. Le conocían por las luces de la razón que Dios les había dado. Cuando Dios se le apareció a Moisés en medio de la zarza ardiente, éste le preguntó: *¿Cuál es tu verdadero nombre? Yo soy el que soy, todo el ser, todo el bien, toda la felicidad.* Dios -que debía ser el bien de todas las criaturas- se revela así a Moisés; pero Moisés tiene entonces la confirmación de lo que ya sabía, de lo que todos los hombres

sabían por la tradición y por la ayuda de las luces de la razón. Dios ha puesto una idea de sí mismo en nuestra razón.

591. ¿Cuál es la idea concreta que Dios ha puesto en nuestra razón? Esta: todas las naciones han conservado una idea de la divinidad. Yo existo; yo no me he hecho a mí mismo; otro me ha hecho por consiguiente. Los paganos han alterado esta idea primitiva de Dios llamando Dios a una gran cantidad de cosas que no eran Dios; creían, sí, en un ser superior; pero a ese Dios unían otros dioses; veían tantas criaturas diferentes que no podían creer que hubiesen sido hechas por un solo Dios.

Sólo la fe puede darnos acerca de Dios una idea justa y verdadera; así Dios se dio a conocer a Moisés revelándole El mismo lo que era.

592. *Yo soy el que soy*: el ser necesario, el bien por mí mismo. Me pongo a examinar su mandamiento: *Diliges...* ¡Dios mío! Dime quién eres para que yo encuentre en ello nuevos motivos de amarte. *Yo soy el Señor, vuestro Dios. ¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo debo amarte? Audi, Israel: Dominus tuus unus est*: no hay más que un solo Dios. *Diliges*: amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, etc. Por consiguiente, ¿debo amaros sin medida? Sí. Escuchad a uno de esos a quienes os he enviado para enseñaros mi doctrina: "la medida del amor a Dios es amarle sin medida." ¿Cuáles son los motivos de amar a Dios? Se encuentran encerrados en estas tres palabras: "Señor, Dios nuestro." ¡Cuánto debemos humillarnos ante Dios por no amarle o por amarle tan poco! Es una gran humillación el verse tan desnaturalizado.

593. Nuestra naturaleza consiste en ser hombres racionales; es lo que nos distingue de los animales. ¿Por qué se dice de un hijo que no ama a su padre y a su madre y que los desprecia, que es un desnaturalizado? ¿Qué es un monstruo? Porque es propio de nuestra naturaleza el amar a nuestro padre y a nuestra madre, ya que Dios se ha servido de ellos para darnos el ser. La madre de los Macabeos decía al benjamín: *Sin duda, yo soy tu madre, pero no soy yo quien te ha formado; Dios te ha formado dentro de mí.*

Dios es más padre nuestro que el padre terreno que tenemos todos en este mundo. Debemos, pues, amar a Dios más que al padre que tenemos en este mundo; somos hijos desnaturalizados cuando no amamos a Dios.

Día 7 de mayo, por la tarde

594. *Diliges Dominum Deum tuum, etc.*: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, etc. ¿Por qué? Porque es infinitamente amable, el único bien, el bien en sí mismo. Este Dios es Nuestro Señor, nuestro Dueño, nuestro Dominador y nuestro Creador; tiene sobre nosotros, derechos infinitos, derechos de propiedad y de autoridad como Creador, conservador y fin último. Le examinaremos simplemente como Señor que nos crea, nos conserva y nos manda amarle como a nuestro último fin. Por amor nos ha creado y nos conserva; pero lo más importante y de una fuerza tal que quien lo comprendiese no podría resistirlo es que se ha constituido en el objeto eterno de nuestro amor y, por consiguiente, nos ordena amarle. ¿Debemos tender necesariamente a amarle? No. En ese caso, nuestro amor sería sin mérito; debemos amarle libremente y por pura elección, voluntariamente; a este fin se oculta y no nos deja ver más que una parte de sus amabilidades para que le amemos creyendo en la palabra que El nos da de que es el Sumo Bien, mientras que los demás bienes que vemos no son más que falsos bienes sin él.

595. Dios es Padre nuestro; quien primero nos dio el ser. Conserva nuestra vida que podría cesar en cualquier instante, nos da todos los medios para conservarnos, se sirve de sus ministros para prodigarnos sus cuidados tanto en lo que se refiere al alma como al cuerpo. Nuestro Señor ¿no quiere que le invoquemos con el título de padre nuestro, ya que en todo y en todas partes es nuestro Padre; pero un Padre invisible salvo en el Cielo?

¿Por qué se sirve más bien del nombre de Señor cuando dice: *Amarás al Señor, tu Dios?* Para darnos a entender todo el ardor del amor que quiere de nosotros. Dios quiere que le amemos y nos lo ordena con toda su autoridad; por eso rechaza con un odio infinito a aquel que rehúsa amarle. El odio que concibe contra él

viene precisamente del amor infinito que tenía para con él. Cuanto más se han amado dos personas, más se odian en cuanto llegan a hacerlo. Del mismo modo rechaza infinitamente a aquel que no quiere amarle. Cuando el favorito de un príncipe de la tierra llega a atraer sobre sí el odio de su señor, éste se convierte en su mayor enemigo y cuanta mayor amistad tenía con el príncipe, más odio concibe ahora.

596. Un religioso es un cortesano de la divinidad; da a Dios un culto continuo como lo dan los cortesanos a su soberano. Se está en estado de gracia cuando se tiene amor de Dios. Dios es el ser vivo porque es el único ser digno de un amor infinito y se ama, por consiguiente, infinitamente. Dios se ama infinitamente porque se conoce a sí mismo digno de un amor infinito. El amor a Dios es la vida. Quienes no quieran nada con su amor, quieren su muerte eterna. Esta autoridad con la que Dios nos ordena amarle denota el ardor del amor que tiene para con nosotros. Si no se quiere amar a Dios, es que se quiere odiarle. Dios rechaza a quien no quiere amarle con aquellas palabras: *ite maledicti in ignem aeternum*; habéis amado las criaturas en vez de amarme a mí; id a arder al fuego eterno; *discedite a me*, ialejaos de Mí." El odio los separa de Dios infinitamente; por eso les dice: *discedite a me*. La separación de Dios es la pena de daño que sufren los condenados, infinitamente mayor que la pena de sentido, que es el fuego que les quema.

597. Encuentro que este Señor emplea toda su autoridad para lograr hacerse amar; este ejercicio de su autoridad no viene más que del amor para con nosotros. ¿Acaso tiene necesidad de nuestro amor para ser feliz? Así como ninguna cosa puede añadir nada a su felicidad infinita, del mismo modo nada puede alterarla. Pero nosotros sí que encontramos nuestra felicidad soberana en el amor que le tenemos. Porque nos ama quiere que nosotros le amemos. *Dominum*. El amor de Dios nos une a El, haciéndonos participar de sus atributos, haciéndonos también semejantes a Dios. *Amarás al Señor, tu Dios*. Dios es siempre Dios; pero no siempre es nuestro Dios. Dios merece todo nuestro amor. ¿Qué hay en Dios? El autor de todos los bienes. Los males no vienen a nosotros más que si Dios los permite y siempre, por amor. Dios es el bien soberano (y este bien se

opone a todos los falsos bienes). Si creemos en Dios, despreciaremos todos los bienes que nos ofrecen las criaturas y cuando usemos de ellas, será para rendir homenaje a Dios y amarle más. Dios da su amor en la medida en que correspondemos a El; cuando se lo pedimos, cuando rezamos, cuando lo deseamos, entonces El derrama sobre nosotros sus dones.

598. Amáis a Dios: 1. Porque es el único bien puro y simple. 2. Porque de ese bien procede todo el bien que tienen los seres creados. 3. Porque Dios es un bien que no puede cesar nunca de serlo. Estas tres proposiciones las resumimos en tres palabras: 1. Dios es el bien primitivo y original; 2. El bien universal; 3. El bien eterno.

¿Cómo Dios es un bien original? Dios es el único que se ama infinitamente; es un Dios en tres personas que se aman recíprocamente de un modo infinito. Dios, en cuanto bien original, no puede ser tal si no es un bien puro y simple. ¿Qué quiere decir simple? Es la esencia misma de Dios. Dios es simple en su esencia, puro, sin ninguna composición ni mezcla alguna. En sí mismo forma una unidad que no puede dividirse. *Escucha, Israel, el Señor tu Dios es único; le amarás con todo tu corazón.* ¿Por qué amar a Dios con todo nuestro corazón? Porque no es más que uno. Dios es mi todo (fin de la conferencia de la tarde, 7 mayo 1843).

Conferencia del Buen Padre del 14 de mayo de 1843, mañana

599. *Cognovi quoniam Deus meus es (Ps. 55, 10)* : he conocido que Tú eres mi Dios. Cuando la fe nos descubre que Dios es nuestro Dios, el amor es capaz de quebrar un corazón de mármol, de bronce y de fundir un corazón de hielo. Los motivos que deben inducirnos al amor de Dios están encerrados en aquellas tres palabras: *Señor, Dios nuestro.*

Debemos amar a Dios porque es el Señor, el Soberano Señor. ¿Cómo se explica que este gran Dueño -que ya haría mucho permitiéndonos que le amásemos- quiera que le amemos y ordene hacerlo? ¿Quién nos hace ver a Dios? Dios mismo es quien ilumina nuestra razón por la fe que ha infundido en esa misma razón.

Vemos a Dios que tiene a bien descubrirse a nosotros mediante la fe, en la meditación. En ésta aprendemos lo que tenemos que hacer; por este motivo es la meditación tan útil. La criatura está hecha para referirlo todo a Dios, para amar a El sólo y rechazar cuanto Dios rechaza. Tenemos que guardarnos de amar a las criaturas que nos encantan. Las pompas del demonio son el encanto que él pone en las criaturas para engañarnos y lograr que nos apeguemos a ellas. Tales son los lazos que nos tiende el demonio.

600. Dios nos atrae y nos vincula a sí manifestándonos sus amabilidades. Los encantos mediante los cuales nos atrae hacia sí y nos une a El son la fe, la esperanza y la caridad. Todo esto se verifica en la meditación. Meditar es creer, amar, esperar, examinar y considerar las razones que tenemos de creer, amar y esperar. Las dificultades que encontramos para hacer oración no deben detenernos; la oración es mucho más útil cuando se han tenido dificultades para hacerla; es raro que no se superen tales dificultades. Cuanto más aumenta la fe, mejor se hace la oración.

601. Dios nos ordena precisamente lo que debe contribuir a hacernos soberanamente dichosos; pero tal felicidad no debe ser, en la tierra, una felicidad consumada. *Eso sólo* sucede en el Cielo. La dicha completa es el amor frutivo. No gozaremos esencialmente de Dios más que en el Cielo. Los dos primeros motivos que tenemos de amar a Dios no son tan fuertes como el tercero: Dios es *nuestro*; puede pertenecernos; cada cual puede poseer a Dios como si Dios fuese para él solo y no existiese más que para El. Dios nos pertenece por Jesucristo que es Dios.

602. (Tarde). Dios es para cada uno de nosotros como si no hubiese más que El en el mundo; le pertenece. Puede decirle: *Vos sois mi Dios, el Dios de mi corazón*. Dios nos pertenece junto con todas sus amabilidades. La ciencia de amar a Dios es la ciencia de los santos. Todo nos habla de su amor; pero sobre todo... Dios mismo y la visión del amor que nos ha tenido. En este amor que El nos tiene tenemos el modelo del que debemos tenerle. ¿Qué ha hecho Dios por nosotros? Veámoslo en tres afirmaciones: 1. Dios lo ha hecho todo por nosotros; nos ha dado cuanto ha hecho y todas sus

criaturas. 2. Dios nos ha hecho dueños de nosotros mismos. 3. Dios se ha dado a nosotros en todas las maneras. ¿Podía Dios darnos pruebas de un amor mayor?

603. Primeramente, Dios nos ha dado cuanto ha hecho. Abrid el libro del Génesis en el capítulo 1.º: Dios, después de haber creado el Cielo, la tierra, la luz, etc., creó al hombre en último lugar, en el sexto día, y le dijo: "Te hago dueño de cuanto he hecho." Dios ha dado al hombre un gusto en relación con cuanto ha hecho; le ha dado los alimentos, el sol, su luz, su calor, etc. Dios ha dado al hombre el universo; pero se ha reservado para sí mismo al hombre; se ha reservado el corazón del hombre: *Fili, praebe mihi cor tuum*: Hijo mío, dame tu corazón. Yo te he asociado a mi Hijo, al que engendré eternamente; puedes, como El, llamarme Padre. A mi vez, yo te llamaré como a El, hijo mío.

604. En segundo lugar, Dios nos ha hecho dueños de nosotros mismos; quiere nuestro corazón, pero quiere tenerlo dándonoselo nosotros: "Yo te he hecho; eres semejante a aquel Hijo a quien engendré eternamente; en El puse mis complacencias que yo extiendo hasta ti; para eso, te hago dueño de tus inclinaciones, y te hago libre: *erit appetitus tuus et dominaberis eum*; y esto a fin de que reprimáis todas esas apetencias de dicha que no se orientan hacia Mí." Todo esto es muy justo y muy digno de amarse.

605. Nuestros padres no han podido emplear este lenguaje; no son más que los instrumentos de que Dios se ha servido para ponernos en este mundo. El nos dio el ser; por eso, esencialmente, quiere que sólo a El se le llame padre. Ciertamente, Dios quiere que amemos a nuestros padres terrenos; pero quiere que les amemos por El, porque se ha servido de ellos para instalarnos en este mundo; quiere que les amemos más que a los demás hombres; pero quiere que les amemos a causa de El; tenemos que obedecerles con tal que nos manden cosas que podamos referir a Dios, ya que, en caso contrario, hay que obedecer a Dios antes que a los padres. Hay que referirlo todo a Dios; sobre todo, el amor. Dios nos ha creado para El.

606. En tercer término, Dios se ha dado a nosotros de cuatro maneras, a las que se pueden reducir todas las demás: 1. Creándonos a su imagen y semejanza: "yo te doy el ser"; es decir, te doy mi imagen; me doy a ti en mi imagen. Por el pecado hemos degradado esa imagen que ahora ha venido a ser la imagen de Satanás. Si se pudiera ver a un alma en estado de pecado mortal, se moriría (tal es el sentir general). Tan horrorosa es. Quienes viven en pecado mortal están muy expuestos, ya que el diablo ronda a su lado para conseguir el permiso de matarles, cosa que Dios permite como consecuencia de algunos grandes crímenes, sobre todo, como consecuencia de comuniones sacrílegas. El diablo no procura otra cosa que quitar tales imágenes y semejanzas. 2. Dios se ha dado a nosotros por medio de la Redención. 3. También ha bajado a nosotros al humillarse y convertirse en pan, un pan de vida, a fin de alimentarnos, sostener nuestras almas en la vida espiritual y divina (ya no existe la sustancia de pan sino sólo las especies de pan) dándonos una orden severa de que comamos ese pan. 4. Nuestro Señor, Hijo de Dios y también Dios como el Padre, cuando entramos en el Cielo hace que seamos uno con El, que vivamos de su propia vida, ya no como en enigma por la fe, sino sin velos, dichosos con su propia felicidad, inmortales con su inmortalidad, gloriosos con su gloria, etc. (sigue por la tarde).

Conferencia del Buen Padre, el 21 de junio, mañana,

607. *Adorabis Dominum Deum tuum et illi soli servies.* Tal es el primero y el mayor de los mandamientos de Dios. El pueblo de Israel, asustado por los truenos que acompañaban al Señor en lo alto del monte Sinaí, rogó a Moisés que sólo él hablase con el Señor y prometió observar todas las prescripciones que viniesen de parte suya. En este mandamiento hay una parte afirmativa: *Adorarás al Señor, tu Dios,* y una parte negativa: *no servirás y no adorarás más que a El solo, ni adorarás a ninguna criatura.* Hemos dicho que el primero y el mayor de todos los mandamientos era el de amar a Dios. ¿Acaso ahora cambiamos al decir que el de adorarle es el primero y el mayor de los mandamientos?

608. En el Decálogo no se habla de amor. Sin embargo, tanto Moisés como Cristo, al explicar la Ley, no hablan más que de amor. ¿Qué es lo que debe hacer el hombre en este mundo? Dios le ha creado semejante a El, de una naturaleza espiritual como El, con una inteligencia y una voluntad. Al crearnos Dios y darnos una voluntad, nos ha creado a su semejanza; sin duda muy en pequeño pero realmente a su semejanza. Nuestra voluntad por su naturaleza misma es amante de Dios; comprendemos, queremos y amamos. Supongamos un hombre que saliese de las manos de Dios como Adán; que Adán hubiese tenido necesidad de ser instruido, que hubiera tenido las facultades que nosotros tenemos, pero sin haber entrado todavía en ejercicio. ¿Qué habría tenido que hacer? Habría que haberle instruido acerca de su composición; supongamos a uno de nosotros creado de esa manera; comprendería a Dios, su Creador, y vería que acababa de ser creado. En la religión, ¿cuál es el primer precepto de todo, de toda la moral, de la conducta de un cristiano? Un sabio llamado Fortunato se lo preguntaba a San Agustín: "Es amar a Dios: *amor Dei cultus est. Deus enim colitur amore.*"

609. Dios nos dice: *Adorarás al Señor, tu Dios, etc.* Es preciso, por consiguiente, que el amor esté en la adoración y en todos los homenajes que hay que rendir a Dios; es preciso que en todos esos homenajes, el de la adoración sea el primero. Ha habido 40 años de intervalo entre la publicación de la Ley de Dios y la explicación que de la misma dio Moisés: *Diliges, etc.* Sabemos que, en la adoración, hay un homenaje rendido a Dios; que tal homenaje tiene por primer principio el amor de Dios. Fácil es comprender este mandamiento con esta explicación. Supongamos que una imagen ha tenido pensamiento, deseo, amor y que se ha conocido a sí misma ¿qué haría y qué querría esa imagen? Procuraría hacerse más y más semejante, confundirse con el original.

610. Dios ha hecho imágenes que son sustanciales y que pueden compararse siempre con el original. Yo existo; comprendo que no me he dado la existencia a mí mismo; por consiguiente, hay alguien que me ha hecho, que me ha creado: es lo que llamamos Dios. Nuestro cuerpo, ¿guarda semejanza con Dios? Sí. Dios lo ha

hecho a semejanza de su Hijo encarnado. Pero no hablemos más que del alma que es lo que propiamente constituye el yo, nuestra persona. Si hemos sido creados a semejanza de Dios y si le comprendemos, ¿no es verdad que una imagen procuraría hacerse cada vez más conforme con el original? Vengamos al precepto afirmativo: *adorarás al Señor, tu Dios.*

611. ¿Qué es adorar? Generalmente la idea que Dios ha tenido presente al darnos este mandamiento es precisamente el prescribir los homenajes que el hombre tendría que darle en la tierra; homenajes propios de un Dios creador. ¿Cómo se rinden estos homenajes? Reconociéndole como autor de nuestro ser. ¿No es bien sencillo el que reconozcamos, en primer lugar, a nuestro autor, su supremo poder, etcétera? Y como no nos ha dado la existencia más que por amor y para ser amados, le reconocemos como Creador omnipotente Padre. Dios es Padre y obra por sentimientos de amor. Estas tres palabras, Dios Creador, todopoderoso y Padre se encuentran en el Credo: "Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra." ¿Cuál es mi primer deber al reconocerle como a Creador? Reconocer su omnipotencia paternal: *Credo in Deum, Patrem, etc.* ¡Con qué afecto, con qué sentimiento especial se adora a Dios diciendo con atención y afecto el Credo! Supongamos que ahora empezáis a existir; decís: "Existo; hay un Dios Creador, porque yo no existía ayer y no me he creado a mí mismo; otro me ha creado." Decidme: ¿Será menester que yo tenga algo que hacer en el mundo? Sí: reconocer por los sentimientos de vuestra alma y por la postura de vuestro cuerpo a un Dios todopoderoso y también Padre; ese es vuestro gran deber. Entonces reconocéis y adoráis; la adoración es reconocer que está uno ante Dios; que uno no es nada y que cuanto uno tiene, todo viene de Dios. Reconocedle, pues, y así cumpliréis vuestro primer deber.

612. Adorar (según la definición misma de esta palabra) es humillarse, aniquilarse, reconocer que uno procede de la nada; que Dios nos ha sacado de la nada. ¿Cómo hago tal reconocimiento? Por mi inteligencia, veo mi pequeñez ante Dios; entonces me abajo, me inclino, humillado como bajo el peso de un gran Dios que debe aniquilarme si no encuentra a su obra tal como debe

ser. Mas no. Dios no es como los demás obreros que quiebran su propia obra cuando no ha salido como debía salir. No. Aniquilar no es suficiente, ya que es una obra viva capaz de conocer y amar a su Creador y es inmortal como El. Pues entonces ¿qué hay que hacer? Es preciso que Dios la aleje de sí; no quiero nada contigo: *discedite a me maledicti in ignem aeternum*. Adorar a Dios es reconocer todo esto, es humillarse y anonadarse a sí mismo. Y hay que hacerlo también con la postura del cuerpo, ya que el cuerpo denota los sentimientos del alma.

Día 21 de mayo, por la mañana

Continuación de la conferencia del Buen Padre

Conferencia del Buen Padre

Día 21 de mayo, por la tarde

613. *Adorabis Dominum Deum tuum et illi soli servies:* adorarás al Señor, tu Dios, y a El sólo servirás.

Cuando el demonio trasladó a Jesucristo a lo alto de una montaña desde la que le hizo ver todos los reinos del mundo (es decir, un fantasma que los representaba con su brillo aparente y su falsa gloria y le prometió darle todo eso), Cristo le respondió: *Está escrito: adorabis, etc.* Entonces, el demonio, vencido, se dio a la fuga. Era la tercera vez que el demonio trataba de tentar a Cristo, el cual no promulgaba entonces aquel mandamiento, ya que le dijo: *scriptum est, etc.*

Del mismo modo que el Señor, también nosotros tenemos en la fe respuestas para todas las tentaciones; pero nuestra malicia es tal que, aunque disponemos de armas, no queremos servirnos de ellas. *Adorabis, etc.* Este mandamiento había quedado grabado en las tablas de piedra (una piedra contenía los tres primeros mandamientos referentes a nuestros deberes para con Dios; la segunda, los otros siete mandamientos relativos a nuestros

deberes para con el prójimo) pero había sido escrito antes en el corazón de los hombres. Dios mismo lo había grabado al crearles; pero el hombre no sabía leerlo en su corazón.

614. Era preciso escribir la ley de otra manera, del mismo modo que se vuelven a copiar viejos papeles para quienes no saben leer escrituras antiguas, transcribiéndoselas en la escritura que saben leer. La Ley de Moisés es esa segunda escritura por medio de la cual leemos lo que está escrito en nuestro corazón, pero que el pecado había borrado. Aprendemos a leer en nuestro corazón meditando la Ley, comparando sus diversos sentidos, por decirlo así como las letras de una palabra. De ese modo aprendemos a leer en nuestro corazón el deber de amar a Dios y poco a poco empieza a calentarse nuestro corazón y, por último, cuando se desgarrá el velo, de pronto nuestro corazón queda abrasado en el amor de Dios. Los discípulos de Emaús sentían latir su corazón cuando Nuestro Señor, a quien no conocían, les explicaba las Escrituras; cuando el Señor quitó de sus ojos el velo de la incredulidad entonces le reconocieron.

615. El salmista decía: *mi corazón se ha calentado en la meditación y de pronto se ha inflamado*. Los que ven que la meditación -que debería enseñarles a leer- les aburre, se parecen a un hombre que, habiendo caído en un hoyo lleno de barro, encontraría muy penoso asir la mano que le tienden para sacarle de él. Nos apegamos al pecado a fuerza de vivir en él, de tal modo que ya no queremos salir de él aun cuando tengamos todos los medios para lograrlo, pareciéndonos a un prisionero que, después de 40 años de cautividad, no quisiera dejar su prisión, ya que se había acostumbrado a considerar las grandes arañas que formaban sus telas en su prisión y ponía sus delicias en esas miserias.

616. Aquí abajo no vemos nunca a Dios al descubierto como lo veremos en el Cielo, sino a través de una gasa o como detrás de una nube que oculta al sol pero permite, sin embargo, ver lo que queda detrás. Si viésemos a Dios de un modo descubierto, no podríamos menos de amarle; en el Cielo, aun conservando nuestra libertad, nos será imposible dejar de amarle. Los mismos demonios no habrían podido pecar si hubiesen visto a Dios cara a cara; le

veían, pero como a través de un velo, o de una ligera nube, como le veía Adán antes de su desobediencia. Los ángeles buenos y los santos le ven ahora, en el Cielo, cara a cara; por eso ya no pueden pecar. Ahora vemos a Dios tras una nube que nos oculta su belleza; pero el velo se espesa a medida que dirigimos nuestras miradas hacia las criaturas.

Conferencia de la tarde (continuación)
Día 21 de mayo de 1843
Día 25 de mayo de 1843, por la mañana.

617. *Amarás al Señor, tu Dios, con todo corazón, etc.* ¿En qué consiste el amar a Dios? Es amarle especialmente por sí mismo. ¿Hasta qué grado se debe amar a Dios? No hay grados. Hay una regla para el amor del prójimo: *amarás al prójimo como a ti mismo*. Pero estamos obligados a amar a Dios con todo nuestro corazón y el amor puede crecer en el corazón, lo mismo que en el espíritu y en el alma. Hay que amar a Dios con todas sus fuerzas; pero estas fuerzas pueden aumentar siempre. Hay que amar a Dios cada vez más; lo mismo pasa con el arrepentimiento: hay que arrepentirse de todo corazón, siempre cada vez más.
618. Si uno ha caído en el pecado mortal debe arrepentirse durante su vida entera. Uno se arrepiente porque ama a Dios; un arrepentimiento sin amor de Dios no sería saludable. Los condenados se arrepienten pero sin amor de Dios, sólo porque son desgraciados. No es posible agotar el tema del amor de Dios; hemos dicho particularmente que debemos amar a Dios porque es nuestro soberano bien. El corazón del hombre ha sido creado para amar lo que es bueno y para aborrecer lo que es malo. Dios quiere que no le amemos por nosotros mismos, sino por sí mismo, en El, con El y por El. Pero esto entraña una gran dificultad. Decimos que debemos amar a Dios como a nuestro sumo bien. Si le amo como soberano bien, a causa de mi felicidad, es que me miro a mí mismo; es un amor muy interesado.

619. Ahora bien: la verdadera caridad no es interesada. Amar a Dios porque es el Sumo bien, únicamente porque es la fuente de todos los bienes es amarle sin interés particular; pero le amamos por un interés particular cuando le amamos por los arroyuelos de dicha que manan de esa fuente; se puede amar los tales arroyuelos; pero sólo a causa de su fuente. Por ejemplo: ¿se puede amar a un amigo? Sí; pero no debe querérselo sino por Dios. Quiero a mi prójimo; pero no amo en mi prójimo más que lo que es de Dios, no lo que es de sí mismo; o bien lo que amo, lo amo porque viene de Dios. Cuando se ama a Dios porque es el sumo bien, se le ama de un modo desinteresado; si es cierto que, en este amor, uno se mira a sí mismo es que no se puede ir a la fuente de la felicidad sin beber en ella.

San Francisco Javier se extenuaba para hacer el bien y para amar. ¿Es que amaba a aquellos salvajes? Sí, hasta darles todas sus energías porque veía sus almas inmortales; veía en ellos la obra de Dios. Al amar a Dios por sí mismo, le amo como sumo bien, como suprema verdad, como suma justicia, como autor de toda justicia, como fin último (tarde).

620. *Amarás al Señor, etc.* El amor de Dios como verdad, en sí mismo como verdad, por sí mismo nos hace avanzar hacia Dios. No se puede tener caridad más que cuando se ama a Dios por sí mismo, sin interés alguno. ¿Se puede amar a Dios con un amor puro cuando se está en pecado mortal? No.

Hay mucho amor, incluso sobrenatural que no es caridad. Hay caridad cuando el amor es sobrenatural en su objeto, en su motivo y en su origen. ¿Qué es el amor de Dios que no es caridad? Es un amor todavía natural bajo muchos aspectos aunque sea sobrenatural en su objeto. El amor de agradecimiento no es caridad aunque no la altera. Cuando amo a Dios a causa...

Continuación de la Conferencia del Buen Padre 28 de mayo de 1843, por la mañana.

621. A Adán le fue dado el trabajar muy fácilmente. Dios nos dice: *¿Trabajáis para amarme?* Sí, Dios mío, ya trabajo por lograrlo. *¿Ya*

habéis acabado? No, Dios mío, no puedo acabar así un trabajo infinito; ya lo sabéis.

Adán mismo no lo podía; para poderlo habría sido preciso que fuese infinito; una criatura como él no lo podía; no bastaba ser una criatura como él; debía ser regenerado en Dios mismo. La regeneración por el bautismo hace que podamos amar a Dios, pero no supera los obstáculos que se oponen al amor. El demonio tentaba a Cristo con todas sus fuerzas; Cristo le aduce el mandamiento de Dios y el demonio tiene que huir enseguida. Santa Catalina de Siena, al final de su vida, no había terminado todavía su trabajo; sin embargo, era una santa admirable. Jesucristo la amaba tanto que se complacía en enseñarle la porción de amor propio que le arrancaba diariamente de su corazón.

Por la tarde del mismo día

622. *Diliges Dominum Deum tuum, etc.* Habría que amar a Dios aun cuando El no nos lo ordenase, sin género alguno de interés: *ego ero merces tua magna nimis*. Debes amarme porque te he hecho para eso mismo. Entonces, Dios mío, ¿por qué me lo ordenáis? Es por amor: te lo he mandado porque al crearte y queriendo ser tu recompensa, te he hecho libre: podría ocurrir que tú no me amases. Este precepto viene de la bondad infinita de Dios. Por miedo de que me extravíe, Dios mío, me hacéis ver la suerte eterna que yo mismo me preparo. Este mandamiento me sirve para amar a Dios. Dios ha tenido la infinita bondad de dármele como una advertencia. Si amo a Dios por este motivo, eso no quita nada a mi amor con tal que este motivo no sea el único y con tal que ame a Dios por sí mismo y en sí mismo.

623. Aun cuando la salvación eterna no fuese una necesidad para mí, no debería amar menos a Dios por este motivo; no debo considerar a la salvación como motivo de mi amor. Habría interés por mi parte. Tampoco debo tomar como motivo, para amar, el Cielo, aunque el Cielo -es decir, la felicidad del Cielo, sea Dios-; no sería amarle por El sólo. Menos aún lo es la consideración del infierno. Dios es el fin último al que tendemos; pero hay objetos inmediatos,

que son otros tantos medios de amar: son las consideraciones acerca de Dios. Por ejemplo, tomemos la fe. La fe ¿es ya la caridad? No. Pero ¿el objeto de la fe no es el mismo que el del amor? Sí; pero visto desde un punto de vista diferente. El objeto de la fe es Dios en cuanto soberana verdad. Dios es Dios en todos sus atributos: es caridad, justicia, etc.

624. Las virtudes que tienen por objeto a Dios considerado como soberana verdad, como caridad, etc., tienen el mismo objeto; es decir, Dios; pero considerado desde puntos de vista diferentes. Tales puntos de vista son otros tantos motivos de amar a Dios. Pero el objeto de cada una de estas virtudes no es todo Dios; es Dios, por decirlo así, dividido aunque sea indivisible en sí mismo; pero como Dios es tan grande no puedo verlo entero a la vez; entonces, separo, por decirlo así, los atributos de Dios. Sigue siendo Dios; pero no en su conjunto. El conocimiento de Dios, objeto inmediato, tiene necesidad de un motivo. En ese conocimiento encuentro que Dios es verdad: he ahí mi motivo. Dios es verdad y considero la verdad. Por el amor tiendo a la verdad. Es, por decirlo así, una porción de mi amor que divido en mi espíritu; hay el amor de la fe, amor de Dios como verdad, amor que no es todavía caridad. La caridad necesita de la fe. La fe, a medida que se purifica, me descubre por entero a Dios. Entonces, para hacer que yo alcance a Dios, me hace falta otra virtud que excite todos mis deseos y me haga volar hacia Dios. La esperanza nos da alas y fuerza para recorrer todo el espacio. Los mártires, que sufrían tan crueles torturas eran hombres locos o bien hombres dotados de una gran esperanza. La esperanza es muy necesaria al hombre. La caridad ¿radica en la esperanza? Sí.

¿Qué es amar a Dios? Amar es lo que hace un hijo con respecto a su padre. ¿No se le llama desnaturalizado al hijo cuando no ama a su padre y a su madre? Dios es nuestro padre. ¡Cuántas veces lo hemos conocido por medio de la razón y aún más...

NOTA: Si hubo una conferencia el 4 de junio por la mañana, falta.

Conferencia del Buen Padre, 4 de junio de 1843 (tarde)

625. *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.*

El día de Pentecostés promulgó el Señor su Ley y, en particular, este mandamiento a los israelitas, en el monte Sinaí, el día 50 de su salida de Egipto. En este mismo día de Pentecostés, 50 días después de la resurrección del Señor, el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles. Se oyó un gran ruido como el de un viento impetuoso que se dirigía únicamente hacia la vasta casa del Cenáculo. Este Cenáculo estaba emplazado en el palacio construido por Salomón en el monte Sión. *Dominum Deum tuum adorabis, etc.* De este primer mandamiento proceden todos los demás. La leche que se bebe en la oración es la del amor de Dios; de ese amor que Dios tiene a sí mismo y que nos tiene a nosotros.

626. Adorar tiene dos sentidos: uno particular y otro general. En sentido general consiste en rendir a Dios todos los homenajes que le son debidos, en protestarle de nuestra dependencia, en tributar homenajes a El solo y no tributárselo a ninguna criatura, ni siquiera a la Santísima Virgen. Pero estos homenajes ¿a qué se reducen? Estos homenajes son tres: la fe, la esperanza y la caridad. Mediante estos tres homenajes se adora realmente a Dios. Todo acto de adoración, todo homenaje que emana de la fe viva debe estar siempre lleno de amor. Si no hay amor, si el amor no es el principio del acto de fe y del acto de esperanza, tales actos no valen nada.

627. ¿Qué es la adoración, en particular, como tal? La adoración es el homenaje especial que hace que nos humillemos, que nos anonademos ante su divina Majestad por los sentimientos del alma así como por la postura y las acciones exteriores del cuerpo. Uno se anonada ante su divina Majestad, ante la grandeza infinita de Dios. Pero es preciso que, al mismo tiempo, sienta uno su propia pequeñez; como pura nada ante el Dios infinitamente grande; es preciso que también el cuerpo se mantenga en una humillación profunda. Este anonadamiento nos hace ver que dependemos de Dios nuestro único Creador, único dominador y único conservador.

Pero supongamos que hiciérais todo esto. Todo ello no sería nada ni bastaría sin el amor de Dios.

628. ¿Podemos, por nosotros mismos, amar a Dios? No. Es un don de Dios. ¿Se puede merecer tal don de Dios? No. ¿Está Dios dispuesto a concedérselo? Sí, con tal que nuestro amor se una al amor de Cristo y que Cristo lo presente a Dios. Es preciso que amemos a Dios por medio de la santa Humanidad de Cristo. ¿Cómo hacerlo? Yo encuentro casi tantas dificultades en unirme a Cristo como en amar a Dios.

Así como Jesucristo es nuestro mediador ante el Padre, así nos hace falta una mediadora ante Cristo; esta mediadora es la Santísima Virgen su Santísima Madre, constituida en Mediadora ante su Hijo Dios ante quien no hay otro mediador que su propia Madre. Pues bien: no vayáis nunca a la oración sin la Santísima Virgen; permaneced en la oración con Ella y rogadle que Ella hable en vuestro lugar.

Día 5 de junio, por la mañana

629. *Dominus meus et Deus meus* (Joan., cap. 20, 28). Propiamente, ¿es un acto de adoración lo que hizo Santo Tomás? Sí. Debemos, no sólo adorar a Dios en sí mismo, sino también adorar a Dios en Jesucristo, ya que Cristo es verdaderamente el Hijo de Dios. Antes de Cristo, Dios había prohibido a los judíos adorarle bajo ninguna figura, ya que cualquiera figura no habría sido El... Pues entonces, ¿por qué ahora hay tantos crucifijos? Porque Jesucristo, realmente Dios, ha sido realmente crucificado, en calidad de Dios. Los judíos no eran sólo unos homicidas, sino que eran también unos deicidas.

630. Después de haber dicho: "Creo en Dios Padre", se dice en el mismo sentido igualmente riguroso: "Creo en Jesucristo"... Creo en Jesucristo como Dios, verdaderamente Dios, Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Padre, que tiene todos los atributos de su Padre. "En Jesucristo, Hijo único de Dios, Señor Nuestro, como el Padre."

Cuando se cantan las alabanzas de Dios, pueden mezclarse en tales actos, dos clases de amores: uno que es el motivo que determina al otro; y el segundo que acompaña al primero. El primero es el amor de Dios; se canta para agradar a Dios y porque se cantan las alabanzas de Dios; pero, al mismo tiempo, se encuentra gusto en que su voz sea admirada, etc. El segundo amor es el amor de sí mismo.

Día 5 de junio, por la tarde

631. *Exauditus est pro sua reverentia:* Cristo fue escuchado a causa del respeto que le es debido (Heb. 5, 7).

¿Qué necesidad tenemos de un mediador? Tenemos necesidad de un mediador; es preciso que tal mediador, tanto por su origen, como por su dignidad, sea digno de Dios. El hombre proviene de la nada; su primer origen es la nada; el segundo, es venir de Satanás, enemigo jurado de Dios; de Satanás, de un rebelde que está excitando continuamente a la rebeldía. ¿Es posible que nos presentemos de ese modo ante Dios? ¿Qué tenemos que pedir? Tenemos que pedir la gracia. Hemos nacido hijos de ira ¿cómo suponer que nos presentemos así ante Dios para pedirle sus gracias? Sería preciso que Dios tuviese misericordia de nosotros; pero al mismo tiempo debe ejercitar su justicia. Nos hace falta un mediador.

632. Este mediador, absolutamente necesario, es Jesucristo. ¿Tenía Jesucristo cuanto era preciso para presentarse ante el Padre y calmar su ira? Sí; era hombre Dios y Dios hombre; por una parte, es hombre y por eso puede humillarse y la humillación en El es tan grande como el orgullo del hombre pecador. Como en el pecado hay un orgullo inmenso e infinito porque ataca a un ser infinito (porque es muy verdad que hay un orgullo infinito en el pecado), entonces, ¿cómo calmar la ira de Dios que es enteramente infinita, ya que en Dios todo es infinito, tanto su justicia como su misericordia? Se precisaba una criatura que pudiera humillarse y sufrir y que, a la vez, por su origen y por su

calidad fuese un Dios. Sólo una criatura y a la vez Dios podía dar satisfacción a Dios.

633. Por eso, cuando este Hombre-Dios, con toda la dignidad correspondiente a un hijo de Dios, igual a su Padre, verdaderamente Dios, en posesión de la naturaleza divina aunque también es hombre, cuando este hombre comparece ante Dios, le ofrece sus humillaciones, los sufrimientos y la muerte de un Dios, su sangre derramada y por último, la destrucción del pecado, se apacigua la ira de Dios. Pues bien: ¿hay algún hombre que pudiera hacer todo esto? Uno solo: el Hombre Dios; sólo El puede hacerlo; pero, al mismo tiempo, basta esto. De donde se sigue que si Cristo es mediador, es preciso que nos mantengamos unidos a Cristo y tan unidos que El presente a Dios Padre nuestras humillaciones y el horror que tenemos al pecado. He aquí, dice Cristo, aquél a quien aplico todos mis méritos y en quien quiero destruir el pecado, pero ¿qué hay que hacer para presentarse a Cristo mediador?

634. Sin duda alguna, hay que humillarse, hacer penitencia, creer en el Evangelio, creer que es verdaderamente Dios; pero como Dios, es como el Padre, infinitamente justo, poderoso y terrible: es Dios: *totus Deus*. Sin duda también, si pido con grandes sentimientos de humillación, de penitencia y de un arrepentimiento proporcionado a mis pecados, obtendré su misericordia; pero no puedo tener tales sentimientos sino por la gracia; otra nueva dificultad. Para tener esa contrición, me hace falta la gracia. No podría tenerla sino de Cristo; incluso, ni siquiera puedo arrepentirme, ya que para arrepentirse hace falta una gracia adecuada.

635. El gran Dios, el Hijo de Dios, igual al Padre, tiene una misericordia infinita y tiene en sí los medios de aquella misericordia en su humanidad divinizada; pero ¿quién ofrecerá a Jesucristo estos primeros sentimientos de querer volver a Dios, esos pobres sentimientos? Para eso, vamos a María, ya que Dios ha sido suficientemente bueno para darnos una mediadora. Para eso ha creado a la Santísima Virgen. Cristo podía hacerse hombre lo mismo que fue creado el primer hombre: sin ser engendrado, pero no lo ha querido. Parece que esto habría sido mejor para El. No. Ha

preferido, por nosotros, para provecho nuestro, venir al mundo por vía de generación. Cierto es que se preparó bien cuanto necesitaba. Ha querido venir al mundo por medio de una madre que fue virgen, enteramente pura, revestida de virtudes sobrenaturales, que fuera amiga de Dios y que no hubiera en Ella la menor mancha de pecado.

636. María es Madre de Dios porque Aquél a quien Ella ha engendrado, amamantado y alimentado, era Dios. ¿Creéis que no es una gran dignidad la de ser Madre de Dios? Buscad el origen de la Santísima Virgen: ha sido sacada de la nada; pero para ser Madre de Dios. Estaba destinada de toda eternidad a ser Madre de Dios, a ser exenta de todo pecado para que pudiera agradar a Dios. Fue concebida sin pecado por una gracia que previno el pecado a causa de Cristo que debía nacer de Ella. Si esto es así, ¿no se le debe una reverencia, un respeto y una consideración propias de la Madre de Dios? ¿Creéis que la Santísima Virgen no goza de consideración alguna a los ojos de su Hijo? Sería preciso estar loco para no comprenderlo.

637. María no era Dios pero en cuanto criatura, su dignidad no podía ir más lejos. Al ser Madre de Dios, de Jesucristo, Hijo de Dios, llega a ser Hija del Padre, merced a una admirable alianza; de tal manera que por esta alianza, y gracias a su maternidad divina, llega a ser Hija de Dios Padre, adoptada por la alianza que contrae con El. ¿Os extrañáis de que sea Mediadora entre Cristo y los hombres? Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- ha querido, para ello, que fuese Madre de misericordia. Cristo se ha encarnado sólo por misericordia. Por eso, la Santísima Virgen es Madre de misericordia y no es más que Madre de misericordia. Por eso también me basta ver mi propia necesidad; basta ver que soy un desgraciado, un indigente, desprovisto de todo e indigno de compasión, para ir a presentarme ante mi Madre. ¡Ved qué cuidado tiene Dios de nuestra eterna salvación!

Día 6 de junio, por la mañana

638. *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.*

Este precepto ¿permite excepciones, al menos durante algún tiempo? ¿Estamos obligados a cumplirlo siempre y durante toda nuestra vida? Si Dios hubiese exceptuado algún tiempo lo habría dicho. Desde que me levanto hasta que me acuesto e incluso cuando me despierto durante la noche, debo adorar a Dios; incluso debo tomar las precauciones para tener un sueño ligero, para tener el espíritu menos adormecido y más libre para adorar a Dios. Adorad a Dios siempre, tanto como lo podáis. Nuestro Señor lo explica de una manera mucho más enérgica de lo que nadie había hecho antes que El: *oportet semper orare et nunquam deficere*: hay que rezar siempre y nunca cansarse de hacerlo.

639. Pero ¿es posible rezar siempre? Si la oración vocal no es siempre posible, debemos hacerla con el deseo del corazón y según las posibilidades que se tengan. Sólo Cristo ha estado siempre rezando; después de El, la Santísima Virgen ha sido, entre todas las criaturas, la que ha imitado mejor a ese divino Modelo. ¿Por qué tal orden de adorar a Dios debe existir siempre? Porque Dios es siempre Dios, inmutable, y merece que le adoremos siempre según todas nuestras fuerzas. Cada cual tiene la propia medida de gracias y debe corresponder a tal medida. No sólo hay que corresponder a la gracia, sino a toda la extensión de la gracia. Cuando sirvo a Dios, cuando trabajo por El, ¿puedo cesar de adorarlo? No; hay que trabajar adorándole y caminar siempre en la presencia de Dios.

640. Hay que distinguir dos clases de presencia de Dios: la de espíritu y la de corazón, como en la adoración hay presencia y adoración del espíritu, y presencia y adoración del corazón...

6 de junio de 1843: Continuación de la conferencia del Buen Padre

641. Trabajo porque amo a mi Dueño que me dice y ordena que trabaje. Dios mismo es el motivo que nos mueve a servirle: *ratio amandi Deum est Deus*. Se podría decir que El es el principio: ¿por qué amáis a Dios? Porque me ha dado un amor, por cuanto es digno de ser amado. ¿Hay acaso una adoración propiamente dicha? ¿Un tiempo consagrado únicamente a adorar? Sí; hay una adoración que es un servicio especial.

Día 6 de junio de 1843, por la tarde

642. *Dominum Deum tuum adorabis, etc.*

¿Qué es adorar a Dios? (Debemos adorar a Dios en todos los momentos de nuestra vida; es nuestro deber y, además, nuestra felicidad) .

¿Qué hay que hacer para adorar a Dios? A ello nos invita el Profeta: *venite adoremus... et procidamus ante Deum... ploremus coram Domino*: venid, adoremos al Señor; prosternémonos ante Dios; lloremos y gimamos viendo que la obra de Dios, una criatura, a la imagen y semejanza de Dios esté tan degradada, que tenemos en nosotros tantos defectos, pecados y manchas. ¡Cuántas lágrimas debemos derramar, Dios mío!, por haber echado a perder la obra de vuestras manos! Somos su rebaño; El es nuestro Buen Pastor: *ego sum pastor bonus, ploremus coram Domino*. Lloremos ante Dios nuestra ingratitud; lloremos ante su grandeza. Adorar es ver ante Dios su pequeñez, su culpabilidad; es ver la ingratitud de nuestros corazones al no reconocer que es el autor de todo el bien que hay en nosotros: creación, bienes sobrenaturales, etc. ¿Estamos agradecidos a Dios? Vengamos y adoremos, lloremos y gimamos.

643. Dios ¿es grande? *Magnus Dominus*. Es el gran Dios, *laudabilis nimis*. Alabémosle hasta el exceso, porque tal exceso no irá nunca tan

lejos cuanto merece ser alabado. "Me prosterno -decís- sé y creo que Dios es infinitamente grande; pero no puedo sostener mi mirada puesta en la grandeza de Dios porque enseguida, ya no veo nada. (El acto de adoración, en los comienzos, no está casi más que en el espíritu y en la memoria; sólo dura un poco; el alma no está todavía penetrada de las grandezas de Dios).

644. Pero ¿qué hay que hacer para penetrarse de las grandezas de Dios? Se considera a Dios en las dimensiones de la materia. En los comienzos, considero las dimensiones de la majestad divina. ¿Cuál es su altura, su longitud, su largura y su profundidad? La altura de Dios es su infinitud. Pero por mucho que considere lo que llamo su altura no llego a hacerme una idea, pues es infinita; al serlo, no puedo medirla. ¿Cuál es la largura de Dios? ¿De dónde viene? ¿Cuánto tiempo seguirá existiendo? Una eternidad. ¡Altura infinita! ¡Largura infinita! ¿Y cuál es su anchura? ¿Cómo es de ancho? La tierra tiene 9.000 leguas de circunferencia. Esto todavía no es nada. ¿Cuántas leguas hay de aquí al sol? El sol es un millón de veces mayor que la tierra. El sol y la tierra caben juntos en Dios. También está Dios en los planetas y en las estrellas. ¿Qué nombre darle? Inmensidad. ¿Cuál es su profundidad? Cavad toda la tierra; para horadarla de una parte hasta la otra haría falta un agujero de 3.000 leguas de profundidad; para buscarle en el sol y en las estrellas, ¿cuántos millones de leguas?

Dios es infinito en altura; es su infinitud. Es infinito en su largura; es eterno. Es infinito en anchura; es inmenso. Es infinito en profundidad; es inmutable.

645. El Profeta sabía bien lo que se decía cuando proclamaba: *Dominus laudabilis nimis*. La infinidad encierra todos los seres. ¡Cuántos seres hay en el universo y de cuántas especies diferentes! Dios no ha creado más que un mundo; pero podría haber creado un millar de mundos tan grandes como él. Su largura abarca de una eternidad hasta otra eternidad. Esta eternidad comprende siglos y más siglos; es lo que se llama *siempre*.

646. La inmensidad encierra todos los espacios. La inmutabilidad, todos los movimientos de la naturaleza, del cuerpo, del espíritu,

todos los sentimientos del corazón y todas las acciones: todo esto está en Dios. ¿Estará siempre? Sí, porque Dios es inmutable: *in ipso vivimus, movemur et sumus*, dice San Pablo. Ved, pues, los medios de considerar la grandeza de Dios. Pero este Dios me aterra con su omnipotencia. Pero, no. Tiemblo; es verdad; pero el amor, el agradecimiento, el dolor de haber ofendido a Dios, la gran pena que uno tiene al verse tan vil, de haber echado a perder la obra de sus manos hacen olvidar todo el espanto pasado. Me encuentro ante Cristo. Este Dios, que es tan grande, es, al mismo tiempo quien se ha hecho hombre para sacarnos de la miseria. Cuando adoramos la santa Humanidad de Cristo adoramos también a Dios y, como Jesucristo, no puede estar sin el Padre y el Espíritu Santo, adoro, en Cristo, a Dios entero y verdadero.

Conferencia del Buen Padre
Día 11 de junio de 1843, por la mañana

647. *Spiritus est Deus et eos qui adorant eum oportet adorare in Spiritu et veritate*: Dios es espíritu; es preciso que quienes le adoran, le adoren en espíritu y en verdad (Jn. 4).

Dios pide el homenaje de adoración con toda la autoridad de que está investido. La primera orden de este gran Dios es la siguiente: *adorarás, etc.* Se ama una cosa en proporción de lo que se la estima. Las cosas que no se hacen por Dios disipan el espíritu, lo que no ocurre con las que se hacen por El. *Adoraréis al Señor vuestro Dios en espíritu y en verdad.* ¿Qué es adorar a Dios en espíritu y en verdad? Es someterse a El interiormente en su alma, a la vista de su grandeza. En esta adoración hay conocimiento de lo que uno es; hay el corazón que mueve la voluntad. ¡Dios mío! Es justo que os sirva, ya que sois mi dueño. ¿Qué quiere decir *en verdad*? Que se esté en la disposición de hacer la voluntad de Dios. Es de fe que Cristo ha sido un verdadero adorador en espíritu y en verdad; Ha sido un modelo perfecto del precepto que da. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir, adorarle con el entendimiento.

Conferencia de la tarde

648. *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, oportet adorare in spiritu et veritate.*

No es un consejo; es un mandato: *es preciso; oportet* ¿por qué el Señor hace notar que Dios es espíritu? ¿Es esencial esta consideración para persuadirnos de que hay que adorar a Dios en espíritu? Adorar a Dios en espíritu es adorar a Dios interiormente (la adoración es un sentimiento de abatimiento y de anonadamiento en el alma y una postura del cuerpo análoga a aquel sentimiento). Si tal sentimiento no estuviese en el espíritu, no habría adoración real. Nuestra razón une la sumisión a la consideración de la grandeza de Dios y de nuestra propia debilidad. La sumisión se encuentra necesariamente en la idea que tenemos de Dios y de nosotros mismos. Se puede deducir todo esto por medio de un silogismo: Todo cuanto está encerrado en la idea de una cosa debe necesariamente concluirse de tal cosa. Ahora bien: yo encuentro en la idea de criatura el deber de sumisión, ya que la criatura está sometida al Creador. Luego, si Dios es mi Creador, debo obedecerle en calidad de criatura; le debo sumisión.

649. Todo cuanto la fe nos ordena es razonable. ¿Estoy obligado a obedecer a un amo? ¿Quién lo pone en duda? La fe es una sumisión, una obediencia; es un servicio que prestamos a Dios. Pues bien: Dios quiere que tal servicio esté sometido a nuestra razón. La razón está de acuerdo con la fe, ya que ambas proceden de Dios; es, para nosotros, una superabundancia de luz. El hombre está ligado a Dios por medio de la razón.

Adorar a Dios es reconocer su superioridad, su dominio sobre nosotros; es reconocer qué grande es y qué digno de gobernar. La criatura no debe sólo conocer y amar este deber de sumisión; esto no basta; se precisa también la práctica.

650. ¿Qué es adorar a Dios en verdad? Es practicar lo que el mandamiento ordena. Nuestro Señor ha practicado tan bien cuanto sentía como criatura que ya hemos visto cómo se olvidó de sí mismo a fin de no ocuparse más que de la gloria de Dios Padre. Pone en

nuestra boca continuamente que no pidamos otra cosa que ocuparnos de la santificación del nombre de Dios: *Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre.* Nuestro Señor vino a este mundo para la gloria del Padre: *adveniat regnum tuum.*

651. Nuestro Señor ¿no se ha entregado enteramente a todo trabajo para establecer el reino de Dios en el mundo? No rechazó ninguna humillación, ningún sufrimiento. Quien quiera establecer el reino de Dios no tema ningún trabajo. Hay que adorar en verdad; establecer el reino de Dios a toda costa: *que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo.* Nuestro Señor no tenía otra regla de conducta que la voluntad de su Padre; practicaba la obediencia más rigurosa que ha existido. La obligación de morir sobre una cruz ¿no era acaso penosa? No quería omitir ni siquiera una tilde de cuanto los profetas habían predicho. ¿Hacéis así? ¿No mentís a Dios cuando le llamáis "Padre"?

652. ¿Ejerce Dios el soberano dominio que le reconocemos? ¿Cómo lo ejerce? Dios lo ejerce sobre las criaturas por medio de su providencia. Ahora bien: Dios tiene dos clases de providencia: la natural y la sobrenatural. ¿Por qué? Porque somos dos seres: 1. En el orden de la naturaleza. ¿Qué es la providencia natural? Son los acontecimientos de la vida: la salud, la enfermedad, el estado de riqueza, de pobreza, el estado de prosperidad y el de infortunio, etc. ¿Estamos obligados a someternos a tal providencia? Sí. 2. La providencia sobrenatural. ¿Por qué existe?

Continuación de la conferencia del Buen Padre 11 de junio de 1843, por la tarde

653. Dios creó al hombre libre para hacer el bien o el mal. Nuestro Señor ha ejecutado la voluntad de Dios con más amor y fidelidad que la ejecutan los bienaventurados en el Cielo. El hombre no puede llegar a esta perfecta obediencia; pero nos dice, en el padrenuestro que debemos tender a ejecutarla como los ángeles del Cielo. Se representa a los ángeles con alas para denotar el amor y la prontitud con que obedecen. ¿Podemos ejecutar o tender a realizar así la voluntad de Dios? Encuentro que me amo a mí mismo. Lo podéis si lo queréis; pero no podéis

quererlo más que con la gracia de Dios. Hay que pedírsela por la intercesión de la Santísima Virgen.

Conferencia del 18 de junio por la mañana

654. *Ego sum principium et finis.*

Dios es nuestro principio y nuestro fin. En este fin reside la dicha verdadera que no queda consumada en este mundo, sino en el otro, en el Cielo, porque allí estaremos en un estado ya fijo de gloria y veremos al descubierto, intuitivamente, a la divinidad. Nos lo dice el Señor: *ego sum principium et finis: yo soy el principio y el fin*, como el alfa y el omega son el principio y el fin del alfabeto. Si Jesucristo es el principio y el fin hacia el que debemos tender siempre, debemos, por consiguiente, partir de Cristo para llegar a Cristo. "Creo en Dios, Padre todopoderoso"; creo que Dios es mi Padre y que yo soy su hijo.

655. Ese Dios, a quien tanto amo, le veo en la gloria. ¿Cómo puedo sostener su vista? Porque esa gloria me penetra, me fortifica y me sostiene para mirarle y para amarle. En el Cielo se amaré a Dios voluntariamente; se le estará deseando siempre y poseyéndole siempre. Dios, en el Cielo, no sólo contenta soberanamente, sino que deja siempre un deseo de poseerle cada vez más, y tal deseo se ve continuamente satisfecho; hay siempre goce de Aquel que constituye la saciedad. Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios y Dueño mío. Por consiguiente: ¿tengo dos señores? ¿Debo hacer con respecto a Cristo todo lo que hago con respecto a su Padre? ¿creer en Jesucristo como creo en Dios Padre y decir que Cristo es igual en todo al Padre? Sí, porque son exactamente iguales; quien ve al uno, ve al otro. Hay incluso, obligación de decirlo.

656. Ha habido dos tiempos en la creación del hombre: al principio, cuando fue creado Adán, el hombre era amigo de Dios, estaba unido a El por el amor; pero vino luego otro tiempo en que, aquel lazo de amor que unía al hombre con Dios se rompió. Entonces Adán, de hijo de amor que había sido hasta entonces, se convirtió en hijo de ira. Dios no podía entonces menos de montar

en cólera contra Adán. Adán, por naturaleza era hijo de ira desde el momento mismo en que pecó. Todo quedó revolucionado.

657. Entonces el Hijo de Dios dijo a su Padre: "Tenéis obligación de castigar con todo el rigor de vuestra justicia a Adán y a su posteridad; pero yo me presento para satisfacer a vuestra justicia." Dios que, por su misma naturaleza, es bondad infinita, dijo: "Lo quiero." Entonces el Hijo de Dios dijo: "Padre: yo quiero hacerme hombre, ya que no puedo sufrir en cuanto Dios; quiero tomar un cuerpo semejante al de Adán y así os satisfaré." Jesucristo consiente en ser nuestro Redentor. Como tal, Cristo aceptaba al mismo tiempo conquistar como rey a todos los hombres que quisieran ser sus súbditos. Fue preciso, entonces, que se hiciese Maestro nuestro; que nos enseñase y condujese, que fuese nuestro guía y nuestro modelo, que no tuviésemos que hacer sino como El; que fuese una imagen sobre la que pudiésemos trabajar en hacernos conformes con El; que nos sostuviese y caminase delante de nosotros, ya que es nuestra luz.

658. En segundo lugar, se requería que fuese nuestro jefe. Como tal, es nuestra vida, enseñándonos sus verdades, practicándonos, viendo si hemos practicado cuanto El nos ha enseñado; es nuestro dueño, nuestro modelo y nuestro juez. En una palabra: es nuestro Redentor, nuestro rey, nuestro jefe, nuestra vida, nuestro maestro y nuestro juez.

Conferencia del Buen Padre Día 18 de junio de 1843, por la tarde

659. *Et vidimus gloriam ejus; gloriam quasi unigeniti a Patre, plenum gratiae et veritatis.*

Ese es Cristo. Cristo tenía un cuerpo y un alma con las cuales obraba como nosotros, con la diferencia de que Cristo era Hijo de Dios. Al mismo tiempo que la santa Humanidad de Cristo se formaba en el seno de la Santísima Virgen, el Hijo de Dios se unía a ese cuerpo, de modo que la Humanidad no tuvo nunca persona (no había en Cristo más que una sola persona: el Hijo de Dios, Dios

mismo). Nosotros somos también hijos de Dios, llamamos a Dios *Padre nuestro*; pero ello es por una especie de alianza con su adorable Hijo.

660. Dios -este sumo Bien de donde proceden todos los demás bienes- es Cristo. Habíamos incurrido en la ira de Dios; pero Cristo se ha hecho víctima en lugar nuestro; por eso se hizo Hijo de María. Estaba lleno de gracia y de verdad y era la verdad misma como Dios. Lleno de gracia también en cuanto hombre, ya que siendo Dios, tiene la plenitud de la gracia. Puede, pues, pagar todas las deudas del género humano. Por eso se le llama el *Dios de paz*. ¿Podemos volver a la guerra contra Dios? Sin duda alguna; por el pecado mortal nos hacemos de nuevo hijos de ira y ya no podemos volver a la gracia de Dios sino por Jesucristo. Se llega a Dios, como nuestro último fin, por la santa Humanidad de Cristo. Para lograr la felicidad eterna, no hay más que la caridad que pueda obtenérsela y la logramos trabajando durante nuestra vida entera; nuestro amor se purifica sin cesar. No amamos más que a Dios y no le amamos más que por sí mismo.

El fin último del estado religioso es el amor perfecto a Dios. El Verbo encarnado, Cristo, es el fin al que debemos tender durante toda nuestra vida y al mismo tiempo, es el medio de tender hacia ese fin.

661. Dios, por su propia naturaleza, es indivisible; pero es uno en tres personas. La Humanidad es un medio; vamos a Dios por Jesús. A esta unión de la humanidad con la divinidad, a este admirable compuesto de la naturaleza divina y de la humana en una misma persona la llamamos Jesucristo. Cristo, que es nuestro principio, es también nuestro fin. El fin que nos proponemos es el hacernos semejantes y conformes con Cristo. ¿Cuál es el medio por el que podemos lograr la conformidad con Cristo? Es su Humanidad. No podemos hacerlo más que por nuestra unión con Cristo. Hacia ella hay que tender siempre y para ello hay que conocer este fin, ya que no se puede llegar al fin sin tender hacia él. Para hacernos favorables a Jesucristo, que es Dios y la santidad misma, debemos unirnos siempre a la Santísima Virgen. La vida es un bosque, un desierto lleno de asesinos y ladrones que son los demonios; pero

con Cristo y con la Virgen no tenemos nada que temer. Estando con la Santísima Virgen, estamos con Jesús, el cual es nuestro guía y nuestro conductor.

Conferencia del Buen Padre

Día 25 de junio de 1843

662. *Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos* (Jn. 15). Esto equivale a decir: estáis unidos a Mí como el sarmiento está unido a la cepa de la viña. Los sarmientos no producen fruto alguno si no están unidos a la cepa. Si la rama no permite que suba la savia, no produce fruto, o bien es un fruto insípido o malo. Dice San Pablo la misma verdad, pero de otra manera: *sois el cuerpo de Cristo; cuya cabeza es Cristo*. Todos los cristianos de la tierra forman el cuerpo de Cristo, cuyo cabeza es Cristo. De El proceden los espíritus vitales, lo mismo que en el cuerpo humano vienen de la cabeza. Dice en otro lugar también San Pablo: *Estáis injertados en Cristo*. Somos cristianos por nuestra inserción en Cristo. El hombre, una vez separado de Dios, sin un don de la misericordia de Dios, está perdido para siempre. Los sarmientos separados de la viña no sirven ya para nada; se secan y se los arroja al fuego para que se quemem.

663. La fe prepara al sujeto que va a ser injertado. ¿Cuál es, aquí, el injerto? Entre los cristianos, es el sacramento del bautismo. Y después del bautismo, ¿qué hay que hacer? Hay que consolidar ese injerto, hacerlo más firme. Eso se logra por la confirmación. ¿Y después? Una vez que se tiene ya esta vida, hay que mantenerla por medio de la Eucaristía. ¿Cuántas veces hay que recibir la Eucaristía para mantenerla? Debemos poner el mismo cuidado que tenemos de recibir el alimento para el cuerpo. Sin la Sagrada Comunión uno muere a la vida espiritual: *caro mea vere est cibus; sanguis meus vere est potus*, dice el Señor.

Conferencia del Buen Padre
Día 2 de julio de 1843, por la mañana

664. *Beata quae credidisti* (Luc. 1, 45). *iBienaventurada tú que has creído!*-exclamó Santa Isabel hablando a la Santísima Virgen-*porque se cumplirá en ti lo que se te ha dicho de parte del Señor.* La Santísima Virgen se quedó durante tres meses, en casa de Isabel esposa del gran sacerdote Zacarías adonde había ido inmediatamente después de la encarnación del Verbo divino. Ya sabéis de qué modo anunció el ángel Gabriel a la Santísima Virgen, la Encarnación del Verbo. La Santísima Virgen preguntó al ángel cómo podría hacerse sin dejar de ser virgen. El ángel le respondió que tendría lugar merced a una operación del Espíritu Santo. La Santísima Virgen, al preguntar cómo podría hacerse, no dudó un solo instante. La Santísima Virgen se había consagrado a Dios. Se cree que el ángel Gabriel era el Ángel de la Guarda de la Santísima Virgen; era uno de los ángeles más elevados en la jerarquía.

665. El ángel San Gabriel no pronunció primero el nombre de la Virgen María. Por eso, dijo: *Dios te salve la llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.* La Virgen se turbó al oír estas palabras; es decir, quedó invadida por el respeto: *turbata, sed non perturbata.* El ángel añadió entonces pronunciando su nombre: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.* La Santísima Virgen, al consentir en el misterio de la Encarnación sabía cuáles deberían ser las consecuencias de este misterio en Ella; sabía que el Verbo se encarnaba para salvar al género humano; que el Hijo al que debería dar a luz venía al mundo para sufrir. Al consentir en la Encarnación del Verbo hizo aquel sacrificio que renovó más tarde al pie de la cruz, en el Calvario.

666. ¿Por qué Santa Isabel felicita a la Virgen a causa de su fe? Es que la fe de María estaba, sin duda alguna, llena de esperanza y de caridad (es preciso que la fe sea, por sí misma, una convicción profunda; en segundo lugar, se precisa que haya una esperanza real y, en tercer término, que haya también amor de Dios). ¿Cómo Santa Isabel pudo decir: *Tú eres bienaventurada?*

¿Conocía acaso el cumplimiento del misterio de la Encarnación? Sí. El Espíritu Santo se lo había revelado. ¿Cómo es que Santa Isabel quedó enseguida llena del Espíritu Santo? Merced a la santificación del fruto que llevaba en sus entrañas.

Conferencia del Buen Padre, julio de 1843

667. *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret... ut omnis qui credit in ipsum non pereat sed habeat vitam aeternam.*

Cristo nos dice que su Padre nos lo ha dado a los hombres. Cuando nos dan algo ¿qué debemos hacer? Por de pronto, recibirlo. Y cómo se recibe a Cristo? Por la fe que se tiene en El y la esperanza, las dos manos del alma. Nuestro Señor se nos da por los sacramentos; la primera vez, por el bautismo.

El Hijo de Dios, desde el pecado de Adán, recibe, en lugar de Dios, los homenajes del hombre. Todo recae sobre Jesucristo, Hombre Dios. Dios nos da su espíritu para hacer en cada uno de nosotros lo que hizo en Cristo según la naturaleza. Es preciso que nos unamos a Cristo tal como se nos da. Damos a Jesucristo lo mismo que damos a Dios, ya que Jesucristo es Dios. (El Buen Padre ha añadido esto: "*con una diferencia*", pero no sé el sentido de esta restricción.)

668. Somos esclavos de Satanás; ciegos; tenemos necesidad de un guía que nos lleve de la mano. Todo está en conocer a Cristo. Hay cuatro relaciones entre Cristo y nosotros. 1. La primera consiste en que El es el Jefe del género humano. Es en la regeneración lo que era Adán para la generación. Todos hemos sido engendrados por Jesucristo, que es el segundo Adán. El primer Adán, a causa de su desobediencia ocasionó la ruina de todos los hombres; el segundo los salva por su obediencia. Si Cristo es mi Jefe y me da los medios de estar en El (porque tenemos que estar unidos a Jesucristo como un brazo o cualquier otro miembro está unido al cuerpo, a la cabeza, debemos estar unidos a Cristo como una rama está unida al tronco). Estamos regenerados en Jesucristo, ya que estando muertos, la vida de Cristo, nuestro Jefe

pasa a nosotros como la savia pasa a la rama injertada al tronco. Conserva esta vida por medio de los sacramentos. Cuando somos injertados en este árbol celestial y vivo, su vida pasa a nosotros. ¿Quién hace esta inserción? El bautismo. ¿Quién quita las obstrucciones? (el pecado mortal es una obstrucción que impide a la savia penetrar en las ramas, las cuales acaban por morir). Lo primero que tengo que hacer en la oración es unirme a Jesucristo a fin de recibir la vida de mi jefe, de Cristo, esa vida de la que vive El mismo.

669. 2. ¿Cuál es la segunda cosa que Dios exige de los hombres y que se encuentra en Cristo? El rescatarnos. Cristo es nuestro Redentor. Si tenemos miedo de pecar, acudamos a nuestro Redentor; si hemos pecado, dirijámonos a El para recobrar la vida. 3. En la oración hay que unirse a Cristo como a rey para ir a batirnos, con El, contra el pecado. Cristo es un rey conquistador. 4. Jesucristo es nuestro maestro para enseñarnos. Como tal, es nuestro modelo. Ha hecho cuanto nos enseña. Se presenta ante nosotros como una imagen; en la oración basta con que nos unamos a Cristo como imagen. Además es juez para examinar si estamos conformes con El y para recompensarnos. Todas las relaciones con Cristo se reducen a estas cuatro.

Julio de 1843

670. *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.*

Sólo una cosa tenemos que hacer en este mundo: adorar a Dios. Somos como viajeros y peregrinos; los religiosos son verdaderos peregrinos. *Ibit homo in domum aeternitatis suae.* La muerte de uno es conforme a lo que fue su vida: *talis vita, mors ita.* Vivir mal es escoger una eternidad desgraciada.

Retiro mensual. 26 de julio de 1843

671. Cuatro medios tenemos para lograr el fin de nuestra vocación: 1. La frecuentación de los sacramentos. 2. La palabra de Dios y las instrucciones. 3. La Regla. 4. Las mociones interiores de la gracia.

La Regla es un enemigo que nos persigue en todas partes; parece haber sido concebida para dar muerte, cada día, al hombre viejo. Es una verdadera cruz.

La vida cristiana es la muerte; muerte a nosotros mismos y vida en Dios. Querer ser cristiano sin sufrir es un absurdo; esta condición es básica: *quien quiere salvar su vida, la perderá*; para ganar su alma para la eternidad, hay que perderla en el tiempo. La Regla es un verdadero martirio; un martirio de cada día; un martirio sin brillo, interior, real, tiene por fin ponernos, durante toda nuestra vida, en el caballete de la renuncia y de la mortificación; hace morir al hombre a fuego lento. No hay modo de ser cristiano sin sufrir, sin regla. Sólo quien vive según la Regla vive para Dios. Este yugo, que parece rudo al mundano, la muerte de la naturaleza, es ligero de llevar. El yugo del Señor es suave para quien lo lleva; pero no para quien lo arrastra.

Del abuso de la gracia

672. Una voz misteriosa nos dice a menudo: "Haz esto; evita aquello". San Pablo nos dice que no contristemos al Espíritu Santo que está en nosotros. No procuremos aturdirnos y ahogar la voz del Espíritu Santo.

Conferencia del Buen Padre

30 de julio de 1843, por la mañana

673. *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.*

Dios mismo lo dijo y el Dios encarnado lo ha repetido. ¿Es una advertencia o un precepto? O bien ¿es ambas cosas? Es, al mismo tiempo, una advertencia y un precepto. ¿Por qué una advertencia? Porque ya había antes un precepto de adorar a Dios escrito por Dios en nuestra alma. Al reiterarlo sobre el Sinaí y sobre otra montaña en Israel se convirtió en un precepto formal y, al mismo tiempo, una advertencia. ¿Cómo estaba escrito en nuestra alma? ¿Qué se quiere decir cuando se dice: "escrito en nuestra alma"? Quiere decir que esto es lo que distingue al hombre de los animales. Lo que hace que el hombre sea verdaderamente hombre y le distingue de todos los animales es la razón. El hombre se caracteriza por estas dos palabras: animal racional.

674. En un bosque cerca de París, unos cazadores se quedaron extrañados al encontrar una nueva especie de animal que saltaba de rama en rama. Le miran de cerca y ven sí que tiene cuatro pies, como todo cuadrúpedo; pero había alguna diferencia. No tiraron, sino que atraparon al animal vivo. Cuando lo tuvieron entre sus manos vieron que era una niña; así lo comprendieron porque vieron que gozaba de la razón. No sabía hablar; pero respondía por signos; hablaba una lengua que nadie entendía: era, simplemente, un niño salvaje. ¿Cómo se encontraba allí? No se sabía. Estos cazadores dieron esta niña, para que la educaran, a las religiosas de Montmartre. Cuando me hablaron de ella, la estaban preparando para la Primera Comuni3n; sabía hablar y razonaba.

675. El hombre es un compuesto de cuerpo y alma; es decir, de un alma racional. ¿Hay en la naturaleza del hombre instintos? Sí. Pero ¿no hay otra cosa que instintos? ¡Sí!, hay la razón.

Aquella niña conservaba todavía el instinto de los animales salvajes. Cuando una religiosa la llevaba un día de paseo a ella sola, encuentran ambas, en el camino, a un niño. Entonces, la niña salvaje dice a la religiosa: "Me siento inclinada a abrir, con mis uñas, las venas de este niño para chupar su sangre". Pero no lo hizo; es que la impedía la razón.

Ciertamente, no somos nosotros quienes nos hemos hecho a nosotros mismos; hay, pues, alguien que nos ha hecho.

676. En el alma hay esencialmente tres cosas: inteligencia, juicio y la alianza de ambas facultades que desarrolla la tercera capacidad, la de la moralidad. En esta alma Dios ha escrito: *adorarás al Señor, tu Dios, etc.* Mi alma comprende que hay un Creador que ha existido desde el principio de los tiempos; veo, en ese creador, la eternidad; veo que es creador porque me ha hecho; soy, pues, una criatura. Veo que he salido de sus manos y que me ha puesto en la tierra. Veo que este Creador tiene siempre sus ojos puestos en mí, que soy obra suya. Si me ha hecho, también podría deshacerme. ¿Es sabio? Sin duda alguna. ¿Tiene orden? El orden, es El mismo; el orden es tan eterno como Dios y no hay orden sino porque hay Dios. Es preciso, pues, que yo me ordene en conformidad con la voluntad del Creador. Este Creador ama esencialmente el orden. Veo que Dios tiene toda clase de perfecciones y el orden es una perfección.

677. La razón es un hermoso vaso de cristal que Dios había dado al hombre; pero el hombre lo quebró. Pero Dios lo ha recompuesto, lo ha soldado por decirlo así; la soldadura es aquí, la sangre misma del Hijo de Dios. Está soldado pero no lo volvamos a romper. A pesar de su brillo, este cristal no es tan hermoso como antes de haberlo roto; todavía se conoce la soldadura; desaparecerá a nuestra muerte cuando la sangre de Cristo la haya penetrado enteramente.

Conferencia del Buen Padre 30 de julio de 1843, por la tarde

678. *Dominum Deum tuum adorabis, etc.* No nos está permitido nunca dejar de ser adoradores. ¿Qué es adorar a Dios? Es someterse al soberano dominio de Dios por amor. Adoramos a Dios; pero en el seno de la Trinidad. Le reconocemos por nuestro Dueño. Queremos que Dios ejerza su dominio. La adoración es una entrega pronta y entera. Se ama libremente. Pero esta entrega, este amor del

soberano dominio, ¿es libre, enteramente libre? Sí; pero no con una libertad moral. Es preciso que esta adoración llegue a ser una consagración íntegra, pronta y generosa. Hay tres clases de oración mental: 1. La oración discursiva. 2. La oración afectiva. 3. La oración de contemplación.

Conferencia del Buen Padre

6 de agosto de 1843, por la mañana

679. *Dominum Deum tuum adorabis et illi servies.*

Adorar a Dios es cuanto tenemos que hacer sobre la tierra. Nada hay que hacer que no se pueda ofrecer a Dios. Cometer un pecado mortal es, en cierto modo, cometer un acto de idolatría. ¿Cuál es la consecuencia natural del pecado mortal? Que es el mayor obstáculo para ir a Dios. Todos los actos de fidelidad que hacemos para con Dios son otros tantos actos de adoración.

Conferencia del Buen Padre

6 de agosto de 1843 por la tarde

680. *Et iterum dicit: et adorent eum angeli Dei* (Hebr. 1,6).

Desde el mismo momento en que el Señor se formó en el seno de su santa Madre, Dios ordenó a sus ángeles que le adoraran ¿Por qué se dice aquí *la segunda vez: iterum?*

La segunda vez supone una primera vez. Algunos teólogos creen que Dios ordenó, por primera vez a los ángeles, que adorasen al Verbo encarnado y que tal fue la prueba a la que les sometió, en cuya ocasión los malos ángeles se rebelaron siguiendo el ejemplo de Lucifer, el cual rehusó adorar a un Hombre Dios encontrando mal que el Hijo de Dios no se uniera de preferencia a la naturaleza angélica en vez de a la humana. Cuando se consumó el misterio de la Encarnación, a raíz de la Anunciación (cuando la Santísima Virgen aceptó por aquellas palabras: *ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* entonces, de pronto el Verbo se

hizo carne), apenas el Verbo se unió a la humanidad, los ángeles recibieron la orden de adorarle.

681. Aquellas palabras: *adorarás al Señor tu Dios*, recaen especialmente sobre Cristo, y Cristo crucificado. Jesucristo es el Dios del corazón: *Deus cordis mei*, como dice David. Dios ya no es Dios de los malos ángeles, más que para castigarles. La religión es un comercio sagrado de Dios con el hombre racional, comercio por el que Dios se une al hombre y el hombre se une a Dios. ¿Cómo Dios se une al hombre? Manifestándole su existencia.

9 de agosto, miércoles, por la tarde

682. *Justus ex fide vivit.*

¿En qué consiste el ser justo? Se dice de una cosa que es justa cuando tiene cuanto es preciso y no tiene más que lo que es preciso. Cuando en un peso hay todo lo que se requiere para que forme una libra y no más, se dice que es una libra justa. Uno es justo cuando tiene en sí mismo todo cuanto Dios exige de él. Desde el momento en que se infringe una virtud, cesa uno ya de ser totalmente justo (enteramente justo). Y si al infringir esta virtud se cometiese, no ya un pecado venial sino un pecado mortal, ya se dejaría de ser justo. Cuando se disminuye un peso y se sigue disminuyendo, ¿no es de temer que todo el peso que está del otro lado de la balanza baje y hasta caiga completamente? ¿Qué hay que hacer para que nuestras almas tengan el peso justo, el que es agradable a Dios? *El justo vive de la fe.*

683. Dios se satisface de que cumplamos bien con todos nuestros deberes porque entonces somos justos; uno se hace santo perseverando en ser justo. Pues bien: ¿cómo hacer para sostener esa vida? Hay una acción del alma para practicar las virtudes. ¿Cuál es el principio de vida que pone al alma en acción? Es la fe. Si el cuerpo no tomase alimento alguno, acabaría por morir. Lo mismo le pasa al alma; hay un pan espiritual. Si queréis conservar la justicia; es decir, el amor de Dios y el cumplimiento de todas las virtudes, entonces comed. ¿Y qué es comer espiritualmente? Es

hacer actos de fe. Dios decía a Abraham: *Si quieres ser perfecto, camina en mi presencia*. Pues bien: en todas vuestras acciones, volveos hacia Dios.

Conferencia del Buen Padre Día 13 de agosto de 1843, por la mañana

684. *Et lex tua in medio cordis mei: Tu ley, Padre mío, está en medio de mi corazón.*

¡Qué hermosas son estas palabras! Expresan cuanto debemos ser; lo que hemos debido ser y lo que debemos ser siempre. Dios ordena: "¿qué quiero?" Quiero someterme. Cuando Dios manda, yo no pregunto el por qué, ya que Dios es la razón misma que ha creado mi razón. Dios ordenó a Abraham sin darle explicación alguna: *Irás a un monte y allí me sacrificarás a ese hijo Isaac a quien quieres tanto*. Dios, para impresionarle más añadió aquellas palabras: *a quien quieres tanto*. Abraham habría podido apuntar sus porqués; sin embargo, obedeció sin replicar. Dios es el Dueño. "Pero, ¡Dios mío! ¿no me habíais dicho que de mí nacería un gran pueblo por medio de este mismo Isaac, y ahora queréis que os lo sacrifique? (Abraham habría podido tener este pensamiento; pero en lugar de ello se sometió sin examinar nada: no pensó en otra cosa que en obedecer.)

685. Abraham hizo todos los preparativos para el sacrificio sin hablar de ello a Sara, su mujer, ni al mismo Isaac que tenía entonces 25 años. Hizo un haz de leña y lo puso sobre las espaldas de Isaac. Este, que no veía víctima alguna, dijo a su padre: *Padre mío!, aquí están la leña, la espada, etc.; pero ¿dónde está la víctima?* Imaginad cómo estas palabras debieron impresionar el corazón de Abraham. Abraham se contentó con responder: *Hijo mío: Dios proveerá*. Pero, llegado al lugar en donde debía sacrificarlo, le anunció que él mismo sería la víctima. Isaac también tendría un montón de porqués si lo hubiera querido; pero obedeció a su padre sin replicar. No se sabe ni se sabrá sin duda jamás lo que fue más admirable: si la obediencia de Abraham o la de Isaac.

686. Estas palabras: *et lex tua in medio cordis mei* convienen propiamente a Nuestro Señor. Dice San Pablo: *Al entrar en este mundo, Cristo dijo: Padre mío: habéis rehusado las oblações y las víctimas, pero me habéis dado un cuerpo; habéis rechazado las víctimas por el pecado; entonces he dicho: Aquí me tienes, Padre mío: vengo a hacer tu voluntad porque está escrito al principio del libro que yo haría tu voluntad y esta ley está grabada en medio de mi corazón.* ¿Cuándo entró en el mundo Jesucristo? En el momento de la Encarnación; de este instante se habla aquí. ¿Cuál era la ley que Dios había dado en relación con Cristo? ¿Cuál era la voluntad de Dios manifestada al Verbo divino?

687. Su voluntad era que Nuestro Señor se ofreciera en sacrificio; que fuera la víctima ofrecida por nuestros pecados: *está escrito, etc., y esta ley está en medio de mi corazón.* ¿Qué hizo Cristo al entrar en el mundo? Se ofreció en sacrificio para sufrir la muerte más cruel por la salvación de los hombres. El alma del Señor, desde el primer momento de su existencia veía a Dios intuitivamente, y desde entonces, Jesús sabía todo cuanto debía sufrir; su vida fue un sacrificio continuo y una sumisión continua a ese sacrificio. Jesús, como modelo nuestro, se dignó darnos a conocer que, desde el primer momento de su existencia humana se ha entregado de lleno a la voluntad de su Padre, la cual era que muriese en una cruz. ¿Era generosa tal entrega? ¿Era libre Jesucristo? Sí, teniendo además de la nuestra, una libertad moral. Cristo no tenía la misma obligación de sufrir que tenemos nosotros. ¿Por qué, pues, la acepta? Dios Padre dijo a su Hijo: "No puedo perdonar a los hombres a menos que muráis en una cruz". Entonces, Nuestro Señor comprometió su libertad por salvarnos por amor nuestro.

Conferencia del Buen Padre

Día 15 de agosto de 1843, por la mañana

688. *Regina angelorum: Reina de los ángeles.*

Esta Reina de los ángeles es la divina María, *cuya* fiesta de la Asunción celebramos hoy. Cuando se pronuncia el nombre de María con respeto y con fe, los demonios se detienen más pronto que cuando los ladrones se presentan y encuentran alguna que empieza a gritar: "¡Un ladrón! Un ladrón!" Así los demonios emprenden la huida. Todas las palabras humanas no pueden expresar la fuerza que tiene la invocación a María para arrojar a los demonios. El nombre de María es todopoderoso contra los demonios. ¿Por qué la llamamos "Reina de los ángeles"? Para manifestar que es superior en gracia, en virtud y en gloria a todos los coros angélicos.

689. La Santísima Virgen es como la aurora que precede a la salida del sol de justicia. A medida que la aurora avanza, las estrellas todas palidecen. Aquí los ángeles están representados por las estrellas. ¿No es la luna más hermosa que las estrellas? La luna está llena de los rayos del sol, toda radiante. ¿Cuándo nos sirve la luna? Dios, al principio del mundo, creó una luminaria grande y otra pequeña; era la figura de lo que debía ocurrir espiritualmente más tarde. Cristo es la gran luminaria y María, la pequeña. Cuando la gran luminaria, es decir, Cristo, se ocultó, entonces vino a iluminarnos la luminaria menor. La Santísima Virgen está puesta para iluminarnos cuando no sabemos qué hacer. Para eso la ha creado Dios; y eso significa el nombre de María. Porque María, en hebreo, significa: "Aquella de quien desciende la luz"; también quiere decir "estrella". La Iglesia interpreta el nombre de María en el sentido de estrella: "Ave, Maris Stella".

690. ¿Tienen los ángeles una plenitud de gracias? No. ¿Acaso se le dijo al mayor de los santos que estaba lleno de gracia? No. Sólo lo están según su capacidad. Un pequeño pez que nada en el agua está tan lleno de agua como lo está también uno grande; pero el mayor contiene, sin embargo, más agua que el pequeño. Lo mismo ocurre con los ángeles y los santos. Aquí la gracia viene figurada por el agua. ¿Se puede decir de ellos, como de la Virgen, que están llenos de gracia? No. La plenitud de gracia entró en la Santísima Virgen, porque el autor mismo de la gracia entró en Ella. La Santísima Virgen es la obra más perfecta de Dios y, por su maternidad divina, es la obra más perfecta que pudo salir de las

manos de Dios, agotando el poder de Dios. Dios ve imperfecciones en los ángeles; pero no en la Virgen. Tenemos necesidad de María en cuanto medianera.

691. Los ángeles son medianeros entre Dios y los hombres; reciben nuestras oraciones para presentárselas a Dios. La Santísima Virgen nos presta una ayuda poderosa para hacer esas oraciones que luego recogen los ángeles. Los ángeles lo ven todo en el Verbo divino porque es el Creador y la palabra creadora: *todo se ha hecho por medio de El*, dice San Juan, *y nada se ha hecho sin El*. Los ángeles ven perfectamente todo cuanto ocurre en el corazón del hombre, en el Verbo divino.

Conferencia del Buen Padre

Día 15 de agosto de 1843, por la tarde

692. *Regina angelorum: Reina de los ángeles.*

María está situada por encima de todas las jerarquías angélicas; lo está por su dignidad de Madre de Dios. Es reina y, por lo mismo, manda en todos los ángeles; son sus servidores para ejecutar todas sus voluntades.

¿Cómo subió María a los Cielos? Mirad a todos los ángeles sosteniéndola y elevándola. Cuando resucitó María, la virtud del Altísimo estaba en Ella. ¿Por qué, pues, se la ve elevada por manos de ángeles? ¿Por honor? ¿Por gusto? Los ángeles dejaban oír sus cantos melodiosos. Poco tiempo antes de la muerte de María, merced a la virtud divina, los Apóstoles fueron llevados a la habitación de María (se cree que en Jerusalén) y oyeron de labios de la Virgen que ya se acercaba su hora.

693. Al esparcirse tal noticia los fieles acudieron; todos estaban inconsolables. La Santísima Virgen estaba sentada, consolando a los fieles, hablándoles en particular, y les prometió que los visitaría en la hora de su muerte. Cuando la Santísima Virgen hacía tal promesa a los fieles que asistían a su muerte, entendía hacerla también a todos los fieles de todos los siglos. Cuando murió la Virgen (en Oriente no se atreven a decir que murió la Virgen) murió por

un acto de amor que desprendió el alma del cuerpo (en Oriente se sirven de la palabra "dormir" en lugar de la palabra "morir"; sin embargo, se trata de una verdadera muerte ya que su alma se desprendió de su cuerpo). Allí estaban los Apóstoles; nadie se atrevía a tocar a esta Arca de la Alianza que había contenido al autor mismo de la Ley.

694. Sin embargo, era preciso enterrarla. Los Apóstoles la llevaron a su tumba, en el valle de Josafat, según se cree. Los Apóstoles se pusieron a cantar salmos y cánticos, respondiéndoles los ángeles durante todo el tiempo que estuvo en la tumba. De pronto resucitó para entrar inmediatamente en el Cielo (el mismo día que resucitó, fue llevada al Cielo y coronada en él). Habiendo cesado los ángeles de cantar, se entendió que había que terminar el canto. Un autor refiere -y aunque no sea dogma de fe, se cree piadosamente- que Santo Tomás no se encontró en el momento de la muerte; pero cuando llegó pidió a los Apóstoles que abriesen el sepulcro y ya no se encontró el cuerpo; la tumba estaba vacía, comprendiendo todos que el cese del canto de los ángeles había tenido lugar al mismo tiempo que su resurrección.

695. Nuestro Señor es Aquél de quien todo procede; es el rey de reyes. La Santísima Virgen es la depositaria de los tesoros inmensos de Cristo. El tesoro de la Santísima Virgen no puede agotarse; se compone de los méritos infinitos de Cristo, de los suyos propios y de los de los santos todos. Todas las gracias pasan por manos de María. La fuente de todas las gracias ha sido puesta en Ella. Rogad en unión con Jesucristo; es ésta una condición sin la que no podemos obtener nada. ¿Qué es orar en unión con Cristo? Es rezar en El, con El y por El. En segundo lugar, hay que hacerlo (para poder unirnos con Cristo) en unión con la Santísima Virgen. ¿Podemos también unirnos a los ángeles? Sí, porque también Cristo está en ellos. Jesucristo, el Autor de toda gracia, está en la Santísima Virgen; uníos a El en la Santísima Virgen; rogadle por la Santísima Virgen.

Continuación de la conferencia del Buen Padre
Día 15 de agosto de 1843, por la tarde

696. La Sagrada Comunión nos da la vida de Cristo (los actos que hacéis os unen a Jesucristo creyendo en El). Pues bien: creyendo en Cristo, creed en su Santísima Madre. Jesucristo presenta nuestras oraciones; pero no inmediatamente al salir de nosotros, ya que pasan por las manos de María, la cual pide por nosotros. Nuestra oración llega tanto más de prisa cuanto más fe tengamos.

No sé si he escrito exactamente esta última frase tal como el Buen Padre la ha dicho.

Día 20 de agosto de 1843, por la mañana

697. *Dominum Deum tuum adorabis, etc.; diliges, etc.*

Uno de estos textos se traduce por el otro y se puede tomar uno en vez del otro. Moisés mismo traduce el primero por el segundo y toma al segundo en lugar del primero. Lo mismo hace Cristo. De ahí deducimos que adorar al Señor y servirle a El solo es lo mismo que amarle a El solo. La adoración lo contiene todo; el amor divino lo contiene también todo. Las mismas virtudes proceden de uno y de otro y son también los mismos vicios que combatimos por ambos. En el mundo, asimismo, se emplea la palabra "adorar" en vez de "amar".

698. ¿Cuál es el acto de la adoración exterior, pública y solemne? Esta adoración es obligatoria porque el hombre está compuesto de una naturaleza espiritual y de otra material. El alma no es todo el hombre. La dicha de los santos no está todavía completa; tienen el presentimiento de lo que les falta. La dicha sólo será perfecta cuando lleguemos a la resurrección general. Los santos no sufren nada; pero tampoco son completamente felices ya que sus almas desean informar sus cuerpos. No sucede lo mismo a la Santísima Virgen la cual ha resucitado. Su dicha es ya perfecta. (Se cree también que San José está en el Cielo en cuerpo y alma; pero esto no es dogma de fe y la Santa Iglesia nada ha dicho ni en

pro ni en contra.) Cuando Cristo resucitó, se operó la resurrección de cierto número de personas las cuales se aparecieron incluso en Jerusalén. Lo dice el Evangelio. No se dice que regresaron luego a sus sepulcros, ni tampoco quiénes fueron los que resucitaron.

Elías y Henoch no murieron. Volverán al fin del mundo. Se cree que Henoch vendrá a convertir a los gentiles y Elías a los judíos.

699. Estamos en Dios; pero como peces que fuesen arrastrados por la superficie del agua en donde estarían presos por una red. No estarían contentos con su situación; unos, saltarían al río y otros saltarían tontamente al otro lado en la orilla. Lo mismo nos ocurre a nosotros; no estamos contentos. Quienes quieren servirse de su razón procuran cortar la red; en cambio, los demás saltan neciamente a tierra; otros, después de haber saltado a tierra, se encuentran cerca del río y saltan al agua para no morir en la orilla. Los más razonables son los que roen las mallas de la red y los que liman los hierros de su prisión.

Por la tarde, 20 de agosto

700. *Adorabis; diliges.*

Es el mismo mandamiento. ¿Qué *es* adorar? Es someterse, anonadarse ante la majestad divina; querer el soberano dominio de Dios; ejecutar, del modo más perfecto posible las voluntades divinas. ¿Sucede todo esto cuando adoramos a Jesucristo? Decimos: *magnus Dominus et amabilis nimis*. A través del velo de la Humanidad de Jesucristo se escapan los rayos de la divinidad. A su luz, podemos considerarlo más fácilmente y no quedamos deslumbrados. Si el Hijo de un rey entrase en un calabozo y tomase el uniforme de un condenado para que le ejecutasen en su lugar, ¿no se diría que le quiere?

701. Supongamos que acabamos de ser creados y que, viendo el Cielo, la tierra y sintiendo nuestra existencia, cayésemos de rodillas. Adán no vio cuando Dios le creaba; pero sí vio el mundo cuando acababa de ser hecho. Dios formó su cuerpo al que luego animó.

En este instante Adán vio lo que le rodeaba y reconoció su propia existencia.

¿Cuál es la señal por la que se reconoce el homenaje de adoración? Dios ha querido que le honremos, no sólo interiormente, sino también exteriormente ya que siendo el hombre, un ser sensible, es preciso que ejecute exteriormente cosas que hagan impresión sobre él.

Conferencia del Buen Padre
20 de agosto de 1843, por la tarde

702. El sacrificio exterior es la ofrenda que se hace a Dios de una cosa visible y sensible hecha por un sacerdote para ser destruida, para reconocer el soberano dominio de Dios sobre el que ofrece el sacrificio.

Los fines de todos los sacrificios no eran siempre los mismos; pero sí eran análogos al fin principal, que es la adoración. Caín y Abel ofrecían sacrificios. Abel ofrecía los corderos más gordos de su rebaño. Caín ofrecía frutos de la tierra. Dios aceptaba los sacrificios de Abel, sacrificios que le agradaban grandemente, para demostrarlo, Dios hacía bajar fuego que los consumía. Esto excitaba la envidia de Caín cuyos sacrificios no eran agradables a Dios. Abel ofrecía sus víctimas lleno de fe. Es preciso, que, en los sacrificios, la víctima quede destruida. ¿Por qué? Para reconocer el soberano dominio de Dios sobre nosotros y sobre nuestra existencia y, sobre todo, para consentir en que Dios ejerza sobre nosotros su dominio más absoluto. El animal sacrificado reemplaza al hombre ante Dios (según la cosa, se le inmola, degüella *, se la quema o se la derrama).

703. Nos ponemos a la disposición de Dios para que haga de nosotros lo que quiera; para que nos destruya, nos aniquile si tal le place.

En la adoración, se requiere la sumisión de espíritu y de corazón y que esta sumisión sea verdadera.

Las oraciones que nos gustan y nos conmueven hasta hacernos derramar lágrimas ¿son oraciones propiamente de

adoración? Sí y no. No, si no llegan más que al sentimiento. Estos sentimientos, propiamente no son más que una preparación a la misma oración.

Los malvados no podrían hacer el mal; es decir llevarlo a cabo exteriormente, si Dios no los sostuviese. Decía Dios por boca de un profeta: *Me habéis obligado a contribuir a vuestras iniquidades.* ¿Es, pues, Dios, un cómplice? No; pero se ha dignado darnos la libertad (psíquica y no moral) para hacer el bien o el mal y, para eso, es preciso que nos sostenga tanto para obrar lo uno como lo otro.

Conferencia del Buen Padre

Día 27 de agosto de 1843, por la mañana

704. *Spiritus est Deus et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.*

Dios es espíritu. No tiene cuerpo; sin embargo, es cierto que el Hijo de Dios tomó un cuerpo y un alma. ¿Se debe adorar a Jesucristo? Sin duda alguna. ¿También a su cuerpo? Indudablemente, ya es el cuerpo de un Dios. El Hijo de Dios ha tomado un cuerpo para actuar por medio de él. Dios es adorable porque se ha humillado. Quien se humilla no pierde su grandeza. Otra cosa es que se vea humillado porque le sacan a relucir sus vicios. Quien se humilla por su propio impulso, por el contrario, debe ser ensalzado. Cuanto más se humilló Cristo, más exaltado se vio. Nació como un extranjero, como el más pobre. Dios Padre quiso que su Hijo -que se había humillado- fuese llamado por el nombre de Jesús, que quiere decir "Salvador", para glorificarle. Dios ensalzaba a su Hijo porque éste se humillaba. Cuando sufrió el suplicio de la cruz -es decir, la humillación- entonces fue glorificado. Hay que tributar a Jesucristo en cuanto Dios, los mismos homenajes que a Dios, Padre todopoderoso. Dios quiere que le adoremos en espíritu; es decir, interiormente.

Por la tarde del mismo día, 27 de agosto

705. *Spiritus est Deus, etc.* (Jn 4, 24).

Esto equivale a decir que Dios quiere adoradores en espíritu y en verdad. El mismo Cristo nos dice de qué modo hay que adorarle: *oportet, etc.* Hablaba a la samaritana cuando le dijo que los judíos tenían razón cuando adoraban a Dios en Jerusalén; pero que tiempo vendría en que se podría adorar a Dios en todos los lugares. Dios no se contenta con el culto exterior; quiere, sobre todo, una adoración interior, espiritual. Para comprender bien cómo hay que adorar, hay que ver cómo adoró el mismo Cristo.

706. ¿Por qué Abel fue tan justo que el mismo Dios rindió homenaje a su justicia? Es porque ofrecía sacrificios interiores. ¿Cómo Nuestro Señor adoró en espíritu? 1. A la vista que tenía de su Padre en cuanto Creador, soberano Señor, etc. 2. A la vista de sí mismo en cuanto hombre. Se veía como una nada porque su humanidad era creada y sacada de la nada. 3. Viendo, pues, lo que era y cómo era la obra de la divinidad, veía, en tercer lugar, que la criatura estaba hecha para su Creador.

707. Al ver este soberano dominio de Dios, se determinaba a servirle y a obedecerle y esto, desde lo más íntimo de su corazón. Eso es adorar en espíritu. Jamás hubo instante alguno en que Nuestro Señor cesase de adorar. Adorar en espíritu es adorar con toda el alma, con todo el entendimiento y con todo el amor. ¿Tiene, acaso, Dios un dominio sobre nosotros para no ejercerlo? ¿Hay acaso, algún momento, en el que Dios nos deje libres para hacer lo que queramos? Así parece; pero no es verdad. Estando en el recreo, por ejemplo, uno es libre de pensar en lo que quiera y de hablar de lo que quiera, con tal que no sea algo malo. Es así; pero hay que hacerlo por Dios. No hay que querer más que lo que Dios quiere y como Dios lo quiere. ¿Cómo se ejercita el soberano dominio que Dios tiene sobre sus criaturas? Por la Providencia.

LA DEVOCION A MARIA

Las notas siguientes son de otra mano

708. Como hijo de María, tengo cuatro deberes que cumplir con respecto a mi santa Madre. Estos cuatro deberes son los siguientes:

1. La veneración.-Después de Dios, María es cuanto hay de más grande, de más santo y de más perfecto en el orden de la naturaleza y de la gracia; debo, pues, venerarla; he tomado la resolución de hacerlo con todo mi corazón.

2. El amor.-Después de Dios, María es cuanto hay de más hermoso, de más tierno, de más amable, de más sabio y virtuoso. Además, es mi tierna Madre, mi bienhechora; debo, pues, amarla.

3. La obediencia.-Un hijo que ama tiernamente a su madre no encuentra nada difícil y desagradable en cuanto le ordena su madre. Yo no observo bastante la Regla por obedecer a María; no hago bastante, en general, para complacer a esta tierna Madre.

INDICE DE MATERIAS

Abnegación: 192-193, 351-353, 417, 439, 441-44, 505, 507, 514.

Adoración: 590, 592, 607-612, 623-627, 638-639, 642, 644, 647-652, 670, 673, 676, 678-679, 697-698, 700-701, 703-707.

Ángeles: 12, 680, 688-692.

Bautismo: 564, 621; Nuevo nacimiento: 5; Efectos: 565-566, 579-580; Inserción en Cristo: 31, 663. Cf. Vida divina.

Caridad: Para con Dios: 415-416, 439-440, 449-451, 504-506, 509-511, 513, 520-521, 569-570, 581-583, 585-590, 594-602, 607-609, 614-626, 628, 641, 647, 653, 678, 697; Para con el prójimo: 450-453; Extensión: 454; Norma: 455; Medios: 456-459; El amor hace ligera la carga: 533; Cf. María.

Castidad: 63, 71-73, 260, 516, 525-526; C. virginal: de María: 195-197, 245.

Ceguera espiritual: 199.

Cielo: 60-61, 678.

Compañía de María: nuestra vocación, obra de María: 35.

Comunión: 32, 34, 74, 76-77, 470; Disposiciones: 75; Efectos: 77; Fe y comunión: 411, 435-436, 500.

Concupiscencia: Cf. Orgullo; de las riquezas: 360; Soberbia: 362; Sensualidad: 366; En general: 417, 440-441, 507, 514, 517.

Confesión: 33, 396-397, 409-410, 419-420, 480, 483-484.

Confianza en Dios: 163, 171-173, 180; en María: 35.

Conocimiento de sí mismo: 93-106.

Contrición: don de lágrimas: 214, 317; El Calvario: 470.

Cruz: 62-65, 671; mí yugo es suave: 531-533, 671.

Cuerpo místico: Cf. María Madre de los hombres por el Espíritu Santo; Espíritu Santo alma del: 310; Vid y sarmientos: 662-663; J.C. Jefe y Cabeza: 658-659, 661-662, 668.

Desconfianza de sí: Virtud de depuración: 180; Cf. humildad.

Dios: Creo en: 20, 38-39, 92-103; Creador: 40, 78-82, 602-605, 610-612, 656; Conservador: 40, 78-79, 83-84; Dueño: 40, 85, 88-91, 198; Fin: 40, 78-79, 86-87; Soy el que soy: 590-593; Atributos: 644-646; Conocimiento de: 381; Palabra eficaz: 508; Alabanza: 643; Cf. Adoración y Caridad. Amor de Dios a nosotros: 593-596; 602-606, 611, 667.

Esperanza: 48.

Espíritu Santo: Generación del Cuerpo místico: 4, 5, 310; Vida cristiana: 310, 579; Templo del: 310; Dones: 311-312; Frutos: 313; Pentecostés: fiesta de: 308-309.

Estabilidad (Voto): 534, 570.

Eternidad: 402, 576-578.

Fe: 5, 13-16, 615-616, 649, 663; Cualidades: 17; Fe del corazón: 17-20; Excelencia: 29-30, 36, 292; Arma de victoria: 18, 613; Fe práctica: 30, 31-34, 36; Ejercicio de la: 37-40; Dicha de la: 90; Fe y Comunión: 411, 435-436; Fe y amor al prójimo: 456-457; Fe y justicia: 682-683; Fe y oración: 600, 696.

Fin del hombre: 78-79, 86-89, 418, 583-589, 590-598, 623, 654.

Gracia. Necesidad: 96, 102-103, 367,653; Cooperación a la: 367-369; Fidelidad de María: 246, 320, 639; Abuso de la: 672; Hace la carga ligera: 532.

Hombre: semejante a Dios: 606, 608-610.

Humildad: 93-106, 252-254, 359, 390, 634; Grados: 253; Humillaciones de Jesucristo: 357-358; 705; Humillaciones de María: 244.

Infierno: 49-51, 578.

Intención (pureza de): 324-327.

Jesucristo: Incorporación a: 31, 544-547; Adoración a: 628-630, 655, 680-681, 700, 704; Encarnación de: 657, 659, 664-666; Jefe y Cabeza, Cf. Cuerpo místico; Redentor: 657, 669; Rey: 669; Maestro: 669; Propiciación nuestra: 409-410, 432-434, 497-499; Obediencia: 219-223, 261; Sumisión al Padre: 651, 686-687; Pasión: 269-274; Resurrección: 275-288; Humillaciones: 357-358, 705; Sencillez: 362-365; Paciencia: 366; Mediador y abogado: 631-633, 660-661, 696.

José (San): 226-227, 333-338, 391, 398; Esposo de María: 228-232, 335; Padre de Jesús: 233-235, 334-335; Poder de: 337; Bondad: 338.

Juicio: 45-48, 395, 403-408, 419, 425-431, 460-469, 481-482, 490-496.

Ley de Dios: escrita en los corazones: 613-614.

María: Madre de Dios: 3, 5, 8, 236-251, 297, 636-637; Madre del Cuerpo místico: 4-8, 55, 295-299; por el Espíritu Santo: 4-5; Inmaculada: 200-210; Anunciación: 236, 247; Visitación: 318-323, 664; Compasión: 263-268, 339-350; Muerte: 693; Asunción: 328-332, 694; Tesorera de la gracia: 695; Abogada y Mediadora: 7, 12, 35, 300-304, 628, 635, 637, 653, 661, 691, 695-696; Reina de los ángeles: 688-692; Aurora de Cristo: 689; Puerta del Cielo: 293-294; Estrella del mar: 211-214; María y la Trinidad: 240, 329; Caridad: 319, 321-323; Amor por los hombres: 302; Humildad: 244; Virginidad: 194-197, 245; Fidelidad a la gracia: 246, 320, 639; Plenitud de gracia: 665, 690; Poder: 219, 224-225, 688; Devoción a María: 299, 305-307; 391, 480, 708; Confianza en María: 35; Consultar a María: 35.

Misericordia de Dios: 470-474.

Mortificaciones: Soportar: 144-146; Grados: 147-148; Examen: 161.

Muerte: 21-24, 394, 400, 401, 419, 422, 481, 487-488.

Mundo: renuncia al: 478-479, 512.

Obediencia: 64-67, 136, 517-519, 527-530; Grados: 66, 137; Ventajas: 67; Cualidades: 138-143, 262; Examen: 160; Obed. de J.C.: 219-223; 261. Cf. Virtudes de preparación.

Oración: 559, 600, 615, 638-639, 703; Or. mental mixta: 107-110; Meditac. novísimos: 371; Preparación: 107-109, 392- 393; para perseverar: 476; en nombre de J.C.: 695; Fe y Oración: 600, 696.

Orgullo: 190, 356, 385-389; Amor propio: 364-365.

Paciencia: en soportar al prójimo: 457; De J.C.: 366.

Pasiones: 121-125. Cf. Silencio de las.

Paz: 289-291.

Pecado: del religioso: 26-28, 372-373, 557, 573; Venial: 412-413, 437, 501-502, 535, 538, 555-556, 572.

Penitencia: 41-44, 634.

Perfección: cristiana: 353-354; Religiosa: 355, 414-416; 439-440, 504-506, 520-521, 536, 569; en cosas ordinarias: 442-444.

Perseverancia: 475-480.

Pobreza evangélica: 62, 68-69, 255-259, 515, 524; Frutos: 70; de J.C.: 361.

Presencia de Dios: 640, 683; y fe: 34; en la Oración: 107-109.

Purgatorio: 412-413, 437, 501-502, 535, 538.

Razón: 590-591, 593, 599, 673-677.

Recogimiento: 129-135; examen: 159.

Regla : 671.

Religioso: clavado en la cruz: 62-65; pecado del: 26-28; Vida: 215-218, 414, 438, 503, 522-523, 660; liberación interior por los votos: 417, 441-444, 507, 514.

Retiros: 1-2; gracia de los: 368-369, 374, 445-446.

Sacrificio: 702, 706-707.

Salvación: 370, 540, 550-551.

Santidad: 208.

Sencillez: de J.C.: 362-365.

Silencio: 112-128, 375-380; examen: 149-158.

Tentaciones: 184.

Tibieza: 56-59, 162, 169, 189, 447-448, 537, 539, 541-543, 552-554, 558-564, 571, 573-577.

Trinidad: 38-39; Cf. María y la.

Turbación del alma: Cf. Virtudes de depuración.

Vida divina: Crecimiento imperceptible: 25; 548-549; Bautismo: 544-547, 579-580.

Vigilancia: 47, 477.

Virtudes:

A. de preparación: 111.

1. Silencios: 112, 374-380.

- palabra: 113-114, 384.
- Signos: 115-117, 149-151, 383.
- espíritu: 118-120, 158, 381.
- pasiones: 121-125, 152-156.
- imaginación: 126-128, 157, 382.

2. Recogimiento: 129-135, 159.

3. Obediencia: 136, 137, 138-143, 160.

4. Soportar mortificaciones: 144-148, 161.

B. de depuración: 185-187.

- confianza en Dios: 163, 171-173, 180.
- tibieza: 162.
- inclinación al mal: 164, 170, 174-178, 191.
- purificación del alma: 165-166.
- malicia de las causas: 167-169.
- debilidad de la virtud: 170-173.
- incertidumbres: 179.
- contrariedades: 182.
- sugerencias: 183.
- tentaciones: 184.

Vocación: obra de María: 35.

Voluntad divina: Sumisión a la: 651, 684-687.

Votos: 62-64, 513-514, 520, 523, 531, 560. Cf. Pobreza, castidad, obediencia, estabilidad.

INDICE GENERAL

- (XXXIX). I. 1827. CHAMINADE. (Marres). Retiros en Saint Remy
- (XL) II. 1826-1829. CHAMINADE-CAILLET. (Caillet). Sermones y Conferencias
- (XLI). III. 1828 CHAMINADE (Anónimo). Retiros
- (XLII). IV. 1829 CHAMINADE (Guyon). Retiros
- (XLIII). V. 1829 CHAMINADE (Gouverd). Retiros en S. Lorenzo.
- (XLIV) VI. 1829 CHAMINADE(Anónimo). Retiros en S. Lorenzo.
- (XLV). VII. 1832 CHAMINADE. (Bonnet). Retiros
- (XLVI). VIII. 1834. CHAMINADE. (Anónimo). Retiros
- (XLVII). IX. 1834. CHAMINADE. (Autógrafo). Retiros de Saint-Remy
- (XLVIII). X. 1834. CHAMINADE. (Fontaine). Retiros de Saint-Remy
- (XLIX). XI. 1843 CHAMINADE. (Bonnefous). Conferencias en Santa Ana.

INDICE DE MATERIAS